LEÓN TROTSKI

HISTORIA DE LA REVOLUCIÓN RUSA

PRÓLOGO

En los dos primeros meses del año 1917 reinaba todavía en Rusia la dinastía de los Romanov. Ocho meses después estaban ya en el timón los bolcheviques, un partido ignorado por casi todo el mundo a principios de año y cuyos jefes, en el momento mismo de subir al poder, se hallaban aún acusados de alta traición. La historia no registra otro cambio de frente tan radical, sobre todo si se tiene en cuenta que estamos ante una nación de ciento cincuenta millones de habitantes. Es evidente que los acontecimientos de 1917, sea cual fuere el juicio que merezcan, son dignos de ser investigados.

La historia de la revolución, como toda historia, debe, ante todo, relatar los hechos y su desarrollo. Mas esto no basta. Es menester que del relato se desprenda con claridad por qué las cosas sucedieron de ese modo y no de otro. Los sucesos históricos no pueden considerarse como una cadena de aventuras ocurridas al azar ni engarzarse en el hilo de una moral preconcebida, sino que deben someterse al criterio de las leyes que los gobiernan. El autor del presente libro entiende que su misión consiste precisamente en sacar a la luz esas leyes.

El rasgo característico más indiscutible de las revoluciones es la intervención directa de las masas en los acontecimientos históricos. En tiempos normales, el Estado, sea monárquico o democrático, está por encima de la nación; la historia corre a cargo de los especialistas de este oficio: los monarcas, los ministros, los burócratas, los parlamentarios, los periodistas. Pero en los momentos decisivos, cuando el orden establecido se hace insoportable para las masas, éstas rompen las barreras que las separan de la palestra política, derriban a sus representantes tradicionales y, con su intervención, crean un punto de partida para el nuevo régimen. Dejemos a los moralistas juzgar si esto está bien o mal. A nosotros nos basta con tomar los hechos tal como nos los brinda su desarrollo objetivo. La historia de las revoluciones es para nosotros, por encima de todo, la historia de la irrupción violenta de las masas en el gobierno de sus propios destinos.

Cuando en una sociedad estalla la revolución, luchan unas clases contra otras, y, sin embargo, es de una innegable evidencia que las modificaciones por las bases económicas de la sociedad y el sustrato social de las clases desde que comienza hasta que acaba no bastan, ni mucho menos, para explicar el curso de una revolución que en unos pocos meses derriba instituciones seculares y crea otras nuevas, para volver en seguida a derrumbarlas. La dinámica de los acontecimientos revolucionarios se halla *directamente*

informada por los rápidos tensos y violentos cambios que sufre la sicología de las clases formadas antes de la revolución.

La sociedad no cambia nunca sus instituciones a medida que lo necesita, como un operario cambia sus herramientas. Por el contrario, acepta prácticamente como algo definitivo las instituciones a que se encuentra sometida. Pasan largos años durante los cuales la obra de crítica de la oposición no es más que una válvula de seguridad para dar salida al descontento de las masas y una condición que garantiza la estabilidad del régimen social dominante; es, por ejemplo, la significación que tiene hoy la oposición socialdemócrata en ciertos países. Han de sobrevenir condiciones completamente excepcionales, independientes de la voluntad de los hombres o de los partidos, para arrancar al descontento las cadenas del conservadurismo y llevar a las masas a la insurrección.

Por tanto, esos cambios rápidos que experimentan las ideas y el estado de espíritu de las masas en las épocas revolucionarias no son producto de la elasticidad y movilidad de la psiquis humana, sino al revés, de su profundo conservadurismo. El rezagamiento crónico en que se hallan las ideas y relaciones humanas con respecto a las nuevas condiciones objetivas, hasta el momento mismo en que éstas se desploman catastróficamente, por decirlo así, sobre los hombres, es lo que en los períodos revolucionarios engendra ese movimiento exaltado de las ideas y las pasiones que a las mentalidades policiacas se les antoja fruto puro y simple de la actuación de los "demagogos". Las masas no van a la revolución con un plan preconcebido de la sociedad nueva, sino con un sentimiento claro de la imposibilidad de seguir soportando la sociedad vieja. Sólo el sector dirigente de cada clase tiene un programa político, programa que, sin embargo, necesita todavía ser sometido a la prueba de los acontecimientos y a la aprobación de las masas. El proceso político fundamental de una revolución consiste precisamente en que esa clase perciba los objetivos que se desprenden de la crisis social en que las masas se orientan de un modo activo por el método de las aproximaciones sucesivas. Las distintas etapas del proceso revolucionario, consolidadas pro el desplazamiento de unos partidos por otros cada vez más extremos, señalan la presión creciente de las masas hacia la izquierda, hasta que el impulso adquirido por el movimiento tropieza con obstáculos objetivos. Entonces comienza la reacción: decepción de ciertos sectores de la clase revolucionaria, difusión del indeferentismo y consiguiente consolidación de las posiciones adquiridas por las fuerzas contrarrevolucionarias. Tal es, al menos, el esquema de las revoluciones tradicionales.

Sólo estudiando los procesos políticos sobre las propias masas se alcanza a comprender el papel de los partidos y los caudillos que en modo alguno queremos negar. Son un elemento, si no independiente, sí muy importante, de este proceso. Sin una organización dirigente, la energía de las masas se disiparía, como se disipa el vapor no contenido en una caldera. Pero sea como fuere, lo que impulsa el movimiento no es la caldera ni el pistón, sino el vapor.

Son evidentes las dificultades con que tropieza quien quiere estudiar los cambios experimentados por la conciencia de las masas en épocas de revolución. Las clases oprimidas crean la historia en las fábricas, en los cuarteles, en los campos, en las calles de la ciudad. Mas no acostumbran a ponerla por escrito. Los períodos de tensión máxima de las pasiones sociales dejan, en general, poco margen par ala contemplación y el relato. Mientras dura la revolución, todas las musas, incluso esa musa plebeya del periodismo, tan robusta, lo pasan mal. A pesar de esto, la situación del historiador no es desesperada, ni mucho menos. Los apuntes escritos son incompletos, andan sueltos y desperdigados. Pero, puestos a la luz de los acontecimientos, estos testimonios fragmentarios permiten muchas veces adivinar la dirección y el ritmo del proceso histórico. Mal o bien, los partidos revolucionarios fundan su técnica en la observación de los cambios experimentados por la conciencia de las masas. La senda histórica del bolchevismo demuestra que esta observación, al menos en sus rasgos más salientes, es perfectamente factible. ¿Por qué lo accesible al político revolucionario en el torbellino de la lucha no ha de serlo también retrospectivamente al historiador?

Sin embargo, los procesos que se desarrollan en la conciencia de las masas no son nunca autóctonos ni independientes. Pese a los idealistas y a los eclécticos, la conciencia se halla determinada por la existencia. Los supuestos sobre los que surgen la Revolución de Febrero y su suplantación por la de Octubre tienen necesariamente que estar informados por las condiciones históricas en que se formó Rusia, por su economía, sus clases, su Estado, por las influencias ejercidas sobre ella por otros países. Y cuanto más enigmático nos parezca el hecho de que un país atrasado fuera el primero en exaltar al poder al proletariado, más tenemos que buscar la explicación de este hecho en las características de ese país, o sea en lo que le diferencia de los demás.

En los primeros capítulos del presente libro esbozamos rápidamente la evolución de la sociedad rusa y de sus fuerzas intrínsecas, acusando de este modo las peculiaridades históricas de Rusia y su peso específico. Confiamos en que el esquematismo de esas

páginas no asustará al lector. Más adelante, conforme siga leyendo, verá a esas mismas fuerzas sociales vivir y actuar.

Este trabajo no está basado precisamente en los recuerdos personales de su autor. El hecho de que éste participara en los acontecimientos no le exime del deber de basar su estudio en documentos rigurosamente comprobados. El autor habla de sí mismo allí donde la marcha de los acontecimientos le obliga a hacerlo, pero siempre en tercera persona. Y no por razones de estilo simplemente, sino porque el tono subjetivo que en las autobiografías y en las memorias es inevitable sería inadmisible en un trabajo de índole histórica.

Sin embargo, la circunstancia de haber intervenido personalmente en la lucha permite al autor, naturalmente, penetrar mejor, no sólo en la sicología de las fuerzas actuantes, las individuales y las colectivas, sino también en la concatenación interna de los acontecimientos. Mas para que esta ventaja dé resultados positivos, precisa observar una condición, a saber: no fiarse a los datos de la propia memoria, y esto no sólo en los detalles, sino también en lo que respecta a los motivos y a los estados de espíritu. El autor cree haber guardado este requisito en cuanto de él dependía.

Todavía hemos de decir dos palabras acerca de la posición política del autor, que en función de historiador, sigue adoptando el mismo punto de vista que adoptaba en función de militante ante los acontecimientos que relata. El lector no está obligado, naturalmente, a compartir las opiniones políticas del autor, que éste, por su parte, no tiene tampoco por qué ocultar. Pero sí tiene derecho a exigir de un trabajo histórico que no sea precisamente la apología de una posición política determinada, sino una exposición, internamente razonada, del proceso real y verdadero de la revolución. Un trabajo histórico sólo cumple del todo con su misión cuando en sus páginas los acontecimientos se desarrollan con toda su forzosa naturalidad.

¿Mas tiene esto algo que ver con la que llaman "imparcialidad" histórica? Nadie nos ha explicado todavía claramente en qué consiste esa imparcialidad. El tan citado dicho de Clemenceau de que las revoluciones hay que tomarlas o desecharlas *en bloc* es, en el mejor de los casos, un ingenioso subterfugio: ¿cómo es posible abrazar o repudiar como un todo orgánico aquello que tiene su esencia en la escisión? Ese aforismo se lo dicta a Clemenceau, por una parte, la perplejidad producida en éste por el excesivo arrojo de sus antepasados, y, por otra, la confusión en que se halla el descendiente ante sus sombras.

Uno de los historiadores reaccionarios, y, por tanto, más de moda en la Francia contemporánea, L. Madelein, que ha calumniado con palabras tan elegantes a la Gran

Revolución, que vale tanto como decir a la progenitora de la nación francesa, afirma que "el historiador debe colocarse en lo alto de las murallas de la ciudad sitiada, abrazando con su mirada a sitiados y sitiadores"; es, según él, la única manera de conseguir una "justicia conmutativa". Sin embargo, los trabajos de este historiador demuestran que si él se subió a lo alto de las murallas que separan a los dos bandos, fue, pura y simplemente, para servir de espía a la reacción. Y menos mal que en este caso se trata de batallas pasadas, pues en épocas de revolución es un poco peligroso asomar la cabeza sobre las murallas. Claro está que, en los momentos peligrosos, estos sacerdotes de la "justicia conmutativa" suelen quedarse sentados en casa esperando a ver de qué parte se inclina la victoria.

El lector serio y dotado de espíritu crítico no necesita de esa solapada imparcialidad que le brinda la copa de la conciliación llena de posos de veneno reaccionario, sino de la metódica escrupulosidad que va a buscar en los hechos honradamente investigados, apoyo manifiesto para sus simpatías o antipatías disfrazadas, a la contrastación de sus nexos reales, al descubrimiento de las leyes por que se rigen. Ésta es la única objetividad histórica que cabe, y con ella basta, pues se halla contrastada y confirmada, no por las buenas intenciones del historiador de que él mismo responde, sino por las leyes que rigen el proceso histórico y que él se limita a revelar.

Para escribir este libro nos han servido de fuentes numerosas publicaciones periódicas, diarios y revistas, memorias, actas y otros materiales, en parte manuscritos y, principalmente, los trabajos editados por el Instituto para la Historia de la Revolución en Moscú y Leningrado. Nos ha parecido superfluo indicar en el texto las diversas fuentes, ya que con ello no haríamos más que estorbar la lectura. Entre las antologías de trabajos históricos hemos manejado muy en particular los dos tomos de los *Apuntes para la Historia de la Revolución de Octubre* (Moscú-Leningrado, 1927). Escritos por distintos autores, los trabajos monográficos que forman estos dos tomos no tienen todos el mismo valor, pero contienen, desde luego, abundante material de hechos.

Cronológicamente nos guiamos en todas las fechas por el viejo calendario, rezagado en trece fechas, como se sabe, respecto al que regía en el resto del mundo y hoy rige también en los Soviets. El autor no tenía más remedio que atenerse al calendario que estaba en vigor durante la revolución. Ningún trabajo le hubiera costado, naturalmente, trasponer las fechas según el cómputo moderno. Pero esta operación, eliminando unas dificultades, habría creado otras de más monta. El derrumbamiento de la monarquía pasó a la historia con el nombre de Revolución de Febrero. Sin embargo, computando la fecha por el calendario occidental, ocurrió en marzo. La manifestación armada que se organizó

contra la política imperialista del gobierno provisional figura en la historia con el nombre de "jornadas de abril", siendo así que, según el cómputo europeo, tuvo lugar en mayo. Sin detenernos en otros acontecimientos y fechas intermedios, haremos notar, finalmente, que la Revolución de Octubre se produjo, según el calendario europeo, en noviembre. Como vemos, ni el propio calendario se puede librar del sello que estampan en él los acontecimientos de la Historia, y al historiador no le es dado corregir las fechas históricas con ayuda de simples operaciones aritméticas. Tenga en cuenta el lector que antes de derrocar el calendario bizantino, la revolución hubo de derrocar las instituciones que a él se aferraban.

L. TROTSKI

Prinkipo

CAPITULO I
LAS CARACTERÍSTICAS DEL DESARROLLO DE RUSIA

El rasgo fundamental y más constante de la historia de Rusia es el carácter rezagado de su desarrollo, con el atraso económico, el primitivismo de las formas sociales y el bajo nivel de cultura que son su obligada consecuencia.

La población de aquellas estepas gigantescas, abiertas a los vientos inclementes del Oriente y a los invasores asiáticos, nació condenada por la naturaleza misma a un gran rezagamiento. La lucha con los pueblos nómadas se prolonga hasta fines del siglo XVII. La lucha con los vientos que arrastran en invierno los hielos y en verano la sequía aún se sigue librando hoy en día. La agricultura -base de todo el desarrollo del país- progresaba de un modo extensivo: en el norte eran talados y quemados los bosques, en el sur se roturaban las estepas vírgenes; Rusia fue tomando posesión de la naturaleza no en profundidad, sino en extensión.

Mientras que los pueblos bárbaros de Occidente se instalaban sobre las ruinas de la cultura romana, muchas de cuyas viejas piedras pudieron utilizar como material de construcción, los eslavos de Oriente se encontraron en aquellas inhóspitas latitudes de la estepa huérfanos de toda herencia: su antecesores vivían en un nivel todavía más bajo que el suyo. Los pueblos de la Europa occidental, encerrados en seguida dentro de sus fronteras naturales, crearon los núcleos económicos y de cultura de las sociedades industriales. La población de la llanura oriental, tan pronto vio asomar los primeros signos de penuria, penetró en los bosques o se fue a las estepas. En Occidente, los elementos más emprendedores y de mayor iniciativa de la población campesina vinieron a la ciudad, se convirtieron en artesanos, en comerciantes. Algunos de los elementos activos y audaces de Oriente se dedicaron también al comercio, pero la mayoría se convirtieron en cosacos, en colonizadores.

El proceso de diferenciación social tan intensivo en Occidente, en Oriente veíase contenido y esfumado por el proceso de expansión. "El zar de los moscovitas, aunque cristiano, reina sobre gente de inteligencia perezosa", escribía Vico, contemporáneo de Pedro I. Aquella "inteligencia perezosa" de los moscovitas reflejaba la lentitud del ritmo económico, la vaguedad informe de las relaciones de clase, la indigencia de la historia interior.

Las antiguas civilizaciones de Egipto, India y la China tenían características propias que se bastaban a sí mismas y disponían de tiempo suficiente para llevar sus relaciones

sociales, a pesar del bajo nivel de sus fuerzas productivas, casi hasta esa misma minuciosa perfección que daban a sus productos los artesanos de dichos países. Rusia hallábase enclavada entre Europa y Asia, no sólo geográficamente, sino también desde un punto de vista social e histórico. Se diferenciaba en la Europa occidental, sin confundirse tampoco con el Oriente asiático, aunque se acercase a uno u otro continente en los distintos momentos de su historia, en uno u otro respecto. El Oriente aportó el yugo tártaro, elemento importantísimo en la formación y estructura del Estado ruso. El Occidente era un enemigo mucho más temible; pero al mismo tiempo un maestro. Rusia no podía asimilarse a las formas de Oriente, compelida como se hallaba a plegarse constantemente a la presión económica y militar de Occidente.

La existencia en Rusia de un régimen feudal, negada por los historiadores tradicionales, puede considerarse hoy indiscutiblemente demostrada por las modernas investigaciones. Es más: los elementos fundamentales del feudalismo ruso eran los mismos que los de Occidente. Pero el solo hecho de que la existencia en Rusia de una época feudal haya tenido que demostrarse mediante largas polémicas científicas, es ya claro indicio del carácter imperfecto del feudalismo ruso, de sus formas indefinidas, de la pobreza de sus monumentos culturales.

Los países atrasados se asimilan las conquistas materiales e ideológicas de las naciones avanzadas. Pero esto no significa que sigan a estas últimas servilmente, reproduciendo todas las etapas de su pasado. La teoría de la reiteración de los ciclos históricos -procedente de Vico y sus secuaces- se apoya en la observación de los ciclos de las viejas culturas precapitalistas y, en parte también, en las primeras experiencias del capitalismo. El carácter provincial y episódico de todo el proceso hacia que, efectivamente, se repitiesen hasta cierto punto las distintas fases de cultura en los nuevos núcleos humanos. Sin embargo, el capitalismo implica la superación de estas condiciones. El capitalismo prepara y, hasta cierto punto, realiza la universalidad y permanencia en la evolución de la humanidad. Con esto se excluye ya la posibilidad de que se repitan las formas evolutivas en las distintas naciones. Obligado a seguir a los países avanzados, el país atrasado no se ajusta en su desarrollo a la concatenación de las etapas sucesivas. El privilegio de los países históricamente rezagados -que lo es realmente- está en poder asimilarse las cosas o, mejor dicho, en obligarse a asimilárselas antes del plazo previsto, saltando por alto toda una serie de etapas intermedias. Los salvajes pasan de la flecha al fusil de golpe, sin recorrer la senda que separa en el pasado esas dos armas. Los colonizadores europeos de América no tuvieron necesidad de volver a empezar la historia por el principio. Si Alemania o los

Estados Unidos pudieron dejar atrás económicamente a Inglaterra fue, precisamente, porque ambos países venían rezagados en la marcha del capitalismo. Y la anarquía conservadora que hoy reina en la industria hullera británica y en la mentalidad de MacDonald y de sus amigos es la venganza por ese pasado en que Inglaterra se demoró más tiempo del debido empuñando el cetro de la hegemonía capitalista. El desarrollo de una nación históricamente atrasada hace, forzosamente, que se confundan en ella, de una manera característica, las distintas fases del proceso histórico. Aquí el ciclo presenta, enfocado en su totalidad, un carácter confuso, embrollado, mixto.

Claro está que la posibilidad de pasar por alto las fases intermedias no es nunca absoluta; hállase siempre condicionada en última instancia por la capacidad de asimilación económica y cultural del país. Además, los países atrasados rebajan siempre el valor de las conquistas tomadas del extranjero al asimilarlas a su cultura más primitiva. De este modo, el proceso de asimilación cobra un carácter contradictorio. Así por ejemplo, la introducción de los elementos de la técnica occidental, sobre todo la militar y manufacturera, bajo Pedro I se tradujo en la agravación del régimen servil como forma fundamental de la organización del trabajo. El armamento y los empréstitos a la europea -productos, indudablemente, de una cultura más elevada- determinaron el robustecimiento del zarismo, que, a su vez, se interpuso como un obstáculo ante el desarrollo del país.

Las leyes de la historia no tienen nada de común con el esquematismo pedantesco. El desarrollo desigual, que es la ley más general del proceso histórico, no se nos revela, en parte alguna, con la evidencia y la complejidad con que la patentiza el destino de los países atrasados. Azotados por el látigo de las necesidades materiales, los países atrasados vense obligados a avanzar a saltos. De esta ley universal del desarrollo desigual de la cultura se deriva otra que, a falta de nombre más adecuado, calificaremos de ley del *desarrollo combinado*, aludiendo a la aproximación de las distinta etapas del camino y a la confusión de distintas fases, a la amalgama de formas arcaicas y modernas. Sin acudir a esta ley, enfocada, naturalmente, en la integridad de su contenido material, sería imposible comprender la historia de Rusia ni la de ningún otro país de avance cultural rezagado, cualquiera que sea su grado.

Bajo la presión de Europa, más rica, el Estado ruso absorbía una parte proporcional mucho mayor de la riqueza nacional que los Estados occidentales, con lo cual no sólo condenaba a las masas del pueblo a una doble miseria, sino que atentaba también contra las bases de las clases pudientes. Pero, al propio tiempo, necesitado del apoyo de estas últimas, forzaba y reglamentaba su formación. Resultado de esto era que las clases privilegiadas, que

se habían ido burocratizando, no pudiesen llegar a desarrollarse nunca en toda su pujanza, razón por la cual el Estado iba acercándose cada vez más al despotismo asiático.

La autocracia bizantina, adoptada oficialmente por los zares moscovitas desde principios del siglo XVI, domeñó a los boyardos feudales con ayuda de la nobleza y sometió a ésta a su voluntad, entregándole los campesinos como siervos para erigirse sobre estas bases en el absolutismo imperial petersburgués. Para comprender el retraso con que se desarrolla este proceso histórico, baste decir que la servidumbre de la gleba, que surge en el transcurso del siglo XVI, se perfecciona en el XVII y florece en el XVIII, para no abolirse jurídicamente hasta 1861.

El clero desempeña, después de la nobleza, un papel bastante importante, pero completamente mediatizado, en el proceso de formación de la autocracia zarista. La Iglesia no se remonta nunca en Rusia a las alturas del poder que llega a ocupar en el Occidente católico, y se contenta con llenar las funciones de servidora espiritual cerca de la autocracia, apuntándose esto como un mérito de su humildad. Los obispos y metropolitanos sólo disponían de poder en cuanto mandatarios del brazo secular. Los patriarcas cambiaban al cambiar los zares. En el período petersburgués, la sujeción de la Iglesia al Estado hízose todavía más servil. Los doscientos mil curas y frailes integraban en el fondo la burocracia del país, eran una especie de cuerpo policiaco de la fe: en justa reciprocidad, la policía secular amparaba el monopolio del clero ortodoxo en materia de fe y protegía sus tierras y sus rentas.

La eslavofilia, este mesianismo del atraso, razonaba su filosofía diciendo que el pueblo ruso y su Iglesia eran fundamentalmente democráticos, en tanto que la Rusia oficial no era otra cosa que la burocracia alemana implantada por Pedro el Grande. Marx observaba, a este propósito: "Exactamente lo mismo que los asnos teutónicos desplazaron el despotismo de Federico II, etc., a los franceses, como si los esclavos atrasados no necesitaran siempre de esclavos civilizados para amaestrarlos". Esta breve observación refleja perfectamente no sólo la vieja filosofía de los eslavófilos, sino también el evangelio moderno de los "racistas".

La incidencia del feudalismo ruso y de toda la historia rusa antigua cobraba su más triste expresión en la ausencia de auténticas ciudades medievales como centros de artesanía, de comercio. En Rusia el artesanado no tuvo tiempo de desglosarse por entero de la agricultura y conservó siempre el carácter del trabajo a domicilio. Las viejas ciudades rusas eran centros comerciales, administrativos, militares y de la nobleza; centros, por consiguiente, consumidores y no productores. La misma ciudad de Novgorod, tan cercana

a la Hansa y que no llegó a conocer el yugo tártaro, era una ciudad comercial sin industria. Cierto es que la dispersión de los oficios campesinos, repartidos por las distintas comarcas, creaba la necesidad de una red comercial extensa. Pero los mercaderes nómadas no podían ocupar, en modo alguno, el puesto que en Occidente ocupaba la pequeña y media burguesía de los gremios de artesanos en el comercio y la industria, indisolublemente unida a su periferia campesina. Además, las principales vías de comunicación del comercio ruso conducían al extranjero, asegurando así al capital extranjero, desde los tiempos más remotos, el puesto directivo y dando un carácter semicolonial a todas las operaciones, en que el comerciante ruso quedaba reducido al papel de intermediario entre las ciudades occidentales y la aldea rusa. Este género de relaciones económicas experimentó un cierto avance en la época del capitalismo ruso y tuvo su apogeo y suprema expresión en la guerra imperialista.

La insignificancia de las ciudades rusas, que es lo que más contribuyó a formar en Rusia el tipo de Estado asiático, excluía, en particular, la posibilidad de un movimiento de Reforma encaminada a sustituir la Iglesia ortodoxa burocrático-feudal por una variante cualquiera moderna del cristianismo adaptada a las necesidades de la sociedad burguesa. La lucha contra la Iglesia del Estado no trascendía de los estrechos límites de las sectas campesinas, sin excluir la más poderosa de todas, el cisma de los "creyentes viejos".

Quince años antes de que estallase la gran Revolución francesa se desencadenó en Rusia el movimiento de los cosacos, labriegos y obreros serviles de los montes Urales, acaudillado por Pugachev. ¿Qué le faltó a aquella furiosa insurrección popular para convertirse en verdadera revolución? Le faltó el tercer estado. Sin la democracia industrial de las ciudades, era imposible que la guerra campesina se transformase en revolución, del mismo modo que las sectas aldeanas no podían llevar a cabo una Reforma. Lejos de provocar una revolución, el alzamiento de Pugachev sirvió para consolidar el absolutismo burocrático como servidor fiel de los intereses de la nobleza, y volvió a demostrar su eficacia en una hora difícil.

La europeización del país, que comenzó formalmente bajo Pedro el Grande, fue convirtiéndose cada vez más, en el transcurso del siglo siguiente, en una necesidad de la propia clase gobernante, es decir, de la nobleza. En 1825, la intelectualidad aristocrática, dando expresión política a esta necesidad, se lanzó a una conspiración militar, con el fin de poner freno a la autocracia. Presionada por el desarrollo de la burguesía europea, la nobleza avanzada intentaba, de este modo, suplir la ausencia del tercer estado. Pero no se resignaba, a pesar de todo, a renunciar a sus privilegios de casta; aspiraba a combinarlos con el

régimen liberal por el que luchaba; por eso, lo que más temía era que se levantaran los campesinos. No tiene nada de extraño que aquella conspiración no pasara de ser la hazaña de unos cuantos oficiales brillantes, pero aislados, que sucumbieron casi sin lucha. Ese sentido tuvo la sublevación de los "decembristas"[1].

Los terratenientes que poseían fábricas fueron los primeros de su estamento que se iniciaron hacia la sustitución del trabajo servil por el trabajo libre. Otro de los factores que impulsaban esta medida era la exportación, cada día mayor, de cereales rusos al extranjero. En 1861, la burocracia noble, apoyándose en los terratenientes liberales, implanta la reforma campesina. El impotente liberalismo burgués, reducido a su papel de comparsa, no tuvo más remedio que contemplar el cambio pasivamente. No hace falta decir que el zarismo resolvió el problema fundamental de Rusia, esto es, la cuestión agraria, de un modo todavía más mezquino y rapaz de como la monarquía prusiana había de resolver, a la vuelta de pocos años, el problema capital de Alemania: su unidad nacional. La solución de los problemas que incumben a una clase por obra de otra es una de las combinaciones a que aludíamos, propias de los países atrasados.

Pero donde se revela de un modo más indiscutible la ley del desarrollo combinado es en la historia y el carácter de la industria rusa. Nacida tarde, no repite la evolución de los países avanzados, sino que se incorpora a éstos, adaptando a su atraso propio las conquistas más modernas. Si la evolución económica general de Rusia saltó sobre los períodos del artesanado gremial y de la manufactura, algunas ramas de su industria pasaron por alto toda una serie de etapas técnico-industriales que en Occidente llenaron varias décadas. Gracias a esto, la industria rusa pudo desarrollarse en algunos momentos con una rapidez extraordinaria. Entre la revolución de 1905 y la guerra, Rusia dobló, aproximadamente, su producción industrial. A algunos historiadores rusos esto les parece una razón bastante concluyente para deducir que "hay que abandonar la leyenda del atraso y del progreso lento". En rigor la posibilidad de un tan rápido progreso se hallaba condicionada precisamente por el atraso del país, que no sólo persiste hasta el momento de la liquidación de la vieja Rusia, sino que aún perdura como herencia de ese pasado hasta el día de hoy.

El termómetro fundamental para medir el nivel económico de una nación es el rendimiento del trabajo, que, a su vez, depende del peso específico de la industria en la economía general del país. En vísperas de la guerra, cuando la Rusia zarista había alcanzado el punto culminante de su bienestar, la parte alícuota de riqueza nacional que correspondía a cada habitante era ocho o diez veces inferior a la de los Estados Unidos, lo cual no tiene

[1] "Decembristas" o "dekabristas" por el mes de diciembre, en que tuvo lugar

nada de sorprendente si se tiene en cuenta que las cuatro quintas partes de la población obrera de Rusia se concentraban en la agricultura, mientras que en los Estados Unidos, por cada persona ocupada en las labores agrícolas había 2,5 obreros industriales. Añádase a esto que en vísperas de la guerra Rusia tenía 0,4 kilómetros de líneas férreas por cada 100 kilómetros cuadrados, mientras que en Alemania la proporción era de 1,7 y de 7 en Austria-Hungría, y por el estilo, todos los demás coeficientes comparativos que pudiéramos mencionar.

Como ya hemos dicho, es precisamente en el campo de la economía donde se manifiesta con su máximo relieve la ley del desarrollo combinado. Y así, mientras que hasta el momento mismo de estallar la revolución, la agricultura se mantenía, con pequeñas excepciones, casi en el mismo nivel del siglo XVII, la industria, en lo que a su técnica y a su estructura capitalista se refería, estaba al nivel de los países más avanzados, y, en algunos respectos, los sobrepasaba. En el año 1914 las pequeñas industrias con menos de cien obreros representaban en los Estados Unidos un 35 por 100 del censo total de obreros industriales, mientras que en Rusia este porcentaje era tan sólo de 17,8. La mediana y la gran industria, con una nómina de 100 a 1.000 obreros, representaban un peso específico aproximadamente igual; los centros fabriles gigantescos que daban empleo a más de mil obreros cada uno y que en los Estados Unidos sumaban el 17,8 por 100 del censo total de la población obrera, en Rusia representaban el 41,4 por 100. En las regiones industriales más importantes este porcentaje era todavía más elevado: en la zona de Petrogrado era de 44,4 por 100; en la de Moscú, de 57,3 por 100. A idénticos resultados llegamos comparando la industria rusa con la inglesa o alemana. Este hecho, que nosotros fuimos los primeros en registrar en el año 1908, se aviene mal con la idea que vulgarmente se tiene del atraso económico de Rusia. Y, sin embargo, no excluye este atraso, sino que lo complementa dialécticamente.

También la fusión del capital industrial con el bancario se efectuó en Rusia en proporciones que tal vez no haya conocido ningún otro país. Pero la mediatización de la industria por los Bancos equivalía a su mediatización por el mercado financiero de la Europa occidental. La industria pesada (metal, carbón, petróleo) se hallaba sometida casi por entero al control del capital financiero internacional, que se había creado una red auxiliar y mediadora de Bancos en Rusia. La industria ligera siguió las mismas huellas. En términos generales, cerca del 40 por 100 del capital acciones invertido en Rusia pertenecía a extranjeros, y la proporción era considerablemente mayor en las ramas principales de la industria. Sin exageración, puede decirse que los paquetes de acciones que controlaban los

principales bancos, empresas y fábricas de Rusia estaban en manos de extranjeros, debiendo advertirse que la participación de los capitales de Inglaterra, Francia y Bélgica representaba casi el doble de la de Alemania.

Las condiciones originarias de la industria rusa y de su estructura informan el carácter social de la burguesía de Rusia y su fisonomía política. La intensa concentración industrial suponía, ya de suyo, que entre las altas esferas capitalistas y las masas del pueblo no hubiese sito para una jerarquía de capas intermedias. Añádase a esto que los propietarios de las más importantes empresas industriales, bancarias y de transportes eran extranjeros que cotizaban los beneficios obtenidos en Rusia y su influencia política en los parlamentos extranjeros, razón por la cual no sólo no les interesaba fomentar la lucha por el parlamentarismo ruso, sino que muchas veces le hacían frente: bate recordar el vergonzoso papel que desempeñaba en Rusia la Francia oficial. Tales eran las causas elementales e insuperables del aislamiento político y del odio al pueblo de la burguesía rusa. Y si ésta, en los albores de su historia, no había alcanzado el grado necesario de madurez para acometer la reforma del Estado, cuando las circunstancias le depararon la ocasión de ponerse al frente de la revolución demostró que llegaba ya tarde.

En consonancia con el desarrollo general del país, la base sobre la que se formó la clase obrera rusa no fue el artesanado gremial, sino la agricultura; no fue la ciudad, sino el campo. Además, el proletariado de Rusia no fue formándose paulatinamente a lo largo de los siglos, arrastrando tras sí el peso del pasado, como en Inglaterra, sino a saltos, por una transformación súbita de las condiciones de vida, de las relaciones sociales, rompiendo bruscamente con el ayer. Esto fue, precisamente, lo que, unido al yugo concentrado el zarismo, hizo que los obreros rusos se asimilaran las conclusiones más avanzadas del pensamiento revolucionario, del mismo modo que la industria rusa, llegada al mundo con retraso, se asimiló las últimas conquistas de la organización capitalista.

El proletariado ruso tornaba a producir, una y otra vez, la breve historia de sus orígenes. Al tiempo que en la industria metalúrgica, sobre todo en Petersburgo, cristalizaba y surgía una categoría de proletarios depurados que habían roto completamente con la aldea, en los Urales seguía predominando el tipo obrero de semiproletario, semicampesino. La afluencia de nuevas hornadas de mano de obra del campo a las regiones industriales renovaba todos los años los lazos que unían al proletariado con su cantera social.

La incapacidad de acción política de la burguesía se hallaba directamente formada por el carácter de sus relaciones con el proletariado y la clase campesina. La burguesía no podía arrastrar consigo a los obreros a quienes la vida de todos los días enfrentaba con ella y que,

además, aprendieron en seguida a generalizar sus problemas. Y la misma incapacidad demostraba para atraerse a los campesinos, atada como estaba a los terratenientes por una red de intereses comunes y temerosa de que el régimen de propiedad, en cualquiera de sus formas, se viniese a tierra. El retraso de la revolución rusa no era tan sólo, como se ve, un problema de cronología, sino que afectaba también a la estructura social del país.

Inglaterra hizo su revolución puritana en una época en que su población total no pasaba de los cinco millones y medio de habitantes, de los cuales medio millón correspondía a Londres. En la época de la Revolución francesa París no contaba tampoco con más de medio millón de almas de los veinticinco que formaban el censo total del país. A principios del siglo XX Rusia tenía cerca de ciento cincuenta millones de habitantes, más de tres millones de los cuales se concentraban en Petrogrado y Moscú. Detrás de estas cifras comparativas laten grandes diferencias sociales. La Inglaterra del siglo XVII, como la Francia del siglo XVIII, no conocían aún el proletariado moderno. En cambio, en Rusia la clase obrera contaba, en 1905, incluyendo la ciudad y el campo, no menos de diez millones de almas, que, con sus familias, venían a representar más de veinticinco millones de almas, cifra que superaba la de la población total de Francia en la época de la Gran Revolución. Desde los artesanos acomodados y los campesinos independientes que formaban en el ejército de Cromwell hasta los proletarios industriales de Petersburgo, pasando por los sansculottes[2] de París, la revolución hubo de modificar profundamente su mecánica social, sus métodos, y con éstos también, naturalmente, sus fines.

---

[2] La expresión sans-culottes significa literalmente "sin calzones". El término está relacionado con las modas y costumbres de la época, el siglo XVIII, ya que los sectores sociales más acomodados vestían con unas calzas cortas y ajustadas (los culottes), mientras que muchos miembros del *Tercer Estado* llevaban pantalones largos. Bajo este mote, usado al principio de forma despectiva y exhibido posteriormente por ellos mismos con orgullo, se incluía a un grupo heterogéneo de personas: trabajadores independientes, pequeños comerciantes y artesanos (carpinteros, sastres, etc.). No se incluían entre ellos ni a los más pobres ni a la burguesía acomodada. Los sans-culottes constituían, por su elevado número, una parte importante del Tercer Estado de la capital francesa. Durante generaciones se hallaron expuestos a numerosas injusticias y continuas vejaciones por parte de los estamentos privilegiados. El inicio de la Revolución Francesa significó, para muchos de ellos, el momento de su venganza. Al estallar aquella, los sans-culottes se convirtieron en la fuerza de choque popular que asaltó la Bastilla y el palacio de las Tullerías. También constituyeron la base fundamental del ejército francés que se enfrentó a las potencias absolutistas europeas.

Entre 1792 y 1795, los sans-culottes fueron los protagonistas de la escena política revolucionaria. Asistían a los debates de la Asamblea Nacional, Asamblea Constituyente y la Asamblea Legislativa y allí alentaban a los representantes radicales que con mayor ardor defendían los duros castigos para los acaparadores de alimentos, la fijación de un precio máximo para los productos de primera necesidad o la condena a muerte de Luis XVI. [Nota de la edición digital]

Los acontecimientos de 1905 fueron el prologo de las dos revoluciones de 1917: la de Febrero y la de Octubre. El prólogo contenía ya todos los elementos del drama, aunque éstos no se desarrollasen hasta el fin. La guerra ruso-japonesa hizo tambalearse al zarismo. La burguesía liberal se valió del movimiento de las masas para infundir un poco de miedo desde la oposición a la monarquía. Pero los obreros se emanciparon de la burguesía, organizándose aparte de ella y frente a ella en los soviets, creados entonces por vez primera. Los campesinos s levantaron, al grito de "¡tierra!", en toda la gigantesca extensión del país. Los elementos revolucionarios del ejército sentíanse atraídos, tanto como los campesinos, por los soviets, que, en el momento álgido de la revolución, disputaron abiertamente el poder a la monarquía. Fue entonces cuando actuaron pro primera vez en la historia de Rusia todas las fuerzas revolucionarias: carecían de experiencia y les faltaba la confianza en sí mismas. Los liberales retrocedieron ostentosamente ante la revolución en el preciso momento en que se demostraba que no bastaba con hostilizar al zarismo, sino que era preciso derribarlo. La brusca ruptura de la burguesía con el pueblo, que hizo que ya entonces se desprendiese de aquélla una parte considerable de la intelectualidad democrática, facilitó a la monarquía la obra de selección dentro del ejército, le permitió seleccionar las fuerzas fieles al régimen y organizar una sangrienta represión contra los obreros y campesinos. Y, aunque con algunas costillas rotas, el zarismo salió vivo y relativamente fuerte de la prueba de 1905.

¿Qué alteraciones introdujo en el panorama de las fuerzas sociales el desarrollo histórico que llena los once años que median entre el prólogo y el drama? Durante este período se acentúa todavía más la contradicción entre el zarismo y las exigencias de la historia. La burguesía se fortificó económicamente, pero ya hemos visto que su fuerza se basaba en la intensa concentración de la industria y en la importancia creciente del capital extranjero. Adoctrinada por las enseñanzas de 1905, la burguesía se hizo aún más conservadora y suspicaz. El peso específico dentro del país de la pequeña burguesía y de la clase media, que ya antes era insignificante, disminuyó más aún. La intelectualidad democrática no disponía del menor punto consistente de apoyo social. Podía gozar de una influencia política transitoria, pero nunca desempeñar un papel propio: hallábase cada vez más mediatizada por el liberalismo burgués. En estas condiciones no había más que un partido que pudiera brindar un programa, una bandera y una dirección a los campesinos: el proletariado. La misión grandiosa que le estaba reservada engendró la necesidad inaplazable de crear una organización revolucionaria propia, capaz de reclutar a las masas del pueblo y ponerlas al servicio de la revolución, bajo la iniciativa de los obreros. Así fue como los

soviets de 1905 tomaron en 1917 un gigantesco desarrollo. Que los soviets -dicho sea de paso- no son, sencillamente, producto del atraso histórico de Rusia, sino fruto de la ley del desarrollo social combinado, lo demuestra por sí solo el hecho de que el proletariado del país más industrial del mundo, Alemania, no hallase durante la marejada revolucionaria de 1918-1919 más forma de organización que los soviets.

La Revolución de 1917 perseguía como fin inmediato el derrumbamiento de la monarquía burocrática. Pero, a diferencia de las revoluciones burguesas tradicionales, daba entrada en la acción, en calidad de fuerza decisiva, a una nueva clase, hija de los grandes centros industriales y equipada con una nueva organización y nuevos métodos de lucha. La ley del desarrollo social combinado se nos presenta aquí en su expresión última: la revolución, que comienza derrumbando toda la podredumbre medieval, a la vuelta de pocos meses lleva al poder al proletariado acaudillado por el partido comunista.

El punto de partida de la revolución rusa fue la revolución democrática. Pero planteó en términos nuevos el problema de la democracia política. Mientras los obreros llenaban el país de soviets, dando entrada en ellos a los soldados y, en algunos sitios, a los campesinos, la burguesía seguía entreteniéndose en discutir si debía o no convocarse la Asamblea constituyente. Conforme vayamos exponiendo los acontecimientos, veremos dibujarse esta cuestión de un modo perfectamente concreto. Por ahora queremos limitarnos a señalar el puesto que corresponde a los soviets en la concatenación histórica de las ideas y las formas revolucionarias.

La revolución burguesa de Inglaterra, planteada a mediados del siglo XVIII, se desarrolló bajo el manto de la Reforma religiosa. El súbdito inglés, luchando por su derecho a rezar con el devocionario que mejor le pareciese, luchaba contra el rey, contra la aristocracia, contra los príncipes de la Iglesia y contra Roma. Los presbiterianos y los puritanos de Inglaterra estaban profundamente convencidos de que colocaban sus intereses terrenales bajo la suprema protección de la providencia divina. Las aspiraciones por que luchaban las nuevas clases confundíanse inseparablemente en sus conciencias con los textos de la Biblia y los ritos del culto religioso. Los emigrantes del *Mayflower* llevaron consigo al otro lado del océano esta tradición mezclada con su sangre. A esto se debe la fuerza excepcional de resistencia de la interpretación anglosajona del cristianismo. Y todavía es hoy el día en que los ministros "socialistas" de la Gran Bretaña encubren su cobardía con aquellos mismos textos mágicos en que los hombres del siglo XVII buscaban una justificación para su bravura.

En Francia, donde no prendió la Reforma, la Iglesia católica perduró como Iglesia del Estado hasta la revolución, que había de ir a buscar no a los textos de la Biblia, sino a las abstracciones de la democracia, la expresión y justificación para los fines de la sociedad burguesa. Y por grande que sea el odio que los actuales directores de Francia sientan hacia el jacobinismo, el hecho es que, gracias a la mano dura de Robespierre, pueden permitirse ellos hoy el lujo de seguir disfrazando su régimen conservador bajo fórmulas por medio de las cuales se hizo saltar en otro tiempo a la vieja sociedad.

Todas las grandes revoluciones han marcado a la sociedad burguesa una nueva etapa y nuevas formas de conciencia de sus clases. Del mismo modo que en Francia no prendió la Reforma, en Rusia no prendió tampoco la democracia formal. El partido revolucionario ruso a quien incumbió la misión de dejar estampado su sello en toda una época, no acudió a buscar la expresión de los problemas de la revolución a la Biblia, ni a esa democracia "pura" que no es más que el cristianismo secularizado, sino a las condiciones materiales de las clases que integran la sociedad. El sistema soviético dio a estas condiciones su expresión más sencilla, más diáfana y más franca. El régimen de e los trabajadores se realiza por vez primera en la historia bajo los soviets que, cualesquiera que sean las vicisitudes históricas que les estén reservadas, ha echado raíces tan profundas e indestructibles en la conciencia de las masas como, en su tiempo, la Reforma o la democracia pura.

CAPITULO II
LA RUSIA ZARISTA Y LA GUERRA

La intervención de Rusia en la guerra era contradictoria por los motivos y los fines que perseguía. En el fondo, la sangrienta lucha entablada giraba en torno a la supremacía mundial. En este sentido, excedía de las fuerzas de Rusia. Los "objetivos de guerra" de ésta (los estrechos turcos, Galicia, Armenia) tenían un carácter provincial y sólo podían ser alcanzados de pasada en la medida en que se armonizasen con los intereses de las potencias beligerantes decisivas.

Pero, al mismo tiempo, Rusia, como gran potencia que era, no podía permanecer al margen en aquellas disputas de los países capitalistas más avanzados, del mismo modo que, en la época anterior, no había podido abstenerse de introducir en su país fábricas, ferrocarriles, fusiles de tiro rápido y aeroplanos. Los frecuentes debates entablados entre los historiadores rusos de la moderna escuela acerca de si la Rusia zarista estaba o no madura para tomar parte en la política imperialista contemporánea, degeneran constantemente en escolasticismo, pues enfocan a Rusia aisladamente, como factor suelto en la palestra internacional, cuando, en realidad, no era más que el eslabón de un sistema.

La India tomó parte en la guerra formalmente y de hecho como colonia de Inglaterra. La intervención de China, aparentemente "voluntaria", fue, en realidad, la intervención del esclavo en las reyertas de los señores. La beligerancia de Rusia venía a ocupar un lugar intermedio entre la de Francia y la de China. Rusia pagaba en esta moneda el derecho a estar aliada con los países progresivos, importar sus capitales y abonar intereses por los mismos; es decir, pagaba, en el fondo, el derecho a ser una colonia privilegiada de sus aliados, al propio tiempo que a ejercer su presión sobre Turquía, Persia, Galicia, países más débiles y atrasados que ella, y a saquearlos. En el fondo, el imperialismo de la burguesía rusa, con su doble faz, no era más que un agente mediador de otras potencias mundiales más poderosas.

Los "compradores" chinos[3] son el tipo clásico de una burguesía nacional creada sobre el papel de agente intermedio entre el capital financiero extranjero y la economía interior del país. En la jerarquía de los Estados del mundo, Rusia ocupaba antes de la guerra un lugar considerablemente más alto que China. Problema aparte es ya saber el lugar que hubiera ocupado después de la guerra, suponiendo que no hubiese estallado la

[3] Se llama "comprador" al comerciante indígena que sirve de intermediario entre el capital extranjero y el mercado chino. [NDT.]

revolución. Sin embargo, la autocracia rusa, de una parte, y de otra la burguesía, presentaban los rasgos característicos marcados del tipo de los "compradores": tanto una como otra vivían y se nutrían de los vínculos que les unían al imperialismo extranjero, a cuyo servicio estaban, y de no apoyarse en él, no hubiera podido tenerse en pie. Y ya se vio que, a última hora, ni con este apoyo pudieron salir adelante. La burguesía rusa "semicompradora" tenía intereses mundiales imperialistas, a la manera como el agente que trabaja en comisión comparte los intereses de la empresa a quien sirve.

El instrumento de las guerras son los ejércitos. Y como en las mitologías nacionales, el propio Ejército se considera siempre invencible, las clases gobernantes en Rusia no se veían obligadas a hacer una excepción para el ejército zarista. En realidad, éste no representaba una fuerza sería más que contra los pueblos semibárbaros, los pequeños países limítrofes y los Estados en descomposición; en la palestra europea, este ejército podía luchar coaligado con los demás. En el aspecto defensivo, su eficacia estaba en relación directa con la inmensa extensión del país, la densidad escasa de población y las malas comunicaciones. El ejército de los campesinos siervos de la gleba tuvo un virtuoso: Suvórov. La Revolución Francesa, abriendo de par en par las puertas de una nueva sociedad y a una nueva estrategia, firmó la sentencia de muerte de los ejércitos suvorovianos.

La semiabolición del régimen servil y la implantación del servicio militar obligatorio modernizaron el ejército dentro de los mismos límites que el país: es decir, llevaron a él todas las contradicciones de una nación que aún no había hecho su revolución burguesa. Cierto es que el ejército zarista fue organizado y equipado a tono con el ejemplo de los países occidentales pero esto afectaba más a la forma que al fondo. Había una gran desproporción entre el nivel cultural del campesino-soldado y el de la técnica militar. En el mando cobraban expresión la ignorancia, la pereza y la venalidad de las clases gobernantes rusas. La industria y los transportes fallaban constantemente ante las exigencias concentradas de los tiempos de guerra. Los soldados, que en los primeros días de la guerra daban la impresión de estar bien equipados, carecieron en seguida no sólo de armas, sino de botas. En la guerra ruso-japonesa, el ejército zarista demostró su nulidad. En la época de la contrarrevolución, la monarquía, con la ayuda de la Duma, abasteció los depósitos de material de guerra y remendó como pudo el ejército, echando también una pieza a su reputación de invencible. Hasta que en el año 1914 sobrevino una prueba harto más dura.

En cuanto al armamento y las finanzas, Rusia se nos revela, durante la guerra, entregada servilmente a sus aliados. En realidad, esto no hacía más que reproducir, en el

aspecto militar, la subordinación general en que se encontraba respecto a los países capitalistas avanzados. Pero ni con la ayuda de los aliados salvó Rusia su situación. La escasez de municiones, la falta de medios para fabricarlas, la ausencia de una buena red ferroviaria, con su consiguiente incapacidad para el transporte, tradujeron el atraso de Rusia al lenguaje de las derrotas, accesible para todo el mundo, y esas derrotas recordaron a los elementos liberales de la nación que sus antecesores no se habían cuidado de hacer la revolución burguesa y que, por tanto, los descendientes estaban en deuda con la Historia.

Los primeros días de la guerra fueron también los primeros días de la ignominia. Después de una serie de catástrofes parciales, en la primavera de 1915 sobrevino la desbandada general. Los generales descargaban los furores de su ineptitud criminal sobre la población pacífica. Los inmensos territorios del país eran devastados brutalmente. Verdaderas nubes de langosta humana se veían empujadas a latigazos hacia el interior del país. El desastre de dentro venía a completar el derrumbamiento de fuera.

Contestando a las preguntas de sus colegas, en que hablaba la inquietud respecto a la situación en el frente, el ministro de la Guerra, general Polivanov, contestó textualmente: "Confío en la dilatada extensión intransitable de nuestro territorio, en los pantanos inacabables y en la misericordia de san Nicolás de Mirlik, protector de la santa Rusia." (Sesión del 4 de agosto de 1915.) Unas semanas más tarde, el general Ruski confesaba a aquellos mismos ministros: "Las modernas exigencias de la técnica militar exceden de nuestras posibilidades. Desde luego, no podemos entendérnoslas con los alemanes." Y en estas palabras no se reflejaba una impresión pasajera. El oficial Stankievich reproduce estas palabras de un ingeniero militar: "Es inútil que queramos guerrear contra los alemanes, pues no nos hallamos en condición de hacer nada. Hasta los nuevos métodos de guerra se truecan para nosotros en otras tantas causas de fracaso." Y aún podríamos citar multitud de opiniones por el estilo.

De lo único que los generales podían disponer en abundancia era de carne humana. Con la carne de vaca y de cerdo se guardaba mucha más economía. Aquellas nulidades grises del Estado Mayor, aquel Yanuskievich de la escolta de Nikolai Nikolaievich o aquel Alexeiev de la escolta del zar, no sabían más que tapar las brechas con nuevas movilizaciones, consolando a los aliados y consolándose a sí mismos con grandes columnas de cifras, cuando lo que hacía falta eran columnas de combatientes. Fueron movilizados cerca de quince millones de hombres que llenaban las zonas de combate, los cuarteles, los centros de etapa, se estrujaban y se pisoteaban unos a otros furiosos y con la maldición en los labios. Y estas masas humanas, que eran un valor nulo en el frente, eran, en cambio, un

valor muy efectivo de disgregación en el interior del país. Se calcula que el número de muertos, heridos y prisioneros rusos fue aproximadamente de cinco millones y medio de hombres. La cifra de desertores aumentaba incesantemente. Ya en julio de 1915, los ministros se lamentaban: "¡Pobre Rusia! Hasta su ejército, que en otros tiempos llenó el mundo con el clamor de sus victorias..., ha venido a quedar reducido a un tropel de cobardes y desertores."

Los propios ministros que hacían chistes macabros hablando de la "valentía evacuadora" de los generales, perdían horas y horas en discutir problemas como éste: ¿Debían sacarse de Kiev las reliquias de los santos o dejarlas estar? El zar entendía que podían dejarse allí, pues "los alemanes no se atreverán a tocarlas, y si se atreven, peor para ellos". Sin embargo, el Sínodo había empezado ya a trasladarlas a otro sitio: "Cuando nos marchemos, nos llevaremos con nosotros lo más preciado." Estos hechos no ocurrían en la época de las Cruzadas, sino en pleno siglo XX, mientras la radio transmitía las noticias de las derrotas rusas.

Los triunfos alcanzados por Rusia sobre Austria-Hungría no se debían tanto al país vencedor como al vencido. La putrefacta monarquía de los Habsburgo estaba pidiendo a voces desde hacía largo tiempo un sepulturero, el primero que llegase. No era la primera vez que Rusia triunfaba de los Estados en descomposición, tales como Turquía, Polonia y Persia. El frente suroccidental del ejército ruso, vuelto hacia Austria-Hungría, alcanzó, a diferencias de los otros, grandes victorias. En él se destacaron algunos generales que, si a decir verdad no revelaron en nada grandes aptitudes militares, por lo menos no estaban contagiados hasta el tuétano de ese fatalismo propio de los caudillos vencidos invariablemente. De este medio habrían de salir, andando el tiempo, algunos de los "héroes" blancos de las guerras civiles.

Todo el mundo buscaba en quién descargar sus culpas. No había judío a quien no se acusara de espionaje. Todo el que llevaba un apellido alemán veía su casa saqueada. El Estado Mayor del gran duque Nikolai Nikolaievich mandó fusilar como espía alemán al coronel de gendarmes Miasoiedov, sin prueba alguna fehaciente de lo que fuese. Sujomlinov, ministro de la Guerra, hombre vacuo y poco escrupuloso, fue detenido y acusado, acaso no sin motivos, de traición. El ministro de Negocios Extranjeros de la Gran Bretaña, Grey, dijo al presidente de la delegación parlamentaria rusa, comentando el hecho: "Vuestro gobierno da pruebas de una gran audacia al atreverse a procesar por traidor en plena guerra al ministro del ramo." Los estados mayores y la Duma acusaban de germanofilia a la Corte. Y tanto unos como otros sentían envidia y odio contra los aliados.

El alto mando francés economizaba sus tropas, echando mano de soldados rusos. Inglaterra se desplazaba lentamente. En los salones de Petrogrado y en los estados mayores del frente se decían bromeando: "Inglaterra ha jurado que guerrearía hasta dar la última gota de sangre... del soldado ruso." Estas bromas acabaron por llegar a oídos de los soldados del frente. "¡Todo para la guerra!", exclamaban los ministros, los diputados, los generales y los periodistas. "Sí -gruñían los soldados en las trincheras, empezando a abrir los ojos-; todos están dispuestos a combatir hasta la última gota... de mi sangre."

El ejército ruso experimentó en la guerra un número de muertos superior al de ninguna de las demás naciones que tomaron parte en la matanza; sus víctimas ascendieron a dos millones y medio de muertos, o sea el 40 por 100 de las pérdidas sufridas por todos los ejércitos aliados juntos. En los primeros meses, los soldados caían bajo los obuses sin reflexionar o reflexionando poco. Pero cada día que pasaba iba dejando en ellos un nuevo poso de experiencia, esa experiencia amarga de los "soldados rasos", que no tienen quién les sepa conducir. Los soldados tocaban las consecuencias de aquel caos de marchas sin rumbo ni objetivo que ordenaban sus generales en sus zapatos rotos y en un estómago vacío.

Y de aquella papilla sangrienta de hombres y cosas se alzó una palabra que fue tomando cuerpo y extendiéndose por todas partes: la palabra locura. El rudo lenguaje de los soldados empleaba, naturalmente, otra un poco más fuerte.

El cuerpo que primero se desmoralizó fue la Infantería, formada por campesinos. La Artillería, en cuyas filas suele haber un tanto por ciento bastante grande de obreros industriales, denota, por lo general, una capacidad mucho mayor de asimilación de las ideas revolucionarias, como hubo de demostrarse bien claramente en 1905. El hecho de que en 1917 la Artillería revelara, por el contrario, tendencias más conservadoras que la Infantería, se explica teniendo en cuenta que por los regimientos de Infantería pasaba como por un cedazo una sucesión constante de masas humanas cada vez menos preparadas. La Artillería, que había sufrido muchas menos pérdidas, seguía conversando los antiguos cuadros. Lo mismo ocurría en otras armas especiales. Pero, a última hora, tampoco la Artillería se mantuvo fiel.

Durante la retirada de Galicia, el generalísimo transmitió la siguiente orden secreta: "Azotar a los soldados que deserten o cometan cualesquiera otros delitos." Pireiko, un soldado, cuenta: "Comenzaron a azotar a los soldados por la más insignificante falta, como era, por ejemplo, el alejarse del regimiento por algunas horas sin permiso; otras veces se veía que azotaban sencillamente para levantar la moral bélica a fuerza de latigazos." Ya el

17 de septiembre de 1915, apuntaba Kuropatkin invocando el testimonio de Guchkov: "Los soldados partieron a la guerra lleno de entusiasmo; ahora están cansados y las constantes retiradas les han hecho perder la fe en la victoria." Era, sobre poco más o menos, por los mismos días en que el ministro del Interior, hablando de los treinta revoltosos que no conocen la disciplina, escandalizan, se pelean con los guardias (no hace mucho que un guardia fue muerto por ellos), libertan por la fuerza a los detenidos, etcétera. Es evidente que si surgen desórdenes, estas hordas se sumarán a la multitud." El soldado Pireiko, a quien citábamos más arriba, escribe en sus *Recuerdos*: "Todo el mundo, sin excepción, concentraba su interés en la paz: lo que menos le interesaba al ejército era saber quién saldría vencedor y qué clase de paz se sellaría. El ejército necesitaba, quería la paz a toda costa, pues estaba cansado ya de la guerra."

Una mujer que poseía espíritu observador, S. Fedorchenko, tuvo ocasión de escuchar, siendo enfermera, las conversaciones, casi diríamos los pensamientos, de los soldados, y los puso por escrito con gran arte en su carnet de notas. Fruto de este trabajo fue un librito titulado *El pueblo en la guerra*, que nos permite lanzar una ojeada a ese laboratorio en que las bombas, las alambradas, los gases asfixiantes y la vileza de los jefes fueron trabajando durante largos meses la conciencia de unos cuantos millones de campesinos rusos y donde con los huesos humanos crujían los prejuicios de varios siglos de tradición. En muchos de aquellos aforismos primitivos, grabados por la soldadesca, latían ya en potencia las consignas de la guerra civil que se avecinaba.

El general Ruski se lamentaba, en diciembre de 1916, de Riga, a la que llamaba la desgracia del frente septentrional. Era lo mismo que Pvinsk -decía el general-, "un nido de propaganda revolucionaria". El general Brusílov confirmaba que las tropas procedentes de esa región llegaban desmoralizadas que los soldados se negaban a lanzarse al ataque, que el capitán de una compañía había sido muerto a bayonetazos por sus hombres, que no había habido más remedio que fusilar a unos cuantos y por ahí adelante. "Los gérmenes que había de producir la descomposición definitiva del ejército existían ya mucho antes de la revolución", confiesa Rodzianko, que mantenía relaciones con la oficialidad y había visitado repetidas veces el frente.

Los elementos revolucionarios, al principio dispersos, se habían hundido en la masa del ejército casi sin dejar huella. Pero a medida que cundía el descontento iban saliendo de nuevo a la superficie. Los obreros huelguistas, enviados al frente como castigo, reforzaban las filas de los agitadores, y las retiradas les brindaban auditorios propicios. "En el interior,

y sobre todo en el frente -denuncia la Ocrana[4]-, el ejército está plagado de elementos subversivos, de los cuales unos pueden convertirse, llegado el momento de una sublevación, en una fuerza activa, y otros negarse a ejecutar medidas represivas...” Las autoridades superiores de la gendarmería de la provincia de Petrogrado denuncian en octubre de 1916, basándose en un informe del delegado de la “Unión de Zemstvos”, que el estado de espíritu que reina en el ejército es inquietante, que las relaciones entre los oficiales y soldados denotan una gran tirantez; por doquier pululan a millares los desertores. “Todo el que haya visto de cerca el ejército saca la impresión y el convencimiento de que entre los soldados reina indiscutible descomposición moral.” Por medida de prudencia, el informe añade que si bien mucho de lo que se cuenta en las citas informaciones parece poco verosímil, no hay más remedio que darle crédito, pues muchos de los médicos que regresan del frente de operaciones se expresan en idéntico sentido.

El estado de espíritu reinante en el interior del país correspondía a la moral del frente. En la reunión celebrada por el partido “kadete”[5] en octubre de 1916, la mayoría de los delegados hacía notar la apatía y la desconfianza en el final victorioso de la guerra que dominaban “en todos los sectores de la población, sobre todo en el campo y entre los elementos pobres de las ciudades”. El 30 de octubre de 1916, el director del Departamento de Policía hablaba en sus informes de la “fatiga de la guerra” y del “anhelo de una paz pronta, sea cual sea, que se observan por todas partes en todos los sectores de la población”.

Meses más tarde, todos estos señores, diputados y policías, generales, médicos y ex-gendarmes, afirmaban unánimemente que la revolución había matado el patriotismo en el ejército y que los bolcheviques les habían quitado de entre las manos una victoria segura.

En este caos de patriotismo belicoso, los que llevaban la batuta eran, sin duda, los demócratas constitucionales (los kadetes). El liberalismo, que ya a fines de 1905 había roto el contacto muy problemático que le unía a la revolución, levantó desde los primeros momentos de la contrarrevolución la bandera del imperialismo. Y la cosa era lógica: puesto que no había manera de limpiar al país de la basura feudal para garantizar a la burguesía una situación preeminente, no le quedaba más recurso que pactar una alianza con la monarquía y la nobleza, con el fin de asegurar al capital un puesto más relevante en la palestra mundial.

---

[4] La Ojrana, Okranka u Okrana; (Departamento de Seguridad) fue el cuerpo de policía secreta del régimen zarista en Rusia desde mediados del siglo XVIII. [Nota de la edición digital]

[5] Partido de los “demócratas constitucionales”.K.D. son las iniciales rusas de donde viene el nombre de *kadetes*. [NDT.]

Y si bien es cierto que la catástrofe mundial se fue preparando desde distintos puntos, lo cual hizo que hasta cierto punto sorprendiese incluso a sus organizadores más responsables, no es menos indudable que los liberales rusos, en su calidad de inspiradores de la política exterior de la monarquía, ocupan un lugar bastante destacado en la preparación de la guerra. Los caudillos de la burguesía rusa hacían justicia a la verdad al saludar como cosa suya la guerra de 1914. En la sesión solemne celebrada por la Duma nacional el 16 de julio de 1914, el representante de la fracción de los kadetes declara: "No poseemos condiciones ni formulamos exigencias; nos limitamos a arrojar en la balanza la firme decisión de rechazar al enemigo." La "unión sagrada" fue sellada también en Rusia como doctrina oficial. Durante las manifestaciones patrióticas de Moscú, el marqués de Benkerndorf, maestro mayor de ceremonias, declaró a los diplomáticos: "¡Ahí tienen ustedes la revolución que nos pronosticaban en Berlín!" "Esta idea -comenta el embajador francés Paleologue- está manifiestamente en todas las cabezas." Aquella gente consideraba como su deber abrigar y sembrar ilusiones en una situación que paree que debía ser incompatible con ellas.

No habían de hacerse esperar las frías enseñanzas de la realidad. Poco después de estallar la guerra, uno de los kadetes más expansivos, el abogado y terrateniente Rodichev exclamaba en una sesión del comité central de su partido: "¿Pero es posible que creáis que con imbéciles como éstos puede nadie vencer?" Los acontecimientos demostraron que no, que con imbéciles como aquéllos no había manera de vencer. Cuando ya tenía perdida una buena parte de su fe en el triunfo, el liberalismo intentó aprovecharse de la inercia de la guerra para introducir un poco de limpieza en la camarilla palaciega y obligar a la monarquía a pactar. El arma principal de que se sirvió para estos fines fue la acusación de germanofilia y de preparación de una paz por separado lanzada contra el partido de los palatinos.

En la primavera de 1915, cuando las tropas desarmadas se batían en retirada en todo el frente, las esferas gubernamentales decidieron, no sin la presión de los aliados, atraer hacia los trabajos de guerra la iniciativa de la industria privada. A una reunión convocada especialmente para este fin acudieron, además de los burócratas, los industriales más influyentes. Las "uniones de zemstvos" y municipios que habían surgido al estallar la conflagración, y los comités industriales de guerra creados en la primavera de 1915 se convirtieron en otros tantos puntos de apoyo de la burguesía en su lucha por la victoria y el poder. Apoyada en dichas organizaciones, la Duma nacional podía obrar con mayor seguridad como mediadora entre la clase burguesa y la monarquía.

Sin embargo, las vastas perspectiva políticas no distraían la atención de los interese cotidianos. De la comisión asesora especial, formada con aquellos fines, fluían, como de un manantial, cientos de millones de rublos, que, ramificados por diversos canales, regaban copiosamente la industria, saciando a su paso los apetitos de muchos. En la Duma nacional y en la prensa se dieron a conocer algunos de los beneficios de guerra obtenidos durante los años 1915 y 1916: la empresa textil de Riabuschinski, un fabricante liberal de Moscú, figuraba con un 75 por 100 de beneficios netos; la manufactura de Tver ¡con un 111 por 100!; la fábrica de laminación de cobres de Kolichuguin, fundada con un capital de diez millones, aparecía reportando más de doce de utilidades. Como se ve aquí, la virtud patriótica quedaba recompensada espléndidamente, y, además, bastante aprisa.

La especulación en todas sus formas y las jugadas de Bolsa llegaron al paroxismo. De la espuma sangrienta surgían inmensas fortunas. El que en la capital no hubiese pan ni combustible no impedía a Faberget, el joyero de la corte, vanagloriarse de que nunca había hecho tan magníficos negocios. La Wirubova, camarera de palacio, cuenta que jamás se habían encargado trajes tan caros ni se habían comprado tantos brillantes como durante el invierno de 1915-1916. Los locales nocturnos de diversiones estaban abarrotados de héroes emboscados, de desertores legales y demás caballeros respetables, demasiados viejos para guerrear en el frente pero lo suficientemente jóvenes todavía para gozar de la vida en la retaguardia. Los grandes duques no eran los que menos participaban en aquellas orgías, mientras hacia estragos la peste. Y no había que preocuparse de lo que se derrochaba, pues no cesaba de caer de lo alto una lluvia benéfica de oro. La "buena sociedad" no tenía más que alargar la mano y abrir los bolsillos; las damas aristocráticas alzaban las faldas; los banqueros e intendentes, industriales, bailarinas del zar y de los grandes duques, jerarcas ortodoxos, damas de la corte, diputados radicales, generales del frente y de la retaguardia, abogados radicales, tartufos augustos de ambos sexos, el tropel de sobrinos, y, sobre todo, de sobrinas, todos chapoteaban en aquel cieno amasado con sangre. Todos se daban prisa a robar y a comer a dos carrillos, temerosos de que la benéfica lluvia se acabara, y todos rechazaban con indignación la idea ignominiosa de una paz prematura.

La comunidad en las ganancias, las derrotas en el frente y los peligros del interior fueron acercando más y más a los partidos de las clases poseedoras. En la Duma, desunida todavía en vísperas de la guerra, se formó en 1915 una mayoría patriótica de oposición, que adoptó el nombre de "bloque progresivo". Proclamó, naturalmente, como su finalidad oficial, la "satisfacción de las necesidades creadas por la guerra". En la izquierda quedaron

fuera del bloque los socialdemócratas y los *trudoviki*[6]; en la derecha, los grupos francamente oscurantistas, los tres grupos de octubristas[7], el centro y una parte de los nacionalistas, entraron en el bloque o se adhirieron a él, al igual que los grupos nacionalistas, entraron en el bloque o se adhirieron a él, al igual que los grupos nacionales: los polacos, los lituanos, los musulmanes, los judíos, etc. Para no asustar al zar lanzando la fórmula de un ministerio responsable, el bloque exigió "un gobierno de coalición, formado por personas que gozasen de la confianza del país". El ministro del Interior, príncipe Cherbarov, definía ya en aquel entonces el bloque progresivo como una "unión pasajera provocada por el peligros de la revolución social". Para comprender esto no era necesaria, naturalmente, una gran penetración. Miliukov, que capitaneaba a los kadetes, y desde ese puesto al bloque, decía en una reunión de su partido: "Estamos sobre un volcán... La tensión ha llegado a su límite extremo... Basta con que cualquier imprudente arroje una cerilla al suelo para que estalle el voraz incendio... Urge más que nunca un poder fuerte, sea el que fuese, bueno o malo."

Tan grande era la esperanza de que el zar, intimidado por las derrotas, se avendría a hacer concesiones, que, en agosto, la prensa liberal publicó la lista de un proyectado "Gabinete de confianza" con el presidente de la Duma, Rodzianko, de primer ministro (otra versión indicaba para este cargo al presidente de la "Unión de Zemstvos", príncipe Lvov); Guchkov de ministro del Interior; Miliukov, en Negocios Extranjeros, etc. Año y medio después, la mayoría de estas personas, que se habían nombrado a sí mismas para aliarse con el zar contra la revolución, obtenían carteras en el gobierno "revolucionario" provisional. No era el primer caso en que la Historia se permitía bromas de éstas. Menos mal que, por esta vez, la chanza resultó de corta duración.

La mayoría de los ministros del gabinete presidido por Goremikin estaban tan aterrorizados como los kadetes ante la marcha de los acontecimientos, razón por la cual se inclinaban a pactar con el bloque progresivo. "Un gobierno que no cuente con la confianza del titular del poder supremo, ni del ejército, ni de los municipios, ni de los "zemstvos", ni de la nobleza, ni de los comerciantes, ni de los obreros, no sólo no puede actuar, sino que ni siquiera puede existir. Es un absurdo manifiesto." Éste era el juicio que le merecía, en agosto de 1915, al príncipe Cherbatov el gobierno en que él mismo desempeñaba la cartera del Interior. "Si las cosas se organizan de una manera decorosa y se deja una salida -decía el

[6] Literalmente, "laboristas", bloque formado por los diputados campesinos socialrevolucionarios e intelectuales radicales. [NDT.]

[7] Partido de la gran burguesía de derecha, formado a fines de 1905. [NDT.]

ministro de Negocios Extranjeros, Sazonov-, los kadetes serán los primeros en aceptar el pacto; Miliukov es un gran burgués, y a nada teme tanto como a la revolución social. Además, la mayoría de los kadetes tiemblan ante la perspectiva de perder sus capitales." Por su parte, el propio Miliukov entendía que el "bloque" tendría que hacer "ciertas concesiones". Como se ve, ambas partes estaban dispuestas a entenderse, y parecía asunto concluido. Pero el 29 de agoto, Goremikin, el presidente del Consejo, un burócrata cargado de años y de honores, viejo cínico que se dedicaba a hacer política entre partida y partida de tresillo y se negaba a atender ninguna queja, diciendo que la guerra no era cosa suya, se presentó al zar en el cuartel general y volvió con la noticia de que todo el mundo debía permanecer en su sitio y las cosas como estaban, excepto la rebelde Duma, que sería disuelta el 3 de septiembre. La lectura del ukase del zar disolviendo la Duma fue acogida sin una sola palabra de protesta; los diputados dieron un viva al zar y se fueron cada cual por su lado.

¿Cómo este gobierno, que, según su propia confesión, no se apoyaba en nadie, pudo sostenerse en el poder más de año y medio? Los triunfos pasajeros de las tropas rusas surtieron, indudablemente, su efecto, reforzando la benéfica lluvia de oro. Cierto es que los triunfos en el frente se acabaron pronto, pero en el interior del país los beneficios seguían viento en popa. Sin embargo, la causa principal de que se consolidase la monarquía por una temporada, doce meses antes de sobrevenir su derrumbamiento, residía en la aguda diferenciación del descontento popular. El jefe de la Ocrana de Moscú daba cuenta de cómo la burguesía evolucionaba hacia la derecha empujada por "el miedo ante la posibilidad de que después de la guerra se produjesen revueltas revolucionarias". Como vemos, la posibilidad de una revolución en plena guerra se daba por descartada. Los industriales andaban, además, inquietos por los "coqueteos" de algunos de los directores de los comités industriales de guerra con el proletariado. El coronel de gendarmes Martínov, que, por lo visto, no había perdido el tiempo leyendo por deber profesional las obras marxistas, llegaba a la conclusión de que la mejora relativa experimentada por la situación política del país se debía a "la diferenciación cada vez más acentuada de las clases sociales, en la que se ponen al descubierto de un modo vivo y cada vez más insensible, en los tiempos que corren, los conflictos planteados entre sus intereses".

La disolución de la Duma en septiembre de 1915 fue un reto lanzado a la burguesía y no a los obreros. Y sin embargo, mientras los liberales se volvían a sus casas vitoreando al zar, aunque, a decir verdad, sin gran entusiasmo, los obreros de Petrogrado y Moscú contestaban al reto con huelgas de protesta. Esto acabó de desalentar a los liberales, que a

los más que temían era a que un tercero en discordia se entrometiera en su pleito familiar con la monarquía. ¿Qué posición debían adoptar? Los liberales, con unos cuantos gruñidos tímidos del ala izquierda, optaron por la solución acreditada: no salirse de la legalidad y revelar la inutilidad de la burocracia cumpliendo estrictamente con sus deberes patrióticos. Desde luego, no había más remedio que dejar a un lado, por el momento, la lista de un ministerio liberal.

Entretanto, la situación iba empeorando automáticamente. En mayo de 1916 fue convocada a otra vez la Duma, aunque, a decir verdad, nadie sabía para qué. No entraba en sus intenciones, ni por asomo, hacer un llamamiento a la revolución. Y no siendo así, no pintaba ningún papel. "Durante este período -recuerda Rodzianko- las sesiones se desarrollaban perezosamente, los diputados asistían a ellas con irregularidad... La eterna lucha parecía no tener ningún sentido, el gobierno no quería oír nada, el desorden crecía y el país caminaba hacia el precipicio." En el transcurso de 1916 la monarquía halló un poco de apoyo social en el miedo de la burguesía a la revolución, unido a la impotencia de la burguesía sin revolución.

En otoño, la situación se agravó más aún. Ahora todo el mundo estaba convencido de que era inútil proseguir la guerra, y la indignación de las masas populares amenazaba con desbordarse a cada momento. Los liberales, al mismo tiempo que atacaban al partido palatino por su "germanofilia", creían necesario tantear las posibilidades de paz, preparando así su porvenir. Sólo de este modo se explican las negociaciones celebradas en Estocolmo, en el otoño de 1916, por uno de los jefes del "bloque progresivo", el diputado Protopopov, con el diplomático alemán Warburg. La delegación de la Duma, que hizo sendas visitas de amistad a los franceses y a los ingleses, pudo convencerse sin esfuerzo, lo mismo en París que en Londres, de que los queridos aliados estaban dispuestos a sacar a Rusia, mientras durase la guerra, el mayor jugo vital posible, para después de la victoria convertir a este país atrasado en terreno propicio para su explotación económica. La vieja Rusia, deshecha y a remolque de los aliados victoriosos, hubiera vivido una existencia colonial. A las clases poseedoras rusas no les quedaba más recurso que pugnar por desprenderse de aquellos abrazos excesivamente apretados de la "Entente" y buscar por su cuenta un camino que les llevase a la paz, aprovechándose del antagonismo que reinaba entre los dos bandos más poderosos. La entrevista del presidente de la delegación de la Duma con el diplomático alemán, primer paso dado en este sentido, quería ser, además, una amenaza para los aliados, con el fin de coaccionarlos a hacer concesiones, y un tanteo de la posibilidad de establecer una inteligencia con Alemania. Protopopov no sólo obraba

de acuerdo con la diplomacia zarista -la entrevista se celebró en presencia del embajador ruso en Suiza-, sino que su gestión iba avalada por toda la delegación de la Duma nacional. De paso, los liberales perseguían un objetivo interior no menos importante: "Confía en nosotros -daban a entender al zar- y le conseguiremos una paz por separado, mejor y más firme que Sturmer." Según los planes de Protopopov, es decir, de sus mandantes, el gobierno ruso debería notificar a los aliados, "con algunos meses de anticipación", que se veía obligado a poner fin a la guerra, y que si ellos se negaban a entablar negociaciones de paz, Rusia tendría que firmar un armisticio por separado con Alemania. En una confesión escrita ya después de la revolución, Protopopov dice, como si hablase de una cosa muy natural: "Toda la gente razonable del país, incluyendo a casi todos los líderes del partido de la "libertad del pueblo"[8], estaban persuadidos de que Rusia no se hallaba en condiciones de continuar la guerra."

El zar, a quien Protopopov, a su regreso, dio cuenta del viaje y del resultado de sus negociaciones, se mostró en absoluto conforme con la idea de una paz por separado. Lo que no veía era que hubiese ningún motivo para asociar a los liberales a la empresa. El que Protopopov, rompiendo -dicho sea de paso- con el bloque progresivo, entrase de pronto a formar parte de la camarilla palaciega, tenía su explicación en el carácter personal de ese necio vanidoso, enamorado, según propia declaración, del zar, de la zarina, y, al mismo tiempo, de la cartera de ministro de Hacienda, que se le caía del cielo cuando menos la esperaba. Pero este episodio de la traición cometida por Protopopov contra el liberalismo no hizo variar en un ápice el sentido general que informaba la política exterior de los liberales, mezcla de codicia, cobardía y felonía.

El 1 de noviembre volvió a reunirse la Duma. La tensión reinante en el país era ya insoportable; todo el mundo esperaba que la Duma tomase alguna resolución decisiva. Era preciso hacer o, por lo menos, decir algo. El "bloque progresivo" se vio obligado a recurrir nuevamente a los ritos parlamentarios. Miliukov, enumerando desde la tribuna los principales actos del gobierno, los glosaba una y otra vez con esta pregunta: "¿Es imbecilidad o es traición?" Hubo también otros diputados que dieron la nota alta. El gobierno no encontró apenas defensores, pero contestó a su modo: prohibiendo que los discursos pronunciados en la Duma fueran publicados por la prensa. Por esta razón hubieron de imprimirse en tiradas aparte, distribuyéndose por millones de ejemplares. Apenas había oficina pública, lo mismo en el interior del país que en el frente, donde no se copiasen estos discursos, muchas veces con interpolaciones y añadidos, a tono con el

[8] Partido de los demócratas constitucionales o kadetes. [NDT.]

temperamento del copista. La resonancia de los debates del 1 de noviembre en todo el país fue tal que asustó a los propios acusadores.

Un grupo de elementos de la extrema derecha, burócratas de raza, inspirados por Durnovo, el pacificador de Moscú en la revolución de 1905, dio al zar una nota que era en aquellos momentos todo un programa. El ojo avezado de aquellos funcionarios expertos que habían cursado en una escuela policiaca seria, no dejó de percibir el peligro, y si su receta no dio resultado, fue únicamente porque para la dolencia que sufría el viejo régimen no había cura. Los autores de la nota se pronunciaban en contra de toda concesión a la oposición burguesa, no porque los liberales quisieran ir demasiado lejos, como pensaban las vulgares "centenas negras", a los que miraban por encima del hombro los reaccionarios de las altas esferas gubernamentales; no, sino porque los liberales "son tan débiles, se hallan tan divididos y, digámoslo francamente, son tan ineptos, que su triunfo sería tan efímero como inconsistente". La debilidad del partido principal de la oposición, el "demócrata constitucional" (kadetes) -seguía diciendo la nota-, se revelaba ya en su mismo nombre: se titulaba demócrata, siendo como era burgués por esencia; hallándose como se hallaba en buena parte integrado por terratenientes liberales, inscribía en su programa el rescate obligatorio de las tierras. "Si se les quitan esas cartas tomadas de las barajas de otro -escribían los consejeros secretos del zar, usando las imágenes que les eran habituales-, los kadetes quedan reducidos a una asociación numerosa de abogados, profesores y funcionarios liberales de los distintos departamentos del Estado." Los revolucionarios eran ya otra cosa. La nota reconoce, aunque rechinando los dientes, la importancia de los partidos revolucionarios: "El peligro y la fuerza de estos partidos consiste en que tienen una idea, dinero[!], y masas bien dispuestas y organizadas." Los partidos revolucionarios "pueden contar con las simpatías de una mayoría aplastante de campesinos, que seguirán al proletariado tan pronto como los caudillos revolucionarios apunten a las tierras de los señores". ¿Qué se conseguiría, en estas condiciones, con instaurar un ministerio responsable? "La desaparición completa y definitiva del partido de las derechas, la absorción paulatina de los partidos intermedios: centro, conservadores, liberales, octubristas y progresistas, por el partido de los kadetes, que, de este modo, adquiriría, por fin, una importancia decisiva dentro del plan. Pero pronto los kadetes se verían amenazados por la misma suerte... ¿Y luego, qué? Pues luego entrarían en acción las masas revolucionarias, sería llegado el momento de la Comuna, caería la dinastía, se derrumbarían las clases poseedoras y, por fin, entraría en escena el bandido campesino." No se puede

negar que, en estas líneas, el *récord* reaccionario policiaco se remonta hasta alturas de singular sagacidad.

En cuanto a las medias propuestas, el programa de la nota no es nuevo pero sí consecuente: un gobierno integrado de partidarios implacables de la autocracia; supresión de la Duma; declaración del estado de sitio en las dos capitales; aprontamiento de fuerzas para sofocar la rebelión. En el fondo, no fue otro el programa que sirvió de base a la política del gobierno durante los últimos meses que precedieron a la revolución. Mas la eficacia de este programa presuponía una fuerza que Durnovo había tenido en sus manos en el invierno de 1905 pero que ya no existía en el otoño de 1917. Por eso, la monarquía no tenía más remedio que hacer todo lo posible por estrangular al país por debajo de cuerda y hacerlo pedazos. El ministerio fue renovado, dándose entrada a hombres de confianza incondicionalmente adictos al zar y a la zarina. Pero estos hombres "de confianza", y el primero de todos el tránsfuga Protopopov, era nulidades lamentables. La Duma no fue disuelta, sino que volvieron a suspenderse sus sesiones. Las declaraciones del estado de sitio en Petrogrado se aplazó hasta el instante en que ya la revolución se vieron arrastradas automáticamente al campo rebelde. Todo esto se puso de manifiesto ya a los dos o tres meses.

Entretanto, el liberalismo hacía los últimos esfuerzos desesperados por salvar la situación. Todas las organizaciones de la gran burguesía apoyaron los discursos pronunciados en noviembre por la oposición desde la tribuna de la Duma con una serie de declaraciones. La más insolente fue la resolución votada el 9 de diciembre por la "Unión de Municipios Urbanos": "Unos cuantos criminales irresponsables, unos cuantos fanáticos, quieren llevar a Rusia al desastre, a la ignominia y a la esclavitud." En este mensaje se invitaba a la Duma nacional a "que no se disolviese sin antes conseguir la formación de un gobierno responsable". Hasta el propio Consejo de Estado, órgano de la alta burocracia y de la gran propiedad, se mostró partidario de que fueran llamados al poder hombres que gozaran de la confianza del país. En el mismo sentido se pronunció el Congreso de la nobleza: las piedras venerables cubiertas de musgo rompieron a hablar. Pero todo siguió igual. La monarquía se resistía a soltar los restos del poder que aún tenía en las manos.

La última legislatura de la última Duma fue convocada, tras muchas vacilaciones y aplazamientos, para el 14 de febrero de 1917. Faltaban menos de dos meses para estallar la revolución. Todo el mundo esperaba manifestaciones en las calles. En el Reich, órgano de los kadetes, aparecía junto al bando del gobernador militar de la región de Petrogrado, general Jabalov, declarando prohibido todo género de manifestaciones, una carta de

Miliukov en que se ponía en guardia a los obreros contra los "consejos malévolos y peligrosos", de "origen turbio". A pesar de las huelgas, las sesiones de la Duma se abrieron con relativa tranquilidad. Simulando que la cuestión del poder había dejado de interesarle, la Duma se consagró a un problema muy grave en verdad, pero puramente práctico: las subsistencias. El estado de espíritu de los diputados era de abatimiento, había de decidir más tarde Rodzianko: "se notaba la impotencia de la Duma, el cansancio producido por aquella lucha estéril". Y Miliukov repetía que el bloque progresivo "actuaría con la palabra y sólo con la palabra". En estas condiciones fue como la Duma se vio arrastrada por el torbellino de la Revolución de Febrero.

CAPITULO III
EL PROLETARIADO Y LOS CAMPESINOS

El proletariado ruso había de dar sus primeros pasos bajo las condiciones políticas de un Estado despótico. Las huelgas ilegales, las organizaciones subterráneas, las proclamas clandestinas, las manifestaciones en las calles, los choques con la policía y las tropas del ejército: tal fue su escuela, fruto del cruce de las condiciones del capitalismo que se desarrollaban rápidamente y el absolutismo que iba evacuando poco a poco sus posiciones. El apelotonamiento de los obreros en fábricas gigantescas, el carácter concentrado del yugo del Estado y, finalmente, el ardor combativo de un proletariado joven y lozano, hicieron que las huelgas políticas, tan raras en Occidente, se convirtiesen allí en un método fundamental de lucha. Las cifras relativas a las huelgas planteadas en Rusia desde primeros de siglo actual son el índice más elocuente que acusa la historia política de aquel país. Y aun siendo nuestro propósito no recargar el texto de este libro con cifras, no podemos renunciar a reproducir las que se refieren a las huelgas políticas desatadas en el período que va de 1903 a 1917. Nuestros datos, reducidos a su más simple expresión, se contraen a las empresas sometidas a la inspección de fábricas. Dejamos a un lado los ferrocarriles, la industria minera, el artesano y las pequeñas empresas en general, y, mucho más naturalmente, la agricultura, por diversas razones en que no hay para qué entrar. Con esto no pierden el menor relieve los cambios que acusa la curva de huelgas durante ese período.

Años	Huelgas políticas Número de huelguistas	Años	Huelgas políticas Número de huelguistas
1903	87.000[9]	1911	8.000
1904	25.000[9]	1912	550.000
1905	1.843.000	1913	502.000
1906	651.000	1914 (primera mitad)	1.059.000
1907	540.000	1915	156.000
1908	93.000	1916	310.000
1909	8.000	1917 (enero-febrero)	575.000
1910	4.000		

[9] Los datos referentes a los años 1903 y 1904 abarcan todas las huelgas en general, aunque entre ellas predominen, indudablemente, las de carácter económico.

Nos hallamos ante la curva, única en su género, de la temperatura política de un país que albergue en sus entrañas una gran revolución. En un país rezagado y con un proletariado reducido -el censo de obreros de las empresas sometidas a la inspección fabril pasa de millón y medio de obreros en 1905, y unos dos millones en 1917- nos encontramos con un movimiento huelguístico que alcanza proporciones desconocidas hasta entonces en ningún otro país del mundo. Frente a la debilidad de la democracia pequeñoburguesa y a la atomización y ceguera política del movimiento campesino, la huelga obrera revolucionaria es el ariete que la nación, en el momento de su despertar, descarga contra las murallas del absolutismo. Nos bastaría fijarnos en la cifra de 1.843.000 huelguistas políticos de 1905 -claro está que los obreros que tomaron parte en más de una huelga figuran en esta estadística por diferentes conceptos- para poner el dedo a ciegas en el año de la revolución, aunque no tuviéramos más dato que éste sobre el calendario político de Rusia.

En 1904, primer año de la guerra ruso-japonesa, la inspección de fábricas no señalaba más que 25.000 huelguistas en todo el país. En 1905, el número de obreros que toman parte en las huelgas políticas y económicas en conjunto asciende a 2.863.000, ciento quince veces más que en el año anterior. Este salto sorprendente induce por sí mismo a pensar que el proletariado, a quien la marcha de los acontecimientos obligó a improvisar una actividad revolucionaria tan inaudita, tenía que sacar a toda costa de su seno una organización que respondiera a las proporciones de la lucha y a la grandiosidad de los fines perseguidos: esta organización fueron los *soviets*, creados por la primera revolución y que no tardaron en convertirse en órganos de la huelga general y de la lucha por el poder, tardaron en convertirse en órganos de la huelga general y de la lucha por el poder.

Derrotado en el alzamiento de diciembre de 1905, el proletariado pasa dos años -años que, si bien viven todavía el impulso revolucionario como la estadística de huelgas revela, son ya, a pesar de todo, años de reflujo- haciendo esfuerzos heroicos por mantener una parte, al menos, de las posiciones conquistadas. Los cuatro años que siguen (1908-1911) se reflejan en el espejo de la estadística e huelgas como años de contrarrevolución triunfante. Coincidiendo con ésta, la crisis industrial viene a desgastar todavía más el proletariado, exangüe ya de suyo. La hondura de la caída es proporcional a la altura que había alcanzado el movimiento ascensional. Las convulsiones de la nación tienen su reflejo en estas cifras.

El período de prosperidad industrial que se inicia en el año 1910 pone otra vez en pie a los obreros e imprime nuevo impulso a sus energías. Las cifras de 1913-1914 repiten casi los datos de 1905-1907, sólo que en un orden inverso: ahora, el movimiento no tiende a remitir, sino que va en ascenso. Comienza la nueva ofensiva revolucionaria sobre bases

históricas más altas: esta vez, el número de obreros es mayor, y mayor también su experiencia. Los seis primeros meses de 1914 pueden equipararse casi, por el número de huelguistas políticos, al año de apogeo de la primera revolución. Pero se desencadena la guerra y trunca bruscamente este proceso. Los primeros meses de la guerra se caracterizan por la inactividad política de la clase obrera. Pero el estancamiento empieza ya a ceder en la primavera de 1915, y se abre un nuevo ciclo de huelgas políticas que, en febrero de 1917, produce la explosión del alzamiento de los obreros y los soldados.

Estos flujos y reflujos bruscos de la lucha de masas hacen que el proletariado ruso parezca cambiar de filosofía en el transcurso de unos cuantos años. Fábricas que dos o tres años antes se lanzaban unánimemente a la huelga con motivo de cualquier acto de arbitrariedad policíaca pierden de pronto su empuje revolucionario y dejan sin respuesta los crímenes más monstruosos del poder. Las grandes derrotas producen un abatimiento prolongado. Los militantes revolucionarios pierden autoridad sobre las masas. En la conciencia de éstas vuelven a aflorar los viejos prejuicios y las supersticiones aún no esfumadas. Al mismo tiempo, la penetración de los elementos grises procedentes del campo en las filas obreras hacen que se destiña -por decirlo así- el carácter de clase de ésta. Los escépticos menean irónicamente la cabeza. Tal fue lo que aconteció en los años 1907 a 1911. Pero los procesos moleculares se encargan de curar en las masas las lesiones síquicas. Un nuevo giro de los acontecimientos o un impulso económico subterráneo abre un nuevo ciclo político. Los elementos revolucionarios vuelven a encontrar quien les preste oídos, y la lucha se enciende de nuevo y con mayores bríos.

Para comprender las dos tendencias principales en que se escinde la clase obrera rusa, conviene no olvidar que el menchevismo cobra su forma definida durante los años de reacción y reflujo, apoyado principalmente en el reducido sector de obreros que habían roto con la revolución, mientras que el bolchevismo, sañudamente perseguido durante el período de la reacción, resurge enseguida sobre la espuma de la nueva oleada revolucionaria en los años que preceden inmediatamente a la guerra. "Los elementos, las organizaciones y los hombres que rodean a Lenin son los más enérgicos, los más audaces y los más capacitados para la lucha sin desmayo, la resistencia y la organización permanentes"; así juzgaba el Departamento de policía la labor de los bolcheviques durante los años que preceden a la guerra.

En julio de 1914, cuando los diplomáticos clavaban los últimos clavos en la cruz destinada a la crucifixión de Europa, Petrogrado hervía como una caldera revolucionaria. El presidente de la República francesa, Poincaré, depositó su corona sobre la tumba de

Alejandro III en el mismo momento en que resonaban en las calles los últimos ecos de la lucha y los primeros gritos de las manifestaciones patrióticas.

¿Cabe pensar que, al no haberse declarado la guerra, el movimiento ofensivo de las masas que venía creciendo desde 1912 a 1914 hubiera determinado directamente el derrocamiento del zarismo? No podemos contestar de un modo categórico a esta pregunta. No hay duda que el proceso conducía inexorablemente a la revolución. Pero ¿por qué etapas hubiera tenido ésta que pasar? ¿No le estaría reservada una nueva derrota? ¿Qué tiempo hubieran necesitado los obreros para poner en pie a los campesinos y adueñarse del ejército? No puede decirse. En estas cosas, no cabe más que la hipótesis. Lo cierto es que la guerra marcó en un principio un paso atrás, para luego, en la fase siguiente, acelerar el proceso y asegurarle una victoria aplastante.

El movimiento revolucionario se paralizó al primer redoble de los tambores guerreros. Los elementos obreros más activos fueron movilizados. Los militantes revolucionarios fueron trasladados de las fábricas al frente. Toda declaración de huelga era severamente castigada. La prensa obrera fue suprimida; los sindicatos estrangulados. En las fábricas entraron cientos de miles de mujeres, de jóvenes, de campesinos. Políticamente, la guerra, unida a la bancarrota de la Internacional, desorientó extraordinariamente a las masas y permitió a la dirección de las fábricas, que había levantado cabeza, hablar patrióticamente en nombre de la industria, arrastrando consigo a una parte considerable de los obreros y obligando a los más audaces y decididos a adoptar una actitud expectante. La idea revolucionaria había ido a refugiarse en grupos pequeños y silenciosos. En las fábricas, nadie se atrevía a llamarse bolchevique, sí no quería verse al punto detenido e incluso apaleado por los obreros más retrógrados.

En el momento de estallar la guerra, la fracción bolchevique de la Duma, foja por las personas que la componían, no estuvo a la altura de las circunstancias. Se juntó a los diputados mencheviques para formular una declaración en la que se comprometía a "defender los bienes culturales del pueblo contra todo atentado, viniera de donde viniese". La Duma subrayó con aplausos aquella capitulación. No hubo entre todas las organizaciones y grupos del partido que actuaban en Rusia ni uno solo que abrazase la posición claramente derrotista que Lenin mantenía desde el extranjero. Sin embargo, entre los bolcheviques, el número de patriotas era insignificante: muy al contrario de lo que hicieron los narodniki y mencheviques, los bolcheviques empezaron ya en el año 1914 a agitar entre las masas de palabra y por escrito contra la guerra. Los diputados de la Duma se rehicieron pronto de su desconcierto y reanudaron la labor revolucionaria, de la cual se

hallaba perfectamente informado el gobierno, gracias a su red extensísima de confidentes. Baste con decir que, de los siete miembros que componían el Comité petersburgués del partido en vísperas de la guerra, tres estaban al servicio de la policía. El zarismo gustaba, como se ve, de jugar al escondite con la evolución. En noviembre fueron detenidos los diputados bolcheviques y empezó la represión contra el partido por todo el país. En febrero de 1915, la fracción parlamentaria compareció ante los tribunales. Los diputados mantuvieron una actitud prudente. Kámenev, el inspirador teórico de la fracción, se desentendió, al igual que Petrovski, actual presidente del Comité Central Ejecutivo de Ucrania, de la posición derrotista de Lenin. Y el Departamento de policía pudo comprobar con satisfacción que la rigurosa sentencia dictada contra los diputados bolcheviques no provocaba el menor movimiento de protesta entre los obreros.

Parecía como si la guerra hubiera cambiado a la clase trabajadora. Hasta cierto punto, así era: en Petrogrado, la composición de la masa obrera se renovó casi en un 40 por 100. La continuidad revolucionaria se vio bruscamente interrumpida. Todo lo anterior a la guerra, incluyendo la fracción bolchevique de la Duma, pasó de golpe a segundo término y cayó casi en el olvido. Pero, bajo esta capa aparente y precaria de tranquilidad, patriotismo y hasta en parte de monarquismo, en el seno de las masas se incubaba una nueva explosión.

En agosto de 1915, los ministros zaristas se comunican unos a otros que los obreros "acechan por todas partes venteando traiciones y sabotajes en favor de los alemanes, y se entregan celosamente a la busca y captura de los culpables de nuestros fracasos en el frente". En efecto, durante este período, la crítica de las masas que empieza a resurgir se apoya, en parte sinceramente y en parte adoptando ese tinte protector, en la "defensa de la patria". Pero esta idea no era más que el punto de partida. El descontento obrero va echando raíces cada vez más profunda, sella los labios de los capataces, de los obreros reaccionarios y de los adulones de los patronos, y permite volver a levantar cabeza a los bolcheviques.

Las masas pasan de la crítica a la acción. Su indignación se traduce principalmente en los desórdenes producidos por la escasez de subsistencias, desórdenes que, en algunos sitios, toman la forma de verdaderos motines. Las mujeres, los viejos y los jóvenes se sienten más libres y más audaces en el mercado o en la plaza pública que los obreros movilizados en las fábricas. En mayo, el movimiento deriva, en Moscú, hacia el saqueo de casas de alemanes. Y aunque sus autores obren bajo el amparo de la policía y procedan de los bajos fondos de la ciudad, la sola habilidad del saqueo en una urbe industrial como Moscú atestigua que los obreros no están aún lo bastante despiertos para poder infiltrar sus

consignas y su disciplina en la parte de la población urbana sacada de sus casillas. Al correrse por todo el país estos desórdenes, destruyen el hipnotismo de la guerra y preparan el terreno a las huelgas. La afluencia de mano de obra inepta a las fábricas y el afán de obtener grandes beneficios de guerra se traducen en todas partes en un empeoramiento de las condiciones de trabajo y resucitan los más burdos métodos de explotación. La carestía de la vida va reduciendo automáticamente los salarios. Las huelgas económicas se tornan en un reflejo inevitable de las masas, tanto más tumultuoso cuanto más se le ha querido contener. Las huelgas van acompañadas de mítines, de votación de acuerdos políticos, de encuentros con la policía y, no pocas veces, de tiroteos y de víctimas.

La lucha se corre, en primer término, por la región textil central. El 5 de junio, la policía dispara sobre los obreros tejedores de Kostroma: cuatro muertos y nueve heridos. El 10 de agosto, las tropas hacen fuego sobre los obreros de Ivanovo-Vosnesenk[10]: dieciséis muertos, treinta heridos. En el movimiento de los obreros textiles aparecen complicados soldados del batallón destacado en aquella plaza. Como respuesta a los asesinos de Ivanovo-Vosnesenk, estallan huelgas de protesta en distintos puntos del país. Paralelamente a este movimiento, se va extendiendo la lucha económica. Los obreros de la industria textil marchan, en muchos sitios, en primera fila.

Comparado con la primera mitad de 1914, este movimiento representa, así en lo que se refiere a la intensidad del ataque como en lo que afecta a la claridad de las consignas, un gran paso atrás. No tiene nada de particular: es una huelga en la que toman parte principal las masas grises; además, en el sector obrero dirigente reina el desconcierto más completo. Sin embargo, ya en las primeras huelgas que estallan durante la guerra se pulsa la proximidad de los grandes combates. El 16 de agosto declara el ministro de Justicia, Ivostov: "Si actualmente no estallan acciones armadas es, sencillamente, porque los obreros no disponen de organización." Pero todavía se expresaba más claramente Goremikin: "El único problema con que tropiezan los caudillos obreros es la falta de organización, pues la detención de los cinco diputados de la Duma se la ha destruido". Y el ministro del Interior añadía: "No es posible amnistiar a los diputados de la Duma (los bolcheviques), pues son el centro de la organización del movimiento obrero en sus manifestaciones más peligrosas." Por lo menos, aquellos señores sabían muy bien dónde estaban sus verdaderos enemigos: en esto, no se equivocaban.

[10] El centro más importante de la producción textil al que, por esta razón, se ha llamado "Manchester ruso". [NDT.]

Al tiempo que el gobierno, aun en los momentos de mayor desconocimiento, en que se mostraba propicio a hacer concesiones a los liberales, creía imprescindible dirigir los tiros a la cabeza de la revolución obrera, es decir, a los bolcheviques, la gran burguesía pugnaba por llegar a una inteligencia con los mencheviques. Alarmados por las proporciones que iban tomando en las huelgas, los industriales liberales hicieron una tentativa para imponer una disciplina patriótica a los obreros, metiendo a los representantes elegidos por éstos en los comités industriales de guerra. El ministro del Interior se lamentaba de lo difícil que era luchar contra la iniciativa de Guchkov: "Todo esto se lleva a cabo bajo la bandera del patriotismo y en nombre de los intereses de la defensa nacional." Conviene tener en cuenta, sin embargo, que la policía se guardaba muy mucho de detener a los socialpatriotas, en quienes veía unos aliados indirectos en la lucha contra las huelgas y los "excesos" revolucionarios. Todo el convencimiento de la policía de que, mientras durase la guerra, no estallarían insurrecciones, se basaba en la confianza excesiva que había puesto en la fuerza del socialismo patriótico.

En las elecciones celebradas para proveer los puestos del Comité industrial de guerra fueron minoría los partidarios de la defensa, acaudillados por Govosdiev, un enérgico obrero metalúrgico, con el que volveremos a encontrarnos más adelante de ministro del Trabajo en el gobierno revolucionario de coalición. Sin embargo, contaba no sólo con el apoyo de la burguesía liberal, sino también con el de la burocracia, para derrotar a los *boicotistas*, dirigidos por los bolcheviques, e imponer al proletariado de Petrogrado una representación en los organismos del patriotismo industrial. La posición de los mencheviques aparece expuesta con toda claridad en el discurso pronunciado poco después por uno de sus representantes ante los industriales del comité: "Debéis exigir que el gobierno burocrático que está en el poder se retire, cediéndoos el sitio a vosotros como representantes legítimos del régimen actual." La reciente amistad política entre estos elementos, que había de dar sus frutos más sazonados después de la revolución, iba estrechándose no ya por días, sino por horas.

La guerra causó terribles estragos en las organizaciones clandestinas. Después del encarcelamiento de su fracción en la Duma, los bolcheviques viéronse privados de toda organización central. Los comités locales llevaban una existencia episódica y no siempre se mantenían en contacto con los distritos. Sólo actuaban grupos dispersos, elementos sueltos. Sin embargo, el auge de la campaña huelguística les infundía fuerza y ánimos en las fábricas, y poco a poco fue estableciéndose el contacto entre ellos y se anudaron las necesarias relaciones. Resurgió la actuación clandestina. El Departamento de policía había de escribir

más tarde: "Los leninistas, a los que sigue en Rusia la gran mayoría de las organizaciones socialdemócratas, han lanzado desde el principio de la guerra, en los centros más importantes (tales como Petrogrado, Moscú, Jarkov, Kiev, Tula, Kostroma, provincia de Vladimir y Samara) una cantidad considerable de proclamas revolucionarias exigiendo el término de la guerra, el derrocamiento del régimen y la instauración de la República. Los frutos más palpables de esta labor son la organización de huelgas y desórdenes obreros."

El 9 de enero, aniversario tradicionalmente conmemorado de la manifestación obrera ante el palacio de Invierno, que el año anterior había pasado casi inadvertido, hace estallar, en el año 1916, una huelga de extensas proporciones. En estos años, el movimiento de huelgas se duplica. No hay huelga importante en que no se produzcan choques con la policía. Los obreros hacen gala de su simpatía por los soldados, y la Ocrana apunta más de una vez este hecho inquietante.

La industria de guerra se desarrolla desmesuradamente, devorando todos los recursos a su alcance y minando sus propios fundamentos. Las ramas de la producción de paz languidecían y caminaban hacia su muerte. A pesar de todos los planes elaborados, no se consiguió reglamentar la economía. La burocracia era incapaz ya para tomar el asunto por su cuenta: chocaba con la resistencia de los poderosos comités industriales de guerra: no accedía, sin embargo, a entregar un papel regulador a la burguesía. No tardaron en perderse las minas de carbón y las fábricas de Polonia. Durante el primer año de guerra, Rusia perdió cerca de la quinta parte de sus fuerzas industriales. Un 50 por 100 de la producción total y cera del 75 por 100 de la textil hubieron de destinarse a cubrir las necesidades del ejército y de la guerra. Los transportes, agobiados de trabajo, no daban abasto a la necesidad de combustible y materias primas de las fábricas. La guerra, después de devorar toda la renta nacional líquida, amenazaba con disipar también el capital básico del país.

Los industriales mostrábanse cada vez menos propicios a hacer concesiones a los obreros, y el gobierno seguía contestando a las huelgas, fuesen las que fuesen, con duras represiones. Todo esto empujaba el pensamiento de los obreros y lo hacía remontarse de lo concreto a lo general, de las mejoras económicas a las reivindicaciones políticas: "tenemos que lazarnos a la huelga todos de una vez". Así resurge la idea de la huelga general. La estadística de huelgas acusa de modo insuperable el proceso de radicalización de las masas. En el año 1915, toman parte en las huelgas políticas dos veces y media menos obreros que en los conflictos económicos; en 1916 son dos veces menos, y en los primeros dos meses de 1917 las huelgas políticas arrastran ya a seis veces más obreros que las puramente económicas. Basta apuntar una sola cifra para poner de relieve el papel desempeñado por

Petrogrado en este movimiento: durante los años de la guerra, corresponden a la capital el 72 por 100 de los huelguistas políticos.

En el fuego de la lucha se volatilizan muchas viejas supersticiones. La Ocrana comunica "con harto dolor" que, si se procediera como la ley ordena contra "todos los delitos de injurias insolentes y abiertas a su majestad el zar, el número de procesos seguidos por el artículo 103 alcanzaría cifras inauditas". Sin embargo, la conciencia de las masas no avanza en la misma medida que su propio movimiento. El agobio terrible de la guerra y del desmoronamiento económico del país acelera hasta tal punto el proceso de la lucha, que hasta el momento mismo de la revolución, una gran parte de las masas obreras no ha conseguido emanciparse, por falta material de tiempo, de ciertas ideas y de ciertos prejuicios que les imbuyeran el campo o las familias pequeño burguesas de la ciudad de donde proceden. Este hecho imprime su huella a los primeros meses de la Revolución de Febrero.

A fines de 1916, los precios empiezan a subir vertiginosamente a saltos. A la inflación y a la desorganización de los transportes viene a unirse la gran escasez de mercancías. El consumo de la población se reduce durante este período a más de la mitad. La curva del movimiento obrero sigue ascendiendo bruscamente. Con el mes de octubre, la lucha entra en su fase decisiva. Todas las manifestaciones de descontento se mancomunan: Petrogrado toma carrerilla para lanzarse al salto de Febrero. En todas las fábricas se celebran mítines. Temas: La cuestión de las subsistencias, la carestía de la vida, la guerra, el gobierno. Circulan hojas bolcheviques. Se plantean huelgas políticas. Se improvisan manifestaciones a la salida de las fábricas y talleres. Aquí y allá obsérvanse casos de fraternización de los obreros de las fábricas con los soldados. Estalla una tumultuosa huelga de protesta contra el Consejo de guerra formado a los marinos revolucionarios de la escuadra del Báltico. El embajador francés llama la atención del primer ministro, Sturmer, sobre el hecho de que unos soldados dispararan contra la policía. Sturmer tranquiliza a Paleologue con estas palabras: "La represión será implacable." En noviembre envían al frente a un grupo numeroso de obreros movilizados en las fábricas de Petrogrado. El año acaba bajo un cielo de tormenta.

Comparando la situación actual con la de 1905, el director del Departamento de policía, Vasiliev, llega a esta conclusión, harto poco tranquilizadora: "Las corrientes de oposición han tomado proporciones excepcionales que no habían alcanzado, ni mucho menos, en aquel turbulento período a que aludimos." Vasiliev no confía en la lealtad de la guarnición. Ni la misma policía le parece incondicionalmente adicta. La Ocrana denuncia la

reaparición de la consigna de huelga general y el peligro de que vuelva a resurgir el terror. Los soldados y oficiales que retornan del frente dicen, refiriéndose a la situación: "¿A qué esperáis? Lo que hay que hacer es acabar de un bayonetazo con esa canalla. Si de nosotros dependiera, no nos pararíamos a pensarlo", y por ahí, adelante.

Schliapnikov miembro del Comité central de los bolcheviques, antiguo obrero metalúrgico, había del estado de nerviosismo en que se encontraban los obreros por aquellos días: "Bastaba con un simple silbido, con un ruido cualquiera, para que los obreros lo interpretasen como señal de parar la fábrica." Este detalle es interesante como síntoma político y como rasgo sicológico: antes de echarse a la calle, la revolución vibra ya en los nervios.

Las provincias recorren las mismas etapas, sólo que más lentamente. El acentuado carácter de masa del movimiento y su espíritu combativo hacen que el centro de gravedad se desplace de los obreros textiles a los metalúrgicos, de las huelgas económicas a las políticas, de las provincias a Petrogrado. Los dos primeros eses de 1917 arrojan un total de 575.000 huelguistas políticos, la mayor parte de los cuales corresponden a la capital. Pese a la nueva represión descargada por la policía en vísperas del 9 de enero, el aniversario del domingo sangriento, se lanzaron a la huelga en la capital. 150.000 trabajadores. La atmósfera está cargada, los metalúrgicos van en la cabeza, los obreros tienen cada vez más arraigada la sensación de que ya no hay modo de volverse atrás. En cada fábrica se forma un núcleo activo que tiene casi siempre por eje a los bolcheviques. Durante las dos primeras semanas de febrero, las huelgas y los mítines se suceden sin interrupción. La policía, al aparecer el día 8 en la fábrica de Putilov, es recibida con una lluvia de pedazos de hierro y escoria. El 14, día de apertura de las sesiones de la Duma, se ponen en huelga en Petersburgo cerca de noventa mil obreros. También en Moscú paran algunas fábricas. El 16, las autoridades deciden implantar en Petrogrado los bonos de pan. Esta innovación aumentó el nerviosismo de la gente. El 19 se agolpa delante de las tiendas de comestibles una gran muchedumbre, formada principalmente por mujeres, pidiendo a gritos pan. Al día siguiente fueron saqueadas las panaderías en distintos puntos de la ciudad. Eran ya los albores de la insurrección que había de desencadenarse algunos días después.

La intrepidez revolucionaria del proletariado ruso no tenía su raíz exclusivamente en su seno. Ya su misma situación de minoría dentro del país indica que no hubiera podido dar a su movimiento tales proporciones, ni mucho menos ponerse al frente del Estado, si no hubiese encontrado un poderoso punto de apoyo en lo hondo del pueblo. Este punto de apoyo se lo daba la cuestión agraria.

Cuando en 1861 se procedió con gran retraso a emancipar a medias a los campesinos, el nivel de la agricultura rusa era casi el mismo que dos siglos antes. La conservación del viejo fondo de tierras comunales escamoteado a los campesinos en beneficio de la nobleza al implantarse la reforma, agudizaba automáticamente con los métodos arcaicos de cultivo imperantes la crisis de la superpoblación en los centros rurales, que era a la par del cultivo alterno de tres hojas. Los campesinos se sintieron cogidos en una celada, tanto más cuanto que esto no ocurría precisamente en el siglo XVI, sino en el siglo XIX, es decir, bajo un régimen muy avanzado de economía pecuniaria que exigía del viejo arado de madera lo que sólo podía dar de sí el tractor. También aquí volvemos a tropezar con la coincidencia de varias ases distintas del proceso histórico, que dan como resultado una exacerbación extraordinaria de las contradicciones reinantes.

Los eruditos, agrónomos y economistas sostenían que había tierra bastante con tal que se cultive de un modo racional, lo cual equivalía a proponer al campesino que se colocara de un salto en una fase más alta de técnica y de cultivo, pero sin tocar demasiado al terrateniente, al *uriadnik*[11] ni al zar. Sin embargo, no hay ningún régimen económico, y mucho menos el agrario, que se encuentre entre los más inertes, que se retire de la escena histórica antes de haberse agotado todas sus posibilidades. Antes de verse obligado a pasar a un cultivo más intensivo, el campesino tenía que someter a una última experiencia, para ver lo que daba de sí, su sistema de cultivo alterno en tres hojas. Esta experiencia sólo podía hacerse, evidentemente, a expensas de las tierras de los grandes propietarios. El campesino que se asfixiaba en su pequeña parcela de tierra y que vivía azotado por el doble látigo del mercado y del fisco no tenía más remedio que buscar el modo de deshacerse para siempre del terrateniente.

El total de tierra laborable enclavada dentro de los confines de la Rusia europea se calculaba, en vísperas de la primera revolución, en 280 millones de deciatinas. Las tierras comunales de los pueblos ascendían a unos 140 millones, los dominios de la Corona a cinco millones, aproximadamente; los de la Iglesia sumaban, sobre poco más o menos, dos millones y medio de deciatinas. De las tierras de propiedad privada, unos 70 millones de deciatinas se distribuían entre 30.000 grandes hacendados, a los que correspondían más de 500 deciatinas por cabeza, es decir, la misma cantidad aproximadamente con que tenían que vivir unos 10 millones de familias campesinas. Esta estadística agraria constituía, ya de por sí, todo un programa de guerra campesina.

[11] Agente de la policía rural. [NDT.]

La primera revolución no había conseguido acabar con los grandes terratenientes. La masa campesina no se había levantado en bloque ni el movimiento desatado en el campo había coincidido con el de la ciudad; el ejército campesino había vacilado hasta que, por último, suministró las fuerzas necesarias para sofocar el alzamiento de los obreros. Apenas el regimiento de Semionov hubo sofocado la insurrección de Moscú, la monarquía se olvidó de poner la menor cortapisa a las propiedades de los grandes terratenientes ni a sus propios derechos autocráticos.

Sin embargo, la revolución vencida dejó profundas huellas en el campo. El gobierno abolió los antiguos cánones que venían pesando sobre las tierras en concepto de redención y abrió las puertas de Siberia a la colonización. Los terratenientes, alarmados, no sólo hicieron concesiones de monta en lo referente a los arriendos, sino que empezaron a vender una buena parte de sus latifundios. De estos frutos de la revolución se aprovecharon los campesinos más acomodados, los que estaban en condiciones de arrendar y comprar las tierras de los señores.

Fue, sin embargo, la ley de 9 de noviembre de 1906 la reforma más importante implantada por la contrarrevolución triunfante la que abrió más ancho cauce a la formación de una nueva clase de hacendados capitalistas en el seno de la masa campesina. Esta ley, que concedía incluso a pequeñas minorías dentro de los pueblos el derecho a desglosar, contra la voluntad de la mayoría, parcelas pertenecientes a los terrenos de comunas, fue como un obús capitalista disparado contra el régimen comunal. El presidente del Consejo de ministros, Stolipin, definía el carácter de la nueva política campesina emprendida por el gobierno como un "anticipo a los fuertes". Dicho más claramente se trataba de impulsar a los campesinos acomodados a apoderarse de las tierras comunales rescatando mediante compra las parcelas "libres" para convertir a estos nuevos hacendados capitalistas en otras tantas columnas del orden. Pero este objetivo era más fácil de plantear que de conseguir. Aquí, en esta tentativa para suplantar el problema campesino por el problema del *kulak*[12] fue precisamente donde se estrelló la contrarrevolución.

El 1 de enero de 1916 había dos millones y medio de labradores que tenían adquiridas e inscritas como de su propiedad 17 millones de deciatinas. Otros dos millones pedían que se les adjudicasen 14 millones de deciatinas en el mismo concepto. En apariencia, la reforma había alcanzado un triunfo colosal. Lo malo era que estas propiedades carecían en su mayoría de toda viabilidad y no eran más que materiales para una selección natural. En tanto que los terratenientes más atrasados y los labradores modestos vendían aprisa; unos,

[12] Campesino rico. [NDT.]

sus latifundios, y otros, sus parcelas de tierra, entraba en escena como comprador una nueva burguesía rural. La agricultura pasaba, indudablemente, a una fase de progreso capitalista. En cinco años (1908-1912), la exportación de productos agrícolas subió de 1.000 millones a 1.500 millones de rublos. Esto quería decir que las grandes masas de campesinos se proletarizaban y que los labradores acomodados lanzaban al mercado cantidades de trigo cada vez mayores.

Para suplir el régimen comunal obligatorio desplazado organizóse la cooperación voluntaria que, en el transcurso de pocos años, logró adentrarse bastante en las masas campesinas, y que no tardó en convertirse en un tema de idealismo liberal y democrático. Pero el hecho era que la cooperación no favorecía verdaderamente más que a los campesinos ricos, que era a los que, a fin de cuentas, querían servir. Los intelectuales populistas, al concentrar en la cooperación campesina sus principales esfuerzos, lo que hacían era encarrilar su amor al pueblo por los sólidos raíles de la burguesía. De este modo, se contribuyó muy eficazmente a preparar el bloque el partido "anticapitalista" de los socialrevolucionarios con el partido de los kadetes, capitalista por excelencia.

El liberalismo, guardando una actitud de oposición aparente frente a la política agraria de la reacción, no dejaba de contemplar, esperanzadamente, la destrucción capitalista del régimen comunal. "En los pueblos -escribía el príncipe liberal Trubetskoi- surge una pequeña burguesía potente, tan ajena por su formación y por su espíritu a los ideales de la nobleza como a las quimeras socialistas."

Pero esta magnífica medalla tenía también su reverso. Del régimen comunal no sólo salió una "potente pequeña burguesía", sino que salieron también sus antípodas. El número de campesinos que habían tenido que vender sus parcelas insuficientes llegaba, al comienzo de la guerra, a un millón, y este millón representaba, por lo menos, cinco millones de almas proletarizadas. También formaban un material explosivo bastante considerable los millones de labriegos pauperizados condenados a llevar la vida de hambre que les proporcionaban sus parcelas. Es decir, que se habían trasplantado al campo las mismas contradicciones que tan pronto torcieron en Rusia el desarrollo de la sociedad burguesa en su conjunto. La nueva burguesía agraria destinada a apuntalar las propiedades de los terratenientes más antiguos y poderosos demostró la misma enemiga irreconciliable contra las masas campesinas, que eran la médula del régimen agrario que los viejos terratenientes sentían contra la masa del pueblo. Lejos de brindar un punto de apoyo al orden, la propia burguesía campesina se hallaba necesitada de un orden firme para poder mantener las posiciones conquistadas. En estas condiciones, no tenía nada de sorprendente que la

cuestión agraria siguiese siendo el caballo de batalla de todas las Dumas. Todo el mundo tenía la sensación de que la pelota estaba todavía en el tejado. El diputado campesino Petrichenko declaraba en cierta ocasión desde la tribuna de la duma: "Por mucho que discutáis, no seréis capaces de crear otro planeta. Por tanto, no tendréis más remedio que darnos éste." Y no se crea que este campesino era un bolchevique o un socialrevolucionario; nada de eso, era un diputado monárquico y derechista.

El movimiento agrario remite, igual que el movimiento obrero de huelgas, a fines de 1907, para resurgir parcialmente a partir de 1908 e intensificarse en el transcurso de los años siguientes. Cierto es que ahora la lucha se entabla primordialmente alentada con su cuenta y razón por los reaccionarios en el seno de los propios organismos comunales. Al hacerse el reparto de las tierras comunales fueron frecuentes los choques armados entre los campesinos. Mas no por ello amaina la campaña contra los terratenientes. Los campesinos pegan fuego a las residencias señoriales, a las cosechas, a los pajares, apoderándose de paso de las parcelas desglosadas contra la voluntad de los labriegos del concejo.

En este estado se encontraban las cosas cuando la guerra sorprendió a los campesinos. El gobierno reclutó en las aldeas cerca de 10 millones de hombres y unos dos millones de caballos. Con esto, las haciendas débiles se debilitaron más todavía. Aumentó el número de los labriegos que no sembraban. A los dos años de guerra empezó la crisis del labriego modesto. La hostilidad de los campesinos contra la guerra iba en aumento de mes en mes. En octubre de 1916, las autoridades de la gendarmería de Petrogrado comunicaban que la población del campo no creía ya en el triunfo: según los informes de los agentes de seguros, maestros, comerciantes, etc., "todo el mundo espera con gran impaciencia que esta maldita guerra se acabe de una vez"... Es más: "por todas partes se oye discutir de cuestiones políticas, se votan acuerdos dirigidos contra los terratenientes y los comerciantes, se crean células de diferentes organizaciones... No existe todavía un organismo central unificador; pero hay que suponer que los campesinos acabarán por unirse por medio de las cooperativas, que se extienden por minutos a lo largo de toda Rusia". En estos informes hay cierta exageración; en ciertos respectos, los buenos gendarmes se adelantan a los acontecimientos, pero es evidente que los puntos fundamentales están bien reflejados.

Las clases poseedoras no podían hacerse ilusiones creyendo que los pueblos del campo dejarían de ajustarles las cuentas; pero esperaban salir del paso como fuera, y ahuyentaban las ideas sombrías. Por los días de la guerra, el embajador francés Paleologue, que quería saberlo todo, conversó sobre el particular con el ex ministro de Agricultura

Krivoschein; con el presidente de la Duma, Rodzianko, con el gran industrial Putilov y con otros personajes notables. Y he aquí lo que descubrió: para llevar a la práctica una reforma agraria radical se necesitaría un ejército permanente de 300.000 agrimensores que trabajasen incansablemente durante quince años por lo menos: pero como en este plazo de tiempo el número de haciendas crecería a 30 millones, todos los cálculos previos que pudieran hacerse resultarían fallidos. Es decir, que, a juicio de los terratenientes, los altos funcionarios y los banqueros, la reforma agraria venía a ser algo así como la cuadratura del círculo. Excusado es decir que estos escrúpulos matemáticos no rezaban con el campesino, para el cual lo primero y principal era acabar con los señores, y después ya se vería lo que había que hacer.

Si, a pesar de esto, los pueblos se mantuvieron relativamente pacíficos durante la guerra, ello fue debido a que sus fuerzas activas se encontraban en el frente. En las trincheras, los soldados no se olvidaban de la tierra en los momentos que les dejaba libres el pensamiento de la muerte, y sus ideas acerca del porvenir se impregnaban del olor de la pólvora. Pero, así y todo y por muy adiestrados que estuviesen en el manejo de las armas, los campesinos no hubieran hecho nunca por su exclusivo esfuerzo la revolución agrario-democrática, es decir, su propia revolución. Necesitaban una dirección. Por primera vez en la historia del mundo, el campesino iba a encontrar su director y guía en el obrero. En esto es en lo que la revolución rusa se distingue fundamentalmente de cuantas la precedieron.

En Inglaterra, la servidumbre de la gleba desaparición de hecho a fines del siglo XIV; es decir, dos siglos antes de que apareciera y cuatro y medio antes de que fuera abolida en Rusia. La expropiación de las tierras de los campesinos llega, en Inglaterra, a través de la Reforma y de dos revoluciones, hasta el siglo XIX. El desarrollo capitalista, que no se veía forzado desde fuera, dispuso, por tanto, de tiempo suficiente para acabar con la clase campesina independiente mucho antes de que el proletariado naciera a la vida política.

En Francia, la lucha contra el absolutismo de la Corona y la aristocracia y los principios de la Iglesia obligó a la burguesía, representada por sus diferentes capas, a hacer, a finales del siglo XVIII, una revolución agraria radical. La clase campesina independiente salida de esta revolución fue durante mucho tiempo el sostén del orden burgués, y en 1871 ayudó a la burguesía a aplastar a la Comuna de París.

En Alemania, la burguesía reveló su incapacidad para resolver de un modo revolucionario la cuestión agraria, y en 1848 traicionó a los campesinos para pasarse a los terratenientes, del mismo modo que, más de tres siglos antes, Lutero, al estallar la guerra campesina, los había vendido a los príncipes. Por su parte, el proletariado alemán, a

mediados del siglo XIX, era demasiado débil para tomar en sus manos la dirección de las masas campesinas. Gracias a esto, el desarrollo capitalista dispuso en Alemania, si no de tanto tiempo como en Inglaterra, del plazo necesario para sostener a su régimen, a la agricultura tal y como había salido de la revolución burguesa parcial.

La reforma campesina realizada en Rusia, en 1861, fue obra de la monarquía burocrática y aristocrática, acuciada por las necesidades de la sociedad burguesa, pero ante la impotencia política más completa de la burguesía. La emancipación campesina tuvo un carácter tal, que la forzada transformación capitalista del país convirtió inexorablemente el problema agrario en problema que sólo podía resolver la revolución. Los burgueses rusos soñaban con un desarrollo agrario de tipo francés, danés o norteamericano, del tipo que se quisiera, con tal de que, naturalmente, no fuera ruso. Sin embargo, no se les ocurría asimilarse la historia francesa o la estructura social norteamericana. En la hora decisiva, los intelectuales demócratas, olvidando su pasado revolucionario, se pusieron al lado de la burguesía liberal y de los terratenientes, volviendo la espalda a la aldea revolucionaria. En estas condiciones, no podía ponerse al frente de la revolución campesina más que la clase obrera.

La ley del desarrollo combinado, propia de los países atrasados -aludiendo, naturalmente, a una peculiar combinación de los elementos retrógrados con los factores más modernos- se nos presenta aquí en su forma más caracterizada, dándonos la clave para resolver el enigma más importante de la revolución rusa. Si la cuestión agraria, herencia de barbarie de la vieja historia rusa, hubiera sido o hubiera podido ser resuelta por la burguesía, el proletariado ruso no habría podido subir al poder, en modo alguno, en el año 1917. Para que naciera el Estado soviético, fue necesario que coincidiesen, se coordinasen y compenetrasen recíprocamente dos factores de naturaleza histórica completamente distinta: la guerra campesina, movimiento característico de los albores del desarrollo burgués, y el alzamiento proletario, el movimiento que señala el ocaso de la sociedad burguesa. Fruto de esta unión fue el año 1917.

CAPITULO IV
EL ZAR Y LA ZARINA

Nada más lejos de nuestros propósitos que hacer finalidad primordial de este libro estas investigaciones sicológicas que ahora tanto privan y con las que no pocas veces se pretende suplir las grandes fuerzas motrices de la Historia que tienen un carácter superpersonal. Una de ellas es la monarquía. Pero no hay que olvidar que estas fuerzas actúan a través de individuos. Además, la monarquía hállase consustanciada por esencia con el principio personal. Esto justifica, ya de suyo, el interés que despierta la personalidad de un monarca a quien el curso de los acontecimientos lleva a enfrentarse con la revolución. Confiamos -además- que nuestro estudio pondrá de relieve, en parte al menos, dónde termina en la personalidad lo personal -por lo general, mucho antes de lo que a primera vista parece- y cómo muchas veces las "características singulares" de una persona no son más que el rasguño que dejan en ella las leyes objetivas.

A Nicolás II le dejaron los antepasados, no sólo un poderoso imperio, sino también la revolución. No le adornaron con una sola cualidad que le capacitase para gobernar no ya un imperio, sino ni siquiera una provincia ni un mal municipio. A aquella marejada histórica que empujaba sus olas poco a poco hasta las puertas de su palacio, oponía el último Romano una sorda impasibilidad: tal parecía como si su conciencia y la época en que vivía se alzara un velo transparente y, sin embargo, absolutamente impenetrable.

Las personas que tenían ocasión de tratar de cerca al monarca recordaron más de una vez, después de la revolución, que en los momentos más trágicos de su reinado, al sobrevenir la rendición de Puerto Arturo y la pérdida de la escuadra en Zusima, como diez años después, durante la retirada de las tropas rusas en Galicia, y dos años más tarde, en los días que precedieron a la abdicación, cuando todos los que rodeaban al zar estaban abatidos, abrumados y estremecidos, sólo él daba muestras de sangre fría. Se informaba, como de costumbre, del número de verstas recorridas en sus viajes a lo largo de Rusia; recordaba episodios de sus cacerías y anécdotas sacadas de las entrevistas oficiales y, mientras retumbaba el trueno y ya centelleaba el rayo sobre su cabeza, aquel hombre seguía interesándose por las barreduras de su vida cotidiana. "¿Qué es esto? -se preguntaba uno de los generales de su intimidad- ¿Una entereza inmensa, casi inverosímil, conseguida a fuerza de disciplina? ¿Fe en la determinación divina de los acontecimientos? ¿O, simplemente, falta de discernimiento?" Ya el solo hecho de preguntarlo, lleva implícita, a medias, la respuesta. Aquella proverbial "buena educación" del zar, la fuerza con que sabía mostrarse

dueño de sí mismo aun bajo las circunstancias más difíciles, no puede explicarse, en modo alguno, por obra exclusivamente de un amaestramiento en el modo de conducirse, sino que tenía que radicar en su carácter indiferente, en la indigencia de sus fuerzas anímicas, en la pobreza de sus impulsos volitivos. Esa máscara de indiferencia que en ciertos medios llaman "educación" se fundía en Nicolás II con su rostro natural.

El diario del zar vale por todos los testimonios; día tras día, año tras año, van registrándose en estas páginas notas más anonadadoras de su vacuidad espiritual. "He paseado un largo trecho y matado dos cuervos. He tomado té al oscurecer." Paseo a pie, paseo en lancha. Más cuervos y más té. Todo lindando con la pura fisiología. Y cuando habla de ceremonias religiosas, lo hace en el mismo tono que cuando registra un festín.

Por los días que preceden a la apertura de la Duma nacional, cuando todo el país se siente estremecido por convulsiones, Nicolás II escribe: "14 de abril. Me he paseado con camisa-blusa ligera y he reanudado los paseos en lancha. He tomado el té en la terraza. Stana ha comido y paseado con nosotros. He leído." Ni una palabra acerca de lo que leyó: lo mismo podía ser una novela inglesa que un informe del Departamento de policía. "15 de abril. Le he aceptado la dimisión a Witte. Han comido con nosotros Mary y Dimitri. Los hemos[13] acompañado al palacio."

El día en que se decretó la disolución de la Duma cuando lo mismo los altos dignatarios oficiales que los liberales estaban pasando por un paroxismo de pánico, el zar escribía en su diario: "7 de julio, viernes. He estado muy ocupado toda la mañana. Llegamos con media hora de retraso al almuerzo con los oficiales... Había tormenta y el aire era sofocante. Paseamos juntos. He recibido a Goremikin y, ¡y firmado el ukase disolviendo la Duma! Hemos comido con Olga y Petia. Por la tarde, lectura." Toda su emoción ante la disolución inminente de la Duma queda expresada, y gracias, con un signo de admiración.

Los diputados de la Duma disuelta hicieron un llamamiento al pueblo para que no pagase los impuestos y se negara a hacer el servicio militar. Estallaron una serie de sublevaciones militares: en Sveaborg, en Kronstadt, en varios buques de guerra, en diferentes regimientos; reanudóse en proporciones jamás conocidas el terrorismo revolucionario contra las altas autoridades. El zar escribe en su diario: "9 de julio, domingo. ¡Ya está hecho! Hoy ha quedado disuelta la Duma. Durante el almuerzo, después de la misa, veíanse muchas caras largas... El tiempo era magnífico. Durante el paseo nos encontramos al viejo Micha, que llegó ayer de Gachina. Antes de comer, y durante toda la tarde, me dediqué a leer tranquilamente. Un paseo en canoa..." Nos dice que se paseó y

[13] Alude siempre, en el plural, a él y a la zarina. [NDT]

precisamente en canoa; en cambio, no siente la necesidad de concretar lo que leyó. Y así, una vez y otra, y otra.

Seguimos copiando de las hojas de aquellos días preñados de incertidumbre: "14 de julio. Después de vestirme, me fui en bicicleta al balneario y me bañé con deleite en el mar." "15 de julio. Me he bañado dos veces. Hacía mucho calor. He comido sólo con mi mujer. La tormenta ha pasado." "19 de julio. Me he bañado por la mañana. He recibido visitas en la granja. El tío Vladimir y Chagin almorzó con nosotros." Las sublevaciones, los atentados terroristas sólo le sugieren una ligerísima consideración: "¡bonitas cosas!", que asombra por su baja impasibilidad, y rayana en el cinismo si fuese inconsciente.

"A las nueve y media de la mañana nos trasladamos al regimiento del Caspio... He paseado durante largo rato. El tiempo era espléndido. Me he bañado en el mar. Después del té, recibí a Lvov y Gruchkov." Y no dice ni una palabra de que aquella entrevista tan desusada de los dos liberales se relacionaba con los planes de Stolipin para atraer a su gabinete a los políticos de la oposición. El príncipe Lvov, futuro presidente del gobierno provisional, dijo refiriéndose a esta visita: "Cuando esperaba ver al monarca abatido por el infortunio, ¡cuál no sería mi sorpresa al encontrarme con que salía a mi encuentro un hombrecillo alegre y desahogado con una blusa de color frambuesa!"

El horizonte mental del zar no llegaba más allá que el de un modesto funcionario de policía, con la diferencia de que éste, pese a todo, conocía mejor la realidad y no vivía atosigado por la superstición. El único periódico que durante muchos años leyó Nicolás II y del que nutría sus ideas era un semanario editado con fondos oficiales por el príncipe Mecherski, hombre ruin y venal a quien despreciaban hasta en la misma pandilla de burócratas reaccionarios a que pertenecía. Por delante del zar cruzaron dos guerras y dos revoluciones, sin que estos acontecimientos dejasen la menor huella en su horizonte mental: entre su conciencia y los acontecimientos se alzaba constantemente el velo impenetrable de la indiferencia.

De Nicolás II se decía, no sin razón, que era un fatalista. Conviene, sin embargo, advertir que este fatalismo era todo lo contrario a la fe activa en su "estrella"; Nicolás II se tenía por un hombre de mala suerte. Su fatalismo no era más que una manera de defenderse pasivamente del proceso histórico y se daba la mano con un despotismo mezquino en sus motivos sicológicos, pero monstruos en sus consecuencias.

"Lo quiero yo, y así tiene que ser." "Esta divisa -escribe el conde Witte- se manifestaba en todos los actos de aquel gobernante débil de voluntad, a quien su debilidad

llevó a todo lo que caracteriza su reinado: un derramamiento constante y, en la mayor parte de los casos, absolutamente innecesario de sangre, más o menos inocente..."

Alguna vez se ha comparado a Nicolás II con el zar Pablo, aquel antepasado suyo medio loco, estrangulado por la camarilla, de acuerdo con su propio hijo, Alejandro "el bendito". Y no deja de haber, en efecto, entre estos dos Romanov cierta afinidad: la de su desconfianza hacia todo el mundo, nacida de la falta de confianza en sí propios; la suspicacia de la nulidad omnipotente; el sentimiento del que se cree despreciado por todos, casi podría uno decir que su conciencia de parias coronados. Pero el zar Pablo era incomparablemente más pintoresco. En su locura había un elemento de imaginación, aunque fuera irresponsable. En su descendiente todo es gris, sin un solo destello.

Nicolás II no sólo inconstante, sino que también era perjuro. Sus aduladores le llamaban *charmeur*, un hombre encantador, por la dulzura con que trataba a los palaciegos. Pero es el caso que el zar se mostraba especialmente amable con aquellos dignatarios a quienes había decidido despachar: cuando el ministro, encantado y fuera de sí por la amabilidad con que el zar le había recibido volvía a casa, se encontraba muchas veces con una carta notificándole la destitución. Era una especie de jugada con que el monarca quería vengarse, sin duda, de su insignificancia.

Nicolás II no podía ver a ningún hombre de talento. No se sentía a gusto más que entre las nulidades y los deficientes mentales, junto a los santurrones y personas endebles a quienes él pudiese mirar de arriba abajo. Tenía su orgullo, pero no era un orgullo activo y refinado, sino indolente, sin un átomo de iniciativa propia, y cuyo móvil era un sentimiento de envidia puesto siempre en guardia. Elegía a sus ministros ateniéndose al principio de dejarse resbalar cada vez más bajo. A los hombres de talento y de carácter sólo acudía en los casos extremos, cuando no tenía más remedio, como se hace con el cirujano, que sólo se le llama cuando se trata de salvar la vida. Así sucedía primero con Witte y luego con Stolipin. El zar los trataba a ambos con hostilidad mal disimulada. Y, apenas vencía el foco agudo de la situación, se apresuraba a desembarazarse de unos consejeros que estaban demasiado por encima de él. Y tan sistemática y radical era esta selección al revés, que el presidente de la última Duma, Rodzianko, se atrevió a decir al zar, el y de enero de 1917, cuando la revolución llamaba ya a las puertas: "Señor, a vuestro alrededor no ha quedado un solo hombre honrado ni digno de confianza: los mejores han sido alejados o se han ido, quedándose tan sólo los que gozan de dudosa reputación."

Todos los esfuerzos de la burguesía liberal para entenderse con Palacio eran fallidos. El incansable y camorrista Rodzianko intentaba sacudir la modorra del zar con sus

informes. Pero ¡todo inútil! El zar pasaba por alto los argumentos, incluso las insolencias, preparando en silencio la disolución de la Duma. El gran duque Dimitri, antiguo favorito del zar y futuro copartícipe en el asesinato de Rasputin, se lamentaba, con su cómplice el príncipe Yusupov, de que el zar demostraba cada día más indiferencia ante cuanto le rodeaba. Dimitri se inclinaba a creer que le habían dado al monarca algún brebaje para adormecerle. Por su parte, el historiador liberal Miliukov escribe: "Corrían rumores de que este estado de apatía mental y moral del zar provenía del abuso del alcohol." Invenciones todo o exageraciones. El zar no tenía necesidad de recurrir a narcóticos, pues llevaba en la sangre el "bebedizo" fatal. Lo que ocurre es que sus efectos tenían que suscitar por fuerza asombro en instante como aquellos en que la crisis interna del país iba fraguando la revolución. Rasputin, que era un buen sicólogo, solía decir lacónicamente cuando hablaba del zar: "Le falta un tornillo."

Aquel hombre apagado, impasible, "bien educado", era un hombre cruel. Pero n con esa crueldad activa, proyectada sobre fines históricos, de un Iván el Terrible o de un Pedro el Grande -hombres con los que no tenía la menor afinidad Nicolás II-, sino con la crueldad cobarde del último vástago aterrorizado ante la tragedia fatídica de su propio destino. Ya en los albores de su reinado, Nicolás II tributó un elogio a los "bravos soldados" por haber ametrallado a los obreros. Solía leer "con placer" los informes en que la Dirección de policía daba cuenta de haberse azotado a latigazos a las estudiantes de "pelo corto"[14], o relataba los progromos judíos en que se machacaba el cráneo a hombres indefensos. Aquel monstruoso coronado sentíase atraído con toda el alma por la hez de la sociedad, por aquellos matones de las "centurias negras", y no sólo les pagaba espléndidamente sus servicios de las arcas del Estado, sino que gustaba de conversar afectuosamente con ellos, oyéndole relatar sus hazañas y perdonándoles piadosamente cuando remataban a algún diputado de la oposición. Witte, que subió al poder en pleno período represivo de la primera revolución, escribe en sus Memorias: "Cuando las noticias de las hazañas insensatamente crueles perpetradas por los cabecillas de esas bandas llegaban a oídos del zar, merecían indefectiblemente su aprobación y encontraban en él defensa." Despachando una reclamación del general-gobernador de los países bálticos pidiendo que se llamase la atención de cierto capitán Richter, que "ha ejecutado por iniciativa propia, sin previa formación de causa, a personas que no habían opuesto resistencia alguna", el zar estampó al margen del informe: "¡bravo muchacho!" Estímulos de éstos nos los

[14] Las militantes revolucionarias. [NDT.]

encontramos a montones. Aquel hombre "encantador", abúlico, sin aspiraciones, sin imaginación, era más terrible que todos los tiranos de la historia antigua y moderna.

El zar hallábase enormemente influido por la zarina, influencia que fue creciendo con los años y las dificultades del gobierno. Los dos juntos formaban una especie de todo orgánica. Esta unión es una de tantas pruebas que patentizan hasta qué punto, bajo la presión de las circunstancias, lo personal encuentra complemento en lo colectivo. Pero digamos algo acerca de la zarina.

Maurice Paleologue, embajador francés en Petrogrado durante la guerra, un sicólogo muy agudo, sin duda, para los académicos franceses y las porteras de su país, hace un retrato pulcro y lamido de la última zarina: "La desazón moral, la tristeza crónica, una melancolía ilimitada, un tránsito constante de la exaltación al abatimiento, sus ideas atormentadoras acerca del mundo invisible y ultraterrenal, en superstición, ¿acaso todos estos rasgos, que de un modo tan acusado se manifiestan en la personalidad de la zarina, no son también los rasgos genuinos del pueblo ruso?" Por muy extraño que parezca, en el fondo de esta dulzona adulación se encierra un granito de verdad. No en vano el satírico ruso Saltikov llamaba a los ministros y gobernadores de la serie de los barones bálticos "alemanes con alma rusa"; no cabe duda que precisamente estos extranjeros, que no tenían la menor afinidad con el pueblo ruso, fueron los que engendraron el tipo más depurado de administrador ruso de "pura raza".

Pero, ¿por qué el pueblo sentía un odio tan franco contra esta zarina, que, según Paleologue, encarnaba de un modo tan completo su propia alma? La contestación es harto sencilla: para justificar la nueva situación en que se encontraba colocada, aquella alemana se asimilaba con fría pasión todas las tradiciones e inspiraciones de la Edad Media rusa, la más inteligente y la más ruda del mundo, en una época en que el pueblo se debatía desesperadamente por emanciparse de la propia barbarie medieval. Aquella princesa de Hesse estaba literalmente poseída por el demonio de la autocracia: exaltada desde su rincón provinciano a las alturas del despotismo bizantino, no quería descender por nada del mundo de su trono de autócrata. La Iglesia ortodoxa le brindó la mística y la magia de que necesitaba su nueva estrella. Y cuanto más al desnudo aparecía la indignidad del viejo régimen, más firmemente creía la zarina en su misión. Dotada de un carácter fuerte y de capacidad para la exaltación seca y dura, la zarina completaba al abúlico zar, dominándolo.

El 17 de marzo de 1916, un año antes de que estallara la revolución, cuando el país mártir se revolcaba ya atenazado por la derrota y la ruina, la zarina escribía a su marido, al Cuartel general: "... No debes dar pruebas de blandura, nombrar un gobierno responsable,

etc..., hacer todo lo que *ellos* quieren. Son *tu* guerra y *tu* paz, *tu* honor y el de nuestra patria y no los de la Duma, los que se ventilan. Ellos no tienen derecho a pronunciar ni una palabra respecto a estas cuestiones." Por lo menos, era un programa rotundo y escueto, y por serlo, acababa siempre por imponerse a las vacilaciones constantes del zar.

Cuando Nicolás II salió a ponerse al frente del ejército como generalísimo ficticio, la zarina tomó en sus manos, de hecho, las riendas del gobierno interior del país: los ministros despachaban con ella, ni más ni menos que si se tratara de una reina gobernadora. La zarina, con su camarilla, conspiraba contra la Duma, contra los ministros, contra los generales del estado mayor, contra todo el mundo, hasta contra el propio zar. El 6 de diciembre de 1916, escribíale al monarca: "... Puesto que ya has dicho que querías retener a Protopopov, no dejes que se atreva (se refiere a Trépov, el primer ministro) a pronunciarse contra ti, de un puñetazo sobre la mesa, no hagas concesiones, demuestra que eres el amo, cree a tu dura mujercita y cita a nuestro amigo, ten fe en nosotros." Tres días después vuelve a insistir: "Sabes que la razón está de tu parte, mantén la cabeza alta, ordena a Trépov que trabaje de acuerdo con él..., da un puñetazo sobre la mesa." Estas frases parecen cosa de invención; pero no, no inventamos nada, están tomadas al pie de la letra de cartas auténticas de la zarina. Además, aunque se quisiera, la invención no podría llegar a tanto.

El 13 de diciembre, la zarina escribe nuevamente al zar, volviendo sobre sus sugestiones: "Todo menos el gobierno responsable con el que sueña insensatamente todo el mundo. Esto está todo más tranquilo y mejor; pero la gente quiere que sientes el puño. ¡Qué sé yo cuánto tiempo hace que oigo por todas partes lo mismo!; a Rusia le gusta sentir el escozor del látigo, lo pide *su* cuerpo." Aquella princesa de Hesse convertida a la religión ortodoxa, educada en Windsor y coronada con la tiara bizantina, no sólo "encarna" el alma rusa, sino que la desprecia orgánicamente, *su* cuerpo pide el látigo, escribía la zarina rusa al zar ruso del pueblo de Rusia, dos meses y medio antes de que la monarquía se sepultara para siempre en el abismo.

La zarina, superior a su marido en carácter, no lo era en inteligencia, sino acaso inferior y más inclinada todavía que él a buscar la sociedad de los simples de espíritu. La íntima y jamás desmentida amistad que les unía a ambos con la Wirubova, una dama de palacio, nos da la medida del calibre espiritual de la pareja autocrática. La propia Wirubova se calificaba a sí misma de tonta, sin que en ello hubiese, por cierto, asomo de modestia. Witte, a quien no se le puede negar el ojo certero, decía de ella que era como "una señorita petersburguesa vulgar y necia, y además fea, con una cara que parecía una burbuja de

manteca al derretirse". El zar y la zarina se pasaban horas enteras charlando, consultando los negocios públicos y manteniendo correspondencia con esta mujer, a la que cortejaban servilmente, deshaciéndose en reverencias, los viejos dignatarios, los embajadores y los financieros, y que, aunque tonta, tenía el talento suficiente para no olvidarse de llenar el bolsillo y tener más influencia en la vida política que la Duma imperial y todos los ministros juntos.

Pero la Wirubova no era más que el "medium" del "Amigo", aquel "Amigo" cuya autoridad campeaba sobre los tres. "... *Ésta es mi opinión personal* -escribe la zarina al zar-, ya veremos lo que piensa nuestro "Amigo"." La opinión del "Amigo" no era ya personal, sino decisiva. "Me ratifico en lo dicho -repite la zarina unas cuantas semanas después-. Óyeme a mí, es decir, a nuestro "Amigo" y confía en nosotros para todo... Sufro por ti como si fueras un niño pequeñito y débil, que necesita que le guíen, pero que presta oído a malos consejeros, mientras el hombre enviado por Dios le dice lo que hay que hacer."

"...Con las oraciones y la ayuda de nuestro "Amigo", todo se arreglará."

"Si no le tuviéramos a *él*, ya haría tiempo que todo habría terminado, estoy completamente persuadida de ello."

El, *el Amigo*, el enviado por Dios, era Grigori Rasputin.

Durante todo el reinado de Nicolás II y de Alejandra no cesaron de desfilar por Palacio adivinos y epilépticos traídos de todos los ámbitos de Rusia y hasta de otros países. Había proveedores de la real casa encargados especialmente de suministrar esa mercancía, y que se congregaban en torno al oráculo de turno, rodeando al monarca de una especie de Cámara alta todopoderosa. Había de todo: viejas beatas con título de marquesas, dignatarios que ambicionaban algún empleo y financieros que tomaban en arriendo a gabinetes enteros. Los jerarcas de la Iglesia ortodoxa, celosos de esta competencia intrusa ejercida por hipnotizadores y adivinos sin patente oficial, se apresuraban a abrirse caminos propios en aquel santuario central de la intriga. Witte llamaba a esta pandilla gobernante, contra la que se estrelló por dos veces, "la camarilla palaciega de los leprosos".

Cuanto más se aislaba la dinastía y más abandonado se sentía el monarca, mayor era la necesidad que sentía del auxilio del cielo. Hay tribus salvajes que para llamar al buen tiempo hacen girar en el aire una tablilla atada al extremo de un hilo. El zar y la zarina usaban estas tablillas para los fines más diversos. El vagón del zar estaba literalmente cubierto de imágenes y cuadritos de santos y de toda clase de objetos de culto, con los que quiso hacerse frente, primero, a la artillería japonesa y, luego, a la alemana.

El nivel de los medios palatinos no había variado gran cosa, en realidad, de una en otra generación. Bajo Alejandro II, llamado "el Emancipador", los grandes duques creían sinceramente en los duendes y en las brujas. Bajo Alejandro III seguía todo igual, aunque más en calma. La "camarilla de leprosos" existió siempre. Lo único que variaba era su composición y sus procedimientos. Nicolás I no creó aquella atmósfera de medievalismo salvaje, sino que la heredó de sus antepasados. Lo que ocurre es que durante aquellos años el país se fue modificando, los problemas se complicaron, se elevó el nivel de cultura y la camarilla palaciega quedó rezagada. Si la monarquía, bajo la presión del exterior, se veía obligada a hacer concesiones a las nuevas fuerzas, interiormente no había conseguido, ni mucho menos, modernizarse; al contrario, se encerraba en sí misma, y el espíritu medieval se fue coagulando bajo la acción de la hostilidad y del miedo, hasta convertirse en una pesadilla repugnante que se cernía sobre el país.

El 1 de noviembre de 1905, en el momento más crítico de la primera revolución, el zar escribe en su diario: "He conocido a un santo llamado Grigori, de la provincia de Tobolsk." Era Rasputin, campesino siberiano, con un rasguño rebelde a cerrarse en la cabeza, recuerdo de los golpes recibidos en sus tiempos de cuatrero. Presentado en Palacio en el momento propicio, el "santo" no tardó en encontrar auxiliares de alto copete, o, por mejor decir, fueron ellos los que le encontraron a él, y así se fue formando una nueva pandilla gobernante, que se adueño enérgicamente de la voluntad de la zarina y, por medio de ella, de la del zar.

En las altas esferas de la sociedad petersburguesa hablábase ya sin recato, desde el invierno de 1913-1914, de que todos los altos nombramientos, los contratos de suministros y concesiones pasaban por la camarilla de Rasputin. El *staretz* iba convirtiéndose poco a poco en una institución pública. La policía le guardaba las espaldas celosamente, y los ministerios rivales tenían las miradas fijas en él. Los agentes del Departamento de policía llevaban un diario de su vida, en que no faltaba un solo detalle; por ejemplo, que al visitar Pokrovski, su pueblo natal, Rasputin, en estado de embriaguez, se había liado a golpes con su padre en medio de la calle, dejándolo ensangrentado. Aquel mismo día, 9 de septiembre de 1915, Rasputin enviaba dos afectuosos telegramas, uno a Tsarskoie-Selo a la zarina; otro al Cuartel general, para el zar.

Los agentes registraban día tras día, en un lenguaje épico, las andanzas del "Amigo". "Hoy ha vuelto a casa a las cinco de la mañana, completamente ebrio." "La noche del 25 al 26 la pasó en casa de Rasputin la artista V." Ha llegado con la princesa D (esposa de un gentilhombre de cámara del palacio del zar) al hotel Astoria..." Y a poco: "Ha vuelto a casa,

procedente de Tsarskoie-Selo, cerca de las once de la noche." "Rasputin ha llegado a casa con la princesa Ch, muy embriagado, y en seguida volvieron a salir juntos." Y al día siguiente, por la mañana o por la tarde, el viaje a Tsarskoie-Selo. A la pregunta afectuosa del policía de por qué el *staretz* está hoy tan pensativo, contesta: "No sé qué hacer: si convocar la Duma o no convocarla." Otro asiento: "Llegó a casa a las cinco de la mañana bastante embriagado." Siempre la misma melodía, durante meses y años, una melodía en que no había más que tres notas: "Bastante embriagado", "Muy embriagado" y "Completamente embriagado". El general de la gendarmería, Klobachev, reunía y refrendaba con su firma estas noticias, tan trascendentes para la vida del Estado.

La influencia de Rasputin se mantuvo en su apogeo durante seis años, los últimos de la monarquía. "Su vida en Petersburgo -cuenta el príncipe Yusupov, copartícipe hasta cierto punto de ella y, más tarde, asesino de Rasputin- se había convertido en una fiesta continua, en la borrachera inacabable de un presidiario a quien de pronto, inesperadamente, se le viene la dicha a las manos." "Tenía en mi poder -escribe el presidente de la Duma, Rodzianko- una gran cantidad de cartas escritas por madres cuyas hijas habían sido deshonradas por aquel desvergonzado libertino." El metropolita de Petrogrado, Pitirim, y el arzobispo Varnava, casi analfabeto, debían sus puestos a Rasputin. El procurador del Santo Sínodo, Sabler, permaneció en el cargo durante largo tiempo por voluntad del *staretz,* y él fue también el que impulsó la destitución del primer ministro Kokovtsvev, que no había querido recibirle. Rasputin nombró a Sturmer presidente del Consejo de ministros; a Protopopov, ministro de la Gobernación; a Raiev, nuevo procurador del Sínodo, y así a muchos más. El embajador de la República francesa, Paleologue, solicitó una entrevista con Rasputin. Cuando estuvo delante de él le besó, exclamando: *Voilà un véritable illuminé!,* todo por ganar el corazón de la zarina para la causa de Francia. El judío Simanovich, agente financiero del *staretz,* fichado por la policía como jugador y usurero, hizo nombrar ministro de Justicia, por mediación de Rasputin, a un sujeto llamado Dobrolovski, que era, sencillamente, un ladrón. "No dejes de ver la pequeña lista que te acompaño -escribe la zarina al zar, hablándole de los nuevos nombramientos-. Nuestro "Amigo" me pide que hables de todo esto con Protopopov." Dos días después: "Nuestro "Amigo" dice que Sturmer puede seguir siendo presidente del Consejo de Ministros durante algún tiempo." Y a poco: "Protopopov siente una verdadera veneración por nuestro "Amigo", y el cielo le bendecirá."

En uno de aquellos días en que los agentes de la policía registraban cuidadosamente el número de botellas y de mujeres, la zarina escribía, toda afligida, al zar: "Acusan a

Rasputin de besar a las mujeres y de otras cosas por el estilo. Lee los Apóstoles y verás cómo besaban a todo el mundo como saludo." Seguramente que el argumento de los Apóstoles no hubiera convencido a los agentes encargados de vigilar al *staretz*. En otra carta, la zarina va todavía más allá: "Durante la lectura del Evangelio -escribe- he pensado mucho en nuestro "Amigo" al ver cómo los escribas y fariseos perseguían a Cristo, fingiendo ser unos hombres perfectos... ¡Qué verdad es aquello de que nadie es profeta en su tierra!"

El comparar a Rasputin con Jesucristo era cosa corriente en aquellas altas esferas, y no tenía nada de particular. El miedo a las poderosas fuerzas de la historia, que amenazaban desencadenarse, era demasiado grande para que los zares pudieran contentarse con un Dios impersonal y con la sombra incorpórea del Cristo de los Evangelios. Necesitaban un nuevo advenimiento del "hijo del hombre". La monarquía, empujada al abismo, agonizante, encontró un Cristo a su imagen y semejanza.

"Si Rasputin no hubiera existido -dijo un hombre del antiguo régimen, el senador Tgantsev- no habría habido más remedio que inventarlo." En estas palabras hay mucha más substancia de lo que e imaginaba su autor. Si por "golfería" entendemos lo que hay de más antisocial y parasitario en los senos de la sociedad, podremos decir, sin temor a equivocarnos, que la "rasputinada" fue la golfería coronada, en el apogeo de su esplendor.

CAPITULO V
LA IDEA DE LA REVOLUCIÓN PALACIEGA

¿Por qué las clases dirigentes, que buscaban el modo de evitar la revolución, no hicieron nada por librarse del zar y de los que le rodeaban? No dejarían de pensar en ello, pero no se atrevían. Les faltaba la fe en su causa, y la decisión. La idea de la revolución palaciega flotaba en la atmósfera hasta que la devoró la verdadera revolución. Detengámonos un momento aquí, pues ello nos dará una idea más clara de las relaciones reinantes en vísperas de la explosión entre la monarquía, las altas esferas de la nobleza y la burocracia y la burguesía.

Las clases ricas eran de arraigadas convicciones monárquicas. Así se lo dictaban sus intereses, sus tradiciones y su cobardía. Pero una monarquía sin Rasputines. La monarquía le contestaba: "Tenéis que tomarme tal y como soy." La zarina salía al paso de las instancias en que les suplicaban que constituyesen un ministerio presentable enviando al zar al Cuartel General una manzana que le había dado Rasputin y pidiéndole que la comiese para reforzar su voluntad. "Acuérdate -le conjuraba- de que hasta monsieur Philippe (un charlatán e hipnotizador francés) decía que no podías dar una Constitución, pues sería tu ruina y la de Rusia..." "¡Sé Pedro el Grande, Iván el Terrible, el emperador Pablo; aplasta cuanto caiga a tus pies!"

¡Qué mezcla repugnante de miedo, de superstición y de rencorosa incomprensión del país! Creeríase que, en las alturas por lo menos, la familia zarista no estaba ya tan sola viendo a Rasputin rodeado siempre de una constelación de damas aristocráticas y al "chamanismo" adueñado de los favores de la nobleza. Pero no. Este misticismo del miedo, lejos de unir, separa. Cada cual quiere salvarse a su manera. Muchas casas aristocráticas tienen sus santos propios, entre los que se establece una rivalidad. Hasta en las altas esferas petersburguesas se ve a la familia del zar como apestada, ceñida por un cordón sanitario de desconfianza y hostilidad. La dama de la corte Wirubova dice en sus *Memorias*: "Tenía el profundo y doloroso presentimiento de una gran hostilidad en cuantos rodeaban a aquellos a quienes ya adoraba, y sentía que esta hostilidad iba tomando proporciones aterradoras..."

Sobre aquel sangriento fondo de la guerra, bajo el ruido sordo y perceptible de las sacudidas subterráneas, los privilegiados no renunciaban ni una sola hora a los goces de la vida; muy al contrario se entregaban a ellos con frenesí. Pero en sus orgías aparecía con mayor frecuencia un esqueleto y los amenazaba con las falanges de sus dedos descarnados. Entonces se les antojaba que todas las desgracias provenían del detestable carácter de

Alicia, la zarina; de la felonía abúlica del zar, de aquella imbécil y ávida Wiburova y del Cristo siberiano con la frente señalada. Ofrendas de horribles presentimientos anegaban a las clases gobernantes y sacudidas como de calambres se transmitían desde la periferia al centro: la odiada camarilla de Tsarskoie-Selo iba quedando cada vez más aislada. La Wirubova ha dado expresión con bastante elocuencia, en sus *Memorias*, llenas en general de mentiras, al estado de espíritu de las alturas por aquel entonces: "Centenares de veces me pregunté: ¿Qué le pasa a la sociedad petersburguesa? ¿Están todos enfermos del espíritu o se han contagiado de una de esas epidemias que hacen estragos en tiempos de guerra? Difícil es saberlo, pero lo cierto es que todo el mundo se hallaba en un estado anormal de excitación."

Entre los que habían perdido la cabeza se contaba también la extensa familia de los Romanov, toda aquella traílla ávida, insolente y por todos odiada de los grandes duques y las grandes duquesas; poseídos todos de un terror mortal, se hacían la ilusión de huir del círculo que los atenazaba, coqueteaban con la aristocracia rebelde, murmuraban del zar y la zarina, se mordían unos a otros y a quienes les rodeaban. Los "augustos tíos" dirigían al zar cartas de exhortación en las que, pro debajo del respeto, se adivinaba el rechinar de dientes.

Ya después de la revolución de Octubre, Protopopov describía, sin gran fineza, pero de un modo bastante pintoresco, el estado de espíritu que reinaba en las esferas dirigentes. Hasta las clases más elevadas conspiraban ante la revolución. En los salones y en los clubes criticábase dura y desfavorablemente la política del gobierno, analizábanse y dictaminábanse las relaciones creadas en el seno de la familia real; contábanse anécdotas acerca del jefe del Estado; escribíanse versos satíricos; muchos grandes duques frecuentaban abiertamente estas reuniones, y su presencia daba a aquellas invenciones caricaturescas y a aquellas malévolas exageraciones, a los ojos de la gente, un marcado aire de verdad. Hasta el último momento, nadie tuvo conciencia de lo peligroso que era aquel juego.

Una de las cosas que más contribuían a dar pábulo a los rumores que corrían acerca de la camarilla palaciega era la acusación de germanofilia e incluso la inteligencia directa con el enemigo que contra ella se lanzaba. El aturdido y atropellado Rodzianko declara sin ambages: "La articulación y analogía de las aspiraciones era tan lógica y evidente que a mí, al menos, no me cabe la menor duda de que entre el Estado Mayor alemán y la camarilla de Rasputin había alguna relación." La simple invocación de la "evidencia" y la "lógica" quita fuerza al tono categórico de su testimonio. Aun después de la revolución, no puede descubrirse la menor prueba de que existiese una inteligencia entre los rasputinianos y el

Estado Mayor alemán. Lo de la llamada "germanofilia" es ya ora cosa. No se trataba, naturalmente, de las simpatías y antipatías nacionalistas de la zarina, de estirpe alemana, del primer ministro Sturmer, de la condesa de Kleinmichel, del mayordomo de palacio, conde Frederichs, ni de otros caballeros de apellido alemán. Las cínicas Memorias de la vieja intrigante Kleinmichel nos revelan con desnuda evidencia hasta qué punto estaba por encima de nacionalismos la alta aristocracia de todos los países de Europa, vinculada en todas partes por lazos de parentesco y de herencia, por el desprecio hacia los demás simples mortales y, *last but not least*, por sus libertinajes cosmopolitas entre los muros de los viejos castillos, de los balnearios de moda y las cortes europeas. Tenían bastante más de real las antipatías orgánicas de la pandilla palaciega contra aquellos plebeyos abogados de la República francesa y las simpatías de los reaccionarios -lo mismo los de apellido teutónico que los de nombre eslavo- contra el espíritu auténticamente prusiano del gobierno berlinés, que durante tanto tiempo les había tenido fascinados con sus bigotes tiesos, sus modales de sargento mayor y su estulticia llena de suficiencia.

Mas tampoco era esto lo decisivo. El peligro se desprendía de la lógica misma de la situación, pues la corte no tenía más salida que buscar su salvación en una paz por separado, tanto más apremiante cuanto más peligrosa se tornaba aquella situación. Como veremos más adelante, el liberalismo aspiraba en la persona de sus jefes a reservarse para sí la carta de la paz por separado, enfocándola en la perspectiva de su subida al poder. Esto impulsábales precisamente a desarrollar una furiosa agitación chovinista, engañando al pueblo y aterrorizando a la corte. La camarilla no se atrevía, en una cuestión tan espinosa, a quitarse prematuramente la careta, y veíase incluso obligada a asociarse al tono patriótico del país, al paso que tanteaba por debajo de cuerda el terreno para una paz separada.

El general Kurlov, jefe de la policía y miembro de la camarilla de Rasputin, niega, en sus Memorias, naturalmente, las simpatías alemanas de sus protectores; pero, a renglón seguido, añade: "No hay razón para acusar a Sturmer porque sostuviese que la guerra con Alemania era la mayor desgracia que podía ocurrirle a Rusia y carecía de toda base política seria." Conviene no olvidar, sin embargo, que el tal Sturmer, que sostenía una opinión tan interesante, era el jefe de gobierno de un país que estaba en guerra con Alemania. El último ministro del Interior, Protopopov, sostuvo, en vísperas de posesionarse de la cartera en Estocolmo, una conversación con un diplomático alemán, de la cual dio cuenta al zar y al propio Rasputin; siempre, según Kurlov, "había considerado como una inmensa calamidad para Rusia la guerra con Alemania". Finalmente, la emperatriz escribía al zar, el 5 de abril de 1916: "No osarán, pues no pueden, decir que él tenga nada que ver con los alemanes,

porque sea bueno y generoso para todos como Cristo, sin preguntar a nadie por la religión que profesa, como debe ser todo verdadero cristiano."

Claro está que este "verdadero cristiano", que casi nunca posaba la borrachera, podía haber estado perfectamente, como lo estaba, en relación con espías profesionales, con *croupiers*, con usureros y proxenetas aristocráticas, agentes directos del espionaje. No nos extrañaría que mantuviese "amistades" de éstas. Pero los patriotas de la oposición iban más allá y formulaban la cosa de un modo más directo, pues acusaban personalmente a la zarina de traidora. El general Denikin en sus *Memorias*, escritas a la vuelta de mucho tiempo, dice: "En el frente nadie se recataba para decir que la zarina exigía a toda costa una paz separada, que había traicionado al mariscal Kitchener delatando, según se decía, su viaje a los alemanes, etc. Esto contribuyó increíblemente a desmoralizar las tropas, influyendo en su actitud ante la dinastía y la revolución." El propio Denikin cuenta que, y después de la revolución, al preguntarle el general Alexéiev abiertamente qué pensaba de la supuesta traición de la zarina, había contestado "de un modo vago y de mala gana" que al examinar sus papeles se había encontrado con un mapa en el que estaba señalada con todo detalle la situación de las tropas en todo el frente, y esto le había producido a él, Alexéiev, una impresión abrumadora... "Y sin decir ni una palabra más -añade Denikin elocuentemente- cambió de conversación." Si la zarina tenía entre sus papeles ese mapa misterioso, es cosa que ignoramos; pero es evidente, desde luego, que los fracasados generales no veían con malos ojos que se descargara sobre la emperatriz una parte de la responsabilidad que les incumbía por sus derrotas. Los rumores acerca de la traición de la corte partieron segurísimamente de arriba, de los ineptos Estados Mayores.

Si era verdad que la zarina, a cuyos mandatos se plegaba ciegamente el zar, ponía en manos del káiser los secretos de guerra y hasta las cabezas de los mariscales aliados, ¿qué mejor que quitar de en medio a la real pareja? El gran duque Nicolás Nicolaievich, jefe del ejército y a quien se consideraba como la cabeza visible del partido antigermánico, estaba predestinado oficialmente casi a asumir el papel supremo de amparador de la revolución palaciega. No fue otra la causa de que el zar, a instancias de Rasputin y de la zarina, destituyera al gran duque y tomara en sus manos el mando supremo de las tropas. Pero la zarina le temía incluso a la entrevista que habían de celebrar tío y sobrino en la ceremonia de traspaso de poderes: "Procura, tesoro, ser prudente -le escribe la zarina al zar al Cuartel General-, y no dejes que Nikolaska[15] te engañe con alguna promesa ni con nada; acuérdate de que Grigori te ha salvado de él y de sus malvados amigos... Acuérdate, en nombre de

[15] Diminutivo de Nicolás [NDT.]

Rusia, de lo que maquinaban: deshacerse de ti (no, no es ningún rumor vano; Orlov tenía ya todos los papeles preparados) y recluirme a mí en un convento..."

Miguel, hermano del zar, decíale a Rodzianko: "Toda la familia sabe bien lo perniciosa que es Alejandra Teodorovna. Mi hermano y ella están rodeados por todas partes de traidores. Todas las personas decentes se les han alejado. Pero, ¿qué hacer en esta situación?" La gran duquesa María Pulovna insistía, en presencia de sus hijos, en que Rodzianko tomara sobre sí la iniciativa de "suprimir" a la zarina. Rodzianko propuso que se diese aquella conversación por no celebrada; en otro caso, si no quería faltar a su juramento, tendría que poner en conocimiento del zar que la gran duquesa había invitado al presidente de la Duma a quitar de en medio a la emperatriz. He aquí cómo aquel ingenioso gentilhombre de cámara convertía el tema del atentado contra la zarina en un gracioso chiste de salón.

El propio gobierno se hallaba, en ciertos momentos, en marcada oposición con el zar. Ya en 1915, año y medio antes de estallar la revolución, pronunciábanse abiertamente en las reuniones ministeriales discursos que aun hoy nos parecen inverosímiles. Así, el ministro de la Guerra, Polivanov, decía: "Sólo una política conciliadora para con la sociedad puede salvar la situación. Los inseguros diques actuales no pueden contener la catástrofe." Y el ministro de Marina, Grigorovich: "Nadie ignora que el ejército no confía en nosotros y espera cambios." El ministro de Negocios extranjeros, Sazanov: "La popularidad del zar y su prestigio han disminuido considerablemente a los ojos de las masas populares." El ministro del Interior, príncipe Cherbatov: "No servimos para gobernar a Rusia en la situación que se ha creado... Es necesaria una dictadura o una política de conciliación." (Consejo de Ministros del 21 de agosto de 1915.) Ni una ni otra solución servían; ninguna de las dos era ya factible. El zar no se decidía a la dictadura, rechazaba la política conciliadora y se negaba a aceptar la dimisión a los ministros que se consideraban ineptos. Un elevado funcionario hace la siguiente acotación a los discursos de los ministros: "Por lo visto, no habrá más remedio que dejarse colgar de un farol."

Con semejante estado de espíritu, no tiene nada de sorprendente que aun en las altas esferas burocráticas se hablara de la necesidad de una revolución palaciega como único medio de evitar la revolución inminente. "Cerrando los ojos -recuerda uno de los que tomaron parte en estas conversaciones- hubiera podido uno figurarse que se encontraba entre revolucionarios de toda la vida."

Un coronel de gendarmes, a quien se dio la comisión de inspeccionar las tropas del sur de Rusia, trazaba en su informe un cuadro sombrío: "Como resultado de la labor de

propaganda, sobre todo en lo tocante a la germanofilia de la emperatriz y del zar, el ejército se ha hecho a la idea de una revolución palatina." "En los clubes de oficiales se habla abiertamente en este sentido, y sus murmuraciones no encuentran réplica merecida en el alto mando." Por su parte, Protopopov atestigua que "un número considerable de elementos pertenecientes al alto mando simpatiza con el golpe de Estado; algunos de ellos se hallaban en relación con los elementos del llamado bloque progresivo y bajo su influencia".

El almirante Kolchak, que más tarde habría de adquirir tan gran celebridad, dijo, después de la derrota de sus tropas por el ejército rojo, declarando ante la Comisión fiscalizadora de los soviets, que había mantenido relaciones con muchos miembros de la oposición de la Duma, cuyos discursos escuchaba con placer, ya que "veía con antipatía el régimen existente en vísperas de la revolución". Sin embargo, Kolchak no fue puesto al corriente de los planes de la revolución palaciega. Después del asesinato de Rasputin y del subsiguiente destierro de los grandes duques, los aristócratas hablaron en voz bastante alta de la necesidad de proceder a la revolución de camarilla. El príncipe Yusupov cuenta que el gran duque Dimitri, detenido en Palacio, fue visitado por oficiales de varios regimientos que le propusieron distintos planes de acción decisiva, "con los cuales, naturalmente, no podía mostrarse conforme".

Se sospecha que los diplomáticos aliados, al menos el embajador británico, estaban complicados en el complot. El dicho embajador, respondiendo indudablemente a la iniciativa de los liberales rusos, hizo en enero de 1917, no sin antes solicitar la venia de su gobierno, una tentativa para influir sobre Nicolás. El zar escuchó atenta y amablemente al embajador, le dio las gracias y pasó a hablar de otras cosas. Protopopov dio cuenta a Nicolás II de las relaciones de sir Buchanan con los jefes del bloque progresista y propuso que se vigilase la Embajada británica. El zar hizo como si no aprobara esta proposición, por entender que el vigilar a los embajadores no se avenía con las tradiciones internacionales. Kurlov dice, sin embargo, sin vacilar, que "los agentes de investigación informaban diariamente de las relaciones del líder del partido kadete, Miliukov, con la Embajada británica". Como se ve, las "tradiciones internacionales" no fueron obstáculo mayor; pero su infracción tampoco sirvió de mucho. La conspiración palatina no fue descubierta.

¿Existía, en realidad, tal conspiración? Nada hay que lo pruebe. Para ser un complot era demasiado vasto, abarcaba elementos demasiado heterogéneos y numerosos. Flotaba en el aire como expresión del espíritu de la alta sociedad petersburguesa, como una vaga idea

de salvación o como una salida desesperada, pero sin llegar a concretarse en ningún plan práctico.

La nobleza del siglo XVIII introdujo más de una vez enmiendas de carácter práctico en el orden de sucesión al trono, encerrando o estrangulando a los emperadores que no le eran gratos; fue lo que se hizo con Pablo en 1801. No puede decirse, pues, que la revolución palaciega no tuviese precedentes en las tradiciones de la monarquía rusa; al contrario, constituía un elemento típico y constante del zarismo. Pero ya hacía tiempo que la aristocracia no se sentía firme en su puesto. Cedía a la burguesía liberal el honor de estrangular al zar y a la zarina, y el caso es que tampoco los caudillos de este otro poder demostraban más decisión que ella.

Después de la revolución fueron reiteradamente señalados como jefes de las conspiraciones los capitalistas liberales Guchkov y Terechenko y el general Krimov, que simpatizaba con ellos. Los propios Guchkov y Terechenko confirmaron, aunque de un modo vago, la conjetura. Era natural que el duelista Guchkov, ese voluntario en la guerra de los boers contra Inglaterra, un liberal con espuelas, se destacase a los ojos de la "opinión pública" como la figura más adecuada para aquel complot. El no era, por cierto, un retórico, como el profesor Miliukov. Guchkov pensaría, indudablemente, más de una vez en dar uno de esos golpes certeros y rápidos por medio de los cuales un regimiento de la Guardia se basta para suplantar y evitar la revolución. Ya Witte, en sus *Memorias*, denunciaba a este personaje, a quien odiaba, como un devoto de los métodos empleados por los jóvenes turcos para deshacerse de los sultanes molestos; pero Guchkov, que en sus años de juventud no había tenido tiempo de demostrar su arrojo de joven turco, era ya un hombre cargado de años. Y, sobre todo, al colega de Stolipin no podía pasársele desapercibida la diferencia que mediaba entre las condiciones de Rusia y la vieja Turquía, ni podía dejar de preguntarse si aquel golpe de Estado palaciego no resultaría a la postre, en vez de un medio de evitar la revolución, el último empujón que desencadenase la tormenta; es decir, si el remedio no sería peor que la enfermedad. En la literatura consagrada a la revolución de Febrero se habla de la conjura palaciega como de un hecho firmemente comprobado. Miliukov se expresa así: "El golpe estaba señalado para febrero." Denikin amplió el plazo a marzo. Ambos recuerdan el "plan" de detener el tren del zar en el camino, exigirle la abdicación y, en el caso, que se consideraba inevitable, de que se negase, "suprimirle físicamente". Miliukov añade que, en previsión del posible golpe de Estado, los jefes del bloque progresista, que no participaban en el complot y que no estaban "detalladamente" informados de los preparativos del mismo, estudiaban sigilosamente cuál

sería el mejor medio de aprovecharse de aquel golpe, caso de que diera resultado. Algunos estudios marxistas de estos últimos años aceptan la versión de que el golpe de Estado llegó a prepararse. Este ejemplo -dicho sea de paso- demuestra cuán pronto y con qué fuerza se abren paso de las leyendas a través de la ciencia histórica.

La prueba más importante del complot palatino que frecuentemente se alega es el pintoresco relato de Rodzianko, que atestigua precisamente que no hubo tal complot. En enero de 1917 llegó del frente a la capital el general Krimov, quien declaró ante los miembros de la Duma que las cosas no podían seguir de aquel modo: "Si os decidís a esa medida extrema (la sustitución del zar) os apoyaremos." ¡Si os decidís! El octubrista Chidlviski exclamó, colérico: "No hay por qué compadecerle, cuando está arrastrando a Rusia a la ruina." En el transcurso de la acalorada discusión que se entabló alguien citó las palabras pronunciadas pro Brusílov o que, por lo menos, se le atribuían. "Puesto en el trance de optar entre el zar y Rusia, mi puesto estará al lado de Rusia." *¡Puesto en el trance!* El joven millonario Terechenko se mostraba partidario inexorable del regicidio. El cadete Chingarev interviene, para decir: "El general tiene razón: hay que dar el golpe de Estado... Pero, *¿quién se decide a darlo?*" Todo el quid estaba en esto: ¿quién se decide? Tales son, en puridad, los datos que da Rodzianko, que, por su parte, votó contra el golpe de Estado de que se hablaba. Por lo visto, en el transcurso de las pocas semanas siguientes el plan no avanzó ni un paso. Hablábase de detener el tren real; pero no se decía quién había de encargarse de esta operación.

En su juventud, el liberalismo ruso apoyaba con su dinero y sus simpatías a los terroristas revolucionarios, en la esperanza de que las bombas de los anarquistas echarían en sus brazos a la monarquía. Ninguno de aquellos respetables caballeros sabía lo que era jugarse la cabeza. Pero lo verdaderamente importante no era el miedo personal: era el miedo de clase. Las cosas ahora -pensaban los liberales- no andan nada bien, pero aún podían andar peor. De todas maneras, si Guchkov, Terechenko y Krimov se disponían seriamente a dar el golpe de Estado, si realmente lo hubieran llegado a planear movilizando fuerzas y recursos, se hubiera sabido de un modo indubitable después de la revolución, pues ni los organizadores ni, sobre todo, los ejecutores jóvenes, que hubieran sido legión, tenían razón alguna para guardar silencio acerca de aquella hazaña "casi" cumplida. Derrocada la monarquía, esto no hubiera hecho más que dar pábulo a su carrera. Pero en vano buscaremos semejantes revoluciones. Por lo que a Guchkov y Krimov se refiere, podemos asegurar sin temor a equivocarnos que sus afanes no pasaron de unos cuantos suspiros patrióticos entre sorbo y sorbo de vino y chupada y chupada de habano. Los

conspiradores casquivanos de la aristocracia, lo mismo que los sesudos varones oposicionistas de la plutocracia, no tuvieran valor suficiente para corregir por medio de la acción los funestos derroteros trazados por la providencia.

Uno de los liberales más fatuos y palabreros, Maklakov, exclamaba en mayo de 1917, en una sesión privada de la Duma, arrollada con la monarquía por la revolución: "Si nuestros descendientes maldicen a esta revolución nos maldecirán también a nosotros mismos, que no supimos evitarla a tiempo, implantándola desde arriba." Más tarde, ya desde la emigración, Kerenski, siguiendo el ejemplo de Maklakov, dice, afligido: "Sí, la Rusia privilegiada no dio a tiempo desde arriba un golpe de Estado -del que tanto se hablaba y para el que tantos(?) preparativos se habían hecho-, que hubiera evitado la catastrófica explosión del régimen."

Estas dos exclamaciones completan el cuadro y demuestran que cuando ya la revolución había desencadenado sus fuerzas indomables, los necios ilustrados seguían creyendo que hubiera podido evitarse fácilmente con un cambio "oportuno" en las cumbres dinásticas del régimen.

Faltó decisión para llevar a cabo la "gran" revolución palaciega. Pero de ella brotó el plan de un pequeño golpe de Estado. Los conspiradores liberales no se atrevieron a suprimir al primer actor del drama monárquico; pero los grandes duques decidieron suprimir al apuntador, viendo en el asesinato de Rasputin el último recurso para salvar a la dinastía.

El príncipe Yusupov casado con una Romanov, asocia a la empresa al gran duque Dimitri Pavlovich y al diputado monárquico Purichkievich. También intentaron atraerse al liberal Maklakov, sin duda para dar a aquel asesinato un carácter "nacional". El famoso abogado escurrió lindamente el bulto y se limitó, prudentemente, a suministrar a los conjurados el veneno. ¡Detalle éste de gran estilo! Los conjurados confiaban, y no sin razón, que el automóvil con las armas de Romanov facilitaría la desaparición del cadáver después de perpetrado el crimen. ¡Magnífica ocasión para demostrar la utilidad del blasón de los grandes duques! Lo demás se desarrolló como en un argumento de película de mal gusto. En la noche del 16 al 17 de diciembre, Rasputin, invitado a una juerga fue asesinado en el palacio de Yusupov.

Las clases gobernantes, si se exceptúa a la reducida camarilla y a las místicas adoradoras del "santo", vieron en el asesinato de Rasputin un acto salvador. El gran duque, arrestado en su domicilio con las manos manchadas, según la expresión del zar, pro sangre de *mujik* -aunque fuera un "santo", no por eso dejaba de ser un campesino-, fue visitado en

señal de simpatía por todos los miembros de la casa imperial que se hallaban en Petersburgo. La hermana de la zarina, viuda del gran duque Sergio, comunicó por telégrafo que rezaba por los asesinos y bendecía su patriótica acción. Los periódicos, mientras no se dictó la prohibición de tocar el tema de Rasputin, publicaron artículos entusiastas; en los teatros intentaron organizarse manifestaciones en honor de los asesinos, y los transeúntes se felicitaban por las calles. "En las casas particulares, en los clubes de oficiales, en los restaurantes -recuerda el príncipe Yusupov- se brindaba por nuestra salud; en las fábricas, los obreros lanzaban hurras en nuestro honor." Es perfectamente explicable que los obreros no diesen muestras de pena al enterarse del asesinato de Rasputin. Pero sus gritos de júbilo no tenían nada que ver con la esperanza de que se corrigiese la dinastía.

La camarilla de Rasputin adoptaba una actitud expectante. Rasputin fue enterrado sigilosamente sin más cortejo que el zar la zarina, sus hijas y la Wirubova. Junto al cadáver del "santo Amigo", antiguo cuatrero, asesinado por los grandes duques, la familia real tuvo que sentirse sola y como apestada. Pero Rasputin no encontró sosiego ni debajo de tierra. Cuando a Nicolás II y Alejandra se les consideraba ya como arrestados, los soldados de Tsarskoie-Selo abrieron la tumba y exhumaron el féretro. Junto a la cabeza del muerto había un icono con esta dedicatoria: "Alejandra, Olga, Tatiana, María, Anastasia, Ana." El gobierno provisional envió un emisario con órdenes de que el cadáver fuese trasladado, no se sabe para qué a Petrogrado. La multitud se opuso a ello y el emisario tuvo que quemar el cadáver en presencia suya.

Después del asesinato del "Amigo", la monarquía no vivió más de diez semanas. Aunque pequeño, todavía le quedaba un plazo por suyo. Ya no vivía Rasputin, pero seguía reinando su sombra. Contra lo que habían esperado los conspiradores después del asesinato, la pareja real siguió sosteniendo con especial obstinación a los miembros más despreciables de la camarilla de Rasputin. Para vengar a éste, fue nombrado ministro de Justicia un canalla famoso. Varios grandes duques fueron desterrados de la capital. Se decía que Protopopov se dedicaba al espiritismo para conjurar el espíritu del muerto. El dogal va ciñéndose cada vez más a la garganta de la monarquía.

El asesinato de Rasputin tuvo grandes consecuencias, aunque no precisamente las que habían imaginado sus autores e instigadores. Lejos de atenuar la crisis, lo que hizo fue exacerbarla. Por todas partes se hablaba del hecho: en los palacios y en los estados mayores, en los talleres y en las chozas de los campesinos. La conclusión no era difícil de sacar: hasta los grandes duques tenían que acudir al veneno y al revólver contra la corrompida

camarilla. El poeta Block escribía, comentando el asesinato de Rasputin: "La bala que acabó con él se ha clavado en el mismo corazón de la dinastía reinante."

Robespierre recordaba a la Asamblea legislativa que la oposición de la nobleza, al debilitar a la monarquía, había puesto en pie a la burguesía, y detrás de ella a las masas populares. Al propio tiempo, Robespierre advertía que en el resto de Europa la revolución no podría desarrollarse con la misma rapidez que en Francia, porque las clases privilegiadas de los otros países, aprendiendo el ejemplo de la aristocracia francesa, se cuidarían de no tomar en sus manos la iniciativa de la revolución. Pero, al hacer este notable análisis, Robespierre se equivocaba, suponiendo que con su oposición irreflexible los nobles franceses habían dado una lección perdurable a la aristocracia de los demás países. El ejemplo de Rusia había de demostrar de nuevo en 1905, y sobre todo en 1917, que la revolución, al enfrentarse con el régimen autocrático y semifeudal, es decir, contra la nobleza, encuentra en sus primeros pasos el aliento incoherente, no sólo de la nobleza de filas, sino incluso de sus sectores más privilegiados, de los miembros de la dinastía inclusive. Este notable fenómeno histórico podría parecer paradójico y contrario a la teoría de la sociedad de clases; en realidad sólo contradice a la idea vulgar que muchos tienen de ella.

La revolución surge cuando todos los antagonismos de la sociedad llegan a su máxima tensión. La situación, en estas condiciones, hácese insoportable incluso para las clases de la vieja sociedad, es decir, aquellas que están condenadas a desaparecer. Sin dar a las analogías biológicas más importancia de la que merecen, no será inoportuno recordar que llega un momento en que el parto es algo tan inevitable y fatal para el organismo materno como para el nuevo ser. La rebeldía de las clases privilegiadas no hace más que dar expresión a la incompatibilidad de su posición social tradicional con las necesidades vitales de la sociedad en el futuro. La aristocracia, sintiendo converger sobre sí la enemiga general... hace recaer la culpa sobre la burocracia. Ésta acusa a su vez a la nobleza, hasta que ambas juntas, o cada cual por su parte, enderezan su descontento contra el símbolo monárquico del poder.

El príncipe Cherbatov, sacado de las instituciones de la nobleza para servir durante algún tiempo como ministro de la Corona, decía: "Tanto Samarin como yo somos antiguos mariscales de la nobleza provinciana. Hasta ahora, nadie nos ha considerado como de la izquierda, ni nosotros mismos nos asignamos este carácter. Pero ni él ni yo podemos comprender que impere en el Estado una situación en la que el monarca y su gobierno se hallen radicalmente divorciados de todo lo que hay de razonable en el país -de las intrigas

revolucionarias no hay para qué hablar-: de los nobles, de los comerciantes, de las ciudades, de los zemvstos e incluso del ejército. Si en las alturas no se quiere escuchar nuestra opinión, sabremos cuál es nuestro deber: marcharnos."

Para la nobleza, la causa de todos los males está en que la monarquía se ha vuelto ciega o ha perdido el juicio. La clase privilegiada no ha perdido las esperanzas en una política capaz de conciliar la sociedad vieja con la nueva. O, dicho en otros términos: la nobleza no se aviene a la idea de que está condenada a desaparecer, y convierte lo que no es más que la angustia del agonizante en rebeldía contra la fuerza más sagrada del viejo régimen, es decir, contra la monarquía. La acritud y la irresponsabilidad de la rebeldía aristocrática se explican por la misma molicie histórica a que están acostumbrados sus más altos representantes, por su miedo insuperable a la revolución. Las incoherencias y contradicciones de la rebeldía aristocrática tienen su razón de ser en el hecho de que se trata de una clase que tiene cerradas todas las salidas, y del mismo modo que una lámpara, antes de extinguirse, brilla por un momento con resplandor más vivo, aunque sea humoso, la nobleza, en los estertores de la agonía, tiene un resplandor súbito de protesta que presta un gran servicio a sus enemigos mortales. Es la dialéctica de este proceso, que no sólo se aviene a la teoría de la sociedad de clases, sino que sólo en ésta encuentra su explicación.

CAPITULO VI
AGONÍA DE LA MONARQUÍA

La dinastía cayó apenas sacudirla, como fruto podrido, antes de que la revolución tuviera tiempo siquiera a afrontar sus miras más inmediatas. La imagen que trazamos de la vieja clase dirigente no sería completa si no intentáramos exponer cómo se enfrentó la monarquía con la hora de su hundimiento.

El zar se encontraba en el Cuartel general, en Mohilev, adonde se había trasladado, no porque fuese necesaria su presencia allí, sino huyendo de las molestias petersburguesas. El cronista palaciego, general Dubenski, que se hallaba cerca del zar en el Cuartel general, registra en su diario: "Ha empezado aquí una vida tranquila. Todo seguirá como antes. El zar no cambiará nada. Sólo causas exteriores y fortuitas pueden imponer algún cambio..." El 24 de febrero, la zarina escribía al Cuartel general, en inglés, como siempre: "Confío en que el Kedrinski ese de la Duma (se trata de Kerenski) será ahorcado por sus detestables discursos; hay que hacerlo a toda costa (ley de tiempo de guerra). Y servirá de ejemplo. Todo el mundo anhela e implora de ti energía." El 25 se recibe en el Cuartel general un telegrama del ministro de la Guerra comunicando que en la capital han estallado huelgas y disturbios, pero que se han tomado las oportunas medidas y que la cosa no tiene importancia. ¡Como se ve, no ha cambiado nada!

La zarina, que enseñaba siempre al zar a no retroceder, sigue haciendo todo lo posible por mantenerse firme. El 26, con el visible propósito de robustecer el ánimo vacilante de "Nicolás", le telegrafía que "en la ciudad todo está tranquilo". Pero en el telegrama de por la noche se ve obligada ya a confesar que "las cosas toman en la capital muy mal cariz." Por carta le dice: "Hay que decirles, sin ambages, a los obreros que se dejen de huelgas, y si siguen organizándolas, mandarles al frente como castigo. No hay para qué disparar; lo único que hace falta es orden y no dejarles que atraviesen los puentes." No era mucho pedir, en verdad: ¡orden *solamente*! Y, sobre todo, no permitir que los obreros lleguen al centro de la ciudad. Que se ahoguen de rabia e impotencia en sus suburbios.

Por la mañana del día 27 es enviado desde el frente a la capital el general Ivanov con un batallón de georgianos y plenos poderes dictatoriales, aunque con instrucciones para que no los proclame hasta después de ocupado Tsarskoie-Selo. "Difícilmente podía haberse pensado en un hombre menos adecuado para aquella misión -recuerda el general Denikin, que también más tarde había de hacer sus pinitos de dictadura militar-; era un hombre senil, incapaz d orientarse en una situación política, sin fuerzas, ni energía, ni voluntad, ni rigor."

La elección recayó en él en gracia a sus méritos durante la primera revolución: once años antes, este general había hecho entrar en razón a Kronstadt. Pero esos once años no habían pasado en balde. Durante ellos, los represores habían envejecido y los reprimidos se habían hecho adultos. Se dio a los frentes septentrional y occidental orden de que preparasen tropas para enviarlas a la capital. Por lo visto, creían disponer de tiempo sobrado. El propio Ivanov daba por supuesto que la cosa acabaría pronto y bien. Hasta tuvo la gentileza de acordarse de encargar a su ayudante en Mohilev que comprara provisiones para los amigos de Petrogrado.

El 27 de febrero, Rodzianko envió al zar un nuevo telegrama, que terminaba con estas palabras: "Ha llegado la hora suprema en que van a decidirse los destinos de la patria y de la dinastía." El zar dijo a Frederichs, mayordomo de palacio, comentando el despacho: "Ese gordo de Rodzianko vuelve a escribirme cuatro tonterías, a las que ni siquiera pienso molestarme en contestar." No; aquello no era ninguna tontería, y pronto había de convencerse de que no tenía más remedio que contestar.

El 27, cerca del mediodía, se recibe en el Cuartel general un comunicado e Jabalov hablando de motines en los regimientos de Pavlovski, de Volinski, de Litvoski y de Preobrajenski, y apuntando la necesidad de que se enviasen del frente tropas de confianza. Una hora después llega un telegrama completamente tranquilizador del ministro de la Guerra: "Los disturbios que estallaron por la mañana en algunos regimientos son sofocados firme y enérgicamente por las compañías y los batallones, fieles a su deber... Estoy firmemente persuadido de que se restablecerá pronto la tranquilidad..." Sin embargo, después de las siete de la tarde del mismo día, el propio ministro comunica que "las escasas tropas que siguen fieles a su deber no consiguen sofocar la sublevación". Y pide el urgente envío de fuerza realmente leales y en cantidad suficiente "para proceder simultáneamente en los distintos sectores de la capital".

El Consejo de Ministros reunido aquel día creyó llegado el momento oportuno para eliminar de su seno, por sí y ante sí, a la supuesta causa de todas aquellas calamidades: al ministro del Interior, Protopopov, hombre medio loco. Al mismo tiempo, el general Jabalov ponía en vigor el decreto firmado a espaldas del gobierno declarando por orden de su majestad el estado de guerra en Petrogrado. De este modo intentábase mezclar una vez más una paletada de cal con otra de arena, pretensión vana, aunque tal vez no fuese ése el designio. No se llegó siquiera a fijar los bandos declarando el estado de guerra; resultó que el general-gobernador Balk no tenía engrudo ni pinceles. La autoridad constituida no servía ya ni para pegar un bando: pertenecía ya al reino de las sombras.

La sombra principal de este último gabinete del zar era el príncipe Golitsin, un viejo de setenta años, que se había pasado varios regentando las instituciones benéficas de la zarina y a quien ésta había puesto al frente del gobierno en los días álgidos de la guerra y la revolución. Cuando los amigos le preguntaban a este "bonachón aristócrata ruso, a este viejo senil" -como le definía el liberal barón de Nolde-, por qué había aceptado un cargo de tanta responsabilidad, Golitsin contestaba: "Para tener un recuerdo agradable más que conservar." Mas no lo consiguió, por cierto. Hay un relato de Rodzianko que atestigua cuál era el estado de ánimo del último gobierno del zar en aquellos momentos. Al recibirse las primeras noticias de que las masas avanzaban sobre el palacio de Marinski, donde el gobierno celebraba sus reuniones, fueron apagadas inmediatamente todas las luces del edificio. Aquellos hombres puestos al frente del Estado sólo aspiraban a una cosa: a que la revolución no se fijara en ellos. Mas el rumor no se confirmó, y cuando, viendo que el temidos asalto no ocurría, volvieron a encenderse las luces, más de un ministro zarista apareció, "con gran sorpresa propia" acurrucando debajo de la mesa. No ha podido averiguarse qué clase de recuerdos guardaría en aquel lugar.

Mas tampoco el propio Rodzianko debía de sentirse muy animoso. Después de varias tentativas trabajosas y estériles para establecer comunicación telefónica con el gobierno, consigue al fin que le pongan al habla con el príncipe Golitsin, el cual le previene: "Tenga la bondad de no dirigirse ya a mí para nada, pues estoy dimitido." Al oír esto, Rodzianko, según nos cuenta su fiel secretario, se dejó caer pesadamente sobre un sillón, se cubrió la cara con ambas manos y balbuciendo: "¡Qué horror!... ¡Dios míos! ¡Sin autoridad!... ¡La anarquía!... ¡Sangre!", rompió a llorar silenciosamente. Al derrumbarse el espectro caduco del zarismo no había consuelo para Rodzianko: sentíase desamparado, huérfano. ¡Qué lejos se hallaba en aquellos momentos de pensar que al día siguiente había de ponerse a la cabeza de la revolución!

La contestación telefónica de Golitsin se explica teniendo en cuenta que el día 27 por la tarde el Consejo de Ministros se había reconocido incapaz para dominar la situación y había aconsejado al zar que pusiese al frente del gobierno a una persona que gozara de la confianza general del país. El zar contestó a Golitsin en estos términos: "Respecto a las modificaciones propuestas en el ministerio, las considero inadmisibles en las circunstancias actuales. *Nicolás.*" ¿A qué otras circunstancias esperaba? Al propio tiempo, el zar exigía que se adoptasen "las medidas más enérgicas" para sofocar la sublevación. Pero esto era más fácil de decir que de hacer.

Al día siguiente, 28, hasta la indomable zarina se siente abatida. "Es necesario hacer concesiones -le telegrafía a Nicolás-. Las huelgas continúan y muchas tropas se han pasado a la revolución. *Alicia*." Fue necesario que se sublevase toda la Guardia, toda la guarnición, para que la celosa guardadora de la autocracia comprendiese la necesidad de hacer concesiones. Ahora que el zar empieza también a darse cuenta de lo que le había telegrafiado "aquel gordo de Rodzianko" no eran ninguna "tontería". Nicolás decide trasladarse al lado de su familia. Es posible que los caudillos del Cuartel general, que no se sentían tampoco muy seguros, hiciesen todo lo posible por quitárselo de encima.

En un principio, el tren real hizo su recorrido normalmente; como de costumbre, fue recibido en todas las estaciones por los agentes de policía y los gobernadores. Lejos del torbellino revolucionario, recluido en su vagón, entre su séquito habitual, el zar volvió a perder, visiblemente, la sensación del desenlace fatal que se avecinaba. El día 28, a las tres de la tarde, cuando el curso de los acontecimientos había decidido ya su suerte, el zar envía desde Viasma a la zarina este telegrama: "Tiempo magnífico. Confió en que os encontraréis buenos y tranquilos. Han sido enviados fuertes destacamentos de tropas desde el frente. Tiernamente tuyo, *Nika*." En vez de las concesiones a las que la propia zarina le impulsa, el tierno amante envía tropas del frente. Pero, a pesar del "tiempo magnífico", horas después, el zar ya no tiene más remedio que afrontar cara a cara el vendaval revolucionario. El tren llegó hasta la estación de Vischera, donde los ferroviarios no dejaron seguir viaje: "El puente está destruido", le dijeron. Lo más probable es que este pretexto lo inventaran los del propio séquito imperial para disimular la verdadera realidad. Nicolás intentó pasar -o intentaron hacerle pasar- por Bologoye, línea de Nikolaievoski; pero tampoco aquí dejaron paso al tren real. Aquello era mucho más elocuente que todos los telegramas de Petrogrado. El zar había abandonado el Cuartel general y encontraba cerrado el paso a su capital. ¡Con los "peones" ferroviarios nada más, la revolución daba jaque mate al rey!

El general Dubenski, que acompañaba al zar en su viaje, escribe en el diario: "Todo el mundo se da cuenta de que este viraje nocturno de Vischera es una noche histórica... Para mí es evidente que el problema de la Constitución está ya decidido; no hay más remedio que implantarla... Ya no se habla más de la necesidad de ponerse de acuerdo con ellos, con los miembros del gobierno provisional." Ante el semáforo cerrado, detrás del cual acecha acaso la muerte, todos, el conde Frederichs, el príncipe Dolgoruki, el duque de Leuhtenberg, todos estos caballeros aristócratas se sienten partidarios de la Constitución. No piensan siquiera en luchar y resistir un poco. Negociar nada más; es decir, volver a engañar al pueblo o intentarlo, por lo menos, como en 1905.

Mientras el tren real erraba de un lado para otro, sin encontrar salida, la zarina enviaba telegrama tras telegrama al zar incitándole a regresar a la capital lo más pronto posible. Pero los telegramas llegaban todos devueltos con esta inscripción en lápiz azul: "Se ignora el paradero del destinatario". Los funcionarios de Telégrafos no podían dar con el zar de todas las Rusias.

Regimientos con bandera y música dirigíanse en manifestación al palacio de Táurida. La guardia de palacio formó bajo el mando del gran duque Cirilo Vladimorovich, en quien se reveló de súbito, como atestigua la condesa Kleinmichel, una gran prestancia revolucionaria. Los centinelas se retiraron. Los palatinos abandonaron el palacio. "Allí todo el mundo atendía a salvase a sí mismo" -dice la Wirubova-. Por el interior de palacio erraban grupos de soldados revolucionarios, que lo miraban todo con ávida curiosidad. Antes de que los dirigentes resolvieran lo que había que hacer, ya la gente de abajo había convertido en un museo el palacio de los zares.

El zar, cuyo paradero se ignora, vira con su tren hacia Pskov, donde está el Estado Mayor del frente septentrional que manda el viejo general Ruski. En el séquito del zar se suceden unas proposiciones a otras. El zar da tiempo al tiempo y sigue contando por días y por semanas, cuando la revolución cuenta ya por minutos.

El poeta Block pinta al monarca en los últimos meses de su reinado: "Terco, pero abúlico; nervioso, pero insensible a todo; receloso de todo el mundo, desquiciado, pero cauto en las palabras, no era ya dueño de sí mismo. Había dejado de comprender la situación y no daba ni un solo paso, echándose completamente en brazos de aquellos a los que él mismo había puesto en el poder." ¡Piénsese hasta qué punto se acentuarían en este hombre esos rasgos de abulia y de desquiciamiento, de miedo y de desconfianza, al sobrevenir los últimos días de febrero y los primeros días de marzo!

Por fin, Nicolás, haciendo un último esfuerzo, se dispuso a enviar un telegrama al odiado Rodzianko -telegrama que no debió de llegar tampoco a cursarse- diciéndole que, en aras de la patria y de su salvación, le encargaba de la formación de un nuevo Ministerio, reservándose únicamente la provisión de las carteras de Negocios Extranjeros, Guerra y Marina. El zar quiere todavía regatear con "ellos": no hay que olvidar que avanzan "numerosas tropas" sobre Petrogrado.

El general Ivanov pudo llegar, efectivamente, sin novedad a Tsarskoie-Selo. Por lo visto, los ferroviarios no se decidieron a hacer frente al batallón de los georgianos. El general había de confesar algún tiempo después que, durante el trayecto, se había visto obligado a usar por tres o cuarto veces de la "presión paternal" contra los soldados

rebeldes, obligándoles a arrodillarse. Inmediatamente de llegar el "dictador" a Tsarskoie-Selo, las autoridades locales le comunicaron que un choque de los georgianos con las tropas podría poner en grave peligro la vida de la familia real. Pero por quien temían era por sí mismos, y esto les llevaba a aconsejar al "pacificador" que se volviese.

El general Ivanov formuló a Jabalov, el otro "dictador", diez preguntas, a todas las cuales recibió una contestación precisa y categórica. Reproducimos aquí las preguntas y las respuestas, pues en verdad que lo merecen:

PREGUNTAS DE IVANOV	RESPUESTAS DE JABALOV
1º *¿Qué tropas se ajustan al orden y cuáles faltan a él?*	1º *En el edificio del Almirantazgo tengo bajo mis órdenes cuatro compañías de la Guardia, cinco escuadrones y sotnias de cosacos, y dos baterías; el resto de las tropas se han pasado a los revolucionarios o permanecen neutrales en connivencia con ellos. Los soldados recorren la ciudad, sueltos o en grupos, y desarman a los oficiales.*
2ª *¿Qué estaciones están guardadas?*	2ª *Todas las estaciones están en manos de los revolucionarios, que las guardan celosamente.*
3ª *¿En qué partes de la ciudad se mantiene el orden?*	3ª *Toda la ciudad está en poder de los revolucionarios el teléfono no funciona y están cortadas las comunicaciones con los distintos barrios de la capital.*
4ª *¿Qué autoridades ejercen el poder en esos barrios de la capital?*	4ª *No puedo contestar a esta pregunta.*
5ª *¿Funcionan normalmente todos los ministerios?*	5ª *Los ministros han sido detenidos por los revolucionarios.*
6ª *¿De qué autoridades policiacas dispone usted en este momento?*	6ª *De ninguna.*
7ª *¿Qué organismos técnicos y económicos del ramo de Guerra se hallan actualmente bajo sus órdenes?*	7ª *Ninguno.*

8ª *¿Qué cantidad de víveres tiene usted a su disposición?*	8ª *No dispongo de víveres. El 25 de febrero había en la ciudad 5.600.000 puds de harina.*
9ª *¿Han caído muchas armas, artillería y municiones, en manos de los rebeldes?*	9ª *Toda la artillería está en poder de los rebeldes.*
10ª *¿Qué autoridades militares y Estados Mayores están a las órdenes de usted?*	10ª *Bajo mis órdenes personales se halla el jefe del Estado Mayor del distrito; con los demás organismos regionales no tenemos comunicación.*

Después de obtener estos datos, que le imponían, de un modo bien inequívoco, de la realidad, el general "accedió" a retornar con sus fuerzas, que ni siquiera habían descendido del tren, a la estación de Dno. "He aquí -concluye una de las primeras figuras del Cuartel general, el general Lukomski- cómo el envío del general Ivanov, con plenos poderes dictatoriales, vino a parar en un fiasco escandaloso."

La verdad es -dicho sea de paso- que el escándalo pasó desapercibido, ahogado por la marejada de los acontecimientos. Suponemos que el dictador enviaría las provisiones con que quería obsequiar a sus amistades de Petrogrado y sostendría una prolongada conversación con la zarina, en la que ésta le hablaría de su abnegación en los hospitales de campaña y se lamentaría de la ingratitud del ejército y del pueblo.

Entretanto llegaban a Pskov, pasando por Mohilev, noticia tras noticia, cada vez más sombría que la anterior. La Guardia personal de su majestad, que se había quedado en la capital y en la que la familia real conocía a cada soldado por su nombre, rodeándolos a todos de mimos y cuidados, se presenta a la Duma nacional pidiendo autorización para arrestar a los oficiales que se niegan a solidarizarse con la insurrección. El vicealmirante Kurosch comunica que no ve posibilidad de sofocar la insurrección de Kronstadt, pues no responde ni de un solo batallón. El almirante Nepenin telegrafía que la escuadra del Báltico no reconoce más gobierno que el Comité provisional de la Duma. El jefe de las tropas de Moscú, Mrosovski, dice: "La mayoría de las tropas, con la artillería, se han pasado a los revolucionarios, en cuyo poder se halla, por tanto, toda la ciudad: el general-gobernador y su ayudante han abandonado sus puestos." Dicho más claramente: han huido.

Todo esto le fue comunicado al zar el día 1 de marzo, por la tarde. Hasta una hora avanzada de la noche se discutió el pro y el contra de un Ministerio responsable. Por fin, a las dos de la madrugada, el zar dio su conformidad. Los altos dignatarios que le rodeaban

respiraron tranquilos. Creyéndose como la cosa más natural del mundo que con esto se cortaba de raíz el problema de la revolución, dieron al mismo tiempo órdenes para que volvieran al frente las tropas que habían sido destacadas a Petrogrado, al apuntar el día, la buena nueva. Pero el reloj del zar iba enormemente atrasado. Rodzianko, acosado ya en el palacio de Táurida por los demócratas, los socialistas, los soldados, los diputados obreros, contestó a Ruski: "Lo que usted propone no basta; lo que ahora se debate es la cuestión dinástica... Las tropas se ponen en todas partes al lado de la Duma y del pueblo y exigen la abdicación del zar en favor de su hijo, bajo la regencia de Miguel Alexandrovich." La verdad era que a las tropas no se les había pasado siquiera por las mentes semejante cosa. Lo que ocurría era que Rodzianko achacaba bonitamente al ejército y al pueblo la fórmula con que la Duma confiaba todavía en contener la revolución. De todos modos, la concesión del zar llegaba demasiado tarde: "La anarquía ha tomado tales proporciones, que me he visto obligado a nombrar esta noche un gobierno provisional. Desgraciadamente, el manifiesto ha llegado tarde"... Estas palabras mayestáticas demuestran que el buen presidente de la duma se había enjuagado ya las lágrimas que derramara días antes justo al teléfono. El zar, leyendo las palabras cambiadas entre Rodzianko y Ruski, vacilaba, releía, esperaba. Pero los caudillos militares salieron de su mutismo para tomar cartas en el asunto: la cosa urgía y también a ellos les afectaba.

Aquella noche, el general Alexéiev pulsó, en una especie de plebiscito, la opinión de los jefes de los frentes. Es magnífico que las revoluciones modernas se realicen con ayuda del telégrafo, pues así las primeras reacciones y el eco que despiertan en los que ejercen el poder van quedando registradas para la historia en las cintas telegráficas. Las negociaciones entabladas entre los mariscales de campo del zar la noche del 1 al 2 de marzo, nos suministran un documento humano incomparable. ¿Debe abandonar el zar el trono, o no? El generalísimo del frente occidental, general Evert, se reserva su opinión hasta que hayan expuesto la suya los generales Ruski y Brusílov. El generalísimo del frente rumano, general Sazarov, exigía que e le comunicasen previamente los dictámenes de los demás generalísimos. Tras muchas vacilaciones, este bravo guerrero declaró que su ardiente amor por el monarca le impide avenirse a tan "vil proposición"; sin embargo, recomienda, "llorando", al zar que abdique "para enviar imposiciones aún más viles". El general-ayudante Evert expone minuciosamente las razones que aconsejan capitular: "Adopto todas las medidas para evitar que las noticias referentes a la situación actual reinante en las capitales penetren en el ejército, con el fin de preservarlo de desórdenes, de otro modo inevitables. Pero no hay modo de poner fin a la revolución en las capitales." El gran duque

Nicolás Nikolaievich exhorta al zar desde el frente caucásico a que tome una "resolución heroica y abdique la corona"; el mismo ruego formulan los generales Alexéiev y Brusílov y el almirante Nepenin. Por su parte, Ruski expone verbalmente al zar su opinión, que coincide con la de esos caudillos. Los generales encañonaban respetuosamente con los cañones de sus siete revólveres al adorado monarca. Temerosos de dejar escapar el momento propicio para ponerse a bien con el nuevo poder, no menos temerosos de sus propias tropas, estos guerreros, maestros en capitulaciones, dan a su zar y jefe supremo, unánimemente, un consejo prudentísimo: retirarse por el foro sin lucha. Ya no se trataba de aquel lejano Petrogrado, contra el que, por lo visto, se podían destacar tropas; se trataba del frente, de donde las tropas tenían que salir.

Oídos estos pareceres, el zar decide renunciar a un trono que ya no posee. Se redacta un telegrama a Rodzianko adecuado a las circunstancias: "No hay sacrificio que yo no sea capaz de hacer en aras del verdadero bien y de la salvación de nuestra querida madre Rusia. Estoy, pues, dispuesto a abdicar la corona en mi hijo, que seguirá a mi lado hasta llegar a la mayoría de edad, nombrando regente del reino a mi hermano el gran duque Miguel Alexandrovich. *Nicolás*." Mas tampoco este telegrama se llegó a cursar, pues se recibieron noticias de que los diputados Guchkov y Chulguin salían de Petrogrado para Pskov. Aquello daba nuevo pie para aplazar la decisión. El zar ordenó que le devolviesen el telegrama. Temía, evidentemente, haberse precipitado y seguía esperando noticias tranquilizadoras; realmente, lo que esperaba era un milagro. Recibió a los diputados a las doce de la noche del día 2 de marzo. El milagro no ocurrió, y ya no podía diferirse más tiempo la resolución. Inesperadamente, el zar declaró que no podía separarse de su hijo -¿qué vagas esperanzas abrigaría en aquellos momentos?- y firmó un manifiesto renunciando a la corona en favor de su hermano. Firmó también unos *ukases* dirigidos al Senado nombrando al príncipe Lvov presidente del Consejo de Ministros, y generalísimo a Nicolás Nikolaievich. Los temores familiares de la zarina parecían confirmarse: el odiado "Nikolaska" subía al poder del brazo de los conspiradores. Por lo visto, Guchkov creía seriamente que la revolución se avendría con el augusto generalísimo. Éste tomó también en serio el nombramiento y hasta intentó durante algunos días gobernar apelando al cumplimiento de los deberes patrióticos. Pero la revolución le empujó a un lado insensiblemente.

Con el fin de guardar las apariencias de una decisión espontánea y libre, al manifiesto de renuncia a la corona se le puso como hora las tres de la tarde, fundándose en que la resolución primera del zar había sido tomada a esa hora. En realidad, lo que se hacía era

revocar aquella "decisión" de por el día, que trasmitía la corona al hijo y no al hermano, en la esperanza de que los acontecimientos tomarían un giro favorable. Pero todo el mundo fingió no darse cuenta de esto. El zar hacía una última tentativa por salvar su dignidad ante los odiados representantes del parlamento, los cuales correspondieron a ello tolerando aquella falsificación de un acto histórico, es decir, un fraude contra el pueblo. La monarquía se retiraba de la escena con el mismo estilo con que había vivido. También sus sucesores se mantuvieron fieles a sí mismos. Es posible que viesen en su tolerancia una condescendencia generosa del vencedor para el vencido.

Apartándose un poco del estilo impersonal de su diario, Nicolás escribe en el asiento del día 2 de marzo: "Por la mañana vino Ruski y me leyó una larguísima conversación sostenida con Rodzianko por teléfono. A juzgar por sus informes, la situación en Petrogrado es tal, que un ministerio compuesto por miembros de la Duma no serviría de nada, pues tendría enfrente al partido socialdemócrata representado por el Comité obrero. Le indicó que era necesario que renunciase a la corona. Ruski comunicó esta conversación al Cuartel general, a Alexéiev y a todos los generalísimos. A las doce y media de la noche llegaron las respuestas. Para salvar a Rusia y retener las tropas en el frente he decidido dar este paso. Manifesté mi conformidad y desde el Cuartel general se envió un proyecto de manifiesto. Por la tarde llegaron de Petrogrado Guchkov y Chulguin, y, después de entrevistarme con ellos, les entregué el manifiesto, corregido y firmado. A la una de la noche me marché de Pskov con el corazón dolorido. Por todas partes traición, cobardía y engaño."

Hay que reconocer que la amargura de Nicolás no carecía de fundamento. el 28 de febrero, el general Alexéiev vuelve a telegrafiar a todos los generalísimos de los frentes: "Pesa sobre todos nosotros, ante el monarca y la patria el deber sagrado de conservar en las tropas de los ejércitos en operaciones la fidelidad al deber y al juramento prestado." Dos días después, Alexéiev excitaba a estos mismos generalísimos a violar la fidelidad "al deber y al juramento prestado". En el alto mando no hubo ni una sola persona que defendiera a su zar. Todos se apresuraron a ponerse a salvo, pasándose a la nave de la revolución, en la firme creencia de que en ella encontrarían cómodo aposentamiento. Generales y almirantes se despojaban tranquilamente de las insignias zaristas para colocarse cintas rojas. Sólo se habló de un pobrecillo comandante de un cuerpo de ejército que murió de un ataque cardíaco al prestar juramento al nuevo poder. Lo que no sabemos es si el corazón le estalló al ver derrumbarse la amada monarquía o por otras causas. Los dignatarios civiles no tenían

por qué demostrar profesionalmente más valor que los militares. Cada cual se salvaba como mejor podía.

Pero, decididamente, el reloj de la monarquía no marchaba acorde con el de la revolución. El 3 de marzo, de madrugada, Ruski fue llamado nuevamente al aparato desde la capital por el hilo directo. Rodzianko y el príncipe Lvov exigían que no se hiciera público el manifiesto del zar, que llegaba otra vez tarde. Acaso se tranquilizasen -¿quiénes?- con la subida al trono de Alexei, comunicaban evasivamente los nuevos amos del poder; pero la renuncia a favor del príncipe Miguel era absolutamente inadmisible. Ruski exteriorizó, no sin cierta perversidad, su pesar ante el hecho de que los diputados de la Duma destacado el día anterior no estuviesen lo bastante informados acerca de los verdaderos fines de su viaje. Pero también para esto encontraron los diputados una salida. "Ha estallado, inesperadamente para todo el mundo, una sublevación militar como nunca se había visto -le explicó el gran chambelán a Ruski, como si realmente se hubiera pasado la vida estudiando sublevaciones militares-. La proclamación del gran duque Miguel como emperador no haría más que echar leña al fuego y sobrevendría una verdadera hecatombe." Están todos asustados, todos han perdido la cabeza.

Y los generales vuelven a tragarse silenciosamente esta nueva "imposición vil" de la revolución. Sólo Alexéiev se desahoga un poco en este comunicado telegráfico dirigido a los generalísimos del frente: "Los partido de izquierda y los diputados obreros ejercen una violenta presión sobre el presidente de la Duma, y en los comunicados de Rodzianko no hay franqueza ni sinceridad." ¡Sinceridad era todo lo que echaban de menos los buenos generales en aquellos momentos!

El zar volvió a reflexionar mejor. Al llegar a Mohilev, procedente de Pskov, entregó a su exjefe de Estado Mayor, Alexéiev, para que la cursara a Petrogrado, una hoja dando su consentimiento a la abdicación en su hijo. Esta fórmula debía de parecerle, después de todo, la más aceptable. Según cuenta Denikin, Alexéiev se hizo cargo del telegrama y no lo cursó, entendiendo, sin duda, que bastaban los otros dos manifiestos dados a conocer ya al Ejército y al país. Aquella discordancia nacía sencillamente de que el cerebro, no sólo del zar y de sus consejeros, sino también el de los liberales de la Duma, trabajaba más lentamente que la revolución.

Antes de salir definitivamente de Mohilev, el 8 de marzo, el zar, ya formalmente arrestado, dirigió un llamamiento a las tropas, que terminaba con estas palabras: "El que en estos momentos piense en la paz, el que desee la paz, s un traidor a la patria." Era una tentativa que alguien debió de sugerirle de ahogar en boca de los liberales la acusación de

germanofilia. La tentativa no tuvo consecuencias, pues ya no se atrevieron a hacer pública la alocución.

Así terminaba un reinado que había sido todo él una cadena ininterrumpida de fracasos, catástrofes, calamidades y crímenes, empezando por la hecatombe de Chodinka durante las fiestas de la coronación, pasando por los fusilamientos en masa de huelguistas y campesinos sublevados, por la guerra rusojaponesa, por las terribles represiones que siguieron a la revolución de 1905, por las innumerables ejecuciones, razzias punitivas y los programas nacionalistas, y acabando por la participación insensata e infame de Rusia en la infame e insensata guerra mundial.

Al llegar a Tsarkoie-Selo, donde le recluyeron en el palacio real con su familia, el zar dijo en voz baja, según cuenta la Wirubova: "No hay justicia en este mundo." Y, sin embargo, aquellas palabras eran precisamente una prueba irrefutable de que hay una justicia histórica, aunque a veces llegue con retraso.

La semejanza entre la última pareja de los Romanov y la pareja real de los tiempos de la gran Revolución Francesa salta a la vista. Esta semejanza ha sido señalada ya en la literatura, pero de un modo superficial y sin sacar de ella ninguna consecuencia. Sin embargo, esta analogía no es casual, como a primera vista pudiera parecer, y brinda un material precioso para deducir conclusiones.

Separados unos de otros por una distancia de cinco cuartos de siglo, hay momentos en que Nicolás II y Luis XVI se dirían dos actores que representasen el mismo papel. En ambos es la felonía pasiva, acechante, pero vengativa, le rasgo más destacado de carácter, con la diferencia de que el rey francés se oculta tras una dudosa bondad mientras que en el zar ruso es una forma de trato. Uno y otro producen la impresión de hombres a quienes les pesa el oficio que les cupo en suerte y que, sin embargo, no están dispuestos a ceder ni un ápice de los derechos que les rodean y que no saben cómo emplear. Sus diarios, semejantes hasta en el estilo o en la ausencia de estilo, revelan la misma agobiadora vacuidad espiritual.

La austríaca y la alemana de Hesse guardan, a su vez, una evidente simetría. Las dos reinas descuellan sobre sus maridos no sólo en estatura física, sino en talla moral. María Antonieta es menos beata que Alejandra Feodorovna y más ardientemente dada a los placeres. Pero ambas desprecian por igual a sus pueblos, ambas desechan indignadas toda idea de concesiones y ambas desconfían del valor de sus maridos y los miran de arriba abajo: Antonieta, con una sombra de desprecio; Alejandra, con lástima.

Cuando autores allegados de la corte petersburguesa nos aseguran en sus Memorias que Nicolás II, de no haber sido zar, habría dejado en el mundo un buen recuerdo, no

hacen más que reproducir el viejo cliché benevolente que los de su tiempo acuñaron de Luis XVI, sin que con ello contribuyan gran cosa a enriquecer nuestros conocimientos, ni en punto a la historia ni en lo tocante a la naturaleza humana.

Ya hemos oído cómo se indignaba el príncipe Lvov cuando, en los momentos en que los sucesos trágicos de la primera revolución se hallaban en su apogeo, en donde creía encontrarse con un zar abatido, se encontró con "un hombrecillo alegre y animoso, ataviado con una camisa morada". Sin saberlo, el príncipe no hacía más que repetir lo que el gobernador Morris había escrito, en 1790, en Washington, hablando de Luis XVI: "¿Qué se puede esperar de un hombre que, en la situación en que se halla, come, bebe, duerme y ríe; de este hombre simpático, más alegre que cuantos le rodean?"

Cuando Alejandra Feodorovna, dos meses antes de caer la monarquía, predice: "Las cosas toman un buen giro, los sueños de nuestro "Amigo" tienen un gran significado", no hace más que repetir lo que María Antonieta decía un mes antes de derrumbarse en Francia el poder real: "Me siento muy animosa, y algo me dice que pronto seremos felices y estaremos salvados." Están ahogándose, y ambas ven sueños de color de rosa.

Ciertos elementos en esta analogía tienen, naturalmente, un carácter puramente casual y no ofrecen más que un interés histórico anecdótico. Incomparablemente más importancia tienen aquellos rasgos destacados o directamente impuestos por la fuerza de las circunstancias y que proyectan una cruda luz sobre las relaciones que guardan entre sí la personalidad y los factores objetivos de la historia.

"No sabía querer: he aquí el rasgo más valiente de su carácter", dice un historiador reaccionario francés hablando de Luis XVI. Estas palabras parecen el retrato de Nicolás II. Ninguno de los dos sabía querer; en cambio, sabían no querer. Y, en realidad, ¿qué iban a "querer", suponiendo que pudiesen, los últimos representantes de una causa histórica definitivamente perdida?

"Generalmente, escuchaba, sonreía; pero rara vez se decidía a nada. Lo primero que se le ocurría decir instintivamente era no." ¿A quién se refieren estas palabras? También a Luis Capeto. En todo era la conducta de Nicolás II un plagio del rey francés. Uno y otro caminaban al abismo "con la corona sobre los ojos". Pero, ¿es que se puede caminar con los ojos abiertos a un abismo al que no hay manera de escapar? ¿Hubieran remediado algo con echarse la corona atrás para ver mejor?

Sería cosa de recomendar a los sicólogos profesionales la redacción de una antología de lugares paralelos en las vidas de Nicolás II y Luis XVI, de Alejandra y de Antonieta y sus afines y allegados. No les faltarían, desde luego, materiales, y el fruto de su trabajo sería un

documento histórico sumamente interesante en abono de la sicología materialista: a rozamientos semejantes -no iguales, naturalmente- corresponden, en condiciones parecidas, reflejos también semejantes. Cuanto más generoso es el agente que provoca el rozamiento, antes supera las peculiaridades individuales. Tratándose de cosquillas, cada cual reacciona a su modo; pero si nos tocan con un hierro candente, todo el mundo reacciona igual. Y del mismo modo que el martillo pilón convierte en una plancha una bola o un cubo, bajo el peso de los acontecimientos magnos inexorables, las individualidades, por mucho que resistan, se aplanan y pierden sus contornos genuinos.

Luis XVI y Nicolás II eran los últimos vástagos de unas dinastías que habían vivido turbulentamente. La imperturbabilidad relativa de ambos, su serenidad y "su semblante risueño" en los momentos difíciles eran otras tantas expresiones, adquiridas por hábito de educación, de la pobreza de energías interiores, de la baja tensión de sus descargas nerviosas, de la indigencia de sus recursos espirituales. Eran ambos individuos moralmente castrados, que carecían en absoluto de imaginación y de capacidad creadora, que tenían la inteligencia estrictamente necesaria para darse cuenta de su propia trivialidad y sentían una envidia hostil contra cuanto significase talento y valor. A ambos les tocó en suerte gobernar a sus países en momentos de honda crisis interior y de despertar revolucionario del pueblo. Ambos se defendían contra la difusión de las nuevas ideas y la avalancha de las potencias enemigas, y su indecisión, su hipocresía y su falsedad no eran, en ambos, signos de debilidad moral personal precisamente, sino expresión de la absoluta imposibilidad de sostenerse en el puesto heredado.

¿Y sus esposas? Alejandra, en más alto grado todavía que Antonieta, viose exaltada por su matrimonio con el autócrata de un poderoso país a las más elevadas cumbres con que puede soñar una princesa, sobre todo la princesa de un rincón provinciano como Hesse. Ambas estaban poseídas hasta el último límite por la conciencia de su elevada misión: Antonieta, de un modo más frívolo; Alejandra, con el espíritu de la hipocresía protestante traducido al lenguaje de la Iglesia eslava. Los fracasos de su reinado y el descontento creciente de sus pueblos hicieron estremecerse despiadadamente el mundo fantástico que se habían construidos aquellos cerebros fantásticos, pero diminutos como de gallinas. Así se explica el furor creciente, la hostilidad sorda, su odio hacia aquellos ministros que tomaban en consideración, por poco que fuese, este mundo hostil, es decir, el país en que vivían, su aislamiento incluso dentro de la propia corte, y aquel eterno sentimiento de descontento hacia el marido en quien no se habían cumplido las esperanzas concebidas durante la época de noviazgo.

Los historiadores y los biógrafos de tendencia sicológica buscan, y muchas veces encuentran, rasgos puramente personales y fortuitos allí donde sólo hay una refracción de las grandes fuerzas históricas en una personalidad. Es el mismo error de visión en que incurren los palaciegos al no ver en el último zar de Rusia más que a un hombre de "mala suerte". Y así lo creía él también. En realidad, sus fracasos provenían de la contradicción entre los viejos objetivos que había heredado de sus antecesores y las nuevas condiciones históricas en que se encontraba colocado. Cuando los antiguos decían que Júpiter privaba del juicio a aquel a quien quería perder, expresaban bajo la forma de una superstición el fruto de profundas observaciones históricas. La frase de Goëthe: "La razón se torna en absurdo" -*Vernunft wird Unsinn*- encierra la misma idea del Júpiter impersonal de la dialéctica histórica que priva de razón a las instituciones históricas caducas y condena al fracaso a sus defensores. Nicolás Romanov y Luis Capeto se encontraron con sus papeles históricos trazados de antemano por el curso del drama histórico. Lo más que ellos podían poner de su cosecha eran los matices de la interpretación. La "mala estrella" de Nicolás II, lo mismo que la de Luis XVI, no hay que buscarla en su horóscopo personal, sino en el horóscopo histórico de la monarquía burocrático-feudal. Eran ambos los últimos vástagos del absolutismo. Su nulidad moral, derivada del carácter agonizante de su dinastía, imprimió a ésta un sello doblemente siniestro.

Podría objetarse que si Alejandro III hubiera bebido menos, habría vivido acaso mucho más y la revolución se habría encontrado con otro zar completamente distinto, sin la menor afinidad con Luis XVI. Pero esta objeción deja completamente incólume lo dicho más arriba. No es nuestro propósito, ni mucho menos, negar la importancia que lo personal tiene en la mecánica del proceso histórico ni la influencia del factor fortuito en lo personal. Lo que sostenemos es que la personalidad histórica, con todas sus peculiaridades, no debe enfocarse precisamente como una síntesis escueta de rasgos sicológicos, sino como una realidad viva, reflejo de determinadas condiciones sociales, sobre las cuales reacciona. Del mismo modo que la rosa no pierde su fragancia por el hecho de que el naturalista indique los elementos del suelo y de la atmósfera de que se nutre, la personalidad no pierde su aroma, o su hedor, por poner al descubierto sus raíces sociales.

Precisamente esa objeción que se apunta -la referente a la longevidad de Alejandro III- puede contribuir a esclarecer el problema en otro aspecto. Supongamos, por un momento, que Alejandro III no hubiese emprendido la guerra con el Japón en 1904. Esto habría demorado la primera revolución. ¿Hasta cuándo? Es posible que la revolución de 1905, es decir, el primer choque en el que se probaron las fuerzas, la primera brecha abierta

en el muro de la autocracia, no hubiera sido entones más que una simple introducción a la segunda, a la republicana, y a la tercera, la proletaria. Mas todo lo que se diga sobre este particular serán siempre conjeturas más o menos interesantes. Lo indiscutible es que la revolución no fue un fruto de las condiciones de carácter de Nicolás II, y que Alejandro II no hubiera resuelto tampoco los problemas por ella planteados. Baste recordar que, nunca ni en parte alguna, el tránsito del régimen feudal al burgués se realizó sin conmociones violentas. Ayer mismo lo veíamos todavía en China, como hoy lo podemos observar bien claro en la India. Lo más que se puede aventurar es que la política seguida por la monarquía y la conducta personal del monarca aceleran o retrasan, en ciertos casos, la revolución e imprimen un determinado sello a su proceso externo.

¡Con qué rencorosa e impotente tenacidad pugnaba por defenderse el zarismo en los últimos meses, semanas y días, cuando ya tenía irremediablemente perdida la partida! Si Nicolás II no tenía suficiente voluntad, la zarina se encargaba de suplir este defecto. Rasputin era el elemento de que se valía para gobernar la camarilla, luchando encarnizadamente por su propia conservación. Aun desde este punto de vista limitado, la personalidad del zar aparece absorbida por una pandilla que no es más que un coágulo del pasado y de sus últimas convulsiones. La "política" de la camarilla de Tsarskoie-Selo ante la revolución no era más que una resultante de los reflejos de una fiera acosada y desangrada. Si perseguimos por la estepa, leguas y leguas, a un lobo en un rápido automóvil, la fiera acaba, tarde o temprano, por perder el aliento y tenderse en el suelo, agotada. Pero en cuanto probemos a ponerle un collar, la veremos revolverse intentado destrozarnos. Y es natural, pues ¿qué otro recurso le queda en semejantes condiciones?

Los liberales no lo entendían así. Toda el acta de acusación del liberalismo contra el último zar era que Nicolás II, en vez de pactar a tiempo con la gran burguesía, evitando con ello la revolución, se negaba tozudamente a hacer concesiones, y hasta en los últimos momentos, bajo la cuchilla del destino ya, cuando cada minuto contaba, seguía dando largas y más largas, regateando con el destino y dejando perderse las últimas posibilidades. Y todo esto está muy bien. ¡Lástima que el liberalismo, que conocía remedios tan infalibles para salvar a la monarquía, no los hubiera encontrado para salvase a sí mismo!

Sería absurdo afirmar que el zarismo, nunca ni bajo ningún género de condiciones, se mostró dispuesto a ceder. Hizo concesiones en la medida en que se las imponía la necesidad de la propia conservación. Después del desastre de Crimea, Alejandro II decretó la semiemancipación de los campesinos y una serie de reformas liberales en los dominios de los zemstvos, la justicia, la prensa, las instituciones de enseñanza, etc. El mismo zar se

encargó de dar expresión a la idea que informaba aquellas reformas: emancipar a los campesinos *desde arriba*, con el fin de que no se emancipasen ellos *desde abajo*. Acuciado por la primera revolución, Nicolás II llegó a conceder una semiconstitución. Stolipin se entregó a la obra de destruir la "comuna" rural, con el designio de abrir más ancho cauce a las fuerzas capitalistas. Pero todas estas reformas no tenían para el zarismo más sentido que mantener en pie, a costa de concesiones parciales, el sistema total: los fundamentos de la sociedad de castas y la monarquía misma. En cuanto vio que los frutos de la reforma iban más allá de los límites propuestos, la monarquía retrocedió inmediatamente. Alejandro II se paso la segunda mitad de su reinado escamoteando las reformas implantadas por él durante la primera mitad de su reinado. Alejandro III fue todavía más allá por la senda de la contrarreforma. En octubre de 1905, Nicolás II cedió ante la revolución; luego disolvió las Dumas creadas por él, y, tan pronto como la revolución se debilitó, dio un golpe de Estado. En el transcurso de tres cuarto de siglo -si se cuenta a partir de las reformas de Alejandro II- se desarrolla una pugna, unas veces latente y otras manifiesta, de las fuerzas históricas, que se remonta muy por encima de las cualidades personales de los zares y que encuentra su apogeo y remate en el derrocamiento de la monarquía. Dentro del marco de este proceso histórico es donde hay que situar a los distintos zares, para estudiar su carácter respectivo y trazar su "biografía".

Aun el más autocrático de los déspotas queda muy lejos del individuo que, "libre" y arbitrariamente, imprime su sello propio a los acontecimientos. El monarca no es nunca más que un agente coronado de las clases privilegiadas, que forman una sociedad hecha a su imagen y semejanza. Cuando estas clases tienen todavía una misión que cumplir, la monarquía es fuerte y abriga confianza en sí misma, empuña un aparato firme de poder y puede elegir sin tasa sus gobernantes, pues los hombres de talento no se han pasado todavía al campo enemigo. El monarca, ya sea personalmente o por medio de un favorito, puede, si quiere, convertirse en depositario de una misión histórica, elevada y progresiva. Otra cosa acontece cuando el sol de la vieja sociedad camina irremediablemente a su ocaso: las clases privilegiadas, que eran antes las árbitras de la vida nacional, se convierten ahora en un tumor parasitario y, al perder sus funciones directivas, pierden la conciencia de su misión y la confianza en sus propias fuerzas; esta desconfianza en sí misma les hace perder, al propio tiempo, la confianza en la corona; la dinastía se aísla; el sector de los hombres que le son incondicionalmente adictos se va reduciendo; desciende su nivel; entretanto, van creciendo los peligros: las nuevas fuerzas presionan; la monarquía pierde la capacidad para toda iniciativa creadora, se defiende, se debate, cede, sus actos cobran el automatismo de

simples reflejos. El despotismo semiasiático de los Romanov no podía escapar tampoco a este destino.

Si se analiza el zarismo agonizante en un corte vertical, por decirlo así. Nicolás II aparece como el eje de una camarilla que tiene sus raíces en un pasado condenado inexorablemente a desaparecer. Analizado en un corte horizontal, cronológico, el reinado de Nicolás II es el último eslabón de una cadena dinástica. Sus antecesores, miembros también, en su tiempo, de colectividades familiares, burocráticas y de casta, aunque fuesen más extensas, ensayaron distintos métodos de gobierno para salvaguardar el viejo régimen social contra el destino irreductible que le amenazaba y, sin embargo, sólo consiguieron legar a Nicolás II un imperio caótico que llevaba ya en sus entrañas la revolución. Toda la libertad de opción que a éste le quedaba era entre los distintos caminos que podían llevarle a la ruina.

El liberalismo soñaba con una monarquía de tipo británico. Pero ¿acaso el parlamentarismo surgió en las orillas del Támesis como fruto de una evolución pacífica o por obra y gracia de la "libre" previsión de un monarca? No, fue el resultado de una lucha que duró un siglo y que costó la cabeza a un rey.

En parangón histórico-sicológico que esbozábamos más arriba entre los Romanov y los Capeto podría hacerse extensivo perfectamente a la pareja que ocupaba el trono de Inglaterra al estallar la primera revolución. Carlos I acusaba sustancialmente los mismos rasgos que los analistas e historiadores atribuyen, con más o menos fundamento, a Luis XVI y Nicolás II. "Carlos -escribe Monteague- adoptaba una actitud pasiva, cedía, aunque de mala gana, allí donde no le era posible resistirse, pero recurriendo al engaño y sin ganar con ello popularidad y confianza." "No era un hombre necio -dice otro historiador, hablando de Carlos Estuardo- pero no tenía la suficiente firmeza de carácter... El papel de estrella fatal corría a cargo de su mujer, de Enriqueta de Francia, hermana de Luis XIII, todavía más impregnada que él de las ideas del absolutismo..." No hay para qué detenerse a reseñar las características de esta tercera pareja de reyes, la primera en orden cronológico que pereció aplastada por la revolución nacional. Diremos únicamente que también en Inglaterra los odios se concentraban principalmente en la reina, por ser francesa y papista, acusándosele de manejos con Roma, de mantener relaciones secretas con los rebeldes irlandeses y de intrigar con la corte de Francia.

Pero Inglaterra tenía, al menos, un siglo a su disposición. Inglaterra era el heraldo de la civilización burguesa: no se hallaba bajo el yugo de otras naciones, sino que, por el contrario, mantenía a éstas cada vez más bajo el suyo propio, toda vez que explotaba al

mundo entero. Esto suavizaba las contradicciones internas, fomentaba el conservadurismo, daba alas a la prosperidad y a la consistencia de un sector parasitario de grandes propietarios rurales, de la monarquía, de la Cámara de los Lores y de la Iglesia del Estado. Gracias al carácter privilegiado, históricamente excepcional del desarrollo de la Inglaterra burguesa, el conservadurismo pasó, combinado con la ductilidad de las instituciones a las costumbres, y aun hoy es el día en que los numerosos filisteos continentales, por ejemplo, el profesor ruso Miliukov o el austro-marxista Otto Bauer, siguen entusiasmándose con el ejemplo inglés. Pero hoy en que Inglaterra, cohibida ya en el mundo entero, está gastando todo lo que le quedaba de su situación de privilegio de ayer, su conservadurismo pierde ductilidad y hasta se convierte, en manos de los laboristas, en una desenfrenada reacción. Colocado ante la reacción india, el socialista MacDonald echa mano de los mismos métodos que Nicolás II oponía a la revolución rusa. Sólo un ciego puede dejar de ver que Inglaterra se halla abocada a gigantescas conmociones revolucionarias, entre las cuales se sepultarán los últimos restos de su conservadurismo, de su hegemonía mundial y de su actual maquinaria política. MacDonald prepara esas conmociones con la misma habilidad y con no menos ceguera que Nicolás II en su tiempo las suyas. Es, como veremos, otra demostración bastante elocuente del papel que la "libre" personalidad desempeña en la historia.

¿Y de dónde iba a sacar Rusia, con su desarrollo rezagado, que le ponía a la cola de todas las naciones europeas, con una base económica mezquina sobre que sustentarse, ese "conservadurismo dúctil" de las formas sociales, cortado a la medida del liberalismo académico y de su sombra de izquierda, el socialismo reformista? Rusia se hallaba demasiado atrasada para eso, y cuando el imperialismo mundial la cogió en sus garras, viose obligada a cursar rapidísimamente sus estudios de historia política. Si Nicolás II hubiera dado acogida al liberalismo sustituyendo a Sturmer por Miliukov, el desarrollo de los acontecimientos habría variado tal vez en cuanto a la forma, pero no en el fondo. No se olvide que éste fue el camino seguido por Luis XVI en la segunda fase de la Revolución Francesa, al llamar al poder a los girondinos sin que con ello consiguiesen librarse de la guillotina ni él, primero, ni más tarde los de la Gironda. Las contradicciones sociales acumuladas tenían que brotar al exterior y, al hacerlo, llevar a término su labor depuradora. Ante la presión de las masas populares, que sacaban por fin a combate franco sus infortunios, sus ofensas, sus pasiones, sus esperanzas, sus ilusiones y sus objetivos, las combinaciones tramadas en las alturas entre la monarquía y el liberalismo tenían un valor meramente episódico y podían ejercer a lo sumo una influencia sobre el orden cronológico

de los hechos y acaso sobre su número, pero nunca sobre el desarrollo general del drama, ni mucho menos sobre su inevitable desenlace.

CAPITULO VII
CINCO DÍAS (23-27 DE FEBRERO DE 1917)

El 23 de febrero era el Día Internacional de la Mujer. Los elementos socialdemócratas se proponían festejarlo en la forma tradicional: con asambleas, discursos, manifiestos, etc. A nadie se le pasó por las mentes que el Día de la Mujer pudiera convertirse en el primer día de la revolución. Ninguna organización hizo un llamamiento a la huelga para ese día. La organización bolchevique más combativa de todas, el Comité de la barriada obrera de Viborg, aconsejó que no se fuese a la huelga. Las masas -como atestigua Kajurov, uno de los militantes obreros de la barriada- estaban excitadísimas: cada movimiento de huelga amenazaba convertirse en choque abierto. Y como el Comité entendiese que no había llegado todavía el momento de la acción, toda vez que el partido no era aún suficientemente fuerte ni estaba asegurado tampoco en las proporciones debidas el contacto de los obreros con los soldados, decidió no aconsejar la huelga, sino prepararse para la acción revolucionaria en un vago futuro. Tal era la posición del Comité, al parecer unánimemente aceptada, en vísperas del 23 de febrero. Al día siguiente, haciendo caso omiso de sus instrucciones, se declararon en huelga las obreras de algunas fábricas textiles y enviaron delegadas a los metalúrgicos pidiéndoles que secundaran el movimiento. Los bolcheviques -dice Kajurov- fueron a la huelga a regañadientes, secundados por los obreros mencheviques y socialrevolucionarios. Ante una huelga de masas no había más remedio que echar a la gente a la calle y ponerse al frente del movimiento. Tal fue la decisión de Kajurov, que el Comité de Viborg hubo de aceptar. "La idea de la acción había madurado ya en las mentes obreras desde hacía tiempo, aunque en aquel momento nadie suponía el giro que había de tomar." Retengamos esta declaración de uno de los actores de los acontecimientos, muy importante para comprender la mecánica de su desarrollo.

Dábase por sentado, desde luego, que, en caso de manifestaciones obreras, los soldados serían sacados de los cuarteles contra los trabajadores. ¿A dónde se hubiera ido a parar con esto? Estábamos en tiempo de guerra y las autoridades no se mostraban propicias a gastar bromas. Pero, por otra parte, el "reservista" de los tiempos de guerra no era precisamente el soldado sumiso del ejército regular. ¿Era más o menos peligroso? Entre los elementos revolucionarios se discutía muchísimo ese tema, pero más bien de un modo abstracto, pues nadie, absolutamente nadie -como podemos afirmar categóricamente, basándonos en todos los datos que poseemos- pensaba en aquel entonces que el día 23 de febrero señalaría el principio de la ofensiva declarada contra el absolutismo. Tratábase -en

la mente de los organizadores- de simples manifestaciones con perspectivas vagas, pero en todo caso sin gran trascendencia.

Es evidente, pues, que la Revolución de Febrero empezó desde abajo, venciendo la resistencia de las propias organizaciones revolucionarias; con la particularidad de que esta espontánea iniciativa corrió a cargo de la parte más oprimida y cohibida del proletariado: las obreras del ramo textil, entre las cuales hay que suponer que habría no pocas mujeres casadas con soldados. Las colas estacionadas a la puerta de las panaderías, cada vez mayores, se encargaron de dar el último empujón. El día 23 se declararon en huelga cerca de 90.000 obreras y obreros. Su espíritu combativo se exteriorizaba en manifestaciones, mítines y encuentros con la policía. El movimiento se inició en la barriada fabril de Viborg, desde donde se propagó a los barrios de Petersburgo. Según los informes de la policía, en las demás partes de la ciudad no hubo huelgas ni manifestaciones. Este día fueron llamados ya en ayuda de la policía destacamentos de tropa poco numerosos al parecer, pero sin que se produjesen choques entre ellos y los huelguistas. Manifestaciones de mujeres en que figuraban solamente obreras se dirigían en masa a la Duma municipal pidiendo pan. Era como pedir peras al olmo. Salieron a relucir en distintas partes de la ciudad banderas rojas, cuyas leyendas testimoniaban que los trabajadores querían pan, pero no querían, en cambio la autocracia ni la guerra. El Día de la Mujer transcurrió con éxito, con entusiasmo y sin víctimas. Pero ya había anochecido y nadie barruntaba aún lo que este día fenecido llevaba en su entraña.

Al día siguiente, el movimiento huelguístico, lejos de decaer, cobra mayor incremento: el 24 de febrero huelgan cerca de la mitad de los obreros industriales de Petrogrado. Los trabajadores se presentan por la mañana en las fábricas, pero se niegan a entrar al trabajo, organizan mítines y a la salida se dirigen en manifestación al centro de la ciudad. Nuevas barriadas y nuevos grupos de la población se adhieren al movimiento. El grito de "¡Pan!" desaparece o es arrollado por los de "¡Abajo la autocracia!" y "¡Abajo la guerra!" La perspectiva Nevski contempla un continuo desfilar de manifestaciones: son masas compactas de obreros cantando himnos revolucionarios; luego, una muchedumbre urbana abigarrada, entre la que se destacan las gorras azules de los estudiantes. "El público nos acogía con simpatía, y desde algunos lazaretos los soldados no saludaban agitando lo que tenían a mano." ¿Eran muchos los que se daban cuenta de lo que significaban aquellas pruebas de simpatía de los soldados enfermos por los manifestantes obreros? Cierto es que los cosacos no cesaban de cargar constantemente, aunque sin gran dureza, contra la multitud; sus caballos estaban jadeantes. Los manifestantes se dispersaban y tornaban a

reunirse. La multitud no sentía miedo. "Los cosacos prometen no disparar." La frase corría de boca en boca. Por lo visto, los obreros habían parlamentado con algunos cosacos. Poco después aparecieron, medio borrachos, los dragones y se lanzaron sobre la multitud golpeando las cabezas con las lanzas. Pero los manifestantes no se disolvieron. "No dispararán." En efecto, no dispararon.

Un senador liberal cuenta que vio en la calle tranvías parados -¿no sería acaso al día siguiente, confudiéndolo en la memoria?-, algunos con los cristales rotos, otros volcados sobre los raíles, y recordó las jornadas de julio de 1914, en vísperas de la guerra. "Parecía como si se repitiese la vieja tentativa." La vista no le engañaba. La continuidad era evidente: la historia cogía los cabos del hilo revolucionario roto por la guerra y los volvía a empalmar.

Durante todo el día la muchedumbre se volcaba de unos barrios en otros. Veíase dispersada por la policía, contenida y rechazada por las fuerzas de Caballería y algunos destacamentos de Infantería. Con el grito de "¡Abajo la policía!" alternaban cada vez con más frecuencia los hurras a los cosacos. Era un detalle significativo. La multitud exteriorizaba un odio furioso contra la policía. La policía montada era acogida con silbidos, piedras, pedazos de hierro. Muy distinta era la actitud de los obreros respecto de los soldados. En los alrededores de los cuarteles, cerca de los centinelas y las patrullas, veíanse grupos de obreros y obreras que charlaban amistosamente con ellos. Era una nueva etapa que tomaban las huelgas en su desarrollo y un fruto del hecho de poner frente a frente al ejército y a las masas obreras. Esta etapa, inevitable en toda revolución, parece siempre nueva, y la verdad es que cada vez se plantea de un modo distinto. Los que han leído y escrito sobre ella no la reconocen.

En la Duma nacional se contaba el día 24 que una masa enorme de gente había invadido toda la plaza Snamenskaia, toda la perspectiva Nevski y las calles adyacentes, observándose un fenómeno nunca visto: una multitud revolucionaria y no patriótica que acompañaba con vítores a los cosacos y regimientos que avanzaban a los sones de músicas. Preguntando qué significaba aquello, un transeúnte contestó al diputado que le interrogaba: "Un policía ha dado un latigazo a una mujer; los cosacos se han puesto al lado de esta última y han ahuyentando a la policía." Nadie se había tomado el trabajo de comprobar la verdad de aquello. A la multitud le bastaba con creerlo, con creer en su verosimilitud, y esta confianza no se había caído del cielo, sino que era el fruto de la experiencia, por eso tenía que convertirse necesariamente en garantía de triunfo.

Después de la reunión mañanera, los obreros de la fábrica de Erickson, una de las más avanzadas de la barriada de Viborg, se dirigieron en masa, con un contingente de unos

2.500 hombres, a la avenida de Sampsonievski, y en una calle estrecha tropezaron con los cosacos. Los primeros que hendieron en la multitud, abriéndose paso con el pecho de los caballos, fueron los oficiales. Tras ellos venían los cosacos galopando a toda la anchura de la avenida. ¡Momento decisivo! Pero los jinetes se deslizaron cautamente como una larga cinta por la brecha abierta por los oficiales. "Algunos -recuerda Kajurov- se sonreían, y uno de ellos guiñó el ojo maliciosamente a los obreros." Aquella guiñada del cosaco tenía su porqué. Los obreros recibieron valientemente, aunque sin hostilidad, a los cosacos, y les contagiaron un poco de su valentía. Pese a las nuevas tentativas de los oficiales, los cosacos, sin infringir abiertamente la disciplina, no disolvieron por la fuerza a la multitud y, renunciando a dispersar a los obreros, apostaron a los jinetes a lo ancho de la calle para impedir que los manifestantes pasaran al centro. Pero tampoco esto sirvió de nada. Los cosacos montaban la guardia en sus puestos con todas las de la ley, pero no impedían que los obreros se deslizaran por entre los caballos. La revolución no escoge arbitrariamente sus caminos. Daba sus primeros pasos hacia la victoria bajo los vientres de los caballos de los cosacos. ¡Interesante episodio! ¡Y notable ojo el del narrador, a quien todas las incidencias de ese proceso se le quedaron grabadas en la memoria! Y, sin embargo, no tiene nada de sorprendente. El narrador era un caudillo al que seguían más de dos mil hombres: el ojo del comandante, atento a las balas o al látigo del enemigo, es siempre avizor.

El cambio esperado en el ejército puede observarse, sobre todo, en los cosacos, instrumento inveterado de represión. No quiere ello decir que los cosacos fueran más revolucionarios que los demás. Todo lo contrario: en estos terratenientes acomodados, celosos de sus privilegios de cosacos, que despreciaban a los sencillos campesinos y recelaban de los obreros, anidaban muchos elementos de conservadurismo. Precisamente por esto los cambios provocados por la guerra cobraban en ellos más relieve. Además, el zarismo echaba mano de ellos para todo, los mandaba a todas partes, los colocaba frente al pueblo, ponía sus nervios a prueba. Estaban ya hartos de todo esto; no pensaban ya más que en volver a sus casas, y guiñaban el ojo a los huelguistas como diciendo: "¡Andad, haced lo que queráis; allá vosotros; nosotros no nos meteremos en nada!" Sin embargo, todo esto no pasaba de ser síntomas; significativos, pero síntomas nada más. El ejército seguía siendo ejército, una masa de hombres atados por la disciplina y cuyos hilos principales estaban en manos de la monarquía. Las masas obreras no tenían armas. Sus dirigentes no pensaban siquiera en el desenlace decisivo.

En el orden del día del Consejo de Ministros celebrado el 24 figuraba entre otros puntos la cuestión de los desórdenes en la capital. ¿Huelgas? ¿Manifestaciones? ¡Bah! No

era la primera vez. Todo estaba previsto. Se habían cursado instrucciones oportunas ¡A otra cosa!

¿En qué consistían concretamente las instrucciones circuladas? A pesar de que en el transcurso de los días 23 y 24 fueron agredidos veintidós policías, el jefe de las tropas de la región, general Jabalov, casi dictador, no creyó necesario recurrir al empleo de las armas de fuego, y no por bondad precisamente. Todo estaba previsto y señalado de antemano, y fijado el momento preciso para abrir fuego.

La revolución no sobrevino por torpeza más que en cuanto al momento. En términos generales puede decirse que ambos polos, el revolucionario y el gubernamental, venían preparándose concienzudamente para ella desde hacía muchos años. Por lo que a los bolcheviques se refiere, toda su actuación después de 1905 se redujo en puridad a preparar la segunda revolución. También la actuación del gobierno era en gran parte una serie de preparativos encaminados a aplastar la nueva revolución que se avecinaba. Este aspecto de la actividad gubernamental cobró en el otoño de 1916 un carácter bastante sistemático. Una comisión presidida por Jabalov terminó, a mediados de enero de 1917, un plan concienzudamente estudiado de represión de un nuevo alzamiento. La ciudad fue dividida en seis zonas, cada una de las cuales se dividía a su vez en varios distritos. Al frente de todas las fuerzas armadas se ponía al comandante de las fuerzas de la reserva de la Guardia, general Tebenikin. Los regimientos eran distribuidos por distritos. En cada una de las seis zonas la policía, la gendarmería y las tropas se colocaban bajo el mando de jefes y oficiales del Estado Mayor. La Caballería cosaca quedaba a las órdenes directas del propio Tebenikin para las operaciones de más monta. El desarrollo de la represión en orden al tiempo había de ajustarse a las siguientes normas: primero entraría en acción solamente la policía; luego saldrían a escena los cosacos con sus látigos, y sólo en caso de efectiva necesidad se echaría mano de las tropas, armadas con fusiles y ametralladoras. Y este plan, en el que se ponían a contribución, desarrollándolas, las experiencias de 1905, fue en efecto el que de hecho se ejecutó en las jornadas de febrero. La falla no estaba precisamente en la imprevisión ni en los defectos del plan trazado, sino en el material humano que había de ponerlo en acción. Aquí radicaba el gran peligro de que fallara el golpe.

Formalmente, el plan se apoyaba en toda la guarnición, que contaba con 150.000 soldados; pero en realidad sólo podía contar con unos 10.000. Aparte de la fuerza de policía, cuyo contingente era de 3.500 hombres, el gobierno confiaba firmemente en los alumnos de las escuelas militares. Esto se explica por el carácter de la guarnición petersburguesa de aquel entonces, compuesta casi exclusivamente por tropas de reserva,

principalmente por los catorce batallones de reserva de los regimientos de la Guardia que se hallaban en el frente. Formaban parte, además, de la guarnición un regimiento de Infantería, un batallón de motociclistas y una división de la reserva y de automóviles blindados, fuerzas poco considerables de zapadores y de artilleros y dos batallones de cosacos del Don. Esto era mucho, demasiado acaso. Las tropas de reserva estaban integradas por una masa humana a la que no se había podido modelar apenas por la propaganda patriótica o que se había emancipado de ella. En realidad, era éste el estado en que se encontraba casi todo el ejército.

Jabalov se atuvo estrictamente a su plan. El primer día, el 23, sólo entró en acción la policía. el 24 salió a la calle principalmente la Caballería, pero sin emplear más que el látigo y la lanza. La Infantería y las armas de fuego se reservaron hasta ver el giro que tomaban las cosas. Éstas no se hicieron esperar.

El 25 la huelga cobró aún más incremento. Según los datos del gobierno, este día tomaron parte en ella 240.000 obreros. Los elementos más atrasados forman detrás de la vanguardia; ya secundan la huelga un número considerable de pequeñas empresas; se paran los tranvías, cierran los establecimientos comerciales. En el transcurso de este día se adhieren a la huelga los estudiantes universitarios. A mediodía afluyen a la catedral de Kazán y a las calles adyacentes millares de personas. Intentan organizarse mítines en las calles, se producen choques armados con la policía. Desde el monumento a Alejandro III dirigen la palabra al público los oradores. La policía montada abre el fuego. Un orador es herido. Como consecuencia de los disparos que parten de la multitud, resulta muerto un comisario de la policía y heridos el jefe superior y algunos agentes. De la muchedumbre se arrojan a los gendarmes botellas, petardos y granadas de mano. La guerra había enseñado el arte de construirlas. Los soldados adoptan una actitud pasiva y a veces hostil a la policía; por entre la multitud corre con emoción la noticia de que cuando los policías empezaban a disparar cerca de la estatua de Alejandro III, los cosacos dispararon contra los "faraones montados" -así llamaba el pueblo a los guardias-, viéndose éstos obligados a retirarse. Por lo visto, no se trataba de una leyenda echada a rodar para infundir ánimos, porque la noticia se confirma, aunque en versiones diversas, por diferentes conductos.

El obrero bolchevique Kajurov, uno de los auténticos caudillos de estas jornadas, cuenta que en uno de los puntos de la ciudad, cuando los manifestantes, corridos a latigazos por la policía montada, se dispersaban pasando por junto a un destacamento de cosacos, Kajurov, seguido de algunos obreros que no habían imitado a los fugitivos, se acercaron a los cosacos y, quitándose las gorras, les dijeron: "Hermanos cosacos: Ayudad a

los obreros en la lucha por sus demandas pacíficas: ya veis cómo nos tratan los "faraones" a nosotros, los obreros hambrientos. ¡Ayudadnos!" Aquel tono conscientemente humilde, aquellas gorras en las manos, ¡qué cálculo sicológico más sutil, qué inimitable gesto! Toda la historia de las luchas en las calles y de las victorias revolucionarias está llena de semejantes improvisaciones. Pero estos episodios desaparecen sin dejar huella en el torbellino de los grandes acontecimientos, y a los historiadores no les quedan más que las cáscaras de los lugares comunes. "Los cosacos -prosigue Kujarov- se miraron unos a otros de un modo extraño, y apenas habíamos tenido tiempo de retirarnos cuando se lanzaron a la pelea." Minutos después, la multitud jubilosa alzaba en hombros, cerca de la estación, al cosaco que delante de sus ojos había derribado de un sablazo a un agente de policía. La policía no tardó en desaparecer completamente del mapa; es decir, se ocultó y empezó a maniobrar por debajo de cuerda. Vienen los soldados a ocupar su puesto; fusil al brazo. Los obreros les interrogan, inquietos: "¿Es posible, compañeros, que vengáis en ayuda de los gendarmes?" Como contestación, un grosero "¡Sigue tu camino!" Una nueva tentativa de aproximación termina del mismo modo. Los soldados están sombríos; un gusano les roe por dentro y se irritan cuando la pregunta da en el clavo de sus propias inquietudes.

Entretanto, el desarme de los "faraones" se convierte en la divisa general. los gendarmes son el enemigo cruel, irreconciliable, odiado. No hay ni que pensar en ganarlos para la causa. No hay más remedio que azotarlos o matarlos. El ejército ya es otra cosa. La multitud rehuye con todas sus fuerzas los choques hostiles con ellos, busca el modo de ganarlo, de persuadirlo, de fundirlo con el pueblo. A pesar de los rumores favorables, acaso un poco exagerados, relativos a la conducta de los cosacos, la multitud sigue guardando una actitud circunspecta ante la Caballería. El soldado de Caballería se eleva por encima de la multitud, y su espíritu se halla separado del huelguista por las cuatro patas de la bestia. Una figura a la que hay que mirar de abajo arriba se representa siempre más amenazadora y terrible. La infantería está allí mismo, al lado, en el arroyo, más cercana y accesible. La masa se esfuerza en aproximarse a ella, en mirarle a los ojos, en envolverla con su aliento inflamado. La mujer obrera representa un gran papel en el acercamiento entre los obreros y los soldados. Más audazmente que el hombre, penetra en las filas de los soldados, coge con sus manos los fusiles, implora, casi ordena: "Desviad las bayonetas y venid con nosotros." Los soldados se conmueven, se avergüenzan, se miran inquietos, vacilan; uno de ellos se decide: las bayonetas desaparecen, las filas se abren, estremece el aire un hurra entusiasta y agradecido; los soldados se ven rodeados de gente que discute, increpa e incita: la revolución ha dado otro paso hacia adelante.

Desde el Cuartel general, Nicolás II da a Jabalov la orden telegráfica de que acabe con los disturbios "mañana sin falta". La orden del zar coincide con la fase siguiente del "plan" del general; el telegrama imperial no sirvió más que de impulso complementario. Maña tendrán la palabra las tropas. ¿No será ya tarde? Por ahora, no se podía decir. La cuestión estaba planteada, pero no resuelta, ni mucho menos. La benignidad de los cosacos, las vacilaciones que se percibían en algunas de las tropas de Infantería no eran más que episodios más o menos significativos, repetidos por mil ecos en la calle. Episodios que bastaban para enardecer a la multitud revolucionaria, pero que eran insuficientes para decidir el triunfo, tanto más cuanto que los había también de carácter hostil. Por la tarde de aquel mismo día, en el Gostini Dvor, un pelotón de dragones, como respuesta, según la versión oficial, a unos disparos de revólver que salieron de la multitud, abrió por primera vez el fuego contra los manifestantes; según el informe enviado por Jabalov al Cuartel general, resultaron tres muertos y diez heridos. ¡Seria advertencia! Al mismo tiempo, Jabalov amenazaba con mandar al frente a todos los obreros reclamados como reclutas si el 28 no reanudaban el trabajo. El general presentaba a las masas obreras un ultimátum de tres días; es decir, daba a la revolución un plazo mayor del que ésta necesitaba para derribar a Jabalov, y a la monarquía con él. Pero estas cosas sólo se saben después del triunfo. El 25 por la tarde nadie sabía aún lo que traería dentro el día siguiente.

Intentemos representarnos con más claridad la lógica interna del movimiento. El 23 de febrero se inicia, bajo la bandera del "Día de la Mujer", la insurrección de las masas obreras de Petrogrado, latente desde hacía mucho tiempo y desde hacía mucho tiempo también contenida. El primer peldaño de la insurrección es la huelga. A lo largo de tres días, ésta va ganando terreno y se convierte de hecho en general. No hacía falta más para infundir confianza a las masas e impulsarlas a seguir. La huelga, que va tomando cada vez más decididamente carácter ofensivo, se combina con manifestaciones callejeras, que ponen en contacto a la masa revolucionaria con las tropas. Esto impulsa al objetivo del movimiento, en su conjunto, hacia un plano más elevado, donde el pleito se dirime por la fuerza de las armas. Los primeros días se señalan por una serie de éxitos parciales, aunque de carácter más sintomático que efectivo.

Un alzamiento revolucionario que dure varios días sólo se puede imponer y triunfar con tal de elevarse progresivamente de peldaño en peldaño, registrando todos los días nuevos éxitos. Una tregua en el desarrollo de los éxitos es peligrosa. Si el movimiento se detiene y patina, puede ser el fracaso. Pero tampoco los éxitos de por sí bastan; es menester que la masa se entere de ellos a su debido tiempo y aprecie antes de que sea tarde su

importancia para no dejar pasar de largo el triunfo en momentos en que le bastaría alargar la mano para cogerle. En la historia se han dado casos de éstos.

Durante los tres primeros días, la lucha fue exacerbándose constantemente. Pero esto hizo precisamente que las cosas alcanzasen un nivel en que los éxitos sintomáticos ya no bastaban. Toda la masa activa se había echado a la calle. Con la policía liquidó eficazmente y sin grandes dificultades. En los últimos dos días hubieron de intervenir ya las tropas: en el segundo fue sólo la Caballería; al tercero, la Infantería también. Las tropas dispersaban a la gente o la contenían, manifestando a veces una condescendencia evidente y sin recurrir casi nunca a las armas de fuego. En las alturas no se apresuraban a modificar el plan represivo, en parte porque no daban a los acontecimientos toda la importancia que tenían -el error de visión de la reacción completaba simétricamente el de los caudillos revolucionarios-, y en parte porque no estaban seguros de las tropas. Al tercer día, constreñido por la fuerza de las cosas y por la de la orden telegráfica del zar, el gobierno no tiene más remedio, quiéralo o no, que echar mano de las tropas ya de una manera decidida. Los obreros lo comprendieron así, sobre todo los elementos más avanzados, tanto más cuanto que la víspera los dragones habían disparado sobre las masas. Ahora la cuestión se planteaba en toda su magnitud ante ambas partes.

En la noche del 26 de febrero fueron detenidas, en distintas partes de la ciudad, cerca de cien personas pertenecientes a las organizaciones revolucionarias, entre ellas cinco miembros del Comité bolchevique de Petrogrado. Esto daba a entender que el gobierno pasaba a la ofensiva. ¿Qué sucederá hoy? ¿Con qué temple se despertarán los obreros después de las descargas de ayer? Y, sobre todo, ¿cuál será la actitud de las tropas? El 26 de febrero amanece entre nieblas de incertidumbre y de inquietud.

Detenido el comité local, la dirección de todo el trabajo en la capital pasa a manos de la barriada de Viborg. Tal vez sea mejor así. La alta dirección del partido se retrasa desesperadamente. Hasta el día 25 por la mañana, la oficina del Comité central de los bolcheviques no se decidió a lanzar una hoja llamando a la huelga general en todo el país. En el momento de salir a la calle este manifiesto, si es que efectivamente salió, la huelga general de Petrogrado se apoyaba ya totalmente en el alzamiento armado. Los dirigentes observan desde lo alto, vacilan y se quedan atrás, es decir, no dirigen, sino que van a rastras del movimiento.

Cuanto más nos acercamos a las fábricas, mayor es la decisión. Sin embargo, hoy, día 26, también en los barrios obreros reina la inquietud. Hambrientos, cansados, ateridos de frío, con una inmensa responsabilidad histórica sobre sus hombros, los militantes del barrio

de Viborg se reúnen en las afueras para cambiar impresiones acerca de la jornada y señalar de común acuerdo la ruta que se ha de seguir. Pero, ¿qué hacer? ¿Organizar una nueva manifestación? ¿Qué resultado puede dar una manifestación sin armas, si el gobierno ha decidido jugarse el todo por el todo? Esta pregunta tortura las conciencias. "Todo parecía indicar como la única conclusión posible que la insurrección se estaba liquidando." Es la conocida voz de Kajurov la que nos habla, y a lo primero nos resistimos a creer que esta voz sea la suya. Tan bajo descendía el barómetro momentos antes de la tormenta.

En las horas en que la vacilación se adueñaba hasta de los revolucionarios que estaban más cerca de las masas, el movimiento había ido ya bastante más lejos en rigor de lo que se imaginaban los propios combatientes. Ya la víspera, al atardecer del 25 de febrero, el barrio de Viborg se hallaba por entero en manos de los rebeldes. Los comisarios de policía fueron saqueados, destruidos y algunos de los jefes de policía, muertos, aunque la mayoría había desaparecido. El general-gobernador había perdido el contacto con una parte enorme de la capital. El 26 por la mañana se puso de manifiesto que, además de la barriada de Viborg, se hallaban en poder de los revolucionarios el barrio de Peski, hasta muy cerca de la avenida de Liteini. Por lo menos, así pintaban la situación los informes de la policía. Y en cierto sentido era verdad, si bien es dudoso que los revolucionarios se dieran perfecta cuenta de ello. Indudablemente, en muchos casos los gendarmes abandonaban sus guaridas antes de verse amenazados por los obreros. Aparte de esto, el hecho de que los gendarmes evacuaran los barrios fabriles, no podía tener una importancia decisiva a los ojos de los obreros, y se comprende, pues las tropas no habían dicho aún su última palabra. La insurrección "se está liquidando", pensaban los más decididos, cuando, en realidad, no hacía más que desarrollarse.

El 26 de febrero era domingo y las fábricas no trabajaban, lo cual impedía medir desde por la mañana la intensidad de presión de las masas por la intensidad de la huelga. Además, los obreros veíanse privados de la posibilidad de reunirse en las fábricas, como lo habían hecho en los días anteriores, y esto dificultaba la organización de manifestaciones. En la Nevski reinaba por la mañana la tranquilidad. "En la ciudad todo está tranquilo", telegrafiaba la zarina al zar. Pero la tranquilidad no había de durar mucho. Los obreros van concentrándose poco a poco y se dirigen al centro desde todos los suburbios. No les dejan pasar por los puentes, pero atraviesan sobre el hielo; no hay que olvidar que estamos todavía en febrero, época en que el Neva está completamente helado. Los disparos hechos sobre la multitud que atraviesa el río no bastan para contenerla. La ciudad se ha transformado. Por todas partes circulan patrullas, piquetes de Caballería, por dondequiera

se ven barreras de soldados. Las tropas vigilan sobre todos los caminos que conducen a la avenida Nevski. Suenan disparos que no se sabe de dónde salen. Aumenta el número de muertos y heridos. Corren en distintas direcciones los coches de las ambulancias sanitarias. No siempre se puede precisar quién dispara ni de dónde parten los tiros. Es indudable que los gendarmes, a quienes se ha dado una severa lección, han decidido no ofrecer más blanco y disparan desde las ventanas, a través de los postigos de los balcones, ocultándose detrás de las columnas, desde las azoteas. Se lanzan conjeturas que se convierten fácilmente en leyendas. Se corre que, para intimidar a los manifestantes, muchos soldados se han puesto capotes de gendarmes. Se dice que Protopopov ha mandado colocar numerosos puestos de ametralladoras en las azoteas de las casas. La comisión nombrada después de la revolución no pudo probar la existencia de estos puestos. Pero esto no quiere decir que no los hubiera. El hecho es que en esta jornada los gendarmes quedan relegados a segundo término. Ahora intervienen decisivamente las tropas, a quienes se da la orden de disparar, y los soldados, sobre todo los regimientos de las escuelas de suboficiales, disparan. Según los datos oficiales, en esta jornada los muertos llegaron a 40, contándose otros tantos heridos, sin incluir los que fueron retirados por la multitud. La lucha entra en su fase decisiva. ¿Se replegarán las masas ametralladas sobre sus suburbios? No; no se replegarán, pues quieren conseguir lo que les pertenece.

El Petersburgo burgués, burocrático, liberal, está asustado. El presidente de la Duma imperial, Rodzianko, exige que se envíen del frente tropas de confianza; luego "lo pensó mejor" y recomendó al ministro de la Guerra, Beliaiev, que dispersara a la multitud no con descargas, sino con mangas de riego, poniendo en acción al Cuerpo de bomberos. Beliaiev, después de consultar la cosa con el general Jabatov, contestó que el agua produciría resultados contraproducentes, "pues el agua lo que hace es excitar". Véase cómo los elementos dirigentes liberalburocráticos policiacos se entretenían en debates acerca de la ducha fría y caliente para el pueblo insurreccionado. Los informes policiacos de este día demuestran que el agua no bastaba: "Durante los disturbios se observaba como fenómeno general la actitud extremadamente provocativa de los revoltosos frente a la fuerza pública, contra la cual la multitud arrojaba piedras y pedazos de hielo. Cuando las tropas hacían disparos al aire, la multitud no sólo no se dispersaba, sino que acogía las descargas con risas. Fue necesario disparar de veras para disolver los grupos, pero los revoltosos, en su mayoría, se escondían en los patios de las casas vecinas, y cuando cesaban las descargas salían otra vez a la calle." Este informe policiaco atestigua la temperatura extraordinariamente alta de las masas en aquellos días. Es poco verosímil, sin embargo, que

la multitud empezase por propia iniciativa a bombardear a las tropas con piedras y pedazos de hielo; esto contradice demasiado la sicología de los rebeldes y su táctica de prudencia con respecto a las tropas. El informe, atento a justificar las matanzas en masa, no describe las cosas tal y como sucedieron en la realidad. Pero el hecho fundamental está expresado con bastante exactitud y perfecta claridad: la masa no quiere ya retroceder, resiste con furor optimista, no abandona el campo ni aun después de las descargas y se agarra no a la vida, sino a las piedras, al hielo. La multitud exasperada demuestra una intrepidez loca. Esto se explica por el hecho de que, a pesar de las descargas, no pierde la confianza en las tropas. Tiene fe en el triunfo y quiere obtenerlo a toda costa.

La presión de los obreros sobre las tropas se intensifica conforme aumenta la presión sobre ella por las autoridades. La guarnición de Petrogrado se ve decididamente arrastrada por los acontecimientos. La fase de expectativa, que se mantuvo casi tres días y durante la cual el principal contingente de la guarnición puedo conservar una actitud de amistosa neutralidad ante los revolucionarios, tocaba a su fin: "¡Dispara sobre el enemigo!", ordena la monarquía. "¡No dispares contra tus hermanos y hermanas!", gritan los obreros y las obreras. Y no sólo esto, sino: "¡Únete a nosotros!" En las calles y en las plazas, en los puentes y en las puertas de los cuarteles, se desarrollaba una pugna ininterrumpida, a veces dramática y a veces imperceptible, pero siempre desesperada, en torno al alma del soldado. En esta pugna, en estos agudos contactos entre los obreros y obreras y los soldados, bajo el crepitar ininterrumpido de los fusiles y de las ametralladoras, se decidía el destino del poder, de la guerra y del país.

El ametrallamiento de los manifestantes acentúa la sensación de inseguridad en las filas de los dirigentes. Las proporciones que toma el movimiento empiezan a parecer peligrosas. En la reunión celebrada por el Comité de Viborg el día 26 por la tarde, es decir, doce horas antes de decidirse el triunfo, llegó a hablarse de sí no era venido el momento de aconsejar que se pusiese fin a la huelga. Esto podrá parecer sorprendente, pero no tiene nada de particular, pues en estos casos es mucho más fácil reconocer la victoria al día siguiente que la víspera. Además, el estado de ánimo sufre constantes alteraciones bajo la presión de los acontecimientos y de las noticias. Al decaimiento sucede rápidamente una exaltación de espíritu. De la valentía de un Kajurov o de un Chugurin no puede dudarse, pero en algunos momentos se sienten cohibidos por el sentimiento de responsabilidad para con las masas. Entre los obreros de filas hay menos vacilaciones. El agente de la Ocrana, Churkanov, que estaba bien informado, y que desempeñó un gran papel en la organización bolchevique, se expresa en los términos siguientes, en los informes que cursa a sus jefes,

hablando del estado de ánimo de los obreros: "Comoquiera que las tropas no oponían obstáculo alguno a la multitud y en algunos casos se han convencido de su impunidad, y ahora, cuando, después de haber circulado sin obstáculos por las calles, los elementos revolucionarios han lanzado los gritos de "¡Abajo la guerra!" y "¡Abajo la autocracia!", el pueblo tiene la certeza de que ha empezado la revolución, de que el triunfo de las masas está asegurado, de que la autoridad es impotente para aplastar el movimiento, puesto que las tropas están a su lado; de que el triunfo decisivo está próximo, ya que aquéllas se pondrán abiertamente, de un momento a otro, al lado de las fuerzas revolucionarias: de que el movimiento iniciado no irá a menos, sino que, lejos de eso, crecerá ininterrumpidamente, hasta lograr el triunfo completo e imponer el cambio de régimen." Este resumen es notable por su concisión y elocuencia. El informe representa de por sí un documento histórico de gran valor, lo cual no obsta, naturalmente, para que los obreros triunfantes fusilen a su autor en cuanto lo cogen.

Los confidentes, cuyo número era enorme, sobre todo en Petrogrado, eran los que más temían el triunfo de la revolución. Estos elementos mantienen su política propia: en las reuniones bolcheviques, Churkanov sostiene la necesidad de emprender las acciones más radicales; en sus informes a la Ocrana, aconseja el empleo decidido de las armas. Es posible que Churkanov, persiguiendo este objetivo, tendiera incluso a exagerar la confianza de los obreros en el triunfo. Pero en lo esencial sus informes reflejaban la verdad, y pronto los acontecimientos vinieron a confirmar su apreciación.

Los dirigentes de ambos campos vacilaban y conjeturaban, pues nadie podía medir a priori la proporción de fuerzas. Los signos exteriores perdieron definitivamente su valor de criterios de medida: no hay que olvidar que uno de los rasgos principales de toda crisis revolucionaria consiste precisamente en la aguda contradicción entre la nueva conciencia y los viejos moldes de las relaciones sociales. La nueva correlación de fuerzas anidaba misteriosamente en la conciencia de los obreros y soldados. Pero precisamente el tránsito del gobierno a la ofensiva de las masas revolucionarias hizo que la nueva correlación de fuerzas pasara de su estado potencial a un estado real. El obrero miraba ávida e imperiosamente a los ojos del soldado, y éste rehuía, intranquilo e inseguro, su mirada: esto significaba que el soldado no respondía ya de sí. El obrero se acercaba a él valerosamente. El soldado, sombría, pero no hostilmente, más bien sintiéndose culpable, guardaba silencio, y, a veces, contestaba con una serenidad forzada para ocultar los latidos inquietos de su corazón. Está operándose en él una gran transformación. El soldado se libraba a todas luces del espíritu cuartelero sin que él mismo se diera cuenta de ello. Los jefes decían que el

soldado estaba embriagado por la revolución; al soldado le parecía, por el contrario, que iba volviendo en sí de los efectos del opio del cuartel. Y así se iba preparando el día decisivo, el 27 de febrero.

Sin embargo, ya la víspera tuvo lugar un hecho que, a pesar de su carácter episódico, proyecta vivísima luz sobre los acontecimientos del 26 de febrero: al atardecer se sublevó la cuarta compañía del regimiento imperial de Pavlovski. En el informe dado por el inspector de policía se indica de un modo categórico la causa de la sublevación: "La indignación producida por el hecho de que un destacamento de alumnos del mismo regimiento, apostado en la Nevski, disparara contra la multitud." ¿Quién informó de esto a la cuarta compañía? Por una verdadera casualidad, se han conservado datos acerca de esto. Cerca de las dos de la tarde acudió a los cuarteles del citado regimiento un grupo de obreros, que dieron cuenta atropelladamente a los soldados de las descargas de la Nevski. "Decid a los compañeros que los soldados del Pavlovski disparan también contra nosotros. Los hemos visto en la Nevski con vuestro uniforme." Era un reproche cruel y un llamamiento inflamado. "Todos estaban desconcertados y pálidos." La semilla cayó en tierra fértil. Hacia las seis de la tarde, la cuarta compañía abandonó, por iniciativa propia, el cuartel bajo el mando de un suboficial -¿quién era? Su nombre ha desaparecido, sin dejar huella, entre tantos otros cientos y miles de nombre heroicos- y se dirigió a la Nevski para retirar a los soldados que habían disparado. No estamos ante una sublevación de soldados provocada por el rancho, sino ante un acto de alta iniciativa revolucionaria. Durante el trayecto. la compañía tuvo una escaramuza con un escuadrón de gendarmes, contra el cual disparó, matando a un agente e hiriendo a otro. Desde aquí, ya no es posible seguir el rastro de la intervención de los soldados insurrectos en el torbellino de las calles. La compañía regresó al cuartel y puso en pie a todo el regimiento. Pero las armas habían sido escondidas; sin embargo, según algunos informes, los soldados lograron apoderarse de treinta fusiles. No tardaron en verse cercados por tropas del regimiento de Preobrajenski; diecinueve soldados fueron detenidos y encerrados en la fortaleza, los restantes se rindieron. Según otros informes, esa noche faltaron del cuartel veintiún soldados con fusiles. ¡Peligrosa escapada! Esos veintiún soldados buscarán durante toda la noche aliados y defensores. Sólo el triunfo de la revolución puede salvarlos. Seguramente que los obreros se enterarían por ellos de lo sucedido. Buen presagio para los combates del día siguiente. Nabokov, uno de los jefes liberales más destacados, cuyas verídicas *Memorias* parecen algunos pasajes el diario de su partido y de su clase, regresó a su casa a la una de la noche, a pie, por las calles oscuras e intranquilas, "alarmado y lleno de sombríos presentimientos". Es posible que, en una de las

encrucijadas, tropezara con un soldado fugitivo, y que, tanto el uno como el otro, se apresuraran a irse cada cual por su lado, puesto que nada tenían que decirse. En los barrios obreros y en los cuarteles, unos vigilaban o discutían la situación, otros dormían con el sueño ligero del vivac y presentían, en un delirio febril, el día de mañana, y allí entre los obreros, el soldado fugitivo halló refugio.

¡Qué pobreza la de las crónicas de las acciones de Febrero, aun comparada con los escasos documentos que poseemos de las jornadas de Octubre! En octubre, los revolucionarios actuaban capitaneados día tras día por el partido; en los artículos, manifiestos y actas del mismo aparece consignado, aunque no sea más que el curso externo de la lucha. No así en febrero. Las masas no están sometidas casi a ninguna dirección organizada. Los periódicos, con su personal en huelga, permanecieron mudos. Las masas hacían su historia, sin poder pararse a escribirla. Es casi imposible restablecer el cuadro vivo de los acontecimientos que se desarrollaron por aquellos días en las calles. Gracias que podamos reconstituir las líneas generales de su desarrollo exterior y esbozar sus leyes internas.

El gobierno, que aún no se había dejado arrebatar el aparato del poder, seguía los acontecimientos peor incluso que los partidos de izquierda, que, como sabemos, distaban mucho de estar a la altura de las circunstancias. Después de las "eficaces" descargas del 26, los ministros por un momento se tranquilizaron. En la madrugada del 27, Protopopov anunció que, según los informes recibidos, "una parte de los obreros se proponen reanudar el trabajo". Los obreros no pensaban, ni por asomo, en reintegrarse a las fábricas. Las descargas y los fracasos de la víspera no han descorazonado a las masas. ¿Cómo se explica esto? Evidentemente, los factores negativos se han convertido en positivos. Las masas invaden las calles, establecen contacto con el enemigo, ponen amistosamente la mano en la espalda de los soldados, se deslizan por entre las patas de los caballos, atacan, se dispersan, dejan cadáveres tendidos en las bocacalles; de vez en cuando, se apoderan de armas, transmiten noticias, recogen rumores y se convierten en un ser colectivo dotado de innumerables ojos, oídos y tentáculos. Cuando por la noche, después de la lucha, vuelven a sus casas, a los barrios obreros, las masas hacen el resumen de las impresiones del día, y, dejando a un lado lo secundario y accidental, sacan de ellas las conclusiones correspondientes. En la noche del 26 al 27 estas conclusiones fueron, sobre poco más o menos, las notificadas a sus superiores por el confidente Churkanov.

Por la mañana del día siguiente los obreros afluyen nuevamente a las fábricas y, en asambleas generales, deciden proseguir la lucha. Se siguen destacando por su decisión,

como siempre, los trabajadores de Viborg. También en los demás barrios transcurren en medio del mayor entusiasmo los mítines matinales. ¡Proseguir la lucha! Pero, ¿qué significa esto, hoy? La huelga general ha derivado en manifestaciones revolucionarias de masas inmensas, y las manifestaciones se han traducido en choques con las tropas. Seguir la lucha hoy equivale a proclamar el alzamiento armado. Pero este llamamiento no lo ha lanzado nadie, no ha sido puesto a la orden del día por el partido revolucionario: es una consecuencia inexorable de los propios acontecimientos.

El arte de conducir revolucionariamente a las masas en los momentos críticos consiste, en nueve décimas partes, en saber pulsar el estado de ánimo de las propias masas, y así como Kajurov observaba las guiñadas de los cosacos, la gran fuerza de Lenin consistía en su inseparable capacidad para tomar el pulso a la masa y saber cómo sentía. Pero Lenin no estaba aún en Petrogrado. Los estados mayores "socialistas" públicos y semipúblicos, los Kerenski, los Cheidse, los Skobelev y cuantos los rodeaban, preferían hacer amonestaciones de toda índole y resistir al movimiento. El estado mayor central bolchevista, compuesto por Schliapnikov, Zalutski y Mólotov, reveló en aquellos días una impotencia y una falta de iniciativa asombrosas. De hecho, las barriadas obreras y los cuarteles estaban abandonados a sí mismos. Hasta el día 26 no apareció el primer manifiesto a los soldados, lanzado por una de las organizaciones socialdemócratas, afín a los bolcheviques. Este manifiesto, que tenía un carácter muy indeciso y ni siquiera hacía un llamamiento a los soldados para que se pusieran al lado del pueblo, empezó a repartirse por todos los barrios el día 27 por la mañana. "Sin embargo -atestigua Fureniev, uno de los directivos de la organización-, los acontecimientos revolucionarios se desarrollaban con tal rapidez, que nuestras consignas llegaban ya con retraso. En el momento en que las hojas llegaban a manos de los soldados, éstos entraban ya en acción."

Por lo que al centro bolchevique se refiere, conviene advertir que, hasta el día 27 por la mañana, Schliapnikov no se decidió a escribir, a instancias de Chugurin, uno de los mejores caudillos obreros de las jornadas de febrero, un manifiesto dirigido a los soldados. ¿Fue impreso ese manifiesto? En todo caso, vería la luz cuando su eficacia era ya nula. En modo alguno pudo tener influencia sobre los sucesos del día 27. No hay más remedio que dejar sentado que, por regla general, en aquellos días los dirigentes, cuanto más altos estaban, más a la zaga de las cosas iban.

Y, sin embargo, el alzamiento, a quien nadie llamaba por su nombre, estaba a la orden del día. Los obreros tenían concentrados todos sus pensamientos en las tropas. ¿Será posible que no logremos moverlas? Hoy, la agitación dispersa ya no basta. Los obreros de

Viborg organizan un mitin en el cuartel del regimiento de Moscú. La empresa fracasa. A un oficial o a un sargento no le es difícil manejar una ametralladora. Un fuego graneado pone en fuga a los obreros. La misma tentativa se efectúa también sin éxito en el cuartel del regimiento de reserva. Entre los obreros y los soldados se interponen los oficiales apuntando con la ametralladora. Los caudillos obreros y los soldados, exasperados, buscan armas, se las piden al partido; éste les contesta: las armas las tienen los soldados, id a buscarlas allí. Esto ya lo saben ellos. Pero, ¿cómo conseguirlas? ¿No se echará todo a perder? Así, la lucha iba llegando a su punto crítico. O la ametralladora barre la insurrección, o la insurrección se apodera de la ametralladora. En sus *Memorias*, Schliapnikov, figura central en la organización bolchevique petersburguesa de aquel entonces, cuenta que cuando los obreros reclamaban armas, aunque no fuera más que revólveres, les contestaban con una negativa, mandándolos a los cuarteles. De este modo querían evitar choques sangrientos entre los obreros y los soldados, cifrando todas las esperanzas en la agitación, es decir, en la conquista de los soldados por la palabra y el ejemplo. No conocemos testimonios que confirmen o refuten esta declaración de uno de los caudillos preeminentes de aquellos días, y que más bien acredita miopía que clarividencia. Mucho más sencillo hubiera sido reconocer que los dirigentes no disponían de armas.

Es indudable que, al llegar a una determinada fase, el destino de toda revolución se resuelve por el cambio operado en la moral del ejército. Las masas populares inermes, o poco menos, no podrían arrancar el triunfo si hubiesen de luchar contra una fuerza militar numerosa, disciplinada, bien armada y diestramente dirigida. Pero toda profunda crisis nacional repercute, por fuerza, en grado mayor o menor, en el ejército; de este modo, a la par con las condiciones de una revolución realmente popular, se prepara asimismo la posibilidad -no la garantía, naturalmente- de su triunfo. Sin embargo, el ejército no se pasa nunca al lado de los revolucionarios por propio impulso, ni por obra de la agitación exclusivamente. El ejército es un conglomerado, y sus elementos antagónicos están atados por el terror de la disciplina. Aun en vísperas de la hora decisiva, los soldados revolucionarios ignoran la fuerza que representan y su posible influencia en la lucha. También son un conglomerado, naturalmente, las masas populares. Pero éstas tienen posibilidades incomparablemente mayores de someter a prueba la homogeneidad de sus filas en el proceso de preparación de la batalla decisiva. Las huelgas, los mítines, las manifestaciones, tienen tanto de actos de lucha como de medios para medir la intensidad de la misma. No toda la masa participa en el movimiento de huelga. No todos los

huelguistas están dispuestos a dar la batalla. En los momentos más agudos, se echan a la calle los más decididos. Los vacilantes, los cansados, los conservadores, se quedan en casa. Aquí, la selección revolucionaria se efectúa orgánicamente, haciendo pasar a los hombres por el tamiz de los acontecimientos. En el ejército, las cosas no ocurren del mismo modo. Los soldados revolucionarios, los simpatizantes, los vacilantes, los hostiles, permanecen ligados por una disciplina impuesta, cuyos hilos se hallan concentrados, hasta el último momento, en manos de la oficialidad. En los cuarteles sigue pasándose revista diariamente a los soldados y se les cuenta, como siempre, por orden de las filas "primera y segunda"; pero no, pues sería imposible, por orden de filas "revoltosas" y "adictas".

El momento psicológico en que los soldados se pasan a la revolución se halla preparado por un largo proceso molecular, el cual tiene, como los procesos naturales, su punto crítico. Pero, ¿cómo determinarlo? Cabe muy bien que las tropas estén perfectamente preparadas para unirse al pueblo, pero que no reciban el necesario impulso del exterior: los dirigentes revolucionarios no creen aún en la posibilidad de traer a su lado al ejército, y dejan pasar el momento del triunfo. Después de esta insurrección, que ha llegado a la madurez, pero que se ha malogrado, puede producirse en las tropas una reacción; los soldados pierden la esperanza que había alimentado su espíritu. Tienden nuevamente el cuello al yugo y a la disciplina y, al verse otra vez frente a los obreros, se manifiestan ya contra los sublevados, sobre todo a distancia. En este proceso entran muchos factores difícilmente ponderables, muchos puntos convergentes, numerosos elementos de sugestión colectiva y de autosugestión; pero de toda esa compleja trama de fuerzas materiales y psíquicas se deduce, con claridad inexorable, una conclusión: los soldados, en su gran mayoría, se siente tanto más capaces de desenvainar sus bayonetas y de ponerse con ellas al lado del pueblo, cuanto más persuadidos están de que los sublevados lo son efectivamente, de que no se trata de un simple simulacro, después del cual habrán de volver al cuartel y responder de los hechos, de que es efectivamente la lucha en que se juega el todo por el todo, de que el pueblo puede triunfar si se unen a él y de que su triunfo no sólo garantizará la impunidad, sino que mejorará la situación de todos. En otros términos, los revolucionarios sólo pueden provocar el cambio de moral de los soldados en el caso de que estén realmente dispuestos a conseguir el triunfo a cualquier precio, e incluso al precio de su sangre. Pero esta decisión suprema no puede ni quiere nunca aparecer inerme.

La hora crítica del contacto entre la masa que ataca y los soldados que le salen al paso tiene su minuto crítico: es cuando la masa gris no se ha dispersado aún, se mantiene firme y

el oficial, jugándose la última carta, da la orden de fuego. Los gritos de la multitud, las exclamaciones de horror y las amenazas ahogan la voz de mando, pero sólo a medias. los fusiles se mueve. La multitud avanza. El oficial encañona con su revólver al soldado más sospechoso. Ha sonado el segundo decisivo del minuto decisivo. El soldado más valeroso, en quien tiene fijas sus miradas todos los demás, cae exánime; un suboficial dispara sobre la multitud con el fusil arrebatado al soldado muerto, se cierra la barrera de las tropas; los fusiles se disparan solos, barriendo la multitud hacia los callejones y los patios de las casas. Pero, ¡cuántas veces, desde 1905, las cosas pasaban de otro modo! En el instante crítico, cuando el oficial se dispone a apretar el gatillo, surge el disparo hecho desde la multitud, que tiene sus Kajurovs y sus Chugurins, y esto basta para decidir no sólo la suerte de aquel momento, sino tal vez el de toda la jornada y aun el de toda la insurrección.

El fin que se proponía Schliapnikov: evitar los choques de los obreros con las tropas no dando armas a los revoltosos, era irrealizable. Antes de que se llegara a los choques con las tropas tuvieron lugar innumerables encuentros con los gendarmes. La lucha en las calles se inició con el desarme de los odiados "faraones", cuyos revólveres pasaban a las manos de los revolucionarios. En sí mismo, el revólver es un arma débil, casi de juguete, contra los fusiles, las ametralladoras y los cañones del enemigo. Pero, ¿estaban éstos realmente en sus manos? Para comprobarlo, los obreros exigían armas. Es ésta una cuestión que se resuelve en el terreno psicológico. Pero tampoco en las insurrecciones los procesos psicológicos son fácilmente separables de los materiales. El camino que conduce al fusil del soldado pasa por el revólver arrebatado al "faraón".

La crisis psicológica por que atravesaban los soldados era, en aquellos momentos, menos activa, pero no menos profunda que la de los obreros. Recordemos nuevamente que la guarnición estaba formada principalmente por batallones compuestos de muchos miles de reservistas destinados a cubrir las bajas de los regimientos que se hallaban en el frente. Estos hombres, padres de familia en su mayoría, veíanse ante el trance de ir a las trincheras cuando la guerra estaba ya perdida y el país arruinado. Estos hombres no querían la guerra, anhelaban volver a sus casas, restituirse a sus quehaceres; sabían muy bien lo que pasaba en palacio y no sentían el menor afecto por la monarquía; no querían combatir contra los alemanes, y menos aún contra los obreros petersburgueses; odiaban a la clase dirigente de la capital, que se entregaba a los placeres durante la guerra; además, entre ellos había obreros con un pasado revolucionario que sabían dar una expresión concreta a este estado de espíritu.

La misión consistía en encauzar este descontento profundo, pero latente aún, de los soldados, hacia la acción revolucionaria, franca y abierta o, por lo menos, en un principio, hacia la neutralidad. El tercer día de lucha, los soldados perdieron definitivamente la posibilidad de mantenerse en una posición de benévola neutralidad ante la insurrección. Hasta nosotros llegaron únicamente reminiscencias secundarias de lo sucedido en aquellas dos horas, por lo que al contacto entre los obreros y los soldados se refiere. Hemos visto cómo la víspera los obreros fueron a quejarse amargamente ante los soldados del regimiento de Pavlovski, y la conducta de un destacamento de alumnos. Escenas, conversaciones, reproches y llamamientos análogos ocurrían en todos los ámbitos de la ciudad. Los soldados no podían seguir vacilantes. Ayer les habían obligado a disparar. Hoy volverían a obligarles a lo mismo. Los obreros no se rinden, no retroceden, quieren conseguir lo que les pertenece, aunque sea bajo una lluvia de plomo, y con ellos están las obreras, las esposas, las madres, las hermanas, las novias. ¿No es ésta, acaso, la hora aquella de que tan a menudo se hablaba, cuchicheando, en los rincones?: "Y si nos uniéramos todos?" Y en el momento de las torturas supremas, del miedo insuperable ante el día que se avecina, henchidos de odio contra aquellos que les imponen el papel de verdugos, resuenan en el cuartel las primeras voces de indignación manifiesta, y en estas voces anónimas todo el cuartel se ve retratado, aliviado y exaltado a sí mismo. Así amaneció sobre Rusia el día del derrumbamiento de la monarquía de los Romanov.

En la reunión celebrada por la mañana en casa del incansable Kajurov, a la cual acudieron hasta cuarenta representantes de las fábricas, la mayoría se pronunció por llevar adelante el movimiento. La mayoría, pero no todos. Es lástima que no se conserve testimonio de la proporción de votos. Pero no eran aquéllos momentos de actas. Por lo demás, el acuerdo llegó con retraso: la Asamblea se vio interrumpida por la noticia fascinadora de la sublevación de los soldados y de que habían sido abiertas las puertas de las cárceles. "Churkanov besó a todos los presentes." Fue el beso de Judas, pero éste no precedía, por ventura, a una crucifixión.

Desde la mañana se fueron sublevando, uno tras otro, al ser sacados de los cuarteles, los batallones de reserva de la Guardia, continuando el movimiento que en la víspera había iniciado la cuarta compañía del regimiento de Pavlovski. Este grandioso acontecimiento de la historia humana sólo ha dejado una huella pálida y tenue en los documentos, crónicas y Memorias. Las masas oprimidas, aun cuando se leven hasta las cimas mismas de la creación histórica, cuentan poco de sí mismas y aún se acuerdan menos de consignar sus recuerdos

por escrito. Y la exaltación del triunfo esfuma luego el trabajo de la memoria. Conformémonos con lo que hay.

Los primeros que se sublevaron fueron los soldados del regimiento de Volinski. Ya a las siete de la mañana, el comandante del batallón llamó a Jabalov por teléfono, para comunicarle la terrible noticia, el destacamento de alumnos, esto es, las fuerzas que se creían más adictas y se destinaban a sofocar el movimiento, se habían negado a salir; el jefe había sido muerto o se había suicidado antes los soldados: sin embargo, esta segunda versión fue abandonada en seguida. Quemando los puentes tras de sí, los soldados de Volinski se esforzaron en ampliar la base de la sublevación, que era lo único que podía salvarles. Con este fin se dirigieron a los cuarteles de los regimientos de Lituania y Preobrajenski, situados en las inmediaciones, "llevándose" a los soldados, del mismo modo que los huelguistas sacan a los obreros de las fábricas. Poco después, Jabalov recibía la noticia de que los soldados del regimiento de Volinski no sólo no entregaban los fusiles, como había ordenado el general, sino que, unidos a los soldados de los regimientos de Preobrajenski y de Lituania, y lo que era aún más terrible, "unidos a los obreros", habían destruido el cuartel de la división de gendarmes. Esto atestigua que la experiencia por que habían pasado el día antes los soldados del regimiento de Pavlovski no había sido estéril: los sublevados habían encontrado caudillos y, al mismo tiempo, un plan de acción.

En las primeras horas de la mañana del día 27, los obreros se imaginaban la consecución de los fines de la insurrección mucho más lejana de lo que estaba en realidad. Para decirlo más exactamente, sólo veían la consecución de estos fines como una remota perspectiva, cuando en sus nueve décimas partes se hallaban ya alcanzados. La presión revolucionaria de los obreros sobre los cuarteles coincidió con el movimiento revolucionario de los soldados en las calles. En el transcurso del día, estas dos poderosas avalanchas se unen formando un todo, para arrastrar, primero el tejado, después los muros y luego los cimientos del viejo edificio. Chugurin fue uno de los primeros que se presentó en el local de los bolcheviques con un fusil en la mano y la espalda cruzada por una cartuchera, "sucio, pero radiante y triunfal". ¡La cosa no era para menos! ¡Los soldados se pasan a nuestro lado con las armas en la mano! En algunos sitios, los obreros han conseguido unirse a los soldados, penetrar en los cuarteles, obtener fusiles y cartuchos. Los obreros de Viborg, y con ellos la parte más decidida de los soldados, han esbozado el plan de acción: apoderarse de las comisarías de policía, en las cuales se han concentrado los gendarmes armados, desarmar a todos los jefes de policía; liberar a los obreros detenidos y a los presos políticos encerrados en las cárceles; destruir los destacamentos

gubernamentales de la ciudad, unirse a los soldados que no se han sublevado aún y a los obreros de las demás barriadas.

El regimiento de Moscú se adhirió a la insurrección, no sin luchas intestinas. Es sorprendente que estas luchas fueran tan poco considerables en otros regimientos. Los elementos monárquicos, impotentes, quedaban separados de la masa, se escondían por los rincones o se apresuraban a cambiar de casaca. "A las dos de la tarde -recuerda el obrero Koroliev-, al salir el regimiento de Moscú, nos armamos... Cogimos cada uno un revólver y un fusil, nos unimos a un grupo de soldados que se nos acercó (algunos de ellos rogaron que les mandáramos y les indicáramos que tenían que hacer), y nos dirigimos a la calle Tichvinskaya, para abrir el fuego contra la comisaría de policía." Véase, pues, cómo los obreros indicaban a los soldados lo que tenían que hacer, sin un instante de vacilación.

Una tras otra, llegaba jubilosas noticias de victoria. ¡Los revolucionarios estaban en posesión de automóviles blindados! Con las banderas rojas desplegadas, estos autos sembraban el pánico entre los que aún no se habían sometido. Ahora ya no era necesario deslizarse por entre las patas de los caballos de los cosacos. La revolución está en pie en toda su magnitud.

Hacia el mediodía, Petrogrado vuelve a convertirse en un campo de operaciones: por todas partes se oyen disparos de fusilería y ametralladoras. No siempre es posible concretar quién dispara contra quién. Lo único que puede afirmarse es que se tirotean el pasado y el futuro. Es frecuente también el tiroteo sin objetivo: se disparaba, sencillamente, con los revólveres adquiridos inesperadamente. Ha sido saqueado el arsenal. "Se dice que se han repartido algunas decenas de miles de *Brownings*." De la Audiencia y de las comisarías de policía incendiadas se elevan al cielo columnas de humo. En algunos puntos, las escaramuzas y los tiroteos se convierten en verdaderas batallas. En la perspectiva Sampsonovski, los obreros se acercan a las barracas ocupadas por los motociclistas, una parte de los cuales se agrupa en las puertas. "¿Qué hacéis aquí parados, compañeros?" Los soldados sonríen, "con una sonrisa que no promete nada bueno", atestigua uno de los beligerantes, y permanecen callados. Los oficiales ordenan groseramente a los obreros que sigan su camino. Los motociclistas, lo mismo que los soldados de Caballería, fueron durante las revoluciones de Febrero y de Octubre los cuerpos más conservadores de todo el ejército. Pronto se agrupan ante la verja un tropel de obreros y soldados revolucionarios. ¡Hay que sacar de ahí al batallón sospechoso! Alguien comunica que ha sido pedido un automóvil blindado; de otro modo, es poco probable que se pueda sacar de su guarida a los motociclistas, que se han artillado apostando ametralladoras. Pero la masa no sabe esperar:

se muestra impaciente e intranquila, y en su impaciencia tiene razón. Suenan los primeros tiros disparados por ambas partes, pero la valla de tablas que separa a lo soldados de la revolución, estorba. Los atacantes deciden destruirla. Un trozo es derribado, al resto le pegan fuego, Aparecen las barracas, que son cerca de una veintena. Los motociclistas se concentran en dos o tres. Las otras son inmediatamente incendiadas. Seis años después Kajurov registra el recuerdo: "Las barracas ardiendo y la valla que las rodeaba derribada, el fuego de las ametralladoras y los fusiles, los rostros agitados de los sitiadores, el camión lleno de revolucionarios armados que se acerca a toda marcha, y finalmente, el automóvil blindado que llega, con sus bruñidos cañones, ofrecían un espectáculo magnífico e inolvidable." La vieja Rusia zarista, eclesiástico-policíaca, se consumía en el incendio de las barracas y las vallas, desaparecía entre el fuego y el humo, ahogándose en el tiroteo de las ametralladoras. ¿Cómo no habían de exaltarse los Kajurov, las decenas, los centenares, los miles de Kajurovs? El automóvil hizo algunos disparos de cañón contra la barraca en que se habían refugiado los oficiales y los motociclistas. El comandante de los sitiados resultó muerto; los oficiales, quitándose las charreteras y los emblemas, se fugaron por huertas adyacentes; los demás se rindieron. Fue probablemente la refriega más importante de la jornada.

Entretanto la sublevación militar tomaba un carácter epidémico. Las únicas que no la secundaban eran ya las fuerzas que no habían tenido tiempo de hacerlo. Al atardecer se sumaron al movimiento los soldados del regimiento de Semenov, famoso por la salvaje represión del alzamiento de Moscú, en 1905. ¡Los once años pasados desde entonces no habían pasado en vano! Los soldados del regimiento de Semenov, unidos a los cazadores, sacaron a la calle, ya entrada la noche, a los del regimiento de Ismail, a quienes los jefes mantenían encerrados en los cuarteles: este regimiento, que cercó y detuvo el 3 de diciembre de 1905 al primer soviet de Petrogrado, seguía siendo considerado como uno de los más reaccionarios. La guarnición del zar en la capital, que contaba con ciento cincuenta mil soldados, se iba fundiendo, derritiéndose, desaparecía por momentos. Por la noche, ya no existía.

Después de las noticias recibidas por la mañana acerca de la sublevación de los regimientos, Jabalov todavía intenta resistir, mandando contra los sublevados un destacamento formado por elementos diversos, de cerca de mil hombres, con las instrucciones más draconianas. Pero la suerte de este destacamento toma un giro misterioso. "En estos días sucede algo incomprensible -cuenta después de la revolución el incomparable Jabalov-, el destacamento avanza con oficiales valientes y decididos a la

cabeza -alude al coronel Kutepov-; pero... ¡sin resultado alguno!" Las compañías mandadas tras ese destacamento desaparecen también sin dejar huella. El general empieza a formar reservas en la plaza de Palacio, pero "faltaban cartuchos y no había de dónde sacarlos." Entresacamos todo esto de las declaraciones de Jabalov ante la Comisión investigadora del gobierno provisional. Pero ¿dónde fueron a parar, en fin de cuentas, los destacamentos destinados a sofocar la insurrección? No es difícil adivinarlo: se vieron inmediatamente absorbidos por esta última. Los obreros, las mujeres, los muchachos, los soldados sublevados, rodeaban a los destacamentos de Jabalov por todos lados, considerándolos como suyos o esforzándose por conquistarlos, y no les daban la posibilidad de moverse como no fuera uniéndose a la inmensa multitud. Luchar con esta masa que se había adherido a los soldados, que ya no temía nada, que era inagotable, que se metía en todas partes, era tan imposible como batirse en medio de una masa de levadura.

Simultáneamente con las continuas informaciones relativas a las sublevaciones de nuevos regimientos, llegaban demandas de tropas de confianza para reprimir la insurrección, para guardar la central telefónica, el palacio de Lituania, el palacio de Marinski y otros sitios aún más sagrados, Jabalov pidió por teléfono que se mandaran tropas de confianza de Kronstadt, pero el comandante contestó que el mismo temía por la seguridad de la fortaleza. Jabalov ignoraba todavía que la sublevación se había extendido a las guarniciones vecinas. El general intentó o simuló intentar convertir el Palacio de Invierno en reducto, pero el plan hubo de abandonarse en seguida por irrealizable, y el último puñado de tropas "adictas" pasó al Almirantazgo. Allí, el dictador se preocupó, finalmente, de realizar la cosa más importante e inaplazable: imprimir, para ser publicado, los dos últimos decretos del gobierno, sobre la dimisión de Protopopov por "motivos de salud" y sobre la declaración del estado de sitio en Petrogrado. Este último decreto corría, en efecto, mucha prisa, pues pocas horas después, el ejército de Jabalov levantaba "el sitio" de Petrogrado y huía del Almirantazgo para refugiarse en sus casas. Sólo por desconocimiento de la realidad la revolución no detuvo el día 27 por la noche a aquel general dotado de atribuciones terribles, pero que ya no tenía nada de terrible. Se hizo al día siguiente, sin ninguna dificultad.

¿Pero es posible que sea ésta toda la resistencia que ofrezca la terrible Rusia zarista ante el peligro mortal? Sí, casi todo, a pesar de la gran experiencia acumulada en lo que a las represiones contra el pueblo se refería, y a pesar de los planes de represión, tan concienzudamente elaborados. Más tarde, los monárquicos, al volver en sí, explicaron la facilidad de la victoria del pueblo en Febrero, por el carácter especial de la guarnición de

Petrogrado. Pero todo el curso ulterior de la revolución desmiente este razonamiento. Es verdad que, ya a principios del año fatal, la camarilla sugería al zar la conveniencia de renovar la guarnición de la capital. El zar se dejó convencer sin trabajo de que la caballería de la Guardia, que era considerada como muy adicta, había "permanecido bastante tiempo en el fuego" y merecía que se le diese descanso en sus cuarteles de Petrogrado. Sin embargo, accediendo a respetuosas indicaciones del frente, el zar sustituyó a los cuatro regimientos de la caballería de la Guardia por tres dotaciones de Marina de la Guardia. Según la versión de Protopopov, la sustitución se llevó a cabo sin el consentimiento del zar, con una intención pérfida por parte del mando. "Los marineros son, en su mayoría, obreros, y representan el elemento más revolucionario del ejército." Pero esto es un absurdo evidente. Lo que ocurrió era, sencillamente, que la alta oficialidad de la Guardia, sobre todo la de caballería, hacía una carrera demasiado brillante en el frente para que tuviera ningún deseo de retornar al interior. Además, tenía que pensar, no sin miedo, en las funciones represivas que se les asignaba a la cabeza de regimientos que en el frente habían sufrido una completa transformación. Como no tardaron en demostrar los acontecimientos del frente, la Guardia montada no se distinguía ya, en aquel entonces, del resto de la Caballería, y los marinos de la Guardia trasladados a la capital no desempeñaron ningún papel activo en la revolución de Febrero. La verdadera causa estribaba en que la trama toda del régimen estaba podrida y no tenía ni un solo hilo sano...

En el transcurso del día 27 fueron puestos en libertad por la multitud, sin que hubiera ninguna víctima, los detenidos políticos de las numerosas cárceles de la capital, entre ellos el grupo patriótico del Comité industrial de guerra, detenido el 26 de enero, y los miembros del Comité petersburgués de los bolcheviques, encarcelados por Jabalov cuarenta horas antes. A las mismas puertas de la cárcel se dividen los caminos políticos: los patriotas mencheviques se dirigen hacia la Duma, donde se reparten los papeles y los cargos; los bolcheviques se van a las barriadas, al encuentro de los obreros y los soldados, a fin de dar cima con ellos a la conquista de la capital. No se puede dejar respiro al enemigo. Las revoluciones exigen, más que ninguna otra cosa, remate y coronación.

No se puede precisar quién sugirió la idea de conducir al palacio de Táurida a los regimientos sublevados. Esta ruta política era una consecuencia lógica de la situación. Todos los elementos radicales no incorporados a las masas sentíanse, naturalmente, atraídos hacia este palacio, en que se concentraban todos los informes de la oposición. Es muy verosímil que precisamente estos elementos, que sintieron súbitamente el día 27 la afluencia de fuerzas vitales, desempeñasen el papel de guías de la Guardia sublevada. Este

papel era honroso y ya casi no ofrecía peligro alguno. El palacio de Potemkin, por su situación, era el más apropiado para servir de centro a la revolución. El jardín de Táurida sólo estaba separado por una calle de la población militar, en que se hallaban los cuarteles de la Guardia y una serie de instituciones militares. Durante muchos años, esta parte de la ciudad había sido considerada, tanto por el gobierno como por los revolucionarios, como el reducto militar de la monarquía. Y lo era efectivamente. Pero todo había cambiado. La sublevación militar surgió, precisamente, de este sector. Los sublevados no tenían más que atravesar la calle para llegar al jardín del palacio de Táurida, separado del Neva solamente por una manzana de casas. Del otro lado del Neva se extiende la barriada de Viborg, caldera de vapor de la revolución. Los obreros no tienen más que cruzar el puente de Alejandro, y , si éste ha sido levantado, por el río helado, para ir a parar a los cuarteles de la Guardia o al palacio de Táurida. He aquí cómo este triángulo heterogéneo y contradictorio por su origen, situado en el noroeste de Petersburgo: la Guardia, el palacio de Potemkin y las fábricas gigantescas, se convierte en la plaza de armas de la revolución.

En el edificio del palacio de Táurida surgen o empiezan a dibujarse ya los distintos centros, entre ellos el estado mayor de la insurrección. No se puede decir que éste tuviera un carácter muy serio. Los oficiales "revolucionarios", esto es, los oficiales relacionados por su pasado con la revolución, aunque no fuera más que por equívoco, pero que habían dejado pasar la insurrección, se apresuran después de la victoria a recordar su existencia, o, respondiendo al llamamiento directo de los demás, se ponen "al servicio de la revolución". Estos elementos examinan pedantescamente la situación y menean la cabeza con gesto pesimista. Claro está, dicen, que esa masa de soldados en fermentación, muchas veces desarmados, no tiene capacidad combativa alguna. No hay ni artillería, ni ametralladoras, ni jefes. El enemigo tendría bastante con un buen regimiento sólido. Ahora, es verdad que los regimientos revolucionarios impiden toda operación sistemática en las calles. Pero, por la noche, los obreros se irán a sus casas, el habitante neutral se acostará, la ciudad quedará desierta. Si Jabalov se presenta en los cuarteles con un regimiento de confianza, puede hacerse dueño de la situación. Con esta misma idea nos hemos de encontrar luego, con distintas variantes, a través de las varias etapas de la revolución. "Dadme un regimiento de confianza, dirán más de una vez los bravos coroneles, y en un cerrar y abrir de ojos barro yo toda esa porquería." Algunos, como veremos, lo intentarán, pero todos tendrán que repetir las palabras de Jabalov: "El destacamento ha salido con un bravo oficial a la cabeza, pero... ¡sin resultado alguno!"

No podía ser de otro modo. Los policías y los gendarmes, y con ellos los destacamentos de alumnos de algunos regimientos, constituían una fuerza suficientemente firme, pero resultaron de una insignificancia lamentable ante la presión de las masas: como resultarán impotentes, ocho meses después, los batallones de Georgui y, en octubre, los alumnos de las escuelas militares. ¿De dónde iba a sacar la monarquía ese regimiento salvador dispuesto a entablar una lucha incesante y desesperada con una ciudad de dos millones de habitantes? La revolución les parece indefensa a los coroneles, verbalmente decididos, porque es aún terriblemente caótica: por dondequiera, movimientos sin objetivo, torrentes confluentes, torbellinos humanos, figuras asombradas, capotes desabrochados, estudiantes que gesticulan, soldados sin fusiles, fusiles sin soldados, muchachos que disparan al aire, clamor de millares de voces, torbellino de rumores desenfrenados, falsas alarmas, alegrías infundadas; parece que bastaría entrar sable en mano en ese caos para destruirlo todo sin dejar rastro. Pero es un torpe error de visión. El caos no es más que aparente. Bajo este caos se está operando una irresistible cristalización de las masas en un nuevo sentido. Estas muchedumbres innumerables no han determinado aún para sí, con suficiente claridad, lo que quieren; pero están impregnadas de un odio ardiente por lo que ya no quieren. A sus espaldas se ha producido un derrumbamiento histórico irreparable ya. No hay modo de volver atrás. Aun en el caso de que hubiera quien pudiese dispersarlos, una hora después se agruparían de nuevo y el segundo ataque sería más feroz y sangriento. En las jornadas de Febrero, la atmósfera de Petrogrado se torna tan incandescente, que cada regimiento hostil que cae en esa poderosa hoguera o que sólo se acerca a ella y respira su ardiente aliento, se transforma, pierde la confianza en sí mismo, se siente paralizado y se entrega sin lucha a merced del vencedor. De esto se convencerá mañana el general Ivanov, mandado por el zar desde el frente con el batallón de los Caballeros de Giorgui. Cinco meses después correrá la misma suerte el general Kornílov, y, ocho meses más tarde, Kerenski.

Durante los días anteriores, los cosacos parecían, en las calles, los más influenciables; era así porque se les traía muy ajetreados. Pero cuando el movimiento tomó el carácter de insurrección franca, la Caballería justificó, una vez más, su reputación conservadora. El 27 conservaba aún la apariencia de neutralidad expectante. Jabalov no confiaba ya en ella, pero la revolución aún la temía.

Seguía siendo un enigma la fortaleza de Pedro y Pablo, situada en el islote bañado por el Neva, frente al palacio de Invierno y los de los grandes duques. La guarnición se hallaba, o parecía hallarse, más protegida detrás de sus muros de las influencias del mundo

circundante. En la fortaleza no había artillería permanente, a no ser el viejo cañón que anunciaba a los petersburgueses el medio día. Pero hoy se han colocado en los muros cañones de campaña enfilados sobre el puente. ¿Qué se prepara allí? En el estado mayor del palacio de Táurida, por la noche, la gente se quiebra la cabeza pensando qué hacer con Pedro y Pablo, y en la fortaleza se hallan torturados por la cuestión de saber lo que la revolución hará con ellos. Por la mañana se descifra el enigma: la fortaleza se rinde al palacio de Táurida "a condición de que se respete la seguridad personal de la oficialidad." Orientándose en la situación, lo cual no era muy difícil, los oficiales de la fortaleza se apresuran a prevenir la marcha inevitable de los acontecimientos.

El 27, por la tarde, afluyen al palacio de Táurida soldados, obreros, estudiantes, simples ciudadanos, todos los cuales confían hallar aquí a los que lo saben todo y recibir informaciones e instrucciones. De distintos puntos de la ciudad llegan al palacio verdaderas gavillas de armas, que son amontonadas en una de las habitaciones, convertida en arsenal. Por la noche, el estado mayor revolucionario emprende el trabajo, manda fuerzas para vigilar las estaciones y patrullas a todos aquellos sitios de que se puede temer algún peligro. Los soldados cumplen las órdenes del nuevo poder de buena gana y sin rechistar, aunque de un modo extraordinariamente desordenado. Lo único que exigen cada vez es la orden escrita: probablemente, la iniciativa parte de lo que queda de mando en los regimientos o de los escribientes militares. Pero tienen razón: es preciso introducir inmediatamente un orden en aquel caos. El estado mayor revolucionario, lo mismo que el soviet que acaba de surgir, no disponen aún de ningún sello. La revolución tiene que preocuparse de establecer un orden burocrático. Andando el tiempo, ha de hacerlo, ¡ay!, con exceso.

La revolución empieza la búsqueda de enemigos; por toda la ciudad se efectúan detenciones; "detenciones arbitrarias" dirán en tono de censura los liberales. Pero toda revolución es arbitraria. En el palacio de Táurida hay un desfilar constante de detenidos: el presidente del Consejo de Estado, ministros, guardias de Seguridad, agentes de la Ocrana, una marquesa "germanófila". Verdaderas nidadas de oficiales de gendarmería. Algunos altos funcionarios, tales como Protopopov, se presentan ellos mismos y se constituyen prisioneros: con ello, piensan salir ganando. Las paredes de la sala, que conservaban todavía el eco del absolutismo, no escuchan ahora más que suspiros y sollozos -relatará, más tarde, una marquesa puesta en libertad-. Un general detenido se deja caer exhausto en una silla, a su lado. Algunos miembros de la Duma le ofrecen amablemente una taza de té. Conmovido hasta el fondo del alma, el general dice con agitación: "Marquesa, ¡asistimos a la ruina de un gran país!"

El gran país, que no se disponía a morir, pasaba por delante de aquellos ex-hombres sin hacer caso de ellos, golpeando el suelo con las botas y las culatas de los fusiles, haciendo vibrar el aire con sus gritos y dando pisotones a todo lo que encontraban a su paso. La revolución se ha distinguido siempre por su falta de urbanidad: seguramente, porque las clases dominantes no se han preocupado a su tiempo de enseñar buenas maneras al pueblo.

El palacio de Táurida se convierte en el cuartel general, en el centro gubernamental, en el arsenal, en la cárcel de una revolución que no se ha secado aún la sangre de las manos ni el sudor de la frente. En este torbellino penetran también los enemigos audaces. Se descubre casualmente a un coronel de gendarmes, disfrazado, que toma sus notas en un rincón, no para la historia, sino para los consejos sumarísimos. Los soldados y los obreros quieren matarlo en el acto. Pero los hombres del "estado mayor" intervienen y libran fácilmente al gendarme de las garras de la multitud. En aquel entonces, la revolución era aún bondadosa, generosa y crédula. Sólo será implacable después de una prolongada serie de traiciones, engaños y pruebas sangrientas.

La primera noche de la revolución victoriosa está llena de inquietudes. Los comisarios improvisados de las estaciones y de otros puntos, intelectuales en su mayoría, ligados con la revolución por sus relaciones personales -los suboficiales, sobre todo los de origen obrero, eran incomparablemente más útiles-, empiezan a ponerse nerviosos, acechan peligros por dondequiera, comunican su nerviosidad a los soldados y telefonean constantemente al palacio de Táurida exigiendo refuerzos. Allí también están agitados; telefonean, manda refuerzos que casi nunca llegan a su destino. "Los que reciben órdenes -cuenta uno de los miembros del estado mayor nocturno-, no las cumplen, los que obran, lo hacen sin haber recibido orden alguna..."

También obran sin órdenes las barriadas proletarias. Los caudillos revolucionarios que habían sacado a los obreros de las fábricas, que se habían apoderado de las comisarías, que habían echado a los regimientos a la calle y destruido los refugios de la contrarrevolución, no se apresuran a ir al palacio de Táurida, al estado mayor, a los centros dirigentes; al revés, apuntan hacia aquel sitio con ironía e incredulidad: "Esos valientes se apresuran a repartirse la piel del oso que no han matado y aún colea." Los obreros bolcheviques y los mejores elementos obreros de los demás partidos de izquierda se pasan el día en las calles y las noches en los estados mayores de barriada, mantienen el contacto con el cuartel, preparan el día de mañana. En la primera noche del triunfo prosiguen y desarrollan la labor realizada en el transcurso de las cinco jornadas. Son la columna vertebral de la revolución en sus comienzos.

El día 27, Nabokov, miembro, a quien ya conocemos, del centro de los kadetes, que era en ese momento un desertor legalizado en el Estado Mayor general, se fue, como de costumbre, a la oficina y permaneció en ella hasta las tres sin enterarse de nada. Al atardecer, sonaron disparos en la Morskaya -Nabokov los oyó desde su domicilio-; corrían los automóviles blindados; soldados y marinos, aislados, se arrimaban a las paredes-; el honorable liberal los observaba desde las ventanas. "El teléfono seguía funcionando, y me acuerdo de que mis amigos me comunicaron lo sucedido durante el día. Nos acostamos a la hora de costumbre." Este hombre será pronto uno de los inspiradores del gobierno revolucionario (!) provisional, y su gerente. Al día siguiente, por la mañana, se le acercará en la calle un anciano desconocido, un oficinista cualquiera o acaso un maestro de escuela y, quitándose el sombrero, le dirá: "Muchas gracias por todo lo que han hecho ustedes por el pueblo." El propio Nabokov nos lo cuenta con modesto orgullo.

CAPITULO VIII
¿QUIÉN DIRIGIÓ LA INSURRECCIÓN DE FEBRERO?

Los abogados y los periodistas, las clases perjudicadas por la revolución, han gastado grandes cantidades de tinta en demostrar que el movimiento de Febrero, que se quiere hacer pasar por una revolución, no fue en rigor más que un motín de mujeres, transformado después en motín militar. También Luis XVI se obstinaba en creer en su tiempo que la toma de la Bastilla no era más que un motín, hasta que las cosas se encargaron de demostrarle de un modo harto elocuente que se trataba de una revolución. Los que salen perdiendo con una revolución rara vez se inclinan a llamarla por su nombre, pues éste, a pesar de todos los esfuerzos de los reaccionarios enfurecidos, va asociado, en el recuerdo histórico de la Humanidad, a una aureola de emancipación de las viejas cadenas y prejuicios. Los privilegiados de todos los siglos y sus lacayos intentan, invariablemente, motejar de motín, sedición o revuelta de la chusma a la revolución que los derriba de sus puestos. Las clases caducas no se distinguen precisamente por su gran inventiva.

Poco después del 27 de febrero hiciéronse tentativas para equiparar la revolución de Febrero al golpe de Estado militar de los Jóvenes Turcos, con que, como sabemos, tanto había soñado la alta burguesía rusa. Tan infundada era, sin embargo, esta analogía, que hubo de ser seriamente combatida por uno de los periódicos burgueses. Tugan-Baranovski, economista que en su juventud había pasado por la escuela de Marx, una especie de variante rusa de Sombart, escribía el 20 de marzo, en Las Noticias de la Bolsa (Birchevie Wedomosti):

"La revolución turca consistió en una sublevación victoriosa del ejército, preparada y realizada por los jefes del mismo. Los soldados no eran más que unos ejecutores obedientes de los propósitos de sus oficiales. Los regimientos de la Guardia que el 27 de febrero derribaron el trono ruso prescindieron de sus oficiales... No fueron las tropas, sino los obreros quienes iniciaron la insurrección; no los generales, sino los soldados quienes se personaron ante la Duma. Los soldados apoyaban a los obreros no porque obedecieran dócilmente las órdenes de sus oficiales, sino porque... sentían el lazo que les unía a los obreros como una clase compuesta de trabajadores, como parte de ellos mismos. Los campesinos y los obreros: he ahí las dos clases sociales a cuyo cargo ha corrido la revolución rusa."

Estas palabras no necesitan de enmienda ni de comentario. El desarrollo ulterior de la revolución había de confirmarlas plenamente.

El último día de febrero fue para Petersburgo el primer día de la nueva era triunfante: día de entusiasmos, de abrazos, de lágrimas de gozo, de efusiones verbales; pero, al mismo tiempo, de golpes decisivos contra el enemigo. En las calles resonaban todavía los disparos. Se decía que los "faraones" de Protopopov, ignorantes todavía del triunfo del pueblo, seguían disparando desde lo alto de las casas. Desde abajo disparaban contra las azoteas y los campanarios, donde se suponía que se guarecían los fantasmas armados del zarismo. Cerca de las cuatro fue ocupado el Almirantazgo, donde se habían refugiado los últimos restos del poder zarista. Las organizaciones revolucionarias y grupos improvisados efectuaban detenciones en la ciudad. La fortaleza de Schluselburg fue tomada sin disparar un solo tiro. Tanto en la ciudad como en los alrededores iban sumándose constantemente a la revolución nuevos batallones.

El cambio de régimen en Moscú no fue más que un eco de la insurrección de Petrogrado. Entre los soldados y los obreros reinaba el mismo estado de espíritu, pero expresado de un modo menos vivo. En el seno de la burguesía, el estado de ánimo imperante era un poco más izquierdista; en las orillas del Neva, los intelectuales radicales de Moscú organizaron una reunión, que no condujo a nada, para tratar de lo que había de hacerse. Hasta el día 27 de febrero no empezaron las huelgas en las fábricas de Moscú; luego, vinieron las manifestaciones. En los cuarteles, los oficiales decían a los soldados que en las calles estaban promoviendo disturbios unos canallas a los cuales serían preciso poner coto. "Pero ahora -cuenta el soldado Chischilin- los soldados empezaban a entender la palabra "canalla" en sentido contrario". A las dos se presentaron en el edificio de la Duma municipal un gran número de soldados de diversos regimientos, que buscaban el modo de adherirse a la causa de la revolución. Al día siguiente se extendió el movimiento huelguístico. De todas partes acudía la muchedumbre a la Duma con banderas. El soldado de la compañía de automovilistas Muralov, viejo bolchevique, agrónomo, gigante generoso y valiente, condujo a la Duma el primer regimiento completo y disciplinado, que ocupó la estación radiotelegráfica y otros puntos estratégicos. Ocho meses después, este Muralov era nombrado jefe de las tropas de la región militar de Moscú.

Se abrieron las cárceles. El mismo Muralov llegó con un camión lleno de presos políticos liberados. El oficial, con la mano en la visera, preguntó al revolucionario si había que soltar también a los judíos. Dzerchinski, que acababa de ser libertado y no se había quitado aún el traje de presidiario, se presentó en la Duma, donde se estaba formando ya el Soviet de diputados obreros. El artillero Dorofeiev cuenta que el primero de marzo los obreros de la fábrica de caramelos Siou se presentaron con banderas en el cuartel de la

brigada de Artillería para fraternizar con los soldados, y que muchos de ellos, desbordantes de gozo, lloraban. En la ciudad sonaron algunos disparos hechos desde las esquinas; pero, en general, no hubo choques armados ni víctimas: Petrogrado respondía por Moscú.

En varias ciudades de provincias el movimiento no empezó hasta el primero de marzo, después que la revolución había triunfado ya hasta en Moscú. En Tver, los obreros se dirigieron en manifestación desde las fábricas a los cuarteles, y, mezclados con los soldados, recorrieron las calles de la ciudad cantando, como en todas partes entonces, La Marsellesa, no La Internacional. En Nijni-Novgorod, millares de personas se reunieron en los alrededores del edificio de la Duma municipal, que desempeñó en la mayoría de las ciudades el papel que representaba en Petrogrado el palacio de Táurida. Después de escuchar un discurso del alcalde, los obreros se dirigieron con banderas rojas a sacar de la cárcel a los presos políticos. Al atardecer, dieciocho unidades, de las veintiuna que componían la guarnición, se habían puesto ya al lado de la revolución. En Samara y Saratov celebráronse mítines y se organizaron soviets de diputados obreros. En Charkov, el jefe superior de la gendarmería, al enterarse en la estación del triunfo de la insurrección, se puso en pie en un coche ante la multitud agitada y, tremolando la gorra, gritó con todas las fuerzas de sus pulmones: "¡Viva la revolución!" A Yekaterinoslav, la noticia llegó de Charkov. Al frente de la manifestación iba el ayudante del jefe superior de gendarmería, con un gran sable en la mano, como durante las paradas de grandes solemnidades. Cuando se vio claramente que la monarquía estaba definitivamente derrumbada, en las oficinas públicas empezaron aves revolucionarias, la decisión era menor que en Petrogrado. Cuando empezaban los liberales, que no habían perdido aún la afición a emplear el tono de chanza para hablar de la revolución, circulaban no pocas anécdotas, verídicas o imaginadas. Los obreros, lo mismo que los soldados de las guarniciones, vivían los acontecimientos de un modo muy distinto.

Por lo que se refiere a otra serie de ciudades provinciales (Pskov, Oril, Ribinsk, Penza, Kazán, Tsaritsin, etc.), la crónica señala, con fecha del 2 de marzo: "Ha llegado la noticia del cambio de régimen, y la población se ha adherido a la revolución." Estas líneas, a pesar de su carácter sumario, expresan de un modo sustancialmente verídico la realidad.

A los pueblos, las noticias relativas a la revolución llegaban de las capitales próximas, unas veces por conducto de las propias autoridades y otras veces a través de los mercados, de los obreros, de los soldados licenciados. Los pueblos acogían la revolución más lentamente y con menos entusiasmo que las ciudades, pero no menos profundamente. Los campesinos relacionaban el cambio con la guerra y con la tierra.

No pecaremos de exageración si decimos que la revolución de Febrero la hizo Petrogrado. El resto del país se adhirió. En ningún sitio, a excepción de la capital, hubo lucha. No hubo en todo el país un solo grupo de población, un solo partido, una sola institución, un solo regimiento, que se decidiera a defender el viejo régimen. Esto demuestra cuán fundados son los razonamientos que hacen los reaccionarios para demostrar que si la guarnición de Piter[16] hubiera contado con la caballería de la Guardia o si Ivanov hubiera llegado del frente con una brigada de confianza, el destino de la monarquía hubiera sido otro. Ni en el interior ni en el frente hubo una sola brigada ni un solo regimiento dispuesto a luchar por Nicolás II.

La revolución se llevó a cabo por la iniciativa y el esfuerzo de una sola ciudad, que representaba aproximadamente 1/75 parte de la población del país. Dígase, si se quiere, que el magno acto democrático fue realizado del modo menos democrático imaginable. Todo el país se halló ante un hecho consumado. El hecho de que se anunciase en perspectiva la convocatoria de la Asamblea constituyente no significa nada, pues las fechas y los procedimientos de convocación de la representación nacional fueron decretados por los órganos del poder surgidos de la insurrección triunfante en Petrogrado. Esto proyecta un vivo resplandor sobre el problema referente a las funciones de las formas democráticas, en general, y las de períodos revolucionarios, en particular. Las revoluciones han inferido siempre grandes reveses al fetichismo jurídico de "la soberanía nacional", y tanto más implacablemente cuanto más profunda, audaz y democrática es la revolución.

Se ha dicho muchas veces, sobre todo con referencia a la gran revolución francesa, que el riguroso centralismo implantado por la monarquía permitió luego a la capital revolucionaria pensar y obrar por todo el país. Esta explicación es harto superficial. La revolución manifiesta tendencias centralistas, pero no es imitando a la monarquía derribada, sino por inexorable imposición de las necesidades de la nueva sociedad, que no se aviene con el particularismo. Si la capital desempeña en la revolución un papel tan preeminente, que en ella parece concentrarse, en ciertos momentos, la voluntad del país, es sencillamente por dar expresión más elocuente a las tendencias fundamentales de la nueva sociedad, llevándolas hasta sus últimas consecuencias. Las provincias aceptan lo hecho por la capital como el reflejo a sus propios propósitos, pero transformados ya en acción. La iniciativa de los centros urbanos no representa ninguna infracción del democratismo, sino su realización dinámica. Sin embargo, el ritmo de esta dinámica, en las grandes revoluciones, no coincide nunca con el de la democracia formal representativa. Las provincias se adhieren a los actos

[16] Denominación popular de Petrogrado. [NDT.]

del centro, pero con retraso. Dado el rápido desarrollo de los acontecimientos que caracteriza a las revoluciones, esto conduce a una aguda crisis del parlamentarismo revolucionario, que no se puede resolver con los métodos de la democracia. La representación nacional se estrella invariablemente contra toda auténtica revolución al chocar con la dinámica revolucionaria, cuyo foco principal reside en las capitales. Así sucedió en Inglaterra, en el siglo XVII, en Francia, en el XVIII, y en el XX en Rusia. El papel de la capital se halla trazado, no por las tradiciones del centralismo burocrático, sino por la situación de la clase revolucionaria dirigente, cuya vanguardia, lo mismo la de la burguesía que la del proletariado, se halla naturalmente concentrada en la ciudad más importante.

Después de las jornadas de Febrero se contaron las víctimas. En Petrogrado hubo mil cuatrocientos cuarenta y tres muertos y heridos, de los cuales ochocientos sesenta y nueve pertenecían al ejército. De estos últimos, sesenta eran oficiales. En comparación con las víctimas de cualquier combate de la gran guerra, estas cifras, considerables de suyo, resultan insignificantes. La prensa liberal proclamó que la revolución de Febrero había sido incruenta. En los días de entusiasmo general y de amnistía recíproca de los partidos patrióticos, nadie se dedicó a restablecer el imperio de la verdad. Albert Thomas, como amigo de todo lo que triunfa, incluso de las insurrecciones victoriosas, hablaba entonces de la "revolución rusa, la más luminosa, la más jubilosa y la más incruenta". Claro que él tenía entonces la esperanza de que la revolución entregaría a Rusia a merced de la Bolsa francesa. Pero, al fin y al cabo, Thomas no es precisamente ingenioso. El 27 de junio de 1789, Mirabeau exclamaba: "¡Qué dicha que esta gran revolución salga adelante sin matanzas y sin lágrimas!... La historia ha hablado ya demasiado de actos de fiereza. Podemos tener la esperanza de que empezamos una historia de hombres." Cuando los tres estados se unieron en la Asamblea nacional, los antepasados de Albert Thomas escribían: "La revolución ha terminado sin que costase ni una gota de sangre." Hay que reconocer que en aquel periodo aún no había sangre. No se puede decir lo mismo de las jornadas de Febrero. Pero se mantuvo tenazmente la leyenda de la revolución incruenta para alimentar la necesidad que el buen burgués liberal tiene de representarse las cosas tal y como si el poder hubiese caído en sus manos por sí mismo.

Si la revolución de Febrero no fue incruenta, no puede dejar de producir asombro que hubiera tan pocas víctimas en el momento de la revolución y, sobre todo, durante los días que la siguieron. No hay que olvidar que se trataba de vengarse de la opresión, de las persecuciones, de los escarnios, de los insultos ignominiosos de que había sido víctima

durante siglos el pueblo de Rusia. Es verdad que los marineros y los soldados hicieron en algunos casos justicia sumaria a los verdugos más auténticos, los oficiales. Pero en un principio el número de esos actos fue insignificante en comparación con el de las viejas y sangrientas ofensas sufridas. Las masas no se sobrepusieron a su primitiva benevolencia hasta mucho más tarde, después de persuadirse de que las clases dominantes querían dar marcha atrás y adueñarse de la revolución que no habían hecho, acostumbrados como están a adueñarse de los bienes y los frutos no producidos por ellos.

Tugan-Baranovski tiene razón cuando dice que la revolución de Febrero fue obra de los obreros y los campesinos, representados éstos por los soldados. Pero queda todavía una gran cuestión que resolver. ¿Quién dirigió la revolución? ¿Quién puso en pie a los obreros? ¿Quién echó a la calle a los soldados? Después del triunfo, estas cuestiones se convirtieron en la manzana de la discordia entre los partidos. El modo más sencillo de resolverlas consistía en la aceptación de una fórmula universal: la revolución no la dirigió nadie, se realizó por sí misma. La teoría de la "espontaneidad" daba entera satisfacción no sólo a todos los señores que todavía la víspera administraban, juzgaban, acusaban, defendían, comerciaban o mandaban pacíficamente en nombre del zar y que hoy se apresuraban a marchar al paso de la revolución, sino también a muchos políticos profesionales y ex-revolucionarios que, habiendo dejado pasar de largo la revolución, querían creer que en este respecto no se distinguían de los demás.

En su curiosa Historia de la sedición rusa, el general Denikin, ex-generalísimo del ejército blanco, dice, hablando del 27 de febrero: "En ese día decisivo no hubo jefes; actuó sólo la fuerza espontánea, en cuya terrible corriente no se veían entonces ni objetivos, ni plan, ni consignas." El historiador Miliukov no profundiza más que ese general aficionado a la literatura. Antes de la caída del zarismo, el jefe liberal veía en toda idea de revolución la mano del Estado Mayor alemán, pero la situación se complicó cuando el cambio de régimen llevó a los liberales al poder. Ahora, la misión de Miliukov no consistía ya en marcar a la revolución con el deshonor de atribuir iniciativa a los Hohenzollern, sino al contrario, en no asignar el honor de la iniciativa a los revolucionarios. El liberalismo abraza sin reservas la teoría de la espontaneidad y la impersonalidad de la revolución. Miliukov cita con simpatía la opinión de Stankievich, ese profesor semiliberal, semisocialista, convertido en comisario del gobierno cerca del Cuartel general. "La masa se puso en movimiento sola, obedeciendo a impulso interior inconsciente"... escribe Stankievich, hablando de las jornadas de Febrero. ¿Con qué consignas salieron los soldados a la calle? ¿Quién los conducía cuando conquistaron Petrogrado, cuando pegaron fuego a la Audiencia? No era

una idea política ni una consigna revolucionaria, ni un complot, ni un motín, sino un movimiento espontáneo, que redujo súbitamente a cenizas todo el viejo régimen. Aquí, la espontaneidad adquiere un carácter casi místico.

El propio Stankievich hace una declaración extraordinariamente importante: "A finales de enero tuve ocasión de hablar con Kerenski en la intimidad... Todo el mundo se manifestaba escéptico de una revuelta popular, pues todos temían que el movimiento popular de las masas tomara una orientación de extrema izquierda, la cual crearía dificultadas extraordinarias para la prosecución de la guerra." Las opiniones de los círculos frecuentados por Kerenski no se distinguían sustancialmente en nada, como se ve, de los kadetes. No era de aquí, por tanto de donde podía partir la iniciativa.

"La revolución se desencadenó como el trueno en día sereno -dice Zenzinov, representante del partido de los social-revolucionarios-. Seamos francos: la revolución fue magna y gozosa sorpresa aun para nosotros, los revolucionarios, que habíamos trabajado por ella durante tantos años y que siempre la habíamos esperado."

Poco más o menos les ocurría a los mencheviques. Uno de los periodistas de la emigración burguesa habla del encuentro que tuvo el 24 de febrero, en un tranvía, con Skobelev, futuro ministro del gobierno revolucionario: "Este socialdemócrata, uno de los líderes del movimiento, me decía que los desórdenes tomaban un carácter de saqueo que era necesario sofocar. Esto no impidió que un mes después, Skobelev afirmara que él y sus amigos habían hecho la revolución." La nota, aquí, está probablemente exagerada, pero en lo fundamental la posición de los socialdemócratas mencheviques que actuaban dentro de la ley está expresada de un modo muy cercano a la realidad.

Finalmente, uno de los líderes del ala izquierda de los socialrevolucionarios, Mstislavski, que se pasó posteriormente a los bolcheviques, dice, hablando de la revolución de Febrero: "A los miembros del partido de aquel entonces la revolución nos sorprendió como a las vírgenes del Evangelio: durmiendo." No importa gran cosa saber hasta qué punto se les podía comparar en justicia con las vírgenes; pero que estaban durmiendo todos es indiscutible.

¿Cuál fue la actitud de los bolcheviques? En parte, ya lo sabemos. Los principales dirigentes de la organización bolchevista clandestina que actuaba a la sazón en Petrogrado eran tres: los ex-obreros Schliapnikov y Zalutski, y el ex-estudiante Mólotov. Schliapnikov, que había vivido durante bastante tiempo en el extranjero y que estaba en estrecha relación con Lenin, era, desde el punto de vista político, el más activo de los tres militantes que constituían la oficina del Comité central. Sin embargo, las Memorias del propio

Schliapnikov confirman mejor que nada que el peso de los acontecimientos era desproporcionado con lo que podían soportar los hombros de este trío. Hasta el último momento, los dirigentes entendían que se trataba de una de tantas manifestaciones revolucionarias, pero en modo alguno de un alzamiento armado. Kajurov, uno de los directores de la barriada de Viborg, a quien ya conocemos, afirma categóricamente: "No había instrucción alguna de los organismos centrales del partido... El Comité de Petrogrado había sido detenido y el camarada Schliapnikov, representante del Comité Central, era impotente para dar instrucciones para el día siguiente."

La debilidad de las organizaciones clandestinas era un resultado directo de las represiones policíacas, las cuales habían dado al gobierno resultados verdaderamente excepcionales en la situación creada por el estado de espíritu patriótico reinante al empezar la guerra. Toda organización, sin excluir las revolucionarias, tiende al retraso con respecto a su base social. A principios de 1917, las organizaciones clandestinas no se habían rehecho aún del estado de abatimiento y de disgregación, mientras que en las masas el contagio patriótico había sido ya suplantado radicalmente por la indignación revolucionaria.

Para formarse una idea más clara de la verdadera situación, por lo que a la dirección revolucionaria se refiere, es necesario recordar que los revolucionarios más prestigiosos, jefes de los partidos de izquierda, se hallaban en la emigración, en las cárceles y en el destierro. Cuanto más peligroso era un partido para el viejo régimen, más cruelmente se hallaba decapitado al estallar la revolución. Los populistas tenían una fracción en la Duma, capitaneada por el radical sin partido Kerenski. El líder oficial de los socialistas revolucionarios, Chernov, se hallaba en la emigración. Los mencheviques disponían en la Duma de una fracción de partido capitaneado por Cheidse y Skobelev al frente. Mártov estaba emigrado, Dan y Tseretelli se hallaban en el destierro. Alrededor de las fracciones de izquierda populista y menchevista se agrupaba un número considerable de intelectuales socialistas con un pasado revolucionario. Esto creaba una apariencia de estado mayor político, pero de un carácter tal que sólo podía revelarse después del triunfo. Los bolcheviques no tenían en la Duma fracción alguna: los cinco diputados obreros, en los cuales el gobierno del zar había visto el centro organizador de la revolución, fueron detenidos en los primeros meses de la guerra. Lenin se hallaba en la emigración con Zinóviev, y Kámenev estaba en el destierro, lo mismo que otros dirigentes prácticos, poco conocidos en aquel entonces: Sverlov, Rikov, Stalin. El socialdemócrata polaco Dzerchinski, que no se había afiliado aún a los bolcheviques, estaba en presidio. Los dirigentes accidentales, precisamente porque estaban habituados a obrar como elementos

subalternos bajo la autoridad inapelable de la dirección, no se consideraban a sí mismos ni consideraban a los demás capaces de desempeñar una misión directiva en los acontecimientos revolucionarios.

Si el partido bolchevique no podía garantizar a los revolucionarios una dirección prestigiosa, de las demás organizaciones políticas no había ni que hablar. Esto contribuía a reforzar la creencia tan extendida de que la revolución de Febrero había tenido un carácter espontáneo. Sin embargo, esta creencia es profundamente errónea o, en el mejor de los casos, inconsistente.

La lucha en la capital duró no una hora ni dos, sino cinco días. Los dirigentes intentaban contenerla. Las masas contestaban intensificando el ataque y siguieron adelante. Tenían enfrente al viejo Estado, detrás de cuya fachada tradicional se suponía que acechaba aún una fuerza poderosa; la burguesía liberal, con la Duma del Estado, con las asociaciones de zemstvos y las Dumas municipales, con las organizaciones industriales de guerra, las academias, las Universidades, la prensa; finalmente, dos partidos socialistas fuertes que oponían una resistencia patriótica a la presión de abajo. La insurrección tenía en el partido de los bolcheviques a la asociación más afín, pero decapitada, con cuadros dispersos y grupos débiles y fuera de la ley. Y a pesar de todo, la revolución, que nadie esperaba en aquellos días, salió adelante, y cuando en las esferas dirigentes se creía que el movimiento se estaba ya apagando, éste, con una poderosa convulsión, arrancó el triunfo.

¿De dónde procedía esta fuerza de resistencia y ataque sin ejemplo? El encarnizamiento de la lucha no basta para explicarla. Los obreros petersburgueses, por muy aplastados que se hubieran visto durante la guerra por la masa humana gris, tenían una gran experiencia revolucionaria. En su resistencia y en la fuerza de su ataque, cuando en las alturas faltaba la dirección y se oponía una resistencia, había un cálculo de fuerzas y un propósito estratégico no siempre manifestado, pero fundado en las necesidades vitales.

En vísperas de la guerra el sector obrero revolucionario siguió a los bolcheviques y arrastró consigo a las masas. Al empezar la guerra la situación cambió radicalmente; los sectores conservadores levantaron cabeza, llevando consigo a una parte considerable de la clase. Los elementos revolucionarios viéronse aislados y enmudecieron. En el curso de la guerra la situación empezó a modificarse, al principio lentamente, y después de la guerra de un modo cada vez más veloz y más radical. Un descontento activo iba apoderándose de toda la clase obrera. Es cierto que en una parte considerable de la masa trabajadora este descontento tomaba un matiz patriótico; pero este patriotismo no tenía que ver nada con el patriotismo interesado y cobarde de las clases poderosas, que aplazaban todas las

cuestiones interiores hasta el triunfo. Fue precisamente la guerra, las víctimas que causó, sus errores y su ignorancia, lo que puso frente a frente no sólo a los viejos sectores obreros, sino también a los nuevos y al régimen zarista, provocando un choque agudo que llevó a la conclusión: ¡No se puede seguir soportando esto! La conclusión fue general, unió a las masas en un bloque único y les infundió una poderosa fuerza de ataque.

El ejército había visto aumentar sus efectivos enormemente, incorporando a sus filas a millones de obreros y campesinos. No había nadie que no tuviera a alguien de su familia en el ejército: a un hijo, al marido, al hermano, al cuñado. El ejército no se hallaba separado del pueblo, como antes de la guerra. La gente se veía con los soldados con una frecuencia incomparablemente mayor, los acompañaba al frente, vivía con ellos cuando llegaban con permiso, conversaba con ellos sobre el frente en las calles y en los tranvías, les visitaba en los hospitales. Los barrios obreros, el cuartel, el frente, y en un grado considerable la aldea, se convirtieron en una especie de vasos comunicantes. Los obreros sabían lo que sentía y pensaba el soldado. Entre ellos se entablan conversaciones interminables acerca de la guerra, de los que negociaban con ella, acerca de los generales y del gobierno, acerca del zar y la zarina. El soldado decía, hablando de la guerra: "¡Maldita sea!", y el obrero contestaba: "¡Malditos sean!", aludiendo al gobierno. El soldado decía: "¿Por qué os calláis, los de dentro?" El obrero contestaba: "Con las manos vacías no se puede hacer nada. En 1905 el ejército nos hizo ya fracasar..." El soldado reflexionaba: "¡Ah! ¡Si nos levantáramos todos de una vez!" El obrero: "Eso precisamente es lo que hay que hacer." Antes de la guerra las conversaciones de este género eran contadas y tenían siempre un carácter de conspiración. Ahora se sostenían por dondequiera, por cualquier motivo y casi abiertamente, por lo menos, en los barrios obreros.

La Ocrana zarista tendía a veces sus tentáculos con gran acierto. Dos semanas antes de la revolución, un policía de Petrogrado, que firmaba con el sobrenombre de Krestianinov, comunicaba la conversación que había oído en un tranvía que pasaba por un suburbio obrero. Un soldado cuenta que ocho hombres de su regimiento han sido mandados a presidio porque el otoño pasado se habían negado a disparar contra los obreros de la fábrica Nobel, volviendo sus fusiles contra los gendarmes. La conversación se sostiene sin recato alguno, pues en los barrios obreros los policías prefieren pasar inadvertidos. "Ya les ajustaremos las cuentas", concluye el soldado. El confidente sigue informando: Un obrero le dice: "Para eso hay que organizarse y conseguir que todo el mundo obre como un solo hombre." El soldado contesta: "No os preocupéis de eso; ya hace tiempo que estamos organizados... y va siendo hora de que no nos dejemos chupar

más la sangre. Los soldados sufren en las trincheras mientras ellos aquí engordan...” No se ha producido ningún suceso digno de mención. Diez de febrero de 1917, Krestianinov.” ¡Documento incomparable! “No se ha producido ningún suceso digno de mención.” Se producirán, y muy pronto; esta conversación sostenida en el tranvía señala su inevitable proximidad.

Mstislavski ilustra con un ejemplo curioso el carácter espontáneo de la insurrección. Cuando la “Asociación de oficiales del 27 de febrero”, surgida inmediatamente después de la revolución, intentó dejar establecido por medio de una encuesta quién había sido el primero en sacar el regimiento de Volinski a la calle, se reunieron siete declaraciones relativas a siete incitadores de esta acción decisiva. Es muy probable, añadimos por nuestra cuenta, que parte de la iniciativa perteneciera efectivamente a algunos soldados; pudo además suceder que el iniciador principal cayera durante los combates en la calle, llevándose su nombre a lo desconocido. Pero esto no disminuye el valor histórico de su iniciativa anónima.

Más importante es todavía otro aspecto de la cuestión, que nos lleva ya fuera de los muros del cuartel. La sublevación de los batallones de la Guardia, que fue una sorpresa para los elementos liberales y socialistas que actuaban dentro de la ley, no fue inesperada, ni mucho menos, para los obreros. Y sin esta sublevación no habría salido a la calle el regimiento de Volinski. La colisión producida en la calle entre los obreros y los cosacos, que el abogado observaba desde su ventana y de la cual dio cuenta por teléfono a un diputado, se les antojaba a ambos un episodio de un proceso impersonal: la masa gris de la fábrica había chocado con la masa gris del cuartel. Pero no era así como veía las cosas el cosaco que se había atrevido a guiñar el ojo de un modo significativo. El proceso de intercambio molecular entre el ejército y el pueblo se efectuaba sin interrupción. Los obreros observaban la temperatura del ejército y se dieron cuenta inmediatamente de que se acercaba el momento crítico. Esto fue lo que dio una fuerza tan invencible a la ofensiva de las masas, seguras de su triunfo.

Apuntaremos aquí la certera observación de un elevado funcionario liberal, que ha intentado resumir sus noticias de las jornadas de febrero. “Se ha convertido en un tópico corriente decir que el movimiento se inició espontáneamente, que los soldados se echaron ellos mismos a la calle. No puedo estar conforme con esto de ningún modo. Al fin y al cabo, ¿qué significa la palabra “espontáneamente”?... Aún es más impropio hablar de generación espontánea en sociología que en los dominios de las ciencias naturales. El hecho de que ninguno de los jefes revolucionarios conocidos pudiera tremolar su bandera

no significa que ésta fuera impersonal, sino anónima." Este modo de plantear la cuestión, incomparablemente más serio que las alusiones de Miliukov a los agentes alemanes y a la espontaneidad rusa, pertenece a un ex-fiscal, que en el momento de la revolución desempeña el cargo de senador zarista. Puede que fuera precisamente su experiencia judicial lo que permitió a Zavadski comprender que el levantamiento revolucionario no podía surgir obedeciendo a las órdenes de unos agentes extranjeros ni en forma de proceso impersonal, obra de la naturaleza.

Este mismo autor cita dos episodios que le permitieron observar, como a través del ojo de una cerradura, el laboratorio en que se operaba el proceso revolucionario. El viernes, 24 de febrero, cuando en las alturas nadie esperaba la revolución para los días que se avecinaba, el tranvía en que iba el senador, de un modo completamente inesperado, dio media vuelta desde la Liteina a una calle de la esquina y se paró de un modo tan rápido, que se estremecieron los cristales e incluso uno de ellos se rompió. El cobrador indicó a los pasajeros que salieran: "El tranvía no puede pasar de aquí." Los pasajeros protestaron, gritaron, pero salieron. "No he podido olvidar el rostro del silencioso cobrador: una expresión decidida y rencorosa, que tenía algo de lobo", debía poseer una elevada conciencia del deber para detener en plena guerra y en una calle del Petersburgo imperial un tranvía lleno de funcionarios. Otros obreros como éste fueron también los que detuvieron el vagón de la monarquía, empleando aproximadamente las mismas palabras: "El tren no pasa de aquí", e hicieron salir del vagón a la burocracia, sin distinguir, por la urgencia del momento, a los generales de la gendarmería de los senadores liberales. El conductor de la Liteina era un factor consciente de la historia, a quien alguien tenía que haber educado.

Durante el incendio de la Audiencia, un jurisconsulto liberal, perteneciente a la misma esfera de este senador que relata el episodio, empezó a expresar en la calle su pesar por el hecho de que fueran destruidos el laboratorio de peritaje judicial y el archivo notarial. Un hombre de edad madura y expresión sombría, de aspecto como de obrero, le contestó, irritado: "¡Ya sabremos repartirnos las casas y la tierra sin necesidad de tu archivo!" Es posible que este episodio esté un poco adornado literalmente. Pero entre la multitud había no pocos obreros de ésos, de edad madura, capaces de contestar al jurista como era debido. Aunque no estuviesen complicados personalmente en el incendio de la Audiencia, no podía asustarles aquel género de "excesos". Estos obreros suministraban a las masas las ideas necesarias, no sólo contra los gendarmes zaristas, sino también contra los jurisconsultos liberales, que lo que más temían era que las actas notariales de propiedad fueran devoradas

por el fuego de la revolución. Estos políticos anónimos, salidos de las fábricas y de la calle, no habían caído del cielo; alguien había tenido que educarlos.

La Ocrana, al registrar los acontecimientos en los últimos días de febrero, consignaba asimismo que el movimiento era "espontáneo", es decir, que no estaba dirigido sistemáticamente desde arriba. Pero añadía: "Sin embargo, los efectos de la propaganda se dejan sentir mucho entre el proletariado." Este juicio da en el blanco; los profesionales de la lucha contra la revolución, antes de ocupar los calabozos que dejaban libres los revolucionarios, comprendieron mejor que los jefes del liberalismo el carácter del proceso que se estaba operando.

La leyenda de la espontaneidad no explica nada. Para apreciar debidamente la situación y decidir el momento oportuno para emprender el ataque contra el enemigo, era necesario que las masas, su sector dirigente, tuvieran sus postulados ante los acontecimientos históricos y su criterio para la valoración de los mismos. En otros términos, era necesario contar, no con una masa como otra cualquiera, sino con la masa de los obreros petersburgueses y de los obreros rusos en general, que habían pasado por la experiencia de la revolución de 1905, por la insurrección de Moscú del mes de diciembre del mismo año, que se estrelló contra el regimiento de Semenov, y era necesario que en el seno de esa masa hubiera obreros que hubiesen reflexionado sobre la experiencia de 1905, que supieran adoptar una actitud crítica ante las ilusiones constitucionales de los liberales y de los mencheviques, que se asimilaran la perspectiva de la revolución, que hubieran meditado docenas de veces acerca de la cuestión del ejército, que observaran celosamente los cambios que se efectuaban en el mismo, que fueran capaces de sacar consecuencias revolucionarias de sus observaciones y de comunicarlas a los demás. Era necesario, en fin, que hubiera en la guarnición misma soldados avanzados ganados para la causa, o, al menos, interesados por la propaganda revolucionaria y trabajados por ella.

En cada fábrica, en cada taller, en cada compañía, en cada café, en el hospital militar, en el punto de etapa, incluso en la aldea desierta, el pensamiento revolucionario realizaba una labor callada y molecular. Por dondequiera surgían intérpretes de los acontecimientos, obreros precisamente, a los cuales podía preguntarse la verdad de lo sucedido y de quienes podían esperarse las consignas necesarias. Estos caudillos se hallaban muchas veces entregados a sus propias fuerzas, se orientaban mediante las generalizaciones revolucionarias que llegaban fragmentariamente hasta ellos por distintos conductos, sabían leer entre líneas en los periódicos liberales aquello que les hacía falta. Su instinto de clase se hallaba agudizado por el criterio político, y aunque no desarrollaran consecuentemente

todas sus ideas, su pensamiento trabajaba invariablemente en una misma dirección. Estos elementos de experiencia, de crítica, de iniciativa, de abnegación, iban impregnando a las masas y constituían la mecánica interna, inaccesible a la mirada superficial, y sin embargo decisiva, del movimiento revolucionario como proceso consciente.

Todo lo que sucede en el seno de las masas se les antoja, por lo general, a los políticos fanfarrones del liberalismo y del socialismo domesticado como un proceso instintivo, algo así como si se tratara de un hormiguero o de una colmena. En realidad, el pensamiento que agitaba a la masa obrera era incomparablemente más audaz, penetrante y consciente que las indigentes ideas de que se nutrían las clases cultas. Es más, aquel pensamiento era más científico, no solamente porque en buena parte había sido engendrado por los métodos del marxismo, sino, ante todo, porque se nutría constantemente de la experiencia viva de las masas, que pronto habían de lanzarse a la palestra revolucionaria. El carácter científico del pensamiento consiste en su armonía con el proceso objetivo y en su capacidad para influir en él y dirigirlo. ¿Poseían acaso esta cualidad, aunque fuera en la más mínima proporción, los círculos gobernantes que se hallaban inspirados por el Apocalipsis y creían en los sueños de Rasputin? ¿Acaso tenían algún fundamento científico las ideas del liberalismo, confiado en que, participando en la contienda de los gigantes capitalistas, la atrasada Rusia podría obtener a un tiempo mismo la victoria sobre Alemania y el parlamentarismo? ¿O acaso era científica la vida ideológica de los círculos intelectuales, que tan servilmente se plegaban a un liberalismo ingénitamente caduco, preservando al mismo tiempo su pretendida independencia con discurso retirados de la circulación desde hacía mucho tiempo? En realidad, todas estas clases vivían en el reino de la inmovilidad espiritual, de los fantasmas, las supersticiones y las ficciones, o, si se quiere, en el reino de la "espontaneidad". Y si es así, ¿no tenemos derecho a rechazar de plano toda la filosofía liberal de la revolución de Febrero? Sí, tenemos derecho a hacerlo y a decir: Mientras la sociedad oficial, toda esa superestructura de las clases dirigentes, de los sectores, grupos, partidos y camarillas, vivía en la inercia y el automatismo, nutriéndose de las reminiscencias de las ideas caducas y permanecía sorda a las exigencias inexorables del progreso, dejándose seducir por fantasmas y no previendo nada, en las masas obreras se estaba operando un proceso autónomo y profundo, caracterizado no sólo por el incremento del odio hacia los dirigentes, sino por la apreciación crítica de su impotencia y la acumulación de experiencia y de conciencia creadora, proceso que tuvo su remate y apogeo en la insurrección revolucionaria y en su triunfo.

A la pregunta formulada más arriba: ¿Quién dirigió la insurrección de Febrero?, podemos, pues, contestar de un modo harto claro y definido: los obreros conscientes, templados y educados principalmente por el partido de Lenin. Y dicho esto, no tenemos más remedio que añadir: este caudillaje, que bastó para asegurar el triunfo de la insurrección, no bastó, en cambio, para poner inmediatamente la dirección del movimiento revolucionario en manos de la vanguardia proletaria.

CAPITULO IX
LA PARADOJA DE LA REVOLUCIÓN DE FEBRERO

El alzamiento triunfó. Pero ¿a quién entregó el poder arrebatado a la monarquía? Llegamos al problema central de la revolución de Febrero: ¿Cómo y por qué fue el poder a parar a manos de la burguesía liberal?

En los sectores de la Duma y en la "sociedad" burguesa no se daba importancia a los sucesos iniciados el 23 de febrero. Los diputados liberales y los periodistas patriotas seguían reuniéndose en los salones, discutiendo acerca de Trieste y Fiume y afirmando una vez y otra el derecho de Rusia a los Dardanelos. Había sido firmado ya el decreto de disolución de la Duma, y una comisión de ésta estaba aún deliberando urgentemente acerca de la administración municipal. Menos de doce horas antes de la sublevación de los batallones de la Guardia, la "Sociedad del apoyo eslavo" escuchaba tranquilamente el informe anual. "Cuando al salir de dicha reunión, regresaba a casa a pie -recuerda uno de los diputados- , me sorprendió el silencio tétrico y la soledad de las calles, habitualmente animadas." La tétrica soledad se cernía sobre las viejas clases gobernantes y oprimía ya el corazón de sus futuros sucesores.

El 26, la gravedad de la situación apareció evidente, tanto a los ojos del gobierno como de los liberales. En dicho día se entablan negociaciones entre los ministros y los miembros de la Duma sobre la posibilidad de establecer un acuerdo, negociaciones acerca de las cuales los liberales guardaron después silencio absoluto. En sus declaraciones, Protopopov manifestó que los dirigentes del bloque de la Duma habían exigido, como antes, la designación de ministros que merecieran la confianza general del país: "Es posible que esta medida calme al pueblo." Pero el día 26 se produjo, como sabemos, un momento de vacilación en el proceso revolucionario, y, por breves instantes, el gobierno se sintió más fuerte. Cuando Rodzianko se presentó en casa de Golitsin para persuadirle de que presentara la dimisión, el primer ministro, como respuesta, le señaló una cartera que estaba sobre la mesa y que contenía el decreto de disolución de la Duma, con la firma de Nicolás II al pie, pero sin fecha todavía. Ésta la estampó Golitsin. ¿Cómo pudo decidirse el gobierno a dar semejante paso, en un momento en que crecía la presión revolucionaria? La burocracia gobernante se había formado hacía ya tiempo un criterio acerca del particular. "Es indiferente, para el movimiento obrero, que formemos bloque o no. Este movimiento se puede combatir por otros medios, y hasta el Ministerio del Interior ha salido del paso." En agosto de 1915, Goremikin se expresaba ya del mismo modo. De otra parte, la

burocracia confiaba en que la Duma, en trance de disolución, no se atrevería a dar ningún paso audaz. Por esa misma época, al tratarse de la disolución de la Duma descontenta, el príncipe Cherbatov, ministro del Interior decía: "Es poco probable que los elementos de la Duma se decidan a declararse abiertamente en rebeldía. Al fin y al cabo, la Duma está compuesta en su inmensa mayoría de cobardes que temen por su pelleja:" El príncipe no se expresaba de un modo muy definido, pero sus palabras respondía, substancialmente, a la realidad. Como se ve, en lucha contra la oposición liberal, la burocracia creía pisar terreno firme.

El 27 por la mañana, los diputados, alarmados por el cariz que tomaban los acontecimientos, se reunieron en sesión ordinaria. La mayoría de ellos se enteraron allí de que la Duma estaba disuelta. Esto les parecía tanto más inesperado cuanto que todavía la víspera se habían celebrado negociaciones amistosas. "Sin embargo -escribe con orgullo Rodzianko-, la Duma se sometió a la ley, confiando todavía en encontrar salida a la compleja situación creada, y no adoptó ninguna decisión en el sentido de no disolverse y de seguir reunida por la fuerza." Los diputados celebraron una reunión privada, en la cual se confesaron unos a otros su impotencia. El liberal moderado Schidlovski había de recordar, andando el tiempo, no sin cierta malignidad, la proposición presentada por el kadete de extrema izquierda Nekrasov, más tarde uno de los adláteres[17] de Kerenski: "Instaurar una dictadura militar, otorgando plenos poderes a un general popular." Entretanto, los dirigentes del bloque progresivo, que no asistían a la reunión privada de la Duma, emprendían una tentativa práctica de salvación. Llamaron a Petrogrado al duque Mijail y le propusieron encargarse de la dictadura, "obligar" al Ministerio a presentar la dimisión y exigir del zar por hilo directo que "otorgara" un Ministerio responsable. Al tiempo que se sublevaban los primeros regimientos de la Guardia, los jefes de la burguesía liberal hacían la última tentativa para aplastar la insurrección con la ayuda de una dictadura dinástica, a la par que pactaban con la monarquía a costa de la revolución. "La indecisión del gran duque -se lamenta Rodzianko- contribuyó a que se dejara pasar el momento propicio."

El socialista sin partido Sujánov, que en dicho período empieza a desempeñar un cierto papel político en el palacio de Táurida, atestigua la facilidad con que los intelectuales radicales creían lo que deseaban: "Me comunican la noticia política más importante de la mañana de aquel día inolvidable -cuenta en sus extensas *Memorias*-: la promulgación del decreto disolviendo la Duma, la cual contestó negándose a disolverse y eligiendo un Comité provisional." ¡Esto escribe un hombre que apenas salía del palacio de Táurida,

[17] Adjunto, asesor o compañero. [Nota de la edición digital]

donde se entretenía en tirar de los faldones de la levita a los diputados conocidos! En su *Historia de la Revolución*, Miliukov, corroborando las manifestaciones de Rodzianko, declara categóricamente: "Después de una serie de discursos calurosos se tomó la decisión de no alejarse de Petrogrado y no la de que la Duma "no se disolvería", como cuenta la leyenda." "No disolverse" hubiera significado tomar sobre sí, aunque fuera con algún retraso, la iniciativa de los acontecimientos. "No alejarse de Petrogrado" significaba lavarse las manos y esperar hasta ver en qué paraban las cosas. Hay, sin embargo, una circunstancia atenuante para la credulidad de Sujánov. El rumor de que la Duma había tomado el acuerdo revolucionario de no someterse al ukase[18] del zar, lo pusieron en circulación precipitadamente los periodistas de la Duma en su Boletín de información, única publicación que, suspendidos los diarios por la huelga general, veía la luz, y como quiera que la insurrección triunfó en el transcurso de aquel mismo día, los diputados no se apresuraron, ni mucho menos, a rectificar el error, manteniendo la ilusión de sus amigos de izquierdas; sólo en la emigración se decidieron a restablecer el imperio de la verdad. El episodio, aunque parece de poca monta, está lleno de significación. El papel revolucionario de la Duma el 27 de febrero fue un mito completo, engendrado por la credulidad política de los intelectuales radicales, jubilosos y asustados por la revolución, que no creían en la capacidad de las masas para llevar las cosas hasta el fin, y que aspiraban a enfeudarse con la mayor rapidez posible a la gran burguesía.

Por fortuna, en las *Memorias* de los diputados pertenecientes a la mayoría de la Duma se ha conservado el relato de cómo ésta acogió la revolución. Según el príncipe Mansirev, uno de los kadetes de derechas, entre los numerosos diputados reunidos el día 27 por la mañana, no figuraban ni los miembros de la mesa ni los jefes de la fracción ni los dirigentes del bloque progresivo, los cuales estaban ya enterados de la disolución y del levantamiento y preferían dejarse ver lo más tarde posible, con tanta mayor razón cuanto que precisamente en aquellas horas estaban, por lo visto, sosteniendo negociaciones con el gran duque Mijail acerca de la dictadura. "En la Duma reinaba una agitación y un desconcierto generales -dice Mansirev-. Incluso las conversaciones animadas se interrumpieron, y en su lugar no se oían más que suspiros y breves réplicas, tales como "¡Dónde hemos ido a parar!", o se manifestaba el miedo no disimulado por la propia persona." Así hablaba uno de los diputados más moderados y que suspiraba con más fuerza que los otros.

A las dos de la tarde, cuando los jefes se vieron obligados a comparecer en la Duma, el secretario de la mesa llegó con esta noticia gozosa, pero infundada: "Los desórdenes

[18] Decreto con fuerza de ley emitido por un zar ruso. [Nota de la edición digital]

serán pronto sofocados, pues se han tomado medidas." Es posible que por "medidas" entendieran las negociaciones entabladas acerca de la dictadura. Pero la Duma estaba abatida y esperaba oír la palabra decisiva del jefe del bloque progresista. "No podemos adoptar inmediatamente ninguna medida -declara Miliukov- porque desconocemos las proporciones tomadas pro los desórdenes, así como de parte de quién está la mayoría de las tropas, de los obreros y de las distintas organizaciones. Lo conveniente es recoger informes precisos sobre todo esto, para luego examinar la situación, ahora es aún pronto."

¡A las dos de la tarde del 27 de febrero era todavía pronto, para los liberales! "Recoger informes" significaba lavarse las manos y esperar el resultado de la lucha. Pero el discurso de Miliukov, empezado, dicho sea de paso, con el propósito de no llegar a ninguna conclusión, es interrumpido por Kerenski, que, presa de grande agitación, irrumpe en la sala y anuncia que una inmensa multitud de pueblo y de soldados se dirigen al palacio de Táurida con la intención de exigir que la Duma se haga cargo del poder. El diputado radical sabe perfectamente, por lo visto, lo que viene a pedir la inmensa multitud. En realidad, es el propio Kerenski quien primero exige que la Duma tome en sus manos el poder, mientras que ella abriga aún la esperanza de ver sofocada la insurrección. La declaración de Kerenski provoca "un desconcierto general". Sin embargo, aún no ha terminado, cuando le interrumpe un ujier de la Duma que entra corriendo, azorado; los primeros soldados han llegado ya al palacio, los centinelas no les han dejado entrar; el jefe, al parecer, está gravemente herido. Un minuto después, los soldados han allanado ya el palacio de la Duma. Más tarde se dirá en artículos y discursos, que los soldados llegaron para saludar a la Duma y prestar juramento de fidelidad ante ella. Pero lo cierto es que los diputados están todos dominados por un pánico mortal. El agua les llega al cuello. Los jefes cuchichean entre sí. Hay que ganar tiempo. Rodzianko presenta precipitadamente la proposición, que le ha sido sugerida de crear un "Comité provisional". Gritos de aprobación. Pero todos quieren marcharse a casa lo antes posible, pues no están para votaciones. El presidente, no menos asustado que los demás, propone que se confíe la formación del Comité al Consejo de los decanos de la Cámara. Otra vez gritos de aprobación de los pocos diputados que quedan en la sala: la mayoría había tenido ya tiempo de desaparecer. Así reaccionaba, en los primeros momentos revolucionarios, la Duma que acababa de ser disuelta por el zar.

Entretanto, en aquel mismo edificio, pero en una dependencia menos solemne, la revolución se creaba otro órgano. Los caudillos revolucionarios no tuvieron que inventarlo. La experiencia de los soviets de 1905 se había infundido para siempre en la conciencia de los obreros. A cada impulso del movimiento, e incluso en plena guerra, resucitaba casi

automáticamente la idea del soviet, y aunque las ideas forjadas respecto a la misión de los soviets diferían profundamente en los bolcheviques y en los mencheviques -los socialrevolucionarios no tenían, en general, ideas firmes acerca de nada-, diríase que la forma misma de organización se hallaba por encima de toda discusión. Los mencheviques, miembros del Comité industrial de guerra, sacados de la cárcel por la revolución, se encontraban en el palacio de Táurida con los militares del movimiento sindical y cooperativo, pertenecientes así mismo al ala derecha, y con los diputados mencheviques de la Duma Cheidse y Skobelev, y crearon inmediatamente el "Comité ejecutivo provisional del Soviet de los diputados y obreros", que en el transcurso de aquel mismo día fue integrado principalmente con ex-revolucionarios que habían perdido el contacto con las masas, pero que conservaban el "nombre". El Comité ejecutivo, del cual formaban parte asimismo bolcheviques, incitó a los obreros a elegir inmediatamente diputados. La primera reunión fue convocada para aquella misma noche en el palacio de Táurida y se celebró, efectivamente, a las nueve. Esta reunión sancionó la composición del Comité ejecutivo, completándolo con representaciones oficiales de todos los partidos socialistas. Pero no consistía en esto, ni mucho menos, la importancia de la primera reunión de los representantes del proletariado triunfante de la capital. En la reunión pronunciaron palabras de salutación los delgados de los regimientos sublevados. Entre ellos había soldados completamente grises, contusionados, por decirlo así, por la insurrección y que se expresaban aún con dificultad. Pero eran precisamente ellos los que encontraban las palabras justas que ningún tribuno habría sabido encontrar. Fue una de las escenas más patéticas de la revolución, que empezaba a sentirse fuerte y a tener conciencia de la infinidad de las masas que había despertado a la vida, de la grandiosidad de su misión, el orgullo de los éxitos logrados, la emoción gozosa ante el día de mañana, que había de ser aún más radiante que el de hoy. La revolución no tiene aún su ritual, en las calles flota el humo de los disparos, las masas no han aprendido las nuevas canciones, la rebelión transcurre sin orden, sin causa, como un río desbordado; el soviet se ahoga en su propio entusiasmo. La revolución es ya poderosa, pero adolece todavía de una ingenuidad infantil.

En esta primera reunión decidióse unir a la guarnición con los obreros en un soviet común de diputados obreros y soldados. ¿Quién fue el primero que formuló esta proposición? Surgida, sin duda, de distintas partes, o más bien de todas, como un eco de la fraternización de los obreros y soldados, que en este día había decidido en la calle la suerte de la revolución. Sin embargo, no se puede dejar de señalar que, según Schliapnikov, en un principio los socialpatriotas se opusieron a la incorporación del ejército en la política.

Desde el momento de su aparición, el Soviet, personificado por el Comité ejecutivo, empieza a obrar como poder. Elige una Comisión provisional de subsistencias, a la cual confía la misión de preocuparse de los insurrectos y de la guarnición en general, y organiza un estado mayor revolucionario provisional -en estos días, todo se llama provisional-, al cual nos hemos referido ya más arriba. Para evitar que sigan a disposición de los funcionarios del antiguo régimen los recursos financieros, el Soviet decide ocupar inmediatamente con destacamentos revolucionarios el Banco de Estado, la Tesorería, la fábrica de moneda y la emisión de papeles del Estado. Los fines y las funciones del Soviet crecen constantemente bajo la presión de las masas. La revolución tiene ya su centro indiscutible. En lo sucesivo, los obreros y los soldados, y no tardando, los campesinos, sólo se dirigirán al Soviet: a sus ojos, el Soviet se convierte en el punto de concentración de todas las esperanzas y de todos los poderes, en el eje de la revolución misma. Y hasta los representantes de las clases poseedoras buscarán en el Soviet, aunque sea rechinando los dientes, defensa, instrucciones y solución para sus conflictos.

Sin embargo, ya en esas primeras horas de la victoria, cuando con una rapidez fabulosa y una fuerza irresistible se estaba gestando el nuevo poder de la revolución, los socialistas que estaban al frente del Soviet buscaban, alarmados, a su alrededor al "amo" verdadero. Estos socialistas consideraban como cosa natural que el poder pasar a manos de la burguesía, y aquí se forma el principal nudo político del nuevo régimen: uno de sus hilos conduce al cuarto en que está instalado el Comité ejecutivo de los obreros y soldados; el otro, al local en que reside el centro de los partidos burgueses.

A las tres de la tarde, cuando la victoria en la capital no ofrecía ya la menor duda, el Consejo de los decanos de la Duma eligió un "Comité provisional de miembros de la Duma", compuesto por representantes de los partidos del bloque progresivo, a los que se suman Cheidse y Kerenski. El primero se negó a aceptar; el segundo vacilaba. El título indicaba prudentemente que no se trataba de un órgano oficial de la Duma del Estado, sino de un órgano particular de los miembros de la Duma. A los jefes del bloque progresista no les preocupaba más que una cosa: ponerse a salvo de toda responsabilidad, no atándose de pies y manos. El objetivo del Comité estaba definido con buscada ambigüedad: "Restablecimiento del orden y relaciones con las instituciones y las personas". Ni una palabra acerca del orden que estos caballeros pensaban restablecer ni acerca de las instituciones con las cuales se disponían a ponerse en relación. Ni se atreven a tender aún la mano hacia la piel del oso, porque ¿y si no está muerto, sino sólo gravemente herido? Hasta las once de la noche del 27 de febrero, cuando, según reconoce Miliukov, "se vieron

claramente las proporciones tomadas por el movimiento revolucionario, el comité provisional no decidió dar otro paso al frente y hacerse cargo del poder, caído en el regazo del gobierno". Imperceptiblemente, el nuevo órgano, que era un Comité de miembros de la Duma, se convirtió en Comité de esta última; para conservar la continuidad del Estado y del orden jurídico nada mejor que la falsificación. Pero Milliukov guardaba silencio acerca del punto principal: Los jefes del Comité ejecutivo, creado durante aquel día, se habían presentado al Comité provisional con el fin de exigir de éste con insistencia que tomara en sus manos el poder. Esta presión amistosa produjo su efecto. Posteriormente, Miliukov explica la decisión tomada por el Comité de la Duma, revocando el hecho de que, según él, el gobierno se disponía a mandar tropas adictas contra los revolucionarios "y se corría el peligro de que se entablaran verdaderos combates en las calles de la capital". En realidad, no disponían absolutamente de ningún cuerpo de tropa y la revolución era ya un hecho consumado. Rodzianko había de decir más tarde que, caso de que hubiera renunciado al poder, "la Duma habría sido detenida y sus miembros asesinados por los soldados sublevados y el poder habría caído en manos de los bolcheviques". Esto, naturalmente, es una absurda exageración muy propia del honorable chambelán, pero refleja de un modo inmejorable el estado de espíritu de la Duma, la cual consideraba como un acto de violación política el hecho de que se le entregara el poder.

En estas circunstancias no era fácil tomar una decisión. De un modo particularmente tumultuoso vacilaba Rodzianko, que no se cansaba de preguntar a los demás: "¿Será esto una rebeldía, o no lo será?" El diputado monárquico Chulguin le contestó, según él mismo nos cuenta: "No hay en ello ni sombra de rebeldía; acepte usted como súbdito fiel del zar... Si los ministros se han fugado, alguien tiene que reemplazarles. Caben dos soluciones: o todo se arregla, o no se arregla, y si nosotros no tomamos el poder, lo tomarán otros, lo mismo que esos canallas de las fábricas han elegido ya..." No hay por qué hacer mucho caso de las groseras calificaciones que este *gentleman* reaccionario aplica a los obreros: la revolución había dado un fuerte pisotón en los pies de estos caballeros. La moraleja es clara: si triunfa la monarquía, estaremos a su lado; si triunfa la revolución, procuraremos escamotearla.

La reunión duró largo rato. Los jefes democráticos esperaban anhelosos los acuerdos. Por fin, Miliukov salió del despacho de Rodzianko, y acercándose con solemne continente a la delegación soviética, declaró: "Hemos llegado a un acuerdo. Somos nosotros quienes tomamos el poder"... "No pregunté a quién se refería al decir *nosotros* -recuerda Sujánov con entusiasmo-; no quise preguntar nada más. Pero sentí con todo mi ser, por decirlo así, la

nueva situación. Tuve la sensación de que la nave de la revolución, empujada en aquellas horas de tormenta a merced de los elementos, izaba la vela, y adquiría estabilidad y equilibrio sobre el agitado oleaje." ¡Qué forma más amanerada de expresarse, para acabar reconociendo prosaicamente la dependencia servil en que se hallaba la democracia pequeño burguesa respecto al liberalismo capitalista! ¡Y qué error tan fatal de perspectiva política! La entrega del poder a los liberales no sólo no prestará estabilidad a la "nave" del Estado, sino que, lejos de eso, se convertirá desde este mismo día en la raíz y fuente de la ausencia de poder de la revolución, en la causa mayor de los caos de la exasperación de las masas, del desmoronamiento del frente primero y, luego, de una guerra civil extrema y desesperada.

Si tendemos la vista por los siglos pasados, el tránsito del poder a manos de la burguesía se nos aparecerá como sujeto a determinadas leyes. En todas las revoluciones precedentes se habían batido en las barricadas los obreros, los artesanos, a veces los estudiantes y los soldados revolucionarios. Después de lo cual, se hacía cargo del poder la respetable burguesía que había estado prudentemente mirando la revolución por los cristales de su ventana, mientras los demás luchaban. Pero la revolución de Febrero de 1917 se distinguía de todas las que la habían precedido por el nivel político de la clase obrera y por el carácter social incomparablemente más elevado, por un recelo hostil de los revolucionarios hacia la burguesía liberal y como consecuencia de la creación de todo esto en el momento mismo del triunfo, de un nuevo órgano del poder revolucionario: el Soviet, apoyado en la fuerza armada de las masas. En estas condiciones, el paso del poder a manos de una burguesía políticamente aislada y desarmada exige una explicación.

Ante todo, conviene examinar más de cerca la correlación de fuerzas que se formó como resultado de la revolución. ¿Es que la democracia soviética se vio obligada por la situación? Ésta no lo creía así. Ya hemos visto que, lejos de esperar el poder de la revolución, veía en ella un peligro mortal para su situación social de clase. "Los partidos moderados no sólo no deseaban la revolución -dice Rodzianko-, sino que sencillamente la temían. Principalmente, el partido de la Libertad Popular (los kadetes), por el hecho de hallarse en el ala izquierda de los grupos moderados y de tener por ello más puntos de contacto con los partidos revolucionarios del país, estaba más preocupado que ningún otro por la catástrofe que se avecinaba." La experiencia de 1905 les decía con harta elocuencia a los liberales que el triunfo de los obreros y campesinos podía ser tan peligroso para la burguesía como para el zarismo. El desarrollo de la insurrección de febrero no hacía más que confirmar estas previsiones. Por vagas que fueran, en muchos sentidos, las ideas políticas de las masas revolucionarias por aquellos días, la línea fronteriza entre los

trabajadores y la burguesía se delineaba, desde luego, de un modo enérgico que no admitía confusiones.

El profesor Stankievich, afín a los círculos liberales y amigo y no adversario del bloque progresista, caracteriza con los siguientes rasgos el estado de espíritu reinante en los medios liberales al día siguiente de la revolución, que no habían podido evitar: "Oficialmente se mostraban entusiasmados, ensalzaban la revolución, vitoreaban a los combatientes por la libertad, se adornaban con cintas coloradas y marchaban bajo las banderas rojas... Pero en el fondo de su alma, en las conversaciones articulares, se horrorizaban, se estremecían y se sentían prisioneros de aquella fuerza elemental hostil que seguía caminos ignorados. No olvidaré nunca la figura voluminosa y respetable de Rodzianko, cuando, con porte de dignidad majestuosa, pero con una expresión de una profunda desesperación y sufrimiento en su pálido rostro, pasaba entre la multitud de soldados que, en actitud desembarazada, invadía los corredores del palacio de Táurida. Oficialmente se proclamaba que "los soldados han venido a apoyar a la Duma en su lucha contra el gobierno"; pero, de hecho, la duma dejó de existir ya desde los primeros días. El mismo rictus podía observarse en el semblante de todos los miembros del Comité provisional de la Duma y de los círculos allegados a él. Se dice que los representantes del bloque progresista, al llegar a sus casas, lloraban histéricamente de impotente desesperación." Este testimonio vivo es de más valor que cuantas investigaciones sociológicas pudieran hacerse para establecer la proporción de fuerzas después de la revolución. Según él mismo nos cuenta, Rodzianko se hallaba estremecido de indignación impotente al ver cómo unos soldados cualesquiera, "obedeciendo órdenes no se sabe de quién", procedían a la detención de los funcionarios del viejo régimen en calidad de presos de la Duma. El buen chambelán se veía convertido en una especie de carcelero de unos hombres de quienes, naturalmente, le separaban ciertas diferencias, pero que, a pesar de todo, eran gentes de su categoría. Asombrado ante tamaña "arbitrariedad", Rodzianko invitó al detenido Scheglovitov a entrar en su despacho; pero los soldados se negaron en redondo a entregarle el odiado funcionario: "Cuando intenté poner de manifiesto mi autoridad -cuenta Rodzianko-, los soldados formaron un estrecho círculo alrededor de los prisioneros, y, con el aspecto más provocativo e insolente, me enseñaron sus fusiles, después de lo cual Scheglovitov, sin que fuera objeto de acusación alguna, fue conducido no sé adónde." ¿Cabe confirmación más elocuente de las palabras de Stankievich, según las cuales los regimientos que se decía que se habían prestado para apoyar a la duma, en realidad la habían suprimido?

El poder estuvo en manos del Soviet desde el primer momento. Los que menos podían hacerse ilusiones sobre el particular eran los miembros de la Duma. el diputado octubrista Schildlovski, uno de los directores del bloque progresista, recuerda: "El Soviet se apoderó de todas las oficinas de Correos y Telégrafos y de Radio, de todas las estaciones de ferrocarril, de todas las imprentas, de modo que, sin autorización, era imposible cursar un telegrama, salir de Petrogrado o escribir un manifiesto." A esta síntesis inequívoca del balance de fuerzas pos-revolucionarias conviene hacer, sin embargo, una aclaración: el hecho de que el Soviet se hubiera "apoderado" del telégrafo, de los ferrocarriles, de las imprentas debe entenderse en el sentido de que los obreros y empleados de esas empresas no querían someterse más que al Soviet.

No podíamos hallar mejor ilustración a las lamentaciones de Schidlovski que el episodio que se produjo en el momento en que las negociaciones entabladas acerca del poder entre jefes de la Duma y el Soviet se hallaban en su apogeo. La reunión viose interrumpida por el aviso urgente de que Pskov, donde se halla detenido el zar después de vagar por diversas líneas ferroviarias, llamaba a Rodzianko al hilo directo. El todopoderoso presidente de la Duma declaró que se negaba a ir solo al teléfono. "Que los señores diputados obreros y soldados me den escolta o vayan conmigo, pues de lo contrario en Telégrafos me detendrán. ¡Qué queréis -prosiguió todo agitado-, tenéis la fuerza y el poder! Naturalmente podéis detenerme... Acaso nos detengáis a todos. ¡Quién sabe...! Esto ocurría el primero de marzo, cuando no hacía dos días que el poder había sido "tomado" por el Comité provisional, a la cabeza del cual se hallaba Rodzianko.

¿Cómo, a pesar de esta situación, los liberales se vieron en el poder? ¿Quién les dio, y cómo, atribuciones para formar un gobierno fruto de una revolución que temían, contra la cual se resistían, que habían intentado sofocar, que había sido llevada a cabo por masas que les eran adversas, y, por añadidura, con una decisión y una audacia tales que el Soviet de los obreros y soldados, surgido de la insurrección, era, a los ojos de todo el mundo, el amo indiscutible de la situación?

Veamos lo que dice la otra parte, la que cedió el poder: "El pueblo no se sentía atraído por la Duma -dice Sujánov, hablando de las jornadas de Febrero-, no se interesaba por ella y no pensaba en convertirla, ni política ni técnicamente, en el eje del movimiento." Esta confesión es tanto más peregrina cuanto que su autor ha de consagrar todos los esfuerzos, en las horas que siguen, a la entrega del poder al Comité de la Duma del Estado: "Miliukov sabía perfectamente -dice más adelante Sujánov, hablando de las negociaciones del 1 de marzo- que dependía por entero del Comité ejecutivo el que se cediera o no el

poder a un gobierno de la burguesía." ¿Cabe expresarse de un modo más categórico? ¿Puede ser más clara la situación política? Y sin embargo, Sujánov, en flagrante contradicción con los hechos y consigo mismo, dice a renglón seguido: "El poder que recoja la herencia del zarismo no puede ser más que burgués... Hay que orientarse en este sentido. De otro modo, no se conseguirá nada, y la revolución se verá perdida." ¡La revolución se verá perdida sin Rodzianko!

Aquí el problema de la correlación viva de las fuerzas sociales se ve suplantado ya por un esquema apriorístico y por una terminología escolástica: estamos ya de lleno dentro del campo del doctrinarismo intelectual. Pero, como veremos más adelante, este doctrinarismo no era platónico ni mucho menos, sino que cumplía una función política, completamente real, aunque caminase con los ojos vendados.

No se crea que citamos al azar a Sujánov. En este primer período, el inspirador del Comité ejecutivo no era su presidente, Cheidse, un provinciano honrado y de cortos alcances, sino precisamente Sujánov, la persona menos indicada del mundo, en general, para dirigir un movimiento revolucionario. Seminarodniki, semimarxista, más bien observador concienzudo que político, más periodista que revolucionario, más razonador que periodista, sólo era capaz de hacer frente a la concepción revolucionaria hasta el momento en que fuese preciso transformarla ya en acción. Internacionalista pasivo durante la guerra, decretó desde el primer día de la revolución que era necesario endosar el poder y la guerra a la burguesía lo antes posible. Teóricamente -es decir, en cuanto a talento, por lo menos para atar cabos- estaba por encima de todos los vocales del Comité ejecutivo de aquel entonces. Pero su fuerza principal consistía en traducir al lenguaje doctrinario los rasgos orgánicos de aquel grupo, a la par heterogéneo y homogéneo: desconfianza en las propias fuerzas, miedo ante la masa y actitud de altivo respeto frente a la burguesía. Lenin decía que Sujánov era uno de los mejores representantes de la pequeña burguesía. Es lo más lisonjero que se puede decir de él.

No hay que olvidar, además, que se trata, ante todo, de una pequeña burguesía de nuevo tipo, de tipo capitalista, de empleados industriales, comerciales y bancarios, de funcionarios del capital de una parte y de burocracia obrera por otra; es decir, de ese nuevo tercer Estado en aras del cual el socialdemócrata alemán Eduard Bernstein, sobradamente conocido, hubo de emprender, a fines del siglo pasado, la revisión del sistema revolucionario de Marx. Para poder dar una respuesta a la pregunta de cómo la revolución de los obreros y campesinos cedió el poder a la burguesía, hay que empalmar a la cadena política un eslabón intermedio: los demócratas y socialistas pequeño burgueses del tipo de

Sujánov, los periodistas y políticos de la nueva clase media que enseñaron a las masas que la burguesía era el enemigo. La contradicción entre el carácter de la revolución y el del poder que surgió de ella se explica por las peculiaridades contradictorias del nuevo sector pequeño burgués, situado entre las masas revolucionarias y la burguesía capitalista. En el curso de los acontecimientos posteriores, el papel político de esta democracia pequeño burguesa de nuevo tipo se nos revelará de cuerpo entero. Por ahora, limitémonos a algunas palabras.

En la insurrección participa de un modo directo la minoría de la clase revolucionaria, con la particularidad de que la fuerza de dicha minoría consiste en el apoyo o, por lo menos, en la simpatía que la mayoría le presta. La minoría activa y combativa impulsa hacia adelante inevitablemente, bajo el fuego del enemigo, a los elementos más revolucionarios y abnegados con que cuenta. Es natural que en los combates de febrero ocuparan los primeros puestos los obreros bolcheviques. Pero la situación cambia desde el momento del triunfo, cuando empieza a consolidarse políticamente. A las elecciones para cubrir los órganos e instituciones de la revolución triunfante se llama a masas incomparablemente más extensas que las que han combatido con las armas en la mano. Esto acontece no sólo en las elecciones de los órganos democráticos generales, como las dumas y los zemstvos, y más tarde la Asamblea constituyente, sino también con los de clase, como los soviets de diputados obreros. La mayoría aplastante de los obreros mecheviques, socialrevolucionarios y sin partido apoya a los bolcheviques en su acción directa contra el zarismo. Pero sólo a una pequeña minoría de ellos se le alcanzaban en qué residía la diferencia que separaba a los bolcheviques de los demás partidos socialistas. Al propio tiempo, los obreros todos establecían una línea de demarcación bien definida entre ellos y la burguesía. Esto determinó la situación política creada después del triunfo. Los obreros elegían a los socialistas, esto es, a aquellos que estaban no sólo contra el zarismo, sino también contra la burguesía, y, al obrar así, no establecían distinción alguna entre los tres partidos socialistas. Y como quiera que los mencheviques y los socialrevolucionarios disponían de cuadros intelectuales incomparablemente más considerables, que afluían a ellos de todos los lados y les facilitaban un número enorme de agitadores, las elecciones, incluso en las fábricas, daban una superioridad inmensa a estos grupos.

El ejército ejercía su presión en el mismo sentido, pero con una fuerza incomparablemente mayor. Al quinto día de la insurrección, la guarnición de Petrogrado siguió a los obreros. Después del triunfo fue llamada a participar en las elecciones a los soviets. Los soldados elegían confiadamente al que estaba por la revolución, contra la oficialidad monárquica, y que sabía expresarlo bien: éstos resultaban ser los escribientes, los

médicos, los jóvenes oficiales de la época de la guerra procedentes del campo intelectual, los pequeños funcionarios militares, es decir, el estrato inferior de la "nueva clase media". Casi todos ellos se inscribieron, a partir de marzo, en el partido de los socialistas revolucionarios, que por su ideología vaga era el que mejor respondía a la situación social intermedia y a la limitación política de estos elementos. Resultado de esto fue que la guarnición se revelase incomparablemente más moderada y burguesa que la masa de los soldados. Pero estos últimos no se daban cuenta de la diferencia, que pronto había de exteriorizarse en la experiencia de los meses próximos. Los obreros, por su parte, tendían a fundirse lo más estrechamente posible con los soldados, a fin de consolidar la alianza conquistada con la sangre y armar de un modo más sólido a la revolución. Y como en nombre del ejército hablaban principalmente los socialrevolucionarios de nuevo cuño, esto tenía que aumentar necesariamente a los ojos de los obreros el prestigio de dicho partido, a la par que el de sus aliados, los mencheviques. Así fue como surgió en los soviets el predominio de los partidos colaboracionistas. Baste decir que hasta en el soviet de la barriada de Viborg desempeñaron un papel preeminente en los primeros tiempos los obreros mencheviques. En aquel período, el bolchevismo latía aún sordamente en el subsuelo de la revolución. Los bolcheviques oficiales estaban representados aún en el soviet de Petrogrado por una minoría insignificante, que, además, no veía con absoluta claridad sus objetivos.

Y he aquí cómo nació la paradoja de la revolución de Febrero. El poder se halla en manos de los socialdemócratas, que no se han adueñado de él por un golpe blanquista, sino por cesión franca y generosa de las masas triunfantes. Estas masas, que no sólo niegan la confianza y el apoyo a la burguesía, sino que la colocan casi en el mismo plano que a la nobleza y a la burocracia y sólo ponen sus armas a disposición de los soviets. Y la única preocupación de los socialistas, a quienes tan poco esfuerzo ha costado ponerse al frente de los soviets, está en saber si la burguesía políticamente aislada, odiada de las masas y hostil hasta la médula a la revolución, accederá a hacerse cargo del poder.

Es necesario ganar su conformidad a toda costa, y como es evidente que la burguesía no puede renunciar al programa burgués, somos nosotros, los "socialistas", los que tenemos que abjurar de nuestro programa: correremos un velo de silencio sobre la monarquía, sobre la guerra, sobre la tierra, con tal de que la burguesía acepte el regalo del poder que le brindamos. Y al mismo tiempo que realizan esta operación, los "socialistas", como burlándose de sí mismos, siguen calificando a la burguesía de enemigo de clase. Guardando todas las formas rituales de los oficios religiosos, se comete un acto de

sacrilegio provocativo. La lucha de clases llevada hasta sus últimas consecuencias es la lucha por el poder. La característica de toda revolución consiste en llevar la lucha de clases hasta sus últimas consecuencias. La revolución no es más que la lucha directa por el poder. Sin embargo, lo que a nuestros "socialistas" les preocupa no es quitar el poder al llamado enemigo de clase, que no lo tiene en sus manos ni se puede adueñar de él con sus propias fuerzas, sino, al contrario, el entregárselo a toda costa. ¿Acaso no es esto una paradoja? Y esta paradoja tenía por fuerza que causar asombro; aún no se había dado la revolución alemana de 1918 y el mundo no era aún testigo de una grandiosa operación del mismo tipo, pero realizada con mucho más éxito por la "nueva clase media" acaudillada por la socialdemocracia germana.

¿Cómo explicaban su conducta los colaboracionistas? Uno de sus argumentos tenía un carácter doctrinario: puesto que la revolución es burguesa, los socialistas no deben comprometerse tomando el poder; que la misma burguesía responda por ella. Esto sonaba a incorruptibilidad. En realidad, era una máscara de intransigencia con que la pequeña burguesía quería encubrir su servilismo ante la fuerza de la riqueza y de la educación. Los pequeños burgueses consideraban que el derecho de la gran burguesía al poder era un derecho innato, independiente del balance de fuerzas sociales. El origen de esta actitud radicaba en ese movimiento casi instintivo que impulsa de la acera al arroyo para dejar pasar al barón de Rotschild. Los argumentos doctrinarios empleados no eran más que una especie de concesión con que se quería contrapesar la conciencia de la propia insignificancia. Dos meses después, cuando se vio que la burguesía no podía de ningún modo mantener con sus propias fuerzas el poder que le había sido regalado, los colaboracionistas arrojaron sin empacho por la borda sus prejuicios "socialistas" y entran en el Ministerio de coalición, no para sacar de él a la burguesía, sino, por el contrario, para salvarla; no contra su voluntad: en caso contrario, la burguesía amenazaba a los demócratas con arrojarles el poder a la cabeza.

El segundo argumento que se esgrimía para justificar la renuncia al poder, sin ser más serio en el fondo, tenía un aspecto más práctico. Nuestro conocido Sujánov subrayaba en primer término la "dispersión" de la Rusia democrática: "En aquel entonces, la democracia no tenía en sus manos organizaciones de partido, sindicales o municipales más o menos consistentes e influyentes:" ¡Esto parece una burla! ¡Un socialista que habla en nombre de los soviets de obreros y soldados y no dice una palabra de ellos! Gracias a la tradición de 1905, los soviets brotaron como escupidos por la tierra y se convirtieron inmediatamente en una fuerza incomparablemente más poderosa que todas las demás organizaciones que

después intentaron rivalizar con ellos (los municipios, las cooperativas y, en parte, los sindicatos). Por lo que se refiere a los campesinos, clase dispersa por naturaleza, gracias a la guerra y a la revolución aparecieron organizados como no lo habían estado nunca: la guerra aglutinaba a los campesinos en el ejército y daba a éste un carácter político. Más de ocho millones de campesinos estaban organizados en compañías y en escuadrones, que inmediatamente se crearon su representación revolucionaria, por mediación de la cual podían ser puestos en pie en cualquier momento a la primera llamada telefónica. ¡Tal era la "dispersión" proclamada por Sujánov!

Podrá decirse que en el momento de resolver la cuestión del poder, la democracia no sabía aún cuál sería la actitud de las tropas del frente. No plantearemos la cuestión de saber si había el menor motivo fundado para temer o esperar que los soldados del frente, exhaustos por la guerra, apoyasen a la burguesía imperialista. Baste con decir que esta cuestión se resolvió plenamente en el transcurso de los dos o tres días próximos, que fueron precisamente empleados por los colaboracionistas para preparar entre bastidores un gobierno burgués. "El 3 de marzo, la revolución era un hecho consumado", dice Sujánov. A pesar de la adhesión del ejército en pleno a los soviets, los jefes de éstos rechazaban con todas sus fuerzas el poder, al que tenían tanto más miedo cuanto mayor era la intensidad con que se concentraba en sus manos.

Pero, ¿por qué? ¿Por qué unos demócratas, unos "socialistas", que se apoyaban directamente en unas masas como jamás las ha conocido ninguna democracia en la historia, masas que contaban por añadidura con una experiencia considerable, disciplinadas y armadas, organizadas en soviets, por qué, repetimos, esta poderosa democracia, al parecer invencible, podía tenerle miedo al poder? Este enigma, aparentemente indescifrable, se explica por el hecho de que la democracia no tenía confianza en su propia base, la masa les inspiraba miedo. No creía en la consistencia de la confianza en sí misma, y lo que más temía era la "anarquía", esto es, que al tomar el poder se convirtiera, con éste, en un juguete de las llamadas fuerzas elementales desatadas. Dicho en otros términos, la democracia no se sentía llamada a dirigir al pueblo en el momento de su impulso revolucionario, sino que se consideraba el ala izquierda del orden burgués, un tentáculo de este orden burgués tendido hacia las masas. Si se titulaba "socialista", y aún se consideraba como tal, era para ocultar no sólo a las masas, sino a sí misma, su verdadera misión, y sin esta autosugestión es lo cierto que no habría podido cumplirla. Así se resuelve la fundamental paradoja de la revolución de Febrero.

El primero de marzo por la tarde se presentaron en la reunión del Comité de la Duma los representantes del Comité ejecutivo Cheidse, Stieklov, Sujánov y otros, para examinar las condiciones en que los soviets podían apoyar al nuevo gobierno. Del programa de los demócratas quedaban totalmente excluidas las cuestiones relativas a la guerra, la república, la tierra, la jornada de ocho horas; todo se concretaba en una reivindicación: conceder libertad de propaganda a los partidos de izquierda. ¡Gran ejemplo de desinterés para los pueblos y los siglos el de estos socialistas, en cuyas manos se hallaba todo el poder de una nación y de los cuales dependía por entero el conceder o no la libertad de propaganda a los demás y que entregan el poder a sus "enemigos de clase" a condición de que estos últimos les garantice a ellos... la libertad de propaganda! Rodzianko no se atrevía a ir solo a Telégrafos, y decía a Cheidse y Sujánov: "El poder está en vuestras manos; nos podéis mandar detener a todos nosotros." Cheidse y Sujánov le contestan: "Tomad el poder, pero no nos detengáis porque hagamos propaganda." Cuando se estudian las negociaciones de los colaboracionistas con los liberales y, en general, todos los episodios de las relaciones mantenidas en aquellos días entre el ala derecha y el ala izquierda del palacio de Táurida, parece como si en la escena gigantesca en que se desarrolla el drama histórico del pueblo, una pesadilla de comediantes de la legua, aprovechándose de un rincón que queda libre, se dedicasen en un entreacto a representar un sainete vulgar en ropas menores.

Los jefes de la burguesía -hagámosles justicia- no contaban con esto. Seguramente no hubieran temido tanto a la revolución si hubieran contado con esta política por parte de sus jefes. Ciertamente que, de creerlo, también se habrían equivocado, pero acompañando ya a éstos en la equivocación. Temiendo, a pesar de todo, que la burguesía no accedería a tomar el poder ni aun con las condiciones propuestas, Sujánov plantea un ultimátum amenazador: "Nosotros somos los únicos que podemos contener las fuerzas elementales desencadenadas... No hay más salida que una aceptar: aceptar nuestras condiciones." En otros términos: aceptad un programa, que es el *vuestro*; en compensación, os prometemos domar a la fiera que nos ha dado el poder. ¡Pobres domadores!

Miliukov estaba asombrado. "No se molestaba en disimular -recuerda Sujánov- su satisfacción y su agradable sorpresa." Cuando los delegados del Soviet añadieron, para darse importancia, que sus condiciones era "definitivas", Miliukov incluso se enterneció y les alentó con la frase siguiente: "Sí; escuchándoos, he pensado en el gran paso de avance que ha dado el movimiento obrero desde 1905 para acá..." En este mismo tono de cocodrilo cariñoso habría de hablar en Brest-Litovsk la diplomacia de Hohenzollern con

los delegados de la Rada ucraniana, rindiendo homenaje a sus dotes de hombres de Estado, antes de tragárselos. Si la burguesía no se tragó a la diplomacia soviética no fue precisamente gracias a Sujánov ni por culpa de Miliukov.

La burguesía tomó el poder a espaldas del pueblo. No tenía ningún punto de apoyo en las clases trabajadoras, pero con el poder consiguió algo así como un punto de apoyo de segunda mano: los mencheviques y los socialrevolucionarios, elevados a las alturas por la masa, otorgaron un voto de confianza a la burguesía. Si examinásemos esta operación desde el punto de vista de la democracia formal, nos encontraremos ante algo parecido a unas elecciones de segundo grado, en las cuales los mencheviques y socialrevolucionarios desempeñan el papel técnico de eslabón intermedio, esto es, de compromisarios electores de kadetes. Examinada desde el punto de vista político, no hay más remedio que reconocer que los colaboracionistas burlaron la confianza de las masas llamando al poder a aquellos contra los cuales habían sido elegidos. Finalmente, desde un punto de vista más profundo, desde el punto de vista social, la cuestión se plantea así: los partidos pequeñoburgueses, que en las condiciones normales se manifestaban con una jactancia y una suficiencia excepcionales, exaltados a las cimas del poder, se asustaron de su propia inconsistencia y se apresuraron a poner el timón en manos de los representantes del capital. En este acto de postración se puso inmediatamente de manifiesto la terrible inconsistencia de la nueva clase media y su dependencia humillante con respecto a la gran burguesía. Al darse cuenta, o solamente tener la sensación, de que no podrían conservar el poder en sus manos durante mucho tiempo, de que pronto tendrían que cederlo a derecha o izquierda, los demócratas decidieron que era mejor adelantarse a entregarlo hoy a los respetables liberales para no tener que entregárselo mañana a los representantes extremos del proletariado. Pero, aun así, el papel de los colaboracionistas en toda su motivación social no deja de encerrar una felonía para con las masas.

Al otorgar su confianza a los socialistas, los obreros y soldados lo que hacían, sin saberlo, era despojarse del poder político. Cuando se dieron cuenta de la realidad, se quedaron perplejos, se inquietaron, pero no veían aún el modo de salir de la situación creada. Sus propios representantes acudían con argumentos contra los cuales no tenían una respuesta preparada, pero que se hallaban en contradicción con sus sentimientos e intenciones. Ya en el momento de la revolución de Febrero las tendencias revolucionarias de las masas no coincidieron en lo más mínimo con las tendencias colaboracionistas de los partidos pequeñoburgueses. El proletariado y el campesino votaban al menchevique y al socialrevolucionario, no como a conciliadores, sino como a enemigos del zar, del

terrateniente y del capitalista. Pero al votarlos levantaban una barrera entre ellos y los fines que perseguían. Ahora no podían ya avanzar sin chocar con la muralla que habían levantado y destruirla. Tal era el sorprendente *quid pro quo* que se encerraba en las relaciones de clase puestas de manifiesto por la revolución de Febrero.

A la paradoja fundamental de que hemos hablado vino a unirse en seguida una paradoja suplementaria. Los liberales sólo accedían a tomar el poder de manos de los socialistas, a condición de que la monarquía se aviniera a recogerlo de sus propias manos.

Al mismo tiempo, Guchkov y Chulguin, monárquico a quien ya conocemos, se trasladaban a Pskov, para salvar la dinastía, el problema de la monarquía constitucional se convertía en el eje de las negociaciones entabladas entre los dos Comités del palacio de Táurida. Miliukov trataba de persuadir a los demócratas que le llevaban el poder en una bandeja de plata de que los Romanov no podían ser ya peligrosos, de que, aunque había que suprimir, naturalmente, a Nicolás II, el zarevich Alexéiev, bajo la regencia de Mijail, podía muy bien asegurar el bienestar del país: "El uno es un niño enfermo y el otro es un hombre completamente estúpido." He aquí la silueta del candidato a zar, trazada por el monárquico liberal Schidlovski: "Mijail Alexandrovich rehuía toda intervención en los asuntos del Estado y vivía entregado de lleno a la equitación." Asombrosa recomendación, sobre todo, para luchar ante las masas. Después de la huida de Luis XVI a Varennes, Danton proclamó en el club de los jacobinos que un imbécil no podía ser rey. Los liberales rusos entendían, por el contrario, que la imbecilidad del monarca sería la mejor ofrenda para el régimen constitucional. Tratábase ciertamente de un argumento para impresionar la psicología de los bobos izquierdistas, pero tenía un carácter demasiado tosco aun para la gente a quien se destinaba. En los círculos liberales se decía que Mijail era un "anglófilo", sin precisar si su anglofilia se refería a las carreras de caballos o al parlamentarismo. Lo principal era conservar el símbolo tradicional de poder, pues, de lo contrario, el pueblo se imaginaría que no había poder alguno.

Los demócratas escuchaban, se sorprendían amablemente y trataban de persuadir... ¿de que se proclamara la República? No; de que no se resolviera la cuestión de antemano. El tercer punto de las condiciones del Comité ejecutivo estaba concebido así: "El gobierno provisional no debe dar ningún paso que resuelva de antemano la forma de gobierno." Miliukov planteó la cuestión de la monarquía en forma de ultimátum. Los demócratas estaban desesperados. Pero las masas acudieron en su auxilio. En los mítines del palacio de Táurida, absolutamente nadie, no sólo los obreros, sino ni siquiera los soldados, querían un zar, y no había modo de imponérselo. Pero Miliukov intentó nadar contra la corriente y

salvar el trono y la dinastía por encima de la cabeza de sus aliados de izquierda. El mismo observa en su *Historia de la Revolución* que el 2 de marzo, por la noche, la agitación producida por la noticia de que se había dado la regencia a Mijail "se intensificó considerablemente". Rodzianko describe con mucho más relieve el efecto que las maniobras monárquicas de los liberales producían entre las masas. Tan pronto llegó de Pskov con el acta de abdicación de Nicolás II en favor de Mijail, Guchkov, a petición de los obreros, se dirigió desde la estación a los talleres ferroviarios, dio cuenta de lo ocurrido y, después de leer el acta de abdicación, grito: "¡Viva el emperador Mijail!" El resultado fue inesperado. Según cuenta Rodzianko, el orador fue inmediatamente detenido por los obreros, los cuales, al parecer, le amenazaron incluso con fusilarle. "Con gran trabajo, se consiguió libertarle con ayuda de la compañía de servicio del regimiento más próximo." Como siempre, Rodzianko incurre en exageración en los detalles, pero lo sustancial del caso está descrito de un modo fidedigno. El país había vomitado la monarquía de un modo tan radical, que no había modo de hacérsele tragar de nuevo. Las masas revolucionarias no admitían ni tan siquiera la idea de un nuevo zar.

Ante semejante situación, los miembros del Comité provisional fueron apartándose uno tras otro de Mijail, no de un modo definitivo, sino "hasta la Asamblea constituyente; entonces, ya veremos". Sólo Miliukov y Guchkov defendían la monarquía a sangre y fuego y seguían condicionando a este punto su entrada en el gobierno. ¿Qué hacer? Los demócratas entendían que sin Miliukov no era posible formar un gobierno burgués, y que sin gobierno burgués era imposible salvar la revolución. Los ruegos y los reproches fueron infinitos. En la sesión de la mañana del 3 de marzo parecía que había triunfado completamente en el Comité provisional el criterio de la necesidad de "persuadir al gran duque de que abdicara"; es decir, ¡que le consideraban ya como zar! El kadete de izquierda Nekrasov había llegado a redactar incluso un proyecto de abdicación, pero como Miliukov seguía firme en sus posiciones, después de nuevos y apasionados debates, se votó por fin el siguiente acuerdo: "Ambas partes motivarán ante el gran duque sus opiniones, y sin entrar en discusiones ulteriores le confiarán la solución a él mismo." De este modo, aquel "hombre completamente imbécil", a quien el hermano mayor destronado por la insurrección intentaba transmitir el trono, infringiendo incluso la ley de sucesión dinástica, veíase convertido inesperadamente en superárbrito de la forma de gobierno de un país revolucionario. Por inverosímil que parezca, esta reunión, en que debían decidirse los destinos del Estado, se celebró. Con el fin de persuadir al gran duque de que abandonara las cuadras para ocupar el trono, Miliukov le aseguró que había la posibilidad absoluta de

reunir fuera de Petrogrado las fuerzas militares necesarias para la defensa de sus derechos. En otros términos, Miliukov, cuando apenas había tenido tiempo de recibir el poder de las manos de los socialistas, elaboraba el plan de un golpe de Estado monárquico. Después de oír los discursos en pro y en contra, que no fueron pocos, el gran duque pidió que se le diera el tiempo necesario para reflexionar. Después de invitar a Rodzianko a pasar a otra habitación, Mijail le preguntó a quemarropa: "¿Me garantizan los nuevos gobernantes sólo la corona, o también la cabeza?" El incomparable chambelán contestó que lo único que podía prometer era morir a su lado en caso de necesidad. Al pretendiente, esto no le convencía en lo más mínimo. Después de su idilio con Rodzianko, Mijail se presentó de nuevo ante los diputados y declaró con "firmeza" que renunciaba al cargo elevado, pero peligroso, para el que se le proponía. Entonces Kerenski, que encarnaba en estas negociaciones la conciencia de la democracia, se levantó solemnemente de la silla y dijo: "¡Sois un noble, alteza!" Y juró que así lo proclamaría por doquier. "El acto de Kerenski -comenta secamente Miliukov- armonizaba mal con la prosa de la decisión tomada." Hay que convenir en ello. La verdad es que el texto de ese interludio no era para exaltarse. A lo que decíamos más arriba acerca del sainete representado en el entreacto, agregamos que la escena aparecía dividida en dos partes por una mampara: en una, los revolucionarios rogaban a los liberales que salvaran al revolución; en la otra, los liberales imploraban a la monarquía que salvara al liberalismo.

Los representantes del Comité ejecutivo se sorprendían sinceramente de que un hombre tan ilustrado y perspicaz como Miliukov se obstinara tanto por una cosa como la monarquía y se declara incluso dispuesto a renunciar al poder si, como propina, no se le daba también a un Romanov. Pero el monarquismo de Miliukov no tenía nada de doctrinario ni de romántico; era, por el contrario, el fruto del cálculo de los propietarios atemorizados. En el carácter no disimulado de este miedo consistía su fatal debilidad. El historiador Miliukov podía apelar fundadamente al ejemplo de Mirabeau, jefe de la burguesía revolucionaria francesa, que tanto se había esforzado también, en su tiempo, por conciliar la revolución con el rey. Mirabeau obraba impulsado, como él, por el miedo de los propietarios por sus propiedades: era más prudente cubrirlas con el pabellón de la monarquía, del mismo modo que la monarquía se cubría en el pabellón de la Iglesia, que no dejarlas al descubierto. Pero en Francia, en 1789, la tradición de poder real estaba aún reconocida por el pueblo, sin hablar de que toda Europa era monárquica. Al apoyar al rey, la burguesía francesa no se divorciaba aún del pueblo; por lo menos, esgrimía contra él sus propios prejuicios. La situación, en la Rusia de 1917, era completamente distinta. Además

de los naufragios y averías por que había pasado el régimen monárquico en los distintos países del mundo, la propia monarquía rusa había sufrido ya en 1905 desperfectos irreparables. Después del 9 de enero, el cura Gapón había lanzado su maldición contra el zar y su "raza de víboras". El Soviet de diputados obreros de 1905 se declaraba abiertamente republicano. Los sentimientos monárquicos de los campesinos, con los cuales la misma monarquía había contado durante mucho tiempo y con los cuales cubría la burguesía su monarquismo, no aparecía por ningún lado. La contrarrevolución armada que se levantó más tarde, empezando por Kornilov, repudiaba hipócritamente, pero por ello mismo de un modo más significativo, el poder del zar; ¡tan poco arraigado estaba el sentimiento monárquico en el pueblo! Sin embargo, la misma revolución de 1905, que hirió de muerte a la monarquía, privó para siempre de base a las inconsistentes tendencias republicanas de la burguesía "avanzada". Estos dos procesos se contradecían y se completaban al mismo tiempo. La burguesía, que ya desde las primeras horas de la revolución de Febrero tuvo la sensación de su naufragio, se agarraba a un clavo ardiendo. No necesitaba de la monarquía porque ésta fuera la fe que la unía con el pueblo; al contrario, la burguesía no podía ya oponer a las creencias del pueblo otra cosa que un fantasma coronado. Las clases "ilustradas" de Rusia entraron en la palestra de la revolución no como heraldos del Estado nacional, sino como mantenedores de las instituciones medievales. Como no tenían un punto de apoyo ni en el pueblo ni en sí mismos, lo buscaban fuera de ellas. Arquímedes se comprometía a levantar el mundo si le daban un punto de apoyo para su palanca, Miliukov, por el contrario, buscaba un punto de apoyo para evitar la transformación de la gran propiedad del suelo, y, al hacerlo, se sentía mucho más próximo a los generales zaristas más anquilosados y a los dignatarios de la Iglesia ortodoxa, que a aquellos demócratas caseros, cuya única preocupación era ganarse la confianza de los liberales. Impotente para quebrantar la revolución, Miliukov había decidido firmemente engañarla. Estaba dispuesto a tragarse muchas cosas: los derechos cívicos para los soldados, los municipios democráticos, la Asamblea constituyente, a condición de que se le diera el punto de apoyo de Arquímedes bajo la forma de la monarquía. Miliukov confiaba en convertir paso a paso la monarquía en un eje en torno al cual se reunieran los generales, la burocracia renovada, los príncipes de la Iglesia, los propietarios, todos los descontentos de la revolución , y crear poco a poco, empezando por el "símbolo", un verdadero freno monárquico real que fuese conteniendo a las masas, a medida que éstas se fueran cansando de la revolución. ¡Lo importante era ganar tiempo! Otro de los directores del partido kadete, Nabokov, explicaba posteriormente la ventaja

capital que hubiera representado la aceptación de la corona por Mijail: "Habría quedado eliminada la cuestión fatal de la convocatoria de la Asamblea constituyente durante la guerra." Tengamos presente estas palabras: entre Febrero y Octubre, la lucha en torno a la fecha en que había de convocarse la Asamblea constituyente desempeña un papel considerable, con la particularidad de que los kadetes, al tiempo que negaban categóricamente su propósito de dar largas a la convocación de la representación popular, practicaban una política tenaz de aplazamientos. Desgraciadamente para ellos, sólo podían apoyarse para su política en sí mismos, no habiendo podido conseguir, al fin, el manto monárquico, que tanto anhelaban. Después de la deserción de Mijail, Miliukov no pudo ya agarrarse ni a un clavo ardiendo.

CAPITULO X
EL NUEVO PODER

Divorciada del pueblo, ligada mucho más estrechamente al capital financiero extranjero que a las masas trabajadoras del propio país, hostil a la revolución que triunfaba, la burguesía rusa, que había llegado con retraso, no podía invocar en su propio nombre ni un solo título en favor de sus pretensiones al poder. Sin embargo, era necesario fundamentarlas en un sentido u otro, pues la revolución somete a una revisión implacable no sólo los derechos heredados, sino también las nuevas alegaciones. Rodzianko, el presidente del Comité provisional, que durante los primeros días de la revolución se encontró al frente del país, era la persona menos indicada para ofrecer argumentos susceptibles de convencer a las masas. Ayuda de cámara bajo Alejandro II, oficial del regimiento de caballería de la Guardia, decano provincial de la nobleza, chambelán de Nicolás II, monárquico hasta la médula, terrateniente, miembro del partido de los octubristas, uno de los elementos activos de los zemstvos y diputado de duma nacional, Rodzianko fue luego elegido presidente de ésta. Esto ocurría después de la dimisión de Guchkov, a quien odiaban en palacio por su calidad de "Joven Turco". La Duma confiaba en tener más fácil acceso al corazón del monarca por mediación del chambelán. Rodzianko hizo todo lo que pudo: testimonió al zar, sin hipocresía alguna, su adhesión a la dinastía; imploró como un favor ser presentado al príncipe heredero y ganó las simpatías de éste como "el hombre más voluminosos de toda Rusia". A pesar de todo este histrionismo bizantino, el chambelán no logró conquistar el favor del zar para la Constitución, y, en sus cartas, la zarina calificábale, sin andarse con rodeos, de canalla. Durante la guerra, el presidente de la Duma hizo pasar, indudablemente, no pocos malos ratos al zar, agobiándole, durante las audiencias, con exhortaciones ampulosas, críticas patrióticas y augurios sombríos. Rasputin veía en Rodzianko un enemigo personal. Kurlov, uno de los elementos más afines a la banda palaciega, se refiere a la "insolencia -de Rodzianko- acompañada de una indudable limitación mental". Witte habla del presidente de la Duma con más indulgencia, pero no mucho mejor: "No es tonto, sino, al contrario, bastante listo: pero así y todo, la cualidad principal de Rodzianko no consiste en su inteligencia, sino en su voz: tiene una magnífica voz de bajo." En un principio, Rodzianko intentó vencer a la revolución con las mangueras de los bomberos; lloró cuando supo que el gobierno del príncipe Golitsin había abandonado su puesto; se negó, horrorizado, a tomar el poder que le ofrecían los socialistas; después, decidió tomarlo; pero, como súbdito fiel, abrigando el

propósito de devolver la corona al monarca tan pronto como le fuera posible. No fue culpa de Rodzianko, que esta ocasión no se le deparase. En cambio, la revolución, con ayuda de aquellos mismos socialistas, brindó al chambelán magnífica ocasión de hacer resonar su voz de bajo ante los regimientos sublevados. Ya el 27 de febrero, el capitán retirado de la caballería de la Guardia Rodzianko decía al regimiento de la Guardia que se había presentado en el palacio de Táurida: "Fieles soldados, escuchad mis consejos. Soy un hombre viejo y no os engañaré; escuchad a los oficiales, que no os mandarán nada malo y obrarán de completo acuerdo con la Duma. ¡Viva la santa Rusia!" Seguramente, que no había en toda la Guardia ningún oficial que no estuvieses dispuesto a aceptar esa revolución. En cambio, los soldados no acababan de convencerse de su necesidad. Rodzianko temía a los soldados, temía a los obreros, veía en Cheidse y demás elementos de izquierda agentes a sueldo de Alemania, y, al tiempo que se ponía al frente de la revolución, miraba a cada instante en torno suyo, esperando el momento en que el Soviet viniese a detenerle.

La figura de Rodzianko es un poco cómica, pero no fortuita; este chambelán, con su magnífica voz de bajo, era la encarnación de las dos clases dirigentes de Rusia: los terratenientes y la burguesía, con el aditamento del clero progresivo. Rodzianko era muy devoto y muy versado en música litúrgica, y los burgueses liberales, independientemente de la actitud que pudieran adoptar respecto a la Iglesia ortodoxa, consideraban tan necesaria para el orden la alianza con esta última como con la monarquía.

En aquellos días, el honorable monárquico que debía el poder a los conspiradores, rebeldes y asesinos, estaba pálido y desencajado. Los demás miembros del Comité no se sentían mucho mejor. Algunos de ellos ni siquiera se dejaban ver en el palacio de Táurida, por entender, sin duda, que la situación no estaba todavía suficientemente despejada. Los más prudentes daban vueltas, de puntillas, alrededor del fuego de la revolución, cuyo humo les hacía toser, y se decían: "¡Dejémoslo que arda, y después veremos si se puede cocer algo en él!"

El Comité, si bien accedió a tomar el poder, no se decidió inmediatamente a formar un Ministerio. "En espera -según las palabras de Miliukov- de que llegara el momento de formar gobierno, el Comité se limitó a designar comisarios entre los miembros de la Duma, encargados de regentar los organismos gubernamentales, pues esto dejaba abierta una salida para en caso de retirada."

Al frente del Ministerio del Interior pusieron al diputado Karaulov, hombre insignificante, pero menos cobarde acaso que los demás, el cual dictó el primero de marzo

la orden de detención de todos los jefes de la policía y del cuerpo de gendarmes. Este terrible gesto revolucionario tenía un carácter puramente platónico, puesto que los rebeldes se habían apresurado a detener por su cuenta a la policía, sin aguardar a que se publicara ningún decreto, y la cárcel era, además, para ella el único asilo contra la venganza popular. Mucho más tarde, la reacción vio en aquel acto demostrativo de Karaulov el principio de todas las calamidades posteriores.

Para la comandancia militar de Petrogrado se nombró al coronel Engelhardt, oficial del regimiento de la Guardia, propietario de cuadras de caballos de carreras y gran terrateniente. En vez de detener al "dictador" Ivanov, que había llegado del frente para apaciguar la capital, Engelhardt puso a su disposición a un oficial reaccionario en calidad de jefe de estado mayor: al fin y al cabo, todos era unos.

Al Ministerio de Justicia se envió a la lumbrera de la abogacía liberal de Moscú, al elocuente y huero Maklakov, el cual se apresuró a dar a entender, ante todo a los burócratas reaccionarios, que él no quería ser ministro por la gracia de la revolución, y, "posando la vista sobre un camarada que acababa de entrar y que desempeñaba las funciones de mozo", dijo en francés: *Le danger est à gauche*.

Los obreros y soldados no necesitaban entender francés para comprender que todos aquellos caballeros eran sus más acérrimos enemigos.

Por su parte, Rodzianko no dejó de oír su voz tonante mucho tiempo al frente del Comité. Su candidatura a la presidencia del gobierno revolucionario se hundió por sí misma: era evidente que el intermediario entre los propietarios y la monarquía no servía ya para intermediario entre los propietarios y la revolución. Pero no por eso desapareció de la escena política, sino que intentó tenazmente avivar la duma, contrarrestando con ella la influencia del Soviet, y se erigió invariablemente en el eje de todas las tentativas encaminadas a articular la contrarrevolución de los burgueses y los terratenientes. Ya volveremos a encontrarnos con él.

El primero de marzo, el Comité provisional emprendió la formación de un Ministerio, proponiendo para él a los hombres que la Duma, a partir de 1915, había recomendado repetidamente al zar como personas que gozaban de la confianza del país; se trataba de grandes agrarios e industriales, de los diputados de oposición de la Duma y jefes del bloque progresivo. Lo cierto es que la revolución hecha por los obreros y los soldados no se vio representada para nada en la composición del gobierno revolucionario, con una sola excepción. Esta excepción la constituía Kerenski. La onda Rodzianko-Kerenski era la onda oficial de la revolución de Febrero.

Kerenski entró en el gobierno en calidad, digámoslo así, de embajador de aquella revolución. Sin embargo, su actitud ante ésta era la de un abogado provinciano que había intervenido en varios procesos políticos. Kerenski no era un revolucionario, sino pura y simplemente un hombre que había revoloteado alrededor de la revolución. Elegido por primera vez como diputado de la cuarta Duma, gracias a que estaba dentro de la ley, Kerenski se convirtió en el presidente de la fracción gris e impersonal de los *trudoviki* o "laboristas", fracción que era un fruto anémico del cruce del liberalismo con los *narodniki*. No tenía preparación teórica, ni escuela política, ni aptitud para las tareas especulativas, ni nervio político. Todas estas cualidades veíanse sustituidas en él por una facilidad de adaptación superficial, por una fácil exaltación y esa clase de elocuencia que actúa, no sobre el pensamiento ni sobre la voluntad, sino sobre los nervios. Sus intervenciones en la Duma, inspiradas en un radicalismo declamatorio, para el cual no le faltaban ocasiones, crearon a Kerenski, si no una popularidad, al menos una cierta notoriedad. Durante la guerra, entendía, coincidiendo en esto con los liberales, como patriota que era, que la idea misma de la revolución era funesta para el país. La aceptó cuando vino, y la revolución, aferrándose a su "popularidad", lo sacó a flote. Para él, la revolución se identificaba de un modo natural con el nuevo poder. Pero el Comité ejecutivo decretó que el poder, conquistado por la revolución burguesa, debía pertenecer a la burguesía. A Kerenski, esta fórmula se le antojaba falsa, aunque no fuera más que por el hecho de que le cerraba las puertas del Ministerio. Kerenski estaba completamente persuadido de que su socialismo no constituía ningún obstáculo para la revolución burguesa, como tampoco ésta causaría detrimento alguno a su socialismo. El Comité provisional de la Duma decidió hacer una tentativa par arrancar del Soviet al diputado radical y no le fue difícil conseguirlo, ofreciéndole la cartera de Justicia, a la cual había renunciado ya Maklakov. Kerenski paraba por los pasillos a los amigos y les preguntaba: "¿Debo aceptar la cartera o no?" Los amigos no dudaban de que ya tenía decidido aceptarla. Sujánov, muy bien dispuesto hacia Kerenski en aquel entonces, observó en él -cierto es que en *Recuerdos*, publicados más tarde- "que tenía la seguridad de que estaba llamado a cumplir una misión muy importante... y se irritaba extraordinariamente contra los que no se daban cuenta de ello". Por fin, los amigos, Sujánov inclusive, le aconsejaron que aceptase la cartera, entendiendo que era lo mejor; pues de este modo, teniendo allí a uno de los suyos, podrían observar de cerca lo que hacían aquellos astutos liberales. Pero al mismo tiempo que tentaban sigilosamente a Kerenski a cometer un pecado para el cual no necesitaba, por cierto, orientación, los dirigentes del Comité ejecutivo le negaban toda sanción oficial. El Comité ejecutivo se ha

manifestado ya -recordaba Sujánov a Kerenski-, y el volver a plantear el asunto ante el Soviet no deja de tener sus peligros, pues puede sencillamente contestar: "el poder debe pertenecer a la democracia soviética." Tal es el relato textual del propio Sujánov, que constituye una increíble mezcla de candidez y de cinismo. El inspirador de todos los misterios del poder reconoce abiertamente que, ya el 2 de marzo, el Soviet de Petrogrado se inclinaba por la toma formal del poder, el cual le pertenecía de hecho desde la tarde del 27 de febrero, y que los jefes socialistas sólo habían podido despojarle de él, en provecho de la burguesía, a espaldas de los obreros y los soldados, sin que éstos lo supieran y contra su verdadera voluntad. El trato de los demócratas con los liberales aparece rodeado, en el relato de Sujánov, de todas las características jurídicas de rigor en un crimen de lesa revolución, es decir, de complot secreto tramado contra el poder del pueblo y sus derechos.

Los dirigentes del Comité ejecutivo, comentando la impaciencia de Kerenski, cuchicheaban entre sí que no era conveniente para un socialista tomar oficialmente un fragmento de poder de manos de los hombres de la Duma, que acababan de recibirlo íntegramente de manos de los socialistas. Sería mejor que Kerenski asumiese toda la responsabilidad de aquel acto. Aquellos caballeros, por una especie de instinto infalible, se las arreglaban para encontrar siempre verdaderamente la salida más complicada y falsa a todas las situaciones. Pero Kerenski no quería entrar en el gobierno con la chaqueta de simple diputado radical; quería entrar, a todo trance, envuelto en el manto de representante de la revolución triunfante. Con el fin de no tropezar con ninguna resistencia, no solicitó la sanción ni del partido del cual se proclamaba miembro, ni del Comité ejecutivo, de que era vicepresidente. Sin advertir a los jefes, en una de las sesiones plenarias del Soviet, que en aquellos días no era aún más que mitin caótico, pidió la palabra para hacer una declaración, y en su discurso, que unos calificaron de confuso y otros de histérico -versiones entre las cuales, dicho sea de paso, no media contradicción-, exigió un voto de confianza y repitió en todos los tonos que estaba dispuesto a morir por la revolución y, aún más, a aceptar la cartera de ministro de Justicia. Le bastó aludir a la necesidad de una amnistía política completa y entregar a los Tribunales a los funcionarios zaristas, para provocar una tempestad de aplausos en aquella asamblea inexperta, sin rumbo ni dirección. "Aquella farsa -recuerda Schliapnikov- produjo en muchos una profunda indignación y un sentimiento de repugnancia contra Kerenski." Pero nadie le contradijo: los socialistas, al tiempo que entregaban el poder a la burguesía, evitaban, como sabemos, plantear esta cuestión ante las masas. No hubo votación. Kerenki decidió interpretar los aplausos como un voto de confianza. Desde su punto de vista, tenía razón. Indudablemente, el Soviet era

partidario de la entrada de los socialistas en el Ministerio, pues veía con ello un paso en el sentido de la liquidación del gobierno burgués, con el cual, ni por un instante, estuvo conforme. De todos modos, haciendo caso omiso de la doctrina oficial, el 2 de marzo Kerenski accedió a aceptar el cargo de ministro de Justicia. "Kerenski estaba muy contento de su nombramiento -cuenta el octubrista Schidlovski-, y me acuerdo perfectamente de que, en el local del Comité provisional hablaba calurosamente, tumbado en una butaca, del pedestal que levantaría a la justicia en Rusia." En efecto, meses más tarde, había de demostrarlo elocuentemente en el proceso seguido a los bolcheviques.

El menchevique Cheidse, al cual los liberales, guiándose por un cálculo excesivamente simple y por la tradición internacional, querían confiar, en un momento difícil, el Ministerio de trabajo, se negó categóricamente a aceptar el cargo, y permaneció en su puesto de presidente del Soviet. Menos brillante que Kerenski, Cheidse estaba, sin embargo, construido con materiales más sólidos.

Miliukov, líder indiscutible del partido kadete, aunque no se hallara formalmente al frente del Ministerio, era el jefe del gobierno provisional. "Miliukov estaba incomparablemente por encima de sus compañeros de gabinete -decía el kadete Nabokov, después de haber roto ya con él-, como fuerza intelectual, por sus inmensos conocimientos, casi inagotables, y por su espíritu amplio". Sujánov, que acusaba a Miliukov personalmente del fracaso del liberalismo ruso, decía, sin embargo, hablando de él: "Miliukov era entonces la figura central, el alma y el cerebro de todos los círculos políticos burgueses... Sin él no habría habido política burguesa en el primer período de la revolución." A pesar de su exageración estas opciones señalan la superioridad indiscutible de Miliukov sobre los demás políticos de la burguesía rusa. Su fuerza radicaba en lo mismo en que radicaba su debilidad: de un modo más concreto y definitivo que los demás, expresaba, traducido al lenguaje de la política, el destino de la burguesía rusa, es decir, la situación sin salida en que la historia había colocado a ésta. Los mencheviques se lamentaban de que Miliukov había llevado al liberalismo a la ruina, pero con más fundamento podría afirmarse que fue el liberalismo el que llevó a la ruina a Miliukov.

A pesar del neoeslavismo, resucitado por él con fines imperialistas, Miliukov fue siempre un occidentalista burgués. Había asignado como fin a su partido la implantación en Rusia de la civilización europea. Pero temía cada día más las sendas revolucionarias que habían seguido los pueblos de Occidente. Por esto, todo su occidentalismo se reducía a una envidia impotente de los países occidentales.

La burguesía inglesa y francesa edificó una nueva sociedad a su imagen y semejanza. La alemana llegó más tarde y tuvo que permanecer durante mucho tiempo entregada a la papilla de avena de la filosofía. Los alemanes inventaron el término "contemplación del mundo" (*Weltanschaung*), con el que no cuentan en su haber los ingleses ni los franceses; mientras que las naciones occidentales creaban un mundo nuevo, los alemanes "contemplaban" el suyo. Pero la burguesía alemana, tan pobre desde el punto de vista de la acción política, creó la filosofía clásica, lo cual constituye una aportación de valor innegable. La burguesía rusa llegó todavía más tarde. Es verdad que tradujo al ruso, con algunas variantes, la palabra "contemplación del mundo", pero con ello no hizo más que poner de manifiesto, a la par que su impotencia política, su fatal pobreza filosófica. Importó ideas y técnica, estableciendo para la última tarifas arancelarias elevadas y para las primeras una cuarentena dictada por el miedo. Miliukov estaba llamado a dar expresión política a estos rasgos característicos de su clase.

Ex-profesor de Historia en Moscú, autor de importantes trabajos científicos, fundador luego del partido kadete, fruto de la fusión de los terratenientes liberales y de los intelectuales de izquierda, Miliukov se hallaba absolutamente libre del diletantismo político, propio de la mayoría de los políticos liberales rusos. Tenía un concepto muy serio de su profesión, y esto bastaba ya para hacerle resaltar sobre el medio.

Hasta 1905 los liberales rusos se avergonzaban casi siempre de serlo. La capa de populismo y más tarde de marxismo les sirvió, durante mucho tiempo, de coraza defensiva. En esta capitulación vergonzante, en esencia muy poco profunda, de círculos burgueses muy extensos, en que figuraban incluso toda una serie de jóvenes industriales, ante el socialismo cobraba toda su expresión la falta de confianza en sí misma de una clase que había venido en el momento oportuno para concentrar en sus manos fortunas de millones, pero demasiado tarde para ponerse al frente del país. Los padres, campesinos de luengas barbas y tenderos enriquecidos, habían acumulado sin pensar en su papel social. Los hijos habían terminado sus estudios universitarios en el período de fermentación de las ideas prerrevolucionarias, y cuando intentaron hallar cabida en la sociedad no tuvieron prisa por enrolarse bajo la bandera del liberalismo, ya maltrecha en los países avanzados, descolorida y toda remendada. Durante algún tiempo, cedieron a los revolucionarios parte de su espíritu y aun de sus ingresos. Esto que decimos podemos hacerlo extensivo, aún con mayor razón, a los representantes de las profesiones liberales, una parte considerable de los cuales pasaron en su juventud por la fase de las simpatías socialistas. El profesor Miliukov

no pasó nunca el sarampión del socialismo. Era, orgánicamente, un burgués, y no se avergonzaba de serlo.

Cierto que en la época de la primera revolución, Miliukov no renunciaba aún a la esperanza de apoyarse en las masas revolucionarias por mediación de los partidos socialistas domesticados. Witte cuenta que cuando, en octubre de 1905, durante la formación de su gabinete constitucional, exigió a los kadetes "que se cortasen la cola revolucionaria", éstos le contestaron que del mismo modo que él, Witte, no podía renunciar al ejército, ellos no podían tampoco renunciar a las fuerzas armadas de la revolución. En el fondo, esto, en aquel entonces, no era ya más que un chantaje: para hacerse subir el precio, los kadetes asustaban a Witte con las masas, las mismas masas a quienes ellos tanto temían. Precisamente la experiencia de 1905 persuadió a Miliukov de que, por fuertes que fuesen las simpatías liberales de los grupos intelectuales socialistas, las fuerzas auténticas de la revolución, las masas, no cederían nunca sus armas a la burguesía, y que cuanto mejor armadas estuvieran, más peligrosas serían para ésta. Al proclamar abiertamente que la bandera roja no era más que un trapo, Miliukov liquidó, con un sentimiento evidente de desahogo, un idilio que en realidad no había empezado.

El divorcio entre la llamada "inteligentsia" y el pueblo constituía uno de los temas tradicionales de los publicistas rusos, con la particularidad de que los liberales, contrariamente a los socialistas, englobaban bajo el nombre de "inteligentsia" a todas las clases "cultas", es decir, a las clases poseedoras. Después que este divorcio se reveló catastróficamente, los liberales, durante la primera revolución ideólogos de las clases "cultas", vivían como en constante espera del juicio final. Un escritor liberal, filósofo, no atado por los convencionalismos de la política, expresó el miedo ante la masa con una fuerza furiosa, que recuerda el reaccionarismo epiléptico de Dostoievski. "Tal como somos, no sólo no podemos soñar en la fusión con el pueblo, sino que debemos temerle más que a todos los atropellos del poder y bendecir a este último, que con sus bayonetas y sus cárceles nos protege contra la furia popular..." ¿Podían los liberales, pensando de este modo, soñar con empuñar el "gobernalle" de la nación revolucionaria? Toda la política de Miliukov lleva el sello de la impotencia. En el momento de la crisis nacional, el partido acaudillado por él piensa en el modo de esquivar el golpe y no en el de asestarlo. Como escritor, Miliukov es pesado y difuso, y lo mismo puede decirse de él como orador. Lo decorativo no es su fuerte. Esto podría ser una cualidad positiva si la política mezquina de Miliukov no necesitara por modo tan apremiante de cubrirse con una máscara, o si, por lo menos, hubiera podido objetivamente cubrirse con una gran tradición; pero Miliukov no contaba

ni aun con una pequeña tradición. La política oficial de Francia, quintaesencia del egoísmo burgués y de la perfidia, tiene dos poderosos auxiliares: la tradición y la retórica, que rodean de una coraza defensiva a todo político burgués, incluso a un abogado de los grandes propietarios tan prosaico como Poincaré. Pero no es culpa de Miliukov el no haber tenido antecesores patéticos ni el verse obligado a practicar una política de egoísmo burgués en la frontera que separa a Europa de Asia.

"Paralelamente con las simpatías hacia Kerenski -leemos en las *Memorias* del socialrevolucionario Sokolov, sobre la revolución de Febrero-, existía desde el principio una gran antipatía no disimulada y un poco extraña por Miliukov. Yo no comprendía y sigo sin comprender por qué este honorable hombre público era tan impopular." Si los filisteos comprendieran las causas de su entusiasmo por Kerenski y de sus antipatías por Miliukov, dejarían de ser filisteos. El buen burgués no sentía simpatías por Miliukov, porque éste expresaba de un modo excesivamente prosaico, desapasionado e incoloro, la esencia política de la burguesía rusa. Al mirarse en el espejo de Miliukov, el burgués veía que era gris, interesado, cobarde, y, como suele suceder, se indignaba contra el espejo.

Al ver, por su parte, las muecas de descontento del burgués liberal, Miliukov decía tranquilamente y con aplomo: "La gente es tonta." Y pronunciaba estas palabras sin irritación, casi de un modo cariñoso, con el deseo de decir: "Si hoy la gente no me comprende, no hay por qué desesperarse, ya me comprenderá más tarde." Miliukov confiaba fundadamente en que el burgués no le traicionaría y, sometiéndose a la lógica de la situación, le seguiría a él, a Miliukov, pues no tenía otro camino. Y en efecto, después de la revolución de Febrero, todos los partidos burgueses, incluso los de derecha, siguieron al jefe kadete, aunque le insultasen y aun le maldijesen.

No se podía decir lo mismo de un político demócrata con matiz socialista como Sujánov. Éste no era un hombre gris, sino, al contrario, un político profesional, bastante refinado en su pequeño oficio. Este político no podía parecer "inteligente", pues saltaba demasiado a la vista la contradicción constante entre lo que quería y los resultados a que llegaba. Pero se hacía el cuco, enredaba y cansaba a la gente. Para arrastrarle, era necesario engañarle, no sólo reconociendo su completa independencia, sino acusándole aun de excesivo espíritu de mando, de autoritarismo. Esto le halagaba y le conciliaba con el papel de instrumento servil. Fue precisamente en una conversación con esta ardilla socialista donde Miliukov lanzó su frase: "La gente es tonta." Esta frase no era más que una sutil adulación: "Los únicos inteligentes somos usted y yo." Y al decirlo, Miliukov, sin que ellos

se dieran cuenta, echaba el anillo a la nariz de los demócratas. El anillo con el que más tarde habían de ser arrojados por la borda.

Su impopularidad personal no le permitió a Miliukov ponerse al frente del gobierno; hubo de contentarse con la cartera de Negocios extranjeros. Los asuntos de política exterior constituían ya su especialidad en la Duma.

El ministro de Guerra resultó ser el gran industrial moscovita Guchkov, a quien ya conocemos, liberal en su juventud, con una cierta tendencia aventurera y luego hombre de confianza de la gran burguesía cerca de Stolipin, en el período de la represión de la primera revolución. La disolución de las dos primeras Dumas, en las cuales dominaban los kadetes, condujo al golpe de Estado del 3 de junio de 1907, dado con el fin de modificar el estatuto electoral en beneficio del partido de Guchkov, que presidió después de las dos últimas Dumas hasta el momento de la revolución. En 1911, al inaugurarse en Kiev el monumento a Stolipin, muerto por un terrorista, Guchkov, depositando la corona, se inclinó hasta el suelo: en esta reverencia hablaba toda la clase. En la Duma se dedicó, principalmente, a las cuestiones militares, y en la preparación de la guerra obró en estrecho contacto con Miliukov. En su calidad de presidente del Comité central industrial de guerra, Guchkov agrupó a los industriales bajo la bandera de la oposición patriótica, sin impedir en lo más mínimo, al mismo tiempo, que los dirigentes del bloque progresista, Rodzianko inclusive, se llenaran los bolsillos con los suministros militares. La recomendación revolucionaria de Guchkov era que su nombre iba asociado por la semileyenda de la preparación de la consabida revolución palaciega. El ex-jefe de policía afirmaba, además, que Guchkov "se permitía en sus conversaciones sobre el monarca aplicar a este último un epíteto extremadamente ofensivo". Es muy verosímil, pero Guchko no constituía en este sentido una excepción. La devota zarina odiaba a Guchkov, le aplicaba en sus cartas los insultos más groseros y expresaba la esperanza de "verle colgado". Cierto es -dicho sea de paso- que la zarina deseaba esa suerte a muchos. Sea de ello lo que fuere, el hombre que se había inclinado hasta el suelo ante el verdugo de la primera revolución, apareció siendo ministro de la Guerra de la segunda.

Para la cartera de Agricultura se designó al kadete Chingarev, médico provinciano y diputado de la Duma. Sus correligionarios le consideraban como una mediocridad honrada o, para decirlo con Nabokov, como a "un intelectual de provincia, apto para un cargo, no en la capital, sino en provincias o en un distrito". Hacía ya tiempo que se había evaporado el radicalismo vago de su juventud y ahora la preocupación principal de Chingarev consistía en demostrar a las clases poseyentes su capacidad de hombre de Estado. Aunque el viejo

programa de los kadetes hablaba de "la expropiación forzosa de las tierras de los grandes propietarios mediante una justa tasación", ninguno de ellos tomaba este programa en serio, sobre todo ahora, en los años de inflación de la guerra, y Chingarev consideró como su misión principal retrasar la solución del problema agrario, haciendo concebir esperanzas a los campesinos con el espejuelo de la Asamblea constituyente, que los kadetes hacían todo lo posible por no convocar. La revolución de Febrero estaba condenada a estrellarse contra el problema de la tierra y el de la guerra. Chingarev le ayudó con todas sus fuerzas a conseguirlo.

La cartera de Hacienda fue a parar a manos de un joven llamado Terechenko. "¿De dónde le sacaron?", se preguntaba la gente con extrañeza en el palacio de Táurida. Los iniciados decían que era propietario de fábricas de azúcar, haciendas agrícolas, bosques y otras riquezas valoradas en ochenta millones de rublos de oro, que ocupaba la presidencia del Comité industrial de guerra en Kiev, que poseía una buena pronunciación francesa y que, además, era un buen conocedor del *ballet*. Añadían, además, de un modo significativo, que Terechenko, en calidad de hombre de confianza de Guchkov, casi habría tomado parte en el gran complot que había de destronar a Nicolás II. La revolución, estorbando el complot, ayudó a Terechenko.

Durante aquellos cinco días de febrero, en que en las frías calles de la capital se desarrollaban los combates revolucionarios, cruzó algunas veces por delante de nosotros, como una sombra, la figura de liberal procedente de casa grande, hijo del ex-ministro zarista Nabokov, figura casi simbólica en su corrección fatua y en su dureza egoísta. Nabokov pasó los días decisivos de la insurrección entre los cuatro muros del despacho de su casa, "esperando, alarmado, el desarrollo de los acontecimientos". Helo aquí, ahora, convertido en el *factotum* del gobierno provisional, en una especie de ministro sin cartera. Emigrado a Berlín, donde fue muerto por una bala perdida de un guardia blanco, dejó unas notas, no exentas de interés, sobre el gobierno provisional. Anotemos en su haber este servicio.

Pero nos hemos olvidado de nombrar al primer ministro, sin duda por hacer lo que hacía todo el mundo en los momentos más serios de su breve reinado. El 2 de marzo, Miliukov, al presentar al nuevo ministro en la sesión del palacio de Táurida, dijo que el príncipe Lvov era "la encarnación de la opinión pública rusa, perseguida por el régimen zarista". Más tarde, en su *Historia de la revolución*, observa prudentemente que fue puesto al frente del gobierno el príncipe Lvov, "poco conocido personalmente de la mayoría de los diputados que formaban el Comité provisional". El historiador intenta eximir aquí al

político de responsabilidad por elección. En realidad, el príncipe formaba parte, desde hacía tiempo, del partido kadete, figurando en su ala derecha. Después de la disolución de la primera Duma, en la famosa reunión de diputados celebrada en Viborg, que se dirigió a la población con el llamamiento ritual del liberalismo ofendido: "No pagar los impuestos", el príncipe Lvov, que estaba presente, no firmó el manifiesto. Nabokov recuerda que, al volver de Viborg, el príncipe cayó enfermo, con la particularidad que la enfermedad "se atribuía al estado de agitación en que se hallaba". Por lo visto, el príncipe no había nacido para las emociones revolucionarias. El príncipe Lvov, a pesar de ser extremadamente moderado, en todas las organizaciones dirigidas por él toleraba, por obra sin duda de una indiferencia política que parecía amplitud de espíritu, a un gran número de intelectuales de izquierda, de ex-revolucionarios, de socialistas patriotas que habían esquivado la guerra, elementos que no trabajaban peor que los funcionarios, no robaban y al mismo tiempo creaban al príncipe algo parecido a la popularidad. La existencia de un príncipe ricacho y liberal imponía al buen burgués. Por eso, ya bajo el zar, se había pensado en el príncipe Lvov como primer ministro. Si resumimos todo lo dicho, habrá que reconocer que el jefe del gobierno de la revolución de Febrero representaba un sitio, aunque brillante, completamente vacío. Rodzianko era, desde luego, más solemne.

La historia legendaria del Estado ruso empieza con un relato de la crónica según el cual los embajadores de las tribus eslavas se dirigieron a los príncipes escandinavos con este ruego: "Venid a poseernos y gobernarnos." Los desdichados representantes de la democracia socialista convirtieron la leyenda histórica en realidad, pero no en el siglo IX precisamente, sino en el XX, con la diferencia de que ellos se dirigieron, no a los príncipes ultramarinos, sino a los del interior del país. Y he aquí cómo, por obra y gracia de la insurrección victoriosa de los obreros y soldados, subían al poder unos cuantos vulgares terratenientes e industriales riquísimos y algunos diletantes políticos sin programa, con un príncipe poco amigo de emociones a la cabeza.

La composición del gobierno fue acogida con satisfacción en las Embajadas aliadas, en los salones burgueses y burocráticos y en los sectores más vastos de la burguesía media y, en parte, de la pequeña. El príncipe Lvov, el octubrista Guchkov, el kadete Miliukov, sólo los nombres tranquilizaban. Es posible que el nombre de Kerenski hiciera arrugar el ceño a los aliados, pero no asustaba. Los más perspicaces lo comprendían: no hay que olvidar que ha habido una revolución: enganchado a un caballo de tanta confianza como Miliukov, un potro vivaracho tiene que sernos útil, por fuerza, en el tiro. Así debía de razonar el embajador francés Paleologue, que tanto gustaba de las metáforas rusas.

Entre los obreros y los soldados, la composición del gobierno suscitó inmediatamente un sentimiento de recelo o , en el mejor de los casos, de sorda perplejidad. Los nombres de Miliukov y Guchkov no podían arrancar muestras de aprobación, precisamente, en la fábrica o en los cuarteles. Se conservan no pocos testimonios que lo acreditan. El oficial Mstislavski habla de la sombría inquietud de los soldados ante el hecho de que el poder hubiera pasado de manos del zar a manos de un príncipe. ¿Valía la pena haber hecho correr la sangre para esto? Stankievich, que se contaba entre los íntimos de Kerenski, recorrió, el 3 de marzo, su batallón de zapadores, compañía tras compañía, y recomendó al nuevo gobierno, al que él consideraba como el mejor de cuantos eran posibles y del cual hablaba con gran entusiasmo. "Pero en el auditorio se notaba frialdad." Sólo cuando el orador mentó a Kerenski, los soldados "manifestaron ruidosamente una verdadera satisfacción". La opinión de la pequeña burguesía de la capital había convertido ya a Kerenski en el héroe central de la revolución. Los soldados, en mucho mayor grado que los obreros, se obstinaban en ver en Kerenski el contrapeso del gobierno burgués; lo único que no comprendían era por qué figuraba solo en él. Pero no; Kerenski no era un contrapeso, sino un complemento, una cubierta, un adorno, y defendía los mismos intereses que Miliukov, sólo que a la luz del magnesio.

¿Cuál era la constitución real del país, una vez instaurado el nuevo Poder?

La reacción monárquica se escondió por los rincones. Cuando aparecieron las primeras aguas del diluvio, los propietarios de todas las clases y tendencias se agruparon bajo la bandera del partido kadete, el cual se lanzó inmediatamente a la palestra como el único partido no socialista, y al propio tiempo, de extrema derecha.

Las masas se fueron todas con los socialistas, a los que identificaban en su fuero interno con los soviets. No sólo los obreros y los soldados de las enormes guarniciones del interior, sino toda la masa heterogénea de pequeñas gentes de la ciudad, artesanos, vendedores ambulantes, pequeños funcionarios, cocheros, porteros, criados, eran hostiles al gobierno provisional y buscaban un poder más allegado a ellos y más accesible. Cada día era mayor el número de campesinos que acudía de las aldeas y se presentaba en el palacio de Táurida. Las masas se derramaban en los soviets como si entrasen por la puerta triunfal de la revolución. Todo lo que quedaba fuera de las fronteras del Soviet diríase que quedaba al margen de la revolución y que pertenecía a otro mundo. Y así era, en realidad: al margen de los soviets quedaba el mundo de los propietarios, revestido ahora de un color rosa grisáceo que le servía de contradefensiva.

No toda la masa trabajadora eligió sus soviets, pues no toda ella despertó simultáneamente, ni todos los sectores de los oprimidos se atrevieron a creer inmediatamente que la revolución tocaba también a sus intereses. En la conciencia de muchos flotaba tan sólo una vaga esperanza. Por los soviets sentíanse atraídos los elementos más activos que había en las masas, y sabido es que en los períodos revolucionarios la actividad es lo que triunfa; por eso, al crecer de día en día la actividad de las masas, el fundamento de sustentación de los soviets se ensanchaba constantemente. Era la única base real sobre la que se cimentaba la revolución.

En el palacio de Táurida convivían dos mundos: la Duma y el Soviet. En un principio, el Comité ejecutivo estaba instalado en unos despachos estrechos, por los cuales rodaba una avalancha humana ininterrumpida. Los diputados de la Duma intentaban sentirse amos en sus locales lujosos. Pero pronto sus mamparas se vieron arrastradas por el desbordamiento de la revolución. A pesar de toda la indecisión de sus directores, el Soviet se dilataba inexorablemente, mientras que la Duma iba quedando arrinconada en el zaguán del edificio. La nueva correlación de fuerzas iba abriéndose paso por todas partes.

Los diputados, en el palacio de Táurida; los oficiales en sus regimientos; los jefes, en sus Estados Mayores; los directores y los administradores, en las fábricas, en los ferrocarriles, en el telégrafo; los terratenientes o los administradores en las fincas; todos se sentían, en los primeros días de la revolución, cohibidos por la mirada escrutadora y recelosa de la masa. A los ojos de ésta el Soviet era la expresión organizada de su desconfianza hacia todos los que la oprimían. Los cajistas vigilaban celosamente el texto de los artículos que componían; los ferroviarios no perdían de vista los trenes militares que circulaban por sus redes; los telegrafistas interpretaban ahora de un modo nuevo el texto de los telegramas; los soldados se miraban unos a otros, a cada movimiento sospechoso del oficial; los obreros arrojaban de la fábrica al capataz reaccionario y vigilaban al director liberal. La Duma, desde las primeras horas, y el gobierno provisional, desde los primeros días de la revolución, se convirtieron en el centro adonde afluían las lamentaciones de las clases poseedoras, sus protestas contra los "excesos" de las "turbas", sus nostálgicas observaciones y sus presentimientos sombríos.

"Sin la burguesía no podremos dominar el aparato del Estado", razonaba el pequeño burgués socialista, echando una tímida ojeada a los edificios oficiales, desde donde atalayaba, con los ojos en blanco, el esqueleto del viejo Estado. Procuró hallarse salida al atolladero encajando como se pudo en el aparato burocrático, decapitado por la revolución, una cabeza liberal. Los nuevos ministros tomaron posesión de los ministerios zaristas; se

hicieron cargo de las máquinas de escribir, de los teléfonos, de los ujieres, de las taquígrafas y de los funcionarios; pero cada día que pasaba les convencía de que aquella máquina trabajaba en el vacío.

Kerenski recordaba, andando el tiempo, que el gobierno provisional había tomado "en sus manos el poder al tercer día de la anarquía rusa, cuando en toda la superficie del país no sólo no existía ningún poder, sino que textualmente no quedaba ni un solo guardia". Para él no existían, por lo visto, los soviets de diputados, obreros y soldados, que acaudillaban a masas de muchos millones de hombres; al parecer, según él, no eran más que uno de tantos elementos de anarquía. Para caracterizar el desamparo del país, cita la desaparición de los gendarmes. En esta confesión del más izquierdista de los ministros se halla la clave de toda la política del gobierno provisional.

Por disposición del príncipe Lvov, los cargos de gobernador fueron ocupados por los presidentes de las administraciones de los zemstvos provinciales, que no se distinguían gran cosa de sus antecesores los gobernadores zaristas. Muchas veces eran terratenientes semifeudales, que veían jacobinos hasta en los gobernadores. Al frente de los distritos fueron colocados los presidentes de los zemstvos correspondientes. Los pueblos podían reconocer a sus viejos enemigos enmascarados bajo los nombres flamantes de "comisarios". "Son los mismos curas de antaño, con la diferencia de que llevan unos nombres más sonoros", como dijo, en otros tiempos, Milton, aludiendo a la tímida reforma de los presbiterianos. Los comisarios provinciales y de distrito tomaron posesión de las máquinas de escribir, de los escribientes y funcionarios, de los gobernadores y jefes de policía, y pronto pudieron persuadirse de que no se les había legado ningún poder. En las provincias y distritos, la vida se concentraba en torno a los soviets. La dualidad de poderes hacíase extensiva, por tanto, a todo el país. Sólo que en los organismos inferiores los dirigentes soviéticos, socialrevolucionarios y mencheviques también, aunque más candorosos, no siempre se desentendían del poder que les ponía en las manos la situación. Resultado de esto era que la situación de los comisarios provinciales consistiese principalmente en lamentarse de la completa imposibilidad de poner por obra sus atribuciones.

Al día siguiente de constituirse el ministerio liberal, la burguesía tuvo la sensación, no de que había adquirido el poder, sino, por el contrario, de que lo había perdido. A pesar de la escandalosa arbitrariedad de la pandilla de Rasputin, el poder efectivo de ésta tenía un carácter limitado. La influencia de la burguesía en los asuntos del Estado era inmensa. La misma participación de Rusia en la guerra había sido mucho más obra de la burguesía que

de la monarquía. Y, sobre todo, el régimen zarista garantizaba a los propietarios la posesión de sus fábricas, de sus tierras, bancos, casas, periódicos, etc., y, por tanto, en sustancia, virtualmente, eran ellos los que estaban en el poder. La revolución de Febrero modificó la situación en dos sentidos contradictorios: a la par que entregaba solemnemente a la burguesía los atributos exteriores del poder, le despojaba de aquella sustancia de poder real y efectivo de que gozaba antes de la revolución. Los que ayer eran funcionarios de la asociación de los zemstvos, en la cual mandaba el amo, el príncipe Lvov, y del Comité industrial de guerra, donde mandaba Guchkov, se convertían, bajo el nombre de socialrevolucionarios y mencheviques, en dueños de la situación en el país y en el frente, en la ciudad y en el campo; nombraban ministros a Lvov y Guchkov, pero poniéndoles condiciones, lo mismo que si los tomaran como empleados.

Por otra parte, el Comité ejecutivo, después de crear el gobierno burgués, no se decidía a declarar, como el dios bíblico, que su obra era buena. Por el contrario, se apresuró a ahondar el abismo que mediaba entre él y la obra de sus manos, declarando que sólo apoyaría al nuevo poder en tanto que éste sirviera fielmente a la revolución democrática, el gobierno provisional comprendía perfectamente que no podría sostenerse ni una hora sin el apoyo de la democracia oficial; pero este apoyo sólo se le prometió si se portaba bien, es decir, si daba satisfacción a fines que le eran extraños y cuya realización la propia democracia había rehuido. El gobierno no sabía nunca dentro de qué límites podía ejercer aquel poder, que había adquirido casi de contrabando. Los dirigentes del Comité ejecutivo no siempre se lo podían decir de antemano, por la sencilla razón de que a ellos mismos les era difícil adivinar en qué punto brotaría el descontento dentro de su propia órbita, como reflejo del descontento de las masas. La burguesía simulaba creer que los socialistas la habían engañado. Éstos, a su vez, temían que con sus pretensiones prematuras los liberales soliviantaran a las masas, complicando con ello una situación que ya de suyo no tenía nada de fácil. La frase "apoyar en tanto que" era una fórmula inequívoca que imprimió su sello a todo el período anterior a octubre, y se convirtió en la fórmula jurídica que daba expresión a la falsía interna que informaba aquel régimen híbrido de la revolución de Febrero.

Para ejercer presión sobre el gobierno, el Comité ejecutivo eligió una comisión especial, a la que dio el nombre cortés pero ridículo de Comisión "de enlace". Como se ve, la organización del poder revolucionario se basaba oficialmente en el principio de la recíproca persuasión. El escritor místico Merejkovski no pudo encontrar precedente para este régimen más que en el Antiguo Testamento, en los profetas que tenían junto a sí los reyes de Israel. Pero los profetas bíblicos, lo mismo que el profeta del último Romanov,

recibían la inspiración directamente del cielo y no se atrevían a contradecir a los reyes, con lo cual quedaba garantizada la unidad del poder. No ocurría así, ni mucho menos, con respecto a los profetas del Soviet, que sólo hablaban inspirados por su propia limitación. Los ministros liberales consideraban que del Soviet no podía salir nada bueno. Cheidse, Skobelev, Sujánov y otros iban a ver al gobierno y le anegaban en su verborrea para persuadirle de que cediera; los ministros se oponían a ello. Los delegados volvían al Comité ejecutivo y ejercían presión sobre él, valiéndose de la autoridad del gobierno. Poníanse nuevamente en contacto con los ministros, y volvían a empezar por el principio. Y este complicado molino rodaba y rodaba, sin molienda.

En la Comisión de enlace todo el mundo era a lamentarse. Guchkov, sobre todo, lamentábase ante los demócratas de los desórdenes provocados en el ejército por la tolerancia del Soviet. A veces, el ministro de la Guerra de la revolución "vertía literalmente lágrimas, o, por lo menos, se limpiaba tenazmente los ojos con el pañuelo". Por lo visto, el ministro suponía, no sin fundamento, que la principal función de los profetas consiste en enjugar las lágrimas de los ungidos.

El 9 de marzo el general Alexéiev, que se hallaba al frente del cuartel general, telegrafió al ministro de la Guerra: "Pronto seremos esclavos de los alemanes, si seguimos mostrándonos indulgentes con el Soviet." Guchkov le contestó, en tono lacrimoso: "Por desgracia, el gobierno no dispone de poder efectivo; las tropas, los ferrocarriles, el telégrafo, todo está en manos del Soviet, y puede afirmarse que el gobierno provisional sólo existe en la medida en que el Soviet permite que exista."

Transcurrían las semanas, y la situación no mejoraba en lo más mínimo. Cuando a principios de abril, el gobierno provisional envió al frente una delegación de diputados de la Duma, les indicó, rechinando los dientes, la necesidad de que no exteriorizaran sus disparidades de criterio con los delegados del Soviet. Los diputados liberales tuvieron, durante todo el viaje, la sensación de que iban custodiados, no dándose cuenta de que, sin ello, a pesar de las elevadas atribuciones de que estaban revestidos, no sólo no hubieran podido presentarse delante de los soldados, sino que ni siquiera hubieran encontrado sitio en el tren. Este detalle prosaico, consignado en las *Memorias* del príncipe Mansiriev, completa magníficamente la correspondencia mantenida entre Guchkov y el cuartel general acerca de la esencia de la constitución de Febrero.

Uno de los ingenios reaccionarios caracterizaba, no sin su causa y razón, la situación del siguiente modo: "El viejo régimen está encerrado en la fortaleza de Pedro y Pablo; el nuevo, sometido a arresto domiciliario."

Pero ¿es que acaso el gobierno provisional no tenía más apoyo que el sostén, muy equívoco como se ha visto, de los dirigentes de los soviets? ¿Dónde se habían metido las clases poseedoras? La pregunta es fundada. Las clases poseedoras, ligadas por su pasado con la monarquía, se apresuraron, después de la revolución, a reajustarse en torno al nuevo eje. El Consejo de la Industria y el Comercio, que representaba al capital unificado de todo el país, se inclinaba ya el 12 de marzo ante el acto de la Duma, poniéndose "por entero a la disposición" de ésta. Las Dumas municipales y los zemstvos siguieron el mismo camino. El 10 de marzo, hasta el mismo Consejo de la Nobleza Unida, punto de apoyo del trono, invitaba a todos los rusos, en un lenguaje de patética cobardía, a "agruparse alrededor del gobierno provisional como único poder legítimo de Rusia". Casi simultáneamente con esto, las instituciones y los órganos de las clases poseedoras empezaron a condenar la dualidad de poderes, haciendo recaer, en un principio cautelosamente y después con más audacia, sobre los soviets la responsabilidad por los desórdenes. A los patronos siguieron los altos empleados, las profesiones liberales, los funcionarios del Estado. Del ejército llovían también telegramas, mensajes y resoluciones del mismo carácter fabricado por los estados mayores. La prensa liberal abrió una campaña en "favor del poder único", campaña que en los meses siguientes adquirió un carácter de fuego graneado contra los jefes de los soviets. En conjunto, la cosa iba tomando un aspecto bastante imponente. El gran número de instituciones, los nombres conocidos, los acuerdos, los artículos, la decisión del tono, todo contribuía a ejercer una influencia infalible en los impresionables directores del Comité ejecutivo. Sin embargo, detrás de este desfile amenazador de las clases poseedoras no había ninguna fuerza seria. ¿Y la fuerza de la propiedad?, objetaban a los bolcheviques los socialistas pequeño burgueses. La propiedad es una relación entre personas, representa una fuerza inmensa, reconocida generalmente desde tiempos remotos y que se halla sostenida por un sistema de coacción llamado Derecho y Estado. Pero precisamente la esencia de la situación consistía en que el viejo Estado se había derrumbado de golpe y las masas habían trazado sobre el viejo derecho en bloque un inmenso signo de interrogación. En las fábricas, los obreros se sentían cada día más los amos, y los patronos, unos huéspedes indeseables. Aún menos seguros se sentían los terratenientes en las aldeas, frente a frente con los campesinos ceñudos, que les odiaban a muerte; lejos del poder en cuya existencia, visto de lejos, habían crecido en un principio. Pero unos propietarios privados de la posibilidad de disponer de sus bienes y aun de vigilarlos, dejaban de ser verdaderos propietarios para convertirse en unos ciudadanos atemorizados que no podían prestar ningún apoyo a su gobierno, porque ellos mismos estaban harto necesitados de ayuda. No

tardaron en maldecir al gobierno por su debilidad, pero al maldecir al gobierno no hacían más que maldecir su propio destino.

Entre tanto, la acción conjunta del Comité ejecutivo y del ministerio parecía asignarse como fin demostrar que el arte de gobernar durante la revolución consiste en dejar pasar el tiempo hablando sin tasa. En los liberales, era un cálculo consciente, pues estaban firmemente convencidos de que todas las cuestiones exigían un aplazamiento, con una sola excepción, la única que consideraban inaplazable: el juramento de fidelidad a la Entente.

Miliukov comunicó a sus colegas los tratados secretos. Kerenski se hizo el sordo. Al parecer, sólo el procurador del Santo Sínodo, Lvov, rico en sorpresas, de apellido igual al del primer ministro, pero que no era príncipe, manifestó ruidosamente su indignación, llegando hasta calificar los tratados de "obra de bandidos y ladrones", con lo cual provocaría, ineludiblemente, una sonrisa indulgente de Miliukov ("la gente es tonta") y la proposición de pasar sin más a la orden del día. La declaración oficial del gobierno prometía convocar elecciones para la Asamblea constituyente en un brevísimo plazo, que, sin embargo, y deliberadamente, no se señalaba. No se decía nada de la forma de Estado: el gobierno no tenía aún la esperanza de volver a la monarquía, al paraíso perdido. Pero la esencia real de la declaración consistía en el compromiso de continuar la guerra hasta el triunfo final y "cumplir, sin apartarse ellos en un punto, los compromisos contraídos con los aliados". Ante este problema, el más grave e inminente para el pueblo ruso, la revolución no se había hecho, por lo visto, más que para declarar: las cosas seguirán como hasta aquí. Y como los demócratas daban al reconocimiento del nuevo poder por parte de la Entente una significación mística -ya se sabe que el pequeño tendero no es nada mientras el banco no le abra crédito-, el Comité ejecutivo se tragó sin decir una palabra la declaración imperialista del 6 de marzo. "Ningún órgano oficial de la democracia -decía Sujánov un año después- reaccionó públicamente ante aquel acto del gobierno provisional, que deshonraba ante la Europa democrática a nuestra revolución, en el momento de nacer."

Finalmente, el 8 salió del laboratorio ministerial el decreto de amnistía. En aquel momento, las puertas de las cárceles habían sido abiertas ya en todo el país por el pueblo, y los deportados políticos regresaban de la deportación entre una avalancha de mítines de entusiasmo, de músicas militares, de discursos y de flores. El decreto resonaba como un eco retrasado de la realidad en las covachuelas. El 12 fue proclamada la abolición de la pena de muerte. Cuatro meses después, era restablecida para los soldados. Kerenski había prometido colocar la justicia a una altura nunca vista. En un principio, bajo el primer

impulso, hizo que se aprobase, efectivamente, la proposición hecha por el Comité ejecutivo de incorporar a los tribunales de justicia representantes de los obreros y soldados. Era la única medida en que se sentían los latidos de la revolución, y se explica, por tanto, que hiciese estremecerse de horror a todos los eunucos de la justicia. Pero las cosas no pasaron de aquí. El abogado Demiánov, que era también "socialista" y que, bajo Kerenski, ocupó un sitio preeminente en el ministerio, decidió, según sus propias palabras, respetar el principio de dejar en sus cargos a todos los funcionarios anteriores: "La política del gobierno revolucionario no debe lesionar a nadie sin necesidad." Era, en esencia la norma que seguía todo el gobierno provisional, que a nada temía tanto como a lesionar a los elementos de las clases dominantes, sin excluir, naturalmente, a la burocracia zarista. No sólo permanecieron en sus puestos los jueces, sino también los fiscales del zarismo. Claro está que las masas podían ofenderse, pero esto era ya de la competencia de los soviets: las masas no entraban en el campo visual del gobierno.

Sólo el procurador Lvov, a cuyo temperamento hemos aludido ya más arriba, hizo soplar algo parecido a una racha de aire fresco al hablar oficialmente de los "idiotas y bribones" que se albergaban en el Santo Sínodo. Los ministros escucharon, no sin cierta inquietud, aquellos jugosos epítetos, pero el Sínodo siguió siendo lo que era: una institución gubernamental, y la religión ortodoxa la religión del Estado. Se conservó incluso la composición del Sínodo: la revolución no debía disgustarse inútilmente con nadie.

Seguían reuniéndose, o por lo menos cobrando sus emolumentos, los miembros del Consejo de Estado, servidores fieles de dos o tres zares. Este hecho no tardó en adquirir una significación simbólica. En las fábricas y en los cuarteles surgieron ruidosas protestas. El Comité ejecutivo se emocionó. El gobierno dedicó dos sesiones a examinar la cuestión del destino y de los emolumentos de los miembros del Consejo de Estado, sin poder llegar a un acuerdo. No era cosa de molestar a unas personas tan simpáticas, entre las cuales figuraban, además, muchos buenos amigos.

Los ministros de Rasputin seguían recluidos en la fortaleza, pero el gobierno provisional había asignado ya una pensión a los ex-ministros. ¿Era una burla o una voz de ultratumba? No, nada de eso. Era que el gobierno no quería disgustarse con sus antecesores aunque estuvieran recluidos en la cárcel.

Los senadores seguían dormitando, embutidos en sus uniformes galoneados, y cuando el senador de izquierda Sokolov, a quien acababa de nombrar Kerenski, se atrevió a presentarse de levita negra, le hicieron sencillamente salir de la sala de sesiones: los

senadores zaristas no temieron disgustarse con la revolución de Febrero cuando se persuadieron de que el gobierno salido de ella no tenía uñas ni dientes.

Marx consideraba que la causa del fracaso de la revolución de marzo en Alemania residía en el hecho de que "había reformado únicamente las altas esferas del poder, dejando intactos todos los sectores que se hallaban por debajo: la vieja burocracia, el viejo ejército, los viejos jueces, que habían nacido, se habían educado y encanecido al servicio del absolutismo. Los socialistas de tipo Kerenski buscaban la salvación en lo que Marx consideraba como la causa del fracaso. Los marxistas mencheviques comulgaban en Kerenski y no en Marx.

La única materia en que el gobierno manifestó iniciativa y rapidez revolucionaria fue la legislación sobre sociedades anónimas: el decreto de reforma se publicó ya el 17 de marzo. Las diferencias de raza y de religión no fueron abolidas hasta tres días después. Es posible que en el gobierno se sentaran algunos ministros a quienes el antiguo régimen no hiciera sufrir acaso más deficiencias que las de la legislación sobre las sociedades por acciones.

Los obreros exigían con impaciencia la jornada de ocho horas. El gobierno se hacía el sordo. Estábamos en tiempos de guerra, y todo el mundo tenía que sacrificarse en aras de la patria. El Soviet se encargaría de tranquilizar a los obreros.

En términos más amenazadores se planteaba la cuestión de la tierra. Aquí era necesario hacer algo, por poco que fuera. Estimulado por los profetas, el ministro de Agricultura, Chingarev, dio orden de que se creasen Comités agrarios locales, cuyos fines y funciones se guardaba cautamente de definir. Los campesinos se figuraban que estos Comités iban a darles la tierra. Los terratenientes entendían que su misión era proteger sus propiedades. Así fue arrollándose al cuello del régimen de febrero, desde un principio, el dogal campesino, más inexorable que ningún otro.

La fórmula oficial era que todas las dificultades engendradas por la revolución se aplazaban hasta la Asamblea constituyente. ¿Acaso podían sustraerse a los mandatos de la voluntad nacional estos demócratas constitucionales irreprochables, que, con gran pesar suyo, no habían logrado montar a horcajadas sobre esa voluntad nacional soberana al duque Mijail Romanov? Los preparativos para la futura representación nacional iban desarrollándose con una pesadez burocrática tan enorme y una lentitud tal -deliberada naturalmente-, que la Asamblea constituyente se convertía de proyecto en espejismo. Sólo el 25 de marzo, casi un mes después de la revolución -y un mes es un gran espacio de tiempo en períodos revolucionarios-, el gobierno decidió crear una Comisión especial

encargada de redactar el texto de la ley electoral. Pero esta Comisión no llegó a funcionar. En su *Historia de la revolución*, falseada hasta la médula, Miliukov dice que, como resultado de distintos aplazamientos, "la Comisión especial nombrada bajo el primer gobierno no pudo inaugurar sus tareas". Los aplazamientos formaban parte de la misión de dicho organismo y de sus deberes. Su cometido no era otro que dilatar la Asamblea constituyente hasta tiempos mejores: hasta la victoria, la paz o las calendas de Kornilov.

La burguesía rusa, que vino al mundo demasiado tarde, odiaba mortalmente a la revolución. Pero este odio era un odio impotente. Veíase reducida a esperar y maniobrar. Imposibilitada como estaba de debilitar y estrangular la revolución, la burguesía confiaba vencerla por agotamiento.

CAPITULO XI
LA DUALIDAD DE PODERES

¿Dónde radica la verdadera esencia de la dualidad de poderes? No podemos dejar de detenernos en esta cuestión, que hasta hoy no ha sido dilucidada en la literatura histórica, a pesar de tratarse de un fenómeno peculiar a toda crisis social y no propio y exclusivo de la revolución rusa de 1917, aunque en ésta se presente con rasgos más acentuados.

En toda sociedad existen clases antagónicas, y la clase privada de poder aspira inevitablemente a hacer variar en su favor, en mayor o menor grado, los derroteros del Estado. Sin embargo, esto no significa que en la sociedad coexistan necesariamente dos o más poderes. El carácter del régimen político se halla informado directamente por la actitud de las clases oprimidas frente a la clase dominante. El poder único, condición necesaria para la estabilidad de todo el régimen, subsiste mientras la clase dominante consigue imponer a toda la sociedad, como únicas posibles, sus formas económicas y políticas.

La coexistencia del poder de los *junkers* y de la burguesía -lo mismo bajo el régimen de los Hohenzollern que bajo la República- no implica dualidad de poderes, por fuertes que sean, a veces, los conflictos entre las dos clases que comparten el poder; su base social es común y sus desavenencias no amenazan con dar al traste con el aparato del Estado. El régimen de la dualidad de poderes sólo surge allí donde chocan de modo irreconocible las dos clases; sólo puede darse, por tanto, en épocas revolucionarias, y constituye, además, uno de sus rasgos fundamentales.

La mecánica política de la revolución consiste en el paso del poder de una a otra clase. La transformación violenta se efectúa generalmente en un lapso de tiempo muy corto. Pero no hay ninguna clase histórica que pase de la situación de subordinada a la de dominadora súbitamente, de la noche a la mañana, aunque esta noche sea la de la revolución. Es necesario que ya en la víspera ocupe una situación de extraordinaria independencia con respecto a la clase oficialmente dominante; más aún, es preciso que en ella se concentren las esperanzas de las clases y de las capas intermedias, descontentas con lo existente, pero incapaces de desempeñar un papel propio. La preparación histórica de la revolución conduce, en el período prerrevolucionario, a una situación en la cual la clase llamada a implantar el nuevo sistema social, si bien no es aún dueña del país, reúne de hecho en sus manos una parte considerable del poder del Estado, mientras que el aparato oficial de este último sigue aún en manos de sus antiguos detentadores. De aquí arranca la dualidad de poderes de toda revolución.

Pero no es éste su único aspecto. Si la nueva clase exaltada al poder por la revolución que no quiso es, en el fondo, una clase ya vieja, que ha llegado históricamente con retraso; si antes de tomar oficialmente el poder está ya gastada; si al empuñar el timón se encuentra con que su adversaria está ya suficientemente madura para el poder y alarga la mano para adueñarse del Estado, entonces la transformación política determina la sustitución del equilibrio inestable del poder dual por otro a veces más inconsistente. La misión de la revolución o de la contrarrevolución consiste precisamente en triunfar, en cada nueva etapa, sobre esta "anarquía" de la dualidad de poderes.

La dualidad de poderes no sólo presupone, sino que, en general, excluye la división del poder en dos segmentos y todo equilibrio formal de poderes. No es un hecho constitucional, sino revolucionario, que atestigua que la ruptura del equilibrio social ha roto ya la superestructura del Estado. La dualidad de poderes surge allí donde las clases adversas se apoyan ya en organizaciones estables substancialmente incompatibles entre sí y que a cada paso se eliminan mutuamente en la dirección del país. La parte del poder correspondiente a cada una de las dos clases combatientes responde a la proporción de fuerzas sociales y al curso de la lucha.

Por su esencia misma, este estado de cosas no puede ser estable. La sociedad reclama la concentración del poder, y aspira inexorablemente a esta concentración en la clase dominante o, en el caso que nos ocupa, en las dos clases que comparten el dominio político de la nación. La escisión del poder sólo puede conducir a la guerra civil. Sin embargo, antes de que las clases rivales se decidan a entablarla, sobre todo en el caso de que teman la intromisión de una tercera fuerza, pueden verse obligadas a soportar durante bastante tiempo y aun a sancionar, por decirlo así, el sistema de la dualidad de poderes. Con todo, este estado de cosas no puede durar. La guerra civil da a la dualidad de poderes la expresión más visible, la geográfica: cada poder se atrinchera y hace fuerte en su territorio y lucha por conquistar el de su adversario; a veces, la dualidad de poderes adopta la forma de invasión por turno de los dos poderes beligerantes, hasta que uno de ellos se consolida definitivamente.

La revolución inglesa del siglo XVII, precisamente porque fue una gran revolución que removió al país hasta su entraña, representa una sucesión evidente de regímenes de poder dual con tránsitos bruscos de uno a otro en forma de guerras civiles.

En un principio, el poder real, apoyado en las clases privilegiadas o en las capas superiores de las mismas, los aristócratas y los obispos, se halla en contraposición con la burguesía y los sectores de la nobleza territorial que le son afines. El gobierno de la

burguesía es el parlamento presbiteriano, apoyado en la City de Londres. La lucha persistente de estos dos regímenes se resuelve en una franca guerra civil. Surgen dos centros gubernamentales, Londres y Oxford, cada cual con su ejército propio, y la dualidad de poderes asume formas geográficas, aunque, como sucede siempre en la guerra civil, las limitaciones territoriales son en extremo inconsistentes. Vence el parlamento. El rey cae prisionero y espera su suerte.

Parece que surgen las condiciones para establecer el poder unitario de la burguesía presbiteriana. Pero ya antes de que se quebrantado el poder real, el ejército parlamentario se convierte en una fuerza política autónoma, que concentra en sus filas a los independientes, pequeños burgueses piadosos y decididos, los artesanos, los agricultores. El ejército se inmiscuye autoritariamente en la vida pública, no como una fuerza armada, sencillamente, ni como una guardia pretoriana, sino como la representación política de una nueva clase que se levanta contra la burguesía acomodada y rica. Y fiel a esta misión, el ejército crea un nuevo órgano de Estado que se eleva por encima del mando militar: el consejo de diputados, soldados y oficiales (los "agitadores"). Se inicia así un nuevo período de dualidad de poderes; por un lado, el parlamento presbiteriano; por otro, el ejército independiente. La dualidad de poderes conduce a una pugna abierta. La burguesía se revela impotente para oponer su ejército al "ejército modelo" de Cromwell, es decir, a la plebe armada. El conflicto termina con el baldeo, barriendo el sable independiente el parlamento presbiteriano. Reducido el parlamento a la nada, se instaura la dictadura de Cromwell. Las capas inferiores del ejército, bajo la dirección de los "niveladores", ala de extrema izquierda de la revolución, intenta oponer el régimen del alto mando militar, de los grandes del ejército, su propio régimen plebeyo. Pero el nuevo poder dual no llega a desarrollarse: los "niveladores" la pequeña burguesía no tienen ni pueden tener aún una senda histórica propia. Cromwell vence rápidamente a sus adversarios. Y se establece un nuevo equilibrio político, no estable ni mucho menos, pero que durará una serie de años.

En la gran Revolución francesa, la Asamblea constituyente, cuya espina dorsal eran los elementos del "tercer estado", concentra en sus manos el poder, aunque sin despojar al rey de todas sus prerrogativas. El período de la Asamblea constituyente es un período característico de dualidad de poderes, que termina con al fuga del rey a Varennes y no se liquida formalmente hasta la instauración de la República.

La primera Constitución francesa (1791), basada en la ficción de la independencia completa entre los poderes legislativo y ejecutivo, ocultaba en realidad o se esforzaba en ocultar al pueblo, la dualidad de poderes reinantes: de un lado, la burguesía, atrincherada

definitivamente en la Asamblea nacional, después de la toma de la Bastilla por el pueblo; de otro, la vieja monarquía, se apoyaba aún en la aristocracia, el clero, la burocracia y la milicia, sin hablar ya de la esperanza en la intervención extranjera. Este régimen contradictorio albergaba la simiente de su inevitable derrumbamiento. En este atolladero no había más salida que destruir la representación burguesa poniendo a contribución las fuerzas de la reacción europea o llevar a la guillotina al rey y a la monarquía. París y Coblenza tenían que medir sus fuerzas en este pleito.

Pero antes de que las cosas culminen en este dilema: o la guerra o la guillotina, entra en escena la *Commune* de París, que se apoya en las capas inferiores del "tercer estado" y que disputa, cada vez con mayor audacia, el poder a los representantes oficiales de la nación burguesa. Surge así una nueva dualidad de poderes, cuyas primeras manifestaciones observamos ya en 1790, cuando todavía la grande y la mediana burguesía se hallan instaladas a sus anchas en la administración del Estado y en los municipios. ¡Qué espectáculo más maravilloso -y al mismo tiempo más bajamente calumniado- el de los esfuerzos de los sectores plebeyos para alzarse del subsuelo y de las catacumbas sociales y entrar en la palestra, vedada para ellas, en que aquellos hombres de peluca y calzón corto decidían de los destinos de la nación! Parecía que los mismos cimientos, pisoteados por la burguesía ilustrada, se arrimaban y se movía, que surgían cabezas humanas de aquella masa informe, que se tendían hacia arriba manos encallecidas y se percibían voces roncas, pero valientes. Los barrios de París, bastardos de la revolución, se conquistaban su propia vida y eran reconocidos -¡qué remedio!- y transformados en secciones. Pero invariablemente rompían las barreras de la legalidad y recibían una avalancha de sangre fresca desde abajo, abriendo el paso en sus filas, contra la ley, a los pobres, a los privados de todo derecho, a los *sans-culottes*. Al mismo tiempo, los municipios rurales se convierten en manto del levantamiento campesino contra la legalidad burguesa protectora de la propiedad feudal. Y así, bajo los pies de la segunda nación, se levanta la tercera.

En un principio, las secciones de París mantenían una actitud de oposición frente a la *Commune*, que se hallaba aún en manos de la honorable burguesía. Pero con el gesto audaz del 10 de agosto de 1792, la secciones se apoderan de ella. En lo sucesivo, la *Commune* revolucionaria se levanta primero frente a la Asamblea legislativa y luego frente a la Convención; rezagadas ambas con respecto a la marcha y los fines de la revolución, registraban los acontecimientos, pero no los promovían, pues no disponían de la energía, la audacia y la unanimidad de aquella nueva clase que se había alzado del fondo de los suburbios de París y que hallaba su asidero en las aldeas más atrasadas. Y las secciones, del

mismo modo que se apoderaron de la *Commune*, se adueñaron, mediante un nuevo alzamiento, de la Convención. Cada una de dichas etapas se caracteriza por un régimen de dualidad de poderes muy marcado, cuyas dos alas aspiraban a instaurar un poder único y fuerte, el ala derecha, defendiéndose el ala izquierda tomando la ofensiva. La necesidad de la dictadura, tan característica lo mismo de la revolución que de la contrarrevolución, se desprende de las contradicciones insoportables de la dualidad de poderes. El tránsito de una forma a otra se efectúa por medio de la guerra civil. Además, las grandes etapas de la revolución, es decir, el paso del poder a nuevas clases o sectores, no coinciden de un modo absoluto con los cielos de las instituciones representativas, las cuales siguen, como la sombra al cuerpo, a la dinámica de la revolución. Cierto es que, en fin de cuentas, la dictadura revolucionaria de los sans-culottes se funde con la dictadura de la Convención; pero ¿qué Convención? Una Convención de la cual han sido eliminados por el terror los girondinos, que todavía ayer dominaban en sus bancos; una Convención cercenada, adaptada al régimen de la nueva fuerza social. Así, por los peldaños de la dualidad de poderes, la Revolución francesa asciende en el transcurso de cuatro años hasta su culminación. Y desde el 9 Thermidor, la revolución empieza a descender otra vez por los peldaños de la dualidad de poderes. Y otra vez la guerra civil precede a cada descenso, del mismo modo que antes había acompañado cada nueva ascensión. La nueva sociedad busca de este modo un nuevo equilibrio de fuerzas.

La burguesía rusa, que luchaba con la burocracia rasputiniana a la par que colaboraba con ella, reforzó extraordinariamente durante la guerra sus posiciones políticas. Explotando la derrota del zarismo, fue reuniendo en sus manos, a través de las asociaciones de zemstvos, las Dumas municipales y los comités industriales de guerra, un gran poder; disponía por su cuenta de inmensos recursos del Estado y representaba de suyo, en esencia, un gobierno autónomo y paralelo al oficial. Durante la guerra, los ministros zaristas se lamentaban de que el príncipe Lvov aprovisionara al ejército, alimentara y curara a los soldados e incluso de que organizara barberías para la tropa. "Hay que acabar con esto, o poner todo el poder en sus manos", decía ya en 1915 el ministro Krivoschein. Mal podía éste suponer que, año y medio, después, Lvov obtendría "todo el poder" pero no de manos del zar precisamente, sino de manos de Kerenski, Cheidse y Sujánov. Mas al día siguiente de acontecer esto se instauraba un nuevo poder doble: paralelamente con el semigobierno liberal de ayer, hoy formalmente legitimado, surgía y se desarrollaba un gobierno de las masas obreras, representado por los soviets, no de un modo oficial, pero por ello mismo

más efectivo. A partir de este momento, la revolución rusa empieza a convertirse en un acontecimiento histórico de importancia universal.

Veamos ahora en qué consiste la característica de la dualidad de poderes de la revolución de Febrero. En los acontecimientos de los siglos XVII y XVIII, la dualidad de poderes representa siempre una etapa natural en el curso de la lucha, impuesta a los combatientes por la correlación temporal de fuerzas, con la particularidad de que cada una de las dos partes aspira a suplantar la dualidad de poderes por el poder único concentrado en sus manos. En la revolución de 1917 vemos cómo la democracia oficial crea, consciente y deliberadamente, la dualidad de poderes, haciendo todos los esfuerzos imaginables para evitar que el poder caiga en sus manos. A primera vista, la dualidad de poderes se forma, no como fruto de la lucha de clases en torno al poder, sino como resultado de la cesión voluntaria que de dicho poder hace una clase a otra. La "democracia" rusa, que aspiraba a salir del atolladero de la dualidad de poderes, no creía encontrar la salida que buscaba más que apartándose del poder. Esto era precisamente lo que calificábamos de paradoja de la revolución de Febrero.

Acaso se pueda encontrar una cierta analogía con esto en la conducta seguida por la burguesía alemana en 1848 con respecto a la monarquía. Pero la analogía no es completa. Es cierto que la burguesía alemana aspiraba a toda costa a compartir el poder con la monarquía sobre la base de un pacto. Pero la burguesía no tenía la integridad del poder en sus manos y no lo cedía enteramente, ni mucho menos, a la monarquía. "La burguesía prusiana era nominalmente dueña del poder, y no dudaba ni un momento que las fuerzas del viejo Estado se pondrían incondicionalmente a su disposición y se convertirían en prosélitos abnegados del poder de aquélla." (Marx y Engels.) La democracia rusa de 1917, que al estallar la revolución tenía todo el poder en sus manos, no aspiraba a compartirlo con la burguesía, sino sencillamente a cedérselo entero. Acaso esto signifique que en el primer cuarto del siglo XX la democracia oficial rusa había llegado a un grado de descomposición más acentuado que la burguesía liberal alemana de mediados del siglo XIX. Y este estado de cosas obedece a una ley lógica, pues representa el reverso de la progresión ascensional realizada en el curso de esas décadas por el proletariado, que venía a ocupar el puesto de los artesanos de Cromwell, y de los *sans-culottes* de Robespierre.

Si se examina la cuestión más a fondo se ve que el poder del gobierno provisional y del Comité ejecutivo tenía un carácter puramente reflejo. El candidato al nuevo poder no podía ser otro que el proletariado. Los colaboracionistas, que se apoyaban de un modo inseguro en los obreros y en los soldados, veíanse obligados a llevar una contabilidad por

partida doble con los zares y los "profetas". El poder dual de los liberales y demócratas no hacía más que reflejar el poder dual, que aún no había salido a la superficie, de la burguesía y el proletariado. Cuando -al cabo de pocos meses- los bolcheviques eliminan a los colaboracionistas de los puestos directivos de los soviets, el poder dual sale a la superficie, lo cual indica que la revolución de Octubre se acerca. Hasta este momento, la revolución vivirá en el mundo de los reflejos políticos. Abriéndose paso a través de los razonamientos vacuos de la intelectualidad socialista, el poder dual, que era una etapa de la lucha de clases, se convierte en idea normativa. Gracias a esto precisamente se convirtió en el problema central de la discusión teórica. En este mundo nada se pierde ni sucede en balde. El carácter reflejo de la dualidad de poderes de la revolución de Febrero nos ha permitido comprender mejor las etapas de la historia en que dicho poder aparece como un episodio característico de la lucha entre dos regímenes. Así, la luz refleja y tenue de la luna nos permite deducir importantes enseñanzas acerca de la luz solar.

La característica fundamental semifantástica de la revolución rusa, que condujo en un principio a la paradoja de la dualidad de poderes y al poder dual efectivo que le impidió luego resolverse en provecho de la burguesía, consiste en la madurez inmensamente mayor del proletariado ruso si se le compara con las masas urbanas de las antiguas revoluciones. Pues la cuestión estaba planteada así: o la burguesía se apoderaba realmente del viejo aparato del Estado, poniéndolo al servicio de sus fines, en cuyo caso los soviets tendrían que retirarse por el foro, o éstos se convierten en la base del nuevo Estado, liquidando no sólo con el viejo aparato político, sino con el régimen de predominio de las clases a cuyo servicio se hallaba éste.

Los mencheviques y los socialrevolucionarios se inclinaban a la primera solución. Los bolcheviques, a la segunda. Las clases oprimidas, que, según las palabras de Marat, no habían tenido en el pasado conocimientos, tacto ni dirección para llevar hasta el fin la obra comenzada, aparecen en la revolución rusa del siglo XX equipadas con todo eso. Y triunfaron los bolcheviques.

Al año de triunfar los bolcheviques en Rusia, se repetía el mismo pleito en Alemania, con distinto balance de fuerzas. La socialdemocracia se inclinaba a la instauración del poder democrático de la burguesía y a la liquidación de los soviets. Y triunfaron los socialdemócratas. Hilferding y Kautsky en Alemania como Max Adler en Austria, proponían una "combinación" de la democracia con el sistema soviético, dando acogida a los soviets obreros en la Constitución. Esto hubiera significado convertir en parte integrante del régimen del Estado la guerra civil latente o declarada. Sin embargo, esta

pretensión podía tener, en Alemania, su razón de ser, fundada acaso en la vieja tradición: en el año 48, los demócratas wurtemburgueses pedían una república presidida por un duque.

El fenómeno de la dualidad de poderes, no estudiado hasta ahora suficientemente, ¿se halla en contradicción con la teoría marxista del Estado, que se ve en el gobierno el Comité ejecutivo de la clase dominante? Es lo mismo que si preguntáramos: ¿es que la oscilación de los precios bajo la ley de la oferta y la demanda se halla en contradicción con la teoría marxista del valor? ¿Acaso la abnegación del macho que defiende a sus cachorros contradice la ley de la lucha por la existencia? No, en esos fenómenos no reside más que una combinación más compleja de las mismas leyes que parecen contradecir. Si el Estado es la organización del régimen de clase y la revolución la sustitución de la clase dominante, el tránsito del poder de manos de una clase a otra, es natural que haga brotar una situación contradictoria de Estado, encarnada, sobre todo, en la dualidad de poderes. La correlación de fuerzas de clase no es ninguna magnitud matemática susceptible de cálculo apriorístico. Cuando el equilibrio del viejo régimen se rompe, la nueva correlación de fuerzas sólo puede establecerse como resultado de la prueba recíproca a que éstas se ven sometidas en la lucha. La revolución no es otra cosa.

Podría pensarse que esta disgresión teórica nos ha apartado de los acontecimientos de 1917. En realidad, nos conduce al corazón de los mismos. En torno al problema de la dualidad de poderes fue, precisamente, donde se libró la lucha dramática de los partidos y de las clases. Sólo desde la atalaya teórica podríamos observar esta lucha y comprenderla.

CAPITULO XII
EL COMITÉ EJECUTIVO

El organismo creado en el palacio de Táurida el 27 de febrero con el nombre de "Comité ejecutivo del Soviet de Diputados obreros" tenía, en el fondo, muy poco que ver con esta denominación que se asignaba. El Soviet de Diputados obreros de 1905, con el cual se inició el sistema, surgió de la huelga general como representante directo de las masas en lucha. Los caudillos de la huelga se convirtieron en diputados del Soviet. La selección de las personas que lo componían se hizo bajo el fuego. El órgano directivo fue elegido por el Soviet para la dirección ulterior de la lucha. Y fue el Comité ejecutivo de 1905 el que acaudilló y puso a la orden del día la insurrección.

La revolución de Febrero triunfó gracias a la sublevación de los regimientos, antes de que los obreros crearan los soviets. El Comité ejecutivo se constituyó por sí mismo, antes del Soviet, sin la intervención de las fábricas y de los regimientos, después del triunfo de la revolución. Nos hallamos en presencia de la iniciativa clásica de los radicales, que se quedan al margen de la lucha revolucionaria, pero se disponen a aprovecharse de sus frutos. Los caudillos efectivos de los obreros estaban aún en la calle, desarmando a los unos, armando a los otros, consolidando la victoria. Los mas perspicaces se inquietaron al recibir la noticia de que en el palacio de Táurida había surgido un Soviet de diputados obreros. De la misma manera que la burguesía liberal, en espera de la revolución palaciega que "se" iba a realizar, preparaba en otoño de 1916 un gobierno de reserva con el fin de imponérselo al nuevo zar en caso de éxito, los intelectuales radicales formaban un subgobierno de reserva propio al triunfar el movimiento de febrero. Y como todos ellos, por lo menos en el pasado, habían participado en el movimiento obrero y tendían a cubrirse con sus tradiciones, dieron a su engendro el nombre de "Comité ejecutivo del Soviet." Era una de aquellas falsificaciones semideliberadas, semiinconscientes, de que está llena la historia, la de los alzamientos populares inclusive. Cuando los acontecimientos toman un giro revolucionario y se rompe la continuidad jurídica, las clases "cultas" que quieren llegar al poder se agarran de buena gana a los nombres y símbolos ligados con los recuerdos heroicos de las masas. Gustan de cubrir con el manto de la palabra la verdadera realidad de las cosas, sobre todo cuando esto responde a los intereses de las clases influyentes. La enorme autoridad conquistada por el Comité ejecutivo ya en el mismo día de constituirse se basa en la ficción de que venía a recoger la herencia del Soviet de 1905. El Comité, sancionado por la primera Asamblea caótica del Soviet, ejerció luego una influencia decisiva tanto en la composición de este

último como en su política. Esta influencia era tanto más conservadora cuanto que ya no podía realizarse la selección natural de los representantes revolucionarios garantizada por la atmósfera candente de la lucha. La insurrección había pasado, todo el mundo estaba embriagado por el triunfo, la gente se disponía a organizar las cosas de un modo nuevo. Fueron necesarios meses enteros de nuevos conflictos y de lucha y de nuevas circunstancias, con las modificaciones personales resultantes de ello, para que los Soviets, que en un principio no era más que unos órganos que venían a coronar el triunfo después de la insurrección, se convirtiesen en órganos auténticos de lucha y de preparación de un nuevo alzamiento. Creemos necesario insistir en este aspecto de la cuestión con tanta mayor razón cuanto que hasta ahora se ha dejado en la sombra.

Pero no fueron sólo las condiciones en que aparecieron el Comité ejecutivo y el Soviet las que determinaron su carácter moderado y conciliador: había causas más profundas y permanentes que obraban en el mismo sentido.

En Petrogrado estaban concentrados más de ciento cincuenta mil soldados y por lo menos cuatro veces más obreros y obreras de todas las categorías. No obstante por cada dos delegados obreros había en el Soviet cinco soldados. Las normas de representación tenían un carácter extraordinariamente elástico. Todo se hacía para complacer a los soldados. Mientras que los obreros elegían un representante por cada mil electores, los pequeños destacamentos enviaban a menudo dos. El uniforme gris de los soldados se convirtió en el color dominante en el Soviet.

Pero aun entre los delegados civiles no todos eran elegidos por los obreros. Al Soviet fueron a parar no pocas personas por invitación individual, por protección o, sencillamente, gracias a sus intrigas; muchos abogados y médicos radicales, estudiantes, periodistas, que representaban a distintos grupos problemáticos, y que no pocas veces no tenían más mandante que sus propias ambiciones. Esta falsificación evidente del carácter del Soviet era tolerada de buen grado por los dirigentes, los cuales no veían inconveniente alguno en rebajar la esencia excesivamente fuerte de las fábricas y cuarteles con el jarabe tibio de la pequeña burguesía ilustrada. Muchos de estos elementos de aluvión, buscadores de aventuras, impostores y charlatanes habituados a la tribuna, apartaron durante mucho tiempo con sus codos a los obreros silenciosos y a los soldados indecisos.

Y si así ocurría en Petrogrado, no es difícil imaginarse lo que sería en provincias, donde el triunfo se obtuvo sin ningún género de lucha. Todo el país estaba lleno de soldados. Las guarniciones de Kiev, Helsingfors y Tiflis no eran numéricamente inferiores a la de Petrogrado; en Saratov, Samara, Tambov, Omsk se concentraban de sesenta a

ochenta mil soldados; en Yaroslav, Yekaterinoslav, Yekaterinburg, unos sesenta mil y en otra serie de ciudades, cincuenta, cuarenta y treinta mil. En las distintas localidades la representación soviética no estaba organizada de un modo uniforme, pero los soldados gozaban en todas partes de una situación de privilegio. Políticamente, esto era fruto de la tendencia de los propios obreros a complacer en lo posible a los soldados. Los dirigentes hacían lo mismo con respecto a los oficiales. Además del número considerable de tenientes y sargentos, elegidos por los soldados, solía otorgarse, sobre todo en provincias, una representación especial a la oficialidad. Resultado de esto era que los elementos del ejército tuviesen en muchos soviets una mayoría aplastante. Las masas de soldados que no habían adquirido aún la fisonomía política propia marcaban, a través de sus representantes, la fisonomía de los soviets.

Toda representación entraña un germen de desproporción. Esta desproporción se acentúa de un modo muy especial a raíz de una revolución. En los primeros momentos, los diputados de los soldados, políticamente confusos, eran muchas veces elementos completamente ajenos a sus intereses y a los de la revolución, intelectuales y semiintelectuales de toda laya que se refugiaban en las guarniciones del interior y que, por este motivo, se manifestaban como patriotas extremos. Así se creó una divergencia entre el estado de espíritu de los cuarteles y el de los soviets. El oficial Stankievich, acogido por los soldados de su batallón sombría y recelosamente, habló con éxito en la sección de los soldados sobre el tema agudo de la disciplina. "¿Por qué en el Soviet -se preguntaba- el estado de espíritu es más suave y agradable que en el batallón?" Esta ingenua perplejidad atestigua una vez más lo difícil que resulta para los sentimientos auténticos de abajo abrirse paso hacia las alturas.

Sin embargo, ya a partir del 3 de marzo los mítines de soldados y obreros empiezan a exigir del Soviet que destituya inmediatamente al gobierno provisional de la burguesía liberal y se haga cargo del poder. Esta iniciativa parte, como tantas otras, de la barriada de Viborg. ¿Acaso podía haber una demanda más comprensible para las masas? Pero esta agitación no tardó en ser interrumpida, no sólo porque los defensores de la patria le opusieron una resistencia encarnizada, sino porque, y esto era lo peor, la dirección bolchevique ya en la primera mitad de marzo se inclinaba de hecho ante el régimen de la dualidad de poderes. Y, fuera de los bolcheviques, nadie podía plantear en toda su crudeza el problema de la toma del poder. Los militantes de Viborg tuvieron que batirse en retirada. Sin embargo, los obreros petersburgueses no tuvieron confianza ni un instante en el nuevo gobierno, ni lo consideraban como propio. Pero tenían la atención fija en el estado de

espíritu de los soldados y se esforzaban en no oponerse de un modo excesivamente acentuado a estos últimos. Los soldados, que no hacían más que deletrear las primeras fases de la política, aunque, como buenos campesinos, no daban crédito a los señores, escuchaban atentamente a sus representantes, los cuales, a su vez, se inclinaban respetuosamente ante los prestigiosos prohombres del Comité ejecutivo. Por lo que a estos últimos se refiere, no hacían otra cosa que observar inquietos el pulso de la burguesía liberal. Y esta pulsación de abajo arriba era la que daba el tono... hasta nueva orden.

Sin embargo, el estado de espíritu de la masa brotaba a la superficie, y la cuestión del poder, retirada artificialmente, se reproducía una y otra vez, aunque en forma disimulada. "Los soldados no saben a quién escuchar", se lamentan las barriadas y las provincias, haciendo llegar de este modo hasta el Comité ejecutivo el descontento producido por la dualidad de poderes. Las delegaciones de las escuadras del Báltico y del mar negro declaran el 16 de marzo que sólo tomarán en cuenta al gobierno provisional en tanto que éste marche de acuerdo con el Comité ejecutivo. En otros términos, que no están dispuestos a tomarle en cuenta para nada. Esta nota va acentuándose de un modo cada vez más insistente. "El ejército y la población sólo deben someterse a las disposiciones del Soviet", decide el regimiento de reserva 172, e inmediatamente formula el teorema inverso: "No hay que someterse a las disposiciones del Soviet, que se hallen en contradicción con las del gobierno provisional." El Comité ejecutivo sancionaba este estado de cosas, a la par con un sentimiento de satisfacción y de inquietud. El gobierno lo soportaba rechinando los dientes. Tanto al uno como al otro, no les quedaba más recurso que aguantarse.

Ya a principios de marzo, surgen soviets en todas las ciudades y centros industriales importantes, desde donde, en el transcurso de las semanas próximas, se extienden por todo el país. Las aldeas no empiezan a seguir este camino hasta abril y mayo. En un principio, es casi siempre el ejército quien habla en nombre de los campesinos.

El Comité ejecutivo del Soviet de Petrogrado adquirió, naturalmente, una significación nacional. Los demás soviets imitaron a la capital, y, uno tras otro, fueron tomando acuerdos sobre el apoyo condicional que había de prestarse al gobierno provisional. Si bien en los primeros meses las relaciones entre el Soviet de Petrogrado y los de provincias se desarrollaban sin conflictos ni desavenencias de monta, la situación dictaba la necesidad de una organización nacional. Un mes después del derrumbamiento de la autocracia, fue convocada la primera asamblea de soviets, a la cual acudió una representación incompleta y unilateral. Y aunque de las ciento ochenta y cinco organizaciones representadas, los dos tercios estaban compuestos de soviets locales, se

trataba principalmente de soviets de soldados; con los representantes de las organizaciones del frente, los delegados militares, principalmente los oficiales, tenían una aplastante mayoría. Se pronunciaron discursos sobre la guerra hasta el triunfo final, y resonaron gritos contra los bolcheviques, a pesar de la conducta más que moderada seguida por estos últimos. La Asamblea completó con dieciséis representantes conservadores de provincias el Comité ejecutivo, legitimando así su carácter nacional.

El ala derecha se reforzó aún más. En lo sucesivo, se asustará con frecuencia a los descontentos con las provincias. Las normas acordadas ya el 14 de marzo sobre la composición del Soviet de Petrogrado, casi no se llevaron a la práctica. Al fin y al cabo, no era el Soviet local el que decidía, sino el Comité ejecutivo nacional. Los jefes oficiales ocupaban una posición casi inviolable. Las resoluciones más importantes se tomaban en el Comité ejecutivo, o, por mejor decir, en su núcleo dirigente, después de un acuerdo previo con el núcleo del gobierno. El Soviet quedaba al margen. Era considerado como una especie de mitin: "No es ahí, no es en las Asambleas generales donde se hace la política, y todos esos plenos no tienen decididamente ningún valor práctico." (Sujánov). Estos árbitros de los destinos históricos hinchados de suficiencia, entendían, por lo visto, que los soviets, una vez que les habían confiado la dirección de la política, y todos esos plenos no tienen decididamente ningún valor práctico." (Sujánov.) Estos árbitros de los destinos históricos hinchados de suficiencia, entendían, por lo visto, que los soviets, una vez que les habían confiado la dirección de la política, habían cumplido con su misión. El próximo porvenir se encargará de demostrar que no era así. La masa es muy paciente; pero, así y todo, no es una arcilla con la cual se pueda hacer lo que se quiera. Además, en las épocas revolucionarias aprende principalmente. En esto consiste precisamente la principal virtud de la revolución.

Para comprender mejor el desarrollo sucesivo de los acontecimientos hay que detenerse un momento a trazar la característica de los dos partidos que desde el principio de la revolución formaron estrecho bloque, dominando en los soviets, en los municipios democráticos, en los Congresos de la llamada democracia revolucionaria y llevando incluso una mayoría, que, por lo demás, se iba derritiendo a cada paso, a la Asamblea constituyente, último resplandor de su fuerza agonizante, como el resplandor de ocaso en la cima de una montaña iluminada por el sol poniente.

La burguesía rusa había venido al mundo demasiado tarde para ser democrática. La democracia rusa, impulsada por este mismo motivo, considerábase socialista. La ideología democrática se había agotado irremediablemente en el transcurso del siglo XIX. En los

albores del siglo XX, los intelectuales radicales, si querían tener acceso a la masa, necesitaban presentarse a ella con un barniz socialista. Tal fue la causa histórica general que determinó la creación de dos partidos intermedios: los mencheviques y los socialistas revolucionarios, cada uno de los cuales tenía, sin embargo, su genealogía y su ideología propias.

Las ideas de los mencheviques se formaron sobre la base del sistema marxista. Como consecuencia del atraso histórico de Rusia, el marxismo no fue aquí, en un principio, tanto una crítica de la sociedad capitalista como una justificación fundamentada de la inevitabilidad del desarrollo burgués del país. La historia utilizó astutamente, cuando tuvo necesidad de ello, una teoría castrada de la revolución proletaria, valiéndose de ella para europeizar, con espíritu burgués, a vastos sectores de la intelectualidad, *narodniki*. A los mencheviques, que constituían el ala izquierda de la intelectualidad burguesa les fue reservado un papel importante en este proceso. Su misión consistió en atar a aquella intelectualidad los sectores más moderados de la clase obrera, atraídos por la actuación legal en la Duma y en los sindicatos.

Por el contrario, los socialrevolucionarios combatían teóricamente al marxismo, aunque en parte se dejaran influir por él. Se consideraban como el partido llamado a realizar la alianza entre los intelectuales, los obreros y los campesinos, bajo los auspicios, evidentemente, de la razón crítica. En el terreno económico, sus ideas representaban una mezcla indigesta de formaciones históricas diversas, que reflejaban las condiciones contradictorias de la existencia de los campesinos en un país que evolucionaba rápidamente hacia el capitalismo. Los socialrevolucionarios se imaginaban que la futura revolución no sería ni burguesa ni socialista, sino "democrática": ellos reemplazaban el contenido social por una fórmula política. Por consiguiente, este partido se trazaba una senda, que pasaba entre la burguesía y el proletariado, y se asignaba el papel de árbitro entre las dos clases. Después de febrero, parecía a primera vista que los socialrevolucionarios se habían acercado mucho a la posición a que aspiraban.

Ya desde la época de la primera revolución tenía este partido raíces entre la clase campesina. En los primeros meses de 1917, toda la intelectualidad rural se asimiló la fórmula tradicional de los *narodniki*: "Tierra y libertad." A diferencia de los mencheviques, que habían sido siempre un partido puramente urbano, los socialrevolucionarios habían hallado, al parecer, un punto de apoyo de una potencia extraordinaria en el campo. Es más, dominaban incluso en las ciudades: en los soviets, a través de las secciones de soldados, y en los primeros municipios democráticos, en los cuales tenían mayoría absoluta de votos.

La fuerza del partido parecía ilimitada. En realidad, no era más que una aberración política. El partido por el cual vota todo el mundo, excepto la minoría que sabe por quién vota, no es un partido, del mismo modo que el lenguaje en que hablan los niños en todos los países no es el idioma nacional. El partido de los socialrevolucionarios aparecía como la solemne denominación de todo lo que había de incipiente, de informe y de confuso en la revolución de febrero. Todo aquel que no hubiese heredado de su pasado prerrevolucionario motivos suficientes para votar por los kadetes o los bolcheviques, votaba por los socialrevolucionarios. Los kadetes se movían en el círculo cerrado de los grandes industriales y terratenientes. Los bolcheviques eran aún poco numerosos, incomprensibles, suscitaban incluso miedo. Votar por los socialrevolucionarios era votar por la revolución en general, y no obligaba a nada. En las ciudades, la adhesión a este partido significaba la tendencia de los soldados a acercarse a un partido que defendía a los campesinos, la tendencia de la parte atrasada de los obreros a estar al lado de los soldados, la aspiración de las gentes humildes de la ciudad a no separarse de los soldados y campesinos. En este período, el carnet de socialrevolucionario era un certificado provisional que daba derecho a entrar en las instituciones de la revolución y que conservó su fuerza hasta que fue sustituido por otro carnet un poco más serio. No en vano se decía, hablando de este gran partido, que lo englobaba todo, que no era más que un inmenso cero.

Ya desde la primera revolución los mencheviques sostenían la necesidad de aliarse con los liberales, como consecuencia del carácter burgués de la revolución, y colocaban esta alianza por encima de la colaboración con los campesinos, a los cuales consideraban como a aliados poco seguros. Los bolcheviques, por el contrario, basaban toda la perspectiva de la revolución en la alianza del proletariado con los campesinos contra la burguesía liberal. Como quiera que los socialrevolucionarios se consideraban, ante todo y sobre todo, como el partido de los campesinos, parece a primera vista que había esperanzas que de la revolución saliese la alianza de los bolcheviques con los *narodniki* por contraposición al bloque de los mencheviques con la burguesía liberal. En realidad, la revolución de Febrero estructura las fuerzas a la inversa. Los mencheviques y los socialistas revolucionarios actúan estrechamente unidos, y completan esta alianza mediante el bloque pactado con la burguesía liberal. Los bolcheviques se encuentran completamente aislados, en el campo oficial de la política.

Este hecho, inexplicable a primera vista, es completamente lógico. Los socialistas revolucionarios no eran un partido campesino, a pesar de la simpatía que en el campo despertaban sus consignas. El núcleo del partido, el que determinaba su política efectiva y

daba al gobierno ministros y funcionarios, se hallaba mucho más ligado a los círculos liberales y radicales de la ciudad, que a las masas de campesinos insurreccionados. Este núcleo dirigente, que se había dilatado enormemente, gracias a la afluencia de arribistas, estaba mortalmente asustado ante las proporciones tomadas por el movimiento campesino, que avanzaba tremolando las consignas de los socialrevolucionarios. Los *narodniki* de nuevo cuño sentían, naturalmente, gran simpatía por los campesinos; lo que no veían con buenos ojos eran el "gallo rojo"[19]. El terror de los socialrevolucionarios ante el campo en armas, era paralelo al terror de los mencheviques ante el avance revolucionario del proletariado; en su conjunto, el miedo de los "demócratas" era el reflejo del peligro completamente fundado que representaba el movimiento de los oprimidos para las clases poseedoras, englobadas en el campo único de la reacción burguesa y terrateniente. El bloque de los socialrevolucionarios con el gobierno del terrateniente Lvov señaló la ruptura con la revolución agraria, del mismo modo que el bloque de los mencheviques con los industriales y banqueros tipo Guchkov, Terecheko y Konovalov, equivalía a su ruptura con el movimiento proletario. En estas condiciones, la alianza de los mencheviques y socialrevolucionarios no significaba la colaboración en el gobierno del proletariado y los campesinos, sino, por el contrario, la coalición gubernamental de unos partidos que habían roto con el proletariado y los campesinos en aras del bloque con las clases poseedoras.

De lo dicho se deduce con toda claridad hasta qué punto era ficticio el socialismo de esos dos partidos democráticos; lo cual no quiere decir, ni mucho menos, que su democratismo fuese real y efectivo. Todo lo contrario, precisamente, porque era el suyo un democratismo caquéxico, necesitaba cubrirse con la máscara socialista. El proletariado ruso luchaba por la democracia, en un antagonismo irreconciliable con la burguesía liberal. Los partidos democráticos, coaligados con la burguesía liberal, tenían que entrar inevitablemente en pugna con el proletariado. He aquí la raíz social de la encarnizada lucha que más tarde había de librarse entre los colaboracionistas y los bolcheviques.

Reduciendo los procesos que dejamos esbozados a su mecánica externa de clase, de la cual, naturalmente, no se daban perfecta cuenta los afiliados ni aun los dirigentes de los dos partidos colaboracionistas, obtenemos sobre poco más o menos, el siguiente deslinde de funciones históricas. La burguesía liberal no era necesaria para el desarrollo burgués. De la gran burguesía se separan dos destacamentos, formados por sus hermanos menores y sus hijos. Uno de estos destacamentos fue enderazado hacia los obreros, el otro hacia los campesinos, a quienes intentaban atraerse, respectivamente, pugnando por demostrarles de

[19] Se daba el nombre de "gallo rojo" a los incendios de las casas señoriales por los campesinos. [NDT.]

un modo sincero y caluroso que eran socialistas enemigos de la burguesía. De este modo adquirieron un ascendiente efectivo sobre el pueblo. Pero pronto los efectos de sus ideas llegaron más allá de donde a ellos les convenía. La burguesía vio que se acercaba un peligro mortal y dio la señal de alarma. Las dos filiales que se habían separado de ella, los mencheviques y los socialrevolucionarios, respondieron unánimemente al llamamiento de sus mayores. Saltando por encima de las viejas desavenencias, se pusieron en estrecho contacto y, volviéndose de espaldas a las masas, corrieron en auxilio de la sociedad burguesa amenazada.

La inconsistencia y la mezquindad de los socialrevolucionarios, causa asombro, aun comparada con los mencheviques. Los bolcheviques los consideraron en todos los momentos álgidos, sencillamente, como kadetes de tercera categoría. Por su parte, los kadetes de tercera categoría. Por su parte, los kadetes los trataban como a bolcheviques de tercera clase. La segunda categoría les correspondía, en uno y otro caso, a los mencheviques. La inconsistencia de la base y el carácter indefinido de la ideología determinaron la selección personal congruente: todos los jefes socialrevolucionarios se distinguían por su superficialidad, su falta de concreción y su sentimentalismo estéril. Sin exageración puede decirse que cualquier bolchevique de filas daba pruebas de más perspicacia política, es decir, de mayor percepción para las relaciones entre las clases, que los jefes socialrevolucionarios de mayor reputación.

Faltos de criterios sólidos, los socialrevolucionarios propendían a los imperativos éticos. Huelga decir que estas pretensiones morales no eran obstáculo para que en la gran política manifestasen todas esas pequeñas astucias y bribonerías tan características, en general de los partidos intermedios sin base consistente, sin doctrina clara y sin un auténtico eje moral.

En el bloque de los mencheviques y socialrevolucionarios, el puesto dirigente correspondía a los mencheviques, a pesar de que los socialrevolucionarios tenían una superioridad numérica indiscutible. En este reparto de papeles se manifestaba, a su manera, la hegemonía de la ciudad sobre el campo, el predominio de la pequeña burguesía urbana sobre la rural, y, finalmente, la superioridad ideológica de la intelectualidad "marxista" sobre la que no profesaba la sociología puramente rusa y ostentaba orgullosa la pobreza de la vieja historia del país.

En las primeras semanas que siguieron a la revolución, ninguno de los partidos de izquierda, como ya sabemos, tenía en la capital un auténtico cuadro dirigente. Los jefes universalmente reconocidos de los partidos socialistas se hallaban todos en la emigración.

Los jefes de segunda fila estaban en camino, desde el Extremo Oriente a la capital. Esto obligaba a los dirigentes interinos de todos los grupos a mantener un estado de espíritu circunspecto y expectante que les acercaba. Durante esas semanas, ninguno de los grupos dirigentes desarrolló sus pensamientos hasta sus últimas consecuencias. La lucha de los partidos en el Soviet tenía un carácter extremadamente pacífico: diríase que se trataba de matices en el interior de una misma "democracia revolucionaria". Es cierto que al volver Tsereteli de la deportación (19 de marzo), el rumbo soviético dio un recio viraje a derecha, proa a la responsabilidad directa por el poder y por la guerra. También los bolcheviques, a mediados de marzo, bajo el influjo de Kámenev y de Stalin, que acababan de llegar de la deportación, se orientaron marcadamente hacia la derecha de modo que la distancia entre la mayoría soviética y la oposición de izquierda era acaso menor a principios de abril que a principios de marzo. La verdadera diferenciación empezó un poco más tarde: incluso se puede precisar la fecha: fue el 4 de abril, al día siguiente de llegar Lenin a Petrogrado.

El partido de los mencheviques tenía al frente de sus distintas tendencias a una serie de figuras preeminentes, pero no disponía ni de un solo jefe revolucionario. La extrema derecha, acaudillada por los viejos maestros de la socialdemocracia rusa, Pléjanov, Vera Zasulich y Deutch, ya había adoptado una actitud patriótica bajo la autocracia. En vísperas a la revolución de febrero, Plejánov, que había degenerado lamentablemente, escribía en un periódico americano que las huelgas y otras formas de lucha de los obreros en Rusia eran, en aquellos instantes, un crimen. Los sectores más extensos de los viejos mencheviques, entre los que figuraban hombres como Mártov, Dan y Tsereteli, se consideraban adscritos a las tendencias de Zimmerwald y declinaban toda responsabilidad por la guerra. Pero el internacionalismo de los mencheviques de izquierda, lo mismo que el de los socialrevolucionarios izquierdistas, encubría en la mayor parte de los casos, un oposicionismo democrático. La revolución de Febrero reconcilió a la mayoría de esos "zimmerwaldianos" con la guerra, en la cual veían ahora la defensa de la revolución. El que de un modo más decidido abrazó este camino fue Tsereteli, que arrastró consigo a Dan. Martov, que al estallar la guerra se hallaba en Francia y que no llegó del extranjero hasta el 9 de mayo, no podía dejar de ver que sus correligionarios de ayer retornaban después de la revolución de Febrero a la misma posición de que habían partido Guesde, Sembat y otros, en 1914, cuando tomaron sobre sus hombros la defensa de la república burguesa contra el absolutismo germánico. Mártov, que se hallaba al frente del ala izquierda de los mencheviques y que no había conseguido representar ningún papel importante en la revolución, mantenía una actitud de oposición frente a la política de Tsereteli y Dan,

impidiendo, al mismo tiempo, que los menchevique de izquierda se acercasen a los bolcheviques. El portavoz del menchevismo oficial era Tsereteli, al que seguía indudablemente la mayoría del partido. Los partidos prerrevolucionarios se aliaron sin dificultad con los patriotas de Febrero. Sin embargo, Plejánov tenía su grupo propio, un grupo completamente chauvinista, que se hallaba fuera del partido y aun del Soviet. La fracción de Mártov, que no llegó a salirse del partido, no tenía periódico propio, como tampoco tenía política propia. Como siempre, durante los grandes acontecimientos históricos, Mártov se desconcertaba y se perdía en el vacío. Lo mismo en 1917 que en 1905, la revolución apenas se apercibió de que existía este hombre preeminente.

Casi automáticamente, fue nombrado presidente del soviet de Petrogrado y luego del Comité Central Ejecutivo, el que lo era de la fracción menchevique de la Duma, Cheidse, quien en el cumplimiento de sus deberes se esforzaba en poner a contribución todas las reservas de su inteligencia, cubriendo su constante falta de confianza en sí mismo con chanzas superficiales. La Georgia montañosa, país del sol, de los viñedos, de los campesinos y de los pequeños aristócratas, con un reducido tanto por ciento de obreros, había ido formando un amplio sector de intelectuales de izquierda, ágiles, con temperamento, pero que en su aplastante mayoría no se habían remontado sobre el horizonte pequeño burgués. Georgia envió diputados mencheviques a las cuatro Dumas, y en las cuatro fracciones sus diputados desempeñaron el papel de prohombres. Georgia se convirtió en la Gironda de la revolución rusa. A los girondinos del siglo XVIII se les acusaba de federalismo; los girondinos de Georgia, empezando por la defensa de la Rusia una e indivisible, acabaron en el separatismo.

La figura más preeminente de la Gironda georgiana era, indudablemente, el ex diputado de la segunda Duma, Tsereteli, que, inmediatamente de regresar de la deportación, se puso al frente no sólo de los mencheviques, sino de toda la mayoría soviética de aquel entonces. Tsereteli, que no era un teórico, ni siquiera un periodista, pero sí un orador eminente, era un radical de tipo meridional francés, que hubiera vivido como el pez en el agua en un régimen de rutina parlamentaria. Pero había nacido en una época revolucionaria y en su juventud se había intoxicado con una dosis de marxismo. Desde luego, de todos los mencheviques era el que manifestaba un mayor empuje frente a la marcha de la revolución y una tendencia mayor a atar los cabos. Precisamente por eso contribuyó más que otros al fracaso del régimen de Febrero. Cheidse se sometía por entero a Tsereteli, aunque había momentos en que le asustaba su rectilínea lógica doctrinaria, que

tanto acercaba al presidiario revolucionario de ayer a los representantes conservadores de la burguesía.

El menchevique Skobelev, que debía su popularidad a su condición de diputado de la última Duma, producía, y no sólo por su aspecto juvenil exterior, la impresión de un estudiante que desempeñara el papel de hombre de Estado en una representación familiar. Skobelev se especializó en la represión de los "excesos", en la liquidación de los conflictos locales y, en general, en la labor de ir tapando los agujeros del poder dual, hasta que fue incluido en el gobierno de coalición de mayo con el desventurado papel de ministro del Trabajo.

La figura más influyente entre los mencheviques era Dan, viejo militante del partido, considerado siempre como la segunda figura después de Mártov. Si el menchevismo estaba impregnado de las costumbres y el espíritu de la socialdemocracia alemana de la época de la decadencia, Dan parecía sencillamente un miembro del Comité del partido alemán, algo así como un Ebert de menos categoría. Un año después, el Dan alemán practicaba con éxito, en su país, la política que pretendiera practicar, con poca fortuna, el Ebert ruso. Pero las causas del éxito de aquél y del fracaso de éste, no deben buscarse en las personas, sino en las circunstancias.

Si en la orquesta de la mayoría del soviet Tsereteli llevaba la batuta, Liber tocaba el clarinete con toda la fuerza de sus pulmones y los ojos inyectados de sangre. Liber era un menchevique de la Unión Obrera judía (Bund), con un pasado revolucionario, hombre sincero, de gran temperamento, muy elocuente, muy limitado y que se desvivía por aparecer como un patriota inflexible y un hombre de Estado férreo. Profesaba un odio mortal a los bolcheviques.

La falange de los líderes mencheviques puede cerrarse con el ex bolchevique de la extrema izquierda Voitinski, figura prestigiosa de la primera revolución, condenado a trabajos forzados y que en marzo rompió con el partido, con motivo de su actitud patriótica. Al afiliarse a los mencheviques, Voitinski se convirtió, como era de rigor, en un tragabolcheviques profesional. No le faltaba más que el temperamento para igualar a Liber en su furor contra sus ex correligionarios.

El Estado Mayor de los *narodniki* era tan poco homogéneo como el de los mencheviques, pero mucho menos valioso y relevante. Los llamados socialistas populares, que constituían la extrema derecha, estaban capitaneados por el viejo emigrante Chaikovski, que igualaba a Plejánov por su chauvinismo, pero sin tener ni su talento ni su pasado. A su lado se hallaba la anciana Brechskovskay, a quien los socialrevolucionarios llamaba "la

abuela de la revolución rusa", y que aspiraba celosamente a convertirse en la madrina de la contrarrevolución. El anarquista Kropotkin, anciano ya y que en su juventud había tenido una cierta debilidad por los *narodniki*, se aprovechó de la guerra para desautorizar lo que había enseñado en el transcurso de casi medio siglo: el negador del Estado se convirtió en un entusiasta abogado de la Entente, y si combatía el poder dual ruso no era precisamente en nombre de la anarquía, sino reclamando todos los poderes para la burguesía. Pero estos ancianos representaban un papel más bien decorativo, si bien corriendo el tiempo, durante la guerra contra los bolcheviques, Chaikovski había de acaudillar uno de los gobiernos blancos sostenidos por Churchill.

Ocupaba el primer lugar entre los socialrevolucionarios Kerenski, hombre que carecía totalmente de pasado como militante del partido. En nuestra exposición tropezaremos más de una vez con esta figura providencial, cuya fuerza e el período de la dualidad de poderes consistía en personificar las debilidades del liberalismo aliadas con las de la democracia. Su incorporación formal al partido de los socialrevolucionarios no hizo variar la actitud despectiva de Kerenski con respecto a todos los partidos: Kerenski se consideraba el elegido directo de la nación. No olvidamos que también el partido había dejado de ser, en aquellas horas, un partido, para convertirse en un grandioso cero nacional, que encontró su jefe adecuado en Kerenski.

Chernov, futuro ministro de Agricultura y luego presidente de la Asamblea constituyente, era, indudablemente, la figura más representativa del viejo partido socialrevolucionario y no en balde se le consideraba como su inspirador, teórico y jefe. Hombre de conocimientos considerables, pero no articulados en unidad, leído más que ilustrado, Chernov tenía siempre a mano una serie inacabable de extractos, adaptables a cada caso, que tuvieran impresionada durante mucho tiempo la imaginación rusa, sin enseñarle gran cosa. Sólo había una cuestión para la que este jefe elocuente no tenía respuesta: a quién conducía y a dónde. Las fórmulas eclécticas de Chernov, sazonadas con moralejas y poesías, congregaron durante algún tiempo a un público heterogéneo, que en los momentos críticos vacilaba siempre entre los distintos derroteros. Se explica que Chernov opusiera sus métodos de formación de un partido al "sectarismo" de un Lenin.

Chernov llegó del extranjero cinco días después de Lenin: Inglaterra, después de muchas vacilaciones, le dejó atravesar por sus dominios. A los numerosos saludos con que fue recibido el Soviet, el jefe del mayor partido contestó con un extenso discurso, a propósito del cual Sujánov, que era socialrevolucionario a medias, se expresa así: "No sólo yo, sino muchos otros patriotas del partido socialrevolucionario, arrugaban el ceño y

meneaban la cabeza, viendo el modo cómo hablaba, su extraña afectación declamando sin fin, con los ojos en blanco y sin decir nada concreto." Toda la actuación de Chernov durante la revolución había de desenvolverse a tono con su primer discurso. Después de algunas tentativas para oponerse desde la izquierda a Kerenski y Tsereteli, Chernov, cohibido por todas partes, se rindió a discreción, se curó de su zimmerwaldismo de emigrado y entró en la Comisión de enlace, y más tarde en el gobierno de coalición. Nada de lo que hacía caía bien. En vista de esto, decidió adoptar una actitud inhibitoria. La abstención a la hora de votar se convirtió para él en la fórmula de su existencia política. Su prestigio, durante el período que va de abril a octubre, fue derritiéndose aún más rápidamente que las filas de su partido. A pesar de las diferencias que mediaban entre Chernov y Kerenski, que se odiaban mutuamente, ambos tenían sus raíces en el pasado prerrevolucioario, en la fragilidad de la vieja sociedad rusa, en aquella intelectualidad insulsa y pretenciosa que ardía en deseos de ilustrar, tutelar y proteger a las masas populares, pero que era absolutamente incapaz de percibir sus sentimientos, de comprenderlos y de aprender de ellos, y sin la cual no cabe verdadera política revolucionaria.

Avksentiev, exaltado por el partido a los puestos más elevados de la revolución -presidente del Comité ejecutivo de los diputados campesinos, ministro del Interior, presidente del Preparlamento-, representaba ya una verdadera caricatura de político: todo lo que se puede decir de él es que era un seductor maestro de gramática en el Instituto femenino de Orel. Verdad es que su actuación política era mucho peor intencionada que su persona.

Gotz desempeñó, aunque entre bastidores, un gran papel en la fracción de los socialrevolucionarios y en el núcleo dirigente del Soviet. Terrorista, perteneciente a una conocida familia revolucionaria, Gotz era menos pretencioso y más práctico que sus amigos políticos más cercanos, pero en su calidad de "práctico" se limitaba a las cuestiones de cocina, cediendo a los demás los grandes problemas. Hay que añadir, además, que no era ni orador ni escritor, y que su principal recurso era su prestigio personal, adquirido a costa de varios años de trabajos forzados.

Y con esto, quedan nombrados ya, en sustancia, todos los elementos dignos de ser mencionados entre los dirigentes *narodniki*. Les siguen figuras ya completamente fortuitas, como Filipovski, de quien nadie podía explicarse por qué se había elevado hasta las cimas mismas del Olimpo de Febrero; suponemos que desempeñaría un papel decisivo en esta carrera su uniforme de oficial de Marina.

Al lado de los jefes oficiales de los dos partidos dominantes en el Comité ejecutivo, había no pocos elementos aislados, que habían participado en los orígenes del movimiento en sus distintas etapas, hombres que mucho ante de la revolución se habían apartado de la lucha y que ahora después de volver precipitadamente a ella bajo las banderas de la revolución triunfante, no se apresuraban a someterse al yugo de ningún partido. En todas las cuestiones fundamentales, estos elementos seguían a la mayoría del Soviet. En los primeros tiempos desempeñaban incluso el papel directivo. Pero a medida que iban llegando del destierro y de la emigración los jefes oficiales, los sin partido quedaban relegados a segundo término; la política tomaba formas más definidas y los partidos iban recobrando sus derechos.

Los adversarios reaccionarios del Comité ejecutivo hicieron resaltar más de una vez, andando el tiempo, el hecho de que formaran parte de él muchos elementos racialmente alógenos: judíos, georgianos, letones, polacos, etc. Si bien en proporción con el total de los miembros del Comité ejecutivo estos elementos ocupaban un lugar preeminente en la Mesa, en las comisiones políticas, entre los ponentes, etc. Y como quiera que los intelectuales de las nacionalidades oprimidas, concentrados principalmente en las ciudades, llenaban abundantemente las filas revolucionarias, no tiene nada de sorprendente que la cifra de estos elementos fuera bastante considerable entre la vieja generación de red de revolucionarios. Su experiencia, aunque no siempre fuera de elevada calidad, les hacía insustituibles en el momento de elaborar nuevas formas sociales. Sin embargo, es completamente absurdo querer presentar la política de los soviets y la marcha de la revolución como un resultado de la invasión de estos elementos. Aquí, el nacionalismo pone de manifiesto una vez más su desprecio por la verdadera nación, es decir, por el pueblo, presentándole, en el período de su gran despertar nacional, como un simple instrumento en manos extrañas y advenedizas. ¿Por qué y cómo estos elementos extraños a la raza obtuvieron una fuerza tan milagrosa sobre millones de hombres? En realidad, lo que ocurre es que, en momentos de gran transformación histórica, la gran masa de la nación pone, a veces, a su servicio a los elementos que ayer eran todavía oprimidos, y que por esta razón se muestran más dispuestos a dar expresión a los nuevos fines. No es que los pueblos racialmente extraños conduzcan la revolución; lo que ocurre es que la revolución nacional se aprovecha de ellos. Así sucedió incluso durante las grandes reformas implantadas desde arriba. La política de Pedro I no dejó de ser nacional cuando, desviándose de su antiguo camino, puso a su servicio a los elementos alógenos y a los extranjeros. Los artífices del barrio alemán y los constructores holandeses de buques

expresaban mejor, en aquel período, las necesidades del desarrollo nacional de Rusia que los popes rusos, descendientes no pocas veces de Grecia, o los boyardos moscovitas que se lamentaban tanto de la invasión de extranjeros, aunque ellos mismos descendiesen de los extranjeros que formaran el Estado ruso. En todo caso, la intelectualidad alógena de 1917 se enrolaba en los mismos partidos que la rusa, adolecía de los mismos defectos y cometía los mismos errores, con la particularidad de que los elementos racialmente extraños de los medios mencheviques y socialrevolucionarios, se distinguían por un celo especial, en lo que se refería a la defensa y a la unidad de Rusia.

Ésta era la faz que presentaba el Comité ejecutivo, órgano supremo de la democracia. Dos partidos que habían perdido las ilusiones, pero que conservaban los prejuicios, con un estado mayor de jefes incapaces de pasar de las palabras a los hechos. Veíanse colocados al frente de una revolución llamada a romper cadenas centenarias y a echar los cimientos de una nueva sociedad. Toda la actuación de los colaboracionistas fue una serie de contradicciones dolorosas, que dejaron exhaustas a las masas populares y prepararon las convulsiones de la guerra civil.

Los obreros, los soldados y los campesinos tomaban las cosas en serio y entendían que los soviets creados por ellos debían emprender inmediatamente la extirpación de las calamidades que habían engendrado la revolución. Todos acudían a los soviets. ¿Y quién no tenía algo de qué lamentarse? Todo el mundo exigía decisiones rápidas, confiaba en la ayuda, confiaba en la justicia, insistía en la revancha. Los oprimidos daban por sentado que el poder enemigo había sido reemplazado, al fin, por el suyo propio. El pueblo tiene confianza en el Soviet, está armado; por lo tanto, el Soviet es el poder. Así lo creían, y ¿acaso no tenían razón para creerlo? Una avalancha constante de soldados, de obreros, de mujeres de soldados, de pequeños vendedores, de empleados, de madres, de padres, abría y cerraba las puertas, buscaba, preguntaba, lloraba, exigía, obligaba a tomar medidas, a veces indicaba con precisión qué medidas debían tomarse y erigía, efectivamente, al Soviet en un poder revolucionario. "Esto no redundaba en provecho del Soviet, y no entraba, desde luego, en los planes del mismo", se lamentaba nuestro conocido Sujánov, que, como es natural, luchaba contra todo esto en la medida de sus fuerzas. ¿Con qué resultado? Sujánov se ve obligado a reconocer que "el aparato soviético fue desplazando automáticamente, contra la voluntad del soviet, a la máquina oficial del Estado, la cual funcionaba cada vez más en el vacío". ¿Qué hacían para evitarlo los doctrinarios de la capitulación, los conductores de esa máquina que funcionaba en el vacío? "No había más remedio que conformarse y hacerse cargo de toda una serie de funciones administrativas -reconoce

melancólicamente Sujánov-, sosteniendo al mismo tiempo la ficción de que era el palacio de Marinski el que gobernaba." He aquí a lo que se dedicaba aquella gente, en un país arruinado, sobre el que ardían las llamaradas de la guerra y de la revolución: salvaguardar con medias carnavalescas el prestigio de un gobierno que el pueblo rechazaba orgánicamente. ¡Que se hunda la revolución, pero que se salve la ficción! Al mismo tiempo, el poder que aquella gente expulsaba por la puerta volvía a entrar por la ventana, cogiéndolos cada vez más desprevenidos y colocándolos en una situación ridícula e indecorosa.

Ya en la noche del 28 de febrero, el Comité ejecutivo suprimió la prensa monárquica y no dejó publicarse más periódicos que los autorizados. Se levantaron numerosas protestas. Los que más alzaban la voz eran los que estaban acostumbrados a cerrar la boca a todo el mundo. Unos días después, el Comité ejecutivo hubo de plantear nuevamente la cuestión de la libertad de prensa: ¿Autorizaba o no la salida de los periódicos reaccionarios? Surgieron discrepancias de criterio. Los doctrinarios tipo Sujánov sostenían el de la absoluta libertad de prensa. Cheidse, en un principio, no se mostró de acuerdo con esto: ¿Cómo se iban a dejar las armas en manos de los enemigos mortales sin ninguna traba? Digamos de paso qu a nadie se le ocurrió someter la cuestión al gobierno. Y se comprende, pues hubiera sido inútil: los tipógrafos no acataban más disposiciones que las del Soviet. El 5 de marzo, el Comité ejecutivo confirmó el acuerdo: clausurar las publicaciones de derecha y someter al Soviet la salida de nuevos periódicos. Pero ya el día 10 esta decisión fue anulada bajo la presión de los elementos burgueses. "Bastaron tres días para que la gente entrara en razón", decía Sujánov, triunfante. ¡Entusiasmo infundado! La prensa no está por encima de la sociedad. Las condiciones de su existencia durante la revolución reflejan la marcha misma de ésta. Cuando la revolución toma o puede tomar el carácter de guerra civil, ninguno de los campos beligerantes admite la existencia de prensa enemiga en la órbita de su influencia, de la misma manera que no se desprende voluntariamente del control sobre los arsenales, los ferrocarriles o las imprentas. En la lucha revolucionaria, la prensa no es más que una de tantas armas. Por lo menos, el derecho a la palabra no es más respetable que el derecho a la vida, que la revolución se arroga también. Puede afirmarse como ley que un gobierno revolucionario es tanto más liberal, tolerante y "generoso" con la reacción, cuanto más mezquino es su programa, cuanto más enlazado se halla con el pasado y más conservador es su papel. Y a la inversa: cuanto más grandiosos son los fines y mayor la suma de derechos conquistados e intereses lesionados, más intenso es el poder revolucionario y más dictatorial. Podrá ser esto un mal o un bien; el hecho es que si hasta

ahora la humanidad ha conseguido avanzar, ha sido siguiendo este camino. El Soviet tenía razón cuando quería mantener en sus manos el control sobre la prensa. ¿Por qué renunció tan fácilmente a ejercerlo? Porque había renunciado a toda lucha seria. El Soviet no aludía para nada a la paz, ni a la tierra, ni siquiera a la república. Cuando entregó el poder a la burguesía conservadora no tenía motivos para temer nada de la prensa de derechas ni para pensar que se vería en el trance de luchar contra ella. En cambio, pocos meses después, el gobierno, apoyado por el Soviet, adoptaba una actitud de implacable represión contra la prensa de izquierdas. Los periódicos de los bolcheviques veíanse suspendidos, sin empacho, uno tras otro.

El 7 de marzo declama en Moscú Kerenski: "Nicolás II está en mis manos... Yo no seré nunca el Marat de la revolución rusa... Nicolás II se dirige a Inglaterra bajo mi vigilancia personal"... Las damas arrojaban flores, los estudiantes aplaudían. Pero las masas se agitaban. No se había visto nunca una revolución sería, e decir, que tuviera algo que perder, que mandara al extranjero al monarca destronado. De los obreros y soldados llegaban reclamaciones constantes pidiendo que se detuviese a los Romanov. El Comité ejecutivo tuvo la sensación de que en este asunto no se podía andar con bromas. Se decidió que el Soviet tomara en sus manos la suerte de la familia real: con ello, se reconocía abiertamente que el gobierno no era digno de confianza. El Comité ejecutivo dio a todas las líneas férreas orden de que no se dejase pasar a Romanov: he aquí por qué el tren del zar andaba errante de un lado para otro. Fue designado para proceder a la detención de Nicolás uno de los miembros del Comité ejecutivo, el obrero Gvozdiov, menchevique de derecha. De este modo quedaba desautorizado Kerensky, y con él todo el gobierno. Pero éste no dimitió, sino que se sometió calladamente. Y el 9 de marzo, Cheidse informaba al Comité ejecutivo que el gobierno había "renunciado" a la idea de trasladar a Nicolás II a Inglaterra. La familia del zar fue arrestada en el Palacio de Invierno. Con esto, el Comité ejecutivo se robaba a sí mismo el poder de debajo de la almohada. Y del frente no cesaban de llegar peticiones cada vez más insistentes para que se recluyese al ex zar en la fortaleza de Pedro y Pablo.

Las revoluciones han señalado siempre transformaciones profundas en el régimen de la propiedad, no sólo por la vía legislativa, sino también por la de la acción espontánea de las masas. Las revoluciones agrarias no se han producido nunca de otro modo en la historia, las reformas legales han venido siempre, invariablemente, después del "gallo rojo". En las ciudades, el margen de expropiaciones espontáneas ha sido siempre menor, las revoluciones burguesas no se proponían conmover las bases de la propiedad burguesa.

Pero no ha habido aún, que sepamos, ninguna verdadera revolución en la cual las masas no se apoderaran de los edificios pertenecientes antes a los enemigos del pueblo, para ponerlos al servicio de las necesidades sociales. Inmediatamente después de la revolución de Febrero, salieron de la clandestinidad los partidos, surgieron los sindicatos, por todas partes se celebraban mítines, todas las barriadas tenían sus soviets; todo el mundo tenía necesidad de locales. Las organizaciones se apoderaban de las villas deshabitadas de los ministros o de los palacios vacíos de las bailarinas del zar. Los perjudicados se quejaban a las autoridades, cuando no intervenían éstas espontáneamente. Pero como los expropiadores eran, en rigor, los dueños del poder, y el poder oficial era un fantasma, los fiscales se veían, en fin de cuentas, obligados a dirigirse al mismo Comité ejecutivo, con la demanda de que se restablecieran los derechos atropellados de las bailarinas, cuyas funciones, poco complicadas, eran pagadas con el dinero del pueblo por los miembros de la dinastía. Como era de rigor, se ponía en movimiento a la Comisión de enlace, los ministros trataban el asunto en sus sesiones, la mesa del Comité ejecutivo deliberaba asimismo acerca de él, se enviaban delegaciones a parlamentar con los expropiadores y la tramitación duraba meses enteros.

Sujánov dice que, en su calidad de hombre de "izquierdas", no tenía nada que oponer a las intromisiones legales de carácter radical en el derecho de propiedad pero que, en cambio, era "enemigo" declarado de toda "expropiación espontánea". He aquí los subterfugios con que estos seudo izquierdistas acostumbraban a cubrir su bancarrota. Un gobierno verdaderamente revolucionario hubiera podido, indudablemente, reducir al mínimo las expropiaciones caóticas mediante la publicación oportuna de un decreto sobre la requisa de los locales. Pero los colaboracionistas de izquierda habían cedido el poder a los fanáticos de la propiedad para después predicar vanamente a las masas el respeto a la legalidad revolucionaria... al aire libre. El clima de Petrogrado es poco favorable al peripatetismo.

Las colas, estacionadas a las puertas de las panaderías, dieron el último impulso a la revolución y fueron la primera amenaza para el nuevo régimen. Ya en la asamblea de constitución del Soviet se decidió crear una Comisión de subsistencias. El gobierno se preocupaba poco del abastecimiento de la población de la capital y no hubiera tenido inconveniente alguno en rendirla por el hambre. Era, pues, misión del Soviet ocuparse de ello. El Soviet disponía de economistas y estadistas con cierta práctica, que habían servido antes en los órganos económicos y administrativos de la burguesía. Tratábase, en la mayoría de los casos, de mencheviques de derecha, como Groman y Cherevanin, o de los ex

bolcheviques que habían evolucionado muy a la derecha, como Bazarov y Avilov. Pero, tan pronto como se vieron frente a frente con el problema de abastecer la capital, la situación les obligó a proponer medidas extremadamente radicales para poner coto a la especulación y organizar el mercado. Después de una serie de sesiones, el soviet adoptó todo un sistema de medida de "socialismo de guerra", que comprendían la requisa de todas las reservas de trigo, proporcionados a los que se establecían para los productos de la industria, el control del Estado sobre la producción, el intercambio regular de mercancías con el campo, etc. Los jefes del Comité ejecutivo se miraban unos a otros inquietos; pero como no sabían que proponer, no tuvieron más remedio que adherirse a aquellos acuerdos radicales. Los miembros de la Comisión de enlace los transmitieron luego tímidamente al gobierno. Este prometió estudiarlos. Pero ni el príncipe Lvov, ni Guchkov, ni Konovalov, tenían muchas ganas de fiscalizarse y requisarse a sí mismos y a sus amigos. Todos los acuerdos económicos del Soviet amenazaban estrellarse contra la resistencia pasiva del aparato burocrático si no se llevaban a la práctica por los propios soviets locales. La única medida eficiente que impuso el Soviet de Petrogrado, en lo que a subsistencias se refiere, fue el establecimiento de una ración de tasa para el pan: libra y media para las personas dedicadas al trabajo físico y una libra para las demás. Cierto es que este racionamiento no determina todavía modificaciones en el presupuesto real de alimentos de la capital: con libra o libra y media de pan se puede vivir. La insuficiencia diaria en la alimentación vendrá más tarde. La revolución tendrá que apretarse cada vez más el cinturón sobre el vientre, no por meses, sino por años enteros, y la revolución soportará también esa prueba. Ahora, lo que la atormenta no es aún el hambre, sino lo desconocido, la incertidumbre del giro tomado, la desconfianza en el mañana. Las dificultades económicas, agudizadas por treinta y dos meses de guerra, llaman a las puertas y a las ventanas del nuevo régimen. La desorganización de los transportes, la escasez de materias primas, el desgaste de una parte considerable del instrumental, la inflación inminente, la desorganización del comercio: todo esto exige medidas audaces e inaplazables. Los colaboracionistas, que comprendían su necesidad desde el punto de vista económico, las hacían imposibles en el terreno político. Cada problema económico con que tropezaban se convertía en la condenación de la dualidad de poderes, y cada decisión que se veían obligados a tomar, les quemaba los dedos de un modo insoportable.

La jornada de ocho horas fue una gran piedra de toque, el gran problema que sirvió para poner las fuerzas a prueba. La insurrección ha triunfado, pero la huelga general continúa. Los obreros están seriamente convencidos de que el cambio de régimen debe

traducirse en alguna modificación favorable de su modo de vida. Esto inquieta inmediatamente a los nuevos gobernantes, tanto liberales como socialistas. Los partidos y periódicos patrióticos lanzan su llamamiento: "¡Los soldados, a los cuarteles; los obreros, a las fábricas!" Es decir, "¿que todo sigue como antes?", se preguntaban los obreros. Por el momento, sí; contestan, confusos, los mencheviques. Pero los obreros comprenden que si no arrancan modificaciones inmediatas, en lo sucesivo será todavía peor. La burguesía confía a los socialistas la misión de arreglar las cosas con los obreros. Fundándose en que el triunfo obtenido "ha garantizado en grado suficiente la posición de la clase obrera en su lucha revolucionaria" -en efecto, ¿acaso no están en el poder los terratenientes liberales?-, el 5 de marzo el Comité ejecutivo decide reanudar el trabajo en la región de Petrogrado. Los obreros, a las fábricas: tal es la fuerza del egoísmo blindado de las clases ilustradas, lo mismo los liberales que sus socialistas. Por lo visto, esta gente se imaginaba que aquellos millones de obreros y soldados arrastrados a la insurrección por la presión irresistible del descontento y de la esperanza, se reconciliarían sumisamente al día siguiente del triunfo con las mismas condiciones de vida de antes. Los caudillos habían sacado de los libros históricos la convicción de que así había acontecido en las revoluciones pasadas. Pero no; tampoco en el pasado aconteció nunca así. Para tratar a las masas como a un rebaño, también en tiempos pasados había que recurrir a caminos sinuosos, a toda una red de derrotas y astucias. Marat sentía muy agudamente el cruel reverso social de las revoluciones políticas. Por esto lo calumnian tanto los historiadores oficiales. "La revolución sólo se realiza y es apoyada por las clases inferiores de la sociedad, por todos esos desheredados a quienes la riqueza insolente trata como a canallas, y a los cuales los romanos, con su cinismo proverbial, llamaron proletarios", escribe un mes antes del golpe de 10 de agosto de 1792. Y se pregunta: "¿Qué da la revolución a los desheredados? Después de haber alcanzado, en un principio, ciertos éxitos, el movimiento resulta, a la postre, vencido; le faltan siempre conocimientos, habilidad, medios, armas, jefes, un plan de acción fijo, y cae, indefenso, ante los conspiradores, que disponen de experiencia, habilidad y astucia." Se explica perfectamente que Kerenski no quisiera ser el Marat de la revolución rusa.

Uno de los antiguos capitanes de la industria rusa, V. Auerbach, cuenta, indignado, que "el pueblo creía que la revolución era algo así como una fiesta: a la sirvienta, por ejemplo, no se la veía durante días enteros; se paseaba por las calles, adornada con cintas rojas, recorría la ciudad en automóvil y sólo volvía a casa por la mañana, para lavarse y echarse otra vez a la calle". Es curioso que, en su afán por presentar la acción desmoralizadora de la revolución, el acusador de ésta se vea obligado a pintar la conducta

de la sirvienta exactamente con los mismos rasgos que, si se exceptúa la cinta roja, reproducen al pie de la letra la vida habitual de las patricias burguesas. Sí, es verdad; la revolución es celebrada por los oprimidos como una fiesta, o como la vigilia de una fiesta, y el primer movimiento de las esclavas domésticas, despertadas por la revolución, consiste en aflojar el yugo de la esclavitud humillante y desesperanza de cada día. La clase obrera, en su conjunto no podía ni quería contentarse con las cintitas rojas como símbolo del triunfo... para otros. En las fábricas de Petrogrado reinaba la agitación. Muchas se negaron abiertamente a someterse a la orden dada por el Soviet. Los obreros estaban siempre dispuestos, naturalmente, a volver a la fábrica, pues, ¡qué otro remedio tenían! Pero ¿en qué condiciones? Los trabajadores exigían la jornada de ocho horas. Los mencheviques recordaban el ejemplo de 1905, durante los cuales los obreros intentaron implantar la jornada de ocho horas por iniciativa propia y fueron derrotados. "La lucha en dos frente -contra la reacción y contra los capitalistas- rebasa las fuerzas del proletariado." Ésta era su idea central. Los mencheviques inclinábanse a aceptar, en general, la ruptura fatal con la burguesía en un futuro próximo. Pero esta persuasión, puramente teórica, no obligaba a nada. Los mencheviques entendían que no había que forzar la ruptura. Y como quiera que la burguesía no se pasa, precisamente, al campo de la reacción obligada por las frases inflamadas de los oradores y periodistas, sino presionada por el movimiento espontáneo de las clases trabajadoras, los mencheviques se oponían con todas sus fuerzas a la lucha económica de los obreros y campesinos. "Las cuestiones sociales -decían- no son, actualmente, las primordiales. Ahora, por lo que hay que luchar es por la libertad política." Pero los obreros no acertaban a comprender en qué consistía esa mítica libertad. Ellos querían, ante todo, un poco de libertad para sus músculos, y sus nervios y ejercían presión sobre los patronos. ¡Qué ironía! Precisamente el 10 de marzo, cuando el órgano menchevique decía que la jornada de ocho horas no estaba a la orden del día, la Asociación de Fabricantes, que la víspera se había visto obligada a entablar relaciones oficiales con el Soviet, manifestaba su conformidad con la implantación de la jornada de ocho horas y la organización de Comités de fábrica. Los industriales demostraban mucha más perspicacia que los estrategas democráticos del Soviet. La cosa no tiene nada de sorprendente: en las fábricas, los patronos se veían frente a frente con los obreros, que en la mitad, por lo menos, de los establecimientos petersburgueses, entre los que figuraban la mayoría de los más importantes, habían abandonado unánimemente las fábricas después de las ocho horas de trabajo, tomándose así ellos mismos lo que les negaba el gobierno y el Soviet.

Cuando la prensa liberal, enternecida, comparaba el gesto de los industriales rusos del 10 de marzo de 1917 con el de la nobleza francesa, el 4 de agosto de 1789, se hallaba mucho más cerca de la verdad histórica de lo que ella misma se imaginaba: al igual que los señores feudales de fines de siglo XVIII, los capitalistas rusos obraban impulsados por la necesidad y confiando en asegurarse para lo futuro, con esta concesión temporal, la restitución de lo perdido. Uno de los publicistas kadetes, saltando por encima de la mentira oficial, reconocía abiertamente: "Desgraciadamente para los mencheviques, los bolchevique han obligado ya por el terror a la Asociación de Fabricantes a acceder a la implantación inmediata de la jornada de ocho horas." Ya sabemos en qué consistía tal "terror". Indudablemente, los obreros bolcheviques llevaban en este movimiento una parte preeminente, y otra vez, como en los días decisivos de febrero, arrastraban consigo a la aplastante mayoría de los trabajadores.

El Soviet, dirigido por los mencheviques, registró con mezclados sentimientos la grandiosa victoria obtenida en rigor contra él. Sin embargo, los caudillos, cubiertos de oprobio, se vieron obligados a dar otro paso al frente y proponer al gobierno provisional que publicara, antes de la Asamblea constituyente, un decreto implantando en toda Rusia la jornada de ocho horas. Pero el gobierno, de acuerdo con los patronos, se opuso a ello, y, esperando días mejores, se negó a dar satisfacción a este deseo, que le había sido formulado sin insistencia alguna.

En la región de Moscú se entabló la misma lucha, aunque tomó un carácter más prolongado. El Soviet, a pesar de la resistencia de los obreros, exigió también en Moscú la reanudación del trabajo. En una de las fábricas más importantes, la propuesta de continuación de la huelga obtuvo siete mil votos contra seis mil. De modo parecido reaccionaron también las demás fábricas. El 10 de marzo, el Soviet confirmó nuevamente la obligación de volver inmediatamente al trabajo. Éste se reanudó en la mayoría que las fábricas, pero casi en todas ellas se luchó por la reducción de la jornada. Los obreros les enmendaban la plana a sus directores con la acción. El Soviet de Moscú, que había resistido tenazmente, no tuvo más remedio al fin que implantar formalmente, el día 21 de marzo, la jornada de ocho horas. Los industriales se sometieron inmediatamente. En provincias, la lucha continuó durante el mes de abril. En un principio, los soviets contenían, casi en todas partes el movimiento y resistían contra él; luego, bajo la presión de los obreros, entablaban negociaciones con los patronos, y allí donde éstos se mostraban reacios, se veían obligados a decretar la jornada de ocho horas por su propia cuenta. ¡Qué brecha en el sistema!

El gobierno se mantenía deliberadamente al margen de estas luchas. Entre tanto, se libraba una furiosa campaña contra los obreros bajo la dirección de los líderes liberales. Para quebrantar la resistencia de los trabajadores, se decidió colocar enfrente de ellos a los soldados. La reducción de la jornada de trabajo, se decía, implica el debilitamiento del rente. ¿Es que durante la guerra puede nadie pensar exclusivamente en sí mismo? ¿Es que en las trincheras cuentan los soldados el número de horas? Cuando las clases poseedoras abrazan el camino de la demagogia, no se detienen ante nada. La agitación tomó un carácter furioso y fue transplantada a las trincheras. En sus *Memorias del frente*, el soldado Pireiko reconoce que la campaña de propaganda, que corría principalmente a cargo de los socialistas de nuevo cuño procedentes de la oficialidad, no dejaba de tener cierto éxito. "Pero lo que perdía a los oficiales que intentaban enfrentar a los soldados con los obreros era precisamente eso: el ser oficiales. El soldado se acordaba demasiado bien de lo que el oficial era para él no hacía mucho." Sin embargo, donde la campaña contra los obreros tomó un carácter más agudo fue en la capital. Los industriales, acaudillados por el estado mayor kadete, supieron encontrar recursos y fuerzas ilimitadas para hacer propaganda entre la guarnición. "Allá por el 20 -cuenta Sujánov-, en todas las encrucijadas, en los tranvías, en todas partes, se podía ver a los soldados y obreros entregados a una furiosa lucha verbal." Había incluso casos de colisiones físicas. Los obreros comprendieron el peligro y le cerraron el paso hábilmente. Para ello le bastaba contar la verdad, citar las cifras de los beneficios de guerra, mostrar a los soldados las fábricas y los talleres con el estruendo de las máquinas, las llamas infernales de los hornos, aquel frente permanente obrero que les costaba víctimas incontables. Por iniciativa de los obreros, se organizaron visitas regulares de los soldados a las fábricas, sobre todo, a las que trabajaban para la defensa. El soldado miraba y escuchaba; el obrero enseñaba y explicaba. Las visitas terminaban con una fraternización solemne. Los periódicos socialistas publicaban numerosos acuerdos de los regimientos solidarizándose inquebrantablemente con los obreros. A mediados de abril, el tema que había dado origen al conflicto desapareció de las columnas de la prensa. Los periódicos burgueses enmudecieron. Y los obreros coronaban su victoria económica con un gran triunfo político y moral.

Los acontecimientos relacionados con la lucha por la jornada de ocho horas tuvieron gran importancia para el desarrollo ulterior de la revolución. Los obreros conquistaron unas cuantas horas libres semanales para la lectura, las asambleas y, asimismo, para los ejercicios de fusil, que tomaron un carácter organizado desde la creación de las milicias obreras. Después de tan elocuente lección, los obreros empezaban a vigilar más de cerca a los

dirigentes soviéticos. El prestigio de los mencheviques disminuyó seriamente. Los bolcheviques se reforzaron en las fábricas y en algunos cuarteles. El soldado se hizo más atento, más reflexivo, más prudente, comprendiendo que alguien vigilaba por él. El designio pérfido de la demagogia se volvió contra sus instigadores. En vez del divorcio y la hostilidad que buscaba consiguió sellar una inteligencia mucho más estrecha y fraternal entre los obreros y los soldados.

El gobierno, a pesar del idilio del "enlace", odiaba al Soviet, a sus jefes y a su tutela, como lo puso de manifiesto en la primera ocasión que se le presentó. Como quiera que el Soviet realizaba funciones puramente gubernamentales y, además, se encargaba, a instancia del propio gobierno, de apaciguar a las masas cuando era necesario, el Comité ejecutivo solicitó que se le concediera una modesta subvención para sus gastos. El gobierno se negó a ello y, a pesar de las insistencias del Soviet, mantuvo su punto de vista: no se podía sostener con recursos del Estado una "organización puramente particular". El Soviet se calló y las cargas de su presupuesto fueron a pesar sobre los hombros de los obreros, los cuales no se cansaban de hacer colectas destinadas a atender las necesidades de la revolución.

Al propio tiempo, las dos partes, los liberales y los socialistas, mantenían la apariencia de un afecto recíproco sin tacha. En la conferencia panrusa de los Soviets se declaró que la existencia de la dualidad de poderes era una invención. Kerenski aseguró a los delegados del ejército que en lo que se refería a los fines perseguidos existía una completa unidad entre el gobierno y el Soviet. Tsereteli, Dan y otras firmes columnas del Soviet, negaron, con no menos tenacidad, la existencia del doble poder. Por lo visto, aspiraban a reforzar un régimen fundado en la mentira, valiéndose de ésta.

Sin embargo, el régimen se tambaleó desde las primeras semanas. Los líderes se dedicaban incansablemente a hacer todas las combinaciones imaginables en el terreno de la organización, esforzábanse en apoyarse en representantes ocasionales contra las masas: en los soldados contra los obreros; en las Dumas, los zemstvos y las cooperativas nuevas contra los soviets, en la provincia contra la capital, y, por último, en la oficialidad contra el pueblo.

La forma soviética o entraña ninguna fuerza mística; no está libre, ni mucho menos, de los vicios de toda representación, inevitables mientras ésta sea inevitable. Pero su fuerza consiste en reducir todos estos vicios a su mínima expresión. Categóricamente puede afirmarse -la experiencia lo ha de confirmar pronto- que cualquier otro sistema de representación que hubiera atomizado a las masas habría expresado su voluntad efectiva en

el movimiento revolucionario de un modo incomparablemente peor y con mucho más retraso. El Soviet es la forma de representación revolucionaria más elástica, directa y clara. Pero esto se refiere exclusivamente a la forma, y la forma no puede dar de sí más de lo que sean capaces de infundirle las masas en cada momento determinado. En cambio, puede facilitar a éstas la comprensión de los errores cometidos y su rectificación. En esto consistía precisamente una de las principales garantías que aseguraban el desarrollo de la revolución.

¿Cuáles eran las perspectivas políticas del Comité ejecutivo? Es dudoso que ninguno de los dos jefes tuviera perspectivas meditadas hasta sus últimas consecuencias. Sujánov afirmaba más tarde que, de acuerdo con su plan, se cedía el poder a la burguesía solamente por un breve plazo, a fin de que la democracia, robusteciéndose, pudiera tomar este poder de un modo más seguro. Sin embargo, este plan, ingenuo en sí mismo, tiene un carácter retrospectivo evidente. Por lo menos, nadie lo formuló a su debido tiempo. Bajo la dirección de Tsereteli, las vacilaciones del Comité ejecutivo, si no cesaron, fueron, por lo menos, incorporadas al sistema. Tsereteli proclamaba abiertamente que sin un poder burgués fuerte sería inevitable la ruina de la revolución. La democracia debía, según él, limitarse a ejercer presión sobre la burguesía liberal, teniendo buen cuidado de no empujarla hacia el campo de la reacción con sus decisiones imprudentes, y apoyándola, por el contrario, en la medida en que se consolidase las conquistas de la revolución. Como resultado de todo ello, este régimen intermedio debía hallar su expresión en una república burguesa con una oposición socialista parlamentaria.

Para aquellos prohombres, la piedra de toque no era tanto la perspectiva como el programa de acción al día. Los colaboracionistas prometían a las masas obtener de la burguesía, mediante su "presión", una política exterior e interior democrática. Es indiscutible que en el curso de la historia las clases dominantes, obligadas por la presión de las masas populares, han hecho, más de una vez, concesiones. Pero en último término, la presión implica siempre, para ser eficaz, la amenaza de eliminar del poder a la clase dominante y ocupar su puesto. Mas la democracia rusa, teniendo en sus manos esta arma, no tuvo inconveniente en ceder voluntariamente el poder a la burguesía. Y en los momentos críticos, no era la democracia precisamente la que amenazaba con quitarle el poder a la burguesía, sino, por el contrario, ésta la que intimidaba a la democracia con la amenaza de abandonarlo. Es decir, que la palanca principal que regía la mecánica de la presión estaba en mano de la burguesía. Así se explica que el gobierno, a pesar de su impotencia, pudiera resistir con éxito a toda pretensión más o menos seria de los elementos directivos de los soviets.

A mediados de abril, hasta el Comité ejecutivo resultó ser un órgano demasiado amplio para los misterios políticos del núcleo dirigente, el cual se había vuelto definitivamente de cara a los liberales. Se eligió una Mesa formada exclusivamente por elementos de la derecha patriótica. En lo sucesivo, la gran política del Soviet se desarrolla entre bastidores. Al parecer, la situación se normaliza y consolida. Tsereteli ejerce sobre los soviets un predominio ilimitado. Kerenski sube cada vez más. Pero precisamente en este momento es cuando abajo, en las masas, empiezan a manifestarse de un modo evidente los primeros síntomas alarmantes. "Es sorprendente -dice Stankievich, uno de los elementos más allegados a Kerenski-, que precisamente en el momento en que el Comité se organizaba, en que la Mesa, compuesta exclusivamente por representantes de los partidos de la defensa nacional, asumía la responsabilidad de todas las tareas, dejara que se le escapara de las manos la dirección de la masa, que empezaba a apartarse de él." ¿Sorprendente? No, sencillamente lógico.

CAPITULO XIII
EL EJÉRCITO Y LA GUERRA

La disciplina dentro del ejército se quebrantó ya considerablemente en los meses que precedieron a la revolución. Las quejas de los oficiales son ya cosa frecuente en estos meses: los soldados no guardan el debido respeto a sus jefes; se observa en ellos una gran desidia en el cuidado de los caballos, los bagajes e incluso las armas; se registran desórdenes en los trenes militares. No en todas partes marchaban las cosas tan mal. Pero por dondequiera que se tendiese la vista, la impresión era la misma: desmoronamiento.

A esto venía a añadirse ahora la sacudida de la revolución. La guarnición de Petrogrado no sólo se sublevó sin el concurso de la oficialidad, sino incluso contra ella. En los momentos críticos, los jefes no sabían cosa mejor que esconderse. El 27 de febrero, el diputado octubrista Schidlovski se puso al habla con los oficiales del regimiento de Preobrajenski con el fin, por lo visto, de pulsar su actitud frente a la Duma, pero halló entre los aristócratas de la Guardia una completa incomprensión de lo que ocurría -tal vez, dicho sea de paso, más fingida que real, pues no hay que olvidar que se trataba de monárquicos asustados-. "¡Cuál sería mi asombro -cuenta Schidlovski- cuando, al día siguiente por la mañana, vi en la calle formado a todo el regimiento de Preobrajenski marchando en un orden perfecto, con la música al frente y sin un solo oficial!" Hubo algunos regimientos que se presentaron en el palacio de Táurida con sus jefes, aunque más exacto sería decir que los arrastraron consigo. Los oficiales se sentían como prisioneros en aquellas manifestaciones de entusiasmo. La condesa de Kleinmichel, que observaba estas escenas en calidad de detenida, se expresaba de un modo más concreto: "Los oficiales parecían ovejas conducidas al matadero."

La revolución de Febrero no creó el divorcio entre los soldados y los oficiales: no hizo más que exteriorizarlo. En la conciencia de los soldados, la sublevación contra la monarquía era, ante todo y sobre todo, la sublevación contra el mando. "Desde la mañana del 28 de febrero -recuerda el kadete Nabokov, que vestía aquellos días el uniforme de oficial- era peligroso salir a la calle, pues ya empezaban a arrancar las charreteras a los oficiales." He aquí la faz que presentaba el primer día del nuevo régimen en la guarnición.

De lo primero que se preocupó el Comité ejecutivo fue de reconciliar a los soldados con los oficiales. O dicho en otros términos, de someter los regimientos a sus jefes anteriores. El retorno de los oficiales a los regimientos tendía, según Sujánov, a preservar al ejército de "la anarquía general, a la dictadura de la soldadesca ignorante". Los que

infundían pánico a estos revolucionarios, lo mismo que a los liberales, no eran, como se ve, los oficiales, sino los soldados. Sin embargo, donde los obreros y la "soldadesca ignorante" veían el peligro era, precisamente, en la brillante oficialidad. La reconciliación no podía ser, pues, duradera.

Stankievich describe del modo siguiente la actitud de los soldados ante los oficiales que volvían a los cuarteles, después de la revolución: "Los soldados, al violar la disciplina y al salir de los cuarteles, no sólo sin los oficiales, sino... en muchos casos contra los mismos, llegando incluso a matarlos por cumplir con su deber, creían realizar un gran acto de emancipación. Si era así, como la misma oficialidad sostiene, ¿por qué no sacó a los soldados a la calle, puesto que esto era lo más fácil y menos peligroso? Ahora, después de la victoria, la oficialidad se ha adherido a la hazaña. Pero, ¿lo ha hecho sinceramente y con carácter estable?" Estas palabras son tanto más elocuentes cuanto que su propio autor se contaba entre esos oficiales de "izquierda" a los que ni siquiera se les pasó por las mientes echar a la calle a sus soldados.

El día 28, por la mañana, el comandante de un regimiento de Ingenieros decía a sus soldados, en la avenida de Sampsonievski, que "el gobierno odiado por todos había sido derribado", que se había formado otro presidido por el príncipe Lvov y que era preciso que los soldados siguieran obedeciendo a los oficiales. "Y ahora, ¡todo el mundo a los cuarteles!" Algunos soldados gritaron: "Así lo haremos." La mayoría estaba desconcertada: "¿Y esto era todo?" Kajurov, que observaba casualmente esta escena, se indignó. "Permítame usted una palabra, señor comandante...", y, sin esperar la venia, dijo: "¿Es que acaso ha corrido en las calles de Petrogrado la sangre de los obreros durante todos estos días para reemplazar a un terrateniente por otro?" También aquí Kajurov daba en el blanco. En torno a esta cuestión planteada por él había de girar la lucha en los meses siguientes. La enemiga entre soldados y oficiales no era más que el reflejo de la hostilidad entre el campesino y el terrateniente.

En provincias, los comandantes, que por lo visto habían tenido ya tiempo de recibir instrucciones, describían los sucesos con sujeción a un esquema único: "El monarca, agotado por sus esfuerzos en favor del país, se ha visto obligado a transmitir la carga del poder a su hermano(!)." En los rostros de los soldados -se lamenta uno de los oficiales desde un rincón de Crimea- se veía que pensaban: "Nicolai o Mijail, ¿qué más da?" Pero cuando este mismo oficial se vio obligado a comunicar a su batallón, al día siguiente por la mañana, el triunfo de la revolución, los soldados, según sus propias palabras, se transfiguraron. Sus preguntas, sus gestos, sus miradas, atestiguaban "una labor prolongada

y tenaz que alguien realizaba en aquellos cerebros ignorantes, grises, no acostumbrados que alguien realizaba en aquellos cerebros ignorantes, grises, no acostumbrados a pensar." ¡Qué abismo entre el oficial, cuyo cerebro se adapta sin esfuerzo al último telegrama recibido de Petrogrado y aquellos soldados que, trabajosa, pero honradamente, definen su actitud ante los acontecimientos, sopesándolos por cuenta propia en sus toscas manos!

El alto mando, al mismo tiempo que aceptaba formalmente la revolución, decidía no dejarla llegar al frente. El jefe del Cuartel general dio orden a los generalísimos de los frentes para que, en caso de que se presentaran en sus territorios delegaciones revolucionarias, delegaciones que el general Alexéiev, en gracia sin duda a la brevedad, calificaba de pandillas, fueran inmediatamente detenidas y juzgadas en Consejo de guerra sumarísimo. Al día siguiente, este mismo general, en nombre de "Su Alteza" el gran duque Nikolai Nikolaievich, exigía del gobierno que "pusiese fin a todo lo que ocurre actualmente en las regiones del interior"; dicho en otros términos, que pusiese fin a la revolución.

El mando no se apresuraba a dar al ejército cuenta de la revolución, no tanto por fidelidad a la monarquía como por miedo de aquélla. En algunos frentes se estableció un verdadero sistema de cuarentena: no se dejaban pasar las cartas de Petrogrado, se retenía a los recién llegados; con estos ardides, el viejo régimen robaba algunos días a la eternidad. La noticia de la revolución no llegó a la línea de combate hasta el 5 o 6 de marzo. Y ¿en qué forma? Poco más o menos, lo sabemos ya: el gran duque ha sido nombrado generalísimo, el zar ha abdicado en aras de la patria, y lo demás sigue como antes. En muchas trincheras, acaso la mayoría, las noticias de la revolución las transmitían los alemanes antes de que llegaran de Petrogrado. ¿Podían dudar los soldados de que los jefe se habían puesto de acuerdo para ocultar la verdad? ¿Y podían dar el menor crédito a aquellos oficiales que, dos o tres días después, aparecían ante ellos adornados con cintas rojas?

El jefe del estado mayor de la escuadra del Mar Negro, cuenta que la noticia de los acontecimientos de Petrogrado no ejerció, en un principio, una influencia visible sobre los marineros. Pero tan pronto como llegaron de la capital los periódicos socialistas, "el estado del espíritu de la tripulación se transformó en un instante, empezaron los mítines y no se sabe por qué resquicios aparecieron un tropel de agitadores criminales". El almirante no se daba cuenta, sencillamente, de lo que estaba ocurriendo ante sus ojos. No es que los periódicos determinaran el cambio de estado de espíritu; lo que ocurría era que disipaban las dudas de los marineros respecto al alcance de la revolución, y les permitían manifestar abiertamente sus verdaderos sentimientos sin miedo a ser víctimas de represalias por parte de sus jefes. Este mismo autor a que nos referimos, caracteriza con una frase la fisonomía

política de la oficialidad del mar Negro, y, por consiguiente, la suya propia: "La mayoría de los oficiales de la escuadra estaba persuadida de que, sin zar, la patria se hundiría." Por su parte, los demócratas estaban firmemente convencidos de que la patria estaba perdida, si esta magnífica oficialidad no retornaba al lado de los "ignorantes marineros".

El mando del ejército y de la armada no tardó en dividirse en dos alas: unos, intentaban mantenerse en sus puestos plegándose a la revolución y afiliándose al partido de los socialrevolucionarios; posteriormente, parte de ellos, intentó incluso deslizarse en las filas del partido bolchevique. Otros, por el contrario, adoptaban una actitud de soberbia, intentaban oponer resistencia al nuevo orden de cosas; pero pronto se veían metidos en algún conflicto agudo y eran arrastrados por la avalancha de los soldados. Estas estratificaciones son tan naturales, que en todas las revoluciones se dan. Los oficiales intransigentes de la monarquía francesa, aquellos que, según las palabras de uno de ellos, "lucharon mientras pudieron", sufrían menos viendo la insubordinación de los soldados que contemplando el servilismo de sus colegas ante el nuevo poder. En fin de cuentas, la mayoría del viejo mando quedó eliminada, aplastada, y sólo una pequeña parte se reajustó y asimiló al nuevo estado de cosas. La oficialidad compartía, en una forma más dramática, la suerte de las clases de que se reclutaba.

El ejército es, en general, una copia de la sociedad a la cual sirve, con la diferencia de que da un carácter concentrado a las relaciones sociales, llevando sus rasgos positivos y negativos hasta su límite máximo de expresión. Se explica perfectamente que en Rusia, la guerra no diera ni un solo prestigio militar. El alto mando ha sido caracterizado con suficiente elocuencia por uno de los de su casta: "Muchas aventuras, mucha ignorancia, mucho egoísmo, intrigas, arribismo, codicia, ineptitud y estrechez de horizontes -dice el general Zaleski- y muy pocos conocimientos y talentos, ningún deseo de correr riesgos o de poner en peligro la comodidad y la salud." Nikolai Nikolaievich, primer generalísimo, se distinguía únicamente por su elevada estatura y su grosería augustísima. El general Alexéiev, antiguo escribiente del ejército, era una mediocridad gris, que si sabía algo era a fuerza de aplicación; a Kornílov, que era un jefe militar, valiente, incluso sus devotos le consideraban como a un hombre de cortos alcances; Verjovksi, ministro de la Guerra de Kerenski, hablando más tarde de Kornílov, decía que era un hombre con corazón de león y cabeza de carnero. Brusílov y el almirante Kolchak eran sólo un poco más inteligentes que los otros, un poquito nada más. Denikin no carecía de carácter, pero, en lo demás, era un general completamente ordinario que habría leído cinco o seis libros en toda su vida. Y después venían ya los Yudenich, los Dragomirov, o los Lukomski, que no se distinguían unos de

otros más que por saber francés o no saberlo, por beber poco o beber mucho, pues en lo demás eran todos unas perfectas nulidades.

Hay que decir que en el cuerpo de oficiales hallaba cumplida representación, no sólo la Rusia aristocrática, sino también la burguesa y la democrática. La guerra derramó en las filas del ejército a docenas de miles de pequeños burgueses bajo la forma de oficiales, funcionarios militares, médicos e ingenieros. Estos elementos, que casi todos sin excepción sostenían la necesidad de proseguir la guerra hasta el triunfo final, sentían la necesidad de ciertas medidas amplias, pero acababan siempre sometiéndose a los elementos reaccionarios de arriba, bajo el zarismo, por miedo, y, después de la revolución, por convicción, del mismo modo que en el interior la democracia se sometía a la burguesía. Los elementos colaboracionistas de la oficialidad compartieron luego la suerte infortunada de los partidos conciliadores, con la diferencia de que en el frente la situación revestía formas incomparablemente más agudas. En el Comité ejecutivo cabía mantenerse en una actitud equívoca durante mucho tiempo; ante los soldados, era más difícil.

Los rozamientos y la enemistad entre los oficiales demócratas y aristocráticos, incapaces todos ellos de renovar el ejército, no hacían más que introducir en él un elemento más de descomposición. La fisonomía del ejército había sido trazada por la vieja Rusia, y era feudal hasta la médula. Los oficiales seguían teniendo por el mejor soldado al mucho campesino sumiso, que no razonaba, y en el cual no había despertado aún la conciencia de la personalidad humana. Era la tradición "nacional" imbuida por Suvórov al ejército ruso, y que tenía sus raíces en el primitivo régimen agrario, en la servidumbre de la gleba y en la comuna rural. En el siglo XVIII, Suvórov hizo milagros con este material. Tolstoy idealizó en su Platon Karataiev de *La guerra y la paz*, con un cariño de gran señor, el viejo tipo de soldado ruso que se sometía sin rechistar a la naturaleza, la arbitrariedad y la muerte. La Revolución Francesa, que abrió las puertas a aquella magnífica irrupción del individualismo en todas las esferas de la actividad humana, liquidó el arte militar de Suvórov. En el transcurso del siglo XIX, lo mismo que en el XX, n todo el espacio de tiempo comprendido entre la Revolución Francesa y la rusa, el ejército zarista fue invariablemente derrotado, gracias a sus características de ejército servil. El mando formado sobre aquélla "base nacional", se distinguía por su desprecio hacia la personalidad del soldado, por su espíritu de mandarinato pasivo, de ignorancia del oficio, de completa ausencia de heroísmo y de manifiesta rapacidad. El imperio de la oficialidad se mantenía en los signos exteriores de distinción, en el ritual de la graduación, en el sistema de represiones y hasta en un lenguaje convencional especial, lleno de expresiones de esclavitud: "A la orden de usía, mi

capitán", y otras semejantes que el soldado tenía que emplear cuando hablaba, cuadrado, con sus oficiales.

Al aceptar la revolución de labios afuera y presta juramento de fidelidad al nuevo gobierno, los mariscales zaristas hicieron recaer, sencillamente, sobre la dinastía derrumbada, sus propios pecados, accediendo misericordiosamente a que Nicolás II fuera declarado responsable por todo el pasado. Pero ¡ni un paso más adelante! ¿Cómo iban ellos a comprender que la esencia moral de la revolución consistía en dar un alma a aquella masa humana, en cuya inmovilidad espiritual se basaba su bienestar? Denikin, nombrado comandante del frente, declaraba en Minsk: "Acepto entera incondicionalmente la revolución, pero entiendo que sería ruinoso para el país revolucionar al ejército e introducir en él la demagogia." ¡Fórmula clásica de la estulticia generalesca! En cuanto a los generales de filas, según la expresión de Zaleski, no exigían más que una cosa: "¡Dejadnos tranquilos; lo demás nos tiene sin cuidado!" Pero no, la revolución no podía dejarles tranquilos. Procedentes de las clases privilegiadas, estos hombres no podían ganar nada y, en cambio, podían perder mucho. Se veían amenazados con perder no sólo los privilegios del mando, sino también la propiedad de sus tierras. Bajo el manto de lealtad hacia el gobierno provisional, la oficialidad reaccionaria sostuvo una lucha encarnizadísima contra los soviets. Cuando se persuadió de que la revolución penetraba irresistiblemente en las masas de soldados y en las aldeas, vio en ello una perfidia inaudita de Kerenski, Miliukov y aun Rodzianko, y no digamos de los bolcheviques.

Las condiciones de vida de la Marina llevaban aparejados, en mayor grado aún que las del ejército de tierra, gérmenes vivos de guerra civil. La vida de los marineros en aquellas cárceles de acero donde les encerraban por la fuerza durante varios años, no se distinguía gran cosa, incluso desde el punto de vista de la alimentación, de la vida de los presidiarios. A su lado, vivía la oficialidad, procedente en su mayoría de los sectores privilegiados, que escogía el servicio marítimo voluntariamente, por vocación, identificaba la patria con el zar y a éste con él, y entendía que el marinero era la parte más deleznable en un barco de guerra. Dos mundos extraños que convivían en estrecho contacto, sin perderse nunca de vista. Los buques de la escuadra tenían su base en las ciudades industriales de la costa, pues necesitaban de gran número de obreros para su construcción y reparación. Además, en los mismos buques, en la sección de máquinas y los servicios técnicos, navegaban no pocos obreros calificados. Tales eran las condiciones que convertían a la escuadra en una mina revolucionaria. En las revoluciones y sublevaciones militares de todos los países, los marineros han representado siempre la materia más explosiva; casi siempre, tan pronto se

les brinda ocasión propicia, se apresuran a liquidar severamente sus cuentas con la oficialidad. Los marineros rusos no constituyeron una excepción.

En Kronstadt, la revolución encendió la mecha a una explosión de sangrienta venganza contra la oficialidad, la cual, horrorizada de su propio pasado, intentaba ocultar a los marineros la revolución. Una de las primeras víctimas que cayó fue el comandante de la escuadra, almirante Viren, blanco de un odio muy merecido. Parte del mando fue detenida por los marineros. A los oficiales dejados en libertad les fueron quitadas las armas.

En Helsingfors y Sveaborg, el almirante Nepenin no dejó llegar ninguna noticia del Petrogrado alzado en armas hasta la noche del 4 de marzo, intimidando a los marineros y soldados con represiones. Razón de más para que la sublevación tomase aquí un carácter más encarnizado, prolongándose un día y una noche. Muchos oficiales fueron detenidos. Los más odiados fueron arrojados bajo el hielo. "A juzgar por el relato de Skobelev sobre la conducta de las autoridades de Helsingfors y de la escuadra -dice Sujánov, que peca de todo menos de benevolencia hacia la soldadesca ignorante-, sólo hay que extrañarse de que estos excesos fueran tan poco considerables."

Tampoco entre las fuerzas de tierra pudieron evitarse las represalias sangrientas. En un principio, eran una venganza por el pasado, por el constante abofeteamiento de los reclutas por los oficiales. No faltaban recuerdos dolorosos como llagas. Desde 1915, había sido oficialmente introducido en el ejército zarista el azote con vergas como castigo disciplinario. Los oficiales azotaban a discreción a los soldados, que eran no pocas veces padres de familia. Pero no siempre se trataba de vengarse del pasado. En la asamblea de los soviets, el ponente encargado de informar sobre el problema del ejército comunicó que aun en los días 16 y 17 de marzo se aplicaban en el ejército castigos corporales contra los soldados. Un diputado de la Duma contaba, a su regreso del frente, que los cosacos, en ausencia de los oficiales, le habían declarado: "Dice usted que hay un decreto (por lo visto se refiere al famoso "decreto número 1", del cual se hablará más adelante). Se recibió ayer; pero hoy el comandante me ha abofeteado." Los bolcheviques iban al frente con tanta frecuencia como los colaboracionistas, para evitar que los soldados cometiesen excesos. Pero las venganzas sangrientas eran tan inevitables como lo es el culatazo después del disparo. Desde luego, los liberales no tenían motivo alguno para calificar de incruenta la revolución de Febrero, como no fuera el de haberles regalado el poder.

Algunos oficiales provocaban conflictos agudos con motivo de las cintas rojas, que eran, a los ojos de los soldados, un símbolo de la ruptura con el pasado. Con motivo de uno de estos disturbios, fue muerto el comandante del regimiento de Sumski. Un

comandante del cuerpo de ejército que exigió a las fuerzas de refresco que acababan de llegar que se quitaran las cintas rojas, fue detenido por los soldados. También se produjeron no pocos choques a causa de los retratos del zar, que seguían colgados en los cuartos de banderas. ¿Se trataba de rendir un homenaje de fidelidad a la monarquía? No; en la mayoría de los casos no era más que falta de confianza en la estabilidad de la revolución y una especie de seguro peatonal. Pero los soldados, no sin motivo, veían acechar detrás de aquellos retratos el espectro del antiguo régimen.

El nuevo régimen no fue implantado en el ejército por medio de medidas reflexivas aplicadas desde arriba, sino por movimientos impulsivos desde abajo. La autoridad disciplinaria de los oficiales no fue abolida, sino que se hundió sencillamente por sí misma en las primeras semanas de marzo. "Era evidente -dice el jefe del Estado Mayor del mar Negro- que si un oficial hubiera intentado imponer una sanción disciplinaria al marinero, no habría tenido fuerzas para llevar a la práctica el castigo." En esto consiste uno de los signos de la revolución verdaderamente popular.

Al desaparecer la autoridad disciplinaria, se puso de manifiesto la incapacidad práctica de la oficialidad. Stankievich, al cual no se puede negar ni espíritu de observación ni interés por los asuntos militares, da una opinión aniquiladora sobre el mando, en este respecto: la instrucción seguía haciéndose con sujección a los viejos reglamentos, que no respondían en lo más mínimo a las necesidades de la guerra. "Estos ejercicios no servían más que para someter a prueba la paciencia y la sumisión de los soldados." Huelga decir que la oficialidad se esforzaba en hacer recaer sobre la revolución las culpas de su propia incapacidad.

Los soldados, rápidos en la represalia cruel, propendían asimismo a la credulidad infantil y a la gratitud incondicional. Por un momento muy breve, los soldados del frente vieron en el cura Filonenko, diputado liberal, el depositario de las ideas de emancipación, algo así como el pastor de la revolución. Las viejas ceremonias religiosas se unían estrambóticamente con la nueva fe. Los soldados levantaban al cura en sus brazos, lo instalaban celosamente en el trineo, y el cura contaba después en la Duma con entusiasmo: "No acabábamos nunca de separarnos, y, al marcharme, me besaban las manos y los pies." A aquel diputado de sotana le parecía que la Duma tenía un inmenso prestigio en el frente. En realidad, la que lo tenía era la revolución, que proyectaba su brillo deslumbrador sobre algunas figuras sin importancia.

La depuración simbólica realizada por Guchkov en el ejército -destitución de algunas docenas de generales- no dio la menor satisfacción a los soldados, y, en cambio, sembró un estado de inquietud en la alta oficialidad. Todo el mundo temía verse separado, la mayoría

seguía la corriente, se adaptaba y apretaba el puño dentro del bolsillo. La situación era aún peor en lo tocante a la baja y mediana oficialidad, que se hallaba en contacto directo con los soldados. Aquí, el gobierno no hizo limpia alguna. Buscando caminos legales, los artilleros de una batería del frente escribían al Comité ejecutivo y a la Duma nacional, a propósito de su comandante: "Hermanos..., os pedimos humildemente que nos libréis de nuestro enemigo Vanchejaus." Como no recibieran contestación, los soldados empezaban generalmente a obrar por su cuenta, valiéndose de sus propios medios: insubordinación, separación e incluso detención. Sólo entonces las autoridades se decidían a intervenir, separaban del ejército a los detenidos o apaleados, intentando a veces castigar a los soldados, pero dejándoles en la mayor parte de los casos impunes, para no complicar más las cosas. Esto creaba una situación insoportable para la oficialidad, sin aclarar por ello en nada la situación de los soldados.

Muchos oficiales combativos, que tomaban en serio la suerte del ejército, insistían en la necesidad de hacer una limpia general de mando: según ellos, sin esto no se podía ni siquiera pensar en restablecer la capacidad combativa del ejército. Los soldados presentaban a los diputados de la Duma argumentos no menos convincente. Antes, cuando se sentían ofendidos, tenían que dirigirse a unos superiores que, habitualmente, no hacían caso alguno de sus quejas. ¿Y ahora? Si los superiores siguen siendo los mismos de antes, la suerte que sigan sus reclamaciones será la misma. "Era muy difícil contestar a esta pregunta" -reconoce un diputado-. Esta cuestión tan simple atañía a todo el destino del ejército y predeterminaba su porvenir.

No vayamos a creer que las relaciones dentro del ejército eran las mismas en toda la extensión del país, en todas las armas y en todos los regimientos. No, reinaba una heterogeneidad muy considerable. Si los marineros de la escuadra del Báltico acogieron las primeras noticias de la revolución tomando represalias contra los oficiales, allí, al lado mismo, en la guarnición de Helsingfors, los oficiales seguían ocupando todavía a principios de abril puestos dirigentes en el soviet de soldados, y, en las grandes solemnidades, hablaba en nombre de los socialistas revolucionarios un imponente general. Estos contrastes de odio y credulidad abundaban no poco. Pero así y todo, el ejército seguía siendo algo así como un sistema de vasos comunicantes, y el estado de espíritu político de los soldados y marineros tendía a alcanzar el mismo nivel.

La disciplina fue manteniéndose mal o bien mientras los soldados confiaban en la implantación de medidas prontas y decididas. "Pero cuando los soldados vieron -según cuenta un delgado del frente- que todo seguía como antes, que persistían el mismo yugo, la

misma esclavitud, la misma ignorancia y el mismo escarnio, empezaron los desórdenes." La naturaleza, a la cual no se le ha ocurrido armar de jorobas a una gran parte de la humanidad, tuvo, en cambio, la ocurrencia de dotar de sistema nervioso a los soldados. Las revoluciones vienen a recordar, de tarde en tarde, este doble descuido de la naturaleza.

Tanto en el interior como en el frente, cualquier bagatela desencadenaba fácilmente un conflicto. Se había concedido a los soldados derecho a frecuentar libremente "igual que todos los ciudadanos", los teatros, mítines, conciertos, etc. Muchos soldados interpretaban esta disposición como el derecho de asistencia gratuita a los teatros. El ministro les explicaba que había que interpretar la "libertad" en un sentido teórico. Pero las masas populares sublevadas no han manifestado nunca una gran inclinación hacia el platonismo ni hacia el kantianismo.

El tejido, ya muy desgastado, de la disciplina se fue rompiendo, a lo primero poco a poco, en diferentes puntos, en diferentes guarniciones y regimientos. Muchas veces, el comandante se imaginaba que, en su regimiento o división, todo había marchado bien, hasta la llegada de los periódicos o de un propagandista. En realidad, se estaba efectuando un proceso paciente de fuerzas subterráneas e inexorables.

El diputado liberal Januschkevich trajo del frente la impresión de que donde la desorganización alcanzaba un grado mayor era en los regimientos "verdes", aquellos en que abundaban los campesinos. "Los regimientos más revolucionarios conviven muy bien con los oficiales." En realidad, donde se mantuvo más tiempo la disciplina fue en los dos polos: en la Caballería privilegiada, compuesta de campesinos acomodados, y en la Artillería y, en general, en las fuerzas técnicas, con un tanto por ciento elevado de obreros e intelectuales. Los que más resistieron fueron los cosacos-propietarios, que temían a la revolución agraria, en que la mayoría de ellos tenía que perder. Algunas fuerzas cosacas fueron, incluso después de la revolución, más de una vez, instrumentos de represión. Pero así y todo, la diferencia residía únicamente en la mayor o menor rapidez con que se efectuaba el proceso de descomposición.

En esta lucha sorda había sus flujos y reflujos. Los oficiales intentaban adaptarse a la nueva situación. Los soldados tornaban a confiar. Pero, a la vuelta de estas crisis y depresiones temporales, de los días y semanas de armisticio, el odio social, que descomponía el ejército del antiguo régimen, iba adquiriendo una tensión cada vez mayor, que estallaba muchas veces con fulgores trágicos. En Moscú se reunió en uno de los circos una asamblea de soldado y oficiales inválidos. Uno de los oradores habló desde la tribuna, en tonos duros, de la oficialidad. Se armó gran ruido de protestas; los reunidos empezaron

a golpear el suelo con las piernas, los bastones, las muletas. "¿Acaso hace tiempo, señores oficiales, que azotabais a los soldados con las vergas y el puño?" Heridos, contusionados, mutilados, se levantaban unos frente a otros, soldados inválidos contra oficiales inválidos, mayoría contra minoría, muletas contra muletas. En esta feroz escena desarrollada en un circo se contenía ya en germen la ferocidad de la guerra civil que se avecinaba.

Sobre todas las relaciones y contradicciones imperantes en el ejército, lo mismo que en el país, se cernía un problema que se encerraba en una palabra bien corta: la guerra. Desde el mar Báltico al mar Negro, desde el mar negro hasta el Caspio y más allá, hacia el fondo de Persia, en un frente inmenso, había regados sesenta y ocho cuerpos de Infantería y nueve de Caballería. ¿Qué se hará con ellos? ¿Cómo se resolverá el pleito de la guerra?

En los comienzos de la revolución, el ejército se había reforzado considerablemente, desde el punto de vista del suministro de armas y municiones. La producción interior para las necesidades de la guerra se había elevado, y, al mismo tiempo, se intensificaba el transporte de material de guerra, sobre todo de Artillería, enviado por los aliados sobre los puertos de Murmansk y Arkángel. Había una cantidad de fusiles, cañones, obuses, incomparablemente mayor que en los primeros años de la guerra. Se ampliaban las divisiones de Infantería y las intentaron posteriormente demostrar que Rusia se hallaba en vísperas de la victoria y que sólo la revolución lo había impedido. Doce años antes, Kuropatkin y Linievich afirmaban, basándose en los mismos motivos, que Witte les había impedido derrotar a los japoneses.

En realidad, a principios de 1917, Rusia se hallaba más lejos de la victoria que nunca. Paralelamente con el incremento de armas y municiones, se notaba en el ejército, a fines de 1916, una crisis aguda de productos alimenticios; el tifus y el escorbuto provocaban más víctimas que las batallas. La desorganización del transporte iba entorpeciendo cada vez más los movimientos de las tropas, lo cual bastaba para reducir a cero las combinaciones estratégicas que implicaban la movilización de las grandes masas de soldados. Por añadidura, la aguda crisis de caballos condenaba a menudo a la Artillería a la inmovilidad. Pero, así y todo, lo peor era la moral del ejército, que se puede resumir así: el ejército como tal ya no existía. Las derrotas, las retiradas, la indignidad de los dirigentes, acabaron por desmoralizar completamente a las tropas. Y esto no había modo de corregirlo con ayuda de medidas administrativas, del mismo modo que no puede modificarse por medio de decretos el sistema nervioso del país. Los soldados miraban ahora los montones de obuses con la misma repugnancia que si fueran montones de carne llena de gusanos. Todo les parecía inútil, inservible, engaño y robo. Y el oficial no podía decirles nada convincente, ni

se atrevía tampoco ya a ponerles la mano en la mejilla. El mismo se consideraba engañado por el viejo mando, a la par que se sentía culpable ante el soldado. El ejército estaba incurablemente enfermo, y únicamente era útil para decidir de la suerte de la revolución; pero para la guerra era como si no existiese. Y nadie creía ya en el triunfo; los oficiales tampoco, como los soldados. Ni el pueblo ni el ejército querían seguir combatiendo.

Claro está que en las altas esferas administrativas, donde la vida llevaba un ritmo peculiar, seguía hablándose, por la fuerza de la inercia, de grandes operaciones, de la ofensiva de primavera, de la ocupación de los estrechos turcos, etc. En Crimea, se preparaban incluso grandes fuerzas para acometer esta última empresa. Se decía que, con este fin, habían sido designados los mejores elementos del ejército. De Petrogrado enviaban fuerzas de la Guardia. Sin embargo, según cuenta un oficial que había iniciado la preparación de dichas fuerzas, el 25 de febrero, es decir, dos días antes de la revolución, todos estos elementos resultaron pésimos. En la indiferencia de aquellos ojos azules, castaños y grises no se leía el menor deseo de combatir... "Todos sus pensamientos, todas sus aspiraciones estaban concentrados en la paz."

Testimonios de éstos, o parecidos, se conservan no pocos. La revolución no hizo más que poner al descubierto lo que se venía gestando de atrás. Por esto, el grito de: "¡Abajo la guerra!" fue uno de los que más resonaron durante las jornadas de Febrero. Este grito se oía en las manifestaciones de mujeres, lo lanzaban los obreros de Viborg y los soldados de los cuarteles de la Guardia.

Cuando los diputados recorrieron el frente, a principios de marzo, los soldados, sobre todo los que llevaban más tiempo de servicio, preguntaban invariablemente: "¿Y qué hay de la tierra?" Los diputados contestaban evasivamente que la cuestión agraria sería resuelta por la Asamblea constituyente. Entonces, surge una voz que revela un pensamiento general oculto: "¿Y para qué me sirve la tierra, si cuando me la den ya no existo? ¿Para qué la quiero entonces?" Tal era el programa de la revolución que alzaban en un principio los soldados: primero, la paz; después, la tierra.

En la asamblea de los soviets de toda Rusia, celebrada a fines de marzo, en la que hubo no poca fanfarronería patriótica, uno de los delegados, que representaba directamente a los soldados de los trincheras, expresó de un modo muy justo la manera como el frente había acogido la noticia de la revolución: "Todos los soldados dijeron: ¡Gracias a Dios, a ver si ahora tenemos pronto paz!" Las trincheras encargaron a su delegado que dijera al Congreso lo siguiente: "Estamos dispuestos a dar la vida por la libertad; pero, pase lo que pase, camaradas, queremos que se acabe la guerra." Era la voz viva de la realidad, sobre

todo en la segunda parte del mensaje. Si es necesario sufrir, sufriremos; pero que los de arriba se apresuren a negociar la paz.

Las tropas zaristas que se hallaban destacadas en Francia, es decir, en un medio completamente artificial para ellas, estaban movidas por los mismos sentimientos y seguían exactamente las mismas etapas de descomposición del ejército de su país. "Cuando oímos decir que el zar había abdicado -explicaba en el extranjero a un oficial un viejo soldado campesino analfabeto-, pensamos que esto quería decir que la guerra iba a acabarse... Al fin y al cabo, el zar era el que nos había mandado a la guerra... ¿Qué necesidad tengo yo de la libertad, si he de seguir pudriéndome en las trincheras?" Tal era la filosofía auténticamente revolucionaria de los soldados, innata y no imbuida: no hay agitador capaz de encontrar palabras tan simples y convincentes.

Los liberales y los socialistas semiliberales intentaban presentar la revolución como un levantamiento de carácter patriótico. El 11 de marzo, Miliukov decía a los periodistas franceses: "La revolución rusa se ha hecho para suprimir los obstáculos que se interponían en el camino de Rusia hacia la victoria." Aquí, la hipocresía va asociada a la ilusión, aunque hay que suponer que en estas palabras hay más hipocresía que otra cosa.

Los reaccionarios declarados veían las cosas con más claridad. Von Struve, paneslavista de estirpe alemana, ortodoxo de procedencia luterana y monárquico de extracción marxista, fue el que puso al desnudo de un modo más acertado, aunque fuera en el lenguaje del odio reaccionario, las verdaderas raíces de la revolución. "La revolución, en la que participaron las masas populares y principalmente los soldados -decía Struve-, no era una explosión patriótica; la desmovilización espontánea iba dirigida concretamente contra la continuación de la guerra, es decir, se hacía para poner fin a ésta."

Aunque la idea sea exacta, en estas palabras se encierra, sin embargo, una calumnia. En realidad, la desmovilización espontánea surgió de la guerra. La revolución no la creó; lo que hizo fue, por el contrario, contenerla. El movimiento de deserción, extraordinariamente acentuado en vísperas de la revolución, se atenuó en las primeras semanas que siguieron a ésta. El ejército esperaba. Confiando en que la revolución traería la paz, el soldado no se negaba a sostener el frente sobre sus hombros: de otro modo, tal vez, el nuevo gobierno -pensaba él- no podría concertar la paz.

"Los soldados -informa el 23 de marzo el jefe de la división de Granaderos- expresan de un modo inequívoco el parecer de que no debemos atacar, sino mantenernos a la defensiva." Los informes militares y políticos repiten esta idea en distintos tonos. El teniente Krilenko, viejo revolucionario y futuro generalísimo bajo los bolcheviques,

atestiguaba que, para los soldados, la cuestión de la guerra se resolvía en aquel tiempo en esta fórmula: "Mantener el frente, pero no atacar." En un lenguaje más solemne y completamente sincero, esto significaba: defender la libertad.

"¡No se puede enterrar la bayoneta en el suelo!" En aquellos días, los soldados, bajo la influencia de impresiones confusas y muchas veces contradictorias, se negaban incluso a escuchar a los bolcheviques. Es posible que se les antojara, bajo la impresión de algunos discursos poco felices, que los bolcheviques no se preocupaban de la defensa de la revolución ni podían impedir que el gobierno concertase la paz. Los periódicos y los agitadores socialpatriotas se esforzaban en convencer de esto a los soldados; pero, aunque a veces no permitieran que los bolcheviques hablasen, los soldados rechazaron, desde los primeros días de la revolución, toda idea de ofensiva. A los políticos de la capital, esto les parecía un equívoco que se podía vencer ejerciendo sobre los soldados la presión necesaria. La agitación en favor de la guerra aumentaba en un grado extremo. La prensa burguesa explicaba en millones de ejemplares, a la luz de la guerra hasta el triunfo final, los fines de la revolución. Los colaboracionistas estimulaban esta propaganda, en un principio a media voz, y luego ya más audazmente. La influencia de los bolcheviques, muy tenue en el momento de la revolución, disminuyó más aún cuando millares de obreros mandados al frente por haber participado en huelgas, abandonaron las filas del ejército. De este modo, las aspiraciones de paz no encontraban expresión franca y clara allí donde más intensas eran: en el frente. Esta situación daba a los comandantes y comisarios que buscaban ilusiones consoladoras, la posibilidad de engañarse respecto a la verdadera situación. En los artículos y discursos de la época, es frecuente la afirmación de que los soldados, repudiaban la ofensiva pura y exclusivamente por una interpretación errónea de la fórmula "sin anexiones ni indemnizaciones". Los colaboracionistas se esforzaban en explicar que también las guerras puramente defensivas eran compatibles en la ofensiva y, en ocasiones, incluso la exigían. ¡Como si la cuestión versara realmente en torno a esta escolástica estratégica! Los soldados sabían que la ofensiva implicaba la reanudación de la guerra. La actitud expectante del frente equivalía a un armisticio. La teoría y la práctica adoptadas por los soldados respecto a la guerra defensiva eran una fórmula establecida de acuerdo con los alemanes, acuerdo en un principio implícito y luego explícito: "Dejadnos tranquilos, y nosotros os dejaremos tranquilos a vosotros." El ejército no podía dar más a la guerra.

Los soldados se mostraban tanto menos propicios a dejarse arrastrar por las exhortaciones guerras cuanto que, bajo pretexto de preparar la ofensiva, la oficialidad reaccionaria intentaba, evidentemente, tomar en sus manos las riendas del poder. Entre los

soldados empezó a circular y se generalizó la frase siguiente: "La bayoneta contra los alemanes; la culata contra el enemigo interior." La bayoneta tenía, desde luego, una misión puramente defensiva. Los soldados de las trincheras no pensaban en la anexión de los Estrechos. Las aspiraciones de paz constituían una profunda corriente subterránea que no había de tardar en salir a la superficie.

Sin negar que ya antes de la revolución, se "notaban" en el ejército síntomas negativos, Miliukov se atrevió a afirmar, mucho tiempo después de la revolución, que el ejército era capaz de realizar los objetivos que la Entente le había asignado. "La propaganda bolchevista -escribía este personaje en funciones de historiador- no penetró inmediatamente en el frente. Durante el primer mes o mes y medio que siguió a la revolución el estado del ejército era sano." todo el problema se enfoca desde el punto de vista de la propaganda, como si esto bastara para explicar el proceso histórico. Aparentando luchar contra los bolcheviques, a los cuales atribuye una fuerza mítica, Miliukov lucha, en realidad, contra los hechos. Ya hemos visto cuál era la verdadera situación del ejército. Veamos ahora cómo apreciaban los propios jefes su capacidad combativa en las primeras semanas y aun en los primeros días que siguieron a la revolución.

El 6 de marzo, el generalísimo del frente septentrional, general Ruski, comunica al Comité ejecutivo que se está manifestando una insubordinación completa de los soldados con respecto a los superiores; es necesario que se manden al frente elementos para tranquilizar al ejército.

El jefe del Estado Mayor de la escuadra del mar Negro dice en sus *Memorias*: "Desde los primeros días de la revolución, comprendí claramente que no era posible continuar la guerra y que ésta estaba perdida." Según él, Kolchak opinaba lo mismo y, si seguía en su puesto de jefe del frente, sólo era para proteger a la oficialidad contra las violencias.

El conde Ignatiev, que ocupaba un puesto elevado en la Guardia, escribía en marzo a Nabokov: "Hay que hacerse a la idea de que la guerra está terminada, de que no podemos seguir combatiendo, y no combatiremos. Los hombres inteligentes deben buscar el modo de liquidar la guerra del mejor modo posible, pues de lo contrario se producirá una catástrofe..." También Guchkov dijo en aquel entonces a Nabokov que había recibido numerosísimas cartas concebidas en los mismos términos.

Las rarísimas opiniones aparentemente más favorables quedan casi todas desvirtuadas por las aclaraciones suplementarias. "El deseo d vencer de la tropa persiste -informa el jefe del segundo ejército, Danilov-, y en algunos regimientos incluso se ha acentuado." Pero inmediatamente observa: "La disciplina decae... Convendría aplazar las acciones ofensivas

hasta que la situación se normalice (de uno a tres meses).” Y siguen unas líneas inesperadas: “De los refuerzos sólo llegan el cincuenta por ciento; si siguen derritiéndose así y continúan en los sucesivo siendo tan indisciplinados, no se podrá confiar en el éxito de la ofensiva.”

“La división es completamente capaz de librar acciones defensiva”, informa el valeroso general de la 51ª división de Infantería, e inmediatamente añade: “Es necesario librar al ejército de la influencia de los diputados soldados y obreros.” Sin embargo, esto no era tan fácil como parecía.

El jefe de la 182ª división informa al comandante del cuerpo: “Cada vez se producen con más frecuencia equívocos por cuestiones insignificantes en esencia, pero amenazadores por su carácter; cada vez es mayor la excitación nerviosa de los soldados, y, con mayor razón, de los oficiales.”

Hasta aquí, sólo se trata de testimonios dispersos, aunque numerosos. Pero he aquí que el 18 de marzo se celebra en el Cuartel general una conferencia del mando para examinar la situación del frente. Las conclusiones a que llegan los organismos administrativos centrales son unánimes: “En los meses próximos es imposible completar las fuerzas del frente en las proporciones necesarias, pues reina una gran fermentación en todos los regimientos de reserva. El ejército está pasando por una enfermedad. Probablemente no se conseguirá antes de dos o tres meses normalizar las relaciones entre los soldados y la oficialidad. (Los generales no comprendían que la enfermedad, lejos de decrecer, seguía progresando.) Por el momento, se nota algún decaimiento entre los oficiales, efervescencia en las tropas y numerosas deserciones. La capacidad combativa del ejército ha disminuido y es muy difícil contar con que la guerra pueda seguir adelante en el momento actual.” Conclusión: “Es inadmisible que actualmente se puedan llevar a la práctica las operaciones activas señaladas para esta primavera.”

Durante las siguientes semanas, la situación sigue empeorando rápidamente y los testimonios que lo abonan se multiplican sin cesar.

A fines de marzo, el general del 5º ejército, Dragomirov, escribía al general Ruski: “El espíritu bélico ha decaído. No sólo los soldados no tienen ningún deseo de atacar, sino que aun la facultad de mantenerse sencillamente a la defensiva ha disminuido, hasta el punto de poner en peligro los objetivos de la guerra... La política, que se ha extendido de poner en peligro los objetivos de la guerra... La política, que se ha extendido enormemente por todos los sectores del ejército... ha arrastrado a toda la masa de los soldados a no desear más que una cosa: que acabe la guerra y volverse a casa.”

El general Lukomski, una de las más firmes columnas de la reacción en el Cuartel general, descontento del nuevo orden de cosas, pasó a principios de la guerra a mandar un cuerpo de ejército, y, según él mismo nos cuenta, comprobó que la disciplina sólo seguía manteniéndose en los regimientos de Artillería y de Ingenieros, en los cuales había muchos oficiales y soldados de oficio: "Por lo que se refiere a las tres divisiones de Infantería, se estaban desmoronando por completo."

Las deserciones, que disminuyeron después de la revolución bajo el signo de la esperanza, volvieron a aumentar bajo la presión del desencanto. Según el general Alexéiev, en la semana comprendida entre el 1 y el 7 de abril desertaron del frente septentrional y occidental cerca de ocho mil soldados. "Leo con gran asombro -escribía a Guchkov- informes de gente irresponsable sobre la "magnífica" moral del ejército. ¿Qué fines persiguen con esto? A los alemanes no conseguiremos engañarles, y, en cambio, para nosotros el engaño sería fatal."

Conviene señalar que hasta ahora casi en ninguna parte se habla de los bolcheviques: la mayoría de los oficiales no se habían hecho aún a este extraño nombre. Cuando los informes hablan de las causas de la descomposición del ejército, señalan como tales a los periódicos, a los propagandistas, a los soviets, a la "política"; en una palabra, a la revolución de Febrero.

Aún había algunos jefes optimistas que confiaban en que todo se arreglaría. Había muchos más que cerraban deliberadamente los ojos ante los hechos para no causar disgustos a las nuevas autoridades. Y, a la inversa, un número considerable de jefes que exageraban conscientemente los síntomas de desmoralización para obtener de las autoridades medidas decisivas que ellos, sin embargo, no podían o no se atrevían a llamar por su nombre. Pero el estado general del ejército, tal como lo dejamos señalado, es indiscutible. Al sobrevenir la caída del antiguo régimen, el ejército estaba enfermo y la revolución imprimió al irresistible proceso de su desmoronamiento formas políticas que fueron tomando poco a poco un carácter más implacablemente definido. La revolución llevó hasta sus últimas consecuencias no sólo las ansias apasionadas de paz, sino también la hostilidad de la masa de los soldados hacia el mando y las clases gobernantes en general.

A mediados de abril, Alexéiev informó personalmente al gobierno -al cual, por lo visto, no disimulaba- sobre el estado de espíritu del ejército. "Me acuerdo -dice Nabokov- del sentimiento de miedo y de desesperación que, al escuchar aquello, se apoderó de mí." Hay que suponer que cuando se expuso este informe, que sólo pudo ser en las primeras seis semanas que siguieron a la revolución, estaría también presente Miliukov; lo más

probable es que fuera precisamente él el que trajera a Alexéiev del frente, con el fin de asustar a sus colegas y por medio de ellos a sus amigos los socialistas. Guchkov sostuvo, efectivamente, después de esto, una conversación con los representantes del Comité ejecutivo. "Han empezado -se lamenta- las funestas fraternizaciones y se registran numerosos casos de insubordinación directa. Las órdenes superiores pasan previamente por el tamiz de las organizaciones del ejército y de los mítines. En algunos regimientos no quieren ni oír hablar de las operaciones activas... Cuando la gente confía en que mañana habrá paz -dice, no sin fundamento, Guchkov-, es imposible obligarla hoy a arriesgar la cabeza. De aquí, el ministro de la Guerra sacaba esta conclusión: hay que dejar de hablar de paz en voz alta. Y como precisamente la revolución había enseñado a la gente a decir en voz alta lo que antes se guardaba para sus adentros, esto equivalía a decir: hay que acabar con la revolución.

El soldado, naturalmente, no tenía deseo alguno, ya desde el primer día de la guerra, de morir ni de pelear. Pero se resistía a ello del mismo modo que el caballo de batería se resistía a arrastrar un cañón pesado por el barro. Lo mismo que el caballo, no creía que pudiera verse nunca libre de la carga que le habían echado encima. Entre su voluntad y los sucesos de la guerra no había ningún nexo. La revolución se lo descubrió. Para millones de soldados, ésta significaba el derecho a una vida mejor y, sobre todo, el derecho a la vida escueta, el derecho a proteger su existencia de las balas y los obuses y, a la par, a proteger su cara del puño del oficial. En este sentido, decíamos más arriba que el proceso sicológico sustancial que se estaba operando en el ejército consistía en el despertar de la personalidad. Las clases cultas creían ver una traición contra la nación en aquella irrupción volcánica de individualismo, que revestía muchas veces formas anárquicas. En realidad, en los actos turbulentos de los soldados, en sus protestas desmandadas, hasta en sus excesos sangrientos se estaba gestando sencillamente aquella nación que se creía traicionada, a base de unos materiales grises, impersonales y prehistóricos. El desbordamiento, tan odiado por la burguesía, del individualismo de la masas respondía precisamente al carácter de la revolución de Febrero, como revolución *burguesa* que era.

Pero no era éste su único contenido, pues en la revolución, además del campesino y de su hijo el soldado, participaba el obrero. Este hacía ya tiempo que sentía su personalidad, y había ido a la guerra no sólo odiándola, sino con la idea preconcebida de luchar contra ella, y la revolución no significaba para él, pura y simplemente, el hecho escueto de la victoria, sino también el triunfo parcial de sus ideas. El derrumbamiento de la monarquía era, para él, el primer peldaño, en el cual no se detenía, pues, una vez

remontado, se apresuraba a lanzarse tras otros objetivos. Para él todo el problema estaba en saber hasta qué punto seguirían apoyándole en sus luchas el soldado y el campesino. "¿Para qué quiero yo la libertad -decía, repitiendo las palabras oídas al obrero a la puerta del teatro, al que no le daban acceso- si las llaves de la libertad las tienen en sus manos los señores?" A través del inmenso caos de la revolución de Febrero se veían resplandecer los rasgos acerados de la de Octubre.

CAPITULO XIV
LOS GOBERNANTES Y LA GUERRA

¿Qué se proponían hacer con esta guerra y con este ejército el gobierno provisional y el Comité ejecutivo?

Ante todo, hay que comprender la política de la burguesía liberal, ya que era ella la que desempeñaba el papel predominante. Exteriormente, la política guerra del liberalismo seguía siendo una política patriótica y agresiva, anexionista, intransigente. En realidad, era una política llena de contradicciones y desleal, que no tardó en convertirse en derrotista.

"Si no hubiera habido la revolución, la guerra se hubiera perdido de todos modos, aun sin la revolución, y es casi seguro que se hubiese concertado una paz separada", escribía más tarde Rodzianko, cuyos juicios no se distinguían por su originalidad, razón por la cual expresaban bastante bien la opinión más extendida entre los elementos liberales conservadores. La sublevación de los batallones de la Guardia no auguraba a las clases poseedoras un triunfo exterior, sino una derrota interior. Y los liberales eran quienes menos ilusiones podían hacerse en este punto, puesto que habían previsto el peligro y luchaban contra él como podían. El inesperado optimismo revolucionario de Miliukov, que declaraba que la revolución no era más que un paso dado hacia la victoria, era, en realidad, el último recurso del desesperado. El problema de la guerra y la paz dejaba de ser, en sus tres cuartas partes, para los liberales, un problema especial. Presentían que no iba a serles dado explotar la revolución a favor de la guerra, y por esto les planteaba de un modo tanto más imperioso otro objetivo: explotar la guerra contra la revolución.

Ante los caudillos de la burguesía rusa planteábanse también, evidentemente, en aquellos momentos, las cuestiones referentes a la situación internacional de Rusia después de la guerra: las deudas y los nuevos empréstitos, los mercados de capitales y de productos. Pero no eran estas cuestiones las que de un modo inmediato informaban su política. Se trataba, no de obtener las condiciones internacionales más ventajosas para la Rusia burguesa, sino de sacar a flote el propio régimen burgués aunque fuera a costa de dejar maltrecha a Rusia para lo futuro. "Ante todo, repongámonos -decía esta clase, herida de muerte-; después, ya veremos de poner las cosas en orden." Y "reponerse" significaba liquidar la revolución.

Atizar el hipnotismo de la guerra y el estado de espíritu chauvinista era lo único que daba a la burguesía la posibilidad de aliarse políticamente con las masas, ante todo con el ejército, contra los que pretendían llevar adelante la revolución. La aspiración consistía en

presentar al pueblo la guerra, herencia del zarismo, con sus aliados y objetivos zaristas, como una nueva guerra en defensa de las conquistas y las esperanzas revolucionarias. Caso de conseguirlo -¿cómo?-, el liberalismo contaba firmemente con poder volver contra la revolución la opinión pública patriótica que ayer le sirviera contra la pandilla rasputiniana. Y si no se podía salvar a la monarquía como suprema instancia contra el pueblo, urgía doblemente aferrase a los aliados: durante la guerra, la Entente representaba, desde luego, una instancia de apelación incomparablemente más poderosa que hubiera podido ser una monarquía propia.

La continuación de la guerra justificaría la conservación del aparato militar y burocrático del zarismo, el aplazamiento de la Asamblea constituyente, la subordinación del interior revolucionario al frente, o, lo que es lo mismo, a los generales que formaban un frente único con la burguesía liberal. Todos los problemas interiores, y muy principalmente el problema agrario, y toa la legislación social, se aplazaban hasta la terminación de la guerra, que, a su vez, se aplazaba hasta la consecución de una victoria en la que los liberales, por su parte, no creían. Y así, la guerra destinada a agotar al enemigo se convertía en una guerra destinada a agotar a la revolución. Es posible que no fuera éste un plan definido, meditado y deliberado cuidadosamente en las sesiones oficiales. Pero ¡para qué! Este plan se desprendía lógicamente de toda la política anterior del liberalismo y del estado de cosas creado por la revolución.

Obligado a abrazar el camino de la guerra, Miliukov no tenía, naturalmente, por qué renunciar de antemano a llevar su parte en el botín. No olvidemos que la esperanza de que triunfasen los aliados seguía siendo muy grande y había aumentado extraordinariamente al entrar los Estados Unidos en la guerra. Es verdad; la Entente era una cosa y Rusia otra. Los jefes de la burguesía rusa habían aprendido a comprender, en el transcurso de la guerra, que dada la debilidad económica y militar de Rusia, el triunfo de los aliados sobre los imperios centrales tenía que convertirse inevitablemente en su triunfo sobre Rusia, que, fueren cuales fueren las variantes posibles, saldría irremediablemente de la guerra quebrantada y debilitada. Pero los imperialistas liberales habían decidido cerrar conscientemente los ojos ante esta perspectiva. Cierto es que tampoco les quedaba ya otro recurso. Guchkov declaraba sin ambages a sus amigos que sólo un milagro podía salvar a Rusia, y que la esperanza en este milagro era todo su programa como ministro de la Guerra. Para su política interior, Miliukov necesitaba el mito de la victoria. No nos importa saber hasta qué punto creía él personalmente en el triunfo; desde luego, afirmaba tenazmente que Constantinopla sería nuestra. Además, obraba con el cinismo que le era peculiar. El 20 de

marzo, el ministro de Negocios Extranjeros trató de persuadir a los embajadores aliados de que se traicionara a Servia, arrancando de este modo la traición de Bulgaria contra los imperios centrales. El embajador francés arrugó el ceño. Pero Miliukov insistió en la "necesidad de renunciar en aquella gestión a las consideraciones sentimentales" y, al mismo tiempo, al neoesclavismo que él mismo había predicado desde los tiempos de la derrota de la primera revolución. Ya Engels escribía a Bernstein en 1882: "¿A qué se reduce todo el charlatanismo paneslavista? A la toma de Constantinopla, y nada más."

Aquella acusación de germanofilia, más aún de venalidad a los alemanes, que todavía ayer se esgrimía contra la camarilla palaciega, esgrimíase ahora contra la revolución. Conforme pasaban los días, más audaz, clara e insolentemente resonaba esta nota en los discursos y artículos del partido kadete. Antes de apoderarse de las aguas turcas, el liberalismo enturbiaba las fuentes y envenenaba los pozos de la revolución.

Pero no todos los líderes liberales, ni mucho menos, ni todos desde luego de un modo inmediato, adoptaron después de la revolución una actitud de intransigencia ante la guerra. Muchos de ellos se movían aún dentro de la atmósfera del estado de espíritu prerrevolucionario, y enfocaban la perspectiva de una paz separada. Posteriormente, algunos de los dirigentes kadetes hablaban de esto con completa franqueza. El mismo Nabokov ha confesado que ya el 7 de marzo habló de una paz separada con los miembros del gobierno. Algunos elementos del Centro directivo del partido kadete intentaron demostrar colectivamente a su jefe la imposibilidad de continuar la guerra. "Miliukov, con el cálculo frío que le era habitual, demostró -según cuenta el barón de Nolde- que no había más remedio que alcanzar los objetivos de la guerra. El general Alexéiev, que en aquel período se había acercado a los kadetes, apoyaba a Miliukov, afirmando que "el ejército puede ser levantado". Y por lo visto estaba llamado a levantarlo este gran organizador de todas las calamidades del Cuartel general.

Algunos liberales y demócratas, más cándidos, no comprendían la orientación de Miliukov y le consideraban como el hidalgo defensor de la lealtad y la nobleza para con los aliados, como una especie de Don Quijote de la Entente. ¡Disparatado! Después de la toma del poder por los bolcheviques, Miliukov no vaciló ni un instante en dirigirse a Kiev, ocupado entonces por los alemanes, y proponer sus servicios al gobierno de los Hohenzollern, que, a decir verdad, no se dio gran prisa en aceptarlos. El fin inmediato que perseguía Miliukov era precisamente obtener para luchar contra los bolcheviques aquel mismo "oro alemán" con cuyo fantasma había intentado antes mancillar la revolución. A muchos liberales, las apelaciones de Miliukov a Alemania en 1918 les parecieron tan

incomprensibles como en los primeros meses de 1917 su programa de destrucción del imperio germano. Aquellas dos conductas no eran más que el anverso y el reverso de la misma medalla. Al disponerse a traicionar a los aliados, como antes a Servia, Miliukov no se traicionaba a sí mismo ni traicionaba a su clase, sino que practicaba consecuentemente la misma política; si su facha no era muy decorosa, no se le culpe a él. Al tantear, todavía bajo el zarismo, el camino de la paz separada, con el fin de evitar la inminente revolución; al exigir la guerra hasta el fin para liquidar la revolución de Febrero, como luego, al buscar la alianza con los Hohenzollern para derribar la revolución de Octubre, Miliukov permanecía siempre fiel a los intereses de los poseedores. Y si no pudo hacer nada en su favor, estrellándose a cada uno de estos intentos contra una nueva muralla, fue porque sus mandantes no tenían salvación.

Lo que Miliukov echaba amargamente de menos en los días que siguieron al alzamiento revolucionario fue una ofensiva enemiga, un buen garrotazo alemán asestado en la cabeza de la revolución. Por desgracia suya, los meses de marzo y abril eran poco propicios en el frente ruso, por las condiciones del clima, para operaciones de gran envergadura. Y sobre todo, los alemanes, cuya situación era cada día más grave, habían decidido después de grandes vacilaciones, entregar la revolución rusa a su suerte interior. Sólo el general Lisingen desplegó en Stojod, el 20 y 21 de marzo, una iniciativa personal. El éxito de su operación asustó al gobierno alemán, a la par que llenó de júbilo al ruso. Con el mismo impudor con que en tiempos del zar exageraba el éxito más insignificante, el Cuartel general hinchaba ahora la derrota de Stojod, secundado en sus esfuerzos por la prensa liberal. El pánico, las retiradas y las bajas experimentadas por las tropas rusas se describen ahora con el mismo deleite con que antes se abultaban los prisioneros y el botín. La burguesía y los generales abrazaban a todas luces la senda derrotista. Pero Lisingen fue contenido por sus superiores, y el frente viose nuevamente atascado y puesto a la expectativa por el lodo de la primavera.

El plan de apoyarse en la guerra contra la revolución, sólo podía tener probabilidades de éxito a condición de que los partidos intermedios, seguidos por las masas populares, accedieran a tomar sobre sus hombros el papel de mecanismo de transmisión de la política liberal. El liberalismo era impotente para asociar la idea e la guerra a la de la revolución: no hacía todavía veinticuatro horas, sostenía que la revolución sería funesta para la guerra. Había que imponer esta misión a la democracia. Pero ante ésta, naturalmente, no se podía descubrir el pastel, no se la podía poner al corriente del plan, sino hacerla morder el

anzuelo, explotar sus prejuicios, la jactancia de sus líderes, que se tenían por grandes hombres de Estado, su miedo a la anarquía, su respeto supersticioso por la burguesía.

En los primeros días, los socialistas -nos vemos obligados a llamar así, en gracia a la brevedad, a los mencheviques y socialrevolucionarios- no sabían qué hacer con la guerra. Cheidse suspiraba: "Siempre hemos hablado contra la guerra; ¿cómo voy ahora yo a predicar su continuación?" El 20 de marzo, el Comité ejecutivo decidió enviar un mensaje de salutación a Franz Mehring. Con esta pequeña demostración, el ala izquierda intentaba tranquilizar un poco su conciencia socialista, no muy exigente, a la verdad. Con respecto a la guerra, el Soviet seguía mudo. Los jefes temían provocar un conflicto con el gobierno provisional en esta cuestión y ensombrecer la luna de miel del "enlace". Temían también las discrepancias que entre ellos pudiesen surgir. Había en su seno defensistas de la patria y zimmerwaldianos. Pero unos y otros exageraban sus discrepancias. La intelectualidad revolucionaria había sufrido, durante la guerra, en su mayoría, un proceso de aguda degeneración burguesa. El patriotismo, declarado o encubierto, aliaba a los intelectuales con las clases dirigentes y los divorciaba de las masas. La bandera de Zimmerwald con que se cubría el ala izquierda no obligaba a mucho y, al mismo tiempo, permitía no poner al descubierto la solidaridad patriótica con la pandilla rasputiniana. Pero ahora, el régimen de los Romanov había sido derrocado y Rusia veíase convertida en un país democrático, que, desplegando al viento su bandera, en la cual brillaban todos los colores de la libertad, se destacaba sobre el sombrío fondo policíaco de Europa, oprimida por las cadenas de la dictadura militar. ¿Cómo no hemos de defender nuestra revolución contra los Hohenzollern?, exclamaban los nuevos y los viejos patriotas que se hallaban al frente del Comité ejecutivo. Los zimmerwaldianos del corte de Sujánov y Stieklov argüían, sin gran convicción, que la guerra seguía siendo imperialista, puesto que los liberales declaraban que la revolución había de garantizar las anexiones que se habían acordado bajo el zar. "¿Cómo voy a predicar yo la continuación de la guerra?", se preguntaba, preocupado, Cheidse. Pero, como los propios zimmerwaldianos habían tomado la iniciativa de entregar el poder a los liberales, sus objeciones no tenían ninguna fuerza. Después de algunas semanas de vacilaciones y resistencias, llévase a la práctica, con ayuda de Tsereteli, de un modo bastante satisfactorio, la primera parte el plan de Miliukov, y aquellos malos demócratas que se titulaban socialistas, se engancharon al carro de la guerra, prestaron el lomo al látigo de los liberales, e hicieron esfuerzos indecibles por asegurar el triunfo... de la Entente sobre Rusia, y el de América sobre Europa.

La principal misión de los conciliadores consistía en injertar el patriotismo en la energía revolucionaria de las masas. De una parte, se esforzaban en resucitar la capacidad combativa del ejército, lo cual era difícil; de otra, intentaban conseguir del gobierno de la Entente que renunciase a las depredaciones, lo cual era ridículo. Tanto en un sentido como en otro, fueron de la ilusión al desencanto y del error a la humillación. Señalemos los primeros jalones de este recorrido.

En las horas de su breve grandeza, Rodzianko se apresuró a publicar u decreto sobre el retorno inmediato de los soldados a los cuarteles y su respeto a la oficialidad. La agitación promovida por este decreto en la guarnición obligó al Soviet a consagrar una de sus primeras sesiones a la cuestión de la suerte que le estaba reservada al soldado. En la atmósfera caldeada de aquellas horas, en el caos de una asamblea que tenía más de mitin que de sesión, bajo el dictado directo de los soldados, cuya acción no pudieron impedir los jefes ausentes, surgió el famoso "decreto número 1", único documento digno de la revolución de Febrero y que era la carta de la libertad otorgada al ejército revolucionario. Sus artículos audaces, que daban a los soldados la posibilidad de abrazar de un modo organizado la nueva senda, ordenaban: la creación de comités directivos en todos los regimientos; la elección de representantes de los soldados en Soviet; sumisión a éste y a sus comités en todas las acciones políticas; conservación de las armas bajo el control de los comités de compañía y de batallón y "no entregarlas a los oficiales bajo ningún concepto"; en el servicio, severa disciplina militar; fuera de él, plenitud de derechos civiles; abolición del saludo fuera de servicio; prohibición de tratar groseramente a los soldados, de tutearlos, etc.

Tales eran los frutos que los soldados de Petrogrado sacaban de haber tomado parte en la revolución. ¿Y podían ser otros? Nadie se hubiera atrevido a ofrecer resistencia. Mientras se preparaba el decreto, los jefes del Soviet estaban absorbidos por más altas preocupaciones; entablaban negociaciones con los liberales, lo cual les facilitaba una coartada de que poder servirse cuando tuvieran necesidad de justificarse ante la burguesía y el mando.

A la par con el decreto número 1, el Comité ejecutivo, al darse cuenta de lo que había hecho, mandó a la imprenta, a modo de contraveneno, un manifiesto dirigido a los soldados, que, so pretexto de condenar los actos en que los soldados hacían justicia a los oficiales por propia iniciativa, exigía la sumisión al viejo mando. Los cajistas se negaron en redondo a componer el documento. Sus democráticos autores no cabían en sí de indignación. ¿Adónde vamos a parar? Sin embargo, sería erróneo suponer que los cajistas

desearan represalias sangrientas contra los oficiales. Pero parecíales que requerir a los soldados a someterse disciplinadamente al mando zarista, al día siguiente de la revolución, equivalía a abrir de par en par las puertas de la contrarrevolución. Es cierto que aquellos cajistas se excedieron en sus derechos, pero es que no se sentían tan sólo cajistas: a su juicio, se trataba de la existencia misma de la revolución.

En aquellos primeros días, cuando la suerte de los oficiales que retornaban a los regimientos interesaba extraordinariamente tanto a los soldados como a los obreros, la organización socialdemócrata "interdepartamental", que simpatizaba con los bolcheviques, planteaba la cuestión con audacia revolucionaria. "Para que no os engañen los aristócratas y los oficiales -decía el manifiesto lanzado a los soldados por dicha organización-, elegid vosotros mismos vuestros comandantes de pelotón, compañía y regimiento. No aceptéis más que a los oficiales en los que tenéis confianza". Pero ¿qué ocurrió? Aquella proclama, que respondía plenamente a la situación, fue inmediatamente secuestrada por el Comité ejecutivo, y Cheidse la calificó, en un discurso, de provocadora. Los demócratas, como vemos, no tenían el menor reparo en coartar la libertad de prensa cuando se trataba de asestar agolpes a las fuerzas revolucionarias. Por fortuna, su propia libertad andaba también bastante maltrecha. Los obreros y soldados que apoyaban al Comité ejecutivo como su órgano supremo enmendaban en los casos importantes la política de los directivos por medio de su intervención directa.

A los pocos días de esto, el Comité ejecutivo intentaba ya desvirtuar, mediante el "decreto número 2", el número 1, circunscribiendo su campo de acción a la región militar de Petrogrado. Fue inútil. El decreto número 1 era inderrogable, por la sencilla razón de que no creaba nada nuevo, sino que se limitaba a consignar l que era ya realidad visible en el interior del país y en el frente, y no había, quieras o no, más remedio que acatar. Cuando tenían enfrente a los soldados hasta los diputados liberales rehuían hablar del "decreto número 1". Sin embargo, en los dominios de la gran política, este decreto audaz se tornó en el argumento principal de la burguesía contra los soviets. A partir de este momento, los generales derrotados descubrieron en el "decreto número 1", el obstáculo principal que les había impedido vencer a los alemanes. A Alemania se achacaban los verdaderos orígenes del decreto. Los conciliadores no cesaban de justificarse, y excitaban los nervios de los soldados, intentado arrebatarles con la mano derecha lo que les habían dado con la izquierda.

Entre tanto, en el Soviet la mayoría de los diputados ya no exigían que los jefes y oficiales se nombrasen por elección. Los demócratas se inquietaron. Falto de mejores

argumentos, Sujánov recurría al arma de la intimidación, diciendo que la burguesía a quien se había entregado el poder no accedería a reconocer en la milicia el principio electivo. Los demócratas se refugiaban a ojos vistas detrás de Guchkov. Los liberales ocupaban en su juego el mismo lugar que la monarquía había de ocupar, según ellos, en el juego del liberalismo. "Cuando abandoné la tribuna para volverme a mi sitio -cuenta Sujánov- tropecé con un soldado que me cerraba el paso, y, esgrimiendo el puño ante mis ojos, gritaba furiosamente y hablaba de los señores que no habían sido nunca soldados." Después de aquel "exceso", nuestro demócrata, perdiendo definitivamente el equilibrio, corrió en busca de Kerenski, y gracias a esto "se echó tierra al asunto como se pudo". Era la único que esta gente sabía hacer.

Durante dos semanas había podido fingir que no se daban cuenta de la guerra. Pero la ficción no podía durar. El 14 de marzo, el Comité ejecutivo presentó al Soviet un proyecto de manifiesto: "A los pueblos de todo el mundo", redactado por Sujánov. La prensa liberal se apresuró a calificar el documento, que unía a los conciliadores de derecha y de izquierda, de "decreto número 1" de la política exterior. Pero este juicio era tan falso como el documento sobre el que recaía. El "decreto número 1" era la respuesta honrada de la masa a los problemas que planteaba al ejército la revolución. El manifiesto del 14 de marzo no era más que una respuesta pérfida de los de arriba a las objeciones que les habían formulado honradamente los soldados y obreros.

El manifiesto expresaba, naturalmente, el anhelo de una paz democrática sin anexiones ni indemnizaciones. Pero los imperialistas occidentales habían aprendido a servirse de esta fraseología mucho antes que la revolución de Febrero.

En nombre de una paz duradera, honrada, "democrática", se disponía Wilson, precisamente por aquellos días, a lanzarse a la guerra. El honorable míster Asquith hacía en el parlamento una clasificación científica de las anexiones, de la cual se deducía de un modo irrefutable que debían condenarse por inmorales todas aquellas que se hallaran en contradicción con los intereses de la Gran Bretaña. Por lo que a la diplomacia francesa se refiere, toda su aspiración consistía en dar la expresión liberal más perfecta a su codicia de tendero y usurero. El documento soviético, al cual no se puede negar una sinceridad un poco simplista, caía fatalmente en la órbita de la hipocresía francesa oficial. El manifiesto prometía "defender enérgicamente nuestra propia libertad" contra el militarismo extranjero. Precisamente éste era el tópico de que se venían sirviendo los socialpatriotas franceses desde el mes de agosto de 1914. "Ha llegado el momento de que los pueblos tomen en sus manos la resolución del problema de la guerra y de la paz", proclamaba el

manifiesto, cuyos autores acababan de confiar, en nombre del pueblo ruso, la resolución de este magno problema a la gran burguesía. Dirigiéndose a los obreros de Alemania y Austria-Hungría, el manifiesto decía: "¡No sigáis sirviendo de instrumento de rapiña y de violencia en manos de los reyes, los terratenientes y los banqueros!" Estas palabras encerraban la quintaesencia de la falsedad, pues los jefes del Soviet no habían ni siquiera pensado en romper la alianza que los ataba a los reyes de la Gran Bretaña y de Bélgica, al emperador del Japón, y a los terratenientes y banqueros de su propio país y de los de la Entente. Al mismo tiempo que entregaban la dirección de la política exterior a Miliukov, que pocos días antes se disponía a convertir la Prusia oriental en una provincia rusa, los jefes del Soviet invitaban a los obreros alemanes y austrohúngaros a seguir el ejemplo de la revolución rusa. Aquella teatral abjuración de la matanza no cambiaba nada; eso, el propio papa lo hacía. Por medio de frases patéticas contra las sombras de los banqueros, los terratenientes y los reyes, los conciliadores, convertían la revolución de Febrero en un instrumento de los reyes, los terratenientes y los banqueros de carne y hueso. Ya en el mensaje de salutación al gobierno provisional. Lloyd George veía en la revolución rusa la prueba de que "la guerra actual, es substancialmente, la lucha por el gobierno popular y la libertad". El manifiesto del 14 de marzo s solidarizaba "substancialmente" con Lloyd George y prestaba una valiosa ayuda a la propaganda militarista de Norteamérica. El periódico de Miliukov estaba cargadísimo de razón cuando decía que el "manifiesto -que comenta con el típico tono pacifista- desarrolla, en el fondo, la ideología que nos une a todos nosotros con nuestros aliados". No importa que los liberales rusos atacasen furiosamente el manifiesto ni que la censura francesa no lo dejase pasar; ello se debía al miedo a la interpretación que daban a este documento las masas revolucionarias, crédulas aún.

Este manifiesto, escrito por un zimmerwaldiano, representaba un triunfo del ala patriótica. Los soviets locales recogieron la seña, y la consigna "¡Guerra a la guerra!" se decretó inadmisible. Hasta en los Urales y en Kostroma, donde los bolcheviques tenían fuerzas, fue por unanimidad aprobado el patriótico manifiesto. La cosa no tenía nada de sorprendente, puesto que ni el Soviet de Petrogrado había reaccionado contra el documento de los bolcheviques.

Pocas semanas después venció y fue puesta al cobro una parte de aquella letra de cambio aceptada. El gobierno provisional emitió un empréstito de guerra bautizado, naturalmente, de "empréstito de la libertad". Tsereteli esforzábase en demostrar que, puesto que el gobierno cumplía "en general" sus compromisos, la democracia tenía el deber

de apoyar el empréstito. En el Comité ejecutivo, la oposición reunió más de la tercera parte de los votos. Pero en la reunión plenaria del Soviet (22 de abril), sólo votaron contra el empréstito 112 diputados, siendo el total casi de dos mil. De esto han sacado algunos la conclusión de que el ejecutivo estaba más a la izquierda que el Soviet. Pero esto no es cierto. Ocurría, simplemente, que el Soviet era más honrado que el Comité ejecutivo. Si la guerra era la defensa de la revolución, había que dar dinero para aquella, apoyar el empréstito. El Comité ejecutivo no era más revolucionario, sino más evasivo. Vivía de equívocos y reservas. Apoyaba, "en general", al gobierno, criatura suya, y sólo asumía sobre sí la responsabilidad de la guerra "en la medida en que..." Estas mezquinas astucias no llegaban a las masas. Los soldados no podían combatir "en la medida en que" ni morir simplemente "en general".

A fin de consolidar el triunfo de la razón de Estado sobre la arbitrariedad popular, el 1º de abril el gobierno puso oficialmente a la cabeza de las fuerzas armadas al general Alexéiev, el mismo que el 5 de marzo se disponía a fusilar las "bandas de propagandistas". Ya todo estaba en orden. El inspirador de la política exterior del zar, Miliukov, era ministro de Estado. El general en jefe de los ejércitos zaristas, Alexéiev, era generalísimo de la revolución. La continuidad quedaba perfectamente establecida.

Al mismo tiempo, los jefes soviéticos veíanse obligados, por la lógica de la situación, a deshacer ellos mismos los nudos de la red que habían tejido. La democracia oficial temía mortalmente a los jefes y oficiales, a quienes toleraba y apoyaba. No podía dejar de someterlos a vigilancia, aspirando, al mismo tiempo, a apoyar ésta en los soldados y a hacerla en lo posible independiente de ellos. En la sesión del 6 de marzo, el Comité ejecutivo reconoció la conveniencia de nombrar comisarios cerca de todas las armas y las instituciones militares. De este modo se creaba una triple relación: las tropas elegían sus delegados en el Soviet; el Comité ejecutivo destacaba sus comisarios cerca de las tropas; finalmente, al frente de cada unidad militar había un Comité electivo que venía a ser algo así como una célula de base del Soviet.

Una de las misiones más importantes de los comisarios consistía en vigilar el mando, a fin de percatarse de la confianza que pudiera merecer desde el punto de vista político. "El régimen democrático no tardó en superar en esto al autocrático", escribe Denikin, indignado, e inmediatamente se jacta de la habilidad con que su Estado Mayor interceptaba y le transmitía a él la correspondencia cifrada que sostenían los comisarios con Petrogrado. Aquello de que se vigilase a los monárquicos y a los esclavistas sublevaba, naturalmente, la conciencia. En cambio, el robar la correspondencia de los comisarios con el gobierno era

muy plausible. Pero, cualquiera que sea el aspecto moral de la cuestión, lo cierto es que las relaciones internas del aparato dirigente del ejército aparecen con una meridiana claridad: los dos, por lo visto, se temen mutuamente y se vigilan, recelosos y hostiles. Lo único que les une es el miedo común a los soldados. Los propios generales y almirantes, fueran cuales fuesen sus planes y sus esperanzas para el futuro, veían claramente que no había modo de renunciar a la careta democrática. El reglamento de los comités de escuadra fue redactado por Kolchak; éste confiaba en poder estrangularlos el día de mañana, pero como no era posible dar un paso sin los comités, interesaba del Cuartel General que los sancionar. El general Markov, uno de los futuros caudillos blancos, enviaba también al ministerio, a principios de abril, un proyecto de nombramiento de comisarios destinados a vigilar la lealtad del mando. He aquí cómo las "leyes seculares del ejército", es decir, las tradiciones del burocratismo militar, se rompían como pajas al empuje de la revolución.

Los soldados enfocaban los comités desde el punto de vista opuesto, congregándose en torno a ellos contra el mando, y si bien los comités defendían a los jefes contra los soldados, era sólo hasta cierto límite. La situación del oficial a quien ponía el veto el Comité hacíase insostenible. Así, fue engendrándose, por práctica consuetudinaria, el derecho de los soldados a separar a sus jefes. Según Denikin, hacia el mes de julio habían sido eliminados en el frente occidental hasta sesenta jefes viejos, desde el jefe de cuerpo al de regimiento. Análogas destituciones llevábanse a cabo también dentro de los regimientos.

Entre tanto, el ministerio de Guerra, el Comité ejecutivo, los organismos de enlace que perseguían como fin establecer formas de relación "razonables" dentro del ejército, elevar la autoridad del mando y reducir los comités de tropa a un papel secundario, principalmente administrativo, estaban empeñados en una menuda labor burocrática. Pero mientras que los altos jefes intentaban en vano ahuyentar la sombra de la revolución, los comités iban formando una fuerte red centralizada, que se elevaba hasta el Comité ejecutivo de Petrogrado y que consolidaba de un modo orgánico su poder dentro del ejército. Sin embargo, el Comité ejecutivo sólo se servía de él para mantener uncido al ejército a la guerra por medio de los comisarios y los comités. Los soldados veíanse en el trance, cada vez más apremiante, de meditar cómo era posible que los comités elegidos por ellos dijeran tan a menudo no lo que ellos, los soldados, pensaban, sino lo que los jefes querían.

Las trincheras envían a la capital un número cada vez mayor de comisarios para orientarse y saber a qué atenerse. Desde principios de abril, el contacto de la capital con el frente no se interrumpe. No pasa día sin que en el palacio de Táurida se presente una

Comisión de soldados del frente. Estos se devanan los sesos intentando descifrar los misterios de la política del Comité ejecutivo, que no sabe dar una sola respuesta clara a las preguntas que se le hacen. El ejército asume trabajosamente la posición soviética para convencerse de un modo muy claro de la inconsistencia que impera en la dirección de los soviets.

Los liberales, que no se atreven a oponerse abiertamente al Soviet, intentan luchar por la conquista del ejército. Es, naturalmente, el chauvinismo el que, según ellos, ha de servirles de lazo para atraérselo. El ministro kadete Chingarev, en una de las conversaciones sostenidas con los delegados de las trincheras, defendió el decreto de Guchkov contra la "excesiva indulgencia" hacia los prisioneros; basándose en las "ferocidades alemanas", las palabras del ministro no encontraron buena acogida; lejos de ello, la reunión se pronunció decididamente en favor de que se mejorara la situación de los prisioneros. Y estos hombres eran los mismos a quienes los liberales acusaban de salvajismo. Lo que ocurría era que aquellos hombres grises del frente tenían su criterio; reputaban perfectamente lícito tomar represalias contra el oficial que injuriaba a los soldados, pero les parecía indigno tomarlas contra un soldado alemán, indefenso por las crueldades reales o supuestas de un Ludendorff. Las normas eternas de la moral no se habían hecho para aquellos campesinos, toscos y piojosos.

Las tentativas de la burguesía para apoderarse del ejército determinaron una especie de pugilato entre los liberales y los conciliadores en el Congreso de los delegados del frente occidental, que tuvo lugar de los días 7 a 10 de abril. Aquel primer Congreso de las tropas del frente había de servir para someter al ejército a una prueba política decisiva, y ambas partes enviaron a Minsk a sus mejores fuerzas. Del Soviet fueron Tsereteli, Cheidse, Skobelev, Govzdiov; de la burguesía el propio Rodzianko, el kadete Rodichev y otros. En el teatro de Minsk, abarrotado de gente, reinaba una tensión apasionada, que se derramaba sobre toda la ciudad. Las comunicaciones de los delegados del frente ponían la realidad al descubierto. La confraternización corre como reguero de pólvora, los soldados van tomando la iniciativa con una audacia cada vez mayor, el mando no puede ni pensar en medidas represivas. ¿Qué podían decir allí los liberales? Puestos ante aquel auditorio caldeado, renunciaron inmediatamente a la idea de oponer sus consignas a las del Soviet y se limitaron a dar la nota patriótica en los discursos de salutación, no tardando en esfumarse completamente. El combate fue ganado sin lucha por los demócratas, los cuales no necesitaron conducir a las masas contra la burguesía, sino, por el contrario, contenerlas. En el Congreso dominó el grito de la paz, equivocadamente entretejido con el de la defensa

de la revolución, a tono con el espíritu del manifiesto del 14 de marzo. La proposición del Soviet acerca de la guerra fue aprobada por 610 votos contra 8 y 46 abstenciones. La última esperanza de los liberales de alzar al frente contra el interior del país, al ejército contra el Soviet, se desvanecía por completo. Por su parte, los jefes demócratas regresaban del Congreso más asustados que satisfechos de su triunfo, pues habían visto los espíritus inflamados por la revolución y comprendían que eran impotentes para dominarlos.

CAPITULO XV
LOS BOLCHEVIQUES Y LENIN

El día 3 de abril llegó Lenin a Petrogrado de la emigración. Hasta este momento no empieza el partido bolchevique a hablar en voz alta y, lo que es más importante, a tener voz propia.

El primer mes de la revolución fue para el bolchevismo un período de desconcierto y vacilaciones. En el manifiesto del Comité central de los bolcheviques, escrito inmediatamente después de triunfar el movimiento de Febrero, decíase: "Los obreros de las fábricas, así como los soldados sublevados, deben elegir inmediatamente sus representantes en el gobierno revolucionario provisional." El manifiesto vio la luz en el órgano oficial del Soviet, sin comentario ni objeciones, como si se tratara de un documento académico. Y es que hasta los propios dirigentes bolcheviques a atribuían a su consigna un valor meramente demostrativo. No hablaban como representantes de un partido proletario que se dispone a afrontar una lucha imponente por la conquista del poder, sino como el ala izquierda de la democracia que, al proclamar sus principios, tiende a abrazar el cometido de oposición leal durante un período de tiempo indefinido.

Sujánov afirma que en la sesión celebrada por el Comité ejecutivo el 1º de marzo sólo se discutieron las condiciones de traspaso del poder. Contra el hecho mismo de la constitución de un gobierno burgués no se alzó ni una sola voz, a pesar de que, de los 39 miembros del Comité ejecutivo, 11 eran bolcheviques y simpatizantes: tres de ellos, Zalutski, Chliapnikov y Mólotov, pertenecían al centro.

Al día siguiente, según cuenta el propio Chliapnikov, de los 400 diputados presentes en la sesión del Soviet, sólo votaron en contra de la entrega del poder a la burguesía 19, cuando la fracción bolchevique contaba ya con 40. Esta votación se desarrolló en medio de la mayor tranquilidad, en medio de un orden parlamentario perfecto, sin que los bolcheviques formulasen proposición alguna clara en contra, y sin provocar lucha ni agitación de ninguna clase en la prensa bolchevique.

El 4 de marzo, el buró del Comité central votó una resolución acerca del carácter contrarrevolucionario del gobierno provisional y la necesidad de orientarse hacia la dictadura democrática del proletariado y de los campesinos. El Comité de Petrogrado, para quien esta resolución no tenía, como así era, más que un valor puramente académico, puesto que no indicaba qué era lo que había de hacerse, enfocó el problema desde el extremo opuesto. "Teniendo en cuenta la resolución acerca del gobierno provisional votada

por el Soviet", declara que "no se opone al poder del gobierno provisional en la medida en que..." Era, en esencia, la posición de los mencheviques y socialrevolucionarios, sólo que replegada sobre la segunda línea. Esta posición abiertamente oportunista del Comité de Petrogrado no contradecía más que en la forma a la adoptada por el Comité central, cuyo carácter académico no significaba escuetamente más que la avenencia política con el hecho consumado.

Esta predisposición a allanarse silenciosamente o con reserva al gobierno burgués no halló, ni mucho menos, una acogida incondicional entre los elementos del partido. Los obreros bolcheviques se estrellaron inmediatamente contra el gobierno provisional como contra una fortaleza enemiga que se alzase inesperadamente en su camino. El Comité de Viborg celebraba mítines de miles de obreros y soldados, en los que se votaban, casi por unanimidad, resoluciones haciendo resaltar la necesidad de que el Soviet tomara en sus manos el poder. Digelstedt, que participó activamente en esta campaña de agitación, atestigua: "No hubo un solo mitin, una sola asamblea obrera que rechazara nuestras proposiciones, si había alguien que se las presentara." En los primeros días, los mencheviques y los socialrevolucionarios no se atrevían a plantear abiertamente ante el auditorio de obreros y soldados la cuestión del poder tal como ellos la concebían. En vista del éxito que obtuvo la resolución de los obreros de Viborg, fue impresa y fijada por las esquinas como un pasquín. Pero el Comité de Petrogrado le puso el veto y los bolcheviques de Viborg no tuvieron más remedio que someterse.

En lo tocante al contenido social de la revolución y a las perspectivas de su desarrollo, la posición de los dirigentes bolcheviques no era menos confusa. Chliapnikov cuenta: "Coincidíamos con los mencheviques en que estábamos atravesando un momento revolucionario que se caracterizaba por la destrucción del régimen feudal, el cual debía ser sustituido por las "libertades" propias del régimen burgués." En su primer número, la *Pravda* escribía: "La misión fundamental consiste... en la instauración del régimen democrático republicano." En su mandato a los diputados obreros, el Comité de Moscú declaraba: "El proletariado aspira a conseguir las libertades necesarias para luchar por el socialismo, que es su objetivo final." La tradicional alusión al "objetivo final" subraya suficientemente la distancia histórica que separaba esta posición del socialismo. Nadie iba más allá. El miedo a rebasar lo límites de la revolución democrática dictaba una política expectante, de adaptación y de retirada manifiesta ante las consignas de los conciliadores.

No es difícil comprender la grave repercusión que tenía en provincias esta alta de decisión política por parte del centro. Nos limitaremos a traer aquí el testimonio de uno de

los dirigentes de la organización de Saratov: "Nuestro partido, que había tomado una participación activa en el movimiento revolucionario, había dejado escapar, evidentemente, la influencia que tenía sobre las masas, las cuales fueron a parar a manos de los mencheviques y los socialrevolucionarios. Nadie sabía cuáles eran las consignas de los bolcheviques... Un cuadro muy poco agradable."

Los bolcheviques de izquierda, empezando por los obreros, hacían cuanto podían por romper el cerco. Pero tampoco ellos sabían cómo hacer frente a los argumentos acerca del carácter burgués de la revolución y de los peligros de aislamiento del proletariado, y se sometían a regañadientes a las orientaciones de la dirección. Las distintas tendencias que se dibujaban en el bolchevismo chocaron con bastante violencia, unas contra otras, desde el primer día, pero sin que ninguna de ellas llevase sus ideas hasta las últimas consecuencias. La *Pravda* reflejaba este estado confuso y vacilante de las ideas del partido, sin contribuir en lo más mínimo a armonizarlas. Hacia mediados de marzo se complicó aún más la situación, al llegar del destierro Kámenev y Stalin, que imprimieron un giro francamente derechista a la política oficial del partido.

Kámenev, bolchevique casi desde la fundación del partido, había militado siempre en el ala derecha. No carecía de preparación teórica ni de sentido político, y estaba dotado de una gran experiencia de la lucha entre las fracciones rusas del partido y de una reserva considerable de observaciones políticas adquiridas en los países occidentales, todo lo cual le permitía asimilar mejor que muchos otros bolcheviques las ideas de Lenin, pero siempre para darles en la práctica la interpretación más pacífica posible. De él no cabía esperar personalidad en la decisión ni iniciativa en la acción, Kámenev, magnífico propagandista, orador y periodista reflexivo, aunque no brillante, era un elemento de gran valor cuando había que entablar negociaciones con otros partidos o investigar lo que sucedía en otras esferas sociales, bien entendido que de estas excursiones volvía siempre trayendo adherido algo de los medios ajenos. Estos rasgos de Kámenev eran tan claros y tan patentes, que casi nadie se equivocaba cuando se trataba de juzgar su personalidad. Sujánov observa en él la ausencia de "ángulos agudos": "Hay que llevarle siempre a rastras, y si alguna vez se hace el remolón, no es difícil reducirle." En el mismo sentido se expresa, hablando de él, Stankievich: "La actitud de Kámenev respecto a los adversarios era tan suave, que parecía avergonzarse de la intransigencia de su posición; en el Comité era, indudablemente, mas que un adversario, un mero elemento de oposición." A esto, poco hay que añadir.

Stalin era un tipo de bolchevique perfectamente distinto, tanto por su psicología como por la misión que desempeñaba dentro del partido; su actividad era la de un sólido

organizador, teórica y políticamente primitivo. Kámenev, como publicista que era, había pasado una larga serie de años al lado de Lenin en la emigración, donde se concentraba la labor teórica del partido; a Stalin, que era lo que se llama un práctico, sin horizontes teóricos, sin gran interés por los problemas políticos y sin el menor conocimiento de idiomas extranjeros, no había quien le apartase del solar ruso. Los militantes de este tipo sólo hacían breves escapadas al extranjero, de tarde en tarde, para recibir instrucciones, ponerse de acuerdo sobre la labor que habían de desarrollar y retornar en seguida a Rusia. Stalin se distinguía entre los elementos prácticos por su energía, su tenacidad y su inventiva en las combinaciones de entre bastidores. Kámenev, hombre tímido, "se avergonzaba de las consecuencias prácticas a que llevaba el bolchevismo"; Stalin propendía, por el contrario, a sostener sin el menor miramiento ni atenuación las conclusiones prácticas adoptadas con una mezcla de tenacidad y grosería.

A pesar de esta divergencia tan grande de caracteres, Kámenev y Stalin abrazan, a principios de la revolución, una posición común, y no tenía nada de particular, pues se completaban mutuamente. Concepción revolucionaria sin voluntad revolucionaria es lo mismo que un reloj con el muelle roto: el minutero político de Kámenev iba siempre retrasado con relación a los objetivos revolucionarios. Pero, por otra parte, la ausencia de una amplia concepción política condena al político de más voluntad de la indecisión ante acontecimientos importantes y complejos. Un empírico como Stalin es terreno abonado para que en él florezcan todas las influencias extrañas, no por parte de la voluntad, sino del pensamiento. Y he aquí cómo un publicista sin voluntad y un organizador sin horizontes teóricos llevaron, en marzo, su bolchevismo hasta las puertas mismas del menchevismo. Stalin resultó ser todavía, incapaz que Kámenev para adoptar una posición personal dentro del Comité ejecutivo, del que entró a formar parte como representante del partido. En las actas ni en la prensa no ha quedado una sola proposición, declaración o protesta en la que veamos a Stalin expresar el punto de vista bolchevique frente a la sumisión de la "democracia" ante el liberalismo. Sujánov dice en sus *Memorias*: "En aquel entonces, los bolcheviques tenían en el Comité ejecutivo, además de Kámenev, a Stalin. Durante su modesta actuación dentro del Comité ejecutivo, producía -y no sólo a mí- la impresión de una mancha gris, que a veces brillaba fugazmente con una luz tenue que no dejaba rastro. Es todo lo que se puede decir de él." Si Sujánov, en términos generales, no aprecia en toda su valor a Stalin, no puede negarse que caracteriza bastante acertadamente su falta de personalidad política en aquel Comité ejecutivo conciliador.

El 14 de marzo, aceptábase por *unanimidad* el manifiesto. "A los pueblos de todo el mundo", que interpretaba el triunfo de la revolución de Febrero a favor de la Entente y ponía al movimiento revolucionario ruso el cuño socialpatriótico francés. Era, a no dudar, un gran éxito de Kámenev y Stalin, obtenido, evidentemente, sin gran lucha. La *Pravda* hablaba de este documento como de "un compromiso consciente entre las distintas tendencias representadas en el Soviet."

Hubiera debido añadir que el tal compromiso implicaba una franca ruptura con las ideas de Lenin, que en el Soviet nadie defendía.

Kámenev, miembro de la redacción del órgano central en el extranjero; Stalin, miembro del Comité central, y Muranov, diputado de la Duma, que volvía también de Siberia, destituyeron a la antigua redacción de la *Pravda*, por demasiado "izquierdista", y, amparándose en sus derechos, harto problemáticos, asumieron la dirección del periódico a partir del 15 de marzo. En el artículo en que la nueva redacción anunciaba sus propósitos se decía que los bolcheviques apoyarían decididamente al gobierno provisional "en cuanto luchase contra la reacción y la contrarrevolución". Respecto a la guerra, los nuevos dirigentes se pronunciaban de un modo igualmente categórico: mientras el ejército alemán obedezca al káiser, el soldado ruso "deberá permanecer firme en su puesto contestando a las balas con las balas y a los obuses con los obuses". "Nuestra consigna no debe ser un *¡Abajo la guerra!* sin contenido. Nuestra consigna debe ser: ejercer presión sobre el gobierno provisional con el fin de obligarle... a tantear la disposición de los países beligerantes respecto a la posibilidad de entablar negociaciones inmediatamente... Entre tanto, todo el mundo debe permanecer en supuesto de combate." Lo mismo las ideas que el modo de formularlas son defensistas hasta la médula. La fórmula de presionar a un gobierno imperialista, con el fin de "inclinarle" a una actitud pacifista, era el programa de Kaustky en Alemania, el de Jean Longuet en Francia, el de Mac Donald en Inglaterra; pero distaba mucho de ser el de Lenin, que predicaba el derrumbamiento del régimen imperialista. Defendiéndose de los ataques de la prensa patriótica, la *Pravda* iba todavía más lejos: "Todo derrotismo -afirmaba- o, por mejor decir, lo que la prensa mal informada estigmatizaba bajo la censura zarista con este nombre, desapareció en el momento de aparecer en las calles de Petrogrado el primer regimiento revolucionario." Esto equivalía a romper de lleno con la posición mantenida por Lenin. El "derrotismo" no era, ni mucho menos, una invención de la prensa enemiga amparada por la censura, sino una fórmula de Lenin: "La derrota de Rusia es el mal menor." Ni la aparición del primer regimiento revolucionario, ni aun el derrumbamiento de la monarquía, modificaba el carácter imperialista de la guerra. El

día en que salió a la cale el primer número de la *Pravda* transformada fue -cuenta Chliapnikov- un día de júbilo general para los defensistas. Todo el palacio de Táurida, desde los hombres del Comité de la Duma hasta el corazón mismo de la democracia revolucionaria -el Comité ejecutivo- estaba absorbido por una noticia: el triunfo de los bolcheviques moderados y razonables sobre los extremistas. En el propio Comité ejecutivo nos acogieron con sonrisas burlones... Cuando este número de la *Pravda* se recibió en las fábricas, llevó una completa perplejidad al ánimo de los afiliados y simpatizantes de nuestro partido y una gran alegría a nuestros adversarios... En los suburbios la indignación era inmensa, y cuando los proletarios se enteraron de que se habían apoderado de la *Pravda* tres compañeros llegados de Siberia, antiguos redactores del periódico, se exigió su exclusión del partido."

La *Pravda* no tuvo más remedio que publicar una enérgica protesta de los obreros de Viborg: "Si el periódico no quiere perder la confianza de los barrios obreros, debe sostener la antorcha de la conciencia revolucionaria, por mucho que moleste a la vista de las lechuzas burguesas." Las protestas de abajo llevaron a la redacción a mostrarse más cauta en la expresión, pero no a modificar la política. Hasta el primer artículo publicado por Lenin, a su llegada del extranjero, pasó por las columnas del periódico sin dejar huella en la mente de sus redactores. La orientación derechista navegaba a velas desplegadas. "En nuestras campañas de propaganda -cuenta Digelstedt, representante del ala izquierda- teníamos que tomar en consideración el principio de la dualidad de poder... y demostrar su carácter inevitable a aquella masa de obreros y soldados que en el transcurso de medio mes de vida política intensa se había educado en una concepción completamente distinta de sus objetivos."

La política del partido en el resto del país se acomodaba, naturalmente, a la de la *Pravda*. En muchos soviets, las propuestas presentadas acerca de los problemas fundamentales se votaban por unanimidad; los bolcheviques acataban sin rechistar la mayoría. En la conferencia de los soviets de la región de Moscú los bolcheviques se adhirieron a la resolución presentada por los socialpatriotas respecto a la guerra. Finalmente, en la conferencia de representantes de 82 soviets de toda Rusia, celebrada en Petrogrado a fines de marzo y principios de abril, los bolcheviques votaron por la resolución oficial acerca del poder, que defendió Dan. Esta notable aproximación política a los mencheviques respondía a las tendencias conciliadoras, que ya habían tomado mucho auge. En provincias, bolcheviques y mencheviques formaban parte de organizaciones mixtas. La fracción Kámenev-Stalin iba convirtiéndose cada vez más marcadamente en el

ala izquierda de la "democracia revolucionaria" y se plegaba a la mecánica de la "presión" parlamentaria de entre bastidores sobre la burguesía, combinándola con una presión de entre bastidores sobre la democracia.

El centro espiritual del partido residía en el sector del Comité central emigrado y en la redacción del órgano central *El Socialdemócrata*. Lenin, ayudado por Zinóviev, llevaba toda la labor de dirección. Las funciones de secretaria, de gran responsabilidad, corrían a cargo de Krupskaya, la mujer de Lenin. Para las funciones prácticas, este pequeño centro se apoyaba en algunas docenas de bolcheviques emigrados. Durante la guerra, la falta de contacto con Rusia tomó caracteres graves, tanto más cuanto más la policía militar de la Entente iba apretando su círculo de hierro. La explosión revolucionaria, tan ansiosamente esperada durante largos años, cogió desprevenido al centro bolchevique. Inglaterra se negó categóricamente a dejar entrar en Rusia a los emigrados internacionalistas, cuya lista llevaba celosamente. Lenin, enjaulado en Zurich, se desesperaba buscando el modo de evadirse. Entre los cien planes que se forjaron había uno que consistía en hacer el viaje con el pasaporte de un sordomudo escandinavo. Lenin, torturado por esta idea, no desperdicia ocasión para hacer oír su voz desde Suiza. Ya el 6 de marzo telegrafía a Petrogrado, vía Estocolmo: "Nuestra táctica: desconfianza absoluta, negar todo apoyo al nuevo gobierno; recelamos especialmente de Kerenski; no hay más garantía que armar al proletariado; elecciones inmediatas a la Duma de Petrogrado; mantenerse bien separados de los demás partidos." En estas primeras instrucciones sólo tenía carácter episódico lo de elecciones a la Duma y no al Soviet, y pronto había de quedar eliminado este punto; los demás extremos, concretados, en una forma telegráficamente escueta, señalan ya perfectamente la orientación general de la política leninista. Simultáneamente, Lenin empieza a enviar a la *Pravda* sus "Cartas desde lejos", que, apoyándose en la fragmentaria información de los periódicos extranjeros, hacen un análisis definitivo de la situación revolucionaria. Las noticias de los periódicos extranjeros le permiten llegar en seguida a la conclusión de que el gobierno provisional, directamente apoyado no sólo por Kerenski, sino por Cheidse, está engañando con bastante éxito a los obreros, haciendo pasar como defensiva la guerra imperialista. El 17 de marzo envía, por conducto de los amigos de Estocolmo, una carta llena de inquietud: "Nuestro partido se cubriría para siempre de oprobio, se suicidaría políticamente, si se dejara llevar por esta añagaza... Preferiría incluso romper inmediatamente con quien fuese, dentro de nuestro partido, a hacer concesiones de ningún género al socialpatriotismo..." Después de esta amenaza, aparentemente impersonal, pero dirigida en realidad contra determinadas personas. Lenin advierte: "Kámenev debe

comprender que sobre él recae una verdadera responsabilidad histórica." Alude directamente a Kámenev porque se trata de cuestiones políticas de principio. Si se hubiera tratado de problemas prácticos combativos, Lenin hubiera apuntado de seguro a Stalin. En aquellos momentos, cuando Lenin se esforzaba en hacer llegar a Petrogrado, a través de la Europa humeante, la voz de su firme voluntad, Kámenev, apoyado por Stalin, viraba resueltamente proa al socialpatriotismo.

Los planes de evasión a base de maquillaje, pelucas, pasaportes falsos o ajenos iban abandonándose uno tras otro, por irrealizables. De un modo cada vez más perfilado, iba tomando cuerpo la idea de atravesar por Alemania. Este plan asustaba a la mayoría de los emigrados, no sólo a los patriotas. Mártov y otros mencheviques no se decidían a asociarse a aquella descarada ocurrencia de Lenin y seguían llamando inútilmente a las puertas de la Entente. Fueron también mucho los bolcheviques que, después de realizado, pusieron reproches a aquel viaje, al encontrarse con que el famoso "vagón precintado" entorpecía un poco sus campañas de propaganda. A Lenin no se le escapaban aquellas posibles dificultades futuras. Poco antes de salir de Zurich, Krupskaya escribía: "Los patriotas de Rusia pondrán el grito en el cielo, naturalmente; hay que disponerse a oír lo que digan." El dilema era éste: o quedarse en Suiza o pasar por Alemania. No había otra salida. ¿Y podía Lenin vacilar ni un solo minuto? Un mes después, ni un día más ni menos, Mártov, Axelrod y otros veíanse obligados a seguir su ejemplo.

En la organización de este insólito viaje atravesando un país enemigo en plena guerra se nos revelan los rasgos esenciales de Lenin como político: la intrepidez en el propósito y la previsión cuidadosa en la ejecución. Dentro de este gran revolucionario se albergaba un notario meticuloso que sabía lo que traía entre manos y se ponía a levantar acta de un paso que podía contribuir a echar por tierra todas las actas notariales. Aquella especie de tratado internacional de tránsito, concertado entre la redacción del periódico de los emigrados y el Imperio de los Hohenzollern, contenía las condiciones del paso de éstos por el territorio alemán, trazadas con exquisita escrupulosidad. Lenin exigió para el viaje de tránsito completa extraterritorialidad; los viajeros cruzarían por Alemania sin que nadie tuviese derecho a pedirles los pasaportes, registrarles los equipajes ni poner el pie en el vagón durante el viaje (de aquí nació la leyenda del "vagón precintado"). Por su parte, los emigrados se comprometían a gestionar, una vez en Rusia, la liberación de un número igual de prisioneros civiles alemanes y austrohúngaros.

Antes de partir, los rusos firmaron, con algunos revolucionarios extranjeros, una declaración en los términos siguientes: "Los internacionalistas rusos que se dirigen a Rusia

con el fin de ponerse al servicio de la revolución nos ayudarán a levantar a los proletarios de los demás países, sobre todo a los de Alemania y Austria, contra sus gobiernos." Así rezaba el acta, firmada por Loriot y Guilbeaux, de Francia; Paul Levy, de Alemania; Platten, de Suiza; los diputados izquierdistas suecos y algunos otros. Con estas condiciones y cautelas, salieron de Suiza a fines de marzo treinta emigrados rusos; aun en tiempos de guerra, en que abundaban las municiones potentes, aquellos viajeros eran carga de una fuerza explosiva poco común.

En su carta de despedida a los obreros suizos, Lenin les recordaba la declaración hecha en el otoño de 1915 por el órgano central de los bolcheviques: "Si la revolución rusa lleva al poder a un gobierno republicano que se obstine en proseguir la guerra imperialista, los bolcheviques estarán contra la defensa de la patria republicana. Esta situación se ha producido. Y nuestro lema es: no queremos nada con un gobierno Guchkov-Miliukov." Con esta palabra, Lenin ponía la planta del pie en el territorio de la revolución.

Pero los miembros del gobierno provisional no veían en ello motivo alguno de intranquilidad. Nabokov cuenta: "En una de las sesiones celebrada en marzo por el gobierno provisional, como se hablase en una pausa de los vuelos que iban tomando las propagandas bolcheviques, Kerenski dijo, riéndose histéricamente, como de costumbre: "Aguardad, aguardad a que llegue Lenin, y ya veréis entonces lo que es bueno." Y Kerenski tenía razón. Sin embargo, los ministros, según Nabokov, no creían que hubiera razón para inquietarse. "Ya el solo hecho de atravesar por Alemania quebrantará hasta tal punto el prestigio de Lenin, que no habrá por qué temerle." Los ministros se mostraban en esto, como en todo, muy perspicaces.

Algunos amigos y discípulos acudieron a recibir a Lenin en Finlandia. "Tan pronto como entramos en el vagón y nos sentamos -cuenta Raskolnikov, joven oficial de la Marina y bolchevique-, Vladimir Ilich se lanzó sobre Kámenev: "¿Qué diablos estáis escribiendo en la *Pravda*? Hemos visto algunos números, ¡y os hemos puesto buenos!..."" Tal era el encuentro, después de varios años de separación. Lo cual no quiere decir que no fuese cordial.

El Comité de Petrogrado, con ayuda de la organización militar, movilizó a varios miles de obreros y soldados para recibir solemnemente a Lenin. Una división de autos blindados puso a disposición del Comité todos los disponibles. El Comité decidió acudir a la estación con los autos blindados: la revolución mostraba ya sus simpatías por aquellos monstruos de hierro con los cuales tan útil es poder contar en las calles de una ciudad.

El relato de la recepción oficial, que tuvo lugar en el llamado "salón del zar" de la estación de Finlandia, es una página muy animada en las voluminosas y casi siempre monótonas *Memorias* de Sujánov. "Lenin, tocado con un gorro redondo de piel, el rostro helado y empuñando un magnífico ramo de flores, entró en el salón del zar o, por mejor decir, se precipitó en él. Al llegar al centro del salón se detuvo ante Cheidse como si hubiera tropezado con un obstáculo completamente inesperado. Y entonces Cheidse, sin perder su aspecto sombrío pronunció el siguiente discurso de "salutación", que tenía más de prédica moral que de otra cosa, no sólo por el tono, sino también por el espíritu que lo animaba: "Camarada Lenin: Le saludamos al llegar a Rusia, en nombre del Soviet de Petersburgo y de toda la revolución... *Pero* entendemos que en la actualidad la principal misión de la democracia revolucionaria consiste en defender nuestra revolución contra todo ataque, tanto de dentro como de fuera... Confiamos en que usted abrazará con nosotros estos mismos fines." Cheidse calló. Yo, sorprendido, estaba desconcertado... Pero Lenin sabía muy bien, por lo visto, qué actitud había de adoptar ante aquello. De pie en medio del salón, parecía como si todo lo que estaba ocurriendo allí no tuviera nada que ver con él. Miraba a derecha e izquierda, se fijaba en los que le rodeaban, clavaba los ojos en el techo, arreglaba su ramo de flores, "que armonizaba muy mal con su figura", y después, volviendo completamente la espalda a la delegación del Comité ejecutivo, "contestó" del modo siguiente: "Queridos camaradas, soldados, marineros y obreros: Me siento feliz al saludar en vosotros a la revolución rusa triunfante, al saludaros como a la vanguardia del ejército proletario internacional... No está lejos ya el día en que, respondiendo al llamamiento de nuestro camarada Carlos Liebknecht, los pueblos volverán las armas contra sus explotadores capitalistas... La revolución rusa, hecha por vosotros, ha iniciado una nueva era. ¡Viva la revolución socialista mundial!""

Sujánov tenía harta razón: el ramo de flores armonizaba mal con la figura de Lenin, le estorbaba y cohibía, indudablemente, desentonando sobre el fondo de Lenin, le estorbaba y cohibía, indudablemente, desentonando sobre el fondo severo de los acontecimientos que se estaban desarrollando. A Lenin no le gustaban las flores en ramo. Pero todavía tenía que cohibirle mucho más aquella hipócrita recepción oficial, celebrada en el salón regio. Cheidse era algo mejor que su discurso de salutación. A Lenin le temía un poco. Pero le habían advertido, indudablemente, que era menester hacer entrar en razón, desde el principio, a aquel "sectario". Completando el discurso de Cheidse, que demuestra el lamentable nivel de los que dirigían la política, a un joven comandante de la escuadra que habló en nombre de los marineros se le ocurrió expresar el deseo de que Lenin entrase a

formar parte del gobierno provisional. Así era como la revolución de Febrero, endeble, verbosa y un poco simple también, recibía a un hombre que llegaba con el firme propósito de ponerse al frente de ella con el pensamiento y la acción. Estas primeras impresiones, que decuplicaban el sentimiento de inquietud que ya traía consigo Lenin, provocaron en él una indignación difícil de contener. Había que poner manos a la obra inmediatamente. En la estación de Finlandia, al volver la espalda a Cheidse para volverse de cara a los marineros y los obreros, al abandonar la defensa de la patria para apelar a la revolución mundial y trocar el gobierno provisional por Liebknecht, Lenin anticipaba como un pequeño ensayo la que había de ser toda su política ulterior.

A pesar de todo, aquella revolución, un poco chapucera, recibió inmediatamente en sus brazos al guía con efusión. Los soldados exigieron que Lenin se subiera a uno de los autos blindados, y Lenin no tuvo más remedio que complacerles. Las sombras de la noche deben a aquel desfile un carácter imponente. Los autos blindados llevaban todas las luces apagadas, y el reflector del automóvil en que iba Lenin hendía las tinieblas. La luz recortaba sobre las sombras de la calle a la masa de obreros, soldados y marineros que habían hecho una magna revolución, pero dejándose luego arrebatar el poder de las manos. La música militar dejó de tocar varias veces durante el trayecto, para que Lenin pudiese repetir su discurso de la estación, en diversas variantes, ante la muchedumbre que salía a su paso. "Fue una recepción triunfal y brillante -dice Sujánov-, y hasta muy simbólica."

En el palacio de la Kchesinskaya, donde se hallaba instalado el Estado Mayor bolchevista en el nido de sedas de una bailarina palaciega -mezcolanza fortuita que había de regocijar la ironía siempre despierta de Lenin-, empezaron de nuevo los discursos de salutación. Lenin soportaba aquella avalancha de discursos ditirámbicos con la impaciencia con que un transeúnte acuciado espera que pase la lluvia, refugiado en un portal. Le satisfacía el júbilo sincero que producía su llegada, pero se lamentaba de que este júbilo se exteriorizase con tal derroche de palabras. El tono de los saludos oficiales parecíale afectado, imitación del de la democracia pequeñoburguesa, declamatorio, falso y sentimental. Veía que la revolución, antes de asignarse sus fines y trazarse el camino que había de seguir, había creado ya una etiqueta propia y fatigosa. Lenin se sonreía con una sonrisa que tenía su parte de bondad y de reproche, miraba el reloj y, de vez en cuando, bostezaba seguramente. Apenas se habían disipado las palabras del último saludo cuando el insólito viajero lanzó sobre el auditorio el torrente de sus ideas apasionadas, que no pocas veces restallaban como latigazos. Por aquel entonces, los bolcheviques no se servían aún del arte de la taquigrafía. Por aquel entonces, los bolcheviques no se servían aún del arte de

la taquigrafía. Nadie tomaba notas, todos estaban excesivamente pendientes de lo que sucedía. Aquel discurso de Lenin no se ha conservado; no quedó más huella de él que la impresión general que dejó en el recuerdo de los que le oyeron. Además, el tiempo se ha encargado de refundirlo, añadiendo entusiasmo y quitando miedo. Pues en realidad la impresión fundamental del discurso, aun en los más allegados, fue de eso, de miedo. Todas las fórmulas habituales que se creían arraigadas, a fuerza de repetirse una vez y otra durante un mes seguido, veíanse destruidas unas tras otra ante los ojos del auditorio. La breve réplica de Lenin en la estación, lanzada por encima de los hombros del estupefacto Cheidse, se desarrollaba ahora en un discurso de dos horas destinado directamente a los militantes bolcheviques petersburgueses.

Sujánov se hallaba allí por casualidad, en calidad de invitado, gracias a la condescendencia de Kámenev. Lenin no podía soportar aquellas amabilidades. Pero, gracias a esta circunstancia, contamos con un relato mitad hostil y mitad entusiasta del primer encuentro de Lenin con los bolcheviques de Petrogrado, hecho por un observador ajeno al partido.

"No olvidaré nunca aquel discurso, parecido a un trueno, que me conmovió y asombró, y no sólo a mí, hereje que había entrado allí sin derecho a entrar, sino a todos los correligionarios. Puedo afirmar que nadie esperaba nada parecido. Diríase que habían salido de sus madrigueras todas las fuerzas elementales y que el espíritu de la destrucción, arrollando sin miramientos las barreras, las dudas, las dificultades, los cálculos, se cernía sobre la sala de la Kchesinskaya, por encima de las cabezas de los discípulos hechizados."

Para Sujánov, las dificultades y los cálculos consistían principalmente en las vacilaciones de los redactores de la *Nóvaya Jizn*, mientras tomaban el té en casa de Máximo Gorki. Los cálculos de Lenin iban más allá. Y no eran las fuerzas elementales precisamente las que se cernían sobre la sala, sino el pensamiento de un hombre que no se arredraba ante las fuerzas elementales y se esforzaban en conjurarlas con el fin de reducirlas. Pero es igual: la impresión está dada con bastante relieve.

"Cuando me puse en camino con los camaradas -dijo Lenin, según Sujánov- me figuré que desde la estación me llevarían directamente a la fortaleza de Pedro y Pablo. Como vemos, no hay nada de eso. Pero no perdamos la esperanza. ¡Ya llegará ese día!" Mientras que para los demás los derroteros de la revolución tendían a reforzar la democracia, para Lenin la perspectiva inmediata representaba la fortaleza de Pedro y Pablo. Aquello parecía una broma de mal augurio. Pero no, Lenin y con él la revolución no estaban para bromas.

"Lenin -se lamenta Sujánov- echó por la borda la reforma agraria en forma legislativa, así como la política del Soviet, y proclamó la expropiación organizada de la tierra por los campesinos, sin esperar a que se la concediese ningún poder del Estado."

"¡No nos interesa nada la república parlamentaria, la democracia burguesa! ¡No nos interesa ningún gobierno que no sea el de los soviets de diputados obreros, soldados y campesinos!"

Al propio tiempo, Lenin trazaba una línea divisoria clara entre él y la mayoría del Soviet, arrojando a ésta al campo enemigo. "Bastaba esto, en los tiempos que corrían, para que el vértigo se apoderara de los oyentes."

"Sólo la izquierda zimmerwaldiana defiende los intereses proletarios y los de la revolución mundial -dijo Lenin, según la transcripción irritada de Sujánov-. Los demás son oportunistas como los otros, de los que dicen buenas palabras y, en la práctica..., traicionan al socialismo y a las masas obreras."

"Lenin atacó decididamente la táctica de los elementos dirigentes del partido y los diferentes camaradas antes de llegar él -dice Raskolnikov-, completando la referencia de Sujánov-. Estaban presentes los militares más responsables del partido. Pero para ellos el discurso de Ilich fue un verdadero descubrimiento y tendió un Rubicón entre la táctica de ayer y la de hoy." El Rubicón, como veremos, no se tendió tan pronto.

El discurso no suscitó discusión: todo el mundo estaba como apabullado y quería poner un poco de orden en sus ideas. "Salí a la calle -termina Sujánov- con la sensación de que me habían golpeado la cabeza con un hierro. Sólo veía una cosa clara: ¡No, yo no podría seguir jamás el camino trazado por Lenin!" ¡Claro que no! ¡Pues no faltaba más!

Al día siguiente, Lenin sometió al partido una breve exposición por escrito de sus puntos de vista y que con el nombre de "tesis del 4 de abril" había de convertirse en uno de los documentos más importantes de la revolución. Las tesis expresaban ideas sencillas en palabras no menos sencillas, accesibles a todo el mundo. La república, fruto de la insurrección de Febrero, no es nuestra república, ni la guerra que mantiene es nuestra guerra. La misión de los bolcheviques consiste en derribar al gobierno imperialista. Éste se sostiene gracias al apoyo de los socialrevolucionarios y mencheviques, que a su vez se apoyan en la confianza que en ellos tienen depositada las masas populares. Nosotros representamos una minoría. En estas condiciones no se pude ni siquiera hablar del empleo de la violencia por nuestra parte. Hay que enseñar a la masa a desconfiar de los conciliadores y defensistas. "Hay que aclarar la situación pacientemente." El éxito de esta política, impuesta por la situación, es seguro y nos conducirá a la dictadura del proletariado,

y con ella a la superación del régimen burgués. Romperemos completamente con el capital, publicaremos sus tratados secretos y llamaremos a los obreros de todo el mundo a romper con la burguesía y a poner fin a la guerra. Iniciaremos la revolución internacional. Sólo el triunfo de ésta consolidará el nuestro y asegurará el tránsito al régimen socialista."

Las tesis de Lenin fueron publicadas exclusivamente como obra suya. Los organismos centrales del partido las acogieron con una hostilidad sólo velada por la perplejidad. Nadie, ni una organización, ni un grupo, ni una persona, estampo su firma al pie de ese documento. Incluso Zinóviev, que había llegado con Lenin del extranjero, donde su pensamiento se había formado durante diez años bajo la influencia directa y cotidiana del maestro, se apartó silenciosamente a un lado. Y este apartamiento no tenía nada de inesperado para el maestro, que conocía muy bien a su discípulo. Kámenev era un propagandista y vulgarizador; Zinóviev, un agitador y nada más que un agitador, según frase de Lenin. Para ser jefe, le faltaba, sobre todo, el sentido de la responsabilidad. Y no sólo esto. Su pensamiento, carente de disciplina interna, es absolutamente incapaz de toda labor teórica y se disuelve en la intuición informe del agitador. Gracias a esta intuición excepcionalmente aguda, Zinóviev cogía siempre al vuelo las fórmulas de que necesitaba, es decir, las que le facilitaban un influjo más efectivo sobre las masas. Lo mismo como orador que como periodista, es siempre, invariablemente, un agitador, con la diferencia de que en los artículos se destacan más sus lados flojos, mientras que en los discursos predominan los fuertes. Zinóviev, mucho más intrépido e impetuoso para la agitación que ningún otro bolchevique, es aún más incapaz que Kámenev de toda iniciativa revolucionaria. Es indeciso, como todos los demagogos. Al pasar de la palestra de las querellas intestinas a los combates directos de masas, Zinóviev se apartaba casi automáticamente de su maestro.

Durante estos últimos años, no han faltado tentativas encaminadas a demostrar que la crisis sufrida por el partido en abril no fue más que una desorientación pasajera y casi casual. Al menor contacto con los hechos, estas tentativas se desvanecen[20].

Lo que ya sabemos respecto a la actuación del partido en el transcurso del mes de marzo nos revela la existencia de discrepancias profundísimas entre Lenin y los dirigentes petersburgueses. Precisamente en el momento de llegar Lenin a Petrogrado estas discrepancias cobraban su máxima tensión. A la par que la asamblea de representantes de

[20] En el gran trabajo colectivo publicado bajo la dirección del profesor Pokrovski *Apuntes para la historia de la Revolución de Octubre* (t. II. Moscú, 1927), se dedica a la "desorientación" de abril un escrito apologético de un tal Baievski, que por falta absoluta de escrúpulos con que maneja los hechos y los documentos habría que cualificar de cínico, si su pueril impotencia no apareciera tan al desnudo.

los 82 soviets, en que Kámenev y Stalin votaron por la proposición acerca del poder presentada por los socialrevolucionarios y los mencheviques, celebrábase en Petrogrado una reunión de bolcheviques llegados de todos los puntos de Rusia. Esta reunión, a la que Lenin sólo asistió hacia el final, tiene excepcional interés, pues revela el estado de espíritu y las opiniones del partido, o, por mejor decir, de su sector dirigente tal y como había salido de la guerra. La lectura de las actas, que hasta hoy nos deja a menudo perplejos, sugiere esta pregunta: ¿es posible que un partido representado por aquellos delegados pudiera tomar el poder con mano férrea siete meses después?

Ha transcurrido ya un mes desde el derrumbamiento de la autocracia, plazo considerable tanto para la revolución como para la guerra. Sin embargo, en el partido no se han definido aún las posiciones acerca de los problemas más candentes de la revolución. Los patriotas extremos como Voitinski, Eliava y otros tomaban parte en la reunión al lado de los que se consideraban internacionalistas. El tanto por ciento de patriotas declarados, aunque incomparablemente inferior al de los mencheviques, era considerable. La conferencia dejó en pie la cuestión que se planteaba: ¿separarse los patriotas del partido, o unirse a los patriotas mencheviques? En los intervalos de las sesiones de la asamblea bolchevista celebrábanse otras en que tomaban parte conjuntamente los bolcheviques y los mencheviques delegados a la conferencia soviética, con el fin de deliberar acerca de la guerra. El más exaltado de los patriotas mencheviques, Líber, declaró en esta reunión: "Hay que dejar a un lado la antigua división en bolcheviques y mencheviques y tratar exclusivamente nuestra actitud ante la guerra." El bolchevique Voitinski se apresuró a proclamar que estaba dispuesto a poner su firma debajo de todas y cada una de las palabras de Líber. Todos revueltos, bolcheviques y mencheviques, patriotas e internacionalistas, buscaban una fórmula común para expresar su actitud ante la guerra.

Donde las opiniones de la asamblea bolchevique hallaron, indudablemente, su expresión más adecuada fue en el informe de Stalin acerca de la actitud que habría de mantenerse frente al gobierno provisional. No hay más remedio que reproducir aquí la idea central de este informe, que, al igual que las citadas actas, no ha visto hasta ahora la luz. "El poder está compartido por dos órganos, ninguno de los cuales tiene su plenitud. Entre ellos hay, y necesariamente tiene que haber, rozamientos y luchas. Los papeles se han repartido. El Soviet ha asumido, de hecho, la iniciativa de las transformaciones revolucionarias; el Soviet es el guía revolucionario del pueblo insurreccionado, un órgano destinado a controlar al gobierno provisional. Este, por su parte, ha abrazado, en la práctica, la misión de consolidar las conquistas del pueblo revolucionario. El Soviet moviliza las fuerzas,

controla. El gobierno provisional, resistiendo, tropezando, se asigna por cometido consolidar las conquistas del pueblo arrancadas ya de un modo efectivo por éste. Esta situación tiene aspectos negativos, pero también positivos: no nos convendría forzar por ahora los acontecimientos, acelerando el proceso de eliminación de los sectores burgueses, que más tarde deberán inevitablemente apartarse de nosotros."

El ponente, pasando por alto el concepto de clase, enfoca las relaciones entre la burguesía y el proletariado como una simple división del trabajo. Los obreros y soldados hacen la revolución, Guchkov y Miliukov la "consolidan". Es exactamente la concepción tradicional del menchevismo, una mala copia de los acontecimientos de 1789. Esta actitud de mera observación expectativa ante el proceso histórico, la asignación de "misiones" a las distantes clases y la vigilancia crítica y tutelar de su cumplimiento, no puede ser más menchevique. La idea de que no es conveniente acelerar el desplazamiento de la burguesía por la revolución fue siempre el criterio supremo de toda la política del menchevismo. Esto, en la práctica, significaba frenar, poner sordina al movimiento de las masas para no asustar a los aliados liberales. Finalmente, las conclusiones de Stalin respecto al gobierno provisional entran de lleno en la fórmula equívoca de los conciliadores: "Hay que apoyar al gobierno provisional en la medida en que éste consolide los avances de la revolución; por el contrario, no se le deberá apoyar en aquello en que sea contrarrevolucionario."

El informe de Stalin fue presentado el día 29 de marzo. Al día siguiente, el ponente oficial de la asamblea de los soviets, el socialdemócrata Stieklov, que se hallaba al margen de todo el partido, al defender aquel criterio de apoyo condicionado al gobierno provisional, trazaba, arrastrado por la elocuencia, un cuadro tal de la actuación de estos "consolidadores" de la revolución -resistencia a las reformas sociales, tendencias monárquicas, protección a las fuerzas contrarrevolucionarias, apetitos anexionistas- que la conferencia de los bolcheviques, inquieta, hubo de abandonar la fórmula de apoyo. El bolchevique de derecha Noguin, declaró: "El informe de Stieklov ha aportado nuevos elementos de juicio; claro está que ahora *no se puede ya hablar de apoyo*, sino, por el contrario, de *resistencia*." Skripnik llegaba también a la conclusión de que, después del informe de Stieklov, "las cosas han cambiado mucho: ya no se puede hablar de apoyar al gobierno provisional; nos hallamos en presencia de un complot tramado por éste contra el pueblo y la revolución." Un día antes de que trazarán aquel cuadro idílico de "división del trabajo" entre el gobierno provisional y el Soviet, Stalin viose obligado a suprimir el punto relativo al apoyo. Se promovieron unos cuantos debates breves y superficiales en torno a la cuestión de saber si debería apoyarse al gobierno provisional "en la medida en que...", o únicamente

su acción revolucionaria. Vasiliev, delegado de Saratov, declaró, no sin fundamento. "Respecto al gobierno provisional, tenemos todos una misma actitud." Krestinski formuló la situación de un modo todavía más claro: "Entre Stalin y Voitinski no hay discrepancias, por lo que a la actuación práctica se refiere." Krestinski no estaba completamente falto de razón, a pesar de que Voitinski se pasó a los mencheviques inmediatamente después de la conferencia; Stalin suprimió la alusión al apoyo, pero el apoyo como tal quedó en pie. El único que intentó plantear la cuestión desde el punto d vista de los principios fue Krasikov, uno de aquellos viejos bolcheviques que habían estado apartados del partido durante una serie de años y que ahora intentaban retornar a sus filas cargados con el peso de la experiencia de la vida. Krasikov no se asustó de llamar a las cosas por su nombre: "¿Es que os disponéis, acaso, a instaurar la dictadura del proletariado?", preguntaba irónicamente. Pero la conferencia pasó por alto la ironía, y, con ello, la pregunta, como cosa poco digna de atención. La resolución votada por la conferencia invitaba a la democracia revolucionaria a impulsar al gobierno provisional "a luchar con todas sus fuerzas por liquidar de raíz el viejo régimen"; es decir, que reservaba al partido el papel de institutriz de la burguesía.

Al día siguiente se deliberó acerca de la proposición presentada por Tsereteli sobre la unión de bolcheviques y mencheviques. Stalin acogió la proposición con toda simpatía: "Debemos acceder a lo solicitado. Es necesario que definamos nuestro punto de vista acerca de la unificación. Ésta podrá realizarse sobre las bases de Zimmerwald-Kienthal." Mólotov, separado por Kámenev y Stalin de la *Pravda* a causa de la orientación excesivamente radical que imprimía al periódico, objetó que Tsereteli pretendía unir a elementos heterogéneos, que él se calificaba también de zimmerwaldiano y que la unión así concebida sería falsa. Pero Stalin insistía en su punto de vista: "No hay por qué adelantarse a los acontecimientos -decía- y hablar de antemano de discrepancias. Sin discrepancias de criterio no cabe vida de partido; en el seno de éste, acabaremos con las pequeñas desavenencias." Diríase que toda la lucha sostenida por Lenin contra el socialpatriotismo y su máscara pacifista durante los años de la guerra había sido completamente inútil. En septiembre de 1916, Lenin escribía a Petrogrado con gran insistencia, por medio de Chliapnikov: "El espíritu conciliador y las tendencias unificadoras es lo más nocivo que pueda existir para el partido obrero en Rusia; es, no sólo una idiotez, sino la ruina del partido... Sólo podemos fiarnos de los que han sabido comprender todo el engaño que se encierra en la idea de unidad y la necesidad de romper con toda esa cofradía (con Cheidse y compañía) en Rusia." Pero esta advertencia pasó desapercibida. Stalin entendía que las

discrepancias de criterio con Tsereteli, director del bloque del Soviet, eran pequeñas desavenencias con las que se podía acabar dentro del partido unificado. Este criterio es el que mejor refleja las ideas de Stalin en aquel entonces.

El 4 de abril, Lenin se presenta en la conferencia bolchevista. Su discurso, encaminado a comentar las "tesis", equivale, dentro de las tareas prácticas de la conferencia, a la esponja húmeda del maestro que borra todo lo escrito en el encerado por el alumno sin preparación. "¿Por qué no se ha tomado el poder?", pregunta Lenin. Poco antes, Stieklov había explicado confusamente, en la asamblea del Soviet, las causas de la abstención: el carácter burgués de la revolución, la "primera etapa", la guerra, etc. "Esto absurdo -declara Lenin-. La única razón es que el proletariado no es lo bastante consciente todavía ni está suficientemente organizado. Hay que reconocerlo. La fuerza material reside en manos del proletariado; pero la burguesía ha resultado ser más consciente y estar mejor preparada. Es un hecho monstruoso, pero hay que reconocerlo franca y abiertamente y decir al pueblo que si no ha tomado el poder, ha sido por su desorganización y la falta en él de una conciencia clara."

Lenin sacó el problema de la madriguera de falso objetivismo en que se atrincheraban los elementos del partido que habían capitulado políticamente, para situarla en el terreno subjetivo. El proletariado no había tomado el poder en febrero, porque le partido de los bolcheviques no estuvo a la altura de su misión objetiva y no pudo impedir que los conciliadores expropiaran políticamente a las masas del pueblo en provecho de la burguesía.

Todavía el día anterior, el abogado Krasikov decía, en tono de reto: "Si entendemos que ha llegado el momento de implantar la dictadura del proletariado, hay que plantear la cuestión así. La fuerza física, en el sentido de la toma del poder, está indudablemente con nosotros." Al llegar aquí, el presidente quitó la palabra a Krasikov, alegando que se estaban discutiendo objetivos prácticos y que el problema de la dictadura no figuraba en el orden del día. Pero Lenin estimaba que el único problema verdaderamente práctico que se planteaba era precisamente el de preparar la dictadura del proletariado. "La característica del momento actual en Rusia -decía en sus "tesis"- consiste en el tránsito de la primera etapa de la revolución, que ha dado el poder a la burguesía por carecer el proletariado de la organización y la claridad de conciencia necesarias a la segunda, que deberá entregar el poder al proletariado y a los campesinos pobres."

La conferencia bolchevique, siguiendo las huellas de la *Pravda*, circunscribía los objetivos de la revolución a las transformaciones democráticas que habrían de realizarse

por medio de la Asamblea constituyente. Lenin, por el contrario, declaraba: "La realidad viva y la revolución relegan la Asamblea constituyente a segundo término... La dictadura del proletariado existe, pero no se sabe qué hacer con ella."

Los delegados se miraban unos a otros, se decían que Ilich había pasado demasiado tiempo en el extranjero, que no se había dado plena cuenta de la situación, que estaba orientada. Pero el informe de Stalin acerca de una prudente división del trabajo entre el gobierno provisional y el Soviet se hundió para siempre y sin remedio en el pasado que no vuelve. Stalin, después de aquello, sello los labios. Se estará largo tiempo callado. Sólo Kámenev se alzará para defenderse.

Ya desde Ginebra, Lenin advertía en sus cartas que estaba dispuesto a romper con todo el que hiciera la menor concesión en punto a la guerra y al chauvinismo o se inclinase a pactar con la burguesía. Ahora, puesto frente a frente con el sector dirigente del partido, se lanza al ataque en toda la línea. Por el momento, no cita todavía nombres de bolcheviques. Si tiene necesidad de aludir a algún ejemplo viviente de falsedad o de medias tintas, señala con el dedo a los elementos que se hallan fuera del partido, a Stieklov o a Cheidse. Es el procedimiento habitual de Lenin: no dejar a nadie abandonado en su posición prematuramente, con el fin de darle tiempo a volver al buen camino, debilitando con ello de antemano la posición de los futuros enemigos declarados. Kámenev y Stalin entendían que, después de Febrero, el soldado y el obrero que luchaban en las trincheras, defendían la revolución. Lenin opina que el soldado y el obrero siguen encadenados a la guerra como forzados de galeras del capital. "Hasta nuestros bolcheviques -dice, estrechado el cerco de los adversarios- manifiestan confianza en el gobierno. Esto sólo se puede explicar por la embriaguez de la revolución. Es la ruina del socialismo... Si es así, tendremos que tomar caminos distintos; aunque para ello tenga que quedarme en minoría." No se trata de una simple amenaza oratoria: se ve que es una senda clara y meditada que sabe adonde conduce.

Lenin, que no quiere nombrar a Kámenev ni a Stalin, se ve obligado, sin embargo, a mentar el periódico: "La *Pravda* exige del gobierno que renuncie a las anexiones. Exigir que un gobierno de capitalistas renuncie a las anexiones es una estupidez, es una burla escandalosa..." La indignación contenida sale aquí a la superficie en una nota aguda. Pero el orador se domina inmediatamente; está dispuesto a decir todo lo que sea necesario, pero ni una sola palabra superflua. De paso, Lenin da normas incomparables de política revolucionaria: "Cuando las masas declaran que no quieren conquistas, hay que creerlas; pero cuando Guchkov y Lvov dicen lo mismo, son unos impostores. Cuando el obrero

dice que lucha por la defensa del país, habla en él el instinto del hombre oprimido." Este criterio, llamado por su nombre, parece simple como la vida misma, pero la dificultad consiste precisamente en eso, en llamarlo a tiempo por su nombre.

Refiriéndose al manifiesto del Soviet "A todos los pueblos del mundo", que había dado pie al periódico liberal *Riech* para declarar que el pacifismo se transformaba en Rusia en una ideología común a "nosotros y a nuestros aliados", Lenin se expresa todavía con más precisión y de un modo más contundente: "Lo que caracteriza a Rusia es el tránsito gigantescamente rápido de la violencia brutal a la añagaza más refinada."

"Si este manifiesto -escribía Stalin, hablando de él- llega hasta las grandes masas de Occidente, hará indudablemente a miles de obreros volver los ojos al grito olvidado: ¡Proletarios de todos los países, uníos!"

"En el manifiesto del Soviet -objeta Lenin- no hay ni una palabra impregnada de conciencia de clase, frases todo y nada más que frases." Este documento, del que tanto se enorgullecían los zimmerwaldianos domesticados, no era a los ojos de Lenin, más que un instrumento de aquella "refinada añagaza".

Antes de llegar Lenin, la *Pravda* no hablaba para nada de la izquierda zimmerwaldiana. Al referirse a la Internacional, no indicaba concretamente cuál. Esto era lo que Lenin calificaba de "kautskismo" de la *Pravda*. "En Zimmerwald y Kienthal -declaraba, en la conferencia del partido- prevaleció el centro... Nosotros declaramos que constituíamos la izquierda y rompimos con el centro. Las tendencias de la izquierda zimmerwaldiana existen en todos los países del mundo. Las masas deben comprender que el socialismo se ha escindido en todas partes...."

Tres días antes, Stalin proclamaba en aquella misma asamblea que estaba dispuesto a liquidar las discrepancias de criterio con Tsereteli sobre las bases de Zimmerwald-Kienthal, es decir, sobre las bases del "kautskismo". "He oído decir que en Rusia hay una tendencia unificadora -decía Lenin- de unificación con los defensistas, y declaro que sería una traición contra el socialismo. A mi juicio, vale más quedarse solo, como Liebknecht. ¡Uno contra ciento diez!" La acusación de traición contra el socialismo, que, por ahora, se lanza todavía contra alguien a quien no se nombra, es algo más que una "palabra fuerte", pues expresa perfectamente la actitud de Lenin frente a los bolcheviques que tendían un dedo a los socialpatriotas. Al contrario de Stalin, que juzgaba posible la unión con los mencheviques, Lenin considera inadmisible seguir compartiendo con ellos el nombre de socialdemócratas. "Personalmente propongo -dice- que modifiquemos el nombre del partido, llamándolo *partido comunista*." "Personalmente" quería decir que ninguno de los que tomaban parte en la

conferencia estaba de acuerdo con aquel gesto simbólico de ruptura definitiva con la II Internacional.

"¿Teméis traicionar los viejos recuerdos? -dice el orador a los delegados, confusos, perplejos, algunos indignados-. Ha llegado el momento de cambiar de ropa interior, el momento de quitarse la camisa sucia y ponerse otra limpia." E insiste nuevamente: "No os aferréis a un viejo término podrido hasta la médula. Constituid un nuevo partido... y todos los oprimidos del mundo vendrán a vuestro lado."

Ante la grandiosidad de la misión aún no iniciada, ante la confusión ideológica que reina en las propias filas, la idea fija del tiempo precioso, estúpidamente malgastado en recepciones, saludos, homenajes, acuerdos rituales, arranca un grito al orador: "¡Basta de saludos y de resoluciones; es hora ya de poner manos a la obra de entregarse a una labor práctica y sobria!"

Una hora después, Lenin, en la reunión mixta de bolcheviques y mencheviques, ya convocada, se veía obligado a repetir su discurso, que a la mayoría de los oyentes pareció algo así como una burla o un delirio. Los más condescendientes se alzaban de hombros. ¡Ese hombre ha caído de la Luna: apenas se ha apeado en la estación de Finlandia, después de una ausencia de diez años, y predica de sopetón la toma del poder por el proletariado! Los patriotas más malévolos recordaban lo del "vagón precintado". Stankievich atestigua que el discurso de Lenin llenó de alegría a sus adversarios: "Un hombre que dice tales tonterías no es peligros. Esta bien que haya venido, para ponerse en evidencia ante todo el mundo... El mismo se quitará de en medio."

Sin embargo, a pesar de toda su audacia revolucionaria, a pesar de la decisión inflexible de romper incluso con los correligionarios y compañeros de armas de muchos años, que no fuesen capaces de marchar abrazados con la revolución, el discurso de Lenin, en que todas las partes guardan un equilibrio armónico, está impregnado de un profundo realismo y de un sentido inequívoco de las masas. Precisamente por esto tenía que parecerles fantástico a aquellos demócratas, que no sabían más que deslizarse por la superficie.

Los bolcheviques representan una pequeña minoría en los soviets, y Lenin piensa en tomar el poder. ¿Qué era esto más que aventurerismo? No; en el modo como Lenin planteaba la cuestión no había ni un ápice de aventurerismo. Lenin no cierra ni un momento los ojos ante el estado de espíritu "honradamente" defensista que reina en las masas. Sin fundirse con ellas, no se dispone a obrar a sus espaldas. "Nosotros no somos unos charlatanes -dice, saliendo al paso de los futuros reproches y objeciones, y sólo hemos

de apoyarnos en la conciencia de las masas. No importa que nos veamos obligados a estar en minoría. Si es así, vale la pena renunciar por algún tiempo al papel de dirigentes; no, no temamos quedarnos en minoría." No temamos quedarnos en minoría, aunque ésta sea sólo ¡de uno contra ciento diez!, como Liebknecht. He aquí el *leit motiv* de todo el discurso.

"El verdadero gobierno es el Soviet de diputados obreros... En el Soviet, nuestro partido representa una minoría... ¡Qué le vamos a hacer! No tenemos mas remedio que explicar pacientemente, con insistencia, de un modo sistemático lo erróneo de la táctica desplegada. Mientras seamos minoría, realizaremos una labor de crítica para librar a las masas del engaño. No queremos que éstas den crédito exclusivamente a nuestras palabras. Nosotros no somos unos charlatanes. Queremos que las masas se libren de sus errores de la mano de la experiencia." No hay que temer quedarse en minoría. No para siempre, sino por algún tiempo. Ya llegará el tiempo del bolchevismo. "La experiencia demostrará que nuestra orientación es acertada... La guerra traerá a nuestro lado a todos los oprimidos. Es el único camino que les queda."

"En la conferencia unificadora -cuenta Sujánov- Lenin fue la encarnación viva de la escisión... Recuerdo a Bogdanov (menchevique destacado), que estaba sentado a dos pasos de la tribuna de los oradores. ¡Esto es un delirio -decía, interrumpiendo a Lenin-, es el delirio de un loco!... ¡Es una vergüenza que se aplauda este galimatías -gritaba lívido de indignación y de desprecio dirigiéndose, al auditorio-; os estás llenando de oprobio! ¡Y aún os llamáis marxistas!"

El exmiembro del Comité central bolchevista, Goldenberg, que en aquel entonces se hallaba fuera del partido, enjuició el debate de las tesis de Lenin de este modo categórico: "El puesto de Bakunin en la revolución rusa, vacante durante tantos años, viene a ocuparlo ahora Lenin."

"Su programa -escribe a la vuelta de algún tiempo, el socialrevolucionario Zenzinov- fue entonces acogido más con burla que con indignación. Tan absurdo le parecía a todo el mundo."

Aquel mismo día por la noche, en una conversación que tuvieron dos socialistas con Miliukov, en la antesala de la Comisión de enlace, salió el tema de Lenin. Skobelev dijo que era "un hombre completamente gastado que se halla al margen del movimiento". Sujánov hizo suya la opinión de Skobelev, y añadió que Lenin era "tan indeseable para todo el mundo, que actualmente no supone absolutamente ningún peligro para mi interlocutor Miliukov". Y, sin embargo, en aquella conversación los papeles se repartían exactamente tal

y como lo había pronosticado Lenin: los socialistas salvaguardan la tranquilidad del liberal contra los quebraderos de cabeza que pudiera causarle el bolchevismo.

Los rumores de que todo el mundo tenía a Lenin por un mal marxista llegaron hasta al embajador británico. "Entre los anarquistas que han llegado del extranjero -escribía Buchanan- está Lenin, que ha venido de Alemania en un vagón precintado. Lenin se ha presentado al público por primera vez en una asamblea del partido socialdemócrata, y ha sido mal acogido."

El que más cauto se mostró en aquellos días con Lenin fue seguramente Kerenski, que, inesperadamente, hablando con los miembros del gobierno provisional, declaró que quería ir a ver a Lenin, y como la perplejidad de sus interlocutores le dictase algunas preguntas, las contestó del siguiente modo: "¿No veis que vive completamente aislado, que no sabe nada, que lo ve todo a través de los lentes de su fanatismo, que no tiene nadie a su lado que pueda orientarle acerca de la realidad?" Tales fueron sus palabras, según testimonio de Nabokov. De todos modos, Kerenski no dispuso de tiempo para ir a orientar a Lenin "acerca de la realidad".

Las tesis leninistas de abril no sólo provocaron el asombro y la indignación de los enemigos y adversarios sino que empujaron a una serie de viejos bolcheviques al campo del menchevismo o al de aquel grupo intermedio que se congregaba en torno al periódico de Gorki. Estas bajas no tuvieron una importancia política considerable.

Incomparablemente más importante fue la impresión que la actitud de Lenin produjo a todo el sector dirigente del partido. "En los primeros días de su llegada -dice Sujánov-, su completo aislamiento entre todos los compañeros conscientes del partido no ofrece la menor duda." "Incluso sus correligionarios, los bolcheviques, confirma el socialrevolucionario Zenzinov, le volvieron, confusos, la espalda." Los autores de estas referencias se veían a diario con los dirigentes bolcheviques en el Comité ejecutivo, y tenían noticias frescas. Mas tampoco faltan testimonios congruentes de las filas bolcheviques. "Cuando aparecieron las tesis de Lenin -recordaba más tarde Zichon, esfumando considerablemente las tintas, como la mayoría de los viejos bolcheviques desorientado en el momento de la revolución de Febrero-, en nuestro partido se notaron algunas vacilaciones. Muchos camaradas entendían que Lenin era víctima de una aberración sindicalista, que había perdido el contacto con la realidad rusa, que no tenía en cuenta la situación, el momento, etc." Uno de los militantes provinciales de más relieve, Lebedev, escribe: "Al llegar Lenin a Rusia, su posición, incomprensible en un principio aun para los propios bolcheviques, a los cuales nos parecía utópica e informada por su prolongado apartamiento

de la vida rusa, fue asimilada poco a poco por nosotros, hasta que acabamos, por decirlo así, por impregnarnos de ella." Zalechski, miembro del Comité de Petrogrado y uno de los organizadores de la recepción, se expresa de un modo más concreto: "Las tesis de Lenin cayeron como una bomba." Zalechski confirma completamente el aislamiento absoluto en que se dejó a Lenin después de la recepción calurosa e imponente que se le tributó. "En aquel día (4 de abril), el camarada Lenin no encontró un partidario resuelto ni aun dentro de nuestras filas."

Sin embargo, todavía es más importante el testimonio de la *Pravda*. El 8 de abril cuatro días después de publicarse las tesis, cuando había ya la posibilidad de explicarse sin empacho y de comprenderse mutuamente, la redacción de la *Pravda* decía: "Por lo que se refiere al esquema general del camarada Lenin, lo juzgamos inaceptable, en cuanto arranca del principio de que la revolución democrático-burguesa ha terminado ya y se orienta en el sentido de transformarla inmediatamente en revolución socialista." Como se ve, el órgano central del partido declaraba abiertamente ante la clase obrera y ante sus enemigos que discrepaba del jefe universalmente reconocido del partido en punto al problema fundamental de la revolución, para la cual habían estado preparándose durante tantos años los cuadros bolcheviques. Basta eso para apreciar en toda su hondura la crisis del partido en el mes de abril, crisis que se produjo como resultado del choque de dos tendencias irreductibles. De no haberse vencido esta crisis, la revolución no hubiera podido seguir adelante.

CAPITULO XVI
CAMBIO DE ORIENTACIÓN DEL PARTIDO BOLCHEVIQUE

¿Cómo se explica el extraordinario aislamiento en que se encontraba Lenin a principios de abril? ¿Cómo pudo llegarse a semejante situación? Y ¿cómo se consiguió el cambio de orientación de los cuadros bolcheviques?

Desde 1905, el partido bolchevista había sostenido la lucha contra la autocracia bajo la bandera de "dictadura democrática del proletariado y de los campesinos". Esta bandera y su fundamentación teórica, procedían de Lenin. Por oposición a los mencheviques, cuyo teórico, Plejánov, lucha irreconciliablemente contra "la falsa idea" de hacer la revolución burguesa sin la burguesía, Lenin entendía que la burguesía rusa era ya incapaz de dirigir su propia revolución. Sólo el proletariado y los campesinos, estrechamente aliados, podían llevar hasta sus últimas consecuencias la revolución democrática contra la monarquía y los terratenientes. El triunfo de esta alianza debía dar como fruto, a juicio de Lenin, la dictadura democrática, la cual no sólo no se identificaba con la dictadura del proletariado, sino que, al contrario, se oponía a ella, pues sus objetivo no era la instauración del socialismo, ni siquiera la implantación de formas minoritarias hacia él, sino únicamente el implacable baldeo y desalojamiento de los establos de Augias de la sociedad medieval. El objetivo de la lucha revolucionaria se definía con perfecta precisión mediante tres divisas de combate: república democrática, confiscación de las tierras de los grandes propietarios y jornada de ocho horas, las tres consignas a las que se llamaba vulgarmente "las tres ballenas del bolchevismo", aludiendo a las tres ballenas en que, según la vieja leyenda popular, se apoya la Tierra.

El problema de la implantación de la dictadura democrática del proletariado y de los campesinos se resolvía en relación con el problema de la capacidad de éstos para hacer su propia revolución, esto es, para crear un nuevo poder capaz de liquidar la monarquía y el régimen agrario aristocrático. Es cierto que la consigna de la dictadura democrática presuponía asimismo la participación de representantes obreros en el gobierno revolucionario. Pero esta participación se limitaba de antemano a asignarle al proletariado la misión de aliado de izquierda para ir a los objetivos de la revolución campesina. La idea, popularmente extendida y aun oficialmente preconizada, de la hegemonía del proletariado en la revolución democrática, sólo podía, por consiguiente, significar que el partido obrero ayudaría a los campesinos con las armas políticas propias de su arsenal, les indicaría los mejores procedimientos y métodos para liquidar la sociedad feudal y les enseñaría a

aplicarlos en la práctica. Desde luego, el papel dirigente que se asignaba al proletariado en la revolución burguesa no significaba, ni mucho menos, que éste hubiera de aprovecharse de la insurrección campesina para poner sobre el tapete, apoyándose en ella, sus fines históricos propios, o sea, el tránsito directo a la sociedad socialista. Establecíase una división marcada entre la hegemonía del proletariado en la revolución democrática y la dictadura del proletariado, contraponiéndose polémicamente la primera a la segunda. En estas ideas se educó el partido bolchevique desde la primavera de 1905.

El giro que en la práctica tomó la revolución de Febrero rompió el esquema tradicional de bolchevismo. La revolución se hizo gracias a la alianza de obreros y campesinos. El hecho de que éstos actuaran principalmente bajo el uniforme de soldados no hace cambiar las cosas. La conducta seguida por el ejército campesino del zarismo hubiera tenido siempre una importancia decisiva, aun dado el caso de que la revolución se hubiera desarrollado en tiempos de paz. En la situación creada por la guerra se comprende mejor todavía que los millones de hombres que componían el ejército eclipsaron en un principio, por decirlo así, a los campesinos.

Triunfante el movimiento, los obreros y los soldados resultaron ser los amos de la situación. Juzgando a primera vista, podría decirse que se instauró la dictadura democrática de los obreros y los campesinos. Sin embargo, la revolución de Febrero llevó al poder, en realidad, a un gobierno burgués, con la sola particularidad de que el nuevo poder de las clases poseedoras se veía circunscrito por el de los soviets de obreros y soldados, si bien éste no se llevaba hasta sus últimas consecuencias. La baraja se revolvió. En vez de una dictadura revolucionaria, es decir, de una concentración de poder, se instauró un régimen incoherente de poder dual, en el que las menguadas energías de los elementos dirigentes se malgastaban estérilmente en superar los conflictos internos. Nadie había previsto este régimen. Además, del pronóstico político no se puede exigir que indique más que las líneas generales del proceso histórico, y nunca sus combinaciones fortuitas y episódicas. "Nadie ha podido hacer nunca una gran revolución sabiendo de antemano cómo habría de desarrollarse hasta el fin -había de decir más tarde Lenin-. ¿De dónde iba a sacar esas previsiones? De los libros, no, porque esos libros no existen. Sólo la experiencia de las masas podía inspirar nuestras decisiones."

Pero el pensamiento humano y, sobre todo, a veces, el de los revolucionarios, es por naturaleza conservador. Los cuadros bolcheviques de Rusia seguían aferrándose al viejo esquema enfocando la revolución de Febrero, sin ver que ésta encerraba dos regímenes incompatibles, ni más ni menos que como la primera etapa de la revolución burguesa. A

fines de marzo, Ríkov enviaba a la *Pravda*, desde Siberia, en nombre de los socialdemócratas, un telegrama de salutación con motivo del triunfo de la "revolución nacional", cuyo objetivo consistía en la "conquista de las libertades políticas". Todos los dirigentes bolcheviques sin excepción -nosotros no conocemos ninguna- entendían que la dictadura democrática pertenecía todavía al porvenir. Cuando el gobierno provisional de la burguesía "haya dado todo lo que pueda dar de sí", se instaurará la dictadura democrática de los obreros y campesinos como antesala del régimen parlamentario burgués. Perspectiva completamente falsa. El régimen instaurado por la revolución de Febrero, no sólo no preparaba la dictadura democrática, sino que era la prueba viviente y definitiva de que esta dictadura era completamente imposible. Que la democracia conciliadora no había entregado el poder a los liberales porque sí, por culpa de la ligereza de un Kerenski y de la limitación de un Cheidse, lo demuestra el hecho de que durante los ocho meses siguientes luchara con todas sus fuerzas por la conservación del gobierno burgués, aplastando a los obreros, campesinos y soldados hasta que el 25 de octubre cayó combatiendo como aliada y defensora de la burguesía. Pero ya desde un principio era claro que si la democracia, que tenía ante sí objetivos gigantescos que realizar y contaba con el apoyo ilimitado de las masas, renunciaba voluntariamente al poder, esta actitud no obedecía precisamente a principios políticos ni a prejuicios, sino a la situación sin salida en que se encuentra la pequeña burguesía dentro de la sociedad capitalista, especialmente en los períodos de guerra y revolución, cuando se deciden los problemas fundamentales de la existencia de los países, los pueblos y las clases. Al entregar el cetro del gobierno a Miliukov, la pequeña burguesía decíase: "No; la obra que hay que acometer es superior a mis fuerzas."

La clase campesina, en que se apoyaba la democracia conciliadora, encierra en forma embrionaria todas las clases de la sociedad burguesa. s, con la pequeña burguesía de las ciudades -que, dicho sea de paso, en Rusia no desempeñó nunca un papel serio- el protoplasma del cual sale la diferenciación de las nuevas clases en el pasado y en el presente. Los campesinos tienen siempre dos caras: una mira hacia la burguesía, otra hacia el proletariado. La posición intermedia, conciliadora, de todos los partidos "campesinos", tales como el socialrevolucionario, sólo puede mantenerse bajo las condiciones de un estancamiento político relativo; en épocas revolucionarias, llega inevitablemente un momento en que la pequeña burguesía tiene que elegir. Los socialrevolucionarios y los mencheviques eligieron desde el primer momento y mataron en embrión la "dictadura democrática" para evitar que ésta se convirtiese en un puente tendido hacia la dictadura del

proletariado. No vieron que con ello abrían la puerta a ésta, aunque por el otro extremo. Por no servir de puente, prefirieron servir de blanco.

Evidentemente, el desarrollo del proceso revolucionario tenía que apoyarse en los nuevos hechos y no en los viejos esquemas. En la persona de sus representantes, las masas, en parte contra su voluntad y en parte sin que se dieran cuenta de ello, viéronse arrastradas por la mecánica de la dualidad de poderes. Desde este momento, no tenían más remedio que pasar por este régimen para convencerse prácticamente de que no podía darles ni paz ni tierra. En adelante, alejarse del régimen de la dualidad de poderes significará, para las masas, romper con los socialrevolucionarios y con los mencheviques. Pero era de una evidencia innegable que el cambio de frente operado por los obreros y soldados con rumbo a los bolcheviques y que acabó por derrumbar todo el edificio de doble poder, no podía ya conducir más que a la dictadura del proletariado, apoyada en la alianza de los obreros y los campesinos. En caso de derrota de las masas proletarias, sobre las ruinas del partido bolchevique no se hubiera podido implantar más régimen que la dictadura militar del capitalismo. Tanto en un caso como en otro, la "dictadura democrática" estaba de más. Al volver los ojos hacia ella, los bolcheviques se volvían en realidad hacia un fantasma del pasado. Así estaban las cosas cuando llegó a Petrogrado Lenin, animado por la resolución inquebrantable de conducir al partido por nuevos rumbos.

Es cierto que hasta el momento mismo de estallar la revolución de Febrero, el propio Lenin no había sustituido todavía por ninguna otra, ni siquiera condicional o hipotéticamente, la fórmula de la dictadura democrática. ¿Obró acertadamente? Nosotros creemos que no. Los derroteros del partido después de la revolución pusieron de manifiesto con caracteres harto peligroso, en aquellas condiciones, sólo un Lenin podía imponer. Y se disponía, en efecto, a hacerlo, poniendo al rojo y retemplando su acero en el fuego de la guerra. La perspectiva general del proceso histórico, tal como él la veía, cambió. Las conmociones de la guerra acentuaron extraordinariamente las posibilidades de la revolución socialista en Occidente. La revolución rusa que, para Lenin, seguía siendo democrática, imprimiría a su modo de ver, gran impulso a la transformación socialista de Europa, que luego arrastraría a su torbellino a la atrasada Rusia. Tal era, a grandes rasgos, la idea de Lenin cuando salió de Zurich hacia Petrogrado. En la carta de despedida a los obreros suizos, que citábamos anteriormente, se dice: "Rusia es un país campesino, uno de los países más atrasados de Europa. El socialismo no podrá triunfar allí de un modo inmediato. Pero el carácter rural del país, con el fondo inmenso de tierras señoriales que se ha conservado, puede infundir, a base de la experiencia de 1905, proporciones inmensas a

la revolución democrático-burguesa en Rusia y hacer de nuestra revolución el prólogo de la revolución socialista mundial, un peldaño hacia ésta." Inspirándose en ese sentido, Lenin dice por primera vez en esta carta que el proletariado ruso "comenzará" la revolución socialista.

He ahí el eslabón que unía la antigua posición del bolchevismo, en que la revolución se reducía a objetivos democráticos, a la nueva posición que Lenin definió por primera vez ante el partido en sus tesis del 4 de abril. A primera vista, la perspectiva de un tránsito inmediato a la dictadura del proletariado parecía completamente inesperada y en contradicción con las tradiciones del movimiento, inconcebible, en una palabra. Aquí es oportuno recordar que, hasta el momento mismo de la explosión revolucionaria de Febrero y en el período que inmediatamente la siguió, se calificaba de "trostquismo", no la idea de que fuera imposible edificar una sociedad socialista dentro de las fronteras de Rusia -por la sencilla razón de que la idea de tal "posibilidad" no fue expresada por nadie antes de 1924, y es poco probable que a nadie se le ocurriera-, sino la de que el proletariado de Rusia pudiera llegar al poder antes que el proletariado de los países occidentales, en cuyo caso no podría mantenerse dentro de los límites de la dictadura democrática, sino que tendría que afrontar inmediatamente la implantación de las primeras medidas socialistas. No tiene nada de extraño que las tesis leninistas de abril fueron tachadas de "trostquistas".

Las objeciones de los "viejos bolcheviques" se orientaban en distintos sentidos. La principal discusión giraba en torno al problema de si podía o no darse por terminada la revolución democrático-burguesa. Como la revolución agraria no se había hecho aún, los adversarios de Lenin afirmaban, con razón, que la revolución democrática no se había desarrollado hasta sus últimas consecuencias, y de aquí sacaban la conclusión de que no era factible la dictadura del proletariado, aun dado el caso de que las condiciones sociales de Rusia lo consintieran, en un plazo más o menos próximo. Así era, precisamente, como planteaba el problema la redacción de la *Pravda*, en el pasaje que hemos citado más arriba. Más tarde, en la conferencia de abril, Kámenev repetía: "Lenin no tiene razón cuando dice que la revolución democrático-burguesa ha terminado... La supervivencia clásica del feudalismo, la gran propiedad agraria, no ha sido liquidada aún... El Estado no se ha transformado todavía en sociedad democrática.... Aún no puede decirse que la democracia burguesa haya agotado todas las posibilidades."

"La dictadura democrática -objeta Tomski- es nuestra base... Debemos organizar el poder de proletariado y de los campesinos, no confundirlo con la Comuna, en que el poder pertenece exclusivamente al proletariado."

Naturalmente, Lenin veía tan claramente como sus contrincantes, que la revolución democrática no había terminado aún, o más exactamente que, apenas iniciada, se volvía ya atrás. Pero, de aquí se deducía, precisamente, que sólo era posible llevarla hasta el fin bajo el régimen de una nueva clase, al cual no se podía llegar más que arrancando a las masas a la influencia de los mencheviques y socialrevolucionarios, o sea, a la influencia indirecta de la burguesía liberal. Lo que unía a estos partidos con los obreros, y sobre todo con los soldados, era la idea de la defensa –"defensa del país" o "defensa de la revolución"-. Por eso, Lenin exigía una política intransigente frente a todos los matices del socialpatriotismo. Separar al partido de las masas atrasadas, para después libertar a estas últimas de su atraso. "Hay que dejar el viejo bolchevismo -repetía-. Es necesario establecer una línea divisoria clara entre la pequeña burguesía y el proletariado asalariado."

A quien observase superficialmente las cosas, podía parecerle que los adversarios inveterados habían trocado entre sí las armas, que los mencheviques y socialrevolucionarios representaban ahora a la mayoría de los obreros y soldados, dando realidad en la práctica a la alianza política del proletariado y la clase campesina, predicada siempre por los bolcheviques contra los mencheviques. Lenin exigía que la vanguardia proletaria rompiese esta alianza. En realidad, las dos partes permanecían fieles a sí mismas. Los mencheviques entendían, como siempre, que su misión era apoyar a la burguesía liberal. Su alianza con los socialrevolucionarios no era más que un recurso para reforzar e intensifica este apoyo. Y a su vez, la ruptura de la vanguardia proletaria con el bloque pequeño burgués, implicaba la preparación de al alianza de los obreros y los campesinos bajo el caudillaje del partido bolchevique, o sea, la dictadura del proletariado.

Objeciones de otro orden se basaban en el atraso histórico de Rusia. El poder ejercido por la clase obrera implicaba, inevitablemente, el tránsito al socialismo, y la economía y la cultura de Rusia no estaban maduras para esto. Había que llevar a cabo la revolución democrática hasta sus últimas consecuencias. Sólo el triunfo de la revolución socialista en Occidente podía justificar la dictadura del proletariado en Rusia. Tales fueron las objeciones de Ríkov en la conferencia de abril. Para Lenin, era elemental como el *a b c* que las condiciones culturales y económicas de Rusia no admitían la edificación de un Estado socialista. Pero sabía que, en términos generales, la sociedad no está construida de un modo tan racional, que el momento oportuno para implantar la dictadura del proletariado se presente precisamente en el momento en que las condiciones económicas y culturales del país están en sazón para el socialismo. Si la humanidad se desarrollara de un modo tan lógico, no habría necesidad de dictaduras ni de revoluciones. La sociedad

histórica, viva, no tiene nada de lógica, y su armonía es tanto menor cuanto más atrasada se halla. El hecho de que en un país atrasado como Rusia la burguesía llegara a un estado de descomposición antes del triunfo completo del régimen burgués y de que sólo el proletariado pudiera reemplazarla al frente de los destinos de la nación, es la expresión de esta falta de lógica. El atraso económico de Rusia no exime a la clase obrera del deber histórico de cumplir la misión que le cupo en suerte, lo que hace es dificultar extraordinariamente el cumplimiento de esa misión. Lenin daba una contestación simple, pero cumplida, a Ríkov, cuando éste afirmaba por enésima vez que el socialismo tenía que venir de países con una industria más adelantada. "Nadie puede decir quién empezará ni quién acabará."

En 1921, cuando el partido, lejos todavía del anquilosamiento burocrático, tenía la misma libertad de criterio para analizar su pasado y para preparar su futuro, uno de los más viejos bolcheviques. Olminski, que había tomado una participación muy activa en la prensa del partido en todas sus etapas, se preguntaba: "¿Cómo se explica el hecho de que en los días de la revolución de Febrero, el partido abrazara la senda oportunista? ¿Qué fue lo que le permitió dar luego un tan rápido viraje y poner proa a la senda de Octubre?" El autor, ve acertadamente, el origen e los errores de marzo, en el hecho de que el partido se hubiera estacionado en el rumbo hacia la dictadura democrática. "La próxima revolución tiene que ser, necesariamente, burguesa... Esta apreciación -dice Olminski- era obligada para todo miembro del partido, constituía el credo oficial de éste y fue su lema constante e invariable hasta la revolución de Febrero de 1917 y durante algún tiempo después." Como ilustración, Olminski podía referirse a lo que la *Pravda* decía (7 de marzo) -antes de llegar todavía Stalin y Kámenev, es decir, cuando estaba aún en manos de la redacción "izquierdista", de la que formaba parte el propio Olminski-, como hablando de algo que, por evidente, no necesitaba ser demostrado: "Naturalmente, en nuestro país no se trata aún de derrocar el régimen del capital, sino tan sólo de derribar la autocracia y el feudalismo"... El hecho de que en marzo el partido se hallara cautivo de la democracia burguesa, deducíase de la falta de perspectiva. "¿De dónde salió la revolución de Octubre? -pregunta más adelante el mismo autor-. ¿Cómo fue que el partido, desde sus jefes hasta su más humilde militante, renunció tan "súbitamente" a lo que había tenido por verdad inconcusa en el transcurso de casi dos décadas?"

Sujánov, desde el campo adversario, formula la misma pregunta, en forma distinta: "¿Cómo y por qué medios se las ingenió Lenin para hacerse con los bolcheviques?" En efecto, el triunfo de Lenin, dentro del partido, fue, no solo completo, sino además muy

rápido. Los adversarios se permitieron, a este propósito, no pocas ironías acerca del régimen personal imperante en el partido bolchevique. Sujánov da a la pregunta por él formulada una respuesta que armoniza en un tono con el espíritu del principio heroico: "El genial Lenin era un prestigio histórico; he aquí uno de los aspectos de la cuestión. Otro es que, excepción hecha de Lenin, no había en el partido nadie ni nada. Unos cuantos grandes generales sin Lenin, no hubieran sido nada, del mismo modo que unos cuantos planetas, por inmensos que fuesen, no serían nada sin el sol (dejo aparte a Trotski, que, en aquel entonces, se hallaba aún fuera de la orden)." Estas curiosas líneas intentan explicar la influencia de Lenin por su ascendiente personal, que es lo mismo que si se explicase la virtud del opio para provocar el sueño por su fuerza narcótica. Semejante explicación no nos permite ir muy lejos.

El ascendiente efectivo de Lenin dentro del partido era muy grande, indudablemente, pero no ilimitado, ni mucho menos. Este ascendiente no fue inapelable, ni siquiera mucho más tarde, aun después de Octubre, cuando su autoridad había aumentado extraordinariamente, pues el partido medía la fuerza de su personalidad con el metro de los acontecimientos mundiales. Por eso tiene que parecernos tanto más infundado que quieran explicarse, invocando la autoridad personal escueta de Lenin, los sucesos de abril de 1917, en un momento en que todo el sector dirigente del partido había adoptado ya una posición opuesta a la suya.

Olminski se acerca mucho más a la solución del problema, cuando demuestra que, a pesar de su fórmula de revolución democrático-burguesa, el partido, con toda su política respecto a la burguesía y a la democracia, se preparaba prácticamente desde hacía mucho tiempo para acaudillar al proletariado en la lucha directa por el poder. "Nosotros (o muchos de nosotros) -dice Olminski-, nos orientábamos inconscientemente hacia la revolución proletaria, imaginándonos que navegábamos pro a la revolución democrático-burguesa. En otros términos, preparábamos la revolución de Octubre, creyendo que preparábamos la de Febrero." He aquí una conclusión de extraordinario valor, que es, el propio tiempo, un testimonio irrecusable.

En la formación teórica del partido revolucionario había un elemento contradictorio, que tenía su expresión en la fórmula equívoca de la "dictadura democrática" del proletariado y de los campesinos. Una delegada que intervino en el debate suscitado en la conferencia por el informe de Lenin, expresó el mismo pensamiento de Olminski, pero de un modo todavía más sencillo: "El pronóstico de los bolcheviques ha demostrado ser falso, pero la táctica era acertada."

En las tesis de abril, que parecían tan paradójicas, Lenin se oponía a la vieja fórmula, apoyándose en la tradición viva del partido: su actitud intransigente frente a las clases dominantes y su hostilidad a toda política de medias tintas, mientras que los "viejos bolcheviques" oponían al desarrollo concreto de la lucha de clases recuerdos que, aunque recientes, pertenecían ya al pasado. Lenin contaba con un punto de apoyo muy sólido: el que le daba toda la historia de la lucha de los bolcheviques contra los mencheviques. No será inoportuno recordar aquí que, por aquel entonces, los bolcheviques y los mencheviques tenían un programa socialdemocrático común, y que, sobre el papel, los objetivos prácticos de la revolución democrática parecían ser idénticos en ambos partidos. Pero, en la realidad, en la práctica no lo eran. Inmediatamente después de la revolución, los obreros bolcheviques asumieron la iniciativa de luchar por la jornada de ocho horas; los mencheviques declararon inoportuna esta reivindicación. Los bolcheviques dirigían las detenciones de los funcionarios zaristas; los mencheviques oponíanse a aquellos "excesos". Los bolcheviques alentaban enérgicamente la creación de las milicias obreras; los mencheviques, por no disgustar a la burguesía, oponían toda clase de obstáculos al reparto de armas entre los obreros. Los bolcheviques, sin haber rebasado aún el límite de la democracia burguesa, obraban, o se esforzaban en obrar, como revolucionarios intransigentes, aunque se vieran desviados de esta senda por la dirección del partido. Los mencheviques sacrificaban a cada paso el programa democrático en interés de la alianza con los liberales. Faltos absolutamente de aliados democráticos, Kámenev y Stalin flotaban irremediablemente en el vacío.

El choque que tuvo Lenin en el mes de abril con el estado mayor del partido, no fue único. En toda la historia del bolchevismo, excepción hecha de episodios aislados que confirman la regla, en los momentos más decisivos, los líderes del partido se sitúan todos *a la derecha* de Lenin. ¿Acontecía así, por casualidad? No. Lenin pudo ser el jefe indiscutible del partido más revolucionario de la historia porque la magnitud de su pensamiento y de su voluntad encontraron al fin aplicación en las grandiosas posibilidades revolucionarias del país y de la época. A los otros, les faltaba un metro o dos para llegar, cuando no más.

Casi todo el sector dirigente del partido bolchevique se hallaba alejado de la labor activa, desde hacía meses y hasta años enteros, antes de estallar la revolución. Muchos se habían llevado consigo, a la cárcel y a la deportación, la impresión deprimente de los primeros meses de la guerra, y cuando se produjo el desmoronamiento de la Internacional, estaban aislados o formando pequeños grupos. Y si en las filas del partido mostraban una capacidad de asimilación suficiente para las ideas de la revolución, que era lo que les ataba

al bolchevismo, al verse aislados se sintieron impotentes para oponerse a la presión del medio que les rodeaba y formarse un juicio marxista independiente de los acontecimientos. Las inmensas transformaciones operadas en las masas durante los dos primeros años de guerra, quedaron casi por completo fuera de su campo visual. Sin embargo, la revolución no sólo los arrancaba a su aislamiento, sino que por la fuerza del prestigio los exaltó a los cargos culminantes del partido. Por su estado de espíritu, estos elementos se hallaban, con frecuencia, mucho más cerca de la intelectualidad zimmerwaldiana que de los obreros revolucionarios de las fábricas. Los "viejos bolcheviques", que en abril de 1917 subrayaban enfáticamente este título, estaban condenados al desastre, pues defendían, precisamente, aquel elemento tradicionalista del partido que no había resistido la prueba histórica. "Me cuento -decía, por ejemplo, Kalinin, en la conferencia de Petrogrado, el 14 de abril- entre los viejos bolchevistas-leninistas, entiendo que el viejo leninismo no se ha demostrado incapaz para afrontar un momento como el actual, y me asombra la declaración del camarada Lenin, de que en las circunstancias presentes los viejos bolcheviques se han convertido en un obstáculo." Lenin tuvo que oír, por aquellos días, muchas voces parecidas. Sin embargo, al romper con la fórmula tradicional del partido, Lenin no rebaja en lo más mínimos de ser "leninista"; lo que hacía era desprenderse de la cáscara, gastada ya, del bolchevismo, para infundir nueva vida a su núcleo vital.

Lenin halló un punto de apoyo contra los viejos bolcheviques en otro sector del partido, ya templado, pero más lozano y más ligado con las masas. Como sabemos, en la revolución de Febrero los obreros bolcheviques desempeñaron un papel decisivo. Estos consideraban cosa natural que tomase el poder la clase que había arrancado el triunfo. Estos mismos obreros protestaban ruidosamente con la expulsión de los "jefes" del partido. El mismo fenómeno podía observarse en provincias. Casi en todas partes había bolcheviques de izquierda acusados de maximalismo e incluso de anarquismo. Lo que les faltaba a los obreros revolucionarios para defender sus posiciones, eran recursos teóricos, pero estaban dispuestos a acudir al primer llamamiento claro que se les hiciese.

Fue hacia este sector de obreros, formado durante el auge del movimiento, en los años 1912 a 1914, hacia el que se orientó Lenin. Ya a comienzos de la guerra, cuando el gobierno asestó un duro golpe al partido al destruir la fracción bolchevique de la Duma, Lenin, hablando de la actuación revolucionaria futura, aludía a los "miles de obreros conscientes" educados por el partido, "de los cuales surgirá, a pesar de todas las dificultades, un nuevo núcleo de dirigentes". Separado de ellos por dos frentes, casi sin contacto alguno, Lenin no les perdió nunca de vista. "La guerra, la cárcel, la deportación, el

presidio, pueden diezmarlos, pero ese sector obrero es indestructible, se mantiene vivo, alerta, y se halla impregnado de espíritu revolucionario y antichauvinista." Lenin vivía mentalmente los acontecimientos al lado de estos obreros bolcheviques, marchaba unido con ellos, sacando de todo las conclusiones necesarias, sólo que de un modo más amplio y audaz. Para luchar contra la indecisión de la plana mayor y la oficialidad del partido. Lenin se apoyaba confiadamente en los suboficiales, que eran los que mejor expresaban el estado de espíritu del obrero bolchevique de filas.

La fuerza temporal de los socialpatriotas y del ala oportunista de los bolcheviques consistía en que los primeros se apoyaban en los prejuicios e ilusiones corrientes de las masas, mientras que los segundos se adaptaban a ellos. La fuerza principal de Lenin estaba en comprender la lógica interna del movimiento y en dirigir su política de acuerdo con ella. No imponía sus planes a las masas, sino que ayudaba a éstas a tener conciencia de sus propios planes y a realizarlos. Cuando Lenin reducía todos los problemas de la revolución a la fórmula: "Explicar pacientemente", quería decir que era preciso poner la conciencia de las masas en armonía con la situación en que el proceso histórico las había colocado. El obrero o el soldado decepcionado de la política de los conciliadores tenía que pasar a abrazar la posición de Lenin sin detenerse en la etapa intermedia Kámenev-Stalin.

Las fórmulas de Lenin, al ser enunciadas, esclarecieron con un nuevo haz de luz ante los bolcheviques la experiencia del mes transcurrido y la de cada nuevo día que pasaba. En la gran masa del partido se efectuó un rápido y decidido desplazamiento hacia la izquierda, hacia las tesis de Lenin. "Organización tras organización -dice Zalechski-, se adherían a sus puntos de vista, y en la conferencia de las organizaciones de todo el país, celebrada el 24 de abril, la organización de Petersburgo se pronunciaba sin reservas en favor de sus tesis."

La pugna por el cambio de actitud de los cuadros bolcheviques, iniciada en la noche del 3 de abril, estaba ya terminada, en sustancia, a fines de mes[21]. La conferencia del

[21] El mismo día en que Lenin llegaba a Petrogrado, en el otro lado del océano Atlántico, en Halifax, la policía marítima británica desembarcaba del vapor noruego *Christianiafiord* a seis emigrantes que regresaban a Rusia desde Nueva York: Trotski, Chudnovski, Meininchanski, Mujin, Fischeliev y Romanchenko, a quienes no se permitió arribar a Petrogrado hasta el 5 de mayo, cuando el cambio de orientación del partido bolchevique estaba terminado, al menos en sus líneas generales. Por esto no juzgamos pertinente introducir en el texto de nuestro relato la exposición de los puntos de vista mantenidos acerca de la revolución por Trotski en el diario ruso que se publicaba en Nueva York. Pero como, por otra parte, el conocimiento de estas opiniones facilitará al lector la comprensión de las corrientes y los grupos que habían de formarse más tarde en el seno del partido, y sobre todo la lucha ideológica planteada en vísperas del alzamiento de Octubre, nos parece oportuno desglosar de la exposición lo que se refiere a este punto e insertarlo al fin del libro en

partido, reunida en Petrogrado desde el 24 al 29 de abril, hizo el balance del mes de marzo, mes de vacilaciones oportunistas, y del de abril, mes de aguda crisis. En este momento, el partido había crecido considerablemente tanto en censo de afiliados como en el aspecto político. A aquella conferencia acudieron 140 delegados, que representaban a 79.000 miembros del partido, de los cuales 15.000 correspondían a Petrogrado. Para un partido todavía ayer clandestino y hoy antipatriótico era una cifra respetable, y Lenin lo hizo notar varias veces con satisfacción. La fisonomía política de la conferencia quedó definida ya al procederse a la elección de la Mesa presidencial de cinco miembros: en ella no figuraba Kámenev ni Stalin, principales responsables de los infortunados errores de marzo.

A pesar de que el partido, en su conjunto, había adoptado ya una actitud firme ante los problemas litigiosos, muchos de los dirigentes, atados por su pasado, siguieron manteniendo en dicha conferencia una actitud de oposición o semioposición frente a Lenin. Stalin guardaba silencio y esperaba. Dzerchinski, en nombre de los "muchos" que "no estaban de acuerdo, desde el punto de vista de los principios, con la tesis del ponente", reclamaba una coponencia de "los camaradas que con nosotros han vivido prácticamente la revolución". Era una alusión bastante clara al hecho de que las tesis de Lenin habían sido concebidas en la emigración. Y en efecto, Kámenev se encargó en aquella conferencia de redactar una ponencia abogando por la dictadura democrático-burguesa. Ríkov, Trotski, Kalinin, intentaron mantener más o menos consecuentemente sus posiciones de marzo. Kalinin seguía sosteniendo la unificación con los mencheviques en interés de la lucha contra el liberalismo. Smilovich, uno de los militantes más destacados de Moscú, se lamentaba fogosamente, en su discurso de que "cada vez que hablamos, nos echan encima, como si fueran un espantajo, las tesis del compañero Lenin". Naturalmente, antes, cuando los moscovitas votaban a favor de las proposiciones de los mencheviques, vivían mucho más tranquilos.

Como discípulo de Rosa Luxemburgo, Dzerchinski se pronunció contra el derecho de soberanía de las naciones oprimidas, acusando a Lenin de alentar las tendencias separatistas que debilitaban al proletariado de Rusia. A la acusación de que él, por su parte, apoyaba el chauvinismo ruso. Dzerchinski contestó: "Yo puedo echarle en cara (a Lenin) que abraza el punto de vista de los chauvinistas polacos, ucranianos, etc." Este diálogo no deja de tener cierta gracia política: el ruso Lenin acusa al polaco Dzerchinski de chauvinismo ruso contra los polacos y oye de éste una acusación de chauvinismo polaco.

---

forma de apéndice. El lector a quien no interese el estudio detallado de la preparación teórica de la revolución de Octubre, puede prescindir tranquilamente de su lectura. [NDT.]

En este debate, la razón política estaba por entero de parte de Lenin, cuya política de las nacionalidades fue uno de los factores de más importancia de la revolución de Octubre.

La oposición se iba extinguiendo, a todas luces. En el debate sobre las cuestiones discutidas no reunió más que siete votos. Hubo, sin embargo, una excepción uy curiosa, en lo tocante a las relaciones internacionales del partido. Cuando las tareas de la conferencia tocaban a su término, en la sesión nocturna del 20 de abril, Zinóviev presentó, en nombre de la Comisión, una proposición concebida así: "Se acuerda tomar parte en la conferencia internacional de los zimmerwaldianos, convocada en Estocolmo para el 18 de mayo." El acta dice: "Aprobada con un solo voto en contra." Este voto era el de Lenin, que sostenía la necesidad de romper con Zimmerwald, donde tenían definitivamente mayoría los independientes alemanes y los pacifistas neutrales del tipo del suizo Grimm. Pero para os militares ruso del partido, Zimmerwald durante la guerra era casi sinónimo del bolchevismo. Los delegados no se decidían aún a abandonar el nombre de socialdemocracia ni a romper con Zimmerwald, que era, a sus ojos, un medio de mantenerse en contacto con los elementos de la II Internacional. Lenin intentó, cuando menos, restringir la participación del partido en aquella conferencia, asignándole fines puramente informativos. Pero Zinóviev se pronunció en contra de él y la proposición de Lenin no fue aceptada. Entonces, éste votó contra la totalidad de la resolución. Nadie estuvo a su lado. Fueron las últimas salpicaduras del estado de espíritu de marzo; aquellos hombres se aferraban a las posiciones de ayer, le temían al "aislamiento". La conferencia no legó a celebrarse, a consecuencia de aquellas enfermedades internas zimmerwaldianas que habían movido a Lenin a romper con tales tendencias. Por lo tanto, la política boicotista, unánimemente rechazada, se llevó a la práctica de un modo efectivo.

A nadie se le ocultaba el viraje en redondo que había dado la política del partido. Schmidt, un obrero bolchevique, futuro comisario del pueblo en el departamento del Trabajo, decía en la conferencia de abril: "Lenin ha orientado en un sentido nuevo el carácter de nuestra actuación." Según las palabras de Raskolnikov, pronunciadas, cierto es, algunos años después de los acontecimientos, "Lenin, en abril de 1917, llevó la revolución de Octubre a la conciencia de los dirigentes del partido... La táctica de éste no representa una línea recta; después de llegar Lenin, vira marcadamente a izquierda". La vieja bolchevique Ludmila Stal aprecia de un modo más directo, y al propio tiempo más preciso, el cambio: "Antes de llegar Lenin -decía el 14 de abril, en la conferencia de Petrogrado-, los camaradas erraban todos, ciegos, por las tinieblas. No había más fórmulas que las de 1905. Veíamos que el pueblo obraba por cuenta propia, pero no podíamos enseñarle nada.

Nuestros camaradas se limitaban a preparar la Asamblea constituyente por el procedimiento parlamentario y no creían posible ir más allá. Si aceptamos las consignas de Lenin, no haremos más que lo que nos indica la vida misma. No hay que temer a la Comuna, viendo ya en ella un gobierno obrero. La Comuna de París o fue sólo obrera, fue también pequeñoburguesa." Podemos convenir con Sujánov en que el cambio radical de orientación del partido "fue el triunfo principal y fundamental de Lenin, obtenido en los primeros días de mayo". Mas conviene advertir que, a juicio de Sujánov, Lenin, para conseguir esto, trocaba las armas marxistas por las anarquistas.

Queda todavía por preguntar -y no es pregunta de poca monta, aunque es más fácil formularla que contestarla-: ¿Cómo se habría desarrollado la revolución, suponiendo que Lenin no hubiera podido llegar a Rusia en abril de 1917? Si nuestra exposición enseña y demuestra algo, este algo es precisamente -al menos así lo esperamos- que Lenin no fue ningún demiurgo del proceso revolucionario, que su misión consistió pura y simplemente en empalmarse a la cadena de las fuerzas históricas objetivas. Pero en esta cadena él era un eslabón muy importante. La dictadura del proletariado se deducía de la lógica de la situación. Mas era necesario instaurarla, y esto no hubiera sido posible sin el partido. Y éste sólo podía cumplir su misión comprendiéndola. Precisamente para esto, para infundirle esta conciencia, hacía falta un Lenin. Antes de llegar él a Petrogrado, ninguno de los jefes bolcheviques había sido capaz de pronosticar el rumbo de la revolución. El curso de los acontecimientos empujaba al partido dirigido por Kámenev y Stalin hacia la derecha, hacia el campo socialpatriótico: la revolución no dejaba sitio para una posición intermedia entre Lenin y los mencheviques. La lucha intestina en el seno del partido bolchevique era de todo punto inevitable. La llegada de Lenin no hizo más que forzar el proceso. Su ascendiente personal redujo las proporciones de la crisis. Sin embargo, ¿puede afirmar nadie con seguridad que, sin él, el partido habría encontrado su senda? Nosotros no nos atreveríamos en modo alguno a afirmarlo. Lo decisivo, en estos casos, es el factor tiempo, y cuando la hora ha pasado es harto difícil echar una ojeada al reloj de la historia. De todos modos, el materialismo dialéctico no tiene nada de común con el fatalismo. La crisis que inevitablemente tenía que provocar aquella dirección oportunista hubiera cobrado sin Lenin un carácter excepcionalmente agudo y trabajoso. Desde luego, las condiciones de la guerra y la revolución no dejaban al partido mucho margen de tiempo para cumplir con su misión. Hubiera podido ocurrir muy bien, por tanto, que el partido, desorientado y dividido, perdiera para muchos años la ocasión revolucionaria. El papel de la personalidad cobra aquí ante nosotros proporciones verdaderamente gigantescas. Lo que ocurre es que

hay que saber comprender ese papel, asignando a la personalidad el puesto que le corresponde como eslabón de la cadena histórica.

La llegada "súbita" de Lenin después de una larga ausencia en el extranjero, el ruido desaforado levantado por la prensa alrededor de su nombre, su choque con todos los dirigentes del propio partido y su rápido triunfo sobre ellos; en una palabra, el desarrollo exterior de los acontecimientos contribuyó considerablemente, en este caso, a destacar mecánicamente la persona, el héroe, el genio, sobre las condiciones objetivas, sobre la masa, sobre el partido. Pero este modo de ver es completamente superficial. Lenin no era ningún elemento accidental en la evolución histórica, sino el producto de todo el pasado de la historia rusa, a la que le unían raíces profundísimas. Había luchado al lado de los obreros avanzados durante todo el cuarto de siglo precedente. El "azar" no era precisamente su intervención en los acontecimientos, sino más bien la paja con que Lloyd George quería cerrarle el camino. Lenin no era un factor que se alzase frente al partido desde fuera, sino que era su más perfecta expresión. Al formar el partido, formaba en él a su persona. Sus discrepancias con el sector dirigente de los bolcheviques representaban la pugna del partido por la guerra y la emigración, la mecánica externa de aquella crisis no hubiera sido tan dramática ni habría velado a nuestros ojos hasta tal punto la continuidad interna del proceso. De la excepcional importancia que tuvo la llegada de Lenin a Petrogrado no se deduce más que una cosa: que los jefes no se crean por casualidad que se seleccionan y se forman a lo largo de décadas enteras, que no se les puede reemplazar arbitrariamente, y que su separación puramente mecánica de la lucha infiere heridas muy sensibles al partido y, en ocasiones, puede dejarle maltrecho para mucho tiempo.

CAPITULO XVII
LAS "JORNADAS DE ABRIL"

El 23 de marzo entraban en la guerra los Estados Unidos. Era el mismo día en que Petrogrado enterraba a las víctimas de la revolución de Febrero. Aquella manifestación luctuosa, pero solemne y luminosa, en el fondo, fue el grandioso acorde final de la sinfonía de los cinco días. Todo el mundo acudió al entierro: los que habían combatido al lado de los caídos, como los que querían evitar la lucha; probablemente, también los que les habían matado y, sobre todo, los que habían quedado al margen de la contienda. Obreros, soldados, gente humilde de la ciudad, estudiantes, ministros, embajadores, respetables burgueses, periodistas, oradores, los jefes de todos los partidos... Desde los suburbios, iban llegando al campo de Marte soldados y obreros, llevando a hombros los ataúdes rojos. Cuando empezaron a depositar los féretros en la tumba, en la fortaleza de Pedro y Pablo sonó el estampido de la primera salva, estremeciendo a las inmensas masas populares. Los cañones sonaban de una manera nueva para el pueblo: ¡son *nuestros* cañones, *nuestras* salvas! La barriada de Viborg acudió con cincuenta y un ataúdes rojos. No era más que una parte de las víctimas, de que se enorgullecía aquel barrio de trabajadores. En el desfile de los obreros de Viborg, que era el grupo más compacto, se destacaban numerosas banderas bolcheviques. Pero ondeaban pacíficamente al lado de las otras. Sólo quedaron en el campo de Marte los miembros del gobierno, del Soviet y de la Duma nacional, difunta ya, pero que no se resignaba a ser enterrada. Durante el día desfilaron por delante de las tumbas, con banderas y músicas, sus buenas ochocientas mil personas. Y aunque los más altos prestigios militares habían dado por sentada que una masa humana como aquélla no podría desfilar en el tiempo señalado sin que se produjeran el mayor de los caos y los tumultos más funestos, la manifestación discurrió en un orden completo, característico de las manifestaciones revolucionarias en que domina la satisfacción de la gran obra iniciada, unida a la esperanza de un cambio más favorable para el futuro. Este estado de espíritu, y sólo exclusivamente él, era el que se encargaba de mantener el orden, pues, por entonces, la organización era aún débil, inexperta y tenía poca seguridad en sí misma.

Podría pensarlo que ya el solo hecho de aquel entierro refutaba cumplidamente la leyenda relativa a la revolución incruenta. Sin embargo, el ambiente que reinaba en la ceremonia reproducía, en parte, la atmósfera de los primeros días de la revolución, en que aquella leyenda se había engendrado.

Veinticinco días después -durante ese plazo, el Soviet había adquirido mucha más experiencia y seguridad en sí mismo-, tuvo lugar la fiesta del Primero de Mayo, en la fecha marcada por el calendario occidental (18 de abril, según el viejo cómputo). En todas las ciudades del país se celebraron mítines y manifestaciones. No sólo se holgó en los establecimientos industriales, sino también en las oficinas públicas del Estado, municipales y provinciales. En Mohilev, donde se hallaba el Cuartel general, desfilaron, al frente de la manifestación, los Caballeros de San Jorge. La columna del Cuartel general, en la que formaban los generales zaristas no destituidos, iba también en la manifestación, con un cartel alusivo al Primero de Mayo. La fiesta antimilitarista y proletaria se fundía con una manifestación patriótica, teñida un poco de revolucionarismo. Cada sector de población ponía en la fiesta su nota peculiar, y todas ellas se fundían, formando un conjunto harto difuso y bastante falso, aunque, en general, grandioso.

En la fiesta de las dos capitales y en los centros industriales, dominaban los obreros, y en la masa de éstos se destacaban ya claramente -con sus banderas, sus cartelones, sus discursos y sus ritos- los fuertes núcleos bolcheviques. En la inmensa fachada del palacio de Marinski, albergue del gobierno provisional, se extendía una insolente faja roja, con esta inscripción: "¡Viva la III Internacional!" Las autoridades, que no se habían curado aún del pudor administrativo que todo el mundo estaba de fiesta. El ejército de operaciones celebró el Primero de Mayo como pudo, y del frente se recibían noticias dando cuenta de asambleas, discursos, banderas y canciones revolucionarias en las trincheras. También en las fronteras alemanas encontraba eco la fiesta obrera.

La guerra no tocaba a su fin; lejos de ello, ensanchaba su círculo. Pocos días antes, el mismo precisamente en que se enterraban las víctimas de la revolución, se lanzaba a ella todo un continente, para imprimirle nuevo impulso. Entre tanto, en todos los ámbitos de Rusia los prisioneros de guerra tomaban parte en las manifestaciones al lado de los soldados, bajo banderas comunes, y a veces entonando el mismo himno en varios idiomas. En aquella inmensa fiesta, semejante a una inundación que sumergía los rasgos distintos de las diferentes clases, partidos e ideas, el desfile en común de los soldados rusos y los prisioneros austroalemanes era un hecho bastante esperanzador y elocuente, que permitía pensar que la revolución, a pesar de todo, despertaba un mundo mejor.

La fiesta del Primero de Mayo, lo mismo que el entierro de las víctimas, transcurrió en medio del mayor orden, sin choques ni víctimas, como una solemnidad de carácter nacional. Sin embargo, un oído atento hubiera podido ya percibir, sin dificultad, en las filas de los obreros y de los soldados, notas de impaciencia y hasta de amenaza. La vida se hacía

cada vez más difícil. En efecto, los precios subían de un modo aterrador, los obreros exigían un salario mínimo, los patronos se resistían, el número de conflictos en las fábricas aumentaba sin interrupción. Empeoraba la situación, desde el punto de vista de las subsistencias se reducía la ración de pan, todo se racionaba, hasta el arroz. Crecía también el descontento de la guarnición; el mando de la región sacaba de Petrogrado a los regimientos más revolucionarios. En la Asamblea general de la guarnición, celebrada el 17 de abril, los soldados, que adivinaban los propósitos hostiles del mando, plantearon la necesidad de oponerse a la salida de los regimientos. En adelante, esta reivindicación surgirá en términos cada vez más decididos a cada nueva crisis de la revolución. Pero la raíz de todas las calamidades era la guerra, cuyo fin no se veía. ¿Cuándo traerá la paz la revolución? ¿Qué piensan de esto Kerenski y Tsereteli? Las masas prestaban un oído cada vez más atento a lo que decían los bolcheviques, les miraban de reojo, en actitud expectante, unos en tesitura medio hostil, otros con confianza ya. Bajo la solemne disciplina de aquel día de fiesta, el estado de espíritu se hallaba en tensión y las masas fermentaban. Sin embargo, nadie, ni aun los autores del cartelón del palacio de Marinski, suponían que los dos o tres días siguientes desgarrarían ya de un modo implacable el ropaje de la unidad nacional de la revolución. Los magnos acontecimientos, que muchos sabían inevitables, pero que nadie esperaba para tan pronto, produjéronse inesperadamente. El impulso partió de la política exterior del gobierno provisional, es decir, del problema de la guerra. Fue Miliukov quien acercó la cerilla a la mecha.

La historia de la cerilla y de la mecha es la siguiente. El día en que entraron los Estados Unidos en la guerra, el ministro de Negocios Extranjeros del gobierno provisional, animado por este hecho, desarrolló ante los periodistas su programa: ocupación de Constantinopla y de Armenia, reparto de Austria y Turquía, ocupación de la Persia septentrional y, luego, naturalmente, derecho de los pueblos a decidir soberanamente de sus destinos. "En todas sus manifestaciones -así presenta el Miliukov historiador al Miliukov ministro- subrayaba decididamente los fines pacifistas de la guerra emancipadora, pero estableciendo siempre una estrecha conexión entre ellos y los objetivos nacionales y los intereses de Rusia." La interviú tranquilizó a los conciliadores. "¿Cuándo se emancipará de toda falsía la política exterior del gobierno provisional? -se preguntaba, indignado, el diario de los mencheviques-. ¿Por qué el gobierno provisional no exige aliados que renuncien abierta y decididamente a las anexiones?" Esta gente consideraba como una nota falsa el lenguaje sincero de las aves de rapiña, y estaba dispuesta a ver en el disfraz pacifista de sus apetitos la ausencia de toda falsía. Asustado ante la excitación nerviosa de la

democracia, Kerenski se apresuró a declarar, por medio de la Oficina de Prensa, que el programa de Miliukov no hacía más que expresar la opinión personal de éste. Por lo visto, se consideraba como un detalle casual que el autor de la "opinión personal" fuese, precisamente, el ministro de Negocios Extranjeros.

Tsereteli, que poseía el talento de saber reducir todos los problemas a lugares comunes, insistió en la necesidad de que el gobierno declarara que la guerra tenía para Rusia un carácter exclusivamente defensivo. La resistencia de Miliukov y, en parte, de Guchkov, fue vencida, y el 27 de marzo el gobierno hizo pública una declaración, en que se decía que "el fin perseguido por la Rusia libre no es la dominación sobre los demás pueblos, ni se aspira a despojarles de sus bienes nacionales, ni a apoderarse de territorios ajenos"; pero "que se respetarían todos los compromisos contraídos con nuestros aliados". De este modo, los reyes y los profetas del doble poder anunciaban su propósito de instaurar el paraíso, aliados a los criminales y malhechores. Entre otras cosas, aquellos caballeros carecían del sentido del ridículo.

La declaración del 27 de marzo fue muy bien acogida por toda la prensa conciliadora, entre la cual se contaba la *Pravda*, de Kámenev-Stalin, que cuatro días antes de llegar Lenin a Petrogrado decía en su artículo de fondo: "El gobierno provisional ha declarado, ante todo el mundo, de un modo claro y concreto, que el fin perseguido por la Rusia libre no es la dominación sobre otros pueblos", etc. La prensa inglesa interpretó inmediatamente, y con gran satisfacción, la renuncia de Rusia a las anexiones, como una renuncia a Constantinopla, pero sin disponerse, por su parte, naturalmente, ni en lo más mínimo, a hacer extensiva la fórmula de Gran Bretaña. El embajador ruso en Londres dio la voz de alarma y exigió que Moscú hiciera una aclaración, en el sentido de que Rusia no adoptaba el principio "la paz sin anexiones de un modo incondicional, sino sólo en la medida en que no se hallase en contradicción con nuestros intereses vitales". No era otra, en efecto, la fórmula de Miliukov: prometer que no se robaría aquello que no necesitáramos. A la inversa de Londres, París no sólo sostuvo a Miliukov, sino que le alentó, inspirándole, por medio de Paléologue, su embajador, la necesidad de abrazar, una política más decidida respecto al Soviet.

Ribot, a la sazón primer ministro francés, fuera de sí por aquellas deplorables letanías que llegaban de Petrogrado, preguntó a Londres y Roma "si consideraban o no necesario invitar al gobierno provisional a poner fin a todo equívoco". Londres contestó que sería prudente "conceder a los socialistas franceses e ingleses, enviados a Rusia, el tiempo necesario para influir sobre sus correligionarios rusos".

El envío de los socialistas aliados a Rusia se hizo por iniciativa del Cuartel general ruso, o, lo que es lo mismo, del viejo generalato zarista. "Confiábamos en él -escribía Ribot, refiriéndose a Albert Thomas- para dar alguna firmeza a las resoluciones del gobierno provisional." Por su parte, Miliukov se lamentaba de que Thomas mantuviera un contacto excesivamente estrecho con los jefes del Soviet. Ribot contestó que Thomas "se esforzaba sinceramente" en mantener el punto de vista de Miliukov, pero prometía excitar a su embajador a prestar un apoyo todavía más activo.

La declaración del 27 de marzo, completamente vacua, intranquilizó a todos los aliados, que vieron en ella una concesión al Soviet. Desde Londres amenazaron con perder la fe "en la potencia guerrera de Rusia". Paléologue se lamentó de la "timidez y el carácter indefinido" de la declaración. No necesitaba más Miliukov. Confiando en la ayuda de los Aliados, entregóse a un juego arriesgado, que excedía en mucho en sus recursos. Su idea fundamental era dirigir la guerra contra la revolución, y el objetivo inmediato que para ello se proponía, la desmoralización de la democracia. Pero, precisamente por el mes de abril, empezaron los conciliadores a manifestar una nerviosidad y una agitación cada vez mayores en las cuestiones relativas a política exterior, pues las masas ejercían una presión cada vez más fuerte sobre ellos. El gobierno tenía necesidad de un empréstito de paz, pero no un empréstito de guerra. Había que entreabrir ante ellas aunque no fuera más que la apariencia de una perspectiva de paz.

Tsereteli, aplicando su salvadora política de lugares comunes, propuso que se exigiera del gobierno provisional la entrega a los Aliados de una nota análoga a la declaración de política interior del 27 de marzo. En pago de esto, el Comité ejecutivo se comprometía a hacer que el Soviet votase a favor del "Empréstito de la Libertad". Miliukov accedió al trato -dame el empréstito y te daré la nota-; pero decidiendo explotarlo en su interés y con usura. La nota, bajo apariencia de interpretar aquella declaración, lo que hacía, en realidad, era desautorizada, haciendo hincapié en que las frases pacifistas del nuevo régimen no daban "ni el menor pretexto para creer que la revolución haya podido quebrantar en lo más mínimo el papel de Rusia en la lucha común junto a los aliados. Muy al contrario, la aspiración popular a llevar la guerra mundial hasta el triunfo decisivo no ha hecho otra cosa que robustecerse"... Más adelante, la nota expresaba el convencimiento de que los vencedores "encontrarán los medios de obtener las *garantías y sanciones* necesarias para evitar, en el porvenir, nuevos choques sangrientos". Aquello de las "garantías" y las "sanciones", interpolado en la nota a instancias de Albert Thomas, no significaba, en el lenguaje de la diplomacia, sobre todo de la francesa, otra cosa que "anexiones" e

"indemnizaciones". El día Primero de Mayo, Miliukov transmitió telegráficamente su nota, dictada por los diplomáticos aliados, a los gobiernos de la Entente, hecho lo cual se envió al Comité ejecutivo, al mismo tiempo que a los periódicos rusos. El gobierno prescindió de la Comisión de enlace, y los líderes del Comité ejecutivo se vieron reducidos a la situación de ciudadanos rusos. Y aunque los conciliadores no leyesen en la nota nada que no hubieran oído antes de labios de Miliukov, no podían dejar de ver en ella un acto premeditado de hostilidad. Aquella nota los desarmaba ante las masas y los colocaba ante el trance de optar, sin más devaneos, entre el bolchevismo y el imperialismo. ¿Era éste, realmente, el fin que perseguía Miliukov? Todo hace suponer que no se reducía a eso, que su designio iba más allá.

Ya desde el mes de marzo, Miliukov intentaba, con todas sus fuerzas, resucitar el desdichado proyecto de ocupación de los Dardanelos, mediante un desarrollo de tropas rusas, y sostuvo frecuentes negociaciones con el general Alexéiev, a fin de persuadirle de que realizara enérgicamente la operación, que, a su juicio, colocaría ante un hecho consumado a la democracia, que protestaba contra las anexiones. La nota del 18 de abril implicaba un desembarco análogo de las fuerzas de Miliukov en las orillas mal defendidas de la democracia. Las dos acciones, la militar y la política, se contemplaban y, en caso de éxito, se justificaban mutuamente. Generalmente, a los vencedores no se les juzga. Pero Miliukov no estaba llamado a ser vencedor. Para el desembarco hacían falta doscientos o trescientos mil soldados. La empresa fracasó por una menudencia: la negativa de los soldados, dispuestos a defender la revolución, pero no a atacar. Fracasado el proyecto de Miliukov respecto a los Dardanelos, esto echó por tierra todos sus propósitos ulteriores, que, hay que reconocerlo, no estaban mal calculados..., a condición de vencer.

El 17 de abril tuvo lugar, en Petersburgo, una macabra manifestación patriótica de inválidos: una muchedumbre inmensa de heridos de los hospitales de la capital, amputados, sin piernas, sin brazos, vendados, avanzó hacia el palacio de Táurida. Los que no podían andar eran llevados en camiones. En las banderas se leía: "Guerra hasta el fin." Era una manifestación desesperada de los desperdicios humanos de la guerra imperialista, que querían que la revolución reconociera como inútiles los sacrificios realizados por ellos. Pero detrás de los manifestantes acechaba el partido kadete o, más exactamente, Miliukov, que estaba preparando para el día siguiente su gran golpe.

En la sesión extraordinaria del 19 por la noche, el Comité ejecutivo examinó la nota enviada el día anterior a los gobiernos aliados. "Después de su primera lectura -cuenta Stankievich-, todo el mundo reconoció unánimemente y sin discusión que no era aquello,

ni mucho menos, lo que el Comité esperaba." Pero como de la nota respondía el gobierno en conjunto, sin excluir a Kerenski, era necesario, ante todo, salvar al gobierno. Tsereteli se puso a "descifrar" la nota, no cifrada, y a descubrir en la misma aspectos insospechados. Skobelev demostró, con gran profundidad de espíritu, que no se podía exigir siempre una "conciencia absoluta" entre las aspiraciones de la democracia y las del gobierno. Aquellos prudentes varones se estuvieron exprimiendo los sesos hasta de madrugada, pero no encontraron ninguna solución. Al amanecer, se volvieron a sus casas, citados para unirse nuevamente horas después. Por lo visto confiaban en la virtud del tiempo para curar todas sus heridas.

Por la mañana la nota apareció en todos los periódicos. El *Riech* la comentó en términos de provocación muy bien meditados. La prensa socialista *Rabochaya Gazeta*, en el que aún no se habían disipado, después de las intervenciones de Tsereteli y Skobelev, los vapores de la excitación nocturna, decía que el gobierno provisional había publicado un "documento que representaba un escarnio para las aspiraciones de la democracia" y exigía del Soviet la adopción de medidas decididas "a fin de evitar sus terribles consecuencias". En estas frases dejábase sentir, de un modo muy claro, la presión creciente de los bolcheviques.

El Comité ejecutivo reanudó la sesión, pero sólo para persuadirse, una vez más, de que era incapaz de llegar a ninguna decisión. Se acordó convocar un pleno extraordinario del Soviet "para información": en realidad, para pulsar el grado de descontento de las masas y dar tiempo a las propias vacilaciones. En el intervalo, proyectábanse toda suerte de reuniones de enlace destinadas a liquidar la cuestión.

Pero en aquel ajetreo habitual del doble poder vino a terciar inesperadamente una tercera fuerza. Las masas se echaron a la calle con las armas en la mano. Entre las bayonetas de los soldados brillaban las letras de los cartelones: "¡Abajo Miliukov!" En otros cartelones aparecía también el nombre de Guchkov. Parecía mentira que aquellos hombres soliviantados fueran los pacíficos manifestantes del Primero de Mayo.

Los historiadores califican de "espontáneo" este movimiento, en el sentido de que ninguno de los partidos asumió su iniciativa. La invitación material a salir a la calle partió de un tal Linde, que con sólo esto estampó su nombre en la historia de la revolución. "Linde, que era un sabio, un matemático, un filósofo", se hallaba al margen de todo partido, había abrazado con toda su alma la revolución y ansiaba ardientemente que ésta cumpliera sus promesas. La nota de Miliukov y los comentarios del *Riech* le indignaron." "Sin consultar con nadie... -cuenta su biógrafo puso inmediatamente manos a la obra..., se fue al

regimiento de Finlandia, reunió al Comité y propuso que el regimiento se dirigiera inmediatamente al palacio de Marinski... La proposición de Linde fue aceptada, y a las tres de la tarde, desfilaba ya por las calles de Petrogrado una manifestación imponente de soldados del regimiento de Finlandia llevando carteles provocativos." Siguiendo el ejemplo del regimiento de Finlandia, echándose a la calle los soldados del regimiento de reserva 180, del de Moscú, del de Pavl, del de Keksgalin, los marineros de la segunda tripulación de la escuela del Báltico, hasta veinticinco a treinta mil hombres en total, todos armados. En los barrios obreros se produjo una gran agitación: cesó el trabajo, y las fábricas, siguiendo el ejemplo de los regimientos, se lanzaron a la calle.

"La mayoría de los soldados no sabían a qué había venido", afirma Miliukov, como si realmente hubiera tenido tiempo para interrogarlos. "Además de los soldados, tomaban parte en la manifestación jovenzuelos obreros, que declaraban en voz alta [¡!] que les habían dado a razón de diez y quince rublos por ir allí." La fuente del dinero no podía ser más clara: "Alemania había exigido derechamente la separación de los dos ministros (Miliukov y Guchkov)." Miliukov no dio esta profunda explicación en el momento en que la lucha de abril se hallaba en su apogeo, sino tres años después de la revolución de Octubre, la cual se encargó de demostrar con suficiente claridad que no hacía falta que nadie pagara a precio muy alto el odio de las masas populares contra él.

El carácter agudo que tomó tan de súbito la manifestación de abril se explica por la reacción inmediata de las masas ante el engaño de las alturas. "Mientras el gobierno no consiga la paz, hay que defenderse." Esto se decía sin entusiasmo, pero con convicción. Dábase por supuesto que en las alturas hacían todo lo posible por obtener la paz. Los bolcheviques afirmaban, cierto es, que el gobierno mantenía la continuación de la guerra con fines de rapiña. Pero no, esto no era posible. ¿Y Kerenski? A los jefes del Soviet les conocemos desde febrero. Fueron los primeros en acudir a los cuarteles; de sobra sabemos que defienden la paz. Además, Lenin llegó de Berlín, mientras que Tsereteli estaba en presidio. Hay que tener paciencia... Al mismo tiempo, en las fábricas y en los regimientos más avanzados iban imponiéndose, cada vez más firmemente, las consignas bolcheviques de la política de paz: publicación de los tratados secretos y ruptura con los planes de conquista de la Entente, proposición abierta de paz inmediata a todos los países beligerantes. La nota del 18 de abril cayó en este terreno moral, complejo y vacilante. ¿Cómo, qué es esto? ¡Ah, de modo que esos señores no apoyan la paz, sino los fines que la guerra perseguía antes! ¡Entonces será inútil que esperemos! ¡Abajo!... Pero ¿abajo quién? ¿Es posible que tengan razón los bolcheviques? No, no puede ser. Pero ¿y la nota? Aquí

hay alguien que quiere vender nuestra pelleja a los aliados del zar. Sin más que comparar la prensa de los kadetes y la de los conciliadores, se deducía que Miliukov, defraudando la confianza del país, se aprestaba a practicar una política de conquistas del brazo de Lloyd George y Ribot. El propio Kerenski ha declarado que el atentado contra Constantinopla era "una opinión personal" de Miliukov. Así estalló el movimiento.

Pero éste no era homogéneo. Algunos elementos exaltados del campo revolucionario exageraban las proporciones y la madurez política del movimiento cuanto más larga e inesperadamente se manifiesta al exterior. Los bolcheviques desarrollaron una labor enérgica en el seno de los regimientos y en las calles. El grito "¡Abajo Miliukov!", que era algo así como el programa mínimo del movimiento, fue completado por ellos con cartelones contra el gobierno provisional en conjunto, con la particularidad de que los distintos elementos interpretaban aquello de un modo distinto también: unos, como consigna de propaganda; otros, como finalidad inmediata. El grito: "¡Abajo el gobierno provisional!", lanzado a la calle por los soldados y marineros armados, deslizó inmediatamente en la manifestación un elemento de insurrección armada. Había grupos considerables de obreros y soldados que se mostraban dispuestos a atacar inmediatamente al gobierno provisional. Fue de ellos de quienes partió la idea de apoderarse del palacio de Marinski, ocupar todas las salidas y detener a los ministros. Para salvarlos fue destacado Skobelev, quien cumplió eficacísimamente con su misión, cosa no difícil, pues resultó que en el palacio de Marinski no había nadie. Debido a la enfermedad de Guchkov, el gobierno estaba reunido en su domicilio particular. Pero no fue este azar el que salvó a los ministros de la detención, peligro que, por otra parte, no les amenazaba seriamente. Aquel ejército de veinticinco o treinta mil soldados, que se echó a la calle dispuesto a luchar contra la continuación de la guerra, era más que suficiente para derribar a un gobierno más sólido que el presidido por el príncipe Lvov. Pero no era éste el fin que se proponían los manifestantes. En el fondo, no querían más que esgrimir el puño amenazador y asomarlo por la ventana para que aquellos encopetados caballeros no siguieran afilando los dientes, con la vista puesta Constantinopla, y se dedicaran a preparar la paz, como era su obligación. Con esto, los candorosos soldados creían ayudar a Kerenski y Tsereteli contra Miliukov.

Mientras el gobierno estaba reunido, llegó el general Kornílov, quien dio cuenta de las manifestaciones armadas que se estaban desarrollando y declaró que, en calidad de jefe de las tropas de la región militar de Petrogrado, disponía de fuerza suficiente para sofocar el movimiento a mano armada; y que si no hacía nada era esperando órdenes concretas. Kolchak, que asistía casualmente a la reunión del gobierno, contó más tarde, en el proceso

que precedió a su fusilamiento, que el príncipe Lvov y Kerenski se habían mostrado contrarios a las tentativas de represión armada contra los manifestantes. Miliukov no se pronunció de un modo directo, pero resumió la situación diciendo que los señores ministros podían, naturalmente, razonar como les pluguiera, aunque esto no impedía que les metieran en la cárcel. No podía caber la menor duda de que Kornílov obraba en connivencia con los dirigentes del partido kadete.

A los líderes conciliadores no les fue difícil conseguir que los soldados manifestantes se retirasen de la plaza situada frente al palacio de Marinski y aun que se reintegrasen a sus cuarteles. Sin embargo, la agitación que se había promovido en la ciudad no cedía. Por todas partes se congregaban grandes muchedumbres y se celebraban mítines, se discutía en todas las esquinas, en los tranvías los viajeros se dividían en partidarios y en adversarios de Miliukov. En los suburbios, en los barrios obreros, los bolcheviques esforzábanse en hacer extensiva al gobierno en pleno la indignación suscitada por la nota y por su autor.

A las siete de la tarde, se reunió el pleno del Soviet. Los oradores no sabían qué decir al auditorio, que se hallaba en un estado de gran exaltación. Cheidse habló exactamente para decir que después de la reunión se celebraría una entrevista con el gobierno provisional. Chernov intimidaba con la perspectiva de la guerra civil. Federov, obrero metalúrgico, miembro del Comité central de los bolcheviques, replicó que la guerra civil era ya un hecho y que lo único que tenían que hacer los soviets era apoyarse en ella y adueñarse del poder. "En aquel entonces, éstas eran todavía palabras inauditas y terribles -dice Sujánov-, y los bolcheviques no habían encontrado antes ni habían de volver a encontrar mucho tiempo después en el Soviet."

Sin embargo, la nota saliente de la reunión fue, inesperada para todos, el discurso del liberal-socialista Stankievich, uno de los hombres de confianza de Kerenski: "¿Qué necesidad tenemos, compañeros, de "atacar"? -preguntó-. ¿Contra quién habíamos de emplear la fuerza? ¿Habéis olvidado, acaso, que la fuerza sois vosotros y las masas que os siguen?... Mirad, ahora son las siete menos cinco (Stankievich apunta con la mano al reloj que hay en la pared, y toda la sala se vuelve hacia él). Tomad el acuerdo de que el gobierno provisional dimita, comunicaremos nuestra decisión por teléfono y, a las siete, estad seguros de que habrá depuesto sus poderes. ¿Qué necesidad hay de acudir a la violencia, al ataque, a la guerra civil?" En la sala suena una salva de aplausos clamorosos con gritos de entusiasmo. El orador quiso, indudablemente, asustar al Soviet sacando una consecuencia extrema de la situación creada; pero con su discurso no consiguió más que asustarse a sí mismo. La verdad, tan inconscientemente lanzada, acerca de la fuerza de los soviets puso a

la asamblea por encima del lastimoso nivel de la actuación de los dirigentes, a quienes lo único que les preocupaba era que el Soviet no tomara ninguna resolución. "¿Y quién va a reemplazar al gobierno? -objetó uno de los oradores contestando a los aplausos-. ¿Nosotros? ¡Pero si nos tiemblan las manos!..." No podía trazarse mejor característica de aquellos conciliadores, jefes grandilocuentes con manos temblorosas.

El primer ministro, Lvov, como completando las palabras de Stankievich desde el otro lado, hacía al día siguiente esta declaración: "Hasta ahora, el gobierno provisional se ha visto invariablemente apoyado por el órgano directivo del Soviet. En estas últimas dos semanas... recaen sobre el gobierno ciertas sospechas. En estas condiciones... lo mejor que puede hacer el gobierno provisional es marcharse." Estas palabras confirman, una vez más, cuál era la constitución efectiva de la Rusia de Febrero.

En el palacio de Marinski celebróse una reunión mixta del Comité ejecutivo y el gobierno provisional. En su discurso de apertura, el príncipe Lvov se lamentó de la campaña desatada por los sectores socialistas contra el gobierno y habló en un tono medio resentido y medio de amenaza de dimitir. Los ministros fueron describiendo las dificultades, cuya acumulación se encargaban ellos de fomentar con todas sus fuerzas. Miliukov, volviéndose de espaldas a la madriguera de charlatanes que era la Comisión de enlace, habló desde el balcón a los manifestantes kadetes: "Al ver aquellos cartelones con el letrero "¡Abajo Miliukov!", no temía por Miliukov, sino por Rusia." Así nos transmite el Miliukov historiador las modestas palabras que el Miliukov ministro pronunció ante la muchedumbre reunida en la plaza. Tsereteli exigió que el gobierno diese una nueva nota. Chernov halló una salida genial, proponiendo a Miliukov para desempeñar la cartera de Instrucción Pública: por lo menos, Constantinopla, como tema de geografía, era harto menos peligrosa que como tema de diplomacia. Sin embargo, Miliukov se negó en redondo a las dos soluciones: ni se recluía en la ciencia ni daría una nueva nota. Los caudillos del Soviet no se hicieron rogar mucho y accedieron a que se "aclarara" la nota anterior. Sólo faltaba encontrar unas cuantas frases cuya falsía apareciera disimulada de un modo suficientemente democrático, y la situación podía darse por salvada. Y, con la situación, la cartera de Miliukov.

Pero el tercero en discordia, tan inquieto de suyo, no acababa de tranquilizarse. El 21 de abril el movimiento fue más potente que el día anterior. Esta manifestación había sido convocada ya por el Comité local del partido bolchevique. A pesar de la contraagitación desplegada por los mencheviques y los socialrevolucionarios, masas inmensas de obreros avanzaron hacia el centro, partiendo primero e la barriada de Viborg y luego de otros

puntos. El Comité ejecutivo destacó a apaciguadores prestigiosos para que saliesen al encuentro de los manifestantes, acaudillados por Cheidse. Pero los obreros querían que se les oyese y no les faltaba qué decir. Un conocido periodista liberal describía, en el *Riech*, la manifestación de los obreros en la Nevski: "Delante, cerca de un centenar de hombres armados; detrás, las filas compactas de hombres y mujeres no armados -un millar de personas-. Cadenas vivas a ambos lados. Cánticos. Lo que más impresión me produjo fueron sus caras. Aquellas mil personas no tenían más que una sola cara llena de ira: el rostro monacal de los primeros siglos del cristianismo, irreconciliable, decidido, inflexiblemente decidido a llegar al asesinato, a la inquisición y a la muerte." Este periodista liberal miró la revolución obrera cara a cara y pudo percibir, en un instante, su concentrada decisión. ¡Qué poco se parecían aquellos obreros a los mozalbetes de Miliukov, comprados por Ludendorff a razón de quince rublos diarios!

En este día, lo mismo que en el anterior, los manifestantes no se echaron a la calle decididos a derribar al gobierno, aunque bien se puede suponer que la mayoría había pensado ya seriamente en ello; hoy, una parte de los manifestantes estaba dispuesta ya a llevar las cosas más allá de los límites del estado de espíritu de la mayoría. Cheidse propuso a la manifestación que se volviese atrás, hacia sus barriadas. Pero los directores contestaron rudamente que los obreros sabían perfectamente, sin que nadie se lo dijese, lo que tenían que hacer. Es un nuevo tono al que Cheidse no está acostumbrado y al que no va a tener más remedio que acostumbrarse durante las semanas siguientes.

Mientras que los conciliadores acudían a la persuasión y trataban de extinguir la hoguera, los kadetes la avivaban y adoptaban actitudes provocadoras. Kornílov, aunque ayer no obtuviese autorización para emplear las armas, no sólo no ha abandonado su plan, sino que, lejos de ello, ha tomado, desde bien temprano, medidas para lanzar la Artillería y la Caballería sobre los manifestantes. Contando firmemente con el carácter fogoso del general, los kadetes publicaron una hoja incitando a sus partidos a salir a la calle con el propósito evidente de llevar las cosas hasta el conflicto decisivo. Fracasado el desembarco a orillas de los Dardanelos, Miliukov seguía desarrollando su ofensiva, con Kornílov por vanguardia y la Entente como reserva. La nota enviada a espaldas de los soviets y el artículo de fondo del *Riech* desempeñarían el cometido de telegrama de Ems del canciller liberal de la revolución de Febrero. "Todos los que están al lado de Rusia y de la Libertad, deben agruparse en torno al gobierno provisional y sostenerlo." Así decía el manifiesto del Comité central de los kadetes, en que se invitaba a todos los buenos ciudadanos a salir a la calle para luchar contra los partidarios de la paz inmediata.

Aquel día, la Nevski, arteria principal de la burguesía, se convirtió toda ella en un mitin kadete. Una manifestación considerable, presidida por los miembros del Comité central kadete, se dirigió al palacio de Marinski. Por todas partes se veían cartelones con letreros que acababan de salir del taller: "Confianza absoluta en el gobierno provisional." "¡Viva Miliukov!" Los ministros estaban radiantes: el "pueblo" estaba con ellos, cosa tanto más evidente cuanto que los emisarios del Soviet hacían esfuerzos sobrehumanos por disolver los mítines revolucionarios, por conseguir que las manifestaciones de obreros y de soldados evacuaran el centro y se dirigieran a los suburbios y por evitar toda acción por parte de los cuarteles y de las fábricas.

Bajo la bandera de la defensa del gobierno llevábase a cabo, por vez primera, una movilización franca y en todo el frente de las fuerzas contrarrevolucionarias. En el centro de la ciudad aparecieron camiones de las fuerzas contrarrevolucionarias. En el centro de la ciudad aparecieron camiones con oficiales, kadetes y estudiantes armados. Entraron en acción los Caballeros de San Jorge, y la juventud dorada organizó en la Nevski un tribunal que detenía en la calle a los partidarios de Lenin y a los "agentes alemanes". Hubo ya reyertas y víctimas. Decíase que el origen de la primera colisión sangrienta había sido ya la tentativa de unos oficiales de arrebatar a los obreros una bandera con un letrero contra el gobierno provisional. Las reyertas fueron tomando un carácter cada vez más encarnizado, y se inició un tiroteo, que, a partir de mediodía, fue ya constante. Nadie sabía exactamente quién disparaba ni por qué se disparaba. Pero el hecho era que aquel confuso tiroteo, en parte pérfido y en parte producido por el pánico, había causado ya víctimas. Los ánimos se iban caldeando.

No; la jornada no era precisamente un testimonio de la "unidad nacional". Eran dos mundos los que se enfrentaban. Las columnas patrióticas, echadas a la calle por el partido kadete contra los obreros y soldados, estaban compuestas exclusivamente por los elementos burgueses de la población, por oficiales, intelectuales, funcionarios públicos. Dos torrentes humanos, uno al grito de "¡Queremos Constantinopla!" y otro al grito "¡Viva la paz!", se derramaban sobre las calles partiendo de distintas partes de la ciudad, distintas por su composición social y por su aspecto exterior, con inscripciones hostiles en los cartelones y que, al chocar, recurrían a los puños, a los bastones y hasta a las armas de fuego.

En el Comité ejecutivo se recibió la noticia inesperada de que Kornílov había mandado montar los cañones en la plaza de palacio. ¿Era una iniciativa tomada, por su cuenta y riesgo, por el jefe militar de la región? No; el carácter y la futura carrera de

Kornílov indican que el bizarro general tenía siempre detrás alguien que le empujase; en esta ocasión, ese alguien eran los caudillos kadetes. Ellos no hubieran echado a su gente a la calle sin contar con la intervención de Kornílov y para provocarla. Uno de los jóvenes historiadores de la revolución observa, acertadamente, que la tentativa del general para llevar sus fuerzas a la plaza de palacio no coincidió precisamente con el momento en que se planteaba la necesidad, fuese real o imaginaria, de defender el palacio de Marinski contra la muchedumbre excitada, sino con el momento en que la manifestación de los kadetes llegaba a su punto culminante.

Pero el plan Miliukov-Kornílov fracasó de modo ignominioso. Por simples que fueran los jefes del Comité ejecutivo, no podían dejar de comprender que se estaban jugando la cabeza. Antes ya de que llegaran las primeras noticias de las sangrientas refriegas en la Nevski, el Comité circuló una orden telegráfica a todas las fuerzas militares de Petrogrado y sus alrededores para que no se mandara ni un solo soldado a las calles de la capital sin el consentimiento del Soviet. Ahora, cuando los propósitos de Kornílov son del dominio público, el Comité ejecutivo, a pesar de todas sus declaraciones solemnes, toma el timón con ambas manos, por la cuenta que le tiene, y no sólo exige de Kornílov que retire inmediatamente las tropas de las calles, sino que destaca a Skobelev y a Filipovski para que hagan volver a las tropas a los cuarteles en nombre del Soviet. "En estos días agitados, no salgáis a la calle con las armas en la mano sin que el Comité ejecutivo os requiera a ello. *El derecho a disponer de vosotros pertenece exclusivamente al Comité ejecutivo.*" En lo sucesivo, toda orden relativa a la salida de tropas deberá constar en un documento oficial del Soviet e ir avalada, por lo menos, con la firma de dos personas autorizadas para ello. Diríase, pues, que el Soviet interpretaba de un modo inequívoco los manejos de Kornílov como una tentativa de la contrarrevolución para provocar la guerra civil. Pero lo curioso es que, a la par que con este decreto reducía a la nada el mando de la región, no se le pasaba siquiera por las mentes reemplazar a Kornílov, sin duda por no atentar contra las prerrogativas del poder. He aquí "las manos temblorosas". El nuevo régimen vivía rodeado de ficciones, lo mismo que un enfermo vive rodeado de almohadas y compresas. Pero lo más instructivo, desde el punto de vista del verdadero balance de fuerzas, era el hecho de que no sólo las tropas, sino las escuelas militares se negasen, ya antes de recibir la comunicación de Cheidse, a entrar en acción sin órdenes del Soviet. Aquellas desagradables sorpresas que los kadetes no habían previsto y que se sucedían unas a otras, eran consecuencia inevitable del hecho de que, en el momento de la revolución nacional, la burguesía rusa resultaba ser una

clase antinacional. Este hecho podía disimularse durante algún tiempo a la sombra del doble poder, pero no era posible borrarlo.

Aparentemente, la crisis de abril iba a cancelarse sin que recayera una decisión. El Comité ejecutivo consiguió mantener todavía a las masas en los umbrales de la dualidad de poderes. Por su parte, el gobierno, agradecido, explicó que por "garantías" y "sanciones" habían de entenderse los tribunales internacionales, la limitación de los armamentos y otras cosas magníficas. El Comité ejecutivo se apresuró a aferrarse a estas concesiones terminológicas, y por 34 votos contra 19 declaró liquidado el incidente. Para tranquilizar a sus filas alarmadas, la mayoría adoptó, además, las siguientes resoluciones: intensificar la vigilancia de la actuación del gobierno provisional; que no se realizase ningún acto político sin informar previamente de ello al Comité ejecutivo; radical transformación de la representación diplomática. La dualidad de poderes traducíase al lenguaje jurídico constitucional; pero con esto no se modificaba en lo más mínimo la naturaleza de las cosas. El ala izquierda no consiguió arrancar a la mayoría conciliadora ni la dimisión de Miliukov. Todo seguiría como antes. El gobierno provisional estaba sometido a la fiscalización mucho más efectiva de la Entente, contra la cual el Comité ejecutivo ni siquiera pensaba en atentar.

El día 21 por la tarde, el Soviet de Petrogrado hizo, por decirlo así, el balance de la situación. Tsereteli dio cuenta del nuevo triunfo de aquellos modelos de prudencia que eran los directores, triunfo que ponía fin a toda equívoca interpretación de la nota del 27 de marzo. Kámenev, en nombre de los bolcheviques, propuso la formación de un gobierno puramente soviético. La Kolontay, revolucionaria popular, que durante la guerra se había pasado del campo menchevique a los bolcheviques, propuso que se organizase un plebiscito popular por las barriadas de Petrogrado y sus alrededores acerca del gobierno provisional que apetecían; pero estas proposiciones no fueron comprendidas por el Soviet. La cuestión parecía ya resuelta. Por una inmensa mayoría, contra 13 votos, se adoptó la tranquilizadora resolución del Comité ejecutivo. Cierto es que la mayoría de los diputados bolcheviques se hallaban todavía actuando en las fábricas, en las calles, en las manifestaciones. Pero, así y todo, es indudable que la masa principal del Soviet no se inclinaba en lo más mínimo hacia las consignas bolcheviques.

El Soviet propuso que cesasen durante dos días todas las manifestaciones en las calles. La resolución fue votada por unanimidad. Nadie dudaba, ni por asomo, de que todo el mundo se sometería a la decisión. Y, en efecto, ni los obreros, ni los soldados, ni la juventud burguesa, ni el barrio de Viborg, ni la perspectiva Nevski, nadie se atrevió a

desobedecer la orden del Soviet. La pacificación se obtuvo sin que fuera preciso aplicar ninguna medida coercitiva. Hubiera bastado con que el Soviet se sintiera dueño de la situación para que lo fuera en realidad.

Entre tanto, iban llegando a las redacciones de los periódicos de izquierda docenas de acuerdos votados por las fábricas y los regimientos pidiendo la dimisión inmediata de Miliukov y, algunas, la de todo el gobierno provisional. La agitación no quedó limitada a Petrogrado. En Moscú, los obreros abandonaron el trabajo; los soldados salieron de los cuarteles, invadieron las calles con protestas tumultuosas. En los días siguientes, afluyeron al Comité ejecutivo telegramas de docenas de soviets locales protestando contra la política de Miliukov y prometiendo apoyar en todo al Soviet. Del frente llegaban también voces en e mismo sentido. Pero todo había de seguir como hasta allí.

"El 21 de abril -afirmaba, andando el tiempo, Miliukov- reinaba en las calles un estado de espíritu favorable al gobierno." Se refiere, sin duda, a las calles que él pudo observar desde su balcón después que los soldados y los obreros se volvieron, respectivamente, a sus cuarteles y a sus casas. En realidad, el gobierno estaba completamente solo. Ninguna fuerza seria lo seguía, como pudimos oír de labios de Stankievich y del propio príncipe Lvov. ¿Qué significaban aquellas palabras de Kornílov de que disponía de fuerzas suficientes para dominar a los rebeldes? Nada más que una ligereza inaudita de aquel honorable general, ligereza que llega a su punto álgido en agosto, cuando el conspirador Kornílov hace avanzar sobre Petrogrado a tropas que sólo existían en su imaginación. Y se explica en un hombre como Kornílov, que identificaba el estado de espíritu del mando con el de las tropas. En su mayoría, la oficialidad estaba, indudablemente, con él; esto es, dispuesta, bajo la apariencia de defender al gobierno provisional, a romperle las costillas al Soviet. Los soldados, que, por su disposición de ánimo, se hallaban situados indeciblemente más a la izquierda que el Soviet, estaban al lado de éste; pero como el Soviet, a su vez, estaba al lado del gobierno provisional, resultaba que Kornílov podía utilizar en defensa del gobierno provisional a soldados soviéticos capitaneados por oficiales reaccionarios. Amparados tras el régimen del doble poder, jugaban todos al escondite. Sin embargo, en cuanto los jefes del Soviet dieron a las tropas orden de no abandonar los cuarteles, Kornílov se encontró flotando en el vacío con todo el gobierno provisional.

Y, a pesar de todo, el gobierno no cayó. Las masas que emprendieron el ataque carecían absolutamente de preparación para llevarlo hasta sus últimas consecuencias. Esto les permitió a los jefes conciliadores intentar retrotraer nuevamente el régimen de Febrero a

su punto de partida. Olvidando, o deseando hacer olvidar a los demás que el Comité ejecutivo se había visto obligado a poner mano en el ejército de un modo franco y en contra el poder "legal", el 22 de abril las Izvestia (Noticias) del Soviet se lamentaban en estos términos: "El Soviet no aspira a tomar el poder en sus manos. Sin embargo, en muchas banderas de sus partidarios leíanse inscripciones que exigían el derrocamiento del gobierno y la entrega de todo el poder al Soviet..." En efecto, ¿acaso no era indignante que los obreros y los soldados quisieran seducir a los conciliadores a hacerse cargo del poder, es decir, que consideraran seriamente a aquellos caballeros capaces de poner el poder al servicio de la revolución?

No, los socialrevolucionarios y los mencheviques no querían el poder. Como hemos visto, la proposición bolchevique sobre la entrega del poder a los soviets sólo consiguió un número insignificante de votos en el Soviet de Petrogrado. En Moscú, la proposición de desconfianza contra el gobierno provisional, presentada por los bolcheviques el 22 de abril, no reunió más que setenta y cuatro votos entre los muchos centenares de diputados. En cambio, el Soviet de Helsignfors, a pesar de dominar en él los socialdemócratas y los mencheviques, votó aquel día una proposición excepcionalmente audaz para los tiempos que corrían, en la cual brindaba al Soviet de Petrogrado su ayuda armada para derribar al "gobierno provisional imperialista". Pero este acuerdo, votado por la presión directa de los marinos de guerra, representaba una excepción. En su aplastante mayoría, la representación soviética de las masas, que todavía ayer se hallaban al borde de la insurrección contra el gobierno provisional, se mantenía por entero en el terreno de la dualidad de poderes. ¿Qué significaba esto?

La contradicción que saltaba a la vista del ataque de las masas y la política de medias tintas de su reflejo político no tenía nada de casual. En las épocas revolucionarias, las masas oprimidas se ven arrastradas a la acción directa con mayor facilidad y mucho antes de que aprendan a dar a sus deseos y reivindicaciones una expresión política por medio de sus propias y genuinas representaciones. Cuanto más abstracto es el sistema representativo, más a la zaga va del ritmo de los acontecimientos, obediente a la acción de las masas. La representación soviética, la menos abstracta de todas, tiene ventajas incalculables en situaciones revolucionarias; baste recordar que las Dumas democráticas elegidas a base de las normas acordadas el 17 de abril, no cohibidas por nada ni por nadie, se revelaron completamente impotentes para competir con los soviets. Pero, a pesar de todas las ventajas que tenía su contacto orgánico con las fábricas y los regimientos, es decir, con las masas activas, los soviets son siempre una representación, que, como tal, no se halla libre

en absoluto de los convencionalismos y deformaciones del parlamentarismo. La contradicción inherente a toda representación, incluso la soviética, consiste en que, de una parte, es necesaria para la acción de las masas, y, de otra, se alza fácilmente ante ellas como obstáculo conservador. Esta contradicción puede ser superada en la práctica, cuando la necesidad se plantea, renovando la representación. Pero esto, que no es tan sencillo como a primera vista parece, es siempre, sobre todo en plena revolución, un resultado deducido de la acción directa; por esto no puede mantenerse nunca al paso con ésta. Lo cierto es que, al día siguiente de producirse la semiinsurrección -o, hablando más exactamente, el cuarto de insurrección de abril, pues la verdadera semiinsurrección tuvo lugar en julio-, seguían sentándose en el Soviet los mismos diputados que la víspera, y, tan pronto como volvieron a encontrarse en su ambiente habitual, votaron también, como era lógico, con los dirigentes habituales.

Pero esto no significa, ni mucho menos, que la tormenta de abril pasar sin dejar huella alguna en el Soviet, en el régimen de Febrero y, sobre todo, en las propias masas. La grandiosa intervención de los obreros y soldados en los acontecimientos políticos, aunque no se llevase hasta sus últimas consecuencias, modifica la situación política, imprime un nuevo impulso al movimiento general de la revolución, acelera los inevitables reajustes de los grupos y obliga a los políticos de gabinete y de pasillo a olvidar sus planes de ayer y a plegar su actuación más atentamente a las nuevas circunstancias.

Tan pronto como los conciliadores hubieron liquidado aquella explosión de guerra civil y se imaginaron que las aguas volverían a su antiguo cauce, se planteó la crisis del gobierno. Los liberales no querían seguir gobernando sin la participación directa de los socialistas en el ministerio. Por su parte, los socialistas, obligados por la lógica del doble poder, al aceptar esta condición exigían que se renunciase demostrativamente al programa de los Dardanelos. Esto determinaba inexorablemente la separación de Miliukov, el cual se vio obligado a abandonar la cartera el día 2 de mayo. Como se ve, el objetivo de la manifestación del 20 de abril se alcanzaba con un retraso de doce días y en contra de la voluntad de los caudillos del Soviet.

Pero estos aplazamientos no hicieron más que poner de manifiesto de un modo más elocuente la impotencia de los directores. Miliukov, que, con ayuda de un general, se disponía a introducir una modificación radical en la correlación de las fuerzas, saltó estrepitosamente del gobierno como un tapón, y aquel generalote feroz viose obligado a presentar la dimisión. Los ministros no aparecían ya tan radiantes como antes, ni mucho

menos. El gobierno imploraba del Soviet que accediera a la formación del gobierno de coalición. Y todo porque las masas habían apretado en el otro extremo de la palanca.

Esto no quiere decir, sin embargo, que los partidos conciliadores se hubieran acercado más a los obreros y a los soldados. Al contrario, los acontecimientos de abril, demostrando cuántas sorpresas se encerraban en las masas, empujaron a los jefes democráticos aún más hacía la derecha, los acercaron más a la burguesía. A partir de este momento, prevalece ya definitivamente el rumbo patriótico. La mayoría del Comité ejecutivo se hace más compacta. Los radicales indefinidos, tipo Sujánov, Stieklov y otros, que últimamente inspiraban todavía la política del Soviet e intentaban sostener hasta cierto punto una parte de las tradiciones del socialismo, queda al margen. Tsereteli abraza una firme orientación conservadora y patriótica que representa una especie de transacción entre la política de Miliukov y la representación de las masas trabajadoras.

La conducta del partido bolchevique en las jornadas de abril no fue homogénea. Los acontecimientos le cogieron desprevenido. Acababa apenas de superar la crisis anterior y estaba preparando activamente el Congreso del partido. Bajo la impresión de la agitación aguda reinante en los barios obreros, algunos bolcheviques se pronunciaron por el derrocamiento del gobierno provisional. El Comité de Petrogrado, que todavía el 5 de marzo daba un voto de confianza condicional al gobierno, vacilaba. Se decidió organizar para el día 21 una manifestación, pero sin definir con suficiente claridad el fin de la misma. Una parte del Comité petersburgués lanzó a la calle a los obreros y soldados, con el propósito, a decir verdad no muy definido, de intentar de paso el derrocamiento del gobierno provisional. En el mismo sentido actuaban algunos elementos aislados de izquierda que se hallaban fuera del partido. Al parecer, intervinieron también los anarquistas, que, aunque eran pocos, metían mucho ruido. Algunos elementos se presentaron en los cuarteles exigiendo automóviles blindados y todo género de refuerzos para proceder a la detención del gobierno o para luchar en las calles contra los enemigos. Pero la división de automóviles blindados, que simpatizaba con los bolcheviques, manifestó que no pondría los automóviles a disposición de nadie si no recibía órdenes del Comité ejecutivo.

Los kadetes se esforzaron por todos los medios en acusar a los bolcheviques de los sangrientos sucesos de aquellos días. Pero la Comisión especial nombrada por el Soviet dejó sentado de una manera irrefutable que los primeros disparos no habían sido hechos desde la calle, sino desde los portales y los balcones. En los periódicos apareció una nota del fiscal concebida en estos términos: "El tiroteo ha sido obra de elementos procedentes

de los bajos fondos sociales, con el fin de provocar desórdenes y confusión, siempre ventajosos para la chusma."

La hostilidad existente contra los bolcheviques por parte de los partidos dirigentes del Soviet no había llegado aún, ni mucho menos, al extremo que alcanzó dos meses después, en julio, cuando eclipsó definitivamente la razón y la conciencia. Los jueces, si bien conservaban su antigua composición, se sentían aún cohibidos ante la revolución en abril, y no se permitían aplicar ya contara la extrema izquierda los métodos de la policía zarista. En este sentido, pudo realizarse también sin gran dificultad la agresión de Miliukov.

El Comité central dio un rapapolvo al ala izquierda de los bolcheviques, y declaró, el 21 de abril, que consideraba completamente acertada la orden de prohibición de las manifestaciones, dada por el Soviet, y que era preciso someterse incondicionalmente a ella. "Además, la consigna de "¡Abajo el gobierno provisional!" no es acertada en las presentes circunstancias -decía la resolución del Comité central-, pues sin una mayoría consistente (es decir, consciente y organizada) del pueblo al lado del proletariado revolucionario, esta consigna, o es una mera frase o se reduce a una tentativa de carácter aventurista." La resolución define como finalidad del momento y premisa de la toma del poder la crítica, la propaganda y la conquista de la mayoría en los soviets. Los enemigos vieron en aquella declaración la batida en retirada de unos dirigentes asustados o una astuta maniobra. Pero hoy conocemos ya la fundamental posición de Lenin, en lo que se refiere al problema de la toma del poder, y cómo enseñó al partido a poner en práctica las "tesis de abril" basándose en la experiencia de los hechos.

Tres semanas antes, Kámenev había declarado que se consideraba "feliz" al poder votar con los mencheviques y los socialrevolucionarios por una proposición única sobre el gobierno provisional, y Stalin desarrollaba la teoría de la división del trabajo entre los kadetes y los bolcheviques. ¡Cuán lejanas parecía ahora aquellas votaciones y aquellas teorías! Después de la lección de las jornadas de abril, Stalin se pronunció, al fin, por primera vez, contra la teoría de la "fiscalización" benévola del gobierno provisional, evacuando prudentemente sus propias posiciones de ayer. Pero nadie se dio cuenta de la maniobra.

¿En qué consistía el aventurismo de la política propugnada por algunos elementos del partido?, preguntaba Lenin en el Congreso, que comenzó sus tareas después de aquellas graves jornadas. En la tentativa de actuar por la violencia cuando aún no había base para emplear la violencia revolucionaria. "Se puede derribar a aquellos a quienes el pueblo conoce como detentadores de la fuerza. Pero ahora no los hay, los cañones y los fusiles

están en manos de los soldados, y no de los capitalistas. Hoy los capitalistas no conducen a la gente por la violencia, sino por el engaño, y sería necio gritar contra la violencia, sería absurdo. Hemos lanzado la consigna de manifestaciones pacíficas. Deseábamos únicamente hacer un recuento pacífico de las fuerzas del adversario, pero no dar la batalla. El Comité de Petrogrado se ha desviado un poco hacia la izquierda... Con el grito acertado de "¡Vivan los soviets!" se ha lanzado otro que no lo era: "¡Abajo el gobierno provisional!" En el momento de la acción, el desviarse "un poco hacia la izquierda" podía ser peligroso. Nosotros lo refutamos como el mayor de los crímenes, como un gran desorganización."

¿En qué se basan los dramáticos acontecimientos de la revolución? En los cambios producidos en la correlación de fuerzas, ¿qué es lo que los provoca? Son, principalmente, las vacilaciones de las clases intermedias, de los campesinos, de la pequeña burguesía, del ejército. Un margen gigantesco de vacilaciones que va desde el imperialismo kadete hasta el bolchevismo. Estas vacilaciones se desarrollan simultáneamente en dos sentidos antagónicos. La representación política de la pequeña burguesía, los jefes conciliadores, propenden cada vez más marcadamente hacia la derecha, hacia la burguesía. Por el contrario, las masas oprimidas se van manifestando de una manera cada vez más acentuada y audaz hacia la izquierda. Al pronunciarse contra el aventurismo de que habían dado pruebas los dirigentes de la organización petersburguesa, Lenin hace una salvedad: si las clases intermedias se inclinaran hacia nosotros de un modo serio, profundo, consistente, no vacilaríamos ni un instante en desahuciar al gobierno del palacio de Marinski. Pero aún no hay tal. La crisis de abril manifestada en la calle no es la primera ni será tampoco la última vacilación de la masa pequeñoburguesa y semiproletaria". Nuestra misión, por ahora, sigue siendo la de "explicar pacientemente", prepara el terreno para que en su próxima vacilación, más profunda, más consciente, las masas vengan a nosotros.

Por lo que al proletariado se refiere, su cambio de frente y su viraje hacia los bolcheviques tomó en el transcurso de abril un carácter muy acentuado. Los obreros acudían a los comités del partido y preguntaban lo que tenían que hacer para pasar del partido menchevique al bolchevique. En las fábricas interrogábase con insistencia a los diputados soviéticos acerca de la política exterior, de la guerra, de la dualidad de poderes, de las subsistencias, y, como resultado de estos sondeos, lo más frecuente era que los diputados socialrevolucionarios o mencheviques fueran sustituidos por los bolcheviques. Fue en los soviets de barriada, los que más cerca se hallaban de las fábricas, donde se inició con más rapidez el viraje. A finales de abril, en los soviets de los barrios de Viborg, de Narva y de la Isla de Vasíliev, los bolcheviques se encontraban súbita e inesperadamente

con que tenían mayoría. Era éste un hecho de gran importancia, pero los jefes del Comité ejecutivo, absorbidos por la política de altura, miraban de arriba abajo lo que pudieran hacer los bolcheviques de los barrios obreros. Sin embargo, éstos empezaron a ejercer una presión cada vez más sensible sobre el centro. Sin que interviniese para nada el Comité de Petrogrado, se inició en las fábricas una campaña enérgica y fructífera en torno a la reelección de representantes en el Soviet general de diputados obreros. Sujánov opina que, a principios de mayo, la tercera parte del proletariado petersburgués seguía a los bolcheviques. La tercera parte, por lo menos, entre la que se contaban, por añadidura, los elementos más activos. La incoherencia del mes de marzo iba desapareciendo, y la orientación política del partido tomaba formas más definidas; las "fantásticas" tesis de Lenin iban tomando cuerpo y echando raíces en las barriadas de Petrogrado.

Cada paso que la revolución daba al frente tiene su origen en las masas o es impuesto por la intervención directa de las mismas, completamente inesperada, en la mayoría de los casos, para los partidos del Soviet. Después de la revolución de Febrero, cuando los obreros y los soldados derribaron la monarquía sin consultar a nadie, los jefes del Comité ejecutivo entendían que la misión de las masas había terminado. Pero se equivocaban de medio a medio. Las masas no estaban dispuestas, ni mucho menos, a retirarse por el foro. Ya a principios de marzo, durante la campaña por la jornada de ocho horas, los obreros arrebataron esta concesión al capital a pesar de que los mencheviques y los socialrevolucionarios embarazaban sus movimientos. El Soviet no tuvo más remedio que registrar aquel triunfo, arrancado sin él y en contra suya. La manifestación de abril fue una segunda enmienda del mismo tipo. No hay una sola acción de masa, independientemente de su fin concreto, que no sea un aviso para la dirección. En un principio, el aviso tiene un carácter suave, pero después se torna cada vez más decidido. En julio, de mero aviso se convierte ya en amenaza. En octubre se produce el desenlace.

En los momentos críticos, las masas intervienen siempre de un modo "espontáneo". En otros términos, obran bajo el influjo de las consecuencias que ellas mismas, ayudadas por sus jefes aún no sancionados oficialmente, sacan de la experiencia política. Al asimilar estos o aquellos elementos de agitación, las masas traducen por propia iniciativa sus conclusiones al lenguaje de la acción. Los bolcheviques no habían dirigido todavía, como partido, la campaña por la jornada de ocho horas. Tampoco fueron ellos quienes lanzaron a las masas a la manifestación de abril. No fueron tampoco los bolcheviques los que impulsaron a las masas a echarse a la calle a principios de julio. Hasta octubre, el partido no conseguirá acompasar definitivamente su paso al de las masas, pero ya no es para ponerse a

la cabeza de ellas en una manifestación, sino para acaudillarlas en la revolución y llevarlas al poder.

CAPITULO XVIII
LA PRIMERA COALICIÓN

A pesar de todas las teorías, declaraciones y rótulos oficiales, la realidad era que el poder del gobierno provisional sólo existía ya sobre el papel. La revolución, haciendo caso omiso de los obstáculos que le oponía la llamada democracia, seguía avanzando, ponía en movimiento a nuevas masas, robustecía los soviets, armaba, aunque de un modo muy incompleto, a los obreros. Los comisarios locales del gobierno y los "comités sociales" que funcionaban en torno suyo, y en los cuales predominaban casi siempre los representantes de las organizaciones burguesas, veíanse desplazados por los soviets, como la cosa más natural del mundo y sin el menor esfuerzo. Y si por acaso los agentes del poder central se obstinaban, surgían conflictos agudos, y los comisarios acusaban a los soviets locales de no reconocer al poder central. La prensa burguesa ponía el grito en el cielo, clamando que Kronstadt, Schulselburg o Tsaritin se habían separado de Rusia para convertirse en repúblicas independientes. Los soviets locales protestaban contra este absurdo. Los ministros se inquietaban. Los socialistas gubernamentales visitaban los pueblos persuadiendo, amenazando, dando excusas a la burguesía. Pero todo esto no modificaba el verdadero balance de las fuerzas. El carácter ineluctable de los procesos que minaban el régimen de la dualidad de poderes se patentizaba en el hecho de que, aunque en distintas proporciones, se desarrollasen en todo el país. De órganos de vigilancia y fiscalización, los soviets convertíanse en órganos de gobierno, no se avenían a teoría alguna de división de poderes y se inmiscuían en la dirección del ejército, en los conflictos económicos, en los conflictos de subsistencias, en las cuestiones de transporte y hasta en los asuntos judiciales. Presionados por los obreros, los soviets decretaban la jornada de ocho horas, destituían a los funcionarios que se distinguían por su reaccionarismo, hacían dimitir a los comisarios menos gratos del gobierno provisional, llevaban a cabo detenciones y registros, suspendían las publicaciones enemigas. Obligados por las dificultades, cada día más agudas, de abastecimiento y por la gran penuria de mercancías, los soviets principales abrazaban la senda de las tasas, decretaban la prohibición de exportar fuera de los límites de cada provincia, ordenaban la requisa de todos los víveres almacenados. Pero al frente de los organismos soviéticos se hallaban, casi en todas partes, elementos socialrevolucionarios y mencheviques, que rechazaban indignados la consigna de los bolcheviques: "¡Todo el poder, a los soviets!"

En este sentido, ofrece gran interés la actuación del Soviet de Tiflis, situado en el corazón mismo de la Gironda menchevista, que dio a la revolución de Febrero jefes como Tsereteli y Cheidse, brindándoles luego un refugio, cuando se hubieron gastado sin remisión en Petrogrado. El Soviet de Tiflis, dirigido por Jordania, futuro jefe de la Georgia independiente, veíase precisado a pisotear a cada paso los principios que imperaban en el partido de los mencheviques, obrando por su cuenta como poder. El Soviet confiscó para sus necesidades una imprenta particular, llevó a cabo detenciones, concentró en sus manos los sumarios y la tramitación de los procesos políticos, racionó el pan, tasó los productos alimenticios y los artículos de primera necesidad. El abismo entre la doctrina oficial y la realidad viva, patente ya desde los primeros días, fue acentuándose más y más en el transcurso del mes de marzo.

En Petrogrado, por lo menos, observaban el decoro de las formas, aunque no siempre, como hemos visto. Pero las jornadas de abril se encargaron de levantar de un modo bastante inequívoco el telón detrás del que se escondía el gobierno provisional, poniendo de manifiesto que ni en la capital contaba éste con un punto de apoyo serio. En los últimos días de abril, el gobierno se hallaba en evidente decadencia. "Kerenski decía apesadumbrado que el gobierno ya no existía, que no funcionaba, que se limitaba a examinar la situación." (Stankievich.) En general, puede decirse que este gobierno, hasta las jornadas de Octubre, no sabía más que ponerse en crisis en cuanto se planteaba cualquier conflicto grave, y en los intervalos... vegetar. Se pasaba la vida "examinando su situación", y no le quedaba tiempo para ocuparse de ningún asunto.

Para salir de esta crisis, provocada por el ensayo hecho en abril de los combates que se avecinaban, se concebían teóricamente tres salidas. Cabía que el poder pasase íntegramente a manos de la burguesía, lo cual no podría conseguirse más que mediante una guerra civil; Miliukov lo intentó, pero fracasó. Otra solución era entregar todo el poder a los soviets: para conseguir esto, no hacía falta ninguna guerra civil, basta con alargar la mano, con quererlo. Pero los conciliadores no querían querer, y las masas no habían perdido todavía la fe en ellos, aunque esta fe estuviese ya un poco quebrantada. Es decir, que las dos salidas principales, la burguesa y la proletaria, estaban cerradas. Quedaba una tercera posibilidad, una solución a medias, confusa, proindiviso, tímida, cobarde: un gobierno de coalición.

Durante las jornadas de abril los socialistas no pensaban siquiera en una coalición: esta gente era incapaz de prever nada. Con su resolución del 21 de abril, el Comité ejecutivo elevó oficialmente el hecho efectivo de la dualidad de poderes a principio

constitucional. Pero también esta vez llegaba con retraso: la consagración jurídica de la forma del doble poder instaurado en marzo -el régimen de los zares y los profetas- sobrevenía en el instante en que esta forma era arrollada por la acción de las masas. Los socialistas intentaron cerrar los ojos ante este hecho. Miliukov cuenta que cuando el gobierno planteó la necesidad de la coalición, Tsereteli declaró: "¿Qué ganamos nosotros con entrar a formar parte del gobierno? No olvidéis que, en caso de que os encerréis en la intransigencia, nos veremos obligados a abandonar estrepitosamente el ministerio." Tsereteli intentaba asustar a los liberales con el "estrépito" que armaría el día de mañana. Para dar un fundamento a su política, los mencheviques apelaban, como siempre, a los intereses de la burguesía. Pero el agua les llegaba ya al cuello. Kerenski alarmó al Comité ejecutivo: "El gobierno atraviesa por una situación extraordinariamente grave: los rumores que circulan acerca de su dimisión no son ninguna intriga política." Por su parte, los elementos burgueses apretaban también. La Duma municipal de Moscú votó un acuerdo en favor de la coalición. El 26 de abril, cuando el terreno estaba ya lo bastante preparado, el gobierno provisional proclamó en un manifiesto la necesidad de incorporar a las tareas del Estado a las "fuerzas creadoras activas del país que no participaban en ellas". La cuestión se planteaba sin ambages.

Había todavía, sin embargo, una gran opinión contraria a la coalición. A fines de abril se pronunciaron contra la entrada de los socialistas en el gobierno los soviets de Moscú, de Tiflis, de Odesa, de Yekaterinburg, de Nijni-Novgorod, de Tver y otros. Los motivos de esta actitud fueron expuestos de un modo harto claro por uno de los caudillos mencheviques de Moscú: si los socialistas entran en el gobierno, no habrá nadie que pueda encauzar el movimiento de las masas. pero no era fácil que aceptaran esta razón los obreros y los soldados, contra los cuales precisamente se enderezaba. Las masas que aún no seguían a los bolcheviques se inclinaban a favor de la entrada de los socialistas en el gobierno. Parecíales muy bien que Kerenski fuese ministro, pero todavía mejor que hubiese en el gobierno seis Kerenskis. Las masas no sabían que aquello se llamaba coalición con la burguesía, a la que sólo interesaba tomar a los socialistas de tapadera contra el pueblo. Vista desde los cuarteles, la coalición presentaba un cariz distinto, al que presentaba vista desde el palacio de Marinski. Las masas aspiraban a desplazar a la burguesía del gobierno por medio de los socialistas. Y así, estas dos presiones, la de la burguesía y la del pueblo, partiendo de dos polos distintos, convergían, por un momento, en un punto único.

En Petrogrado, una buena parte de las fuerzas militares, entre las que se contaba la división de automóviles blindados, que simpatizaba con los bolcheviques, se pronunciaron

por el gobierno de coalición. En el mismo sentido se inclinaba también la mayoría aplastante de las provincias. Entre los socialrevolucionarios predominaba asimismo el criterio favorable a la coalición. Lo único que ellos no querían era entrar en el gobierno sin los mencheviques. Finalmente, era también partidario de la coalición el ejército. Uno de sus delegados expresó claramente en el Congreso de los soviets, celebrado en junio, la actitud del frente con respecto al problema del poder: "Creíamos que habría llegado hasta la capital el gemido que exhaló el ejército al enterarse de que los socialistas se negaban a entrar en el ministerio, a colaborar con hombres en quienes no creían, mientras todo el ejército se veía obligado a seguir muriendo al lado de hombres en los cuales tampoco cree."

En éste como en tantos otros problemas, tuvo una importancia decisiva la guerra. En un principio, los socialistas se disponían a adoptar una actitud expectante ante ella, como la habían adoptado en lo referente al poder. Pero la guerra no esperaba. Tampoco los aliados. El frente no quería tampoco seguir esperando. En plena crisis gubernamental, se presentaron al Comité ejecutivo los delegados del frente, formulando ante sus jefes la siguiente pregunta: "¿Estamos en guerra o no lo estamos?" El sentido de la pregunta era éste: "¿Tomáis sobre vosotros la responsabilidad de la guerra o no?" No era posible dar la callada pro respuesta. Inglaterra formulaba idéntica pregunta en un lenguaje velado de amenaza.

La ofensiva de abril en el frente occidental les costó muy cara a los aliados, y no dio resultado alguno. Bajo la influencia de la revolución rusa y el fracaso de la ofensiva, en la cual se habían cifrado tantas esperanzas, produjéronse algunas vacilaciones en el ejército francés. Éste amenazaba, según la expresión del mariscal Pétain, con "escaparse de las manos". Para contener este proceso amenazador, el gobierno francés necesitaba de una ofensiva en Rusia, o, al menos, la promesa firme de que sería realizada. Además del alivio material que con ello se obtendría, urgía arrancar a la revolución rusa la aureola de paz que la ceñía, arrancar la esperanza de los corazones de los soldados franceses, comprometer a la revolución con su complicidad en los crímenes de la Entente, hundir la bandera de la insurrección de los obreros y soldados rusos en la sangre y el cieno de la matanza imperialista.

Para alcanzar este elevado objetivo, pusiéronse en juego todas las palancas, una de las cuales, y no la menos importante por cierto, eran los socialistas patrióticos de la Entente. Escogiéronse los más probados y se enviaron a la Rusia revolucionaria, donde se presentaron trayendo por toda arma su conciencia acomodaticia y su desenfrenado verbalismo. "En el palacio de Marinski -dice Sujánov-, los socialpatriotas extranjeros...

fueron recibidos con los brazos abiertos. Branting, Cachin, Grady, Debrouckère y otros se sentían allí a sus anchas, como en su propia casa, y formaron con nuestros ministros un frente único contra el Soviet." Hay que reconocer que hasta al Soviet conciliador le repugnaban un poco aquellos caballeros.

Los socialistas aliados recorrieron los frentes. "El general Alexéiev -escribía Vandervelde- hizo todo lo posible por asociar nuestros esfuerzos a los que habían desplegado pocos días antes las delegaciones de los marinos del mar Negro, Kerenski y Albert Thomas, para sacar adelante lo que calificaba de preparación moral de la ofensiva." Es decir, que el presidente de la Segunda Internacional y el ex-generalísimo del zar Nicolás II se entendían de maravilla, asociados en la lucha por los sagrados ideales de la democracia. Renaudel, uno de los jefes del socialismo francés, podía exclamar con todo desahogo: "Ahora podemos hablar ya de la guerra del derecho sin sonrojarnos." Con un retraso de tres años, la Humanidad se enteró de que a aquellos caballeros no les faltaban motivos para sonrojarse.

El 1 de mayo, el Comité ejecutivo, pasando por todos los grados de vacilación existentes en la escala de la naturaleza, decidió, por fin, por una mayoría de cuarenta y un votos contra dieciocho y tres abstenciones, entrar en un gobierno de coalición. Sólo los bolcheviques y el pequeño grupo de mencheviques internacionalistas votaron en contra de este acuerdo.

No deja de ser interesante el hecho de que el jefe legítimo de la burguesía, Miliukov, sucumbiese como víctima del nuevo lazo que se estrechaba entre la burguesía y la democracia. "No salí; me echaron", dijo Miliukov, años más tarde. Guchkov se había separado ya del gobierno el 30 de abril al negarse a firmar la "Declaración de los derechos del soldado". Puede juzgarse del sombrío estado de ánimo que reinaba ya por aquellos días en el campo liberal por el hecho de que el Comité central del partido kadete, para salvar la coalición, no insistiera cerca de Miliukov para que continuase en el gobierno. "El partido traicionó a su jefe", dice el kadete de derecha Izgoiev. La verdad es -dicho sea de paso- que no tenía grandes posibilidades de elegir. El mismo Izgoiev dice fundadamente: "A finales de abril, el partido kadete estaba deshecho. Moralmente, había recibido un golpe del cual no había manera de volver a rehacerse."

Pero es que en el asunto Miliukov la última palabra tenía que decirla también la Entente. Inglaterra estaba completamente de acuerdo en que se relevase al patriota de los Dardanelos por un "demócrata" más firme. Henderson, que llegó a Petrogrado con atribuciones para reemplazar, en caso de necesidad, a sir Buchanan en el cargo de

embajador, después de enterarse de la situación, reconoció que el cambio era necesario. En efecto, sir Buchanan estaba donde debía estar, pues era un adversario decidido de las anexiones, cuando éstas no coincidían con los apetitos de la Gran Bretaña: "Si Rusia no tiene necesidad de Constantinopla -susurraba tiernamente al oído de Terechenko-, cuanto antes lo diga, mejor." En un principio, Francia apoyó a Miliukov. Pero también aquí desempeñó su papel Thomas, quien, siguiendo las huellas de sir Buchanan y de los caudillos del Soviet, se pronunció contra el prohombre kadete. Así caía el político odiado por las masas, abandonado por los aliados, por los demócratas y hasta por el propio partido.

La verdad era que Miliukov no merecía este cruel fin, al menos de las manos que se lo infligían. Pero la coalición exigía una víctima expiatoria. Y Miliukov fue sacrificado ante las masas como el enemigo malo que ensombrecía la marcha triunfal hacia la paz democrática. Al quitar de en medio a Miliukov, la coalición se purgaba de golpe de los pecados del imperialismo.

El 5 de mayo fueron aprobados por el Soviet de Petrogrado la lista del gobierno de coalición y su programa. Los bolcheviques no lograron reunir contra la coalición más que cien votos. "La Asamblea saludó calurosamente a los oradores ministros", relata irónicamente Miliukov, hablando de aquella sesión. Pero con ovaciones no menos estrepitosas fue recibido también Trotski, que había llegado de Norteamérica el día antes. Trotski, antiguo caudillo de la primera revolución, condenó la entrada de los socialistas en el gobierno, afirmando que la coalición no acababa con el "doble poder"; que lo que hacía era "trasladarlo al ministerio', y que el único poder verdadero que "salvaría" a Rusia no se instauraría hasta que se diese un nuevo paso hacia adelante: la entrega del poder a los diputados, obreros y soldados. Entonces comenzaría "una nueva era, era de la clase que sufre, de la clase oprimida alzándose contra las clases dominantes". Hasta aquí, Miliukov. Y sigue. Al terminar su discurso, Trotski formuló las tres normas que habían de presidir la política de masas: "Tres preceptos revolucionarios: desconfiar de la burguesía, vigilar a los jefes, no confiar más que en las propias fuerzas." Sujánov observa, hablando de esta intervención: "Es evidente que no podía contar con que su discurso fuera bien acogido." Y, en efecto, la despedida fue bastante más fría que el recibimiento. Sujánov, extraordinariamente sensible para cuantas murmuraciones venían de los pasillos intelectuales, añade: "Corrían rumores de que Trotski, que no se había afiliado todavía al partido bolchevique, era "aún peor que Lenin"."

De quince carteras, los socialistas se quedaron con seis, para ser minoría. Todavía después de participar abiertamente en el poder seguían jugando al escondite. El príncipe Lvov fue mantenido en la presidencia del Consejo. Kerenski pasó al ministerio de Guerra y Marina, y Chernov obtuvo la cartera de Agricultura. Para sustituir a Miliukov al frente del ministerio de Negocios extranjeros fue designado el gran conocedor del *ballet*, Terechenko, que era hombre de confianza de Kerenski y de sir Buchanan. Los tres estaban de acuerdo en que Rusia podía prescindir, sin quebranto alguno, de Constantinopla. Del departamento de Justicia, se encargó Pereverzev, abogado insignificante, que pronto había de adquirir una fugaz reputación con motivo del proceso abierto en julio contra los bolcheviques. Tsereteli se contentó con la carrera de Correos y Telégrafos, al objeto de poder dedicar su tiempo al Comité ejecutivo. Skobelev, ministro de Trabajo, en el calor de la improvisación, prometió poner coto a los beneficios de los capitalistas en un ciento por ciento; la frase no tardó en hacerse famosa. Sin duda, como contrapeso, nombróse ministro del Comercio y de la Industria al gran patrono moscovita Konovalov, que acudió rodeado de unas cuantas figuras de la Bolsa de Moscú, para todas las cuales hubo algún cargo importante en el gobierno. Conviene advertir que dos semanas después Konovalov presentaba la dimisión como protesta contra la "anarquía" reinante en la economía del país; por su parte, Skobelev había renunciado ya mucho antes de atentar contra los beneficios capitalistas y concentraba todas sus energías en luchar contra la "anarquía", sofocando las huelgas e invitando a los obreros a que se abstuviesen en lo posible, de pedir mejoras.

La declaración del gobierno estaba formada, como es de rigor en las coaliciones, por una serie de lugares comunes. En ella aludíase a la activa política exterior que habría de mantenerse a favor de la paz, a la solución del problema de las subsistencias y al planteamiento y futura solución del problema agrario. No todo se reducía a unas cuantas frases huecas. Había un punto serio, al menos por los propósitos; era aquel en que se hablaba de preparar al ejército "para las acciones defensivas y ofensivas, con el fin de evitar una posible derrota de Rusia y de sus aliados". En esto consistía, en esencia, y a esto se reducía el verdadero sentido de la coalición, la última carta que la Entente se jugaba en Rusia.

"El gobierno de coalición -decía Buchanan- representa, para nosotros, la última y casi la única esperanza de salvación para la situación militar en este frente." Véase, pues, cómo detrás de las plataformas, detrás de los discursos, los acuerdos y las votaciones de los caudillos liberales y demócratas de la revolución de Febrero, se hallaba tirando de los hilos el *régisseur* imperialista, personificado por la Entente. Los socialistas, que se habían visto

obligados a entrar de un modo tan precipitado en el gobierno, sacrificándose a las conveniencias bélicas de los aliados, contrarias a la revolución, se echaron a la espalda una tercera parte del poder y todo lo referente a la guerra.

El nuevo ministro de Negocios extranjeros hubo de mantener secretas, por espacio de dos semanas, las contestaciones dadas por los gobiernos aliados a la declaración del 27 de marzo, con objeto de conseguir ciertas modificaciones de estilo que disimularan el tono polémico contra la declaración de gobierno de la coalición. La "activa política exterior en favor de la paz" se reducía, por ahora, a que Terechenko redactase celosamente el texto de los telegramas diplomáticos que le preparaban los viejos burócratas y borrase la palabra "pretensiones", para poner "demandas justas", y allí donde decía "garantía de los intereses", "el bien de los pueblos", etc. Miliukov apunta, con un poco de despecho, hablando de su sucesor en el ministerio: "Los diplomáticos aliados sabían que la terminología "democrática" de esos telegramas era una concesión involuntaria a las exigencias del momento, y la trataban con condescendencia."

Thomas y Vandervelde, que habían llegado hacía poco, no se estaban con las manos cruzadas, sino que procuraban interpretar celosamente "el bien de los pueblos", a tono con las conveniencias de la Entente, y hacerse, sin que les costase gran trabajo, con los bobalicones del Comité ejecutivo. "Skobelev y Chernov -comunicaba Vandervelde- protestan enérgicamente contra toda idea de paz prematura." No tiene nada de extraño que Ribot, apoyándose en tan eficaces auxiliares, pudiera ya proclamar el 9 de mayo, ante el parlamento francés, que se disponía a dar una respuesta satisfactoria a Terechenko "sin renunciar a nada".

Sí, así era; los verdaderos amos de la situación no se disponían, ni mucho menos, a renunciar a nada de todo aquello de que pudieran aprovecharse. Precisamente por aquellos días, Italia proclamaba la independencia de Albania y la tomaba bajo su "protectorado". No estaba mal, como lección de cosas. El gobierno provisional disponíase a protestar, no tanto en nombre de la democracia, cuanto en nombre del "equilibrio" violado en los Balcanes, pero su impotencia le obligó a morderse la lengua.

Lo único nuevo que el gobierno coaligado aportó a la política exterior fue la aproximación precipitada a América. Esta nueva amistad ofrecía tres ventajas no poco importantes: los Estados Unidos no estaban tan comprometidos en las villanías de la guerra como Francia e Inglaterra; la república transatlántica abría ante Rusia grandes perspectivas en punto a los empréstitos y a los aprovisionamientos militares; finalmente, la diplomacia de Wilson -mezcla de hipocresía democrática y de picardía- no podía armonizarse mejor

con las necesidades de estilo del gobierno provisional. Al enviar a Rusia la misión del senador Root, Wilson se dirigió al gobierno provisional con una de aquellas misivas pastorales suyas, en la cual declaraba: "Ningún pueblo debe ser sometido por la fuerza a una soberanía bajo la cual no desee vivir." El presidente americano definía de un modo no muy claro precisamente, pero bastante atractivo, los objetivos de la guerra: "Garantizar la futura paz del mundo y el bienestar y la felicidad de los pueblos en el porvenir." ¿Podía haber nada mejor? Esto era, precisamente, lo que Terechenko y Tsereteli necesitaban: sólidos créditos y bellos lugares comunes pacifistas. Con ayuda de los primeros, y amparándose detrás de los segundos, los gobernantes rusos podían dedicarse a preparar la ofensiva que reclamaba el Shylock del Sena, blandiendo furiosamente sus letras vencidas.

Kerenski salió para el frente el 11 de mayo con el fin de inaugurar la campaña de propaganda en favor de la ofensiva... "En el ejército, la ola de entusiasmo sube y crece", comunicaba al gobierno provisional el nuevo ministro de la Guerra, embriagado por el entusiasmo de sus propios discursos. El 14 de mayo, Kerenski lanza al ejército esta orden: "Iréis adonde los jefes os conduzcan." Y para disimular esta perspectiva, harto conocida y muy poco atrayente para los soldados, añade: "Llevaréis la paz en la punta de vuestras bayonetas." El 22 de mayo fue destituido el prudente general Alexéiev, hombre por lo demás perfectamente inepto, y reemplazado en sus funciones de generalísimo por el general Brusílov, más dúctil y expeditivo. Los demócratas preparaban con todo ahínco la ofensiva, y con ella la gran catástrofe de la revolución de Febrero.

El Soviet era el órgano de gobierno de los obreros y de los soldados, es decir, de los campesinos. El gobierno provisional era el órgano de la burguesía. La Comisión de enlace, un organismo de arbitraje y conciliación. La coalición simplificaba esta mecánica, convirtiendo al propio gobierno provisional en una Comisión de enlace. Pero, con ello, el régimen de dualidad de poderes no desaparecía, ni se menoscababa en lo más mínimo. Lo que resolvía el problema no era, precisamente, que Tsereteli fuera vocal de la Comisión de enlace o fuese ministro de Correos; en el país coexistían dos organizaciones estatales incompatibles: una jerarquía de funcionarios viejos y nuevos designados desde arriba y que culminaba con el gobierno provisional, y una red de soviets formados por elección, que se extendía hasta los más alejados regimientos del frente. Estos dos sistemas de gobierno se apoyaban en dos clases distintas, que se disponían a arreglar las cuentas históricas que tenían pendientes. Los conciliadores entraron en la coalición confiando en que podrían suprimir pacífica y progresivamente el sistema soviético. Se imaginaban que la fuerza del Soviet estaba concentrada en sus personas, y que, por tanto, se refundiría con el gobierno

oficial al entrar ellos en éste. Kerenski dábale a sir Buchanan todo género de seguridades de que los soviets "morirían de muerte natural". Esta esperanza no tardó en convertirse en artículo de fe de todos los jefes conciliadores. Estaban convencidos de que el centro de gravitación de la vida política se desplazaría de los soviets a los nuevos órganos democráticos de gobierno. La Asamblea constituyente vendría a ocupar el puesto del Comité ejecutivo central. El gobierno provisional se disponía a convertirse de este modo, en el puente que había de conducir al régimen de república parlamentaria.

Lo malo era que la revolución no quería ni podía seguir estos sabios derroteros. Lo ocurrido con las nuevas Dumas municipales era un presagio inequívoco en este sentido. Las Dumas habían sido elegidas a base de un amplísimo sistema de sufragio universal, en que votaban hombres y mujeres, y los soldados gozaban de los mismos derechos que la población civil. Tomaron parte en la lucha cuatro partidos. La *Novoie Vremia*, antiguo órgano oficioso del gobierno zarista y uno de los periódicos menos honrados del mundo -¡que ya es decir!-, invitaba a los derechistas, a los nacionalistas, a los octubristas, a votar por los kadetes. Pero cuando la impotencia política de las clases poseedoras se hubo puesto completamente en evidencia, la mayoría de los periódicos burgueses lanzó esta elocuente consigna: "¡Votad por quien queráis, con tal que no sea por los bolcheviques!" Los kadetes formaban, en todas las Dumas y en todos los zemstvos, el ala derecha los bolcheviques, la minoría de izquierda cada vez más robusta. La mayoría, generalmente aplastante, correspondía a los mencheviques y socialrevolucionarios.

Parecía que las nuevas Dumas, que se distinguían de los soviets por una mayor integridad de representación, iban a gozar de gran autoridad. Además, como organismos de derecho público que eran tenían la ventaja inmensa de gozar del apoyo oficial del Estado. La milicia, las subsistencias, los transportes locales, la instrucción pública, dependían directamente de las Dumas. Los soviets, en su calidad de organismos "privados", no tenían ni presupuesto ni derechos, y así y todo, el poder residía en sus manos. En realidad, las Dumas eran una especie de comisiones municipales adjuntas a los soviets. Aquel pugilato entre el sistema soviético y la democracia formal, tenía que ser tanto más sorprendente cuanto que se realizaba bajo la dirección de los mismos partidos, socialrevolucionarios y mencheviques, que, aunque tuviesen mayoría lo mismo en las Dumas que en los soviets, estaban profundamente convencidos de que éstos tendrían que ceder el sitio a la Duma, y hacían o, por lo menos, intentaban hacer en este sentido cuanto podían.

La solución de este enigma, acerca del cual se reflexionaba relativamente poco en el torbellino de los acontecimientos, es muy sencilla: los municipios, lo mismo que todas las

instituciones democráticas en general, sólo pueden funcionar a base de relaciones sociales estables, es decir, de un determinado régimen de propiedad. Pero la esencia de toda revolución está, precisamente, en poner esa base social en tela de juicio, en tanto que se contrasta revolucionariamente la correlación de las fuerzas de clases y éstas dan la contestación. Los soviets, pese a la política de sus dirigentes, eran una organización combativa de las clases oprimidas, que se agrupaban consciente o semiconscientemente para modificar las bases del régimen social. Los municipios daban igual representación a todas las clases sociales reducidas a la abstracción de ciudadanos; en medio de aquellas condiciones revolucionarias, tenían gran parecido con esas conferencias diplomáticas en que los representantes se entretienen en un lenguaje convencional e hipócrita, mientras los pueblos representados se preparan febrilmente para la guerra. En las jornadas revolucionarias por las que estaban atravesando, los municipios arrastraban una vida semificticia. En los momentos decisivos, cuando la intervención de las masas marcaba la orientación principal de los acontecimientos, los municipios saltaban hechos añicos y sus elementos componentes iban a parar uno y otro lado de la barricada. Bastaba con detenerse un momento a compara el papel que hacían los soviets y el que hacían los municipios, durante los meses de mayo a octubre, para prever la suerte que a la Asamblea constituyente le estaba reservada.

El gobierno de coalición no se daba ninguna prisa en convocar la Asamblea. Los liberales que, faltando a las reglas de la aritmética democrática, tenían la mayoría en el gobierno, no se apresuraban tampoco a acudir a la Asamblea constituyente para representar en ella, como lo representaban en las nuevas Dumas, el papel de impotente ala derecha. La Comisión especial encargada de preparar la convocatoria de la Asamblea constituyente no empezó a funcionar hasta fines de mayo, tres meses después de la revolución. Los jurisconsultos liberales dividían cada pelo en dieciséis partes, agitaban en la retorta todos los componentes democráticos, disputaban sin fin acerca de los derechos electorales del ejército y de si debía o no concederse el voto a los desertores, que se contaban por millones, y a los individuos de la familia real, que se contaban por docenas. En lo posible, se rehuía hablar de la fecha de reunión de la Asamblea. El tocar este punto en la Comisión estimábase, por lo general, como una falta de tacto, de la cual sólo eran capaces los bolcheviques.

Transcurrían las semanas, y a pesar de las esperanzas concebidas y las profecías formuladas por los conciliadores, los soviets no desaparecían. Es cierto que, desorientados por sus propios jefes, caían, en algunos momentos, en un estado de semipostración, pero a

la primera señal de peligro se ponían de pie, evidentemente de un modo indiscutible para todo el mundo que los soviets eran los verdaderos amos de la situación. A la par que los saboteaban, los socialrevolucionarios y los mencheviques veíanse obligados a reconocer su supremacía en todos los casos de importancia. Esta supremacía se patentizaba, asimismo, en el hecho de que las mejores fuerzas de ambos partidos estuviesen concentradas en los soviets. A los municipios y a los zemstvos se destinaban hombres de segunda fila, técnicos, capacidades administrativas; y lo mismo ocurría en el partido bolchevique. Sólo los kadetes, que no tenían acceso a los soviets, concentraban sus mejores elementos en los órganos de la administración municipal; pero la minoría burguesa, impotente, no pudo llegar a convertirlos en su punto de apoyo.

Consecuencia de esto era que nadie viese en los municipios órganos suyos. El exacerbado antagonismo de obreros y fabricantes, soldados y oficiales, campesinos y terratenientes, no se podía exteriorizar abiertamente en los municipios o en los zemstvos, como se hacía en las organizaciones propias, en los soviets de una parte, y de otra, en las sesiones "privadas" de la Duma y demás entrevistas y reuniones de los políticos de la burguesía. Cabe poner de acuerdo con el adversario acerca de pequeñeces, pero nunca sobre cuestiones de vida o muerte.

Tomando la fórmula de Marx, que dice que el gobierno es el Comité de la clase dominante, fuerza es decir que los verdaderos "comités" de las clases que luchaban por el poder se hallaban al margen del gobierno de coalición. Esto era, por lo que se refiere al Soviet, representado en el gobierno como minoría de una evidencia absoluta. Pero no era menos evidente con respecto a la mayoría burguesa. Los liberales no tenían posibilidad alguna de ponerse de acuerdo, en presencia de los socialistas, sobre las cuestiones que a la burguesía más interesaban. La separación de Miliukov, jefe reconocido e indiscutible de la burguesía, en torno al cual se agrupaban todos los que tenían algo que perder, poseía un carácter simbólico y ponía al descubierto que el gobierno se hallaba descentrado en todos los sentidos. La vida política giraba alrededor de dos focos, uno de los cuales estaba a la izquierda y el otro a la derecha del palacio de Marinski.

Los ministros, que no se atrevían a decir en voz alta lo que pensaban del gobierno, vivían en una atmósfera de convencionalismo que ellos mismos se creaban. La dualidad de poderes, disfrazada por la coalición, acabó por convertirse en una escuela de doble sentido, de doble moral y de toda clase de dobleces y equívocos. A lo largo de los seis meses siguientes, el gobierno de coalición pasó por una serie de crisis y modificaciones, pero

conservó siempre, hasta el día de su muerte, sus dos rasgos característicos fundamentales: impotencia y falsedad.

CAPITULO XIX
LA OFENSIVA

En el ejército, lo mismo que en el país, se estaba operando un constante desplazamiento político de fuerzas: la base evolucionaba hacia la izquierda, la cúspide hacia la derecha. A la par que el Comité ejecutivo se convertía en un instrumento de la Entente para dominar la revolución, los comités del ejército, que habían surgido como una representación de los soldados contra el mando, convertíanse en auxiliares de éste contra los soldados.

La composición de los comités era muy heterogénea. Había en ellos no pocos elementos patrióticos de buena fe que identificaban la guerra con la revolución y que se lanzaron valerosamente a la ofensiva ordenada desde arriba, jugándose la cabeza por una causa que no era la suya. Junto a ellos estaban los héroes de la frase, los Kerenski de división y de regimiento. Finalmente, los comités albergaban a no pocos pequeños aventureros y bribones que se instalaban en ellos para esquivar las trincheras y al acecho de privilegios y prerrogativas. Todo movimiento de masas, sobre todo en su primera fase, saca inevitablemente a flote a todas esas variedades de la fauna humana. Lo que hay es que el período conciliador fue fecundísimo en toda suerte de charlatanes y camaleones. Los hombres hacen los programas, pero también los programas hacen a los hombres. En las revoluciones, las escuelas de contacto se convierten siempre en escuelas de intrigas y de maniobras.

El régimen de la dualidad de poderes imposibilitaba la creación de un instrumento militar eficiente. Los kadetes eran blanco del odio de las masas populares, y dentro del ejército veíanse obligados a adoptar el nombre de socialrevolucionarios. La democracia no podía poner en pie al ejército, por la misma razón por la cual no podía tomar en sus manos el poder; lo uno era inseparable de lo otro. Como detalle curioso y que, sin embargo, da una idea bastante clara de la situación. Sujánov observa que el gobierno provisional no organizó en Petrogrado ni un solo desfile militar; ni los liberales ni los generales querían participar en un desfile organizado por el Soviet, pero comprendían perfectamente que sin él el desfile era irrealizable.

La alta oficialidad iba acercándose más y más a los kadetes en espera de que levantaran la cabeza partidos más reaccionarios. Los intelectuales pequeño burgueses podían dar al ejército, como lo habían dado bajo el zarismo, un contingente considerable de pequeña oficialidad; pero eran incapaces de crear un cuerpo de mando a su imagen y

semejanza, por la sencilla razón de que carecían de imagen propia. Como había de demostrar el curso ulterior de la revolución el cuerpo de mando había que sacarlo, tal y como era, de la nobleza y la burguesía, como hacían los blancos, o formarlo y educarlo a base de una selección proletaria, como hacían los bolcheviques. No había otro camino. Los demócratas pequeño burgueses no podían hacer ni lo uno ni lo otro. Tenían que persuadir, rogar, engañar a todo el mundo, y cuando veían que no conseguían nada, llevados por la desesperación, entregaban el poder a la oficialidad reaccionaria para que ésta se encargase de infundir las sanas ideas revolucionarias al pueblo.

Una tras otra iban abriéndose las llagas de la vieja sociedad, destruyendo el organismo del ejército. El problema de las nacionalidades, en todos sus aspectos -y en Rusia abundaban-, iba penetrando, cada vez más, en las raíces de las masas militares, integradas en grandísima parte, en más de la mitad, por elementos no rusos. Los antagonismos nacionales se entretejían y cruzaban en distinto sentidos con los de clase. La política del gobierno en este terreno, como en todos los demás, era vacilante y confusa, lo cual la hacía parecer doblemente pérfida. Había generales que se entretenían creando formaciones nacionales, por ejemplo, el "cuerpo musulmán con disciplina francesa" en el frente rumano. En general, estas nuevas formaciones nacionales resultaron ser más eficientes que las del viejo ejército, pues habían sido creadas en torno a una nueva idea y bajo una nueva bandera. Pero esta cohesión nacional no duró mucho tiempo; el rumbo que había de tomar la lucha de clases no tardó en quebrantarla. El mismo proceso de las formaciones nacionales, que amenazaba con extenderse a la mitad del ejército, colocaba ya a éste en un estado de fluctuación, descomponiendo las viejas unidades antes de que tuvieran tiempo de formarse las nuevas. Pro todas partes surgían calamidades.

Miliukov escribe en su historia que lo que perdió al ejército fue el "conflicto planteado entre las ideas de la disciplina revolucionaria y la de la disciplina militar de tiempos normales", entre la "democratización" del ejército y la conservación de su "capacidad combativa"; bien entendido que al decir "disciplina de los tiempos normales" se alude a la que regía bajo el zarismo. Parece que un historiador no debía ignorar que toda gran revolución determina la desaparición del viejo ejército, arrollado no precisamente por el choque entre principios abstractos de disciplina, sino entre clases de carne y hueso. La revolución no sólo permite imponer una severa disciplina en el ejército, sino que la crea. Lo que ocurre es que esta disciplina no la pueden imponer precisamente los representantes de la clase derrocada por la revolución.

"Es un hecho evidente -escribía, el 26 de septiembre de 1851, un alemán inteligente a otro- que la desorganización del ejército y la completa descomposición de la disciplina han sido siempre la condición, a la par que el fruto, de toda revolución triunfante." Toda la historia de la humanidad confirma esta ley tan sencilla y tan indiscutible. Pero no eran sólo los liberales, sino también los socialistas rusos que habían pasado por la experiencia de 1905, los que no comprendían esto, a pesar de haber proclamado, más de una vez, como sus maestros, a estos dos alemanes a que nos referimos, uno de los cuales era Federico Engels y el otro Carlos Marx. Los mencheviques creían seriamente que el ejército que había hecho la revolución iba a continuar la guerra bajo el viejo mando. ¡Y esos hombres acusaban de utopistas a los bolcheviques!

A principios de mayo, el general Brusilov caracterizaba, de un modo bastante preciso, en la conferencia celebrada en el Cuartel general, el estado del mando; un 15 a un 20 por 100 de jefes y oficiales se habían sometido al nuevo orden de cosas por convicción; una parte de los oficiales empezaba a coquetear con los soldados y a hostigarlos contra el mando; la mayoría, cerca del 75 por 100, no se resignaba a adaptarse, sentíase ofendida, se encerraba en su concha y no sabía lo que se hacía. Además, desde el punto de visa puramente militar, la aplastante mayoría de la oficialidad no servía para nada.

En la conferencia celebrada con los generales, Kerenski y Skobelev se disculparon con todas sus fuerzas por la revolución, que, desgraciadamente, "continuaba" y con la cual había que contar. El general de las "centurias negras", Gurchkov, objetó a los ministros en tono de mentor: "Decís que la revolución continúa. Dadnos oídos a nosotros... contened la revolución y facilitadnos a nosotros los militares, los medios para cumplir hasta el fin con nuestro deber." Kerenski se esforzó en complacer en todo a aquellos simpáticos generales... hasta que uno de ellos, el valeroso Kornílov, casi lo ahoga en sus brazos de puro cariño.

La política conciliadora en plena revolución es una política de oscilaciones febriles entre las clases. Kerenski era la encarnación viva de estas oscilaciones. Puesto al frente del ejército, inconcebible sin un régimen claro y decidido, convirtióse en el instrumento inmediato de su descomposición. Denikin cita una curiosa lista de personas destituidas de sus puestos del alto mando, lista hecha al azar, pues nadie sabía, y Kerenski menos que nadie, en qué sentido había que proceder. Alexéiev destituyó al jefe del frente, Ruski, y al comandante del ejército, Radko-Dimitriev, por su debilidad y su tolerancia para con los comités, impulsado por los mismos motivos, destituyó Brusílov a Yudenich, que se había acobardado. Kerenski destituyó al propio Alexéiev y a los generalísimos Gurko y Dragomitov por la resistencia que oponían a la democratización del ejército. La misma

razón hizo que Brusílov destituyese al general Kaledin, hasta que a él mismo le destituyeron también por su indulgencia excesiva hacia los comités; Kornílov hubo de abandonar el mando de la región militar de Petrogrado por su incapacidad para convivir con la democracia, lo cual no impidió que se le confiara después el mando del frente y que luego pasara al mando supremo. Denikin fue destituido de su cargo de jefe del Estado Mayor de Alexéiev, por su postura claramente reaccionaria; sin embargo, no tardó en ser designado general en jefe del frente occidental. Esta confusión, que atestiguaba que en las alturas no sabían lo que hacían, ni lo que querían, llegaba desde los generales hasta los sargentos, acelerando la descomposición del ejército.

Los comisarios, al mismo tiempo que exigían que los soldados obedecieran a los oficiales, desconfiaban de éstos. En el momento en que la ofensiva se hallaba en su apogeo, en la reunión del soviet de Mohilev, celebrada en la residencia del Cuartel general en presencia de Kerenski y Brusílov, uno de los miembros del soviet declaró: "El 88 por 100 de la oficialidad del Cuartel general crea con su conducta un peligro contrarrevolucionario." Para los soldados, esto no era ningún secreto, pues habían tenido tiempo suficiente de conocer a sus oficiales antes de la revolución.

En el transcurso de todo el mes de mayo, en los comunicados del mando vibra siempre, con diversas variantes, la misma idea: "La actitud con respecto a la ofensiva es, en general, desfavorable, sobre todo por parte de la Infantería. A veces, añadían: "La situación es un poco mejor en la Caballería y bastante mejor en la Artillería."

A fines de mayo, cuando ya se estaban movilizando las tropas para la ofensiva el comisario del séptimo ejército telegrafiaba a Kerenski: "En la división 12ª, el regimiento 48º ha entrado en acción en su totalidad; del 45º y del 46º, la mitad solamente; el 47º se niega a atacar. De los regimientos de la 13ª división ha entrado en acción el 50º regimiento casi en su integridad. Promete hacerlo mañana el regimiento 51º; el 49º no ha obrado de acuerdo con las órdenes transmitidas, y el 52º se ha negado a moverse, deteniendo a todos sus oficiales." Este espectáculo se observaba casi por todas partes. El gobierno contestó en los siguientes términos a la comunicación del comisario: "Disolver los regimientos 45º, 46º, 47º y 52º y entregar a los oficiales y soldados que hayan excitado a la desobediencia." Esto tenía un aire amenazador, pero no asustaba a nadie. Los soldados que no apetecían combatir no tenían que temer ni a la disolución ni a los tribunales. Para poner en movimiento a las tropas fue preciso movilizar a unos regimientos contra otros. De instrumento de represión servían casi siempre los cosacos, ni más ni menos que bajo el zar, con la diferencia de que

ahora eran los socialistas los que los mandaban, pues no hay que olvidar que se trataba de defender la revolución.

El 4 de junio, menos de dos semanas antes de que se iniciara la ofensiva, el jefe de Estado Mayor del Cuartel general comunicaba: "El frente norte continúa en estado de efervescencia; los soldados siguen confraternizando y en la Infantería la actitud ante la ofensiva es desfavorable... En el frente occidental la situación es incierta. En el suroccidental se nota una cierta mejoría en la moral de las tropas... En el frente rumano no se observa ninguna mejoría sensible: la Infantería no quiere atacar..."

El 11 de junio de 1917, el jefe del regimiento 61º escribe: "Lo único que los oficiales y yo podemos ya hacer es ponernos en salvo, pues ha llegado de Petrogrado un soldado leninista de la 5ª compañía... Muchos de los mejores soldados y oficiales han desaparecido ya." Por lo visto, bastaba con que un adepto de Lenin se presentase en el regimiento para que la oficialidad se diera a la fuga. Aquí, el soldado que acababa de llegar era, indudablemente, la varilla que se introduce en una disolución saturada para producir la cristalización. Sin embargo, no bata lo que aquel buen coronel diga para suponer que se trataba efectivamente de un bolchevique. Por aquellos días, el mando aplicaba el calificativo de leninista a todo soldado que levantara un poco audazmente la voz contra la ofensiva. Muchos de estos "leninistas" seguían creyendo todavía de buena fe que Lenin había venido a Rusia con una comisión del káiser. El jefe del 71º regimiento intentaba intimidar a sus soldados amenazándolos con sanciones por parte del gobierno. Uno de los soldados le replicó: "Derribamos al gobierno anterior y podemos hacer otro tanto con el de Kerenski." Los soldados, influidos por la agitación de los bolcheviques y aun rebasándola en mucho, sabían ya expresarse de otro modo.

Ya a fines de abril, la escuadra del Mar Negro, que se hallaba bajo la dirección de los socialrevolucionarios, y que, a diferencia de la de Kronstadt, era considerada como un reducto del patriotismo, envió por el país a una delegación especial de trescientos hombres, a la cabeza de la cual iba el bravo estudiante Batkin disfrazado de marinero. En esa delegación había no poco de carnavalesco, pero había también mucho de sincero entusiasmo. La delegación difundió por el país la idea de llevar adelante la guerra hasta el triunfo final; pero a cada semana que pasaba, el auditorio se le volvía más hostil. Y al mismo tiempo que los marineros del Mar Negro iban bajando cada vez más el tono de su prédica en favor de la ofensiva, presentábase en Sebastopol una delegación del Báltico a hacer campaña en favor de la paz. Los marineros del norte tuvieron más éxito en el sur que los meridionales en el norte. Bajo la influencia de los marineros de Kronstadt, los de

Sebastopol emprendieron el 8 de junio el desarme del mando y procedieron a detener a los oficiales más odiados.

En la sesión celebrada el 8 de junio por el Congreso de los soviets, Trotski preguntó cómo se explicaba que en "aquella escuadra, modelo del mar negro, que había enviado delegaciones patrióticas por todo el país, en aquel hogar del patriotismo organizado hubiera podido producirse, en un momento tan crítico, una explosión de este género. ¿Qué significa esto?" La pregunta se quedó sin contestar. La ausencia del mando y de dirección traía de cabeza a todo el mundo: a los soldados, a los jefes y a los vocales de los comités. No había más remedio que buscar una salida a aquella situación, fuera la que fuese. A los de arriba se les antojaba que la ofensiva pondría fin al desconcierto y daría un carácter definido a las cosas. Y esto era verdad hasta un cierto punto. Si Tsereteli y Chernov en Petrogrado predicaban la ofensiva, dando a su voz todas las inflexiones de la retórica democrática, era natural que en el frente los miembros de los comités, mano a mano con la oficialidad, emprendiesen dentro del ejército la lucha contra el nuevo régimen, sin el cual no era concebible la revolución, pero que era incompatible con la guerra. Pronto este cambio dio sus frutos. "Los miembros del comité iban evolucionando, día a día, hacia la derecha de un modo cada vez más acentuado -cuenta uno de los oficiales de la Marina-; pero, al mismo tiempo, veíase cómo disminuía por momentos su prestigio entre los marineros y los soldados." Y daba la casualidad de que para guerrear lo que hacia falta eran, precisamente, soldados y marineros.

Brusílov inclinóse, con la venia de Kerenski, hacia la formación de batallones de choque de voluntarios, con lo cual venía a reconocer abiertamente la ausencia de capacidad combativa en el ejército. A esta empresa asociáronse inmediatamente los elementos heterogéneos, aventureros muchos de ellos, tales como el capitán Muraviov, quien, después de la revolución de Octubre, se fue con los socialrevolucionarios de izquierda para luego, después de unas cuantas acciones turbulentas y brillantes a su manera, traicionar al poder de los soviets y caer atravesado por una bala, no se sabe bien si bolchevique o propia. Huelga decir que la oficialidad contrarrevolucionaria se aferró ávidamente a esta idea de los batallones de choque, que les venían al dedillo como forma legal para encuadrar sus fuerzas. Pero la iniciativa no encontró apenas eco entre las masas de los soldados. Los hambrientos de aventuras formaron los batallones femeninos de "Húsares negros de la Muerte". Uno de estos batallones fue, en octubre, la última fuerza armada de que dispuso Kerenski para la defensa del Palacio de Invierno.

El militarismo alemán no tenía gran cosa que temer de todas estas invenciones, aunque el fin perseguido no fuese otro que contribuir a derrocarlo.

La ofensiva que el Cuartel general había garantizado a los aliados para principios de primavera iba aplazándose semana tras semana. Pero ahora la Entente no toleraba ya más aplazamientos. Para conseguir, a fuerza de presiones, que no toleraba ya más aplazamientos. Para conseguir, a fuerza de presiones, que se emprendiese una ofensiva inmediata, los aliados no reparaban en procedimientos. Al mismo tiempo que Vandervelde lanzaba sus patéticas soflamas, sus poderdantes amenazaban con suspender el suministro de material de guerra. El cónsul general de Italia en Moscú declaró en la prensa, no en la italiana, sino en la rusa, que caso de que Rusia negociase una paz separada, los aliados dejarían al Japón en completa libertad de movimientos en Siberia. Y los periódicos liberales, no los de Roma, sino los de Moscú, publicaban con patriótico entusiasmo estas conminaciones insolentes, aplicándolas no precisamente a la eventualidad de una paz separada, sino a la demora de la ofensiva. Los aliados no se andaba tampoco con cumplidos en otros respectos, por ejemplo, en el de la Artillería de pacotilla enviada a Rusia: el 35 por 100 de los cañones hubieron de ser retirados por inservibles al cabo de dos semanas de funcionar muy moderadamente. Inglaterra restringía los créditos. En cambio, los Estados Unidos, nuevo protector, concedía al gobierno provisional, sin consultarlo con Inglaterra, un crédito de setenta y cinco millones de dólares para la ofensiva que se avecinaba...

La burguesía rusa, sin perjuicio de apoyar las pretensiones de los aliados y desplegar una furiosa campaña en favor de la ofensiva, no abrigaba confianza alguna en ésta, razón por la cual se abstenía de suscribirse al "Empréstito de la Libertad". Por su parte, la monarquía derribada aprovechábase de la ocasión que se le brindaba para recordar que existía: en una declaración enviada al gobierno provisional, los Romanov expresaban su deseo de suscribirse al empréstito; pero añadían que "la cantidad suscrita dependería del hecho de que el Tesoro contribuyese o no a sostener a los miembros de la familia real". Y todo esto lo leía el ejército, que no ignoraba que la mayoría del gobierno provisional, al igual que la alta oficialidad, seguía confiando vivamente en la restauración de la monarquía.

Justo es consignar que en los países aliados no todo el mundo estaba de acuerdo con Vandervelde, Thomas y Cachin en su prisa por empujar al abismo al ejército ruso. Alzábanse también voces advirtiendo del peligro. "El ejército ruso no es más que una fachada -decía el general Pétain-, que se derrumbará en cuanto se menee un poco." En el mismo sentido se expresaba, por ejemplo, la misión americana. Pero triunfaron otras consideraciones. Era preciso robar a la revolución el alma. "La campaña de

confraternización germano-rusa -explicaba posteriormente Painlevé- producía tales estragos (*faisait de tels ravages*), que al dejar inactivo al ejército ruso podía correrse el riesgo de una rápida descomposición."

La preparación de la ofensiva, desde el punto de vista político, corría a cargo de Kerenski y Tsereteli, quienes, en un principio, actuaban secretamente, guardando el secreto hasta con sus más íntimos correligionarios. Y mientras, por su parte, los líderes poco avisados o mal informados seguían perorando acerca de la defensa de la revolución. Tsereteli insistía con energía redoblada en la necesidad de que el ejército estuviese preparado para una intervención activa. El que más se resistió o, mejor dicho, más coqueteó, fue Chernov. En la sesión celebrada por el gobierno provisional el 17 de mayo, alguien preguntó apasionadamente al "ministro de las aldeas", como se llamaba él mismo, si era cierto que en un mitin no había hablado con el entusiasmo necesario de la ofensiva. Resultaba que Chernov habíase expresado así: "La ofensiva no es cosa mía, pues yo soy un político, sino de los estrategas del frente." Estos hombres jugaban al escondite con la guerra lo mismo que con la revolución. Pero este juego no podía durar mucho.

Huelga decir que la preparación de la ofensiva hacía que se redoblasen las persecuciones contra los bolcheviques, a quienes se acusaba, cada vez con mayor insistencia, de ser partidarios de la paz por separado. La conciencia de que esta paz era la única salida, deducíase directamente de la situación misma del país, esto es, de la debilidad y del agotamiento de Rusia comparada con los demás países beligerantes; pero nadie se había preocupado aún de medir las fuerzas del nuevo factor: la revolución. Los bolcheviques entendían que la perspectiva de la paz por separado sólo podía evitarse en el supuesto de que se alzaran audazmente y hasta donde fuese necesario la fuerza y el prestigio de la revolución frente a la guerra. Mas para esto era ineludible, ante todo, romper la alianza con la burguesía. El 9 de junio Lenin declaraba en el Congreso de los soviets: "Los que dicen que nosotros aspiramos a la paz separada faltan a la verdad. Lo que nosotros mantenemos es: nada de paz separada con ningún capitalista, y con los capitalistas rusos menos que con nadie. ¡Abajo esta paz separada!" "Aplausos", acota el acta de la sesión. Era una pequeña minoría del Congreso la que aplaudía; por esos los aplausos eran doblemente entusiastas.

En el Comité ejecutivo, los unos carecían de la decisión suficiente; los otros querían que el organismo que gozaba de más prestigio les sirviese de tapadera. A última hora se tomó la resolución de comunicar a Kerenski que no era aconsejable circular las órdenes para la ofensiva antes de que decidiera la cuestión el Congreso de los soviets. La declaración, presentada por la fracción bolchevique y que estaba sobre la mesa desde la

primera sesión del Congreso, decía que "con la ofensiva no se conseguiría más que desorganizar definitivamente el ejército, enfrentando una parte de él con la otra" y que "el Congreso debía oponerse inmediatamente a la presión contrarrevolucionaria, o asumir íntegra y abiertamente la responsabilidad de esta política."

La resolución votada por el Congreso a favor de la ofensiva no pasó de ser una formalidad democrática. Todo estaba preparado de antemano. Hacía ya tiempo que los artilleros tenían enfiladas las baterías sobre las posiciones enemigas. El 16 de junio, en una orden circulada al ejército y a la flota, Kerenski, después de invocar el nombre del generalísimo, "este caudillo aureolado por las victorias", demostraba la necesidad de asestar "un golpe rápido y decisivo", y terminaba con estas palabras: "¡Adelante: ésta es la orden que os doy!"

En un artículo escrito en vísperas de la ofensiva y dedicado a comentar la declaración presentada por la fracción bolchevique al Congreso de los soviets, decía Trotski: "La política del gobierno imposibilita toda acción militar eficaz... Las premisas materiales de que parte la ofensiva no pueden ser más desfavorables. La organización del avituallamiento del ejército refleja el desastre económico general del país, contra el cual el presente gobierno no puede tomar ninguna medida radical. Y aún son más desfavorables las premisas morales. El gobierno ha puesto al desnudo ante el ejército... su incapacidad para regentar la política de Rusia sin contar con la voluntad de sus aliados imperialistas. El resultado de esto tenía que ser inevitablemente la progresiva descomposición del ejército. Las deserciones en masa... no son ya, en las circunstancias actuales, un simple fruto de la voluntad individual: se han convertido en indicio de la completa incapacidad del gobierno para cohesionar al ejército revolucionario por la unidad interna de los fines perseguidos..." Después de indicar que el gobierno no se decidía "a la inmediata abolición de la propiedad de la tierra, única medida que persuadiría al campesino más atrasado de que esta revolución es su revolución", el artículo termina así: "En estas condiciones materiales y morales, la ofensiva tiene que degenerar, inevitablemente, en una aventura."

El mando entendía que la ofensiva, condenada a un fracaso seguro desde el punto de vista militar, no tenía más justificación que los objetivos de orden político a que se aplicaba. Denikin, después de recorrer su frente, comunicaba a Brusílov: "No creo en el éxito de la ofensiva." A este fracaso contribuía también la incapacidad del propio mando. Stankievich, oficial y patriota, atestigua que, ya de por sí, el estado en que se encontraba la organización técnica excluía la posibilidad de un triunfo, fuese cual fuese la moral de los soldados: "La organización de la ofensiva no resistía a la menor crítica." Una delegación de oficiales, con

el presidente de la Asociación de Oficiales, el kadete Nvosíltsiev a la cabeza, se presentó a los jefes del partido kadete para prevenirles de que la ofensiva estaba condenada a un fracaso irremediable, que sólo conduciría a la destrucción de las mejores fuerzas. Las autoridades superiores contestaban a estas prevenciones con frases vagas: "Abrigábase la esperanza -dice el jefe de estado mayor del Cuartel general, el general reaccionario Lukomski- de que acaso los primeros combates victoriosos harían cambiar la sicología de las masas y darían a los jefes la posibilidad de empuñar de nuevo las riendas que les habían sido arrebatadas." No era otro, en efecto, el principal fin que se perseguía: volver a empuñar las riendas.

De acuerdo con un plan concebido hacía ya mucho tiempo, el golpe principal había de darse en la dirección de Lvov con las fuerzas del frente suroccidental; a los frentes del norte y occidental se les asignaban objetivos de carácter auxiliar. La ofensiva se iniciaría simultáneamente en todos los frentes. Pronto se vio que la realización de este plan excedía de las fuerzas disponibles. En vista de esto decidióse poner en juego a los frentes uno tras otro, empezando por los secundarios. Pero resultó que esto no era tampoco factible. "Entonces, el mando supremo -dice Denikin- decidió renunciar a todo sistema estratégico y se vio obligado a ceder a los propios frentes la iniciativa, autorizándoles para que empezasen las operaciones por su cuenta, a media que estuviesen preparados." Todo se confiaba, como se ve, a los designios de la providencia. Lo único que faltaba eran los iconos de la zarina. Pero para sustituirlos estaban allí los iconos de la democracia. Kerenski recorría los frentes, imprecaba, imploraba, bendecía. La ofensiva se inició el 16 de junio en el frente suroccidental; el 8, en el septentrional; el 9, en el de Rumania. La entrada en batalla, ficticia en realidad, de los últimos tres frentes coincidió ya con el principio del derrumbamiento del frente principal, es decir, del suroccidental.

Kerenski comunicó al gobierno provisional: "Hoy es un día de gran júbilo para la revolución. El 18 de junio, el ejército revolucionario ruso ha pasado a la ofensiva con inmenso entusiasmo." "Se ha producido el acontecimiento anhelado durante tanto tiempo -decía el periódico kadete *Riech*- y que ha hecho que la revolución rusa retornara a sus mejores días." El 19 de julio, el viejo Plejánov declamaba ante una manifestación patriótica: "¡Ciudadanos! Si os pregunto qué día es hoy contestaréis que es lunes. Pero esto es un error" hoy es domingo, y domingo de resurrección para nuestro país y para la democracia del mundo entero. Rusia, después de haberse emancipado del yugo del zarismo, ha decidido emanciparse también del yugo del enemigo." Tsereteli decía el mismo día ante el Congreso de los soviets: "Una nueva página se abre en la historia de la revolución rusa...

No es sólo la democracia rusa la que debe saludar los triunfos de nuestro ejército revolucionario, sino con ella... todos los que aspiran real y verdaderamente a empeñarse en la lucha contra el imperialismo." La democracia patriótica abría todos sus grifos.

Entretanto, los periódicos publicaban una noticia jubilosa: "La Bolsa de París saluda la ofensiva con el alza de todos los valores rusos." Los socialistas pulsaban, por lo visto, la estabilidad de la revolución por los boletines de cotización: pero la historia nos enseña que cuando más a gusto se siente la Bolsa es cuando peor marchan las revoluciones.

Los obreros y la guarnición de la capital no se sintieron arrastrados ni un momento por aquella oleada artificial de patriotismo recalentado. Su palestra seguía siendo la avenida Nevski. "Hemos salido a la Nevski -cuenta en sus Memorias el soldado Chinenov- intentando hacer campaña contra la ofensiva. Los burgueses se han lanzado contra nosotros esgrimiendo sus paraguas... Nosotros hemos cogido a los burgueses, los hemos llevado a los cuarteles... y les hemos dicho que, al día siguiente, los expediríamos al frente." Eran ya los síntomas de la explosión de la guerra civil que se avecinaba: las jornadas de julio estaban próximas.

El 21 de junio, el regimiento de ametralladoras tomaba en asamblea general el acuerdo siguiente: "En lo sucesivo, sólo mandaremos fuerzas al frente cuando la guerra tenga un carácter revolucionario..." En contestación a la amenaza de disolución, el regimiento declaró que él, por su parte, no se detendría ante la disolución "del gobierno provisional y demás organizaciones que lo apoyan". Otra vez volvemos a percibir las notas de una amenaza que va mucho más allá que las campañas de los bolcheviques.

El 23 de junio, la crónica de los acontecimientos señala: "Las unidades del 11º ejército se han apoderado de la primera y segunda líneas de trincheras del enemigo..." Junto a esta noticia, léese esta otra: "En la fábrica de Baranovski (seis mil obreros) se han celebrado las elecciones al Soviet de Petrogrado. Para sustituir a los tres diputados socialrevolucionarios han sido elegidos tres bolcheviques."

A fines de mes, la fisonomía del Soviet de Petrogrado había cambiado ya considerablemente. Es cierto que el 20 de junio el Soviet tomaba el acuerdo de saludar al ejército que había emprendido la ofensiva. Pero, ¿por qué mayoría? Por 472 votos contra 271 y 39 abstenciones. Es un nuevo balance de fuerzas que nos salta a la vista. Los bolcheviques, con los grupos de mencheviques y socialrevolucionarios de izquierda, representan ya las dos quintas partes del Soviet. Ello significa que en las fábricas y en los cuarteles los adversarios de la ofensiva forman ya una mayoría indiscutible.

El Soviet de la barriada de Viborg vota el 24 de junio un acuerdo en el que cada palabra es como un martillazo: "Protestamos contra la aventura del gobierno provisional, que emprende la ofensiva al servicio de los viejos tratados expoliadores... y descargamos toda la responsabilidad por esa política de ofensiva sobre el gobierno provisional y los partidos de los mencheviques y socialrevolucionarios que le sostienen." Relegada a segundo término después de la revolución de Febrero, la barriada de Viborg va avanzando con paso seguro hacia los primeros puestos. En el Soviet de Viborg predominaban ya completamente los bolcheviques.

Ahora todo dependía del resultado de la ofensiva, es decir, de los soldados de las trincheras. ¿Qué cambios determinó la ofensiva en la conciencia de los que tenían que llevarla a cabo? Los soldados anhelaban, de un modo irresistible, la paz. Sin embargo, los dirigentes consiguieron durante algún tiempo hasta cierto punto o, por lo menos, lo consiguieron de una parte de los soldados, convertir este anhelo en una buena disposición respecto a la ofensiva.

Después de la revolución, los soldados esperaban que el nuevo régimen firmase cuanto antes la paz, y hasta que ese día llegase estaban dispuestos a montar la guardia en el frente. Pero ese día no llegaba. Los soldados rusos empezaron a confraternizar con los alemanes y los austríacos, influidos en parte por las campañas de los bolcheviques, pero sobre todo buscando por propia iniciativa la senda de la paz. Estos escarceos de confraternización fueron ferozmente perseguidos. Además, se pudo observar que los soldados alemanes no habían sacudido todavía, ni mucho menos, la carga de la obediencia a sus oficiales. Y la confraternización, que no había traído la paz, disminuyó considerablemente.

De hecho, en el frente reinaba en aquel entonces un estado de armisticio, del cual se aprovechaban los alemanes para distraer enormes esfuerzos y mandarlos a los frentes occidentales. Los soldados rusos veían cómo quedaban vacías las trincheras enemigas, cómo se retiraban las ametralladoras, cómo se desmontaban los cañones. Se infundió sistemáticamente a los soldados la idea de que el enemigo estaba completamente debilitado, de que no tenía fuerzas, de que en Occidente se veía arrollado por los Estados Unidos y de que bastaba con que Rusia diese un empujón para que el frente alemán se desmoronase y obtuviéramos la paz. Los dirigentes no creían en esto ni por asomo, pero confiaban en que, una vez metida la mano en la máquina de la guerra, el ejército no podría sacarla tan fácilmente.

Viendo que no conseguían sus fines, ni por medio de la diplomacia del gobierno provisional ni a fuerza de confraternización, una parte de los soldados empezó a creer que convenía dar aquel empujón de que les hablaban y que acabaría de una vez con la guerra. Uno de los delegados enviados por el frente al Congreso de los soviets, expresaba en estos términos el estado de espíritu de los soldados: "Ahora nos encontramos ante un frente alemán desarmado, desartillado, y si tomamos la ofensiva y derrotamos al enemigo, nos acercaremos a la anhelada paz."

Y, efectivamente, en un principio, el enemigo se reveló extraordinariamente débil y se retiraba sin dar batalla, que, por su parte, los atacantes no hubieran podido tampoco librar. Pero el enemigo no se dispersaba, sino que, por el contrario, se agrupaba y se concentraba. Cuando habían avanzado veinte o treinta kilómetros, los soldados rusos presenciaron un espectáculo que conocían harto bien por su experiencia de los años precedentes: el enemigo los esperaba atrincherado en nuevas posiciones reforzadas. Y entonces fue cuando se puso de manifiesto que, si bien los soldados estaban aún dispuestos a dar un empujón para conseguir la paz, no querían tener absolutamente nada ya que ver con la guerra. Arrastrados a ella por la fuerza, por la presión moral, y sobre todo por el engaño, viraron en redondo indignados.

"Después de una preparación de artillería nunca vista por su intensidad, por lo que a los rusos se refiere -dice el historiador ruso de la guerra mundial general Sajonchokovski-, las tropas ocuparon casi sin pérdidas las posiciones enemigas, y se negaron a ir más allá. Se inició una deserción en masa. Regimientos enteros abandonaban las posiciones."

El político ucraniano Doroschenko, ex comisario del gobierno provisional en Galitzia, cuenta que, después de la toma de Galich y de Kalusch, "en Kalusch se desató un terrible pogromo contra la población ucraniana y judía. A los polacos nadie les tocó. El pogromo estaba dirigido por una mano experta, que señalaba muy especialmente las instituciones ucranianas de cultura." En esta matanza tomaron parte las mejores unidades del ejército, las "menos corrompidas por la revolución", cuidadosamente seleccionadas para la ofensiva. Pero en estos excesos se desenmascararon todavía más como lo que real y verdaderamente eran los caudillos de la ofensiva, los viejos jefes y oficiales zaristas, expertos organizadores de matanzas de judíos.

El 9 de julio los comités y comisarios del undécimo ejército telegrafiaban al gobierno: "La ofensiva alemana iniciada el 6 de julio en el frente del undécimo ejército toma las proporciones de un desastre incalculable... En las unidades que hace poco avanzaban, gracias a los esfuerzos heroicos de una minoría, se exterioriza un estado de espíritu funesto.

La acometividad que caracterizaba el comienzo de la ofensiva se ha apagado rápidamente. En la mayor parte del ejército se nota un creciente proceso ha perdido toda su fuerza y se la contesta con amenazas y a veces con disparos."

El generalísimo del frente sudoccidental, habiéndose puesto de acuerdo con los comisarios y los comités, publicó un decreto ordenando que se abriera el fuego contra los desertores.

El 12 de julio, el generalísimo del frente occidental, Denikin, volvía al estado mayor "con la desesperación clavada en el alma y la conciencia neta del desmoronamiento completo de la última tenue esperanza en... el milagro".

Los soldados no querían batirse. Los soldados de la retaguardia, a quienes se pidió que reemplazaran a las fuerzas exhaustas después de la ocupación de las trincheras enemigas, contestaron: "¿Para qué habéis tomado la ofensiva? ¿Quién os ha dado permiso para ello? Lo que hay que hacer no es organizar ofensivas, sino poner término a la guerra." El jefe del primer cuerpo siberiano, considerado como uno de los mejores, comunicaba que, al caer la noche, los soldados se retiraban en compañías enteras de la primera línea, no atacada. "Comprendí que nosotros, los jefes, éramos impotentes para cambiar la psicología de la masa de los soldados, y rompí a llorar larga y amargamente."

Una de las compañías se negó incluso a lanzar al enemigo una hoja dando cuenta de la toma de Galich, hasta que se encontrara un soldado que pudiera traducir el texto alemán al ruso. En este hecho se acusa toda la desconfianza que abrigaban los soldados contra el mando, tanto el viejo como el nuevo. Los siglos de escarnios y violencias salían ahora volcánicamente a la superficie. Los soldados sintiéronse engañados nuevamente. La ofensiva no conducía precisamente a la paz, sino a la guerra. Y los soldados no querían la guerra. Y tenían razón para no quererla. Los patriotas, bien resguardados en el interior, cubrían de denuestos a los soldados. Pero éstos tenían razón. Les guiaba un certero instinto nacional, que había sido tamizado por la conciencia de unos hombres estafados, torturados, entusiasmados un día por la esperanza revolucionaria y arrojados de nuevo al cieno y a la sangre. Los soldados tenían razón. La continuación de la guerra no podía dar al pueblo ruso más que nuevas víctimas, nuevas humillaciones, nuevas calamidades y una nueva y mayor esclavitud.

La prensa patriótica de 1917, no sólo la de los kadetes, sino también la socialista, no se cansaba de invocar los heroicos batallones de la Revolución francesa, poniéndolos por modelo a los soldados rusos desertores y cobardes. Esto no sólo atestiguaba su

incomprensión para la dialéctica del proceso revolucionario, sino que acusaba también una ignorancia histórica absoluta.

Aquellos magníficos caudillos de la Revolución francesa y del Imperio habían empezado casi todos siendo unos transgresores de la disciplina y unos desorganizadores. Miliukov diría que habían empezado siendo unos bolcheviques. El que más tarde fue mariscal Davout, cuando era teniente, se pasó muchos meses, desde el 89 al 90, relajando la disciplina "normal" que regía en la guarnición de Aisdenne, arrojando a puntapiés a sus jefes y oficiales. Hasta mediados de 1790, en toda Francia se desarrolló un proceso de completa disgregación del viejo ejército. Los soldados del regimiento de Vincennes obligaban a sus oficiales a comer a la misma mesa que ellos. La escuadra arrojaba de mala manera a sus oficiales. Veinte regimientos sometieron a sus jefes y oficiales a distintos actos de violencia. En Nancy, tres regimientos metieron a los oficiales en la cárcel. A partir de 1790, los caudillos de la Revolución francesa no se cansan de repetir, refiriéndose a los excesos militares: "La culpa es del poder ejecutivo, que no reemplaza a los oficiales enemigos del régimen." Y es digno de notar que tanto Mirabeau como Robespierre se pronuncian por la disolución de los antiguos cuadros de oficiales. El primero se esforzaba en implantar con la mayor prontitud posible una firme disciplina. Al segundo lo que le preocupaba era desarmar a la contrarrevolución. Pero uno y otro comprendían que el antiguo ejército no podía subsistir.

Es verdad que la Revolución rusa, a diferencia de la francesa, estalló en plena guerra. Pero de esto no se deduce, ni mucho menos, que haya que hacer para Rusia una excepción a la ley histórica formulada por Engels. Al contrario, las condiciones propias de una guerra larga y desdichada no podían hacer otra cosa que acelerar e imprimir un carácter más agudo al proceso revolucionario de disgregación del ejército. La funesta y criminal ofensiva de la democracia se encargó del resto. Ahora, los soldados decían ya abiertamente y por todas partes, a quien quería oírlos: "¡Basta de verter sangre! ¿Para qué nos sirven la libertad y la tierra si tenemos que morir de un balazo?" Esos intelectuales pacifistas que intentan suprimir la guerra a fuerza de argumentos racionalistas son sencillamente ridículos. Pero cuando las masas armadas aducen los argumentos de su razón, no hay guerra que no se acabe.

CAPITULO XX
LOS CAMPESINOS

El verdadero fundamento de la revolución era el problema agrario. En el arcaico régimen agrario ruso, procedente en línea directa de la era feudal, en el poder tradicional del terrateniente, en las íntimas relaciones existentes entre el terrateniente, la administración local y los organismos de casta de la tierra (los zemstvos), radicaban las manifestaciones más bárbaras de la vida rusa, que encontraban su apogeo y culminación en la monarquía rasputiniana. El campesino, punto de apoyo del asiatismo secular, era, al propio tiempo, su primera víctima.

En las primeras semanas que siguieron a la revolución de Febrero el campo apenas se movió ni dio señales de vida. Los elementos más activos se hallaban en el frente. Las viejas generaciones que se habían quedado en casa se acordaban demasiado bien de que la revolución solía acabar en expediciones represivas. El campo permanecía mudo, y la ciudad, en vista de esto, no se acordaba del campo. Pero el fantasma de la guerra campesina se cernía ya desde los días de marzo sobre las casas señoriales. De las provincias, donde ejercía un poder más considerable la nobleza, es decir, de las provincias más atrasadas y reaccionarias, se alzó el grito pidiendo auxilio antes de que se pusiera aún de manifiesto el peligro real. Los liberales reflejaban el pánico de los terratenientes, y los conciliadores reflejaban el estado de ánimo de los liberales. "Forzar el problema agrario en las próximas semanas -razonaba después de la revolución el "izquierdista" Sujánov- sería perjudicial, y no hay la menor necesidad de ello." Pero ya sabemos que Sujánov entendía también que era perjudicial forzar la cuestión de la paz y de la jornada de ocho horas. Era más sencillo agazaparse ante las dificultades. Además, los terratenientes atemorizaban a la gente diciendo que la alteración del régimen jurídico agrario tendría repercusiones nocivas en la siembra y en el abastecimiento de las ciudades. El Comité ejecutivo enviaba telegramas y en el abastecimiento recomendado "que no se dejasen llevar por los asuntos agrarios en perjuicio del abastecimiento de las ciudades."

En muchos sitios, los terratenientes, asustados por la revolución, dejaban las tierras sin sembrar. En la difícil crisis de subsistencias por que estaba atravesando el país, las tierras sin sembrar reclamaban casi a gritos un nuevo dueño. Los terratenientes, desconfiando del nuevo poder, liquidaban rápidamente sus propiedades. Los *kulaks* o campesinos acomodados apresurábanse afanosamente a comprar las tierras de los grandes propietarios, confiando en que la expropiación forzosa no se haría extensiva a ellos, por su

condición de "campesinos". Muchos de los tratos tenían un carácter deliberadamente ficticio. Suponíase que las propiedades privadas inferiores a una cierta medida no serían objeto de confiscación, y, para ponerse a salvo de ello, los terratenientes parcelaban ficticiamente sus haciendas en pequeños lotes, creando propietarios sobre el papel. No pocas veces, las tierras inscribíanse a nombre de extranjeros súbditos de los países aliados a neutrales. La especulación de los *kulaks* y las artimañas de los grandes hacendados amenazaban con no dejar en pie ni un puñado de tierra de los fondos agrarios del país para el momento en que se reuniese la Asamblea constituyente.

Los pueblos veían estas maniobras. Y pronto se alzaron voces pidiendo que se publicase un decreto prohibitivo de las transacciones sobre fincas. Los campesinos acudían a las ciudades a entrevistarse con los nuevos amos de la situación, en busca de tierra y de verdad. Más de una vez sucedía que los ministros, después de los elocuentes discursos y las ovaciones, tropezasen a la salida con las figuras grises de los delegados campesinos. Sujánov cuenta cómo uno de estos campesinos imploraba con lágrimas en los ojos los ciudadanos ministros que publicasen una ley protegiendo el fondo agrario contra la venta. Kerenski, impaciente, pálido y nervioso, le interrumpió: "He dicho que se haría, y, por lo tanto, se hará... No tiene usted por qué mirarme con esos ojos desconfiados." Sujánov, que presenciaba la escena, añade: "Anoto textualmente lo que oí. Kerenski tenía razón: los mujiks miraban con ojos de confianza al famoso caudillo y ministro del pueblo." En ese breve diálogo mantenido entre el mujik, que aún implora pero que ha perdido ya la confianza, y el ministro radical, que hace caso omiso de la desconfianza campesina, se encierra la clave inexorable del derrumbamiento del régimen de Febrero.

El decreto sobre los comités agrarios como órganos de preparación de la reforma de la tierra fue dado por el ministro de Agricultura, el kadete Chingarev. El Comité central, a cuyo frente se hallaba el profesor liberalburocrático Postnikov, estaba integrado principalmente por *narodniki*, que a lo que más temían era a que se les tuviera por hombres menos moderados que su presidente. Creáronse también comités provinciales, cantonales y de distrito. Si los soviets, que se extendían con gran lentitud por el campo, eran considerados como órganos privados, los comités agrarios tenían un carácter gubernamental. Pero cuanto más vagas eran las atribuciones que les asignaba el decreto, más difícil se les hacía resistir a la presión de los campesinos. Y cuanto más bajo estaba el comité en la escala jerárquica, cuanto más cerca se hallaba de la tierra, antes se convertía en un instrumento del movimiento campesino.

A fines de marzo, empiezan a llegar a la capital las primeras noticias inquietantes dando cuenta de que entraban en escena los campesinos. El comisario de Novgorod telegrafía informando de los desórdenes producidos por un cierto teniente Panasiuk, de las "detenciones arbitrarias de terratenientes", etc. En la provincia de Tambov una muchedumbre de campesinos, capitaneada por algunos soldados con licencia, saquea las casas señoriales. Las primeras noticias son, indudablemente exageradas: en sus quejas, los terratenientes abultan, sin duda alguna, los hechos, pensando más que en lo presente en lo venidero. Pero lo que no ofrece la menor duda es que los soldados, que traen del frente y de la ciudad el espíritu de iniciativa, intervienen en la dirección del movimiento campesino.

El 5 de abril uno de los comités cantonales de la provincia de Charkov acordó practicar registros en las casas de los terratenientes, con el fin de recogerles las armas. Nos hallamos ya ante el presentimiento claro de la guerra civil. El comisario explica los desórdenes ocurridos en el distrito de Skopinski, provincia de Riazán, por el acuerdo de que adopta el Comité ejecutivo del vecino distrito sobre el arrendamiento forzoso a los campesinos de las tierras de los grandes propietarios. "La campaña de propaganda de los estudiantes para que los campesinos se mantengan tranquilos hasta la reunión de la Asamblea constituyente no obtiene ningún éxito." Aquí nos enteramos de que los "estudiantes", que en la primera revolución predicaban el terrorismo agrario -era entonces la táctica de los social-revolucionarios-, en 1917 exhortan, aunque sin gran éxito, al parecer, al respeto de la ley y a la calma.

El comisario de la provincia de Simbirsk traza un cuadro del movimiento campesino, que iba tomando proporciones arrolladoras: los Comités locales y cantonales -de los cuales volveremos a hablar más adelante- detienen a los terratenientes, los expulsan de la provincia, sacan a los braceros de las tierras de los grandes propietarios, se apoderan de las fincas y fijan la renta que les place. "Los delegados enviados por el Comité ejecutivo se ponen al lado de los campesinos." Simultáneamente, empieza el movimiento de los vecinos de los pueblos contra los campesinos acomodados, que al amparo de la ley promulgada el 9 de noviembre de 1906 por Stolipin, se habían separado de los fondos comunales, llevando en propiedad sus parcelas. "La situación de la provincia constituye una amenaza para la siembra." Ya en abril, el comisario de la provincia de Simbirsk no ve otra salida que la inmediata nacionalización de la tierra, reservando a la Asamblea constituyente la tarea de establecer las modalidades del régimen de explotación.

Del distrito de Kaschira, situado muy cerca de Moscú, llegan quejas de que el Comité ejecutivo excita a la población a ocupar sin indemnización las tierras de la Iglesia, de los

conventos y de los grandes propietarios. En la provincia de Kursk los campesinos hacen que se retire de los trabajos del campo, en las fábricas de los señores, a los prisioneros de guerra, e incluso los meten en la cárcel. Después de los congresos de campesinos, los de la provincia de Penze, interpretando al pie de la letra los acuerdos de los socialrevolucionarios acerca de la tierra y la libertad, infringen el contrato cerrado poco antes con los terratenientes y, al mismo tiempo, emprenden la ofensiva contra los nuevos órganos del poder. En el mes de marzo, al constituirse los comités ejecutivos cantonales y de distrito, los que entraban a formar parte de ellos eran, en su mayoría, intelectuales. "Después -comunica el comisario- empezaron a alzarse voces contra la composición de dichos organismos, y, ya a mediados de abril, los comités estaban compuestos exclusivamente en todas partes por campesinos, cuyas aspiraciones respecto a la tierra eran las más de las veces descabelladas."

Un grupo de terratenientes de la vecina provincia de Kazán se lamentaba al gobierno provisional de la imposibilidad de seguir cultivando las tierras, ya que los campesinos retiraban a los obreros, requisaban las semillas, en muchos sitios se llevaban todo lo que encontraban en las casas señoriales, no permitían al terrateniente talar los bosques de su propiedad y le amenazaban con maltratarle y matarle. "Aquí reina la más absoluta impunidad, todo el mundo hace lo que quiere y la gente razonable está aterrorizada." Los terratenientes de Kazán saben ya quién es el culpable de la anarquía: "En el campo no se conocen las determinaciones del gobierno provisional. En cambio, las proclamas de los bolcheviques llegan a todas partes."

Sin embargo, no se puede decir que el gobierno no dictara disposiciones. El 20 de marzo el príncipe Lvov proponía telegráficamente a los comisarios la creación de comités cantonales como órganos del poder local, recomendando al mismo tiempo "que a la labor de dichos comités se incorporasen los terratenientes y todas las fuerzas intelectuales del campo". Aspirábase a organizar todo el régimen del Estado por el sistema de las cámaras de conciliación y arbitraje. Pero los comisarios no tardaron en lamentarse de que se prescindía de las "fuerzas intelectuales": el campesino no tenía ninguna confianza en los Kerenski de distrito y de cantón.

El 3 de abril el príncipe Urusov, subsecretario del Interior -como vemos, este ministerio estaba regido por títulos de gran alcurnia- da orden de que no se tolere ninguna intromisión arbitraria y, sobre todo, de que "se proteja la libertad del propietario a disponer de su tierra", esto es, la más dulce de las libertades. Diez días después el propio príncipe Lvov se toma personalmente la molestia de ordenar a los comisarios que "pongan fin con

todo el rigor de la ley a cualquier manifestación de violencia y de despojo que se produzca". Dos días más tarde, el príncipe Urusov torna a ordenar al comisario provincial "que tome medidas para proteger los ganados de los terratenientes contra todo acto de violencia, explicando a los campesinos, etc." El 18 de abril el príncipe subsecretario empieza a intranquilizarse ante el hecho de que los prisioneros de guerra que trabajan como braceros en las fincas de los terratenientes formulen pretensiones exageradas, y ordena a los comisarios que impongan sanciones severas, haciendo uso de las atribuciones de que gozaban en el antiguo régimen los gobernadores zaristas. Llueven circulares, disposiciones, órdenes telegráficas. El 12 de mayo, el príncipe Lvov enumera en un nuevo telegrama los desmanes que "se están cometiendo en todo el país": detenciones arbitrarias, registros, destitución de cargos en la administración de haciendas y de fábricas, destrucción de fincas, saqueos, atropellos, violencias contra funcionarios públicos, imposición de tributos a la población, excitación de los ánimos de una parte de la población contra otra, etc. "Estos y otros actos semejantes deben ser considerados como contrarios a la ley y, en algunos casos, incluso como anárquicos"... El calificativo no es muy claro, pero la conclusión no puede serlo más: "Tomar enérgicas medidas." Los comisarios de provincia mandaban inmediatamente las circulares a los distritos, los distritos ejercían presión sobre los Comités cantonales y entre todos juntos ponían de manifiesto su impotencia para afrontar el problema campesino.

Las tropas de las inmediaciones tienen casi en todos sitios parte directa en los acontecimientos. Es más, en la mayor parte de los casos son ellas precisamente las que toman la iniciativa. El movimiento adopta formas variadísimas, según las condiciones locales y el grado de exacerbación de la lucha. En Siberia, donde no hay terratenientes, los campesinos se apoderan de las tierras de la Iglesia y de los conventos. Hay que advertir que el clero no lo pasa tampoco nada bien en otras partes. En la piadosa provincia de Smolensk, bajo la influencia de los soldados llegados del frente, se procede a la detención de curas y frailes. Con el fin de evitar que los campesinos tomaran medidas infinitamente más radicales, los órganos locales veíanse obligados con frecuencia a ir más allá de lo que querían. A principios de mayo el Comité ejecutivo de uno de los distritos de la provincia de Samara sometió a tutela pública las propiedades del Conde Orlov-Davidov, preservándolas así de la acción de los campesinos. Comoquiera que el decreto prohibiendo la compra y venta de tierras prometido por Kerenski no salía, los campesinos, valiéndose de sus recursos, empezaron a impedir la venta de las propiedades, oponiéndose por la fuerza a su medición. La incautación de las armas de los terratenientes, sin exceptuar las de caza, va

tomando proporciones cada vez más extensas. Los campesinos de la provincia de Minsk -se lamenta el comisario- "acatan como ley los acuerdos del congreso campesino." ¿Es que acaso podían ser interpretados de otro modo? No debe olvidarse que estos congresos eran el único poder real que existía en los pueblos. He aquí, puesto al desnudo, el abismo que se abre entre los intelectuales socialrevolucionarios, que charlan por los codos, y los campesinos, que reclaman hechos y no palabras.

A fines de mayo entra en acción la lejana estepa asiática. Los kirguises, a quienes los zares habían despojado de las mejores tierras en beneficio de sus servidores, se levantan ahora contra los terratenientes, invitándoles a abandonar con la mayor rapidez las haciendas robadas. "Este punto de vista va arraigando cada vez más en la estepa", comunica el comisario de Akmolinsk.

En la otra punta del país, en la provincia de Liolandia, un comité ejecutivo de distrito envía una comisión con el encargo de abrir una información acerca del saqueo de las propiedades del barón Stahl von Holstein. La comisión dictamina que los desórdenes no tienen importancia, reconoce que la permanencia del barón en el distrito es peligrosa para la tranquilidad pública y decide ponerle a disposición del gobierno provisional en compañía de la baronesa. Era uno de los innumerables conflictos que surgían por todas partes entre el poder local y el poder central, entre los socialrevolucionarios de abajo y los de arriba.

Un comunicado del 27 de mayo, procedente del distrito de Pavlogard, provincia de Yekaterinoslav, traza un cuadro casi idílico: los miembros del comité agrario aclaran a los vecinos todas las malas interpretaciones, y de este modo "previenen cualesquiera excesos." Sin embargo, este idilio no ha de durar más que unas cuantas semanas.

A fines de mayo, el prior de uno de los conventos de Kostroma se lamenta amargamente de que los campesinos hayan requisado la tercera parte del ganado del convento. Este buen fraile no hubiera perdido nada con ser más humilde y resignado: dentro de poco se verá obligado a despedirse también de los otros dos tercios.

En la provincia de Kursk empezaron las persecuciones contra los campesinos que se negaban a reintegrar sus parcelas a los fondos "comunales". Ante la gran transformación agraria, ante el reparto de tierras que se avecina, los campesinos quieren actuar como un bloque. Las barreras interiores pueden constituir un obstáculo. Es necesario que el *mir*[22] obre como un solo hombre. De aquí que la pugna por la tierra de los grandes propietarios vaya acompañada de violencias contra los agricultores individualistas.

[22] "Mir" significa en ruso dos cosas: "Comunidad de tierras de un pueblo" y "mundo". [NDT.]

El último día de mayo fue detenido en la provincia de Perm el soldado Samoilov, que excitaba a los campesinos a no pagar los impuestos. Dentro de poco será él quien detendrá a los demás. Durante una procesión celebrada en una aldea de la provincia de Charkov, el campesino Grizenko destrozó de un hachazo, ante los ojos atónitos de los vecinos, la venerada imagen de san Nicolás. Así surgen las más diversas formas de protesta y van transformándose en acción.

En unas Memorias anónimas tituladas *Apuntes de un guardia blanco*, de cuyo autor sólo se sabe que era oficial de Marina y terrateniente, se describe con rasgos interesantes la evolución operada en el campo en los primeros meses que siguen a la revolución. Para todos los cargos "se elegían casi en todas partes personas pertenecientes a la clase burguesa, para las cuales no había más que una finalidad: mantener el orden". Es verdad que los campesinos exigían que se les diese tierra, pero en los primeros dos o tres meses lo hacían sin violencias. Por el contrario, constantemente se oían frases como ésta: "Nosotros no queremos robar lo que no es nuestro, sino arreglar las cosas por las buenas", y otras semejantes. En estas palabras tranquilizadoras palpita ya, sin embargo, una "amenaza oculta". Y en efecto, si en los primeros momentos los campesinos no recurrían todavía a la violencia, desde el primer instante dieron pruebas de su falta de respeto por las llamadas "fuerzas intelectuales". Según el citado guardia blanco, este estado de espíritu semiexpectante se mantuvo hasta los meses de mayo y junio; "después se nota un cambio brusco, surge la tendencia a discutir las disposiciones de los organismos provinciales, a hacer las cosas por propia iniciativa"... O lo que es lo mismo, los campesinos concedieron a la revolución de Febrero, sobre poco más o menos, un plazo de tres meses para pagar las letras aceptadas por los socialrevolucionarios, y en vista de que no las recogían, empezaron a cobrarse por la mano.

El soldado Chinenov, afiliado al partido bolchevique, fue por dos veces de Moscú a su pueblo, situado en la provincia de Orlov, después de estallar la revolución. En mayo dominaban en el distrito los socialrevolucionarios. En muchos sitios los campesinos seguían pagando las rentas a los terratenientes. Chinenov organizó un grupo bolchevique integrado por soldados, braceros y campesinos pobres. Este grupo predicaba la suspensión del pago de las rentas y la entrega de tierras a los campesinos pobres y a los braceros. Inmediatamente, hicieron un censo de los prados señoriales, los repartieron entre los diversos pueblos y los segaron. "Los socialrevolucionarios del comité cantonal ponían el grito en el diciendo que nuestro modo de proceder era ilegal, pero no renunciaron a la parte que les correspondía." Y como, por miedo a las responsabilidades, los representantes

locales rehuyeran todo compromiso, los campesinos eligieron a nuevos elementos más decididos. No todos ellos eran bolcheviques, ni mucho menos. Mediante la presión que ejercían, los campesinos provocaron una escisión en el seno del partido socialrevolucionario: los elementos de espíritu revolucionario se separaron de los funcionarios y de los arribistas. El grupo bolchevique decidió inspeccionar los graneros de los terratenientes y enviar las reservas de granos al centro, donde pasaban hambre. Y esta determinación del grupo se llevó a la práctica porque coincidía con el estado de espíritu de los campesinos. Chinenov llevó consigo a su pueblo libros y folletos bolchevistas; allí no se tenía la menor idea acerca de esta literatura. "Los intelectuales y los socialrevolucionarios de la localidad propalaban el rumor de que llevaba encima mucho oro alemán para comprar a los campesinos." Iguales procesos se desarrollaron por todas partes, en proporciones distintas. En todos los distritos había sus Miliukovs sus Kerenskis y sus Lenines.

En la provincia de Smolensk la influencia de los socialrevolucionarios se consolidó después del congreso provincial de delgados campesinos, que, como de costumbre, se pronunció en el sentido de que la tierra pasara a manos del pueblo. Los campesinos aceptaron íntegramente este acuerdo, con la diferencia respecto a los dirigentes de que ellos la tomaban en serio. De aquí en adelante, crece incesantemente en las aldeas el número de socialrevolucionarios. "Todo el que en un congreso cualquiera hacía acto de presencia en la fracción de los socialrevolucionarios -cuenta un militante de la época- quedaba clasificado como socialrevolucionario o cosa por el etilo." En la capital del distrito había dos regimientos influidos también por los socialrevolucionarios. Los comités agrarios cantonales empezaron a trabajar las tierras de los grandes propietarios y a segar sus prados. El comisario provincial, Yefimov, que era socialrevolucionario, publicaba decretos amenazadores. El pueblo no comprendía nada. ¿Y como iba a comprenderlo si el mismísimo comisario había dicho en el congreso provincial que ahora el poder estaba en manos de los campesinos y que la tierra sólo debía ser para quien la trabajaba? Pero había que rendirse ante la evidencia de los hechos. Por orden del comisario socialrevolucionario Yefimov, solamente en el distrito de Elninsk de los diecisiete comités agrarios cantonales que funcionaban fueron entregados a los tribunales dieciséis durante los meses siguientes, por haberse apoderado de las tierras de los grandes propietarios. Véase bajo qué formas tan singulares iba acercándose a su desenlace el idilio de los intelectuales *narodniki* con el pueblo. En todo el distrito, no había más que tres o cuatro bolcheviques. Y sin embargo, su influencia creció rápidamente, arrollando a los socialrevolucionarios o sembrando entre ellos la discordia.

A principios de mayo, se reunió en Petrogrado el congreso de campesinos de toda Rusia. Los representantes habían sido nombrados desde el centro, y en muchos casos completamente al azar... Y si los congresos de obreros y de soldados iban invariablemente retrasados en relación con la marcha de los acontecimientos y la evolución política de las masas, imagínese hasta qué punto la representación de una clase tan disgregada como eran los campesinos tenía que ir a la zaga del verdadero estado de opinión reinante en la aldea rusa. A este congreso acudieron como delegados, por una parte, intelectuales *narodniki* de la extrema ala derecha, gente ligada principalmente con los campesinos, por medio de los organismos de cooperación comercial, o simplemente por los recuerdos de la lejana juventud. El verdadero "pueblo" estaba representado allí por los elementos más acomodados del campo, los *kulaks*, los tenderos y los cooperativistas de la aldea. El elemento que dominaba sin posibilidad de competencia en este congreso eran los socialrevolucionarios, representados por la extrema derecha. Sin embargo, alguna que otra vez se asustaban al advertir el hambre de tierra y el reaccionarismo político de que daban pruebas algunos diputados. Ante la gran propiedad agraria, este congreso adoptó una posición unánime, extremadamente radical: "Todas las tierras pasarán a ser de dominio público, sin indemnización, para ser explotadas y trabajadas de un modo igualitario." Por supuesto, los *kulaks* interpretaban lo de "igualitario" en el sentido de su igualdad con los terratenientes, sin pasárseles por las mientes la de ellos mismos con los braceros. Sin embargo, este pequeño equívoco que se deslizaba entre el falso socialismo *narodniki* y el democratismo agrario de los campesinos había de ponerse al desnudo algún tiempo después.

Chernov, ministro de Agricultura, que ardía en deseos de ofrecer al congreso campesino un huevo de pascuas, se ocupaba, sin ningún resultado visible, en el proyecto de decreto prohibiendo las transacciones sobre tierras. Por su parte, Pereverzev, ministro de Justicia, a quien se tenía también por socialrevolucionarios o algo así, adoptaba, precisamente por los días del congreso, medidas para que no se opusiera obstáculo alguno a esas transacciones. Los diputados campesinos protestaron. Pero las cosas no se meneaban del sitio. El gobierno provisional del príncipe Lvov no se decidía a meter mano a las tierras de los grandes propietarios. Los socialistas no querían meter mano al gobierno provisional. Y el congreso, por su estructura, era incapaz de encontrar el modo de resolver la contradicción entre el hambre de tierra y el reaccionarismo que en él se albergaban.

El 20 de mayo se levantó a hablar Lenin en el congreso de los campesinos. "Parecía -dice Sujánov- como si hubiese caído entre una bandada de cocodrilos. Sin embargo, los

campesinos le oyeron atentamente, y con seguridad, que no sin simpatía. Lo que ocurre es que no se atrevían a manifestar sus verdaderos sentimientos." Lo mismo sucedió en la sección de soldados, extraordinariamente hostil a los bolcheviques. Sujánov intenta dar un matiz anarquista a la táctica de Lenin ante la cuestión agraria. Era bastante parecido a lo del príncipe Lvov, que sellaba de acto anárquico todo atentado contra el derecho de los terratenientes. Siguiendo esta lógica, habría que reconocer que revolución y anarquía son términos sinónimos. En realidad, el modo como Lenin planteaba la cuestión era harto más profundo de lo que su críticos se imaginaban. Los órganos de la revolución agraria, cuya misión era, en primer término, acabar con la gran propiedad, habían de ser los soviets de diputados campesinos, a los cuales estarían sometidos los comités agrarios. Lenin veía en los soviets los órganos del Estado del mañana, del poder más concentrado de todos, la dictadura revolucionaria. Como se ve, esto se hallaba bastante lejos del anarquismo, o sea, de la teoría y de la práctica de la negación del poder. "Votamos -decía Lenin el 28 de abril- por la entrega inmediata de la tierra a los campesinos, con un grado máximo de organización. Somos adversarios irreconciliables de las expropiaciones anárquicas." ¿Por qué no estamos conformes con esperar hasta la Asamblea constituyente? "Para nosotros, lo importante es la iniciativa revolucionaria, de que la ley debe ser el resultado. Si esperáis a que se escriba la ley y os cruzáis de brazos, sin desplegar la menor energía revolucionaria, no tendréis ni ley ni tierra." ¿Es que estas palabras tan sencillas no son la voz de todas las revoluciones?

Después de un mes de sesiones, el congreso eligió como organismo permanente un Comité ejecutivo compuesto de dos centenares de pequeños-burgueses rurales y de *narodniki* profesores o mercachifles, poniendo de pabellón sobre toda esta cuadrilla las figuras decorativas de la Breschkovskaya, Chaikobski, Vera Figner y Kerenski. Fue elegido presidente del Comité el socialrevolucionario Avksentiev, bueno para banquetes, pero poco adecuado para guerras campesinas.

A partir de este momento, las cuestiones importantes eran todas objeto de deliberación en las sesiones conjuntas de los dos Comités ejecutivos: el de los obreros y soldados y el de los campesinos. Esta combinación representaba un extraordinario robustecimiento del ala derecha, que estaba en contacto directo con los kadetes. En todos aquellos casos en que era necesario ejercer presión sobre los obreros, atacar a los bolcheviques, amenazar con truenos y relámpagos a la "república autónoma de Kronstadt", las doscientas manos, o, para decirlo más exactamente, los doscientos puños del Comité ejecutivo campesino se levantaban como una muralla. Todos ellos convenían con Miliukov

en que era preciso "acabar" con los bolcheviques. Lo malo era que en lo tocante a las tierras de los grandes propietarios abrigaban opiniones *campesinas*, no *liberales*, que les ponían frente a la burguesía y al gobierno provisional.

Apenas había terminado sus sesiones el congreso campesino, empezaron a llover quejas de que en las aldeas tomaban en serio los acuerdos del congreso y de que los campesinos se apoderaban de la tierra y de los aperos de labor de los hacendados. Era absolutamente imposible hacer comprender a aquellos cráneos testarudos de campesinos la diferencia considerable que mediaba entre las palabras y los hechos.

Los socialrevolucionarios, alarmados, recularon. En el congreso celebrado en Moscú a principios de junio condenaron solemnemente toda ocupación de tierras realizada por iniciativa propia: era preciso esperar a la Asamblea constituyente. Pero este acuerdo resultó impotente, no ya para contener, sino ni siquiera para debilitar el movimiento agrario. Y la cosa venía a complicarse todavía más por el hecho de que el propio partido socialrevolucionario albergaba a no pocos elementos que estaban realmente dispuestos a luchar al lado de los campesinos contra los terratenientes, llevando las cosas hasta el fin, con la agravante de que estos socialrevolucionarios de izquierda, que no acababan de decidirse a romper abiertamente con el partido, ayudaban a los campesinos a burlar las leyes o a interpretarlas a su modo.

En la provincia de Kazán, donde el movimiento campesino tomaba un carácter especialmente turbulento, los socialrevolucionarios de izquierda definieron su actitud antes que en otros sitios. Al frente de ellos estaba Kalegayev, que había de ser comisario del pueblo de Agricultura en el gobierno soviético durante el período del bloque de los bolcheviques con los socialrevolucionarios de izquierda. A partir de mediados de mayo, en esta provincia se empiezan a poner sistemáticamente las tierras a disposición de los comités cantonales. En el distrito de Spaski, a la cabeza de cuyas organizaciones campesinas se encuentra un bolchevique, es donde estas medidas se llevan a la práctica con mayor audacia. Las autoridades provinciales se lamentan al poder central de la campaña de agitación agraria que están llevando a cabo los bolcheviques llegados de Kronstadt y añaden que la beata monja Tamara ha sido detenida por ellos, por haberse atrevidos a "contradecir".

El 2 de junio, el comisario de la provincia de Voronesch comunica: "Son cada día más frecuentes, sobre todo en la esfera agraria, los casos de infracción de la ley." La ocupación de tierras en la provincia de Penze es cada vez más insistente. Uno de los comités agrarios de la provincia de Kaluga quitó al convento la mitad de la siega de un

prado: cuando el prior del convento expuso sus quejas al comité agrario del distrito, éste tomó el acuerdo siguiente: apoderarse del prado entero. Sucede con frecuencia que las instancias superiores sean más radicales que las inferiores. La abadesa María, de la provincia de Penze, se lamenta de la ocupación de los bienes del convento: "Las autoridades locales son impotentes." En la provincia de Viatka, los campesinos se incautaron de las fincas de los Skoropadski, familia del futuro atamán de Ucrania, y decidieron, "en tanto se resolviese el problema de la propiedad agraria", no tocar el bosque y entregar al Tesoro los ingresos de las fincas. En otros varios sitios los comités agrarios no sólo rebajaron las rentas hasta el 500 y el 600 por 100, sino que decidieron no pagarlas a los terratenientes, sino ponerlas a disposición de los comités hasta que la Asamblea constituyente resolviera la cuestión. Era un procedimiento no abogadesco, sino campesino, es decir, serio, de plantear el problema de la reforma agraria adelantándose a la Asamblea constituyente.

En la provincia de Saratov, donde todavía ayer los campesinos prohibían a los terratenientes talar los bosques, ahora los talaban ellos mismos. Lo más frecuente es que los campesinos se apoderen de las tierras de la Iglesia y de los conventos, sobre todo allí donde hay pocas fincas pertenecientes a grandes propietarios. En Lituania, los braceros letones, unidos a los soldados del batallón letón, proceden sistemáticamente a la ocupación de las haciendas de los barones.

De la provincia de Vitebsk llegan quejas desesperadas de los contratistas de maderas, quienes dicen que las medidas de los comités agrarios atentan contra su industria e impiden dar satisfacción a las necesidades del frente. Otros patriotas no menos desinteresados, como los terratenientes de la provincia de Poltava, se sienten afligidos por el hecho de que los desórdenes agrarios les impidan abastecer al ejército. Finalmente, el congreso de tratantes de caballos celebrado en Moscú advierte que las expropiaciones de tierras constituyen una terrible amenaza para la cría caballar. Al mismo tiempo, el procurador del Santo Sínodo, el mismo que calificaba a los miembros de esta sacratísima institución de "idiotas y canallas", lamentábase al gobierno de que en la provincia de Kazán los campesinos quitaran a los frailes no sólo el ganado y la tierra, sino también la harina necesaria para amasar el pan sagrado. En la provincia de Petrogrado, a dos pasos de la capital, los campesinos arrojaban de sus tierras a un arrendatario y se dedicaban a explotarlas ellos mismos. El 2 de junio, el infatigable príncipe Urusov volvía a telegrafiar en todas direcciones: "A pesar de todas mis órdenes..., etc. Ruego nuevamente que se tomen las medidas más enérgicas." El príncipe se olvidaba de indicar cuáles.

Al tiempo que por todo el país se desarrollaba una labor gigantesca para descuajar las raíces más profundas de la Edad Media y de la servidumbre de la gleba, el ministro de Agricultura, Chernov, en sus oficinas, recogía materiales de estudio para la Asamblea constituyente. Chernov proponíase llevar a cabo la reforma basándose únicamente en los datos más precisos de la estadística agraria y de toda suerte de estadísticas, y trataba de persuadir con voz meliflua a los campesinos de que tuvieran un poco de paciencia, hasta que él terminara sus ejercicios. Lo cual -dicho sea de paso- no fue obstáculo para que los terratenientes arrojasen del ministerio al "ministro de las aldeas", sin darle tiempo, ni mucho menos, a tener terminadas sus tablas sacramentales.

Recientes investigadores, basándose en los archivos del gobierno provisional, han calculado que en marzo el movimiento agrario se manifestaba con mayor o menor intensidad, en 34 distritos, en abril en 174, en mayo en 236, en junio en 280, llegando en julio a 325. Sin embargo, estas cifras no dan una idea completa del avance del movimiento, ya que, dentro de cada distrito, la lucha cobra de mes en mes un carácter más vasto y tenaz.

Durante este primer período, que va de marzo a julio, la aplastante mayoría de los campesinos se abstiene todavía de emplear la violencia directa contra los terratenientes y de apoderarse descaradamente de la tierra. Yakovliev, que ha dirigido las aludidas investigaciones y que es actualmente comisario del pueblo en el departamento de Agricultura de la Unión Soviética, explica la táctica relativamente pacífica de los campesinos por la confianza que aún depositaban en la burguesía. Fuerza es reconocer la inconsistencia de esta explicación. El gobierno del príncipe Lvov no podía inspirar confianza alguna a los campesinos, para no hablar ya del recelo constante del campesino hacia la ciudad, hacia el poder y hacia la sociedad culta. El que durante este primer período los campesinos no recurran todavía, casi, a medidas de franca violencia y se esfuercen en dar a sus actos la forma de una presión legal o semilegal se explica precisamente por su desconfianza hacia el gobierno, en momentos en que no tenían tampoco confianza suficiente en sus propias fuerzas. Los campesinos empiezan a agitarse, tantean el terreno, miden la resistencia del enemigo y, apretando al terrateniente en toda la línea, dicen: "Nosotros no queremos robar nada, sino arreglarlo todo por las buenas." No se apoderan del prado, pero siegan la alfalfa, arriendan por la fuerza la tierra, fijando ellos mismos la renta, o la "compran" por los mismos procedimientos coercitivos y en los precios que ellos mismos señalan. Todas estas apariencias legales, poco convincentes lo mismo para el propietario que para el jurisconsulto liberal, están dictadas en realidad por una desconfianza latente, pero profunda, contra el gobierno. Por las buenas -se dice el campesino- no lo cogerás; cogerlo

por la fuerza es peligroso; intentemos obrar por la astucia. Para él, el ideal hubiera sido expropiar al terrateniente con su propio consentimiento.

"Durante todos estos meses -insiste Yakovliev- prevalecen procedimientos peculiares, nunca vistos en la historia, de lucha "pacífica" con los terratenientes, resultantes de la confianza que los campesinos tenían en la burguesía y en el gobierno de ésta." Esos procedimientos, que se califican de nunca vistos en la historia, son, en realidad, los procedimientos típicos, inevitables, históricamente necesarios bajo todos los climas, en esta fase inicial de la guerra campesina. La tendencia a dar una apariencia, sea de legalidad religiosa o civil, a los primeros pasos en el camino de la revuelta ha caracterizado en todos los tiempos a la lucha de las clases revolucionarias antes de que éstas reúnan las fuerzas y la seguridad en sí mismas de que necesitan para cortar el cordón umbilical que las une a la vieja sociedad. Y esto rige con los campesinos en mayor medida que con ninguna otra clase, ya que ellos, aun en sus mejores tiempos, avanzan medio a oscuras y a tientas, mirando recelosamente a sus amigos de la ciudad. Y reconozcamos que no les faltan para ello motivos fundados. Los amigos del movimiento agrario, en los primeros pasos de éste, son siempre los agentes de la burguesía liberal y radical. Pero estos amigos, al tiempo que patrocinan una parte de las reivindicaciones campesinas, tiemblan por la suerte de la propiedad burguesa, razón por la cual se esfuerzan en llevar al movimiento campesino a los cauces de la legalidad establecida.

En este mismo sentido actúan también, mucho antes ya de la revolución, otros factores. Del seno mismo de la clase aristocrática se alzan apóstoles conciliadores. León Tolstoy leyó en el alma del campesino muchos más adentro que nadie. Su filosofía de la no resistencia al mal era expresión de las primeras etapas de la revolución campesina. Tolstoy soñaba con que todo ocurriera "sin expoliaciones, de mutuo acuerdo". A esta táctica le daba él un cimiento religioso, bajo la forma del cristianismo puro. Mahatma Gandhi cumple actualmente en la India la misma misión, sólo que en una forma más práctica. Si de la época contemporánea nos remontamos a otras más lejanas, encontraremos sin ninguna dificultad aquellos mismos fenómenos "nunca vistos en la historia", disfrazados bajo las formas religiosas, nacionales, filosóficas y políticas más diversas, empezando por los tiempos bíblicos y aun antes.

El carácter peculiar de la insurrección campesina de 1917 sólo se acusaba, tal vez, en el hecho de que, con el título de agentes de la legalidad burguesa, entrasen en ación unos hombres que se llamaban socialistas, y no sólo eso, sino revolucionarios. Pero no eran ellos los que trazaban el carácter del movimiento campesino y le marcaban el rumbo. Los

campesinos seguían a los socialrevolucionarios, sencillamente porque éstos les facilitaban fórmulas concretas para deshacerse de los terratenientes.

Al mismo tiempo, los socialrevolucionarios les servían de tapadera jurídica. No hay que olvidar que eran el partido de Kerenski, ministro de Justicia primero y de la Guerra después, y de Chernov, titular de la cartera de Agricultura. Los socialrevolucionarios rurales creían que la tardanza en publicar los ansiados decretos nacía de la resistencia de los terratenientes y los liberales, y aseguraban a los campesinos que en el gobierno los "suyos" hacían todo lo que podían. El campesino, naturalmente, no tenía nada que objetar contra esto. Pero sin incurrir, ni mucho menos, en una cándida credulidad, entendía que era necesario ayudar a los "suyos" desde abajo, y tan a conciencia lo hacía que los "suyos", encumbrados en las alturas, no tardaron en sentirse dominados por el vértigo.

La poca fuerza de los bolcheviques entre los campesinos era pasajera y se debía al hecho de no compartir las ilusiones de éstos. Los pueblos sólo podían llegar al bolchevismo de la mano de la experiencia y la decepción. La fuerza de los bolcheviques, en la cuestión agraria como en las demás, estribaba en que para ellos no había divorcio entre la palabra y la acción.

Razones generales de orden sociológico no permitían concluir *a priori* si los campesinos eran o no capaces de alzarse como un solo hombre contra los terratenientes. La acentuación de las tendencias capitalistas en la agricultura durante el período comprendido entre las dos revoluciones; la formación de un sector de campesinos acomodados, separados con sus fincas del primitivo régimen "comunal"; los extraordinarios progresos hechos por la cooperación agraria, acaudillada por los campesinos acomodados y ricos; todo esto no permitía saber con seguridad, de antemano, cuál de las dos tendencias prevalecería en la revolución, si el antagonismo agrario de casta entre los campesinos y la nobleza, o el antagonismo de clase entre unos y otros campesinos.

Lenin, al llegar a Rusia, adoptó una actitud muy prudente ante esta cuestión. "El movimiento agrario -decía el 14 de abril- no es más que un pronóstico, pero no un hecho. Hay que estar preparados para la eventualidad de que los campesinos se unan a la burguesía." No era una idea lanzada irreflexivamente y al azar. Nada de eso. Lenin la repite insistentemente en varias ocasiones. El 24 de abril, en la reunión del partido, después de atacar a los "viejos bolcheviques" que le acusan de no conceder a los campesinos toda la importancia que merecen, dice: "El partido proletario no puede ahora cifrar sus esperanzas en la comunidad de intereses con los campesinos. Luchamos por que los campesinos se

pasen a nuestro lado; pro el hecho es que éstos, y hasta cierto punto conscientemente, están al lado de los capitalistas."

Esto -dicho sea de paso- demuestra cuán lejos estaba Lenin de la teoría, que más tarde habían de atribuirle los epígonos, de la eterna armonía entre los intereses del proletariado y los de los campesinos. Aun admitiendo la posibilidad del proletariado y los de los campesinos. Aun admitiendo la posibilidad de que los campesinos "como clase" pudieran llegar a desempeñar el papel de factor revolucionario. Lenin, en abril, creía necesario estar prevenido para la hipótesis peor, para la perspectiva de un sólido bloque entre los terratenientes, la burguesía y los vastos sectores campesinos. "Pretender atraerse ahora al mujik -dice- valdría tanto como entregarse a Miliukov." De aquí la conclusión: "Desplazar el centro de gravedad a los soviets de jornaleros del campo."

Pero, afortunadamente, se realizó la hipótesis mejor. El movimiento agrario, que antes no era más que un pronóstico, se convirtió en un hecho que puso de manifiesto por breves instantes, pero con una fuerza extraordinaria, el predominio de los lazos que unían a los campesinos "como clase" sobre los antagonismos capitalistas. Los soviets de braceros del campo sólo adquirieron importancia en algunos sitios, principalmente en las regiones del Báltico. En cambio, los comités agrarios convirtiéronse en órganos de todos los campesinos, que con su tenaz presión los convertían de cámaras de arbitraje en instrumentos de la revolución agraria.

El hecho de que los campesinos se encontraran una vez más, la última en su historia, con la posibilidad de actuar en bloque como factor revolucionario, prueba, a la vez, la falta de vigor del régimen capitalista en el campo y su fuerza. La economía burguesa no había liquidado todavía por completo con el régimen agrario medieval servil. Pero, al mismo tiempo, la evolución capitalista había hecho tales avances que estructuraba las viejas formas de la propiedad agraria de un modo igualmente insoportable para todos los sectores del campo. El entrelazamiento, muchas veces consciente, de la gran propiedad agraria y de la propiedad campesina, con que se tendía a convertir el derecho de los terratenientes en una trampa para toda la comunidad; y, finalmente, el antagonismo reinante entre el régimen comunal de los pueblos y los colonos individualistas; todo contribuía a crear, en conjunto, una confusión intolerable dentro de las relaciones agrarias, de la cual no había modo de salir por medio de disposiciones legales. Esto lo comprendían mejor los campesinos que todos los teóricos agrarios. La experiencia de la vida, desarrollada a lo largo de una misma conclusión: la de que había que extirpar los derechos heredados y adquiridos sobre la tierra, echar por tierra los mojones y entregar esta tierra, limpia de toda tara histórica, a quien la

trabajase. No era otro el sentido de los aforismos campesinos: "la tierra no es de nadie", "la tierra es de Dios". Y con ese mismo espíritu interpretaban ellos la reivindicación programática socialrevolucionaria de la socialización de la tierra. Pese a las teorías de los *narodniki*, aquí no se deslizaba ni una pizca de socialismo. Todavía no ha habido una sola revolución agraria, por audaz que fuese, que haya rebasado por sí misma los linderos del régimen burgués. Se convendrá en que un régimen de socialización que había de garantizar a todo bracero el "derecho a la tierra" representaba ya de suyo, manteniéndose un régimen de mercado sin trabas, una utopía manifiesta. Los mencheviques criticaban esta utopía desde el punto de vista liberal-burgués. Los bolcheviques, por el contrario, señalaban la tendencia democrática progresiva que se encerraba, expresada utópicamente, en la teoría de los socialrevolucionarios. Uno de los más grandes servicios prestados por Lenin consistió precisamente en haber descubierto el verdadero sentido histórico del problema agrario ruso.

Miliukov escribía que, para él, como "sociólogo e investigador de la evolución histórica rusa", es decir, como hombre que contempla desde la cúspide lo que sucede, "Lenin y Trotski acaudillaban un movimiento que estaba mucho más cerca de Pugachev, de Stenda Razin, de Bolotnikov -de los siglos XVII y XVIII de nuestra historia- que de la última palabra del anarcosindicalismo europeo." La parte de verdad que se contiene en esta afirmación del sociólogo liberal, dejando aparte lo del "anarcosindicalismo", que saca a relucir no se sabe por qué, no se dirige contra los bolcheviques, sino más bien contra la burguesía rusa, contra su atraso y su insignificancia política. Los bolcheviques no eran culpables de que los grandiosos movimientos campesinos de los siglos pasados no consiguieran instaurar en Rusia la democratización de las relaciones sociales -sin la dirección de las ciudades era imposible conseguirlo-, como tampoco de que la llamada emancipación de los campesinos, llevada a cabo en 1861, se organizase a base del robo de las tierras comunales, de la sujeción de los campesinos al Estado y de la integridad del régimen de castas. Por todo esto, los bolcheviques se vieron ante la necesidad de acabar, en el primer cuarto del siglo XX, lo que los siglos XVII, XVIII y XIX habían hecho a medias o no habían hecho. Antes de emprender la realización de su propios y gigantescos objetivos, los bolcheviques no tuvieron más remedio que pararse a barrer el estiércol histórico de las viejas clases gubernamentales y de los siglos anteriores, y justo es reconocer que realizaron a conciencia esta tarea apremiante y nueva. Seguramente que ni el propio Miliukov se atrevería a negarlo.

CAPITULO XXI
LAS MASAS EVOLUCIONAN

A los cuatro meses de vida, el régimen se ahogaba ya en sus propias contradicciones. El mes de junio empezó con el Congreso general de los soviets, cuyo fin no era otro que brindar un pretexto político para la ofensiva. La iniciación de ésta coincidió con una grandiosa manifestación de obreros y soldados organizada en Petrogrado por los conciliadores contra los bolcheviques, y que acabó convirtiéndose en una manifestación bolchevista contra los conciliadores. La creciente indignación de las masas conducía, dos semanas después, a una nueva manifestación que se organizó espontáneamente y sin requerimientos de arriba. Esta manifestación dio lugar a encuentros sangrientos, y quedó en la Historia con el nombre de "jornadas de julio". El semialzamiento de julio, que surge precisamente en la mitad del período comprendido entre la revolución de Febrero y la de Octubre, cierra la primera etapa, y viene a ser una especie de ensayo general de la segunda. Ponemos fin a este libro en los umbrales de las "jornadas de julio", pero antes de entrar a exponer los acontecimientos que tuvieron por escena a Petrogrado en este mes conviene detenerse un momento a observar los procesos que se estaban operando en las masas.

A un liberal que afirmaba a principios de mayo que cuanto más hacia la izquierda se inclinaba el gobierno más hacia la derecha viraba el país -huelga decir que por "país" este liberal entendía las clases poseedoras exclusivamente-, Lenin hubo de replicarle: "Os aseguro, ciudadano, y podéis creerlo, que el país de los obreros y campesinos pobres es mil veces más izquierdista que los Chernov y los Tsereteli, y cien veces más que nosotros. Y si usted vive, ya lo verá." Lenin entendía que los obreros y los campesinos estaban situados cien veces más a la izquierda que los propios bolcheviques. A primera vista, esto podía parecer, cuando menos, infundado, ya que los obreros y los soldados seguían apoyando a los conciliadores y desconfiaban, en su mayoría, de los bolcheviques. Pero Lenin iba más allá. Los intereses sociales de las masas, su odio y sus esperanzas, pugnaban aún por exteriorizarse. Para ellos, los conciliadores representaban sólo una primera etapa. Las masas estaban incomparablemente más a la izquierda que los Chernov y los Tsereteli, aunque aún no tuviesen conciencia de su radicalismo. Y Lenin tenía también razón cuando decía que las masas eran más izquierdistas que los bolcheviques, pues el partido, en su aplastante mayoría, no se daba aún cuenta de la magnitud de las pasiones revolucionarias que hervían en el seno de las masas y que empezaban a despertarse. Y a la ira de las masas daba pábulo

la continuación de la guerra, el desmoronamiento económico del país y la funesta inactividad del gobierno.

La inmensa estepa asiático-europea había podido convertirse en país gracias a las líneas férreas. La guerra repercutió en este aspecto de un modo gravísimo. Los transportes estaban desorganizados. En algunas líneas, el número de locomotoras fuera de servicio llegaba al 50 por 100. En el Cuartel general había documentados ingenieros que demostraban en sus informes que a la vuelta de medio año, a más tardar, los transportes ferroviarios se paralizarían por completo. En estos cálculos entraba en buena parte, naturalmente, el designio consciente de sembrar el pánico. Pero no podía negarse que el desbarajuste de los transportes iba tomando, en efecto, proporciones amenazadoras, que se reflejaban funestamente en el tráfico de mercancías, contribuyendo considerablemente a la carestía de las subsistencias.

La situación de las ciudades, desde el punto de vista del abastecimiento, era cada día más grave. El movimiento agrario había prendido ya en cuarenta y tres provincias. El suministro de cereales a los centros urbanos y al ejército iba reduciéndose de un modo alarmante.

Cierto es que en las regiones más fértiles del país se almacenaban docenas y centenares de millones de puds de grano sobrante. Pero las transacciones realizadas a base de precios firmes daban resultados extraordinariamente exiguos, aparte de que con aquella desorganización de los transportes era dificilísimo hacer llegar el grano a los centros. A partir del otoño de 1916, al frente llegaban, por término medio, hacia la mitad de las mercancías que debían llegar. Petrogrado, Moscú y otros centros industriales no recibían arriba del 10 por 100 de lo que necesitaban. Reservas, apenas si las había. El nivel de vida de las masas urbanas oscilaba entre la penuria y el hambre. El advenimiento del gobierno de coalición fue señalado en este aspecto por la prohibición democrática de amasar pan blanco. Han de pasar varios años antes de que vuelva a aparecer en la capital el "pan francés". Había escasez de carne. En junio fue racionado en todo el país el consumo de azúcar.

La mecánica del mercado, rota por la guerra, no fue suplida por el régimen centralizado a que no tuvieran más remedio que recurrir los países capitalistas avanzados, y gracias al cual pudo sostenerse Alemania durante los cuatro años de guerra.

Los síntomas catastróficos del desastre de la economía poníanse al desnudo a cada paso. La baja en rendimiento de las fábricas obedecía, aparte del desbarajuste de los transportes, al desgaste de la maquinaria, a la penuria de materias primas y de material

auxiliar, a la fluctuación de personal, a la anormal financiación y, finalmente, al estado de general inseguridad del país. Las fábricas más importantes seguían trabajando para las necesidades de la guerra. Se les habían dado encargos para dos y tres años. A pesar de todo, los obreros resistíanse a creer que la guerra continuaría. Los periódicos daban cifras fantásticas de beneficios de guerra. La carestía de la vida iba en aumento. Los obreros esperaban que se produjesen cambios. El personal técnico y administrativo de las fábricas se organizaba sindicalmente y presentaba sus pliegos de peticiones. En estos sindicatos predominaban los mencheviques y los socialrevolucionarios. El régimen de las fábricas se desmoronaba. Todos los resortes cedían. Las perspectivas de la guerra y de la economía del país tornábanse nebulosas, confusas; el derecho de propiedad veíase amenazado. Los beneficios decrecían y los riesgos aumentaban. En aquellas condiciones revolucionarias los patronos perdían el estímulo de producir. En conjunto, la burguesía abrazaba la senda del derrotismo económico. Las pérdidas pasajeras experimentadas a consecuencias de la parálisis económica del país eran, a sus ojos, una especie de gastos generales que les imponía la lucha contra la revolución y contra lo que ésta suponía de peligro para los cimientos de la "cultura". Al mismo tiempo, la prensa sensata no dejaba pasar día sin acusar a los obreros de sabotear deliberadamente la industria, de dilapidar los materiales y de malgastar irracionalmente el combustible para acelerar con ello la paralización. La falta de fundamento de estas acusaciones rebasaba todos los límites. Y comoquiera que esta prensa era la de un partido que, de hecho, acaudillaba la coalición ministerial, la indignación contagiábase, naturalmente, al gobierno.

Los industriales no habían olvidado la experiencia de la revolución de 1905, en la que un lockout, diestramente organizado con el apoyo activo del gobierno, no solamente hizo fracasar la campaña de los obreros por la jornada de ocho horas, sino que prestó un inapreciable servicio a la monarquía, coadyuvando al aplastamiento de la revolución. Esta vez, la idea del lockout sometióse al estudio del "Consejo de los Congresos de la Industria y del Comercio", denominación inocente por la que se conocía el órgano de lucha del capital de los trusts y los grandes consorcios. Uno de los capitanes de la industria, el ingeniero Auerbach, había de explicar años más tarde en sus Memorias por qué fue desechada la idea del lockout: "Hubiera parecido una puñalada por la espalda, asestada al ejército. La mayoría, teniendo en cuenta la falta de apoyo del gobierno, se mostraba muy pesimista acerca de las consecuencias de ese paso." Todo el mal estaba en la ausencia de un "verdadero" poder. La acción del gobierno provisional estaba paralizada por los soviets; los prudentes jefes de los soviets veíanse maniatados por las masas; los obreros de las fábricas

estaban armados; además, casi todas las fábricas tenían en sus inmediaciones a un regimiento o a un batallón amigo. En estas condiciones era natural que a los caballeros industriales les pareciera reprobable el lock-out, "desde el punto de vista del interés nacional". Pero esto no significaba que renunciasen a la ofensiva; lo único que hacían era adaptarla a las circunstancias, dándole un carácter transitorio. Para decirlo con las palabras diplomáticas de Auerbach, los industriales "llegaron, en fin de cuentas, a la conclusión de que la misma vida se encargaría de dar una lección elocuente de cosas, al imponer el cierre inevitable y paulatino de las fábricas, cosa que, en efecto, empezó a ocurrir muy pronto". Dicho en otros términos, el Consejo de la industria unificada, al mismo tiempo que rechazaba el reto del lockout, por entender que llevaba aparejada "una enorme responsabilidad", recomendaba a sus afiliados que fuesen cerrando las fábricas una tras otras buscando pretextos adecuados.

La idea de lockout se puso en práctica de un modo bastante sistemático. Los representantes del capital, tales como el kadete Kutler, que había sido ministro con Witte, explayaban imponentes informes acerca del desmoronamiento de la industria, bien entendido que la responsabilidad no se achacaba, precisamente, a los tres años de guerra, sino a los tres meses de revolución. "Pasarán dos o tres semanas -predecía el impaciente Riech- y las fábricas empezarán a cerrarse una tras de otra." Velada en esta profecía hay una amenaza. Los ingenieros, los profesores, los periodistas, abrieron en la prensa una campaña especial, en la que se sostenía que la medida fundamental de salvación consistía en parar los pies a los obreros. El 17 de mayo, en vísperas de su separación ostentosa del gobierno, el ministro e industrial Konovalov declaraba: "Si en un próximo futuro la gente no entrara en razón..., asistiremos al cierre de cientos de fábricas."

A mediados de junio, el Congreso de la Industria y del Comercio exige del gobierno provisional que "rompa abiertamente con el actual modo de llevar adelante la revolución". Esta demanda, "¡suspended la revolución!", la hemos oído ya de labios de los generales. Pero los industriales concretan más sus deseos. "El origen del mal no está solamente en los bolcheviques, sino que está también en los partidos socialistas. Sólo una mano firme, una mano férrea puede salvar a Rusia."

Después de preparar el terreno políticamente, los industriales pasaron de las palabras a las obras. Durante los meses de marzo y abril se cerraron ciento veintinueve pequeñas fábricas, que daban trabajo a nueve mil obreros; en el mes de mayo, ciento ocho, con igual número de trabajadores; en junio se clausuran ya ciento veinticinco con un contingente de treinta y ocho mil obreros; en julio, doscientas seis, que daban ocupación a cuarenta y ocho

mil. El lockout avanza en progresión geométrica. Pero esto no era más que el principio. A Petrogrado siguió la industria textil de Moscú, y tras ésta vinieron las provincias. Los patronos justificaban el cierre por la falta de combustible, de materias primas, de materiales auxiliares, de créditos. Los comités de fábrica intervenían en el asunto y, en muchos casos, demostraban de un modo irrefutable que la producción se desorganizaba deliberadamente, con el designio de presionar a los obreros a conseguir una ayuda financiera del Estado. Se distinguía por su insolencia la conducta de los capitalistas extranjeros, atrincherados detrás de sus Embajadas. En algunos casos, el sabotaje era tan evidente que, forzados por las revelaciones de los comités de fábrica, los industriales no tenían más remedio que volver a abrir sus industrias. Así, poniendo al desnudo una contradicción social tras otra, la revolución no tardó en llegar a la más importante de todas: a la contradicción que mediaba entre el carácter social de la producción y la propiedad privada de sus instrumentos y recursos. Para imponerse a los obreros, el patrono no tiene inconveniente en cerrar la fábrica, ni más ni menos que si se tratara de su petaca y no de un organismo necesario para la vida de toda la nación. Los Bancos, que habían boicoteado harto eficazmente el "Empréstito de la Libertad", abrazaron una posición combativa ante los atentados del fisco contra el gran capital. En una carta dirigida al ministro de Hacienda, los banqueros "profetizaban" la emigración de capitales al extranjero y la reclusión de los valores en las cajas de caudales, caso de que se tomaran medidas financieras de carácter radical. Dicho en otros términos, los patriotas de los Bancos amenazaban con el lockout financiero como complemento del industrial. El gobierno se apresuró a ceder. No hay que olvidar que los organizadores del sabotaje eran gente honorables que habían tenido que arriesgar sus capitales amenazados por la guerra y la revolución, y no unos marineruchos de Kronstadt como otros cualesquiera, que no arriesgaban más que su cabeza, lo único que tenían que perder.

El Comité ejecutivo no podía por menos de comprender que la responsabilidad de los destinos económicos del país, sobre todo después del advenimiento franco de los socialistas al poder, pesaba, a los ojos de las masas, sobre la mayoría dirigente del Soviet. La sección financiera del Comité ejecutivo redactó un amplio programa de reglamentación de la vida económica por el Estado. Constreñidos por las circunstancias, cada día más amenazadoras, las proposiciones de aquellos economistas, muy moderadas todas, resultaron ser mucho más radicales que sus autores. "Ha llegado el momento -decía el programa- en muchas ramas de la industria (trigo, carne, sal, pieles) de que se implante el monopolio comercial del Estado; en otras (carbón, petróleo, metal, azúcar, papel) las

condiciones aconsejan la constitución de trusts reglamentados por el Estado, y, finalmente, en casi todas las ramas de la industria las condiciones imperantes exigen que el Estado intervenga y reglamente la distribución de las materias primas y de los productos elaborados, así como la fijación de los precios... Al mismo tiempo, es imprescindible someter a un régimen de fiscalización todos los institutos de crédito."

El 16 de mayo, el Comité ejecutivo, cuyos jefes políticos estaban completamente desconcertados, adoptó casi sin discusión las propuestas de sus economistas y las corroboró con un aviso muy curioso que dirigía al gobierno, según el cual éste debía imponerse "la misión de organizar de un modo sistemático la economía nacional y el trabajo", recordando que había sido por no haber cumplido con esta misión por lo que "había caído el antiguo régimen y había sido necesario introducir modificaciones en el gobierno provisional". Queriendo hacerse los valientes, los conciliadores se asustaban a sí mismos.

"El programa es magnífico -escribía Lenin-, no falta nada en él: ni el control, ni la centralización en el Estado de los trusts, ni la campaña contra la especulación, ni el trabajo obligatorio... No hay más remedio que resignarse a aceptar el programa del "horrendo bolchevismo", por la sencilla razón de que no cabe otro, ni más salida a la horrible catástrofe que nos amenaza..." Sin embargo, todo el problema estaba en saber quién había de realizar este magnífico programa. ¿La coalición? La respuesta no tardó en surgir. Al día siguiente de aprobarse el programa económico por el Comité ejecutivo, el ministro del Comercio y de la Industria Konovalov, presentaba la dimisión y se iba, dando un portazo. Lo sustituyó temporalmente el ingeniero Palchinski, representante no menos fiel, aunque bastante más enérgico, del gran capital. Los ministros socialistas no sé atrevieron siquiera a presentar seriamente el programa del Comité ejecutivo a sus colegas liberales. No olvidemos que Chernov había intentado, sin conseguirlo, que el gobierno aprobase un decreto prohibiendo las transacciones sobre tierras.

Como respuesta a las dificultades, cada día mayores, el gobierno limitóse a forjar un plan para descargar a Petrogrado, es decir, para trasladar las fábricas y los talleres de la capital al interior del país. Este plan se basaba en consideraciones de orden militar -para esquivar el peligro de que los alemanes se apoderasen de la capital-, y en razones económicas, alegando que Petrogrado se hallaba demasiado lejos de las cuencas de combustible y las zonas de origen de las materias primas. Aquel desplazamiento hubiera equivalido a dar al traste con la industria de la capital por una serie de meses y de años. El fin político perseguido consistía en desparramar por todo el país a la vanguardia de la clase

obrera. Por su parte, las autoridades militares formulaban petición tras petición para que se evacuase de Petrogrado a las tropas revolucionarias.

Palchinski ponía todos sus esfuerzos en procurar persuadir a la sección obrera del Soviet de las ventajas de aquella medida. En llevarla a la práctica contra la voluntad de los obreros no había que pensar, y los trabajadores no estaban de acuerdo con ella. Esta iniciativa avanzaba tan poco como la proyectada reglamentación de la industria. La crisis se agravaba, los precios subían, el lockout tácito extendía su frente y con él aumentaba el paro forzoso. El gobierno no se movía del sitio. Miliukov escribía, refiriéndose a aquellos tiempos: "El Ministerio no hacía más que seguir la corriente, y la corriente conducía a los cauces bolchevistas." Sí, así era: la corriente conducía a los cauces del bolchevismo.

El proletariado era la principal fuerza motriz de la revolución. Por su parte, la revolución se encargaba de formar al proletariado, cosa de que éste estaba muy necesitado.

Hemos visto el papel decisivo que los obreros pequeñoburgueses desempeñaron en febrero. Las posiciones más avanzadas las ocupaban los bolcheviques. pero después de la revolución quedan relegados a segundo término. Ahora ocupan la escena política los partidos conciliadores, que entregan el poder a la burguesía liberal. La bandera bajo la que navega el bloque es el patriotismo. Y su presión es tan fuerte, que la mitad, por lo menos, de los dirigentes del partido bolchevique capitulan ante él. Al llegar Lenin a Petrogrado, cambia radicalmente el rumbo del partido, a la par que crece rápidamente en su influencia. En la manifestación armada del mes de abril, los obreros y soldados avanzados intenta ya romper las cadenas del bloque. Pero, después de los primeros esfuerzos retroceden. Y los conciliadores siguen empuñando el timón.

Más tarde, después de la revolución de Octubre, se gastó no poca tinta en torno al tema de que los bolcheviques debían el triunfo al ejército campesino, cansado de la guerra. Pero esta explicación es harto superficial. Mucho más cercana de la verdad estaría la afirmación contraria, a saber: que el papel tan relevante que desempeñaron los conciliadores en la revolución de Febrero obedecía muy principalmente a la importancia excepcional del ejército campesino en la vida del país. Si la revolución se hubiera desarrollado en tiempo de paz, el papel dirigente del proletariado se habría impuesto mucho antes, desde el principio. Sin la guerra, el triunfo de la revolución no hubiera sido tan rápido y se hubiera pagado bastante más caro, prescindiendo de las víctimas de la guerra. Pero no habría dejado margen para que se desarrollase un estado de opinión patriótica y conciliadora. En todo caso, los marxistas rusos, al predecir, adelantándose en mucho a los acontecimientos, la conquista del poder por el proletariado en el transcurso de

la revolución burguesa, no arrancaban precisamente de la moral transitoria de un ejército campesino, sino que se fijaban en la estructura de la sociedad rusa desde el punto de vista de clase. Este pronóstico se vio plenamente confirmado. Pero la relación fundamental entre las clases se modificó a causa de la guerra y sufrió una alteración temporal bajo la presión del ejército como organización de los campesinos *déclassés* y armados. Esta formación social artificial fue precisamente la que robusteció de un modo extraordinario las posiciones de los conciliadores pequeñoburgueses, concediéndoles un margen de ocho meses de experimentos, que no les sirvieron más que para desangrar al país y a la revolución.

Sin embargo, las raíces de esta política de conciliación no deben buscarse exclusivamente en este factor del ejército campesino. Hay que indagar en el propio proletariado, en su composición, en su nivel político, los motivos que contribuyen a explicar el predominio temporal de que gozaron los mencheviques y socialrevolucionarios. La guerra operó enormes variaciones en la composición y estado de espíritu de la clase obrera. Los años que precedieron a la guerra se caracterizaron por el progreso del movimiento revolucionario, pero este proceso viose interrumpido por aquélla. La movilización fue concebida y llevada a la práctica con un criterio que no era estrictamente militar, sino que tenía mucho de policíaco. El gobierno se apresuró a retirar de las cuencas industriales a los obreros más activos e inquietos. Puede sentarse como hecho indiscutible que en los primeros meses de la guerra la movilización arrancó de la industria hasta un 40 por 100 de los obreros, principalmente obreros calificados. Su alejamiento, que tan desastrosamente repercutía en la marcha de la producción, levantaba calurosas protestas por parte de los industriales, sobre todo cuando mayores eran los beneficios que la industria de guerra reportaba. Gracias a esto, se contuvo la destrucción total de los cuadros obreros. La industria retenía los trabajadores de que necesitaba, en calidad de movilizados. Las brechas abiertas por la movilización fueron tapadas con elementos procedentes del campo, gente pobre de las ciudades, obreros poco expertos, mujeres, jóvenes. El tanto por ciento de las mujeres empleadas en la industria era de un 32 a un 40 por 100.

El proceso de renovación y de enrarecimiento del proletariado tomaba en la capital proporciones muy considerables. Durante los años de la guerra, desde 1914 hasta 1917, el número de fábricas que daban trabajo a más de quinientos obreros aumentó en la provincia de Petrogrado en casi el doble. Por efecto del cierre de las fábricas de Polonia y sobre todo las de los países bálticos, y a causa también, muy principalmente, del auge de la industria de guerra, en 1917 concentrábanse en las fábricas de Petrogrado cerca de cuatrocientos mil obreros, de los cuales treinta y cinco mil se distribuían entre ciento cuarenta fábricas

gigantescas. Los elementos más combativos del proletariado petersburgués desempeñaban en el frente un papel muy considerable, contribuyendo no poco a formar el estado de espíritu revolucionario del ejército. Pero los elementos procedentes del campo que los reemplazaban y que eran, con frecuencia, campesinos acomodados y tenderos, que buscaban en las fábricas un asidero para no ir al frente, y con ellos las mujeres y los jóvenes, eran mucho más sumisos que los obreros corrientes. Añádase a esto que los obreros expertos, que continuaban en sus puestos en concepto de movilizados -y eran cientos de miles los que estaban en esta situación-, observaban una prudencia extraordinaria por miedo a que les llevasen al frente. Tal era la base social del ambiente patriótico que, ya bajo el zarismo, reinaba en ciertos sectores obreros.

Pero este patriotismo no tenía ninguna firmeza. Las despiadadas represiones militar y policíaca, la redoblada explotación, las derrotas sufridas en el frente y el desbarajuste económico del país, empujaban a los obreros a la lucha. Sin embargo, durante la guerra las huelgas tenían casi todas un carácter económico y eran mucho más moderadas que antes. La postración del partido contribuía y eran mucho más moderadas que antes. La postración del partido contribuía a acentuar más todavía la de la clase. Después de la detención y el destierro de los diputados bolcheviques se desplegó, con ayuda de todo un cuerpo de provocadores preparados de antemano, una batida general contra las organizaciones bolchevistas, de la que el partido no pudo rehacerse hasta la revolución de Febrero. En el transcurso de los años 1915 y 1916, la clase obrera diluida tuvo que pasar por la escuela elemental de la lucha antes de que, en febrero de 1917, las huelgas económicas parciales y las manifestaciones de las mujeres hambrientas pudieran fundirse en una huelga general y arrastrar al ejército a la insurrección.

Al estallar la revolución de Febrero, la estructura del proletariado de Petrogrado era en extremo heterogénea y, además, su nivel político, aun en los sectores más avanzados, bastante bajo. En provincias, las cosas estaban aún peor. Sin este retroceso determinado por la guerra en la formación de la conciencia política del proletariado, que la hizo caer otra vez en un estado de analfabetismo o semianalfabetismo político, no hubiera podido concebirse tampoco aquel predominio temporal de los partidos conciliadores.

Toda revolución enseña y, además, con gran rapidez. En eso está su fuerza. Cada semana revelaba a las masas algo nuevo. Dos meses equivalían a una época. A fines de febrero, la insurrección. A fines de abril, las manifestaciones armadas de los obreros y los soldados en Petrogrado. A principios de julio, nueva acción, con proporciones mucho más vastas y con consignas más atrevidas. A fines de agosto, la intentona contrarrevolucionaria

de Kornílov, que las masas hicieron abortar. A fines de octubre, la conquista del poder por los bolcheviques. Bajo estos acontecimientos, que sorprenden por la regularidad de su ritmo, se operan profundos procesos moleculares, que funden a los elementos heterogéneos de la masa obrera en un todo político coherente. También en esto la huelga desempeñaba un papel decisivo.

Durante las primeras semanas, los industriales, atemorizados por los truenos de la revolución, que retumbaban entre la bacanal de los beneficios de guerra, hicieron concesiones a los obreros. Los fabricantes de Petrogrado accedieron incluso, con ciertas reservas y restricciones, a conceder la jornada de ocho horas. Pero esto a los obreros no les bastaba, ya que el nivel de vida descendía constantemente. En mayo, el Comité ejecutivo viose obligado a reconocer que, ante el aumento ininterrumpido de los precios de subsistencia, la situación de los trabajadores "lindaba, para muchos, con el hambre crónica". En los barrios obreros crecía el nerviosismo. Lo que más angustiaba a la gente era la falta de perspectivas, la incertidumbre. Las masas son capaces de soportar las más duras privaciones cuando saben en nombre de qué hacen el sacrificio. Pero el nuevo régimen se les revelaba, cada vez más marcadamente, como la máscara de la vieja realidad contra la cual se habían alzado en febrero. Y esto no tenían por qué soportarlo.

Las huelgas cobran un carácter especialmente turbulento en los sectores obreros más atrasados y explotados. A lo largo de todo el mes de junio abandonan el trabajo, unos detrás de otros, las lavanderas, los tintoreros, los toneleros, los dependientes de comercio, los obreros de la construcción, los pintores, los peones, lo zapateros, los obreros del cartón, los tocineros, los ebanistas. Por el contrario, los metalúrgicos tienden más bien a contener el movimiento. Los obreros avanzados empezaban a ver, cada vez más claramente, que en las condiciones económicas parciales no se conseguiría ninguna mejora sensible, que era necesario remover los cimientos mismos. El lockout no sólo hacía que a los obreros se les alcanzase mejor la necesidad de implantar el control de la industria, sino que les sugería la conveniencia de que el Estado tomase en sus manos las fábricas. La cosa parecía tanto más lógica cuanto que la mayoría de las fábricas particulares trabajaban para la guerra, colaborando con fábricas idénticas pertenecientes al Estado. ya en el verano de 1917 empiezan a hacer acto de presencia en la capital delegaciones de obreros y empleados, que acuden de las distintas partes de Rusia a solicitar que el Estado se haga cargo de las fábricas, ya que los accionistas se niegan a seguir dando dinero. Pero el gobierno no quería ni oír hablar de esto. La conclusión era clara: había que cambiar de gobierno. Y como los conciliadores se oponían a esto, los obreros les volvían la espalda.

En los primeros meses de la revolución, la fábrica de Putilov, con sus cuarenta mil obreros, parecía una fortaleza de los socialrevolucionarios. Pero su guarnición no resistió durante mucho tiempo los ataques de los bolcheviques. A la cabeza de los atacantes veíase casi siempre a Volodarski. Volodarski, un antiguo sastre judío, que había vivido en Norteamérica muchos años y conocía muy bien el inglés, era un excelente orador de masas, lógico, expeditivo y audaz. La entonación americana daba una gran fuerza de expresión a su voz potente, que resonaba con acento claro y preciso en aquellas asambleas, en que se congregaban miles de obreros. "Al aparecer Volodarski en el barrio de Narva -cuenta el obrero Minichev-, en la fábrica de Putilov, los obreros de esa fábrica empezaron a írseles de las manos a los señores socialrevolucionarios, y, a la vuelta de unos meses, se pasaron a los bolcheviques."

El incremento que tomaban las huelgas y la lucha de clases en general robustecía casi automáticamente la autoridad de los bolcheviques. En todos aquellos casos en que se planteaban intereses vitales para los obreros, éstos convencíanse de que los bolcheviques no abrigaban segundas intenciones, de que no ocultaban nada y de que se podía confiar en ellos. Cuando estallaba algún conflicto, todos los obreros sin partido, los socialrevolucionarios y los mencheviques, se iban con ellos. Así se explica que los Comités de fábrica que batallaban contra el sabotaje ejercido por la administración y por los patronos, se pusieran al lado de los bolcheviques mucho antes que el Soviet. En la reunión celebrada a principios de junio por los Comités de fábrica de Petrogrado y sus alrededores, la proposición bolchevista obtuvo 335 votos por 421 votantes. Y, sin embargo, era un hecho revelador, pues demostraba que, en las cuestiones fundamentales de la vida económica, el proletariado de Petrogrado, que aún no había roto con los conciliadores, se había pasado de un modo efectivo al campo bolchevique.

En la asamblea sindical celebrada en junio pudo comprobarse que en Petrogrado había más de cincuenta sindicatos y que sus afiliados no bajaban de doscientos cincuenta mil. El sindicato metalúrgico contaba con cerca de cien mil obreros. En el transcurso del mes de mayo, el número de obreros sindicados se dobló. La influencia de los bolcheviques en los sindicatos crecía aún más rápidamente.

En todas las elecciones parciales a los soviets triunfaban los bolcheviques. El primero de junio había ya en el Soviet de Moscú doscientos seis bolcheviques por ciento setenta y dos mencheviques y ciento diez socialrevolucionarios. Idénticos cambios se producían en provincias, aunque con mayor lentitud. Los efectivos del parido crecían sin cesar. A finales

de abril, la organización de Petrogrado contaba con cerca de quince mil miembros; a finales de junio, el número de afiliados era ya de treinta y dos mil.

En la sección obrera del Soviet de Petrogrado tenían ya, por aquel entonces, mayoría los bolcheviques. Pero en las asambleas mixtas de ambas secciones la mayoría aplastante correspondía a los delegados soldados. La Pravda no se cansaba de pedir elecciones generales. "Los quinientos mil obreros de Petrogrado tienen en el Soviet cuatro veces menos delegados que los ciento cincuenta mil soldados de la guarnición."

En el Congreso de los Soviets celebrado en junio, Lenin reclamó medidas serias para combatir el lockout, las expoliaciones y el desbarajuste deliberado que en la vida económica introducían los industriales y los banqueros. "Hay que dar publicidad a los beneficios de los señores capitalistas, detener a cincuenta o cien millonarios. Bastará con tenerlos encerrados unas cuantas semanas, aunque sea con el régimen de favor que se dispensa a Nicolás Romanov, con el solo fin de obligarles a poner al descubierto los engaños, los manejos, los negocios sucios que bajo el nuevo gobierno siguen costando millones de rublos a nuestro país." A los jefes del Soviet esta proposición de Lenin les parecía monstruosa. "¿Es que se puede variar el curso de las leyes que rigen la vida económica con medidas de violencia contra unos cuantos capitalistas?" Parecíales natural que los industriales dictasen a la economía sus leyes conspirando contra la nación. Un mes después, Kerenski, que dejó caer sobre Lenin todo el furor de su indignación, no reparaba en detener a miles de obreros, cuya opinión acerca de las "leyes que rigen la vida económica" difería de la de los industriales.

El nexo entre la economía y la política habíase puesto al desnudo. Ahora, el Estado, acostumbrado a obrar en calidad de principio místico, obraba, cada vez con más frecuencia, en su forma más primitiva, es decir, personificado por destacamentos armados. En distintas partes del país, los obreros hacían comparecer por la fuerza ante el Soviet o arrestaban en sus domicilios a los patronos que se negaban a hacer concesiones y algunos hasta a negociar. Se explica perfectamente que las clases poseedoras distinguiesen con sus odios a la milicia obrera.

El acuerdo primeramente tomado por el Comité ejecutivo de armar al 10 por 100 de los obreros no se había puesto en práctica. Pero los obreros se las arreglaban para armarse más o menos bien, debiendo tenerse en cuenta que en estas milicias se encuadraban los elementos más activos. La dirección de la milicia obrera estaba en manos de los Consejos de fábrica, cuya jefatura iba concentrándose, poco a poco, en manos de los bolcheviques. Un obrero de la fábrica de Moscú, Postavchik, cuenta: "El primero de junio,

inmediatamente de elegirse el nuevo Consejo de fábrica con una mayoría bolchevique..., se procedió a formar un destacamento de ochenta hombres, que, a falta de armas, aprendía la instrucción militar con bastones, al mando del camarada Lievakov, antiguo soldado."

La prensa acusaba a la milicia de cometer violencias y llevar a cabo requisas y detenciones ilegales. Evidentemente, la milicia obrera ponía en práctica la coacción; no había sido creada para otra cosa. Pero lo imperdonable era que aplicase la violencia a los representantes de una clase que no estaba acostumbrada, ni quería acostumbrarse, a ser tratada así.

El 23 de junio se reunió en la fábrica de Putilov, fábrica que tuvo un papel dirigente en la lucha por la subida de salarios, una asamblea, en la que estaban representados el Consejo central de los comités de fábrica, el buró central de los sindicatos y setenta y tres fábricas. Bajo la influencia de los bolcheviques, la asamblea reconoció que, en aquellas condiciones, si se planteaba la huelga en la fábrica podían empeñar a los obreros petersburgueses en una "lucha política desorganizada", por lo cual proponía a los obreros de la fábrica de Putilov que "contuviesen su legítima protesta", preparándose para dar la batalla general.

En vísperas de esta importante asamblea, la fracción bolchevique prevenía al Comité ejecutivo: "Esa masa de cuarenta mil hombres... puede lanzarse a la huelga el día menos pensado y echarse a la calle. Lo hubiera hecho ya, de no haberla contenido nuestro partido; pero nada nos garantiza que se consiga seguir conteniéndola en adelante. Y si los obreros de la fábrica de Putilov se echan a la calle, es indudable que arrastrarán consigo a la mayoría de obreros y soldados."

Los jefes del Comité ejecutivo consideraban estos avisos como gritos demagógicos o, cuando no, celosos de su tranquilidad, hacían caso omiso de ellos. Ellos, por su parte, vivían apartados casi en absoluto de las fábricas y los cuarteles, pues sus figuras atraían ya los odios de los obreros y soldados. Sólo los bolcheviques gozaban del prestigio necesario para evitar que los obreros y los soldados se lanzasen a acciones dispersas. Sin embargo, la impaciencia de las masas se volvía a veces incluso contra los propios bolcheviques.

En las fábricas y en la escuadra hicieron su aparición algunos anarquistas, quienes no tardaron en revelar su inconsistencia orgánica, como siempre, ante las grandes masas y los grandes acontecimientos. A los anarquistas les era muy fácil negar el poder político, no teniendo como no tenían la menor idea acerca de la importancia de los soviets como órganos del nuevo Estado. Justo es decir que, aturdidos por la revolución, lo más corriente era que guardaran silencio en lo tocante a la cuestión del Estado. Su independencia y

originalidad manifestábanse principalmente en pequeños tiros de cohete. Las dificultades económicas y la exasperación, cada día mayor, de los obreros de Petrogrado brindaban a los anarquistas algunos puntos de apoyo. Incapaces de impulsar seriamente la correlación de fuerzas sociales con sujeción a la escala del Estado, propensos a entregarse como medida salvadora a cualquier impulso que viniese de abajo, acusaban, no pocas veces, a los bolcheviques de indecisión y hasta de pasteleo. Pero no solían pasar de la protesta. El eco que las intervenciones de los anarquistas despertaba en las masas servíales, a veces, a los bolcheviques para pulsar la presión del vapor en la caldera revolucionaria.

Bajo la avalancha patriótica que venía de todos lados, los marineros que habían acudido a recibir a Lenin a la estación de Finlandia declaraban, dos semanas después: "Si hubiéramos sabido..., por qué camino llegó a nuestro país, en vez de acogerle con vivas entusiastas le habríamos recibido con gritos indignados de: ¡Abajo Lenin! ¡Vuélvete al país por el cual has pasado para venir aquí!..." Los soviets de soldados de Crimea amenazaban, uno tras otro, con impedir por la fuerza de las armas la entrada de Lenin en la península patriótica, a la cual éste ni había pensado en ir. El regimiento de Volin, uno de los corifeos del 27 de febrero, llegó hasta acordar, en un momento de exaltación, detener a Lenin, y el Comité ejecutivo se vio obligado a tomar medidas para impedirlo. Este estado de opinión no se disipó por completo hasta la ofensiva de junio, para volver a manifestarse después en las jornadas de julio.

Al mismo tiempo, en las guarniciones situadas en los puntos más recónditos y en los sectores más alejados del frente, los soldados, la mayor parte de las veces sin apercibirse de ello, iban empleando cada día con mayor audacia el lenguaje del bolchevismo. En los regimientos, los bolcheviques se podían contar con los dedos, pero sus consignas iban adentrándose cada vez más en el ejército. Diríase que surgían espontáneamente en todos los ámbitos del país. Los liberales no veían en todo esto más que ignorancia y caos. El Riech decía: "Nuestro país se está convirtiendo ante nuestros ojos en una especie de manicomio en que mandan y campean una serie de posesos y la gente que aún no ha perdido del todo la razón se aparta asustada, arrimándose a las paredes." Los "moderados" se han expresado en estos términos en todas las revoluciones. La prensa conciliadora se consolaba diciendo que los soldados, a pesar de todos los equívocos, no querían nada con los bolcheviques. Sin embargo, el bolchevismo inconsciente de las masas, en que se reflejaba la lógica del curso de los acontecimientos, era la verdadera fuerza, la fuerza indestructible del partido de Lenin.

El soldado Pireiko cuenta que en las elecciones el Congreso de los soviets, celebradas en el frente después de tres días de discusiones, todos los puestos fueron para socialrevolucionarios, pero que, a renglón seguido, sin hacer caso de las protestas de los jefes, los diputados soldados votaron un acuerdo sobre la necesidad de quitar la tierra a los grandes propietarios sin esperar a la Asamblea constituyente. "En las cuestiones asequibles a los soldados, el estado de opinión de éstos era más izquierdista que el de los bolcheviques más extremos." A esto era a lo que se refería Lenin cuando decía que "las masas estaban cien veces más a la izquierda que nosotros."

El escribiente de un taller de motocicletas de una población de la provincia de Táurida cuenta que, muchas veces, después de leer un periódico burgués, los soldados cubrían de insultos a los bolcheviques, e inmediatamente se ponían a razonar sobre la necesidad de acabar con la guerra, de quitar la tierra a los grandes propietarios, etc. Así era como pensaban aquellos "patriotas", que se juramentaban para no dejar entrar a Lenin en Crimea.

Los soldados de las gigantescas guarniciones del interior estaban inquietos, la aglomeración de aquellas masas inmensas de hombres ociosos que esperaban impacientemente que les sacasen de allí, creaba un estado de enervamiento, acusado luego por una desazón que los soldados trasplantaban a la calle, yendo y viniendo de acá para allá en tranvía y pasándose las horas muertas mascando semillas de girasol. Aquel soldado, con el capote terciado a la espalda y una cáscara de girasol en los labios, acabó por convertirse en la imagen más odiada de la prensa burguesa. Y el mismo soldado a quien durante la guerra habían adulado con los halagos más repugnantes, lo que, por otra parte, no era obstáculo para que en el frente se le azotara; a quien después de la revolución de Febrero se le ponía por las nubes como libertador, se le convertía de pronto en un egoísta, en un traidor y en un agente de los alemanes. No había vileza que la prensa patriótica no fuese capaz de achacar a los soldados y marineros rusos.

El Comité ejecutivo no sabía hacer más que justificarse, luchar contra la anarquía, sofocar los excesos, pedir tímidamente informaciones y cursar consejos. El presidente del Soviet de Tsaritsin -ciudad a la que se tenía por el nido del "anarcobolchevismo"-, preguntado por el centro acerca de la situación, contestó con una frase lapidaria. "Cuanto más evoluciona a izquierda la guarnición, más hacia la derecha se inclina el burgués." La fórmula de Tsaritsin es perfectamente aplicable a todo el país. El soldado se radicalizaba, el burgués evolucionaba hacia la derecha.

Y con tanta tenacidad trataban del bolchevique los de arriba al soldado capaz de expresar con más audacia que los demás lo que sentían todos, que acabó por creerse que real y verdaderamente lo era. Las cavilaciones de los soldados, partiendo de la paz y de la tierra, iban concentrándose en el tema del poder. El eco que hallaban las consignas dispersas de los bolcheviques convertíase en una simpatía consciente hacia este partido. El regimiento de Volin, que en abril se disponía a detener a Lenin, dos meses después se había convertido al bolchevismo. Otro tanto sucedió con los regimientos de Eguer y de Lituania. Los tiradores letones habían sido creados por la autocracia para explotar en provecho de la guerra el odio de los campesinos y de los obreros del campo contra los barones bálticos. Estos regimientos combatían de un modo magnífico. Pero el espíritu de rivalidad de clase, en el que pretendía apoyarse la monarquía, se trazó sus propios derroteros.. Los tiradores letones fueron unos de los primeros en romper, primero con la monarquía y luego con los conciliadores. Ya el 17 de mayo, los representantes de ocho regimientos se adhirieron casi por unanimidad al grito bolchevique: "¡Todos el poder a los soviet!" Estos regimientos desempeñaron un gran papel en el rumbo seguido por la revolución.

Un soldado anónimo escribe desde el frente: "Hoy, 13 de junio, se ha celebrado una pequeña reunión en el cuarto de banderas; en ella, se ha hablado de Lenin y Kerenski. La mayor parte de los soldados simpatizan con Lenin, pero los oficiales dicen que Lenin es un burgués." Después del desastre de la ofensiva el nombre de Kerenski fue, en el ejército, blanco de todos los odios.

El 21 de junio, los alumnos de las academias militares recorrieron las calles de Peterhof, con banderas y cartelones, en que se leía: "¡Abajo los espías! ¡Vivan Kerenski y Brusílov!" Era natural que los kadetes aclamasen a Brusílov. Los soldados del cuarto batallón se abalanzaron sobre ellos y los dispersaron. Lo que mayor indignación levantaba era el cartelón en honor de Kerenski.

La ofensiva de junio aceleró considerablemente la evolución política dentro del ejército. La popularidad de los bolcheviques, único partido que había levantado la voz contra la ofensiva, creció con una rapidez vertiginosa. Es cierto que los periódicos bolcheviques encontraban dificultad para llegar al ejército. Su tirada era extraordinariamente pequeña, comparada con la de la prensa liberal y patriótica. "...No hay modo de hacerse aquí con uno de vuestros periódicos -escribe a Moscú la tosca mano de un soldado-, y sólo nos enteramos de lo que dicen por referencias. Los periódicos burgueses los mandan en paquetes por todo el frente y nos los reparten gratis." Esta prensa patriótica era precisamente la que se encargaba de crear a los bolcheviques una admirable

popularidad. No había caso de protesta de los oprimidos, de confiscación de tierras, de venganza contra los odiados oficiales, que estos periódicos no atribuyesen inmediatamente a los bolcheviques. De esto, los soldados sacaban, naturalmente, la conclusión de que los tales bolcheviques eran gente que sabía lo que se traía entre manos.

A principios de junio, el comisario del 12º Ejército decía a Kerenski, informándole del estado de espíritu de los soldados: "Todas las culpas se hacen recaer, en último término, sobre los ministros burgueses y el Soviet, del que se dice que está vendido a la burguesía. En general, en la masa domina una terrible ignorancia; por desgracia, hay que reconocer que, de algún tiempo a esta parte, ni siquiera se leen los periódicos. La palabra impresa inspira una desconfianza absoluta. Las frases más corrientes son: "Sí, sí; nos alimentan con buenas palabras", "Nos enredan""... En los primeros meses, los informes de los comisarios patrióticos eran otros tantos himnos entonados al ejército revolucionario, a su conciencia y a su disciplina. Cuando después de cuatro meses de decepciones ininterrumpidas, el ejército perdió la confianza en los oradores y en los periodistas gubernamentales, aquellos mismos comisarios descubrieron toda la tosquedad y la ignorancia que en él se albergaban.

Y, al paso que la guarnición se radicalizaba, el burgués evolucionaba hacia la derecha. Alentadas por la ofensiva, las ligas contrarrevolucionarias brotaban en Petrogrado como los hongos después de la lluvia. Estas organizaciones escogían nombres a cual más sonoro: "Ligar del Honor de la Patria", "Liga del Deber Militar", "Batallón de la Libertad", "Organización del Espíritu" y por ahí adelante. Estas brillantes etiquetas encubrían los apetitos y los designios de la aristocracia, de la oficialidad, de la burocracia, de la burguesía. Algunas de estas organizaciones, tales como la "Liga Militar", la "Asociación de los Caballeros de San Jorge" o la "División voluntaria", eran otros tantos puntos de apoyo declarados para el complot militar. Estos caballeros del "honor" y del "espíritu", que se nos presentaban como inflamados patriotas, no tenían el menor reparo en ir a llamar, cuando les convenía, a las puertas de las misiones aliadas, y muchas veces obtenían del gobierno la ayuda financiera que no había sido posible conceder al Soviet, por ser una "organización de carácter privado".

Uno de los retoños de la familia del magnate periodístico Suvorin emprendió, por aquel entonces, la publicación de un periódico, titulado Pequeña Gaceta, que se hacía pasar por órgano del "socialismo independiente", predicando una dictadura férrea, para la cual proponía como candidato al almirante Kolchak. La prensa más sólida, sin atreverse todavía a soltar prenda del todo, se esforzaba por todos los medios en crear al almirante prestigio y popularidad. La suerte que más tarde había de correr Kolchak demuestra que ya a

principios del verano de 1917 se tramaba un amplio complot a base de su nombre y que, detrás de Suvorin, había elementos influyentes.

La reacción, inspirándose en un cálculo táctico al alcance de cualquiera, aparentaba -basta fijarse en las virtudes sueltas- dirigir el golpe contra los partidarios de Lenin exclusivamente. La palabra "bolchevique" era sinónimo de todas las furias infernales. Y así como antes de la revolución, la oficialidad zarista hacía recaer sobre los espías alemanes, principalmente sobre los judíos, la responsabilidad de todas las calamidades, la de su propia estupidez inclusive, ahora, después del fracaso de la ofensiva de junio, la responsabilidad de todos los fracasos y derrotas se achacaba, naturalmente, a los bolcheviques. En este punto, los demócratas tipo Kerenski y Tsereteli se identificaban, hasta confundirse, no sólo con los liberales del corte de Miliukov, sino hasta con los oscurantistas declarados de la casta del general Denikin.

Como sucede siempre, cuando las contradicciones alcanzan una tensión extrema, pero aún no ha llegado el momento de la explosión, donde la distribución de las fuerzas políticas se manifestaba de un modo más claro y franco no era en las cuestiones fundamentales, sino en las secundarias. Durante aquellas semanas, Kronstadt fue uno de los pararrayos de las pasiones políticas. La vieja fortaleza, llamada a ser el fiel vigía puesto a las mismas puertas marítimas de la capital del imperio, había levantado más de una vez, en tiempos pasados, la bandera de la insurrección. En Kronstadt no se había extinguido nunca, a pesar de las implacables represiones, la llama de la rebeldía. Después de la revolución, esta llama volvió a brillar con destellos amenazadores. En las columnas de la prensa patriótica, el nombre de la fortaleza marítima no tardó en convertirse en símbolo de los aspectos más abominables de la revolución, cifrados, naturalmente, en el bolchevismo. En realidad, el Soviet de Kronstadt no era aún bolchevique: en el mes de mayo, formaban parte de él 107 bolcheviques, 112 socialrevolucionarios, 30 mencheviques y 97 personas sin partido. Se trataba, claro está, de socialrevolucionarios y gentes sin partido de Kronstadt, es decir, de hombres que vivían sometidos a una presión elevada: ante las cuestiones de importancia, la mayoría seguía a los bolcheviques.

En el mundo de la política, los marineros de Kronstadt no sentían gran afición por las intrigas ni por la diplomacia. Para ellos, no había más que una norma: dicho y hecho. No tiene nada de particular que, ante aquel gobierno espectral de Kerenski, se inclinaran por métodos de acción extraordinariamente sencillos. El 13 de mayo, el Soviet votó el acuerdo siguiente: En Kronstadt, el único poder es el Soviet de obreros y soldados."

La eliminación del comisario de gobierno, el kadete Pepeliayev, por ser la quinta rueda del carro, pasó perfectamente inadvertida. Se implantó un orden perfecto. En la ciudad prohibióse el juego y fueron clausuradas las casa de prostitución. El Soviet amenazó al que se presentara en la calle en estado de embriaguez con la "confiscación de los bienes y el envío al frente". Y la amenaza se llevó a la práctica, no una, sino varias veces.

Los marineros, gente templada bajo el régimen espantoso de la escuadra zarista y de la frontera marítima, acostumbrados al trabajo rudo, a los sacrificios y también a toda clase de excesos, ahora, que se abría ante ellos la perspectiva de una vida nueva, de la cual se sentían llamados a ser los dueños, ponían en tensión todas sus fuerzas para mostrarse dignos de la revolución. En Petrogrado, acosaban a amigos y enemigos y se los llevaban, casi por la fuerza a Kronstadt para que viesen de cerca quiénes eran y cómo gobernaban los marineros revolucionarios. Naturalmente, este estado de tensión moral no podía durar eternamente; pero duró bastante tiempo. Los marineros de Kronstadt se convirtieron en algo así como la orden militante de la revolución. Pero ¿de cuál? Desde luego, no de la que personificaba el ministro Tsereteli, con su comisario Pepeliayev. Kronstadt era como el augur de la segunda revolución. Por esto le odiaban tanto aquellos que tenían ya bastante y aun de sobra con la primera.

La prensa del orden presentó la destitución de Pepeliayev, que se había llevado muy discretamente, casi como una sublevación en armas contra la unidad del Estado. El gobierno dio sus quejas al Soviet. Éste nombró inmediatamente una delegación para enviarla a Kronstadt. La máquina del doble poder se puso en movimiento chirriando. El 24 de mayo, el Soviet de Kronstadt, en sesión a la que asistieron Tsereteli y Skobelev, se avino a reconocer, a instancias de los bolcheviques que, sin abandonar la lucha empeñada por el triunfo del poder de los soviets, estaba prácticamente obligado a someterse al gobierno provisional, en tanto no se instaurara el poder soviético en todo el país. Sin embargo, al día siguiente, bajo la presión de los marineros, indignados por estas concesiones, el Soviet declaraba que no había hecho otra cosa que dar a los ministros una "aclaración" de su punto de vista, que seguía siendo el mismo. Era un error táctico evidente, detrás del cual no había, sin embargo, más que un gran amor propio revolucionario.

Las esferas dirigentes decidieron aprovechar aquella ocasión que se les brindaba para dar una lección a los marineros de Kronstadt, obligándoles al mismo tiempo a expiar los viejos pecados. Huelga decir que actuó de acusador en esta causa Tsereteli. Con alusiones patéticas a los encarcelamientos que él mismo había sufrido, atacó especialmente a los marineros de Kronstadt, que tenían encerrados en los calabozos de la fortaleza a ochenta

oficiales. Toda la prensa razonable hizo coro a sus palabras. Sin embargo, hasta los periódicos conciliadores, es decir, ministeriales, se veían obligados a reconocer que se trataba de "verdaderos ladrones" y de "hombres que se habían distinguido por su violencia salvaje"... Según las Izvestia, órgano oficioso del propio Tsereteli, los marineros que habían declarado como testigos "hablan de aplastamiento (por los oficiales detenidos) de la insurrección de 1906, de los fusilamientos en masa, de las barcas llenas de cadáveres de fusilados echados al fondo del mar, y de otros horrores... Los marineros relatan todo esto con gran sencillez, como si se tratara de la cosa más corriente del mundo.

Los marineros de Kronstadt se negaban tozudamente a entregar los detenidos al gobierno, que sentía, por lo visto, mucha más piedad por los verdugos y ladrones de sangre azul que por los marineros de 1906 y de tantos otros años, torturados ignominiosamente. Se explica perfectamente que el ministro de Justicia, Pereverzev, de quien Sujánov dice que era "una de las figuras sospechosas del ministerio de coalición", pusiera sistemáticamente en libertad a los representantes más viles de la gendarmería zarista encerrados en la fortaleza de Pedro y Pablo. Lo que más les preocupaba a aquellos aventureros democráticos era que la burocracia reaccionaria reconociera su nobleza de conducta.

Los marineros de Kronstadt lanzaron un manifiesto, contestando en los siguientes términos a las acusaciones de Tsereteli: "Los oficiales, gendarmes y policías detenidos por nosotros durante los días de la revolución han declarado por sí mismos a los representantes del gobierno que no pueden quejarse del trato que se les da en la cárcel. Es verdad que las cárceles de Kronstadt son muy malas; pero son las que el zarismo construyó para nosotros. Son las únicas que hay. Y si mantenemos en ellas a los enemigos del pueblo, no es precisamente por espíritu de venganza, sino por instinto revolucionario de conservación."

El 27 de marzo, el Soviet de Petrogrado se reunió para juzgar a los marineros de Kronstadt. Trotski, que tomó la palabra en su defensa, advirtió a Tsereteli el papel que aquellos marineros estaban llamados a desempeñar en caso de peligro; es decir, cuando un general contrarrevolucionario intente echar la soga al cuello de la revolución; entonces, los kadetes darán jabón a la soga, mientras que los marineros de Kronstadt se alzarán para luchar y morir a nuestro lado. Este aviso convertíase en realidad tres meses después, con una insólita exactitud. En efecto; cuando el general Kornílov se sublevó y envió sus tropas sobre la capital, Kerenski, Tsereteli y Skobelev hubieron de llamar a los marineros de Kronstadt para que protegiesen el Palacio de Invierno. Pero en junio, los señores demócratas defendían el orden contra la anarquía, y ningún argumento, ninguna profecía tenía fuerza para ellos. Por 580 votos contra 168 y 74 abstenciones, Tsereteli hizo que el

Soviet de Petrogrado aprobase su proposición declarando que el Kronstadt "anárquico" quedaba eliminado de la democracia revolucionaria. Tan pronto como el palacio de Marinski, reunido con impaciencia, recibió la noticia de que el acuerdo había sido votado, el gobierno cortó inmediatamente las comunicaciones telefónicas entre la capital y la fortaleza para el público, con el fin de evitar que el centro bolchevique influyese sobre los marineros, dio orden de que se retirasen de Kronstadt todos los buques-escuela y exigió del Soviet de aquella plaza una "sumisión incondicional". El Congreso de los Diputados campesinos, reunido por aquellos días, amenazó con "privar a Kronstadt de subsistencia". La reacción que acechaba detrás de los conciliadores buscaba un desenlace decisivo y, a ser posible, sangriento.

"El paso irreflexivo dado por el Soviet de Kronstadt -escribe Ygov, uno de los historiadores nuevos- podría provocar consecuencias desagradables. Era preciso encontrar una salida a aquella situación." Con este fin se trasladó Trotski a Kronstadt, donde habló en el Soviet y redactó una declaración que fue votada primero por éste y aclamada luego en el mitin celebrado en la plaza del Áncora. Los marineros de Kronstadt, sin dejar de mantener sus posiciones del principio, hicieron las concesiones necesarias en el terreno práctico.

La solución pacífica del conflicto puso frenética a la prensa burguesa: "En la fortaleza reina la anarquía". "Los de Kronstadt acuñan moneda propia" -los periódicos reproducían modelos fantásticos de tal moneda-. "Se dilapidan los bienes del Estado", "Las mujeres han sido socializadas", "Todo el mundo roba, y reina la más escandalosa de las orgías". Los marineros, que se sentían orgullosos del severo orden que habían implantado, apretaban los callosos puños al leer aquellos periódicos que difundían en millones de ejemplares aquellas especies calumniosas por toda Rusia.

Tan pronto como los oficiales de Kronstadt se pusieron a disposición de los tribunales, los órganos judiciales de Pereversev se apresuraron a ponerlos en libertad, uno detrás de otro. Sería muy instructivo saber cuántos y quiénes, entre los oficiales puestos en libertad, tomaron parte luego en la guerra civil, y cuántos marineros, soldados, obreros y campesinos fueron fusilados y ahorcados por ellos. Por desgracia, no disponemos de medios para levantar aquí este interesantísimo balance.

El prestigio del poder estaba a salvo. Mas tampoco los marineros tardaron en obtener satisfacción de las vejaciones de que les habían hecho objeto. De todos los ámbitos del país empezaron a llegar saludos al Kronstadt rojo: de los soviets más izquierdistas, de las fábricas, de los regimientos, de los mítines. El primer regimiento de ametralladoras

manifestó en las calles de Petrogrado su respeto hacia los marineros de Kronstadt "por su firme actitud de desconfianza hacia el gobierno provisional".

Entre tanto, Kronstad se preparaba para tomar una revancha más importante. La campaña de la prensa burguesa había conseguido convertir a Kronstadt en un factor de importancia nacional. "El bolchevismo -escribe Miliukov-, después de haberse hecho fuerte en Kronstadt, tendió por todo el país una vasta red de propaganda, con ayuda de agitadores debidamente adiestrados. Los comisarios de Kronstadt iban también con su misión al frente, donde minaban la disciplina, y al campo, donde predicaban la devastación de las grandes propiedades. El Soviet de Kronstadt equipaba a sus emisarios con documentación especial: "N.N. va enviado a esa provincia para participar, con derecho de voto, en los Comités de distrito y en los cantones locales, como asimismo para tomar parte en los mítines y organizar los que considere conveniente y dónde y cuándo le parezca." Viajaban con "derecho a llevar armas, y billete de libre circulación por todas las líneas férreas y marítimas". Además, "el Soviet de Kronstadt garantiza la inviolabilidad personal del mencionado agitador".

Al denunciar la labor de zapa de los marineros bálticos, Miliukov se olvida de explicar cómo y por qué, bajo la vigilancia de unas autoridades tan sabias y prudentes, y existiendo en Rusia instituciones y periódicos como aquéllos, unos marineros, armados con la extraña credencial del Soviet de Kronstadt, podían recorrer sin obstáculos todo el país, de punta a punta, encontrando en todas partes la casa abierta y la mesa puesta, siendo admitidos en todas las asambleas populares, escuchados atentamente dondequiera que hablasen, y estampando con sus puños de marinero una huella en los acontecimientos históricos. A este historiador puesto al servicio de la política liberal no se le ocurre siquiera hacerse esta sencilla pregunta. Todo el milagro de Kronstadt estaba, lisa y llanamente, en que aquellos marineros acertaban a dar una expresión mucho más profunda y fiel a las exigencias de la evolución histórica que los más sabios profesores. Aquellas credenciales mal escritas demostrábanse, para decirlo en el lenguaje de Hegel, reales porque eran racionales, mientras que planes subjetivamente inteligentísimos acreditaban una inconsistencia, porque la razón de la historia no quería nada con ellos.

Los soviets iban rezagados con respecto a los comités de fábrica, los comités de fábrica marchaban a la zaga de las masas, los soldados a la zaga de los obreros y, en proporciones aún mayores, las provincias a la zaga de la capital. Era la dinámica inevitable del proceso revolucionario, que engendraba miles de contradicciones para luego superarlas como el azar, sin esfuerzo, jugando casi, y engendrar inmediatamente otras nuevas.

Asimismo iba a la zaga de la dinámica revolucionaria el partido, es decir, la organización que menos derecho tiene a rezagarse, sobre todo en momentos revolucionarios. En los centros obreros, en Yekaterinburg, Perm, Tula, Nijni-Novgorod, Sormov, Kolomna, Ysovka, los bolcheviques no se separaron de los mencheviques hasta fines de mayo. En Odessa, Nikolayev, Yelisavetgrad, Poltava y otros centros de Ucrania, estábamos a mediados de junio, y aún no contaban con organizaciones independientes. En Bakú, Ziatoust, Bejetsk, Kostroma, no se separaron definitivamente de los mencheviques hasta fines de junio. Estos hechos no pueden por menos de parecer sorprendentes, teniendo en cuenta que, a los cuatro meses de esto, los bolcheviques tomaban el poder. ¡Cuán alejado había estado el partido durante la guerra del proceso molecular que se estaba operando en la masa, y cuán al margen se hallaba, en el mes de marzo, la dirección Kámenev-Stalin de los grandes objetivos históricos! Los acontecimientos de la revolución cogieron desprevenido al partido más revolucionario conocido hasta hoy por la historia humana. Pero este partido se rehizo bajo el fuego y apretó sus filas bajo el empuje de los acontecimientos. En estos momentos decisivos, las masas se hallaban "cien veces más a la izquierda" que el partido de izquierda más extremo.

Examinando de cerca cómo crecía el ascendiente, el incremento de los bolcheviques con la fuerza de un proceso histórico natural, se ponen al descubierto sus contradicciones y zigzagueos, sus flujos y reflujos. Las masas son heterogéneas y, además, sólo aprenden a manejar el fuego de las revoluciones chamuscándose los dedos en él y dando marcha atrás. Los bolcheviques no podían hacer más que acelerar este proceso de adiestramiento de las masas. Para ello, su táctica era explicar, aclarar, paciente y sistemáticamente. Cierto es que, en esta ocasión, no puede decirse que la historia no recompensase su paciencia.

Mientras que los bolcheviques se iban apoderando de las fábricas y de los regimientos, sin que nada pudiese contener su avance, las elecciones a las Dumas democráticas daban un predominio enorme y, al parecer, cada vez mayor a los conciliadores. Era ésta una de las contradicciones más agudas y enigmáticas de la revolución. Cierto es que la Duma de la barriada de Viborg, totalmente proletaria, se enorgullecía de su mayoría bolchevique. Pero esto era una excepción. En las elecciones municipales celebradas en Moscú en junio, los socialrevolucionarios obtuvieron más del sesenta por ciento de los votos. Esta cifra les asombró a ellos mismos, pues no podían por menos de tener la sensación de que su influencia decrecía rápidamente. Las elecciones de Moscú ofrecen un interés extraordinario para quien quiera estudiar las relaciones que median entre el desarrollo efectivo de la revolución y su reflejo en los espejos de la

democracia. Los sectores avanzados de los obreros y campesinos sacudíanse apresuradamente las ilusiones conciliadoras. Entre tanto, las grandes capas de la pequeña burguesía urbana empezaban apenas a moverse. A estas masas dispersas, las elecciones democráticas les brindaban tal vez la primera, en todo caso, una de las raras posibilidades de manifestarse políticamente. Mientras que el obrero, todavía ayer menchevique o socialrevolucionario, votaba por el partido bolchevique, arrastrando consigo al soldado, el cochero, el portero, el tendero, el dependiente, el maestro de escuela, realizando un acto tan heroico como era votar por los socialrevolucionarios, salían por primera vez, políticamente de la nada. Los sectores pequeño-burgueses votaban fuera de tiempo ya por Kerenski, porque éste encarnaba a sus ojos la revolución de Febrero, que hasta hoy, hasta el momento de votar, no había llegado a ellos. Con su sesenta por ciento de mayoría socialrevolucionaria, la Duma de Moscú brillaba con el último resplandor de una vela que se iba apagando. Y lo mismo acontecía en los demás órganos de administración democrática. Apenas nacer, veíanse ya paralizados por la impotencia del retraso con que venían al mundo. Claro indicio de que la marcha de la revolución dependía de los obreros y de los soldados, y no de aquel polvo humano que el huracán de la revolución haría danzar en remolinos.

Tal es la dialéctica profunda, y a la par sencilla, del despertar revolucionario de las clases oprimidas. la más peligrosa de las aberraciones de la revolución consiste en que la mecánica aritmética de la democracia suma en el día de ayer el de hoy y el de mañana, con lo cual impulsa a los desorientados demócratas formales a buscarle la cabeza a la revolución en donde en realidad no tiene más que la cola. Lenin enseñó a su partido a distinguir la cola de la cabeza.

CAPITULO XXII
EL CONGRESO DE LOS SOVIETS Y LA MANIFESTACIÓN DE JUNIO

El primer Congreso de los soviets, que sancionó los planes de ofensiva de Kerenski, se reunió el 3 de junio en Petrogrado, en el edificio de la Academia militar. Acudieron a él 820 delegados con voz y voto y 268 con voz, pero sin voto. Estos delegados representaban a 305 soviets locales y a 53 soviets cantonales y de distrito, a las organizaciones del frente, a los institutos armados del interior del país y a algunas organizaciones campesinas. Tenían voz y voto los soviets integrados por más de 25.000 miembros. Los formados por 10 a 25.000 sólo tenían voz. Basándose en estas normas, que, dicho sea de paso, es poco probable que se observaran al pie de la letra, puede calcularse que en el Congreso estaban representadas más de 20 millones de personas. De los 777 delegados que facilitaron datos sobre su filiación política, 285 resultaban ser socialrevolucionarios, 243 mencheviques y 105 bolcheviques; después venían otros grupos menos nutridos. El ala izquierda, formada por los bolcheviques y los internacionalistas, representaba menos de la quinta parte de los delegados. En su mayoría, el Congreso estaba compuesto por elementos que en marzo se habían hecho socialistas y en junio estaban ya cansados de la revolución. Petrogrado tenía que parecerles una ciudad de locos.

El Congreso empezó aprobando la expulsión de Grimm, un lamentable socialista suizo que había intentado salvar a la revolución rusa y a la socialdemocracia alemana negociando detrás de la cortina con la diplomacia de los Hohenzollern. La proposición presentada por el ala izquierda para que se discutiera inmediatamente la cuestión de la ofensiva que se estaba preparando fue rechazada por una mayoría abrumadora. Los bolcheviques no eran allí más que un puñado. Pero el mismo día y acaso a la misma hora, la conferencia de los Comités de fábrica de Petrogrado votaba, también por una aplastante mayoría, una resolución en la que se decía que sólo el poder de los soviets podía salvar al país.

Por miopes que fueran los conciliadores, no podían dejar de ver lo que estaba sucediendo diariamente a su alrededor. Influido seguramente por los delegados de provincias, Líber, este encarnizado enemigo de los bolcheviques, denunciaba en la sesión del 4 de junio a los ineptos comisarios del gobierno, a quienes en el campo no querían entregar el poder. "A consecuencia de esto, una serie de funciones de la competencia de los órganos del gobierno han pasado a manos de los soviets, incluso cuando éstos no lo

deseaba." Estos hombres se quejaban de sí mismos. Uno de los delegados, maestro de escuela, contaba en el Congreso que durante los cuatro meses de revolución no se había operado el cambio más insignificante en la esfera de la instrucción pública. Los antiguos maestros, inspectores, directores, etc., muchos de ellos antiguos afiliados a las "centurias negras", los viejos planes escolares, los viejos manuales reaccionarios, hasta los viejos subsecretarios del ministerio; todo seguía tranquilamente donde estaba. Sólo los retratos del zar habían sido descolgados para llevarlos al desván, de donde no era difícil, ciertamente, sacarlos para volverlos a sus sitios.

El Congreso no se decidió a levantar la mano contra la Duma ni contra el Consejo de Estado. El orador menchevique Bogdanov justificaba su timidez ante la reacción con el pretexto de que la Duma y el Consejo "no son más que instituciones muertas, inexistentes". Mártov, con su gracejo polémico habitual, replicóle: "Bogdanov propone que se declare la Duma inexistente, pero que no se atente contra su existencia."

El Congreso, a pesar de la gran mayoría gubernamental, transcurrió en una atmósfera de inquietud e inseguridad. Aquel patriotismo remojado no daba ya más que llamaradas tímidas. Era claro que las masas estaban descontentas y que los bolcheviques eran incomparablemente más fuertes en el país, sobre todo en la capital, que en el Congreso. El debate mantenido entre los bolcheviques y los conciliadores, reducido a su raíz, giraban entorno a este tema: ¿A quién tiene que asociarse la democracia, a los imperialistas o a los obreros? Sobre el Congreso se cernía la sombra de la Entente. La cuestión de la ofensiva estaba resuelta de antemano, los demócratas no tenían más recurso que doblegarse. "En estos momentos críticos -decía Tsereteli, en tono de mentor- no debemos prescindir de ninguna fuerza social que pueda ser útil para la causa popular." Era el argumento en que se fundaba la coalición de la burguesía. Y como el proletariado, el ejército y los campesinos estropeaban a cada paso los planes de los demócratas, había que declarar la guerra al pueblo bajo el manto de una guerra contra los bolcheviques. Ya hemos visto cómo Tsereteli no tenía inconveniente en "prescindir" de los marineros de Kronstadt para no arrojar de su regazo al kadete Pepliayev. La coalición se aprobó por una mayoría de 443 votos contra 126 y 52 abstenciones.

Las tareas de la inmensa e inconsistente asamblea congregada en la Academia militar de Petrogrado se distinguieron pro el tono pomposo de las declaraciones y la mezquindad conservadora de los cometidos prácticos. Esto imprimió a todas las resoluciones una huella de inutilidad y de hipocresía. El Congreso proclamó el derecho de todas las naciones de Rusia a gobernarse libre y soberanamente. Pero la clave de este problemático derecho se

entregaba, no a las propias naciones oprimidas, sino a la futura Asamblea constituyente, en la que los conciliadores confiaban en tener mayoría, preparándose a capitular en ella ante los imperialistas, ni más ni menos que lo habían hecho en el gobierno.

El Congreso se negó a votar un decreto sobre la jornada de ocho horas. Tsereteli explicó las vacilaciones de la coalición en este terreno por las dificultades con que se tropezaba para coordinar los intereses de los distintos sectores de la población. ¡Cómo si en la historia se hubiera hecho nunca nada grande a fuerza de "coordinar intereses" y no imponiendo el triunfo de los intereses del progreso sobre los de la reacción!

Groman, economista del Soviet, presentó al final su inevitable proposición "sobre el desastre económico que se avecina y la necesidad de atajarlo mediante la reglamentación de la economía por el Estado". El Congreso votó esta resolución ritual, en la seguridad de que las cosas seguirían como estaban.

"Grimm ha sido expulsado -escribía Trotski el 7 de junio-, y el Congreso ha pasado al orden del día. Pero para Skobelev y sus colegas los beneficios capitalistas siguen siendo sagrados e inviolables. La crisis de las subsistencias se agudiza cada día más. En el terreno diplomático, el gobierno no cesa de recibir golpes. Finalmente, la ofensiva tan histéricamente proclamada, se echará muy pronto sobre los hombros del pueblo como una monstruosa aventura." Tenemos paciencia y estaríamos dispuestos a seguir contemplando tranquilamente la clarividente actuación del ministerio Lvov-Terechneko-Tsereteli unos cuantos meses más. Necesitamos de tiempo para nuestra preparación. Pero el topo subterráneo mina aceleradamente, y con la ayuda de los ministros "socialistas" el problema del poder puede echárseles encima a los miembros de este Congreso mucho antes de lo que todos sospechamos.

Procurando atrincherarse ante las masas detrás de una autoridad superior a ellos, los caudillos hacían intervenir al Congreso en todos los conflictos pendientes, comprometiéndolo sin piedad a los ojos de los obreros y soldados de Petrogrado. El episodio más ruidoso de este género fue el sucedido con la casa de campo de Durnovo, antiguo dignatario zarista, que, siendo ministro del Interior, se cubrió de gloria con la represión de la revolución de 1905. La villa deshabitada de este odiado burócrata, cuyas manos, además, no estaban del todo limpias, fue ocupada por las organizaciones obreras de la barriada de Viborg, principalmente a causa de su inmenso jardín, que se convirtió en el lugar de juegos favorito de los niños. La prensa burguesa pintaba la villa confiscada como una cueva de bandidos, una especie de Kronstadt de la barriada de Viborg. Nadie se tomaba el trabajo de darse una vuelta por allí a comprobar la verdadera realidad. El

gobierno, que sorteaba cuidadosamente todas las cuestiones de importancia, se entregó con verdadero ardor a la obra de salvar la villa de Durnovo. Se pidió la sanción del Comité ejecutivo para tomar medidas heroicas y, naturalmente, Tsereteli no la negó. El fiscal dio orden al grupo de "anarquistas" de que desahuciasen la casa en un plazo de veinticuatro horas. Los obreros, enterados de las acciones militares que se preparaban, lanzaron la voz de alarma. Los anarquistas, por su parte, amenazaron con resistirse por la fuerza de las armas. Veintiocho fábricas declararon una huelga de protesta. El Comité ejecutivo lanzó un manifiesto acusando a los obreros de Viborg de auxiliares de la contrarrevolución. Después de esta preparación, los representantes de la justicia y de la milicia penetraron en la madriguera del león. Pronto se comprobó que en la villa, en la que se habían instalado una serie de organizaciones obreras de cultura, reinaba el más completo orden. Y no hubo más remedio que retroceder de un modo ignominioso. Pero la cosa no paró ahí.

El 9 de junio cayó en el Congreso esta noticia como una bomba. La Pravda de aquella mañana publicaba un llamamiento a una manifestación organizada para el día siguiente. Cheidse, hombre asustadizo, razón por la cual propendía también harto fácilmente a asustar a los demás, declaró, con voz de ultratumba: "Si el Congreso no toma medidas, el día de mañana será fatal." Los delegados alzaron la cabeza, intranquilos. Para concebir la idea de enfrentar a los obreros y soldados de Petrogrado con el Congreso, no hacía falta ninguna cabeza genial: bastaba con fijarse en la situación. Las masas apretaban a los bolcheviques. Apretaba, sobre todo, la guarnición, temerosa de que, con motivo de la ofensiva, fueran a dispersarla y enviarla a distintos frentes. A esto se añadía el profundo descontento producido por la "Declaración de los derechos del soldado", que representaba un gran paso atrás, en comparación con el "decreto número 1", y el régimen que se había implantado de hecho en el ejército. La iniciativa de la manifestación partió de la organización militar de los bolcheviques. Los directores de la misma afirmaban fundadamente, como demostraron los acontecimientos, que si el partido no asumía la dirección, los soldados se echarían ellos mismos a la calle. Sin embargo, el cambio profundo operado en el estado de espíritu de las masas no era siempre fácilmente perceptible, y esto engendraba ciertas vacilaciones hasta entre los propios bolcheviques. Los directores de la misma afirmaban fundadamente, como demostraron los acontecimientos, que si el partido no asumía la dirección, los soldados se echarían ellos mismos a la calle. Sin embargo, el cambio profundo operado en el estado de espíritu de las masas no era siempre fácilmente perceptible, y esto engendraba ciertas vacilaciones hasta entre los propios bolcheviques. Volodarski no estaba seguro de que los obreros salieran a la

calle. Había dudas asimismo acerca del giro que tomaría la manifestación. Los representantes de la organización militar afirmaban que los soldados, ante el miedo a que les atacasen, no saldrían a la calle desarmados. "¿En qué parará esta manifestación?", preguntaba el prudente Tomski, exigiendo que la cuestión volviera a examinarse con cuidado. Stalin afirmaba que "la efervescencia entre los soldados era indudable, pero que no podía decirse lo mismo, de un modo concluyente, con respecto a los obreros"; a pesar de todo, creía necesario resistir al gobierno. Kalinin, siempre más inclinado a rehuir la batalla que a aceptarla, se pronunciaba decididamente contra la manifestación, fundándose en la ausencia de un motivo claro, sobre todo en lo tocante a los obreros: "La manifestación será una cosa artificial". El 8 de junio, en la conferencia celebrada con los representantes de las barriadas, después de una serie de votaciones preliminares, 131 manos se levantaron en favor de la manifestación, seis votaron en contra y 22 se abstuvieron. La manifestación fue señalada para el domingo día 10 de junio.

Los trabajos preparatorios se llevaron en secreto hasta el último momento, con el fin de no dar a los socialrevolucionarios y mencheviques la posibilidad de emprender una campaña en contra. Esta legítima medida de previsión había de interpretarse más tarde como prueba de que existía un compló militar. El Consejo central de los Comités de fábrica se adhirió a la idea de organizar la manifestación. "Bajo la presión de Trotski, y contra el parecer de Lunacharski, que era contrario a la proposición -escribe Yugov-, el Comité de los meirayontsi, decidió adherirse a la manifestación." Los preparativos se llevaron a cabo con una energía febril.

La manifestación había de alzar bandera por el poder de los soviets. La divisa de combate era: "¡Abajo los diez ministros capitalistas!" Era el modo más sencillo de expresar la necesidad de romper el bloque con la burguesía. La manifestación se dirigía hacia la Academia militar, donde estaba reunido el Congreso. Con esto, se daba a entender que no se trataba de derribar al gobierno, sino de ejercer presión sobre los dirigentes de los soviets.

Huelga decir que en las reuniones preliminares celebradas por los bolcheviques no fueron éstas las únicas voces que sonaron. Por ejemplo, Smilga, que había sido elegido hacía poco miembro del Comité central, propuso "no renunciar a apoderarse de Correos, de Telégrafos y del Arsenal, si los acontecimientos toman el giro de un choque abierto". Otro de los reunidos, el miembro del Comité de Petrogrado, Latzis, escribía en su diario, refiriéndose a que había sido desechada la proposición de Smilga: "No puedo estar conforme con esto... Me pondré de acuerdo con los camaradas Semaschko y Rachjia, para estar preparados en caso de necesidad y apoderarnos de las estaciones, los arsenales, los

Bancos y de Correos y Telégrafos, apoyándonos en el regimiento de ametralladoras." Semaschko era oficial de este regimiento y Rachjia un obrero bolchevique muy combativo.

Este estado de espíritu era muy explicable. El partido navegaba derechamente rumbo a la toma del poder; lo problemático no era más que el modo de apreciar la situación. En Petrogrado se estaba operando un cambio evidente de opinión a favor de los bolcheviques; pero en provincias, este proceso se desarrollaba más lentamente; además, el frente necesitaba de la lección de la ofensiva para vencer su recelo contra los bolcheviques. Por eso Lenin se mantenía firme en su posición de abril: "Explicar pacientemente."

En sus Memorias, Sujánov expone el plan de la manifestación del 10 de junio como si se tratase de un designio deliberado de Lenin para adueñarse del poder, "caso de que las circunstancias fuesen propicias". En realidad, los que intentaron plantear la cuestión en estos términos fueron unos cuantos bolcheviques aislados que, según la expresión que les aplicaba, bromeando, Lenin, viraban "un poquitín más a la izquierda" de lo que era preciso. Sujánov no se molesta siquiera en contrastar sus arbitrarias conjeturas con la línea política mantenida por Lenin en numerosos discursos y artículos.

El buró del Comité ejecutivo exigió inmediatamente de los bolcheviques que suspendieran la manifestación. ¿Por qué razón? Era evidente que sólo el gobierno tenía atribuciones para prohibir formalmente la manifestación. Pero éste no se atrevía siquiera a pensar en tal cosa. ¿Cómo se explica que el Soviet, que era oficialmente una "organización privada" dirigida por el bloque de dos partidos políticos, pudiera prohibir una manifestación a un partido que nada tenía que ver con ellos? El Comité central del partido bolchevique se negó a acceder a la demanda, pero creyó oportuno subrayar aun más el carácter pacífico de la manifestación. El 9 de junio se fijó en los barrios obreros esta proclama de los bolcheviques: "Como ciudadanos libres, tenemos el derecho de protestar, y debemos aprovecharnos de este derecho antes de que sea demasiado tarde. El derecho a manifestarnos pacíficamente no puede discutírnoslo nadie."

Los conciliadores sometieron la cuestión al Congreso. Fue entonces cuando Cheidse pronunció aquellas palabras acerca de las consecuencias fatales que podría tener la manifestación, añadiendo que sería preciso constituirse toda la noche en sesión permanente. Guegtschkori, miembro de la presidencia, otro de los hombres de la Gironda, puso fin a su discurso con un denuesto grosero dirigido a los bolcheviques. "¡Apartad vuestras sucias manos de nuestra gran obra!" A pesar de sus requerimientos, a los bolcheviques no se les concedió el tiempo necesario para reunirse en fracción a deliberar sobre el asunto. El Congreso tomó el acuerdo de prohibir todo género de manifestaciones

durante tres días. Ese acto de violencia contra los bolcheviques era, al propio tiempo, un acto de usurpación de funciones con respecto al gobierno; los Soviets seguían robándose neciamente el poder de debajo de la almohada.

A la misma hora, Miliukov hablaba en el Congreso cosaco y acusaba a los bolcheviques de ser los "principales enemigos de la revolución rusa". Según la lógica natural de las cosas, su mejor amigo era, indiscutiblemente, el propio Miliukov, que en vísperas de febrero se inclinaba más a aceptar la derrota infligida a Rusia por los alemanes que la revolución realizada por el pueblo ruso. Y como los cosacos preguntasen qué actitud había que adoptar con los adeptos de Lenin, Miliukov contestó: "Ya va siendo hora de acabar con esos señores." El jefe de la burguesía tenía demasiada prisa. Y, sin embargo, hay que reconocer que el tiempo apremiaba.

Entre tanto, en las fábricas y en los regimientos se celebraban mítines, en los cuales se acordaba echarse al día siguiente a la calle tremolando la divisa de "¡Todo el poder, a los soviets!" El ruido que arrancaban los Congresos soviético y cosaco hizo que pasara inadvertido el hecho de que en las elecciones a la Duma del barrio de Viborg obtuvieran 37 puestos los bolcheviques, 22 el bloque socialrevolucionario y menchevique y cuatro los kadetes.

Ante la categórica decisión del Congreso y la misteriosa alusión a la amenaza de un golpe de derecha, los bolcheviques decidieron revisar la cuestión. Lo que ellos querían era una manifestación pacífica y no una insurrección, y no tenían motivos para convertir en seminsurrección la manifestación prohibida. La presidencia del Congreso, por su parte, decidió tomar medidas. Unos cuantos centenares de delegados fueron organizados en grupos de diez y enviados a los barrios obreros y a los cuarteles con el fin de evitar la manifestación y volver después al palacio de Táurida para dar cuenta del cumplimiento de su cometido. El Comité ejecutivo de los diputados campesinos se asoció a esta expedición destinando a ella setenta hombres.

Aunque de un modo inesperado, los bolcheviques consiguieron lo que se proponían: los delegados del Congreso veíanse obligados a ponerse en contacto con los obreros y soldados de la capital. No se dejó que la montaña se acercara a los profetas, pero los profetas no tuvieron más remedio que acercarse a la montaña. Aquel encuentro resultó fecundo en alto grado. En las *Izvestia* del Soviet de Moscú, el corresponsal -un menchevique- traza el siguiente cuadro: "La mayoría del Congreso, más de quinientos miembros del mismo, se pasaron la noche en blanco, dividiéronse en grupos de a diez, que recorrieron las fábricas y los cuarteles de Petrogrado invitando a los obreros y a los

soldados a no acudir a la manifestación... El Congreso no goza de prestigio en una parte considerable de las fábricas, como tampoco en algunos regimientos de la guarnición... Muy a menudo, los miembros del Congreso no eran acogidos con simpatía, ni mucho menos; a veces, se les recibía con hostilidad y hasta con rencor." El órgano soviético oficial no exagera, ni mucho menos; al contrario, da una idea bastante atenuada de aquel encuentro nocturno entre los dos mundos.

Desde luego, después de ponerse al habla con las masas de Petrogrado, los delegados no podían abrigar ya ninguna duda respecto a quién podía, en lo sucesivo, acordar una manifestación o prohibirla. Los obreros de la fábrica de Putílov no accedieron a fijar el manifiesto del Congreso contra la manifestación hasta persuadirse, por la lectura de la *Pravda*, de que no contradecía al acuerdo de los bolcheviques. El primer regimiento de ametralladoras, que desempeñaba el papel de vanguardia en la guarnición, como lo desempeñaba la fábrica Putílov en los medios obreros, después de conocidos los informes de Cheidse y Avksentiev, presidentes de los dos Comités ejecutivos, votó la siguiente resolución: "De acuerdo con el Comité central de los bolcheviques y de la organización militar, el regimiento decide aplazar su acción..."

Las brigadas de pacificadores llegaban al palacio de Táurida, después de una noche entera sin dormir, en un estado de completa desmoralización. Ellos, que creían que la autoridad del Congreso era indiscutible, habían chocado contra un recio muro de desconfianza y hostilidad. "Las masas están al lado de los bolcheviques." "Reina una actitud muy hostil contra los mencheviques y socialrevolucionarios." "No creen más que a la *Pravda*." En algunos sitios, nos gritaron: "No os consideramos como compañeros." Uno tras otro, los delegados daban cuenta de cómo a pesar de haberse conseguido aplazar la batalla, habían sufrido una dura derrota.

Las masas se sometieron a la resolución de los bolcheviques, pero no sin protestas y manifestaciones de indignación. En algunas fábricas se votaron resoluciones censurando al Comité central. En los barrios obreros los miembros más fogosos del partido rompieron sus carnets. Era un aviso serio.

Los conciliadores razonaron la prohibición alegando que los monárquicos preparaban un complot, para el cual se hubieran aprovechado de la manifestación bolchevique; aludían a la participación de una parte del Congreso cosaco en este complot y a la marcha de tropas contrarrevolucionarias sobre Petrogrado. Era natural que, después de prohibida la manifestación, los bolcheviques exigieran explicaciones respecto al pretendido complot. Los jefes del Congreso, en vez de dar la contestación que se les pedía, acusaron de

conspiradores a los propios bolcheviques. De este modo, salían bastante airosamente del apuro.

Hay que reconocer, sin embargo, que en la noche del 10 de junio los conciliadores descubrieron, en efecto, un complot que los conmovió profundamente. Era el complot tramado pro las masas con los bolcheviques contra los conciliadores. No obstante, el hecho de que los bolcheviques se hubiesen sometido a las órdenes del Congreso alentó a los conciliadores y permitió que su pánico se convirtiera en furor. Los mencheviques y socialrevolucionarios decidieron dar pruebas de una férrea energía. El 10 de junio, el periódico de los mencheviques decía: "Es hora ya de denunciar a los leninistas como traidores a la revolución." El representante que habló en el Congreso de los cosacos en nombre del Comité ejecutivo, pidió que los cosacos apoyaran al Soviet contra los bolcheviques. El presidente, que era el atamán del Ural, Dutov, le contestó: "Los cosacos estaremos siempre al lado del Soviet." Los reaccionarios, para dar la batalla a los bolcheviques, estaban dispuestos a aliarse incluso con el Soviet, para luego poderlo estrangular de un modo más seguro.

El 11 de junio se reúne un tribunal imponente: el Comité ejecutivo, los miembros de la presidencia del Congreso, los dirigentes de las fracciones, unas cien personas en total. Como siempre, el papel del fiscal corre a cargo de Tsereteli, quien exige furiosamente que se tomen medidas severas, y trata con desdén a Dan, dispuesto siempre a atacar a los bolcheviques, pero que no acaba de decidirse a exterminarlos. "Lo que ahora hacen los bolcheviques se sale ya de los límites de la propaganda ideológica, para convertirse en un complot... Que nos dispensen, pero ha llegado la hora de adoptar otros métodos de lucha. *Hay que desarmar a los bolcheviques*. No se pueden dejar en sus manos los abundantes recursos técnicos de que hasta ahora han dispuesto. No podemos dejar en sus manos las ametralladoras y las armas. No toleraremos ningún complot." Resonaba aquí una nueva nota: desarmar a los bolcheviques. Pero ¿qué significaba, en realidad, desarmar a los bolcheviques? Sujánov escribe, hablando de esto: "No hay que olvidar que los bolcheviques no tienen ningún depósito propio de armas. Estas se hallan en poder de los soldados y los obreros, que en su imponente mayoría siguen a los bolcheviques. Desarmar a los bolcheviques no puede significar más que desarmar al proletariado. Y no bastaría siquiera esto, pues habría que desarmar también a las tropas."

Como se ve, se acerca el momento clásico de la revolución, ese momento en que la democracia burguesa, acosada por la reacción, pretende desarmar a los obreros que han asegurado el triunfo de una causa revolucionaria. Los señores demócratas, entre los cuales

había gentes leídas, ponían invariablemente sus simpatías en los desarmados, nunca en los que desarmaban, cuando en los libros leían estas cosas, pero cuando el problema se planteaba ante ellos en la realidad tangible, las cosas cambiaban. El hecho de que fuera Tsereteli, un revolucionario que se había pasado varios años en presidio, que todavía ayer era un zimmerwaldiano, quien emprendiera el desarme de los obreros, no era cosa fácil de comprender. La sala, al oírlo, se quedó estupefacta. A pesar de todo, los delegados de provincias parecían darse cuenta de que les estaban empujando al abismo. Uno de los oficiales tuvo un ataque histérico.

No menos pálido que Tsereteli, Kámenev se puso en pie y exclamó, con un tono de dignidad cuya fuerza impresionó al auditorio: "Señor ministro, si no lanza usted sus palabras al viento, no tiene derecho a limitarse a amenazar. ¡Deténgame usted y sométame a proceso por conspirar contra la revolución!" Los bolcheviques abandonaron la sala en señal de protesta, negándose a tomar parte en el escarnio de que se hacía objeto a su partido. La tensión en la sala se hace insoportable.

Líber acude en auxilio de Tsereteli. Al furor contenido sucede en la tribuna el furor histérico. Líber exige que se adopten medidas implacables. "Si queréis que os siga la masa que está con los bolcheviques, romped con el bolchevismo." Pero se le escucha sin ninguna simpatía, y basta con un cierto sentimiento de hostilidad.

Lunacharski, siempre impresionable, intenta encontrar inmediatamente palabras que no desentonen de los sentimientos de la mayoría: si bien los bolcheviques aseguraban que su intención no era otra que celebrar una manifestación pacífica, a él la propia experiencia le había enseñado que "era un error organizar la manifestación". Pero no había por qué agudizar el conflicto. Lunacharski irrita a los amigos sin conseguir calmar a los adversarios.

"No vamos contra las tendencias izquierdistas -dice jesuíticamente Dan, el jefe más experimentado, pero, al mismo tiempo, el más estéril de todo el pantano-; nuestro enemigo es la contrarrevolución. No tenemos la culpa de que detrás de vosotros acechen los agentes de Alemania." Aquella alusión a los alemanes no tenía más objeto que suplir la carencia de argumentos. Huelga decir que entre todos ellos no podían aportar el nombre de un solo agente a sueldo de Alemania.

Tsereteli proponíase asestar el golpe. Dan no quería más que levantar la mano. Consciente de su impotencia, el Comité ejecutivo se asoció a la propuesta del segundo. La resolución que se sometió al Congreso al día siguiente tenía el carácter de una ley de excepción contra los bolcheviques, pero sin consecuencias prácticas inmediatas.

"Después de la visita girada a las fábricas y a los regimientos por vuestros delegados -rezaba la declaración escrita elevada al Congreso por los bolcheviques- no puede caber la menor duda de que si la manifestación no se ha celebrado no ha sido precisamente porque vosotros la hubieseis prohibido, sino porque nuestro partido la suspendió... La ficción del complot militar ha sido denunciada por un miembro del gobierno provisional para desarmar al proletariado de Petrogrado y disolver la guarnición de la capital... Aun dado el caso de que el poder del Estado pasara íntegramente a manos del Soviet -punto de vista que nosotros defendemos- y éste intentara poner trabas a nuestras campañas, esto nos obligaría, tal vez, no a someternos pasivamente, sino a aceptar la cárcel y cualesquiera otras sanciones en aras de la idea del socialismo internacional que nos separa de vosotros."

La mayoría y la minoría del Soviet se enfrentaron durante aquellos días, como preparándose a librar la batalla decisiva. Pero, en el último momento, los dos bandos dieron un paso atrás. Los bolcheviques renunciaron a celebrar la manifestación: los conciliadores, a desarmar a los obreros.

A Tsereteli le dejaron en minoría sus huestes. Sin embargo, no puede negarse que, a su manera, tenía razón. La política de alianza con la burguesía había llegado a un punto en que era necesario reducir a la impotencia a las masas rebeldes. Únicamente desarmando a los obreros y a los soldados podía llevarse la política del bloque hasta el anhelado fin, o sea hasta la instauración del régimen parlamentario de la burguesía. Pero Tsereteli, aun teniendo razón, era impotente para imponerla. Ni los soldados ni los obreros hubieran entregado voluntariamente las armas. No hubiera habido más remedio que emplear contra ellos la fuerza. Tsereteli no tenía ya fuerza para tanto. Para obtenerla, si es que la había en algún lado, hubiera tenido que pactar con la reacción, quien, una vez aniquilado el partido bolchevique, se habría cuidado, sin pérdida de tiempo, de hacer lo mismo con los soviets conciliadores, y pronto le hubiera hecho saber a Tsereteli que él no era más que un simple ex presidiario. Pero el rumbo tomado más tarde por los acontecimientos demuestra que tampoco la reacción disponía de la fuerza necesaria.

Tsereteli basaba políticamente la necesidad de dar la batalla a los bolcheviques en el hecho de que, según él, éstos divorciaban al proletariado de los campesinos. Mártov le objetó: "No es del seno de la masa campesina precisamente de donde Tsereteli toma sus ideas." El grupo de los kadetes de derecha, el grupo de los capitalistas, el grupo de los terratenientes, el grupo de los imperialistas, la burguesía de los países occidentales: ésos son los que exigen el desarme de los obreros y los soldados. Mártov tenía razón: en la historia,

en las clases poseedoras se atrincheran no pocas veces, para hacer prosperar sus intereses, detrás de los campesinos.

Desde el día en que vieran la luz las tesis de abril mantenidas por Lenin, el peligro de que el proletariado se aislara de los campesinos fue el principal argumento de todos los que pugnaban por tirar para atrás la revolución. Se explica perfectamente que Lenin comparase a Tsereteli con los "viejos bolcheviques".

En uno de sus trabajos publicados en 1917, Trotski escribía, a este propósito: "El aislamiento en que se encuentra nuestro partido con respecto a los socialrevolucionarios y mencheviques, por radical que sea, llevado incluso hasta detrás de los muros carcelarios, no significa, ni mucho menos, el aislamiento del proletariado con respecto a las masas oprimidas de la ciudad y el campo. Al contrario, la recia oposición de la política del proletariado revolucionario contra la pérfida política de concesiones de los actuales dirigentes soviéticos es lo único que puede trazar una diferenciación política salvadora en los millones de campesinos, arrancar a los campesinos pobres a la dirección traicionera de los labriegos socialrevolucionarios acomodados y convertir al proletariado socialista en el verdadero caudillo de la revolución popular triunfante."

Y, sin embargo, aquel argumento, falso hasta la médula, de Tsereteli resultó tener una gran fuerza vital. En vísperas de la revolución de Octubre, volvió a levantar cabeza con fuerza redoblada, como el argumento que esgrimían muchos "viejos bolcheviques" contra la toma del poder. Años después, al iniciarse la reacción ideológica contra las tradiciones de octubre, la fórmula de Tsereteli convirtióse en la principal arma teórica de la escuela de los epígonos.

En la misma sesión del Congreso de los soviets, que conoció, en rebeldía, del proceso contra los bolcheviques, el representante del menchevismo propuso, cuando menos se esperaba, que para el próximo domingo, 18 de junio, se organizase en Petrogrado y en las ciudades más importantes una manifestación de obreros y soldados, para patentizar a los enemigos la unidad y la fuerza de la democracia. La proposición, aunque dejó un poco perplejo al Congreso, fue aceptada. Un mes después, Miliukov explicaba de un modo bastante plausible este inesperado cambio de frente de los conciliadores: "Después de pronunciar en el Congreso de los soviets discursos de tono liberal, después de hacer fracasar la manifestación armada del 10 de junio..., los ministros socialistas tuvieron la sensación de que habían ido demasiado lejos en su acercamiento a nuestro campo, de que empezaba a faltarles el terreno en que pisaban. Entonces se asustaron y dieron un viraje hacia los bolcheviques." Claro está que aquel acuerdo de organizar una manifestación para

el 18 de junio no era precisamente un viraje hacia los bolcheviques, sino algo muy distinto: una tentativa de viraje hacia las masas contra el bolchevismo. El encuentro nocturno con los obreros y los soldados les había producido una impresión bastante fuerte a los elementos dirigentes de los soviets. Así se explica que, abandonando los propósitos imperantes al abrirse el Congreso, se publicase atropelladamente, en nombre del gobierno, un decreto disolviendo la Duma y convocando la Asamblea constituyente para el 30 de septiembre próximo. Las divisas de la manifestación habían sido concebidas de modo que no suscitaran la irritación de las masas:"Paz general", "Convocación inmediata de la Asamblea constituyente", "República democrática". Ni una palabra acerca de la ofensiva ni de la coalición. Lenin preguntaba en la *Pravda*: "¿Qué se ha hecho, señores, de aquella confianza absoluta en el gobierno provisional? ¿Por qué la lengua se os pega al paladar?" Estas ironías daban en el blanco: en efecto, los conciliadores no se atrevían a exigir de las masas que depositasen su confianza en el gobierno de que formaban parte.

Los delegados soviéticos, después de recorrer por segunda vez las barriadas obreras y los cuarteles, en vísperas de la manifestación, dieron informes muy alentadores al Comité ejecutivo. Tsereteli, a quien estos informes devolvieron la serenidad y la afición a desempeñar el papel de mentor, se dirigió en estos términos a los bolcheviques: "Ahora tenemos ocasión de pasar revista a nuestras fuerzas de un modo franco y honrado... Ha llegado la hora de que sepamos todos a quién sigue la mayoría: si a vosotros o a nosotros." Los bolcheviques aceptaron el reto aun antes de que fuera formulado de un modo tan imprudente. "Acudiremos a la manifestación del 19 -decía la *Pravda*- para luchar por las mismas consignas por las que queríamos manifestarnos el día 10."

Pensando seguramente en el entierro de marzo, que había sido, a lo menos exteriormente, una grandiosa manifestación de unidad de la democracia, la ruta trazada para ésta conducía también al Campo de Marte, a las tumbas de las víctimas de febrero. Pero la ruta era lo único que recordaba los ya lejanos días de marzo. Tomaron parte en la manifestación cerca de cuatrocientas mil personas: muchas menos, por tanto, que en el entierro: de esta manifestación soviética no sólo estaba ausente la burguesía, aliada de los soviets, sino que lo estaban también los intelectuales radicales, que en las otras paradas de la democracia habían ocupado un puesto tan preeminente. En sus filas formaban casi exclusivamente los cuarteles y las fábricas.

Los delegados del Congreso, congregados en el Campo de Marte, iban leyendo los cartelones que desfilaban ante ellos. Las primeras divisas bolcheviques fueron acogidas medio en broma. Era natural que así fuese; no en vano la víspera, Tsereteli había lanzado

su reto con tanta firmeza. Lo malo era que estas consignas se repetían profusamente: "¡Abajo los diez ministros capitalistas!", "¡Abajo la ofensiva!", "¡Todo el poder a los Soviets!" La sonrisa irónica fue borrándose de los rostros. Las banderas bolchevistas iban desfilando, unas tras otras, en procesión inacabable. Los delegados no las tenían todas consigo. El triunfo de los bolcheviques era demasiado evidente para negarlo. "De vez en cuando -dice Sujánov- aparecían entre las banderas y las columnas bolcheviques las divisas específicamente socialrevolucionarias y soviéticas. Pero se perdían entre la masa." Al día siguiente, el órgano oficioso del Soviet daba cuenta del furor con que en algunos sitios habían sido destrozadas las banderas con las consignas pidiendo un voto de confianza para el gobierno provisional. En estas palabras hay una evidente exageración. Por la sencilla razón de que sólo tres pequeños grupos portaban cartelones de homenaje al gobierno provisional: eran los amigos de Plejánov, el regimiento de cosacos y un grupo de intelectuales judíos afiliados al "Bund". Este trío combinado que, por los elementos que lo integraban, producía la impresión de un hecho político raro, parecía no tener más finalidad que poner al descubierto, para que todo el mundo lo viese, la impotencia del régimen. Ante los gritos de protesta de la multitud, los amigos de Plejánov y los del "Bund" se vieron obligados a retirar los cartelones. La bandera de los cosacos que mostraron más tozudez fue, en efecto, arrebatada y destrozada por el público.

"Lo que hasta ahora no era más que un arroyuelo -comentan las *Izvestia*- se ha convertido en un caudaloso río, cada vez más hinchado y que amenaza con desbordarse." Se trataba de la barriada de Viborg, cubierta toda ella de banderas bolcheviques con la inscripción: "¡Abajo los diez ministros capitalistas!" Una de las fábricas tremolaba un cartelón que decía así: "El derecho a la vida está por encima del derecho de propiedad." Esta divisa no obedecía a órdenes del partido.

Los delegados de provincias, aturdidos, buscaban a los jefes con los ojos. Éstos rehuían la mirada o se escabullían buenamente. Los bolcheviques asediaban a preguntas a los provincianos. ¿Se parece esto, acaso, a un puñado de conspiradores? Los delegados de provincias convenían en que no, en que no lo parecían. "No pude negarse que en Petrogrado sois una fuerza -reconocían en un tono bastante distinto del adoptado en la sesión oficial del Congreso-; pero no ocurre lo mismo en las provincias ni en el frente." Esperad, les contestaban los bolcheviques, que pronto os llegará también a vosotros el turno y se alzarán en provincias los mismos cartelones.

"Durante el desfile -escribía el viejo Plejánov-, yo estaba en el Campo de Marte, al lado de Cheidse. Por su semblante, veía que no se engañaba en lo más mínimo respecto a la

significación de aquella profusión asombrosa de carteles pidiendo el derrocamiento de los ministros capitalistas. Y aun parecían subrayar deliberadamente esa significación de las órdenes verdaderamente autoritarias con que se dirigían a él algunos de los representantes leninistas que desfilaban ante nosotros con aire triunfal."

Desde luego, los bolcheviques tenían motivos para estar satisfechos. "Juzgando por los cartelones y las divisas de los manifestantes -decía el periódico de Gorki-, la manifestación del domingo ha puesto de relieve el triunfo completo alcanzado por el bolchevismo entre el proletariado petersburgués." Era, en efecto, un gran triunfo, obtenido, además, en la palestra escogida por el propio adversario. El Congreso de los soviets, después de aprobar la ofensiva, aceptar la coalición y anatemizar a los bolcheviques, se aventuraba a llamar a la calle a las masas. Éstas acudían y le decían a la cara: votamos contra la ofensiva y contra la coalición; estamos al lado de los bolcheviques. Tal era el balance político de la manifestación de junio. Y se explica que el periódico de los mencheviques, iniciadores de la manifestación, preguntara melancólicamente al día siguiente: "¿A quién se le ocurrió esta desdichada idea?"

Naturalmente que no todos los obreros y soldados de la capital tomaron parte en la manifestación, como tampoco todos los manifestantes eran bolcheviques. Pero lo evidente era que nadie quería la coalición. Los obreros adversos aun al bolchevismo no sabían qué oponerle, razón por la cual su enemiga se tornaba en expectante neutralidad. No pocos mencheviques y socialrevolucionarios, que aún no habían roto con sus partidos pero que habían perdido ya la confianza en sus consignas, abrazaban las de los bolcheviques.

La manifestación del 18 de junio produjo una inmensa impresión a los propios manifestantes. Las masas vieron que el bolchevismo se convertía en una fuerza, y los vacilantes se sintieron atraídos hacia él. En Moscú, Kiev, Charkov, Yekaterinoslav y muchas ciudades provinciales, las manifestaciones pusieron de relieve los inmensos avances conseguidos por los bolcheviques sobre las masas. Por todas partes surgían los mismos lemas, clavados en el mismo corazón del régimen de Febrero. Había que sacar las consecuencias de todo esto. Parecía que ya los conciliadores no tenían salida del atolladero, cuando, a última hora, vino en su auxilio la ofensiva.

El 19 de junio, la avenida Nevski presenció varias manifestaciones patrióticas organizadas por los kadetes y con retratos de Kerenski por bandera. El propio Miliukov confiesa que estas manifestaciones se parecían tan poco a la que desfilara por aquellas mismas calles el día anterior, que al sentimiento de entusiasmo se unía involuntariamente la desconfianza. ¡Sentimiento muy legítimo! Pero los conciliadores respiraron tranquilos. Su

pensamiento se remontó inmediatamente por encima de las dos manifestaciones, como la esencia de la síntesis democrática. Esta gente estaba condenada a apurar hasta las heces la copa de las decepciones y de la humillación.

En abril habían chocado en la calle dos manifestaciones: la revolucionaria y la patriótica, y el choque produjo víctimas. Las manifestaciones adversas del 18 y del 19 de junio se sucedieron la una a la otra. Esta vez no llegó a estallar la pugna violenta. Pero ya no se podía evitar que estallase. Lo que se hizo fue únicamente aplazarla hasta dos semanas después.

Los anarquistas, que no sabían cómo manifestar su fiera independencia, se aprovecharon de la manifestación del 19 de junio para asaltar la cárcel de Viborg. Los detenidos, presos comunes en su mayoría, fueron puestos en libertad, sin combate ni víctimas. El ataque no cogía desprevenida, manifiestamente, a la administración, que no ofreció la menor resistencia a la agresión de los anarquistas reales y supuestos. Este enigmático episodio no tenía nada que ver con la manifestación. Pero la prensa patriótica lo mezcló todo como le convino. Los bolcheviques propusieron en el Congreso de los soviets que se abriera una información rigurosa para averiguara como habían podido ponerse en libertad 460 presos de delitos comunes. Pero los conciliadores no podían permitirse este lujo, pues temían chocar con los representantes de la superioridad administrativa y con sus aliados del bloque. Además, no tenían el menor deseo de defender contra las calumnias malignas a la manifestación organizada por ellos.

El ministro de Justicia, Perevedzev, que unos días antes se había cubierto de oprobio en el asunto de la villa de Durnovo, decidió tomarse la revancha y, so pretexto de buscar a los reclusos evadidos, volvió a asaltar la dicha villa. Los anarquistas ofrecieron resistencia, y, durante el tiroteo que se abrió, resultó muerto uno de ellos, quedó la villa destrozada. Los obreros de la barriada de Viborg, que consideraban como suya esta casa, dieron la voz de alarma. En algunas fábricas abandonaron el trabajo. La alarma se extendió por otros barrios y hasta por los cuarteles.

Los últimos días de junio se caracterizan por un estado constante de efervescencia. El regimiento de Ametralladoras está dispuesto a lanzarse inmediatamente al ataque contra el gobierno provisional. Los huelguistas recorren los cuarteles invitando a los soldados a echarse a la calle. Una manifestación de protesta, formada por campesinos con uniforme de soldados, muchos ya canosos, recorre las calles: son hombres de cuarenta años, que exigen que les dejen marcharse a los trabajos del campo. Los bolcheviques se pronuncia contra la acción inmediata: la manifestación del 18 de junio ha dicho todo lo que tenía que decir;

para obtener un cambio, no bastaba con manifestaciones, y la hora del golpe decisivo no había sonado aún. El 22 de junio, los bolcheviques dirigen un llamamiento a la guarnición: "No atendáis a las invitaciones que os hagan para que os echéis a la calle, en nombre de la organización militar." Del frente llegan delegados que se lamentan de los actos violentos y de las sanciones de que son víctimas los soldados. La amenaza de disolver los regimientos insumisos no consigue más que echar leña al fuego. "En muchos regimientos, los soldados duermen con las armas al brazo", dice una declaración elevada por los bolcheviques al comité ejecutivo. Las manifestaciones patrióticas, no pocas veces armadas, provocan colisiones en las calles. Son pequeñas descargas de la electricidad acumulada. Ninguno de los bandos se decide a emprender la ofensiva: la reacción es demasiado débil y la revolución no tiene aún una confianza absoluta en sus fuerzas. Pero tal parece que las calles de la ciudad están regadas con materias explosivas. Flota en el ambiente la inminencia del choque. La prensa bolchevique explica y frena. La prensa patriótica exterioriza su inquietud lanzándose a una campaña desenfrenada contra los bolcheviques. El 25 de junio, Lenin escribe: "Los salvajes aullidos de furor y de rabia contra los bolcheviques son el gemido de los kadetes, los socialrevolucionarios y los mencheviques por su propia impotencia. Tienen la mayoría. Están en el poder. Forman un bloque. Y ven que, a pesar de todo, no pueden nada. ¿Cómo no han de ponerse furiosos contra los bolcheviques?"

CAPITULO XXIII
CONCLUSIÓN

En las primeras páginas de este trabajo hemos intentado poner de manifiesto cuán profundamente enraizada estaba la revolución de Octubre en las relaciones sociales de Rusia. Nuestro análisis no ha sido construido, ni mucho menos, retrospectivamente a la vista de los acontecimientos consumados, es anterior a la revolución. Y data incluso del año 1905, que le sirvió de prólogo.

Hemos aspirado en estas páginas a demostrar cómo actuaron las fuerzas sociales de Rusia sobre los acontecimientos de la revolución. Hemos seguido la actuación de los partidos políticos en sus relaciones con las clases. Las simpatías y las antipatías del autor pueden dejarse a un lado. Una exposición histórica tiene derecho a exigir que se reconozca su objetividad si, basándose en hechos contrastados con precisión, pone al desnudo el nexo intrínseco que los une en el plano del proceso real de las relaciones sociales. Las leyes internas que presiden este proceso y que salen a la luz en esa exposición son la mejor comprobación de su objetividad.

Por el momento, los acontecimientos de la revolución de Febrero que hemos hecho desfilar ante los ojos del lector han confirmado el pronóstico teórico, por lo menos a medias, por el método de las eliminaciones sucesivas: antes de que el proletariado subiera al poder, la vida se encargó de someter a prueba y desechar por inservibles todas las demás variantes del proceso político.

El gobierno de la burguesía liberal, con su rehén democrático, Kerenski, resultó ser un completo fracaso. Las "jornadas de abril" fueron el primer aviso franco que la revolución de Octubre daba a la de Febrero. Después de esto, el gobierno provisional burgués cede el puesto a un gobierno de coalición, cuya esterilidad no pasa día sin que se ponga de manifiesto. En la manifestación de junio, desencadenada por el propio Comité ejecutivo, aunque, la verdad sea dicha, no de un modo totalmente voluntario, la revolución de Febrero intenta medir sus fuerzas con la de Octubre y sufre una derrota cruel. Esta derrota era doblemente fatal por ocurrir en las calles de Petrogrado y haber sido inflingida por aquellos mismos obreros y soldados que habían hecho la revolución de Febrero, que luego les fue arrebatada de las manos por el resto del país. La manifestación de junio demostró que los obreros y soldados de Petrogrado navegaban hacia una segunda revolución, cuyas aspiraciones aparecían inscritas en sus banderas. Había signos inequívocos de que el resto del país seguía, aunque con el retraso inevitable, las huellas de

Petrogrado. Al cuarto mes de existencia, la revolución de Febrero había dado ya políticamente todo lo que podía dar de sí. Los conciliadores habían perdido la confianza de los obreros y los soldados. El choque entre los partidos dirigentes de los soviets y las masas soviéticas era ya inevitable. Después de la manifestación del 28 de junio, que fue una contrastación pacífica de los efectivos de las dos revoluciones, la pugna irreductible entre una y otra tenía que tomar inexorablemente un carácter declarado y violento.

Así surgieron las "jornadas de julio". Dos semanas después de la manifestación organizada desde arriba, aquellos mismos obreros y soldados se echaron ya a la calle por propia iniciativa y exigieron del Comité ejecutivo central que tomara el poder. Los conciliadores se negaron a ello rotundamente. Las jornadas de julio acarrearon encuentros violentos en las calles, con víctimas, y terminaron con una represión despiadada contra los bolcheviques, a quienes se declaró responsables de la inconsistencia del régimen de Febrero. La proposición que había formulado Tsereteli el 11 de junio y que entonces fue rechazada -decretar a los bolcheviques fuera de la ley y desarmarlos- llevóse a la práctica en toda su integridad a principios de julio. Los periódicos bolcheviques fueron clausurados y se procedió a la disolución de los regimientos bolchevistas. Se les quitaron las armas a los obreros. Los jefes del partido fueron declarados agentes a sueldo del Estado Mayor alemán. Unos se escondieron, otros fueron a dar con sus huesos en la cárcel.

Pero en este "triunfo" obtenido en julio por los conciliadores sobre los bolcheviques, fue precisamente donde se puso de manifiesto, en toda su magnitud, la impotencia de la democracia. Los demócratas viéronse obligados a lanzar contra los obreros y los soldados a tropas abiertamente contrarrevolucionarias, enemigas no sólo de los bolcheviques, sino también de los soviets: el Comité ejecutivo no contaba ya con tropas propias.

Los liberales sacaron de esto una conclusión muy certera, que Miliukov se encargó de formular en forma de dilema: "¡O Kornílov o Lenin!" En efecto, en la revolución no había ya sitio para la áurea mediocridad. ¡O ahora o nunca! se dijo la contrarrevolución. Y el generalísimo Kornílov se alzó en armas contra la revolución so pretexto de dar la batalla a los bolcheviques. Del mismo modo que antes de la revolución no había forma de oposición legal que no se cubriese con el manto del patriotismo, es decir, de la necesidad de dar la batalla a los alemanes, después de la guerra, las diferentes formas y modalidades de contrarrevolución legal amparábanse todas en la necesidad de dar la batida a los bolcheviques. Kornílov contaba con el apoyo de las clases poseedoras y de su partido; es decir, de los kadetes. Pero esto no fue obstáculo; antes bien, coadyuvó a que las tropas enviadas por Kornílov sobre Petrogrado fuesen vencidas sin combate, a que capitularan sin

luchas, evaporándose como una gota de agua al caer sobre una plancha al rojo. De este modo, realizábase y fracasaba también el experimento de un golpe de Estado derechista, dado, además, por un hombre que se hallaba al frente del ejército; el balance de fuerzas entre las clases poseedoras y el pueblo fue contrastado sobre la acción, y en el dilema "Kornílov o Lenin", el general cayó a tierra como un fruto podrido, aunque Lenin se viera obligado, por el momento, a permanecer en un apartado rincón.

¿Qué variante quedaba, después de esto, que no se hubiese intentado, sometido a prueba? Sólo quedaba la variante del bolchevismo. Efectivamente, después de la intentona de Kornílov y de su lamentable fracaso, las masas afluyen en tropel a los bolcheviques, y esta vez definitivamente. La revolución de Octubre va echándose encima por la fuerza de la necesidad física. A diferencia de la revolución de Febrero, calificada de incruenta, aunque en Petrogrado costó no pocas víctimas la revolución de Octubre triunfa en la capital real y verdaderamente, sin derramamiento de sangre. ¿Acaso, después de todo esto, no tenemos derecho a preguntar: qué más pruebas se quieren de que la revolución de Octubre respondía a las profundas leyes de la historia? ¿No es evidente que esta revolución sólo podía parecerles obra de la aventura o de la demagogia a aquellos a quienes atacaba en lo más sensible, en el bolsillo? La lucha sangrienta sólo surgió después de conquistado el poder por los soviets bolcheviques, cuando las clases derribadas con él, sostenidas materialmente por los gobiernos de la Entente, hacen esfuerzos desesperados por recobrar lo perdido. Es entonces cuando comienzan los años de la guerra civil. Se levanta el Ejército rojo. El país, hambriento, abraza el comunismo de guerra y se torna en un campamento espartano. La revolución de Octubre va abriéndose paso palmo a palmo, bate y rechaza a todos sus enemigos, emprende la solución de sus problemas económicos, se cura de las heridas más sensibles de la guerra imperialista y de la guerra civil y alcanza los más grandes triunfos en el terreno del desarrollo industrial. Ante ella se alzan, sin embargo, nuevas dificultades, dimanadas de su aislamiento y del bloqueo de los potentes países capitalistas que la rodean. El rezagamiento histórico que ha exaltado al proletariado ruso al poder, plantéale problemas que, por su misma esencia, no pueden tener solución íntegramente dentro de las fronteras de un país aislado. Por eso, los destinos de este Estado están íntimamente unidos al rumbo de la historia del mundo.

Este primer volumen, dedicado a la revolución de Febrero, demuestra como y por qué esta revolución tenía que fracasar. El segundo volumen demostrará cómo y por qué triunfó la revolución de Octubre.

CAPITULO XXIV
LAS "JORNADAS DE JULIO" PREPARACION Y COMIENZO

En 1915 la guerra le costó a Rusia diez mil millones de rublos; de 1916 a 1919 mil millones; en la primera mitad de 1917, diez mil quinientos millones. A principios de 1918, la Deuda pública había de ascender a sesenta mil millones, representando casi tanto, por consiguiente, como toda la riqueza nacional, que se calculaba en unos setenta mil millones. El Comité ejecutivo central redactó un proyecto de proclama abogando por un empréstito de guerra con el pomposo nombre de "Empréstito de la Libertad"; el gobierno, por su parte, llegaba a la fácil conclusión de que sin un nuevo y grandioso empréstito exterior, no sólo no Podría pagar los pedidos hechos al extranjero, sino que no podría siquiera cumplir las obligaciones interiores. El pasivo de la balanza comercial crecía constantemente. Era evidente que los aliados se disponían abandonar el rublo a su propia suerte. El mismo día en que la proclama sobre el "Empréstito de la Libertad" llenaba la primera página de las *Izvestia* de los Soviets, el *Mensajero del Gobierno* dio cuenta de la catastrófica baja del rublo. La prensa de estampar billetes no daba ya abasto a la inflación. Estaban a punto de abandonarse los antiguos y sólidos signos monetarios, que aún guardaban el resplandor de su poder adquisitivo anterior, para poner en circulación aquellas descoloridas etiquetas de botellas a que el pueblo dio en seguida el nombre de "kerenskis". El burgués como el obrero daban a esta palabra, al pronunciarla, cada cual a su modo, una inflexión de menosprecio.

Verbalmente, el gobierno abrazaba un programa de reglamentación de la economía, y hasta llegó a crear con este objeto, a fines de junio, una complicada organización. Pero en el régimen de febrero, a las palabras y los hechos les pasaba algo así como al espíritu y a la carne del cristiano devoto: que no acababan de armonizarse. Los órganos reguladores de la economía, debidamente seleccionados, se preocupaban más de preservar a los patronos de los caprichos de un poder central inconsistente y vacilante que de poner coto a los intereses privados. El personal administrativo y técnico de la industria estaba dividido: los sectores más altos, asustados por las tendencias niveladoras de los obreros, se ponían decididamente al lado de los patronos. Los obreros sentían repugnancia por los pedidos de guerra, encargados a las fábricas con un año, o dos, de anticipación. Pero también los patronos iban perdiendo el cariño por la producción, que les valía más inquietudes que beneficios. El cierre deliberado de las fábricas por los patronos tomaba caracteres sistemáticos. La industria metalúrgica redujo su producción en un 40, la textil en un 20 por 100. Escaseaban

todos los artículos necesarios para la vida. Los precios subían al unísono con la inflación y la crisis de la economía. Los obreros sentían un vivo deseo de poder controlar el mecanismo administrativo-comercial oculto a sus ojos y del que dependía su suerte. Skobelev, ministro de Trabajo, trataba de persuadir a los obreros, en manifiestos difusos, de la imposibilidad de su intervención en la dirección de las industrias. El 24 de junio, las *Izvestia* daban la noticia de que existía el propósito de cerrar toda otra serie de fábricas. De provincias, llegaban informes análogos. La situación de los transportes ferroviarios era aún más grave que la de la industria. La mitad de las locomotoras necesitaban una reparación radical; una gran parte del material móvil estaba en el frente y se notaba la falta de combustible. El Ministerio de Vías y Comunicaciones se hallaba empeñado en una pugna constante con los obreros y empleados ferroviarios. El abastecimiento de la población empeoraba de día en día. En Petrogrado, sólo había reservas de harina para diez o quince días: en los demás centros, la situación no era mucho mejor. La semiparalización del material móvil y la amenaza de huelga ferroviaria constituían un peligro constante de hambre. No se atalayaba ninguna salida. No; no era esto, ni mucho menos, lo que los obreros habían esperado de la revolución.

Pero la situación era aún peor, si cabía, en el terreno político. La indecisión es la actitud más grave que pueden adoptar tanto los gobiernos, las naciones y las clases como los individuos. La revolución es un modo implacable de resolver los problemas históricos. La política más funesta que puede seguir una revolución es la de las medias tintas: esa política guiada sólo por el afán de evitar los problemas. El revolucionario es como el cirujano que clava el bisturí en el cuerpo del enfermo; no puede vacilar. Pues bien, el régimen dualista, nacido de la revolución de Febrero, era la indecisión organizada. Todo se volvía contra el gobierno. Los amigos condicionales se convertían en adversarios, los adversarios tibios en enemigos encarnizados, y los que eran enemigos inermes, se armaban. La contrarrevolución estaba movilizando de un modo completamente descarado, a la luz del día, inspirada por el Comité central del partido kadete, centro político de todos los que tenían algo que perder. El Comité de la Asociación de oficiales destacado en el cuartel general de Mohilev, que representaba a cerca de cien mil jefes y oficiales descontentos, y el Consejo de la Asociación de soldados cosacos, de Petrogrado, eran las dos palancas militares de la contrarrevolución. La Duma, a pesar de la resolución votada en junio por el Congreso de los soviets, decidió continuar sus "sesiones privadas". Su Comité provisional servía de tapadera legal a la labor contrarrevolucionaria, generosamente alimentada con recursos financieros por los Bancos y las embajadas de la Entente. Los conciliadores se

veían amenazados por la derecha y por la izquierda. El gobierno, inquieto acordaba confidencialmente consignar un crédito para la organización de una policía política secreta.

Coincidiendo con todo esto, a mediados de junio, el gobierno señaló la fecha del 17 de septiembre para las elecciones a la Asamblea constituyente. La prensa liberal, a pesar de estar representados los kadetes en el Ministerio, sostenía una campaña tenaz contra la fecha señalada oficialmente, en la que, por lo demás, nadie creía y que nadie defendía seriamente. La imagen de la Asamblea constituyente, tan nítida en los primeros días de marzo, se enturbiaba y se iba desvaneciendo. Todo se volvía contra el gobierno, hasta sus pobres buenas intenciones. Hasta el 30 junio no se decidió a abolir la tutela que seguía ejerciendo la nobleza sobre las aldeas, por medio de los "jefes rurales", cuyo sólo nombre era execrado por el país desde que Alejandro III los creara. Pero, hasta esta reforma parcial, tardía y obligada, tenía el sello de una denigrante cobardía. Entre tanto, la nobleza se iba reponiendo de su pánico, los terratenientes se organizaban y apretaban sus filas. El Comité provisional de la Duma dirigióse a fines de junio al gobierno, exigiendo la adopción de medidas eficaces y resueltas para proteger a los propietarios contra los campesinos, soliviantados por "elementos criminales".

El 1 de julio se abrieron en Moscú las sesiones del Congreso de los propietarios de tierras; la aplastante mayoría de los congresistas eran elementos de la nobleza. El gobierno hacía los más variados equilibrios, intentando entretener engaitar con palabras tan pronto a los campesinos como a los terratenientes.

Pero donde las cosas estaban peor era en el frente. La ofensiva, que era ya la última carta de Kerenski hasta para afrontar los problemas interiores, se agitaba en las últimas convulsiones. El soldado no quería seguir guerreando. Los diplomáticos del príncipe Lvov no se atrevían a mirar a la cara a los de la Entente. El empréstito era de una absoluta necesidad. Para dar sensación de una firmeza que no tenía, el gobierno emprendió el ataque contra Finlandia, que, como todos los asuntos sucios, llevó a cabo por mediación de los socialistas. Al mismo tiempo, se agravaba el conflicto con Ucrania, en el que la ruptura declarada iba haciéndose cada vez más patente.

Al no encontrar salida, la energía de las masas se dispersaba en actos aislados y secundarios. Los obreros, soldados y campesinos intentaban solucionar por partes lo que el poder creado por ellos se negaba a resolver en conjunto. No hay nada que tanto fatigue a las masas como la indecisión de los directores. La espera infructuosa las incita a golpear con una fuerza creciente en la puerta que no se les quiere abrir, o provoca explosiones tumultuosas de indignación. Ya por los días del Congreso de los soviets, cuando los

delegados de provincias pudieron a duras penas contener la mano de sus jefes levantada sobre Petrogrado, los obreros y soldados pudieron convencerse de cuáles eran los sentimientos y los propósitos que abrigaban los dirigentes soviéticos respecto a ellos. Para la mayoría de los obreros y soldados de la capital, Tsereteli se había convertido, como Kerenski, en una figura execrable, con la cual no se sentían ligados por nada común.

En la periferia de la revolución crecía la influencia de los anarquistas, los cuales tenían gran predicamento en el Comité revolucionario que se había constituido en la casa de campo de Durnovo. Hasta los sectores obreros más disciplinados y la masa del partido empezaban a perder la paciencia o a prestar oídos a los que ya la habían perdido. La manifestación del 18 de junio patentizó a los ojos de todo el mundo que aquel gobierno no contaba con base alguna. "¿En qué piensan los de arriba?", se preguntaban los soldados y los obreros, refiriéndose no sólo a los jefes conciliadores, sino también a los organismos directivos de los bolcheviques.

En las condiciones creadas por los precios de inflación, la lucha por los salarios enervaba y agotaba a los obreros. En el transcurso del mes de junio esta cuestión se planteó de un modo especialmente agudo en la fábrica de Putilov en la que trabajaban 36.000 hombres. El 21 estalló la huelga en algunos talleres de esta fábrica. El partido veía claramente la esterilidad de estas explosiones esporádicas. Al día siguiente, una asamblea de delegados de las organizaciones obreras más importantes y de 70 fábricas, dirigida por los bolcheviques, declaraba que "la causa de los obreros de Putilov es la causa de todo el proletariado de la ciudad", y exhortaba a los obreros de la fábrica de Putilov a "contener su legítimo descontento". La huelga fue aplazada. Pero en los doce días siguientes no sobrevino cambio alguno. La masa obrera de las fábricas se agitaba, buscando una salida. Cada fábrica tenía planteado su conflicto, y todos estos conflictos juntos llegaban a las alturas, al gobierno. El sindicato de brigadas de locomotoras decía en una nota enviada al ministro de Vías y Comunicaciones: "Lo os por última vez: la paciencia tiene sus límites. No nos sentimos con fuerzas para seguir viviendo en esta situación..." Era una queja que nacía no sólo de la necesidad y el hambre, sino también de la duplicidad, la indecisión, la falsedad del gobierno. La nota protestaba con especial acritud contra "los llamamientos constantes que se nos dirigen, apelando al deber cívico y a la abstinencia".

En marzo, el Comité ejecutivo había traspasado los poderes al gobierno provisional, a condición de que no se sacaran de Petrogrado las tropas revolucionarias. Pero ya nadie se acordaba de eso. La guarnición había evolucionado hacia la izquierda, los dirigentes de los soviets, hacia la derecha. La pugna contra la guarnición estaba constantemente a la orden

del día. Y si el gobierno no se atrevía a sacar todos los regimientos de la capital, so pretexto de necesidades estratégicas, los más revolucionarios veíanse sistemáticamente diezmados por la sangría de las compañías enviadas de maniobras. Constantemente estaban llegando a la capital noticias relativas a la disolución en el frente de regimientos insubordinados y a la negativa a cumplir las órdenes de ataque que se les daban. Dos divisiones siberianas -no hacía mucho, los tiradores siberianos eran considerados como los mejores elementos- habían sido disueltas por la fuerza. Ante la negativa a cumplir las órdenes que se les habían dado, fueron encausados solamente en el 5.º Ejército, situado cerca de la capital, 87 oficiales y 12.725 soldados. La guarnición de Petrogrado, en la cual se acumulaba el descontento del frente, de la aldea, de los barrios obreros y de los cuarteles, se hallaba en un estado de permanente agitación. Los soldados barbudos de cuarenta años exigían con histérica insistencia que se les licenciara, que se les mandara a casa para atender a los trabajos del campo. Los regimientos situados en el barrio de Viborg -el 1.º de Ametralladoras, el 1.º de Granaderos, el de Moscú, el 180.º de Infantería y otros- estaban constantemente bajo la ardiente influencia de los suburbios proletarios. Millares de obreros desfilaban diariamente por delante de los cuarteles; entre ellos, había no pocos incansables agitadores bolcheviques. Pajo aquellos sucios muros se celebraban mítines y más mítines, casi sin interrupción. El 22 de junio, cuando todavía no se había extinguido el eco de las manifestaciones patrióticas provocadas por la ofensiva, se atrevió a aventurarse en la perspectiva Sampsonievskaya, imprudentemente, un automóvil de Comité ejecutivo con unos cartelones que decían: "¡Adelante por Kerenski!" El regimiento de Moscú detuvo a los agitadores, rompió los carteles y mandó el automóvil patriótico al regimiento de ametralladoras.

En general, los soldados eran más impacientes que los obreros, porque vivían directamente bajo la amenaza de ser enviados al frente y porque les costaba mucho más trabajo asimilarse las razones de estrategia política. Además, tenían un fusil en la mano, y desde febrero, el soldado propendía a exagerar su fuerza. Lihdin, un viejo obrero bolchevique, contaba más tarde que los soldados de 180.º Regimiento te decían: "¿Qué los hacen los nuestros en el palacio de la Kchesinskaya: están durmiendo? ¿Por qué no echamos nosotros mismos a Kerenski?" En las asambleas de los regimientos se votaban resoluciones sobre la necesidad de decidirse, por fin, a emprender el ataque contra el gobierno. En los regimientos, se presentaban constantemente delegados de las fábricas y preguntaban si los soldados se echaban a la calle. Los soldados del regimiento de ametralladoras envían a los cuarteles delegados incitando a los soldados a levantarse en

armas contra la continuación de la guerra. Los delegados más impacientes añaden: "Los regimientos de Pavl y de Moscú y 40.000 obreros de Putilov se lanzarán *mañana* a la calle." Las exhortaciones oficiales del Comité ejecutivo no surten ningún efecto. Cada vez se hace más agudo el peligro de que Petrogrado, no apoyado por el frente y la provincia, sea vencido. El 21 de junio, Lenin, desde *la Pravda,* exhorta a los obreros y soldados de Petrogrado a esperar hasta que los acontecimientos impulsen a las reservas pesadas a ponerse al lado de la capital. "Nos hacemos cargo de la amargura, de la excitación de los obreros de Petrogrado. Pero les decimos: compañeros, en estos momentos la acción sería nociva." Al día siguiente, una reunión privada de directivos bolcheviques, que, al parecer eran más "izquierdistas" que Lenin, llegaba a la conclusión de que, a pesar del estado de espíritu de los soldados y de las masas obreras, no eran aún posible aceptar la batalla: "Es mejor esperar a que, con la ofensiva iniciada, los partidos dirigentes se cubran definitivamente de oprobio. Entonces, tendremos la partida ganada."

Así lo cuenta Latsis, organizador de barriada y uno de los elementos más importantes por aquellos días. El Comité se ve obligado, cada vez con más Frecuencia, a enviar a los regimientos y a las fábricas agitadores con el fin de evitar que se lancen a una acción prematura. Los bolcheviques Viborg, meneando la cabeza, se lamentan entre sí: "Tenemos que hacer de manguera para apagar el fuego."

Sin embargo, las incitaciones a lanzarse a la calle no cesaban. Entre ellas, había no pocas que tenían un carácter evidente de provocación. La Organización militar de los bolcheviques se vio obligada a dirigirse a los soldados y a los obreros con un manifiesto en el que se decía: "No deis crédito a ningún llamamiento que se os haga en nombre de la Organización militar para que os echéis a la calle. La Organización militar no ha hecho ningún llamamiento en este sentido." Y más adelante, todavía con mayor insistencia: "Exigid de todo orador que os incite a la acción en nombre de la Organización militar que os presente la credencial con la firma del presidente y del secretario."

En la famosa plaza del Ancora, de Cronstadt, donde los anarquistas levantan la voz cada día con más firmeza, se prepara un ultimátum tras otro. El 23 de junio, los delegados de la citada plaza, prescindiendo del Soviet de Cronstadt, exigen del Ministerio de Justicia que ponga en libertad al grupo de anarquistas de Petrogrado, amenazando, en caso contrario, con el asalto de la cárcel por los marinos. Al día siguiente, los representantes de Orienbaum declaran al ministro de Justicia que su guarnición está tan agitada como la de Cronstadt con motivo de las detenciones efectuadas en la casa de campo de Durnovo, y que "se están limpiando ya las ametralladoras". La prensa burguesa cogía al vuelo estas

amenazas y se las metía por las narices a sus aliados conciliadores. El 26 de junio llegaban del frente a su batallón de reserva los delegados del regimiento de Granaderos de la guardia y declaraban: el regimiento está contra el gobierno provisional y exige que todo el poder pase a los soviets, se niega a tomar parte en la ofensiva ordenada por Kerenski expresa el temor de que el Comité ejecutivo se haya pasado a los burgueses con los ministros socialistas. El órgano del Comité ejecutivo dio cuenta de esta visita en un tono de reproche.

Hervía como una caldera no sólo Cronstadt, sino toda la escuadra del Báltico, que tenía su base principal en Helsingfors. En mejor elemento con que contaban los bolcheviques en la escuadra era indiscutiblemente Antónov-Ovseenko, que había participado ya, siendo un oficial joven, en la sublevación de Sebastopol de 1905. Menchevique durante los años de la reacción, emigrante internacionalista durante la guerra, colaboradora de Trotski en París, en el diario *Nasche Slovo (Nuestra Palabra),* bolchevique a su regreso de la emigración, hombre políticamente vacilante, pero dotado de valor personal, y, aunque impulsivo y desordenado, capaz de iniciativa e improvisación, Antónov-Ovseenko, poco conocido todavía en aquellos años, ocupó en los acontecimientos ulteriores de la revolución un puesto bastante considerable. "En el Comité del partido de Helsingfors -cuenta en sus *Memorias*- comprendíamos la necesidad de esperar y de organizar una preparación seria. Teníamos, además, indicaciones del C. C. en este sentido. Pero nos dábamos cuenta de que el estallido era inevitable y volvíamos inquietos la mirada a Petrogrado." Los elementos explosivos se iban acumulando asimismo aquí de día en día. El segundo regimiento de ametralladoras, más rezagado que el primero, adoptó una resolución en favor de la transmisión del poder a los soviets. El tercer regimiento de Infantería se negó a dejar salir a 14 compañías para las maniobras. Las asambleas de los cuarteles tomaban un carácter cada vez más turbulento. En el mitin celebrado el 1 de julio por el regimiento de Granaderos, fue detenido el presidente del Comité y se impidió hablar a los oradores mencheviques. ¡Abajo la ofensiva! ¡Abajo Kerenski! El punto central de la guarnición eran los soldados del regimiento de ametralladoras, que fueron los que abrieron los diques a la avalancha de julio.

Ya en los acontecimientos de los primeros meses de la revolución nos encontramos con el nombre del primer regimiento de ametralladoras. Este regimiento, que se hallaba de guarnición en Orienbaum y se había trasladado por iniciativa propia a Petrogrado después de la caída del régimen zarista "para la defensa de la revolución", tropezó inmediatamente con la resistencia del Comité ejecutivo, quien acordó expresar su gratitud al regimiento y reintegrarle a Orienbaum. Los soldados se negaron rotundamente a abandonar la capital:

"Los contrarrevolucionarios pueden atacar al Soviet y restaurar el antiguo régimen." El Comité ejecutivo cedió, y unos cuantos miles de soldados se quedaron en Petrogrado con sus ametralladoras. Instalados en la Casa del Pueblo, no sabían lo que sería de ellos en lo sucesivo. En el regimiento había no pocos obreros petrogradeses, y por esto no es casual que fuera el Comité de los bolcheviques el que se preocupara de los soldados de la sección de ametralladoras. Gracias a su intervención, -éstos eran pertrechados regularmente con víveres por la fortaleza de Pedro y Pablo. Así quedaba sellada una amistad que no tardó en convertirse en indestructible. El 21 de julio, el regimiento, reunido en asamblea general, adoptó la resolución siguiente: "En lo sucesivo no se mandarán fuerzas al frente más que en el caso de que la guerra tome un carácter revolucionario." El 2 de julio, el regimiento organizó en la Casa del Pueblo un mitin de despedida de los "últimos" soldados que salían para el frente. Hicieron uso de la palabra Lunacharski y Trotski, posteriormente, los gobernantes intentaron dar a este hecho accidental una importancia extraordinaria. En nombre del regimiento hablaron el soldado Gilin y el suboficial Laschevich, que era un viejo bolchevique. Los ánimos estaban muy excitados. Se anatematizó a Kerenski, se juró fidelidad a la revolución, pero nadie hizo proposiciones concretas para el próximo futuro. Sin embargo, durante aquellos días se habían esperado acontecimientos en la ciudad. Las "jornadas de julio" proyectaban ya su sombra. "Por todas partes, en todos los rincones -recuerda Sujánov-, en el Soviet, en el palacio Marinski, en las casas particulares, en las plazas y en los bulevares, en los cuarteles y en las fábricas, se hablaba insistentemente de acciones que tendrían lugar de un momento a otro... Nadie sabía concretamente quién se echaría a la calle, ni cómo ni cuándo. Pero la ciudad tenía la sensación de hallarse en vísperas de una explosión." Y la acción, en efecto, se desencadenó, impulsada desde arriba, desde las esferas dirigentes.

El mismo día en que Trotski y Lunacharski hablaban a los soldados del regimiento de ametralladoras de la inconsistencia de la coalición, los cuatro ministros kadetes salían del gobierno. A modo de razón, señalaron el compromiso, inaceptable para sus pretensiones unitaristas, a que habían llegado sus colegas conciliadores con Ucrania. La causa real de aquella ruptura demostrativa consistía en que los conciliadores no procedían con la rapidez suficiente para frenar a las masas.

La elección del momento la indicó el fracaso de la ofensiva, no reconocido aún oficialmente, pero que no ofrecía la menor duda para los enterados. Los liberales consideraron que había llegado el momento oportuno de dejar a sus aliados de izquierda enfrentarse con la derrota y con los bolcheviques.

El rumor de la dimisión de los ministros kadetes se propagó rápidamente por la capital y redujo políticamente todos los conflictos políticos a una sola consigna, o, más propiamente, a un alarido: "¡Hay que acabar con el tira y afloja de la coalición!" Los obreros y los soldados entendían que los problemas de salarios, del precio del pan, de si había que morir en el frente sin saber, por qué, estaban subordinados al problema de saber quién dirigiría el país en lo sucesivo: si la burguesía o los soviets. En esta actitud de espera había una parte de ilusión, ya que las masas confiaban en obtener, con el cambio de gobierno, la solución inmediata de los problemas más agudos. Pero, en fin de cuentas, tenían razón: la cuestión del poder decidía todo el giro de la revolución y, por tanto, trazaba el destino de todos los problemas concretos. Suponer que los kadetes podían no prever las consecuencias que tendría el acto de sabotaje que realizaban contra los Soviets, significaría no apreciar en su justo valor a Miliukov. El jefe del liberalismo aspiraba evidentemente a empujar a los conciliadores a una situación difícil, de la cual únicamente se podría salir con ayuda de las bayonetas: por aquellos días, estaba firmemente convencido de que era posible salvar la situación mediante un golpe audaz de fuerza.

El 3 de julio por la mañana, unos cuantos millares de ametralladoras irrumpieron en la reunión de los Comités de compañía y de regimiento, eligieron a un presidente propio y exigieron que se discutiera inmediatamente la cuestión del levantamiento armado. El mitin tomó un carácter turbulento. La cuestión del frente se confundió con la del poder. El bolchevique Golovin, que presidía, intentó contener a la gente proponiendo entrevistarse antes de nada con los demás regimientos y con la Organización militar. Pero toda alusión a un aplazamiento exasperaba a los soldados. Apareció en la asamblea el anarquista Bleichman, figura no de gran magnitud, pero bastante pintoresca del escenario de 1917. Bleichman, que disponía de un bagaje ideológico muy modesto, pero que tenía cierta sensibilidad para pulsar el estado de ánimo de las masas y era hombre sincero dentro de su inflamada limitación, hallaba en los mítines, en los que se presentaba con la camisa desabrochada y el pelo alborotado, no pocas simpatías semiirónicas. Los obreros, es verdad, le acogían con reserva, con un poco de impaciencia, sobre todo, los metalúrgicos. Pero sus discursos provocaban una alegre sonrisa en los soldados, los cuales se codeaban y se sentían atraídos por el aspecto excéntrico del orador, su decisión irrazonable y su acento judío-americano, caústico, como el vinagre. A fines de junio, Bleichman se hallaba como el pez en el agua en todos los mítines improvisados. Siempre tenía a mano la solución: hay que echarse a la calle con las armas en la mano. ¿Organización? La calle nos organizará. ¿Objetivos? "Derribar al gobierno provisional como se ha hecho con el zar, aunque ningún

partido incitara a hacerlo." En aquellos momentos, discursos de ese tono armonizaban magníficamente con el estado de espíritu de los ametralladores, y no sólo con el de ellos. Había no pocos bolcheviques que no ocultaban su satisfacción cuando las masas saltaban por encima de sus exhortaciones oficiales. Los obreros avanzados se acordaban de que en febrero los dirigentes se disponían a batirse en retirada precisamente en vísperas de la victoria; de que en marzo, la jornada de ocho horas había sido conquistada por la iniciativa de los de abajo; de que en abril, Miliukov había sido arrojado del gobierno por los regimientos que salieron espontáneamente a la calle. El recuerdo de estos hechos estimulaba la tensión de espíritu y la impaciencia de las masas.

La Organización militar de los bolcheviques, a la cual se dio cuenta inmediatamente de que en el mitin de los ametralladores reinaba una temperatura de ebullición, fue mandando allí uno tras otro, a sus agitadores. Presto se presentó el propio Nevski, director de la Organización militar, por el cual sentían los soldados un cierto respeto. Al parecer, se le prestó alguna atención. Pero el estado de espíritu de aquel mitin interminable variaba constantemente, lo mismo que su estructura. "Fue para nosotros una sorpresa extraordinaria -cuenta Podvoiski, otro de los dirigentes de la Organización militar- cuando a las siete de la tarde, se presentó un mensajero enviado para informarnos de que... los ametralladores habían tomado nuevamente la decisión de echarse a la calle." En vez del antiguo Comité de regimiento, eligieron a un Comité provisional revolucionario, compuesto de dos representantes por compañía y presidido por el teniente Semaschko.

Delegados elegidos especialmente recorrían ya fábricas y cuarteles en demanda de apoyo. Naturalmente, los ametralladores no se olvidaron de mandar delegados a Cronstadt. Así, por debajo de las organizaciones oficiales, se iba extendiendo temporalmente una nueva red de relaciones entre los regimientos y las fábricas más excitadas. Las masas no se proponían romper con el Soviet; al contrario querían que éste tomase el poder. Y mucho menos se proponían romper con el partido bolchevique. Pero les parecía que pecaba de indeciso. Querían ejercer sobre él presión, amenazar al Comité ejecutivo, empujar a los bolcheviques.

Se crean representaciones improvisadas, nuevas formas de enlace y nuevos centros de acción, no permanentes, sino para las circunstancias del momento. Las variaciones de la situación y del estado de espíritu de las masas se efectúan de un modo tan rápido y pronunciado, que aún una organización tan ágil como el Soviet se retrasa inevitablemente y las masas se ven obligadas cada vez más a crear órganos auxiliares para las necesidades del instante. Merced a estas improvisaciones, se filtran no pocas veces elementos accidentales y

no siempre dignos de confianza. Los que echan leña al fuego son los anarquistas, pero asimismo algunos de los bolcheviques jóvenes e impacientes. Indudablemente, filtranse también provocadores, posiblemente agentes alemanes, pero más probablemente que nada, agentes de la policía rusa. ¿Cómo deshacer en hilos separados el complejo tejido de los movimientos de masa? Sin embargo, el carácter general de los acontecimientos aparece dibujado con una claridad completa. Petrogrado tenía la sensación de su fuerza, se sentía impulsado hacia delante, sin fijarse en la provincia ni en el frente, y ni el partido bolchevique era capaz de contenerle. Sólo la experiencia podía poner a esto un remedio.

Los delegados de los ametralladores, al incitar a los regimientos ya a las fábricas a lanzarse a la calle, no se olvidaban de añadir que la acción había de ser armada. ¿Acaso podía ser de otro modo? ¿Acaso habían de exponerse las masas desarmadas a los golpes de enemigo? Además, y esto es quizá lo más importante, había que demostrar la propia fuerza, pues un soldado sin fusil no es nada. Sobre este particular, la opinión de los regimientos y de las fábricas era unánime: si había que echarse a la calle, había de ser contando con una reserva de plomo. Los ametralladores no perdían el tiempo: la suerte estaba echada y había que ganar la partida con la mayor rapidez posible.

El sumario instruido posteriormente caracteriza en los siguientes términos la actuación del teniente Semaschko, uno de los principales dirigentes del regimiento: "...Exigía automóviles de las fábricas, los armaba con ametralladoras, los mandaba al palacio de Táurida y a otros sitios, indicando el trayecto que habían de seguir; sacó personalmente el regimiento ala calle, se fue al batallón de reserva del regimiento de Moscú con el fin de incitarle a secundar la acción, lo cual consiguió; prometió a los soldados del regimiento de ametralladoras el apoyo de la Organización militar, manteniendo el contacto con esta organización, domiciliada en la casa de Kchesinskaya, y con el líder de los bolcheviques, Lenin; envió patrullas para establecer un servicio de vigilancia cerca de la Organización militar." Si se alude a Lenin, es para completar el cuadro; Lenin, enfermo, se hallaba retirado en una casa de campo de Finlandia desde el 29 de junio, y ni ese día ni los siguientes estuvo en Petrogrado.

Pero en todo lo restante, el lenguaje conciso del funcionario militar da una idea muy aproximada de la preparación febril a que se entregaban los ametralladores. En el patio del cuartel se efectuaba un trabajo no menos ardiente. A los soldados que no tenían armas se les daba fusiles, y a algunos de ellos, bombas y en cada uno de los camiones traídos de las fábricas se instalaban tres ametralladoras. El regimiento quería echarse a la calle completamente equipado.

En las fábricas ocurría poco más o menos lo mismo: llegaban delegados del regimiento de ametralladoras o de la fábrica cercana e invitaban a los obreros a lanzarse a la calle. Diríase que les estaban esperando desde hacía mucho tiempo: el trabajo se interrumpía inmediatamente. Un obrero de la fábrica Renault cuenta: "Después de comer se presentaron unos cuantos soldados del regimiento de ametralladoras, pidiendo que les diéramos camiones. A pesar de la protesta de nuestro grupo bolchevique, no hubo más remedio que entregar los automóviles. Los soldados instalaron inmediatamente en los camiones unas Maxim [ametralladoras] y emprendieron la marcha hacia la Nevski. No fue ya posible contener a nuestros obreros... Todos ellos salieron al patio, sin quitarse la ropa de trabajo..."

Hay que suponer que las protestas de los bolcheviques de las fábricas no tendrían siempre un carácter insistente. Fue en la fábrica Putilov donde se desarrolló una lucha más prolongada. Cerca de las dos de la tarde circuló por los talleres el rumor de que había llegado una delegación del regimiento de ametralladoras y que convocaba a un mitin.

Diez mil obreros salieron al patio. Los ametralladores decían, entre gritos de aprobación de los obreros, que habían recibido orden de marchar al frente el 4 de julio, pero que ellos habían decidido "dirigirse no al frente alemán, contra el proletariado de Alemania, sino contra los ministros capitalistas". Los ánimos se excitaron. "¡Vamos, vamos!", gritaban los obreros. El secretario del Comité de fábrica, un bolchevique, propuso que se consultara previamente al partido. Protesta de todos: "¡Fuera, fuera! Otra vez queréis dar largas al asunto... No se puede seguir viviendo así..." Hacia las seis, llegaron los representantes del Comité ejecutivo, pero éstos no consiguieron, ni mucho menos, influenciar a los obreros.

El mitin, nervioso, tenaz, en que participaba una masa de miles de hombres que buscaba una salida y no permitía se tratara de convencerle de que no la había, proseguía sin que se le viera el fin. Se propone enviar una delegación al Comité ejecutivo: nuevo aplazamiento. La reunión seguía sin disolverse. Entre tanto, llega un grupo de obreros y soldados con la noticia de que el barrio de Viborg se ha puesto ya en marcha hacia el palacio de Táurida. No hay modo ya de contener a la gente. Se resuelve echarse a la calle. Yefinov, un obrero de la fábrica de Putilov, se precipitó al Comité de barriada del partido para preguntar: "¿Qué hemos de hacer?" Le contestaron: "No nos lanzaremos a la calle, pero no podemos dejar a los obreros abandonados a su suerte; no tenemos mas remedio que ir con ellos." En aquel momento, apareció el miembro del Comité de barriada, Chudin, con la noticia de que en todas las barriadas, los obreros se lanzaban a la calle y de que los

miembros del partido se verían obligados a "mantener el orden". Así era como los bolcheviques se veían arrastrados por el movimiento, buscando una justificación de sus actos, que se hallaban en contradicción manifiesta con las resoluciones oficiales del Partido.

A las siete de la tarde se interrumpió completamente la vida industrial de la ciudad. En las fábricas se iban organizando y equipando destacamentos de la guardia roja.

"Entre la masa de miles de obreros -cuenta Metelev, uno de los trabajadores de Viborg- se movían, haciendo resonar los cerrojos de los fusiles, centenares de jóvenes de la guardia roja. Unos, colocaban paquetes de cartuchos en las cartucheras; otros, se apretaban los cinturones; otros, se ataban las mochilas a la espalda; otros, calaban la bayoneta, y los obreros que no tenían armas ayudaban a los guardias rojos a equiparse..."

La perspectiva Sampsonievskaya, arteria principal de la barriada de Viborg, está atestada de gente. A derecha e izquierda de dicha vía, compactas columnas de obreros. Por el centro avanza el regimiento de ametralladoras, columna vertebral de la manifestación. Al frente de cada compañía, camiones ametralladoras Maxim. Detrás del regimiento, obreros; en la retaguardia, cubriendo la manifestación, fuerzas del regimiento de Moscú. Cada destacamento lleva una bandera con la divisa: "¡Todo el poder a los soviets!" La procesión luctuosa de marzo o la manifestación de Primero de Mayo, estaban, seguramente, más concurridas. Pero la manifestación de julio era incomparablemente más decidida, más amenazadora y más homogénea. "Bajo las banderas rojas sólo avanzaban obreros y soldados -escribe uno de los que tomaron parte en ella-. Brillan por su ausencia las escarapelas de los funcionarios, los botones relucientes de los estudiantes, los sombreros de las "señoras simpatizantes", todo lo que lucía en las manifestaciones cuatro meses atrás, en febrero. En el movimiento de hoy no hay nada de esto; hoy no se lanzan a la calle más que los esclavos del capital." Como antes, corrían velozmente por las calles, en distintas direcciones, automóviles con obreros y soldados armados: delegados, agitadores, exploradores, agentes de enlace, destacamentos para sacar a la calle a los obreros y regimientos, todos con los fusiles apuntando hacia delante. Los camiones erizados de armas resucitaban el espectáculo de las jornadas de Febrero, electrizando a los unos y aterrorizando a los otros. El kadete Nabokov escribe: "Los mismos rostros insensatos, adustos, feroces, que todos recordábamos de las jornadas de febrero, es decir, de los días de aquella misma revolución que los liberales calificaban de gloriosa e incruenta." A las nueve, siete regimientos avanzaban ya sobre el palacio de Táurida. Por el camino, uníanse a ellos las columnas de obreros de las fábricas y nuevas unidades de militares. El movimiento

del regimiento de ametralladoras tuvo una fuerza de contagio inmensa. Iniciábanse las "jornadas de julio".

Empezaron los mítines en las calles. Resonaron disparos en distintos sitios. Según relata el obrero Korotkov, "en la perspectiva Liteinaya, fueron sacados de un subterráneo una ametralladora y un oficial, al que se fusiló en el acto". Circulan toda clase de rumores, la manifestación provoca el pánico por todas partes. Los teléfonos de los barrios centrales, sobrecogidos de terror, transmiten las versiones más fantásticas. Decíase que cerca de las ocho de la tarde, un automóvil blindado se había dirigido velozmente hacia la estación de Varsovia en busca de Kerenski, quien precisamente salía ese día para el frente, con el fin de detenerle; pero que el automóvil había llegado a la estación con retraso, pocos momentos después de la salida del tren. Posteriormente, había de señalarse más de una vez este episodio como prueba acreditativo de la existencia de un complot. Nadie pudo precisar, sin embargo, quién iba en el automóvil y quién había descubierto sus misteriosos propósitos.

Aquel atardecer circulaban en todas direcciones automóviles con hombres armados, y probablemente también por los alrededores de la estación de Varsovia. En muchos sitios, se lanzaban palabras fuertes contra Kerenski. Fue lo que, por lo visto, sirvió de pretexto al mito; aunque también cabe pensar que fue inventado de cabo a rabo

Las *Izvestia* trazaban el siguiente esquema de los acontecimientos del 3 de julio: "A las cinco de la tarde salieron armados a la calle el primer regimiento de ametralladoras, parte de los regimientos de Moscú, de Granaderos y de Pavl, a los cuales se unieron grupos de obreros... A las ocho, empezaron a afluir delante del palacio de la Ksechinskaya fuerzas de los regimientos, armados y equipados, con banderas rojas y cartelones en los cuales se pedía la entrega del poder a los soviets. Desde el balcón, se pronunciaron discursos... A las diez y media se dio un mitin en el patio del palacio de Táurida... Una parte de los regimientos mandaron una delegación al Comité central ejecutivo, al cual formularon las siguientes demandas: separación de los diez ministros burgueses; todo el poder al soviet; suspensión de la ofensiva; confiscación de las imprentas de los periódicos burgueses; nacionalización de la tierra; control de la producción." Dejando a un lado las modificaciones secundarias, tales como: "Una parte de los regimientos", en vez de "los regimientos", "grupos de obreros", en vez de "fábricas enteras", se puede decir que el órgano de Dan-Tsereteli no deforma, en sus líneas generales, la verdad de lo ocurrido, y que, en particular, señala acertadamente los dos focos de la manifestación: la villa de la Kchesinskaya y el palacio de Táurida. Ideológica y físicamente, el movimiento giraba alrededor de estos dos centros antagónicos: a la casa de la Kchesinskaya se acudía en busca de indicaciones de dirección,

de discursos orientadores, al palacio de Táurida a formular peticiones e incluso a amenazar con la fuerza de que se disponía.

A las tres de la tarde se presentaron en la conferencia local de los bolcheviques, reunida aquel día en el palacio de la Kchesinskaya, dos delegados del regimiento de ametralladoras para comunicar que este regimiento había decidido echarse a la calle. Nadie lo esperaba ni lo quería. Tomski declaró: "Los regimientos que se lanzan a la calle no han obrado como compañeros al no invitar al Comité de nuestro partido a examinar previamente la cuestión. El Comité central propone a la conferencia: primero, lanzar un manifiesto con el fin de contener a las masas; segundo, redactar un mensaje al Comité ejecutivo pidiendo que tome el poder en sus manos. En estos momentos, no se puede hablar de acción si no se desea una nueva revolución." Tomski, viejo obrero bolchevique, que había sellado su fidelidad al partido con luengos años de presidio, posteriormente cabeza visible de los sindicatos, se inclinaba más bien, por su carácter, a contener la acción que a incitar a la misma. Pero en circunstancias tales, no hacía más que desarrollar el pensamiento de Lenin: "En estos momentos no se puede hablar de acción si no se desea una nueva revolución." No hay que olvidar que los conciliadores habían calificado de complot hasta la tentativa de manifestación pacífica del 10 de junio. La aplastante mayoría de la conferencia se solidarizó con Tomski. Era preciso retrasar a toda costa el desenlace. La ofensiva en el frente tenía en tensión a todo el país. Su fracaso estaba descontado, así como el propósito del gobierno de hacer recaer la responsabilidad de la derrota sobre los bolcheviques. Había que dar tiempo a los conciliadores para que se desacreditaran definitivamente. Volodarski, en nombre de la conferencia, contestó a los delegados del regimiento de ametralladoras en el sentido de que éste debía someterse a la decisión del partido.

A las cuatro, el Comité central ratifica la resolución de la conferencia. Los miembros de la misma recorren los barrios obreros y las fábricas con el fin de contener la acción de las masas. Se envía a la *Pravda* un manifiesto, inspirado en el mismo espíritu, para que aparezca al día siguiente en primera página. Se confía a Stalin la misión de poner en conocimiento de la sesión común de los Comités ejecutivos el acuerdo del partido. Por tanto, los propósitos de los bolcheviques no dejan lugar a duda. El Comité ejecutivo se dirigió a los obreros y soldados con un manifiesto en el cual se decía: "Gente desconocida... os incita a echaros a la calle con las armas en la mano", afirmando con ello que el llamamiento no había sido hecho por ninguno de los partidos soviéticos. Pero los dos Comités centrales de los partidos y de los soviets proponían, y las masas disponían.

A las ocho se presentó ante el palacio de la Kchesinskaya el regimiento de ametralladoras, y, tras él, el de Moscú. Nevski, Laschevich, Podvoiski, bolcheviques que gozaban de popularidad, intentaron desde el balcón persuadir a los regimientos de que se reintegraran a sus cuarteles. Desde abajo no se oían más que gritos de: "¡Fuera!"

Hasta entonces, desde el balcón de los bolcheviques no se habían oído jamás gritos semejantes de los soldados. Era un síntoma inquietante. Detrás de los regimientos aparecieron los obreros de las fábricas: "¡Todo el poder a los soviets!" "¡Abajo los diez ministros capitalistas!" Eran las banderas del 18 de junio. Pero ahora, rodeadas de bayonetas. La manifestación se convertía en un hecho de enorme importancia. ¿Qué hacer? ¿Era concebible que los bolcheviques permanecieran al margen? Los miembros del Comité de Petrogrado, con los delegados a la conferencia y los representantes de los regimientos, toman el acuerdo siguiente: anular las decisiones tomadas, poner término a los esfuerzos estériles para contener el movimiento, orientar este último en el sentido de que la crisis gubernamental se resuelva en beneficio del pueblo; con este fin, incitar a los soldados y a los obreros a dirigirse pacíficamente al palacio de Táurida, a elegir delegados y presentar sus demandas, por mediación de los mismos, al Comité ejecutivo. Los miembros del Comité central que se hallaban presentes sancionaron la rectificación de la táctica acordada.

La nueva resolución, proclamada desde el balcón, es acogida con gritos de júbilo y con *La Marsellesa.* El movimiento ha sido sancionado por el partido: los ametralladores pueden respirar tranquilos. Una parte del regimiento se dirige inmediatamente a la fortaleza de Pedro y Pablo para tratar de ganarse la guarnición, y, en caso de necesidad, proteger el palacio de la Kchesinskaya, separado de la fortaleza por el angosto canal de Kronverski.

Los primeros grupos de manifestantes entraron, corno en país extranjero, en la perspectiva Nevski, arteria de la burguesía, de la burocracia y de la oficialidad. Desde las aceras, las ventanas y los balcones, miles de ojos atisban hostilmente a los manifestantes. A un regimiento sigue una fábrica; a una fábrica, un, regimiento. Van llegando cada vez nuevas masas. Todas las banderas gritan en letras oro sobre fondo rojo lo mismo: "¡Todo el poder a los soviets!" La manifestación se apodera de la Nevski y afluye como un río desbordado hacia el palacio de Táurida. Los carteles con el lema de "¡Abajo la guerra!", son los que provocan una hostilidad más aguda por parte de los oficiales, entre los cuales hay no pocos inválidos. El estudiante, la colegiala, el funcionario intentan hacer comprender a los soldados, con grandes gestos y voz quebrada, que los agentes alemanes que acechan a sus espaldas quieren dejar entrar en Petrogrado a los soldados de Guillermo para que estrangulen la libertad. A los oradores les parece irrefutables sus propios argumentos.

"¡Están engañados por los espías!", dicen los funcionarios, refiriéndose a los obreros, que, con gesto sombrío, enseñan los dientes. "¡Han sido arrastrados por los fanáticos!", contestan los más indulgentes. "¡Son unos ignorantes!", dicen los unos y los otros. Pero los obreros tienen su criterio. No fueron precisamente espías alemanes los que les imbuyeron las ideas que hoy les han echado a la calle. Los manifestantes echan a un lado, con malas maneras, a los mentores impertinentes, y siguen su camino. Esto pone fuera de sí a los patriotas de la Nevski.

Algunos grupos, capitaneados en la mayor parte de los casos por inválidos y Caballeros de la cruz de San Jorge, se lanzan sobre algunos manifestantes e intentan arrebatarles las banderas. Se producen colisiones aquí y allí. Suenan disparos sueltos. ¿De dónde parten? ¿De una ventana? ¿Del palacio de Anichkin? El arroyo contesta con una descarga hacia arriba, sin blanco fijo. Durante unos momentos reina en la calle la confusión. "Cerca de medianoche -relata un obrero de la fábrica Vulcán-, cuando pasaba por la Nevski el regimiento de Granaderos, cerca de la biblioteca pública se abrió, no se sabe de dónde, el fuego, que duró algunos minutos. Se produjo el pánico. Los obreros se dispersaron por las calles inmediatas. Los soldados se tiraron al suelo; no en vano muchos de ellos habían pasado por la escuela de la guerra."

Aquella Nevski de medianoche, con soldados de la guardia y de granaderos, echados en el arroyo, mientras sonaban las descargas, ofrecía un espectáculo fantástico. ¡Ni Puschkin, ni Gógol, cantores de la Nevski, se la representaban así! Sin embargo, el espectáculo, fantástico al parecer, era realidad: en el arroyo quedaron varios muertos y heridos.

En el palacio de Táurida había aquel día una agitación especial. En vista de la dimisión de los kadetes, ambos Comités ejecutivos, el de los obreros y soldados y el de los campesinos, discutían el informe de Tsereteli sobre la manera de lavar el abrigo de la coalición sin mojar la lana. Seguramente se habría acabado por descubrir el secreto de semejante operación, de no haberlo impedido los suburbios intranquilos.

Los avisos telefónicos relativos a la acción preparada por el regimiento de ametralladoras provocan muecas de rabia y de pesar en los rostros de los jefes. ¿Es posible que los soldados y los obreros no puedan esperar hasta que los periódicos publiquen la salvadera resolución? Miradas de reojo de la mayoría hacia los bolcheviques. Pero también para ellos es, esta vez, la manifestación algo inesperado. Kámenev y otros representantes del partido presentes acceden incluso a recorrer las fábricas y los cuarteles, después de la

sesión diurna, con objeto de contener a las masas. Posteriormente, este gesto habría de ser interpretado por los conciliadores como un ardid de guerra.

Los Comités ejecutivos redactaron un manifiesto en el cual, como de costumbre, toda acción era calificada de traición contra la revolución. Pero ¿cómo había de resolverse la crisis del poder? Se encontró una salida: dejar el gabinete tal como había quedado después de la dimisión de los kadetes, aplazando la solución definitiva de la cuestión hasta que fueran llamados los miembros provinciales del Comité ejecutivo. Aplazar las cosas, ganar tiempo para las propias vacilaciones. ¿Acaso no es ésta la más prudente de todas las políticas?

Los conciliadores sólo consideraban imposible dejar pasar el tiempo cuando se trataba de luchar contra las masas. Se puso inmediatamente en movimiento el aparato oficial para armarse contra la insurrección, que fue el nombre que se dio a la manifestación desde el primer momento. Los jefes buscaban por todas partes fuerzas armadas para la defensa del gobierno y del Comité ejecutivo.

Distintas instituciones militares recibieron órdenes firmadas por Cheidse y otros miembros de la mesa pidiendo que se mandaran al palacio de Táurida automóviles blindados, cañones de tres pulgadas y proyectiles. Al mismo tiempo, casi todos los regimientos recibieron la orden de mandar destacamentos armados para la defensa del palacio. Por si esto fuera poco, se telegrafió aquel mismo día al frente, al 5.º Ejército, que era el que se hallaba más cerca de la capital, ordenando "el envío a Petrogrado de una división de Caballería, de una brigada de Infantería y de automóviles blindados".

El menchevique Voitinski, al cual se había confiado la misión de proteger al Comité ejecutivo, ha dicho, en sus relatos retrospectivos, con toda franqueza, cuál era en aquellos días la situación real:

"El 3 de julio fue consagrado enteramente a la adopción de medidas para proteger, aunque no fuera más que con unas cuantas compañías, el palacio de Táurida... Hubo un momento en que no disponíamos absolutamente de ninguna fuerza. En las puertas del palacio de Táurida no había más que seis hombres, incapaces de contener a la multitud..."

Y más adelante: "El primer día de la manifestación sólo disponíamos de 100 hombres; no contábamos con nada más. Mandamos comisarios a todos los regimientos con la petición de que nos facilitaran soldados para organizar el servicio de centinelas... Pero cada regimiento volvía la vista hacia el vecino para ver cómo había de proceder. Era preciso acabar a toda costa con este escandaloso estado de cosas, y llamamos tropas del frente." Sería difícil, aun proponiéndoselo, imaginar una sátira más malévola contra los

conciliadores. Centenares de miles de manifestantes exigen la entrega del poder a los soviets. Cheidse, que se halla al frente del sistema soviético, y que es por ello mismo el candidato a la presidencia, busca por todas partes fuerzas militares para lanzarlas contra los manifestantes. El grandioso movimiento en favor de la democracia es calificado por los jefes de ésta como un ataque de bandas armadas contra la democracia.

En aquel mismo palacio de Táurida se hallaba reunida, después de una prolongada pausa, la sección obrera del Soviet, la cual, en el transcurso de dos meses, mediante elecciones parciales en las fábricas, se había renovado hasta tal punto, que el Comité ejecutivo temía, no sin fundamento, que los bolcheviques dominaran en la misma. La reunión de la sección, artificialmente aplazada, y convocada, al fin, por los propios conciliadores unos días antes, coincidió casualmente con la manifestación armada: los periódicos veían asimismo en esto la mano de los bolcheviques. Zinóviev desarrolló en su discurso, en una forma convincente, la idea de que los conciliadores, aliados de la burguesía, no querían ni sabían luchar contra la contrarrevolución, pues entendían por tal las fechorías aisladas de los "cien negros" y no la cohesión política de las clases poseedoras, con el fin de aplastar a los soviets, centros d resistencia de los trabajadores. El discurso dio en el blanco. Los mencheviques, al darse cuenta de que por primera vez se hallaban en minoría en los soviets, propusieron no tomar ningún acuerdo y recorrer los barrios obreros con el fin de mantener el orden. Pero ¡ya era tarde! La noticia de que han llegado al palacio de Táurida los obreros armados y los soldados del regimiento de ametralladoras provoca en la sala una extraordinaria excitación. Aparece en la tribuna Kámenev. "Nosotros -dice- nos hemos incitado a la acción; pero las masas populares se han lanzado a la calle por propia iniciativa... Y puesto que las masas han salido, nuestro sitio está junto a ellas... Nuestra misión consiste ahora en dar el movimiento un carácter organizado." Kámenev termina su discurso proponiendo que se designe una Comisión de 25 miembros encargada de dirigir el movimiento. Trotski apoya esta petición. Cheidse teme a la Comisión bolchevique e insiste inútilmente para que la cuestión pase la Comité ejecutivo. Los debates toman un carácter tumultuoso. Convencidos definitivamente de que no tienen más que el tercio de los votos, los mencheviques y los socialrevolucionarios abandonan la sala. Esta táctica se convierte en la táctica favorita de los demócratas: empiezan a boicotear los Soviets a partir del momento en que pierden la mayoría en ellos. La resolución en que se incita al Comité central ejecutivo a hacerse cargo del poder es aprobada por 276 votos. No hay oposición. Se procede inmediatamente a elegir los 15 vocales de la Comisión. Se reservan 10 puestos para la minoría, puestos que nadie ocupará. El hecho de que saliese elegida una Comisión

bolchevique significaba, para amigos y adversarios, que la sección obrera del Soviet de Petrogrado se convertía, a partir de aquel momento, en la base del bolchevismo. Se había dado un gran paso. En abril, la influencia de los bolcheviques se extendía aproximadamente a la tercera parte de los obreros petersburgueses; por aquellos días representaban en el Soviet un sector insignificante. Ahora, a principios de julio, los bolcheviques tienen en la sección obrera cerca de los dos tercios de delegados: esto significaba que su influencia entre las masas había adquirido un carácter decisivo.

De las calles adyacentes al palacio de Táurida afluyen columnas de obreros, obreras y soldados con banderas, cantos y música. Aparece la artillería ligera, cuyo jefe provoca el entusiasmo general al declarar que todas las baterías de su división están con los obreros. La calle en que está emplazado el palacio de Táurida y el muelle correspondiente al mismo están atestados de gente. Todo el mundo quiere acercarse a la tribuna situada en la puerta principal del palacio. Se presenta a los manifestantes Cheidse, con el aspecto malhumorado del hombre a quien se ha arrancado inútilmente a sus ocupaciones. El popular presidente de los soviets es acogido con un silencio hostil. Con voz cansada y ronca, Cheidse repite los lugares comunes habituales, que todo el mundo se sabe ya de memoria. No se dispensa mejor acogida a Voitinski, que ha acudido en su auxilio. "En cambio, Trotski -según cuenta Miliukof-, que declaró que había llegado el momento de que el poder pasara a los Soviets, fue acogido con ruidosos aplausos..." Esta frase es falsa a sabiendas. Ningún bolchevique dijo entonces que "había llegado el momento". Un cerrajero de la fábrica Dinflou, situada en la barriada de Petrogrado, decía más tarde, hablando del mitin celebrado bajo los muros del palacio de Táurida: "Me acuerdo del discurso de Trotski, quien decía que no había llegado aún el momento de tomar el poder." Este cerrajero reproduce el espíritu de mi discurso más fielmente que el profesor de Historia. Por los oradores bolchevistas, los manifestantes se enteraron del triunfo que acababa de ser alcanzado en la sección obrera del Soviet, y este hecho les dio una satisfacción casi tangible, como si hubieran entrado ya en la época del régimen soviético.

Poco antes de medianoche abrióse nuevamente la sesión mixta de los Comités ejecutivos: en aquel momento los granaderos se echaban al suelo en la perspectiva Nevski. A propuesta de Dan, se decidió que sólo puedan asistir a la reunión los que se comprometiesen de antemano a defender y poner en práctica los acuerdos tomados. ¡Esto era algo nuevo! Los mencheviques intentaban convertir el Soviet, declarado por ellos Parlamento de los obreros y soldados, en órgano administrativo de la mayoría conciliadora. Cuando se queden en minoría -lo cual ocurrirá dentro de dos meses-, los conciliadores

defenderán apasionadamente la democracia soviética. Hoy, como en general en todos los momentos decisivos de la vida social, la democracia queda arrinconada. Algunos *meirayontsi*[23] abandonaron la reunión protestando; bolcheviques no había ninguno: estaban en el palacio de la Kchesinskaya deliberando sobre la conducta que había de seguirse al día siguiente. Más tarde, los *meirayontsi* y los bolcheviques se presentaron en la sala y declararon que nadie podía despojarles del mandato que les habían dado los electores. La mayoría se calló, y la proposición de Dan cayó insensiblemente en el olvido. La reunión fue larga como una agonía. Los conciliadores intentan persuadirse mutuamente, con voz débil, de la razón que les asiste. Tsereteli, en calidad de ministro de Correos y Telégrafos, se lamenta de los empleados subalternos: "Hasta este momento no me he enterado de la huelga de Correos y Telégrafos..." Por lo que a las reivindicaciones políticas se refiere, su consigna es también la de "¡Todo el poder a los soviets!". Los delegados de los manifestantes que rodeaban el palacio de Táurida exigieron que se les permitiera el acceso a la reunión. Se les dejó entrar con inquietud y malevolencia. Los delegados creían sinceramente que esta vez los conciliadores no podrían dejar de acoger favorablemente sus aspiraciones. ¿Acaso los periódicos menchevistas y socialrevolucionarios de hoy, excitados por la dimisión de los kadetes, no denuncian las intrigas y el sabotaje de sus aliados burgueses? Además, la sección obrera se ha pronunciado por la entrega del poder a los soviets. ¿Qué se espera? Pero los ardientes llamamientos, en los cuales la indignación respira aún esperanza, caen impotentes en la atmósfera estancada del Parlamento conciliador.

A los jefes no les preocupa más que una idea: cómo librarse lo más rápidamente posible de aquellos huéspedes indeseables. Se les invita a tomar asiento en la galería: sería demasiado imprudente echarlos a la calle, al lado de los manifestantes. Desde la galería, los ametralladores escuchan asombrados los debates que se estaban desarrollando y que no perseguían más fin que ganar tiempo, a fin de que pudieran llegar los regimientos de confianza. "En las calles está el pueblo revolucionario -dice Dan-, pero este pueblo hace obra contrarrevolucionaria..." Dan se ve apoyado por Abramovich, uno de los líderes de la "Liga" judía, un pedante conservador cuyos instintos se sentían ofendidos por la revolución. "Estamos en presencia de un complot", afirma, faltando a toda evidencia, y propone a los bolcheviques que declaren abiertamente que la cosa "es obra suya". Tsereteli profundiza el problema: "Salir a la calle con la demanda de "Todo el poder a los soviets" significa sostener a estos últimos. Si los soviets quisieran, el poder pasaría a sus manos.

[23] Grupo de socialdemócratas revolucionarios afín a los bolcheviques, que pronto se fusionó con el partido. Trotski formaba parte de este grupo. [NDT.]

Ningún obstáculo se opone a su voluntad... Manifestaciones como ésta hacen el luego no a la revolución, sino a la contrarrevolución." Los delegados no acababan de comprender este razonamiento. Les parecía que sus elevados jefes no estaban en su sano juicio. Al final, la asamblea confirmó una vez más, con 11 votos en contra, que la manifestación armada era una puñalada trapera al ejército revolucionario, etcétera. La reunión terminó a las cinco de la madrugada.

Poco a poco las masas fueron retirándose a sus barriadas. Durante toda la noche recorrieron la ciudad automóviles armados, estableciendo el contacto entre los regimientos, las fábricas y los centros de barriada.

Como en Febrero, las masas, por la noche, hacían el balance del día. Pero ahora lo hacían con la participación de un complejo sistema de organizaciones de fábrica, de partido, militares, que estaban reunidos con carácter permanente. En las barriadas se opinaba como algo que no admitía ya discusión, que el movimiento no podía detenerse a medio camino. El Comité ejecutivo aplazó la resolución acerca del traspaso del poder. Las masas interpretaron esto como una vacilación. La conclusión era clara: había que apretar más.

La reunión nocturna de los bolcheviques y *meirayontsi,* que tenía lugar en el palacio de Táurida a la vez que la de los Comités ejecutivos, sacaba también el balance del día e intentaba anticipar lo que traería consigo el día siguiente. Los informes de las barriadas atestiguaban que la manifestación no había hecho más que poner en movimiento a las masas, planteando ante ellas por primera vez en toda su agudeza el problema del poder. Mañana, las fábricas y los regimientos querrán obtener una contestación y no habrá fuerza humana capaz de retenerlos en los suburbios. No se discutía si debía o no tomarse el poder, como habían de afirmar más tarde los adversarios, sino si debía hacerse o no una tentativa para liquidar la manifestación o ponerse al frente de la misma al día siguiente.

A hora avanzada de la noche, hacia las tres, llegaban al palacio de Táurida los obreros de la fábrica Putilov, una masa de 30.000 hombres, muchos de ellos con sus mujeres y niños. La manifestación se puso en marcha a las once, y por el camino se unieron a los manifestantes otras fábricas. En el portal de Narva había tanta gente, a pesar de lo avanzado de la hora que se hubiera dicho que la barriada había quedado completamente vacía. Las mujeres gritaban: "Todo el mundo tiene que ir... ¡Nosotras guardaremos las casas!..." Del campanario de Spasa partieron unos disparos, al parecer de ametralladora. Desde abajo se hizo una descarga contra el campanario. "En Gostini Dvor se lanzaron contra los manifestantes un grupo de estudiantes y de "junkers", que les arrebataron un

cartelón. Los obreros ofrecieron resistencia, se produjo un gran tumulto, sonaron disparos, y al autor de estas líneas le rompieron la cabeza y le pisotearon el pecho y los costados." Nos cuenta esto el obrero Yefimov, ya conocido del lector. Atravesando la ciudad, ya silenciosa, los obreros de Putilov llegaron por fin al palacio de Táurida. Gracias a la insistente intervención de Riazanov, muy íntimamente ligado en aquel entonces con los sindicatos, la delegación de la fábrica fue recibida por el Comité ejecutivo. La masa obrera, hambrienta y terriblemente fatigada, se sentó a esperar en la calle y en el jardín, con la esperanza de obtener una contestación. Estos obreros de la fábrica de Putilov, acampados a las tres de la madrugada en los alrededores del palacio de Táurida, en el que los líderes de la democracia esperaban la llegada de tropas del frente, es uno de los espectáculos más conmovedores de la revolución en el período turbulento que va desde Febrero a Octubre. Doce años antes, no pocos de estos obreros habían tomado parte en la manifestación de enero ante el palacio de Invierno, con imágenes y estandartes. En aquellos doce años habían pasado siglos enteros. En el transcurso de los cuatro meses próximos transcurrieron otros cuantos más.

Sobre la reunión de los líderes y organizadores bolcheviques que discuten sobre lo que ha de hacerse al día siguiente flota la sombra grávida de los obreros de la fábrica de Putilov, acampados en plena calle. Mañana los obreros de la fábrica de Putilov no irán al trabajo. ¿Cómo van a trabajar después de una noche pasada en vela? Entre tanto, es llamado Zinóviev por teléfono, Raskolnikov comunica, desde Cronstadt, que mañana a primera hora la guarnición de la fortaleza se dirigirá a Petrogrado, y que no hay nada ni nadie capaz de contenerla. Desde el otro extremo del hilo telefónico, el joven oficial pregunta: "¿Es posible que el Comité central le ordene dejar abandonados a los marinos, desacreditándose completamente a sus ojos?" A la imagen de los obreros de la fábrica de Putilov acampados delante del palacio de Táurida se une a otra, no menos impresionante: la de los marinos de la isla, que en esta noche de vela se aprestan a apoyar a los obreros y soldados de Petrogrado. No, la cosa es demasiado ciara. No se puede seguir vacilando. Trotski pregunta por última vez: "¿Y si se intentara dar a la manifestación el carácter de una manifestación sin armas? No, ni de eso se puede ya siquiera hablar. Un pelotón de "junkers" bastaría para dispersar, como a un rebaño de ovejas, a millares de hombres desarmados. Los soldados y obreros acogerían indignados, considerándola como una encerrona, semejante proposición. La contestación es categórica y convincente. Por unanimidad se decide incitar mañana a las masas, en nombre del partido, a continuar la manifestación. Zinóviev corre al teléfono, donde espera frenético Raskolnikov, para

comunicarle la noticia que le permitirá respirar con desahogo. Se redacta inmediatamente un manifiesto a los obreros y soldados: ¡a la calle! El manifiesto del Comité central, que había sido escrito durante el día, y en el que se invitaba a las masas a cesar la manifestación, es sacado de las prensas; pero ya es tarde para reemplazarlo por el nuevo texto. La página blanca de la *Pravda* será mañana un indicio mortal contra los bolcheviques. Evidentemente, en el último momento, asustados, han retirado el llamamiento a la insurrección, o, acaso al revés: han renunciado a su llamamiento a la manifestación pacífica para incitar a la insurrección. La verdadera resolución de los bolcheviques apareció en una hoja que invitaba a los obreros y soldados a "expresar su voluntad ante los Comités ejecutivos reunidos, mediante una manifestación pacífica y organizada". No, aquello no era precisamente un llamamiento a la insurrección.

CAPITULO XXV
LAS "JORNADAS DE JULIO" EL MOMENTO CULMINANTE Y LA DERROTA

A partir de este momento, la dirección inmediata del movimiento pasa a manos del Comité del partido de Petrogrado, cuyo principal agitador era Volodarski. De movilizar a la guarnición se encargó la Organización militar. Ya desde marzo se hallaban al frente de la misma dos viejos bolcheviques, a los cuales debió mucho la Organización en su ulterior desarrollo, uno de ellos era Podvoiski, figura brillante y original en las filas del bolchevismo, con los rasgos característicos del revolucionario ruso de viejo estilo. Procedente del seminario, era hombre de gran energía, aunque no disciplinado, con imaginación creadora, que, justo es reconocerlo, degeneraba fácilmente en fantasía. Más tarde, cuando Lenin pronunciaba la palabra "podvoiskismo", en sus labios había cierta ironía bonachona, no exenta de advertencia. Pero los lados débiles de esta naturaleza apasionada habían de manifestarse principalmente después de la toma del poder, cuando la abundancia de posibilidades y recursos daba impulsos excesivos a la energía dilapidadora de Podvoiski y a su pasión por las empresas decorativas. En las circunstancias creadas por la lucha revolucionaria en torno al poder, su decisión optimista, su abnegación y su incansable actividad le hacían un director insustituible de las masas de soldados en pleno despertar.

Nevski, ese *ex privat docente,* más prosaico que Podvoiski y no menos adicto al partido que él, no tenía nada de espíritu organizador, y sólo por una desdichada casualidad llegó a ser, un año más tarde, por poco tiempo, ministro soviético de Vías y Comunicaciones. La atracción que ejercía sobre los soldados era debida a su sencillez, a su carácter comunicativo y a su trato afable.

Alrededor de estos directores pululaba un grupo de auxiliares directos, formado por soldados y jóvenes oficiales, algunos de los cuales estaban llamados a desempeñar más tarde un importante papel. En la noche del 4 de julio, la Organización militar pasa de golpe a ocupar el primer plano. Podvoiski, que asume sin gran trabajo las funciones de mando, improvisa a su lado un Estado Mayor. Se cursan órdenes e instrucciones breves a todas las fuerzas de la guarnición. Se colocan automóviles blindados en los puentes que unen a los suburbios con el centro y en los puntos estratégicos de las arterias principales, a fin de proteger a los manifestantes contra posibles ataques. Por la noche, los soldados del regimiento de ametralladoras habían apostado ya centinelas propios en la fortaleza de Pedro y Pablo. Por teléfono y emisarios especiales se notifica la manifestación del día

siguiente a las organizaciones de Orienbaum, Peterhof, Krasni-Selo y otros puntos próximos a la capital. Huelga decir que la dirección política general del movimiento quedaba reservada al Comité central.

Los ametralladores no regresaron a sus barracones hasta el amanecer, fatigados y ateridos, a pesar de estar en el mes de julio. La lluvia nocturna había calado hasta los huesos a los obreros de Putilov. Los manifestantes se reúnen cerca de las once de la mañana. Las fuerzas militares no entran en escena hasta más tarde. Hoy, el 1.er Regimiento de ametralladoras se ha echado también a la calle en toda su integridad. Pero ya no desempeña el papel de instigador que desempeñara en la víspera. El primer plano lo ocupan hoy los obreros de las fábricas. Se unen al movimiento los que en el día anterior se habían quedado al margen. Allí donde los dirigentes titubean o se resisten, la juventud obrera obliga al vocal de turno del comité de fábrica a hacer sonar la sirena para dar la señal de paralizar el trabajo. En la fábrica del Báltico, donde predominaban los mencheviques y socialrevolucionarios, de los cinco mil obreros que trabajan en la misma secundan el movimiento cerca de cuatro mil. En la fábrica de calzado Skorojod, que durante mucho tiempo había sido considerada como el reducto de los socialrevolucionarios, el estado de espíritu de los obreros habíase cambiado tan rápidamente, que el diputado de la fábrica, un socialrevolucionario, estuvo algunos días sin poder aparecer por allí. Estaban en huelga todas las fábricas; por todas partes se celebraban mítines. Elegíanse dirigentes de la manifestación y delegados encargados de presentar las reivindicaciones del Comité ejecutivo. Cientos de miles de hombres volvieron a ponerse en marcha hacia el palacio de Táurida, y docenas de miles de manifestantes volvieron a encaminarse hacia la villa de la Kchesinskaya. El movimiento de hoy es más imponente y está mejor organizado que el de ayer: se ve la mano dirigente del partido. La atmósfera es también más candente; los soldados y los obreros quieren provocar el desenlace de la crisis. El gobierno, angustiado, espera. Su impotencia es aún más evidente que ayer. El Comité ejecutivo espera tropas leales y recibe noticias de todas partes anunciando que avanzan sobre la capital fuerzas militares hostiles. De Cronstadt, de Novi-Peterhof, de Krasni-Selo, del fuerte de Krasnaya Gorka, de toda la periferia próxima, por mar y por tierra, avanzan marinos y soldados, con bandas de música, con armas, y, lo que es peor, con cartelones bolcheviques. Algunos regimientos, exactamente lo mismo que en Febrero, traen por delante a sus oficiales, como si entraran en acción bajo su mando.

"Aún seguía reunido el gobierno -relata Miliukov-, cuando se recibió la noticia de que en la Nevski había tiroteo. Decidieron continuar reunidos en el Estado Mayor. Allí estaban

el príncipe Lvov, Tsereteli, el ministro de Justicia Pereverzev, dos ayudantes del ministro de la Guerra. Hubo un momento en que 2 la situación del gobierno parecía desesperada. Los soldados de los regimientos de Preobrajenski, Semenov e Ismail, que no estaban con los bolcheviques, declararon al gobierno que se mantendrían "neutrales". En la plaza de Palacio, para la defensa del Estado Mayor, no había más que inválidos y algunos centenares de cosacos." El día 4, por la mañana, el general Polovtsiev anunciaba que Petrogrado iba a quedar limpio de tropas armadas, y ordenaba severamente a la población que cerrase los portales y no saliera a la calle no siendo en caso de extrema necesidad.

Aquella terrible orden no pasó de ser una vacua amenaza. El jefe de las tropas de la región sólo pudo lanzar contra los manifestantes a pequeños destacamentos de *junkers* y de cosacos, que durante todo el día provocaron tiroteos sin ton ni son y sangrientas escaramuzas. El abanderado del 1.er Regimiento del Don, que guardaba el palacio de Invierno, declaró lo siguiente ante la Comisión investigadora: "Se había dado la orden de desarmar a los pequeños grupos que pasaran por delante, fueran los que fueran los que los compusieran, y asimismo a los automóviles armados. Cumpliendo esta orden, de vez en cuando nos formábamos en fila cerca de palacio y procedíamos al desarme." El simple relato de este cosaco nos da una idea inequívoca de la correlación de fuerzas y del carácter de la lucha. Las tropas "rebeldes" salen de los cuarteles formadas en compañías y regimientos, tomaban posesión de las calles y de las plazas. Las fuerzas del gobierno operan por medio de emboscadas, ataques por sorpresa realizados por destacamentos poco numerosos, es decir, por los métodos con que suelen operar los guerrilleros insurrectos. El cambio de papeles se explica por la circunstancia de que casi todas las fuerzas armadas del gobierno le son hostiles o en el mejor de los casos, guardan una actitud neutral. El gobierno vive de la confianza que le otorga el Comité ejecutivo, el cual, por su parte, se apoya en la confianza que abrigan las masas de que acabarán por variar de criterio y tomará, por fin, el poder.

Lo que dio mayor impulso a la manifestación fue el hecho de que aparecieran los marinos de Cronstadt en la palestra de Petrogrado. El día anterior, los delegados del regimiento de ametralladoras habían ya realizado una gran propaganda entre la guarnición de la fortaleza marítima. De un modo inesperado para las organizaciones locales, en la plaza del Ancora se celebró un mitin por iniciativa de unos anarquistas llegados de Petrogrado. Los oradores incitaban a acudir en auxilio de la capital. El estudiante de medicina Roschal, uno de los jóvenes héroes de Cronstadt y el niño mimado de la plaza del Ancora, intentó pronunciar un discurso moderado. Miles de voces le interrumpieron.

Roschal, acostumbrado a que se le acogiera de un modo muy distinto, tuvo que retirarse de la tribuna. Hasta la noche no se supo en Petrogrado que los bolcheviques invitaban a las masas a echarse a la calle. Esto resolvía la cuestión. Los socialrevolucionarios de izquierda -¡en Cronstadt no los había ni podía haber de derecha!- declararon que se proponían tomar parte en la manifestación. Esta gente formaba parte de un mismo partido con Kerenski, quien, en aquellos mismos momentos, reunía tropas en el frente para aplastar a los manifestantes. El estado de espíritu dominante en la Asamblea nocturna de las organizaciones de Cronstadt era tal, que incluso el tímido comisario del gobierno provisional, Parchevski, votó en favor de la marcha sobre Petrogrado. Se trazó un plan, se movilizaron los medios de transporte marítimo, se entregaron 75 *puds* de municiones. A las doce de la noche, cerca de diez mil marinos, soldados y obreros armados, entraban en la embocadura del Neva, conducidos por remolcadores y vapores de pasajeros. Después de desembarcar en ambas orillas del río, se unen a la manifestación, fusil al hombro y al son de las orquestas. Detrás, los marinos y soldados, van las columnas de obreros de los barrios de Petrogrado y de la isla de Vasili, entre los cuales avanzan también destacamentos de la guardia roja. A los lados, automóviles blindados; flotando por encima de las cabezas, banderas y cartelones innumerables.

El palacio de la Kchesinskaya está a dos pasos. Pequeño, enjuto, negro como la pez, Sverdlov, uno de los principales organizadores del partido, incorporado al Comité central en la conferencia de abril, da órdenes desde el balcón con su poderosa voz de bajo: "Hacer avanzar la cabeza de la manifestación, apretad las filas, contened las filas de atrás." Desde el balcón, saluda a los manifestantes Lunacharski, siempre dispuesto a contagiarse del estado de espíritu de los que le rodean, imponente de aspecto, de voz y de elocuencia declamatoria, no muy seguro, pero frecuentemente insustituible. Desde abajo le aplauden ruidosamente. Pero a quien sobre todo querían oír los manifestantes era a Lenin -al cual, dicho sea de paso, habían hecho venir por la mañana de su refugio de Finlandia- y los marinos expresaron con tanta insistencia su deseo, que, a pesar de su mal estado de salud, Lenin no pudo negarse a satisfacerlo. Una ola de entusiasmo desbordante acogió la aparición del jefe en el balcón. Lenin, impaciente y esperando, con cierta confusión, como siempre, que cesaran las aclamaciones, empezó a hablar antes de que éstas se acallaran. Su discurso, que, durante varias semanas enteras, la prensa enemiga había de tergiversar en todos los tonos, estaba hecho de unas cuantas frases simples: saludo a los manifestantes, expresión de la seguridad de que la consigna "todo el poder a los Soviets" acabará por triunfar; llamamiento a la serenidad y a la firmeza. La manifestación se pone nuevamente en

marcha en medio de las aclamaciones y a los acordes de las bandas. Entre esta introducción jubilosa y la etapa siguiente, en la cual se derramó la sangre, se desarrolla un episodio curioso. Los jefes de los socialrevolucionarios de izquierda de Cronstadt sólo al llegar al campo de Marte se dieron cuenta del enorme cartelón del Comité central de los bolcheviques que iba a la cabeza de la manifestación y que había hecho su aparición después de la pausa ante el palacio de la Kchesinskaya. Impulsados por sus celos políticos, exigieron que este cartelón fuese retirado. Los bolcheviques se negaron a ello. Entonces, los socialrevolucionarios declararon que se retiraban. Pero ninguno de los marinos y soldados siguió a los jefes... Toda la política de los socialrevolucionarios de izquierda estaba hecha de vacilaciones caprichosas como ésta, a veces cómicas, a veces trágicas.

En la esquina de la Nevski y la Liteinaya, la retaguardia de la manifestación viose inesperadamente tiroteada. Resultaron heridas algunas personas. En la esquina de la Liteinaya y de la Panteleimonovskaya, el tiroteo fue más intenso. El caudillo de Cronstadt, Raskolnikov, recuerda la impresión que produjo en los manifestantes la ignorancia de dónde partía el golpe. "¿Dónde está el enemigo? ¿Desde dónde dispara?" Los marinos cogieron los fusiles y empezó un tiroteo desordenado, en que algunos hombres cayeron muertos o heridos. Sólo con gran dificultad fue posible restablecer algo parecido al orden. La manifestación se puso nuevamente en marcha a los acordes de las bandas, pero no quedaba ya ni rastro del estado de espíritu jubiloso del principio. "Por todas partes se creía ver el enemigo oculto. Los fusiles no colgaban ya pacíficamente del hombro, sino que se llevaban empuñados y a punto de disparar."

Durante el día hubo no pocos incidentes sangrientos en distintos puntos de la ciudad. Una parte de estos sucesos hay que atribuirlos a la confusión, a los equívocos, a los disparos hechos al azar, al pánico. Estas casualidades trágicas constituyen una especie de gasto extraordinario de la revolución, que es, a su vez, un gasto extraordinario de la evolución histórica. Pero es incontestable, como se vio en aquellos días, y se confirmó posteriormente, que en los acontecimientos de julio, la provocación sangrienta desempeñó su papel... "Cuando los soldados manifestantes -cuenta Podvoiski- pasaban por la Nevski y los barrios contiguos, habitados principalmente por la burguesía, empezaron a manifestarse síntomas de mal augurio: disparos extraños, hechos no se sabía de dónde ni por quién... En un principio, la perplejidad se apoderó de las columnas; después, los menos firmes y serenos empezaron a disparar a diestro y siniestro, de un modo desordenado." En las *Izvestia,* periódico oficial, el menchevique Kantorovich describía del siguiente modo el ataque de que había sido víctima una de las columnas obreras: "Avanzaba por la calle

Sadovaya una multitud de 60.000 obreros de numerosas fábricas. Al pasar por delante de la iglesia, se pusieron a repicar las campanas, y como obedeciendo a una señal, desde los tejados de las casas inmediatas se abrió sobre los manifestantes un fuego de ametralladoras y de fusiles, cuando la muchedumbre corrió al otro lado de la calle, partieron asimismo disparos de los tejados y las azoteas." Allí donde en febrero se habían instalado los "faraones" de Protopopov, con sus ametralladoras, operaban ahora los miembros de las organizaciones oficiales, los cuales se proponían, no sin éxito, sembrar el pánico y provocar colisiones entre las fuerzas militares mediante el tiroteo de los manifestantes. Al procederse al registro de las casas desde donde se había disparado, se encontraron ametralladoras y, algunas veces, se sorprendió a los que hacían fuego.

Sin embargo, la causa principal del derramamiento de sangre fueron los destacamentos gubernamentales, impotentes para dominar el movimiento, pero suficientes para la provocación. Cerca de las ocho de la noche, cuando la manifestación estaba en su apogeo, dos centurias de cosacos se dirigieron con artillería ligera al palacio de Táurida, con el fin de protegerlo. Los cosacos, que, al pasar por las calles, se negaban obstinadamente a entablar conversación con los manifestantes, lo cual era ya un mal síntoma, se apoderaron, donde les fue posible, de los automóviles blindados y desarmaron a pequeños grupos sueltos. Los cañones de los cosacos en las calles, ocupados por los obreros y soldados, fueron considerados como un reto intolerable. Todo hacía prever el choque. En el puente de Liteini, los cosacos se acercaron a las masas compactas del enemigo, el cual había conseguido levantar aquí, en el camino que conducía al palacio de Táurida, algunos obstáculos. Un minuto de silencio siniestro, interrumpido por los disparos que parten de las casas cercanas. "Los cosacos abren un fuego graneado -cuenta el obrero Metelev-, los obreros y soldados, distribuyéndose en pelotones o de bruces en las aceras, contestan en la misma forma." El fuego de los soldados obliga a los cosacos a retirarse. Al llegar a la orilla del Neva, uno de los cañones hace tres disparos -señalados asimismo por las *Izvestia*-, pero los cosacos, alcanzados por el fuego de fusilaría, se repliegan sobre el palacio de Táurida. Uña columna de obreros que les sale al encuentro les asesta un golpe definitivo. Abandonando cañones, caballos y fusiles, los cosacos buscan refugio en los portales de las casas burguesas, o se dispersan.

La colisión de la Liteinaya, un verdadero combate, fue el episodio militar más importante de las jornadas de julio, y el relato del mismo se halla registrado en las memorias de muchos de los que tomaron parte en la manifestación. Bursin, obrero de la fábrica Erikson, que intervino en los acontecimientos con los soldados del regimiento de

ametralladoras, cuenta que, al encontrarse con ellos "los cosacos abrieron inmediatamente el fuego. Muchos obreros cayeron muertos. A mí, una bala me atravesó una pierna y fue a alojarse a la otra... Mi pierna inutilizada y mi muleta constituyen, en mí, el recuerdo vivo de las jornadas de julio"...

En la colisión de la Liteinaya resultaron muertos siete cosacos y diecinueve heridos. Los manifestantes tuvieron seis muertos y cerca de una veintena de heridos. Aquí y allá yacían caballos muertos.

Poseemos un testimonio interesante del campo contrario. Averin, aquel mismo abanderado que desde por la mañana se había dedicado a efectuar ataques de guerrilla contra los revoltosos regulares, cuenta: "A las ocho de la noche recibimos orden del general Polovtsiev de enviar dos centurias con dos cañones ligeros al palacio de Táurida... Al llegar al puente de la Liteinaya vi obreros, soldados y marineros armados... Me acerqué a ellos con mi destacamento de descubierta y les pedí que entregaran las armas, pero mi demanda no fue satisfecha y toda la banda se dio a la fuga en dirección al barrio de Viborg. Cuando me disponía a lanzarme en su persecución, un soldado de baja estatura se volvió hacia mí y me disparó un tiro a quemarropa, pero no hizo blanco. Este disparo fue una especie de señal, y de todas partes se abrió un fuego de fusilaría desordenado contra nosotros. De la multitud partieron gritos: "¡Los cosacos disparan contra nosotros!" Así era, en efecto: los cosacos se apearon de los caballos y empezaron a disparar; se intentó incluso poner en acción los cañones, pero los soldados abrieron un fuego tan infernal, que los cosacos se vieron obligados a retirarse y se diseminaron por la ciudad." No es inverosímil que un soldado dispare contra Averin; un oficial de cosacos más bien podía esperar de la multitud de las jornadas de julio una bala que un saludo. Pero son mucho más verosímiles todavía los numerosos testimonios de que los primeros disparos no partieron de la multitud. Un cosaco de esa misma centuria declaró con firmeza que los cosacos habían sido agredidos a tiros desde el edificio de la Audiencia, y luego desde varias casas del callejón de Samursko y en la Liteinaya. En el órgano oficioso de los soviets decíase que los cosacos, antes de llegar al puente de la Liteinaya, habían sido atacados desde una casa con fuego de ametralladora. El obrero Metelev afirma que cuando los soldados efectuaron un registro en dicha casa, encontraron municiones y dos ametralladoras en el domicilio de un general, Esto no tiene nada de inverosímil. Durante la guerra se encontraron en manos de la oficialidad no pocas armas, adquiridas por todos los procedimientos lícitos e ilícitos. Era demasiado grande la tentación de lanzar, desde arriba, impunemente una lluvia de plomo contra la "canalla". Es verdad que los disparos fueron hechos contra los cosacos. Pero la multitud de las jornadas

de julio estaba convencida de que los contrarrevolucionarios disparaban conscientemente contra las fuerzas del gobierno para incitarlas a emprender una represión implacable. En la guerra civil, la crueldad y la perfidia de la oficialidad, todavía ayer todopoderosa, no tuvieron límites. En Petrogrado abundaban las organizaciones secretas y semisecretas de oficiales, que gozaban de la protección de las altas esferas y eran pródigamente sostenidas por las mismas. En la información secreta suministrada por el menchevique Líber, casi un mes antes de las jornadas de julio, se decía que los oficiales conspiradores estaban en relaciones directas con sir Buchanan[24]. ¿Acaso podían los diplomáticos de Inglaterra dejar de preocuparse del próximo advenimiento de un poder fuerte?

Los liberales y los conciliadores buscaban la mano de los "anarcobolcheviques" y de los agentes alemanes en todos los "excesos". Los obreros y los soldados, persuadidos de que no andaban equivocados, hacían recaer sobre los provocadores patrióticos las colisiones y las víctimas de las jornadas de julio. ¿De qué parte está la verdad? Los juicios de las masas no son, claro está, infalibles. Pero quien crea que la masa es ciega y crédula se equivoca de medio a medio. Cuando se siente herida en lo más vivo, percibe los hechos y hace sus conjeturas valiéndose de millares de ojos y de oídos. La veracidad de los rumores lo comprueba sobre su pelleja rechazando unos y aceptando otros. Cuando las versiones relativas a los movimientos de masas son contradictorias, la que más se acerca a la verdad es siempre la propia masa. Por eso es tan estéril para la ciencia la obra de los sicofantes tipo Hipólito Taine, que, al estudiar los grandes movimientos populares, ignoran la voz de la calle, recogiendo cuidadosamente las vacuas habladurías de salón, engendradas por el aislamiento y el miedo.

Los manifestantes volvieron a sitiar el palacio de Táurida y exigieron una respuesta. En el momento en que llegaban los manifestantes de Cronstadt, un grupo reclamó la presencia de Chernov. Dándose cuenta del estado de espíritu de la multitud, este ministro, tan locuaz de costumbre, se limitó en esa ocasión a pronunciar un lacónico discurso, en el que aludió superficialmente a la crisis del poder y, refiriéndose a los kadetes, que habían salido del gobierno, dijo en tono de menosprecio: "A enemigo que huye, puente de plata." "¿Por qué antes no hablaba usted así?", le interrumpieron varias voces. Miliukov cuenta incluso que "un obrero de elevada estatura, acercando el puño al rostro del ministro, le gritó, furioso: "¡Toma el poder, hijo de perra, puesto que te lo dan!" Y aunque esto no pase de ser una anécdota, expresa, con un relieve un poco grosero, pero bastante claro, el verdadero fondo de la situación de julio. Las respuestas de Chernov no ofrecen interés; en

[24] Embajador de Inglaterra en Petrogrado. [NTD.]

todo caso, no le conquistaron los corazones de Cronstadt... Dos o tres minutos después entraba corriendo en la sala de sesiones del Comité ejecutivo un hombre que anunciaba a gritos que los marinos habían detenido a Chernov y se disponían a tomar represalias contra él. El Comité ejecutivo, en un estado de excitación Indescriptible, delegó, para rescatar al ministro, a algunos de sus miembros más destacados, exclusivamente internacionalistas y bolcheviques. Chernov declaró posteriormente ante la Comisión gubernamental, que, al bajar de la tribuna, observó un movimiento hostil en un grupo que estaba situado en la entrada, detrás de las columnas... "Me rodearon, cerrándome el paso hacia la puerta... Un sujeto sospechoso, que mandaba los marineros que me habían detenido, señalaba constantemente a un automóvil que se hallaba allí cerca... En aquellos momentos, Trotski, que salía del palacio de Táurida, se acercó al automóvil, y, subiéndose al estribo del mismo, pronunció un breve discurso. Trotski propuso que se dejara en libertad a Chernov, y pidió que los que no estuvieran conformes con ello levantaran la mano. No se levantó ni una sola mano; entonces, el grupo que me había acompañado al automóvil se apartó del mismo con aire descontento. Si no recuerdo mal, Trotski dijo: "Ciudadano Chernov, nadie le impide volverse atrás libremente ... " Para mí, no hay la menor duda de que lo sucedido no era más que una tentativa, preparada de antemano por gente sospechosa que nada tenía que ver con la masa de los obreros y marinos, para provocarme y detenerme."

Una semana antes de su detención, Trotski decía en la reunión de ambos Comités ejecutivos: ""Estos hechos pasarán a la historia, e intentaremos describirlos tal como fueron..." Vi que cerca de la puerta había un grupo de sujetos de mala catadura. Dije a Lunacharski y a Riazanov que aquellos sujetos eran agentes de la Ocrana, que intentaban penetrar en el palacio de Táurida... (Lunacharski: "Es verdad".) Los hubiera reconocido entre diez mil hombres."

En sus declaraciones del 24 de julio, escritas ya en la celda de Kresti, Trotski dice: "En un principio, había decidido salir de entre la multitud en el automóvil con Chernov y los que querían detenerle, a fin de evitar conflictos y que se produjera el pánico en la multitud. Pero Raskolnikov se me acercó precipitadamente y, muy excitado, exclamó: "Esto es imposible... Si sale usted con Chernov, mañana se dirá que la gente de Cronstadt le ha detenido. Hay que poner en libertad a Chernov inmediatamente." Tan pronto como un toque de corneta hizo el silencio de la multitud y me dio la posibilidad de pronunciar un breve discurso, que terminó con la siguiente proposición: "El que vote por la violencia, que levante la mano." Chernov pudo volver al palacio sin obstáculos."

La declaración de estos dos testigos, que eran al mismo tiempo los dos actores principales de la aventura, dejan las cosas completamente en claro. Pero esto no impidió que la prensa enemiga de los bolcheviques describiera lo sucedido con Chernov y el "intento" de detención de Kerenski como las pruebas más convincentes de la organización del levantamiento armado por los bolcheviques. Se afirmaba asimismo con insistencia, sobre todo en la agitación verbal, que la detención de Chernov se había efectuado bajo la dirección de Trotski. Esta versión llegó incluso hasta el palacio de Táurida. El propio Chernov, que en el sumario expuso una forma que se acercaba mucho a la realidad, las circunstancias de su detención de media hora, se abstuvo, sin embargo, de hacer ninguna manifestación pública sobre este tema, a fin de no impedir a su partido que fomentara la indignación contra los bolcheviques. Por si esto fuera poco, Chernov formaba parte del gobierno que encerró a Trotski en la cárcel de Kresti. Los conciliadores podían argüir, es cierto, que el grupo de conspiradores sospechosos nunca se hubiera atrevido a llevar a cabo un propósito tan insolente como la detención de un ministro en pleno día y ante una enorme multitud si no hubiera contado con que la hostilidad de las masas hacia el "perjudicado" le ponía suficientemente a cubierto. Y hasta cierto punto así era, en efecto. Ninguno de los que rodeaban el automóvil hizo la menor tentativa, por propio impulso, para libertar a Chernov. Si en algún otro sitio se hubiera detenido a Kerenski, ni los obreros ni los soldados se habrían sentido, naturalmente, afligidos. En este sentido, la complicidad moral de las masas en los atentados reales y supuestos contra los ministros socialistas, eran un hecho incontestable y daba motivos a la acusación contra los obreros y marinos de Cronstadt. Pero la preocupación de conservar los restos de su prestigio democrático impedía a los conciliadores echar mano de este argumento: no se olvide que si bien levantaban una barrera hostil entre ellos y los manifestantes, seguían hallándose al frente del sistema de los soviets de obreros, soldados y campesinos en el sitiado palacio de Táurida.

A las ocho de la noche, el general Palovtsiev comunicó por teléfono al Comité ejecutivo una buena noticia: dos centurias cosacas, con artillería, se dirigían al palacio de Táurida. ¡Por fin! Pero también esta vez las esperanzas resultaron defraudadas. Las constantes llamadas telefónicas no hacían más que aumentar el pánico: los cosacos habían desaparecido sin dejar rastro, como si se hubieran evaporado, con los caballos y los cañones de tiro rápido. Miliukov dice que al atardecer empezaron a manifestarse "las primeras consecuencias de los llamamientos hechos por el gobierno de las tropas": así, según él, se dirigía apresuradamente hacia el palacio de Táurida el regimiento 176. Esta

indicación, tan precisa exteriormente, es muy interesante, pues sirve para caracterizar los *qui pro quo* que surgen inevitablemente en el primer período de la guerra civil, cuando los campos sólo empiezan a delimitarse. En efecto, había llegado un regimiento al palacio de Táurida con los capotes y las mochilas al hombro y al flanco las cantimploras y las gamelas. Los soldados, que venían de Krasni-Selo, llegaban cansados del camino y calados hasta los huesos.

Era, realmente, el regimiento 176. Pero no se disponía, ni mucho menos, a salvar al gobierno: el regimiento, que estaba en contacto con los *meirayontsi,* se había puesto en camino bajo la dirección de dos soldados -bolcheviques-: Levinson y Medvediev, con el fin de arrancar el poder para los soviets. Se comunicó inmediatamente a los dirigentes del Comité ejecutivo, que estaban sobre ascuas, que un regimiento con sus oficiales acababa de llegar desde lejos, en completo orden, y acampaba bajo las ventanas para entregarse a un descanso merecido. Dan, que llevaba el uniforme de médico militar, se dirigió a los jefes del regimiento pidiéndoles que proporcionaran centinelas para montar la guardia en el palacio. Esta petición fue, en efecto, rápidamente satisfecha. Hay que suponer que Dan comunicaría con satisfacción la noticia a la mesa del ejecutivo, desde donde fue transmitida a la prensa. En sus *Memorias,* Sujánov se burla de la sumisión con que el regimiento bolchevique ejecutó la orden del líder menchevique: una prueba más de lo "absurdo" que era la manifestación de julio. En realidad, la cosa era, a la vez, más simple y más compleja. El oficial que mandaba el regimiento, al hacérsele la propuesta relativa a los centinelas, se dirigió al ayudante de guardia, el joven teniente Prigorovski. Este, que era bolchevique, miembro de la organización de los *meirayontsi,* pidió inmediatamente consejo a Trotski, que, con un pequeño grupo de bolcheviques, ocupaba un puesto de observación en una de las dependencias laterales de palacio. Naturalmente, se dio a Prigorovski el consejo de apostar inmediatamente centinelas donde fuera preciso, pues era mucho más ventajoso tener en las puertas amigos que enemigos. De esta manera, el regimiento 176, que había acudido para manifestarse contra el poder, protegía a este poder contra los manifestantes. Si el propósito perseguido hubiera sido la insurrección, el teniente Prigorovski habría detenido sin dificultad a todo el Comité ejecutivo, que no contaba más que con cuatro soldados adictos. Pero nadie pensaba en semejante cosa, y los soldados bolcheviques cumplieron a conciencia su función de centinelas.

Después que las centurias cosacas, único obstáculo con que se tropezaba en el camino que conducía al palacio de Táurida, fueron barridas, muchos manifestantes se imaginaron que la victoria estaba asegurada. En realidad, el mayor obstáculo se hallaba en el

propio palacio de Táurida. En la reunión de ambos ejecutivos, que empezó a las seis de la tarde, tomaban parte 90 representantes de 54 fábricas y talleres. Los cinco oradores que, según lo convenido, hicieron uso de la palabra, empezaron protestando contra el hecho de que en las proclamas del Comité ejecutivo los manifestantes fueran calificados de contrarrevolucionarios. "Ya habéis visto -argüían- lo que se dice en los cartelones. Es lo que los obreros han decidido... Exigimos la retirada de los diez ministros capitalistas. Tenemos confianza en los soviets, pero no en quien éstos depositan la suya... Exigimos que se tome inmediatamente posesión de las tierras, que se instaure el control de la industria; exigimos la lucha contra el hambre que nos amenaza." Otro añadía: "No os halláis en presencia de un motín, sino de una acción completamente organizada. Exigimos la entrega de la tierra a los campesinos, la abolición de las órdenes dirigidas contra el ejército revolucionario... Ahora que los kadetes se han negado a colaborar con vosotros, os preguntamos: ¿Con quién os disponéis a entrar en tratos? Exigimos que el poder pase a manos de los soviets."

Las consignas de propaganda de la manifestación del 18 de junio se convertían ahora en un ultimátum de las masas armadas. Pero los conciliadores estaban ya atados con cadenas demasiado pesadas a las ruedas del carro de los potentados. ¿Entregar el poder a los soviets? Pero esto significaba, ante todo, una política audaz de paz, la ruptura con los aliados, con la propia burguesía, significaba el completo aislamiento, la ruina al cabo de pocas semanas. No ¡la democracia responsable no abraza la senda de la aventura! "Las actuales circunstancias -decía Tsereteli- hacen imposible, en la atmósfera de Petrogrado, tomar ninguna nueva resolución." Por esto no queda más recurso que "aceptar el gobierno tal como ha quedado constituido... y convocar un congreso extraordinario de los soviets para dentro de dos semanas... en un sitio en que pueda funcionar sin obstáculos. En Moscú mejor que en ninguna parte."

Pero la sesión se ve constantemente interrumpida. Los obreros de Putilov, que llegan ya al atardecer, cansados, irritados, en un estado de extraña excitación, llaman a la puerta del palacio de Táurida: "¡Que salga Tsereteli!" Los treinta mil hombres de la calle envían sus representantes al palacio, una voz grita que si Tsereteli no quiere salir de grado habrá que hacerlo salir por la fuerza. De las amenazas a los actos hay todavía una gran distancia, pero las cosas van tomando un carácter demasiado agudo y los bolcheviques se apresuran a intervenir. Zinóviev lo ha relatado posteriormente: "Nuestros camaradas me propusieron que fuera a hablar a los obreros de Putilov... Un mar de cabezas como nunca lo había visto... Algunas docenas de miles de hombres se apretujaban ante el palacio. Los gritos de

"¡Tsereteli!" continuaban... Yo empecé así: "En vez de Tsereteli, he salido yo." Risas. Esto determinó un cambio en el estado de espíritu de los manifestantes. Pude pronunciar un discurso bastante extenso... Como conclusión, incité al auditorio a que se disolviese en seguida, pacíficamente, en completo orden, y sin dejarse provocar en modo alguno a una acción agresiva. Los manifestantes aplauden ruidosamente y empiezan a retirarse."

Este episodio revela de un modo inmejorable el profundo descontento de las masas, la carencia de un plan de ataque por su parte y el verdadero papel desempeñado por el partido en los acontecimientos de julio.

Mientras Zinóviev hablaba en la calle a los obreros de Putilov, un grupo de delegados de estos últimos, algunos de ellos con fusiles, irrumpía tumultuosamente en el salón de sesiones. Los miembros del Comité ejecutivo saltan de sus sitios. "Algunos de ellos no demuestran el valor ni el dominio de sí mismos suficientes", dice Sujánov, el cual nos ha dejado una viva descripción de estos momentos dramáticos. Uno de los obreros, "un *sansculotte* clásico, con gorra, blusa corta sin cinturón y el fusil en la mano", salta a la tribuna de los oradores temblando de agitación y de rabia...: "¡Camaradas! ¿Soportaremos los obreros por más tiempo esta traición? Estáis pactando con la burguesía y los terratenientes... ¡Hemos venido aquí treinta mil hombres de la fábrica de Putilov y conseguiremos que se respete nuestra voluntad...! Cheidse, ante cuya nariz se agitaba el fusil, dio pruebas de sangre fía. Inclinándose tranquilamente desde su sitio, metió un manifiesto impreso en la mano temblorosa del obrero: "Haga el favor de tomar esto y de leerlo, camarada. Ahí se dice lo que deben hacer los camaradas de Putilov..." En el manifiesto no se decía otra cosa sino que los manifestantes debían volver a sus casas y que, de lo contrario, serían unos traidores a la revolución. ¿Es que los mencheviques podían decir otra cosa?

Zinóviev, orador de fuerza excepcional, desempeñó un gran papel en la agitación desarrollada bajo los muros del palacio de Táurida, así como, en general, en todo el torbellino de agitación de aquel periodo. En el primer momento, su aguda voz de falsete extrañaba, pero después cautivaba con su musicalidad particular. Zinóviev era un orador ingénito. Sabía dejarse contagiar por el estado de espíritu de las masas, conmoveré con lo que las conmovía y encontrar siempre para sus sentimientos y sus ideas una expresión, acaso un poco confusa e imprecisa, pero cautivadora. Los adversarios decían que Zinóviev era el más demagogo de los bolcheviques. Con esto, rendían tributo a su rasgo más acentuado, es decir, a su aptitud para penetrar en el alma de *demos* y hacer vibrar sus cuerdas. Sin embargo, no se puede negar que Zinóviev, que no es más que un agitador, y

no tiene nada de teórico ni de estratega revolucionario, cuando no se veía contenido por la disciplina externa, se deslizaba fácilmente hacia la demagogia, no en el sentido corriente, sino en el sentido científico de la palabra, es decir, manifestaba una cierta tendencia a sacrificar los intereses permanentes al éxito del momento. El instinto de agitador de que estaba dotado Zinóviev hacía de él un consejero muy valioso cuando se trataba de apreciaciones políticas de momento, pero sus juicios no iban nunca más allá. En las reuniones del partido sabía convencer, conquistar, sugestionar, cuando se presentaba con una idea política definida, sometida a la prueba de los grandes mítines e impregnada, por decirlo así, de las esperanzas y del odio de los obreros y los soldados. Por otra parte, Zinóviev era capaz, en una reunión hostil, aun en el seno del Comité ejecutivo de aquel entonces, de dar a las ideas más extremas y explosivas una forma atractiva, insinuante, que las hacía penetrar insensiblemente en la cabeza de los que sentían hacia él una desconfianza previa. Para alcanzar estos inapreciables resultados le era necesaria la tranquila seguridad de que una mano firme le libraba de toda responsabilidad política. Esta seguridad se la daba Lenin. Armado de una fórmula estratégica definida, Zinóviev la llenaba ingeniosamente de las exclamaciones, protestas y exigencias que acababa de recoger en la calle, en la fábrica o en el cuartel. En estos momentos era el mecanismo ideal de transmisión entre Lenin y la masa o entre ésta y aquél. Zinóviev, agitador de la revolución, carecía de carácter revolucionario. Mientras no se trató más que de la conquista de las mentes y de los espíritus, Zinóviev no dejó de ser un combatiente incansable. Pero cuando se vio situado ante la necesidad de la acción perdió inmediatamente su seguridad combativa. Entonces se apartó de la masa y de Lenin; sólo reaccionó de un modo indeciso, se sintió presa de dudas, no vio más que obstáculos, y su voz insinuante, casi femenina, perdió su fuerza de persuasión y puso de manifiesto su debilidad interna. Bajo los muros del palacio de Táurida, durante las jornadas de julio, Zinóviev se sintió extraordinariamente activo, ingenioso y fuerte. Llevó hasta las notas más altas la excitación de las masas, no para incitarlas a la acción decisiva, sino, al revés, para contenerlas, como respondía a las necesidades del momento y a la política del partido. Zinóviev se hallaba por entero en su elemento.

El combate de la Liteinaya imprimió un carácter completamente distinto al desarrollo de la manifestación. Nadie la contemplaba ya desde los balcones y las ventanas. La gente más acomodada, invadiendo las estaciones, abandonaba la ciudad. La lucha en las calles se convertía en escaramuzas esporádicas sin finalidad determinada. Durante la noche se desarrollan encuentros cuerpo a cuerpo entre los manifestantes y los patriotas, se efectúan

desarmes de un modo desordenado, los fusiles pasan de unas manos a otras. Grupos de soldados de los regimientos indisciplinados obraban por cuenta propia, sin obedecer a ningún plan. "Los elementos sospechosos y provocadores que se unían a ellos les incitaban a las acciones anárquicas", añade Podvoiski. Grupos de marinos y soldados efectuaban registros por todas partes, con el fin de encontrar a los culpables de los disparos. So pretexto de registro, en algunos sitios se cometieron robos. De otra parte, se iniciaron pogromos. Los tenderos se arrojaban furiosamente sobre los obreros en aquellas partes de la ciudad en que se sentían fuertes, y los apaleaban despiadadamente. "La multitud se lanzó contra nosotros gritando: "¡Mueran los judíos y los bolcheviques! ¡Al agua con ellos!", y nos apeló brutalmente", cuenta Afanasiev, obrero de la fábrica de Novi Lesner. Uno de los agredidos murió en el hospital; al propio Afanasiev los marinos lo sacaron del canal Yekaterinski lleno de cardenales y ensangrentado.

Las colisiones, las víctimas, la esterilidad de la lucha y la ausencia de un objetivo práctico: todo aconsejaba liquidar el movimiento. El Comité central de los bolcheviques tomó el acuerdo de invitar a los obreros y soldados a que pusieran fin a la manifestación. Esta invitación, comunicada inmediatamente al Comité ejecutivo, ahora, no tropezó ya casi con ninguna resistencia entre las masas, las cuales se retiraron a los suburbios, dispuestas a no reanudar la lucha al día siguiente. Los obreros y los soldados tuvieron la sensación de que la toma del poder por los soviets era un problema mucho más complejo de lo que se imaginaran.

Fue levantado el sitio del palacio de Táurida y las calles adyacentes quedaron desiertas. Pero los Comités ejecutivos continuaban en su puesto y proseguían con breves interrupciones los interminables discursos, sin sentido ni objeto. Hasta más tarde no se supo que los conciliadores esperaban algo. En las dependencias contiguas había aún delegados de las fábricas y de los regimientos. "Era ya mas de medianoche -cuenta Metelev-, y seguíamos esperando una "resolución"... Atormentados por el hambre y el cansancio, vagábamos por la sala Alexandrovski... A las cuatro de la madrugada del 5 de julio terminaron nuestras esperanzas... Oficiales y soldados armados irrumpieron ruidosamente por la puerta principal del palacio." Resuenan ensordecedoras en el interior del edificio las notas metálicas de *La Marsellesa.* El ruido de pasos y el estruendo de los instrumentos provocan, en aquella hora matutina, una agitación extraordinaria en el salón de sesiones. Los diputados se levantan bruscamente de sus escaños. ¿Un nuevo privilegio? Pero Dan aparece en la tribuna... "¡Compañeros -dice-, tranquilizaos! No hay ningún peligro. Acaban de llegar regimientos leales a la revolución." Sí; acababan de llegar, en efecto, las tropas

tanto tiempo esperadas; los soldados recién llegados ocupan las entradas y las salidas, se lanzan rabiosamente sobre los pocos obreros que aún quedan en el palacio, quitan las armas a los que las tienen, detienen a los que pueden y se llevan a los detenidos.

Sube a la tribuna el teniente Kuchin, menchevique destacado, con uniforme de campaña. Dan, que preside, le estrecha en sus brazos entre las notas triunfales de la orquesta. Locos de entusiasmo y pulverizando a los izquierdistas con miradas victoriosas, los conciliadores se cogen del brazo y, abriendo la boca des-, mesuradamente, vierten su entusiasmo en las notas de *La Marsellesa.* "Una escena clásica del principio de la contrarrevolución", prorrumpe irritado Mártov, que sabía observar y comprender muchas cosas. El sentido político de la escena, registrada por Sujánov, aparecerá y cobrará aún más significativo relieve si se recuerda que Mártov figuraba en el mismo partido que Dan, para el cual esta escena representaba la victoria suprema de la revolución.

Sólo ahora, al observar el desbordante júbilo de la mayoría, el ala izquierda empezó a comprender hasta qué punto se había visto aislado el órgano supremo de la democracia oficial cuando la democracia auténtica se lanzó, a la calle. En el transcurso de treinta y seis horas, aquellos hombres iban desapareciendo por turno para ir a la cabina del teléfono y ponerse en contacto con el Estado Mayor, con Kerenski, que estaba en el frente, pedir tropas, persuadir, implorar, enviar nuevamente agitadores y otra vez a esperar. El peligro había pasado, pero la inercia del miedo subsistía. Y las recias pisadas de los "leales" cerca de las cinco de la madrugada resonaban en sus oídos como una sinfonía de liberación. Pronunciáronse, al fin, desde la tribuna discursos en los cuales se hablaba abiertamente del feliz aplastamiento del motín armado y de la necesidad de acabar de una vez con los bolcheviques.

El destacamento que se presentó en el palacio de Táurida no procedía del frente, como en los primeros momentos de entusiasmo habían creído muchos, sino que había sido formado con elementos de la guarnición de Petrogrado, principalmente de los tres batallones de la Guardia más reaccionarios: el de Preobrajenski, el de Semenov y el de Ismail. El 3 de julio estos regimientos se habían declarado neutrales. El gobierno y el Comité ejecutivo habían intentado inútilmente conquistarlos, valiéndose de su autoridad: los soldados no se movían, sombríos, de los cuarteles, y esperaban. Hasta la tarde del 4 de julio los gobernantes no descubrieron, al fin, un recurso eficaz: enseñar a los soldados de Preobrajenski un documento que demostraba, como dos y dos son cuatro, que Lenin era un espía alemán. Esto surtió efecto. La noticia circuló de un regimiento a otro. Los oficiales, los miembros de los Comités de regimiento, los agitadores del Comité ejecutivo,

no se daban punto de reposo. El estado de espíritu de los regimientos neutrales se modificó. En la madrugada, cuando no había ya ninguna necesidad de ellos, se consiguió reunirlos y llevarlos por las calles desiertas al palacio de Táurida, que había quedado vacío. *La Marsellesa* la ejecutaba la orquesta del regimiento de Ismail, aquel a quien, como el más reaccionario de todos, se había confiado el 3 de diciembre de 1905 la misión de detener al primer Soviet de diputados obreros de Petrogrado, reunido bajo la presidencia de Trotski. El director de escena de los espectáculos históricos consigue a cada paso, sin proponérselo en lo más mínimo, los efectos teatrales más sorprendentes: no tiene más que soltar las riendas de la lógica de las cosas.

Cuando las masas hubieron abandonado las calles, el joven gobierno de la revolución puso en movimiento sus miembros reumáticos, detuvo a los representantes de los obreros, procedió a la confiscación de armas y aisló los barrios de la ciudad. Cerca de las seis de la mañana se detuvo frente a la redacción de *la Pravda* un automóvil cargado de "junkers" y soldados con una ametralladora, que fue inmediatamente apostada en la ventana. Cuando los indeseables visitantes abandonaron la redacción, ésta ofrecía un aspecto desolador: los cajones de las mesas habían sido fracturados, el suelo estaba cubierto de manuscritos rotos, los hilos telefónicos habían sido cortados. A los empleados de la redacción se les había apaleado y detenido. La imprenta, para la cual los obreros habían recogido recursos durante dos meses, fue objeto de una devastación todavía mayor: las rotativas, las máquinas de componer fueron destruidas. En vano los bolcheviques acusaban al gobierno de Kerenski de falta de energía. "Las calles -dice Sujánov- recobraron su aspecto normal. Los grupos y los mítines callejeros desaparecieron casi en absoluto. La inmensa mayoría de las tiendas estaba abierta." A primera hora de la mañana se distribuyó el manifiesto de los bolcheviques, último producto de la imprenta destruida, invitando a dar por terminada la manifestación. Los cosacos y los "junkers" detenían en las calles a marinos, soldados y obreros, y los mandaban a la cárcel o a los Cuerpos de guardia. En las tiendas y en las aceras, por todas partes, se hablaba del dinero alemán. Se detenía a todo el que se atrevía a pronunciar una palabra en favor de los bolcheviques. "No se puede ya decir que Lenin sea un hombre honrado: el que lo dice es conducido a la comisaría." Sujánov, como siempre, demuestra ser un observador atento de lo que sucede en las calles, de la burguesía, de los intelectuales, de la pequeña burguesía... Pero los barrios obreros tienen un aspecto muy diferente. Las fábricas no han reanudado el trabajo. Reina la inquietud. Circula el rumor de que han llegado tropas del frente. Las calles de la barriada de Viborg se llenan de grupos que discuten lo que deberá hacerse en caso de ataque. "Los guardias rojos y, en general, la

juventud de las fábricas -cuenta Metelev- se disponen a penetrar en la fortaleza de Pedro y Pablo para acudir en auxilio de los destacamentos que se hallan sitiados. Escondiendo las bombas de mano en los bolsillos, en las botas, en la cintura, atraviesan el río, unos en barcas, otros por puentes." El tipógrafo Smirnov, del barrio de Kolomenski, dice en sus *Memorias:* "Vi cómo llegaban por el Neva remolcadores con guardias marinos de Duderhof y Orienbaum. A las dos, las cosas se presentaban mal... Vi cómo los marinos volvían a Cronstadt sigilosamente, de uno en uno... Circulaba la especie de que todos los bolcheviques eran espías alemanes. La campaña de difamación emprendida era repugnante..." El historiador Miliukov resume con satisfacción: "El estado de espíritu y la vitola del público de las calles cambiaron completamente. Al atardecer reinaba en Petrogrado una absoluta tranquilidad."

Mientras no llegaron las fuerzas del frente, el mando militar de la región, con la cooperación política de los conciliadores, siguió disimulando sus propósitos. Durante el día se presentaron en el palacio de Kchesinskaya, para conferenciar con los jefes bolcheviques, los miembros del Comité ejecutivo, con Líber al frente: esta visita era una prueba de los sentimientos más pacíficos. En virtud del acuerdo recaído, los bolcheviques se comprometían a hacer volver los marinos a Cronstadt, a sacar la compañía de ametralladoras de la fortaleza de Pedro y Pablo, a retirar los centinelas y los autos blindados. Por su parte, el gobierno se comprometía a no emprender ninguna represión contra los bolcheviques y a poner en libertad a todos los detenidos, con excepción de los que hubieran cometido actos criminales. Pero el acuerdo fue de corta duración. A medida que se iban difundiendo los rumores relativos al dinero alemán y se acercaban las tropas del frente, en la guarnición aparecía un número cada vez mayor de fuerzas que se acordaban de su fidelidad a la democracia y a Kerenski. Esas fuerzas enviaban delegaciones al palacio de Táurida o al mando militar de la región. Por fin, empezaron a llegar las tropas del frente. A cada hora que pasaba iba cambiando el estado de ánimo de los conciliadores. Las tropas que llegaban del frente estaban dispuestas a arrebatar la capital, en lucha sangrienta, a los agentes del káiser. Ahora, cuando no había necesidad alguna de las tropas, era preciso justificar que se las hubiera llamado. Para no infundir ellos mismos sospechas, los conciliadores se esforzaban con vehemencia en demostrar a los oficiales que los mencheviques y los socialrevolucionarios pertenecían al mismo bando que ellos, y que los bolcheviques eran el enemigo común. Cuando Kámenev intentó recordar a los miembros de la mesa del Comité ejecutivo el acuerdo pactado unas horas antes, Líber le contestó, con el tono de un férreo hombre de Estado: "Ahora la correlación de fuerzas se ha

modificado." Líber sabía, por los discursos populares de Lassalle, que los cañones eran un importante fragmento de constitución. La delegación de los marinos de Cronstadt, presidida por Raskolnikov, fue llamada varias veces a la Comisión militar del Comité ejecutivo, donde las exigencias, de hora en hora más exageradas, se terminaron con el siguiente ultimátum de Líber: acceder inmediatamente al desarme de los marinos de Cronstadt. "Al salir de la reunión de la Comisión militar -relata Raskolnikov- reanudamos nuestras conferencias con Trotski y Kámenev. Lev Davidovich [Trotski] aconsejó que inmediatamente se mandara a los marinos de Cronstadt a sus casas. Se tomó el acuerdo de que algunos camaradas recorrieran los cuarteles e informaran a la gente de Cronstadt del desarme forzoso que se estaba preparando. La mayor parte de ellos se marchó a tiempo. Sólo se quedaron pequeños destacamentos en el palacio de la Kchesinskaya y en la fortaleza de Pedro y Pablo." El 4 de julio el príncipe Lvov, con la venia de los ministros socialistas, había dado ya al general Polovtsiev la orden escrita de "detener a los bolcheviques que ocupan la casa de la Kchesinskaya, desalojar dicha casa y ocuparla militarmente". Ahora, después de la devastación de la imprenta y de la redacción, la cuestión de la suerte de la sede central de los bolcheviques se planteaba de un modo muy agudo. Había que poner al palacio en condiciones de defensa. La Organización militar nombró comandante del edificio a Raskolnikov. Este interpretó su misión de un modo amplio, a la manera de Cronstadt: exigió que se le enviaran cañones y hasta un pequeño buque de guerra a la desembocadura del Neva. Posteriormente, Raskolnikov explicó su conducta de aquellos días del modo siguiente: "Naturalmente, había hecho por mi parte preparativos militares, no sólo para el caso de que tuviéramos que defendernos, pues en el aire se respiraba, no sólo la pólvora, sino también la posibilidad de pogromos... Parecíame, no sin fundamento, que bastaba con poner un buen buque de guerra en la desembocadura del Neva para que la decisión del gobierno provisional decayera considerablemente." Todo esto es más que impreciso y no del todo serio. Hay que suponer más bien que en el transcurso del día 5 de julio los dirigentes de la Organización militar, y Raskolnikov con ellos, no se daban aún completamente cuenta del cambio sufrido por la situación, y que en el momento en que la manifestación armada debía efectuar una rápida retirada para no convertirse en la insurrección que quería provocar el enemigo, había dirigentes militares que, al azar, irreflexivamente, daban algunos pasos adelante. Los jóvenes caudillos de Cronstadt extremaban la nota. Pero ¿acaso se puede hacer la revolución sin que participen en ella gentes que extremen la nota? ¿Y acaso no entra necesariamente un determinado

tanto por ciento de ligereza en todas las grandes obras humanas? En esa ocasión todo se redujo a unas cuantas órdenes, rápidamente revocadas por el propio Raskolnikov.

Entre tanto, afluían al palacio de la Kchesinskaya noticias cada vez más alarmantes: uno había visto en las ventanas de una casa situada en la orilla opuesta del Neva ametralladoras enfiladas sobre el cuartel general de los bolcheviques; otro había observado una columna de automóviles blindados que se dirigía asimismo hacia allí; un tercero anunciaba que se aproximaban patrullas de cosacos. Se enviaron dos miembros de la Organización militar a entablar negociaciones con el comandante de la región. Polovtsiev aseguró a los parlamentarios que la devastación de la *Pravda* se había efectuado sin su consentimiento, y que no se preparaba represión alguna contra la Organización militar. La verdad era que estaba esperando para obrar a que llegasen suficientes refuerzos del frente.

Mientras que los de Cronstadt se retiraban, la escuadra del Báltico no hacía más que prepararse para el ataque. La parte principal de la escuadra, con 70.000 marinos, estaba fondeada en aguas de Finlandia; había, además, en ésta un cuerpo de artillería, y en las fábricas y en el puerto de Helsingfors trabajaban hasta 10.000 obreros rusos. Estos hombres eran un puño imponente de la revolución. La presión de los marinos y los soldados era tan irresistible, que incluso el Comité de Helsingfors de los socialrevolucionarios se había pronunciado contra la coalición, como resultado de lo cual todos los órganos soviéticos de la escuadra y del ejército en Finlandia exigieron unánimemente que el Comité ejecutivo central tomara en sus manos el poder. La gente del Báltico estaba dispuesta a presentarse en cualquier momento en la desembocadura del Neva para sostener sus reivindicaciones. Les contenía, sin embargo, el miedo a debilitar la línea de defensa marítima y facilitar el ataque de la flota alemana contra Cronstadt y Petrogrado. Pero ocurrió algo completamente imprevisto. El Comité central de la escuadra del Báltico -el llamado Tsentrobalt- convocó el 4 de julio una reunión extraordinaria de los Comités de buque, en la que el presidente, Dibenko, dio lectura a dos órdenes secretas, firmadas por el adjunto del ministro de Marina, Dudariev, que el comandante de la escuadra acababa de recibir: la primera ordenaba al almirante Verderevski que mandase a Petrogrado cuatro torpederos, a fin de impedir por la fuerza el desembarque de los revoltosos de Cronstadt; la segunda exigía del comandante de la escuadra que no consintiera de ningún modo la salida de buques de Helsingfors para Cronstadt, no deteniéndose, si necesario era, ni ante el hundimiento, por medio de los submarinos de los buques rebeldes. El almirante, que se hallaba entre dos fuegos, y preocupado, sobre todo, de la salvación de su propia cabeza, se apresuró a transmitir el telegrama al Tsentrobalt,

declarando que no cumplida la orden aunque dicho Tsentrobalt estampara su sello en la misma. La lectura de los telegramas produjo gran impresión entre los marinos. Es verdad que éstos llenaban despiadadamente de improperios por cualquier motivo a Kerenski y a los conciliadores. Pero, a sus ojos, no se trataba más que de una lucha intestina en el Soviet. ¿Acaso la mayoría del Comité ejecutivo no pertenecía a los mismos partidos que la del Comité regional de Finlandia, que recientemente había votado por la entrega del poder a los soviets? Era evidente que ni los mencheviques ni los socialrevolucionarios podían aprobar el hundimiento de los buques que votaran por el traspaso del poder al Comité ejecutivo.

¿Cómo era posible que el antiguo oficial de Marina Dudariev se inmiscuyera en la disputa familiar soviética para convertirla en un combate naval? Todavía ayer mismo los grandes buques eran oficialmente considerados como el punto de apoyo de la revolución, a diferencia de los retardatarios torpederos y los submarinos, a los que apenas si había llegado la propaganda. ¿Era posible que ahora el gobierno se dispusiera seriamente a echar a pique los buques con auxilio de los submarinos? Estos hechos no podían caber de ningún modo en las cabezas obstinadas de los marinos. Sin embargo, la orden que, no sin fundamento, les parecía una pesadilla, era un fruto legítimo, aparecido en julio, de la simiente de marzo. Ya desde abril los mencheviques y socialrevolucionarios apelaban a provincias contra Petrogrado, a los soldados contra los obreros, a la caballería contra los regimientos de ametralladoras. En los soviets daban una representación más privilegiada a los regimientos que a las fábricas; protegían los establecimientos pequeños y dispersos contra las empresas metalúrgicas gigantescas. Representantes como eran del pasado, buscaban un punto de apoyo en el atraso, en todos sus aspectos. Al perder el terreno, lanzaban la retaguardia contra la vanguardia. La política tiene su lógica, sobre todo durante la revolución. Apretados por todas partes, los conciliadores viéronse obligados a encargar al almirante Verdenoski que echara a pique los buques más avanzados. Desgraciadamente para los conciliadores, los elementos atrasados en que querían apoyarse iban acercándose cada día más a los avanzados: la tripulación de los submarinos mostró no menos indignación que la de los acorazados ante la orden de Dudariev.

Al frente del Tsentrobalt había unos hombres cuyo espíritu no tenía nada de hamlético. Sin perder tiempo, adoptaron con los miembros de los Comités de buque la siguiente resolución: enviar urgentemente a Petrogrado al torpedero *Orfeo,* que había sido designado para echar a pique a los buques de Cronstadt, primero para informarse de lo que sucedía allí y segundo "para detener al subsecretario de Marina, Dudariev". Esta resolución

podrá parecer inesperada, pero atestigua con particular evidencia hasta qué punto la gente del Báltico se inclinaba todavía a considerar a los conciliadores como a un enemigo interior, por oposición a un Dudariev cualquiera, considerado por ellos como un enemigo común. El *Orfeo* entró en la desembocadura del Neva veinticuatro horas después de desembarcar allí los 10.000 hombres armados de Cronstadt. Pero "la correlación de fuerzas se había modificado". Durante todo el día no se permitió desembarcar a la tripulación. Sólo al atardecer una delegación de 67 marinos del Tsentrobalt y de la tripulación de los buques fue admitida en la reunión de ambos Ejecutivos, que estaba haciendo el primer balance de las jornadas de julio. Los vencedores se bañaban en las delicias de su reciente victoria. El ponente Voitinski describía, no sin placer, las horas de debilidad y humillación que habían pasado para hacer resaltar, todavía con más relieve, la victoria subsiguiente. "Las primeras fuerzas que vinieron en nuestro auxilio -decía- fueron los automóviles blindados. Habíamos decidido firmemente abrir el fuego en caso de violencia por parte de la banda armada... Viendo el peligro que amenazaba a la revolución, dimos a algunas unidades del frente la orden de dirigirse hacia aquí." La mayoría de esta elevada Asamblea respiraba odio contra los bolcheviques, sobre todo contra los marinos. Fue en esta atmósfera donde cayeron los delegados del Báltico provistos de la orden de detener a Dudariev. La lectura de la resolución de la escuadra del Báltico fue acogida por los vencedores con golpes furiosos sobre las mesas y un pataleo ensordecedor. ¿Detener a Dudariev? ¿Acaso el bizarro capitán hacia otra cosa que cumplir un deber sagrado para con la revolución, a la cual ellos, los marinos, los revoltosos, los contrarrevolucionarios, asestaban una puñalada trapera? La reunión de los Comités ejecutivos se solidarizó solemnemente con Dudariev mediante una resolución especial. Los marinos miraban a los oradores y se miraban entre sí con ojos en los que se reflejaba el asombro. Hasta ahora no empezaban a darse cuenta de lo que ocurría. Al día siguiente, fue detenida toda la Delegación, la cual pudo completar su educación política en la cárcel. Tras ellos fue detenido el suboficial de marina Dibenko, presidente del Tsentrobalt, que había salido a su encuentro, y luego el almirante Verderevski, llamado a la capital para que explicara su conducta.

El día 6 por la mañana los obreros se reintegraron al trabajo. En las calles sólo hacían acto de presencia las tropas traídas del frente. Los agentes del contraespionaje revisan los pasaportes y practican detenciones a diestro y siniestro. Voinov, un joven obrero que repartía el *Listok Pravdi [La Hoja de la Pravda],* que se publicaba en sustitución del diario bolchevique, devastado el día anterior, fue asesinado en la calle por una banda de criminales, tal vez por los mismos agentes del contraespionaje. Los elementos reaccionarios

le tomaron gusto a las matanzas. En distintas partes de la ciudad proseguían los saqueos, la violencia y el tiroteo. Durante el día, llegaron una división de caballería, el regimiento de los cosacos del Don, la división de hulanos, el regimiento de Izbor, el de la Pequeña Rusia, el de dragones y otros. "El estado de espíritu de las numerosas fuerzas de cosacos llegadas -dice el periódico de Gorki- es muy agresivo." En dos sitios de la ciudad se abrió fuego de ametralladoras contra el regimiento de Izbor, recién llegado. Tanto en uno como en otros casos, se descubrieron las ametralladoras instaladas en las azoteas, pero los culpables no fueron descubiertos. En otras partes de la ciudad se disparó asimismo contra las tropas llegadas. La deliberada insensatez de aquellos disparos excitaba profundamente a los obreros. Era evidente que provocadores expertos acogían a los soldados con plomo con el fin de inyectarles, desde el primer momento, el morbo antibolchevista. Los obreros se apresuraban a explicárselo a los soldados, pero no les dejaban llegar hasta ellos; por primera vez, desde las jornadas de febrero, el "junker" y el oficial se interponían entre el obrero y el soldado.

Los conciliadores acogieron jubilosamente a los regimientos llegados. En la Asamblea de representantes de las fuerzas militares, Voitinski, en presencia de un gran número de oficiales y de "junkers", exclamó: "En estos momentos pasan por la Milionaya, en dirección a la plaza de Palacio, tropas y automóviles blindados para ponerse a disposición del general Polovtsiev. Esta es nuestra fuerza real, la fuerza en que nos apoyamos." Fueron adscritos al comandante de la región militar, en calidad de tapadera política, cuatro ayudantes socialistas: Avksentiev y Gotz, del Comité ejecutivo; Skobelev y Chernov, del gobierno provisional. Pero esto no salvó al comandante. Kerenski se jactaba posteriormente ante los guardias blancos de haber destituido al general Polovtsiev "por su indecisión", cuando regresó del frente durante las jornadas de julio.

Ahora se podía resolver, al fin, la cuestión tantas veces aplazada de destruir el avispero de los bolcheviques en la casa de la Kchesinskaya. En la vida social, en general y durante la revolución, en particular, adquieren, a veces, un gran relieve hechos secundarios que actúan sobre la imaginación con su sentido simbólico. Así, en la lucha contra los bolcheviques, se destacó, con una importancia desproporcionada, la "usurpación", llevada por Lenin, del palacio de la Kchesinskaya, famosa bailarina palaciega, famosa no tanto por su arte como por sus relaciones con los representantes masculinos de la dinastía de los Romanov. Su palacio era uno de los frutos de estas relaciones, iniciadas por Nicolás II, por lo visto, cuando todavía no era más que príncipe heredero. Antes de la guerra, la gente hablaba con un matiz de envidioso respeto de aquel antro de lujo, espuelas y brillantes,

situado frente al palacio de Invierno; durante la guerra, se decía con más frecuencia "robado"; los soldados expresábanse aún con más precisión. La bailarina, que se acercaba a la edad crítica, pasó a la palestra patriótica. Rodzianko, con la sinceridad que le caracteriza, dice a este propósito: "... El generalísimo supremo (él gran duque Nikolai Nikolayevich) decía estar al corriente de la participación y de la influencia de la bailarina Kchesinskaya en los asuntos de artillería. Por mediación de ella recibían los pedidos las distintas casas." No tiene nada de particular que, después de la revolución, el palacio desierto de la Kchesinskaya no despertara en el pueblo sentimientos benévolos. Mientras que la revolución exigía insaciablemente locales, el gobierno no se atrevía a tocar ni un solo edificio privado. Por lo visto, la requisa de caballos de los campesinos para la guerra era una cosa y la confiscación de los palacios vacíos para la revolución otra. Pero las masas populares, menos sutiles, razonaban de otro modo.

En los primeros días de mayo, la división de reserva de los automóviles blindados, que buscaba un local conveniente, dio con el palacio de la Kchesinskaya y lo ocupó; la bailarina tenía un buen garaje. La división cedió de buena gana al Comité bolchevique de Petrogrado el piso superior del edificio. La amistad de los bolcheviques con los soldados de los automóviles blindados completaba la que mantenían con los del regimiento de ametralladoras. La ocupación del palacio, efectuada unas cuantas semanas antes de la llegada de Lenin, pasó casi inadvertida. La indignación contra los usurpadores aumentaba a medida que crecía la influencia de los bolcheviques. Los infundios de los periódicos, según los cuales Lenin se había instalado en el "boudoir" de la bailarina y todos los muebles y objetos del palacio habían sido destruidos y robados, eran simples paparruchas. Lenin vivía en el modesto piso de su hermana, y el comandante del edificio había retirado y sellado los muebles de la bailarina. Sujánov, que visitó el palacio el día de la llegada de Lenin, ha dejado una descripción del local que no carece de interés. "El domicilio de la famosa bailarina tenía un aspecto extraño y absurdo. Los lujosos techos y paredes no armonizaban en lo más mínimo con la sobriedad de la instalación, con las mesas, las sillas y los bancos primitivos dispuestos de cualquier modo para las necesidades del trabajo. Muebles, en general, había pocos. Los de la Kchesinskaya habían sido retirados..." La prensa, guardando un prudente silencio sobre la división de automóviles blindados, señalaba a Lenin como culpable de la usurpación armada de la casa de la indefensa servidora del arte. Este tema alimentaba los artículos de fondo y los folletones. ¡Soldados y obreros sucios, entre brocados, sedas y alfombras! Todos los pisos principales de la capital se estremecían de indignación. De la misma manera que en otros tiempos los girondinos habían hecho recaer

sobre los jacobinos la responsabilidad por los asesinatos de septiembre, la desaparición de colchones en los cuarteles y las prédicas de la ley agraria, ahora los kadetes y los demócratas acusaban a los bolcheviques de socavar las bases de la moral humana y de escupir plebeyamente sobre el "parquet" del palacio de la Kchesinskaya. De este modo, la bailarina dinástica convertíase en el símbolo de la cultura, pisoteada por las herraduras de los bárbaros. Este apoteosis animó a la propietaria, quien presentó una denuncia ante los tribunales. Estos decidieron desahuciar a los bolcheviques. Pero la cosa no era tan sencilla como parecía. "Los autos blindados que estaban de guardia en el patio infundían un cierto respeto", recuerda Zalevski, miembro, en aquel entonces, del Comité de Petrogrado. Además, el regimiento de ametralladoras, así como otras unidades, estaba dispuesto, en caso de necesidad, a ayudar a sus compañeros de la división de autos blindados. El 25 de mayo la mesa del Comité ejecutivo, al deliberar sobre la queja presentada por el abogado de la bailarina, reconoció que "los intereses de la revolución exigían la sumisión a las decisiones judiciales". Sin embargo, los conciliadores se contentaron con este aforismo platónico, con harto sentimiento de la bailarina, poco inclinada al platonismo.

En el palacio seguían funcionando el Comité central, el de Petrogrado y la Organización militar. "En la casa de la Kchesinskaya -cuenta Raskolnikov se apretujaba constantemente una gran masa de gente. Unos iban a resolver un asunto en una secretaría; otros, se dirigían al depósito de libros..., a la redacción de la *Soldatskaya Pravda [La Verdad del Soldado]* a una de las reuniones. Estas se celebraban muy a menudo, a veces de un modo ininterrumpido, ya en la espaciosa sala de abajo, ya arriba, en una habitación con una mesa larga, y que había sido, seguramente, el comedor de la bailarina." Desde el balcón del palacio, en el cual ondeaba la imponente bandera del Comité central, los oradores hablaban continuamente al público, no sólo durante el día, sino también por la noche. Frecuentemente, en la oscuridad profunda, llegaba al edificio un regimiento o una muchedumbre obrera y pedía que saliese un orador. Se detenían asimismo ante el balcón grupos casuales de gente ajena a todo interés político, cuya curiosidad se veía incitada por el ruido que armaban los periódicos a propósito del palacio de la Kchesinskaya. En los días críticos, se acercaban al edificio grupos hostiles pidiendo la detención de Lenin y que fuesen expulsados del local los bolcheviques. Bajo los torrentes humanos que inundaban el palacio, se percibían los latidos de la revolución. La casa de la Kchesinskaya alcanzó su apogeo durante las jornadas de julio. "El cuartel general del movimiento -dice Miliukov- estaba, no en el palacio de Táurida, sino en la fortaleza de Lenin, en la casa de la

Kchesinskaya, con su balcón clásico." El aplastamiento de la manifestación trajo fatalmente aparejado consigo el ocaso del cuartel general de los bolcheviques.

A las tres de la madrugada fueron enviados a la casa de la Kchesinskaya y a la fortaleza de Pedro y Pablo, separadas una de otra por una faja de agua, el batallón de reserva del regimiento de Petrogrado, una sección de ametralladoras, una compañía de Semenov, otra de Preobrajenski, un destacamento del regimiento de Volin, dos cañones y ocho automóviles blindados. A las siete de la mañana, el socialrevolucionario Kusmin, ayudante del comandante de la región, exigió que se desalojara el palacio. Los marinos de Cronstadt, de los cuales no quedaban en el palacio más que unos ciento veinte, que no deseaban entregar las armas, empezaron a pasar a la fortaleza de Pedro y Pablo. Cuando las tropas del gobierno ocuparon el palacio, en éste no había nadie, excepto algunos empleados...

Quedaba la cuestión de la fortaleza de Pedro y Pablo. Se recordará que grupos de jóvenes guardias rojos del barrio de Viborg se habían dirigido allí con el fin de ayudar a los marinos en caso de necesidad. "En los muros de la fortaleza -cuenta uno de los que participaron en los actos- se veían algunos cañones, apostados allí, por lo visto, por los marinos, por lo que pudiera suceder. Se respiraba la proximidad de acontecimientos sangrientos." Pero la cuestión se resolvió pacíficamente con ayuda de negociaciones diplomáticas. Por encargo del Comité central, Stalin propuso a los jefes conciliadores la adopción de medidas conjuntas para liquidar de un modo incruento la acción de los marinos de Cronstadt. El y el menchevique Bobdanov persuadieron sin gran trabajo a los marinos de que aceptaran el ultimátum formulado el día anterior por Líber. Cuando los automóviles blindados del gobierno se acercaron a la fortaleza, de las puertas de ésta salió una delegación que declaró que la guarnición se sometía al Comité ejecutivo. Las armas entregadas por los marinos y soldados fueron recogidas en camiones. Los marinos, desarmados, regresaron en barcazas a Cronstadt. La rendición de la fortaleza puede ser considerada como el episodio final del movimiento de julio. Los motociclistas llegados del frente ocuparon la casa de la Kchesinskaya, desalojada por los bolcheviques, y la fortaleza de Pedro y Pablo, para pasarse, a su vez, al lado de estos últimos en vísperas de la revolución de Octubre.

CAPITULO XXVI
¿PODÍAN LOS BOLCHEVIQUES TOMAR EL PODER EN JULIO?

La magnitud de la manifestación prohibida por el Comité ejecutivo era enorme; el segundo día participaron en la misma no menos de quinientas mil personas. Sujánov, que no encuentra bastantes palabras con que calificar las jornadas "sangrientas e ignominiosas" de julio, dice sin embargo: "Si se prescinde de los resultados políticos, hay que reconocer que era imposible contemplar sin embeleso aquel admirable movimiento de las masas populares. Era imposible, aun considerándolo ruinoso, dejar de entusiasmarse ante sus gigantescas proporciones." Según los cálculos de la Comisión investigadora hubo 29 muertos y 114 heridos, distribuidos aproximadamente por partes iguales entre los dos bandos.

En los primeros momentos, los conciliadores reconocían todavía que el movimiento había surgido desde abajo, sin intervención de los bolcheviques y hasta cierto punto contra su voluntad. Pero ya en la noche del 3 de julio, y sobre todo el día siguiente, la apreciación oficial se modifica. El movimiento es calificado de insurrección y se presenta a los bolcheviques como organizadores de ésta. "Bajo la divisa de "Todo el poder a los soviets" -decía posteriormente Stankievich, afín a Kerenski- se desarrolló una verdadera insurrección de los bolcheviques contra la mayoría de los soviets de aquel entonces, formada por los partidos adeptos de la defensa nacional." La acusación de insurrección no era sólo un procedimiento de lucha política: esa gente había podido persuadirse con creces en el mes de julio de la fuerza de la influencia de los bolcheviques entre las masas, y ahora no se resignaba sencillamente a creer que el movimiento de los obreros y soldados hubiera podido desbordar a los bolcheviques. En la reunión del Comité ejecutivo, Trotski intentó aclarar la situación: "Se nos acusa de haber creado el estado de espíritu de masas; no es cierto; lo único que nosotros hacemos es intentar formularlo." En los libros publicados por los adversarios después de la revolución de Octubre y, en particular, en el de Sujánov, se puede tropezar con la afirmación de que los bolcheviques sólo ocultaron los verdaderos fines que perseguían después de derrotada la insurrección de Julio, escudándose en el movimiento espontáneo de las masas. Pero ¿es que puede ocultarse, como si fuera un tesoro, un plan de levantamiento llamado a arrastrar en su torbellino a centenares de miles de hombres? ¿Acaso en vísperas de Octubre los bolcheviques no se vieron obligados a incitar abiertamente a la insurrección y prepararse para la misma a los ojos de todo el mundo? Si en julio nadie descubrió ese plan fue sencillamente porque no existía. La entrada

de los soldados de ametralladoras y de la gente de Cronstadt en la fortaleza de Pedro y Pablo, con el consentimiento de la guarnición permanente de la misma -los conciliadores insistían especialmente en este acto de "violencia"- no era, ni mucho menos, un acto de insurrección. El edificio situado en la isla y que tenía más de cárcel que de posición militar, podía acaso servir de refugio para los que se retiraran, pero no ofrecía ventaja alguna a los atacantes. Los manifestantes, que no perseguían otro fin que el de llegar al palacio de Táurida, pasaban indiferentes ante las instituciones gubernamentales más importante, para cuya ocupación hubiera bastado con un destacamento de la guardia roja de Putilov. La fortaleza de Pedro y Pablo la ocuparon como habían ocupado las calles y plazas. A ello coadyuvaba la proximidad del palacio de la Kchesinskaya, en cuyo auxilio se hubiera podido acudir desde la fortaleza en caso de peligro.

Los bolcheviques hicieron todo lo posible para reducir el movimiento de julio a una manifestación. Pero ¿no rebasó estos límites, a pesar de todo, por la lógica de las cosas? Es más difícil contestar a esta pregunta política que a la acusación criminal. Lenin, juzgando las jornadas de Julio inmediatamente después de ocurrir, decía: "Los acontecimientos podrían ser calificados formalmente de manifestación contra el gobierno. Pero, en realidad, no ha sido una manifestación ordinaria, sino algo mucho más importante que una manifestación y menos que una revolución." Las masas, cuando se asimila una idea cualquiera, quieren llevarla a la práctica. Los obreros, y aún más los soldados, si bien tenían confianza en los bolcheviques, no habían podido llegar todavía a formarse la convicción de que sólo respondiendo al llamamiento del partido, y bajo su dirección, debían lanzarse a la calle. Las enseñanzas que se desprendían de la experiencia de febrero y abril eran más bien otras. Cuando Lenin decía en mayo que los obreros y campesinos eran cien veces más revolucionarios que nuestro partido, sacaba indudablemente una conclusión general de la experiencia de febrero y abril. Pero las masas, que, a modo, sacaban asimismo una conclusión de esta experiencia, se decían: "Hasta los bolcheviques dan largas al asunto y nos contienen." En julio, los manifestantes estaban completamente resueltos -si preciso era- a barrer el poder oficial. En caso de resistencia por parte de la burguesía, estaban dispuestos a hacer uso de las armas. En este sentido, puede decirse que había un elemento de insurrección armada. Si ésta no llegó, no sólo hasta el fin, sino ni tan siquiera hasta la mitad, fue porque los conciliadores enredaron las cosas.

En el primer tomo de esta obra hemos caracterizado detalladamente la paradoja de la revolución de Febrero. Los demócratas pequeñoburgueses, los mencheviques y los socialrevolucionarios recibieron el poder de manos del pueblo revolucionario. Pero no

perseguían este fin; habían conquistado el poder, y si lo ocupaban era contra su voluntad y faltando a la de las masas se esforzaron en transmitirlo a la burguesía imperialista. El pueblo no tenía confianza en los liberales, pero sí en los conciliadores, los cuales, por su parte, no tenían confianza en sí mismos. Y, a su manera, tenían razón. Aun cediendo enteramente el poder a la burguesía, los demócratas se quedaban con algo. Si hubieran tomado el poder en sus manos, habrían quedado reducidos a la nada. De los demócratas, el poder se hubiera deslizado casi automáticamente a manos de los bolcheviques. Esto era inevitable, porque radicaba en la insignificancia orgánica de la democracia rusa.

Los manifestantes de julio querían entregar el poder a los soviets. Mas, para ello, era preciso que éstos accedieran a tomarlo. Ahora bien, aun en la capital, donde la mayoría de los obreros y los elementos activos de la guarnición estaban con los bolcheviques, la mayoría del Soviet, en virtud de la ley de la inercia propia de toda presentación, seguía perteneciendo a los partidos pequeñoburgueses, los cuales consideraban que todo atentado al poder de la burguesía era un ataque contra ellos. Los obreros y soldados tenían la sensación viva de la contradicción existente entre su estado de espíritu y la política de los soviets, esto es, entre el presente y el pasado. A levantarse en favor del poder a los soviets, no manifiestan, ni mucho menos, su confianza en la mayoría conciliadora. Pero no sabían cómo librarse de ella. Derribarla por la fuerza hubiera significado disolver los soviets en vez de entregarles el poder. Los obreros y, soldados, antes de encontrar el camino que había de conducir a la renovación de los soviets, intentaban someterlos a su voluntad mediante el método de la acción directa.

En la proclama lanzada por ambos Comités ejecutivos con ocasión de las jornadas de julio, los conciliadores apelaban, indignados, a los obreros y soldados contra los manifestantes que, "por la fuerza de las armas, intentan imponer su voluntad a los representantes elegidos por vosotros". ¡Como si manifestantes y electores no fueran la denominación de los mismos obreros y soldados! ¡Como si los electores no tuvieran el derecho de imponer su voluntad a los elegidos! ¡Y como si esta voluntad expresara otra cosa que la exigencia de que se cumpliera con el deber de adueñarse del poder en interés del pueblo! Las masas concentradas alrededor del palacio de Táurida gritaban en los oídos del Comité ejecutivo aquella misma frase que un obrero anónimo había lanzado al rostro de Chernov, enseñándole su puño calloso: "¡Toma el poder, puesto que te lo dan!" Como respuesta, los conciliadores llamaron a los cosacos. Los señores demócratas preferían la guerra civil con el pueblo a hacerse cargo incruentamente del poder. Los primeros que

dispararon fueron los guardias blancos; pero la atmósfera política de la guerra civil la crearon los mencheviques y los socialrevolucionarios.

Los obreros y soldados, al tropezar con la resistencia armada precisamente del órgano al cual querían dar el poder, quedaron desorientados con respecto al fin que perseguían. El potente movimiento de las masas se vio privado de su eje político. El ataque de julio quedó reducido a una manifestación realizada, en parte, con los recursos propios del levantamiento armado. Con el mismo derecho se puede decir que fue una semiinsurrección por un fin que no permitía otros métodos que la manifestación.

Los conciliadores, al mismo tiempo que renunciaban al poder, no lo cedían enteramente a los liberales, y un ministerio puramente kadete hubiera sido derribado inmediatamente por las masas, porque aquellos les temían -el pequeño burgués teme al gran burgués- y porque temían por ellos. Es más: como dice acertadamente Miliukov: "En la lucha contra las acciones armadas, el Comité ejecutivo del Soviet se reserva el derecho, proclamado durante los días agitados del 20 y del 21 de abril, de disponer, según su criterio, de las fuerzas armadas de la guarnición de Petrogrado." Los conciliadores siguen robándose el poder de debajo la almohada. Para resistir con las armas contra los que inscriban en sus cartelones la divisa "Todo el poder a los soviets", el soviet se ve obligado a concentrar de hecho el poder en sus manos.

El Comité ejecutivo va aún más allá; en esos días proclama formalmente su soberanía. "Si la democracia revolucionaria considerase necesario que todo el poder pasara a manos de los soviets -decía la resolución del 4 de julio-, sólo a la reunión plenaria de los Comités ejecutivos correspondía resolver esta cuestión." El Comité ejecutivo, al mismo tiempo que calificaba de levantamiento contrarrevolucionario la manifestación, se constituía en poder supremo y decidía la suerte del gobierno.

Cuando en la madrugada del 5 de julio las tropas "leales" entraron en el palacio de Táurida, el jefe que las mandaba declaró que sus fuerzas se ponían enteramente a las órdenes del Comité ejecutivo. ¡Ni una palabra sobre el gobierno! Pero el caso es que los rebeldes accedían asimismo a someterse al Comité ejecutivo en calidad de poder. Al rendirse la fortaleza de Pedro y Pablo, bastó con que la guarnición de la misma se declarara dispuesta a someterse al Comité ejecutivo. Nadie exigió la sumisión al poder oficial. Las propias tropas llamadas del frente se pusieron asimismo enteramente a disposición del Comité ejecutivo. ¿Por qué, entonces, se vertió la sangre?

Si la lucha hubiera tenido lugar en las postrimerías de la Edad Media, ambos bandos, al matarse mutuamente, habrían citado los mismos versículos de la Biblia. Los historiadores

formalistas habrían llegado más tarde a la conclusión de que la lucha se desarrollaba alrededor de la interpretación de los textos: como es sabido, los artesanos y los campesinos analfabetos de la Edad Media tenían una afición especial a dejarse matar por ciertas sutilezas filológicas de las revelaciones de San Juan, de la misma manera que los *raskolniki* rusos se dejaban exterminar por la cuestión de saber si había que persignarse con dos dedos o con tres. En realidad, en la Edad Media no menos que ahora, bajo las fórmulas simbólicas se ocultaba la lucha de unos intereses vitales que hay que saber descubrir. El mismo versículo evangélico significaba para unos la servidumbre y para otros la libertad.

Pero hay analogías mucho más recientes y próximas. Durante las jornadas de junio de 1848, en Francia, en ambos lados de la barricada resonaba un mismo grito: "¡Viva la República!" A los idealistas pequeñoburgueses, los combates de junio les parecían, por este motivo, un equívoco provocado por la negligencia de unos y el acaloramiento de otros. En realidad, los burgueses querían la República para sí, los obreros querían la República para todos. A menudo, las consignas políticas sirven más bien para disimular intereses que para designarlos por su nombre.

A pesar de todo, lo que tenía de paradójico el régimen de Febrero, cubierto, por añadidura, con jeroglíficos marxistas y populistas por los conciliadores, la correlación real de las clases era harto diáfana. Lo único que no hay que perder de vista es la doble naturaleza de los partidos conciliadores. Los pequeños burgueses ilustrados se apoyaban en los obreros y campesinos, pero fraternizaban con los terratenientes y azucareros de alcurnia. El Comité ejecutivo, que formaba parte del sistema soviético, a través del cual las exigencias de abajo llegaban hasta el Estado oficial, servía, al mismo tiempo, de mampara política para la burguesía. Las clases poseedoras se "sometían" al Comité ejecutivo en la medida en que éste ponía el poder de su parte. Las masas se sometían al Comité ejecutivo en la medida en que confiaban que éste se convertiría en el órgano de dominación de los obreros y campesinos. En el palacio de Táurida se entrecruzaban las tendencias antagónicas de clase, con la particularidad de que la una y la otra se cubrían con el nombre del Comité ejecutivo: la una, por inconsciencia y credulidad, la otra, por cálculo frío. La lucha se desarrollaba nada menos que en torno a la cuestión de quién había de dirigir el país: la burguesía o el proletariado.

Pero si los conciliadores no querían adueñarse del poder y la burguesía no tenía fuerza suficiente para ello, ¿es que acaso en julio los bolcheviques hubieran podido coger el timón? Durante dos días críticos, en Petrogrado el poder se les iba completamente de las manos a las instituciones gubernamentales. El Comité ejecutivo tuvo por primera vez la

sensación de su completa impotencia. En estas ocasiones, no les hubiera costado ningún trabajo a los bolcheviques tomar el poder. Era asimismo posible adueñarse del mismo en algunos puntos de provincias. ¿Tenía razón, en este caso, el partido bolchevique al renunciar a la insurrección? ¿No podía, haciéndose fuerte en la capital y en algunas regiones industriales, extender luego su dominio a todo el país? Es ésta una cuestión importante. Nada contribuyó tanto en las postrimerías de la guerra, al triunfo del imperialismo y de la reacción en Europa, como aquellos pocos meses de régimen de Kerenski, que dejaron exhausta a la Rusia revolucionaria y ocasionaron un prejuicio incalculable a su prestigio moral a los ojos de los ejércitos beligerantes y de las masas trabajadoras europeas, que esperaban confiadas una nueva palabra de la revolución. Al reducir en cuatro meses -¡un plazo enorme!- los dolores del parto de la revolución proletaria, los bolcheviques se hubieran encontrado con un país menos exhausto y con el prestigio de la revolución en Europa menos quebrantado. Esto no sólo habría dado a los soviets enormes ventajas en las negociaciones de paz con Alemania, sino que hubiera ejercido una influencia inmensa sobre el curso de la guerra y de la paz en Europa. La perspectiva era demasiado seductora. Y, sin embargo, la dirección del partido tenía completa razón al no adoptar el camino de la insurrección. No basta con tomar el poder. Hay que sostenerlo. Cuando en Octubre los bolcheviques juzgaron que había llegado su hora, los peores tiempos para ellos empezaron después de la toma del poder. Fue necesario someter las fuerzas de la clase obrera a la máxima tensión para soportar los innumerables ataques de los enemigos. En julio, ni siquiera los obreros de Petrogrado estaban dispuestos a sostener esa lucha abnegada. Tenían la posibilidad de tomar el poder y, sin embargo, lo ofrecieron al Comité ejecutivo. El proletariado de la capital, cuya aplastante mayoría se inclinaba ya del lado de los bolcheviques, no había roto todavía el cordón umbilical de Febrero, que le unía con los conciliadores. Existían todavía no pocas ilusiones en el sentido de que con la palabra y la manifestación se podía obtener todo; de que, intimidando un poco a los mencheviques y a los socialrevolucionarios, se les podía incitar a una política común con los bolcheviques. Incluso la parte avanzada de la clase no tenía una idea clara de cómo se podía llegar al poder. Lenin decía poco después de aquellos días: "El verdadero error de nuestro partido en los días 3 y 4 de julio, puesto ahora de manifiesto por los acontecimientos, consistió en que... consideraba aún posibles las transformaciones políticas por la vía pacífica, mediante la modificación de los soviets, cuando, en realidad, los mencheviques y los socialrevolucionarios, gracias a su espíritu de conciliación, se hallaban ya tan atados con la

burguesía y ésta se había convertido, hasta tal punto, en contrarrevolucionaria, que no se podía ni siquiera pensar en una solución pacífica.

Si el proletariado era políticamente heterogéneo y poco decidido, el ejército campesino lo era aún más. Con su conducta en los días 3 y 4 de julio, la guarnición daba a los bolcheviques la posibilidad completa de tomar el poder. Sin embargo, en la guarnición había también unidades neutrales, las cuales ya al atardecer del 4 de julio se inclinaban decididamente hacia los partidos patrióticos. El 5 de julio, los regimientos neutrales se colocaron al lado del Comité ejecutivo, y los que se inclinaban hacia los bolcheviques tendieron a tomar un barniz de neutralidad. Esto dejó las manos del poder mucho más libres que la llegada, con retraso, de las tropas del frente. Si los bolcheviques se hubieran decidido a tomar el poder el 4 de julio, la guarnición de Petrogrado, no sólo no lo hubiera sostenido, sino que habría impedido que los obreros lo defendieran al ser atacado inevitablemente desde el exterior.

Menos favorable se presentaba aún la situación en el ejército de operaciones. La lucha por la paz y la tierra, sobre todo después de la ofensiva de junio, hacía que dicho ejército estuviera muy preparado para asimilarse las consignas de los bolcheviques. Pero, en general, el llamado bolchevismo "espontáneo" no se identificaba en su conciencia con ni partido determinado, con su Comité central y sus jefes. Las cartas de soldados de esa época expresan, con mucho relieve, este estado de espíritu del ejército. "Acordaos, señores ministros y todos los dirigentes principales -escribe desde el frente la mano torpe de un soldado-, de que no entendemos gran cosa de partidos, pero no está lejos el futuro y el pasado: el zar os desterraba a Siberia y os metía en la cárcel, nosotros os ensartaremos en las bayonetas." La exasperación extrema contra los dirigentes se combina en estas líneas con la confesión de la propia impotencia: "No entendemos gran cosa de partidos." El ejército se rebelaba constantemente contra la guerra y la oficialidad utilizando, para ello, consignas del vocabulario bolchevista. Pero no estaba preparado, ni mucho menos, para sublevarse con el fin de entregar el poder al partido bolchevique. Las fuerzas de confianza para sofocar el movimiento de Petrogrado, el gobierno las sacó de las tropas más próximas a la capital, sin que los otros regimientos ofrecieran resistencia, y las transportó a la capital sin que se opusieran a ello los ferroviarios. El ejército, descontento, revoltoso, fácilmente inflamable, seguirá siendo políticamente indefinido; los núcleos bolcheviques compactos, capaces de dar una dirección homogénea a los pensamientos y a las acciones de aquella masa inconsistente de soldados, eran excesivamente escasos.

Por otra parte, los conciliadores, para oponer el frente a Petrogrado y a los campesinos del interior, utilizaban, no sin éxito, un arma envenenada, que la reacción había intentado inútilmente emplear en marzo contra los soviets. Los socialrevolucionarios y los mencheviques decían a los soldados en el frente: "La guarnición de Petrogrado, bajo la influencia de los bolcheviques, no quiere relevaros; los obreros se niegan a trabajar para satisfacer las necesidades del frente; si los campesinos escuchan a los bolcheviques y se apoderan ahora de la tierra, no quedará nada para los que están en el frente. Los soldados tenían todavía necesidad de una experiencia complementaria para comprender a quién reservaba la tierra el gobierno: si a los combatientes del frente o a los grandes propietarios.

Entre Petrogrado y el ejército de operaciones había la provincia. La repercusión que tuvieron en ella los acontecimientos de julio puede servir *a posteriori* de criterio muy importante para resolver la cuestión de saber si los bolcheviques obraron o no bien en julio al eludir la lucha inmediata por el poder.

En Moscú, el pulso de la revolución era ya incomparablemente más débil que en Petrogrado. En las reuniones del Comité local de los bolcheviques se desarrollaron discusiones vivísimas. Algunos militantes pertenecientes a la extrema izquierda, tales, por ejemplo, como Bubnov, proponían ocupar los edificios de Correos, Telégrafos, Teléfonos, la redacción de la *Ruskoye-Slovo,* esto es, lanzarse a la insurrección. El Comité, que, por su espíritu general, era muy moderado, rechazaba decididamente estas proposiciones, por considerar que las masas de Moscú se hallaban lejos de estar preparadas para semejantes acciones. Sin embargo, a pesar de la prohibición del Soviet, decidióse organizar una manifestación. Masas considerables de obreros afluyeron a la plaza de Skobelev con las mismas consignas que en Petrogrado, pero no con el mismo entusiasmo, ni mucho menos. La guarnición distó mucho de responder de un modo unánime, adhiriéndose a la manifestación unidades aisladas, y sólo una de ellas completamente armada y equipada. El soldado de artillería Davidovski, llamado a tener una participación importante en los combates de Octubre, atestigua en sus Memorias que en las jornadas de julio Moscú no estaba preparado y que el fracaso de la manifestación dejó "una mala impresión en sus organizadores".

En Ivanovo-Vosnesensk, la capital textil, donde el Soviet se hallaba ya bajo la dirección de los bolcheviques, la noticia de los acontecimientos de Petrogrado llegó a la vez que el rumor de que el gobierno provisional había caído. En la sesión nocturna del Comité ejecutivo se acordó, como medida preparatoria, instaurar el control sobre el telégrafo y el teléfono. El 6 de julio se paralizó el trabajo en las fábricas; en las manifestaciones tomaron

parte hasta 40.000 obreros y obreras, muchos de ellos armados. Cuando se supo que la manifestación de Petrogrado no había conducido a la victoria, el Soviet de Ivanovo-Vosnesensk ordenó apresuradamente la retirada.

En Riga, bajo la influencia de las noticias relativas a los acontecimientos de Petrogrado, en la noche del 6 de julio se produjo una colisión entre la infantería letona, cuyo estado de espíritu era bolchevista, y el "batallón de la muerte", con la particularidad de que el batallón patriótico se vio obligado a batirse en retirada. Aquella misma noche el Soviet adoptó una resolución en favor del poder a los soviets.

Dos días después fue adoptada una resolución idéntica en la capital de los Urales, Yekaterinburg. El hecho de que la consigna del Poder soviético, que en los primeros meses se propugnaba sólo en nombre del partido, se convertiera ahora en el programa de distintos soviets locales, significaba, incontestablemente, un gran paso hacia adelante. Pero entre las resoluciones en favor del poder a los soviets y la insurrección bajo la bandera de los bolcheviques quedaba todavía un camino considerable por recorrer.

En algunos puntos del país los acontecimientos de Petrogrado dieron impulso a agudos conflictos de carácter parcial. En Nijni-Novgorod, donde los soldados evacuados se habían resistido tenazmente a ir al frente, los "junkers" enviados de Petrogrado provocaron, con sus violencias, la indignación de dos regimientos locales. Después de un tiroteo, durante el cual hubo muertos y heridos, los "junkers" se rindieron y fueron desarmados. Las autoridades desaparecieron. De Moscú fue enviada una expedición punitiva, formada por tropas de todas las armas. Iban al frente de la misma el impulsivo coronel Verjovski, jefe de las fuerzas militares de la región de Moscú y futuro ministro de la Guerra de Kerenski, y el presidente del Soviet de Moscú, el viejo menchevique Jinchuk, hombre de espíritu poco bélico, futuro dirigente de la cooperación y después embajador soviético en Berlín. Sin embargo, su acción represiva no tuvo objeto, pues el Comité elegido por los soldados sublevados había ya restablecido completamente el orden.

A la misma hora aproximadamente, e impulsados asimismo por la negativa a ir al frente, se sublevaban en Kiev, en número de 5.000, los soldados del regimiento que llevaba el nombre del atamán Polubotko, se apoderaban de los depósitos de armas, ocupaban el fuerte, adueñábanse del mando militar de la región, detenían al comandante y al jefe de la milicia. El pánico en la ciudad duró algunas horas, hasta que, gracias a los esfuerzos mancomunados de las autoridades militares, del Comité de las distintas asociaciones y de los órganos de la Rada central ucraniana, se puso en libertad a los detenidos y una buena parte de los sublevados fue desarmada.

En el lejano Krasnoyarsk, los bolcheviques se sentían tan firmes, gracias al estado de espíritu de la guarnición, que, a pesar de la ola de reacción que se habla iniciado ya en el país, el 9 de julio organizaron una manifestación en la cual participaron de ocho a diez mil personas, en su mayoría soldados. Desde Irkutsk fue mandado contra Krasnoyarsk un destacamento de 400 hombres con artillería, bajo la dirección del socialrevolucionario Kraskovetski, comisario militar de la región. En el transcurso de dos días de conferencias y negociaciones, trámites indispensables en el régimen de poder dual, el destacamento punitivo quedó tan desmoralizado a consecuencia de la agitación realizada por los soldados, que el comisario se apresuró a hacerle volver a Irkutsk. Pero Krasnoyarsk constituía más bien una excepción.

En la mayoría de las poblaciones provinciales la situación era incomparablemente menos favorable. En Samara, por ejemplo, la organización bolchevista de la localidad, al recibir la noticia de los combates de la capital, decidió "esperar la señal, aunque no se podía contar casi con nadie". Uno de los miembros del partido cuenta: "Los obreros empezaban a simpatizar con los bolcheviques, pero no se podía confiar en que se lanzaran al combate; todavía se podía contar menos con los soldados; por lo que a la organización de los bolcheviques se refiere, las fuerzas eran completamente débiles, no éramos más que un puñado; en el Soviet de diputados obreros no había más que unos pocos bolcheviques, y en el de soldados, si no ando equivocado, no había ninguno, lo que, por otra parte, no tiene nada de sorprendente si se considera que estaba compuesto casi exclusivamente de oficiales."

La causa principal de la débil repercusión que los acontecimientos de Petrogrado tuvieron en el país consistía en que la provincia, que había recibido sin combate la revolución de Febrero de las manos de la capital, se asimilaba mucho más lentamente que ésta los nuevos hechos e ideas. Era preciso un plazo suplementario para que la vanguardia pudiera arrastrar tras de sí a las reservas pesadas.

Por tanto, el estado de la conciencia de las masas populares, que eran la instancia inapelable de la política revolucionaria, excluía la posibilidad de la toma del poder por los bolcheviques en julio. Al mismo tiempo, la ofensiva en el frente incitaba al partido a oponerse a las manifestaciones. El fracaso de la ofensiva era completamente inevitable. De hecho, se había iniciado ya. Pero el país lo ignoraba. El peligro consistía en que si el partido no obraba prudentemente, el gobierno hiciera recaer sobre los bolcheviques la responsabilidad por las consecuencias de la propia insensatez. Había que dar a la ofensiva el tiempo necesario para que sus resultados aparecieran claros. Los bolcheviques no dudaban

que el cambio que se operaría en el estado de espíritu de las masas sería muy radical. Entonces, se vería lo que era preciso hacer. El cálculo era completamente acertado. Sin embargo, los acontecimientos tienen su lógica, que no toma en cuenta los cálculos políticos, y. en esta ocasión, la lógica de los acontecimientos cayó duramente sobre la cabeza de los bolcheviques.

El fracaso de la ofensiva en el frente tomó un carácter catastrófico el 6 de julio, día en que las tropas alemanas rompieron el frente ruso en una extensión de 12 *verstas* de ancho y 10 de profundidad. La noticia llegó a la capital el 7, cuando las acciones represivas se hallaban en su apogeo.

Muchos meses después, cuando las pasiones debían ya de haberse apaciguado o, por lo menos, tomado un carácter más razonado, Stankievich, que no era de los adversarios más rencorosos del bolchevismo, hablaba aún de la "enigmática sucesión lógica de los acontecimientos", bajo la forma de derrota militar en Tarnopol, después de las jornadas de julio en Petrogrado. Esa gente no veía, o no quería ver, la sucesión lógica real de los acontecimientos, que consistía en que la ofensiva iniciada por imposición de la Entente y condenada de antemano al fracaso no podía dejar de conducir a una catástrofe ni de provocar al mismo tiempo una explosión de cólera de las masas engañadas por la revolución. Pero ¿qué importaba la realidad de los hechos? El establecer una conexión entre los acontecimientos de Petrogrado y el fracaso en el frente, era demasiado seductor. La prensa patriótica no sólo no ocultó la derrota, sino que, al contrario, la exageró con todas sus fuerzas. Sin detenerse ante la revelación de los secretos militares, se nombraban las divisiones y los regimientos y se indicaba la disposición de los mismos. "A partir del 8 de julio -confiesa Miliukov-, los periódicos empezaron a publicar telegramas del frente en los cuales no se ocultaba la verdad, y estos telegramas cayeron como una bomba sobre la opinión pública rusa." Este era precisamente el fin que se perseguía: conmover, asustar, aturdir, para que fuera más fácil acusar a los bolcheviques de estar en relación con los alemanes.

Es indudable que, tanto en los acontecimientos del frente como en los de las calles de Petrogrado, la provocación desempeñó su papel. Después de la revolución de Febrero, el gobierno había mandado al Ejército de operaciones a un gran número de ex gendarmes y policías. Ninguno de ellos, naturalmente, quería combatir. Temían más a los soldados rusos que a los alemanes. Para hacer olvidar su pasado, se presentaban como los elementos más extremos del ejército, azuzaban a los soldados contra los oficiales, gritaban más que nadie contra la disciplina y la ofensiva y, con frecuencia, se proclamaban incluso bolcheviques.

Apoyándose recíprocamente por el lazo natural de la complicidad, crearon una especie de orden, muy original, de la cobardía y de la abyección. Por su mediación, penetraban entre las tropas y se difundían rápidamente los rumores más fantásticos, en los cuales el ultrarrevolucionarismo se daba la mano con el reaccionarismo más oscurantista. En los momentos críticos, estos sujetos eran los primeros que daban la señal de pánico. La prensa había hablado repetidas veces de la labor desmoralizadora de policías y gendarmes. En los documentos secretos del propio ejército se alude a ello con no menos frecuencia. Pero el mando superior se hacía el sordo, y prefería identificar a los provocadores reaccionarios con los bolcheviques. Después del fracaso de la ofensiva, se legalizaba este procedimiento, y el periódico de los mencheviques hacía lo imposible por no quedarse atrás con respecto a las hojas chauvinistas más indecentes. Con sus vociferaciones sobre los "anarcobolcheviques", los agentes alemanes y los ex gendarmes, los patriotas ahogaron por algún tiempo la cuestión detestado general del Ejército y de la política de paz. "El profundo descalabro que hemos infligido al frente de Lenin -se jactaba abiertamente el príncipe Lvov- tiene, estoy firmemente convencido de ello, una importancia incomparablemente mayor para Rusia que un descalabro de los alemanes en el frente sudoccidental..." El honorable jefe del gobierno se parecía al chambelán Rodzianko en el sentido de que no sabía distinguir el momento en que era preciso callar.

Si el 3 y el 4 de julio se hubiera conseguido evitar la manifestación, la acción habríase inevitablemente desarrollado como consecuencia del descalabro de Tarnopol. Sin embargo, este aplazamiento de algunos días habría determinado modificaciones importantes en la situación política. El movimiento hubiera tomado inmediatamente proporciones más vastas, extendiéndose no sólo a las provincias, sino también, en gran parte, al frente. El gobierno hubiera quedado al desnudo políticamente, y le habría sido infinitamente más difícil hacer recaer la culpa sobre los "traidores" del interior. La situación del partido bolchevique hubiera sido más ventajosa desde todos los puntos de vista. Sin embargo, aun en este caso, no se hubiera podido ir a la conquista inmediata del poder. Lo único que se puede afirmar sin vacilación es que si el movimiento se hubiera desencadenado una semana más tarde, la reacción no habría podido desenvolverse en julio de un modo tan victorioso. Era precisamente la "enigmática sucesión lógica" de las fechas de la manifestación y del descalabro en el frente lo que se volvía por completo contra los bolcheviques. La ola de indignación y de desesperación que llegaba del frente, choca con la ola de esperanzas frustradas que partía de Petrogrado. La lección recibida por las masas en la capital había sido demasiado dura para que se pudiera pensar en la reanudación inmediata de la lucha.

Con todo ello, el sentimiento agudo provocado por la absurda derrota reclamaba una salida. Y los patriotas consiguieron hasta cierto punto dirigirlo contra los bolcheviques.

En abril, en junio y en julio, los actores fundamentales del drama eran los mismos: los liberales, los conciliadores, los bolcheviques... En todas estas etapas, las masas tendían a arrojar a la burguesía del poder. Pero la diferencia en las consecuencias políticas de la intervención de las masas en los acontecimientos era inmensa. El resultado de las "jornadas de Abril" fue malo para la burguesía: la política anexionista fue condenada, al menos, verbalmente; el partido kadete fue humillado, se le quitó la cartera de Estado. En junio, el movimiento no condujo a nada: se amenazó a los bolcheviques, pero no se asestó el golpe decidido. En julio, el partido de los bolcheviques fue acusado de traición, destruido, privado del agua y el fuego. Si en abril, Miliukov tuvo que salir del gobierno, en julio, Lenin hubo de pasar a la clandestinidad.

¿Qué fue lo que determinó un cambio tan brusco en el transcurso de diez semanas? Es de una evidencia absoluta que en los círculos dirigentes se produjo un cambio serio en el sentido de la orientación hacia la burguesía liberal. Ahora bien, fue precisamente en este período de abril a julio cuando el estado de espíritu de las masas se modificó reciamente en favor de los bolcheviques. Estos dos procesos antagónicos se desarrollaron en una estrecha dependencia mutua. Cuando más íntimamente se unían los obreros y soldados alrededor de los bolcheviques, más decididamente tenían los conciliadores que apoyar a la burguesía. En abril, los jefes del Comité ejecutivo, preocupados de conservar su influencia, podían aún dar un paso para ir al encuentro de las masas y arrojar por la borda a Miliukov, es verdad, provisto de un salvavidas sólido. En julio, los conciliadores, unidos a la burguesía y a la oficialidad, se dedicaron a atacar a los bolcheviques. Por consiguiente, en esa ocasión la modificación de la correlación de fuerzas fue determinada por el cambio de frente efectuado por la fuerza política menos consistente, la democracia pequeñoburguesa, gracias a su brusco viraje hacia la contrarrevolución burguesa.

Pero si es así, ¿obraron acertadamente los bolcheviques al adherirse a la manifestación y tomar sobre sí la responsabilidad de la misma? El 3 de julio, Tomski comentaba del siguiente modo el pensamiento de Lenin: "En el momento actual, no se puede hablar de acción si no se desea una nueva revolución." ¿Cómo se explica, en este caso, que el partido, ya unas horas después, se pusiera al frente de la manifestación armada sin incitar por ello a una nueva revolución? El doctrinario verá en esto una inconsecuencia o algo peor aún: una prueba de ligereza política. Así enfoca la cosa, por ejemplo, Sujánov en sus *Memorias,* en las cuales dedica no pocas líneas irónicas a las vacilaciones de la

dirección bolchevista. Pero las masas no intervienen en los acontecimientos por las órdenes doctrinarias que se les den desde arriba, sino cuando estas órdenes encajan en su propio desarrollo político. La dirección bolchevique comprendía que sólo una nueva revolución podía modificar la situación todavía. La dirección bolchevista veía claramente que era preciso dar a las reservas pesadas el tiempo necesario para sacar conclusiones de su acción aventurada. Pero los sectores avanzados sentían el impulso de lanzarse a la calle precisamente bajo la acción de dicha aventura. Al mismo tiempo, el profundo radicalismo de sus fines se combinaba en ellos con ilusiones respecto a los métodos. Las advertencias de los bolcheviques no surtían efecto alguno. Los obreros y soldados de Petrogrado podían sólo contrastar la situación con ayuda de la, propia experiencia. La manifestación armada sirvió de prueba. Pero ésta, contra la voluntad de las masas, podía convertirse en combate general, y por ello mismo, en combate decisivo. En esas circunstancias, el partido no se atrevió a quedarse al margen. Lavarse las manos en el agua de las reflexiones estratégicas hubiera equivalido a entregar a los obreros y soldados a merced de sus enemigos. El partido de las masas debía colocarse en el mismo terreno en que se colocaban las masas, para, sin compartir en lo más mínimo sus ilusiones, ayudarlas con el mínimo de pérdidas a asimilarse las conclusiones necesarias. Trotski contestaba en la prensa a las críticas innumerables de aquellos días: "No juzgamos necesario justificarnos ante nadie de no haber permanecido al margen en actitud expectante, cediendo al general Polovsiev la misión de "hablar" con los manifestantes; en todo caso, nuestra intervención no podía, en ningún modo, aumentar el número de víctimas ni convertir la manifestación armada caótica en insurrección política."

En todas las antiguas revoluciones se halla el prototipo de las "jornadas de julio", por regla general, con un resultado distinto, desfavorable, muchas veces catastrófico. Esta etapa reside en la mecánica inferior de la revolución burguesa, por cuanto la clase que más se sacrifica por el éxito en esa última y más esperanzas cifra en ella, es la que menos obtiene de la misma. La regularidad del proceso es completamente clara. La clase poseedora que ha llegado al poder mediante una revolución se inclina a considerar que con ello la revolución ha cumplido ya su misión, y de lo que más se preocupa es de demostrar su buena fe a las fuerzas de la reacción. La burguesía "revolucionaria" provoca la indignación de las masas populares con las mismas medidas con cuya ayuda aspira a granjearse la buena disposición de las clases destronadas. El desengaño de las masas se produce muy pronto, antes aun de que la vanguardia de las mismas haya tenido tiempo de enfriarse de los combates revolucionarios. El pueblo cree que con un nuevo golpe puede completar o corregir los que ha hecho antes con insuficiente decisión. De aquí el impulso hacia una nueva revolución,

sin preparación, sin programa, sin tener en cuenta las reservas, sin pensar en las consecuencias. De otra parte, el sector de la burguesía que ha llegado al poder, parece no esperar más que el impetuoso impulso de abajo para intentar acabar con el pueblo. Tal es la base social y psicológica de esa semirrevolución complementaria, que más de una vez en la historia se ha convertido en el punto de partida de la contrarrevolución triunfante.

El 17 de julio de 1791 Lafayette ametralló en el campo de Marte a una manifestación pacífica de republicanos que intentaba dirigirse con una petición a la Asamblea nacional que amparaba la perfidia del poder real, del mismo modo que, ciento veintiséis años después, los conciliadores rusos amparaban la perfidia de los liberales. La burguesía realista confiaba liquidar, mediante una oportuna represión sangrienta, al partido de la revolución para siempre. Los republicanos, que no se sentían aún suficientemente fuertes para la victoria, eludieron la lucha, lo cual era muy razonable, y se apresuraron incluso a afirmar que nada tenían que ver con los que habían participado en la petición, lo cual era, desde luego, indigno y equivocado. El régimen de terrorismo burgués obligó a los jacobinos a mantenerse quietos durante algunos meses. Robespierre buscó refugio en casa del carpintero Duplay, Desmoulins se ocultó, Dantón pasó algunas semanas en Inglaterra. Pero, a pesar de todo, la provocación realista fracasó: las matanzas del campo de Marte no impidieron al movimiento republicano llegar al poder. Así, pues, la Revolución francesa tuvo sus "jornadas de julio" tanto en el sentido político de la palabra como desde el punto de vista del calendario.

Cincuenta y siete años después, las "jornadas de julio" tuvieron lugar en Francia en junio y tuvieron un carácter incomparablemente más grandioso y trágico. Las llamadas "jornadas de junio" de 1848 surgieron de la revolución de Febrero con una fuerza irresistible. La burguesía francesa proclamó en las horas de su victoria el "derecho al trabajo", de la misma manera que a partir de 1789 proclamara muchas cosas excelentes y que en 1914 juró que la guerra desencadenada aquel año era su última guerra. Del rimbombante "derecho al trabajo" surgieron los míseros talleres nacionales, donde 100.000 obreros, que habían conquistado el poder para sus patronos, percibían 23 sueldos diarios. Pocas semanas después, la burguesía republicana, generosa en frases pero avara en dinero, no encontraba ya palabras suficientemente ofensivas para los "holgazanes" que vivían de la ración de hambre que les suministraba la nación. En la abundancia de las promesas de febrero y en el carácter consciente de las provocaciones que precedieron a las jornadas de julio, aparecen los rasgos nacionales característicos de la burguesía francesa. Pero aun sin esto, los obreros de París, que se hallaban con el fusil al brazo desde febrero, no podían

dejar de reaccionar ante las contradicciones existentes entre el programa pomposo y la mísera realidad, ante aquel contraste insoportable que repercutía diariamente en su ago y en su conciencia. Con frío cálculo, que casi no se preocupaba de disimular, Cavaignac dejaba que la insurrección creciera a los ojos de los dirigentes, a fin de poderla ahogar en sangre de un modo más decidido. La burguesía republicana mató a más de doce mil obreros y metió en la cárcel a no menos de veinte mil, para que los demás perdieran la fe en el "derecho al trabajo" que se les había prometido. Sin plan, sin programa, sin dirección, las jornadas de junio de 1848 se parecen a una poderosa e inevitable acción refleja del proletariado, cohibido en sus necesidades más elementales y ofendido en sus elevadas esperanzas. Los obreros insurreccionados no sólo fueron aplastados, sino calumniados. El demócrata de izquierda Flocon, correligionario de Ledru-Rollin, predecesores ambos de Tsereteli, aseguraba a la Asamblea nacional que los sublevados habían sido comprados por los monárquicos y los gobiernos extranjeros. Los conciliadores de 1848 no tenían ni tan siquiera necesidad de la atmósfera de la guerra para descubrir el oro inglés y ruso en los bolsillos de los revolucionarios. Era así como los demócratas preparaban el camino al bonapartismo.

La gigantesca explosión de la Comuna era al golpe de Estado de septiembre de 1870 lo que las jornadas de junio a la revolución de febrero de 1848. La insurrección del proletariado de París en marzo no obedeció, ni mucho menos, a un cálculo estratégico. Dicha insurrección fue el resultado de una trágica combinación de circunstancias, completada por una de esas provocaciones en las cuales es maestra la burguesía francesa cuando el miedo estimula su malignidad. Contra los planes de la camarilla dirigente, que aspiraba ante todo a desarmar al pueblo, los obreros querían defender París, intentando convertirlo por primera vez en "su" París. La Guardia Nacional les daba una organización armada, muy afín al tipo soviético, y una dirección política, personificada en su Comité central. Como consecuencia de condiciones objetivas desfavorables y de errores políticos, París se vio divorciado de Francia, incomprendido, no apoyado, en parte directamente traicionado por las provincias, y cayó en manos de los versalleses desmandados que tenían tras de sus espaldas a Bismarck y Moltke. Los oficiales depravados y derrotados de Napoleón III resultaron unos verdugos insustituibles al servicio de la tierna Mariana, a quien la bota de los prusianos acababa de librar de las caricias del falso Bonaparte. En la Comuna de París, la protesta refleja del proletariado contra el engaño de la revolución burguesa elevóse por primera vez hasta el nivel de la revolución proletaria, pero para caer en seguida.

En el momento en que se escriben estas líneas -principios de mayo de 1931-, la revolución "incruenta, pacífica, gloriosa" (la lista de estos adjetivos es siempre la misma) de España prepara ante nuestros ojos sus "jornadas de junio", si contamos por el calendario revolucionario de Francia, o las de "julio", si nos fijamos en el de Rusia. El gobierno provisional de Madrid, bañándose en frases que muy a menudo parecen una traducción del ruso, promete amplias medidas contra el paso forzoso y la carencia de tierras, pero no se atreve a tocar ni una sola de las viejas llagas sociales. Los socialistas del bloque gubernamental ayudan a los republicanos a sabotear los objetivos de la revolución. El jefe del gobierno de Cataluña, la parte más industrial y revolucionaria de España, predica un reino milenario sin naciones ni clases oprimidas, pero sin decidirse a mover ni un dedo para ayudar al pueblo a librarse, aunque no sea más que de una parte de sus odiadas cadenas. Maciá se esconde detrás del gobierno de Madrid, el cual, a su vez, se esconde detrás de las Cortes constituyentes. ¡Como si la vida se hubiera detenido para esperarlos! ¡Y como si no fuera claro ya de antemano que las próximas Cortes no serán más que una reproducción ampliada del bloque republicanosocialista, preocupado principalmente de que todo quede como antes! ¿Es difícil prever un incremento febril de la indignación de los obreros y campesinos? La desproporción entre la marcha de la revolución de las masas y la política de las nuevas clases dirigentes es la fuente del conflicto irreconciliable que, en su desarrollo, o enterrará la primera revolución, la de abril, o conducirá a la segunda.

Si bien la masa fundamental de los bolcheviques rusos comprendía, en julio de 1917, que no se podía ir más allá de un determinado límite, el estado de espíritu no era homogéneo. Muchos obreros y soldados se inclinaban a considerar la acción que se desarrollaba como el desenlace decisivo. En sus *Memorias,* escritas cinco años después, Metelev se expresa del modo siguiente con respecto al sentido de los acontecimientos: "En esa insurrección, nuestro error principal consistió en haber propuesto al Comité ejecutivo conciliador que tomara el poder. Lo que había que hacer no era proponer el poder, sino tomarlo. El segundo error consistió en que durante casi dos días enteros desfilamos por las calles, en vez de ocupar inmediatamente todas las instituciones, los palacios, los Bancos, las estaciones, el telégrafo, de detener al gobierno provisional", etc. Con respecto a la insurrección, esto es incontestable, pero convertir el movimiento de julio en insurrección, hubiera significado, de un modo casi seguro, enterrar la insurrección.

Los anarquistas, que incitaban a la lucha, argüían que "la revolución de Febrero se había producido sin la dirección del partido". Pero el lanzamiento de Febrero contaba con objetivos claros, precisos, elaborados por una lucha de varias generaciones, y sobre la

revolución se elevaba la sociedad liberal de oposición y la democracia revolucionaria, dispuestas a hacerse cargo de la herencia del poder. Por el contrario, el movimiento de julio pretendía abrir un cauce histórico muy distinto. Toda la sociedad burguesa, la democracia soviética inclusive, le era irreconciliablemente adversa. Los anarquistas no veían 0 no comprendían esta diferencia radical entre las condiciones de la revolución burguesa y las de la revolución obrera.

Si el partido bolchevique, obstinándose en apreciar de un modo doctrinario el movimiento de julio como "inoportuno", hubiera vuelto la espalda a las masas, la semiinsurrección habría caído bajo la dirección dispersa e inorgánico de los anarquistas, de los aventureros que expresaban accidentalmente la indignación de las masas, y se hubiera desangrado en convulsiones estériles. Y, al contrario, si el partido, al frente de los ametralladoras y de los obreros de Putilov, hubiera renunciado a su apreciación de la situación y se hubiera deslizado hacia la senda de los combates decisivos, la insurrección hubiera tomado indudablemente un vuelo audaz, los obreros y soldados, bajo la dirección de los bolcheviques, se hubieran adueñado del poder para preparar luego, sin embargo, el hundimiento de la revolución. A diferencia de Febrero, la cuestión del poder en el terreno nacional no habría sido resuelta por la victoria en Petrogrado. La provincia no hubiera seguido a la capital. Los ferrocarriles y los teléfonos se hubieran puesto al servicio de los conciliadores contra los bolcheviques. Kerenski y el cuartel general habrían creado un poder para el frente y las provincias. Petrogrado se habría visto bloqueado. En la capital se hubiera iniciado la desmoralización. El gobierno habría tenido la posibilidad de lanzar a masas considerables de soldados contra Petrogrado. En estas condiciones, el coronamiento de la insurrección hubiera significado la tragedia de la Comuna petrogradesa.

Cuando en el mes de julio se cruzaron los caminos históricos, sólo la intervención del partido de los bolcheviques evitó que se produjeran las dos variantes que extrañaban el peligro fatal, tanto en el espíritu de las jornadas de julio de 1848 como en el de la Comuna de París de 1871. El partido, al ponerse audazmente al frente del movimiento, tuvo la posibilidad de detener a las masas en el momento en que la manifestación empezaba a convertirse en colisión en la cual los contrincantes iban a medir sus fuerzas con las armas. El golpe asestado en julio a las masas y al partido fue muy considerable. Pero no fue un golpe decisivo. Las víctimas se contaron por docenas, y no por docenas de miles. La clase obrera no salió decapitada y exagüe de esa prueba, sino que conservó completamente sus cuadros de combate, los cuales aprendieron mucho en esa lección.

En los días de la revolución de Febrero se puso de manifiesto toda la labor realizada anteriormente por los bolcheviques, durante muchos años, y hallaron un sitio en la lucha los obreros avanzados educados por el partido; pero no hubo aún una dirección inmediata por parte de este último. En los acontecimientos de abril, las consignas del partido pusieron de manifiesto su fuerza dinámica, pero el movimiento se desarrolló espontáneamente. En junio se exteriorizó la inmensa influencia del partido, pero las masas entraban en acción todavía dentro del marco de una manifestación organizada oficialmente por los adversarios. Hasta julio, el partido bolchevique, impulsado por la fuerza de presión de las masas, no se lanza a la calle contra todos los demás partidos y define el carácter fundamental del movimiento, no sólo con sus consignas, sino también con su dirección organizada. La importancia de una vanguardia compacta aparece por primera vez con toda su fuerza durante las jornadas de julio, cuando el partido evita, a un precio muy elevado, la derrota del proletariado y garantiza el porvenir de la revolución y el propio.

"Como prueba técnica -decía Miliukov, refiriéndose a la importancia de las jornadas de julio para los bolcheviques- la experiencia fue sin ningún género de duda extraordinariamente útil para ellos. Les mostró con qué elementos había que tratar; cómo había que organizar a estos últimos y, finalmente, qué resistencia podían oponerles el gobierno, el Soviet y las tropas... Era evidente que cuando se presentara la ocasión de repetir el experimento, la realizarían de un modo más sistemático y consciente." Estas palabras valoran acertadamente la importancia del experimento de julio para el desarrollo ulterior de la política de los bolcheviques. Pero antes de poder utilizar las lecciones de julio, el partido hubo de pasar por unas cuantas semanas duras, durante las cuales los miopes enemigos se imaginaban que habían quebrantado definitivamente la fuerza del bolchevismo.

CAPITULO XXVII
EL MES DE LA GRAN CALUMNIA

El 4 de julio, a hora ya avanzada de la noche, cuando doscientos miembros de los Comités ejecutivos -el de obreros y soldados y el de campesinos- languidecían entre dos sesiones igualmente estériles, llegó hasta ellos un rumor misterioso: acababa de descubrirse que Lenin estaba en relación con el Estado Mayor alemán; al día siguiente publicaría la prensa documentos reveladores. Los sombríos augures de la presidencia, al cruzar la sala para dirigirse a los pasillos, donde ni un instante cesan los conciliábulos, responden de mala gana y con evasivas a las preguntas, incluso a las que su misma gente les hace. En el palacio de Táurida, abandonado casi completamente ya por el público, reina el estupor. ¿Lenin al servicio del Estado Mayor alemán? La perplejidad, el asombro, el júbilo reúnen a los diputados en grupos animados. "Como es natural -advierte Sujánov, muy hostil a los bolcheviques en los días de julio-, ninguno de los hombres ligados realmente a la revolución duda lo más mínimo de que esos rumores son absurdos." Pero los hombres dotados de un pasado revolucionario constituían una minoría insignificante entre los miembros de los comités ejecutivos. Los revolucionarios de marzo, elementos casuales arrastrados por la primera ola, predominaban hasta en los órganos soviéticos dirigentes. Muchos de los diputados provinciales, reclutados entre los escribientes, tenderos, etc., tenían un espíritu francamente reaccionario. Esta gente dio, sin tardar, rienda suelta a su satisfacción: ¡Eso ya lo tenían previsto ellos! ¡Era de esperar!

Asustados por el sesgo inesperado y demasiado brusco que había tomado el caso, los jefes intentaron ganar tiempo. Cheidse y Tsereteli telefonearon a las redacciones de los periódicos aconsejando se abstuvieran de hacer públicas las sensacionales revelaciones hasta que estuvieran plenamente comprobadas. Las redacciones no se atrevieron a negarse a hacer el "favor" que se les pedía desde el palacio de Táurida. Pero hubo una excepción. Un periodicucho amarillo, publicado por Suvorin, el gran editor del *Novoye Vremia,* sirvió a sus lectores, al día siguiente por la mañana, un documento que tenía todo el carácter de oficioso, en el cual se denunciaba que Lenin recibía dinero e instrucciones del gobierno alemán. La prohibición había sido quebrantada y la sensacional noticia llenaba, un día más tarde, las columnas de toda la prensa. Así se inició el episodio más inverosímil de ese año, rico en acontecimientos: los jefes del partido revolucionario, que durante décadas enteras habían luchado contra los señores coronados y no coronados, eran presentados al país y al mundo entero como agentes a sueldo de los Hohenzoliern. La inaudita calumnia fue

arrojada a las masas populares, cuya mayoría aplastante oía, por primera vez después de la revolución de Febrero, los nombres de los caudillos bolcheviques. La calumnia se convertía en su factor político de primer orden. Esto hace necesario un estudio más atento de su mecánica.

El sensacional documento tenía su origen en la declaración de un tal Yermolenko. He aquí, según los datos oficiales, quién era ese héroe: En el período comprendido entre la guerra con el Japón y el año 1913, estuvo al servicio del contraespionaje; en 1913, fue separado del ejército -en cuyas filas había llegado a tener el grado de alférez- por razones que se desconocen; en 1914, fue llamado a filas, hecho prisionero honrosamente y tuvo a su cargo la vigilancia policíaca de los prisioneros de guerra. Sin embargo, el régimen del campamento de concentración no era muy del gusto de este espía, y "a petición de los compañeros" -así lo declaró él mismo-, entró al servicio de los alemanes, con miras, ni que decir tiene, patrióticas. Abrióse con esto un nuevo capítulo en su vida. El 25 de abril, Yermolenko fue "trasladado" al frente ruso por las autoridades alemanas, con la misión de volar puentes, dedicarse al servicio de espionaje, luchar por la independencia de Ucrania y llevar a cabo una agitación en favor de la paz separada. Los capitanes alemanes Schiditski y Libers, contratados por Yermolenko para estos fines, le comunicaron, además, de pasada, sin ninguna necesidad práctica, únicamente para darle ánimos, por las trazas, que a más de él trabajaría en el mismo sentido en Rusia... Lenin. Tal era la base de todo el asunto.

¿Qué es lo que inspiró a Yermolenko, o mejor dicho, quién le movió a hacer esta declaración acerca de Lenin? De cualquier modo, no fueron los oficiales alemanes. Un simple cotejo de datos y hechos nos conduce al laboratorio mental del alférez. El 4 de abril, hizo públicas Lenin sus famosas tesis, que implicaban la declaración de guerra al régimen de febrero. El 20-21 tuvo lugar la manifestación armada contra la continuación de la guerra. La campaña contra Lenin se desencadenó como un huracán. El 25, Yermolenko pasó al frente, y en la primera mitad de mayo se puso en contacto con el contraespionaje en el Cuartel general. Los ambiguos artículos periodísticos que hacían ver que la política de Lenin era ventajosa para el káiser, movían a la gente a creer que Lenin fuera un agente alemán. En el frente, los oficiales y los comisarios, en lucha con el irresistible "bolchevismo" de los soldados, se mostraban aún menos escrupulosos en la elección de las expresiones cuando se trataba de Lenin. Yermolenko se sumergió inmediatamente en esa corriente. No tiene importancia saber si fue él mismo quien inventó esa frase absurda relativa a Lenin, si se la dijo algún inspirador o si la amañaron, junto con él, los agentes del contraespionaje. Era tan grande la demanda de calumnias contra los bolcheviques, que la

oferta no podía dejar de aparecer. Denikin, jefe del Estado Mayor del Cuartel general y futuro generalísimo de los blancos en la guerra civil, hombre que personalmente no se elevaba muy por encima del horizonte de los agentes del contraespionaje zarista, concedió o fingió conceder gran importancia a la declaración de Yermolenko, y el 16 de mayo la mandó al ministro de la Guerra, acompañada de la carta correspondiente. Es de suponer que Kerenski cambió impresiones con Tsereteli o Cheidse, los cuales contuvieron, seguramente, su noble vehemencia; esto explica que las cosas no pasarán adelante. Kerenski ha dicho posteriormente que Yermolenko había denunciado las relaciones existentes entre Lenin y el Estado Mayor alemán, pero no "de un modo suficientemente fidedigno". Durante mes y medio el informe de Yermolenko-Denikin quedó sobre el tapete. El contraespionaje licenció a Yermolenko por no tener necesidad alguna de él, y el alférez se fue al Extremo Oriente a beberse el dinero que había recibido de dos procedencias diferentes.

Sin embargo, los acontecimientos de julio, que pusieron de manifiesto en toda su magnitud el amenazador peligro del bolchevismo, hicieron pensar de nuevo en las revelaciones de Yermolenko. Este fue llamado urgentemente a Blagoschensk, pero a causa de su falta de imaginación, a pesar de todas las insinuaciones, no pudo añadir ni una palabra más a su primitiva declaración. A pesar de ello, la justicia y el contraespionaje funcionaban a todo vapor. Políticos, generales, gendarmes, comerciantes, gentes de distintas profesiones, eran sometidos a interrogatorio sobre las posibles relaciones criminales de los bolcheviques. Los inconmovibles agentes de la Ocrana zarista observaban en estas indagaciones una prudencia mucho mayor de la que distinguía a los representantes de la justicia democrática. "La Ocrana -decía el ex jefe de la sección de Petrogrado, general Globachov- no tenía, al menos durante el tiempo en que yo estuve a su servicio, ningún dato fehaciente de que Lenin actuara en daño de Rusia y con dinero alemán." Otro agente de la Ocrana, llamado Yakubov, jefe de la sección de contraespionaje de la zona militar de Petrogrado, declara: "No sé nada respecto de las relaciones de Lenin y sus partidarios con el Estado Mayor alemán, como tampoco de lo que se refiere a los recursos utilizados por Lenin." Nada pudo sacarse, en este orden, de los órganos de la policía zarista encargada de vigilar la actuación del bolchevismo desde el momento mismo de su aparición.

Sin embargo, cuando la gente, sobre todo si tiene el poder en sus manos, busca obstinadamente, acaba por encontrar algo. Un tal Z. Burstein, considerado oficialmente como comerciante, abrió los ojos del gobierno provisional sobre la existencia de una "organización de espionaje alemán en Estocolmo, dirigida por Parvus", conocido

socialdemócrata alemán de origen ruso. Según la declaración de Burstein, Lenin estaba en relación con la organización mencionada por mediación de los revolucionarios polacos Ganetski y Kozlovski. Kerenski ha escrito posteriormente: "Las informaciones, extraordinariamente importantes, pero por desgracia de carácter no judicial, sino policíaco, debían verse confirmadas de un modo incontestable con la llegada a Rusia de Ganetski, que había de ser detenido en la frontera y pasar a ser una pieza de convicción irrecusable contra los dirigentes bolchevistas." Kerenski sabía ya, de antemano, que todo ello tenía que suceder así.

Las declaraciones de Burstein se referían a las operaciones comerciales de Ganetski y Kozlovski entre Petrogrado y Estocolmo. Estas relaciones comerciales, correspondientes a los años de guerra, y en las que, por las trazas, se recurría un sistema de correspondencia convencional, no tenía nada que ver con la política, ni más ni menos que el partido bolchevique no tenía nada que ver con ese comercio. Lenin y Trotski denunciaron en la prensa a Parvus, que combinaba el buen comercio con la mala política, e invitaron a los revolucionarios rusos a romper toda relación con él. Sin embargo, ¿quién tenía posibilidad de orientarse en todo esto, en el torbellino de los acontecimientos? Lo que parecía evidente era que había en Estocolmo una organización dedicada al espionaje. Y la luz, encendida con poca fortuna por la mano de Yermolenko, brilló desde el otro extremo. Verdad es que también en esto se tropezó con dificultades. El jefe de la sección de contraespionaje del Estado Mayor, príncipe Turkestanov, interrogado por el juez Alexandrov, encargado de aquellos procesos que ofrecían particular importancia, contestó que: "Z. Burstein es persona que no merece ninguna confianza. Burstein es un tipo de hombre de negocios un poco turbio, que no siente repugnancia por ninguna clase de ocupación." Pero, ¿podía la mala reputación de Burstein dar al traste con los manejos encaminados a acabar con el buen nombre de Lenin? No; Kerenski no vaciló en considerar como "extraordinariamente importantes" las declaraciones de Burstein. Las indagaciones rastreaban ahora las huellas de Estocolmo. Las revelaciones del alférez, que servía al mismo tiempo a dos Estados Mayores, y del hombre dedicado a negocios turbios, que no merecía ninguna confianza, sirvieron de base a la fantástica acusación lanzada contra un partido revolucionario al que un pueblo de ciento sesenta millones de almas se disponía a llevar al poder.

Sin embargo, ¿cómo fueron a parar a la prensa los materiales de las averiguaciones preliminares, justamente en el momento en que el fracaso de la ofensiva de Kerenski en el frente empezaba a convertirse en catástrofe, y la manifestación de julio ponía de manifiesto en Petrogrado el irresistible avance de los bolcheviques? Uno de los iniciadores de la

empresa, el fiscal Besarabov, relató posteriormente en la prensa, con toda sinceridad, que cuando se vio que el gobierno provisional se encontraba, en Petrogrado, absolutamente falto de fuerza armada en la que pudiera confiar, el mando de la zona decidió realizar una tentativa destinada a provocar una transformación psicológica en los regimientos con ayuda de un medio de eficacia segura. "Se comunicó lo esencial de los documentos a los representantes del regimiento de Preobrajenski, en los que, como pudieron comprobar los presentes, produjo una impresión abrumadora. A partir de ese momento se vio claramente que el gobierno disponía de un arma poderosa." Después de este experimento, coronado por un éxito tan notable, los conspiradores del Departamento de Justicia, del Estado Mayor y del contraespionaje, se apresuraron a comunicar su descubrimiento al ministro de Justicia. Pereverzev contestó que no era posible proceder a una comunicación oficial, pero que los miembros del gobierno provisional "no opondrían ningún obstáculo a la iniciativa particular". Se reconoció, no sin fundamento, que los nombres de los funcionarios judiciales y del Estado Mayor no eran los más apropiados para avalar la cosa; para poner en circulación la sensacional calumnia hacía falta "un político". Valiéndose de la iniciativa particular, los conspiradores encontraron sin dificultad la persona que necesitaban en Alexinski, ex revolucionario, diputado en la segunda Duma, orador chillón e intrigante apasionado, situado un tiempo en la extrema izquierda de los bolcheviques. A sus ojos, Lenin era un oportunista incorregible. Durante los años de la reacción, Alexinski fundó un grupo de extrema izquierda, a cuyo frente se mantuvo en la emigración, hasta la guerra, para ocupar, tan pronto se declaró esta última, una posición ultrapatriotera y dedicarse inmediatamente a la especialidad de señalar a todo el mundo corno un agente al servicio del káiser. De acuerdo con los patrioteros rusos y franceses del mismo tipo, desarrolló en París una vasta actividad policíaca. La sociedad parisiense de periodistas extranjeros -esto es, de corresponsales de los países aliados y neutrales-, que era muy patriótica y nada retórica, se vio obligada a adoptar una resolución especial, declarando a Alexinski "calumniador impúdico" y a separarlo de sus filas. Alexinski, que llegó a Petrogrado con este atestado después de la revolución de Febrero, intentó, en su calidad de ex hombre de izquierda, colarse en el Comité ejecutivo. A pesar de toda su condescendencia, los mencheviques y los socialrevolucionarios, con su resolución del 11 de abril, le cerraron las puertas y le propusieron que intentara reivindicar su honorabilidad. Esto era fácil de decir. Alexinski, convencido de que deshonrar a los demás era más fácil que rehabilitarse a sí mismo, se puso en contacto con el contraespionaje y dio un gran vuelo a sus instintos de intrigante. Ya en la segunda mitad de julio, encerró en el círculo de su calumnia incluso a los

mencheviques. El jefe de éstos, Dan, abandonando su actitud expectativa, publicó una carta de protesta en las *Izvestia* (22 de julio), órgano oficial de los soviets: "Es hora de poner término a las hazañas de un hombre que ha sido declarado oficialmente calumniador impúdico." ¿No se ve claramente que Fémida, inspirada por Yermolenko y Burstein, no podía hallar mejor intermediario entre ella y la opinión pública que Alexinski? Fue su firma la que adornó el documento acusador.

Entre bastidores, los ministros socialistas, lo mismo que los dos ministros burgueses, Nekrasov y Tereschenko, protestaban de que se hubieran entregado documentos a la prensa. El mismo día en que fueron publicados, el 5 de julio, Pereverzev -del que ya antes de entonces no tenía ningún inconveniente el gobierno en librarse- se vio obligado a presentar la dimisión. Los mencheviques indicaban que esto era una victoria suya. Kerenski afirmaba posteriormente que el ministro había sido depuesto por la excesiva precipitación con que había hecho públicas las revelaciones, con lo cual dificultó la marcha de la instrucción. Con su salida, ya que no con su permanencia en el poder, Pereverzev, en todo caso, satisfizo a todo el mundo.

Ese mismo día se presentó Zinóviev a la mesa del Comité ejecutivo, que estaba reunido, y en nombre del Comité central de los bolcheviques exigió que se tomaran inmediatamente medidas para rehabilitar a Lenin y evitar las posibles consecuencias de la calumnia. La mesa no pudo negarse a que se nombrara una comisión investigadora. Sujánov escribe: "La misma comisión comprendía que lo que había que investigar no era la cuestión de la venta de Rusia por Lenin, sino únicamente las fuentes de que había salido la calumnia." Pero la comisión tropezó con la celosa rivalidad de los órganos judiciales y del contraespionaje, que tenían motivos fundados para no desear intromisiones ajenas en la esfera de su actividad. Cierto es que, antes de esa época, los órganos soviéticos prescindían sin dificultad de los gubernamentales cuando lo consideraban necesario. Pero los acontecimientos de julio imprimieron al poder una notable evolución hacia la derecha; además, la comisión soviética no se daba ninguna prisa a realizar una misión que se hallaba en contradicción manifiesta con los intereses políticos de sus representados. Los jefes conciliadores más serios, los mencheviques, se preocuparon únicamente de salvaguardar formalmente su participación en la calumnia, pero no iban más allá. En todos aquellos casos en que no se podía eludir la contestación directa, se apresuraban en pocas palabras a manifestar que ellos eran ajenos a la acusación; pero no daban ni un paso para apartar el puñal envenenado que se cernía sobre la cabeza de los bolcheviques. El patrón popular de esta política lo había dado en otros tiempos el procónsul romano Pilatos. Pero, ¿es que sin

traicionarse a sí mismos podían obrar de otro modo? Sólo la calumnia contra Lenin apartó de los bolcheviques, en los días de julio, a una parte de la guarnición. Si los conciliadores hubieran luchado contra la calumnia, el batallón del regimiento de Ismail habría interrumpido verosímilmente la ejecución de *La Marsellesa* en honor del Comité ejecutivo y se hubiera vuelto a su cuartel, por no decir al palacio de Kchesinskaya.

En consonancia con la orientación general de los mencheviques, el ministro de la Gobernación, Tsereteli, que tomó sobre sí la responsabilidad de las detenciones de los bolcheviques efectuadas poco después, juzgó necesario, es verdad, bajo la presión de la minoría bolchevista, declarar, en la reunión del Comité ejecutivo, que personalmente no sospechaba que los jefes bolchevistas fueran culpables de espionaje, pero que les acusaba de complot y de levantamiento armado. El 13 de julio, Líber, al presentar la resolución que, en el fondo, ponía al partido bolchevique fuera de la ley, consideró necesario hacer la siguiente reserva: "Personalmente, considero que la acusación lanzada contra Lenin y Zinóviev no tiene fundamento alguno." Estas declaraciones eran acogidas por todo el mundo silenciosa y sobriamente; a los bolcheviques les parecían de un carácter evasivo indigno, y los patriotas las juzgaban superfluas, pues eran desventajosas.

El 17 de julio, Trotski, en su discurso pronunciado en la reunión de ambos Comités ejecutivos, decía: "Se crea una atmósfera insoportable, en la cual os asfixiáis lo mismo que nosotros. Se lanzan sucias acusaciones contra Lenin y Zinóviev. (Una voz: "Es verdad".) (Rumores. Trotski prosigue.) Por lo visto, en la sala hay gente que ve con agrado esas acusaciones. Aquí hay gente que se ha acercado a la revolución por ser el sol que más calienta. (Rumores. El presidente intenta durante largo rato restablecer el orden a campanillazos.) Lenin ha luchado por la revolución durante treinta años. Yo lucho desde hace veinte contra la opresión de las masas populares, y no podemos dejar de sentir odio al militarismo alemán... Sólo puede abrigar sospechas contra nosotros a ese respecto quien no sepa lo que es un revolucionario. He sido condenado por un tribunal alemán a ocho meses de cárcel, por mi lucha contra el militarismo germánico... Y esto lo sabe todo el mundo. No permitáis que nadie de los que están en esta sala diga que somos agentes a sueldo de Alemania, porque ésa no es la voz de unos revolucionarios convencidos, sino la voz de la vileza. (Aplausos.)." Así aparece descrito este episodio en la prensa antibolchevista de aquel entonces. Los periódicos bolchevistas habían sido ya suspendidos. Sin embargo, es necesario aclarar que los aplausos partían únicamente del sector izquierdista, muy reducido; parte de los diputados lanzaba aullidos de odio, la mayoría guardaba silencio. Así y todo,

nadie, ni aun los agentes directos de Kerenski, subió a la tribuna para sostener la versión oficial de la acusación o a lo menos encubrirla de un modo indirecto.

En Moscú, donde la lucha entre los bolcheviques y los conciliadores tenía, en general, un carácter suave, para tomar en octubre formas más duras, la reunión de ambos soviets, el de obreros y el de soldados, acordó el día 10 de julio "publicar y fijar por las calles un manifiesto con el fin de indicar que la acusación de espionaje lanzada contra la fracción de los bolcheviques, es una calumnia y una intriga de la contrarrevolución". El Soviet de Petrogrado, que dependía más directamente de las combinaciones gubernamentales, no dio ningún paso, en espera de las conclusiones de la comisión investigadora, la cual, sin embargo, ni siquiera tuvo tiempo de iniciar su actuación.

El 5 de julio, Lenin, conversando con Trotski, preguntó a éste: "¿No cree usted que nos fusilarán?" Sólo en el caso de existir este propósito, podía explicarse que se hubiera puesto el sello oficial a la monstruosa calumnia. Lenin consideraba a sus enemigos capaces de llevar hasta el fin la empresa que habían iniciado, y llegaba a esta conclusión: había que hacer todo lo posible para no caer en sus manos. El 6 por la tarde llegó Kerenski del frente, imbuido del estado de espíritu de los generales, y exigió que se adoptasen medidas decisivas contra los bolcheviques. Cerca de las dos de la madrugada, el gobierno tomó el acuerdo de encausar a todos los dirigentes del "levantamiento armado" y disolver los regimientos que habían participado en el motín. El destacamento de soldados mandado al domicilio de Lenin, para proceder a la detención de éste y a un registro domiciliario, hubo de limitarse a lo último, pues el dueño de la casa no estaba ya en ésta. Lenin no se había movido aún de Petrogrado, pero se ocultaba en el domicilio de un obrero, y exigió que la comisión investigadora soviética les oyera a él y a Zinóviev, en condiciones que excluyeran una encerrona por parte de la contrarrevolución. En la instancia remitida a la comisión, Lenin y Zinóviev decían: "En la mañana del viernes 7 de julio, se comunicó a Kámenev, desde la Duma, que la comisión se presentaría hoy en el lugar convenido, a las doce del día. Escribimos estas líneas a las seis y media de la tarde del 7 de julio, y hacemos constar que hasta ahora la comisión no se ha presentado ni nos ha hecho saber nada... La responsabilidad por el aplazamiento del interrogatorio no recae en nosotros."

La actitud de la comisión soviética al evitar la investigación prometida, dejó a Lenin definitivamente convencido de que los conciliadores se lavaban las manos, reservando a los guardias blancos la tarea de acabar con nosotros. Los oficiales y los "junkers", que entretanto habían devastado ya la imprenta del partido, agredían y detenían en la calle a todo aquel que protestaba de la acusación de espionaje lanzada contra los bolcheviques.

Entonces Lenin tomó resueltamente la decisión de ocultarse, para escapar, no a la investigación, sino a posibles medidas de violencia.

El 15, Lenin y Zinóviev explicaban en el periódico bolchevista de Cronstadt -que las autoridades no se habían atrevido a suspender- por qué no consideraban hacedero ponerse en manos del poder: "De la carta del ex ministro de Justicia, Pereverzev, publicada en el número del domingo de *Novoye Vremia, se* desprende de un modo evidente que el "proceso" relativo al espionaje de Lenin y de otros, ha sido tramado por el partido de la contrarrevolución. Pereverzev reconoce con toda franqueza haber puesto en circulación acusaciones no probadas, con el fin de provocar el furor (expresión literal) de los soldados contra nuestro partido. Esto lo confiesa el que hace dos días era ministro de Justicia. En el momento actual, la Justicia no ofrece en Rusia ninguna garantía. Entregarse a las autoridades significaría entregarse a los Miliukov, a los Alexinski, a los Pereverzev, a los contrarrevolucionarios enfurecidos, para quienes las acusaciones lanzadas contra nosotros no son más que un simple episodio de la guerra civil." Para comprender ahora el sentido de las palabras referentes al "episodio" de la guerra civil, bastará recordar la suerte de Karl Liebknecht y de Rosa Luxemburg. Lenin sabía ver en el futuro.

Al mismo tiempo que los agitadores del campo enemigo contaban en todos tonos que Lenin había salido de Alemania en un torpedero, según unos, en submarino, según otros, la mayoría del Comité ejecutivo se apresuraba a condenar la actitud de Lenin al negarse a comparecer ante los jueces. Los conciliares, al prescindir del fondo político de la acusación y de las circunstancias en ésta había sido formulada, se presentan como los defensores de la justicia pura. Era ésta la posición menos desventajosa que aún podían disponer. La decisión adoptada por el Comité ejecutivo el 13 de julio, no sólo consideraba "completamente inadmisible" la conducta de Lenin y Zinóviev, sino que exigía de la fracción bolchevista que condenara a sus jefes "de un modo inmediato, categórico y claro". La fracción rechazó unánimemente la exigencia del Comité ejecutivo. Sin embargo, entre los bolcheviques, por lo menos en las esferas dirigentes, había quien vacilaba a cuenta de la actitud adoptada por Lenin, de eludir la instrucción. Entre los conciliadores, aun entre los que se hallaban más a la izquierda, la desaparición de Lenin provocó una indignación general, no siempre hipócrita, como puede apreciarse en el ejemplo de Sujánov. A éste, como es sabido, el carácter calumnioso de las informaciones del contraespionaje no le ofreció la menor duda desde el principio. "La absurda acusación -escribía- se ha disipado como el humo. Nadie ha podido probarla y la gente ha dejado de creer en ella." Pero para Sujánov eran un enigma las causas que habían inducido a Lenin a eludir la instrucción.

"Eso era algo incomprensible, sin precedentes. Aun en las condiciones más desfavorables, cualquier otro hubiera exigido la instrucción y el juicio." Sí, cualquier otro hubiera podido hacerlo. Pero ese "cualquier otro" no hubiera podido convertirse en blanco del odio furioso de las clases dirigentes. Lenin no era "cualquier otro", y ni un solo momento olvidó la responsabilidad que sobre él pesaba. Lenin sabía sacar todas las consecuencias de la situación y hacer caso omiso de las oscilaciones de la "opinión pública" en aras de los fines a que estaba subordinada toda su vida. El quijotismo y la "pose" le eran igualmente ajenos.

Lenin vivió unas semanas con Zinóviev, en las afueras de Petrogrado, cerca de Sestroreztk, en el bosque. La noche, hasta cuando llovía, debían pasarla en un montón de heno. Lenin atravesó como fogonero la frontera finlandesa en una locomotora, y se ocultó en el domicilio del jefe de policía de Helsingfors, que era un ex obrero de Petrogrado; luego se acercó más a la frontera rusa, a Viborg. Desde fines de septiembre residió secretamente en Petrogrado, para aparecer de nuevo en público, después de casi cuatro meses de ausencia, el día de la insurrección.

Julio fue el mes de la calumnia desenfrenada, descarada y victoriosa; en agosto empezó ya a decrecer. Un mes, exactamente, después de haber sido puesta en circulación la calumnia, Tsereteli, fiel a sí mismo, consideró necesario repetir en la reunión del Comité ejecutivo: "Al día siguiente de las detenciones, al contestar públicamente a las preguntas de los bolcheviques, dije: no sospecho que los líderes bolcheviques acusados de ser instigadores de la insurrección de los días 3-5 de julio estén en relación con el Estado Mayor alemán." Decir menos era imposible; decir más, desventajoso. La prensa de los partidos conciliadores no fue más allá de las palabras de Tsereteli. Pero como éste, al mismo tiempo, denunciaba encarnizadamente a los bolcheviques como auxiliares del militarismo alemán, la voz de los periódicos conciliadores se fundía políticamente con el resto de la prensa, que trataba a los bolcheviques no de "auxiliares" de Ludendorff, sino de agentes a sueldo del mismo. Las notas más altas, en ese coro, correspondían a los kadetes. El periódico de los profesores liberales moscovitas, *Ruskie Viedomosti,* comunicaba que al efectuarse el registro en la redacción de la *Pravda,* se había encontrado una carta alemana en la cual un barón, Gaparanda, "saluda la actuación de los bolcheviques" y prevé "la alegría que esto producirá en Berlín". El barón alemán de la frontera finlandesa sabía muy bien las cartas de que tenían necesidad los patriotas rusos. La prensa de la sociedad ilustrada, que se defendía contra la barbarie bolchevista, aparecía llena de noticias análogas. ¿Daban crédito los profesores y abogados a sus propias palabras? Admitirlo, al menos por lo que se refiere a los jefes de las capitales, significaría tener un concepto excesivamente pobre de su sentido

político. Ya que no las consideraciones psicológicas y de principio, las consideraciones prácticas y, ante todo, las financieras, habían de hacer aparecer ante ellos lo absurdo de la acusación. El gobierno alemán podía, evidentemente, ayudar a los bolcheviques no con ideas, sino con dinero. Pero era precisamente de dinero de lo que carecían los bolcheviques. El centro del partido en el extranjero luchó durante la guerra con grandes apuros; un centenar de francos se le antojaba una gran suma, el órgano central salía una vez cada mes, cada dos meses, y Lenin contaba cuidadosamente las líneas de la composición para no salirse del presupuesto. Los gastos de la organización de Petrogrado durante la guerra representaron unos pocos miles de rubios, que fueron empleados principalmente en la impresión de hojas clandestinas; en dos años y medio se imprimieron sólo en Petrogrado 300.000 ejemplares de estas últimas. Después de la revolución, la afluencia de miembros y de recursos aumentó, ni que decir tiene, extraordinariamente. Los obreros contribuían de muy buena gana a las suscripciones a favor del Soviet y de los partidos soviéticos. "Los donativos, las cuotas de toda clase y las colectas a favor del Soviet -decía en el primer congreso de los soviets el abogado Bramson, *trudovik-,* empezaron a afluir al día siguiente de estallar nuestra revolución... Era verdaderamente conmovedor la constante romería de gente que acudía con esos donativos al palacio de Táurida, desde las primeras horas de la mañana hasta muy avanzada la noche. "Más adelante, los obreros ayudaron materialmente a los bolcheviques, con mejor voluntad todavía. Sin embargo, a pesar del rápido incremento del partido y de los donativos recibidos, la *Pravda* era, por sus dimensiones, el periódico más pequeño de todos los órganos de partido. Poco después de su llegada a Rusia, escribía Lenin a Radek, que se hallaba en Estocolmo: "Escriba usted artículos para la *Pravda* sobre política exterior, archibreves y dentro del espíritu de nuestro periódico (tenemos muy poco, muy poco espacio; tropezamos con grandes dificultades para aumentar el formato del periódico)." A pesar del espartano régimen de economía instituido por Lenin, el partido no podía salir de su situación económicamente difícil. La asignación de dos o tres mil rubios, de los tiempos de guerra, para la organización local, seguía siendo para el Comité central un serio problema. Para el envío de periódicos al frente había que hacer continuas colectas entre los obreros. Así y todo, los periódicos bolchevistas llegaban a las trincheras en cantidad incomparablemente menor que la prensa de los conciliadores y liberales. Con este motivo, se recibían quejas constantemente. En abril, la conferencia local del partido hizo un llamamiento a los obreros de Petrogrado para que recogieran en tres días los 75.000 rubios que faltaban para la adquisición de una imprenta. Esta suma fue cubierta con creces, y el partido adquirió al fin una imprenta propia, la misma que destruyeron en julio los

"junkers". La influencia de las consignas bolchevistas crecía, como un incendio en la estepa. Pero los recursos materiales de la propaganda seguían siendo muy reducidos. La vida privada de los bolcheviques daba aún menos pasto a la calumnia. ¿Qué quedaba, pues? Nada, en fin de cuentas, como no fuera el paso de Lenin por Alemania. Pero precisamente este hecho, presentado con frecuencia ante auditorios poco preparados, como prueba de la amistad de Lenin con el gobierno alemán, demostraba prácticamente lo contrario: un agente habría atravesado el país enemigo secretamente y fuera de todo peligro; sólo un revolucionario que tuviera una confianza completa en sí mismo, podía decidirse a pisotear abiertamente las leyes del patriotismo durante la guerra.

Sin embargo, el ministerio de Justicia no reparaba en cumplir una misión ingrata: no en vano había recibido como herencia del pasado ciertos elementos educados en el último período de la autocracia, cuando el asesinato de diputados liberales por miembros de los "cien negros", cuyo nombre conocía todo el país, quedaba sistemáticamente impune y, en cambio, se acusaba a un dependiente judío de Kiev de haberse bebido la sangre de un muchacho cristiano. Firmado por el juez Alexandrov y el fiscal Karinski, se publicó el 21 de julio un edicto en virtud del cual se entregaba a los tribunales, bajo la acusación de traición al Estado, a Lenin, Zinóviev, la Kolontay y una serie de otras personas, entre ellas el socialdemócrata alemán Helfand-Parvus. Los mismos artículos 51, 100 y 108 del Código Penal, fueron aplicados luego a Trotski y Lunacharski, detenidos el 23 de julio por unos destacamentos de soldados. Según el texto del edicto, los lideres de los bolcheviques, "ciudadanos rusos, mediante acuerdo establecido previamente entre sí y otras personas, con el fin de prestar ayuda a los Estados que se hallaban en guerra con Rusia, se habían puesto en connivencia con los agentes de los mencionados Estados para contribuir a la desorganización del ejército ruso y de la población civil y debilitar así la capacidad combativo del ejército. Para ello, con los recursos en metálico recibidos de esos Estados, organizaron la propaganda entre la población y las tropas, incitándolas a renunciar inmediatamente a toda acción militar contra el enemigo, y con los mismos fines organizaron en Petrogrado, en el período comprendido entre el 3 y el 5 de julio, una insurrección armada". A pesar de que nadie ignoraba (al menos los que sabían leer) en qué condiciones había llegado Trotski de Nueva York a Petrogrado, pasando por Cristianía y Estocolmo, el juez le acusó de haber pasado por Alemania. La justicia, por lo visto, no quería dejar ninguna duda sobre el valor de los materiales de acusación, que le había suministrado el contraespionaje.

En ninguna parte es esta institución un modelo de moralidad. En Rusia, el contraespionaje era la cloaca del régimen rasputiniano. Los cuadros de esta institución inepta, vil y omnipotente, estaban formados por los desechos de la policía, de la gendarmería y de los agentes de la Ocrana, expulsados del servicio. Los coroneles, capitanes y tenientes ineptos para las hazañas militares, sometían a su dominio la vida social y del Estado en todos sus aspectos, creando en todo el país un sistema de feudalismo con el contraespionaje como exponente. "La situación se convirtió directamente en catastrófica -se lamenta el ex director de policía Kurlov- cuando empezó a intervenir en los asuntos de la administración civil el famoso contraespionaje." Imputábanse al propio Kurlov no pocos manejos turbios, entre ellos la complicidad indirecta en la ejecución del primer ministro Stolipin. Sin embargo, la actuación del contraespionaje hacía que se estremeciera hasta la imaginación del mismo Kurlov, curado de espanto. Al mismo tiempo que "la lucha contra el espionaje enemigo... se llevaba a cabo de un modo muy defectuoso" -escribe-, surgían constantemente asuntos deliberadamente hinchados, de los cuales eran víctimas personas completamente inocentes y que no perseguían otro fin que el chantaje. Kurlov tropezó con uno de estos asuntos. "Con gran estupor por mi parte -dice-, oí el seudónimo de un agente secreto, a quien conocía por haber servido antes en el Departamento de Policía, de donde fue expulsado por chantaje." Uno de los jefes provinciales del contraespionaje, un tal Ustinov, que antes de la guerra era notario, describe en sus *Memorias* las costumbres de contraespionaje aproximadamente con los mismos rasgos que Kurlov: "Los agentes del contraespionaje, a falta de asuntos, los creaban ellos mismos." Por esto, es tanto más instructivo comprobar el nivel de la institución acudiendo al propio acusador. "Rusia se ha hundido -escribe Ustinov, hablando de la revolución de Febrero-, víctima de una revolución provocada con oro germánico por agentes alemanes." No es necesario aclarar la actitud del patriótico notario frente a los bolcheviques. "Las denuncias del contraespionaje sobre la actuación anterior de Lenin, sobre sus relaciones con el Estado Mayor alemán, sobre el dinero recibido por él de Alemania eran tan convincentes, que bastaba con ellas para hacerle ahorcar inmediatamente." Resulta que si Kerenski no lo hizo, fue porque él mismo era un traidor. "Asombraba de un modo particular e incluso provocaba simplemente la indignación, la supremacía ejercida por Sascha Kerenski, el adocenado picapleitos." Ustinov da fe de que Kerenski era "muy conocido como provocador, que había traicionado a sus compañeros". Por lo que más tarde se supo, si el general francés Anselme abandonó, en marzo de 1919, Odesa, no fue por presión de los bolcheviques, sino por haber recibido una fuerte cantidad. ¿De los bolcheviques? No; "los bolcheviques no

tuvieron nada que ver con ello. Fue cosa de los masones". Tal era el mundo en que se movían esos personajes.

Poco después de la revolución de Febrero, se confió el control de esa institución, compuesta de bribones, falsificadores y chantajistas, al socialrevolucionario y patriotero Mironov, que acababa de regresar de la emigración y al que caracteriza el "socialista popular" Demiánov, subsecretario de Justicia, en los términos siguientes: "Mironov producía una buena impresión..., pero no me causaría ningún asombro saber que no era un hombre completamente normal." Puede darse crédito a estas palabras; es poco probable que un hombre normal hubiera accedido a ponerse al frente de una institución, con la que lo único que podía hacerse era disolverla y rociar después las paredes con sublimado. A consecuencia de la confusión administrativa provocada por la revolución, el contraespionaje quedó subordinado al ministro de Justicia, Pereverzev, hombre de una ligereza inconcebible y que no reparaba en medios. El propio Demiánov dice en sus *Memorias,* que su ministro "no gozaba casi de ningún prestigio en el Soviet". Protegidos por Mironov y Pereverzev, los agentes del contraespionaje, asustados por la revolución, volvieron pronto en sí y adaptaron su antigua actuación a la nueva situación política. En junio, hasta el ala izquierda de la prensa gubernamental empezó a publicar datos sobre los timos y otros delitos cometidos por los ex funcionarios superiores del contraespionaje, inclusive los dos dirigentes de la institución, Schukin y Broy, auxiliares inmediatos del infeliz de Mironov. Una semana antes de la crisis de julio, el Comité ejecutivo, bajo la presión de los bolcheviques, se dirigió al gobierno con la demanda de que se procediera inmediatamente a una revisión del contraespionaje, con la cooperación de representantes soviéticos. Los agentes del contraespionaje tenían motivos fundados o, mejor dicho, interesados, para asestar un golpe a los bolcheviques, cuanto más pronto y con cuanta mayor fuerza, mejor. El príncipe Lvov firmó, para ayudarles, una ley que daba al contraespionaje derecho a tener en la cárcel a los detenidos durante tres meses.

El carácter de la acusación y de los propios acusadores, suscita inevitablemente la pregunta: ¿Cómo era posible que una gente normal pudiera dar crédito o fingir que lo daba a una falsedad deliberada y absurda a todas luces? El éxito del contraespionaje no hubiera sido, en efecto, posible, sin la atmósfera general creada por la guerra, las derrotas, el desastre económico, la revolución y el encarnizamiento de la lucha social. A partir del otoño de 1914, a las clases dominantes de Rusia todo les salía mal; el suelo vacilaba bajo sus pies, todo se les iba de las manos, una calamidad sucedía a otra. ¿Era posible que no se buscase al culpable? El ex fiscal de la Audiencia, Zavadski, recuerda que "en los días

inquietos de la guerra, gente completamente normal se inclinaba a sospechar la existencia de la traición allí donde indudablemente no existía. La mayoría de los procesos de ese género, instruidos durante el período en que ejercí la fiscalía, resultaron completamente faltos de fundamento". Quien iniciaba esos procesos, paralelamente con el agente malintencionado, era el ciudadano neutro, que había perdido la cabeza. Pero muy pronto vino a unirse a la psicosis de la guerra la fiebre política prerrevolucionaria, y esta combinación empezó a dar frutos aún más absurdos. Los liberales, de concierto con los generales fracasados, buscaban por todas partes la mano alemana. La camarilla era considerada como germanófila. Los liberales estimaban que el grupo de Rasputin obraba de acuerdo con las instrucciones recibidas de Postdam. La zarina era acusada públicamente de espionaje: se le atribuía la responsabilidad, aun en los círculos palatinos, del hundimiento del buque en que el general Kitchener se dirigía a Rusia. Los elementos de la derecha, ni que decir tiene, no se quedaban atrás. Zavadski cuenta que el subsecretario del Interior, Bieletski, intentó, a principios de 1916, tramar un proceso contra Guchkov, la industria liberal, acusándole de "actos que, en tiempo de guerra, lindaban con la traición al Estado"... Al denunciar las hazañas de Bieletski, Kurlov, que había sido también subsecretario del Interior, pregunta a su vez a Miliukov: "¿Con destino a qué trabajo honrado, útil a la patria, fueron recibidos por él doscientos mil rublos "finlandeses", remitidos por correo a nombre del portero de su casa?"

Las comillas sobre la palabra "finlandeses" deben de indicar que se trataba de dinero alemán. Y, sin embargo, Miliukov gozaba de la reputación, completamente merecida, de germanófilo. En los círculos gubernamentales se consideraba probado que todos los partidos de oposición obraban con ayuda del dinero alemán. En agosto de 1915, cuando se esperaban disturbios con motivo de la proyectada disolución de la Duma el ministro de Marina, Grigorovich, considerado casi como liberal, decía en la reunión del gobierno: "Los alemanes realizan una campaña intensa y llenan de dinero a las organizaciones antigubernamentales." Los octubristas y los kadetes, que se indignaban ante esas insinuaciones, no reparaban, sin embargo, en desviarlas hacia la izquierda. El presidente de la Duma, Rodzianko, decía con ocasión del discurso semipatriótico, pronunciado por el menchevique Cheidse, en los comienzos de la guerra: "Los hechos demostraron más tarde la proximidad de Cheidse, respecto a los círculos alemanes." En vano se hubiera esperado, aunque no fuera más que una sombra de prueba.

Miliukov dice en su *Historia de la segunda revolución:* "El papel desempeñado por la "mano oculta" en la revolución del 27 de febrero, no aparece claro; pero a juzgar por todos

los acontecimientos posteriores, es difícil negarlo." Pedro von Struve, ex marxista y actualmente eslavófilo reaccionario, se expresa de un modo más decidido: "Cuando la revolución, preparada por Alemania, fue un hecho, Rusia abandonó de hecho la guerra." Para Struve, como para Miliukov, se trata, no de la revolución de Octubre, sino de la de Febrero. Rodzianko, hablando del famoso "decreto número 1", la Carta Magna de la Libertad de los soldados, elaborada por los delegados de la guarnición de Petrogrado, escribía: "No dudé ni un momento del origen alemán del decreto número 1." El general Barkovski, jefe de una de las divisiones, contó a Rodzianko que del decreto número 1 "se mandó a sus tropas una enorme cantidad de ejemplares desde las fronteras alemanas". Guchkov, acusado en tiempos del zar de traición al Estado, al convertirse en ministro de la Guerra, se apresuró a endosar esta acusación a la izquierda. En una orden del día al ejército, dictada por Guchkov en abril, se decía: "Gente que odia a Rusia y que, indudablemente, se halla al servicio de nuestros enemigos, se ha infiltrado en el Ejército de operaciones, y con la insistencia característica del enemigo y, por las trazas, cumpliendo la misión que éste le ha encomendado, predica la necesidad de poner fin a la guerra lo más pronto posible." Con respecto a la manifestación de abril contra la política imperialista, escribe Miliukov: "La eliminación de los dos ministros [Miliukov y Guchkov], había sido dictada directamente por Alemania." Los obreros que participaron en la manifestación recibieron de los bolcheviques quince rubios diarios. El historiador liberal abría con la llave del oro alemán todos los enigmas con que tropezaba como político.

Los socialistas patrióticos que acusaban a los bolcheviques, si no de agentes de aliados involuntarios de Alemania, se vieron envueltos en la misma acusación por parte de los elementos de la derecha. Ya hemos visto la opinión de Rodzianko sobre Cheidse. El propio Kerenski no encuentra misericordia ante él: "Fue indudablemente él, por su secreta simpatía hacia los bolcheviques, o acaso por otras consideraciones, quien indujo al gobierno provisional" a permitir la entrada de los bolcheviques en Rusia. Esas "otras consideraciones" no podían significar más que el oro alemán. En sus curiosas *Memorias,* que han sido traducidas a varios idiomas, el general de la gendarmería, Spiridovich, después de señalar la abundancia de judíos en los círculos socialistas revolucionarios dirigentes, añade: "Entre ellos brillaban también nombres rusos, tales como el del futuro ministro de Agricultura y espía alemán Víctor Chernov." No era sólo a ese gendarme a quien infundía sospechas el jefe del partido socialrevolucionario. Después de la represiones emprendidas en julio contra los bolcheviques, los kadetes, sin pérdida de tiempo, iniciaron una campaña contra el ministro de Agricultura, Chernov, como sospechoso de tener relaciones con

Berlín, y el infortunado patriota no tuvo más remedio que dimitir su cargo para librarse de la acusación. En otoño de 1917, Miliukov, desde la tribuna del Preparlamento, hablando de las instrucciones que había dado el Comité ejecutivo patriótico al menchevique Skobelev para la participación en la Conferencia socialista internacional, demostraba, mediante un escrupuloso análisis sintáctico del texto, el evidente "origen alemán" del documento. Hay que decir que, en efecto, el estilo de las instrucciones, así como de toda la literatura conciliadora, era pésimo. Esa democracia retrasada, huérfana de pensamientos y de voluntad, que miraba asustada en torno suyo, acumulaba en sus escritos reserva sobre reserva y los convertía en una mala traducción de un idioma extranjero, de la misma manera que toda ella no era más que la sombra de un pasado ajeno. Ludendorff, claro está, no tenía la menor culpa de ello.

El viaje de Lenin a través de Alemania abrió posibilidades inagotables a la demagogia patriotera. Pero como para demostrar de un modo más patente el papel secundario del patriotismo en su política, la prensa burguesa, que en el primer momento había acogido a Lenin con falsa benevolencia, emprendió una campaña desenfrenada contra su "germanofilia" únicamente cuando se dio cuenta claramente de su programa social: ¿"La tierra, el pan y la paz"? Esas consignas no podía haberlas traído más que de Alemania. En aquel entonces, nadie había hablado aún ni por asombro de las revelaciones de Yermolenko.

Después de la detención en Halifax de Trotski y otros emigrantes que regresaban de América, por el control militar del rey, la embajada británica en Petrogrado dio a la prensa una comunicación oficial en un inimitable lenguaje angloruso: "Los ciudadanos rusos que iban en el vapor *Christianiafjord* fueron detenidos en Halifax, porque, según noticias del gobierno inglés, estaban complicados en un plan subvencionado por el gobierno alemán, que se proponía como fin derribar el gobierno provisional ruso..." La comunicación de sir Buchanan llevaba la fecha del 14 de abril; en aquel entonces, ni Burstein ni Yermolenko habían aparecido todavía en el horizonte. Sin embargo, Miliukov, en su calidad de ministro de Estado, se vio obligado a pedir al gobierno inglés, por mediación del embajador ruso Nabokov, que se pusiera en libertad a Trotski y se le permitiera dirigirse a Rusia. "El gobierno inglés, que conocía la actuación de Trotski en los Estados Unidos -escribe Nabokov-, no salía de su asombro: "¿Qué es esto, malignidad o ceguera?" Los ingleses se encogieron de hombros, comprendieron el peligro, nos lo advirtieron." Lloyd George, sin embargo, tuvo que ceder. En contestación a la pregunta que formuló Trotski al embajador británico en la prensa de Petrogrado, Buchanan retiró, confundido, su acusación y declaró:

"Mi gobierno retuvo en Halifax a un grupo de emigrantes, únicamente hasta que el gobierno ruso aclarara su personalidad. A esto se reduce la detención de los emigrantes rusos." Buchanan era, no sólo un *gentleman,* sino también un diplomático.

En la reunión de los miembros de la Duma del Estado, celebrada a principios de junio, Miliukov, arrojado del gobierno por la manifestación de abril, exigió la detención de Lenin y Trotski, aludiendo de un modo inequívoco a las relaciones de los mismos con Alemania. Al día siguiente, Trotski declaró en el Congreso de los Soviets: "Mientras Miliukov no confirme o no retire esta acusación, quedará grabado en su frente el estigma de calumniador indigno." Miliukov contestó en el periódico *Riech* que, en efecto, esté "descontento de que los ciudadanos Lenin y Trotski se paseen libremente", pero que la necesidad de su detención la motivaba "no en el hecho de que sean agentes de Alemania, sino en el de que han pecado suficientemente contra el Código." Miliukov, que no tenía nada de *gentleman,* era, en cambio, un diplomático. La necesidad de la detención de Lenin y Trotski se le aparecía de un modo completamente claro antes de las revelaciones de Yermolenko: la trama jurídica de la detención la consideraba como una simple cuestión de técnica. El jefe de los liberales se había servido de la acusación mucho antes ya de que fuera puesta en circulación en forma "jurídica".

Donde aparece de un modo más elocuente el papel desempeñado por el mito del oro alemán es en el pintoresco episodio relatado por el administrador del gobierno provisional, el kadete Nabokov (al que no hay que confundir con el embajador ruso en Londres, citado anteriormente). En una de las reuniones del gobierno, Miliukov observó incidentalmente: "Para nadie es un secreto que el dinero alemán fue uno de los factores que contribuyeron a la revolución." Esto se parece mucho a lo de Miliukov, aunque la fórmula esté evidentemente atenuada. "Kerenski, según el relato de Nabokov, se puso literalmente fuera de sí; cogió su cartera y, golpeando con ella la mesa, dijo a grandes gritos: "Después que el ciudadano Miliukov se ha atrevido a calumniar en mi presencia la sagrada causa de la gran revolución rusa, no tengo el menor deseo de permanecer aquí ni un minuto más." Esto tiene todas las trazas de ser de Kerenski, aunque los gestos aparezcan acaso un tanto recargados. Hay un refrán ruso que aconseja no escupir en el pozo cuya agua tendrá uno acaso que beber un día u otro. Ofendido por la revolución de Octubre, Kerenski no ha encontrado cosa mejor que dirigir contra esa revolución el mito del oro alemán. Lo que en Miliukov era "calumnia contra una causa sagrada", en Burstein-Kerenski se convirtió en la sagrada causa de la calumnia contra los bolcheviques.

La cadena interrumpida de sospechas de germanofilia y espionaje que, partiendo de la zarina, de Rasputin, de los círculos palaciegos y pasando por los ministerios, el Estado Mayor, la Duma, las redacciones liberales, llegaba hasta Kerenski y parte de los círculos soviéticos dirigentes, sorprende más que nada por su uniformidad. Los adversarios políticos parecían haber decidido ahorrar todo esfuerzo a su imaginación, y se limitaban a pasar una misma acusación de un sitio a otro, preferentemente de derecha a izquierda. La calumnia lanzada en julio contra los bolcheviques no cayó del ciclo sin más ni más, sino que era el fruto natural del pánico y del odio, el último eslabón de una cadena ignominiosa, la transmisión de la fórmula calumniosa preparada con un nuevo y definitivo destino que reconciliaba a los acusadores y acusados de ayer. Todas las ofensas de los dirigentes, todo su miedo y su rencor se dirigían contra aquel partido, situado en la extrema izquierda, que era la máxima encarnación de la fuerza irresistible de la revolución. ¿Podían, en efecto, las clases dirigentes ceder el sitio a los bolcheviques sin hacer una última y desesperada tentativa para hundirlos en la sangre y en el cieno? La calumnia debía caer fatalmente sobre la cabeza de los bolcheviques. Las revelaciones del contraespionaje no eran más que la materialización del delirio de las clases poseedoras, que se veían en una situación sin salida. De ahí que la calumnia adquiriese una fuerza tan terrible.

El espionaje alemán, ni que decir tiene, no era ningún delirio. El espionaje alemán en Rusia estaba incomparablemente mejor organizado que el ruso en Alemania. Bastará recordar que el ministro de la Guerra, Sujomlinov, fue ya detenido bajo el antiguo régimen como hombre de confianza de Berlín. Es asimismo indudable que los agentes alemanes procuraban infiltrarse no sólo en los círculos palatinos y monárquicos, sino también en los de la izquierda. Las autoridades austríacas y alemanas, ya desde los primeros días de la guerra, se dedicaron a coquetear asiduamente con las tendencias separatistas, empezando por la emigración ucraniana y caucásica. Es curioso que Yermolenko, reclutado en abril de 1917, fuera destinado a la lucha por la separación de Ucrania. Ya en el otoño de 1914, tanto Lenin como Trotski habían incitado desde la prensa, en Suiza, a romper con los revolucionarios que se dejaban coger en el anzuelo del militarismo austroalemán. A principios de 1917, repitió Trotski, en Nueva York, esta advertencia respecto de los socialdemócratas de izquierda, partidarios de Liebknecht, con los que habían intentado entablar relaciones los agentes de la embajada británica. Pero al hacer el juego de los separatistas con el fin de debilitar a Rusia y de asustar al zar, el gobierno alemán se hallaba muy lejos de pensar en el derrocamiento del zarismo. La mejor prueba de esto la tenemos en la proclama distribuida por los alemanes, después de la revolución de Febrero, en las

trincheras rusas, y leída el 11 de marzo en la reunión del Soviet de Petrogrado. "En un principio, los ingleses marcharon juntos con vuestro zar; ahora se han levantado contra él, porque no está de acuerdo con sus exigencias interesadas. Han derribado del trono al zar que os había dado Dios. ¿Por qué ha sucedido así? Porque el zar había comprendido y denunciado la política falsa y pérfida de Inglaterra." Tanto la forma como el contenido de este documento son garantía de su autenticidad. Es tan imposible falsificar al teniente prusiano como su filosofía histórica. Hoffman, teniente general prusiano, consideraba que la revolución rusa había sido planeada en Inglaterra. Semejante suposición, con todo, es menos absurda que la teoría de Miliukov-Struve, pues Postdam siguió confiando hasta el último instante en la paz separada con Tsarskoie-Selo, mientras que en Londres lo que más se temía era esa misma paz. Únicamente cuando se vio claramente la imposibilidad de la restauración del zar, el Estado Mayor alemán cifró sus esperanzas en la fuerza desmoralizadora del proceso revolucionario. Pero ni siquiera en la cuestión del viaje de Lenin a través de Alemania partió la iniciativa de los círculos alemanes, sino del propio Lenin, y en su forma primitiva, del menchevique Mártov. El Estado Mayor alemán no hizo más que aceptar la iniciativa, aunque, con toda seguridad, no sin vacilaciones. Ludendorff se dijo: "A ver si van un poco mejor las cosas por ese lado."

Durante los acontecimientos de julio, los propios bolcheviques buscaban la acción de una mano extraña y criminal en ciertos excesos inesperados y evidentemente deliberados. Trotski escribía por aquellos días: "¿Qué papel han desempeñado en esto la provocación contrarrevolucionaria o el espionaje alemán? Ahora es difícil decir nada en concreto sobre el particular... Habrá que esperar los resultados de una verdadera investigación... Pero desde ahora puede ya decirse con seguridad que los resultados de una tal investigación puede arrojar una viva luz sobre la labor de las bandas reaccionarias y el papel subrepticio del oro, alemán, inglés o simplemente ruso, o de todo él junto. Sin embargo, ninguna investigación judicial puede modificar la significación política de los acontecimientos. Las masas de obreros y soldados de Petrogrado no han sido ni podían ser comparadas, Dichas masas no están al servicio ni de Guillermo, ni de Buchanan, ni de Miliukov... El movimiento fue preparado por la guerra, el hambre inminente, la reacción que levantaba la cabeza, la incapacidad del gobierno, la ofensiva aventurera, la desconfianza política y la inquietud revolucionaria de los obreros y soldados..." Todos los materiales, documentos y memorias conocidos después de la guerra y de las dos revoluciones, atestiguan, de un modo incontestable, que la participación de los agentes alemanes en los acontecimientos revolucionarios de Rusia no salió ni un momento de la esfera militar y policíaca para

elevarse a la de la alta política. ¿Es necesario, por otra parte, insistir en ello después de la revolución ocurrida en la propia Alemania? ¡Cuán mísero e impotente apareció en el otoño de 1918, frente a los obreros y soldados alemanes, ese servicio de espionaje, que se suponía todopoderoso, de los Hohenzollern! "Los cálculos de nuestros enemigos al mandar a Lenin a Rusia, eran completamente acertados", dice Miliukov. Ludendorff aprecia de un modo completamente distinto los resultados de la empresa: "Yo no podía suponer -dice, justificándose-, que la revolución rusa se convertiría en la tumba de nuestro poderío." Esto no significa otra cosa sino que de los dos estrategas (Ludendorff, que autorizó el viaje de Lenin, y éste, que aceptó la autorización), Lenin veía mejor y más lejos.

"La propaganda enemiga y el bolchevismo -se lamenta Ludendorff en sus Memorias- perseguían los mismos fines en los límites de la nación alemana. Inglaterra dio a China el opio, nuestros enemigos nos dieron la revolución." Ludendorff atribuye a la Entente lo mismo de que Miliukov y Kerenski acusaban a Alemania. ¡Con tanto rigor se venga el sentido histórico ofendido! Pero Ludendorff no paró aquí. En febrero de 1931 anunció al mundo entero que detrás de los bolcheviques estaba el capital financiero internacional, sobre todo el judío, unido por la lucha contra la Rusia zarista y la Alemania imperialista. "Trotski llegó de América a Petersburgo a través de Suecia, provisto de grandes recursos materiales procedentes de los capitalistas de todo el mundo. Las otras sumas de los bolcheviques las recibieron del judío Solmsen, de Alemania." (*Ludendorff Volksswarte*, 15 de febrero de 1931.) Por muy diferentes que sean las declaraciones de Ludendorff de las de Yermolenko, coinciden en un punto: una parte del dinero resulta que llegó de Alemania, aunque, a decir verdad, no procedía de Ludendorff, sino de su enemigo mortal Solmsen. Lo único que faltaba era este testimonio para rematar la cuestión de un modo estético.

Pero ni Ludendorff, ni Miliukov, ni Kerenski inventaron la pólvora, aunque el primero la utilizó en gran escala. Solmsen tuvo en la historia muchos predecesores, tanto en calidad de judío como de agente alemán. El marqués Fersen, embajador sueco en Francia durante la gran revolución y partidario apasionado del poder real, del rey y, sobre todo, de la reina, mandó más de una vez a su gobierno de Estocolmo denuncias de este género: "El judío Efraín, emisario del señor Herzberg, de Berlín (ministro prusiano de Estado), les proporciona (a los jacobinos), dinero; hace poco recibieron 600.000 libras." El periódico moderado *Las Revoluciones de París* expresaba la suposición de que durante la transformación republicana "los emisarios de la diplomacia europea, tales como, por ejemplo, el judío Efraín, agente del rey de Prusia, se infiltraban en la masa movediza y variable"... El mismo Fersen denunciaba: "Los jacobinos... habrían caído ya sin la ayuda de la chusma comprada

por ellos." Si los bolcheviques hubieran pagado diariamente a los que tomaban parte en las manifestaciones, no habrían hecho más que seguir el ejemplo de los jacobinos, con la particularidad de que el dinero empleado en ambos casos en comprar a la "chusma" hubiera sido de origen berlinés. La analogía existente en el modo de obrar de los revolucionarios de los siglos XX y XVIII sería asombrosa si no se viera superada por la coincidencia, todavía más asombrosa, en la calumnia, por parte de sus enemigos. Pero no hay necesidad de limitarse a los jacobinos. La historia de todas las revoluciones y guerras civiles atestigua invariablemente que la clase amenazada o depuesta se inclinaba a buscar la causa de sus desventuras, no en ella misma, sino en los agentes y emisarios extranjeros. No sólo Miliukov, en calidad de sabio historiador, sino el mismo Kerenski, como lector superficial, no pueden dejar de ignorar esto. En cuanto políticos, sin embargo, se convierten en víctimas de su propia función contrarrevolucionaria.

A pesar de esto, las teorías relativas al papel revolucionario de los agentes extranjeros, lo mismo que todos los extravíos colectivos típicos, tienen una base histórica indirecta. Consciente e inconscientemente, cada pueblo, en los períodos críticos de su existencia, se apropia audaz y ampliamente los tesoros de los demás pueblos. Además, a menudo desempeñan un papel dirigente en el movimiento progresivo hombres que viven en el extranjero o emigrantes que regresan a su país. Por esta razón, las nuevas ideas e instituciones aparecen a los sectores conservadores, ante todo, como productos exóticos, extranjeros. La aldea contra la ciudad, los pueblecillos contra las capitales, el pequeño burgués contra el obrero, se defienden, en calidad de fuerzas nacionales, contra las influencias extranjeras. El movimiento de los bolcheviques era presentado por Miliukov como "alemán", en definitiva, obedeciendo a los mismos motivos por los que durante siglos consideraba el campesino ruso como alemán a toda persona vestida como en las ciudades. La diferencia consiste únicamente en que el campesino procede de buena fe.

En 1918 y, por tanto, con posterioridad a la revolución de Octubre, la oficina de prensa del gobierno norteamericano dio solemnemente a la publicidad una colección de documentos sobre las relaciones de los bolcheviques con los alemanes. Muchas personas ilustradas y perspicaces concedieron crédito a esa grosera falsificación, que no resistía a la más leve crítica, hasta que se descubrió que los originales de los documentos, que, según se decía, proceden de distintos países, estaban escritos en una misma máquina. Los falsarios no se mostraban muy escrupulosos para con los consumidores de sus documentos: por lo visto, estaban persuadidos de que la necesidad política de poner al desnudo a los bolcheviques ahogaría la voz de la crítica. Y no se equivocaban, pues por los documentos

se les pagó bien. Sin embargo, el gobierno norteamericano, al que separaba de la arena de la lucha el océano, sentía solamente un interés secundario por el asunto.

Pero, sea como sea, ¿por qué aparece tan indigente y uniforme la calumnia política? Porque la psicología social es económica y conservadora. No hace más esfuerzos de los que necesita para sus fines, prefiere tomar prestado lo viejo cuando no se ve obligada a construir algo nuevo y aun, en este último caso, combina los elementos de lo viejo. Las nuevas religiones no han creado nunca una mitología propia, sino que se han limitado a transformar las supersticiones del pasado. De la misma manera se han creado los sistemas filosóficos, las doctrinas del Derecho y de la moral. Los hombres, aun los criminales, se desarrollan de un modo tan armónico como la sociedad que los educa. La fantasía audaz convive dentro de un mismo cráneo con la tendencia servil a las fórmulas hechas. Las audacias más insolentes se concilian con los prejuicios más groseros. Shakespeare alimentaba su obra creadora con argumentos que habían llegado hasta él desde la profundidad de los siglos. Pascal demostraba la existencia de Dios con ayuda del cálculo de probabilidades. Newton describió las leyes de la gravedad y creía en el Apocalipsis. Desde que Marconi instaló la telefonía sin hilos en la residencia del Papa, el representante de Cristo difunde por medio de la radio la bendición mística. En tiempos normales, estas contradicciones no salen del estado latente. Pero durante las catástrofes adquieren una fuerza explosiva. Cuando se trata de una amenaza a los intereses materiales, las clases ilustradas ponen en movimiento todos los prejuicios y extravíos que la Humanidad arrastra en pos de sí. ¿Se puede ser muy exigente con los dueños derribados de la antigua Rusia por haber elaborado la mitología de su caída mediante lo que, poco escrupulosamente, habían tomado prestado a las clases derribadas anteriormente? Hay que reconocer, sin embargo, que el hecho de que Kerenski, muchos años después de los acontecimientos, resucite en sus *Memorias* la versión de Yermolenko, parece, en todo caso, superfluo.

La calumnia de los años de guerra y revolución, ya lo hemos dicho, asombra por su monotonía. Sin embargo, hay una diferencia. De la cantidad acumulada se obtiene una nueva calidad. La lucha de los demás partidos entre sí parecía casi una disputa de familia en comparación con su campaña común contra los bolcheviques. En las reyertas entre sí parecía como si se entrenaran únicamente para otra lucha, de carácter decisivo. Aun al lanzarse mutuamente la acusación de estar en contacto con los alemanes, nunca llevaban las cosas hasta las últimas consecuencias. Julio nos ofrece otro espectáculo. En su ataque contra los bolcheviques, todas las fuerzas dominantes: gobierno, justicia, contraespionaje, Estados Mayores, funcionarios, municipios, partidos de la mayoría soviética, su prensa, sus

oradores, constituyen un todo único y grandioso. Las mismas divergencias entre ellos, al igual que la diversidad de instrumentos en una orquesta, no hacen más que aumentar el efecto general. La invención absurda de dos sujetos despreciables se convierte en un factor de importancia histórica. La calumnia se despeña como el Niágara. Si se toma en consideración la situación de entonces -la guerra y la revolución- y el carácter de los acusados, caudillos revolucionarios de millones de hombres que conducían a su partido al poder, puede decirse sin exageración que julio de 1917 fue el mes de la mayor calumnia que ha conocido la historia del mundo.

CAPITULO XXVIII
LA CONTRARREVOLUCIÓN LEVANTA LA CABEZA

En los dos primeros meses, bien que el poder perteneciera oficialmente al gobierno Guchkov-Miliukov, hallábase, en realidad, concentrado por entero en las manos de los soviets. En los dos meses siguientes, el Soviet se debilitó: parte de su influencia sobre las masas pasó a los bolcheviques, ni más ni menos que los ministros socialistas llevaron en sus carteras parte del poder al gobierno de coalición. Al iniciarse la preparación de la ofensiva, reforzóse automáticamente la importancia del mando, de los órganos del capital financiero y del partido kadete. Antes de verter la sangre de los soldados, el Comité ejecutivo realizó una considerable transfusión de su misma sangre a las arterias de la burguesía. Entre bastidores, los hilos se concentraban en las manos de las embajadas y de los gobiernos de la Entente.

En la conferencia interaliada que se había inaugurado en Londres, los amigos de Occidente se "olvidaron" de invitar al embajador ruso. Sólo cuando éste hizo que se acordasen de su existencia, se le llamó diez minutos antes de abrirse la sesión, con la particularidad de que resultó que en la mesa no había sitio para él, y tuvo que sentarse entre los representantes franceses. El escarnio de que era objeto el embajador del gobierno provisional y la significativa salida de los kadetes del Ministerio -ambos acontecimientos tuvieron lugar el 2 de julio- perseguían el mismo fin: acorralar a los conciliadores. La demostración armada que tuvo lugar inmediatamente después de esto, debía poner tanto más fuera de sí a los jefes soviéticos, cuanto que éstos, ante este doble golpe, fijaron toda su atención en un sentido completamente opuesto. Ya que no quedaba otro remedio que arrastrar la sangrienta carreta en alianza con la Entente, no cabía encontrar mejores intermediarios que los kadetes. Chaikovski, uno de los más viejos revolucionarios rusos, que se había convertido, durante los largos años de emigración, en un liberal británico moderado, decía en tono de mentor: "Para la guerra se necesita dinero, y los aliados no van a dárselo a los socialistas." A los conciliadores les avergonzaba emplear este argumento, pero comprendían todo el peso que tenía.

La correlación de fuerzas se había modificado de un modo evidentemente desventajoso para el pueblo, pero nadie podía decir hasta qué punto. En todo caso, los apetitos de la burguesía habían aumentado mucho en medida más considerable que sus posibilidades. El choque era el resultado de ese estado indefinido, pues las fuerzas de las clases se someten a prueba en la acción, y los acontecimientos de la revolución se reducen a

esas pruebas repetidas. Cualquiera que fuese, sin embargo, la importancia de la revolución realizada por el poder de la izquierda a la derecha, poca repercusión tuvo en el gobierno provisional, que seguía siendo un lugar vacío. Con los dedos pueden contarse las personas que en los críticos días de julio se interesaban por el Ministerio del príncipe Lvov. El general Krimov, que no era otro que el que en otro tiempo había hablado con Guchkov de la deposición de Nicolás II -pronto, tropezaremos de nuevo con este general por última vez-, mandó al príncipe un telegrama que terminaba con el siguiente precepto: "Hay que pasar de las palabras a los hechos." El consejo parecía una burla, y no hacía más que subrayar la impotencia del gobierno.

"A principios de julio -escribía posteriormente el liberal Nabokov- hubo un breve momento en que pareció elevarse de nuevo el prestigio del poder; fue después del aplastamiento de la primera acción bolchevista. Pero el gobierno no supo aprovechar ese momento, y dejó escapar las favorables circunstancias de entonces. Estas no volvieron a repetirse." En el mismo sentido se expresaron otros representantes de la derecha.

En realidad, durante las jornadas de julio, lo mismo que en todos los momentos críticos, en general, los componentes de la coalición perseguían fines distintos. Los conciliadores hubieran estado completamente dispuestos a permitir el aplastamiento definitivo de los bolcheviques, de no haber sido evidente que después de haber acabado con los bolcheviques, los oficiales, cosacos, Caballeros de San Jorge y brigadas de asalto, acabarían con los mismos conciliadores. Los kadetes querían ir hasta las últimas consecuencias para barrer no sólo a los bolcheviques, sino también a los soviets. Sin embargo, no tenía nada de casual la particularidad de que, en los momentos más difíciles, sin excepción, se hallaran fuera del gobierno los kadetes. De él los echaba, en fin de cuentas, la presión de las masas, irresistible a pesar de todas las barreras opuestas por los conciliadores. Los liberales, aun en el caso de que hubieran conseguido adueñarse del poder, no habrían podido conservarlo, como lo demostraron posteriormente los acontecimientos de un modo que no deja lugar a dudas. La idea de que en julio se había dejado pasar una posibilidad favorable no representa más que una ilusión retrospectiva. En todo caso, la victoria de julio no sólo no consolidó el poder, sino que, por el contrario, abrió un período de crisis gubernamental prolongada que no se resolvió formalmente hasta el 24 de julio y, en el fondo, no fue más que la iniciación de la agonía, que duró cuatro meses, del régimen de febrero.

Los conciliadores luchaban con la necesidad de reconstituir la semiamistad con la burguesía y atenuar la hostilidad de las masas. El nadar entre dos aguas se convierte para

ellos en forma de existencia; los zig-zags se transforman en un devaneo febril, pero la orientación fundamental se orienta reciamente hacia la derecha. El 7 de julio, el gobierno adopta una serie de medidas represivas. Pero en la misma sesión, de un modo subrepticio, aprovechándose de la ausencia de los "mayores", esto es, de los kadetes, los ministros socialistas propusieron al gobierno la realización inmediata del programa adoptado por el congreso de los soviets celebrado en junio. Esto contribuyó inmediatamente a acentuar la disgregación del gobierno. El príncipe Lvov, gran terrateniente y ex presidente de, la alianza de los zemstvos, acusó al gobierno de llevar a cabo una política agraria que "minaba los fundamentos de la conciencia moral del pueblo"... A los terratenientes, lo que les inquietaba no era que pudieran verse privados de las haciendas que habían recibido en herencia, sino que los conciliadores "tienden a colocar a la Asamblea constituyente ante el hecho consumados.. Todos los pilares de la reacción monárquica se convierten ahora en partidarios ardientes de la democracia pura. El gobierno decidió confiar la presidencia a Kerenski, conservando para este mismo la cartera de Guerra y Marina. Tsereteli, nuevo ministro de la Gobernación, tuvo que contestar en el Comité ejecutivo a las preguntas que se le formularon con motivo de las detenciones de bolcheviques. La protesta partió de Mártov, y Tsereteli contestó sin remilgos a su antiguo compañero de partido que prefería tener que habérselas con Lenin antes que con Mártov: al primero sabe cómo hay que tratarlo, mientras que el segundo le ata las manos... "Tomo sobre mí la responsabilidad de estas detenciones" -profirió en tono de reto el ministro.

Al asestar sus golpes a la izquierda, los conciliadores pretenden justificar la represión con el peligro que amenaza desde la derecha: "Rusia está amenazada de una dictadura militar -dice Dan en la sesión del 9 de julio-. Tenemos el deber de arrancar la bayoneta de las manos de la dictadura militar; pero esto no podemos hacerlo más que convirtiendo al gobierno provisional en Comité de Salud pública. Debemos conferirle atribuciones ilimitadas para que pueda arrancar de raíz la anarquía de la izquierda y la contrarrevolución de la derecha..." Como si ese gobierno, que luchaba contra los obreros, soldados y campesinos, hubiera podido tener en sus manos otra bayoneta que no fuera la de la contrarrevolución. La Asamblea, por 252 votos y 42 abstenciones, decidió: "1) El país y la revolución están en peligro; 2) El gobierno provisional es declarado gobierno de salvación de la revolución; 3) Se confieren al mismo atribuciones ilimitadas." La resolución resonaba fuerte, como un barril vacío. Los bolcheviques presentes en la reunión se abstuvieron de votar, lo cual atestigua que en aquellos días la dirección del partido estaba desorientada.

Los movimientos de masas, aun derrotados, nunca pasan sin dejar huella. El sitio que ocupaba antes al frente del gobierno un señor con título, lo ocupó un abogado radical; del Ministerio de la Gobernación se encargó un ex presidiario. La renovación plebeya del poder era un hecho. Kerenski, Tsereteli, Chernov, Skobelev, jefes del Comité ejecutivo, determinaban ahora la fisonomía del gobierno. ¿Acaso no podía considerarse esto como la realización de la consigna de las jornadas de junio: "Abajo los diez ministros capitalistas"? No; esto no hacía más que poner de manifiesto su inconsistencia. Los ministros socialistas tomaron el poder con el solo fin de devolverlo a los ministros capitalistas. *La coalition est morte, vive la coalition!* En la plaza de Palacio se representa la comedia vergonzosa y solemne del desarme de los soldados del regimiento de ametralladoras. Se procede al licenciamiento de varios regimientos. Se envía parcialmente al frente a los soldados. Los hombres de cuarenta años son mandados a las trincheras. Todos ellos no son más que agitadores contra el régimen de Kerenski. Se cuentan por docenas de miles, y hasta el otoño llevan a cabo una gran labor. Se desarma, paralelamente, a los obreros, aunque con menos éxito. Bajo la presión de los generales -ya veremos las formas que esa presión tomaba- se instituye la pena de muerte en el frente. Pero aquel mismo día, 12 de julio, se publica un decreto que limita la compra-venta de tierras. Esa medida retrasada, adoptada bajo la amenaza del hacha campesina, suscitó la zumba de la izquierda, la rabia de la derecha. Al mismo tiempo se prohibían las manifestaciones en la calle -amenaza a la izquierda- y Tsereteli se decidía a poner coto a las detenciones arbitrarias -tentativas de asestar un golpe a la derecha-. Al destituir al comandante de las tropas de la región, Kerenski explicaba a los elementos de la izquierda que el motivo de esta medida era la persecución de las organizaciones obreras, motivo que, en sus explicaciones a la derecha, pasaba a ser la falta de decisión.

Los cosacos se convirtieron en los verdaderos héroes del Petrogrado burgués. "Hubo casos -cuenta el oficial de cosacos Grecov- en que cuando un cosaco de uniforme entraba en un sitio público, en un restaurante, por ejemplo, todo el mundo se ponía en pie y aplaudía al recién llegado." Los teatros y los cines organizaron una serie de fiestas a beneficio de los cosacos heridos y de las familias de los muertos. La mesa del Comité ejecutivo se vio obligada a designar una comisión presidida por Cheidse para que tomase parte en la organización del entierro "de los combatientes caídos en los días 3 y 5 de julio en el cumplimiento de su deber revolucionario". Los conciliadores tuvieron que apurar hasta las heces de la copa de la humillación. La ceremonia comenzó con una función litúrgica en la catedral de Isaac. Llevaban los ataúdes Rodzianko, Miliukov, el príncipe Lvov y Kerenski, los cuales se dirigieron en procesión al monasterio de Alexander Nevski para el

entierro. En todo el recorrido se hallaba ausente la milicia: del mantenimiento del orden se encargaron los cosacos: el día del entierro fue el de su dominación completa en Petrogrado. Los obreros y soldados muertos por los cosacos y hermanos de las víctimas de febrero, fueron enterrados en secreto, como lo habían sido bajo el zarismo las víctimas del 9 de enero.

El gobierno exigió del Comité ejecutivo de Cronstadt que pusiera inmediatamente a disposición de las autoridades militares a Raskolnikov, Roschal y el teniente Remniev, bajo la amenaza de bloquear la isla. En Helsingfors fueron detenidos en el primer momento no sólo los bolcheviques, sino también los socia revolucionarios de izquierda.

El príncipe Lvov, después de presentar su dimisión, se lamentaba en la prensa de que "los soviets se hallan por debajo de la moral del Estado y no han limpiado sus filas arrojando a los leninistas, esos agentes de los alemanes"... Los conciliadores consideraron punto de honra demostrar su moralidad como hombres de Estado. El 13 de julio, los comités ejecutivos adoptan la siguiente resolución, presentada por Dan: "Todas las personas inculpadas por la autoridad judicial quedan privadas del derecho de participar en los comités ejecutivos hasta que los tribunales dicten sentencia." Con esto, los bolcheviques quedaban de hecho fuera de la ley. Kerenski suspendió toda la prensa bolchevista. En provincias se detenía a los comités agrarios. La *Izvestia* vertía lágrimas de impotencia: "Hace pocos días fuimos testigos de la anarquía desencadenada en las calles de Petrogrado. Hoy resuena en esas mismas calles, sin que nadie la contenga, la palabra de los contrarrevolucionarios y de los "cien negros"."

Después del licenciamiento de los regimientos más revolucionarios y del desarme de los obreros, la actuación del gobierno se orientó aún más hacia la derecha. Una considerable parte de las atribuciones reales del poder se concentró en manos de los elementos dirigentes de los grupos militares, industrial-bancarios y liberales. Otra parte del poder continuó en manos de los soviets. Existía el poder dual, pero no ya el poder dual legalizado, de contacto o coalición, de los meses anteriores, sino el poder dual de dos camarillas: la militarburguesa y la conciliadora, las cuales se temían mutuamente, bien que al mismo tiempo se necesitasen. ¿Qué podía hacerse? Resucitar la coalición. "Después de la insurrección del 3-5 de julio -dice con justicia Miliukov-, la idea de la coalición no sólo no desapareció, sino que, lejos de ello, adquirió temporalmente una fuerza y una significación mayores que antes."

El Comité provisional de la Duma de Estado resucitó inesperadamente y adoptó una violenta resolución contra el gobierno de salvación. Era el último empujón. Todos los

ministros entregaron sus carteras a Kerenski, convirtiéndole con ello en el punto de concentración de la soberanía nacional. En la suerte ulterior del régimen de febrero, lo mismo que en el destino personal de Kerenski, ese momento adquirió una significación importante: en el caos os grupos, dimisiones y nombramientos, aparecía algo semejante a un punto fijo alrededor del cual giraban todos los demás. La dimisión de los ministros no sirvió más que para iniciar las negociaciones con los kadetes y los industriales. Los primeros pusieron sus condiciones: responsabilidad de los miembros del gobierno "exclusivamente ante su propia conciencia"; unión completa con los aliados; restauración de la disciplina en el ejército; ninguna reforma social antes de la Asamblea constituyente. Uno de los puntos no consignados por escrito era el aplazamiento de las elecciones para la Constituyente. Esto era calificado de "programa nacional por encima de los partidos". En el mismo sentido contestaron los representantes del comercio y de la industria, que en vano trataron los conciliadores de oponer a los kadetes.

El Comité ejecutivo ratificó su resolución relativa a la asignación de "todas las atribuciones" al gobierno, que equivalía a aceptar la independencia del gobierno respecto de los soviets. Aquel mismo día, Tsereteli, como ministro de la Gobernación, expidió circulares en que se ordenaba la adopción "de medidas rápidas y decisivas para poner término a todas las acciones espontáneas en la esfera de las relaciones agrarias". Por su parte, el ministro de Abastos, Peschejonov, exigió que se pusiera término "a los actos criminales y de violencia contra los terratenientes". El gobierno de salvación de la revolución aparecía, ante todo, como un gobierno de salvación de la propiedad agraria. Pero no era sólo esto. El ingeniero y hombre de negocios Palchinski, que desempeñaba la triple función de director del Ministerio del Comercio y de la Industria, de encargado principal del combustible y del metal y de director de la Comisión de Defensa, practicaba enérgicamente la política del capital sindicado. El economista menchevique Cherevanin se lamentaba, en la sección económica del Soviet, de que las buenas iniciativas de la democracia se estrellaran ante el sabotaje de Palchinski. El ministro de Agricultura, Chernov, acusado por los kadetes de estar en relaciones con los alemanes, se vio obligado, "para rehabilitarse", a presentar la dimisión. El 18 de junio el gobierno, en el que predominaban los socialistas, publica un manifiesto disolviendo el "Seim" finlandés insumiso, que contaba con una mayoría socialdemócrata. En una solemne nota a los aliados, con motivo de cumplirse el tercer año de la guerra mundial, el gobierno no sólo repite el juramento ritual de fidelidad, sino que da cuenta del feliz aplastamiento del motín

provocado por los agentes enemigos. ¡Inaudito documento de adulación! Al mismo tiempo se publica una ley feroz contra la infracción de la disciplina en los ferrocarriles.

Después que el gobierno hubo demostrado su madurez estatal, Kerenski se decidió al fin a contestar al ultimátum del partido kadete, en el sentido de que las condiciones impuestos por el mismo "no pueden constituir un obstáculo a la entrada en el gobierno provisional". Sin embargo, la capitulación enmascarada no bastaba ya a los liberales, los cuales tenían necesidad de hacer caer de hinojos a los conciliadores. El comité central del partido kadete manifestó que la declaración ministerial del 8 de julio -una sarta de lugares comunes democráticos-, publicada después de la ruptura de la coalición, era inaceptable para él y cortó las negociaciones.

El ataque tenía carácter concéntrico. Los kadetes obraban en estrecha conexión, no sólo con los industriales y diplomáticos aliados, sino también con el generalato. El comité principal de la Asociación de Oficiales existente cerca del Cuartel general, se hallaba bajo la dirección efectiva del partido kadete. Los kadetes ejercían presión sobre los conciliadores, a través del alto mando, por la parte más sensible. El 8 de julio, Kornílov, generalísimo del frente suroccidental, dio orden de disparar con las ametralladoras y la artillería contra los soldados que se batieran en retirada. Apoyado por el comisario del frente, Savinkov, ex jefe de la organización terrorista de los socialrevolucionarios, Kornílov había exigido poco antes de esto la implantación de la pena de muerte en el frente, amenazando, en caso contrario, con renunciar al mando. El telegrama secreto apareció inmediatamente en la prensa: Kornílov se había preocupado de que la gente se enterara de su existencia. El generalísimo Brusílov, más prudente y evasivo, escribía a Kerenski: "Las lecciones de la Gran Revolución francesa, olvidadas, en parte, por nosotros, hacen, sin embargo, recordar imperiosamente su existencia"... Las lecciones consistían en que los revolucionarios franceses, después de haber intentado inútilmente transformar el ejército, basándose "en los principios de humanidad", habían adoptado la pena de muerte, "y sus banderas victoriosas recorrieron medio mundo". Fuera de esto, nada más habían leído los generales en el libro de la Revolución.

El 12 de julio, el gobierno restableció la pena de muerte "durante la guerra, para los que cometan ciertos crímenes graves". Sin embargo, el jefe del frente septentrional, Klembovski, escribía tres días después: "La experiencia ha demostrado que aquellas partes del ejército que han recibido muchos refuerzos, han hecho evidente su completa incapacidad combativo. El ejército no puede ser sano, si la base de donde parten los refuerzos está podrida." Esa base podrida era el pueblo ruso.

El 16 de julio convocó Kerenski en el Cuartel general una conferencia de jefes, con participación de Tereschenko y Savinkov. Kornílov no estaba presente: en su frente la retirada continuaba a toda marcha y no cesó hasta unos días después, cuando los propios alemanes se detuvieron en la antigua frontera nacional. Los nombres de los que intervinieron en la conferencia -Brusílov, Alexéiev, Ruski, Klembovski, Denikin, Romanovski- resonaban como el eco de una época hundida para siempre en el abismo. Por espacio de cuatro meses, estos generales habían tenido la sensación de ser poco menos que unos cadáveres. Ahora, al sentirse revivir, recompensaban impunemente con rencorosos capirotazos al ministro presidente, considerado por ellos como la encarnación de la revolución.

Según los datos del Cuartel general, el ejército del frente suroccidental había perdido cerca de 56.000 hombres en el período comprendido entre el 18 de junio y el 6 de julio, número insignificante de víctimas en una guerra de las proporciones de aquélla. Pero las dos revoluciones, la de Febrero y la de Octubre, resultaron mucho más baratas. ¿Qué dio la ofensiva de los liberales y conciliadores, como no fuera la muerte, la destrucción y calamidades sin cuento? Las conmociones sociales del año 1917 transformaron la faz de la sexta parte del globo y entreabrieron nuevas posibilidades a la humanidad. Las crueldades y horrores de la revolución, que no queremos negar ni atenuar, no llueven del cielo, sino que son inseparables de todo desarrollo histórico.

Brusílov informó de los resultados de la ofensiva iniciada un mes antes: "Fracaso completo." La causa de ello residía en que "los jefes, desde el comandante de compañía hasta el generalísimo, no tenían ningún poder". No dice cómo y por qué lo perdieron. Por lo que se refiere a las operaciones futuras "no podemos prepararnos para las mismas antes de la primavera". Klembovski, después de insistir, lo mismo que otros, en la necesidad de las medidas represivas, apresuróse a expresar sus dudas respecto a su eficacia. "¿La pena de muerte? Pero, ¿acaso se puede ejecutar a divisiones enteras? ¿Someter a Consejo de guerra? Entonces, la mitad del ejército irá a parar a Siberia"... El jefe del Estado Mayor informó: "Cinco regimientos de la guarnición de Petrogrado han sido licenciados. Se entrega a los tribunales a los agitadores... Cerca de noventa mil hombres serán retirados de Petrogrado." Estas declaraciones fueron acogidas con satisfacción. Nadie pensó en las consecuencias que traería aparejadas la evacuación de la guarnición de Petrogrado.

"¿Los comités? -decía Alexéiev-. Es preciso destruirlos... La historia militar, que cuenta con miles de años de existencia, ha elaborado sus leyes. Al querer vulnerarlas hemos sufrido un fiasco." Ese hombre entendía por leyes de la historia el reglamento. "Los

hombres -decía jactanciosamente Ruski- marchaban a la muerte tras las viejas banderas como si fueran en pos de algo sagrado. Ahora marchan tras las banderas rojas; pero cuerpos de ejército enteros se han rendido." El valetudinario general olvidaba lo que él mismo decía, en agosto de 1915, al Consejo de ministros: "Las exigencias modernas de la técnica militar se hallan fuera de nuestro alcance; en todo caso, no podremos llegar al nivel de los alemanes." Klembovski subrayó maliciosamente que el ejército, a decir verdad, no lo habían destruido los bolcheviques, sino "otros", "gentes que no comprendían la manera de ser del ejército" al implantar una legislación militar detestable. Había en esto una alusión directa a Kerenski. Denikin atacó a los ministros de un modo más resuelto: "Sois vosotros los mismos que habéis hundido en el cieno nuestras gloriosas banderas de combate, los que debéis levantarlas si tenéis conciencia..." ¿Y Kerenski? Kerenski, sobre el que pesaba la sospecha de carecer de conciencia, da humildemente las gracias al soldadote por su "opinión expresada de un modo tan franco y tan digno". ¿La declaración de los derechos del soldado? "Si yo hubiera sido ministro cuando fue elaborada, la declaración no se habría publicado. ¿Quién fue el primero en sofocar el motín de los fusilemos siberianos? ¿Quién fue el primero que vertió la sangre para apaciguar a los rebeldes? Mi representante, mi comisario." El ministro de Estado, Terechenko, dice por vía de consuelo: "Nuestra ofensiva, a pesar de su fracaso, ha aumentado la confianza de los aliados respecto de nosotros." ¡La confianza de los aliados! ¿Acaso no gira para esto la Tierra alrededor de su eje?

"En la actualidad, los oficiales son el único reducto de la libertad y de la revolución", dice Klembovski. "El oficial no es un burgués -aclara Brusílov-, sino un verdadero proletario." El general Ruski completa: "También los generales son proletarios." Destruir los comités, restaurar el poder de los antiguos jefes, desterrar la política, es decir, la revolución, del ejército, tal es el programa de los proletarios con grado de general. Kerenski no hace objeción alguna al programa en sí. Lo único que Ir preocupa es el plazo de realización del mismo. "Por lo que se refiere a las medidas propuestas -dice-, creo que ni el mismo general Denikin insistirá en su aplicación inmediata." Casi todos los generales eran unas grises mediocridades. Pero no podían dejar de decirse: "Este es el lenguaje que hay que emplear con estos señores."

Como resultado de la conferencia se introdujeron modificaciones en el mando supremo. El dúctil e influenciable Brusílov, designado en lugar del prudente oficinista Alexéiev, que había hecho objeciones a la ofensiva fue destituido y, en su lugar, fue nombrado el general Kornílov. Los motivos de la modificación no fueron explicados de un

modo igual; a los kadetes se les prometió que Kornílov instauraría una disciplina férrea; a los conciliadores se les aseguró que Kornílov era amigo de los comités y de los comisarios: el propio Savinkov respondía de sus sentimientos republicanos. Como respuesta a la elevada designación con que se le honraba, el general mandó un nuevo ultimátum al gobierno, en el cual anunciaba que aceptaba el nombramiento sólo con las condiciones siguientes: "Responsabilidad ante su propia conciencia y ante el pueblo, exclusivamente; ninguna intervención en el nombramiento del alto mando; restablecimiento de la pena de muerte en el interior." El primer punto suscitaba dificultades; Kerenski había empezado ya a "responder ante su propia conciencia y ante el pueblo", y en este aspecto no había rivalidad posible. El telegrama de Kornílov fue publicado en el periódico liberal de más circulación. Los políticos reaccionarios prudentes fruncieron el ceño. El ultimátum de Kornílov era un ultimátum del partido kadete, traducido al lenguaje indiscreto de un general cosaco. Pero el cálculo de Kornílov era justo: el carácter desmesurado de las pretensiones consignadas en el ultimátum y la insolencia del tono de este último provocaron el entusiasmo de todos los enemigos de la revolución y, en primer lugar, de la oficialidad. Kerenski quería destituir inmediatamente a Kornílov, pero no halló apoyo alguno en su gobierno. En fin de cuentas, Kornílov, siguiendo el consejo de sus inspiradores, accedió a reconocer, en una aclaración verbal, que por responsabilidad ante el pueblo entendía la responsabilidad ante el gobierno provisional. El resto del ultimátum fue aceptado con reservas de escasa importancia. Kornílov fue nombrado generalísimo. Al mismo tiempo, se designó al ingeniero militar Filonenko como comisario cerca del generalísimo, y Savinkov, ex comisario del frente sudoccidental, fue puesto al frente de la administración del Ministerio de la Guerra. El primero era una figura accidental; el segundo contaba con un gran pasado revolucionario; ambos eran aventureros de pies a cabeza, dispuestos a todo, como Filonenko, o, por lo menos, a mucho, como Savinkov. Su estrecha relación con Kornílov, que favoreció la rápida carrera del general, desempeñó, como veremos, un papel importante en el desarrollo ulterior de los acontecimientos.

Los conciliadores se rendían en toda la línea. Tsereteli afirmaba: "La coalición es el único camino de salvación." A pesar de la ruptura formal, continuaban los cabildeos entre bastidores. Para precipitar el desenlace, Kerenski, evidentemente de acuerdo con los kadetes, recurrió a una medida puramente teatral, esto es, completamente en consonancia con su política, pero, al mismo tiempo, muy eficaz para sus fines: presentó la dimisión y se marchó al campo, dejando a los conciliadores entregados a su propia desesperación. Miliukov dice a este propósito: "Con su salida demostrativa... hizo ver, tanto a sus

enemigos y competidores como a sus partidarios, que, fuera cual fuera la opinión que les mereciesen sus cualidades personales, en aquel momento era necesario por la situación política de mediador que ocupaba entre los dos bandos beligerantes." La partida estaba ganada. Los conciliadores se arrojaron en brazos del "compañero Kerenski", con imprecaciones sofocadas y súplicas ostensibles. Ambas partes, los kadetes y los socialistas, impusieron sin dificultad al Ministerio decapitado el acuerdo de eliminarse a sí mismo, cediendo a Kerenski la facultad de formar un nuevo gobierno según su criterio personal.

Para amedrentar definitivamente a los miembros de los comités ejecutivos, ya suficientemente asustados sin necesidad de acudir a este recurso, facilitan los datos más recientes sobre el empeoramiento de la situación en el frente. Los alemanes aprietan a las tropas rusas. Los liberales aprietan a Kerenski, Kerenski aprieta a los conciliadores. Las fracciones de los mencheviques y socialrevolucionarios, sumidas en la más desoladora impotencia, permanecen reunidas toda la noche del 23 al 24 de julio. Al fin, los comités ejecutivos, por una mayoría de 147 votos contra 46 y 42 abstenciones -oposición nunca vista hasta entonces-, sancionan la entrega del poder a Kerenski sin condiciones ni limitaciones. En el congreso de los kadetes, que se estaba celebrando simultáneamente, resonaron voces en favor del derrumbamiento de Kerenski, pero Miliukov hizo callar a los impacientes, proponiendo que, de momento, no se fuera más allá de la presión. Esto no significa que Miliukov se forjara ilusiones con respecto a Kerenski, sino que veía en él un punto de apoyo para las fuerzas de las clases poseedoras. Después de librar de los soviets al gobierno, no ofrecía dificultad alguna librarlo de Kerenski.

Entretanto, los dioses de la coalición seguían teniendo sed. El acuerdo de detener a Lenin precedió a la formación del gobierno transitorio del 7 de julio. Ahora era necesario marcar con un acto de firmeza la resurrección de la coalición. El 13 de julio apareció ya en el periódico de Gorki -la prensa bolchevista ya no existía- una carta abierta de Trotski al gobierno provisional, en la cual se decía: "No podéis tener ningún motivo lógico para excluirme de los efectos del decreto en virtud del cual deben ser detenidos los compañeros Lenin, Zinóviev y Kámenev. Por lo que se refiere al aspecto político de la cuestión, no podéis tener motivo alguno para dudar de que yo sea un adversario tan irreconciliable de la política general del gobierno provisional como los mencionados compañeros." La noche en que se estaba constituyendo el nuevo Ministerio, fueron detenidos en Petrogrado Trotski y Lunacharski, y, en el frente, el teniente Krilenko, futuro generalísimo de los bolcheviques.

El gobierno que salió a la luz después de una crisis de tres semanas, tenía un aspecto harto inconsistente. Componíase de figuras de segunda y tercera fila, seleccionadas de

acuerdo con el principio del mal menor. Como sustituto del presidente fue nombrado el ingeniero Nekrasov, kadete de izquierda, que el 27 de febrero proponía la entrega del poder a uno de los generales zaristas para que sofocara la revolución. El escritor Prokopovich, sin partido ni personalidad, situado entre los kadetes y los mencheviques, fue ministro de la Industria y del Comercio. Zarudni, hijo del ministro "liberal" de Alejandro II, ex fiscal y luego abogado radical, fue llamado a la dirección de la Justicia. El presidente del comité ejecutivo de los campesinos Avksentiev, obtuvo la cartera de ministro de la Gobernación. El menchevique Skobelev y el socialista popular Peschejonov permanecieron en sus puestos de ministro del Trabajo y de Abastos, respectivamente. De los liberales, entraron a formar parte del gabinete figuras no menos secundarias, que ni antes ni después desempeñaron ningún papel dirigente. Chernov volvió de un modo bastante inesperado al Ministerio de Agricultura; en los cuatro días transcurridos entre la dimisión y su nuevo nombramiento, había conseguido rehabilitarse. En su *Historia,* Miliukov hace notar imparcialmente que el carácter de las relaciones entre Chernov y las autoridades alemanas "quedó sin aclarar; es posible -añade- que tanto las declaraciones del contraespionaje ruso, como la sospecha de Kerenski, Tereschenko y otros, hubieran ido demasiado lejos en este sentido". La reintegración de Chernov al Ministerio de Agricultura no era más que un tributo al prestigio del partido dirigente de los socialrevolucionarios, en el cual Chernov, dicho sea de paso, iba perdiendo, cada vez más, su influencia. En cambio, Tsereteli se quedó prudentemente fuera del gobierno; en mayo se consideraba que su presencia en el gobierno sería útil a la revolución; ahora se disponía a ser útil al gobierno formando parte del Soviet. Y, en efecto, a partir de ese momento, Tsereteli cumple las funciones de comisario de la burguesía en el sistema de los soviets. "Si los intereses del país fueran vulnerados por la coalición -decía en la reunión del Soviet de Petrogrado-, sería un deber para nosotros hacer retirar del gobierno a nuestros compañeros." Ya no se trataba, como había prometido Dan no hacía mucho tiempo, de eliminar a los liberales una vez gastados, sino de abandonar ellos mismos el timón oportunamente en cuanto comprendieran que no podían dar más de sí. Tsereteli preparaba la entrega completa del poder a la burguesía.

En la primera coalición, formada el 6 de mayo, los socialistas estaban en minoría, pero eran los verdaderos dueños de la situación; en el Ministerio del 24 de julio, estaban en mayoría, pero no eran más que una sombra de los liberales. "A pesar de que los socialistas tenían un pequeño predominio nominal -reconoce Miliukov-, el predominio efectivo en el gobierno pertenecía incontestablemente a los partidarios convencidos de la democracia burguesa." Se hubiera podido decir con más precisión: de la propiedad burguesa. Por lo

que a la democracia se refiere, las cosas estaban menos definidas. Animado del mismo espíritu, aunque con argumentos inesperados, el ministro Peschejonov comparaba la coalición de julio a la de mayo; entonces, la burguesía tenía necesidad de un punto de apoyo en la izquierda; ahora, cuando amenaza la contrarrevolución, tenemos necesidad de apoyo en la derecha: "Cuanto mayores sean las fuerzas que podamos atraer a la derecha, menos numerosas serán las que ataquen al poder." Incomparable regla de estrategia política; para romper el sitio de una fortaleza, lo mejor es abrir las puertas desde el interior. Era ésta, precisamente, la fórmula de la nueva coalición.

La reacción atacaba, la democracia retrocedía. Las clases y los grupos, amedrentados en los primeros momentos de la revolución, levantaban la cabeza. Los intereses que ayer se ocultaban, hoy salían a la superficie. Los comerciantes y los especuladores exigían el exterminio de los bolcheviques y la libertad de comercio, y levantaban la voz contra todas las limitaciones, incluso las que habían sido instituidas bajo el zarismo, impuestas a las transacciones comerciales. Los organismos administrativos de subsistencias que intentaban luchar contra la especulación, eran declarados culpables de la insuficiencia de productos. El odio que inspiraban esos organismos se hacía extensivo a los soviets. El economista menchevique Groman informaba que el ataque de los comerciantes "se había intensificado, particularmente, después de los acontecimientos de los días 3 y 4 de julio." Se hacía a los soviets responsables de la derrota, de la carestía de la vida y de los atracos nocturnos.

El gobierno, alarmado por las intrigas monárquicas y por el temor a un estallido de la izquierda, mandó el primero de agosto a Nicolás Romanov y a su familia a Tobolsk. Al día siguiente fue suspendido el nuevo periódico de los bolcheviques, *Rabochi i Soldat [El Obrero y el Soldado]*. Llegaban noticias de todas partes dando cuenta de detenciones en masa, de los comités de soldados. Los bolcheviques consiguieron reunir su congreso, semiclandestinamente, a fines de julio. Se prohibieron los congresos del ejército. Empezaron a recorrer el país únicamente los que antes permanecían en sus casas: los terratenientes, los comerciantes e industriales, los elementos cosacos dirigentes, el clero, los Caballeros de San Jorge. Sus voces resonaban de un modo uniforme, distinguiéndose sólo por el grado de su insolencia. La batuta, aunque no siempre de un modo descarado, la manejaba inequívocamente el partido kadete.

En el congreso del comercio y de la industria, que reunió a principios de agosto a cerca de 300 representantes de las organizaciones bursátiles y patronales más importantes, el discurso-programa lo pronunció el rey de la industria textil, Riabuchinski, que habló sin ambages. "En el gobierno provisional no había más que una apariencia de poder... Ha

venido reinando, de hecho, una banda de charlatanes políticos... El gobierno se apoya en los impuestos, que hace recaer cruelmente, en primer lugar, sobre la clase comercial e industrial. ¿Es conveniente dar dinero al dilapidador? ¿No es mejor ejercer la tutela sobre el mismo, en aras de la salvación de la patria?"... Y, como final, una amenaza: "La mano descarnada del hambre y de la miseria popular cogerá de la garganta a los amigos del pueblo." La frase sobre la mano descarnada del hambre, que venía a resumir la política de los *lockouts,* se incorporó definitivamente, desde aquel entonces, al vocabulario político de la revolución, y costó cara a los capitalistas.

En Petrogrado se abrió el congreso de los comisarios provinciales. Los agentes del gobierno provisional, que debían formar un muro alrededor de este último, se agruparon, en realidad, contra él, y bajo la dirección de su núcleo kadete, se lanzaron al ataque contra el infausto ministro de la Gobernación, Avksentiev. "No se puede estar sentado entre dos sillas: el gobierno tiene que gobernar, y no ser un fantoche." Los conciliadores se justificaban y protestaban a media voz, temiendo que la disputa que sostenían con sus aliados llegara a oídos de los bolcheviques. El ministro socialista salió del Congreso como una gallina mojada.

La prensa de los socialrevolucionarios y de los mencheviques fue empleando poco a poco el lenguaje de las lamentaciones y de la injuria. En sus páginas aparecieron revelaciones inesperadas. El 6 de agosto, el órgano de los socialrevolucionarios *Dielo Naroda [La Causa del Pueblo],* publicó una carta de un grupo de junkers de izquierda que iban camino del frente. A los autores les "sorprendía el papel que desempeñaban los junkers... el hecho de que recurrieran sistemáticamente al puñetazo, de que participaran en las expediciones punitivas acompañadas de fusilamientos sin formación de causa y por la simple orden de un comandante de batallón... Los soldados, irritados, disparan contra los junkers..." Así era como se procedía con miras a sanear el ejército.

La reacción atacaba, el gobierno retrocedía. El 7 de agosto fueron sacados de la cárcel los "cien negros" más conocidos, que habían formado parte de los círculos rasputinianos y participado en los pogromos judíos. Los bolcheviques permanecían en los "Krestí", donde se anunciaba la huelga del hambre de los obreros, soldados y marinos detenidos. Aquel mismo día, la sección obrera del Soviet de Petrogrado mandaba un saludo a Trotski, Lunacharski, Kolontay y otros detenidos.

Los industriales, los comisarios de provincia, el congreso de los cosacos celebrado en Novocherkask, la prensa patriótica, los generales, los liberales, todos consideraban que era completamente imposible celebrar las elecciones a la Asamblea constituyente en

septiembre: lo mejor era aplazarlas hasta que terminara la guerra. Sin embargo, el gobierno no podía acceder a ello. Pero se llegó a un compromiso: la convocación de la Asamblea constituyente fue demorada hasta el 28 de noviembre. Los kadetes aceptaron el aplazamiento no sin rechistar, pues estaban firmemente convencidos de que en los tres meses que faltaban se producirían acontecimientos decisivos que plantearían en términos completamente distintos la cuestión de la Asamblea constituyente. Estas esperanzas se relacionaban cada vez más declaradamente con el nombre de Kornílov.

La publicidad alrededor de la figura del nuevo generalísimo pasaba a ocupar el centro de la política burguesa. La biografía del "primer generalísimo popular" fue difundida en una cantidad inmensa de ejemplares, con la cooperación activa del Cuartel general. Cuando Savinkov, en su calidad de administrador del Ministerio de la Guerra, decía a los periodistas: "Nos proponemos", este *nos* significaba, no Savinkov y Kerenski, sino Savinkov y Kornílov. El alboroto que se alzó alrededor de Kornílov obligó a Kerenski a ponerse en guardia. Los rumores relativos a una conspiración organizada por el Comité de la Asociación de oficiales cerca del Cuartel general eran cada día más insistentes. La entrevista personal celebrada por el jefe del gobierno y el del ejército a principios de agosto no hizo más que avivar su antipatía recíproca. "¿Es que ese charlatán vacuo quiere mandarme a mí?" -se diría Kornílov-. "¿Es que ese cosaco de cortos alcances e ignorante se propone salvar a Rusia?" -no podía dejar de pensar Kerenski-. Ambos tenían razón, cada cual a su manera. Entretanto, el programa de Kornílov, que comprendía la militarización de las fábricas y de las líneas férreas, la aplicación de la pena de muerte en el interior y la subordinación de la zona militar de Petrogrado, junto con la guarnición de la capital, al Cuartel general, llegó a conocimiento de los círculos conciliadores. Detrás del programa oficial se entreveía otro, que no por no haber sido publicado dejaba de ser más efectivo. La prensa de izquierda dio la voz de alarma. El Comité ejecutivo propuso una nueva candidatura para el mando supremo, la del general Cheremisov. La reacción se puso en guardia.

El 6 de agosto, el Consejo de la Asociación de doce Cuerpos de ejército cosacos: del Don, de Kuban, del Ter y otros decidió, no sin participación de Savinkov, hacer llegar a conocimiento del gobierno y del pueblo, "firme y enérgicamente", que se consideraba libre de toda responsabilidad por la conducta de las tropas cosacas en el frente y en el interior, en caso de que el general Kornílov, el "heroico caudillo", fuera destituido. La conferencia de los Caballeros de San Jorge amenazó todavía más firmemente al gobierno. Si Kornílov es destituido, la asociación "incitará inmediatamente a la lucha a todos los Caballeros de

San Jorge, para obrar de común acuerdo con los cosacos". Ni un solo general protestó de esta manifiesta infracción de la disciplina, y la prensa de orden reprodujo con entusiasmo una resolución que significaba una amenaza de guerra civil. El comité principal de la Asociación de oficiales del ejército y de la flota mandó un telegrama en el cual cifraba todas sus esperanzas "en su amado jefe, el general Kornílov", y hacía un llamamiento "a todos los hombres honrados" para que le expresaran su confianza. La conferencia de "hombres públicos" de la derecha, reunida en aquellos días en Moscú, mandó un telegrama a Kornílov en el cual unía su voz a la de los oficiales, Caballeros de San Jorge y cosacos: "Toda la Rusia que piensa tiene puestos en usted los ojos con esperanza y fe." No se podía hablar con más claridad. En la reunión tomaron parte industriales y banqueros tales como Riabuschinski y Tretiakov, los generales Alexéiev y Brusílov, representantes del clero y del profesorado, los líderes del partido kadete, con Miliukov al frente. En calidad de escolta figuraban los representantes de la semificticia "Alianza campesina", la cual debía dar un punto de apoyo a los kadetes entre los elementos acomodados del campo. En el sillón presidencial se alzaba la monumental figura de Rodzianko, quien expresó su gratitud a la delegación del regimiento de cosacos por haber sofocado el levantamiento de los bolcheviques. La candidatura de Kornílov al papel de salvador del país fue, pues, abiertamente propugnada por los representantes más autorizados de las clases poseedoras e ilustradas de Rusia.

Después de esta preparación, el generalísimo en jefe se presenta por segunda vez al ministro de la Guerra para entablar negociaciones sobre el programa de salvación del país por él presentado. "Al llegar a Petrogrado -dice el general Lukomski, jefe del Estado Mayor de Kornílov- se fue al palacio de Invierno acompañado de un grupo de *tekintsi*[25], que llevaban dos ametralladoras. Estas ametralladoras, después de la entrada del general Kornílov en el palacio de Invierno, fueron sacadas del automóvil, y los *tekintsi* montaron la guardia a la puerta del palacio, para acudir en auxilio del generalísimo en caso de necesidad." Suponíase que el generalísimo podía necesitar de esa ayuda contra el presidente del gobierno. Las ametralladoras de los *tekintsi* eran las ametralladoras de la burguesía, con las que ésta encajonaba a los conciliadores, que andaban a tropezones. Tal era el gobierno de salvación, independiente de los soviets.

Inmediatamente después de la visita de Kornílov, Koboschtin, miembro del gobierno provisional, declaró a Kerenski que los kadetes presentarían la dimisión "si hoy mismo no se acepta el programa de Kornílov". Aunque sin ametralladoras, los kadetes empleaban con

[25] Una de las tribus más numerosas del Turkmenistán (Asia Central). [NDT.]

el gobierno el lenguaje conminatorio de Kornílov. Esto produjo su efecto. El gobierno provisional se apresuró a examinar el informe del generalísimo en jefe, y reconoció posible en principio la aplicación de las medidas propuestas por él, "la pena de muerte en el interior inclusive".

Se adhirió, naturalmente, a la movilización de las fuerzas reaccionarias el Concilio eclesiástico panruso, el cual, si bien se proponía oficialmente libertar a la Iglesia ortodoxa del yugo burocrático, en el fondo debía protegerla contra la revolución. Con la abolición de la monarquía, la Iglesia se vio privada de su jefe oficial. Sus relaciones con el Estado, que desde tiempo inmemorial había sido su defensor y protector, flotaban en el aire. Verdad es que el Santo Sínodo se apresuró el 9 de marzo a bendecir la revolución efectuada, e invitaba al pueblo a "otorgar su confianza al gobierno provisional". Sin embargo, el porvenir se presentaba amenazador. El gobierno guardaba silencio sobre la cuestión de la Iglesia, lo mismo que sobre otras. El clero se hallaba completamente desconcertado. De vez en cuando llegaba de un sitio remoto, por ejemplo, de la ciudad de Verni, situada en la frontera de China, un telegrama del párroco asegurando al príncipe Lvov que su política respondía completamente a los preceptos del Evangelio. La Iglesia, adaptándose a la situación, no se atrevía a intervenir en los acontecimientos. Esto se manifestó con particular evidencia en el frente, donde la influencia del clero se desmoronó junto con la disciplina inspirada en la intimidación. "La oficialidad -confiesa Denikin- luchó durante algún tiempo por conservar sus atribuciones y su autoridad; en cambio, desde los primeros días de la revolución, la voz de los curas se extinguió, y cesó toda participación de los mismos en la vida de las tropas." Las reuniones del clero en el Cuartel general y en los Estados Mayores transcurrían sin dejar absolutamente ninguna huella.

A pesar de todo, el Concilio, que representaba antes que nada los intereses de casta del propio clero, sobre todo de su sector superior, no quedó encerrado en el marco de la burocracia eclesiástica: la sociedad liberal se agarró a él con todas sus fuerzas. El partido kadete, que no tenía raigambre política en el pueblo, soñaba con que la Iglesia reformada le sirviera como de agente de relación con las masas. Desempeñaron un papel activo en la preparación del Concilio, al lado de los príncipes de la Iglesia, los políticos de la nobleza de distintos matices, tales como el príncipe Trubetskoi, el marqués Olsufiev. Rodzianko, Samarin y los profesores y escritores liberales. El partido kadete hizo vanos esfuerzos para crear alrededor del Concilio una atmósfera de reforma, sin dejar de temer, al mismo tiempo, que un movimiento imprudente hiciera tambalearse el carcomido edificio. Tanto el clero como los reformadores de la nobleza, se hallaban lejos de pensar en la separación de

la Iglesia y el Estado. Los príncipes de la Iglesia estaban, naturalmente, inclinados a debilitar el control del Estado sobre sus asuntos interiores, pero sin dejar de aspirar a que el Estado no sólo siguiera protegiendo su situación privilegiada, sus tierras y sus ingresos, sino también cubriendo la parte del león de sus gastos. La burguesía liberal estaba dispuesta, a su vez, a garantizar a la Iglesia ortodoxa su situación de Iglesia dominante, pero a condición de que aprendiera a servir en una nueva forma a los intereses de las clases gobernantes entre las masas.

Pero aquí era donde empezaban las principales dificultades, Denikin hace notar que la revolución rusa "no creó un movimiento religioso popular más o menos digno de atención". Más justo sería decir que a medida que iban incorporándose a la revolución nuevos sectores del pueblo, volvían casi automáticamente la espalda a la Iglesia, si es que antes habían tenido alguna relación con ella. En el campo, algunos que otros curas podían tener aún cierta influencia personal como consecuencia de la actitud adoptada por ellos en la cuestión de la tierra. En la ciudad, a nadie, no ya en los medios obreros, pero ni entre la pequeña burguesía, se le ocurría dirigirse al clero para resolver las cuestiones planteadas por la revolución. El Concilio se preparó en medio de la mayor indiferencia del pueblo. Los intereses y las pasiones de las masas hallaban su expresión en el lenguaje de las consignas socialistas, y no en los textos religiosos. La Rusia retrasada, que hacía rápidamente su curso de historia, se veía obligada a pasar por alto no sólo la época de la Reforma, sino también la del parlamentarismo burgués.

El Concilio eclesiástico, proyectado en los meses ascensionales de la revolución, coincidió con las semanas de defensa de la misma. Esto le dio un carácter todavía más reaccionario. La composición del Concilio, las cuestiones tratadas por el mismo, incluso el ceremonial de su apertura, todo atestiguaba que se habían producido modificaciones radicales en la actitud de las distintas clases con respecto a la Iglesia. En el oficio celebrado en la catedral de Uspenski participaron, al lado de Rodzianko y de los kadetes, Kerenski y Avksentiev. En su discurso de salutación, el socialrevolucionario Rudniev, alcalde de Moscú, dijo: "Mientras viva el pueblo ruso, brillará en su espíritu la llama de la fe cristiana." La víspera, todavía, esos mismos hombres se tenían por descendientes directos del gran socialista ruso Chernichevski.

El Concilio envió manifiestos a todos los rincones del país, invocó un poder fuerte, anatematizó a los bolcheviques, y haciendo coro al ministro del Trabajo, Skobelev, adjuró: "Obreros, trabajad sin escatimar vuestras fuerzas, y subordinad vuestras demandas al bien de la patria." Pero a lo que el Concilio concedió particular atención fue al problema de la

tierra. Los metropolitas y los obispos estaban no menos asustados y enfurecidos que los terratenientes por las proporciones que tomaba el movimiento campesino, y el miedo a perder las tierras de la Iglesia y de los monasterios les emocionaba mucho más que el problema de la democratización de la Iglesia. Amenazando con la cólera divina y la excomunión, los mensajes del Concilio exigen "que se devuelvan inmediatamente a las iglesias, conventos, parroquias y propietarios particulares las tierras, los bosques y las cosechas que les han sido robados". Aquí sí que es oportuno recordar lo de la voz que clama en el desierto. El Concilio estuvo reunido semanas y semanas, y hasta después de la revolución de Octubre no dio cima a sus trabajos, que culminaron en la restauración del patriarcado, abolido por el emperador Pedro doscientos años antes.

A fines de julio, el gobierno decidió convocar en Moscú, para el 13 de agosto, una conferencia de todas las clases e instituciones sociales del país. La composición de la conferencia fue determinada por el mismo gobierno. En contradicción completa con todas las elecciones democráticas celebradas en el país, el gobierno tomó medidas para que participara en la asamblea un número igual de representantes de las clases poseedoras y del pueblo. Sólo a base de ese equilibrio artificial, confiaba en salvarse a sí mismo el gobierno destinado a salvar la revolución. No se otorgó ninguna atribución definida a dicha conferencia. "La conferencia -dice Miliukov- tenía, a lo sumo, un carácter consultivo." Las clases poseedoras querían dar a la democracia un ejemplo de abnegación para adueñarse luego del poder por completo y de un modo más seguro. Oficialmente se asignó como fin a la conferencia "la unión del Estado con todas las fuerzas organizadas del país". La prensa habló de la necesidad de cohesionar, conciliar, animar, levantar el espíritu. En otros términos, los unos no querían decir claramente, y los otros eran incapaces de hacerlo, para qué se reunía en realidad la conferencia. En este caso correspondió también a los bolcheviques el papel de llamar a las cosas por su nombre.

CAPITULO XXIX
KERENSKI Y KORNILOV (ELEMENTOS DE BONAPARTISMO EN LA REVOLUCIÓN RUSA)

Se ha escrito no poco sobre el tema de que las sucesivas calamidades e incluso el advenimiento de los bolcheviques se hubieran evitado de haberse hallado al frente del gobierno, en vez de Kerenski, un hombre de pensamiento claro y carácter firme. Es indiscutible que a Kerenski le faltaba lo uno y lo otro. Pero, ¿por qué determinadas clases sociales se vieron obligadas a levantar sobre sus espaldas precisamente a Kerenski?

Como para remozar la memoria histórica, los acontecimientos españoles han venido a mostrarnos nuevamente cómo en los primeros momentos la revolución, borrando las demarcaciones políticas habituales, lo envuelve todo en una niebla rosada. En esta etapa, hasta sus enemigos se esfuerzan en teñirse de su color; en este mimetismo se expresa la tendencia semiinstintiva de las clases conservadoras a adaptarse a las transformaciones que les amenazan, con miras a sufrir lo menos posible las consecuencias de esas mismas transformaciones. La solidaridad de la nación, basada en unas cuantas frases hueras, convierte la tendencia conciliadora en una función política necesaria. En esa fase, los idealistas pequeñoburgueses, que se elevan por encima de las clases, piensan con frases de cajón, no saben lo que quieren y desean que todo el mundo vaya bien: son los únicos caudillos posibles de la mayoría. Si Kerenski hubiera tenido un pensamiento claro y una voluntad firme, habría resultado completamente inservible para desempeñar su papel histórico. Esto no es una apreciación retrospectiva. En el momento en que los acontecimientos se hallaban en su apogeo, los bolcheviques lo estimaban ya así. "Defensor de los procesos políticos, socialista revolucionario que se hallaba al frente de los *trudoviki,* radical sin ninguna escuela socialista, Kerenski era el que mejor reflejaba la primera época de la revolución, su incoherencia "nacional", el idealismo inflamado de sus esperanzas y anhelos." Así escribía, a propósito de Kerenski, el autor de estas líneas, hallándose en la cárcel, después de las jornadas de julio. "Kerenski hablaba de la tierra y de la libertad, del orden, de la paz de los pueblos, de la defensa de la patria, del heroísmo de Liebknecht; decía que la revolución rusa había de asombrar al mundo con su generosidad, y al decir esto agitaba su pañuelo de seda. El ciudadano neutral, que empezaba apenas a despertar, escuchaba con entusiasmo estos discursos y le parecía que era él mismo quien hablaba desde la tribuna. El ejército acogió a Kerenski como a quien venía a librarle de Guchkov. Los campesinos habían oído hablar de él como de un *trudovik,* de un diputado de los suyos.

A los liberales les atraía la moderación extremada de sus ideas, envuelta en el radicalismo indefinido de sus frases"...

Pero el período en que todo el mundo se abrazaba no duró mucho tiempo. La lucha de clases decrece en los comienzos de la revolución únicamente para resucitar luego bajo la forma de guerra civil. La causa del inevitable fracaso de la izquierda conciliadora radicaba ya en sus mismos progresos, rápidos y fabulosos. El periodista oficioso francés Claude Anet atribuía la rapidez con que Kerenski perdió su popularidad al hecho de que la falta de tacto impulsara al político socialista a actos "que armonizaban poco" con su papel. "Frecuenta los palcos imperiales, vive en el palacio de Invierno o en el de Tsarskoie-Selo. Se acuesta en la cama de los emperadores rusos. Un exceso de vanidad y, encima, demasiado ostensible: esto choca en un país que es el más sencillo del mundo." Tanto en las cosas grandes como en las pequeñas, el tacto presupone comprender la situación y el lugar que se ocupa en la misma. Esto es lo que le faltaba completamente a Kerenski. Elevado a las alturas por la crédula confianza de las masas, no tenía nada de común con ellas, no las comprendía y no se interesaba en lo más mínimo por saber cuál era la actitud de esas masas ante la revolución y las conclusiones que sacaban de la misma. Las masas exigían de él actos audaces, y él exigía de las masas que no opusieran obstáculos a su generosidad y a su elocuencia. Mientras Kerenski hacía una visita teatral a la familia del zar, detenida, los soldados de centinela en palacio decían al comandante: "Nosotros dormimos en camastros, la comida que nos dan es mala; en cambio, Nicolás, a pesar de ser un prisionero, echa a la basura la carne sobrante." Estas palabras no eran "generosas", pero expresaban el sentir de los soldados.

El pueblo, que había roto las cadenas seculares, rebasaba a cada instante el límite que le señalaban sus ilustrados jefes. A propósito de esto, decía Kerenski a fines de abril: "¿Es posible que el libre país ruso no sea más que un país de esclavos en rebeldía?... Siento no haber muerto hace dos meses: entonces me habría llevado a la tumba un gran sueño", etc. Gracias a esta retórica adocenado contaba con influir sobre los obreros, soldados, marinos y campesinos. El almirante Kolchak relataba posteriormente ante el tribunal soviético que el ministro de la Guerra radical había recorrido en mayo los buques de la flota del mar Negro, con el fin de reconciliar a los marinos con los oficiales. Después de cada discurso el orador se imaginaba haber conseguido el objeto que perseguía: "¿Lo ve usted, almirante? Todo está arreglado..." Pero no se había arreglado nada. El desmoronamiento de la escuadra no hacía más que empezar.

Kerenski indignaba cada vez más a las masas con su afectación, su vanidad, su orgullo. Durante la visita que hizo al frente, decía con voz irritada a su ayudante, acaso con el propósito de que le oyeran los generales: "¡Duro y a la cabeza contra esos malditos comités!" Al llegar a la armada del Báltico, Kerenski dio al comité central de los marinos orden de que fuera a verle al buque almirante.

El "Tsentrobalt"[26], que, como órgano soviético que era, no estaba subordinado al ministro, consideró ofensiva la orden. El marino Dibenko, presidente del comité, contestó: "Si Kerenski desea hablar con el "Tsentrobalt", que venga a vernos." ¿Acaso no era esto una insolencia intolerable? En los buques en que Kerenski entabló conversación con los marinos sobre tema políticos, las cosas no fueron mejor, sobre todo en el *República.* En ese buque, en el que reinaba un estado de espíritu bolchevista, el ministro fue sometido a un interrogatorio en regla: ¿Por qué en la Duma de Estado había votado a favor de la guerra? ¿Por qué había puesto su firma el 21 de abril al pie de la nota imperialista de Miliukov? ¿Por qué había asignado una pensión de 6.000 rubios anuales a los senadores zaristas? Kerenski se negó a contestar a estas preguntas pérfidas, formuladas por sus "enemigos"... La tripulación del buque consideró "insatisfactoria" la explicación del ministro... Kerenski abandonó el buque en medio del silencio sepulcral de los marinos... "Son unos esclavos en rebeldía", decía el abogado radical, rechinando los dientes. Pero los marinos decían con sentimiento de orgullo: "Sí. Éramos unos esclavos y nos hemos rebelado."

Con su desprecio de la opinión democrática, Kerenski provocaba a cada paso conflictos con los líderes soviéticos, que, aunque seguían el mismo camino que él, no apartaban tanto la vista de las masas. Ya el 8 de marzo, el Comité ejecutivo, asustado por las protestas de abajo, declaró a Kerenski que era intolerable que hubiera puesto en libertad a los agentes de policía. Unos días después los conciliadores viéronse obligados a protestar contra el propósito del ministro de Justicia de llevar la familia zarista a Inglaterra. Dos o tres semanas más tarde el Comité ejecutivo planteó la cuestión general de la "normalización de las relaciones" con Kerenski. Pero esta normalización no fue conseguida, ni podía conseguirse.

Las cosas no ofrecían mejor aspecto por lo que al partido se refería. En el congreso de los socialrevolucionarios, celebrado a principios de junio, Kerenski, en las elecciones del Comité central, obtuvo sólo 135 votos de los 270. Los líderes se esforzaban en explicar a diestro y siniestro que "muchos no había votado por Kerenski en vista de las múltiples ocupaciones que pesaban sobre él". En realidad, si los socialrevolucionarios de arriba

[26] Abreviación del "Comité central de los marinos del Báltico". [NDT.)

adoraban a Kerenski como fuente de todos los bienes, los viejos socialrevolucionarios, ligados con las masas, no sentían por él ni confianza ni respeto. Pero ni el Comité ejecutivo ni el partido socialrevolucionario podían prescindir de Kerenski, toda vez que éste era necesario como uno de los eslabones de la coalición.

En el bloque soviético, el papel dirigente pertenecía a los mencheviques, que habían inventado los procedimientos más adecuados para eludir la acción. Pero, en el aparato del Estado, los populistas tenían un predominio evidente sobre los mencheviques, predominio que hallaba su expresión más elocuente en la situación dominante de Kerenski. El semikadete y semisocialrevolucionario Kerenski no era, en el gobierno, el representante de los soviets, como Tsereteli o Chernov, sino el lazo que unía a la burguesía y la democracia. Tsereteli-Chernov representaban uno de los aspectos de la coalición. Kerenski era la encarnación personal de la coalición misma. Tsereteli se lamentaba del "carácter personal" de la actuación de Kerenski, sin comprender que esto era inseparable de su función política. El propio Tsereteli, en calidad de ministro de la Gobernación, publicó una circular en la cual decía que el comisario provincial debía apoyarse en todas las "fuerzas vivas" locales, es decir, en la burguesía y en los soviets, y practicar la política del gobierno provisional, sin dejarse impresionar por las "influencias de los partidos". Este comisario ideal, que debía elevarse por encima de las clases, y de los partidos adversos para cumplir su misión, sin más guía que él mismo y la circular, no era más que un Kerenski provincial o de distrito. Como coronamiento del sistema, hacía falta un comisario nacional independiente, alojado en el palacio de Invierno. Sin Kerenski, la política de conciliación hubiera sido lo mismo que la cúpula de una iglesia sin cruz.

La historia de la elevación de Kerenski es muy instructiva. Fue designado ministro de Justicia gracias a la insurrección de Febrero, que tanto miedo le causara. La manifestación celebrada en abril por los "esclavos en rebeldía" le hizo ministro de la Guerra y Marina. Los combates de julio, provocados por los "agentes alemanes", le pusieron al frente del gobierno. A principios de septiembre, el movimiento de las masas le hace generalísimo. Obedeciendo a la dialéctica, y al mismo tiempo a la maliciosa ironía del régimen conciliador, las masas, con su presión, debían elevar a Kerenski hasta el punto más alto antes de derribarlo.

Kerenski, que se apartaba despectivamente del pueblo que le había dado el poder, recogía con avidez las muestras de aprobación de la sociedad ilustrada. Ya en los primeros días de la revolución, el doctor Kischkin, jefe de los kadetes de Moscú, decía a su regreso de Petrogrado: "A no ser por Kerenski, no tendríamos lo que tenemos. Su nombre será

inscrito con letras de oro en los anales de la Historia." Los elogios de los liberales fueron uno de los criterios políticos más importantes de Kerenski. Pero éste no podía -y, además, no quería- poner simplemente su popularidad a los pies de la burguesía. Por el contrario, cada vez sentía mayores deseos de ver a todas las clases a sus propios pies. "Desde los comienzos mismos de la revolución -dice Miliukov-, Kerenski había acariciado la idea de equilibrar la representación de la burguesía y de la democracia." Esta actitud era una consecuencia natural de toda su vida, cuya senda había pasado entre el ejercicio de la abogacía liberal y los grupos clandestinos. Al mismo tiempo que aseguraba respetuosamente a Buchanan que el "Soviet moriría de muerte natural", Kerenski intimidaba a cada paso a sus colegas burgueses con la cólera del Soviet. Y en los casos, bastante frecuentes, en que los líderes del Comité ejecutivo disentían de Kerenski, los asustaba con la más terrible de las catástrofes: la dimisión de los liberales.

Cuando Kerenski decía que no quería ser el Marat de la revolución rusa, esto significaba que se negaba a aplicar medidas severas contra la reacción, pero estaba muy lejos de negarse a usar de esos mismos procedimientos contra la "anarquía". Así suele ser, por lo común, dicho sea de paso, la moral de los adversarios de la violencia en política: la rechazan cuando se trata de modificar lo que existe, pero para la defensa del orden no se detienen ante las medidas más implacables.

En el período de la preparación de la ofensiva en el frente, Kerenski se convirtió en una figura particularmente querida de las clases poseyentes. Tereschenko hablaba a diestro y siniestro de la alta estima en que tenían los aliados "los esfuerzos de Kerenski". El *Riech,* el órgano de los kadetes, que tan severamente trataba a los conciliadores, subrayaba invariablemente su buena disposición respecto del ministro de la Guerra. El propio Rodzianko reconocía que "este joven... renace cada día con redoblada fuerza para bien de la patria y de la labor creadora". Los liberales se proponían con ello adular a Kerenski. Pero, en el fondo, no podían dejar de ver que trabajaba por ellos. "...Imaginaos -preguntaba Lenin- lo que sucedería si Guchkov diera orden de emprender la ofensiva, de licenciar los regimientos, de detener a los soldados, de prohibir los congresos, de tutear a los soldados, de llamarles "cobardes", etc. En cambio, Kerenski puede permitirse todavía este "lujo", mientras no se disipe la confianza que el pueblo le ha otorgado, y que, a decir verdad, va disipándose con una rapidez vertiginosa..."

La ofensiva acrecentó la reputación de Kerenski en las filas de la burguesía, pero quebrantó completamente su popularidad entre el pueblo. El fracaso de la ofensiva fue, en el fondo, el fracaso de Kerenski en ambos campos. Pero, ¡cosa sorprendente!: esta

circunstancia fue la que le hizo precisamente "insustituible". Miliukov se expresa en los términos siguientes a propósito del papel desempeñado por Kerenski en la formación de la segunda coalición: "Era el único hombre posible", pero, ¡ay!, "no el que era necesario"... Hay que decir que los políticos liberales dirigentes nunca habían tomado a Kerenski muy en serio. En los amplios sectores de la burguesía se hacía recaer cada vez más sobre él la responsabilidad de todos los reveses sufridos. "La impaciencia de los grupos de espíritus patrióticos" impulsaba, según el testimonio de Miliukov, a buscar un hombre fuerte. Durante cierto tiempo se indicaba para desempeñar este papel al almirante Kolchak. La aparición de un hombre fuerte en el timón no se concebía como resultado de negociaciones y acuerdos. No es difícil creerlo. "Habían sido ya abandonadas las esperanzas en la democracia, en la voluntad popular, en la Asamblea constituyente -escribe Stankievich, refiriéndose al partido kadete-; las elecciones municipales habían dado a los socialistas una mayoría aplastante en todo el país... Y se empieza a buscar convulsivamente un poder que tuviera corno misión no persuadir, sino únicamente mandar." Para decirlo con más propiedad, un poder que estrangulara la revolución.

En la biografía de Kornílov y en sus características personales no es fácil discernir los rasgos que pudieran justificar su candidatura como salvador. El general Martínov, que en tiempo de paz había sido jefe de Kornílov, en el servicio y durante la guerra había compartido con él el cautiverio en un castillo austríaco, caracteriza a su antiguo subordinado en los siguientes términos: "Kornílov, que se distinguía por una obstinada laboriosidad y una gran confianza en sí mismo, era por sus aptitudes intelectuales un hombre de nivel vulgar y de horizonte estrecho." Martínov consigna en el activo de Kornílov dos rasgos: valor personal y desinterés. En un medio en que la gente se preocupaba ante todo de la seguridad personal y robaba sin piedad, estas cualidades saltaban a la vista. Kornílov carecía por completo de dotes estratégicas, sobre todo de capacidad para apreciar en conjunto una situación determinada, en sus elementos materiales y morales. "Además, no tenía talento organizador -dice Martínov-, y, por su carácter impulsivo y desequilibrado, era, en general, poco apto para las acciones sistemáticas." Brusílov, que había observado la actividad de su subordinado durante la guerra mundial, hablaba de él con un desdén absoluto: "Es un mal jefe de un destacamento de guerrilleros, y nada más..." La leyenda oficial creada alrededor de la división de Kornílov se hallaba dictada por la necesidad de la opinión pública patriótica de hallar una nota clara en el fondo tenebroso de los acontecimientos. "La división 48 -dice Martínov- pereció exclusivamente a consecuencia de la desastrosa dirección... del propio Kornílov, el cual... no supo organizar

un movimiento de retirada y, sobre todo, modificaba constantemente sus decisiones y perdía el tiempo...” En el último momento, Kornílov dejó abandonada a su propia suerte, con el fin de buscar el modo de evitar él mismo el cautiverio, a la división que había conducido a la ratonera. Sin embargo, después de cuatro días de andar errante, el fracasado general se entregó a los austríacos, y sólo más tarde consiguió evadirse “Al regresar a Rusia, en las conversaciones que sostuvo con los periodistas, Kornílov adornó la historia de su evasión con las flores de la fantasía.” No tenemos por qué detenernos en las enmiendas prosaicas que introducen en la leyenda los testigos enterados. Por lo visto, a partir de ese momento, aparece en Kornílov el gusto por la publicidad periodística.

Antes de la revolución, Kornílov era un monárquico oscurantista. En el cautiverio, cuando leía los periódicos, decía repetidamente que “ahorcaría con placer a todos esos Guchkov y Miliukov”. Pero, como sucede generalmente con la gente de su mentalidad, las ideas políticas le interesaban únicamente en la medida en que se referían a él mismo. Después de la revolución de Febrero, Kornílov se declaró sin dificultad republicano. “Se orientaba muy mal -según atestigua el citado Martínov- en el tejido de los intereses de los distintos sectores de la sociedad rusa; no conocía los partidos ni a sus hombres.” Los mencheviques, los socialrevolucionarios y los bolcheviques se fundían, para él, en una masa hostil, que impedía a los comandantes ejercer el mando, a los fabricantes dirigir la producción, a los terratenientes gozar de sus tierras y hacer sus negocios a los comerciantes.

Ya el 2 de marzo, el Comité de la Duma de Estado se aferró al general Kornílov, y, con la firma de Rodzianko, insistió ante el Cuartel general para que “el aguerrido héroe conocido de toda Rusia”, fuera nombrado jefe supremo de las tropas de la región militar de Petrogrado. El zar, que ya había dejado de serlo, hizo la siguiente acotación al telegrama de Rodzianko: “Hacerlo.” Así fue como tuvo su primer general rojo la capital revolucionaria. En las actas del Comité ejecutivo del 10 de marzo aparece la siguiente frase relativa a Kornílov: “Un general de viejo cuño que quiere dar cima a la revolución.” En los primeros días, el general procuró hacerse agradable y ejecutó, no sin cierta pompa, el ritual de la detención de la zarina: fue éste un servicio que se le tuvo en cuenta. Sin embargo, por las *Memorias* del coronel Kobilinski, nombrado por él comandante de Tsarskoie-Selo, puede advertirse que jugaba con dos naipes. Después de presentarle a la zarina -cuenta Kobilinski-, Kornílov me dijo: “Coronel, déjenos usted solos y quédese detrás de la puerta.” Salí. A los cinco minutos, Kornílov me llamó. Entré. La emperatriz me dio la mano... La cosa está clara: Kornílov había recomendado al coronel como a un amigo. Más adelante, nos

enteraremos de los abrazos entre el zar y su "carcelero", Kobilinski. Como administrador, Kornílov se portó desastrosamente en su nuevo cargo. "Sus colaboradores inmediatos en Petrogrado -dice Stankievich- se lamentaban constantemente de su incapacidad para trabajar y dirigir las cosas." Sin embargo, Kornílov no estuvo mucho tiempo en la capital. En los días de abril intentó, no sin intervención de Miliukov, hacer la primera sangría a la revolución; pero chocó con la resistencia del Comité ejecutivo, presentó la dimisión, se le confió el mando de un ejército y, luego, el del frente sudoccidental. Sin esperar la instauración legal de la pena de muerte, Kornílov dio la orden de fusilar a los desertores y dejar sus cadáveres en los caminos, con un letrero; amenazó con adoptar severas medidas contra los campesinos, en caso de que violaran los derechos de los propietarios agrarios; formó batallones de choque y aprovechó todas las ocasiones para mostrar el puño a Petrogrado. Esto rodeó inmediatamente su nombre de una aureola a los ojos de los oficiales y de las clases poseedoras. Pero también hubo muchos comisarios de Kerenski que se dijeron: ya no queda otra esperanza que Kornílov. Unas cuantas semanas después, este general, que contaba con la triste experiencia de su mando al frente de una división, fue nombrado generalísimo de un ejército en descomposición, formado por millones de hombres, al cual quería obligar la Entente a combatir hasta la victoria completa.

Kornílov se sintió presa de vértigo. Su ignorancia política y su limitada mentalidad hacían de él un fácil instrumento de los buscadores de aventuras. Al mismo tiempo que defendía sus prerrogativas personales, ese "hombre de corazón de león y cerebro de carnero" -como caracterizaba a Kornílov el general Alexéiev- se entregaba fácilmente a las influencias ajenas, si éstas coincidían con la voz de su ambición. Miliukov, que siente cierta inclinación por Kornílov, nota en él "una confianza infantil en aquellos que saben adularle". El inspirador inmediato del generalísimo resultó ser un tal Zavoiko, que ostentaba el modesto título de oficial de ordenanza y que era una figura turbia, procedente de una familia de terratenientes; un especulador en petróleo y un aventurero que imponía particularmente a Kornílov por la destreza de su pluma; en efecto, Zavoiko tenía el estilo vivo del bribón que no se detiene ante nada. El oficial de ordenanza era el dictador del reclamo, el autor de la biografía "popular" de Kornílov, de las notas informativas, de los ultimátums y, en general, de los documentos para los que, según la expresión del general, hacía falta "un estilo fuerte y artístico". Unióse a Zavoiko otro buscador de aventuras, llamado Aladlin, ex diputado de la primera Duma, que había pasado unos cuantos años en la emigración; nunca se quitaba de la boca la pipa inglesa, y por esto, se consideraba un especialista en problemas internacionales. Estos dos sujetos eran la mano derecha de

Kornílov, al cual ponían en contacto con los focos de la contrarrevolución. Su flanco izquierdo lo cubrían Savinkov y Filonenko, los cuales, al mismo tiempo que alimentaban la exagerada opinión que el general tenía de sí mismo, se preocupaban de que no se inutilizara prematuramente a los ojos de la democracia. "Se dirigían a él hombres honrados y poco escrupulosos, sinceros e intrigantes, líderes políticos, militares y aventureros -dice patéticamente el general Denikin- y decían todos unánimemente: "¡Sálvenos usted!"" No es cosa fácil determinar en qué proporción estaban los honrados y los poco escrupulosos. En todo caso, Kornílov se consideraba seriamente llamado a "salvar el país", y, por este motivo, resultó un competidor directo de Kerenski.

Estos dos rivales se odiaban mutuamente de un modo completamente sincero. "Kerenski -dice Martínov- adoptaba un tono altanero en sus relaciones con el viejo general. El modesto Alexéiev y el diplomático Brusílov se dejaban maltratar; pero esta táctica no era aplicable al orgulloso y susceptible Kornílov, el cual... miraba, a su vez, con menosprecio al abogado Kerenski." El más débil de los dos estaba dispuesto a ceder y hacía serias concesiones. En todo caso, a fines de julio, Kornílov decía a Denikin que en los círculos gubernamentales se le proponía que entrase a formar parte del Ministerio. "¡Pero, no, no aceptaré! Esos señores están demasiado ligados a los soviets... Lo que yo les digo es lo siguiente: dadme el poder, y llevaré la lucha hasta el fin."

A Kerenski, el terreno le vacilaba bajo los pies, como un pantano de turba. La salida la buscaba, como siempre, en las improvisaciones verbales, reunir, proclamar, declarar. El éxito personal del 21 de julio, cuando se elevó por encima de los bandos contrincantes de la democracia y de la burguesía, en calidad insustituible, dio a Kerenski la idea de la "Conferencia nacional" en Moscú. Lo que había pasado a puertas cerradas en el palacio de Invierno, debía ser trasladado a la escena pública. ¡Que el país mismo vea con sus propios ojos que todo se desmoronará, si Kerenski no toma en sus manos las riendas y el látigo!

Se invitó a participar en la Conferencia nacional, según la lista oficial, a los "delegados de las organizaciones políticas, sociales, democráticas, nacionales, comerciales, industriales y cooperativas; a los dirigentes de los órganos de la democracia, a los representantes superiores del ejército, de las instituciones científicas, de las universidades, a los diputados de las cuatro Dumas". El número de participantes debía ser, según los proyectos, de 1.500, pero se reunieron cerca de 2.500, con la particularidad de que esta ampliación se efectuó enteramente en interés del ala derecha. El órgano de los socialrevolucionarios en la prensa de Moscú, decía en tono de reproche a su gobierno: "Habrá 150 representantes del trabajo, frente a 100 de la clase comercial industrial. Contra

100 diputados campesinos, se invita a 100 representantes de los terratenientes. Contra 100 delegados del Soviet, habrá 300 miembros de la Duma ... "El periódico del partido de Kerenski expresaba la duda de que semejante asamblea pudiera dar al gobierno "el punto de apoyo que busca".

Los conciliadores acudieron de mala gana a la conferencia: hay que hacer una tentativa honrosa para llegar a un acuerdo, se decían unos a otros. Pero, ¿qué actitud adoptar con respecto a los bolcheviques? Había que impedir a toda costa que se inmiscuyeran en el diálogo de la democracia con las clases poseedoras. El Comité ejecutivo publicó una resolución especial, privando del derecho de hacer manifestación alguna a las fracciones de los partidos, sin el consentimiento de la Mesa. Los bolcheviques decidieron leer una declaración en nombre del partido y retirarse de la conferencia. La Mesa, que seguía celosamente todos sus movimientos, exigió que renunciaran a su criminal propósito. Entonces los bolcheviques devolvieron, sin vacilar, sus tarjetas de entrada. Preparaban una respuesta más imponente: tenía la palabra el Moscú proletario.

Casi desde los primeros días de la revolución, los partidarios del orden oponían, en cada ocasión que se presentaba, el país tranquilo al Petrogrado turbulento. La convocatoria de la Asamblea constituyente en Moscú era una de las divisas de la burguesía. El "marxista" nacional-liberal Petrosov maldecía a Petrogrado, que se imaginaba ser "un nuevo París" ¡Como si los girondinos no hubieran amenazado con el rayo y con el trueno al viejo París, ni le hubieran propuesto reducir su papel a 1/83! Un menchevique de provincias decía en junio en el congreso de los soviets: "Cualquier Novocherkask refleja mucho más fielmente las condiciones de la vida en toda Rusia que Petrogrado." En realidad, los conciliadores, lo mismo que la burguesía, buscaban un punto de apoyo, no en el verdadero estado de espíritu del "país", sino en la ilusión consoladora que se habían creado ellos mismos. Ahora, cuando se iba a tomar el pulso político en Moscú, a los organizadores de la conferencia les esperaba un cruel desengaño.

Las asambleas contrarrevolucionarias que se sucedieron en los primeros días de agosto, empezando por el congreso de los terratenientes y terminando por el Concilio eclesiástico, no sólo movilizaron a los círculos poseedores de Moscú, sino que pusieron asimismo en pie a los obreros y soldados. Las amenazas de Riabuschinski, las exhortaciones de Rodzianko, la fraternización de los kadetes con los generales cosacos, todo ello tenía lugar a la vista de las masas de Moscú, todo ello era utilizado por los agitadores bolchevistas, siguiendo las huellas frescas de las informaciones periodísticas. El peligro de la contrarrevolución tomaba de esta vez formas tangibles, personales incluso. Una ola de

indignación recorrió fábricas y talleres. "Si los soviets son impotentes -decía el periódico de los bolcheviques de Moscú-, el proletariado debe estrechar sus filas en torno a sus organizaciones vitales." Poníanse en primer lugar los sindicatos, que se hallaban ya en su mayoría dirigidos por los bolcheviques. El estado de espíritu en las fábricas era tan hostil a la Conferencia nacional, que la idea de huelga general, propugnada desde abajo, fue aceptada sin resistencia casi en la asamblea de los representantes de todas las células de la organización moscovita de los bolcheviques. Los sindicatos recogieron la iniciativa. El Soviet de Moscú se pronunció contra la huelga, por 364 votos contra 304. Pero como en las reuniones de fracción los obreros mencheviques y socialrevolucionarios votaron por la huelga y no hicieron otra cosa que someterse a la disciplina de partido, la decisión del Soviet, cuya renovación no se había efectuado desde hacía mucho tiempo, y que además había sido tomada contra la voluntad de su mayoría real, no podía contener a los obreros de Moscú. Una asamblea de los comités de 41 sindicatos decidió invitar a los obreros a una huelga de protesta de veinticuatro horas. Los soviets de barrio se pusieron en su mayoría al lado del partido y de los sindicatos. Las fábricas exigieron inmediatamente la renovación del Soviet, el cual, no sólo se hallaba rezagado respecto de las masas, sino que adoptaba una actitud francamente antagónica a la de estas últimas. En el Soviet del barrio de Zamoskvorrech, reunido con los comités de fábrica, la demanda de que fueran sustituidos por otros los diputados que habían obrado "contra la voluntad de la clase obrera", recogió 175 votos contra 4 y 19 abstenciones.

Sin embargo, la noche que precedió a la huelga, lo fue de inquietud para los bolcheviques de Moscú. El país seguía el mismo camino que Petrogrado, pero con retraso. La manifestación de julio había fracasado en Moscú: la mayoría, no sólo de la guarnición, sino también de los obreros, no se había atrevido a salir a la calle, contra el parecer del Soviet. ¿Qué sucedería ahora? La mañana trajo la respuesta. La oposición de los conciliadores no impidió que la huelga fuera una poderosa manifestación de hostilidad a la coalición y al gobierno. Dos días antes, el periódico de los industriales de Moscú decía con todo aplomo: "Que el gobierno de Petrogrado venga pronto a Moscú, que oiga la voz de los santuarios, de las campanas de las sagradas torres del Kremlin."

Hoy, la voz de los santuarios ha quedado sofocada por la calma anunciadora de la tormenta.

Piatnitski, miembro del comité moscovita de los bolcheviques, escribía más tarde: "La huelga fue algo magnífico. No había luz ni tranvías, no trabajaban las fábricas, los talleres y depósitos ferroviarios. Hasta los camareros de los restaurantes fueron a la

huelga." Miliukov añadió una nota de color a este cuadro: "Los delegados a la conferencia... no pudieron tomar el tranvía ni almorzar en el restaurante." Esto les permitió, según reconoce el historiador liberal, apreciar mejor la fuerza de los bolcheviques, que no habían sido admitidos a la conferencia. Las *Izvestia* del Soviet de Moscú consignaban de un modo contundente la importancia de la manifestación del 12 de agosto: "A pesar de la resolución de los soviets..., las masas han seguido a los bolcheviques." Cuatrocientos mil obreros fueron a la huelga en Moscú y sus alrededores, respondiendo al llamamiento del partido, el cual recibía golpe tras golpe desde hacía cinco semanas, y cuyos caudillos se refugiaban aún en la clandestinidad o se hallaban en la cárcel. El nuevo órgano del partido en Petrogrado, *El Proletario,* pudo, antes de ser suspendido, formular la siguiente pregunta a los conciliadores: "De Petrogrado habéis ido a Moscú; pero de Moscú, ¿adónde iréis?"

Los propios amos de la situación debían hacerse esta misma pregunta. En Kiev, Kostroma, Tsaritsin, habían tenido lugar huelgas de protesta, generales o parciales, de veinticuatro horas. La agitación se extendió por todo el país. Por doquier, en los sitios más recónditos, los bolcheviques advertían que la Conferencia nacional tenía el "carácter evidente de un complot contrarrevolucionario". A fines de agosto, el contenido de esta fórmula se manifestó en toda su integridad a los ojos del pueblo.

Los delegados a la conferencia, lo mismo que el Moscú burgués, esperaban una acción de las masas con armas, colisiones, combates; unas "jornadas de agosto". Pero la salida de los obreros a la calle hubiera significado dar gusto a los Caballeros de San Jorge, a las bandas de oficiales, a los kadetes de las academias militares, a algunos regimientos de Caballería que ardían en deseos de tomarse el desquite de la huelga. Echar la guarnición a la calle hubiera significado producir la escisión en la misma y facilitar la obra de la contrarrevolución, la cual esperaba con el gatillo levantado. El partido no invitó a salir a la calle, y los propios obreros, guiados por un instinto certero, evitaron el choque. La huelga de veinticuatro horas era lo que mejor respondía a la situación: era imposible ocultarla, como se había hecho en la Conferencia con la declaración de los bolcheviques. Cuando la ciudad se hundió en las tinieblas, toda Rusia vio la mano bolchevista en el interruptor. ¡No, Petrogrado no estaba aislado! "En Moscú, en cuya humildad y en cuyo carácter patriarcal cifraban muchos sus esperanzas, los barrios obreros mostraron inesperadamente los dientes." Así fue cómo definió Sujánov la significación de ese día. La Conferencia de coalición, si bien celebró sus sesiones con la ausencia de los bolcheviques, se vio obligada a reunirse bajo el signo de la revolución proletaria, mostrando sus dientes.

Los moscovitas decían, bromeando, que Kerenski había ido a Moscú para ser "coronado". Pero al día siguiente llegó del Cuartel general con el mismo fin Kornílov, el cual fue recibido por numerosas delegaciones, entre ellas las del Concilio eclesiástico. Al llegar el tren, saltaron de éste al andén los *tekintsi,* con sus túnicas rojas y los sables desenvainados, y formaron en dos filas. Las damas, entusiasmadas, arrojaban flores al héroe, por entre los centinelas y delegados. El kadete Rodichev terminó su discurso de bienvenida con la siguiente exclamación: "¡Salve usted a Rusia, y el pueblo, agradecido, le coronará!" Resonaron exclamaciones patrióticas. Morosova, una comerciante millonaria, cayó de hinojos. Los oficiales se llevaron en hombros a Kornílov. Al mismo tiempo que el generalísimo pasaba revista a los Caballeros de San Jorge, a la Escuela de abanderados, a las centurias de cosacos, formados en la plaza de la estación, Kerenski, como ministro de la Guerra y rival de Kornílov, pasaba revista a la parada de las tropas de la guarnición de Moscú. Desde la estación, Kornílov, siguiendo el trayecto habitual de los zares, se dirigió hacia la imagen de la Virgen de Iberia, donde se celebró un *Tedéum* en presencia de una escolta de musulmanes -*tekintsi-,* envueltos en capas gigantescas. "Esta circunstancia -dice el oficial de cosacos Grekov- conquistó aún más a Kornílov las simpatías de todo el Moscú creyente." Entretanto, la contrarrevolución procuraba conquistar la calle. Circulaban automóviles por la ciudad, arrojando al público copiosamente la biografía de Kornílov, con su retrato. Las paredes estaban llenas de carteles que exhortaban al pueblo a ayudar al héroe. Como representante del poder de los poseedores, Kornílov recibía en su vagón a políticos, industrial es y financieros. Los representantes de los Bancos le hicieron un informe sobre la situación financiera del país. "De todos los miembros de la Duma -dice el octubrista Schildovski- sólo fue a ver a Kornílov en su vagón Miliukov, el cual sostuvo una conversación, cuyo contenido desconozco, con el general." Posteriormente, Miliukov nos ha referido, a propósito de esta conversación, lo que ha considerado necesario contar.

Con todo esto, la preparación del golpe de Estado militar se hallaba ya en su apogeo. Unos días antes de la Conferencia, Kornílov dio orden, so pretexto de llevar auxilio a Riga, para que se prepararan cuatro divisiones de caballería para mandarlas sobre Petrogrado. El regimiento de cosacos de Orenburg fue enviado por el Cuartel general a Moscú "para mantener el orden"; pero, por disposición de Kerenski, se quedó en el camino. En sus declaraciones ante la comisión investigadora de la aventura de Kornílov, Kerenski dijo: "Teníamos noticias de que, durante la Conferencia de Moscú, se proclamaría la dictadura." Por tanto, en los días solemnes de la unidad nacional, el ministro de la Guerra y el generalísimo del ejército se dedicaban a hacer desplazamientos estratégicos de fuerzas del

uno contra el otro. Pero, en lo posible, se observaba el decoro. Las relaciones entre los dos campos oscilaban entre las promesas de fidelidad, oficialmente amistosas, y la guerra civil.

En Petrogrado, a pesar de la continencia de las masas -no había sido en balde la experiencia de julio-, desde arriba, desde los Estados Mayores y las redacciones, se difundían, con furiosa insistencia, rumores sobre un inminente alzamiento de los bolcheviques. Las organizaciones petrogradenses del partido lanzaron un manifiesto poniendo en guardia a las masas contra las posibles provocaciones de los enemigos. Entre tanto, el Soviet de Moscú tomaba sus medidas. Se constituyó un comité revolucionario secreto, compuesto de seis miembros, a razón de dos delegados por cada uno de los partidos soviéticos, los bolcheviques inclusive. Se dio la orden secreta de que los Caballeros de San Jorge, los oficiales y kadetes, no cubrieran la carrera en el trayecto que debía seguir Kornílov. A los bolcheviques, a los que había sido cerrado oficialmente el acceso a los cuarteles desde las jornadas de julio, se les daban ahora de buena gana los salvoconductos necesarios: sin los bolcheviques, no era posible contar con los soldados. Mientras en la escena pública los mencheviques y los socialrevolucionarios sostenían negociaciones con la burguesía, en torno a la creación de un poder fuerte contra las masas dirigidas por los bolcheviques, entre bastidores, esos mismos mencheviques y socialrevolucionarios preparaban a las masas, junto con los bolcheviques, que no habían sido admitidos por ellos en la Conferencia, para la lucha contra el complot de la burguesía. Los conciliadores que, no más lejos que la víspera, se oponían a la huelga demostrativa, incitaban ahora a los obreros y soldados a prepararse para la lucha. La despectiva indignación de las masas no les impedía responder al llamamiento con un espíritu combativo que asustaba más que regocijaba a los conciliadores. Esta escandalosa duplicidad, que tomaba el carácter de perfidia declarada respecto de los dos bandos, habría sido incomprensible si los conciliadores hubieran seguido practicando conscientemente su política: en realidad, no hacían más que sufrir las consecuencias de esa misma política.

Hacía tiempo ya que se respiraba en el ambiente la proximidad de grandes acontecimientos. Pero, por las trazas, nadie preparaba el golpe de Estado para los días de la Conferencia. En todo caso, ni en los documentos, ni en las publicaciones de los conciliadores, ni en las memorias del ala derecha, se confirman los rumores a que posteriormente ha aludido Kerenski. De momento, no se trataba más que de la preparación. Según Miliukov -y su declaración coincide con el desarrollo ulterior de los acontecimientos-, el propio Kornílov había señalado ya, antes de la Conferencia, la fecha para "dar el golpe": el 27 de agosto. Esta fecha, ni que decir tiene, era conocida sólo de

unos cuantos. Como ocurre siempre en esos casos, los semiiniciados adelantaban el día del gran acontecimiento, y los rumores que circulaban por todas partes llegaban a las alturas: parecía que el golpe iba a descargarse de un momento a otro.

Pero precisamente el estado de agitación de los círculos y de la oficialidad, era lo que podía conducir en Moscú, si no a una tentativa de golpe de Estado, sí a manifestaciones contrarrevolucionarias encaminadas a probar las fuerzas. Más verosímil aún era la tentativa de formar en la Conferencia un centro de salvación de la patria, que compitiera con los soviets: la prensa de la derecha hablaba de esto abiertamente. Pero tampoco llegaron hasta ahí las cosas: las masas lo impidieron. Si a alguien se le había ocurrido precipitar el momento de las acciones decisivas, la huelga le haría decir: no es posible coger desprevenida a la revolución: los obreros y soldados están alertas, hay que aplazar la cosa. Hasta las procesiones a la Virgen de Iberia, proyectadas por los curas y los liberales, de acuerdo con Kornílov, fueron suspendidas.

Tan pronto se puso de manifiesto que no había ningún peligro inmediato, los socialrevolucionarios y mencheviques se apresuraron a hacer ver que no había ocurrido nada. Incluso se negaron a renovar a los bolcheviques los salvoconductos para entrar en los cuarteles, a pesar de que en éstos seguía pidiéndose con insistencia que se les mandaran oradores bolcheviques. "El moro ha hecho su obra", debían decirse con aire astuto Tsereteli, Dan y Jinchuk, que en aquel entonces era presidente del Soviet de Moscú. Pero los bolcheviques no se disponían, ni mucho menos, a desempeñar el papel de moro. No hacían más que prepararse para realizar su obra.

Toda sociedad de clase necesita de una voluntad gubernamental única. La dualidad de poderes en, por esencia, un régimen de crisis social: al mismo tiempo que señalar el punto álgido a que ha llegado la escisión en el país, contiene potencial o abiertamente la guerra civil. Nadie quería ya el poder dual. Por el contrario, todo el mundo ansiaba el poder fuerte, unánime, "férreo". Se habían otorgado atribuciones ilimitadas al gobierno de Kerenski, creado en julio. El propósito consistía en colocar, de mutuo acuerdo, un poder "verdadero", por encima de la democracia y de la burguesía, que se paralizaban mutuamente. La idea de un árbitro de los destinos que se eleve por encima de las distintas clases, no es otra cosa que la idea del bonapartismo.

Si se clavan simétricamente dos tenedores en un tapón de corcho, éste, aunque con oscilaciones pronunciadas hacia uno y otro lado, se sostendrá aunque sea sobre la cabeza de un alfiler: éste es el modelo mecánico del superárbitro bonapartista. El grado de solidez de un poder tal, si se hace abstracción de las condiciones internacionales, queda

determinado por la consistencia del equilibrio de las clases antagónicas en el interior del país. A mediados de mayo, Trotski definió a Kerenski, en la reunión del Soviet de Petersburgo, como "el punto matemático del bonapartismo ruso". La incorporeidad de esta característica muestra que no se trataba de la persona, sino de la función. Como sabemos, a principios de junio, todos los ministros, por indicación de sus respectivos partidos, presentaron la dimisión, otorgando a Kerenski la facultad de constituir un nuevo gobierno. El 21 de julio se repitió este experimento en una forma más demostrativa. Los contrincantes imploraban el auxilio de Kerenski; cada uno de ellos veía en él una parte de sí mismo; ambos le juraban fidelidad. Trotski escribía desde la cárcel: "El Soviet, dirigido por unos políticos que lo temen todo, no se atrevió a asumir el poder. El partido kadete, representante de todos los grupos de defensores de la propiedad aún no podía asumirlo. No quedaba más recurso que buscar un gran conciliador, un intermediario, un árbitro."

En el manifiesto dirigido al pueblo por Kerenski, éste, hablando en primera persona, decía: "Yo, como jefe del gobierno..., no me considero con derecho a detenerme ante la circunstancia de que las modificaciones [en la estructura del poder]... acrecienten mi responsabilidad, por lo que a la dirección suprema del país se refiere." Es ésta la fraseología sin aliños del bonapartismo. Y, sin embargo, a pesar del sostén de la derecha y de la izquierda, las cosas no fueron más allá de la fraseología. ¿Por qué?

Para que el pequeño corso pudiera levantarse por encima de la joven nación burguesa, era preciso que la revolución hubiera cumplido previamente su misión fundamental: que se diera la tierra a los campesinos y que se formara un ejército victorioso sobre la nueva base social. En el siglo XVIII, la revolución no podía ir más allá: lo único que podía hacer era retroceder. En este retroceso se venían abajo, sin embargo, sus conquistas fundamentales. Pero había que conservarlas a toda costa. El antagonismo, cada día más hondo, pero sin madurar todavía, entre la burguesía y el proletariado, mantenía en un estado de extrema tensión a un país sacudido hasta los cimientos. En estas condiciones, precisábase un "juez nacional". Napoleón dio al gran burgués la posibilidad de reunir pingües beneficios, garantizó a los campesinos sus parcelas, dio la posibilidad a los hijos de los campesinos y a los desheredados de robar en la guerra. El juez tenía el sable en la mano y desempeñaba personalmente la misión del alguacil. El bonapartismo del primer Bonaparte estaba sólidamente fundamentado.

El levantamiento de 1848 no dio ni podía dar la tierra a los campesinos: se trataba no de una gran revolución que venía a reemplazar a un régimen con otro, signo de una transformación política sobre la base del mismo régimen social. Napoleón III no tenía tras

de sí un ejército victorioso. Los dos elementos principales del bonapartismo clásico no existían, pero había otras condiciones favorables no menos eficaces. El proletariado, que en medio siglo había crecido, mostró en junio su fuerza amenazadora; sin embargo, resultó aún incapaz de tomar el poder. La burguesía temía al proletariado y su victoria sangrienta sobre él. El campesino propietario se asustó de la insurrección de junio, y quería que el Estado le protegiera contra los que podían llevar a cabo el reparto. Por último, la gran prosperidad industrial que, con pequeñas interrupciones, duraba desde hacía dos décadas, abría a la burguesía fuentes de enriquecimiento inauditas. Estas condiciones resultaron suficientes para el bonapartismo epigónico.

En la política de Bismarck, que se elevaba a sí mismo "por encima de las clases", había, como se ha indicado más de una vez, elementos indudables de bonapartismo, aunque bajo la cubierta del legitimismo. La consistencia del régimen de Bismarck se hallaba garantizada por el hecho de que, surgido después, de una revolución impotente, realizaba, en su totalidad o a medias, un objetivo nacional tan magno como la unidad alemana, había llevado a cabo tres guerras victoriosas, aportaba el producto de contribuciones onerosas y un poderoso florecimiento capitalista. Con esto había bastante para decenas de años.

La desdicha de los candidatos rusos al papel de Bonaparte no consistía, ni mucho menos, en que aquellos no se parecieran, no ya al primer Napoleón, pero ni siquiera a Bismarck (la historia sabe servirse de los sucedáneos), sino en que tenían frente a sí una gran revolución que aún no había cumplido sus fines ni agotado sus fuerzas. Al campesino, que no había obtenido aún la tierra, la burguesía le obligaba a ir a la guerra, para defender la tierra de los grandes propietarios. La guerra no daba más que derrotas. De prosperidad industrial no podía hablarse siquiera; lejos de ello, cada vez era mayor la ruina. Sí el proletariado retrocedía, era solamente para apretar más sus filas. Los campesinos no habían hecho más que iniciar su último ataque contra los señores. Las nacionalidades oprimidas pasaban a la ofensiva contra el despotismo rusificador. El ejército, que anhelaba la paz, iba acercándose cada vez más estrechamente a los obreros y a sus partidos. Abajo se cohesionaban las fuerzas; arriba se relajaban. No había equilibrio. La revolución estaba llena de vida. No tiene nada de particular que el bonapartismo se manifestara endeble.

Marx y Engels comparaban el papel del régimen bonapartista en la lucha entre la burguesía y el proletariado, con el papel de la monarquía absoluta antigua en la lucha entre los feudales y la burguesía. Los rasgos de analogía son indudables, pero desaparecen precisamente cuando se manifiesta el contenido social del poder. El papel de árbitro entre los elementos de la vieja y de la nueva sociedad era posible, en un cierto período, en cuanto

ambos regímenes de explotación tenían necesidad de defenderse contra los explotados. Pero ya entre los feudales y los siervos campesinos no podía haber un intermediario "imparcial". Al conciliar los intereses de la gran propiedad agraria con el joven capitalismo, la autocracia zarista obraba, respecto de los campesinos, no como un intermediario, sino como un apoderado de las clases explotadoras.

El bonapartismo no era tampoco un juez arbitral entre el proletariado y la burguesía: en realidad, era el poder más concentrado de la burguesía sobre el proletariado. El Bonaparte de turno, al poner sus botas sobre las espaldas de la nación, no puede dejar de llevar a cabo una política de protección de la propiedad, de la renta, de los beneficios. Las particularidades del régimen no van más allá de los procedimientos de protección. El guardia no está en la puerta, sino en el tejado de la casa; pero la función es la misma. La independencia del bonapartismo es, en un grado extraordinario, exterior, demostrativa, decorativa: su símbolo es el manto imperial.

Bismarck, al mismo tiempo que explotaba hábilmente el miedo del burgués ante los obreros, era invariablemente en todas sus formas políticas y sociales el representante de las clases poseedoras, a las que nunca traicionó. Pero la presión creciente del proletariado le permitía, indudablemente, elevarse por encima de los junkers y de los capitalistas, en calidad de sólido árbitro burocrático: en esto consistía su función.

El régimen soviético permite una independencia considerable del poder con respecto al proletariado y a los campesinos: por consiguiente, la "mediación" entre ellos, por cuanto los intereses de los mismos, aunque originen roces y conflictos, no son, sin embargo, irreconciliables en su base. Pero no sería fácil encontrar un árbitro "imparcial" entre el Estado soviético y la burguesía, por lo menos en la esfera de los intereses fundamentales de ambas partes. Lo que impide a la Unión Soviética adherirse a la Sociedad de Naciones en la palestra internacional son las mismas causas sociales que en el marco nacional excluyen la posibilidad de "imparcialidad" real, no decorativa, del poder en la lucha entre la burguesía y el proletariado.

El kerensquismo carecía de la fuerza del bonapartismo, pero tenía todos sus vicios. Si se elevaba por encima de la nación, era para desmoralizaría con su propia impotencia. Si verbalmente los jefes de la burguesía y de la democracia prometían "obedecer" a Kerenski, en la práctica, el árbitro todopoderoso obedecía a Miliukov y, sobre todo, a Buchanan. Kerenski continuó la guerra imperialista, defendió la propiedad de los grandes terratenientes contra todo atentado, aplazó las reformas sociales hasta mejores tiempos. Si su gobierno era débil, ello obedecía a las mismas causas por las que la burguesía no podía

poner en el poder a sus hombres. Sin embargo, a pesar de toda insignificancia del "gobierno de salvación", su carácter conservador capitalista crecía, paralelamente con el acrecentamiento de su "independencia".

El hecho de que comprendieran que el régimen de Kerenski era una forma de dominación burguesa inevitable para aquel período, no excluía, por parte de los políticos burgueses, ni un descontento extremo con respecto a Kerenski, ni su decisión de librarse de él lo más pronto posible. Entre las clases poseedoras no había divergencias, por lo que se refería a la necesidad de oponer una figura del propio medio al árbitro nacional propugnado por la democracia pequeñoburguesa. ¿Por qué precisamente Kornílov, y no otro? El candidato a Bonaparte debía responder al carácter de la burguesía rusa, rezagada, divorciada del pueblo, decadente, inepta. En el ejército, que casi no conocía más que derrotas humillantes, no era fácil encontrar un general popular. Si apareció Kornílov, fue mediante la exclusión de los candidatos restantes, aún más inservibles.

Los conciliadores y los liberales no podían unirse seriamente en una coalición ni coincidir en un candidato a salvador de la patria: se lo impedían los fines no realizados de la revolución. Los liberales no tenían confianza en los demócratas. Los demócratas no tenían confianza en los liberales. Kerenski, verdad es, abría sus brazos a la burguesía; pero Kornílov daba a entender de un modo inequívoco que aprovecharía la primera ocasión para retorcer el pescuezo a la democracia. El choque entre Kornílov y Kerenski, que se desprendía inexorablemente de todos los acontecimientos precedentes, era la traducción de las contradicciones del poder dual al lenguaje de la ambición personal.

De la misma manera que en el seno del proletariado petrogradés y de la guarnición se había formado a principios de junio un flanco impaciente, descontento de la política excesivamente prudente de los bolcheviques, entre las clases poseedoras se acumuló a principios de agosto una actitud de impaciencia ante la política expectativa de los dirigentes kadetes. Este estado de espíritu halló su expresión, por ejemplo, en el congreso kadete, en el que resonaron voces en favor del derrumbamiento de Kerenski. La impaciencia política se manifestó de un modo más acentuado fuera de las filas del partido kadete, en los estados mayores -donde se vivía con el miedo constante a los soldados-, en los bancos, que se ahogaban en las olas de la inflación; en las haciendas señoriales, donde los tejados ardían sobre las cabezas de la nobleza. "¡Viva Kornílov!" se convirtió en la consigna de la esperanza, de la desesperación, de la sed de venganza.

Kerenski, si bien estaba conforme en un todo con el programa de Kornílov, discutía únicamente los plazos: "No se debe hacer todo de una vez." Miliukov, que reconocía la

necesidad de separarse de Kerenski, objetaba a los impacientes: "Ahora, todavía es pronto." De la misma manera que de la explosión de las masas de Petrogrado surgió la semiinsurrección de julio, de la impaciencia de los propietarios surgió la sublevación de Kornílov, en agosto. Y de igual suerte que los bolcheviques se vieron precisados a colocarse en el terreno de la manifestación armada para garantizar su éxito, si era posible, y preservarla en todo caso del desastre, los kadetes se vieron obligados, con los mismos fines, a colocarse en el terreno de la sublevación de Kornílov. En estos límites se observa una sorprendente simetría. Pero, en el marco de esta simetría, los fines, los métodos y los resultados son completamente opuestos. La marcha de los acontecimientos nos mostrará esta oposición en toda su amplitud.

CAPITULO XXX
LA CONFERENCIA NACIONAL DE MOSCÚ

Si el símbolo es una imagen concentrada, la revolución es la gran maestra de los símbolos, ya que nos presenta todos los hechos y relaciones en forma concentrada. Lo único que hay es que el simbolismo de la revolución es demasiado grandioso y entra difícilmente en el marco de la creación individual. Por eso es tan pobre la reproducción artística de los más grandes dramas de la humanidad.

La Conferencia nacional de Moscú fracasó, como fácilmente podía preverse, sin haber creado ni resuelto nada. En cambio, ha dejado al historiador una huella inapreciable, aunque negativa, de la revolución, en la que la luz aparece como sombra, la debilidad como fuerza, la avidez corno desinterés, la perfidia como valor supremo. El partido más poderoso de la revolución, ese mismo partido que diez semanas después había de asumir el poder, quedó fuera de la Conferencia, como algo que no merecía ninguna atención. En cambio, fue aceptado un "partido del socialismo evolutivo" que nadie conocía. Kerenski se presentó como la encarnación de la fuerza y de la voluntad. De la coalición, que había dado ya todo lo que podía dar de sí en el pasado, se hablaba como de un medio de salvación para el futuro. Kornílov, odiado por millones de soldados, fue saludado como el jefe amado del ejército y del pueblo. Los monárquicos y los "cien negros" se deshicieron en manifestaciones de amor hacia la Asamblea constituyente. Diríase que todos aquellos que estaban llamados a desaparecer en breve de la escena política, se habían puesto de acuerdo para desempeñar por última vez sus mejores papeles. Con todas sus fuerzas se apresuraban a decir: he aquí lo que quisiéramos ser, lo que podríamos ser si nadie nos estorbara. Pero les estorbaban los obreros, los soldados, los campesinos, las nacionalidades oprimidas. Docenas de millones de "esclavos en rebeldía" no les dejaban manifestar su fidelidad a la revolución. En Moscú, donde habían buscado un refugio, la huelga les pisaba los talones. Perseguidos por la "ignorancia" y la "demagogia", los dos mil quinientos hombres que llenaban el teatro se prometían mutuamente en silencio no destruir la ilusión escénica. De la huelga no hablaba nadie. Todo el mundo procuraba no nombrar a los bolcheviques. Sólo Plejánov aludió de pasada al "triste recuerdo de Lenin", como si se tratara de un adversario definitivamente liquidado. El cliché negativo fue, pues, mantenido hasta el fin: en el reino de las sombras de ultratumba que se presentaban como las "fuerzas vivas del país", el auténtico caudillo popular no podía aparecer más que como un difunto político.

"La brillante sala de espectáculos -dice Sujánov- se dividía en-dos sectores bien delimitados: a la derecha estaba la burguesía, a la izquierda la democracia. A la derecha, en las plateas y en los palcos, se veían no pocos uniformes de generales; a la izquierda, uniformes de suboficial y grados inferiores. Frente al escenario, en el palco del ex zar, estaban los representantes diplomáticos de las potencias aliadas y amigas... Nuestro grupo de extrema izquierda ocupaba un pequeño rincón en una platea." La extrema izquierda, como resultado de la ausencia de los bolcheviques, apareció representada por los amigos de Mártov.

A las cuatro hizo su aparición en escena Kerenski, acompañado de dos jóvenes oficiales, uno del ejército y otro de la flota, que permanecieron en pie todo el tiempo que duró la sesión, como encarnación viva de la fuerza del poder revolucionario, a la espalda del presidente, cual si les hubieran clavado allí. Para no herir la susceptibilidad de los elementos de la derecha con el nombre de la República -así se había convenido de antemano-, Kerenski saludó a los "representantes de la tierra rusa" en nombre del gobierno del "Estado ruso". "Bajo la influencia de los últimos días -dice el historiador liberal-, el tono fundamental del discurso, en vez de ser el de la dignidad y de la confianza... fue el de un miedo mal disimulado que hubiérase dicho que el orador tendía a ahogar con tonantes palabras de amenaza." Kerenski, sin nombrar directamente a los bolcheviques, empezó, sin embargo, con palabras de intimidación dirigidas a los mismos: toda nueva tentativa de atentado al poder "será sofocada con el hierro y la sangre". Las dos alas de la conferencia se fundieron en una ovación estruendosa. Siguió después una amenaza a Kornílov, que no había llegado todavía: "Sean los que sean los ultimátums que me presente, sabré someter su voluntad al poder supremo y a mí, su jefe." Esta amenaza provocó asimismo aplausos entusiastas, pero ya únicamente en el ala izquierda de la conferencia. Kerenski habla sin cesar de sí mismo como "jefe supremo", pues tiene necesidad de recordarlo. "Yo, vuestro ministro de la Guerra y vuestro jefe supremo, os digo a vosotros, a los que habéis venido del frente... que en el ejército no hay voluntad ni poder superiores a la voluntad y el poder del gobierno provisional." La democracia acoge con entusiasmo estos disparos hechos con pólvora sola, creyendo que de este modo no se verá en la necesidad de recurrir al plomo.

"Todas las mejores fuerzas del pueblo y del ejército -afirma el jefe del gobierno- asociaban la victoria de la Revolución rusa a nuestra victoria en el frente. Pero nuestras esperanzas fueron pisoteadas, nuestra fe ha sido escarnecida." Tal es el balance lírico de la ofensiva de junio. Él, Kerenski, está dispuesto, de todos modos, a combatir hasta alcanzar la victoria. Respecto al peligro de una paz en perjuicio de los intereses de Rusia -camino

señalado por la proposición de paz del Papa, de 4 de agosto-, Kerenski elogia la noble fidelidad de los aliados. "Yo, en nombre del gran pueblo ruso, no digo más que una cosa: que no esperábamos ni podíamos esperar otra actitud." La ovación tributada al palco de los diplomáticos aliados hace que se ponga en pie todo el mundo, excepto algunos internacionalistas y los pocos bolcheviques presentes en la conferencia como representantes de los sindicatos. Del palco de los oficiales parte un grito: "¡Mártov, a levantarse!" Mártov, dicho sea en honor suyo, tuvo la suficiente firmeza para no ponerse de hinojos ante el desinterés de la Entente.

A los pueblos oprimidos de Rusia, que aspiraban a dar un nuevo curso a sus destinos, dirigió Kerenski algunas reflexiones morales, entreverados de amenazas: "Nosotros, que sufríamos y padecíamos en las cadenas de la autocracia zarista -decía, atribuyéndose cadenas ajenas-, no hemos ahorrado nuestra sangre en aras de la felicidad de todos los pueblos." A las nacionalidades oprimidas se les recomendaba que, por gratitud, soportaran un régimen caracterizado por la falta de todo derecho.

¿Dónde está la salida?... "¿Sentís el ardor en vuestros pechos?... ¿Sentís en vosotros la fuerza y la voluntad que os impulsan al orden, a los sacrificios y al trabajo? ¿Daréis aquí el espectáculo de una gran fuerza nacional estrechamente unida?" Estas palabras se pronunciaban el día de la huelga de protesta de Moscú, en las horas en que avanzaba enigmáticamente la caballería de Kornílov. "Ahogaremos nuestra alma, pero salvaremos al país." El gobierno de la revolución no podía ofrecer nada más al pueblo.

"Muchos representantes de provincias -dice Miliukov- veían a Kerenski por primera vez, y se marcharon en parte decepcionados y en parte indignados. Ante ellos se hallaba un joven de rostro pálido y fatigado en una "pose" de actor... Diríase que ese hombre quería intimidar a alguien y producir una impresión de fuerza y poder al estilo antiguo. En realidad, no provocaba más que lástima."

Las intervenciones de los demás miembros del gobierno pusieron de manifiesto no tanto su inconsistencia personal, cuanto la bancarrota del sistema de conciliación. La gran idea que el ministro de la Gobernación, Avksentiev, sometió al juicio del país fue la creación de un cuerpo de comisarios móviles. El ministro de la Industria exhortó a los patronos a que se contentaran con beneficios modestos. El ministro de Hacienda prometió la rebaja de las contribuciones directas de las clases poseedoras y el aumento de los impuestos indirectos. El ala derecha cometió la imprudencia de cubrir estas palabras con ruidosos aplausos, en los que observó Tsereteli, no sin timidez, una falta de espíritu de sacrificio. Al ministro de Agricultura, Chernov, se le había dado la orden de guardar

silencio, a fin de no excitar a los aliados de la derecha con el espectro de la expropiación de la tierra. En interés de la unidad nacional, se decidió fingir que la cuestión agraria no existía. Los conciliadores no opusieron a ello ningún obstáculo. La verdadera voz del campesino no resonó en la tribuna. Sin embargo, precisamente en aquellas semanas de agosto, el movimiento agrario se extendía por todo el país para transformarse en el otoño en una guerra campesina irresistible.

Después de un día de tregua, destinado a inspeccionar y movilizar las fuerzas de los dos bandos, la sesión del 14 se abrió en una atmósfera de extrema tensión. Al aparecer Kornílov en el palco, la derecha de la Conferencia le tributa una clamorosa acogida. La izquierda permanece sentada casi en su totalidad. Del palco de los oficiales surgen gritos de: "¡Levantarse!", mezclados con insultos groseros.

Al aparecer el gobierno, la izquierda tributa a Kerenski una prolongada ovación, en la cual, como atestigua Miliukov, "esta vez no toma parte, de un modo igualmente demostrativo, la derecha, que permanece sentada". En estas tempestades de aplausos, que se cruzaban hostilmente, se presentían las próximas contiendas de la guerra civil. Entretanto, seguían en el estrado, bajo el nombre de gobierno, los representantes de los dos bandos de la sala, y el presidente, que cautelosamente había tomado medidas militares contra el generalísimo, no se olvidó de presentar a éste como la encarnación de la "unidad del pueblo ruso". Fiel al papel que se había asignado, Kerenski exclamó: "Os propongo a todos que saludéis, en la persona del generalísimo en jefe aquí presente, al ejército que ha perecido valerosamente por la patria y la libertad." En la primera sesión se había dicho respecto de ese mismo ejército: "Nuestras esperanzas fueron pisoteadas, nuestra fe ha sido escarnecida." Pero era igual, se había encontrado la frase salvadera: la sala se pone en pie y aplaude ruidosamente a Kornílov y a Kerenski... Una vez más se había salvado la unidad de la nación.

Las clases dominantes, agotadas por una situación histórica que las empujaba hacia un callejón sin salida, decidieron recurrir a la mascarada histórica. Por lo visto se imaginaban que, si se presentaban una vez más ante el pueblo con una máscara, serían más imponentes y vigorosas. Como expertos de la conciencia nacional, se hizo aparecer en escena a los representantes de las cuatro Dumas. Las disensiones internas, antes tan agudas, desaparecían; todos los partidos de la burguesía se unían sin dificultad a base del "programa ajeno a partidos y clases" elaborado por los hombres públicos que unos días antes habían mandado un telegrama de salutación a Kornílov. En nombre de la primera Duma -¡1906!-, el kadete Nabokov rechazó "la idea misma de la posibilidad de una paz separada". Esto no

impidió al político liberal relatar en sus *Memorias* que él, lo mismo que muchos directivos kadetes, veía en la paz separada el único camino de salvación. De la misma manera, los representantes de las demás Dumas zaristas exigieron, ante todo de la revolución, un tributo de sangre.

"¡Tiene usted la palabra, general!" La Conferencia llega al momento crítico. ¿Qué dirá el generalísimo en jefe, al que ha intentado Kerenski persuadir con insistencia, pero inútilmente, de que se limite a dar una idea de la situación militar? He aquí cómo relata la escena Miliukov, testigo presencial: "La figura baja, pero fuerte, de un hombre de fisonomía calmuca, ojos pequeños, negros y penetrantes, en que brillaban chispas de malignidad, apareció en la escena. Los aplausos hacen estremecer la sala, todo el mundo se pone en pie, excepto... los soldados." A los delegados que permanecen sentados les dirigen desde la derecha gritos de indignación, mezclados con insultos: "¡Granujas!... ¡Levantaos!..." De los bancos de los delegados que no se han levantado surge un grito: "¡Esclavos!" El griterío se convierte en tormenta, Kerenski pide que se escuche tranquilamente al "primer soldado del gobierno provisional". Kornílov, con voz dura, áspera e imperiosa, como corresponde a un general que se dispone a salvar al país, leyó un discurso escrito para él por el aventurero Zavoiko, bajo el dictado del aventurero Filonenko. El discurso, por el programa que propugnaba, era mucho más moderado que el propósito a que servía de introducción. Kornílov no se recataba de presentar el estado del ejército y la situación del frente con los colores más sombríos, con la intención evidente de asustar. Constituía el punto central del discurso el pronóstico respecto a las operaciones militares: "...El enemigo llama ya a las puertas de Riga, y si la inconsistencia de nuestro ejército no nos da la posibilidad de mantenernos en las orillas del golfo de Riga, quedará abierto el camino de Petrogrado." Al llegar aquí, Kornílov asesta un golpe al gobierno, sin andarse con cumplidos: "Si este ejército se ha visto convertido en una turba que ha perdido la cabeza y no piensa más que en salvar la piel, ha sido gracias a una serie de medidas legislativas adoptadas después de la revolución por gente extraña al espíritu y a la mentalidad del ejército." La cosa es clara: no hay salvación para Riga, y el generalísimo habla de ello abiertamente, en tono de reto, ante todo el mundo, como invitando a los alemanes a tomar la ciudad indefensa. ¿Y Petrogrado? La idea de Kornílov es ésta: si se me da la posibilidad de realizar mi programa, es posible que Petrogrado se salve; pero ¡apresuraos! El periódico de los bolcheviques en Moscú decía: "¿Qué es esto, una advertencia, o una amenaza? La derrota de Tarnopol ha hecho generalísimo a Kornílov. La rendición de Riga puede hacerle

dictador." Esta idea respondía a los propósitos de los conjurados mucho más de lo que pudieran suponer los bolcheviques más suspicaces.

El Concilio eclesiástico, que participó en el pomposo recibimiento de Kornílov, manda en auxilio del generalísimo a uno de sus miembros más reaccionarios, el arzobispo Platón: "Se os acaba de trazar el cuadro desolador que ofrece el ejército -decía este representante de las fuerzas vivas-. Pero yo he venido para decir a Rusia desde este sitio: no te inquietes, querida, no temas, adorada... Si es preciso un milagro para salvar a Rusia, Dios lo hará, si la Iglesia lo implora..." Los señores de la Iglesia ortodoxa preferían, para guardar sus bienes, echar mano de los cosacos. La médula del discurso no consistía, sin embargo, en esto. El arzobispo se lamentaba de que en los discursos del gobierno "no apareciera ni una sola vez el nombre de Dios", ni tan siquiera para menospreciarlo. De la misma manera que Kornílov acusaba al gobierno de la revolución de desmoralizar al ejército, Platón acusaba de impiedad criminal "a los que se hallan actualmente al frente de nuestro devoto pueblo". Esos eclesiásticos que se habían puesto de hinojos ante Rasputin, se atrevían ahora a acusar públicamente al gobierno de la revolución.

El general Kaledin, cuyo nombre sonaba insistentemente en aquel período como el de una de las figuras más sólidas del partido militar, leyó una declaración en nombre de la doce división cosaca. Kaledin, que, según uno de sus panegiristas, "no deseaba ni sabía adular a la multitud", "se separó a causa de ello del general Brusílov y fue destituido del mando del ejército como hombre que no respondía al espíritu de los tiempos". Ese general de cosacos, que regresó al Don a principios de mayo, no tardó en ser elegido atamán de las fuerzas de aquella región. Como jefe de las tropas cosacas más viejas y fuertes, se le había encargado de presentar el programa de los sectores cosacos privilegiados. La declaración, después de rechazar la sospecha de contrarrevolución, recordaba poco amablemente a los ministros socialistas que éstos, en el momento de peligro, habían solicitado la ayuda de los cosacos contra los bolcheviques. El sombrío general conquistó inesperadamente el corazón de los demócratas al pronunciar enfáticamente la palabra que Kerenski no se atrevía a proferir en voz alta: *república.* La mayoría de la sala, y muy particularmente el ministro Chernov, aplaudió al general cosaco, el cual exigía seriamente de la República lo que no había podido dar ya la autocracia. Napoleón había predicho que Europa sería cosaca o republicana. Kaledin se mostraba conforme con ver a Rusia republicana, a condición de que no dejara de ser cosaca. Al leer las palabras: "en el gobierno no debe haber sitio para los derrotistas", el desagradecido general volvióse insolentemente hacia el desventurado Chernov. La reseña de un periódico liberal señala: "Todas las miradas se fijan en Chernov,

inclinado sobre la mesa." Kaledin, que no estaba atado por una situación oficial, desarrolló hasta el fin el programa militar de la reacción: suprimir los comités, restablecer el poder de los jefes, poner en igualdad de condiciones el interior y el frente, revisar los derechos de los soldados -es decir, reducirlos a nada-. Los aplausos de la derecha se fundieron con las protestas e incluso los silbidos de la izquierda. "La Asamblea constituyente debe ser convocada en Moscú para que pueda llevar a cabo "una labor tranquila y sistemática"." El discurso, preparado antes de la conferencia, fue leído por Kaledin al día siguiente de la huelga general, cuando la frase relativa a la "labor tranquila" en Moscú parecía una burla. La intervención del republicano cosaco elevó la temperatura de la sala hasta la ebullición, e incitó a Kerenski a dar muestras de autoridad: "En esta asamblea nadie puede dirigirse al gobierno con exigencias." Pero entonces, ¿por qué había sido convocada la conferencia? El popular "cien negro" Purischkievich gritó desde su banco: "¡Desempeñamos el papel de comparsas del gobierno!" Dos meses antes, ese oscurantista aún no se atrevía a levantar la cabeza.

La declaración oficial de la democracia, interminable documento que intentaba dar respuesta a todas las cuestiones sin responder a ninguna de ellas, fue leída por el presidente del Comité ejecutivo central, Cheidse, acogido con calurosos aplausos por la izquierda. Las aclamaciones de "¡Viva el jefe de la revolución rusa!" debían inmutar a este modesto caucasiano, que se sentía cualquier cosa antes que jefe. Como para justificarse, la democracia declaraba que "no aspiraba al poder, no deseaba ejercer ningún monopolio y que estaba dispuesta a sostener a todo gobierno que fuese capaz de salvaguardar los intereses del país y de la revolución". Pero no se podían suprimir los soviets, pues sólo ellos habían salvado al país de la anarquía. No se podían suprimir los comités del ejército, pues eran los únicos capaces de asegurar la continuación de la guerra. Las clases privilegiadas debían hacer alguna concesión en interés de la causa común. Sin embargo, los intereses de los terratenientes debían ser protegidos contra los actos de expropiación espontánea. La solución del problema de las nacionalidades debía ser aplazada hasta la Asamblea constituyente. Sin embargo, era necesario llevar a cabo las reformas más inaplazables. La declaración no decía ni una palabra sobre la política activa de paz. En general, el documento parecía destinado a provocar la indignación de las masas sin dar satisfacción a la burguesía.

En un discurso evasivo y gris, el representante del Comité ejecutivo campesino hizo una alusión a la consigna *tierra y libertad,* por la que han perecido nuestros mejores combatientes. La reseña de la prensa de Moscú señala un episodio que no figura en la

reseña taquigráfica oficial: "Toda la sala se levanta y tributa una ruidosa ovación a los ex presos de Schliselburg, sentados en un palco." ¡Asombrosa mueca de la revolución! "Toda la sala" rinde homenaje a los ex presidiarios políticos que la monarquía de Alexéiev, Kornílov, Kaledin, el arzobispo Platón, Rodzianko, Guchkov y, en el fondo, Miliukov, no había tenido tiempo de estrangular en su cárcel. Los verdugos o sus cómplices quieren adornarse con la aureola del martirio de sus propias víctimas.

Quince años antes, los jefes de la derecha presentes en la sala habían celebrado el segundo centenario de la conquista de la fortaleza de Schliselburg por Pedro I. La *Iskra,* periódico del ala revolucionaria de la socialdemocracia, escribía en aquellos días: "¡Cuánta indignación despertará en los pechos esta fiesta patriótica en la isla maldita en que fueron ejecutados Minakov, Michkin, Rogadchov, Stromberg, Ulianov, Gueneralov, Osiparov, Andriuchin y Cheviriov; ante ese *impace* de piedra en que Klimenko se ahorcó, Grachevski se roció con petróleo y luego pegó fuego a su propio cuerpo; donde Sofía Guinsburg se suicidó hundiéndose unas tijeras en el corazón: bajo esos muros en que Schedrin, Yuvachov, Konaschievich, Pojinotov, Ignati, Ivanov, Aronchik y Tijonovich se sumieron en la noche sombría de la locura y docenas de otros perecieron a consecuencia del agotamiento, del escorbuto y de la tisis! ¡Entregaos a las bacanales patrioteras, pues hoy todavía sois los señores de Schliselburg!" El epígrafe de *la Iskra* eran las palabras de una carta de los presidiarios decembristas a Puschkin: "De la chispa surgirá la llama." La llama surgió, y redujo a cenizas la monarquía y su presidio de Schliselburg. Y he aquí que hoy, en la sala de la Conferencia nacional, los carceleros de ayer tributan una ovación a las víctimas arrancadas a sus garras por la revolución. Pero así y todo, lo más paradójico era el hecho de que carceleros y detenidos se fundieran efectivamente en un sentimiento de odio común hacia los bolcheviques, hacia Lenin, ex inspirador de la *Iskra;* hacia Trotski, autor de las líneas citadas más arriba, hacia los obreros revoltosos y los soldados insumisos que llenaban las cárceles de la República.

El nacional-liberal Guchkov, presidente de la tercera Duma, que en otro tiempo no había aceptado a los diputados de izquierda en la Comisión de defensa, y que por este motivo fue nombrado por los conciliadores primer ministro de la Guerra de la revolución, pronunció el discurso más interesante, en el cual, sin embargo, la ironía luchaba en vano con la desesperación: "Pero ¿por qué..., por qué -decía aludiendo a unas palabras de Kerenski- los representantes del poder se han dirigido a nosotros presas de una "inquietud", de un "terror" mortales, con gritos dolorosos, histéricos, de desesperación, y por qué esa inquietud, esos gritos, hallan asimismo en nuestro espíritu el mismo dolor

ardiente, la misma angustia de la agonía?" En nombre de los que antes dominaban, mandaban, perdonaban y castigaban, este aplomado comerciante moscovita confesaba públicamente la angustia mortal que le sobrecogía. "Este poder -decía- es una sombra de poder." Guchkov tenía razón: pero tampoco él, antiguo compinche de Stolipin, era más que su propia sombra.

Precisamente el mismo día en que se inauguró la Conferencia, apareció en el periódico de Gorki un artículo en que se hablaba de los pingües beneficios que había producido a Rodzianko el suministro de accesorios inservibles para los fusiles. Esta revelación inoportuna, formulada por Karajan, futuro diplomático soviético, a quien entonces nadie conocía aún, no impidió que el chambelán pronunciara dignamente en la Conferencia un discurso en defensa del programa patriótico de los que negociaban con los aprovisionamientos de guerra. Todo el mal provenía de que el gobierno provisional no hubiera obrado de acuerdo con la Duma, "única representación completamente legítima y realmente popular". Esto pareció ya excesivo. En los bancos de la izquierda, los delegados se reían. Resonaron gritos de: "¡3 de junio!" En otro tiempo, esta fecha -3 de junio de 1907, día en que fue pisoteada la Constitución que había sido otorgada- ardía, como el estigma del presidiario, en la frente de la monarquía y de los partidos que la sostenían. Ahora se convertía en un recuerdo desvaído. Y el propio Rodzianko, corpulento e imponente, que tronaba con su voz de bajo en la tribuna, parecía más bien un monumento vivo del pasado que una figura política.

El gobierno opone a los ataques del interior los estímulos del exterior, llegados con la mayor oportunidad. Kerenski da lectura a un telegrama de salutación del presidente de los Estados Unidos, Wilson, en el que se promete "el apoyo moral y material al gobierno de Rusia para el éxito de la causa que une a ambos pueblos y con lo cual no persiguen ninguna finalidad egoísta". Los nuevos aplausos ante el palco diplomático no pueden sofocar la inquietud que el telegrama de Washington suscita en la derecha; el elogio al desinterés significaba de un modo demasiado evidente para los imperialistas rusos la receta de una dieta de hambre.

En nombre de la democracia conciliadora, Tsereteli, su jefe reconocido, defendió a los soviets y a los comités del ejército en la forma en que se defiende por honor una causa perdida de antemano. "No puede retirarse el andamio cuando no se ha terminado todavía el edificio de la Rusia revolucionaria libre." Después de la revolución, "las masas populares, en el fondo, no tenían confianza en nadie más que en sí mismas": sólo los esfuerzos de los soviets conciliadores dieron a las clases poseedoras la posibilidad de mantenerse en la

superficie, aunque no fuera más que en los primeros momentos y sin el confort habitual. Tsereteli señalaba como un mérito particular de los soviets el haber "cedido al gobierno de coalición todas las funciones estatales"; ¿acaso este sacrificio "fue arrebatado a la democracia por la fuerza"? El orador parecía el comandante de una fortaleza que se vanagloriase públicamente de haber entregado sin combate la posición que se le había confiado... Y en los días de julio, "¿quién hizo una muralla de su pecho, defendiendo al país contra la anarquía?" De la derecha surgió una voz: "¡Los cosacos y los junkers!" Estas palabras estallaron como un latigazo en el torrente democrático de lugares comunes. El ala burguesa de la Conferencia comprendía perfectamente los servicios que habían prestado los conciliadores para salvarla. Pero la gratitud no es un sentimiento político. La burguesía se apresuraba a sacar conclusiones de los servicios que le había prestado la democracia: terminaba el capítulo de los socialrevolucionarios y mencheviques, y se ponía a la orden del día el capítulo de cosacos y junkers.

Tsereteli enfocó con particular prudencia el problema del poder. En el transcurso de los últimos meses se habían efectuado elecciones a las Dumas municipales y, en parte, a los zemstvos, a base del sufragio universal. ¿Y qué había resultado de ello? En la Conferencia nacional, la representación de los órganos democráticos apareció en la izquierda, al lado de los soviets y bajo la dirección de esos mismos partidos, los socialrevolucionarios y los mencheviques. Si los kadetes se proponían insistir en su exigencia de que se liquidara toda dependencia del gobierno con respecto a la democracia, ¿que necesidad había entonces de la Asamblea constituyente? Tsereteli no hizo más que señalar los contornos de este razonamiento, pues, de haberío llevado hasta las últimas consecuencias, hubiérase visto obligado a condenar la coalición con los kadetes como algo que se hallaba en contradicción incluso con la democracia formal. Se acusaba a la revolución de hablar excesivamente de paz. Pero ¿acaso no comprendían las clases pudientes que la consigna de paz era el único medio eficaz de continuar la guerra? Quien se hacía cargo de esto era la burguesía; lo único que quería era tomar asimismo en sus manos ese medio junto con el poder. Tsereteli terminó su discurso entonando un himno en honor de la coalición. En aquella sala escindido y que no encontraba modo de salir del atolladero, los lugares comunes de la tendencia conciliadora resonaron por última vez con un matiz de esperanza. Pero ¿es que acaso Tsereteli era ya también, en realidad, algo más que su propio espectro?

En nombre del ala derecha de la democracia contestó Miliukov, representante sereno y desesperanzado de unas clases a las que la historia atajaba el camino de una política serena. En su *Historia,* el jefe del liberalismo refiere, en forma suficientemente expresiva, su

propio discurso en la Conferencia nacional. "Miliukov hizo... un resumen conciso, basándose en los hechos, de los errores de la "democracia revolucionaria", y trazó el balance de los mismos... Capitulación en lo que se refiere a la "democratización del Ejército", acompañada de la retirada de Guchkov; capitulación en la cuestión de la política exterior "zimmerwaldiana", acompañada de la retirada del ministro de Estado (Miliukov); capitulación ante las exigencias utópicas de la clase obrera, acompañada de la retirada del ministro de Comercio y de la Industria, Konovalov; capitulación ante las exigencias extremas de las nacionalidades, acompañada de la retirada de los demás kadetes. La quinta capitulación, ante las tendencias expropiadoras de las masas en la cuestión agraria... provocó la retirada del primer presidente del gobierno provisional, príncipe Lvov." Era un cuadro clínico que no estaba del todo mal. Por lo que a los remedios se refiere, Miliukov no fue más allá de las medidas policíacas: había que estrangular a los bolcheviques. "Ante la evidencia de los hechos -decía señalando a los conciliadores-, estos grupos más moderados se han visto obligados a admitir que entre los bolcheviques hay criminales y traidores. Pero hasta ahora no admiten que la idea fundamental que une a esos partidarios de las acciones anarcosindicalistas, sea criminal." (Aplausos.)

El mansísimo Chernov seguía apareciendo como el eslabón que unía a la coalición con la revolución. Casi todos los oradores del ala derecha, Kaledin, los kadetes, Maklakov y Astrov, atacaron a Chernov, al que se había dado previamente orden de callar, y al que nadie defendió. Niliukov, por su parte, recordó que el ministro de Agricultura "había estado personalmente en Zimmerwald y en Kienthal, donde presentó las resoluciones más violentas". Era éste un tiro certero: antes de ser ministro de la Guerra imperialista, Chernov había puesto su firma al pie de algunos documentos de la izquierda de Zimmerwald, esto es, de la fracción de Lenin.

Miliukov no ocultó a la Conferencia que desde el principio había sido adversario de la coalición, por considerar que sería "no más fuerte, sino más débil que el gobierno salido de la revolución", esto es, que el gobierno Guchkov-Miliukov. Y ahora mismo tiene mucho miedo de que la composición del gobierno... no dé garantías de seguridad a las personas y a la propiedad. Pero, de todas maneras, Miliukov prometía su apoyo al gobierno, "voluntariamente y sin discusión". La perfidia de esta generosa promesa se pone completamente de manifiesto dos semanas después. En el momento en que fue pronunciado, el discurso no provocó el entusiasmo de nadie, pero tampoco originó protestas ruidosas. Al empezar y al terminar, el orador escuchó unos cuantos aplausos, más bien fríos.

En su segundo discurso, Tsereteli se redujo a persuadir, a jurar, a gemir: "¿No veis que todo esto se hace por vosotros? ¿No veis que los soviets, los comités, los programas democráticos, las consignas del pacifismo, todo esto os protege? ¿A quién le era más fácil movilizar las tropas del Estado revolucionario ruso: al ministro de la Guerra, Guchkov, o al ministro de la Guerra, Kerenski?" Tsereteli repetía casi literalmente las palabras de Lenin, con la diferencia de que el jefe de los conciliadores veía un mérito allí donde el jefe de la revolución señalaba la traición. El orador justifica luego el exceso de tolerancia respecto a los bolcheviques: "No tengo inconveniente en decir que la revolución era inexperta en la lucha contra la anarquía procedente de la izquierda." (Aplausos ruidosos de la derecha.) Pero después de "recibir las primeras lecciones" ha corregido su error: "Se ha aprobado ya una ley de excepción." En aquellos mismos momentos, Moscú estaba dirigido secretamente por un comité compuesto de dos mencheviques, dos socialrevolucionarios y dos bolcheviques, que preservaron a la ciudad del peligro de un golpe de Estado por parte de aquellos ante quienes se comprometían los conciliadores a acabar con los bolcheviques.

La nota más característica del último día fue la intervención del general Alexéiev, en cuya autoridad estaba encarnada la inepcia de la antigua administración militar. El ex jefe del Estado Mayor de Nicolás II y organizador de la derrota del ejército ruso hablaba, entre las desenfrenadas demostraciones de aprobación de la derecha, de los agentes de destrucción "en cuyos bolsillos sonaban melódicamente los marcos alemanes". Para reconstituir el ejército era necesaria la disciplina; para que hubiera disciplina, hacía falta la autoridad de los jefes, para lo cual era preciso asimismo la disciplina. "Aplicad a la disciplina el calificativo de férrea, aplicadle el de consciente, llamadla auténtica... La base de esa disciplina es siempre la misma." Para Alexéiev, la historia quedaba reducida a los límites de la ordenanza. "¿Acaso es tan difícil, señores, sacrificar una ventaja ilusoria a la existencia de una organización (risas en la izquierda) por algún tiempo? (risas y gritos en la izquierda)." El general trataba de persuadir a la Conferencia de que le entregara una revolución desarmada, pero no para siempre, no; Dios nos guarde de ello, sino solamente "por algún tiempo". El objeto promete devolverlo en toda su integridad en cuanto termine la guerra. Pero Alexéiev coronó su discurso con un aforismo que no estaba del todo mal: "Es necesario tomar medidas cabales, no medias medidas." Estas palabras iban dirigidas a la declaración de Cheidse, al gobierno provisional, a la coalición, a todo el régimen de febrero. ¡Medidas cabales, no medias medidas! Con esto estaban asimismo de acuerdo los bolcheviques.

Al general Alexéiev se opusieron inmediatamente los delegados de la oficialidad de izquierda de Petrogrado y Moscú, que defendieron a "nuestro jefe supremo, el ministro de la Guerra". Les sucedió el teniente Kuchin, viejo menchevique, orador del "grupo del frente en la Conferencia nacional", el cual habló en nombre de esos millones de soldados, que apenas se reconocían en el espejo de la política conciliadora. "Todos hemos leído la interviú del general Lukomski en los periódicos, en la cual se dice: Si los aliados no nos ayudan, Riga se rendirá..." ¿Por qué ese mando supremo que disimulaba siempre los fracasos y las derrotas sentía la necesidad de recargar la nota negra? Los gritos de "¡Es una vergüenza!", proferidos por la izquierda, se dirigían a Kornílov, que el día anterior había desarrollado la misma idea en la Conferencia. Kuchin había tocado en lo vivo a las clases poseedoras: los elementos dirigentes de la burguesía, el mando, toda la derecha representada en la sala, estaban impregnados hasta la médula de tendencias derrotistas en el terreno económico, político y militar. La divisa de esos patriotas sólidos y equilibrados era: Cuanto peor vayan las cosas, mejor. Pero el orador conciliador se apresuró a pasar por alto el tema que le minaba el terreno bajo sus propios pies. "No sabemos si podremos salvar al ejército -decía Kuchin-, pero si no lo salvamos nosotros, no lo salvará tampoco el mando..." "¡Lo salvará!" -se grita desde los bancos de los oficiales-. Kuchin: "¡No! No lo salvará." (Explosión de aplausos en la izquierda.) Así se retaban hostilmente los unos a los otros, comandantes y comités, sobre cuya solidaridad ficticia se había elaborado el programa del saneamiento del ejército. Así se hostilizaban las dos mitades de la Conferencia que constituían la base en que se asentaba la "coalición honrada". Estos choques eran sólo un eco débil, ahogado, parlamentarizado, de las contradicciones que estremecían al país.

Para mantenerse fieles a la representación bonapartista, los oradores de la derecha y de la izquierda se sucedían por turno, equilibrándose mutuamente en la medida de lo posible. Si las jerarquías del Concilio ortodoxo apoyaban a Kornílov, los preceptores del cristianismo evangélico se ponían al lado del gobierno provisional. De los zemstvos y de las Dumas municipales hablaron dos delegados: uno, en nombre de la mayoría, adhirióse a la declaración de Cheidse; otro, en nombre de la minoría, a la declaración de la Duma.

Los representantes de las nacionalidades oprimidas protestaron uno tras otro, ante el gobierno, de su patriotismo, pero suplicaron que no se les engañara más; en provincias habían los mismos funcionarios, las mismas leyes, la misma opresión que antes. "No se puede seguir perdiendo el tiempo. El pueblo no puede vivir exclusivamente de promesas." La Rusia revolucionaria debe demostrar que es "madre y no madrastra de los pueblos". Las

reconvenciones tímidas y las exhortaciones humildes no hallaron casi ningún eco de simpatía ni siquiera en la izquierda de la sala. El espíritu de la guerra imperialista es el menos compatible con una política nacionalista honrada.

"Hasta ahora, las nacionalidades del Cáucaso no han emprendido ninguna acción por separado -declaró el menchevique Chenkeli, en nombre de Georgia- ni la emprenderán en lo sucesivo." La inconsistencia de esta promesa, acogida con aplausos, no tarda en ponerse de manifiesto: a partir de la revolución de Octubre, Chenkeli se convierte en uno de los jefes del separatismo. No hay en esto, sin embargo, contradicción alguna: el patriotismo de la democracia no excede de los límites del régimen burgués.

Entretanto, aparecen en escena nuevos espectros, los más trágicos, del pasado. Los inválidos de la guerra hacen oír su voz. Tampoco ellos se muestran unánimes. Los mancos, los cojos, los ciegos, tienen su aristocracia y su plebe. Un oficial, ofendido en su patriotismo, apoya a Kornílov en nombre de la "grandiosa, de la potente Asociación de Caballeros de San Jorge y de sus 128 secciones de toda Rusia". (Muestras de aprobación en la derecha.) La asociación de inválidos de la guerra se adhiere, por mediación de su delegado, a la declaración de Cheidse. (Muestras de aprobación en la izquierda.)

El comité ejecutivo del sindicato de ferroviarios, recientemente organizado y que en los meses próximos debía desempeñar, bajo el nombre abreviado de "Vikjel", un papel considerable, unió su voz a la declaración de los conciliadores. El presidente del "Vikjel", demócrata moderado y extremadamente patriotero, trazó un cuadro elocuente de las maquinaciones contrarrevolucionarias en los servicios de ferrocarriles; ofensiva furiosa contra los obreros, despidos en masa, abolición arbitraria de la jornada de ocho horas, etc. Las fuerzas subterráneas, dirigidas desde centros ocultos, pero influyentes, se esfuerzan a todas luces en lanzar al combate a los ferroviarios hambrientos. No hay modo de echar mano al enemigo. "El contraespionaje dormita y la vigilancia fiscal duerme." Y este moderado de los moderados termina con una amenaza: "Si la hidra de la contrarrevolución levanta cabeza, la estrangularemos con nuestras manos."

Inmediatamente, uno de los magnates ferroviarios formula una contraacusación: "El manantial puro de la revolución ha resultado envenenado." ¿Por qué? "Porque los fines idealistas de la revolución han sido sustituidos por fines materiales." (Aplausos en la derecha.) El kadete y terrateniente Rodichev acusa, movido del mismo espíritu, a los obreros de haberse asimilado la "vergonzosa consigna del "¡enriqueceos!"", procedente de Francia. Los bolcheviques asegurarán pronto a la fórmula de Rodichev un éxito excepcional, aunque no el que calculaba su orador. El profesor Ozerov, hombre

consagrado a la ciencia pura, pero al mismo tiempo, delegado de los bancos agrarios, exclama: "El soldado, en las trincheras, debe pensar en la guerra, y no en el reparto de las tierras." Se comprende: la confiscación de las tierras hubiera significado la de los capitales bancarios; el primero de enero de 1915, las deudas de la propiedad agraria ascendían a más de 3.500 millones de rublos.

En nombre de la derecha hablaron representantes del mando, de las asociaciones industriales, de las cámaras de comercio y de los bancos, de la sociedad de ganaderos y de otras organizaciones, que agrupaban a centenares de nombres conocidos. En nombre de la izquierda hablaron representantes de los soviets, de los comités del ejército, de los sindicatos, de los municipios democráticos, de las cooperativas, tras los cuales aparecían docenas de millones de hombres anónimos. En tiempos normales, el predominio se hallaba invariablemente de parte del brazo más corto de la palanca. "No puede negarse -dogmatizaba Tsereteli-, sobre todo en un momento como el actual, el peso específico y la importancia del que es fuerte por sus bienes." Pero lo que había era que ese peso era cada vez más... imponderable. Del mismo modo que el peso no es una propiedad inherente a los distintos objetos, sino una relación entre ellos, el peso social no es una propiedad ingénita a la persona, sino únicamente la cualidad de clase que se ven obligadas a reconocerle las otras clases. Con todo, la revolución se acercaba de lleno a aquel límite en que empieza el no reconocimiento de las "cualidades" más fundamentales de las clases dominantes. Por ello iba resultando tan incómoda la situación de la minoría notoria en el brazo corto de la palanca. Los conciliadores procuraban mantener el equilibrio con todas sus fuerzas. Pero eran ya impotentes: las masas ejercían una presión demasiado irresistible sobre el brazo largo de la palanca. ¡Con qué prudencia defendían sus intereses los grandes agrarios, banqueros e industriales! Por lo demás, ¿es que, en general, los defendían? Apenas, en rigor. Defendían los derechos del idealismo, los intereses de la cultura, las prerrogativas de la futura Asamblea constituyente. El jefe de la industria pesada, Von Ditmar, terminó incluso su discurso con un himno en honor de la "igualdad, la libertad y la fraternidad". ¿Dónde estaban los barítonos metálicos del beneficio, los bajos de la renta agraria? En la escena aparecían sólo los dulzones tenores del desinterés. Pero, un minuto de atención: "¡Cuánta hiel y vinagre hay bajo el jarabe! ¡En qué forma más inesperada se quiebran los trinos líricos en un falsete rencoroso!" El representante de la cámara agrícola, Kapatsinski, que era con toda el alma partidario de la futura reforma agraria, no se olvida de dar las gracias a "nuestro puro Tsereteli" por su circular en defensa del derecho contra la anarquía. Pero, ¿y los comités agrarios? No hay que olvidar que son ellos quienes dan el poder directo al

campesino. A ese "hombre ignorante, que ha perdido la cabeza pensando en que al fin se le va a entregar la tierra, a ese hombre al que se le dan todos los derechos en el país". Si, en su lucha con el campesino ignorante, los grandes hacendados defienden la propiedad, no es por ellos, no, sino únicamente para ofrecerla, para sacrificarla en el altar de la libertad.

Diríase que el simbolismo social ha dado ya todo lo que podía dar de sí. Pero a Kerenski se le ocurre una feliz inspiración: propone que se conceda la palabra a otro grupo, al "grupo representante de la historia rusa: Breschko-Breschkovskaya, Kropotkin y Plejánov". El populismo, el anarquismo y la socialdemocracia rusos hablan, respectivamente, por la persona de la vieja generación; el anarquismo y el marxismo, por la de sus fundadores más destacados. Kropotkin pide se una su voz "a la de los que han exhortado al pueblo ruso a romper una vez para siempre con el "zimmerwaldismo"". El apóstol de la abolición del poder se asocia inmediatamente al ala derecha de la Conferencia. La derrota significa no sólo la pérdida de grandes territorios y el pago de tributos: "Hay algo peor que todo esto, compañeros: es la psicología del país vencido." El viejo internacionalista se siente preferentemente atraído por la psicología del país vencido... al otro lado de la frontera. Al recordar cómo se humillaba ante los zares rusos la Francia vencida -sin prever se humillaría ante los banqueros norteamericanos como la Francia victoriosa-, Kropotkin exclama: "¿Es que habremos de pasar por este trance? ¡Por nada del mundo!" La sala le contesta con un aplauso cerrado. En cambio, ¡qué lisonjeras perspectivas abre la guerra!: "todo el mundo empieza a comprender que es necesario organizar una nueva vida basada en los principios socialistas... Lloyd George pronuncia discursos impregnados de espíritu socialista... En Inglaterra, en Francia y en Italia se está formando una nueva concepción de la vida, preñada de socialismo, aunque, desgraciadamente, estatal". Sí, "desgraciadamente", Lloyd George y Poincaré no han renunciado aún al principio estatal. Kropotkin se acerca al mismo de un modo suficientemente franco. "No creo -dice- que nos adelantemos a los derechos de la Asamblea constituyente. Reconozco plenamente que a ella corresponde la decisión soberana en esta cuestión, si, reunidos en esta Asamblea de la tierra rusa, expresamos en alta voz nuestro deseo de que en Rusia se proclame la República." Kropotkin insiste en la necesidad de una República federal: "Tenemos necesidad de una federación como la que existe en los Estados Unidos." ¡A eso quedaba reducida la "Federación de comunas libres" de Bakunin! "Comprometámonos, en fin -termina Kropotkin-, a no reunirnos más en esta sala divididos en derechas e izquierdas... No tenemos más que una patria, que todos, tanto los de la derecha como los de la izquierda, hemos de defender, y por la cual, si es preciso,

hemos de morir." Los terratenientes, industriales, generales, Caballeros de San Jorge, todos los que no estaban de acuerdo con Zimmerwald, tributaron una merecida ovación al apóstol del anarquismo.

Los principios del liberalismo no viven en la realidad más que combinados con la policía. El anarquismo es una tentativa para depurar el liberalismo mediante la eliminación de la policía. Pero del mismo modo que el oxígeno puro es irrespirable, el liberalismo sin la policía significa la muerte de la sociedad. En su calidad de sombra caricaturesca del liberalismo, el anarquismo ha compartido, en general, el destino de aquél. El desarrollo de las contradicciones de clase, al matar al liberalismo, ha matado asimismo el anarquismo. Como toda secta que no funda su doctrina en el desarrollo real de la sociedad humana, sino en uno de los rasgos de la misma llevado hasta el absurdo, el anarquismo estalla como una burbuja de jabón en el mismo momento en que las contradicciones sociales llegan hasta la guerra o la revolución. El anarquismo representado por Kropotkin resultó acaso ser el más espectral de todos los espectros de la Conferencia de Moscú.

En España, país clásico de bakuninismo, los anarcosindicalistas y los llamados anarquistas puros, al renunciar a la política, reproducen prácticamente la política de los mencheviques rusos. Negadores pomposos del Estado, se inclinan respetuosamente ante el mismo tan pronto renueva un poco su piel. Al mismo tiempo que ponen en guardia al proletariado contra la tentación del poder, apoyan abnegadamente el poder de la burguesía "de izquierda". Y sin dejar de maldecir de la gangrena del parlamentarismo, deslizan subrepticiamente a sus partidarios la papeleta electoral de los republicanos vulgares. Sea cual fuere el desenlace de la revolución española, en todo caso acabará para siempre con el anarquismo.

Por boca de Plejánov, acogido con ruidosos aplausos de toda la sala –la izquierda homenajeaba a su viejo maestro; la derecha, a su nuevo aliado-, habló el marxismo ruso de los primeros tiempos, cuya perspectiva se apoyó durante décadas enteras en la libertad política. Allí donde la revolución no hacía más que empezar para los bolcheviques, había terminado ya para Plejánov. Este, al mismo tiempo que aconsejaba a los industriales que "buscaran el modo de acercarse a la clase obrera", decía a los demócratas: "Necesitáis absolutamente poneros de acuerdo con los representantes de la clase comercial e industrial." Como ejemplo de lo que era preciso guardarse, aludió Plejánov al "triste recuerdo de Lenin", el cual había descendido hasta tal punto, que incitaba al proletariado a "tomar inmediatamente el poder político en sus manos". La presencia de Plejánov, que había dejado sus últimas armas de revolucionario en el umbral de la revolución, era

necesaria en la Conferencia precisamente para poner en guardia contra la lucha por el poder.

En la misma sesión en que hablaron los delegados "de la historia rusa", concedió Kerenski la palabra a otro Kropotkin, representante de la cámara agrícola y de la asociación de ganaderos, y miembro, asimismo, de una antigua familia aristocrática que, de dar crédito a los anales históricos, tenía más derechos al trono ruso que los Romanov. "Yo no soy socialista -decía el aristócrata feudal-, pero respeto el verdadero socialismo. Y cuando veo las expropiaciones, los saqueos, la violencia, debo decir que... el gobierno tiene el deber de obligar a los hombres que se cubren con la etiqueta del socialismo a apartarse de la obra de organización del país." Ese segundo Kropotkin, que dirigía visiblemente su flecha contra Chernov, no tenía nada que objetar a socialistas tales como Lloyd George o Poincaré. Junto con el antípoda de su familia, anarquista, el Kropotkin-monárquico condenaba a Zimmerwald, la lucha de clases, las expropiaciones de tierras -lo cual calificaba ¡ay! de "anarquía"- y exigía asimismo la unión y la victoria. Las actas no consignan, por desgracia, si los dos Kropotkin se aplaudieron mutuamente.

En esta Conferencia, corroída por el odio, se habló tanto de unión, que ésta no podía dejar de materializarse, aunque no fuera más que por un instante, en un inevitable apretón de manos simbólico. El periódico de los mencheviques hablaba de este acontecimiento en términos inspirados: "Durante el discurso de Bublikov tiene lugar un incidente que produce una profunda impresión entre los participantes de la Conferencia... Si ayer -declaró Bublikov-, Tsereteli, el noble jefe de la revolución, tendió la mano al mundo industrial, que sepa que esa mano no quedará en el vacío..." Cuando Bublikov termina, se le acerca Tsereteli y le estrecha la mano. Ruidosa ovación.

¡Cuántas ovaciones! ¡Demasiadas ovaciones! Una semana antes de la escena que se acaba de describir, ese mismo Bublikov, una de las figuras ferroviarias más importantes, gritaba en el congreso de los industriales, refiriéndose a los caudillos soviéticos: " ¡Fuera esos hombres faltos de honor, esos ignorantes, que han empujado el país a la ruina!" Y sus palabras resonaban aún en la atmósfera de Moscú. El viejo marxista Riazanov, que asistía a la Conferencia como miembro de la delegación sindical, recordó muy oportunamente el beso del obispo de Lyon, Lamourette; "aquel beso que se dieron las dos fracciones de la Asamblea nacional -no los obreros y la burguesía, sino dos fracciones de esta última-, y ya sabéis que nunca fue tan encarnizada la lucha como después de ese beso". Con una franqueza desacostumbrada, Miliukov reconoce también que, por parte de los industriales, la unidad no era sentida, pero sí "prácticamente necesaria para una clase que tenía

demasiado que perder". El famoso apretón de manos de Bublikov no fue más que una reconciliación con segundas intenciones.

¿Creían los hombres que componían la mayoría de la Asamblea en la fuerza de los apretones de manos y de los besos políticos? ¿Creían en sí mismos? Sus sentimientos eran contradictorios como sus planes. Verdad es que en algunos discursos, sobre todo en los de los delegados de las regiones lejanas, se percibía aún la emoción de los primeros entusiasmos, esperanzas e ilusiones. Pero en aquella asamblea en que la izquierda estaba decepcionada y desmoralizada y la derecha irritada, los ecos de las jornadas de marzo resonaban como las cartas de novios leídas en un proceso de divorcio. Los políticos sumidos en el reino de los espectros, salvaban con procedimientos espectrales un régimen espectral. Un frío mortal de desesperanza reinaba en esa "asamblea de fuerzas vivas", en esa reunión de condenados a muerte.

Cuando la Conferencia tocaba a su fin, sobrevino un incidente que puso de manifiesto la existencia de una profunda escisión, aun en el grupo que era considerado como un modelo de unidad y de sentido de gobierno: los cosacos. Nagayev, joven oficial cosaco que formaba parte de la delegación soviética, declaró que los trabajadores cosacos no estaban con Kaledin: los cosacos del frente no tenían confianza en sus jefes. Esto era verdad, y su declaración daba en el blanco. Las reseñas periodísticas describen la escena más tormentosa de la Conferencia. La izquierda aplaude con entusiasmo a Nagayev. Resuenan aclamaciones de: "¡Vivan los cosacos revolucionarios!" Protestas indignadas de la derecha: "¡Tendréis que responder de esto!" Una voz, desde el palco de los oficiales: "¡Son los marcos alemanes!" A pesar del carácter inevitable de estas palabras en calidad de último argumento patriótico, producen el efecto de una bomba. En la sala se arma un escándalo infernal. Los delegados soviéticos se levantan bruscamente de sus asientos y muestran el puño amenazador al palco de los oficiales. Gritos: "¡Provocadores!" La campanilla del presidente vibra sin cesar. "Parece que de un momento a otro van a llegar a la manos los delegados."

Después de todo lo sucedido, Kerenski, en su discurso de clausura, dice: "Creo e incluso sé... que hemos llegado a comprendernos los unos a los otros, que hemos aprendido a respetarnos..." Nunca la duplicidad del régimen de febrero se había manifestado con una falsedad tan repugnante. El orador, no pudiendo resistir él mismo este tono, en sus últimas frases estalla inesperadamente en un grito de desesperación y de amenaza. "Con voz quebrada, que pasaba del grito histérico al susurro trágico, Kerenski amenazaba -nos cuenta Miliukov- a un enemigo imaginario, al cual buscaba

inquisitivamente en la sala con mirada encendida." En realidad, Miliukov sabía mejor que nadie que el tal enemigo no tenía nada de imaginario. "Hoy, ciudadanos de la tierra rusa, no soñaré más... Que los corazones se vuelvan piedras... -decía Kerenski lleno de furor-; que se marchiten todas las flores y los sueños (una voz de mujer, desde arriba: "¡No, no; que no se marchiten!"), ¡que hoy han sido pisoteados en esta tribuna. Yo mismo lo haré. (Una voz de mujer desde arriba: "No; eso no puede hacerlo usted; no se lo permitirá su corazón".) ¡Arrojaré lejos de mí la llave del corazón que ama a los hombres, y pensaré sólo en el Estado!"

En la sala se produjo una impresión de estupor, que esta vez sobrecogió a ambos bandos. El simbolismo social de la Conferencia nacional hallaba su coronamiento en un insoportable monólogo de melodrama. La voz femenina que se levantaba en defensa de las flores del corazón resonaba como un grito de auxilio, como un SOS de la revolución incruenta, luminosa y pacífica de febrero. Finalmente, bajó el telón, y se dieron por terminadas las representaciones de la Conferencia nacional.

CAPITULO XXXI
EL COMPLOT DE KERENSKI

La Conferencia de Moscú empeoró la situación del gobierno, poniendo de manifiesto, según las justas palabras de Miliukov, que "el país se dividía en dos bandos, entre los cuales no podía haber en el fondo conciliación ni acuerdo". La conferencia animó a la burguesía y acentuó su impaciencia. Por otra parte, dio un nuevo impulso al movimiento de las masas. La huelga de Moscú abre un período que se caracteriza por la rápida evolución de los obreros y soldados hacia la izquierda. A partir de ese momento, los bolcheviques progresan de un modo irresistible. Sólo los socialrevolucionarios de izquierda y, en parte, los mencheviques radicales, consiguen conservar cierta influencia entre las masas. La organización menchevista de Petrogrado señaló su viraje político hacia la izquierda con la exclusión de Tsereteli de las lista de candidatos a la Duma municipal. El 16 de agosto, la Conferencia de los socialrevolucionarios de Petrogrado exigió, por veintidós votos contra uno, la disolución de la asociación de oficiales cerca del Cuartel general, y la adopción de otras medidas decisivas para acabar con la contrarrevolución. El 18 de agosto, el Soviet de Petrogrado, no obstante la oposición de su presidente, Cheidse, puso a la orden del día la abolición de la pena de muerte. Al irse a proceder a la votación, Tsereteli pregunta en tono provocativo: "Si una vez tomada vuestra resolución, no es abolida la pena de muerte, ¿llamaréis a la multitud a la calle para exigir el derrumbamiento del gobierno?" "Sí -le gritan como contestación los bolcheviques-, sí; incitaremos a la masa a lanzarse a la calle, y procuraremos derrumbar al gobierno." "Levantáis mucho el gallo ahora" -dice Tsereteli-. Los bolcheviques levantaban el gallo en unión de las masas. Los conciliadores, en cambio, lo bajaban cuando las masas lo levantaban. La demanda de abolición de la pena de muerte es aceptada por todos los votos, cerca de novecientos, contra cuatro. Estos cuatro son: Tsereteli, Cheidse, Dan y Líber. Cuatro días después, en el congreso de los mencheviques y grupos afines, en el cual fueron aceptadas, con la oposición de Mártov, las proposiciones de Tsereteli referentes a todas las cuestiones fundamentales, se adoptó sin discusión la demanda de abolición inmediata de la pena de muerte: Tsereteli, impotente ya para resistir, guardó silencio.

Los acontecimientos en el frente hicieron aún más irrespirable la atmósfera política.

El 19 de agosto, los alemanes rompieron el frente ruso en Ixkiul, y el 21 ocuparon Riga. La realización de la profecía de Kornílov fue, como se había convenido de antemano, la señal para la ofensiva política de la burguesía. La prensa decuplicó la campaña contra los

"obreros que no trabajan" y los "soldados que no combaten". Se hacía responsable de todo a la revolución: ésta había cedido Riga y se disponía a ceder Petrogrado. La campaña contra el ejército, tan furiosa como la de mes y medio o dos atrás, no tenía ahora la menor justificación. En junio, los soldados se habían negado, efectivamente, a atacar: no querían remover el frente, sacar a los alemanes de su pasividad, reanudar el combate. Pero en las inmediaciones de Riga, la iniciativa del ataque había partido del enemigo, y la conducta de los soldados fue muy distinta. Precisamente, las fuerzas del 10.º Ejército, las que habían sufrido más los efectos de la propaganda, fueron las que menos se dejaron llevar del pánico.

El general Parski, que mandaba el ejército, se vanagloriaba, y no sin fundamento, de que la retirada se efectuara de un modo "ejemplar", hasta tal punto, que ni siquiera podía ser comparada con la de Galitzia y de la Prusia oriental. El comisario Voitinski comunicó: "Nuestras tropas realizan honradamente y sin rechistar la tarea que les ha sido encomendada; pero no se hallan en estado de resistir durante mucho tiempo el ataque del enemigo, y se retiran lentamente, paso a paso, sufriendo pérdidas enormes. Considero necesario señalar la bravura excepcional de los tiradores letones, que, a pesar de su completo agotamiento, han sido enviados de nuevo al combate..." En su comunicado, el menchevique Kuchin, presidente del comité del ejército, se expresa con más entusiasmo todavía: "El estado de espíritu de los soldados es admirable. Según el testimonio de los miembros del comise y de los oficiales, una firmeza como la que han manifestado ahora, no se había visto nunca." Otro representante de ese mismo ejército decía unos días después en la reunión de la mesa del Comité ejecutivo: "En el punto más comprometido, no había más que la brigada letona, compuesta casi exclusivamente de bolcheviques... Al recibir la orden de avanzar, la brigada se puso en marcha con las banderas rojas y las bandas de música, y se batió con un valor extraordinario." Posteriormente, Stankievich se expresaba en el mismo sentido, aunque de un modo más reservado: "Incluso en el Cuartel general, donde había personas que buscaban deliberadamente la posibilidad de hacer recaer las culpas sobre los soldados, nadie pudo comunicarme un solo caso concreto en el cual hubiera dejado de ejecutarse una orden." Los marinos desembarcados para tomar parte en las operaciones de Moondzund, dieron asimismo pruebas, como lo atestiguan los documentos oficiales, de notable firmeza.

Uno de los hechos que ejercieron una influencia en el estado de ánimo de los soldados, sobre todo de los tiradores letones y de los marinos del Báltico, era que en esa ocasión se trataba directamente de la defensa de los dos centros de la revolución: Riga y

Petrogrado. Las tropas más avanzadas se habían penetrado ya de la idea bolchevista de que "clavar la bayoneta en el suelo" no significaba resolver la cuestión de la guerra, de que la lucha por la paz era inseparable de la lucha por el poder, esto es, de una nueva revolución.

En el caso de que algunos comisarios, asustados por la presión de los generales, exagerasen la firmeza del ejército, queda el hecho incontestable de que los soldados y marinos cumplían las órdenes y morían. No podían hacer más. Así y todo, puede decirse, que en el fondo, no hubo defensa. Por inverosímil que pueda parecer, el duodécimo ejército fue cogido completamente desprevenido. Había insuficiencia de todo, de hombres, de cañones, de municiones, de contragases, el servicio de comunicaciones estaba pésimamente organizado. Los ataques no se podían efectuar, porque para los fusiles rusos se habían mandado cartuchos de tipo japonés. Sin embargo, no se trataba de un sector accidental del frente. La importancia de la pérdida de Riga no era un secreto para el alto mando. ¿Cómo explicar el estado excepcionalmente lamentable de los medios de defensa y de los recursos del duodécimo ejército?... "los bolcheviques -dice Stankievich- empezaron ya a difundir el rumor de que la ciudad había sido cedida a los alemanes deliberadamente, porque el mando quería liberarse de este nido y vivero de bolchevismo. Estos rumores no podían dejar de merecer crédito al ejército, el cual sabía que, en el fondo, no había habido defensa ni resistencia." En efecto, ya en diciembre de 1916, los generales Ruski y Brusílov se lamentaban de que Riga fuera "la desdicha del frente septentrional", un "nido trabajado por la propaganda", con el que sólo era posible luchar con ayuda de los fusilamientos. Entregar a los obreros y soldados rusos a la escuela alemana de la ocupación militar debía ser el sueño de muchos generales del frente septentrional. Nadie creía, naturalmente, que el generalísimo en jefe hubiese dado la orden de entregar Riga. Pero todos los jefes habían leído el discurso de Kornílov y la interviú del jefe de su Estado Mayor, Lukomski. Esto suplía perfectamente la orden. El generalísimo de las tropas de aquel frente, general Klembovski, pertenecía a la pandilla de los conspiradores, y, por consiguiente, esperaba la rendición de Riga como una señal para emprender la acción salvadera. Aun en condiciones más normales, los generales rusos preferían la rendición y la retirada. Ahora, cuando el Cuartel general les libraba de antemano de toda responsabilidad y el interés político les empujaba al derrotismo, ni siquiera realizaban tentativas de defensa. Es una cuestión secundaria, muy difícil de aclarar, saber si alguno de los generales unió el sabotaje activo al sabotaje pasivo de la defensa. Sería, sin embargo, una candidez admitir que los generales renunciaran a la ayuda que les prestaba la fatalidad en todos aquellos casos en que sus traiciones podían quedar impunes.

El periodista norteamericano John Reed, que sabía ver y oír y que nos ha dejado un libro inmortal sobre los días de la revolución de Octubre, atestigua, sin vacilar, que una parte considerable de las clases pudientes de Rusia prefería la victoria de los alemanes al triunfo de la revolución y que no se abstenía de decirlo abiertamente. "En cierta ocasión -cuenta Reed, entre otros ejemplos- pasé la velada en casa de un comerciante de Moscú. Estaban sentadas, tomando té, once personas. Se preguntó a los reunidos a quién preferían, si a Guillermo o a los bolcheviques. Diez contra uno se pronunciaron por Guillermo." Ese mismo escritor norteamericano conversó en el frente septentrional con oficiales que "preferían abiertamente la derrota militar a la colaboración con los comités de soldados".

Para la acusación política lanzada por los bolcheviques, y no sólo por ellos, era más que suficiente el hecho de que la rendición de Riga formara parte del plan de los conspiradores y ocupara un lugar preciso en el calendario del complot. Esto se dejaba traslucir de un modo completamente claro en el discurso pronunciado por Kornílov en Moscú. Los acontecimientos ulteriores confirmaron plenamente este aspecto de la cuestión. Pero disponemos, además, de un testimonio al que la personalidad del testigo da una fidelidad absolutamente incontestable, en este caso. Dice Miliukov en su *Historia:* "En Moscú, Kornílov indicó en su discurso el momento más allá del cual no quería aplazar los actos decisivos para salvar al país de la ruina y al ejército de la descomposición. Ese momento era la caída de Riga, profetizada por él. A su juicio, ese hecho debía provocar... un impulso de excitación patriótica... Como me dijo personalmente Kornílov cuando me entrevisté con él, en Moscú, el 13 de agosto, no quería dejar pasar esa coyuntura, y el momento del conflicto surgido con el gobierno de Kerenski se le aparecía de un modo completamente decidido, hasta el punto de que fijaba una fecha, el 27 de agosto." ¿Es posible hablar con más claridad? Para llevar a cabo la marcha sobre Petrogrado, Kornílov tenía necesidad de la rendición de Riga unos días antes de la fecha previamente señalada. Reforzar las posiciones de Riga, tomar medidas serias de defensa, hubiera significado perturbar el plan de otra campaña infinitamente más importante para Kornílov. Si París vale una misa, bien vale Riga el poder.

Durante las semanas transcurridas entre la rendición de Riga y la sublevación de Kornílov, el Cuartel general se convirtió en el centro de que partían las calumnias contra el ejército. Las informaciones del Estado Mayor y la prensa rusos hallaban un eco inmediato en los periódicos aliados. Por su parte, la prensa patriótica rusa reproducía con entusiasmo los insultos y los escarnios que el *Times, el Temps* o el *Matin* lanzaban contra el ejército ruso. Los soldados, ofendidos, se estremecieron de indignación y repugnancia. Los comisarios y

comités -compuestos casi en su totalidad, estos últimos, de conciliadores y patriotas- se sintieron heridos en los más vivo. Surgieron protestas por todas partes. Era particularmente viva la carta del Comité ejecutivo del frente rumano, de la región militar de Odesa y de la escuadra del mar Negro, el cual exigió del Comité ejecutivo central que "afirmara ante toda Rusia la bravura de los soldados del frente rumano, que pusiera fin a la campaña emprendida en la prensa contra los soldados que mueren diariamente a millares en combates encarnizados, defendiendo a la Rusia revolucionaria..." Influidos por las protestas de abajo, los dirigentes soviéticos salieron de su pasividad. "Parece que no haya inmundicia que los periódicos dejen de arrojar contra el ejército revolucionario", decías, las *Izvestia,* refiriéndose a sus aliados. Pero nada producía efecto; la campaña contra el ejército era una parte necesaria del complot, cuya alma era el Cuartel general.

Inmediatamente después de la rendición de Riga, Kornílov dio la orden telegráfica de fusilar, para escarmiento, a algunos soldados en presencia de los demás. El comisario Voitinski y el general Parski dijeron que, a juicio suyo, semejantes medidas no respondían en lo más mínimo a la conducta de los soldados. Kornílov, fuera de sí, declaró en la asamblea de los representantes de los comités, que se hallaban en el Cuartel general, que entregaría a los tribunales a Voitinski y Parski, porque no daban informes fidedignos sobre la situación en el ejército; es decir, porque, como aclara Stankievich, "no hacían recaer la culpa sobre los soldados". Para completar el cuadro, hay que añadir que, aquel mismo día, dio orden Kornílov a los Estados Mayores de comunicar las listas de oficiales bolcheviques al comité central de la asociación de oficiales, es decir, a la organización contrarrevolucionaria, a cuyo frente se hallaba el kadete Novosiltsiev, y que era la palanca más importante del complot. ¡Tal era ese generalísimo en jefe llamado el "primer soldado de la revolución"!

Las Izvestia, decidiéndose a levantar un poco el telón, decían: "Una pandilla sombría muy próxima al mando supremo, está tramando una monstruosa pro vocación..." Bajo el nombre de "pandilla sombría", se aludía a Kornílov y a su Estado Mayor. Los fulgores de la guerra civil que se avecinaba iluminaban con una nueva luz, no sólo el presente, sino también el pasado. Con objeto de defenderse a sí mismos, -los conciliadores empezaron a poner de manifiesto la sospechosa conducta del mando durante la ofensiva de junio. En la prensa comenzaron a aparecer cada día más detalles sobre las divisiones y los regimientos maliciosamente calumniados por los Estados Mayores. "Rusia tiene el derecho de exigir -decía las *Izvestia-* que se le diga toda la verdad sobre nuestra retirada de julio." Estas líneas eran leídas ávidamente por los soldados, marinos y obreros, y, sobre todo, por aquellos

que, como supuestos culpables de la catástrofe en el frente, seguían llenando las cárceles. Dos días después, las *Izvestia* se vieron obligadas ya a declarar de un modo más explícito que, "con sus comunicados, el Cuartel general hace un juego político determinado contra el gobierno provisional y la democracia revolucionaria". En estas líneas se presentaba al gobierno como una víctima inocente de los propósitos del Cuartel general; pero, ¿acaso, no tenía el gobierno todas las posibilidades de poner en su sitio a los generales? Si no lo hacía así, era porque no quería.

En la protesta, a que hemos aludido más arriba, provocada por la pérfida campaña emprendida contra los soldados, se indicaba con particular indignación que "los comunicados del Cuartel general..., al mismo tiempo que subrayan la bravura de los oficiales, amenguan, al parecer deliberadamente, la fidelidad de los soldados a la causa de la defensa de 1a revolución". La protesta apareció en la prensa el 22 de agosto, y el día siguiente se publicó un decreto especial de Kerenski dedicado a ensalzar a la oficialidad, que "desde los primeros días de la revolución había visto disminuidos sus derechos" y sufrido insultos inmerecidos por parte de los soldados, los "cuales cubrían su cobardía con el manto de consignas ideales". Al mismo tiempo que sus auxiliares inmediatos Stankievich, Voitinski y otros, protestaban de la campaña emprendida contra los soldados, Kerenski se asociaba demostrativamente a la misma, coronándola con un decreto provocativo, firmando por él en calidad de ministro de la Guerra y de jefe del gobierno. Posteriormente, Kerenski ha confesado que ya, a fines de julio, tenía en sus manos, "datos precisos" respecto al complot tramado por la oficialidad que se agrupaba alrededor del Cuartel general. "Los conspiradores activos eran miembros del comité central de la asociación de oficiales -según cuenta Kerenski-, lo mismo que los agentes de la conspiración en provincias; esos mismos elementos eran los que daban el tono que les convenía a las manifestaciones legales de la asociación." Es absolutamente cierto. Conviene únicamente añadir que el "tono que les convenía" era el tono de la calumnia contra el ejército, los comités y la revolución; esto es, el mismo de que estaba impregnado el decreto de Kerenski del 23 de agosto.

¿Cómo explicar este enigma? Es absolutamente incontestable que Kerenski no realizaba una política meditada y consecuente; pero hubiera sido preciso que estuviera loco para que, caso de hallarse al corriente del complot de los oficiales, pusiera la cabeza bajo el sable de los conspiradores y les ayudara al mismo tiempo a disimular sus propósitos. La solución de esta conducta, al parecer indescifrable, de Kerenski, es en realidad muy sencilla:

en aquel entonces, él mismo era uno de los complicados en el complot contra el impotente régimen de la revolución de Febrero.

Cuando llegó el momento de la sinceridad, el propio Kerenski declaró que, elementos procedentes de los medios cosacos, de la oficialidad y de la política burguesa, le habían propuesto más de una vez una dictadura personal. "Pero eso caía en un terreno estéril..." En todo caso, la posición de Kerenski era tal, que los jefes de la contrarrevolución tenían la posibilidad de cambiar impresiones con él, sin correr ningún riesgo, sobre un golpe de Estado. "Las primeras conversaciones sobre la dictadura -cuenta Denikin-, conversaciones que no tenían otro alcance que sondear el terreno, empezaron a principios de junio, esto es, cuando se estaba preparando la ofensiva en el frente. En esas conversaciones participaba a menudo Kerenski, con la particularidad de que, en tales casos, se daba como cosa entendida, sobre todo por lo que al propio Kerenski se refería, que él sería precisamente la figura central de la dictadura." Sujánov dice certeramente, hablando de Kerenski: "Era korniloviano, pero sólo con una condición: la de que fuera él quien estuviera al frente del movimiento." En los días del fracaso de la ofensiva, Kerenski prometió a Kornílov y a otros generales mucho más de lo que podía cumplir. "En sus viajes al frente -cuenta el general Lukomski-, Kerenski se armaba de valor y examinaba a menudo, con sus acompañantes, la cuestión de la implantación de un poder fuerte, de la constitución de un Directorio, o de la cesión del poder a un dictador." En consonancia con su carácter, Kerenski introducía en estas conversaciones un elemento de imprecisión, de grosería, de diletantismo. Los generales, por el contrario, se sentían atraídos por soluciones más concretas, como era la del Cuartel general.

La participación voluntaria de Kerenski en las conversaciones de los generales venía a legalizar, por decirlo así, la idea de la dictadura militar, a la cual, como medida de prudencia respecto de la revolución, todavía no estrangulada, se daba con frecuencia el nombre de Directorio. Es difícil decir hasta qué punto desempeñaron un papel en este sentido los recuerdos históricos relativos al gobierno de Francia después de Thermidor. Pero, dejando aparte la máscara puramente verbal, el Directorio ofrecía para los comienzos la evidente comodidad de permitir la subordinación del amor propio personal. En el Directorio debía haber sitio, no sólo para Kerenski y Kornílov, sino también para Savinkov, y aun para Filonenko; en general, para los hombres de "voluntad férrea", como se expresaban los propios candidatos al Directorio, cada uno de los cuales acariciaba en su fuero interno la idea de pasar de la dictadura colectiva a la dictadura personal.

Para concertar el complot con el Cuartel general, Kerenski no tenía necesidad, por consiguiente, de efectuar ningún viraje brusco: le bastaba con desarrollar y prolongar el que ya había iniciado. Suponía, al mismo tiempo, que podría dar la orientación conveniente al complot de los generales, dirigiéndolo, no sólo contra los bolcheviques, sino también, hasta cierto punto, contra los aliados y tutores enojosos pertenecientes al campo de los conciliadores. Kerenski maniobraba de tal modo que, sin desenmascarar a los conciliadores hasta el fin, les asustaba como era debido y les hacía entrar en sus propósitos. En este sentido, el jefe del gobierno llegó hasta un límite más allá del cual se convertía en un conspirador clandestino. "Kerenski tenía necesidad de una presión enérgica por parte de la derecha, de las pandillas capitalistas, de las embajadas aliadas y, sobre todo, del Cuartel general -escribía Trotski a principios de septiembre-, para que le ayudasen a tener decididamente libres las manos. Kerenski quería aprovecharse de la sublevación de los generales para consolidar su dictadura."

La Conferencia nacional fue un momento decisivo. Kerenski, que se llevó de Moscú, a más de la ilusión de posibilidades ilimitadas, el sentimiento humillante del fracaso personal, decidió abandonar, al fin, toda duda y *hacerles ver* quién era. *¿Hacerles ver?* ¿A quién? A todos; en primer lugar, a los bolcheviques, que habían rebajado la pompa de la Conferencia nacional mediante la huelga general. Con ello pondría para siempre en su lugar a los Guchkov y Miliukov, que no le toman en serio, se burlan de sus gestos y consideran su poder como una sombra de poder. Al mismo tiempo, daría una severa lección a los preceptores del campo conciliador, tales como el odiado Tsereteli, que le enmendaba la plana y le daba lecciones a él, el elegido de la nación, incluso en la Conferencia nacional. Kerenski resolvió firme y decididamente hacer ver a todo el mundo que no era un "histérico" un "histrión" ni una "bailarina", como le llamaban de un modo cada vez más insolente los oficiales cosacos y la de Guardia, sino un hombre férreo, que había cerrado su corazón a cal y canto y arrojado la llave al mar, a pesar de las súplicas de la bella desconocida del palco del teatro.

Stankievich observa en Kerenski, por aquellos días, "la tendencia a decir algo nuevo que respondiera a la zozobra y confusión del país. Kerenski... decidió introducir en el ejército sanciones disciplinarias y, seguramente, estaba dispuesto a proponer asimismo al gobierno otras medidas decisivas". Stankievich sólo conocía de los propósitos del jefe lo que éste había juzgado oportuno comunicarle. En realidad, los propósitos de Kerenski iban en aquel entonces mucho más lejos. Había decidido arrancar de cuajo toda base a Kornílov, realizando su programa y atrayéndose con ello a la burguesía. Guchkov no podía mandar

tropas al ataque; Kerenski sí que podía hacerlo. Kornílov no podía realizar el programa de Kornílov; Kerenski, sí. Verdad es que la huelga de Moscú venía a recordar que en este camino se tropezaría con obstáculos. Pero las jornadas de julio habían demostrado que también podían vencerse esos obstáculos. Lo único que esta vez se imponía era llevar las cosas hasta el fin, sin permitir que los amigos de la izquierda le estorbaran. Ante todo, había que renovar completamente la guarnición de Petrogrado, sustituyendo los regimientos revolucionarios con tropas "sanas", que no tuvieran puestos los ojos en los soviets. No era posible ni necesario ponerse de acuerdo sobre este plan con el Comité ejecutivo: el gobierno había sido reconocido como independiente y coronado bajo esta enseña en Moscú. Verdad era que los conciliadores interpretaban la independencia de un modo formal, como un medio para apaciguar a los liberales. Pero ya transformaría él, Kerenski, lo formal en material: no en vano decía en Moscú que no estaba ni con la derecha ni con la izquierda, y que en eso consistía su fuerza. ¡Ahora lo demostraría en la práctica!

Las líneas directivas del Comité ejecutivo y de Kerenski, en los días que siguieron inmediatamente a la Conferencia, siguieron divergiendo: los conciliadores temían a las masas; Kerenski, a las clases pudientes. Las masas populares exigían la abolición de la pena de muerte en el frente. Kornílov, los kadetes, las embajadas de la Entente, exigían su implantación en el interior.

El 19 de agosto, Kornílov telegrafió al ministro presidente: "Insisto en la necesidad de que la región de Petrogrado me sea subordinada." El Cuartel general ponía francamente su mano sobre la capital. El 24 de agosto, el Comité ejecutivo se armó de valor para exigir públicamente que el gobierno pusiera fin a los "procedimientos contrarrevolucionarios" y emprendiera, "sin pérdida de tiempo y con toda energía", la realización de las transformaciones democráticas. Era éste un nuevo lenguaje. Kerenski tuvo que elegir entre la adaptación a la plataforma democrática, que, a pesar de toda su mezquindad, podía determinar la ruptura con los liberales y los generales, y el programa de Kornílov, que conducía inevitablemente al choque con los soviets. Kerenski decidió tender mano a Kornílov, a los kadetes y a la Entente. Quería a toda costa evitar la lucha declarada con la derecha.

Verdad es que el 21 de agosto se había sometido a arresto domiciliario a los grandes duques Mijail Alexandrovich y Pável Alexandrovich, y que otras personas habían sido detenidas. Pero todo eso era muy poco serio, y no hubo más remedio que poner inmediatamente en libertad a los detenidos... "Resultó -dijo más tarde Kerenski en sus declaraciones sobre el asunto Kornílov- que, conscientemente, se nos había hecho

emprender un falso camino." Debería añadirse: con la cooperación del propio Kerenski, pues era evidente de toda evidencia que, para los conspiradores serios -esto es, para toda la derecha de la Conferencia de Moscú-, se trataba de la restauración de la monarquía, si es que no de la implantación de la dictadura de la burguesía sobre el pueblo. En este sentido, Kornílov y todos sus partidarios rechazaban, no sin indignación, la imputación que se les hacía de tener intenciones "contrarrevolucionarias", esto es, monárquicas. Claro que entre bastidores cuchicheaban los antiguos altos funcionarios, los ayudantes de campo, las damas de la corte, los "cien negros" palatinos, los frailes, las bailarinas. Pero esa gente constituía un grupo insignificante. La victoria de la burguesía podía venir sólo en forma de dictadura militar, La cuestión de la monarquía hubiera podido surgir sólo en una de las etapas sucesivas, pero a base de la contrarrevolución burguesa y no de las damas rasputinianas. En aquel período concreto, la realidad era la lucha de la burguesía contra el pueblo, bajo la enseña de Kornílov. Kerenski, que había buscado la alianza con este bando, estaba tanto más dispuesto a ponerse a cubierto de las sospechas de las izquierdas, sirviéndose de los grandes duques. La mecánica era tan clara, que el periódico de los bolcheviques en Moscú, escribió en aquellos días: "Detener a dos monigotes sin seso, de la familia de los Romanov y dejar en libertad... a la pandilla militar de las alturas, capitaneada por Kornílov, es engañar al pueblo..." Si los bolcheviques eran odiados, era precisamente porque lo veían todo y de todo hablaban en voz alta.

El inspirador y director de Kerenski, en estos días críticos, es Savinkov, gran buscador de aventuras, revolucionario de tipo deportivo, que había contraído en la escuela del terror individual el desprecio hacia la masa. Savinkov era un hombre apto y voluntarioso, lo cual, sin embargo, no le había impedido ser durante una serie de años un instrumento en manos del provocador Azev; un hombre escéptico y cínico, que se consideraba con derecho, y no sin fundamento, a mirar a Kerenski por encima del hombro y, al mismo tiempo que se llevaba la mano derecha a la visera, conducirlo por la nariz con la izquierda. A Kerenski, Savinkov le imponía como hombre de acción; a Kornílov, como revolucionario auténtico que tenía un nombre histórico. Miliukov registra, basándose en el relato del propio Savinkov, la primera entrevista, extraordinariamente curiosa del comisario y el general: "General -decía Savinkov-, ya sé que si se presentan circunstancias, en virtud de las cuales tenga usted que fusilarme, me fusilara." Y después de una pausa, añadió: "Pero si se presentan circunstancias en virtud de las cuales tenga yo que fusilarle a usted, también lo haré." Savinkov era aficionado a la literatura; conocía a Corneille y a Víctor Hugo y sentía inclinación por el género elevado. Kornílov se disponía a liquidar la revolución, sin

tener en cuenta ninguna de las fórmulas del seudoclasicismo y del romanticismo; pero tampoco el general era indiferente a los encantos de un "estilo artístico vigoroso"; las palabras del ex terrorista debían de hacer cosquillas agradables en lo que hubiera de heroico en el fondo del ex "cien negro".

En uno de los artículos posteriores, evidentemente inspirado y acaso escrito por Savinkov, sus propios planes eran explicados con una transparencia que no dejaba lugar a dudas. "Cuando desempeñaba el cargo de comisario... -decía el artículo-, Savinkov llegó a la conclusión de que el gobierno provisional era impotente para sacar al país de la grave situación en que se hallaba. Otras fuerzas debían entrar en juego. Sin embargo, toda la labor en este sentido podía realizarse únicamente bajo la bandera del gobierno provisional y, en particular, de Kerenski. Esto hubiera sido una dictadura revolucionaria realizada por una mano férrea. Esta mano férrea la veía Savinkov en... el general Kornílov." Kerenski, como tapadera "revolucionaria", Kornílov como mano férrea. El artículo no dice una palabra sobre el papel de un tercero. Pero es indudable que Savinkov conciliaba al generalísimo en jefe con el jefe del gobierno, no sin el propósito de eliminarlos a ambos. Hubo un momento en que este pensamiento oculto transcendió hasta el punto, que Kerenski, con la protesta de Kornílov, y precisamente en vísperas de la conferencia, obligó a Savinkov a presentar la dimisión. Sin embargo, como todo lo que sucedía en este círculo, la dimisión no tuvo carácter definitivo. "El 17 de agosto se supo -declaró Filonenko- que Savinkov y yo continuábamos en nuestros puestos, y que el presidente del Consejo de ministros había aceptado, en principio, el programa expuesto en el informe presentado por el general Kornílov, por Savinkov y por mí." Savinkov, a quien Kerenski (el 17 de agosto) "había encargado la preparación de un proyecto de ley sobre las medidas que debían aplicarse en el interior", creó con este fin una comisión, que fue puesta bajo la presidencia del general Apuschkin. Kerenski, si bien le tenía mucho miedo a Savinkov, decidió, en fin de cuentas, utilizarlo para su gran plan y, no sólo lo conservó en el ministerio de la Guerra, sino que, como aditamento, le concedió el de Marina. Esto significaba, según Miliukov, que para el gobierno "había llegado el momento de obrar, aun corriendo el riesgo de impulsar a los bolcheviques a lanzarse a la calle". Savinkov decía abiertamente, que con dos regimientos era fácil sofocar la sublevación de los bolcheviques y disolver las organizaciones de los mismos.

Tanto Kerenski como Savinkov, comprendían perfectamente, sobre todo después de la conferencia de Moscú, que en ningún caso aceptarían el programa de Kornílov los soviets conciliadores. El de Petrogrado, que todavía la víspera exigía la abolición de la pena

de muerte en el frente, habrá de levantarse con redoblado vigor, al día siguiente, contra la aplicación de esa misma pena en el interior. El peligro consistía, por tanto, en que el movimiento contra el golpe de Estado proyectado por Kerenski, se viera capitaneado, no por los bolcheviques, sino por los soviets; pero no era cosa de detenerse ante esto: se trataba de salvar al país.

"El 22 de agosto -escribe Kerenski- fue Savinkov al Cuartel general, para exigir, por encargo mío, del general Kornílov, entre otras cosas [!], que se pusiera el cuerpo de Caballería a disposición del gobierno." El propio Savinkov definió del siguiente modo esta misión, cuando tuvo que justificarse de ella ante la opinión pública: "Se había pedido al general Kornílov un cuerpo de Caballería, para hacer efectivo el estado de guerra en Petrogrado y defender al gobierno provisional contra todo atentado, particularmente [!] de los bolcheviques, los cuales... según los informes del contraespionaje extranjero, preparaban nuevamente un golpe era relación con el desembarco alemán y la sublevación en Finlandia." Los fantásticos datos del contraespionaje debían encubrí sencillamente, el hecho de que el propio gobierno, según la expresión de Miliukov, se disponía a "impulsar a los bolcheviques a lanzarse a la calle"; esto es, estaba dispuesto a provocar la insurrección. Y como la publicación de los decretos sobre la dictadura militar debía efectuarse en los últimos días de agosto. Savinkov esperaba la sublevación para esa fecha.

El 25 de agosto fue suspendido, sin ningún pretexto aparente, el órgano de los bolcheviques, *El Proletario [Proletari]. El obrero [Rabochi],* que apareció en su lugar, decía que su antecesor había sido suspendido "al día siguiente de haber incitado a los obreros y soldados, con motivo de la ruptura del frente de Riga, a la continencia y la calma. ¿Quién se preocupa, hasta tal punto, de que los obreros ignoren que el partido les pone en guardia contra la provocación?" Esta pregunta daba en el blanco. El destino de la prensa bolchevista se hallaba en manos de Savinkov. La suspensión de los periódicos tenía dos ventajas: irritaba a las masas e impedía al partido ponerlas en guardia contra la provocación, que en esa ocasión partía de las alturas gubernamentales.

Según las actas del Cuartel general, acaso un poco estilizadas, pero que, en general, responden plenamente a las circunstancias y a los personajes, Savinkov declaró a Kornílov: "Sus peticiones, Lavr Georguievich, serán satisfechas dentro de pocos días; pero el gobierno provisional teme que puedan surgir en Petrogrado serias complicaciones... La publicación de sus peticiones... impulsaría a los bolcheviques a la acción... Se ignora cuál será la acción de los soviets ante la nueva ley. Estos últimos pueden, acaso, ponerse también contra el gobierno... Por eso, le ruego que dé orden para que a fines de agosto sea

enviado a Petrogrado y puesto a disposición del gobierno provisional el tercer cuerpo de Caballería. Si además de los bolcheviques, entran en acción los miembros de los soviets, tendremos que proceder contra ellos." El emisario de Kerenski añadió que las medidas a adoptar debían ser decisivas e implacables, a lo cual respondió Kornílov, que "él no concebía otro modo de obrar". Posteriormente, cuando tuvo que justificarse, Savinkov añadió: "Si en el momento de la insurrección de los bolcheviques, los soviets hubieran sido bolchevistas..." Pero éste era un subterfugio demasiado grosero: los decretos que habían de anunciar el golpe de Estado de Kerenski, debían ser publicados tres o cuatro días después. Se trataba, por tanto, no de los soviets futuros, sino de los que existían a fines de agosto.

A fin de evitar todo equívoco y de no provocar "antes de tiempo" la acción de los bolcheviques, se estableció un acuerdo para actuar en la forma siguiente: concentrar previamente en Petrogrado el cuerpo de Caballería, luego declarar el estado de guerra en la capital y sólo después de esto publicar las nuevas leyes que habían de provocar el levantamiento de los bolcheviques. En las actas del Cuartel general, este plan está consignado en todos sus puntos: "Para que el gobierno provisional sepa con precisión cuándo hay que declarar el estado de guerra en Petrogrado y publicar la nueva ley, es preciso que el general Kornílov comunique telegráficamente a Savinkov la fecha precisa en que el cuerpo de Caballería estará a las puertas de Petrogrado."

Los generales conjurados comprendieron, según Stankievich, "que Savinkov y Kerenski... querían llevar a cabo un golpe de Estado con auxilio del Cuartel general. No tenían necesidad de nada más, y por esto accedieron apresuradamente a todas las demandas y condiciones"... Stankievich, muy adicto a Kerenski, hace la salvedad de que en el Cuartel general "asociaban erróneamente" a Kerenski con Savinkov; pero ¿cómo se les podía separar, si Savinkov se había presentado con un encargo de Kerenski, formulado con toda precisión? El propio Kerenski, escribe: "El 25 de agosto regresa Savinkov del Cuartel general y me informa de que las tropas puestas al servicio del gobierno provisional serán enviadas de acuerdo con lo convenido." Se fija la fecha del 26, por la tarde, para la adopción por el gobierno del proyecto de ley relativo a las medidas en el interior, que debía servir de prólogo a las acciones decisivas del cuerpo de Caballería. Todo está preparado. No hay más que apretar el botón.

Los acontecimientos, los documentos, las declaraciones de los participantes y, finalmente, la confesión del propio Kerenski, atestiguan que el presidente del gobierno, sin que parte del propio gobierno lo supiera, a espaldas de los soviets que le habían dado el poder y del partido de que se consideraba miembro, se había puesto de acuerdo con los

generales que mandaban el ejército, para transformar radicalmente el régimen del Estado con ayuda de la fuerza armada. En el lenguaje del Código penal, este modo de obrar tiene un nombre perfectamente definido, al menos para aquellos casos en que la empresa no se ve coronada por la victoria. La contradicción entre el carácter "democrático" de la política de Kerenski y el plan de salvación del país con ayuda del sable, sólo puede parecer inconciliable a la mirada superficial. En realidad, el plan se desprendía completamente de la política conciliadora. Al poner al descubierto esta lógica de los acontecimientos, puede hacerse abstracción, en gran parte, no sólo de la persona de Kerenski, sino también de las particularidades del medio nacional: se trata de la lógica objetiva de la política conciliadora en las condiciones de la revolución.

Friedrich Ebert, comisario del pueblo de Alemania, conciliador y demócrata, no sólo obró bajo la dirección de los generales de Hohenzollern a espaldas de su propio partido, sino que, ya a principios de diciembre de 1918, participó directamente en el complot militar que perseguía como fin la detención del órgano soviético supremo y la proclamación del propio Ebert como presidente de la República. No es casual que más tarde declarara Kerenski, que Ebert representaba a sus ojos el ideal del hombre de Estado.

Cuando todos los planes de Kerenski, Savinkov y Kornílov se hundieron, Kerenski, a quien correspondió la labor nada fácil de borrar el rastro de los mismos, declaró: "Después de la conferencia de Moscú, vi claramente que el próximo golpe se intentaría asestarlo, no desde la izquierda, sino desde la derecha." Está absolutamente fuera de dudas, que a Kerenski le infundía miedo el Cuartel general y la simpatía con que la burguesía rodeaba a los conspiradores militares. Pero lo que hay es que Kerenski consideraba necesario luchar contra el Cuartel general, no con ayuda de un cuerpo de Caballería, sino con la realización por cuenta propia del programa de Kornílov. El cómplice equívoco del primer ministro, no sólo cumplió el encargo, para el cual hubiera bastado un telegrama cifrado puesto desde él palacio de Invierno a Mohilev, sino que se presentó como intermediario con el fin de conciliar a Kornílov con Kerenski; es decir, de coordinar sus planes y dar de este modo, en la medida de lo posible, un cauce legal al golpe de Estado. Kerenski venía a decir a través de Savinkov: "Obre usted, pero dentro de los límites de *mi* propósito; de este modo evitará el riesgo y obtendrá todo lo que desea." Savinkov, por su parte, añadía: "No se salga usted *antes de tiempo* de los límites del plan de Kerenski." Tal era la original ecuación con tres incógnitas. Sólo así puede comprenderse que Kerenski se dirigiera al Cuartel general, por mediación de Savinkov, en demanda de un cuerpo de Caballería. Se dirigía a los conspiradores un cómplice que ocupaba un cargo elevado, observaba su legalidad y

aspiraba a subordinarse el propio complot. Entre los encargos confiados a Savinkov, no había más que uno que tuviera el aspecto de una medida dirigida contra el complot de la derecha: se refería al comité de oficiales, cuya disolución había exigido la conferencia del partido de Kerenski, celebrada en Petrogrado. Pero es notable la forma misma en que el encargo estaba expresado: "liquidar la asociación de oficiales *en la medida de lo posible"*. Todavía es más notable el hecho de que Savinkov, no sólo no encontrara esta posibilidad, sino que ni aun la buscara. La cuestión fue, sencillamente, enterrada como prematura. El encargo se daba únicamente para que constara algo en el papel, como justificación ante los elementos de la izquierda: las palabras "en la medida de lo posible" significaban que ni siquiera se exigía el cumplimiento. Como para poner más de relieve el carácter decorativo de la misión, se la hacía figurar en primer término.

Kerenski, intentando atenuar en lo posible la significación comprometedora del hecho de que, si bien esperaba un golpe de la derecha, sacara de la capita a los regimientos revolucionarios y se dirigiera simultáneamente a Kornílov en demanda de tropas "de confianza", aludía posteriormente a las tres condiciones sacramentales a que subordinaba la venida del cuerpo de Caballería. Así, Kerenski accedía a subordinar la zona militar de Petrogrado a Kornílov, a condición de que fueran eliminados de esa zona la capital y sus alrededores, a fin de que el gobierno no se hallara por entero en las manos del Cuartel general, pues, como decía Kerenski entre los suyos, "en ese caso seríamos absorbidos". Esta condición muestra únicamente que Kerenski, si bien soñaba con subordinar a los generales a sus propias intenciones, no disponía más que de sus subterfugios impotentes. Sin necesidad de prueba alguna, puede creerse que Kerenski no deseaba ser absorbido.

Las otras dos condiciones presentaban idéntico carácter: Kornílov no debía incluir en el cuerpo de expedición la división llamada "salvaje", compuesta de montañeses caucasianos, ni poner al general Krimov al frente de las fuerzas. Desde el punto de vista de la defensa de los intereses de la democracia, esto significaba verdaderamente tragarse un camello y sacudiese los mosquitos. Pero para disimular el golpe que se iba a asestar a la revolución, las condiciones de Kerenski eran incomparablemente más importantes. Lanzar contra los obreros de Petrogrado a los montañeses caucasianos que no hablaban el ruso, hubiera sido de una imprudencia excesiva: ¡Era en sus tiempos, y ni el mismo zar se decidía a hacerlo! En el Cuartel general, Savinkov justificó circunstancialmente, alegando los intereses de la causa común, el nombramiento, a todas luces inconveniente, de Krimov, sobre el cual poseía el Comité ejecutivo informes precisos suficientes. "No es de desear -decía- que, en caso de que se produzcan disturbios en Petrogrado, éstos sean sofocados

precisamente por el general Krimov. La opinión pública asociaría acaso a su nombre móviles distintos de los que le impulsan...” Finalmente, el mismo hecho de que el jefe del gobierno, al reclamar el envío de fuerzas a la capital se adelantara con la extraña demanda de que no se mandara la división “salvaje” ni se designara a Krimov, demuestra palmariamente que Kerenski, no sólo conocía de antemano el esquema general del complot, sino también las fuerzas que habían de componer la expedición punitiva que se proyectaba mandar y la candidatura de los principales ejecutores.

Sin embargo, fueran las que fueran estas circunstancias secundarias, es por demás evidente que el cuerpo de Caballería de Kornílov no era en ningún caso el más apropiado para defender la “democracia”. En cambio, Kerenski podía tener la certeza completa de que, de todas las unidades del ejército, ese cuerpo sería el instrumento más seguro contra la revolución. Claro está que hubiera sido más ventajoso tener en Petrogrado a un regimiento personalmente adicto a Kerenski y que no estuviera ni con las derechas ni con las izquierdas. Pero, como demostrará el desarrollo ulterior de los acontecimientos, semejantes tropas no existían en la realidad. Para la lucha contra la revolución, no había nadie, excepto la gente de Kornílov, y a ella recurrió Kerenski.

Las medidas militares no eran más que un complemento de la política. La orientación general tomada por el gobierno provisional en el transcurso de las dos semanas escasas que separan la conferencia de Moscú de la sublevación de Kornílov, bastaba, en el fondo, para demostrar que Kerenski se preparaba, no para la lucha contra los elementos de la derecha, sino para el frente único con los mismos contra el pueblo. El 26 de agosto, el gobierno, haciendo caso omiso de las protestas del Comité ejecutivo contra su política contrarrevolucionaria, dio un paso atrevido en favor de los terratenientes, tomando inesperadamente el acuerdo de doblar el precio del trigo. El carácter odioso de esta medida, adoptada, por añadidura, a petición de Rodzianko, públicamente formulada, la hacía aparecer como algo que se hallaba muy cerca de una provocación consciente a las masas hambrientas. Era evidente que Kerenski intentaba conquistarse la extrema derecha de la conferencia de Moscú, mediante un buen regalo. “¡Soy de los vuestros!”, decía a la asociación de los oficiales, en el decreto adulador firmado el mismo día en que Savinkov se ponía en camino para ir a entablar negociaciones con el Cuartel general; “¡Soy de los vuestros!”, se apresuraba a gritar Kerenski a los terratenientes en vísperas del proyectado ataque de la Caballería contra lo que subsistía aún de la revolución de Febrero.

Las declaraciones de Kerenski ante la comisión investigadora nombrada por él mismo, no se distinguieron por su dignidad. El jefe del gobierno, que comparecía ante

dicha comisión en calidad de testigo, en el fondo se sentía el principal acusado y, por añadidura, sorprendido *in fraganti*. Los funcionarios, gente llena de experiencia, que comprendía perfectamente la mecánica de los acontecimientos, simulaban dar crédito seriamente a las explicaciones del primer ministro. Pero los demás mortales, entre ellos los miembros del partido de Kerenski, no podían comprender, y así lo manifestaban francamente, cómo era posible que un mismo cuerpo de Caballería sirviera para realizar un golpe de Estado y para luchar contra él. Había sido una imprudencia excesiva, por parte de un "socialistarevolucionario", hacer venir a la capital tropas destinadas a estrangularla. Verdad es que en otros tiempos los troyanos habían introducido a las fuerzas enemigas en su propia ciudad; pero, por lo menos, no sabían lo que había en el vientre del caballo de madera. Además, hay un historiador antiguo que pone en tela de juicio la versión del poeta; a juicio de Pausanias, sólo podría darse crédito a Homero, en el caso de que se considerara que los troyanos eran "unos imbéciles, sin pizca de raciocinio". ¿Qué hubiera dicho el viejo historiador a propósito de las declaraciones de Kerenski?

CAPITULO XXXII
LA SUBLEVACIÓN DE KORNÍLOV

Ya a principios de agosto, Kornílov había dado orden de que la división "salvaje" y el tercer cuerpo de Caballería fueran trasladados del frente suroccidental a la zona del triángulo ferroviario Nevel-Novosokolniki-Velikie Luki, que con el pretexto de tener dispuestas reservas para la defensa de Riga, ofrecía una cómoda base para el ataque contra Petrogrado. En aquel entonces, el generalísimo en jefe había dado asimismo orden de concentrar una división cosaca en la región comprendida entre Viborg y Bieloostrov; a ese puño levantado sobre la cabeza misma de la capital -¡de Bieloostrov a Petrogrado no hay más que treinta kilómetros!- se le daba la apariencia de reserva para posibles operaciones en Finlandia. Por tanto, ya con anterioridad a la conferencia de Moscú, se habían movilizado para el ataque contra Petrogrado las cuatro divisiones de Caballería, que eran consideradas como las más eficaces para la lucha contra los bolcheviques. Con respecto a la división del Cáucaso, entre la gente de Kornílov se decía sencillamente: "A los montañeses les es igual a quién han de degollar." El plan estratégico era muy sencillo. Tres divisiones, procedentes del Sur, serían transportadas en ferrocarril hasta Tsarskoie-Selo, Gachina y Krasnoie-Selo, desde donde se las mandaría a la capital, con el fin de que ocuparan la parte meridional de la misma, avanzando por la orilla izquierda del Neva "*al recibirse* la noticia de que se han iniciado los desórdenes en Petrogrado y *no más tarde* de la mañana del primero de septiembre". La división que se hallaba en Finlandia, debía ocupar simultáneamente la parte norte de la capital.

Por medio de la asociación de oficiales, Kornílov se puso en contacto con las sociedades patrióticas de Petrogrado, las cuales, según decían ellas mismas, disponían de 2.000 hombres perfectamente armados, pero que tenían necesidad de oficiales expertos. Kornílov prometió mandarles jefes del frente, so pretexto de que salían con licencia. Para observar el estado de ánimo de los obreros y soldados de la capital y la actividad de los revolucionarios, se creó un contraespionaje secreto, al frente del cual se puso el coronel de la división "salvaje". Heiman. La cosa se hizo dentro del marco de los reglamentos militares: el complot disponía de los servicios técnicos del Cuartel general.

La conferencia de Moscú no hizo más que dar alientos a Kornílov para que llevase adelante sus planes. Verdad es que Miliukov, según él mismo nos cuenta, había recomendado que no se llevara prisa, pues, a juicio suyo, Kerenski gozaba todavía de popularidad en provincias. Pero semejante consejo no podía ejercer influencia alguna sobre

el desmandado general; al fin y al cabo, no se trataba de Kerenski, sino de los soviets; además, Miliukov no era un hombre de acción, sino un hombre civil y, lo que era peor aún, catedrático. Los banqueros, los industriales, los generales cosacos, metían prisa. Los metropolitas daban su bendición. El ayudante Zavoiko respondía del éxito. Llegaban telegramas de salutación de todas partes. La diplomacia aliada tomaba una participación activa en la movilización de las fuerzas contrarrevolucionarias. Sir Buchanan tenía en sus manos muchos de los hilos del complot. Los representantes militares aliados cerca del Cuartel general, manifestaban sus mejores sentimientos. "El representante británico -atestigua Denikin- lo hizo en forma particularmente conmovedora." Detrás de los embajadores estaban sus respectivos gobiernos. Svatikov, comisario del gobierno provisional en el extranjero, comunicaba desde París, en telegrama del 23 de agosto, que durante las audiencias de despedida, el ministro de Estado, Ribot "se había interesado extraordinariamente por saber cuál de las personas que rodeaban a Kerenski podía ser considerada como hombre firme y enérgico", y el presidente Poincaré "hizo muchas preguntas sobre... Kornílov". El Cuartel general estaba enterado de todo esto. Kornílov no veía motivo alguno para aplazar las cosas y esperar. Hacia el 20, hizo avanzar dos divisiones de Caballería en dirección a Petrogrado. El día de la caída de Riga, fueron llamados al Cuartel general cuatro oficiales de cada uno de los regimientos del ejército, unos cuatro mil en total, "para estudiar los morteros británicos". A los de más confianza se les dijo inmediatamente que se trataba de aplastar de una vez para siempre al "Petrogrado bolchevista". Ese mismo día, desde el Cuartel general se dio orden de entregar con urgencia a las divisiones de Caballería unos cuantos cajones de grandas de mano, excelentes para los combates en las calles. "Se convino -dice el jefe de Estado Mayor, Lukomski- que todo debía estar a punto para el 26 de agosto."

Al acercarse a Petrogrado las tropas de Kornílov, la organización existente en la capital "debe entrar en acción, ocupar el Instituto Smolni y procurar detener a los jefes bolchevistas". Verdad es que éstos hacían su aparición en el Smolni sólo para asistir a las sesiones; en cambio, allí estaba, con carácter permanente, el Comité ejecutivo, el cual proporcionaba ministros y seguía considerando a Kerenski como vicepresidente. Pero en una gran empresa no es posible, ni necesario, fijarse en los matices. En todo caso, Kornílov no se preocupaba de ello. "Ya es hora -decía a Lukomski- de ahorcar a los agentes y espías alemanes, capitaneados por Lenin, y disolver el Soviet de obreros y soldados, pero disolverlo en forma tal que no tenga la posibilidad de reunirse en ningún sitio." Kornílov decidió, resueltamente, confiar la dirección de las operaciones a Krimov, que gozaba entre

los suyos fama de general audaz y decidido. "Krimov estaba entonces alegre, lleno de optimismo -dice Denikin- y miraba confiado al porvenir." En el Cuartel general confiaban en Krimov. "Estoy persuadido -decía Kornílov hablando de él- de que, si es necesario, no vacilará en ahorcar a todo el Soviet de obreros y soldados." La elección de ese general "alegre y optimista", no podía ser, por consiguiente, más acertada.

Cuando estos trabajos, que distraían un tanto de la preocupación del frente alemán, se hallaban en su apogeo, llegó al cuartel general Savinkov, a fin de precisar el acuerdo estipulado, introduciendo en el mismo algunas modificaciones secundarias. Para asestar el golpe al enemigo común, Savinkov señaló la fecha que Kornílov había fijado ya hacía tiempo para la acción contra Kerenski: el día en que se cumplían los seis meses de la revolución. A pesar de que el plan del golpe de Estado tenía dos aspectos, ambas partes aspiraban a operar con los elementos comunes de dicho plan: Kornílov, para disimular sus verdaderas intenciones; Kerenski, para sostener las propias ilusiones. La proposición de Savinkov no podía caer mejor en el Cuartel general: el mismo gobierno tendió la cabeza; Savinkov se disponía a tirar del lazo. Los generales del Cuartel general se frotaron las manos de gusto: "¡Ya pican!", decían, como los pescadores afortunados.

Kornílov se decidió a hacer concesiones con tanta mayor facilidad, cuanto que nada le costaban. ¿Qué importancia tenía que la guarnición de Petrogrado no estuviera subordinada al Cuartel general, si las tropas de Kornílov entraban en la ciudad? Después de aceptar las otras dos condiciones, Kornílov las violó inmediatamente: la división "salvaje" fue colocada en la vanguardia y Krimov se encargó de dirigir toda la operación. Kornílov no consideraba necesario sacudirse los mosquitos.

Los bolcheviques discutían abiertamente las cuestiones fundamentales de su táctica: un partido de masas no puede obrar de otro modo. El gobierno y el Cuartel general no podían dejar de saber que los bolcheviques procuraban evitar la acción. Pero de la misma manera que el deseo es padre del pensamiento, la necesidad política se convierte en madre de la previsión. Todas las clases dirigentes hablaban de la insurrección inminente, porque ésta les era absolutamente necesaria. La fecha de la insurrección, ora la adelantaban, ora la atrasaban de unos días. El Ministerio de la Guerra, es decir, Savinkov -comunicaba la prensa-, se preocupaba "muy en serio" de la acción inminente. El *Riech* decía que la iniciativa de la acción la tomaba sobre sí la fracción bolchevista del Soviet de Petrogrado. Como político, Miliukov estaba tan comprometido en la cuestión del pretendido levantamiento de los bolcheviques, que ha considerado como una cuestión de honor sostener esta versión asimismo en calidad de historiador. "En los documentos del

contraespionaje, publicados posteriormente -dice-, las nuevas asignaciones de dinero alemán para la "empresa de Trotski", se refieren a esa época." Junto con el contraespionaje ruso, el sabio historiador se olvida de que Trotski, al que el Estado Mayor alemán, para mayor comodidad de los patriotas, llamaba por su nombre, "precisamente en esa época" -desde el 23 de julio hasta el 4 de septiembre- se hallaba en la cárcel. El hecho de que el eje de la Tierra no sea más que una línea imaginaria, no impide, como es sabido, que la Tierra dé vueltas alrededor de ese eje. De la misma manera, la operación de Kornílov giraba en torno al imaginario levantamiento de los bolcheviques como en torno a su eje. Esto era más que suficiente para el período preparatorio. Pero para el desenlace se necesitaba algo más material.

Uno de los dirigentes del complot militar, el oficial Vinberg, en sus interesantes *Memorias,* que ponen al descubierto lo que pasaba entre bastidores, confirma plenamente las indicaciones de los bolcheviques, relativas a la amplia labor realizada por la provocación militar. Miliukov, bajo el peso de los hechos y de los documentos, se ha visto obligado a reconocer "que las sospechas de los círculos de extrema izquierda eran justas, la agitación en las fábricas formaba, indudablemente, parte del plan que debían ejecutar las organizaciones oficiales" Pero tampoco esto sirvió de nada: los bolcheviques -se lamenta el mismo historiador- decidieron "no hacer el juego"; las masas no se disponían a entrar en acción sin los bolcheviques. Sin embargo, este obstáculo había sido tenido en cuenta en el plan y, por decirlo así, salvado de antemano. El "Centro republicano", como se llamaba el órgano directivo de los conspiradores, en Petrogrado, decidió sencillamente reemplazar a los bolcheviques; para ello, se encargó al coronel de cosacos Dutov que simulase un levantamiento revolucionario. En enero de 1918, Dutov, a la pregunta de sus amigos políticos: "¿Qué debía ocurrir el 28 de agosto de 1917?", contestó textualmente lo que sigue: "Entre el 28 de agosto y el 2 de septiembre, yo debía emprender una acción que habría de aparecer como preparada por los bolcheviques." Todo había sido previsto. No en vano habían participado en la elaboración del plan oficiales del Estado Mayor.

Kerenski, por su parte, después del regreso de Savinkov de Mohilev, se inclinaba a considerar que todo equívoco había sido eliminado y que el Cuartel general se adhería completamente a su plan. "Hubo momentos -dice Stankievich- en que todos los personajes creían, no sólo que obraban en una misma dirección, sino incluso que tenían una idea idéntica del método de acción." Esos felices momentos no duraron mucho. Intervino en la cosa la casualidad, que, como todas las casualidades históricas, abrió la válvula de la necesidad. Se presentó a Kerenski el octubrista Lvov, miembro del primer gobierno

provisional, el mismo Lvov, que en calidad de expansivo procurador del Santo Sínodo, había dicho que en la mencionada institución no había más que "idiotas y bribones". El destino le había confiado la misión de evidenciar que, bajo la apariencia de un plan único, había dos planes, uno de los cuales iba dirigido contra el otro.

Como político sin trabajo, pero verboso, Lvov había tomado parte en las interminables conversaciones sobre la transformación del régimen y la salvación del país que tenían lugar, ora en el Cuartel general, ora en el palacio de Invierno. En esta ocasión, se presentó proponiendo su mediación con el fin de transformar el gabinete sobre la base de los principios nacionales y, además, intimidó a Kerenski con los truenos y relámpagos del Cuartel general, descontento. El presidente del Consejo de ministros, alarmado, decidió utilizar a Lvov para comprobar lo que pasaba en el Cuartel general y, al mismo tiempo, saber cuáles eran las verdaderas intenciones de su cómplice Savinkov. Kerenski manifestó sus simpatías por una política orientada en el sentido de la dictadura, lo cual no era una hipocresía, y estimuló a Lvov para que siguiera desempeñando su papel de mediador, lo cual era una astucia de guerra.

Cuando Lvov se presentó nuevamente en el Cuartel general, agobiado ya con los poderes que le había confiado Kerenski, los generales vieron en su misión la prueba de que el gobierno estaba a punto de capitular. Todavía la víspera se comprometía Kerenski, por mediación de Savinkov, a realizar el programa de Kornílov con ayuda de un cuerpo de cosacos; hoy, Kerenski propone ya al Cuartel general modificar el régimen de común acuerdo. Los generales decidieron acertadamente que era preciso apretar más las clavijas; Kornílov dijo a Lvov, que teniendo en cuenta que el levantamiento preparado por los bolcheviques perseguía como fin "el derrocamiento del gobierno provisional, la firma de la paz con Alemania y la cesión a la misma de la escuadra del Báltico por los bolcheviques", no quedaba otra salida que "la entrega inmediata del poder por el gobierno provisional al generalísimo en jefe". Kornílov añadió a esto: "Sea quien sea el que desempeñe este cargo." Pero, por su parte, no se disponía a ceder su puesto a nadie. Su inamovilidad había sido de antemano fijada por el juramento de los Caballeros de San Jorge, la asociación de oficiales y el consejo de las tropas cosacas. Para proteger a Kerenski y a Savinkov contra los bolcheviques, Kornílov pidió con insistencia que residieran en el Cuartel general bajo la salvaguardia de su defensa personal. El ayudante Zavoiko dio a entender a Lvov, de un modo inequívoco, en qué consistiría precisamente esa defensa.

A su regreso a Moscú, Lvov intentó calurosamente, como "amigo", persuadir a Kerenski de que accediera a la proposición de Kornílov, "para salvar la vida de los

miembros del gobierno provisional, y, principalmente, la suya propia". Kerenski no podía dejar de comprender, por fin, que el juego político de la dictadura tomaba un carácter muy serio y podía terminar de un modo muy desfavorable. Decidido a obrar, llamó ante todo a Kornílov al aparato, con el fin de comprobar si Lvov había transmitido fielmente su encargo. Kerenski formulaba sus preguntas no sólo en nombre suyo, sino en el de Lvov, a pesar de que éste no asistía a la conversación. Este procedimiento -observa Martínov-, adecuadísimo para un policía no era, naturalmente, muy decoroso para un jefe de gobierno." Kerenski, al día siguiente, hablaba al Cuartel general de su viaje en compañía de Savinkov como de cosa resuelta. Todo el diálogo, sostenido por hilo directo, parece inverosímil; el jefe democrático del gobierno y el general "republicano" hablan de cederse mutuamente el poder como si se tratara de un sitio en el coche-cama.

Miliukov tiene razón de sobra cuando no ve en la exigencia de Kornílov de que se le entregara el poder más que "la continuación de las negociaciones sostenidas abiertamente desde hacía mucho tiempo sobre la dictadura la reorganización del régimen, etc." Pero Miliukov va demasiado lejos cuando, fundándose en esto, intenta presentar las cosas como si en el fondo no hubiera existido complot alguno por parte del Cuartel general. Es indudable que Kornílov no hubiera podido formular sus exigencias a través de Lvov de no haber andado previamente en tratos con Kerenski. Pero esto no impide que Kornílov encubriera su propio complot con el complot común. Mientras Kerenski y Savinkov se disponían a librarse de los bolcheviques y, en parte, de los soviets, Kornílov se proponía librarse asimismo del gobierno provisional. Esto era, precisamente, lo que no quería Kerenski.

El 26, por la tarde, el Cuartel general pudo, en efecto, creer durante algunas horas que el gobierno capitulaba sin lucha. Pero esto no significaba que no hubiera complot, sino únicamente que éste se hallaba cerca de la victoria. Un complot triunfante encuentra siempre modo de legalizarse. "Vi al general Kornílov después de esta conversación", dice el príncipe Trubetskoi, diplomático que representaba al Ministerio de Estado cerca del Cuartel general. "Un suspiro de satisfacción se escapó de su pecho, y a mi pregunta: -"Es decir, ¿que el gobierno acoge en un todo sus planes?", contestó: -"Sí." Kornílov se equivocaba. Precisamente, a partir de aquel momento, el gobierno, en la persona de Kerenski, dejaba de favorecer sus propósitos.

Es decir, ¿que el Cuartel general tenía sus planes? ¿Que se trataba, no de la dictadura en general, sino de la de Kornílov? ¿Que a él, a Kerenski, como una burla, se le ofrecía el cargo de ministro de Justicia? Kornílov cometió en efecto, la imprudencia de hacer una

alusión en este sentido a Lvov. Kerenski, confundiéndose a sí mismo con la revolución, gritó al ministro de Hacienda, Nekrasov: "La revolución no se la cederé." El desinteresado amigo de Lvov fue detenido inmediatamente y pasó una noche de insomnio en el palacio de Invierno, con dos centinelas al lado, mientras escuchaba, rechinando los dientes, cómo "de la otra parte del muro, en la habitación de Alejandro III, situada al lado, Kerenski, triunfante, alborozado por la marcha feliz que tomaban sus cosas, cantaba sin cesar arias de ópera." En esas horas, Kerenski se sentía lleno de energía.

En aquellos días, Petrogrado vivía en una doble zozobra. La tensión política, exagerada deliberadamente por la prensa, amenazaba estallar. La caída de Riga hacía que se acercase el frente. La cuestión de la evacuación de la capital, planteada ya por los acontecimientos de la guerra mucho antes de la caída de la monarquía, adquiría ahora un carácter más agudo. La gente acomodada abandonaba la ciudad. El éxodo de la burguesía obedecía mucho más al miedo a una nueva insurrección que ante la invasión del enemigo. El 26 de agosto, el Comité central del partido bolchevique repitió de nuevo: "Gente sospechosa... realiza una agitación provocativa en nombre de nuestro partido." Los órganos directivos del Soviet de Petrogrado, de los sindicatos y de los comités de fábrica declaraban aquel mismo día: "Ninguna organización obrera, ningún partido político exhorta a hacer manifestación alguna. Sin embargo, los rumores relativos al derrocamiento del gobierno no cesaron ni un instante en todo el día siguiente." En los círculos gubernamentales -comunicaba la prensa- se habla de la resolución tomada unánimemente de aplastar toda tentativa de acción." Incluso se habían tomado medidas para provocar esta última antes de sofocarla.

En los periódicos de la mañana del 27, no sólo se decía aún nada de los propósitos del Cuartel general, sino que, por el contrario, Savinkov, en una entrevista, aseguraba que "el general Kornílov goza de la confianza absoluta del gobierno provisional". El día en que se cumplían seis meses de la revolución, transcurrió en general de un modo extraordinariamente tranquilo. Los obreros y los soldados evitaban todo lo que pudiera parecerse a una manifestación. La burguesía, temiendo disturbios, no se había movido de sus casas. Las calles estaban desiertas. La gente se olvidó incluso de las tumbas de las víctimas de febrero en el campo de Marte.

En la mañana del esperado día, que debía señalar la salvación del país, el generalísimo en jefe recibió la orden telegráfica del presidente del Consejo de ministros de resignar el cargo de jefe de Estado Mayor y ponerse inmediatamente en camino para Petrogrado. Las cosas tomaron inmediatamente un giro completamente imprevisto. El general comprendió,

según sus propias palabras, "que se llevaba un doble juego". Hubiera podido decir con más derecho que se había descubierto su propio doble juego. Kornílov decidió no ceder. Las exhortaciones hechas por Savinkov por hilo directo no surtieron efecto alguno. "Obligado a entrar en acción abiertamente -decía el generalísimo en el manifiesto dirigido al pueblo-, yo, el general Kornílov, declaro que el gobierno provisional, bajo la presión de la mayoría bolchevista de los soviets, obra de completo acuerdo con los planes del Estado Mayor alemán, y que, con miras al próximo desembarco de fuerzas enemigas en la orilla de Riga, destruye el ejército y perturba al país desde el interior." Kornílov, que no desea ceder el poder a los traidores, "prefiere morir en el campo del honor y de la lucha". Miliukov, hablando posteriormente del autor de este manifiesto, decía con un matiz de admiración, que era "un hombre decidido, que no reconoce ninguna sutileza jurídica y que marcha sin vacilar hacia el objetivo que considera justo". En efecto, a ese generalísimo que sacaba las tropas del frente para derrocar el propio gobierno, no se le puede acusar de predilección por las "sutilezas jurídicas".

Kerenski destituyó a Kornílov por sí y ante sí. En aquel momento, el gobierno provisional no existía ya. El día 26, por la noche, los señores ministros habían presentado la dimisión, la cual, por una feliz coincidencia de circunstancias, respondía a los deseos de todos. Unos días antes de la ruptura del Cuartel general con el gobierno, el general Lukomski decía a Lvov, por mediación de Aladlin: "No estaría mal advertir a los kadetes que se retiraran todos del gobierno provisional en vísperas del 27 de agosto, con el fin de poner en un aprieto al gobierno y, al mismo tiempo, evitar disgustos." Los kadetes se apresuraron a tomar buena nota de esta recomendación. Por otra parte, el propio: Kerenski declaró al gobierno que consideraba posible luchar contra la sublevación de Kornílov "sólo a condición de que se le conceda a él personalmente la integridad del poder". Los demás ministros no parecía sino que sólo esperasen un pretexto tan feliz para presentar la dimisión. La coalición fue sometida, pues, una vez más, a prueba. "Los ministros del partido de los kadetes -dice Miliukov- declararon que en aquel momento presentaban la dimisión, sin que esto significara que resolvieran de antemano la cuestión de su participación futura en el gobierno provisional." Fieles a su tradición, querían esperar al margen los días de lucha, a fin de tomar resoluciones según fuera el resultado de la contienda. No teman la menor duda de que los conciliadores les conservarían intactos sus puestos. Los kadetes, si bien se habían echado encima toda responsabilidad, tomaron parte después, junto con los demás ministros dimisionarios, en una serie de reuniones del gobierno, que tenían un "carácter privado". Los dos campos que se preparaban para la

guerra civil se agrupaban "privadamente" alrededor del jefe del gobierno, investido de todas las atribuciones posibles, pero no del poder efectivo.

En el telegrama de Kerenski, recibido en el Cuartel general, en el cual se decía: "Retened y mandad a sus puntos primitivos a todas las fuerzas mandadas a Petrogrado y a su región." Kornílov escribió: "No cumplir esta orden, mandad las fuerzas en dirección a Petrogrado." La sublevación tomaba, por consiguiente, un carácter bien definido. Tres divisiones de Caballería se dirigían por la vía férrea hacia la capital.

En la proclama dirigida por Kerenski a las tropas de Petrogrado, se decía: "El general Kornílov, que ha proclamado su patriotismo y su fidelidad al pueblo... ha tomado regimientos del frente... y los manda contra Petrogrado." Kerenski guarda silencio sensatamente sobre el hecho de que los regimientos hubieran sido sacados del frente, no sólo sabiéndolo él, sino a petición suya, para lanzarlos contra la misma guarnición, ante la que denunciaba ahora la perfidia de Kornílov. El generalísimo, naturalmente, tampoco se mordió la lengua. "Los traidores no están entre nosotros -se decía en su telegrama- sino en Petrogrado, donde por dinero alemán, con la complacencia criminal del gobierno, se ha vendido y se vende a Rusia." Así, la calumnia, contra los bolcheviques, se abría ahora nuevos caminos.

El buen humor que hacia cantar arias de ópera al presidente del Consejo de ministros dimisionario, se desvaneció rápidamente. La lucha con Kornílov, fuera el que fuera el giro que tomara, amenazaba con tener consecuencias gravísimas. "En la primera noche de la sublevación del Cuartel general -dice Kerenski-, en los círculos soviéticos militares y obreros de Petersburgo empezó a circular insistentemente el rumor de que Savinkov estaba complicado en el movimiento del general Kornílov." El rumor señalaba a Kerenski inmediatamente después de Savinkov, y no se equivocaba. Había que temer revelaciones más peligrosas en lo sucesivo.

"El 26 de agosto, a hora avanzada de la noche -cuenta Kerenski-, entró en mi despacho, muy excitado, el administrador del Ministerio de la Guerra. -Señor ministro -dijo Savinkov, dirigiéndose a mí-, le ruego que me detenga inmediatamente como cómplice del general Kornílov. Si tiene confianza en mí, le suplico me dé la posibilidad de mostrar al pueblo prácticamente que nada tengo de común con los sublevados... Como contestación a esas manifestaciones -prosigue Kerenski-, nombré inmediatamente a Savinkov general gobernador de Petersburgo, otorgándole amplias atribuciones para la defensa de la capital contra las tropas del general Kornílov." Es más: a ruegos de Savinkov, Kerenski nombró a

Filonenko auxiliar suyo. Así, pues, tanto la sublevación como el sofocamiento de la misma no salían del círculo del "Directorio".

El precipitado nombramiento de Savinkov como general gobernador obedecía a la necesidad que sentía Kerenski de luchar por su propia conservación política; si Kerenski hubiera denunciado a Savinkov a los soviets, Savinkov hubiera denunciado inmediatamente a Kerenski. En cambio, al obtener de Kerenski, no sin extorsión, la posibilidad de legalizarse mediante una participación demostrativa en las acciones contra Kornílov, Savinkov debía hacer todo lo posible para justificar a Kerenski. El "general gobernador" era necesario, no tanto para luchar contra la contrarrevolución, cuanto para borrar las huellas del complot. La labor de los cómplices en este sentido empezó inmediatamente.

"A las cuatro de la madrugada del 28 de agosto -atestigua Savinkov-, volví, llamado por Kerenski, al palacio de Invierno, donde encontré al general Alexéiev y a Terechenko. Convinimos los cuatro que el ultimátum de Lvov no había pasado de ser una equivocación." El papel de intermediario en esa reunión tempranera lo desempeñó el nuevo "general gobernador". Miliukov dirigía las cosas entre bastidores. En el transcurso del día se presenta abiertamente en escena. Alexéiev, si bien decía que Kornílov tenía menos seso que un mosquito, pertenecía al mismo bando que él. Los conspiradores y sus comparsas hicieron la última tentativa para presentar todo lo ocurrido únicamente como "una mala interpretación"; esto es, para engañar a la opinión pública, a fin de salvar lo que se pudiera de su plan común. La división "salvaje", el general Krimov, las fuerzas de los cosacos, la negativa de Kornílov a renunciar al cargo, la marcha sobre la capital, todo esto no eran más que detalles de la "mala interpretación". Asustado por el mal cariz que la situación tomaba, Kerenski no gritaba ya: "¡La revolución no se la cederé!" Inmediatamente después del acuerdo con Alexéiev, se presentó a los periodistas que hacían información en el palacio de Invierno, y les pidió que suprimieran de todos los periódicos su proclama, en que declaraba traidor a Kornílov. Cuando se vio, por las contestaciones de los periodistas, que esto era técnicamente irrealizable, Kerenski exclamó: "Es lamentabilísimo." Este pequeño episodio, consignado en los periódicos del día siguiente, ilumina con incomparable claridad la figura del superárbitro de la nación metido en un callejón sin salida. Kerenski encarnaba tan a la perfección la democracia y la burguesía, que ahora aparecía simultáneamente como sumo representante del poder del Estado y como conspirador criminal contra el mismo.

En la mañana del 28, la ruptura entre el gobierno y el generalísimo supremo fue un hecho consumado ande la faz de todo el país. Inmediatamente intervino en la cosa la Bolsa.

Esta, que había acogido el discurso de Kornílov en Moscú, en el que se esgrimía como amenaza la entrega de Riga, con una baja de los valores rusos, ante la noticia de la sublevación de los generales reaccionó con el alza de todos los valores. Con su cotización a la baja del régimen de febrero, la Bolsa expresó de un modo irreprochable, el estado de ánimo y las esperanzas de las clases poseedoras, a las que no quedaba la menor duda respecto a la victoria de Kornílov.

El jefe de Estado Mayor, Lukomski, al que había dado Kerenski, el día antes, orden de tomar sobre sí temporalmente el mando, contestó: "No considero posible aceptar el cargo del general Kornílov, pues eso produciría en el ejército una perturbación que causaría la ruina de Rusia." A excepción del generalísimo del Cáucaso, que, no sin retraso, había declarado su fidelidad al gobierno provisional, los demás generalísimos sostenían, en diferentes tonos, las exigencias de Kornílov. El comité de la asociación de oficiales, inspirado por los kadetes, dirigió el siguiente telegrama a todos los Estados Mayores del ejército y de la flota: "El gobierno provisional, que ha demostrado en distintas ocasiones su impotencia, ha mancillado ahora su nombre con una provocación, y no puede continuar al frente de Rusia..." El presidente honorario de la asociación de oficiales era el propio Lukomski. En el Cuartel general se comunicó a Krasnov, nombrado jefe del tercer cuerpo de ejército, lo siguiente: "Nadie defenderá a Kerenski. Se trata sólo de un paseo. Está preparado todo."

El telegrama cifrado dirigido por el príncipe Trubetskoi, ya conocido de nosotros, al ministro de Estado, da una idea bastante fiel del optimismo de los dirigentes e inspiradores del complot: "Si se examina severamente la situación, hay que reconocer que todo el mando, la mayoría aplastante de la oficialidad y los mejores cuerpos de ejército, seguirán a Kornílov. En el interior, se pondrán a su lado todos los cosacos, la mayoría de las Escuelas militares y, asimismo, los mejores elementos del ejército. A la fuerza física hay que añadir... la simpatía moral de todos los sectores no socialistas de la población, y abajo... la indiferencia que se somete a todo latigazo. Es indudable que un número inmenso de socialistas de marzo se apresurará a ponerse al lado de Kornílov, en caso de que éste triunfe." Trubetskoi reflejaba, no sólo las esperanzas del Estado Mayor, sino también el estado de ánimo de las misiones aliadas. En el destacamento de Kornílov, que iba a la conquista de Petrogrado, había automóviles blindados ingleses, con personal asimismo inglés. El jefe de la misión militar inglesa en Rusia, general Nox, censuraba al coronel norteamericano Robins por el hecho de que éste no apoyara a Kornílov. "No siento interés alguno por el gobierno Kerenski -decía el general británico-, es demasiado débil; lo que

hace falta es una dictadura militar, se necesita a los cosacos; este pueblo tiene necesidad del látigo. Lo que se impone aquí es una dictadura."

Todas estas voces llegaban al palacio de Invierno y ejercían un efecto fulminante sobre sus moradores. El éxito de Kornílov parecía inevitable. El ministro Nekrasov dijo a sus amigos que la causa estaba definitivamente perdida, y que no quedaba otro recurso que morir con honor. "Algunos líderes destacados del Soviet -afirma Miliukov-, presintiendo la suerte que les estaba reservada en caso de que triunfara Kornílov, se habían apresurado ya a hacerse con pasaportes para el extranjero."

A cada momento llegaban noticias, cada vez más amenazadoras, sobre la proximidad de las tropas de Kornílov. La prensa burguesa acogía esas noticias con avidez y las hinchaba, creando una atmósfera de pánico.

A las doce y media del día 28 de agosto, "un destacamento, mandado por el general Kornílov, se ha encontrado en las inmediaciones de Luga". A las dos y media de la tarde: "Han pasado por la estación de Oredeg diez nuevos trenes con tropas de Kornílov. A la cabeza del tren va un batallón ferroviario." A las tres: "La guarnición de Luga se ha rendido a las tropas del general Kornílov y ha entregado todas las armas. La estación y todos los edificios oficiales de Luga han sido ocupados por las tropas de Kornílov." A las seis de la tarde: "Dos trenes de tropas de Kornílov, procedentes de Narva, se hallan a media versta de Gachina. Otros dos trenes se hallan en camino de dicha población." A las dos de la madrugada del 29 de agosto: "En la estación de Antrochino (a 33 kilómetros de Petrogrado), se ha iniciado un combate entre las tropas gubernamentales y las de Kornílov. Hay bajas en ambos bandos." La misma noche llegó la noticia de que Kaledin amenazaba con dejar Petrogrado y Moscú incomunicados con el sur de Rusia.

El Cuartel general, los generalísimos de los frentes, la misión británica, la oficialidad, los trenes militares, los batallones ferroviarios, los cosacos, Kaledin, todas estas palabras resonaban en la sala de malaquita del palacio de Invierno como las trompetas del juicio final.

El mismo Kerenski lo reconoce así con las atenuaciones indispensables. "El 28 de agosto fue el día de más vacilaciones -dice-, de las mayores dudas respecto a la fuerza de los adversarios de Kornílov, y de mayor nerviosismo en el seno de la propia democracia." No es difícil imaginarse lo que se oculta tras estas palabras. El jefe del gobierno se torturaba pensando, no sólo cuál de los dos bandos sería el más fuerte, sino cuál de ellos debía causarle más temor. "No estamos con vosotros, con los de la derecha, ni con vosotros los de la izquierda." Estas palabras podían producir cierto efecto desde el escenario del teatro

de Moscú. Traducidas al lenguaje de la guerra civil, que estaba a punto de estallar, significaban que Kerenski podía parecer innecesario tanto a la derecha como a la izquierda. "Todos nosotros -escribe Stankievich- estábamos materialmente agobiados por la desoladora impresión de que se estaba desarrollando un drama que iba a destruirlo todo. Del grado de aturdimiento que había, puede dar idea el hecho de que aun después de la ruptura pública entre el Cuartel general y el gobierno se hicieran tentativas de reconciliación..."

"La situación misma sugería la idea de la necesidad de una mediación", dice Miliukov, que prefería el papel de tercero. El día 28, por la tarde, se presentó en el palacio de Invierno para "aconsejar a Kerenski que renunciara al punto de vista estrictamente formal de la infracción de la ley". El jefe liberal, que comprendía la necesidad de distinguir la almendra de su cáscara, era, al mismo tiempo, la persona más indicada para desempeñar la función de intermediario leal. El 13 de agosto, el propio Kerenski había comunicado a Miliukov que la sublevación estaba señalada para el 27. Al día siguiente -el 14-, Miliukov exigió en su discurso, pronunciado en la Conferencia nacional, que "la inmediata adopción de las medidas indicadas por el generalísimo supremo no sirvieran de pretexto a sospechas, amenazas verbales, e incluso destituciones". Hasta el 27, Kornílov había de quedar fuera de toda sospecha. Al mismo tiempo, Miliukov ofrecía a Kerenski su apoyo "voluntario y sin condiciones"- Y aquí viene a pelo recordar el lazo corredizo que sostiene también sin "condiciones".

Por su parte, Kerenski reconoce que Miliukov, que se había presentado ofreciéndose como intermediario, "había elegido un momento muy oportuno para demostrarme que la fuerza real estaba de parte de Kornílov". La conversación terminó de un modo tan feliz, que Miliukov indicó a sus amigos políticos el nombre del general Alexéiev, contra el cual Kornílov no haría ninguna objeción, como sustituto de Kerenski. Alexéiev dio generosamente su conformidad.

Sucedió a Miliukov otro personaje más importante que él. Al atardecer, el embajador británico, Buchanan, entregó al ministro de Estado una declaración en la que los representantes de las potencias aliadas ofrecían unánimemente sus buenos servicios, "impelidos por sus sentimientos humanitarios y el deseo de evitar una calamidad irreparable". La mediación oficial entre el gobierno y el general sublevado no era más que un apoyo a la sublevación. Por vía de respuesta, Tereschenko expresó en nombre del gobierno provisional el "extraordinario asombro" producido por la sublevación de Kornílov, cuyo programa había sido aceptado en gran parte por el gobierno.

En su estado de soledad y postración, Kerenski no halló cosa mejor que organizar otra interminable conferencia con sus ministros dimisionarios. Precisamente mientras pasaba el tiempo de ese modo tan desinteresado, se recibieron las noticias más alarmantes sobre el avance de las tropas enemigas. Nekrasov suponía que "dentro de pocas horas, las tropas de Kornílov estarían ya seguramente en Petrogrado"... Los ex ministros empezaban a hacer conjeturas "sobre cómo debería reorganizarse el gobierno en tales circunstancias". De nuevo afloró a la superficie la idea de un Directorio. Fue acogida con simpatía, tanto por la derecha como por la izquierda, la iniciativa de incluir en el "Directorio" al general Alexéiev. El kadete Pokoschkin consideraba que Alexéiev debía ser puesto al frente del gobierno. Según algunas declaraciones, fue el mismo Kerenski quien propuso que se cediera el poder a cualquier otro, aludiendo para ello a la conversación que había sostenido con Miliukov. Nadie hizo la menor objeción. La candidatura de Alexéiev reconciliaba a todo el mundo. El plan de Miliukov parecía hallarse a punto de ser realizado. Pero en ese momento, como ocurre siempre en los instantes de tensión suprema, resonó una dramática aldabada en la puerta: en la habitación inmediata esperaba una comisión del "Comité para la lucha con la contrarrevolución". A tiempo llegaba: uno de los núcleos más poderosos de la contrarrevolución era la reunión mezquina, cobarde y pérfida de los kornilovianos, intermediarios y capitulantes en la sala del palacio de Invierno.

El nuevo órgano soviético había sido creado el 27 por la tarde, en la reunión de ambos comités ejecutivos, el de obreros y soldados y el de campesinos, y estaba compuesto de dos representantes, delegados, con carácter especial, de los tres partidos soviéticos, de los dos comités ejecutivos, del centro de los sindicatos y del Soviet de Petrogrado. Con la creación de un comité combativo *ad hoc* se reconocía, en el fondo, que las instituciones soviéticas dirigentes tenían conciencia de su senilidad, y que se imponía una infusión de sangre fresca para que pudieran cumplir con su misión revolucionaria.

Los conciliadores, obligados a buscar el apoyo de las masas contra el general, se apresuraron a echar por delante, como si dijéramos, el hombro izquierdo. Quedaron entregados automáticamente al olvido todos los discursos en que se había propugnado que las cuestiones de principio habían de ser aplazadas hasta la Asamblea constituyente. Los mencheviques declararon que exigirían del gobierno provisional la proclamación inmediata de la República democrática, la disolución de la Duma y la realización de las reformas agrarias; tal fue la causa de que el nombre de República apareciese por vez primera en la declaración del gobierno sobre la traición del generalísimo.

Respecto a la cuestión del poder, los comités ejecutivos reconocieron la necesidad de dejar por el momento el gobierno en su forma anterior, sustituyendo a los kadetes dimisionarios con elementos democráticos. Convocar, en un futuro próximo, con el fin de resolver definitivamente la cuestión, un congreso de todas las organizaciones que se habían unido en Moscú a base de la plataforma de Cheidse. Sin embargo, después de las negociaciones sostenidas por la noche, se vio que Kerenski rechazaba decididamente la sujeción del gobierno a la fiscalización democrática. Sintiendo que se le escapaba el suelo bajo los pies, así por la derecha como por la izquierda, se agarra con todas sus fuerzas a la fórmula del "Directorio", que personificaba sus sueños de un poder fuerte. Después de nuevas e inútiles discusiones en el Smolni, se decidió dirigirse una vez más al único e insustituible Kerenski, con la petición de que diera su conformidad al primitivo proyecto de los comités ejecutivos. A las siete y media de la mañana, Tsereteli vuelve con la comunicación de que Kerenski no está dispuesto a hacer concesiones y exige "un apoyo incondicional", pero accede a concentrar "todas las fuerzas del Estado" en la lucha con la contrarrevolución. Los comités ejecutivos, exhaustos después de la noche pasada en vela, se rinden, al fin, ante la huera idea del "Directorio".

La solemne promesa, formulada por Kerenski, de concentrar "todas las fuerzas del Estado" en la lucha contra Kornílov, no le impidió, como ya sabemos, sostener negociaciones con Miliukov, Alexéiev y los ministros dimisionarios, sobre una capitulación pacífica ante el Cuartel general, negociaciones que fueron interrumpidas por los golpes dados aquella noche en la puerta. Pocos días después, el menchevique Bogdanov, uno de los elementos del Comité de defensa, informó al Soviet de, Petrogrado, en términos prudentes, pero inequívocos, de la perfidia de Kerenski. "Cuando el gobierno provisional vacilaba y no se veía claramente cómo terminaría la aventura de Kornílov, aparecieron intermediarios tales como Miliukov y el general Alexéiev..." El Comité de defensa intervino y exigió "con toda energía" la lucha declarada. "Bajo nuestra influencia -prosiguió Bogdanov-, el gobierno cortó todas las negociaciones y renunció a las proposiciones de Kornílov..."

Después que el jefe del gobierno, el conspirador de ayer contra la izquierda, se convirtió en su prisionero político, los ministros kadetes, que el 26 habían dimitido sólo de una manera preliminar y vacilante, declararon que salían definitivamente del gobierno porque no estaban dispuestos a cargar con la responsabilidad de los actos de Kerenski, encaminados a sofocar una sublevación tan patriótica, leal y salvadera. Los ministros dimisionarios, los consejeros y los amigos, abandonaron uno tras otro el palacio de

Invierno. La gente "se marchaba en masa -según el propio Kerenski- de un sitio condenado inexorablemente a la ruina". Hubo una noche, la del 28 al 29, en que Kerenski "se paseó casi solo" por el palacio de Invierno. Ya no acudían a su cabeza las animosas arias de ópera. "La responsabilidad que pesaba sobre mí en esos días terriblemente interminables, era verdaderamente sobrehumana." Se trataba principalmente de la responsabilidad por la suerte del propio Kerenski: todo lo demás se hacía ya sin contar para nada con él.

CAPITULO XXXIII
LA BURGUESÍA MIDE SUS FUERZAS CON LA DEMOCRACIA

El 28 de agosto, cuando el miedo estremecía el palacio de Invierno, el comandante de la división "salvaje", príncipe Bagration, telegrafiaba a Kornílov que "los indígenas cumplirán con su deber ante la patria, y a la primera orden de su héroe supremo... verterán hasta la última gota de sangre." Pocas horas después, el avance de la división quedaba interrumpido, y el 31 de agosto, una Comisión especial, presidida por el mismo Bagration, comunicaba a Kerenski que la división se sometía por entero al gobierno provisional. Todo esto ocurrió no sólo sin combate, sino sin que se disparara un solo tiro. No sólo no se vertió la última gota de sangre, sino ni siquiera la primera. Los soldados de Kornílov no intentaron ni por asomo hacer uso de las armas para abrirse paso hacia Petrogrado. Los jefes no se atrevieron a ordenárselo. Las tropas del gobierno no tuvieron que recurrir a la fuerza en ninguna parte para contener el ataque de los destacamentos de Kornílov. El complot se desmoronaba, se evaporaba.

Para explicarse esto basta con examinar de cerca las fuerzas que debían entrar en lucha. Ante todo, nos veremos obligados a constatar -y este descubrimiento no será inesperado para nosotros- que el Estado Mayor de los conjurados era el propio Estado Mayor zarista, oficina de gente sin cabeza, incapaz de meditar de antemano, en el gran juego que había emprendido, dos o tres jugadas sucesivas. A pesar de que Kornílov había señalado el día del golpe de Estado con algunas semanas de anticipación, nada estaba previsto ni calculado como era debido. La preparación puramente militar de la sublevación había sido llevada a cabo de un modo inhábil, grosero, superficial. Las complejas modificaciones en la organización y el mando habían sido emprendidas en el momento mismo en que iba a iniciarse la acción. La división "salvaje", que había de asestar el primer golpe a la revolución, estaba compuesta únicamente de 1.350 combatientes, con la particularidad de que les faltaban 600 fusiles, 1.000 lanzas y 500 sables. Cinco días antes de que se iniciaran las operaciones, Kornílov dio la orden de transformar la división en cuerpo. Esta medida, que pertenece a la categoría de las condenadas por los manuales, se consideraba necesaria por las irazas, para seducir a los oficiales con el cebo de un aumento de sueldo. "El telegrama anunciador de que en Pskov se entregarían las armas que faltaban -dice Martínov-, no fue recibido por Bragration hasta el 31 de agosto, cuando la empresa había fracasado definitivamente."

Tampoco el Cuartel general se ocupó hasta el último momento de mandar inspectores del frente a Petrogrado. A los oficiales encargados de esta misión se les proveía generosamente de dinero y se les daban vagones especiales. Pero es de suponer que a los heroicos patriotas no les corría mucha prisa salvar a la patria. Dos días más tarde, la comunicación ferroviaria entre el Cuartel general y la capital quedó interrumpida, y la mayoría de los inspectores no pudieron llegar al lugar en que habían de desarrollarse sus supuestas hazañas.

En la capital, a todo esto, había una organización korniloviana que contaba con cerca de dos mil hombres. Los conspiradores fueron divididos en grupos, según las misiones especiales que les estaban confiadas: confiscación de los automóviles blindados, detención y asesinato de los miembros más destacados del Soviet y de todo el gobierno provisional, ocupación de las instituciones más importantes. Según Vinberg, presidente de la Asociación del Deber militar, "al llegar las tropas de Krimov, las fuerzas principales de la revolución debían estar ya quebrantadas, destruidas o reducidas a la impotencia, de manera que lo único que Krimov debía hacer era establecer el orden en la ciudad". Verdad es que en Mohilev se consideraba exagerado este programa de acción, y que la labor principal se confiaba a Krimov; pero el Cuartel general esperaba también una ayuda muy seria de los destacamentos del "centro republicano". Sin embargo, los conspiradores de Petrogrado no dieron señales de vida, no dejaron oír su voz, no movieron un dedo, como si no existieran. Vinberg da una explicación harto simple de este enigma. El coronel Heiman, encargado del contraespionaje, pasó los momentos más decisivos en un restaurante de las afueras; el coronel Sidorin, encargado de unificar, por encargo directo de Kornílov, la acción de todas las sociedades patrióticas de la capital, y el coronel Ducimetiere, director de la sección militar, "desaparecieron sin dejar rastro de sí, y no hubo modo de dar con ellos en ninguna parte". El coronel de cosacos Dutov, que debía hacer entrar en acción a sus hombres "como si fueran los bolcheviques", lamentábase más tarde: "Me apresuré... a llamar a la gente a la calle, pero nadie me siguió." Según cuenta Vinberg, los conspiradores más significados se quedaron con el dinero destinado a la organización, o lo derrocharon en juergas. Denikin afirma que el coronel Sidorin "se ocultó en Finlandia, llevándose consigo los últimos fondos de la organización, unos 150.000 rublos". Lvov, a quien hemos dejado detenido en el palacio de Invierno, habló más tarde de uno de los generosos donantes que obraba entre bastidores y que debía entregar a los oficiales una suma considerable, pero que, al llegar al lugar convenido, encontró a los conspiradores en un estado tal de embriaguez, que no se decidió a entregar el dinero. El propio Vinberg considera que, de no

haber mediado esas "casualidades", verdaderamente lamentables, los propósitos del general hubieran podido verse plenamente coronados por el éxito. Pero queda una pregunta: ¿Cómo se explica que alrededor de esa empresa patriótica se agruparan principalmente borrachos, defraudadores y traidores? ¿No fue así porque cada objetivo histórico moviliza los cuadros que propiamente le corresponden?

Por lo que se refiere a las personas complicadas en la conspiración, las cosas no podían ir peor, empezando por arriba. "El general Kornílov, según el kadete de derecha Izgoyev, era el general más popular... entre la población pacífica, pero no entre las tropas, al menos las del anterior." Izgoyev entiende por "población pacífica" el público de la Perspectiva Nevski. Las masas populares del frente y del interior sentían odio y hostilidad hacia Kornílov. El general Krasnov, un monárquico, nombrado jefe del tercer cuerpo de Caballería, que no tardó en hacer una tentativa para convertirse en vasallo de Guillermo II, se extrañaba de que "Kornílov, que se había propuesto llevar a cabo una empresa de tanto empuje, no se hubiera movido del palacio de Mohilev, rodeado de turcomanos y de soldados de batallón de choque, como si él mismo no tuviera confianza en el éxito". A la pregunta del periodista francés Claude Anet: "¿Por qué no avanzó Kornílov en persona sobre Petrogrado en el momento decisivo?", el cabecilla del complot contestó: "Me encontraba enfermo, tenía un fuerte ataque de malaria y me faltaba mi energía habitual."

Hay un exceso de casualidades desdichadas: siempre ocurre lo mismo cuando una causa está condenada de antemano al fracaso. El estado de espíritu de los conjurados oscilaba entre la altivez del que se cree vencedor indiscutible y la postración completa ante los primeros obstáculos reales. Se trataba, no de la malaria de Kornílov, sino de una enfermedad más honda, fatal, incurable, que paralizaba la voluntad de las clases pudientes.

Los kadetes rechazaban seriamente los propósitos contrarrevolucionarios de Kornílov, entendiendo por ello la restauración de la monarquía de los Romanov. ¡Como si se tratara de eso! El "republicanismo" de Kornílov no era óbice para que el monárquico Lukomski se pusiera a su lado ni para que el presidente de la "Liga del Pueblo Ruso"[27], Rimski-Korsakov, telegrafiara a Kornílov el día del golpe: "Ruego ardientemente a Dios que le ayude a salvar a Rusia. Me pongo enteramente a su disposición." A los oscurantistas zaristas les tenía sin cuidado la banderita republicana del general. Comprendían que el programa de Kornílov consistía en él mismo, en su pasado, en sus bandas cosacas, en sus relaciones y sus recursos financieros, y, principalmente, en su sincera disposición a degollar la revolución.

[27] Así se llamaba la organización de los "cien-negros". [NDT.]

Kornílov, que en las proclamas se presentaba como "hijo de campesinos", había basado enteramente su plan de golpe de Estado en los cosacos y en los montañeses. En las tropas lanzadas sobre Petrogrado no había ni un solo destacamento de Infantería. El general no había podido acercarse a los campesinos ni lo había intentado. Verdad es que en el Cuartel general se descubrió, en la persona de cierto "profesor", a un reformador agrario dispuesto a prometer a cada soldado una cantidad fantástica de "deciatinas" de tierra. Pero la proclama preparada sobre este punto ni siquiera fue puesta en circulación: el miedo de asustar a los terratenientes servía de freno a toda demagogia agraria de los generales.

El campesino de Mohilev, Tadeus, que había observado de cerca en aquellos días el Cuartel general, cuenta que nadie, así entre los soldados como en las aldeas, daba crédito a los manifiestos del general: "Quiere el poder, pero no dice ni una palabra de la tierra ni de la terminación de la guerra." En seis meses de la revolución, las masas habían aprendido a orientarse en las cuestiones más vitales. Kornílov traía al pueblo la guerra, la defensa de los privilegios de los generales y de la gran propiedad agraria. No podía darles nada más, y nada más esperaban de él. En esta imposibilidad, evidente de antemano para los propios conspiradores, de apoyarse en la infantería campesina, para no hablar ya de los obreros, hallaba su expresión el destino fatal de la pandilla de Kornílov.

El cuadro de las fuerzas políticas trazado por el diplomático del Cuartel general, príncipe Trubetskoy, era fiel, en buena parte, pero erróneo en lo que se refería a un punto: el pueblo no sentía, ni por asomos, esa indiferencia dispuesta a "someterse al latigazo". Lejos de ello, diríase que las masas no esperaban más que el latigazo para mostrar los manantiales de energía y abnegación que encerraban en su seno. El error en la apreciación del estado de espíritu de las masas reducía a la nada todos los demás cálculos.

El complot había sido tramado por aquellos círculos que ni sabían ni estaban acostumbrados a hacer nada sin la gente de abajo, sin la fuerza obrera, sin la carne de cañón, sin asistentes, criados, escribientes, chóferes, mozos de cuerda, cocineras, lavanderas, guardagujas, telegrafistas, palafreneros y cocheros. Todos esos pequeños tornillos humanos, innumerables, invisibles, necesarios, estaban de parte de los soviets y en contra de Kornílov. La revolución, omnipresente, no había rincón en que no penetrase, rodeaba al complot, y sus ojos, sus oídos, su mano, hallábanse alertas por todas partes.

El ideal de la educación militar consiste en que el soldado obre a los ojos de sus superiores lo mismo que a sus espaldas. Ahora bien, los soldados y marinos rusos de 1917, que no obedecían las órdenes oficiales ni aun en presencia de sus superiores, cogían ávidamente al vuelo las órdenes de la revolución, e incluso, con más frecuencia aún, las

cumplían por propia iniciativa antes de que llegaran hasta ellos. Los innumerables servidores de la revolución, sus agentes, sus combatientes no tenían necesidad de estímulo ni de control.

Formalmente, la liquidación del complot se hallaba en manos del gobierno. El Comité ejecutivo contribuía a ello. En realidad, la lucha se desarrolló por vías harto diferentes. Al mismo tiempo que Kerenski, agobiado bajo el peso de una "responsabilidad sobrehumana", medía, solitario, el "parquet" del palacio de Invierno, el Comité de defensa, llamado también Comité militar revolucionario, desarrollaba una vasta labor. Desde por la mañana, se mandaron instrucciones telegráficas a los empleados de ferrocarriles, Correos y Telégrafos y a los soldados. "Todos los movimientos de tropas -como informaba Dan aquel mismo día- se efectúan por orden del gobierno provisional y están avalados por el Comité de defensa popular." Dejando a un lado todas las fórmulas convencionales, estas palabras significaban que el Comité de defensa disponía a las tropas bajo la firma del gobierno provisional. Simultáneamente se emprendió la destrucción de los nidos kornilovianos, se efectuaron registros y detenciones en las Academias militares y en las organizaciones de oficiales. La mano del Comité se echaba de ver por todas partes. No había quien se interesara por el general gobernador.

Tampoco las organizaciones soviéticas de la base esperaban, por su parte, órdenes de arriba. La labor principal se hallaba concentrada en los barrios obreros. En los momentos de mayores vacilaciones del gobierno y de las negociaciones interminables del Comité ejecutivo con Kerenski, los soviets de barriada establecían relaciones más estrechas entre sí y decidían: dar carácter permanente a las reuniones comunes de las organizaciones de los distintos barrios; mandar representantes propios al Estado Mayor formado por el Comité ejecutivo; constituir una milicia obrera; instituir el control de los soviets de barriada sobre los comisarios gubernamentales; organizar destacamentos volantes encargados de detener a los agitadores contrarrevolucionarios. Estas medidas, tomadas en conjunto, representaban la apropiación de funciones importantes, no sólo del gobierno, sino del mismo Soviet de Petrogrado. La lógica de la situación obligó a los órganos soviéticos superiores a restringir considerablemente sus atribuciones para ceder el puesto a las organizaciones de abajo. La entrada de las barriadas de Petrogrado en el campo de batalla modificó inmediatamente la dirección y las proporciones de la contienda. Una vez más, se puso de manifiesto la inagotable vitalidad de la organización soviética, que, paralizada arriba por la dirección de los conciliadores, en el momento crítico resucitaba abajo merced a la presión de las masas.

Para los bolcheviques, que eran el alma de los barrios obreros, la sublevación de Kornílov no había tenido nada de inesperada. La habían previsto, se habían puesto en guardia contra ella y fueron los primeros que estuvieron en su puesto. En la reunión de ambos Comités ejecutivos, celebrada el 27 de agosto, Sokolnikov comunicó que el partido bolchevique había tomado ya todas las medidas que estaban a su alcance para informar al pueblo del peligro y para preparar la defensa; los bolcheviques sé declaraban dispuestos a realizar su labor, en el terreno de la organización del combate, de acuerdo con los órganos del Comité ejecutivo. En la reunión nocturna de la Organización militar de los bolcheviques, en que participaron delegados de numerosos regimientos, se acordó exigir la detención de todos los conspiradores, armar a los obreros, facilitar soldados a estos últimos, en calidad de instructores, asegurar la defensa de la capital desde abajo y prepararse al mismo tiempo para la creación de un régimen revolucionario de obreros y soldados. La Organización militar celebró mítines en toda la guarnición. A los soldados se les exhortaba a estar sobre las armas, con objeto de que pudieran echarse a la calle a la primera señal de alarma.

"A pesar de que estaban en minoría -dice Sujánov-, era completamente claro que en el Comité militar revolucionario la hegemonía pertenecía a los bolcheviques." He aquí cómo explica la causa de ello: "Si el Comité quería obrar seriamente, tenía que hacerlo de un modo revolucionario", y sólo los bolcheviques contaban con recursos reales para acometer una acción revolucionaria, "pues las masas les seguían". La tensión de la lucha ponía por doquier, en primer término, a los elementos más activos y audaces. Esta selección automática favorecía, naturalmente, el desarrollo de los bolcheviques, reforzaba su influencia, concentraba la iniciativa en sus manos, dándoles la dirección efectiva aun en aquellas organizaciones en que se hallaban en minoría. Cuanto más cerca estaban de la barriada obrera, de la fábrica, del cuartel, más incontestable y absoluto era el predominio de los bolcheviques. Todos los grupos del partido están en pie. En todos los talleres de las grandes fábricas, los bolcheviques han organizado un servicio permanente de vigilancia. En el comité del partido de cada barriada se ha establecido un servicio permanente de representantes de las fábricas poco importantes. La organización del servicio de comunicaciones parte de abajo, de la fábrica, y se eleva, a través de los comités de barriada, hasta el Comité central del partido.

Bajo la presión directa de los bolcheviques y de las organizaciones por ellos dirigidas, el Comité de defensa se mostró favorable a que fuesen armados grupos de obreros destinados a custodiar los barrios proletarios y las fábricas. Esta sanción era lo único que

faltaba a las masas. En los barrios obreros se formaron inmediatamente, según la prensa obrera, "colas de gente que deseaba alistarse en las filas de la guardia roja". Se abrieron inmediatamente cursos de tiro e instrucción militar, dirigidos por soldados expertos. El 29, en casi todas las barriadas había ya grupos armados. La guardia roja anunció su propósito de formar inmediatamente un destacamento de 40.000 hombres. Los obreros desarmados formaban brigadas destinadas a cavar trincheras, construir reductos, extender alambradas. El nuevo general gobernador, Palchinski, que había sustituido a Savinkov -Kerenski no había conseguido mantener en ese puesto a su cómplice más de tres días-, no pudo menos de reconocer en una declaración especial que, cuando se presentó la necesidad de llevar a cabo trabajos de zapa para la defensa de la ciudad, "millares de obreros... han realizado, sin gratificación alguna en el transcurso de unas pocas horas, un trabajo inmenso, que, sin su ayuda, hubiera exigido varios días". Esto no impidió que Palchinski, siguiendo el ejemplo de Savinkov, suspendiera el órgano de los bolcheviques, el único periódico que los obreros consideraban como suyo propio.

La gigantesca fábrica de Putilov se convierte en el centro de resistencia del barrio de Peterhof. Fórmense apresuradamente destacamentos armados. La fábrica trabaja día y noche: se montan nuevos cañones para la formación de divisiones de artillería proletaria. El obrero Minichev cuenta que "en aquellos días se trabajó hasta dieciséis horas diarias y se montaron cerca de cien cañones".

El "Vikjel", recién creado por entonces, tuvo que entrar inmediatamente en acción. Los ferroviarios tenían motivos especiales para temer la victoria de Kornílov, el cual había introducido en su programa la instauración del estado de guerra en ferrocarriles. También aquí, la gente de abajo se adelantó con mucho a sus dirigentes. Los ferroviarios levantaron los rieles y pusieron obstáculos en las vías para contener el avance de las tropas de Kornílov. Poníase a contribución la experiencia de la guerra. Tomáronse asimismo medidas para aislar el foco del complot Mohilev, interceptando todo el movimiento de trenes con el Cuartel general. Los empleados de Correos y Telégrafos detenían y mandaban al Comité los telegramas y órdenes que partían del Cuartel general o copia de los mismos. Los generales se habían acostumbrado durante la guerra a considerar que el transporte y las comunicaciones eran una cuestión de técnica. Ahora tenían ocasión de persuadirse de que eran una cuestión de política.

Los sindicatos, nada inclinados a la neutralidad política, no esperaron exhortaciones especiales para ocupar sus posiciones de combate. El Sindicato Ferroviario armó a sus miembros, los mandó a las líneas para examinar y levantar los rieles, vigilar los puentes,

etc.; con su ardor y su decisión, los obreros impulsaron adelante al "Vikjel", más burocrático y moderado. El sindicato metalúrgico puso al servicio del Comité de defensa sus numerosos empleados y una suma importante para sus gastos. El sindicato de chóferes puso a disposición del Comité sus medios técnicos y de transporte. El sindicato de tipógrafos llevó a la práctica el control efectivo de la prensa. El general sublevado golpeó el suelo con el pie y surgieron legiones de debajo de la tierra; pero eran legiones de enemigos.

Alrededor de Petrogrado, en las guarniciones vecinas, en las estaciones importantes y en la escuadra se trabajaba día y noche; pasábase revista a las propias filas, se establecía contacto con los puntos próximos y con el Smolni. El Comité de defensa, más que exhortar e incitar, registraba y dirigía. Las masas se adelantaban siempre a sus planes. La resistencia contra el general sublevado se convertía en una batida popular de los conspiradores.

En Helsingfors, en la asamblea de todas las organizaciones soviéticas, se creó un comité revolucionario, que mandó sus comisarios al general gobernador, a la comandancia, al contraespionaje y otras instituciones importantes Ninguna orden se hacía efectiva si no llevaba la firma de ese comité. Se estableció el control de los teléfonos y telégrafos. Los representantes oficiales del regimiento de cosacos, que se hallaba en Helsingfors y que eran en su mayoría oficiales, intentan proclamar la neutralidad: se trata de kornilovianos ocultos. Al día siguiente se presentan en el comité cosacos de fila y declaran que todo el regimiento está contra Kornílov. Por primera vez entran representantes cosacos en el Soviet. En éste, como en los demás casos, el violento choque de las clases empuja a los oficiales a la derecha y a los soldados de fila a la izquierda.

El Soviet de Cronstadt, que había restañado ya completamente las heridas sufridas en junio, declaró telegráficamente que "la guarnición de Cronstadt estaba dispuesta a defender como un solo hombre la revolución al primer llamamiento del Comité ejecutivo". Los de Cronstadt no sabían aún en aquellos días -sólo podían adivinarlo- hasta qué punto la defensa de la revolución significaba la defensa de ellos mismos contra el exterminio.

Poco después de las jornadas de julio, el gobierno provisional había decidido suprimir la fortaleza de Cronstadt, por considerarla un foco bolchevista. Esta medida, tomada de acuerdo con Kornílov, se justificaba oficialmente por "motivos estratégicos". Los marinos, presintiendo que se tramaba algo malo, se resistieron. "La leyenda de la traición en el Cuartel general -escribía Kerenski, después que el mismo había acusado ya de traición a Kornílov- había arraigado hasta tal punto en Cronstadt, que toda tentativa de sacar la artillería provocaba el furor de la masa." El gobierno había confiado a Kornílov la

misión de buscar los medios de acabar con Cronstadt. Kornílov había encontrado esos medios; inmediatamente después de la conquista de la capital, Krimov debía mandar a Oranienbaum una brigada provista de artillería y, bajo la amenaza de los cañones, exigir de la guarnición de Cronstadt el desarme de la fortaleza y el paso a tierra, donde los marinos debían ser víctimas de represalias en masa. Pero en el mismo momento en que Krimov se disponía a cumplir la misión que le había encomendado el gobierno, éste se veía obligado a pedir a los marinos de Cronstadt que le salvaran de Krimov.

El Comité ejecutivo pidió telefónicamente a Cronstadt y Viborg que se mandaran fuerzas considerables a Petrogrado. A partir del 29, por la mañana, empezaron a llegar tropas. Eran, principalmente, regimientos bolchevistas; para dar fuerza al llamamiento del Comité ejecutivo fue necesaria la confirmación del Comité central de los bolcheviques. Un poco antes, hacia el mediodía del 28, por orden de Kerenski, orden que se parecía mucho a una humilde súplica, se encargaban de la protección del palacio de Invierno los marinos del crucero *Aurora,* parte de cuya tripulación seguía encarcelada en el "Kresti" por su participación en la manifestación de julio. En las horas que tenían libres de servicio, los marinos iban a la cárcel a ver a sus compañeros detenidos, a Trotski, Raskolnikov y otros. "¿Es que no ha llegado el momento de detener al gobierno?" -preguntaban los visitantes-. "No, no ha llegado aún -se les contestaba-; apoyad el fusil sobre el hombro de Kerenski y disparad contra Kornílov. Después le ajustaremos las cuentas a Kerenski." En junio y julio, esos mismos marinos no estaban muy inclinados a prestar atención a los argumentos de la estrategia revolucionaria. En estos dos meses escasos habían aprendido mucho. La pregunta sobre la detención del gobierno la formulaban más bien para descargar su conciencia. Ellos mismos se daban cuenta de la consecuencia inexorable con que se desarrollaban los acontecimientos. En la primera mitad de julio eran derrotados, condenados, calumniados; a fines de agosto se convirtieron en la defensa más segura del palacio de Invierno contra los kornilovianos; a últimos de octubre dispararán contra el palacio de Invierno con los cañones del *Aurora.*

Pero los marinos, si bien acceden a esperar un poco para liquidar sus cuentas con el régimen de febrero, no quieren soportar ni un día más a los oficiales kornilovianos. Los jefes que les habían sido impuestos por el gobierno después de las jornadas de julio estuvieron casi en todas partes al lado de los conspiradores. El Soviet de Cronstadt destituyó inmediatamente al comisario del gobierno y designó en su lugar a uno propio. Ahora, los conciliadores no gritaban ya a propósito de la separación de la República de

Cronstadt. Sin embargo, no en todas partes se limitaron las cosas a la sustitución; en algunos sitios se llevaron a cabo sangrientas represalias.

"La cosa empezó en Viborg -dice Sujánov- con el exterminio de los generales y oficiales por las masas enfurecidas de los marinos y soldados presas del pánico." No, no era una multitud enfurecida, ni se puede hablar en este caso de pánico. El 29, por la mañana, el "Tsentroflot" había mandado un telegrama al comandante de Viborg, general Oranovski, para que lo comunicara a la guarnición, dando cuenta de la sublevación del Cuartel general. El comandante retuvo el telegrama todo un día, y a las preguntas que se le hicieron sobre los acontecimientos que se estaban desarrollando contestó que no había recibido noticia alguna. Los marinos efectuaron un registro y encontraron el telegrama. El general, cogido *in fraganti,* se declaró partidario de Kornílov; los marinos fusilaron al comandante y a otros dos oficiales que habían declarado estar de acuerdo con él. Los marinos de la escuadra del Báltico hacían firmar a los oficiales una declaración de fidelidad a la revolución, y cuando cuatro oficiales del crucero *Petropavlovsk* se negaron a firmar y se declararon kornilovianos fueron inmediatamente fusilados por acuerdo de la tripulación.

Sobre los soldados y marinos flotaba un peligro mortal. No sólo Petrogrado y Cronstadt, sino todas las guarniciones del país, serían víctimas de represalias sangrientas. Por la conducta de sus oficiales, por su tono, por sus miradas torcidas, los soldados y marinos podían prever inequívocamente su suerte en el caso de que triunfara el Cuartel general. En aquellos sitios en que la atmósfera era particularmente ardiente se apresuraban a cortar el camino al enemigo, oponiendo a las represalias proyectadas por los oficiales las suyas propias. Corno es sabido, la guerra civil tiene sus leyes, que nunca han sido consideradas como humanitarias.

Cheidse transmitió inmediatamente a Viborg y Helsingfors un telegrama, en que condenaba estos actos como "un golpe mortal para la revolución". Kerenski, por su parte, telegrafió a Helsingfors: "Exijo que se ponga fin inmediatamente a esos repugnantes actos de violencia." Si se busca la responsabilidad política por los casos aislados en que las masas se tomaron la justicia por su mano -sin olvidar que, en general, la revolución no es otra cosa que eso mismo-, la responsabilidad buscada recae enteramente sobre el gobierno y los conciliadores, que en los momentos de peligro recurrían a las masas revolucionarias para volver a entregarlas luego a la oficialidad contrarrevolucionaria.

Lo mismo que durante la Conferencia nacional en Moscú, cuando se esperaba el golpe de Estado de un momento a otro, ahora, tras la ruptura con el Cuartel general, Kerenski se dirigía a los bolcheviques pidiéndoles que hicieran uso de su influencia sobre

los soldados, para que éstos "defendieran la revolución". Kerenski, si bien reclamó la ayuda de los marinos bolcheviques para la defensa del palacio de Invierno, no puso en libertad a sus prisioneros de julio. Sujánov dice, a ese propósito: "Aquella situación, caracterizada por el hecho de que, mientras Trotski estaba en la cárcel, Alexéiev cuchicheaba con Kerenski, era absolutamente intolerable." No es difícil imaginarse la excitación que reinaba en las cárceles, atiborradas de presos. "Ardíamos de indignación -cuenta Raskolnikov- contra el gobierno provisional, que en unos días de peligro..., seguía mandando a la cárcel a revolucionarios tales como Trotski..." "¡Qué cobardes ué cobardes! -decía este último, paseando con nosotros por el patio-; es preciso que coloquen inmediatamente a Kornílov fuera de la ley, para que cualquier soldado fiel a la revolución se considere con derecho a matarlo."

La entrada de las tropas de Kornílov en Petrogrado hubiera significado, ante todo, el exterminio de los bolcheviques detenidos. En la orden dada al general Bagration, que debía entrar en la capital con la vanguardia, Krimov no se olvidó de indicar de un modo especial: "Establecer un servicio de vigilancia en las cárceles, pero en ningún caso dejar salir a los que se hallan detenidos actualmente en las mismas." Era todo un programa, el mismo que había inspirado Miliukov desde los días de abril: "No ponerles en libertad en ningún caso." No había en aquellos días en Petrogrado ni un solo mitin en que no se exigiera la liberación de los detenidos de julio. Comisión tras comisión, se presentaban en el Comité ejecutivo, el cual mandaba, a su vez, a sus líderes a entablar negociaciones con el palacio de Invierno. ¡Todo resultaba inútil! La obstinación de Kerenski en este punto es tanto más digna de notar, cuanto que en el transcurso de los dos primeros días consideraba como desesperada la situación del gobierno y se reservaba, por tanto, el papel de carcelero mayor, encargado de guardar a los bolcheviques para cuando llegara la hora de ahorcarlos.

Nada tiene de sorprendente que las masas dirigidas por los bolcheviques, al mismo tiempo que luchaban contra Kornílov, no tuvieran ni un ápice de confianza en Kerenski. Para ellas se trataba no de defender al gobierno, sino a la revolución. De aquí la abnegación y la decisión con que luchaban. La resistencia contra la sublevación surgía de los raíles, de las piedras, del aire. Los ferroviarios de la estación de Luga, a la que llegó Krimov, se negaron tenazmente a poner en marcha los trenes militares, con el pretexto de que no disponían de locomotoras. Las tropas cosacas se vieron inmediatamente rodeadas por soldados armados de la guarnición de Luga, compuesta de 20.000 hombres. No hubo combate, pero sí algo más peligroso: contacto, interpenetración. El Soviet de Luga había impreso la declaración del gobierno destituyendo a Kornílov, y este documento fue

profusamente difundido entre las tropas expedicionarias. Los oficiales trataban de persuadir a los cosacos de que no dieran crédito a los agitadores. Pero el hecho mismo de que se vieran obligados a persuadirles era ya un mal presagio.

Al recibirse la orden de Kornílov de avanzar, Krimov exigió, con la amenaza de las bayonetas, que las locomotoras estuvieran preparadas para media hora después. La amenaza parecía haber surtido efecto: aunque con nuevos retrasos, se suministraron las locomotoras; pero, a pesar de todo, no pudieron ser puestas en marcha, ya que la vía había sido levantada e interceptada por algunos días. Huyendo de la propaganda que desmoralizaba sus tropas, Krimov las trasladó, el 28 por la tarde, a pocas verstas de Luga. Pero los agitadores entraron asimismo en el pueblo: eran soldados, obreros, ferroviarios, lo que no había manera de evitar, pues se metían por todas partes. Los cosacos empezaron incluso a asistir a los mítines. Acorralado por la propaganda y maldiciendo de su impotencia, Krimov esperaba inútilmente a Bagration; los ferroviarios habían detenido a la división "salvaje", que había de ser sometida también, pocas horas más tarde, a un peligrosísimo ataque moral.

Por abúlica y aun cobarde que en sí misma fuera la democracia conciliadora, las masas en que se apoyaba, a medias, nuevamente en la lucha contra Kornílov, abría ante ella inagotables manantiales de acción. Los socialrevolucionarios y los mencheviques consideraban que su misión consistía no en vencer a las tropas de Kornílov en combate abierto, sino en ganarlas a su causa. Era justo que así fuera. Los mismos bolcheviques no tenían nada que objetar, naturalmente, en este sentido, a los conciliadores; por el contrario, ése era precisamente su método fundamental; lo único que los bolcheviques exigían era que detrás de los agitadores y parlamentarios estuvieran los obreros y soldados con el arma al brazo. Para influenciar moralmente a las tropas de Kornílov, apareció inmediatamente una variedad ilimitada de procedimientos. Así, por ejemplo, se mandó al encuentro de la división "salvaje" a una comisión musulmana, de la que formaban parte prestigiosos indígenas, tales como el nieto del famoso Chamil, que había defendido heroicamente al Cáucaso contra el zarismo. Los montañeses no permitieron a sus oficiales que detuvieran a los delegados, pues esto se hallaba en contradicción con sus seculares tradiciones de hospitalidad. Se iniciaron las negociaciones, que fueron el principio del fin. Los oficiales de las tropas de Kornílov justificaban la marcha sobre Petrogrado alegando los motines iniciados en la capital por los agentes alemanes. Los delegados, que acababan de llegar de la capital, no sólo negaron el hecho del motín, sino que con documentos en la mano

demostraron que Kornílov era un rebelde y mandaba sus tropas contra el gobierno. ¿Qué podían objetar a esto los oficiales de Kornílov?

Los soldados enarbolaron en el vagón del Estado Mayor de la división "salvaje" una bandera roja, con la inscripción: "Tierra y Libertad." El comandante del Estado Mayor dio la orden de retirar la bandera: "Únicamente para evitar que se confunda con una señal ferroviaria", según explicó el buen señor. Los soldados no se dieron por satisfechos con la cobarde explicación y detuvieron al comandante. ¿No andarían equivocados en el Cuartel general cuando decían que a los montañeses caucasianos lo mismo les daba a quién degollar?

Al día siguiente, por la mañana, se presentó a Krimov un coronel mandado por Kornílov, con la orden siguiente: "Concentrar el cuerpo de ejército, avanzar rápidamente hacia Petrogrado y ocuparlo "por sorpresa"." En el Cuartel general intentaban aún cerrar los ojos ante la realidad. Krimov contestó que las fuerzas del cuerpo estaban diseminadas por distintas líneas férreas; que, por el momento, no tenía a su disposición más que ocho centenares de cosacos; que las líneas férreas estaban deterioradas, llenas de obstáculos, fortificadas, y que sólo se podía avanzar a pie; finalmente, que ni siquiera cabía pensar en la ocupación de Petrogrado por sorpresa, en unos momentos en que los obreros y soldados estaban bajo las armas en la capital y sus alrededores.

Las cosas acababan de complicarse, merced a la circunstancia de haberse perdido definitivamente la posibilidad de llevar a cabo la operación de un modo inesperado para las tropas del propio Krimov: éstas, recelando que se tramaba algo turbio, exigieron explicaciones. No hubo más remedio que ponerlas al corriente del conflicto entre Kornílov y Kerenski; es decir, poner oficialmente a la orden del día la organización de mítines.

La orden publicada por Krimov en aquellos momentos decía: "Esta noche he recibido del generalísimo en jefe y de Petrogrado la noticia de que se han iniciado motines en la capital..." Pretendíase con este engaño justificar la campaña contra el gobierno. La orden del propio Kornílov, dictada el 29 de agosto, decía: "El contraespionaje de Holanda comunica:

a) Se está preparando para uno de estos días un golpe simultáneo en todo el frente, con objeto de poner en fuga a nuestro ejército en descomposición.

b) Se está fraguando una insurrección en Finlandia.

c) Se proyecta hacer hundir los puentes del Nieper y del Volga.

d) Se organiza un levantamiento de los bolcheviques en Petrogrado."

En la misma "denuncia", a que ya aludía Savinkov el día 23, si se hablaba de Holanda, era para despistar; el documento, según todos los informes, había sido amañado en la misión militar francesa o, al menos, con intervención suya.

Ese mismo día telegrafiaba Kerenski a Krimov: "Reina en Petrogrado completa tranquilidad. No se espera disturbio alguno. No hay, en absoluto, necesidad de su cuerpo de ejército." Los disturbios debían de ser provocados por los decretos del propio Kerenski. Como la provocación gubernamental se había aplazado, Kerenski consideraba fundadamente que "no se esperaban disturbios".

Krimov, ante la situación sin salida en que se hallaba, hizo una absurda intentona de avance sobre Petrogrado, con sus ocho centenares de cosacos. Era, más que nada, un gesto para tranquilizar su propia conciencia; gesto que, naturalmente, no dio el menor resultado. Al tropezar, a pocas verstas de Luga, con las fuerzas que guardaban la línea, Krimov se volvió atrás sin intentar siquiera entablar combate. Krasnov, jefe del tercer cuerpo de caballería, escribió más tarde, hablando de esta "operación" ficticia, la única que hubo: "Hubiera sido preciso asestar el golpe a Petrogrado con ochenta y seis escuadrones y se limitó a amagar el ataque con una brigada de ocho centenas débiles, la mitad de las cuales no tenía jefes. En vez de dar el golpe con el puño, se asestó con el dedo; consecuencia de ello fue que se lastimó el dedo y el agredido no sintió nada." En el fondo, ni siquiera se golpeó con el dedo. No se hizo daño a nadie.

Entre tanto, los ferroviarios iban haciendo su labor. De un modo misterioso, las tropas mandadas por ferrocarril avanzaban, pero no por las líneas que se les había señalado. Los regimientos no iban a parar a sus divisiones. Los trenes con artillería se hallaban de repente, como por encanto, en un apartadero; los Estados Mayores perdían el contacto con sus tropas. En todas las estaciones importantes había soviets ferroviarios y militares. Los telegrafistas les tenían al corriente de todos los acontecimientos, de todos los movimientos de tropas. Esos mismos telegrafistas interceptaban las órdenes de Kornílov. Las informaciones desfavorables a los kornilovianos se hacían circular inmediatamente, con gran profusión, se pegaban en carteles en las paredes, pasaban de boca en boca. El maquinista, el guardagujas, el engrasador, se convertían en agitadores. En esta atmósfera avanzaban, o, lo que aún era peor, permanecían en el sitio, los trenes militares de Kornílov. El mando, que pronto se dio cuenta de la desesperada situación en que se hallaba, era evidente que no tenía ninguna prisa por avanzar, y con su pasividad facilitaba el trabajo de los contraconspiradores del ramo de transportes. Las fuerzas del ejército de Krimov se vieron diseminadas en esta forma por las estaciones, enlaces y apartaderos de ocho líneas

férreas. Si se siguen en un mapa los movimientos de las tropas de Kornílov, se saca la impresión de que los conspiradores jugaban al escondite en las líneas férreas.

"Casi por todas partes veíamos el mismo espectáculo -dice el general Krasnov, relatando sus observaciones en la noche del 30 de agosto-. En las vías, en los vagones, podían encontrar de continuo grupos de dragones, en pie al lado de sus caballos o sentados en las monturas de los mismos y entre los cuales había siempre un entrometido con capote de soldado." Esos entrometidos se convirtieron bien pronto en legión. Seguían llegando de Petrogrado numerosas comisiones de los regimientos enviados al encuentro de las tropas de Kornílov; antes de hacer uso de las armas, querían explicarse. Las tropas revolucionarias tenían la firme esperanza de que no se llegaría a la lucha. Esta esperanza se vio confirmada: los cosacos les recibieron de buen grado. Un grupo de soldados del cuerpo de comunicaciones se apoderó de unas cuantas locomotoras y envió delegados por toda la línea. A cada tren militar se le explicaba la situación creada. Celebrábanse incesantes mítines, en los que se alzaba un solo clamor: "¡Nos han engañado!"

"No ya los jefes de división -dice el mismo Krasnov-, sino que ni aun los mismos comandantes de los regimientos sabían exactamente dónde se hallaban sus escuadrones y centenas... La falta de víveres y de forraje irritaba aún más, como es natural, a la gente. Los soldados, viendo la desorganización y el desconcierto que reinaba a su alrededor, empezaron a detener a jefes y oficiales." La delegación del Soviet, que había organizado su Estado Mayor, comunicaba: "La fraternización es un hecho general... Estamos plenamente persuadidos de que el conflicto puede darse por liquidado. Están llegando delegaciones de todas partes." Los jefes eran sustituidos por los comités. Se creó rápidamente un Soviet de delegados del Ejército, que designó una comisión compuesta de cuarenta miembros para enviarla al gobierno provisional. Los cosacos empezaron a decir en voz alta que no esperaban más que la orden de Petrogrado para detener a Krimov y a los demás oficiales.

Stankievich describe el espectáculo que observó el 30, al dirigirse a Pskov en unión de Voitinski. En Petrogrado creían que Trarskoie había sido ocupado por las fuerzas de Kornílov; pero resultó que allí no había nadie. "En Gachina, ni un alma... En el camino de Luga, nadie. En Luga, calma y tranquilidad... Llegamos a la aldea en que debía hallarse el Estado Mayor del cuerpo. No había nadie... A primera hora de la mañana, los cosacos se habían marchado en dirección opuesta a la de Petrogrado." La sublevación retrocedía, se diseminaba, se la tragaba la tierra.

Pero en el palacio de Invierno seguían temiendo al enemigo, Kerenski hizo una tentativa para entablar negociaciones con el mando de los sublevados: le parecía mejor este

procedimiento que la iniciativa "anárquica" de las masas. Envió delegados a Krimov, y "en aras de la salvación de Rusia" le pidió que fuera a Petrogrado, garantizándole su seguridad personal si, por su parte, empeñaba su palabra de honor. El general, que había perdido por completo la cabeza, apresuróse, naturalmente, a aceptar la invitación. Detrás de Krimov salió para Petrogrado una comisión de cosacos.

Los frentes no apoyaron al Cuartel general. Sólo el del suroeste hizo una tentativa relativamente seria. El Estado Mayor de Denikin tornó oportunamente medidas preventivas. Los centinelas del Estado Mayor que no merecían suficiente confianza fueron sustituidos con cosacos. En la noche del 27 se tomó posesión de la imprenta. El Estado Mayor intentó aparecer dueño de la situación, seguro de sí mismo, e incluso prohibió al Comité del frente que se sirviera del telégrafo. Pero las ilusiones no duraron arriba de breves horas. Empezaron a presentarse al Comité delegados de los distintos regimientos, pidiendo apoyo. Aparecieron automóviles blindados, ametralladoras, cañones. El Comité sometió inmediatamente a su fiscalización la actividad del Cuartel general, que se reservó la iniciativa puramente en el terreno de las operaciones. A las tres del día 28, en el frente suroccidental, el poder estaba enteramente concentrado en manos del Comité. "Nunca -gemía Denikin- había aparecido tan sombrío el futuro del país, ni tan lamentable y abrumadora nuestra impotencia."

En los demás frentes, los acontecimientos se desarrollaron de un modo menos dramático todavía. Bastaba que los generalísimos volviesen los ojos en torno suyo, para que sintieran afluir a sus pechos los sentimientos más afectuosos hacia los comisarios del gobierno provisional. En la mañana del 29 se habían recibido ya en el palacio de Invierno telegramas de adhesión del general Cherbachov, del frente rumano, del de Valuyev, del occidental, del de Prjevalski y del Cáucaso. En el frente norte, cuyo generalísimo Klembovski era un korniloviano declarado, Stankievich designó como sustituto del mismo a un tal Savitski. "Savitski, muy poco conocido hasta entonces, designado por telégrafo en el momento del conflicto -dice el mismo Stankievich-, podía dirigirse con toda seguridad a cualquier grupo de soldados, infantería, cosacos e incluso "junkers", con cualquier orden, aunque se tratara de la detención del generalísimo, y la orden hubiera sido cumplida sin vacilar..." Klembooski fue relevado sin la menor complicación por el general Bonch-Bruevich, el cual, por mediación de su hermano, bolchevique notorio fue uno de los primeros que más tarde se puso al servicio del gobierno bolchevista.

No le fue mucho mejor al sostén que el partido militar tenía en el sur: el atamán de los cosacos del Don, Kaledin. En Petrogrado se decía que Kaledin había movilizado las

tropas cosacas y que habían salido tropas del frente en dirección al Don. Ahora bien, "el atamán -según cuenta uno de sus biógrafos- recorría los pueblos situados lejos de la línea férrea... y conversaba tranquilamente con la gente". Kaledin obraba, en efecto, con mucha mayor prudencia de lo que se suponía en los círculos revolucionarios. Había elegido el momento de la sublevación, cuya fecha conocía de antemano, para recorrer "pacíficamente" las aldeas cosacas a fin de hallarse, en los días críticos, fuera del control telegráfico y de toda fiscalización en general y, al propio tiempo, pulsar el estado de ánimo de los cosacos. El 27 telegrafió a su sustituto, Bogayevski: "Hay cine apoyar a Kornílov por todos los medios." Sin embargo, el contacto con los cosacos le había demostrado que no había ningún medio: los cosacos no tenían la menor intención de defender a Kornílov. Cuando se vio claramente que el golpe fracasaba, el llamado "gobierno militar" del Don tomó el acuerdo de abstenerse de expresar su opinión "hasta que se aclare cuál es la situación real". Gracias a esta maniobra, los elementos cosacos dirigentes consiguieron ponerse oportunamente al margen de los acontecimientos.

En Petrogrado, en Moscú, en el Don, en el frente, en el trayecto seguido por los trenes militares, tenía por todas partes Kornílov partidarios y amigos. A juzgar por los telegramas, los mensajes de salutación y los artículos de los periódicos, el número de esos amigos y partidarios había de ser inmenso. Pero, ¡cosa extraña!: al llegar el momento de dar la cara, todos ellos habían desaparecido. En muchos casos, la causa de semejante eclipse no era, ni muchos menos, la cobardía personal. Entre los oficiales partidarios de Kornílov había no pocos hombres valerosos. Pero estos hombres no sabían qué empleo dar a ese valor. A partir del momento en que se pusieron en movimiento las masas, los elementos aislados no tuvieron posibilidad de intervenir, sino los mismos estudiantes e incluso los oficiales en activo, se vieron lanzados al margen y obligados a observar, como desde un balcón, los acontecimientos que ante ellos se desarrollaban. No les quedaba otro recurso, como al general Denikin, que maldecir su lamentable y aplastante impotencia.

El 30 de agosto, el Comité ejecutivo envió a todos los soviets la gozosa noticia de que las tropas de Kornílov se hallaban "en pleno estado de descomposición". Se olvidó por un momento que Kornílov había elegido para su empresa las tropas más patrióticas, más combativas, más libres de la influencia de los bolcheviques. El proceso de descomposición, consistía en que los soldados habían dejado definitivamente de tener confianza en los oficiales, a los que ya no consideraban más que como a enemigos. La lucha por la revolución y contra Kornílov significaba que la descomposición del ejército -es decir, aquello de que se acusaba a los bolcheviques- había dado un paso más.

Los señores generales tuvieron por fin la coyuntura de comprobar la fuerza de resistencia de la revolución, de esa revolución que les parecía tan impotente, tan endeble y que, según ellos, había obtenido la victoria sobre el antiguo régimen de un modo completamente casual. A partir de los días de febrero se repetía a cada paso la jactancioso fórmula: "Dadme un regimiento sólido y ya les haré entrar en razón." La experiencia de los generales Jabalov e Ivanov, a finales de febrero, no había enseñado nada a estos guerreros que pertenecían a la categoría de los que esgrimen los puños después de la pelea. A menudo, los estrategas civiles usaban también el mismo tono. El octubrista Chidlovski afirmaba que si en febrero hubiesen aparecido en la capital "regimientos cimentados por una sólida disciplina y un fuerte espíritu combativo, la revolución de Febrero habría sido sofocada en pocos días." El famoso magnate ferroviario Bublikov escribía: "Hubiera bastado una división disciplinada del frente para aplastar por completo la insurrección." Algunos oficiales que habían participado en los acontecimientos aseguraban a Denikin que "un batallón firme, mandado por un jefe que supiera lo que quería, podía cambiar completamente la situación". Cuando Guchkov era ministro de la Guerra fue a verle el general Krimov, que acababa de llegar del frente, y le propuso "limpiar Petrogrado con una división; claro está, que no sin derramamiento de sangre". Si no llegó a realizarse esto fue únicamente porque "Guchkov no aceptó la proposición". Finalmente, Savinkov, que preparaba para el futuro Directorio su "27 de agosto" propio, aseguraba que con dos regimientos había más que suficiente para pulverizar a los bolcheviques. Ahora, el destino daba a todos esos señores, en la persona de su general "alegre y optimista", ocasión de comprobar si sus heroicos cálculos eran fundados. Sin asestar un solo golpe, con la cabeza gacha, humillado y cubierto de oprobio, llegó Krimov al palacio de Invierno. Kerenski no perdió la ocasión que Krimov le ofrecía para representar una escena patética, en la que los efectismos vulgares estaban garantizados de antemano.

Krimov, al regresar al ministerio de la Guerra, después de haberse entrevistado con Kerenski, se suicidó pegándose un tiro. Así terminó la tentativa de sofocar la revolución, "no sin derramamiento de sangre".

En el palacio de Invierno se respiró con más desahogo al ver que un asunto que amenazaba con tantas complicaciones acababa felizmente, y se procuró pasar lo más pronto posible a la orden del día; es decir, continuar lo que se había interrumpido. Kerenski se designó a sí mismo generalísimo en jefe: era difícil para él, en efecto, encontrar una figura que viniese mejor al caso para conservar la alianza política con los viejos generales. Para el cargo de jefe del Estado Mayor del Cuartel general eligió a Alexéiev, el mismo que

dos días antes había estado a punto de ser nombrado jefe del gobierno. Tras no pocas vacilaciones y de celebrar varias entrevistas, el general aceptó, no sin hacer una mueca de desprecio, la designación, con el objeto, según explicó a los suyos, de liquidar pacíficamente el conflicto. El ex jefe del Estado Mayor del generalísimo en jefe Nicolás Romanov vino a ocupar el mismo cargo cerca de Kerenski. ¡La cosa era como para asombrarse! "Sólo Alexéiev, gracias a su proximidad al Cuartel general y a la enorme influencia de que gozaba en los círculos militares superiores -así intentó explicar posteriormente Kerenski la asombrosa designación que había hecho-, podía tomar sobre sí la misión de traspasar el mando insensiblemente de manos de Kornílov a otras." "Lo cierto era, precisamente, lo contrario. La designación de Alexéiev -es decir, de uno de los suyos- lo único que podía hacer era estimular a los conjurados a continuar su resistencia, si es que les quedaba la menor posibilidad de ello. En realidad, Alexéiev había sido nombrado por Kerenski, después de liquidada la sublevación, por el mismo motivo por que había sido llamado Savinkov al iniciarse la misma: había que conservar a todo trance los puentes que conducían a la derecha. El nuevo generalísimo consideraba, ahora particularmente, necesario restablecer la amistad con los generales: después de la reciente sacudida, era necesario un orden firme y, por lo tanto, imponíase más que nunca un poder fuerte.

En el Cuartel general no quedaba ya nada del optimismo reinante dos días antes. Los conspiradores buscaban la retirada. Un telegrama remitido a Kerenski decía que Kornílov, "teniendo en cuenta las circunstancias estratégicas", se inclinaba a ceder pacíficamente el mando si se declara que "se crea un gobierno fuerte". A ese magno ultimátum del general que capitula sucede otro pequeño: Kornílov "considera inadmisible, en general, la detención de los generales y otras personas necesarias, ante todo, para el ejército". Kerenski, regocijado, da inmediatamente un paso hacia el enemigo, declarando por radio que las órdenes del general Kornílov, en lo que a las operaciones se refiere, son obligatorias para todos. El propio Kornílov escribía a cuenta de esto, a Krimov, el mismo día: "Se ha producido un episodio único en la historia mundial: un generalísimo acusado de traición a la patria, y entregado por este motivo a los tribunales, recibe la orden de seguir mandando el Ejército..." Esta nueva manifestación de la blandura de Kerenski dio inmediatamente nuevos ánimos a los conjurados. A pesar del telegrama, expedido horas antes, sobre la inadmisibilidad de la lucha interna "en este terrible momento", Kornílov, repuesto a medias en sus derechos, mandó dos hombres a Kaledin, pidiéndole "que hiciera presión" y, al mismo tiempo, propuso a Krimov: "Si las circunstancias lo permiten, obre usted de un

modo independiente, de acuerdo con las instrucciones que le he dado." Las instrucciones significaban: derrocar al gobierno y ahorcar a los miembros del Soviet.

El general Alexéiev, nuevo jefe del Estado Mayor, se dirigió al Cuartel general, con el fin de ocuparlo. En el palacio de Invierno seguían tomando en serio esta operación. En realidad Kornílov disponía directamente del batallón de Caballeros de San Jorge, del regimiento de Infantería "de Kornílov" y del regimiento de Caballería de los *tekintsi.* El batallón de Caballeros de San Jorge se puso desde un principio al lado del gobierno. Teníase por seguros a los otros dos regimientos; pero parte de ellos se separó también. El Cuartel general no disponías en absoluto, de artillería. En esas condiciones, ni siquiera podía pensarse en una posibilidad de resistencia. Alexéiev comenzó su misión haciendo ceremoniosas visitas a Kornílov y Lukomski, durante las cuales es de suponer que ambas partes emplearon unánimemente su vocabulario soldadesca respecto de Kerenski. Tanto para Kornílov como para Alexéiev, estaba claro que se imponía aplazar por algún tiempo la salvación del país.

Pero al mismo tiempo que en el Cuartel general se arreglaba tan felizmente la paz sin vencedores ni vencidos, la atmósfera en Petrogrado estaba al rojo y en el palacio de Invierno se esperaban con impaciencia noticias tranquilizadoras de Mohilev, para comunicarlas al pueblo. A Alexéiev le importunaban constantemente con preguntas. El coronel Baranovski, hombre de confianza de Kerenski, se lamentaba en los siguientes términos, por hilo directo: "Reina gran agitación en los soviets; la atmósfera puede despejarse únicamente aduciendo pruebas de que se tiene el poder en las manos y deteniendo a Kornílov y a los demás..." Esto no respondía, ni remotamente, a los propósitos de Alexéiev. "Veo con profundo pesar -objeta el general- que mis temores de que cayéramos definitivamente en las garras de los soviets son un hecho indiscutible." Al hablar familiarmente, en primera persona del plural, se sobreentiende que alude al grupo de Kerenski, en el que Alexéiev se incluye convencionalmente a sí mismo para atenuar la punzada. El coronel Baranovski le contesta en el mismo tono: "Dios permitirá que escapemos de las garras del Soviet en que hemos caído." Apenas las masas han sacado a Kerenski de las garras de Kornílov, el jefe de la democracia se apresura a ponerse de acuerdo con Alexéiev contra las masas: "Nos escaparemos de las garras del Soviet." Sin embargo, Alexéiev tuvo que rendirse ante la necesidad y cumplir el ritual de la detención de los principales conjurados. Kornílov se sometió sin resistencia al arresto domiciliario, ocho horas después de haber declarado al pueblo: "Prefiero la muerte a mi separación del cargo de generalísimo. " La comisión extraordinaria de responsabilidades, que llegó a Mohilev,

detuvo, por su parte, al subsecretario de Comunicaciones, a algunos oficiales del Estado Mayor, al diplomático frustrado Aladin y a todos los miembros presentes del Comité de la Asociación de oficiales.

En las primeras horas que siguieron a la victoria, los conciliadores gesticularon abundantemente. Hasta Avkséntiev lanzaba truenos y relámpagos. ¡Los sublevados habían dejado el frente abandonado durante tres días! "¡Mueran los traidores!", gritaban los miembros del Comité ejecutivo. Avkséntiev se aprovechó de esos gritos, para decir: Si la pena de muerte había sido implantada a instancias de Kornílov y de sus acólitos, "con tanta mayor decisión les será aplicada ahora a ellos mismos". (Grandes y prolongados aplausos.)

El Concilio eclesiástico de Moscú, que dos semanas antes se inclinaba ante Kornílov como restaurador de la pena de muerte, imploraba ahora telegráficamente al gobierno, "por el amor de Dios y de Jesucristo al prójimo", que se conservara la vida del general, cuyos cálculos habían fallado. Pusiéronse asimismo en juego otros resortes. Pero el gobierno no pensaba, ni por asomo, en adoptar represalias sangrientas. Cuando los delegados de la división "salvaje" se presentaron a Kerenski en el palacio de Invierno y uno de los soldados, contestando a los lugares comunes del nuevo generalísimo, dijo que "los jefes traidores habían de ser implacablemente castigados", Kerenski le interrumpió con estas palabras: "Vuestra misión consiste ahora en sometemos a vuestros superiores, y todo lo que sea necesario hacer lo haremos nosotros." ¡Verdaderamente, ese hombre consideraba que las masas debían entrar en escena cuando él golpeara el suelo con el pie izquierdo y desaparecer al golpearlo con el derecho!

"Todo lo que sea necesario hacer, lo haremos nosotros mismos." Pero todo lo que hacían parecía inútil, por no decir sospechoso y funesto, a las masas. Estas no se equivocaban: de lo que más se ocupaban en las alturas era de restablecer el estado de cosas que había dado origen a la aventura de Kornílov. "Después de los primeros interrogatorios efectuados por los miembros de la comisión investigadora -cuenta Lukomski-, se vio que todos nos trataban con la mayor buena voluntad." En realidad, eran unos encubridores y cómplices. El fiscal militar, Chablovski, dio toda clase de indicaciones a los acusados sobre la manera de engañar a la Justicia. Las organizaciones del frente protestaron: "Los generales y sus cómplices no son tratados como criminales ante el Estado y el pueblo... Los sublevados gozan de completa libertad para relacionarse con el mundo exterior." Lukomski lo confirma: "El Estado Mayor del generalísimo en jefe nos informaba de todas las cuestiones que nos interesaban." Los soldados, indignados, se dispusieron más de una vez a juzgar por sí mismos a los generales, y lo único que salvó a los detenidos de la venganza

popular fue la división contrarrevolucionaria polaca que se hallaba en Bijov, punto en que aquéllos estaban recluidos.

El 12 de septiembre, el general Alexéiev escribió a Miliukov desde el Cuartel general una carta que reflejaba la justa indignación de los conjurados por la conducta de la gran burguesía, la cual les había empujado en un principio, para abandonarlos luego a su suerte después de la derrota. "Usted sabe, hasta cierto punto -escribía, no sin malicia, el general-, que algunos círculos de nuestra sociedad no sólo estaban enterados de todo, no sólo simpatizaban ideológicamente con Kornílov, sino que le ayudaban como podían..." En nombre de la Asociación de oficiales, Alexéiev exigía de Vichnegradski, Putilov y otros grandes capitalistas que se habían vuelto de espaldas a los vencidos, que recolectaran inmediatamente 300.000 rublos para las "familias hambrientas de los que estaban unidos con ellos por la comunidad de ideas y de la acción que se preparaba"... La carta terminaba con una amenaza directa: "Si la prensa honrada no empieza en seguida a explicar las cosas enérgicamente... el general Kornílov se verá obligado a exponer ante el tribunal, con el mayor detalle, todos los preparativos, las negociaciones con determinados círculos y personas, su participación, etc." Denikin dice, a propósito de los resultados prácticos de este lamentable ultimátum: "Hasta finales de octubre, que le trajeron de Moscú cerca de 40.000 rubios, Kornílov no recibió nada." Miliukov, en aquel entonces, se hallaba completamente ausente de la palestra política: según la versión oficial de los círculos liberales, se había ido "a descansar a Crimea". Después de tantas emociones, el líder liberal tenía, efectivamente, necesidad de descanso.

La comedia de la investigación se prolongó hasta el golpe de Estado bolchevista. Después de la farsa, Kornílov y sus cómplices no sólo fueron puestos en libertad, sino que el Cuartel general de Kerenski les facilitó todos los documentos necesarios. Fueron esos generales los que iniciaron la guerra civil. En aras de los fines sacrosantos que ligaban a Kornílov con el liberal Miliukov y el oscurantista Rimski-Korsakov, perecieron centenares de miles de personas, fueron saqueados y devastados el sur y el este de Rusia, fue herida de muerte la economía del país e impuesto el terror rojo a la revolución. Kornílov, que había escapado sin novedad a la justicia de Kerenski, no tardó en caer en el frente de la guerra civil muerto por un obús bolchevista. La suerte de Kaledin no fue muy diferente de la de Kornílov. El "gobierno militar" del Don exigió no sólo que fuera anulada la orden de detención contra Kaledin, sino que se repusiera a éste en el cargo de atamán. Tampoco en este caso dejó escapar Kerenski la ocasión de hacer concesiones. Skobelev fue a Novocherkask para excusarse ante los jefes cosacos. El ministro democrático fue objeto de

chanzas refinadas, dirigidas por el propio Kaledin. Sin embargo, la victoria del general cosaco fue de breve duración. Acosado por todas partes por la revolución bolchevista en su propia región del Don, Kaledin, al cabo de unos meses, se pegó un tiro. La bandera de Kornílov pasó luego a las manos del general Denikin y del almirante Kolchak, a cuyos nombres va unido el período principal de la guerra civil. Pero todo esto se refiere ya a 1918 y a los años subsiguientes.

CAPITULO XXXIV
EL ATAQUE CONTRA LAS MASAS

Los motivos que determinan de un modo inmediato los acontecimientos de la revolución son las modificaciones que se operan en la conciencia de las clases beligerantes. Las relaciones materiales de la sociedad no hacen más que trazar el cauce de esos procesos. Por su naturaleza, esas modificaciones de la conciencia colectiva tienen un carácter semisubterráneo; sólo cuando alcanzan un determinado grado de fuerza de tensión se evidencia en la superficie el nuevo estado de espíritu y las nuevas ideas, en forma de acciones de masas, que establecen un nuevo equilibrio social, aunque muy inconsistente. La marcha de la revolución pone al descubierto, en cada nueva etapa, el problema del poder, para disimularlo de nuevo inmediatamente después, hasta ponerlo luego nuevamente al desnudo. Esta es asimismo la mecánica de la contrarrevolución, con la diferencia de que, en este caso, la película se desarrolla en sentido contrario.

Cuanto acontece en los círculos gubernamentales y dirigentes no es en modo alguno indiferente para la marcha de los acontecimientos. Pero sólo es posible penetrar el auténtico sentido de la política de los partidos y desentrañar las maniobras de los jefes relacionando uno y otras con el descubrimiento de los profundos procesos moleculares que se operan en la conciencia de las masas. En julio, los obreros y soldados fueron derrotados, pero en octubre se adueñaron ya del poder por obra de un asalto irresistible. ¿Qué había ocurrido en sus cerebros en el transcurso de esos cuatro meses? ¿Qué efecto les habían producido los golpes asestados desde arriba? ¿Con qué ideas y sentimientos habían acogido la franca tentativa de apoderarse del poder realizada por la burguesía? El lector tendrá que volver atrás, a la derrota de julio. Con frecuencia es preciso retroceder para poder dar un buen salto. Y como perspectiva, tenemos el salto de octubre.

En la historiografía soviética oficial ha quedado establecida la opinión, convertida en una especie de lugar común, de que el ataque realizado en julio contra el partido -la represión combinada con la calumnia- no tuvo apenas consecuencias para las organizaciones obreras. Esto es completamente erróneo. Es verdad que la depresión en las filas del partido y el abandono de las mismas por gran parte de los obreros y soldados no pasó de algunas semanas, y que la resurrección se produjo muy pronto y de un modo tan impetuoso, que borró en gran parte el recuerdo mismo de los días de opresión y decaimiento. Pero a medida que se van publicando las actas de las organizaciones locales del partido, se ve con mayor claridad el descenso de la revolución en julio, descenso que se

echaba de ver en aquellos días de un modo tanto más doloroso cuanto que la curva ascensional precedente había tenido un carácter ininterrumpido.

Toda derrota que se desprende de una determinada correlación de fuerzas modifica, a su vez, esa correlación de un modo desventajoso para los vencidos, toda vez que el vencedor adquiere una mayor confianza en sí mismo, al paso que la del vencido decrece. La evaluación de la propia fuerza constituye un elemento extraordinariamente importante de la correlación de fuerza objetiva. Los obreros y soldados de Petrogrado, que en su impulso hacia adelante chocaron, por una parte, con la falta de claridad y el carácter contradictorio de sus mismos objetivos, y, por otra, con el atraso de las provincias del frente, sufrieron una derrota directa. Por esto fue en la capital donde las consecuencias de la derrota se pusieron de manifiesto en primer lugar y de un modo más acentuado. Sin embargo, son completamente erróneas las afirmaciones de la literatura oficial, según las cuales la derrota de julio pasó casi inadvertida para las provincias. Esto, poco verosímil aun desde el punto de vista teórico, queda refutado por el testimonio de los hechos y de los documentos. Cada vez que se trataba de grandes cuestiones, todo el país volvía involuntariamente la cabeza hacia Petrogrado. Precisamente la derrota de los obreros y soldados de la capital había de producir una impresión enorme en los sectores más avanzados de provincias. El miedo, el desengaño, la apatía, no se manifestaron por igual en los distintos puntos del país, pero se observaron por todas partes.

El descenso de la revolución se manifestó, ante todo, en una relajación extraordinaria de la resistencia de las masas frente al enemigo. Al mismo tiempo que las tropas dirigidas contra Petrogrado realizaban expediciones punitivas oficiales para desarmar a los soldados y a los obreros, bandas semivoluntarias, protegidas por aquéllas, atacaban impunemente a las organizaciones obreras. Al saqueo de la redacción de la *Pravda* y de la imprenta de los bolcheviques siguió la devastación del local del sindicato metalúrgico. Después, los golpes fueron dirigidos contra los soviets de barriada. Ni los conciliadores escaparon al ataque: el 10 fue asaltada una de las instituciones del partido, a cuyo frente se hallaba el ministro de la Gobernación, Tsereteli. Dan tuvo que hacer gala de no poco espíritu de sacrificio para escribir con motivo de la llegada de las tropas: "En vez de asistir a la catástrofe de la revolución, somos testigos de una nueva victoria de la misma." La victoria había ido tan lejos, que, según cuenta el menchevique Pruchiski, los transeúntes corrían grave riesgo de ser cruelmente apaleados si tenían el aspecto de obreros o eran sospechosos de bolchevismo. ¡Qué síntoma inequívoco de las profundas modificaciones sufridas por la situación!

El miembro del Comité petrogradés de los bolcheviques, Latsis, que llegó a ser ulteriormente uno de los más destacados elementos de la *Cheka,* consignaba en su dietario: *"9 de julio.* En la ciudad han sido devastadas todas nuestras imprentas. Nadie se atreve a imprimir nuestros periódicos y hojas. Emprendemos la organización de una imprenta clandestina. La barriada de Viborg se ha convertido en un refugio para todos. Allí se han trasladado el Comité de Petrogrado y los miembros perseguidos del Comité central. En la garita del vigilante de la fábrica Renault celebró sus reuniones el Comité con Lenin. Se plantea la cuestión de la huelga general. En el Comité no hay unanimidad en las opiniones. Yo sostengo el punto de vista de la huelga. Lenin, teniendo en cuenta la situación, propone renunciar a la huelga... *12 de julio.* La contrarrevolución triunfa. Los soviets no tienen ningún poder. Los junkers, desenfrenados, atacan incluso a los mencheviques. Se nota inseguridad en algunos sectores del partido. Ha cesado la afluencia de miembros... pero la gente no ha empezado aún a abandonar nuestras filas."

Después de las jornadas de julio, dice el obrero Sisko: "En las fábricas de Petrogrado, los socialrevolucionarios adquirieron una influencia considerable. El aislamiento de los bolcheviques aumentó inmediatamente la fuerza de los conciliadores y alentó a éstos." El 16 de julio, el delegado de la isla de Vasiliev da cuenta, en la Conferencia bolchevista local, de que en su barriada el estado de espíritu es, "en general", animoso, con excepción de algunas fábricas. "En la fábrica del Báltico, los socialrevolucionarios y los mencheviques nos aplastaban." En dicha fábrica, las cosas fueron muy lejos: el Comité de fábrica tomó el acuerdo de que los bolcheviques fueran al entierro de los cosacos muertos, acuerdo que aquéllos cumplieron... Verdad es que las bajas registradas en el partido fueron poco importantes: de los 4.000 miembros que había en la barriada, se dieron de baja menos de un centenar. Pero fue mucho mayor el número de los que en los primeros días se apartaron del movimiento. "Las jornadas de julio -recordaba posteriormente el obrero Minischev- nos mostraron que hubo asimismo en nuestras filas hombres que, temiendo por su piel, rompieron los carnets y se desentendieron del partido. Pero de éstos hubo muy pocos...", añade. "Los acontecimientos de julio -escribe Schliapnikov- y la campaña de violencias y calumnias relacionada con los mismos interrumpieron los progresos de nuestra influencia, que a principios de julio había adquirido una fuerza enorme... Nuestro partido se hallaba en una situación semiclandestina, y sostenía una lucha defensiva, apoyándose principalmente en los sindicatos y en los comités de fábrica."

La acusación lanzada contra los bolcheviques, de que estaban al servicio de Alemania, no podía dejar de producir impresión incluso entre los obreros de Petrogrado, por lo

menos entre una considerable parte de los mismos. El que vacilaba se apartaba; el que estaba dispuesto a adherirse al partido, no se decidía a hacerlo. En la manifestación de julio tomaron parte, al lado de los bolcheviques, un gran número de obreros que estaban con los socialrevolucionarios y los mencheviques. Después del revés sufrido, volvieron nuevamente a colocarse bajo las banderas de sus respectivos partidos: ahora les parecía que al infringir la disciplina habían cometido efectivamente un error. El gran número de obreros sin partido que seguían al bolchevismo se apartó igualmente de éste bajo la influencia de la calumnia lanzada oficialmente y formulada jurídicamente.

En esta atmósfera política, los golpes de la represión producían un efecto profundo. Olga Ravich, una de las militantes más antiguas y activas del partido, y que formaba parte del Comité de Petrogrado, decía posteriormente, en una de sus conferencias: "Las jornadas de julio tuvieron una repercusión tal en la organización, que en el transcurso de las tres semanas primeras no se podía ni pensar remotamente en acción alguna." Ravich se refiere principalmente a la actuación pública del partido. Durante mucho tiempo fue imposible organizar la publicación del órgano del mismo: no había ninguna imprenta que accediera a ponerse al servicio de los bolcheviques. La resistencia no siempre partía, en estos casos, de los propietarios: en una imprenta, los obreros amenazaron con abandonar el trabajo si se imprimía el periódico bolchevista, y el dueño de la imprenta se vio obligado a romper el trato, ya convenido. Por espacio de algún tiempo, el único periódico que llegaba a Petrogrado era el de Cronstadt.

En aquellas semanas, la extrema izquierda, en la palestra pública, estuvo ocupada por el grupo de los mencheviques internacionalistas. Los obreros frecuentaban de buen grado las conferencias de Mártov, en quien se había despertado el instinto del combatiente en el período de la retirada, cuando las circunstancias no permitían abrir nuevos caminos a la revolución, sino luchar únicamente por lo que quedaba de sus conquistas. El valor de Mártov era el valor del pesimismo: "Por lo que se ve -decía en una de las sesiones del Comité ejecutivo-, la revolución está terminada... Si la voz de los campesinos y de los obreros no puede ser oída en la Revolución rusa, retirémonos de la escena honrosamente, aceptemos el reto, no con una renuncia silenciosa, sino con un combate honrado." Mártov proponía que se retiraran de la escena luchando honrosamente a aquellos compañeros de su partido que, como Dan y Tsereteli, consideraban como una victoria de la revolución sobre la monarquía el triunfo de los generales y cosacos sobre los obreros y soldados. En las circunstancias creadas por la desenfrenada campaña emprendida contra los bolcheviques y la bajuna sumisión de los conciliadores ante las bandas cosacas, la conducta

de Mártov en esas graves semanas le elevaba considerablemente en el concepto de los obreros.

La crisis de julio tuvo consecuencias particularmente desastrosas para la guarnición de Petrogrado. Políticamente, los soldados quedaban muy atrás respecto de los obreros. La sección de los soldados del Soviet continuaba siendo el punto de apoyo de los conciliadores cuando la sección obrera seguía ya a los bolcheviques. Semejante hecho distaba mucho de hallarse en contradicción con la circunstancia de que los soldados se mostrasen particularmente dispuestos a empuñar las armas. Estos últimos desempeñaron en la manifestación un papel más agresivo que los obreros, pero bajo el efecto de los golpes dieron un gran salto atrás. En la guarnición de Petrogrado, la hostilidad al bolchevismo elevóse a una altura considerable. "Después de la derrota -cuenta el ex soldado Mitrevich-, no me presento en mi compañía (donde pueden matarme) hasta que pase la ráfaga." Precisamente en los regimientos más revolucionarios, en los que habían figurado en las primeras filas de las jornadas de julio y que, por tanto, habían recibido los golpes más furiosos, la influencia del partido había decaído hasta tal punto, que aún tres meses después resultó imposible restaurar la organización en su filas. Diríase que la fuerza del choque recibido había destrozado a esos regimientos. La Organización militar se vio obligada a reducir enormemente su actividad. "Después de la derrota de julio -escribe el ex soldado Minichev-, el Comité de la Organización militar no era mirado con muy buenos ojos, no sólo por los elementos directivos de nuestro partido, sino incluso por algunos comités de barriada."

En Cronstadt se dieron de baja 250 miembros del partido. El estado de ánimo de la guarnición de la fortaleza bolchevista decayó considerablemente. La reacción llegó hasta Helsingfors. Avkséntiev, Bunakov y el abogado Sokolov se presentaron en dicho punto con objeto de obtener el arrepentimiento de los buques bolcheviques. Algo consiguieron. Ayudados por la detención de los directivos bolchevistas, por la utilización de la calumnia oficial y las amenazas, obtuvieron una declaración de lealtad, incluso de parte del acorazado bolchevista *Petropavlovsk*. Pero la petición de que se entregara a los "instigadores" fue rechazada por todos los buques.

No iban mucho mejor las cosas en Moscú. "La campaña de la Prensa burguesa -recuerda Piatniski- sembró el pánico incluso entre algunos de los miembros del Comité de Moscú." Después de las jornadas de julio, los efectivos de la organización menguaron. "No olvidaré nunca -dice el obrero de Moscú, Ratejin- un momento particularmente doloroso. Se reúne un pleno del Soviet de la barriada de Zamoskvoresd... Veo que hay muy pocos

compañeros bolcheviques... Se me acerca Stieklov, uno de los compañeros más enérgicos, y sin poder apenas pronunciar las palabras, me pregunta: "¿Es verdad que Lenin y Zinóviev llegaron en un vagón precintado? ¿Es cierto que trabajan con dinero alemán?..." Al oír estas preguntas, el corazón se me encogía de dolor. Se acerca otro compañero, llamado Konstantinov. "¿Dónde está Lenin? Dicen que se ha fugado... ¿Qué pasará ahora?" Y así sucesivamente." Esta escena viva nos da una idea inequívoca del estado de ánimo que reinaba por aquel entonces entre los obreros. "La aparición de los documentos publicados por Alexinski -dice el artillero de Moscú Davidovski- produjo una terrible confusión en la brigada. Hasta nuestra batería, la más bolchevista, vaciló bajo el peso de tan ignominiosa calumnia... Parecía que íbamos a perder toda confianza."

"Después de las jornadas de julio -dice V. Yakovleva, que en aquel entonces pertenecía al Comité central y dirigía el trabajo en la vasta región de Moscú-, todos los informes que recibíamos de las distintas poblaciones acusaban no sólo un franco decaimiento entre las masas, sino incluso una manifiesta hostilidad contra nuestro partido. Fueron muy numerosos los casos de agresión a nuestros oradores. Los efectivos del partido bajaron considerablemente, y algunas de las organizaciones incluso dejaron de existir, sobre todo en las provincias del sur." A mediados de agosto aún no se nota ninguna variación sensible. Siguen realizándose esfuerzos para conservar la influencia entre las masas; no se observa progreso alguno en la organización. En las provincias de Riazán y de Tambov no se establecen nuevas relaciones entre las organizaciones, no surgen células bolchevistas; en esas provincias predominan los socialrevolucionarios y mencheviques.

Evreinov, que actuaba en Kinechma, centro proletario, recuerda la difícil situación que se creó, después de los acontecimientos de julio, al proponerse en una amplia asamblea de todas las organizaciones la expulsión de los bolcheviques del Soviet. Las bajas en el partido tomaban a veces proporciones tan considerables, que sólo después de un nuevo registro de los miembros del mismo empezaba a vivir de una manera regular la organización. En Tula, gracias a la seria selección de los obreros, efectuada previamente, no sufrió bajas la organización, pero su contacto con las masas se debilitó. En Nijni-Novgorod, después de las represiones emprendidas bajo la dirección del coronel Verjovski y del menchevique Jinchuk, se produjo un gran decaimiento: en las elecciones a la Duma municipal, el partido obtuvo sólo cuatro puestos. En Kaluga, la fracción bolchevista consideraba posible su eliminación del Soviet. En algunos puntos de la región de Moscú, los bolcheviques se vieron obligados a salir no sólo de los soviets, sino de los mismos sindicatos.

En Saratov, donde los bolcheviques mantenían excelentes relaciones con los conciliadores y aún a finales de julio se disponían a ir a las elecciones a la Duma municipal con una candidatura común, los soldados, después de la tormenta de julio, sufrieron hasta tal punto la influencia de la campaña emprendida contra los bolcheviques, que irrumpieron en las asambleas electorales, arrebataron de las manos de los electores las candidaturas bolchevistas y apalearon a los agitadores. "Nos resultaba difícil -dice Lebedev- hablar en las asambleas electorales. A menudo nos gritaban: "¡Espías alemanes! ¡Provocadores!" En las filas de los bolcheviques de Saratov hubo no pocos pusilánimes: "Muchos se marcharon, otros se escondieron."

En Kiev, que desde hacía mucho tiempo tenía fama de ser un centro de los "cien negros", la campaña contra los bolcheviques tomó un carácter particularmente desenfrenado, y no tardó en hacerse extensiva a los mencheviques y socialrevolucionarios. En dicha ciudad, el descenso del movimiento revolucionario se dejó sentir de un modo particularmente sensible: en las elecciones a la Duma local, los bolcheviques no obtuvieron más que el 6 por 100 de los votos. En la conferencia local, los oradores se lamentaban de que "por todas partes se nota la apatía y la inactividad". El órgano diario del partido viose obligado a convertirse en semanario.

El licenciamiento y el traslado de los regimientos más revolucionarios, ya no sólo habían de determinar por sí mismos el descenso del nivel político de la guarnición, sino de ejercer también una influencia deprimente entre los obreros, que se sentían más firmes cuando tenían a sus espaldas regimientos amigos. Así, por ejemplo, el traslado de Tver del 57 Regimiento modificó bruscamente la situación política, tanto entre los soldados como entre los obreros: incluso en los sindicatos, la influencia de los bolcheviques decreció enormemente. Esto se manifestó aún en mayor grado en Tiflis, donde los mencheviques, en íntimo acuerdo con el Estado Mayor, relevaron los regimientos bolchevistas por otros completamente grises.

En algunos puntos, según la composición de la guarnición, el nivel de los obreros y ciertos motivos accidentales, la reacción política se expresó de un modo paradójico. En Yaroslav, por ejemplo, los bolcheviques se vieron en julio eliminados casi por completo del Soviet obrero, pero conservaron una influencia predominante en el de soldados. En algunos sitios, los acontecimientos de julio pasaron realmente sin dejar huella, sin contener el crecimiento del partido. A juzgar por los datos que se poseen, esto ocurría en aquellos casos en que la retirada general coincidía con la entrada de nuevos sectores -que habían quedado rezagados- en la palestra revolucionaria. Así, en julio, en algunas regiones textiles,

se observó una considerable afluencia de obreros a la organización. Pero esto en nada altera la apariencia de retirada general que ofrecía el movimiento.

La intensidad indudable, incluso exagerada, de la reacción de los obreros y de los soldados ante la derrota parcial, era una especie de expiación de la facilidad, de la excesiva ligereza con que se habían puesto al lado de los bolcheviques en los meses precedentes. La brusca modificación sufrida por el estado de ánimo de la masa produjo una selección automática y certera en los cuadros del partido. Podía confiarse plenamente en todos aquellos que en esos días no habían vacilado. Fueron ellos los que constituyeron los núcleos fundamentales en los talleres, en las fábricas, en las barriadas. En vísperas de octubre, los organizadores, al proceder a los nombramientos y confiar determinadas misiones, procuraban recordar cuál había sido la actitud de la gente en las jornadas de julio.

En el frente, la reacción de julio tomó un carácter particularmente duro: El Cuartel general aprovechó los acontecimientos para crear, ante todo, regimientos especiales, llamados del "Deber ante la patria libre". Al mismo tiempo, se organizaron destacamentos de choque cerca de los regimientos. "Vi muchas veces a los soldados de esos destacamentos de choque -cuenta Denikin- y siempre parecían concentrados y sombríos. En los regimientos se les trataba con reserva y aun con rencor." Los soldados veían en esos regimientos, no sin motivo, las células de la guardia pretoriana. "La reacción no perdía el tiempo (dice, refiriéndose al frente rumano -uno de los más atrasados- el socialrevolucionario Degtiariev, que más tarde se adhirió al partido bolchevique). Muchos soldados fueron detenidos como desertores. Los oficiales levantaron la cabeza y empezaron a tratar con desprecio a los Comités de regimiento; en algunos sitios, la oficialidad intentó restablecer el saludo militar." Los comisarios depuraban el ejército. "En casi todas las divisiones -dice Stankievich- había un bolchevique cuyo nombre era más conocido en el ejército que el del jefe de la división. Poco a poco fuimos eliminando una notabilidad tras otra." Simultáneamente, se procedió en todo el frente al desarme de los regimientos insumisos. Para ello, los jefes y los comisarios se apoyaban en los cosacos y en los destacamentos especiales, tan aborrecidos de los soldados.

El día de la caída de Riga, la Conferencia de los comisarios del frente septentrional y de los representantes de las organizaciones del ejército reconoció la necesidad de ejercer represiones severas de un modo más sistemático. Hubo a quien se fusiló por haber fraternizado con los alemanes. Muchos comisarios, buscando en las confusas imágenes que se formaban de la Revolución francesa los alientos que les faltaban, intentaban hacer alarde de proceder con mano férrea. No comprendían que los comisarios jacobinos se apoyaban

en la gente de abajo, trataban sin cuartel a los aristócratas y burgueses, y que sólo el prestigio de la implacabilidad plebeya les armaba para instaurar una disciplina severa en el ejército. Los comisarios de Kerenski no tenían ningún punto de apoyo abajo, en el pueblo, ninguna aureola moral sobre su cabeza. A los ojos de los soldados no eran más que unos agentes de la burguesía y de los aliados. Podían temporalmente intimidar al ejército -e incluso lo conseguían, hasta cierto punto-, pero eran impotentes para resucitarlo.

A principios de agosto, la oficina del Comité ejecutivo, en Petrogrado, informaba de que se había producido un cambio favorable en el estado de ánimo del ejército, habiéndose reanudado los ejercicios en el frente, si bien, por otra parte, se observaba un incremento de los atropellos, de la arbitrariedad, de la opresión. "La cuestión de la oficialidad ha adquirido un carácter particularmente agudo. Los oficiales permanecen completamente aislados y crean sus organizaciones cerradas." Otros datos atestiguan asimismo que, exteriormente, había en el frente más orden, y que los soldados habían dejado de protestar por motivos poco importantes y accidentales. Pero precisamente por ello se concentraba más su descontento de la situación en general. En el discurso prudente y diplomático pronunciado por el menchevique Kuchin en la Conferencia nacional, bajo las notas tranquilizadoras, asomaba una advertencia inspirada por la zozobra. "Hay un cambio evidente, hay una tranquilidad indudable, pero, ciudadanos, hay también algo más, hay un sentimiento de desencanto, y este sentimiento nos causa asimismo un temor extraordinario..." La victoria temporal sobre los bolcheviques era, ante todo, la victoria sobre las nuevas esperanzas de los soldados, sobre su confianza en un porvenir mejor. Las masas se han vuelto más prudentes, la disciplina se había robustecido, al parecer. Pero el abismo que mediaba entre los dirigentes y los soldados se había hecho más hondo aún. ¿A quién y qué se tragaría mañana este abismo?

La reacción de julio diríase que venía a establecer una línea divisoria definitiva entre la revolución de Febrero y la de Octubre. Los obreros, las guarniciones del interior, el frente y, en parte, más adelante, como se verá, los mismos campesinos, retrocedieron, dieron un salto como si hubieran recibido un golpe en el pecho. En realidad, el golpe tenía un carácter más bien psicológico que físico, pero no por ello era menos efectivo. Durante los cuatro primeros meses, las masas evolucionaban en una sola dirección: hacia la izquierda. El bolchevismo crecía, se fortalecía, se volvía más audaz. Pero el movimiento, al llegar al umbral, tropezó. Y se vio con toda evidencia que no cabía ir más lejos por la senda de la revolución de Febrero. A muchos les parecía que la revolución había dado ya cuanto podía dar de sí. Esto era verdad por lo que a la revolución de Febrero se refería. Esta crisis

interna de la conciencia colectiva, combinada con la represión y la calumnia, produjo la confusión y la retirada, que, en algunos casos, tuvo caracteres de pánico. Los adversarios cobraron ánimos. En la masa misma afloró a la superficie todo lo que en ella había de atrasado, de estático, de descontento por las sacudidas y las privaciones. En el torrente de la revolución, ese reflujo manifiesta una fuerza irresistible: dijérase que está sometido a las leyes de una hidrodinámica social. Detenerlo oponiéndole el pecho es imposible; lo único que se puede hacer es no dejarse arrastrar por él, sostenerse en tanto no desaparece la ola de la reacción y preparar, al mismo tiempo, puntos de apoyo para la nueva ofensiva. Al ver cómo algunos de los regimientos que el 3 de julio habían salido a la calle bajo las banderas bolchevistas exigían, una semana después, que se adoptaran severas medidas contra los agentes del káiser, los escépticos ilustrados podían, según todas las apariencias, cantar victoria: ¡Esas son vuestras masas, ésa su consistencia y su capacidad de comprensión! Pero semejante escepticismo no pasa de ser un escepticismo de baratillo. Si los sentimientos y las ideas de las masas se modificaran realmente bajo la influencia de circunstancias accidentales, no podría explicarse la poderosa lógica que preside el desarrollo de las grandes revoluciones. Cuantos más son los millones de hombres arrastrados por el movimiento, más sistemático es el desarrollo de la revolución y con mayor seguridad puede predecirse la sucesión lógica de las etapas ulteriores. Lo único que importa tener presente, además, es que el desarrollo político de las masas no sigue una trayectoria recta, sino que se efectúa en zigzag; pero tampoco hay que olvidar que, en el fondo, ésa es la órbita de todo proceso material. Las condiciones objetivas impulsaban poderosamente a los obreros, soldados y campesinos a agruparse bajo la bandera de los bolcheviques. Pero las masas se lanzaban por ese camino en lucha con su propio pasado, con sus creencias de ayer y, en parte, con las de hoy. Al llegar a un recodo difícil, en el momento del fracaso y del desengaño, los antiguos prejuicios, aún no superados por entero, salen a la superficie, y los adversarios se aferran, naturalmente, a ellos como a un ancla de salvación. Todo lo que había en los bolcheviques de oscuro, de inusitado, de enigmático -la novedad de las ideas, la audacia temeraria, la falta de respeto ante todos los prestigios viejos o nuevos-, hallaba ahora una explicación simple y convincente por lo que en sí misma tenía de absurda: ¡Son unos espías alemanes! La acusación lanzada contra los bolcheviques inspirábase, en el fondo, en el pasado de esclavitud del pueblo, en la herencia de ignorancia, de barbarie, de superstición, y este cálculo no dejaba de tener fundamento. Durante los meses de julio y agosto, la gran calumnia patriótica fue un factor político de primordial importancia, el acompañamiento obligado de todas las cuestiones candentes. La prensa liberal difundía la calumnia por todo

el país, haciéndola penetrar hasta los puntos más recónditos del mismo. A finales de julio, la organización bolchevista de Ivanov-Vosnesensk exigía aún que se emprendiera una campaña más enérgica contra la calumnia. La cuestión del peso específico de la calumnia en la lucha política de la sociedad ilustrada aguarda todavía el sociólogo que la estudie.

A pesar de todo, la relación entre los obreros y soldados, nerviosa, impetuosa, no tenía nada de profunda ni de consistente. Las fábricas avanzadas de Petrogrado empezaron ya a recobrarse pocos días después de la derrota, protestando contra las detenciones y la calumnia, llamando a las puertas del Comité ejecutivo reanudado sus relaciones. En la fábrica de armas de Sestroretsk, que había sido asaltada y desarmada, los obreros no tardaron en empujar nuevamente el timón: el 20 de julio, la asamblea general tomó el acuerdo de que se pagaran a los obreros los jornales devengados por los días de la manifestación, con objeto de destinar íntegramente el montante de esos jornales a las publicaciones para el frente. Entre el 20 y el 30 de julio, según atestigua Olga Ravich, los bolcheviques reanudan en Petrogrado su labor pública de agitación. En los mítines, a los que asisten, a lo sumo, de doscientas a trescientas personas, hablan, en los distintos puntos de la ciudad, tres compañeros: Slutski, asesinado más tarde por los blancos en Crimea; Volodarski, asesinado por los socialrevolucionarios en Petrogrado, y Evdokimov, obrero metalúrgico de Petrogrado y uno de los oradores más destacados de la revolución. En agosto, la agitación del partido adquiere proporciones más vastas. Según las *Memorias* de Raskolnikov, Trotski, detenido el 23 de julio, describió, en la cárcel, la situación de la ciudad en los términos siguientes: "Los mencheviques y socialrevolucionarios... prosiguen su furiosa campaña contra los bolcheviques. Continúan las detenciones de camaradas nuestros, pero en los círculos del partido no se nota depresión alguna. Por el contrario, todo el mundo contempla esperanzado el porvenir, por considerar que la represión no hace más que reforzar la popularidad del partido... En los barrios obreros tampoco han decaído los ánimos." En efecto, muy pronto una asamblea de los obreros de 27 fábricas y talleres del distrito de Peterhof adoptó una resolución de protesta contra el gobierno irresponsable y su política contrarrevolucionaria. Los barrios obreros iban reanimándose.

Al mismo tiempo que en las alturas, en los palacios de Invierno y de Táurida se formaba una nueva coalición, mientras los dirigentes se ponían de acuerdo, se separaban y volvían luego a unirse en esos mismos días, e incluso con coincidencia de horas, el 21 y el 22 de julio tenía lugar, en Petrogrado, un acontecimiento de gran importancia y del que no es fácil se percatara el mundo oficial, pero que señalaba el reforzamiento de una coalición más sólida: la de los obreros de Petrogrado y los soldados del ejército de operaciones.

Empezaron a llegar a la capital delegados de este último, con el fin de protestar en hombre de sus regimientos contra la estrangulación de la revolución en el frente. Durante algunos días llamaron en vano a las puertas del Comité ejecutivo, donde no los recibían, contentándose con sacudírselos de encima. Entre tanto, iban llegando nuevos delegados, que seguían el mismo camino. Los rechazados se encontraban en los pasillos y salas de espera, se lamentaban, protestaban, buscaban en común una salida. Los bolcheviques les ayudaron en este sentido. Los delegados decidieron cambiar impresiones con los obreros, los soldados y los marinos de la capital, que les recibieron con los brazos abiertos, les dieron asilo y comida. En una asamblea, que nadie convocó desde arriba, sino que surgió por iniciativa de los de abajo, participaron los representantes de veintinueve regimientos del frente, de noventa fábricas de Petrogrado, de los marinos de Cronstadt y de las guarniciones de los alrededores. El núcleo central de la asamblea lo constituían los hombres de las trincheras; entre ellos había también algunos oficiales subalternos. Los obreros de Petrogrado escuchaban a los soldados del frente con avidez, procurando no perder ni una palabra. Los soldados explicaban cómo la ofensiva y sus consecuencias habían devorado a la revolución. Soldados completamente grises, que no tenían nada de agitadores, describían en informes sencillos la vida cotidiana del frente. Estos detalles producían una gran impresión, pues mostraban de un modo elocuente cómo salía nuevamente a la superficie todo lo viejo, lo prerrevolucionario y lo odiado. El contraste entre las esperanzas de ayer y la realidad de hoy conmovía todos los corazones, los ponía al unísono. A pesar de que entre los soldados del frente predominaban, al parecer, los socialrevolucionarios, la resolución radical presentada por los bolcheviques fue adoptada casi por unanimidad: sólo hubo cuatro abstenciones. La resolución no fue letra muerta: los delegados, al volver al frente, dieron cuenta fielmente de la forma en que se los habían echado de encima los jefes conciliadores y de la acogida que les habían tributado los obreros. Las trincheras daban crédito a los suyos; éstos sí que no engañaban.

En la misma guarnición de Petrogrado empezó a manifestarse el cambio a finales de mes, sobre todo después de los mítines celebrados con la participación de representantes del frente. Verdad es que los regimientos que más habían sufrido no conseguían aún salir de su apatía. Pero, en cambio, en aquellos que habían venido adoptando por más tiempo la actitud patriótica, conservando la disciplina a través de los primeros meses de la revolución, la influencia del partido crecía de un modo visible. Asimismo empezó a rehacerse la Organización militar, que había sufrido de un modo particularmente cruel las consecuencias de la derrota. Como ocurre siempre después de los reveses, en los círculos

del partido se miraba con malos ojos a los dirigentes de la labor en el Ejército, sobre los que se hacían recaer los errores reales y supuestos. El Comité central estableció un contacto más estrecho con la Organización militar, instauró un control más directo sobre la misma, por mediación de Sverdlov y Dzerchinski, y la labor empezó de nuevo a desenvolverse más lentamente que antes, pero de un modo más seguro.

A finales de junio, los bolcheviques habían recobrado ya sus posiciones en las fábricas de Petrogrado: los obreros se agrupaban bajo la misma bandera, pero eran ya otros obreros, más maduros, esto es, más prudentes, pero al mismo tiempo más decididos. "Gozamos de una influencia ilimitada, colosal, en las fábricas -declaraba Volodarski, el 27 de julio, en el Congreso de los bolcheviques-. La labor del partido se lleva a cabo, principalmente, por medio de los mismos obreros... La organización ha surgido desde abajo y por ello tenemos motivos fundados para suponer que no se desmoronará." La Juventud contaba en aquella época con unos cincuenta mil miembros, y la influencia de los bolcheviques sobre ella iba siendo cada vez mayor. El 7 de agosto, la sección obrera del Soviet toma un acuerdo en favor de la abolición de la pena de muerte. En señal de protesta contra la Conferencia nacional, los obreros de Putilov ceden un día de jornal para la prensa obrera. En la Conferencia de los Comités de fábrica se adopta por unanimidad una resolución, en la cual se declara que la Conferencia de Moscú es "una tentativa de organización de las fuerzas contrarrevolucionarias"...

También Cronstadt había restañado sus heridas. El 20 de julio, en un mitin celebrado en la plaza del Ancora, se exige la transmisión del poder de los soviets, el envío de los cosacos, así como de los gendarmes y de los policías, al frente; la abolición de la pena de muerte, la entrada de delegados de Cronstadt en Tsarkoie-Selo a fin de comprobar si se ejerce una vigilancia suficientemente severa con Nicolás II; la disolución de los "batallones de la muerte", la confiscación de la prensa burguesa, etcétera. Al mismo tiempo, el nuevo almirante, Tirkov, que había tomado posesión del mando de la fortaleza, daba orden de arriar las banderas rojas de los buques de guerra y de izar la de San Andrés. Los oficiales y parte de los soldados se pusieron las charreteras. La gente de Cronstadt protestó. La comisión gubernamental encargada de investigar los acontecimientos de los días 3-5 de julio se vio obligada a salir de Cronstadt y regresar a Petrogrado sin resultado alguno, pues fue acogida con silbidos, protestas e incluso amenazas.

El estado de ánimo de la escuadra se modificaba rápidamente. "A finales de julio y principios de agosto -dice Zalejski, uno de los dirigentes finlandeses- se tenía la sensación irrecusable de que no sólo no había conseguido la reacción exterior quebrantar las fuerzas

revolucionarías de Helsingfors, sino que, por el contrario, lo que se advertía era un rápido impulso hacia la izquierda y un amplio progreso de la simpatía a los bolcheviques." Los marinos habían sido en gran parte los inspiradores de la acción de julio, sin contar con el partido y en parte contra el mismo, por recelar en él la existencia de un espíritu de moderación y casi de conciliación. La experiencia de la acción armada les había hecho percatarse de que la cuestión del poder no se resolvía tan sencillamente como se imaginaban. El estado de ánimo semianarquista que había venido reinando hasta entonces cedió su puesto a la confianza en el partido. A este respecto ofrece excepcional interés el informe extendido por un delegado de Helsingfors a finales de julio: "En los buques pequeños predomina la influencia de los socialrevolucionarios; en los grandes -cruceros, acorazados- todos los marinos son bolcheviques o simpatizantes. Ya antes de ahora predominaba ese mismo espíritu entre los marinos del *Petropavlovsk* y del *República,* y después de los días 3 y 5 de julio se pusieron a nuestro lado el *Gangut,* el *Sebastopol,* el *Rurik,* el *Andrei Piervozvani,* el *Diana,* el *Gromovoi* y el *India.* Tenemos, por tanto, en nuestras manos una fuerza combativo enorme... Los acontecimientos de julio han enseñado mucho a los marinos, mostrándoles que no basta la existencia de un estado de ánimo favorable para conseguir el fin."

Moscú, si bien se halla a la zaga respecto de Petrogrado, sigue el mismo camino. "Poco a poco van disipándose los vapores -cuenta el artillero Davidovski-, la masa de los soldados empieza a volver en sí y pasamos nuevamente a la ofensiva en todo el frente. La calumnia, que contuvo de momento la evolución de las masas hacia la izquierda, no ha hecho más, posteriormente, que acentuar la afluencia de esas mismas masas hacia nosotros." Los golpes de la reacción habían consolidado más firmemente la amistad entre las fábricas y los cuarteles. Un obrero de Moscú, Strelkov, habla de las estrechas relaciones que habían ido estableciéndose entre los obreros de la fábrica Michelsohn y los soldados del regimiento vecino. Los comités de soldados y los de obreros examinaban a menudo en sesiones comunes los problemas prácticos de la vida de la fábrica y del regimiento. Los obreros organizaban veladas culturales para los soldados, adquirían para ellos periódicos bolchevistas y les ayudaban por todos los medios. "Si se mandaba hacer una guardia irregular a un soldado -cuenta Strelkov-, venían inmediatamente a lamentarse... Durante los mítines callejeros, si en algún sitio era objeto de una ofensa cualquiera un obrero de la fábrica de Michelsohn, bastaba con que lo supiera aunque no fuese más que un soldado, para que los demás acudieran en seguida en tropel en auxilio suyo. Y esas ofensas eran

entonces muy corrientes, pues a nuestra gente se le echaba en cara el oro alemán, la traición y todas las bajas calumnias esgrimidas por los conciliadores."

La Conferencia de comités de fábrica, celebrada en Moscú a finales de julio, empezó en tonos moderados; pero al cabo de una semana recibió un fuerte impulso hacia la izquierda y, al final, adoptó una resolución de acentuado matiz bolchevista. En aquellos mismos días, el delegado de Moscú, Podbelski, decía en el Congreso del partido: "De los diez soviets de barriada, seis se hallaban en nuestras manos; en la campaña furiosa que se lleva a cabo actualmente contra nosotros, lo único que nos salva es la masa obrera, que sostiene firmemente al bolchevismo." A principios de agosto, en las elecciones celebradas en las fábricas de Moscú, triunfan ya los bolcheviques en lugar de los mencheviques y socialrevolucionarios. El incremento de la influencia del partido bolchevista se pone impetuosamente de manifiesto en la huelga general, que estalló en vísperas de la conferencia. Las *Izvestia* de Moscú decían: "Es hora ya de darse cuenta, al fin, de que los bolcheviques no constituyen un grupo irresponsable, sino uno de los destacamentos de la democracia revolucionaria organizada, tras el cual hay grandes masas, quizá no siempre disciplinadas, pero sí abnegadamente adictas a la revolución."

El debilitamiento sufrido en julio por las posiciones del proletariado animó a los industriales. Un congreso en el que estaban representadas las treinta organizaciones patronales más importantes -entre ellas las bancarias- creó un Comité de defensa de la Industria, que asumió la dirección de los *lockouts* y, en general, la política de ofensiva contra la revolución. Los obreros contestaron echándose a la calle. En todo el país estallaron huelgas importantes y otros conflictos. Si los destacamentos más experimentados del proletariado obraban con prudencia, con tanta mayor decisión entraban en la lucha los nuevos sectores. Los metalúrgicos esperaban y se preparaban, pero entraban en el campo de batalla los obreros textiles, los de la industria de la goma, los de la piel, los del papel. Levantábanse los elementos trabajadores más atrasados y sumisos. Kiev se vio agitada por una borrascosa huelga de porteros: los huelguistas recorrían las casas, apagaban la luz, arrancaban las llaves de los ascensores, abrían las puertas de la calle, etc. Cada conflicto, cualquiera que fuese el motivo que lo originara, tendía a extenderse a toda una rama de la industria y a adquirir un carácter de defensa de principios. En agosto, los trabajadores del ramo de la piel de Moscú, ayudados por los obreros de todo el país, iniciaron una lucha prolongada y tenaz en defensa del exclusivo derecho de los comités de fábrica a encargarse de la admisión y despido de los obreros. En muchos casos, sobre todo en provincias, las huelgas tomaban un carácter dramático, llegándose incluso a la detención de los patronos y

de los administradores por los huelguistas. El gobierno recomendaba espíritu de sacrificio a los obreros, se coligaba con los industriales, mandaba a los cosacos a la cuenca del Donetz y doblaba el precio del pan y los pedidos militares. Esta política, que, provocaba la indignación de los obreros, no convenía tampoco a los patronos. "Skóbelev empezaba a ver claro en la situación -dice Anerbach, uno de los capitanes de la industria pesada-; pero no se podía decir lo mismo de los comisarios del Trabajo en provincias... En el propio Ministerio... no se tenía confianza en los agentes provinciales... Se llamaba a Petrogrado a los representantes de los obreros, y en el palacio de Mármol se hacían esfuerzos para persuadirles, se les insultaba, se les reconciliaba con los industriales, con los ingenieros. Pero todo esto no daba ningún resultado. Las masas obreras se hallaban, cada vez en mayor medida, bajo la influencia de caudillos más decididos e impúdicos en su demagogia."

El derrotismo económico constituía el principal instrumento de los patronos contra la dualidad del poder en las fábricas. En la Conferencia de los comités de fábrica, celebrada en la primera quincena de agosto, se puso al descubierto con todo detalle la política de sabotaje de los industriales, que perseguía como fin el desconcierto y la paralización de la producción. A más de las maquinaciones financieras, practicábase en gran escala la ocultación de materiales, la clausura de los talleres de reparación, etcétera. Del sabotaje de los patronos da clara idea John Reed, que, como corresponsal norteamericano, tenía acceso a los círculos más diversos, contaba con datos fidedignos de los agentes diplomáticos aliados y oyó las confesiones sin ambages de los políticos burgueses rusos. "El secretario de la sección de Petrogrado del partido kadete -escribe Reed- me decía que la ruina económica formaba parte de la campaña realizada para desacreditar a la revolución. Un diplomático aliado, cuyo nombre prometí no revelar, me confirmó esto mismo, basándose en sus informes particulares. Me consta que cerca de Jarkov hubo propietarios que incendiaron o inundaron sus minas de carbón; que los ingenieros, en ciertas fábricas textiles de Moscú, abandonaban el trabajo inutilizando previamente las máquinas; que determinados empleados ferroviarios fueron sorprendidos por los obreros cuando estaban estropeando las locomotoras." Tal era la dura realidad económica, que no correspondía a las ilusiones conciliadoras ni a la política de coalición, sino a la preparación del golpe de mano de Kornílov.

En el frente, la unión sagrada hallaba tan poco arraigo corno en el interior La detención de algunos bolcheviques -se lamenta Stankievich- no resolvía la cuestión. "La criminalidad se respiraba en el aire, y si no se distinguían sus contornos, era porque toda la masa estaba contagiada de ella." Si los soldados se manifestaban más reservados era porque

habían aprendido a disciplinar hasta cierto punto su odio. Pero cuando éste se exteriorizaba, poníanse de manifiesto con más elocuencia, sus verdaderos sentimientos. Una de las compañías del regimiento de Dubenski, cuyo licenciamiento se había ordenado por haberse negado a aceptar a su nuevo jefe, soliviantó a algunas más, luego a todo el regimiento, y cuando el jefe de este último intentó restablecer el orden por la fuerza de las armas, fue muerto a bayonetazos. Ocurrió esto el 31 de julio. En otros regimientos, las cosas no llegaron hasta este extremo; pero, si se consideraba el espíritu en ellos imperante, nada tenía de extraño que surgiesen nuevos casos análogos en el momento menos pensado.

A mediados de agosto, el general Cherbachov comunicaba al Cuartel general: "El espíritu de la Infantería, con excepción de los *batallones de la muerte,* es muy poco firme." Muchos comisarios empezaban a darse cuenta de que los procedimientos seguidos en julio no resolvían nada. "La aplicación de los Consejos de guerra sumarísimos en el frente occidental -decía el 22 de agosto el comisario Jamandt- provoca un terrible divorcio entre el mando y la población, con lo cual se desacredita la idea misma de esos Consejos de guerra..." El programa de salvación trazado por Kornílov había sido ya sometido a una prueba suficiente antes de la sublevación del Cuartel general, conduciendo, en fin de cuentas, al mismo callejón sin salida.

Lo que más temían las clases potentados eran los síntomas de descomposición que se notaban entre los cosacos y que amenazaban con destruir el último reducto. En febrero, los regimientos de cosacos de Petrogrado habían entregado la monarquía sin oponer resistencia. Verdad es que, en Novocherkask, las autoridades cosacas habían intentado ocultar el telegrama que daba cuenta de la revolución, y que el primero de marzo habían celebrado con la solemnidad acostumbrada funerales por Alejandro II. Pero, al fin y al cabo, los cosacos estaban dispuestos a pasarse sin el zar, e incluso habían descubierto unas endebles tradiciones republicanas en su pasado. Pero no querían pasar de ahí. Desde el principio mismo se habían negado a mandar sus delegados al Soviet de Petrogrado, por que no se les equiparase a los obreros y soldados, procediendo a la creación de un Soviet de combatientes cosacos que agrupaba en torno suyo todas las organizaciones cosacas, en número de doce, personificadas por sus dirigentes del interior. La burguesía procuraba, y no sin éxito, apoyarse en los cosacos contra los obreros y campesinos.

El papel político de los cosacos se hallaba determinado por la particular situación que ocupaban en el país. Desde tiempos inmemoriales representaban una casta privilegiada. El cosaco no pagaba impuestos y tenía a su disposición una parcela de tierra mucho mayor que la del campesino. En las tres regiones contiguas del Don, del Kuban y del Ter, una

población cosaca de 3.000.000 tenía en sus manos 23.000.000 de deciatinas de tierras, mientras que 4.300.000 campesinos de esas mismas regiones disponían solamente de seis millones de deciatinas, es decir, que a los cosacos les correspondía cinco veces más de terreno, por cabeza, que a los campesinos. Naturalmente, entre los propios cosacos la tierra estaba dividida de un modo muy desigual. Había entre ellos grandes terratenientes y *kulaks* más poderosos que los del norte; había también cosacos pobres. Cada cosaco tenía el deber de presentarse con su caballo y su equipo al primer llamamiento del Estado. Los cosacos ricos cubrían con creces los gastos que esto ocasionaba, merced a la exención de los impuestos de que gozaban. La gente de poco se encorvaba bajo el peso de la movilización cosaca. Estos datos fundamentales explican suficientemente la situación contradictoria de los cosacos. Sus sectores inferiores se sentían afines a los campesinos; los superiores, a los grandes terratenientes. Al mismo tiempo, unía a los de arriba con los de abajo la conciencia de formar un mundo aparte y elegido, y estaban acostumbrados a mirar por encima del hombro tanto al obrero como al campesino. Es esto lo que hacía tan apto al cosaco medio para desempeñar el papel de pacificador.

En los años de la guerra, cuando las generaciones jóvenes se hallaban en el frente, la autoridad en las aldeas cosacas del interior era ejercida por los viejos depositarios de las tradiciones conservadoras, estrechamente ligados con su oficialidad. Bajo la apariencia de una resurrección de la democracia cosaca, los cosacos terratenientes reunieron en el transcurso de los primeros meses de la revolución a los llamados "círculos de combatientes", los cuales elegían a los atamanes -a modo de presidentes-, poniendo cerca de ellos "un gobierno militar". Los comisarios, oficiales y los soviets formados por la población no cosaca no tenían ninguna influencia en las regiones cosacas, pues los cosacos eran más fuertes, más ricos y estaban mejor armados. Los socialrevolucionarios intentaron crear soviets comunes de diputados campesinos y cosacos, pero éstos no acogieron la idea con simpatía, pues temían, no sin fundamento, que la revolución agraria habría de despojarles de parte de sus tierras. No en vano el ministro de Agricultura, Chernov, había dejado caer la frase: "Los cosacos no tendrán otro remedio que encogerse un poco en su tierra." Todavía más importante era la circunstancia de que los campesinos no cosacos y los oficiales de los regimientos de Infantería dijeran cada vez con más frecuencia, dirigiéndose a los cosacos: "También ha de llegarle la hora a vuestra tierra; demasiado habéis tenido ya el mando." Tal era la situación en el interior, en las aldeas cosacas y en buena parte de la guarnición de Petrogrado, centro de la política. Esto explica la conducta de los regimientos cosacos en la manifestación de julio.

En el frente, la situación era fundamentalmente distinta. En el verano de 1917 había en el ejército de operaciones 162 regimientos polacos y 161 centenas. Arrancados a sus aldeas, los cosacos del frente habían compartido con todo el ejército la prueba de la guerra, y, aunque con un retraso considerable, habían llevado a cabo la misma evolución que la Infantería; perdida la fe en la victoria, estaban furiosos contra el desorden de la dirección, murmuraban de los jefes y sentían la nostalgia de la, paz y del hogar. Poco a poco, 45 regimientos y 65 centenas habían sido destinados a servicios de policía en el frente y en el interior. Los cosacos volvían a convertirse en gendarmes. Los soldados, los obreros, los campesinos, murmuraban contra ellos, les recordaban el papel de verdugos que habían desempeñado en 1905. Muchos cosacos que empezaban a sentirse orgullosos de su conducta en febrero, sentían remordimientos en el corazón. El cosaco empezó a maldecir su látigo, y más de una vez se negó a llevarlo consigo. Entre la gente del Don y del Kuban figuraban no pocos desertores: los viejos cosacos que habían quedado en la aldea les infundían miedo. En general, las tropas cosacas estuvieron mucho más tiempo que la Infantería en manos de los jefes.

Del Don, del Kuban, llegaban al frente noticias de que los potentados cosacos, junto con los viejos, habían instaurado su poder sin consultar para nada al cosaco del frente. Esto hizo que se despertasen los antagonismos sociales latentes: "Cuando volvamos a casa, ya nos oirán", decían a menudo los cosacos del frente. El general cosaco Krasnov, uno de los caudillos de la contrarrevolución en el Don, ha descrito de modo elocuentísimo el proceso de descomposición de las sólidas tropas cosacas en el frente: "Empezaron a celebrarse mítines en los que se adoptaban las resoluciones más absurdas... Los cosacos dejaron de almohazar y lavar los caballos y de darles el pienso con regularidad. Ni siquiera se podía pensar en hacer ejercicio alguno. Los cosacos se adornaban con cintas rojas y ya no guardaban el menor respeto a los oficiales." Sin embargo, antes de llegar definitivamente a esta situación, el cosaco vaciló durante mucho tiempo, se rascó la cabeza, anduvo buscando hacia qué lado volverse. Por esto no era fácil prever en el momento crítico cuál sería la conducta de tal o cual regimiento cosaco.

El 8 de agosto, la Junta de las tropas cosacas del Don formó un bloque con los kadetes para las elecciones a la Constituyente. La noticia penetró inmediatamente en el ejército. "Entre los cosacos -dice el oficial de cosacos Yanov-, el bloque fue acogido con gran hostilidad. El partido de los kadetes no tenía raíces en el ejército." En realidad, éste odiaba a los kadetes, a los que identificaba con todo aquello que oprimía a las masas populares. "Vuestros viejos os han vendido a los kadetes", -decían los soldados-. "Ya nos

oirán", objetaban los cosacos. "En el frente suroccidental, las tropas cosacas adoptaron una resolución especial en la cual exigían que fuesen excluidos de la organización cosaca todos aquellos que habían tenido la audacia de pactar un acuerdo con los kadetes.

Kornílov, que era cosaco, confiaba en la ayuda de los cosacos, sobre todo de los del Don, y completó con fuerzas cosacas las tropas destinadas a dar el golpe de Estado. Pero los cosacos no acudieron en auxilio del "hijo de campesinos". Estaban dispuestos a defender furiosamente sus tierras, pero no tenían ningún deseo de intervenir en una contienda ajena. El tercer cuerpo de caballería tampoco justificó las esperanzas que se habían cifrado en él. Los cosacos no veían con simpatía la fraternización con los alemanes, pero en el frente de Petrogrado recibieron de buen grado a los soldados y marinos: esta fraternización hizo que fracasase el plan de Kornílov sin derramamiento de sangre. Así fue como se hundió el último punto de apoyo de la vieja Rusia.

En aquella misma época, mucho más allá de las fronteras del país, en el territorio de Francia, se llevaba a cabo el experimento, por decirlo así, de laboratorio, de una "resurrección" de las tropas rusas fuera del alcance de los bolcheviques, experimento que aún resultaba más convincente por esa misma razón. En el verano y otoño apareció en la prensa rusa la noticia, que, arrastrada por el torbellino de los acontecimientos, pasó casi inadvertida, de que habían surgido motines entre las tropas rusas que se hallaban en Francia. Los soldados de las dos brigadas rusas que se encontraban en Francia, ya en enero de 1917 -y, por tanto, antes de la revolución-, según las palabras del oficial Lisovski, "estaban firmemente convencidos, y así lo decían abiertamente, de que se les había vendido a los franceses a cambio de obuses". Los soldados no andaban muy equivocados. No sentían "la menor simpatía" por los aliados, ni la menor confianza hacia sus oficiales. La noticia de la revolución sorprendió a las brigadas de exportación, políticamente preparadas hasta cierto punto, pero, sin embargo, desprevenidas. No cabía esperar que los oficiales les explicaran el carácter de la revolución: el oficial se mostraba tanto más desconcertado cuanto más elevada era su graduación. Aparecieron en los campamentos delegados patriotas surgidos de entre los emigrantes. "Observé más de una vez -dice Lisovski- cómo algunos diplomáticos-oficiales de los regimientos de la Guardia... ofrecían solícitamente asiento a los ex emigrantes." En los regimientos surgieron instituciones electivas, con la particularidad de que empezó rápidamente a distinguirse al frente del Comité un soldado letón. Por consiguiente, aquí también apareció un elemento que no era ruso. El primer regimiento, formando en Moscú y compuesto casi enteramente de obreros, dependientes y empleados -es decir, de elementos proletarios y semiproletarios-, había llegado a tierras de

Francia un año antes, y en lo que duró el invierno se batió bien en los campos de Champaña. Pero "la enfermedad de la descomposición atacó en primer lugar a ese regimiento". El segundo, compuesto casi íntegramente de campesinos siberianos, parecía más seguro. Pero poco después de la revolución de Febrero, se insubordinó la primera brigada. No quería batirse por Alsacia ni por Lorena. No quería morir por la hermosa Francia. Quería ver si podía vivir en la nueva Rusia. La brigada fue trasladada al interior, al centro mismo de Francia, al campamento de La Courtine. "Entre las tranquilas poblaciones burguesas -cuenta Lisovski- se había establecido, en un inmenso campamento, la vida particular, extraordinaria, de cerca de diez mil soldados rusos insubordinados que no contaban con oficiales ni tenían el menor deseo de subordinarse a nadie." A Kornílov se te ofrecía una ocasión excepcional para aplicar sus métodos de saneamiento con ayuda de Poincaré y Ribot, que tan ardiente simpatía sentían por él. El generalísimo en jefe ordenó por telégrafo que se sometiera a los soldados de La Courtine y se los mandara a Salónica. Pero los amotinados no se rendían. El primero de septiembre llegó la artillería pesada, y en el interior del campamento se fijaron carteles con el amenazador telegrama de Kornílov. Pero en esto resultó que vino a introducirse en el desarrollo de los acontecimientos una nueva complicación: los periódicos franceses publicaron la noticia de que el propio Kornílov había sido declarado traidor y contrarrevolucionario. Los soldados decidieron resueltamente que no tenían ningún motivo para ir a morir en Salónica, y menos aún por orden de un general traidor. Los obreros y campesinos vendidos a cambio de obuses decidieron defender sus derechos. Negáronse a hablar con nadie de fuera; ni un solo soldado salió del campamento.

La segunda brigada rusa fue puesta en movimiento contra la primera. La Artillería ocupó posiciones en los cerros inmediatos; la Infantería, según todas las reglas de la ingeniería castrense, cavó trincheras cerca de La Courtine. Los alrededores fueron cercados por tiradores alpinos, con objeto de que ni un solo francés penetrara en el teatro de la guerra de las dos brigadas rusas. Así fue como las autoridades de Francia dieron en su territorio una representación de la guerra civil rusa, rodeándola solícitamente de una estacada de bayonetas. Se trataba de un ensayo. Más adelante, la diligente Francia organizará la guerra civil en el territorio de la propia Rusia, rodeándola con las alambradas del bloqueo.

"Empezó a abrirse el fuego de un modo regular y metódico contra el campamento." Salieron de éste algunos centenares de soldados dispuestos a rendirse. Aceptóseles su sumisión e inmediatamente se reanudó el fuego de artillería. Así pasaron cuatro días. Los

soldados iban rindiéndose parcialmente. El 6 de septiembre no quedaban arriba de doscientos hombres, decididos a no dejarse coger vivos. Al frente de ellos se encontraba el ucraniano Globa, un fanático baptista: en Rusia le hubieran llamado bolchevique. Empezó un verdadero asalto, protegido por el fuego de los cañones, de las ametralladoras y de los fusiles. Al fin, los revoltosos fueron aplastados. Nadie ha podido precisar el número de víctimas. El orden, en fin de cuentas, fue restaurado. Pero ya al cabo de unas pocas semanas, la segunda brigada, la que había achicharrado precisamente a la primera, pareció atacada por la misma enfermedad...

Los soldados rusos habían traído el terrible contagio, a través del mar, en sus mochilas de campaña, en los pliegues de sus capotes, en los recovecos de su espíritu. El dramático episodio de La Courtine es notable por la circunstancia de que puede ser considerado como la realización, diríase consciente, en la campana neumática, como si dijéramos, de un experimento ideal para el estudio de los procesos internos en el ejército ruso, preparados por todo el pasado del país.

CAPITULO XXXV
LA RESACA

La calumnia, recurso de decisivos efectos, resultó un arma de dos filos. Si los bolcheviques son espías de los alemanes, ¿por qué quienes difunden principalmente esas calumnias son los hombres más odiados del pueblo? ¿Por qué precisamente la prensa de los kadetes, que con cualquier motivo atribuye los más bajos móviles a los obreros y soldados, es la que en voz más alta y con mayor decisión acusa a los bolcheviques? ¿Por qué el ingeniero o el contramaestre reaccionario, que se había ocultado desde la revolución, ha cobrado ahora nuevos bríos y condena abiertamente a los bolcheviques? ¿Por qué los oficiales más reaccionarios se han vuelto más insolentes en los regimientos y por qué, al mismo tiempo que acusan a Lenin y a sus amigos, agitan los puños en las mismas narices de los soldados, como si fueran éstos precisamente los traidores?

En todas las fábricas había bolcheviques. "¿Es que me parezco a un espía alemán, amigos?", preguntaba un cerrajero o un tornero, perfectamente conocido de todos los obreros. Frecuentemente, los mismos conciliadores, en su lucha contra el ataque de la contrarrevolución, iban más lejos de lo que querían, y, sin desearlo, desbrozaban el camino a los bolcheviques. El soldado Pireiko cuenta cómo el médico militar Markovich, partidario de Plejánov, rechazó en un mitin de soldados la acusación de espionaje lanzada contra Lenin, para combatir con más decisión sus opiniones políticas como inconsistentes y ruinosas. ¡Vano esfuerzo! "Si Lenin es inteligente y no un espía, si no es un traidor y quiere la paz, también nosotros le seguiremos", decían los soldados después del mitin.

El bolchevismo, cuyo avance había sido contenido temporalmente, empezó de nuevo a adiestrar sus alas con más seguridad. "La recompensa no tardará -escribía Trotski a mediados de agosto-. Nuestro partido, perseguido, calumniado, nunca había crecido tan rápidamente como en estos últimos tiempos. Y este proceso no tardará en pasar de la capital a la provincia, de las ciudades a las aldeas y al ejército... Todas las masas trabajadoras del país aprenderán, en las nuevas pruebas que se acercan, a asociar su suerte a la de nuestro partido." Petrogrado seguía, como antes, avanzando en primera fila. Parecía como si una poderosa escoba barriese de todos los rincones y escondrijos de las fábricas la influencia de los conciliadores. "Van cayendo los últimos reductos de los defensistas... -decía un periódico bolchevista-. ¿Acaso hace tanto tiempo que los señores defensistas ejercían un dominio indiscutible en la inmensa fábrica de Obujov?"

En las elecciones a la Duma municipal de Petrogrado, celebradas el 20 de agosto, los distintos candidatos obtuvieron cerca de 550.000 votos, muchos menos que en las elecciones a las dumas de barriada, que se habían celebrado en julio. Los socialrevolucionarios, si bien perdieron más de 375.000 votos, reunieron, así y todo, más de 200.000, o sea, el 37 por 100 del total. A los kadetes les correspondió la quinta parte. "Nuestra candidatura menchevista -dice Sujánov- no ha conseguido más que 23.000 miserables votos." Inesperadamente para todos, los bolcheviques obtuvieron casi 200.000 votos, cerca de la tercera parte del total.

En la Conferencia de sindicatos de los Urales, celebrada a mediados de agosto y en la que estaban representados 150.000 obreros, fueron adoptadas resoluciones de carácter bolchevista sobre todas las cuestiones. En Kiev, en la Conferencia de los comités de fábrica, que tuvo lugar el 20 de agosto, la resolución presentada por los bolcheviques fue adoptada por una mayoría de 161 votos contra 35 y 13 abstenciones. En las elecciones democráticas a la Duma municipal de Ivanovo-Vosnesensk, que se celebraron precisamente en el momento de la sublevación de Kornílov, los bolcheviques obtuvieron 57 puestos de los 102, los socialrevolucionarios, 24, y los mencheviques, 4. En Cronstadt fue elegido presidente del Soviet el bolchevique Brekman y alcalde Pokrovski, igualmente bolchevique. Durante todo el mes de agosto, el bolchevismo crece en todo el país, aunque no en la misma proporción en los diferentes lugares.

La sublevación de Kornílov da un poderoso impulso a la radicalización de las masas. Slutski recordaba las palabras de Marx: "Hay momentos en que la revolución necesita ser estimulada por la contrarrevolución." El peligro despertaba no sólo la energía, sino la clarividencia. El pensamiento colectivo trabajaba a un alto grado de tensión. No faltaban materiales que permitiesen extraer las consecuencias de la situación. Habíase afirmado que la coalición era necesaria para la defensa de la revolución; ahora bien, el que era aliado en la coalición se habla puesto al lado de la contrarrevolución. Se habla dicho que la Conferencia de Moscú sería una manifestación de la unidad nacional. Sólo el Comité central de los bolcheviques había advertido que "la Conferencia... se convertirá en órgano del complot de la contrarrevolución". Los acontecimientos habían confirmado plenamente la justeza de esta advertencia. Ahora era el propio Kerenski quien declaraba: "La Conferencia de Moscú... fue el prólogo del 27 de agosto... Allí fue donde se llevó a cabo el recuento de fuerzas... donde por primera vez fue presentado a Rusia su futuro dictador, Kornílov..." ¡Como si no hubiera sido Kerenski el iniciador, el organizador y el presidente de esa Conferencia! ¡Como si no hubiera sido él quien había presentado a Kornílov como el

"primer soldado" de la revolución! ¡Como si no hubiera sido el gobierno provisional quien había dado a Kornílov el arma de la pena de muerte contra los soldados, y como si la advertencia de los bolcheviques no hubiera sido calificada de demagógica!

La guarnición de Petrogrado se acordaba asimismo de que, dos días antes de la sublevación de Kornílov, los bolcheviques habían expresado en la reunión de la sección de soldados la sospecha de que si se retiraba de la capital a los regimientos conocidos por su significación avanzada, fuera con miras contrarrevolucionarias. Los representantes de los mencheviques y socialrevolucionarios habían respondido a esto con una exigencia amenazadora: que no se discutiesen las órdenes militares del general Kornílov. En este espíritu estaba inspirada la resolución que se adoptó. "¡Bien se ve que los bolcheviques no lanzan las palabras al viento!", debían decirse ahora el obrero o el soldado sin partido.

Si los generales conspiradores, según la acusación de los propios conciliadores, formulada con retraso, eran culpables no sólo de la rendición de Riga, sino también del descalabro de julio, ¿por qué se había llevado a efecto la campaña contra los bolcheviques y ametrallado a los soldados? Si los provocadores militares intentaban lanzar a la calle a los obreros y soldados el 27 de agosto, ¿no habrían tenido igualmente su papel en las sangrientas colisiones del 4 de julio? Y, además, ¿qué papel desempeñaba Kerenski en todo esto? ¿Contra quién había llamado a la capital al tercer cuerpo de Caballería? ¿Por qué había nombrado a Savinkov general gobernador, y ayudante a Filonenko? Y ¿quién era ese Filonenko, candidato al Directorio? La respuesta la dio inesperadamente la división de automóviles blindados: Filonenko, a quien tenían de teniente los soldados, sometía a éstos a los peores escarnios y humillaciones.

¿De dónde había salido el entrometido de Zavoiko? ¿Qué significaba, en general, la selección de bribones que se estaba llevando a cabo en las alturas?

Los hechos eran simples, claros, estaban presentes en la memoria de todos, eran accesibles a todo el mundo, inexorables y aniquiladores. La división "salvaje", los raíles levantados, las recíprocas acusaciones del palacio de Invierno y del Cuartel general, las declaraciones de Savinkov y Kerenski eran hechos que hablaban por sí solos. ¡Qué acta de acusación irrefutable contra los conciliadores y su régimen! Se vio definitivamente, de un modo claro, el sentido de la furiosa campaña desencadenada contra los bolcheviques: semejante campaña era un elemento necesario en la preparación del golpe de Estado.

Los obreros y soldados, al empezar a ver claro, se sintieron dominados por un agudo sentimiento de vergüenza. ¿Es decir, que Lenin se ocultaba únicamente porque le han calumniado de un modo ignominioso? ¿Es decir, que los demás están en la cárcel para dar

gusto a los kadetes, a los generales, a los banqueros, a los diplomáticos de la Entente? ¿Es decir, que los bolcheviques no corren tras de los cargos, y si en las alturas se les odia es precisamente porque no quieren formar parte de la sociedad anónima llamada coalición? Esto fue lo que acabaron por comprender los trabajadores, las gentes simples, los oprimidos. Y este estado de ánimo, unido a la sensación de culpabilidad respecto de los bolcheviques, hizo que surgiera una inquebrantable adhesión al partido y una fe indestructible en sus jefes.

Hasta los últimos días, los soldados veteranos, los cuadros del ejército, los suboficiales, los artilleros, resistieron con todas sus fuerzas. No querían renunciar a sus esfuerzos, a sus sacrificios, a sus hazañas: ¿era posible que todo aquello no tuviera ningún sentido? Pero cuando perdieron su último punto de apoyo viraron en redondo hacia la izquierda, hacia los bolcheviques. Ahora entraban en la revolución con sus galones de suboficial, con su temple de veteranos y con las mandíbulas apretadas: en la guerra se habían equivocado en sus cálculos, pero ahora llevarán a cabo la empresa hasta sus últimas consecuencias

En las comunicaciones de las autoridades locales, tanto militares como civiles, el bolchevismo se convierte en sinónimo de acción de masas, de exigencia decidida, de lucha contra la explotación, de impulso hacia adelante; en una palabra, pasa a ser otro nombre de la revolución. ¿Conque es esto el bolchevismo? -se dicen los huelguistas, los marinos que protestan, las mujeres descontentas de los soldados, los campesinos amotinados-. Parece como que las masas se veían obligadas desde arriba a identificar sus pensamiento íntimos y sus demandas a las consignas del bolchevismo. De esta manera, la revolución ponía a su servicio el arma que había sido dirigida contra ella. En la historia no sólo se convierte en absurdo lo razonable, sino que, inversamente, cuando el desarrollo de los acontecimientos lo exige, lo absurdo se convierte en razonable.

El cambio sufrido por la atmósfera política se puso de manifiesto con poderoso relieve en la sesión común de los Comités ejecutivos, celebrada el 30 de agosto, al exigir los delegados de Cronstadt que se les otorgara un puesto en aquella elevada institución. ¿Era concebible esto? ¿Es que allí, donde la gente desenfrenada de Cronstadt era condenada y excomulgada, iban a tomar parte ahora en las deliberaciones los representantes de esa misma gente? ¿Pero, ¿cómo se les podía contestar con una negativa? Los marinos y soldados de Cronstadt habían llegado la víspera para defender a Petrogrado. Los marinos del *Aurora* hacían centinela en el palacio de Invierno. Los jefes, después de cuchichear entre

sí, propusieron a la gente de Cronstadt cuatro puestos con voz, pero sin voto. La concesión fue aceptada secamente, sin ninguna efusión de gratitud.

"Después de la rebelión de Kornílov -cuenta Chinenov, soldado de la guarnición de Moscú- todos los regimientos adquirieron ya un matiz bolchevista... Todos estaban admirados al ver confirmadas por la realidad las palabras de los bolcheviques, de que el general Kornílov no tardaría en estar ante los muros de Petrogrado." Mitrevich, soldado de la división de automóviles blindados, recuerda las leyendas heroicas que circulaban de boca en boca después de la victoria obtenida sobre el general sublevado: "No se hablaba más que de valor y de hazañas, y de que con una decisión como aquélla se podía combatir contra todo el mundo. Los bolcheviques se reanimaron."

Antónov-Ovseenko, que había sido puesto en libertad en los días de la aventura de Kornílov, se marchó inmediatamente a Helsingfors. "Se ha producido una inmensa transformación en las masas." En el Congreso regional de los soviets de Finlandia, los socialrevolucionarios de derecha tuvieron una representación insignificante. Quienes llevaban la batuta eran los bolcheviques, coaligados con los socialrevolucionarios de izquierda. Para la presidencia del Comité regional de los Soviets fue elegido Smilga, que, a pesar de su juventud, era miembro del Comité central de los bolcheviques, se inclinaba marcadamente hacia la izquierda y, ya en los días de abril, se había mostrado propenso a dar un empujón al gobierno provisional. Como presidente del Soviet de Helsingfors, que se apoyaba en la guarnición y en los obreros rusos, fue elegido el bolchevique Scheinman, futuro director del Banco de Estado soviético, hombre prudente y de temperamento burocrático, pero que en aquel entonces marchaba al paso de los demás dirigentes. El gobierno provisional prohibió a los finlandeses convocar el *Seim,* que aquél había disuelto. El Comité regional propuso al *Seim* que se reuniera, y tomó sobre sí la misión de protegerle. El Comité se negó a cumplir las órdenes, dadas por el gobierno provisional, de que salieran del país distintos regimientos. En realidad, los bolcheviques implantaron la dictadura de los soviets en Finlandia.

A principios de septiembre, el diario bolchevista decía: "Nos llegan de una serie de ciudades rusas noticias anunciándonos que durante este último período han hecho grandes progresos las organizaciones de nuestro partido. Pero lo que tiene más importancia es el aumento de nuestra influencia entre las masas democráticas de obreros y soldados." "Aun en aquellas fábricas donde en un principio no se nos quería escuchar -dice el bolchevique de Yekaterinoslav, Averin-, se pusieron a nuestro lado en los días de la sublevación de Kornílov los obreros." "Cuando circuló el rumor de que Kaledin movilizaba a los cosacos

contra Tsarits y Saratov -escribe Antónov, uno de los directivos bolchevistas de esta última ciudad-, cuando este rumor se vio confirmado y reforzado por la sublevación del general Kornílov, la masa liquidó en pocos días sus prejuicios anteriores."

El 19 de septiembre, el órgano bolchevista de Kiev comunica: "En las elecciones de representantes al Soviet, el Arsenal ha elegido a doce compañeros, todos ellos bolcheviques. Los candidatos mencheviques han sido derrotados; lo mismo ha sucedido en otras varias fábricas." A partir de ese momento pueden leerse diariamente noticias análogas en las páginas de la prensa obrera; los periódicos adversarios intentan en vano pasar en silencio o rebajar los progresos del bolchevismo. Las masas, en pleno despertar, diríase que se esfuerzan por ganar el tiempo perdido a consecuencia de las vacilaciones, de la confusión y de las temporales retiradas anteriores. La resaca es general, tenaz e irresistible.

Varvara Yakovleva, que formaba parte del Comité central de los bolcheviques y a la que ya hemos visto lamentarse en julio-agosto de la debilitación extrema de los bolcheviques en toda la zona de Moscú, habla ahora de un nuevo y hondo cambio. "Durante la segunda quincena de septiembre -informa a la Conferencia- los militantes de la oficina regional han recorrido la zona... Sus impresiones son absolutamente idénticas: por todas partes, en todas las provincias, las masas evolucionan rápidamente hacia el bolchevismo. Todos han observado, asimismo, que las aldeas solicitan a los bolcheviques..." En todos aquellos sitios en que, después de las jornadas de julio, se habían desmoronado, las organizaciones del partido ahora resucitan y crecen rápidamente. En aquellos distritos en que no se quería oír a los bolcheviques, surgen ahora espontáneamente células bolchevistas. Incluso en las atrasadas provincias de Tambov y de Riazan, reductos de los socialrevolucionarios y de los mencheviques, adonde raras veces iban los bolcheviques en las anteriores giras, convencidos de la inutilidad de su visita, las cosas sufren actualmente una transformación fundamental: la influencia de los bolcheviques es cada día más fuerte, y las organizaciones conciliadoras se desmoronan."

Los informes de los delegados a la Conferencia bolchevista de la región de Moscú, celebrada un mes después de la sublevación de Kornílov y un mes antes del levantamiento de los bolcheviques, respiran confianza y entusiasmo. En Nijni-Novgorod, al cabo de dos meses de decaimiento, la vida del partido vuelve a ser pletórica. Centenares de obreros socialrevolucionarios se pasan a las filas bolcheviques. En Tver, la actuación del partido no empieza a desarrollarse ampliamente hasta después de la aventura de Kornílov. Los conciliadores pierden todas sus posiciones, nadie les escucha, no se les deja hablar. En la provincia de Vladimir, los bolcheviques se han fortalecido hasta tal punto, que en el

Congreso provincial de los soviets no hay más que cinco mencheviques y tres socialrevolucionarios. En Ivanovo-Vosnesensk, el Manchester ruso, todo el trabajo de los soviets, de la Duma, del zemstvo, recae sobre los bolcheviques, como señores absolutos que han llegado a ser de la situación.

Crecen las organizaciones del partido, pero su fuerza de atracción crece con rapidez incomparablemente más grande. La desproporción entre los recursos técnicos de los bolcheviques y su peso específico político halla su expresión en el número relativamente reducido de los miembros del partido, en comparación con el grandioso aumento de su influencia. Los acontecimientos arrastran en su torbellino a las masas de un modo tan rápido e imperioso, que los obreros y soldados no tienen tiempo de organizarse en el partido, ni de comprender la necesidad de contar con un partido organizado. Se penetran de las consignas bolchevistas tan naturalmente como respiran el aire. No ven todavía con claridad que el partido es un complejo laboratorio en que esas consignas se elaboran mediante la experiencia colectiva. Más de 20.000.000 de almas están de parte de los soviets. El partido, que aún en vísperas de la revolución de Octubre contaba con no más de 240.000 miembros, arrastra tras de sí, con más firmeza cada vez, a millones de hombres a través de los sindicatos, comités de fábrica y soviets.

En ese país inmenso, conmovido hasta sus cimientos, dotado de una variedad inagotable tanto desde el punto de vista de las condiciones locales como de la educación política, no hay día en que no se verifiquen unas elecciones u otras: a las dumas, a los zemstvos, a los soviets, a los comités de fábrica, a los sindicatos, a los comités militares o agrarios. Y la tónica general de todas esas elecciones es el incremento del bolchevismo.

Las elecciones a las dumas de barriada de Moscú sorprendieron particularmente al país por la brusca modificación que revelaba en el espíritu de las masas. El "gran" partido de los socialrevolucionarios, que había conseguido 375.000 votos en junio, a finales de septiembre no obtenía más que 54.000. Los mencheviques pasaban de 76.000 a 16.000. Los kadetes conservaban 101.000, habiendo perdido cerca de 8.000. Los bolcheviques, en cambio, pasaban de 75.000 a 198.000. Si en junio obtenían los socialrevolucionarios cerca del 50 por 100 de votos, los bolcheviques reunían en septiembre cerca del 52 por 100. El 90 por 100 de la guarnición, y en algunos regimientos más del 95, votó por los bolcheviques: en los talleres de la artillería pesada, los bolcheviques obtuvieron 2.286 votos de 2.347. El considerable absentismo de los electores se debía principalmente al retraimiento de la pequeña burguesía urbana, que, con el empuje de las primeras ilusiones, había seguido a los conciliadores para sumarse de nuevo, bien pronto, en la inanidad. Los

mencheviques se iban derritiendo; los socialrevolucionarios habían obtenido dos veces menos votos que los kadetes, y éstos, dos veces menos que los bolcheviques. Los votos obtenidos por estos últimos en septiembre habían sido conquistados en lucha encarnizada contra todos los demás partidos. Eran votos firmes. Podía confiarse en ellos. La desaparición de los grupos intermedios, la estabilidad considerable del campo burgués y los progresos gigantescos del partido proletario más odiado y perseguido, todo esto eran síntomas inequívocos de la crisis revolucionaria. "Sí, los bolcheviques trabajaban tenaz e incansablemente -escribe Sujánov, que pertenecía al quebrantado partido de los mencheviques-. Estaban con las masas, en las fábricas y talleres, día tras día, de un modo permanente... Los obreros y los soldados se sentían identificados con ellos porque estaban siempre a su lado, dirigiendo, así en las cosas nimias como en las importantes, toda la vida de la fábrica y del cuartel... La masa vivía y respiraba conjuntamente con los bolcheviques. El partido de Lenin y Trotski la tenía en sus manos."

El mapa político del frente se distinguía por lo abigarrado de su carácter. Había regimientos y divisiones que aún no habían visto ni oído nunca a un bolchevique; muchos de ellos se asombraban sinceramente cuando se les acusaba de bolchevismo. De otra parte, había regimientos que tomaban su propio estado de espíritu anárquico, con un matiz de oscurantismo, por el bolchevismo más puro. El espíritu del frente se inclinaba, sin embargo, hacia un mismo lado. Pero en el grandioso torrente político a que servían de cauce las trincheras, había a menudo corrientes contrarias, remolinos y no pocos arroyos turbios.

En septiembre, los bolcheviques rompieron el cordón y obtuvieron el acceso al frente, del que habían permanecido separados por espacio de dos meses. Oficialmente, la prohibición subsistía. Los Comités conciliadores hacían todo lo posible para impedir la penetración de los bolcheviques en sus regimientos; pero todos sus esfuerzos resultaban vanos. Los soldados habían oído hablar tanto de su propio bolchevismo, que todos ellos, sin excepción, deseaban ávidamente ver y oír a un bolchevique de carne y hueso. Los obstáculos formales inventados por los miembros de los comités eran barridos por los soldados tan pronto como recibían la noticia de haber llegado un bolchevique. La vieja revolucionaria Eugenia Bosch, que había llevado a cabo una gran labor en Ucrania, ha dejado unas *Memorias* muy elocuentes sobre sus audaces incursiones por las selvas primitivas del frente. Las alarmadas advertencias de los amigos sinceros y falsos resultaban inútiles una vez y otra. En una división que había sido caracterizada como encarnizadamente hostil a los bolcheviques, el orador, que había enfocado su tema con

gran cautela, no tardó en quedar convencido de que el auditorio estaba con él. "Nada de gargajear, ni de toser, ni de sonarse, primeros síntomas de cansancio de un auditorio de soldados; orden y silencio completos." La asamblea acabó en una turbulenta apoteosis de la audaz agitadora. Toda la excursión de Eugenia Bosch por el frente fue algo muy parecido a un viaje triunfal. Lo mismo ocurría, de un modo menos heroico y efectista, pero igual en el fondo, con los agitadores de menor categoría.

Ideas, consignas y concepciones nuevas o expresadas en una forma nueva, más convincente, en la vida estancada de las trincheras. Millones de cerebros analizaban los acontecimientos, hacían el balance de la experiencia política. "...Queridos compañeros obreros y soldados -escribe un soldado desde el frente a la redacción del diario-, no dejéis triunfar esa maldita letra k, que ha sumergido a todo el mundo en una guerra sangrienta. Los nombres del primer asesino, Kolka (Nicolás II), de Kerenski, de Kornílov, de Kaledin, de los K. d. (Kadetes), todos empiezan con k. Los cosacos son asimismo peligrosos para nosotros[28]..." *Sidor Nikolaiev.* No se vea en estas palabras una mera superstición: se trata pura y simplemente de un procedimiento de mnemotecnia política.

La sublevación del Cuartel general no podría dejar de remover cada fibra de los soldados. La disciplina externa, cuyo restablecimiento había costado tantos esfuerzos y sacrificios, volvía a resquebrajarse. El comisario militar del frente occidental, Jdanov, informa: "Los soldados, en general, están nerviosos..., se muestran recelosos respecto de los oficiales, guardan una actitud expectativa; el incumplimiento de las órdenes lo explican por el hecho de que se trata de órdenes de Kornílov, que no había por qué cumplir." En el mismo sentido escribe Stankievich, que sustituyó a Filonenko en el cargo de alto comisario: "La masa de los soldados... se vio rodeada de traiciones por todas partes... Si alguien intentaba convencerla de lo contrario, se le aparecía también como un traidor."

Para la oficialidad, el fracaso de la aventura de Kornílov significaba el desmoronamiento de sus últimas ilusiones. Añadamos a esto que tampoco podía decirse anteriormente que fuese muy brillante el estado de ánimo del mando. A finales de agosto hemos visto en Petrogrado a los conspiradores militares, borrachos, jactanciosos y abúlicos. Ahora, la oficialidad se ve repudiada y fracasada definitivamente. "Este odio, esta persecución constante -dice uno de ellos-, la inactividad completa y la permanente espera de la detención y de la muerte ignominiosa, impelía a los oficiales a los restaurantes, a los reservados, a los hoteles... Los oficiales naufragaron en esa bacanal." En oposición a esto,

[28] Cosaco = kazak, en ruso, empieza también por k. [NDT.]

los soldados y los marinos llevaban una vida más sobria que nunca: una nueva esperanza alentaba en su corazón.

Los bolcheviques, según cuenta Stankievich, "levantaban la cabeza y se sentían dueños absolutos del ejército... Los comités inferiores empezaban a convertirse en células bolchevistas. En todas las elecciones celebradas en el ejército, los votos bolcheviques progresaban de un modo asombroso. No es posible dejar de observar, a este propósito, que el quinto ejército, el más disciplinado hasta entonces, no sólo en el frente septentrional, sino acaso en todo el frente, fue el primero que eligió un comité bolchevista".

La flota se bolchevizaba de in modo aún más acentuado, más concreto, más elocuente. El día 8 de septiembre, los marinos del Báltico izaron en todos los buques las banderas de combate para expresar su decisión de luchar por el paso del poder a las manos del proletariado y de los campesinos. La flota exigía el armisticio inmediato en todos los frentes, la entrega de la tierra a los comités campesinos, y la implantación del control obrero de la producción. Tres días después, un Comité central más atrasado y moderado, el de la escuadra del Mar Negro, apoyaba a los marinos del Báltico, propugnando la entrega del poder a los soviets. A mediados de septiembre alzan su voz en defensa de esa misma divisa veintitrés regimientos de Infantería siberianos y letones del doce ejército. Cada día siguen su ejemplo nuevos regimientos. La exigencia de que se entregue el poder a los soviets no desaparece ya del orden del día en el ejército y en la flota.

"Las asambleas de marinos, cuenta Stankievich, estaban compuestas en sus nueve décimas partes de bolcheviques." En Reval, al nuevo comisario cerca del Cuartel general se le ocurrió defender ante los marinos al gobierno provisional. A las primeras palabras tuvo la sensación de que sus tentativas eran inútiles. Al oír la palabra "gobierno", la sala adoptó una actitud hostil: una ola de indignación, de odio y desconfianza se apoderó inmediatamente de la multitud. Era algo vigoroso, espléndido, apasionado e irresistible, que se fundía en un alarido unánime: "¡Fuera!" No es posible menos que hacer justicia al narrador, que no se olvida de hacer notar la belleza del ataque de unas masas mortalmente hostiles a él.

La cuestión de la paz, que por espacio de dos meses había quedado relegada al olvido, surge ahora a la superficie con decuplicada fuerza. En una sesión del Soviet de Petrogrado, el oficial Dubasov, que acababa de llegar del frente, declaró: "Podéis decir aquí lo que queráis, los soldados no combatirán más." Se oyeron exclamaciones: "¡Eso no lo dicen ni los bolcheviques!"...; pero el oficial, que no era bolchevique, añadió: "No hago más que decir lo que sé y lo que los soldados me han encargado que os transmitiera." Un

soldado sombrío, con un capote impregnado de la suciedad y el hedor de las trincheras, declaró al Soviet de Petrogrado, en esos mismos días de septiembre, que los soldados necesitaban a todo trance la paz, aunque fuera "una paz hedionda". Estas ásperas palabras de soldado produjeron el estupor del Soviet. ¡Hasta qué extremo se había llegado! Los soldados que estaban en el frente no eran unos chiquillos. Comprendían perfectamente que, con la "carta de guerra" que existía, la paz no podía ser más que una paz de violencia, y para expresar esta concepción suya había escogido deliberadamente el delegado de las trincheras la palabra más grosera, capaz de expresar toda la fuerza de su repugnancia por la paz que los Hohenzollern impondrían. Pero gracias precisamente a esa descarnada apreciación, obligó el soldado a sus oyentes a comprender que no había otro camino, que la guerra había devanado el alna del ejército, que a toda costa se imponía la paz inmediata. La prensa burguesa acogió con alborozo las palabras del orador de las trincheras, que atribuyó a los bolcheviques. La frase referente a la paz "hedionda" no salió ya, a partir de ese momento, del orden del día, como expresión culminante del salvajismo y de la corrupción a que había llegado el pueblo.

Por regla general, los conciliadores no se inclinaban, como el diletante político Stankievich, a embelesarse ante la magnífica resaca que amenazaba con barrerles de la palestra revolucionaria. Día a día iban percatándose con asombro y terror de que carecían en absoluto de fuerza de resistencia. En el fondo, bajo la confianza que los conciliadores habían inspirado a las masas desde los primeros momentos de la revolución, se ocultaba un equívoco, históricamente inevitable, pero que no podía perdurar: bastaron sólo algunos meses para ponerlo al descubierto. Los conciliadores se veían obligados a dirigirse a los soldados y obreros en un lenguaje muy distinto del que empleaban en el Comité ejecutivo y, sobre todo, en el palacio de Invierno. Los caudillos responsables de los socialrevolucionarios y de los mencheviques se atrevían cada día menos a salir a la plaza pública. Los agitadores de segunda y tercera categoría se adaptaban al radicalismo social con ayuda de frases equívocas, o se contagiaban sinceramente del estado de ánimo de las fábricas, de las minas y de los cuarteles, hablaban su lenguaje y se divorciaban de sus propios partidos.

El marino Jovrin dice en sus *Memorias* que los marinos que se tenían por socialrevolucionarios luchaban, en realidad, por la plataforma bolchevista. Esto se echaba de ver por todas partes. El pueblo sabía lo que quería; lo que no sabía era qué nombre dar a sus deseos. El "equívoco" inherente a la revolución de Febrero tenía un carácter general, sobre todo en el campo, donde perduró más que en la ciudad. Sólo la experiencia podía

poner orden en el caos. Los acontecimientos, grandes y pequeños, sacudían sin tregua a los partidos de masas, poniendo los efectivos de los mismos en consonancia con su política y no con su etiqueta.

Una notable imagen del *qui pro quo* existente entre los conciliadores y las masas es la que nos ofrece el juramento que a principios de julio prestaron, de hinojos y descubiertos, 2.000 mineros del Donetz, en presencia de una multitud de 50.000 personas y con la participación de la misma. "Juramos ante nuestros hijos, ante Dios, el cielo, la tierra y todo lo que hay de sagrado para nosotros en este mundo, que jamás cederemos la libertad conquistada con sangre el día 28 de febrero de 1917; como creemos en los socialrevolucionarios y en los mencheviques, juramos no dar nunca oídos a los leninistas, porque los bolcheviques-leninistas llevan a Rusia a la ruina con su agitación, mientras que los socialrevolucionarios y los mencheviques dicen al unísono: la tierra para el pueblo, la tierra sin indemnización; después de la guerra, el régimen socialista... Juramos seguir luchando al lado de estos partidos sin detenernos ni ante la muerte. El juramento de los mineros, dirigido contra los bolcheviques, les llevaba directamente, en realidad, a la revolución bolchevista. La envoltura de Febrero y el núcleo de Octubre aparecen en este cuadro ingenuo y ardiente con tanto relieve, que, a su manera, resuelven hasta sus últimas consecuencias el problema de la revolución permanente.

En septiembre, los mineros del Donetz, sin traicionarse a sí mismos ni faltar a su juramento, se volvieron ya de espaldas a los conciliadores. Lo mismo sucedió con los elementos más atrasados de los mineros de los Urales. El miembro del Comité ejecutivo, Ochejov, que pertenecía al partido socialrevolucionario y era representante de los Urales, visitó a principios de agosto la fábrica de Ijevsk, en la que había trabajado en otro tiempo. "Me llenaban de asombro -dice en su informe, que respira amargura- los bruscos cambios que se habían producido en mi ausencia: aquella organización del partido de los socialistas revolucionarios que, tanto por sus efectivos (8.000 miembros) como por su actuación, era conocida de toda la región de los Urales... se hallaba en descomposición y reducida a 500 miembros, gracias a la obra de irresponsables agitadores."

El informe de Ochejov no tenía nada de inesperado para el Comité ejecutivo: otro tanto se observaba en Petrogrado. Si después de las represiones de julio levantaron momentáneamente la cabeza los socialrevolucionarios en las fábricas, e incluso ampliaron su influencia en algunos sitios, su retroceso, ahora aún era más irresistible. "Verdad es que entonces triunfaba el gobierno de Kerenski -escribía posteriormente el socialrevolucionario Zenzinov-, que las manifestaciones bolchevistas habían sido disueltas y los caudillos

bolcheviques estaban en la cárcel; pero se trataba de una victoria a lo Pirro." Nada más exacto: lo mismo que el rey Pirro, los conciliadores habían obtenido la victoria a costa de su ejército. "Si antes del 3-5 de julio -dice el obrero de Petrogrado Skorinko- los mencheviques y los socialrevolucionarios podían presentarse en algunos sitios ante los, obreros sin temor a ser silbados, ahora carecían ya de esa garantía." En general, como garantía, ya no les quedaba ninguna.

No sólo perdía la influencia el partido de los socialrevolucionarios, sino que su misma composición social se modificaba. Los obreros revolucionarios, o bien se habían pasado ya a los bolcheviques, o atravesaban una crisis interna. Inversamente, los hijos de tenderos, los *kulaks* y los pequeños funcionarios que durante la guerra habían buscado refugio en las fábricas, se habían convencido de que su puesto estaba precisamente en el partido de los socialrevolucionarios. Pero ni aun ellos se decidían ya en septiembre a llamarse socialrevolucionarios, por lo menos en Petrogrado. Abandonaban el partido los obreros y los soldados, e incluso, en algunas provincias los campesinos, y no quedaban en él más que los funcionarios conservadores y los sectores pequeño-burgueses.

Cuando las masas, a las que la revolución había despertado, otorgaban su confianza a los socialrevolucionarios y a los mencheviques, estos dos partidos no se hartaban de ensalzar el nivel elevado de conciencia del pueblo. Cuando esas mismas masas, después de pasar por la escuela de los acontecimientos, se volvieron bruscamente hacia los bolcheviques, los conciliadores atribuyeron su fracaso a la ignorancia del pueblo. Pero las masas no creían haberse vuelto más ignorantes; lejos de ello, les parecía que ahora se daban perfecta cuenta de lo que antes era incomprensible para ellas.

El partido de los socialrevolucionarios, que se iba debilitando y desvaneciendo, se deshacía, además, por sus costuras sociales, y sus miembros se pasaban a los campos beligerantes En los regimientos, en las aldeas, quedaban aquellos socialrevolucionarios que, junto con los bolcheviques, y de ordinario bajo su dirección, se defendían contra los golpes asestados por los socialrevolucionarios gubernamentales. La exacerbación de la lucha de los flancos provocó la aparición de un grupo intermedio. Este grupo, dirigido por Chernov, que intentó salvar la unidad entre los perseguidores y los perseguidos, se embrollaba, caía en contradicciones insolubles, a menudo grotescas, y lo que en rigor hacía era acabar de comprometer al partido. Para tener alguna posibilidad de hablar ante las masas, los oradores socialrevolucionarios veíanse obligados a presentarse como elementos "de izquierda", como internacionalistas que nada de común tenían con la pandilla de los "socialrevolucionarios de marzo". Después de las jornadas de julio, los

socialrevolucionarios de izquierda adoptaron una actitud de franca oposición, sin romper formalmente todavía con el partido, pero aceptando, bien que con retraso, los argumentos y las consignas de los bolcheviques. El 21 de septiembre, Trotski, no sin cierta segunda intención pedagógica, declaró en la sesión del Soviet de Petrogrado que a los bolcheviques les resultaba "cada vez más fácil llegar a un acuerdo con los socialrevolucionarios de izquierda". En fin de cuentas, éstos formaron un partido independiente, para escribir una de las páginas más extravagantes del libro de la revolución. Era el último destello del radicalismo intelectual, y pocos meses después de octubre no quedaba de él más que un pequeño montón de cenizas.

Igualmente honda fue la diferenciación que se produjo entre los mencheviques. Su organización de Petrogrado se hallaba en marcadísima oposición respecto del Comité central. El núcleo fundamental, dirigido por Tsereteli, falto de las reservas campesinas que tenían los socialrevolucionarios, fue derritiéndose más rápidamente aún que estos últimos. Los grupos socialdemócratas intermedios, que no pertenecían a los dos campos principales, seguían haciendo tentativas para unir a los bolcheviques con los mencheviques: aún sobrevivían en ellos las ilusiones de marzo, de aquella época en que el mismo Stalin consideraba deseable la unidad con Tsereteli y confiaba en que "en el interior del Partido se pueden liquidar las pequeñas divergencias." A últimos de agosto se llevó a cabo la unión de los mencheviques con los propios unificadores. En el Congreso de unidad ejerció considerable predominio el ala derecha, y la resolución de Tsereteli en favor de la guerra y de la coalición con la burguesía obtuvo 117 votos contra 79. La victoria de Tsereteli dentro del partido precipitó la derrota de este último entre la clase obrera. La organización de obreros mencheviques de Petrogrado, muy poco numerosa, siguió a Mártov, empujándole hacia adelante, irritándose ante su indecisión, y preparándose para pasarse a los bolcheviques. A mediados de septiembre, la organización de la isla de Vasiliev ingresó casi íntegramente en el partido bolchevique. Esto aceleró la fermentación en otras barriadas y en provincias. En las reuniones comunes, los jefes de las distintas tendencias del menchevismo se acusaban mutuamente, con furor, del desmoronamiento del partido. El periódico de Gorki, que pertenecía al ala izquierda de los mencheviques, comunicaba a finales de septiembre que la organización del partido en Petrogrado, organización que todavía recientemente contaba con cerca de 10.000 miembros, "ha dejado de existir de hecho... La última conferencia local no pudo celebrarse por el escaso número de concurrentes."

Plejánov atacaba a los mencheviques desde la derecha: "Tsereteli y sus amigos, sin quererlo ni darse cuenta de ello, le han allanado el camino a Lenin." El estado de ánimo político del propio Tsereteli en los días de septiembre ha quedado registrado con elocuencia en las *Memorias* del kadete Nabokov: "El rasgo más característico de su estado de ánimo de entonces era el miedo ante la creciente fuerza del bolchevismo. Recuerdo que, en una conversación conmigo, hablaba de la posibilidad de que los bolcheviques asumieran el poder. "Naturalmente -decía-, no se sostendrán arriba de dos o tres semanas; pero imagínese usted los destrozos que causarán... Eso hay que evitarlo a toda costa." En su voz resonaba un terror pánico que no tenía nada de fingido..." En vísperas de octubre, Tsereteli se hallaba en el mismo estado de ánimo que Nabokov le había conocido ya muy bien en los días de Febrero.

La palestra en que los bolcheviques actuaban al lado de los socialrevolucionarios y de los mencheviques, aunque en lucha constante con ellos, eran los soviets. Las modificaciones experimentadas por la fuerza relativa de los partidos soviéticos hallaban su expresión -claro está que no inmediatamente, sino con los retrasos inevitables y con artificiosas dilaciones- en la composición de los Soviets y en su función social.

En Ivanovo-Vosnesensk, en Lugansk, en Tsaritsin, en Jerson, en Tomsk, en Vladivostok, con anterioridad a los días de julio, muchos soviets eran ya órganos del poder, si no formalmente, sí de un modo efectivo, si no constantemente, sí de un modo episódico. El Soviet de Krasnoyarsk instituyó por iniciativa propia el sistema de cartas para los productos. El Soviet conciliador de Saratov se había visto obligado a intervenir en conflictos económicos, a recurrir a la detención de los patronos, a confiscar los tranvías a los belgas, a instaurar el control obrero y a organizar la producción en las fábricas abandonadas. En los Urales, donde el bolchevismo gozaba desde 1905 de una influencia política predominante, los soviets juzgaban a menudo a los ciudadanos y ejecutaban las sentencias, creaban su milicia en algunas fábricas, pagándola con los recursos de la caja de las mismas, organizaban el control obrero, que procuraba materias primas y combustibles a las fábricas, se preocupaban de colocar los artículos fabricados y fijaba las tarifas. En algunos distritos de los Urales, los soviets quitaron las tierras a los propietarios y las hicieron laborar colectivamente. En las minas de Simsk, los soviets organizaron una administración regional que subordinó así toda la administración, la caja, la contabilidad y la admisión de pedidos. Con este acto se realizó el primer ensayo de nacionalización en aquella región minera. "Ya en julio -dice B. Eltsin, del cual tomamos estos datos- las fábricas de los Urales no sólo estaban en manos de los bolcheviques, sino que éstos daban

lecciones prácticas de cómo había que resolver los problemas políticos, agrarios y económicos." Estas lecciones eran primitivas, no constituían un sistema, no estaban informadas por una teoría, pero señalaban ya en gran parte el camino que debía seguirse.

El cambio operado en julio había tenido consecuencias mucho más directas para los soviets que para el partido o para los sindicatos, pues en la lucha de aquellos días se hallaba principalmente en juego la vida o la muerte de los mismos soviets. El partido y los sindicatos conservan su importancia tanto en los períodos "tranquilos" como en los de reacción feroz; varían los fines inmediatos y los métodos, pero no las funciones fundamentales. Los soviets pueden únicamente sostenerse a base de una situación revolucionaria, y con ella desaparecen. Los soviets que agrupan a la mayoría de la clase obrera plantean a ésta una misión que se eleva por encima de todas las necesidades particulares de grupo y corporativas, sobre el programa de reformas y mejoras; en una palabra, el problema de la conquista del poder. Sin embargo, la consigna "todo el poder a los soviets" parecía haber sido derrotada, junto con la manifestación de los obreros y soldados en julio. La derrota debilitó a los bolcheviques en los soviets, pero aún debilitó más a estos últimos en el Estado. El "gobierno de salvación" significaba la resurrección de la independencia de la burocracia. La renuncia de los soviets al poder significaba su humillación ante los comisarios, su debilitamiento, su agotamiento.

El decrecer de la importancia del Comité ejecutivo central halló elocuente expresión externa: el gobierno propuso a los conciliadores que desalojaran el palacio de Táurida, por tener que procederse en el mismo a ciertas reparaciones exigidas por las necesidades de la Asamblea constituyente. En la segunda quincena de julio se destinó a los soviets el edificio del Instituto de Smolni, donde se habían educado hasta entonces las jóvenes de la nobleza. La prensa burguesa hablaba ahora de esta entrega a los soviets de la mansión de las "blancas palomas", casi en el mismo tono en que antes hablaba de la ocupación del palacio de la Kchesinskaya por los bolcheviques. Las diferentes organizaciones revolucionarias, entre las que se hallaban los sindicatos, que ocupaban edificios requisados, fueron objeto simultáneamente de un ataque en el mismo sentido. Se trataba, ni más ni menos, que de desalojar a la revolución obrera de los locales, demasiado espaciosos, de que había despojado a la burguesía. La indignación, a decir verdad, un tanto retrasada, de la prensa kadete, con motivo de las intromisiones vandálicas del pueblo en el derecho de la propiedad privada y estatal, no tenía límites. Pero a finales de julio se descubrió, gracias a los obreros impresores, un hecho inesperado: los partidos que se agrupaban en torno al famoso Comité de la Duma se habían apoderado hacía va tiempo, para sus necesidades, de

la magnífica imprenta del Estado, de su servicio de expedición y de sus derechos de franqueo de publicaciones. Los folletos de agitación del partido eran impresos y remitidos gratuitamente por todo el país a toneladas. El Comité ejecutivo, obligado a comprobar el fundamento de la acusación, se vio forzado a confirmarla. Fuerza es decir que el partido kadete halló en esto un nuevo motivo de indignación: ¿acaso podía ser considerada del mismo modo la ocupación de los edificios del Estado con fines destructivos y la utilización de los mismos para defender los valores supremos? En una palabra, si esos señores robaban un poco al Estado, era en interés de este último. Pero este argumento no convencía a todo el mundo. Los obreros de la construcción se empeñaban en considerarse con más derecho a tener un local para su sindicato que los kadetes a detentar la imprenta del Estado. Las divergencias no eran accidentales, sino que conducían a la segunda revolución. De todas maneras, a los kadetes no les quedó más remedio que morderse un poco la lengua.

Uno de los instructores del Comité ejecutivo, que recorrió en la segunda quincena de agosto los soviets del sur de Rusia, donde los bolcheviques eran mucho más débiles que en el norte, daba cuenta en los siguientes términos de sus observaciones nada consoladoras: "La opinión política se modifica de un modo visible... Entre las masas progresa el espíritu revolucionario producido por el cambio de política del gobierno provisional... Adviértanse en ellas el cansancio e indiferencia hacia la revolución. Se observa mucho menos entusiasmo respecto de los soviets... Las funciones de estos últimos van reduciéndose..." Las masas, evidentemente, estaban hartas de las vacilaciones de los mediadores democráticos. Pero si su entusiasmo se había enfriado, no era respecto de la revolución ciertamente, sino de los socialrevolucionarios y mencheviques. La situación se hacía particularmente insoportable en aquellos sitios en que el poder, a despecho de todos los programas, se concentraba en manos de los soviets conciliadores: atados por la definitiva capitulación del Comité ejecutivo ante la burocracia, no se atrevían ya a usar de su poder, y no hacían más que comprometerse a los ojos de las masas. Además, buena parte de la labor cotidiana de los soviets pasaba a los municipios democráticos, y una parte aún mayor a los sindicatos y a los Comités de fábrica. Cada vez parecía menos claro si podrían sostenerse los soviets y cuál era el destino que el día de mañana les tenía reservado.

En los primeros meses de su existencia, los soviets, que se habían adelantado con mucho a las demás organizaciones, habían asumido la misión de constituir sindicatos, Comités de fábrica y clubes, y de dirigir la actuación de los mismos. Pero las organizaciones obreras, a medida que iban adquiriendo vida propia, pasaban a estar, cada vez en mayor

grado, bajo la dirección de los bolcheviques. "Los comités de fábrica... -escribía Trotski en agosto- no se crean en los mítines volantes... La masa elige para esos comités a aquellos elementos que en la vida cotidiana de la fábrica han demostrado su firmeza, su actividad y su adhesión abnegada, puestas al servicio de los intereses de los obreros. De ahí que la inmensa mayoría de esos comités de fábrica estén compuestos por bolcheviques." Ni siquiera cabía ya pensar en que los soviets conciliadores ejerciesen una tutela sobre los Comités de fábrica y los sindicatos; precisamente en este terreno se abría, por el contrario, un campo de encarnizada lucha. En todas las cuestiones que más vivamente interesaban a las masas, los soviets se mostraban cada vez menos capaces de oponerse a los sindicatos y a los Comités de fábrica. Así, los sindicatos de Moscú fueron a la huelga general, en contra de la decisión del Soviet. Todos los días, bien que en forma menos destacada, se producían conflictos análogos y no eran, de ordinario, los soviets quienes salían victoriosos de la contienda.

Metidos en el atolladero por su propia política, los conciliadores se vieron obligados a "imaginar" funciones auxiliares para los soviets, a orientarles en el sentido de la labor cultural, apartándolos, en el fondo, de sus fines privativos. Esos esfuerzos resultaron vanos: los soviets habían sido creados con miras a la lucha por el poder: para fines que no fueran éstos, existían otras organizaciones más adecuadas. "Toda labor que se deslizaba por el cauce menchevista socialrevolucionario -dice el bolchevique de Saratov, Antónov-, perdía todo sentido... En las reuniones del Comité ejecutivo, el aburrimiento nos hacía bostezar indecorosamente: la chirlata socialrevolucionario-menchevista era mezquina y vacua." Esos soviets en decadencia eran los menos apropiados para servir de punto de apoyo a su centro petrogradés. La correspondencia entre Smolni y las provincias decaía; no había de qué escribir ni nada que proponer; ya no quedaban perspectivas ni funciones. El divorcio de las masas tomaba una forma extremadamente sensible de crisis financiera. Los soviets conciliadores de provincias se quedaban sin recursos y no podían prestar apoyo al Estado Mayor, que tenían en Solni; los soviets de izquierda se negaban a auxiliar económicamente a aquel Comité ejecutivo, que se había mancillado con cooperar a la labor contrarrevolucionaria.

El proceso de decadencia de los soviets se cruzaba, sin embargo con procesos de otro orden, completamente opuestos en parte. Despertaban las regiones lejanas, los distritos atrasados y los pueblos más recónditos, y organizaban sus soviets, que en el primer momento daban muestras de una lozanía revolucionaria indudable, hasta que caían bajo la desmoralizadora influencia del centro o víctimas de la represión gubernamental. El número

de soviets crecía rápidamente. A finales de agosto, las oficinas del Comité ejecutivo tenían registrados hasta 600, con 23.000.000 de electores. El sistema soviético oficial se elevaba por encima del océano humano que se agitaba furiosamente y lanzaba sus olas hacia la izquierda.

La resurrección política de los soviets, que coincidió con su bolchevización, empezó desde abajo. En Petrogrado fueron las barriadas obreras las primeras que alzaron la voz. El 21 de julio, la delegación de una asamblea de soviets de barriada presentó una serie de demandas al Comité ejecutivo: disolver la Duma, confirmar mediante un decreto del gobierno la inviolabilidad de las organizaciones del ejército, reautorizar la publicación de la prensa de izquierda, poner fin al desarme de los obreros y a las detenciones en masa, tomar medidas contra la prensa de derechas, suspender la disolución de los regimientos y abolir la pena de muerte en el frente. El tono de las reivindicaciones políticas es evidentemente más bajo que el de las de la manifestación de julio; pero esto no era más que el primer paso de un convaleciente. Las barriadas, al mismo tiempo que limitaban sus consignas, tendían a ampliar la base. Los dirigentes del Comité ejecutivo hicieron constar diplomáticamente su satisfacción por la "sensibilidad" demostrada por los soviets de barriada, pero se limitaron a decir que todas las desdichas provenían de la insurrección de julio. Los dos bandos se separaron cortésmente, pero con frialdad.

Se inicia una campaña imponente en favor del programa de los soviets de barriada. Las *Izvestia* publican todos los días resoluciones de los soviets, de los sindicatos, de las fábricas, de los buques de guerra y de los regimientos, exigiendo la disolución de la Duma, el fin de las represiones contra los bolcheviques y de toda indulgencia para la contrarrevolución. En ese fondo general se alzan voces más radicales. El 22 de julio, el Soviet de la provincia de Moscú, adelantándose considerablemente al de la misma capital, adoptó una resolución en favor del traspaso del poder a los soviets. El 26 de julio, el Soviet de Ivanovo-Vosnesensk "condena al desprecio" los medios empleados en la lucha contra el partido de los bolcheviques y envía un saludo a Lenin "el glorioso jefe del proletariado revolucionario".

Las elecciones celebradas en muchos puntos del país a finales de julio y en la primera quincena de agosto determinaron, en general, el robustecimiento de las fracciones bolchevistas en los soviets. En Cronstadt, en el Cronstadt famoso en toda Rusia, que la reacción pretendía haber aplastado, el nuevo Soviet estaba compuesto de cien bolcheviques, setenta y cinco socialrevolucionarios de izquierda, doce mencheviques-internacionalistas, siete anarquistas y más de noventa sin partido, ni uno solo de los cuales

se decidía a confesar abiertamente sus simpatías por los conciliadores. En el Congreso regional de los soviets de los Urales, que se abrió el 18 de agosto, el número de delegados bolcheviques era de 87; el de socialrevolucionarios de 40; el de mencheviques, de 23. Tsaritsin -donde no sólo el Soviet había pasado a ser bolchevista, sino que habían elegido para alcalde al caudillo de los bolcheviques locales, Min- es blanco de un odio particular por parte de la prensa burguesa. Kerenski, sin ningún motivo serio, mandó una expedición de castigo contra Tsaritsin -que era un orzuelo en el ojo del atamán del Don, Kaledin-, con el solo fin de destruir aquel nido revolucionario. En Petrogrado, en Moscú, en todas las regiones industriales, se alza un número cada vez mayor de brazos en favor de las resoluciones bolchevistas.

Los acontecimientos de finales de agosto pusieron a prueba a los soviets. Bajo el peligro que les amenazaba, la labor de reagrupación interna se llevó a cabo en todas partes con extraordinaria celeridad y con roces relativamente pequeños. En provincias, lo mismo que en Petrogrado, ocuparon el proscenio los bolcheviques, los hijastros del sistema soviético oficial. Pero hasta en los partidos conciliadores, los socialistas "de marzo", los políticos de las salas de espera ministeriales y de las oficinas, se vieron postergados de momento por elementos más combativos, templados en la clandestinidad. La nueva reagrupación de fuerzas requería una nueva forma de organización. En ninguna parte se concentró en manos de los Comités ejecutivos la dirección de la defensa revolucionaria; los Comités, en la forma en que les sorprendió la sublevación, resultaban poco adecuados para las acciones de combate. Por todas partes se crearon Comités de defensa, Comités revolucionarios, Estados Mayores especiales, organismos que se apoyaban en los soviets o eran responsables ante los mismos, pero que representaban una nueva selección de elementos y nuevos métodos de acción en armonía con el carácter revolucionario de la misión que tenían a cargo.

El Soviet de Moscú creó, como en los días de la Conferencia nacional, un comité de combate compuesto de seis miembros, que tenía el derecho exclusivo de disponer de las fuerzas armadas y de efectuar detenciones. El Congreso regional, que inauguró sus tareas en Kiev a finales de agosto, propuso a los soviets locales que no se detuvieran ante la destitución de los representantes, tanto civiles como militares, de las autoridades que no merecieran confianza y la adopción de medidas para la detención inmediata de los contrarrevolucionarios, y dotar de armamento a los obreros. En Viatka, el Comité del Soviet se otorgó atribuciones excepcionales, que llegaban hasta poner enteramente a su disposición las fuerzas militares. En Tsaritsin, todo el poder pasó a las manos del Estado

Mayor designado por el Soviet. En Nijni-Novgorod, el comité revolucionario puso sus centinelas en Correos y Telégrafos. El Soviet de Krasnoyarsk concentró en sus manos el poder civil y militar.

Este espectáculo, con unas u otras diferencias, a veces esenciales, se observaba en casi todas partes. Y no se trataba, ni mucho menos, de una simple imitación de Petrogrado: el carácter de masa de los soviets daba una lógica extraordinaria a su evolución interna, provocando idéntica reacción de los mismos ante los grandes acontecimientos. Mientras que entre las dos fracciones de la coalición se interponía el frente de la guerra civil, los soviets agrupaban, efectivamente, en torno suyo todas las fuerzas vivas del país. La ofensiva de los generales se estrelló al chocar contra ese muro. No se podía pedir una lección más elocuente. "A pesar de todos los esfuerzos del poder, para eliminar o reducir a la impotencia a los soviets -decía una declaración de los bolcheviques-, éstos han puesto de manifiesto la invencibilidad..., la fuerza, la iniciativa de las masas populares en el período de la sofocada sublevación de Kornílov... Después de esta nueva prueba, que nadie podrá arrancar ya de la conciencia de los obreros, soldados y campesinos, el grito lanzado por nuestro partido desde los comienzos mismos de la revolución –"Todo el poder a los soviets"- se ha convertido en la voz de todo el país revolucionario."

Las dumas municipales, que habían intentado rivalizar con los soviets, desempeñaron en los días de peligro un papel completamente gris. La Duma de Petrogrado mandó humildemente una comisión al Soviet, "para examinar la situación general y establecer contacto." Al parecer, los soviets, elegidos por una parte de la población urbana, debían tener menos influencia y fuerza que las dumas, elegidas por toda la población. Pero la dialéctica del proceso revolucionario demostró que en determinadas circunstancias históricas, la parte es incomparablemente mayor que el todo. En la Duma, lo mismo que en el gobierno, los conciliadores formaban bloque con los kadetes contra los bolcheviques, y este bloque paralizaba a la Duma lo mismo que al gobierno. Por el contrario, el Soviet aparecía como la forma natural de colaboración defensiva de los conciliadores y de los bolcheviques contra la ofensiva de la burguesía.

A raíz de las jornadas de Kornílov, se abrió un nuevo capítulo para los soviets. Los conciliadores conservaban aún no pocos puestos, sobre todo en la guarnición; pero el Soviet de Petrogrado manifestó tal firmeza bolchevista, que asombró a los dos campos, tanto al de la derecha como al de la izquierda. En la noche del primero de septiembre, el Soviet, presidido por Cheidse, votó en favor de la entrega del poder a los obreros y campesinos. Los miembros de fila de las fracciones conciliadoras apoyaron casi

unánimemente la resolución de los bolcheviques. La proposición opuesta, presentada por Tsereteli, no obtuvo arriba de una quincena de votos. La Mesa conciliadora no daba crédito a sus ojos. La derecha exigió votación nominal, que duró hasta las tres de la madrugada. Muchos de los delegados se marcharon para no votar francamente contra los partidos a que pertenecían. Y así y todo, a pesar de todas las formas de presión empleadas, la resolución de los bolcheviques obtuvo, en la votación definitiva, 279 votos contra 105. Era un hecho de gran importancia, que señalaba el principio del fin. La Mesa, aturdida, anunció que presentaba la dimisión.

El 2 de septiembre, en la reunión común de los órganos soviéticos rusos en Finlandia, fue adoptada una resolución en favor de la entrega del poder a los soviets, por 700 votos contra 13 y 36 abstenciones. El día 5, el Soviet de Moscú siguió el mismo camino que el de Petrogrado: por 355 votos contra 254 no sólo expresó su desconfianza al gobierno provisional como instrumento de la contrarrevolución, sino que condenó la política de coalición del Comité ejecutivo. La Mesa, presidida por Jinchuk, anunció su dimisión. El Congreso de los soviets de la Siberia central, que inauguró en Krasnoyarsk sus tareas el 5 de septiembre, transcurrió enteramente bajo la enseña del bolchevismo. El 8 fue adoptada, por 130 votos contra 66, en el Soviet de diputados obreros de Kiev, la resolución de los bolcheviques, a pesar de que la fracción bolchevista oficial contaba sólo con 95 miembros. En el Congreso de los soviets de Finlandia, que se abrió el día 10, 150.000 marinos, soldados y obreros rusos estaban representados por 79 bolcheviques. El Soviet de diputados campesinos de la provincia de Petrogrado eligió corno delegado para la Conferencia democrática al bolchevique Sergueiev. Una vez más se puso de manifiesto que cuando el partido consigue ponerse en contacto directamente con el campo, a través de los obreros o de los soldados, los campesinos forman de buen grado bajo su bandera.

El predominio del Partido bolchevique en el Soviet de Petrogrado se consolidó dramáticamente en la histórica sesión del 9 de septiembre. Todas las fracciones invitaban insistentemente a sus miembros a asistir a dicha sesión, diciéndoles: "Está en juego el porvenir entero del Soviet." Reuniéronse cerca de mil diputados obreros y soldados. La cuestión estaba planteada en estos términos: "La votación del 1 de septiembre, ¿había sido un simple episodio, originado por la composición accidental de la Asamblea, o significaba un cambio completo de la política del Soviet?" Temiendo no obtener mayoría contra la Mesa, de la que formaban parte todos los caudillos conciliadores: Cheidse, Tsereteli, Chernov, Gotz, Dan, Skobelev, la fracción bolchevista propuso elegir una Mesa sobre la base proporcional. Esta proposición, que venía a atenuar en cierto modo la acuidad del

choque de principios y que precisamente por este motivo fue severamente condenada por Lenin, tenía la ventaja de asegurar el apoyo de los elementos vacilantes. Pero Tsereteli rechazó el compromiso. La Mesa quería saber si el Soviet había cambiado efectivamente de orientación: "No es posible practicar la táctica de los bolcheviques." El proyecto de resolución propuesto por la derecha decía que la votación del 1 de septiembre no correspondía a la orientación política del Soviet, el cual seguía teniendo confianza en su Mesa. A los bolcheviques no les quedaba más recurso que aceptar el reto, y así lo hicieron sin vacilar. Trotski, que aparecía por primera vez en el Soviet después de su liberación de la cárcel y que fue acogido calurosamente por una considerable parte de la Asamblea (los dos bandos pesaron mentalmente los aplausos: ¿Mayoría o minoría?), pidió antes de la votación una aclaración: ¿Sigue formando parte de la Mesa Kerenski? La Mesa, suficientemente agobiada ya de pecados, al dar una respuesta afirmativa, tras un minuto de vacilación, se ató ella misma una pesada cadena a los pies. Era lo único que necesitaba el adversario. "Teníamos el profundo convencimiento -declaró Trotski- de que Kerenski no podía formar parte de la Mesa. Estábamos en un error. Ahora, entre Dan y Cheidse, está sentado el espectro de Kerenski... Cuando se os proponga aprobar la orientación política de la Mesa, no olvidéis que con ello se os propone que aprobéis la política de Kerenski." La sesión transcurrió en medio de una tensión extrema. Lo único que mantenía el orden era el deseo que animaba a todos y a cada uno de no llevar las cosas hasta la explosión. Todos querían llevar a cabo, cuanto antes, un recuento de los amigos y de los adversarios. Todos se daban cuenta de que iba a resolverse la cuestión del poder, de la guerra, la suerte de la revolución. Decidióse votar saliendo por la puerta. Se propuso que salieran los que aceptaran la dimisión de la Mesa: a la minoría le sería más fácil salir que a la mayoría. En toda la sala se produjo una apasionada agitación, pero a media voz. ¿La antigua Mesa o la nueva? ¿La coalición o el régimen soviético? Se dirigió a la puerta mucha gente, más de la que debía salir, a juicio de la Mesa. Los jefes bolcheviques consideraban, por su parte, que iba a faltarles cerca de un centenar de votos para obtener la mayoría. "Y aun así será un resultado magnífico", se decían, para consolarse por anticipado. Los obreros y los soldados van dirigiéndose uno tras otro a la puerta. Un rumor contenido de voces; breves estallidos de altercados; se alza una voz: "¡Kornilovianos!" "¡Héroes de julio!" La votación dura cerca de una hora. Nuestras invisibles balanzas oscilan. La Mesa, con una emoción apenas contenida, sigue en el estrado. Por fin se han contado los votos y se anuncia el resultado: en favor de la Mesa y de la coalición, ¡414 votos!, contra ¡519! ¡Se han abstenido 67! La nueva

mayoría aplaude con entusiasmo, turbulenta, furiosamente. Tiene derecho a ello: se ha pagado la victoria a un precio elevado. Buena parte del camino queda a la espalda.

Los jefes depuestos, que aún no se han rehecho del golpe, bajan del estrado, afligidos. Tsereteli no puede abstenerse de hacer una profecía amenazadora: "Nos retiramos de esta tribuna -grita, volviendo la cabeza al retirarse- convencidos de que durante medio año hemos mantenido en alto y con dignidad la bandera de la revolución. Ahora, esa bandera ha pasado a vuestras manos. ¡Lo único que podemos hacer es expresar el deseo de que la mantengáis en ellas, aunque no sea mas que la mitad de ese tiempo!" Tsereteli se equivocó cruelmente, con respecto a los plazos, como, por otra parte, respecto de todo lo demás.

El Soviet de Petrogrado, que había sido el padre de todos los demás, estaba ahora dirigido por los bolcheviques, esos bolcheviques que aún ayer no eran más que un "insignificante puñado de demagogos". Trotski recordó desde la mesa que no había levantado aún la acusación lanzada contra los bolcheviques, de que estaban al servicio del Estado Mayor alemán. "Que los Miliukov y los Guchkov nos cuenten su vida, día por día. No lo harán, pero nosotros estamos dispuestos a dar cuenta de nuestros actos; nada tenemos que ocultar al pueblo ruso..." El Soviet de Petrogrado, en una resolución especial, "condenó al desprecio a los autores, propagadores y cómplices de la calumnia".

Los bolcheviques tomaron posesión de la herencia. Esta resultó grandiosa y extraordinariamente mezquina, a un mismo tiempo. El Comité ejecutivo central había privado oportunamente al Soviet de Petrogrado de los dos periódicos creados por él, así como de todas las secciones administrativas, de todos los recursos técnicos y monetarios, de las máquinas de escribir, de los tinteros inclusive. Los numerosos automóviles puestos al servicio del Soviet, desde los días de febrero, habían sido puestos, todos ellos, a la absoluta disposición del Olimpo conciliador. Los nuevos directivos no tenían ni caja, ni periódicos, ni aparato burocrático, ni medios de transporte, ni plumas, ni lápices. No tenían nada, como no fueran las paredes desnudas y la ardiente confianza de los obreros y soldados. Con eso hubo más que suficiente.

Después del profundo cambio producido en la política del Soviet, las filas de los conciliadores se disolvieron más rápidamente aún. El 11 de septiembre, cuando Dan defendió la coalición y Trotski habló en favor del paso del poder a los soviets, la coalición fue rechazada por totalidad de votos contra diez y siete abstenciones. Aquel mismo día, el Soviet de Moscú condenaba unánimemente las represiones contra los bolcheviques. Los conciliadores se vieron bien pronto relegados a un estrecho sector de la derecha, análogo al

que en la izquierda ocupaban los bolcheviques en los comienzos de la revolución. Pero ¡qué diferencia! Los bolcheviques habían sido siempre más fuertes entre las masas que en los soviets. Por el contrario, los conciliadores seguían conservando todavía en los soviets mayor lugar que entre las masas. Los bolcheviques, en la época de su mayor debilidad, tenían un porvenir. A los conciliadores no les quedaba más que el pasado, del que no tenían motivos como para enorgullecerse.

Al mismo tiempo que imprimía un cambio de frente a su política, el Soviet de Petrogrado modificó su aspecto exterior. Los jefes conciliadores desaparecieron por completo del horizonte, atrincherándose en el Comité ejecutivo; en el Soviet fueron sustituidos por estrellas de segunda y tercera magnitud. Lo mismo que Tsereteli, Chernov, Avkséntiev, Skobelev, y a la par que ellos, no volvieron a dejarse ver amigos y admiradores de los ministros democráticos, los oficiales radicales y las damas, los escritores semisocialistas y la gente ilustrada y de nota. El Soviet se convirtió en algo más homogéneo, más gris, más sombrío, más serio.

CAPITULO XXXVI
LOS BOLCHEVIQUES Y LOS SOVIETS

Cuando se examinan de cerca los medios e instrumentos de la agitación bolchevista, no sólo aparecen completamente desproporcionados a la influencia política del bolchevismo, sino que asombran por su escasa importancia. Antes de las jornadas de julio, el partido tenía cuarenta y un órganos en la prensa, contando los semanarios y las revistas mensuales, con una tirada total de 320.000 ejemplares; después de la represión de julio, la tirada disminuyó en dos veces. A finales de agosto, el órgano central alcanzaba una tirada de 50.000 ejemplares. En los días en que el partido se apoderaba de los soviets de Petrogrado y de Moscú, había en la caja del Comité central unos treinta mil rublos en papel.

La afluencia de intelectuales al partido era muy escasa. El amplio sector de los llamados "viejos bolcheviques", formado por los estudiantes que se habían adherido a la revolución de 1905, se había convertido en una masa de ingenieros, médicos y funcionarios bien aposentados que mostraban sin cumplidos al partido los contornos hostiles de su espalda. En el mismo Petrogrado se notaba a cada momento la falta de periodistas, oradores, agitadores. La provincia carecía absolutamente de todo. No había dirigentes, militantes con preparación política que pudieran explicar al pueblo lo que querían los bolcheviques. Este es el grito que parte de centenares de puntos recónditos y, sobre todo, del frente. En el campo apenas hay grupos bolchevistas. Las relaciones postales están completamente desorganizadas. Abandonadas a sí mismas, las organizaciones locales acusan a menudo al Comité central, y no sin fundamento, de no preocuparse de dirigir más que Petrogrado.

¿Cómo se explica que con un aparato tan débil y una insignificante tirada de prensa pudieran penetrar en el pueblo las ideas y las consignas del bolchevismo? La solución de este enigma es muy sencilla: que las consignas que responden a las necesidades agudas de una clase y de una época se crean por sí solas miles de canales. La ardiente atmósfera de la revolución es un agente conductor de ideas extraordinariamente elevado. Los periódicos bolchevistas se leían en voz alta, pasaban de mano en mano; los artículos principales se aprendían de memoria, se transmitían de boca en boca, se copiaban y, allí donde era posible, se reimprimían. "La imprenta del Estado Mayor -cuenta Pireiko- prestó grandes servicios a la causa de la revolución; ¡cuántos artículos de la *Pravda* y cuántos folletos, perfectamente comprensibles para los soldados, fueron reproducidos en nuestra imprenta! Y todo ello se expedía rápidamente al frente con ayuda del correo, de motociclistas y

ciclistas...” A todo esto, la prensa burguesa, de la que se enviaban al frente millones de ejemplares, no encontraba lectores. Enormes paquetes de periódicos quedaban sin deshacer. El boicot de la prensa “patriótica” tomaba, a menudo, formas demostrativas. Los representantes de la 18 División de Siberia acordaron invitar a los partidos burgueses a que dejaran de mandar sus publicaciones, puesto que “se destinan estérilmente a encender la lumbre para el té”. La prensa bolchevista tenía una aplicación completamente distinta, como consecuencia de lo cual el coeficiente de su eficiencia o, si se quiere, de su nocividad, era incomparablemente superior.

Suele explicarse la rapidez de los éxitos del bolchevismo, por la “sencillez” de sus consignas, que respondían a los deseos de las masas. Hay en esto una parte de verdad. El valor de la política de los bolcheviques se hallaba determinado por el hecho de que, contrariamente a lo que sucedía con los partidos “democráticos” aquéllos prescindían en absoluto de esas afirmaciones incompletas o equívocas que, en fin de cuentas, se reducen a la defensa de la propiedad privada. Esta diferencia, sin embargo, no lo explica todo. Si a la derecha de los bolcheviques se hallaba la “democracia”, a la izquierda intentaban eliminarles, ora los anarquistas, ora los maximalistas, ora los socialrevolucionarios de izquierda. A pesar de todo, la impotencia de esos grupos era manifiesta. El rasgo distintivo del bolchevismo consistía en que subordinaba la finalidad subjetiva -la defensa de los intereses de las masas populares- a las leyes de la revolución, como un proceso objetivamente condicionado. El descubrimiento científico de esas leyes, ante todo de las que rigen el movimiento de las masas populares, constituía la base de la estrategia bolchevista. En su lucha, los trabajadores se hallan guiados no sólo por sus necesidades, sino también por la experiencia práctica. Para el bolchevismo era absolutamente ajeno el desdén aristocrático hacia la experiencia de las masas. Muy al contrario, los bolcheviques partían de esa experiencia y en ella basaban su política, lo cual constituía una de sus grandes ventajas.

Las revoluciones son siempre muy locuaces y tampoco escaparon a esta ley los bolcheviques. Pero al paso que la agitación de los mencheviques y socialrevolucionarios tenía un carácter disperso, contradictorio y casi siempre evasivo, la de los bolcheviques se distinguía por su carácter reflexivo y concentrado. Los conciliadores se sacudían las dificultades hablando a diestro y siniestro; los bolcheviques salían a su encuentro. El análisis constante de la situación, la comprobación de las consignas en los hechos, la actitud seria frente al adversario, aunque éste fuera poco serio, daban a la agitación bolchevista una eficacia extraordinaria y una gran fuerza de persuasión.

La prensa del partido no exageraba los éxitos, no deformaba la correlación de fuerzas, no intentaba imponerse a gritos. La escuela de Lenin era una escuela de realismo revolucionario. Los datos de la prensa bolchevista del año 1917 se revelan, a la luz de los documentos de la época y de la crítica histórica, como incomparablemente más verídicos que los de los demás periódicos. La veracidad se desprendía de la fuerza revolucionaria de los bolcheviques, pero, al mismo tiempo, consolidaba esa fuerza. La renuncia a esta tradición ha constituido posteriormente uno de los peores rasgos que han caracterizado a los epígonos.

"No somos unos charlatanes -decía Lenin, inmediatamente después de su llegada-. Hemos de basarnos únicamente en la conciencia de las masas. No importa que nos veamos obligados a quedarnos en minoría... El quedarse en minoría no debe causar ningún temor... Ejercemos la crítica para librar a las masas del engaño... Estas acabarán por convencerse de que nuestra orientación es acertada. Todos los oprimidos se acercarán a nosotros... No tienen otra salida." La política bolchevista, comprendida en su integridad, se aparece ante nosotros como la antítesis directa de la demagogia y del aventurismo.

Lenin vive en la clandestinidad. Sigue la prensa con atención concentrada; lee, como siempre, entre líneas, y en las pocas conversaciones personales que sostiene percibe el eco de los pensamientos incompletos y de los propósitos parcialmente enunciados. En las masas se observa el reflujo. Mártov, que defiende a los bolcheviques contra la calumnia, ironiza al mismo tiempo, con aflicción, respecto al partido, que "ha propuesto causarse por su propia mano la derrota y lo ha conseguido". Lenin adivina -no tardan en llegar hasta él rumores concretos sobre el particular- que algunos bolcheviques no son ajenos a las notas de arrepentimiento y que el impresionable Lunacharski no está solo. Lenin habla del lloriqueo de los pequeños burgueses y de los "renegados bolcheviques que prestan atención a ese lloriqueo." En las barriadas obreras y en provincias, los bolcheviques aprueban estas severas palabras y se convencen más firmemente todavía de que "el viejo" no se desconcierta, no se desanima ni se deja llevar por estados de ánimo accidentales.

Un miembro del Comité central de los bolcheviques -¿sería Sverdlov?- escribe a provincias: "Nos hemos quedado sin periódico temporalmente... La organización no ha sido destruida... El Congreso no se aplazará." Lenin sigue atentamente, en la medida en que se lo permite su obligado aislamiento, la preparación del Congreso del partido, y señala sus decisiones fundamentales: se trata del plan de una nueva ofensiva. El Congreso es calificado previamente de "Congreso de unificación", puesto que en él debe consagrarse la inclusión en el partido de algunos grupos revolucionarios autónomos, ante todo, de la

organización petrogradesa de los *meirayontsi,* a la cual pertenecen Trotski, Yofe, Uritski, Riazanov, Lunacharski, Pokrovski, Manuilski, Karajan, Yurénev y algunos otros revolucionarios conocidos por su pasado o que pronto habían de adquirir notoriedad.

El 2 de julio, precisamente el día antes de la manifestación, tuvo lugar la Conferencia de los *meirayontsi,* en la que estaban representados cerca de cuatro mil obreros. "La mayoría -dice Sujánov, que se hallaba entre el público- eran obreros y soldados, para mí desconocidos... Se trabajaba febrilmente y los progresos de ese trabajo podía notarios todo el mundo. Sólo estorbaba una cosa: ¿En qué os distinguís de los bolcheviques y por qué no estáis con ellos?" Para acelerar la unificación, que algunos dirigentes de la organización no tenían gran prisa en efectuar, Trotski publicó en la *Pravda* una declaración concebida en estos términos: "A mi ver, no existen, en la actualidad, divergencias ni de principios ni de táctica entre los *meirayonsti* y la organización bolchevista. No hay, por consiguiente, ningún motivo que pueda justificar la existencia separada de dichas organizaciones."

El 26 de julio se abrió el Congreso de unificación, que en el fondo no era más que el VI Congreso del Partido bolchevique, que transcurrió semilegalmente, refugiándose alternativamente en dos barrios obreros. 175 delegados, entre ellos 157 con voz y voto, representaban a 112 organizaciones con 176.750 miembros. En Petrogrado había 41.000 miembros: 36.000 en la organización bolchevista, 4.000 en la de los *meirayontsi,* cerca de 1.000 en la organización militar. En la región industrial central, que tenía por capital a Moscú, el partido contaba con 42.000 miembros; en los Urales, con 25.000; en la cuenca del Don, con cerca de 15.000. En el Cáucaso existían organizaciones bolchevistas de importancia, en Baku, Grozni y Tiflis: las dos primeras eran casi puramente obreras; en la de Tiflis predominaban los soldados.

Por su composición personal, el Congreso llevaba el sello del pasado prerrevolucionario del partido. De los 171 delegados que llenaron las encuestas, 110 habían pasado en la cárcel doscientos cuarenta y cinco años; 10 habían sufrido cuarenta y un años de trabajos forzados; 24 habían sufrido setenta y tres años de deportación. En total, habían estado en el destierro 55 delegados, cuyas condenas sumaban 127 años, 27 habían estado en la emigración ochenta y nueve años; 150 habían sido detenidos 549 veces.

"En aquel Congreso -ha recordado posteriormente Piatnitski, uno de los actuales secretarios de la Internacional Comunista- no participaron ni Lenin, ni Trotski, ni Zinóviev, ni Kámenev... A pesar de que la cuestión del programa fue retirada del orden del día, el Congreso transcurrió sin los jefes del partido en un ambiente de trabajo práctico..." La base de la labor del Congreso eran las tesis de Lenin. Los ponentes fueron Bujarin y Stalin. La

ponencia de Stalin da idea, con bastante exactitud, de la distancia recorrida por el propio ponente, junto con todos los cuadros del partido, durante los cuatro meses transcurridos desde la llegada de Lenin. Teóricamente vacilante, pero políticamente decidido, Stalin intenta enumerar los rasgos que determinan "el carácter profundo de la revolución socialista, de la revolución obrera". La unanimidad del Congreso, si se compara a éste con la Conferencia de abril, salta inmediatamente a la vista.

Con respecto a las elecciones para el Comité central, el acta del Congreso dice: "Se da cuenta de los nombres de los cuatro miembros del Comité central, que han obtenido el mayor número de votos: Lenin, 133 de los 134; Zinóviev, 132; Kámenev, 131; Trotski, 131; además de ellos, son elegidos para el Comité central: Noguín, Kolontay, Stalin, Sverdlov, Ríkov, Bujarin, Artium, Jofe, Aritzki, Miliutin, Lómov." Importa tomar nota de la composición de este Comité central: bajo la dirección del mismo habrá de llevarse a cabo la revolución de Octubre.

Mártov saludó al Congreso con una carta, en la que expresó nuevamente su "profunda indignación contra la campaña de calumnias", pero en las cuestiones fundamentales "se detuvo en el umbral de la acción". "No puede admitirse -escribía- que la conquista del poder por la mayoría de la democracia revolucionaria sea sustituida por la conquista del poder en lucha con esta mayoría y contra ella..." Mártov seguía entendiendo por mayoría de la democracia revolucionaria la representación soviética oficial, que iba perdiendo terreno a pasos agigantados. "Mártov se halla atado a los socialpatriotas, no por la simple tradición de fracción -decía Trotski en aquellos días-, sino por una actitud profundamente oportunista ante la revolución social como fin lejano que no puede determinar el planteamiento de objetivos actuales. Y eso le separa de nosotros."

Sólo una pequeña parte de los mencheviques de izquierda, con Latín al frente, se acercó con resolución definitiva, en ese período, a los bolcheviques. Yurénev, futuro diplomático soviético, que actuó como ponente sobre la unificación de los internacionalistas, llegó a la conclusión de que habría que unirse con "la minoría de la minoría de los mencheviques"... La afluencia en gran escala de ex mencheviques al partido no empezó hasta después de la revolución de Octubre; al adherirse, no a la insurrección proletaria, sino al poder resultante de la misma, los mencheviques ponían de manifiesto la cualidad fundamental del oportunismo: inclinarse ante la fuerza del día. Lenin, que era muy sensible a cuanto se refería a la composición del partido, no tardó en exigir que se expulsara del mismo al 99 por 100 de los mencheviques que habían ingresado después de la revolución de Octubre. Lenin estuvo muy lejos de conseguirlo. Posteriormente, las puertas

del partido se han abierto de par en par a los mencheviques y socialrevolucionarios, y los ex conciliadores se han convertido en una de las columnas del régimen estalinista del partido. Pero todo esto se refiere ya a un período ulterior.

Sverdlov, organizador práctico del Congreso, informó: "Trotski había entrado ya antes del Congreso en la redacción de nuestro órgano, pero su detención impidió que colaborase de una manera efectiva." Hasta el Congreso de julio, Trotski no entró formalmente en el partido bolchevique. Estaba haciéndose el balance final de los arios de divergencias y de lucha fraccional. Trotski se fue con Lenin como hacia el maestro, cuya fuerza e importancia comprendió más tarde que otros muchos, pero quizá de un modo más completo. Raskolnikov, que estuvo en contacto íntimo con Trotski después de la llegada de este último del Canadá y que pasó después unas semanas en la cárcel junto con él, decía en sus *Memorias:* "Trotski trataba con inmenso respeto a Vladimir Ilich [Lenin]. Lo ponía por encima de todos los contemporáneos que había tratado en Rusia y en el extranjero. En el tono con que Trotski hablaba de Lenin, se echaba de ver la adhesión del discípulo; en aquel entonces, Lenin llevaba treinta años al servicio del proletariado y Trotski, veinte. El eco de las divergencias del período anterior a la guerra había desaparecido por completo. Entre la línea táctica de Lenin y la de Trotski, no existían diferencias. Esta aproximación, iniciada ya durante la guerra, se evidenció de modo completamente concreto a partir del momento del regreso de Lev Davidovich [Trotski] a Rusia; después de sus primeras manifestaciones públicas, todos los viejos leninistas tuvimos la sensación de que era nuestro." Lenin, lanzando una ojeada al pasado del partido, escribía en 1919: "El bolchevismo ha tenido no pocas divergencias, ha pasado asimismo por pequeñas escisiones a causa de esas divergencias, pero en el momento decisivo, en el momento de la conquista del poder... el bolchevismo ha aparecido como un todo único, atrayéndose *a todas las mejores tendencias del pensamiento socialista que le eran afines."* Estas palabras de Lenin se refieren, ante todo, a la tendencia expresada por Trotski, pues ni en Rusia ni en toda la Internacional había otra tendencia que fuera más afín al bolchevismo. Todos los extractos debidamente seleccionados y que reflejan los choques polémicas y las exageraciones inevitables de la lucha fraccional en el transcurso de una serie de años, pierden su significación ante el testimonio de hechos de una magnitud histórica tal como la revolución de 1905, la guerra mundial, la revolución de 1917 y la fundación de la Internacional Comunista.

Dzerchinski, que también se adhirió al bolchevismo en 1917, había pertenecido antaño a la tendencia de Rosa Luxemburgo, que estaba separada de los bolcheviques por divergencias mucho más profundas que Trotski y que, precisamente, por eso se halló en

1917-1918 frente a Lenin y a Trotski. En todo caso, aunque no sea más que el número de votos obtenido por Trotski en su elección al Comité central, muestra que nadie le consideraba como un extraño entre los bolcheviques, en el momento de su ingreso en el partido.

La presencia invisible de Lenin en el Congreso dio a la labor de éste el necesario espíritu de responsabilidad y de audacia. El creador y educador del partido no toleraba la imprecisión, tanto en la teoría como en la política. Sabía que una fórmula económica errónea o una observación política poco atenta se vengaban cruelmente a la hora de la acción. Al defender su criterio atento y escrupuloso en el enjuiciamiento de los textos del partido, aunque fueran secundarios, solía decir Lenin con frecuencia: "Esto no son menudencias; hay que obrar con precisión; es un hábito que deberá adquirir nuestro agitador; con eso no se descarriará..." "Tenemos un buen partido", añadía refiriéndose precisamente a la forma seria y exigente en que el agitador consideraba lo que tenía que decir y cómo debía decirlo.

La audacia de las consignas bolchevistas daba, con frecuencia, una impresión de cosa fantástica: esa misma impresión fue la que produjeron las tesis de Lenin de abril. En realidad, en la época revolucionaria lo más fantástico es la política de corto alcance; e inversamente, el realismo es inconcebible fuera de la política de largo alcance. No basta con decir que la fantasía era ajena al bolchevismo; el partido de Lenin era el único partido que estaba dotado de realismo político en la revolución.

En junio y a primeros de julio dijeron más de una vez los obreros bolcheviques que tenían que desempeñar para con las masas el papel de bomberos, y no siempre con buen éxito. Julio trajo aparejada consigo, aparte de la derrota, una experiencia que se pagó cara. Las masas se mostraron mucho más atentas a las advertencias del partido. El Congreso de julio confirmó: "El proletariado no debe dejarse arrastrar por la provocación de la burguesía, la cual siente grandes deseos de empujar actualmente a las masas a un combate prematuro. En todo el mes de agosto y, en especial, durante la segunda quincena del mismo, el partido hace constantes advertencias a los obreros y soldados, en el sentido de que no se lancen a la calle. Los caudillos bolchevistas chanceaban a menudo, a propósito de la analogía de sus advertencias, con el *leitmotiv* político de la vieja socialdemocracia alemana, que contenía a las masas, apartándolas de toda lucha seria, basándose invariablemente en el peligro de la provocación y en la necesidad de acumular fuerzas. En realidad, la analogía era sólo aparente. Los bolcheviques se daban perfecta cuenta de que las fuerzas se acumulaban en la lucha y no evitando ésta pasivamente. El estudio de la realidad era para Lenin no más

que una incursión teórica en interés de la acción. Al apreciar la situación, veía siempre en el centro de la misma al Partido como fuerza activa. Sentía una hostilidad particular o, para decirlo más fielmente, repugnancia, hacia el austromarxismo (Otto Bauer, Hilferding y otros), para el que el análisis teórico no es más que un comentario lleno de suficiencia de la pasividad. La prudencia es un freno, no un motor. Nadie ha dado cima todavía a ningún viaje valiéndose de un freno, ni más ni menos que nadie ha hecho jamás cosa grande con la prudencia. Pero los bolcheviques sabían muy bien, al mismo tiempo, que la lucha exigía un exacto conocimiento, una ponderada consideración de las fuerzas; para tener derecho a ser osados, había que empezar por ser prudentes.

La resolución del VI Congreso, que ponía en guardia contra toda acción prematura, indicaba al mismo tiempo que había que aceptar la lucha "cuando la crisis general del país y el profundo impulso ascensional de las masas crean condiciones favorables para que los elementos pobres de la ciudad y del campo se pongan al lado de los obreros". En una época revolucionaria como aquélla, la espera de esa coyuntura no representaba décadas o años, sino unos pocos meses simplemente.

Después de incluir en el orden del día la explicación dirigida a las masas de la necesidad de prepararse para la insurrección, el Congreso decidió, al mismo tiempo, retirar la consigna central del período precedente: la transmisión del poder a los soviets. Lo uno iba aparejado a lo otro. Lenin había preparado ya el cambio de consignas por medio de artículos, cartas y conversaciones.

La transmisión del poder a los soviets significaba la transmisión directa de dicho poder a los conciliadores, cosa que podía llevarse a cabo pacíficamente, mediante el puro y simple licenciamiento del gobierno burgués, que se sostenía gracias a la buena voluntad de los conciliadores y a los restos de confianza que en ellos tenían las masas. La dictadura de los obreros y soldados era un hecho, a partir del 27 de febrero. Pero los obreros y soldados no se daban cuenta de ello. Habían confiado el poder a los conciliadores, los cuales, a su vez, lo habían transmitido a la burguesía. El cálculo de los bolcheviques respecto a la posibilidad de un desarrollo pacífico de la revolución se basaba no en que la burguesía habría de ceder voluntariamente el poder a los obreros y soldados, sino en que éstos impedirían a tiempo que los conciliadores cedieran el poder a la burguesía.

La concentración del poder en los soviets, bajo el régimen de la democracia soviética, hubiera dado a los bolcheviques completa posibilidad de conquistar la mayoría en esos soviets y, por consiguiente, de formar un gobierno sobre la base de su programa. No hacía falta para ello el levantamiento armado. El cambio de partidos en el poder se hubiera

efectuado de un modo pacífico. Todos los esfuerzos del partido, entre abril y julio, estaban orientados en el sentido de asegurar el desarrollo pacífico de la revolución a través de los soviets. "Explicar pacientemente", era la clave de la política bolchevista.

Las jornadas de julio modificaron radicalmente la situación. El poder pasó de los soviets a manos de los cotarros militares, que estaban en contacto con los kadetes y las embajadas, y que no hacían más que tolerar temporalmente a Kerenski como firma o cobertura democrática. De habérsele ocurrido ahora al Comité ejecutivo adoptar un acuerdo en el sentido de que el poder pasara a sus manos, el resultado hubiera sido completamente distinto del que se habría obtenido tres días antes: seguramente hubiese entrado en el palacio de Táurida un regimiento cosaco y, en unión de las academias militares, habría intentado, sencillamente, detener a los "usurpadores". La consigna "el poder a los soviets" suponía, para lo sucesivo, el levantamiento armado contra el gobierno y las pandillas militares que éste tenía detrás. Pero hubiera sido a todas luces absurdo provocar la insurrección con el lema: "El poder a los soviets", cuando esos soviets empezaban por no querer ese poder.

Por otra parte, parecía dudoso -algunos lo tenían incluso por poco probable- que los bolcheviques pudieran conquistar, por medio de unas elecciones pacíficas, mayoría en esos soviets faltos de todo poder: los mencheviques y socialrevolucionarios, que se habían comprometido por las represalias emprendidas en julio contra los obreros y campesinos, continuarían apelando, naturalmente, a la violencia contra los bolcheviques. Los soviets, que seguían en manos de los conciliadores, se convertirían en una oposición impotente bajo un régimen contrarrevolucionario, para dejar bien pronto de existir por completo.

En estas condiciones, no cabía pensar siquiera en la posibilidad de que el poder pasara pacíficamente a manos del proletariado. Esto significaba para el Partido bolchevique: hay que prepararse para el levantamiento armado. ¿Con qué consigna? Con la franca consigna de la conquista del poder por el proletariado y los campesinos pobres. Había que presentar el objetivo revolucionario en su forma más cruda. Era preciso poner de manifiesto la sustancia misma de clase, liberándola de la forma de los soviets, que pecaba de equívoca. Una vez dueño del poder, el proletariado debería organizar el Estado conforme al tipo soviético. Pero los que de esa organización surgiesen serían ya otros soviets, que habrían de llevar a cabo una misión histórica diametralmente opuesta a las funciones de custodia que realizaban los soviets conciliadores.

"La consigna de la entrega del poder a los soviets -escribía Lenin cuando se inició la campaña calumniosa- sonaría ahora a quijotada o a burla. Lanzar esa consigna equivaldría

objetivamente a engañar al pueblo, a inspirarle la ilusión de que ahora habría bastante con desear la toma del poder o con adoptar una resolución en ese sentido -como si no figurasen todavía en el Soviet partidos mancillados por la cooperación que prestaron a los verdugos-, como si se pudiera borrar el pasado de un plumazo."

¿Renunciar a la demanda de la entrega del poder a los soviets? En el primer momento, esta idea llenó de asombro al partido; mejor dicho, a sus agitadores, que en el transcurso de los tres últimos meses se habían asimilado hasta tal punto esa consigna popular, que identificaban casi con ella el contenido íntegro de la revolución. En los círculos del partido se iniciaron las discusiones. Muchos militantes destacados, tales como Manuilski, Yurénev y otros, demostraron que el hecho de retirar la consigna "el poder a los soviets", engendraba el peligro de que el proletariado se aislara de los campesinos. Esta objeción ponía en lugar de las clases las instituciones. Por extraño que a primera vista pueda parecer, el fetichismo de la forma de organización constituye una enfermedad muy frecuente en los medios revolucionarios. "Puesto que seguimos en los soviets -escribía Trotski- hemos de procurar que éstos, que reflejan el día de ayer de la revolución, consigan elevarse hasta la altura de los objetivos del día de mañana. Pero, por importante que sea la cuestión del papel y de la suerte de los soviets, está enteramente subordinada para nosotros a la de la lucha del proletariado y de las masas semiproletarias de la ciudad, del ejército y del campo por el poder político, por la dictadura revolucionaria."

La cuestión de saber qué organización de masas debía servir al partido para dirigir conforme a ella la insurrección no permitía una resolución *a priori* ni, con mayor motivo, categórica. Podían convertirse en órganos de insurrección los comités de fábrica y los sindicatos, que se hallaban ya bajo la dirección de los bolcheviques, y asimismo, en algunos casos, los soviets, en la medida en que alcanzasen a sacudir el yugo de los conciliadores. Lenin, por ejemplo, decía a Ordjonikidze: "Hemos de trasladar el centro de gravedad a los comités de fábrica. Es tos deben convertirse en los órganos de la insurrección."

Después que las masas hubieron chocado en julio con los soviets, como adversarios pasivos primeramente, y luego como enemigos activos, la modificación de la consigna halló terreno abonado en la conciencia de esas masas. Esta era precisamente la preocupación constante de Lenin: expresar con la máxima sencillez lo que por una parte se desprende de las condiciones objetivas, y por otra, resume la experiencia subjetiva de las masas. No se trata ahora de ofrecer el poder a los soviets de Tsereteli, sino de que debemos apoderarnos con nuestras propias manos y para ese poder. Tal era el sentir de los obreros y soldados avanzados.

La manifestación huelguística de Moscú contra la Conferencia nacional no sólo se desarrolló contra la voluntad del Soviet, sino que tampoco propugnó la demanda del poder para los soviets. Las masas se habían asimilado ya la lección que los acontecimientos ofrecían y que Lenin había interpretado. Al mismo tiempo, los bolcheviques de Moscú no vacilaron ni un momento en ocupar posiciones de combate tan pronto como surgió el peligro de que la contrarrevolución intentara aplastar a los soviets conciliadores. La política bolchevista combinaba en todo punto la intransigencia revolucionaria con la suprema elasticidad, y eso era precisamente lo que constituía su fuerza.

Los acontecimientos desarrollados en el teatro de la guerra sometieron bien pronto a una prueba crucial la política del partido, desde el punto de vista de su internacionalismo. Después de la caída de Riga, la cuestión de la suerte de Petrogrado interesó vivamente a los obreros y soldados. En la Asamblea de los comités de fábrica, celebrada en Smolni, el menchevique Mazurenko, que recientemente había dirigido como oficial el desarme de los obreros de Petrogrado, presentó un informe sobre los peligros que amenazaban a Petrogrado, y planteó una serie de problemas prácticos referentes a la defensa. "¿De qué podéis hablar con nosotros? -exclamó uno de los oradores bolcheviques-. Nuestros jefes están en la cárcel, y nos convocáis a nosotros para examinar cuestiones relacionadas con la defensa del capital." Ni como obreros industriales ni como ciudadanos de la república burguesa estaban dispuestos en lo más mínimo los proletarios de la barriada de Viborg a sabotear la defensa de la capital revolucionaria. Pero como bolcheviques, como miembros del partido, no querían ni por un momento compartir con los dirigentes la responsabilidad de la guerra ante el pueblo ruso y ante los pueblos de los demás países. Lenin, temiendo que el estado de opinión favorable a la defensa se convirtiera en una política defensiva, escribía: "Seremos defensistas solamente después que el poder haya pasado a manos del proletariado... Ni la toma de Riga ni la toma de Petrogrado nos harán defensistas. Entre tanto, estamos por la revolución proletaria contra la guerra; no somos defensistas." "La caída de Riga -escribía Trotski desde la cárcel- ha sido un rudo golpe. La caída de Petersburgo sería una desgracia. Pero el hundimiento de la política internacional del proletariado ruso sería funestísimo." ¿Doctrinarismo de fanáticos? Pero en esos mismos días, mientras los tiradores y los marinos bolcheviques caían delante de Riga, el gobierno provisional retiraba tropas para mandarlas contra los bolcheviques, y el generalísimo en jefe se preparaba para la lucha contra el gobierno. Los bolcheviques no se atrevían a tomar sobre sí ni una sombra de responsabilidad, ni podían tomarla, en esta política, tanto en el

frente como en el interior, ni con la defensa ni con la ofensiva. No hubieran sido bolcheviques, de haber obrado de otro modo.

Kerenski y Kornílov representaban dos variantes de un mismo peligro; pero esas variantes, la una mediata, inminente la otra, se vieron contrapuestas hostilmente a finales de agosto. Había que dominar, ante todo, el peligro agudo, inminente, para liquidar después el mediato. Los bolcheviques no sólo entraron a formar parte del Comité de defensa -aunque la situación que ocuparan en el mismo fuese la de una pequeña minoría-, sino que declararon que en la lucha contra Kornílov estaban dispuestos a concertar una alianza "militar y técnica" incluso con el Directorio. Sujánov escribe a este respecto: "Los bolcheviques manifestaron un tacto y un acierto político extraordinarios... Verdad es que al pactar un compromiso impropio de ellos perseguían fines particulares no previstos por sus aliados. Pero precisamente por eso era mayor todavía su acierto en este asunto." Nada había en esa política que fuera "impropio" del bolchevismo; por el contrario, no podía responder mejor, en su conjunto, al carácter mismo del partido. Los bolcheviques eran revolucionarios de hechos y no de gestos, de fondo y no de forma. Su política se hallaba determinada por el agrupamiento real de las fuerzas, y no por simpatías y antipatías. Lenin, que era objeto de una campaña encarnizada por parte de los socialrevolucionarios y mencheviques, escribía: "Sería un error profundísimo pensar que el proletariado revolucionario, para vengarse, por decirlo así, de los socialrevolucionarios y mencheviques por haber contribuido a la represión de los bolcheviques, a los fusilamientos en el frente y al desarme de los obreros fueran capaces de negarse a prestarles su "apoyo" contra la contrarrevolución."

Tratábase de apoyarles técnicamente ya que no políticamente. En una de sus cartas al Comité central, Lenin ponía decididamente a éste en guardia contra el apoyo político: "Ni aun ahora debemos apoyar al gobierno de Kerenski. Sería una traición a los principios. Se nos pregunta: ¿Es que no debemos luchar contra Kornílov? Naturalmente que sí. Pero no es lo mismo; hay un límite, límite que ahora traspasan algunos bolcheviques, con lo que caen en la política de "conciliación", arrastrados por el torrente de los acontecimientos."

Lenin sabía percibir desde lejos los matices del estado de espíritu político. El 29 de agosto, G. Piatakov, uno de los directivos bolchevistas locales, declaraba en la reunión de la Duma municipal de Kiev: "En estos graves momentos hemos de olvidar todas las cuentas antiguas, y unirnos a todos los partidos revolucionarios que estén dispuestos a luchar decididamente contra la contrarrevolución. Hago un llamamiento a la unidad", y así sucesivamente. Contra lo que Lenin ponía en guardia era precisamente contra este falso

tono político. "Olvidar las cuentas antiguas" significaba abrir nuevos créditos a los candidatos a la bancarrota. "Combatiremos, combatimos contra Kornílov -escribía Lenin-, pero no apoyamos a Kerenski, sino que denunciamos su debilidad. Hay una diferencia... Es menester luchar implacablemente contra las frases... relativas al apoyo al gobierno provisional, etc., precisamente porque se trata de simples frases."

Los obreros estaban lejos de hacerse ilusiones respecto al carácter de su "bloque" con el palacio de Invierno. "Al luchar contra Kornílov, el proletariado no combatirá por la dictadura de Kerenski, sino por todas las conquistas de la revolución." Así se expresaban las fábricas, unas tras otras, en Petrogrado, en Moscú, en provincias. Los bolcheviques, sin hacer la menor concesión política a los conciliadores, sin confundir la organización ni la bandera, estaban dispuestos, como siempre, a coordinar su acción con la del adversario y el enemigo, si ello aseguraba la posibilidad de asestar un golpe a otro enemigo más peligroso en aquel momento.

En la lucha contra Kornílov, los bolcheviques perseguían "fines particulares". Sujánov indica que ya en aquel momento se proponían como fin los bolcheviques convertir el Comité de defensa en instrumento de la revolución proletaria. Está fuera de duda que los Comités revolucionarios de los días de la sublevación de Kornílov se convirtieron, hasta cierto punto, en prototipo de los órganos que posteriormente dirigieron la insurrección del proletariado. Pero Sujánov atribuye una perspicacia excesiva a los bolcheviques cuando supone preveían ya de antemano este aspecto de la cuestión. Los "fines particulares" de los bolcheviques consistían en aplastar la contrarrevolución, separar, si era posible, a los conciliadores de los kadetes, agrupar las mayores masas posibles bajo su propia dirección, armar el mayor número posible de obreros revolucionarios. Los bolcheviques no hacían ningún secreto de estos fines. El partido perseguido salvaba al gobierno de las represiones y de la calumnia; pero si lo salvaba del golpe militar que iba a serie asestado, era con objeto de matarlo políticamente de un modo más certero.

Los últimos días de agosto señalaron de nuevo una brusca modificación en la correlación de fuerzas, salvo que esta vez se produjo la modificación de derecha a izquierda. Las masas, a las que se había exhortado a la lucha, reconstituyeron sin dificultad la situación en que se hallaban los soviets con anterioridad a la crisis de julio. En lo sucesivo, la suerte de los soviets volvía a estar en sus propias manos. Podían tomar el poder sin necesidad de lucha. Lo único que necesitaban los conciliadores para lograrlo era consolidar lo que ya estaba siendo un hecho real. Toda la cuestión estribaba en saber si querrían hacerlo o no... En el primer momento, los conciliadores declararon que la

coalición con los kadetes no tenía ya ningún sentido. Si era así, es que no lo tenía en ningún caso. Sin embargo, la renuncia a la coalición no podía significar otra cosa que la transmisión del poder a los conciliadores.

Lenin señala inmediatamente el sentido profundo de la nueva situación creada, para sacar de ello las consecuencias necesarias. El 3 de septiembre escribe su magnífico artículo "Sobre los compromisos". El papel de los soviets, constata, ha vuelto a cambiar: a principios de julio eran órganos de lucha contra el proletariado; a finales de agosto se han convertido en órganos de lucha contra la burguesía. Los soviets vuelven a tener a su disposición las tropas. La historia torna a ofrecer la posibilidad de un desarrollo pacífico de la revolución. Es una posibilidad excepcionalmente rara y preciosa: hay que hacer una política que la convierta en realidad. Lenin, de pasada, se reía de los charlatanes que consideran inadmisible todo compromiso: lo esencial es hacer que triunfen los propios fines "a través de todos los compromisos, en la medida en que éstos son inevitables". "Para nosotros, el compromiso consiste -dice- en volver a la reivindicación que habíamos propugnado antes de julio: todo el poder a los soviets; un gobierno de socialrevolucionarios y mencheviques, responsables ante los soviets. Ahora, y sólo ahora, acaso únicamente en el transcurso de algunos días o de una o dos semanas, podría crearse un gobierno de ese tipo y consolidarse de un modo completamente pacífico." Este breve plazo debía señalar el carácter agudo de la situación; los conciliadores tenían contados los días para elegir entre la burguesía y el proletariado.

Los conciliadores se apresuraron a eludir la proposición de Lenin como si se tratara de una encerrona pérfida. En realidad, en la proposición no había ni sombra de astucia: convencido de que su partido estaba llamado a ponerse al frente del pueblo, Lenin hacía una franca tentativa para suavizar la lucha, debilitando la resistencia de los enemigos ante lo inevitable.

Los audaces cambios de frente de Lenin, que se desprendían siempre de los cambios sufridos por la situación, y que invariablemente conservaban la unidad de la intención estratégica, constituyen una inapreciable academia de estrategia revolucionaria. La proposición del compromiso tenía el valor de una lección de cosas, para el Partido bolchevique ante todo. Esta lección venía a demostrar que, no obstante la experiencia de Kornílov, los conciliadores no podían ya virar hacia el camino de la revolución. Después de esto, el partido tuvo la sensación definitiva de ser el único partido de la revolución.

Los conciliadores se negaron a desempeñar el papel de correa de transmisión encargada de pasar el poder de manos de la burguesía a las del proletariado, de igual suerte

que habían desempeñado en marzo el mismo papel, sólo que en sentido inverso, es decir, transmitiendo el poder de manos del proletariado a las de la burguesía. Pero a consecuencia de ello, la consigna "el poder a los soviets" flotaba nuevamente en el aire. Tal estado de cosas no duró, sin embargo, mucho tiempo; ya en los días inmediatamente siguientes obtuvieron los bolcheviques mayoría en el Soviet de Petrogrado, primero, y luego en otros. De ahí que la consigna "el poder a los soviets" no fuese retirada del orden del día, sino que cobró un nuevo sentido: todo el poder a los soviets *bolchevistas*. En este aspecto, la consigna ya no era una consigna pacífica. Había dejado de serlo definitivamente. El partido se decide por seguir la senda del levantamiento armado a través de los soviets y en nombre de los mismos.

Para comprender la marcha ulterior de los acontecimientos es necesario plantearse la siguiente pregunta: ¿En qué forma reconquistaron los soviets conciliadores a principios de septiembre el poder que habían perdido en julio? En todas las resoluciones del VI Congreso domina la afirmación de que, como resultado de los acontecimientos de julio, fue liquidado el poder dual, siendo sustituido por la dictadura de la burguesía. Los historiadores soviéticos de nuestros días reproducen de un libro en otro esta idea; sin intentar siquiera examinarla de nuevo a la luz de los acontecimientos ulteriores. Al mismo tiempo, no se formula la pregunta de, si el poder pasó enteramente en julio a manos de la pandilla militar, ¿por qué esa misma pandilla tuvo que recurrir a la sublevación en el mes de agosto? Quien se decide a lanzarse por el arriesgado camino del complot no es el que tiene el poder, sino el que quiere adueñarse del mismo.

La fórmula del VI Congreso era, cuando menos, imprecisa. Si hemos calificado de poder dual un régimen en que el gobierno oficial tenía en sus manos, en el fondo, una ficción de poder, mientras que la fuerza real estaba en manos del Soviet, no hay motivo alguno para afirmar que el poder dual quedó liquidado desde el punto y hora en que pasó del Soviet a la burguesía parte del poder efectivo. Desde el punto de vista de los fines combativos del momento, podía y debía exagerarse la importancia de la concentración del poder en manos de la contrarrevolución. La política no tiene que ver nada con las matemáticas. Desde el punto de vista práctico, era incomparablemente más peligroso disminuir que exagerar la importancia del cambio realizado. Pero el análisis histórico no necesita para nada de las exageraciones de la agitación.

Stalin, simplificando el pensamiento de Lenin, decía en el Congreso: "La situación está clara. Nadie habla ahora de poder dual. Si los soviets representaban antes una fuerza efectiva, ahora no son más que unos órganos destinados a agrupar a las masas, pero que no

tienen ningún poder." Algunos delegados hicieron objeciones a estas palabras, en el sentido de que en julio había triunfado la reacción, pero no la contrarrevolución. Stalin contestó, con un aforismo inesperado: "Durante la revolución no hay reacción." En realidad, la revolución triunfa tan sólo a través de una serie de reacciones alternas: siempre da un paso atrás después de haber dado dos pasos hacia adelante. La reacción es la contrarrevolución, lo que a la revolución es la reforma. Pueden calificarse de victorias de la reacción las modificaciones del régimen que aproximan a éste a las necesidades de la clase revolucionaria, sin que, con todo, se produzca ninguna alteración en los detentadores del poder. La victoria de la contrarrevolución es inconcebible sin que el poder pase a manos de otra clase. Ahora bien, este hecho decisivo no se dio en julio.

"Si la insurrección de julio fue una insurrección a medias -escribía atinadamente, meses más tarde, Bujarin (que, sin embargo, no supo sacar las conclusiones necesarias de sus propias palabras)-, la victoria de la contrarrevolución fue también, hasta cierto punto, una victoria a medias. Pero la victoria a medias no podía dar el poder a la burguesía. El poder dual se transformó, se modificó, pero no desapareció. En la fábrica, exactamente igual que antes, nada se podía hacer contra la voluntad de los obreros. Los campesinos conservaban bastante poder para impedir que el terrateniente se aprovechara del derecho de propiedad. Los jefes no se sentían seguros ante los soldados. Pero, ¿acaso es el poder otra cosa que la posibilidad material de disponer de la fuerza armada y de la propiedad?

El 13 de agosto, escribía Trotski, a propósito de las modificaciones acaecidas: "No se trataba únicamente de que hubiese al lado del gobierno un soviet que llevara a cabo una serie de funciones gubernamentales... Lo que ocurre es que detrás del soviet y del gobierno había dos regímenes distintos, que se apoyaban en clases distintas... El régimen de república capitalista, instaurado desde arriba, y el régimen de democracia obrera, formado desde abajo, se paralizaban mutuamente."

Es absolutamente indiscutible que el Comité central ejecutivo había perdido una parte inmensa de su importancia. Pero sería un error creer que la burguesía había conseguido todo lo que habían dejado perder los dirigentes conciliadores. Estos, no sólo perdieron por la derecha, sino también por la izquierda; su torpeza no sólo benefició a las camarillas militares, sino también a los comités de fábrica y de regimiento. El poder se descentralizó, se dispersó, se escondió en parte, incluso bajo tierra, ni más ni menos que las armas enterradas por los obreros después de la derrota de julio. El poder dual dejó de ser "pacífico", de estar regulado por un sistema de contacto, y se tornó más subterráneo,

descentralizado y explosivo. A finales de agosto, el poder dual oculto se convirtió de nuevo en activo. Ya veremos la importancia que este hecho había de cobrar en octubre.

CAPITULO XXXVII
LA ÚLTIMA COALICIÓN

Fiel a su tradición de no resistir a ningún empuje serio, el gobierno provisional, corno ya hemos visto, se desmoronó en la noche del 26 de agosto. Salieron de él los kadetes para facilitar la labor de Kornílov. Salieron los socialistas para facilitar la labor de Kerenski. Apuntó una nueva crisis de poder. Se planteó, ante todo, el problema del propio Kerenski: el jefe del gobierno resultaba ser uno de los cómplices del complot. La indignación contra él era tan grande, que los jefes conciliadores, al mentar su nombre, recurrían al vocabulario bolchevista. Chernov, que acababa de saltar del tren ministerial a toda marcha, hablaba en el órgano central de su partido, de la "confusión existente, gracias a la cual es difícil comprender dónde acaba Kornílov y empiezan Filonenko y Savinkov, dónde acaba Savinkov y empieza el gobierno provisional como tal". La alusión era suficientemente clara: el "gobierno provisional, como tal", no era otra cosa que Kerenski, que pertenecía al mismo partido que Chernov.

Pero los conciliadores, después de desahogarse con unas cuantas expresiones fuertes, resolvieron que no podían pasarse sin Kerenski. Si se oponían a que éste amnistiara a Kornílov, apresurábanse, por su parte, a amnistiar a Kerenski. Este, en compensación, accedió a hacer concesiones por lo que se refería a la forma de gobierno de Rusia. Todavía la víspera se estimaba que sólo la asamblea constituyente podía resolver esta cuestión. Ahora se daba por completo de lado a los obstáculos jurídicos. En la declaración del gobierno, se explicaba la destitución de Kornílov por la necesidad de "salvar a la patria, la libertad y el régimen republicano". La concesión puramente verbal y, además, rezagada, que se hacía a la izquierda, no reforzaba en lo más mínimo, ni que decir tiene, la autoridad del poder, tanto más, cuanto que el propio Kornílov se declaraba también republicano.

El 30 de agosto, Kerenski se vio obligado a despedir a Savinkov, que, pocos días más tarde, fue incluso expulsado del partido de los socialrevolucionarios, que por tanto todo pasaba. Mas para el cargo de general gobernador, se nombró a Palchinski, hombre que allá se iba políticamente con Savinkov y que empezó por suspender el dinero de los bolcheviques. Los Comités ejecutivos protestaron. Las *Izvestia* calificaron al acto de "provocación grosera". Hubo que retirar a Palchinski a los tres días. El hecho de que ya el día 31 formase Kerenski un nuevo gobierno, con intervención de los kadetes en el mismo, demuestra cuán poco dispuesto estaba a cambiar el curso de su política. Ni los mismos socialrevolucionarios pudieron seguirle por ese camino y amenazaron con retira a sus

representantes. Tsereteli encontró una nueva receta para el poder: "Conservar la idea de la coalición y barrer todos los elementos que representen una carga pesada para el gobierno." La idea de la coalición se ha reforzado -hacía coro Skobelev-, pero en el gobierno no puede haber sitio para el partido que estaba ligado al complot de Kornílov. Kerenski no estaba de acuerdo con esta limitación, y no le faltaba razón a su modo.

La coalición con la burguesía, aunque era con exclusión del partido burgués dirigente, era a todas luces absurda. Así lo indicó Kámenev, que en la sesión de ambos Comités ejecutivos, con el tono de exhortación que le era peculiar, sacó las conclusiones de los acontecimientos recientes. "Queréis impulsarnos a un camino aún más peligroso, de coalición con grupos irresponsables. Pero os habéis olvidado de la coalición formada y consolidada por los graves acontecimientos de estos últimos días, de la coalición entre el proletariado revolucionario, los campesinos y el ejercito revolucionario." El orador bolchevista recordó las palabras pronunciadas por Trotski el 26 de mayo, al defender a los marinos de Cronstadt contra las acusaciones de Tsereteli: "Cuando un general revolucionario intente echarle la soga al cuello a la revolución, los kadetes prepararán la cuerda, al paso que los marinos de Cronstadt lucharán y morirán al lado nuestro." La alusión no podía ser más certera. A las declamatorias parrafadas a cuenta de la "unidad de la democracia" y de la "coalición honrada", respondió Kámenev: "La unidad de la democracia depende de que os coaliguéis o no con la barriada de Viborg. Cualquier otra coalición es vergonzosa." El discurso de Kámenev produjo palmaria impresión, que Sujánov registra con las siguientes palabras: "Kámenev ha hablado de un modo muy inteligente y con gran tacto." Pero las cosas no pasaron de la impresión. El camino de los dos bandos estaba determinado de antemano.

La ruptura d los conciliadores con los kadetes tuvo desde un principio, en el fondo, carácter puramente demostrativo. Los mismos kornilovianos liberales comprendían que les convenía más permanecer en la sombra en los días que se avecinaban. Decidióse entre bastidores -de acuerdo, evidentemente, con los kadetes- formar un gobierno que se elevase hasta tal punto por encima de todas las fuerzas reales del país, que su carácter provisional no suscitara las dudas de nadie. El Directorio, integrado por cinco miembros, comprendía, además de Kerenski, al ministro de Estado Terechenko, que ya había llegado a ser insustituible gracias a sus relaciones con la diplomacia de la Entente: Verjovski, jefe de la región incitar de Moscú, y que con este fin había sido ascendido rápidamente de coronel a general; el almirante Verderevski, que con idéntica mira había sido puesto presurosamente

en libertad, y, por último, el menchevique dudoso Nikitin, al que no tardó en reconocer su partido como suficientemente maduro para ser expulsado de sus filas.

Kerenski, después de haber vencido a Kornílov por medio de otros, no se preocupaba, al parecer, de otra cosa que de llevar a la práctica el programa del general. Kornílov quería reunir las atribuciones de generalísimo en jefe y las de jefe del gobierno. Kerenski llevó a la práctica este propósito. Proponíase Kornílov enmascarar la dictadura personal con un Directorio de cinco miembros. Kerenski realizó este propósito. La burguesía exigía la dimisión de Chernov. Kerenski lo expulsó del palacio de Invierno. Al general Alexéiev, héroe del partido kadete y candidato del mismo a la presidencia del gobierno, lo nombró jefe del Estado Mayor del Cuartel general; es decir, jefe efectivo del ejército. En la orden del día dirigida al ejército y la flota, Kerenski exigía que se pusiera término a la lucha política entre las tropas; es decir, el restablecimiento del punto de partida. Desde la clandestinidad, Lenin caracterizaba con su extraordinaria sencillez la situación dominante en las alturas: "Kerenski es un korniloviano que ha reñido con Kornílov accidentalmente y que sigue sosteniendo una alianza íntima con los demás kornilovianos." Lo malo era que la victoria sobre la contrarrevolución había sido más profunda de lo que convenía a los planes personales de Kerenski.

El directorio se apresuró a sacar de la cárcel al ex ministro de la Guerra, Guchkov, considerado como uno de los inspiradores del complot. En general, la justicia dejaba tranquilos a los inspiradores kadetes. En estas condiciones resultaba cada vez más difícil seguir teniendo entre rejas a los bolcheviques. El gobierno encontró una salida: poner en libertad, bajo fianza, a los bolcheviques, sin retirar la acusación contra ellos. El Comité local de los sindicatos de Petrogrado se asignó "el honor de depositar la fianza por el digno jefe del proletariado revolucionario". El 4 de septiembre fue liberado Trotski bajo la modesta fianza, en el fondo ficticia, de 3.000 rublos. En su *Historia de la tormenta rusa,* escribe patéticamente el general Denikin: "El primero de septiembre fue detenido el general Kornílov, y el 4 del mismo mes el gobierno provisional puso en libertad a Bronstein-Trotski. Rusia debe grabar estas dos fechas en su memoria." En los días que siguieron continuó la liberación de bolcheviques bajo fianza. Los libertados no perdían el tiempo; las masas los esperaban y los reclamaban; el partido estaba necesitado de hombres.

El día de la liberación de Trotski publicó Kerenski un decreto en que, después de reconocer que los Comités habían prestado "una ayuda sustancialísima al gobierno", ordenaba que cesaran en su actuación. Las mismas *Izvestia reco*nocían que el autor del decreto había dado pruebas de una "comprensión más que débil" de la situación. La

Asamblea de los Soviets de barriada de Petrogrado tomó el siguiente acuerdo: "No disolver las organizaciones revolucionarias para la lucha con la contrarrevolución". La presión de abajo era tan fuerte, que el Comité militar revolucionario conciliador decidió no acatar la disposición de Kerenski, y exhortó a su órganos locales a "que trabajasen con la misma energía y firmeza que antes, vista la gravedad de la situación". Kerenski calló: no le quedaba otro recurso.

El omnipotente jefe del Directorio tenía que convencerse a cada paso de que la situación había cambiado, de que la resistencia crecía, y que era menester introducir algún cambio, aunque fuera de palabra. El 7 de septiembre dio Verjovski a la prensa una nota en la que decía que el programa de saneamiento del ejército, elaborado con anterioridad a la sublevación de Kornílov, debía ser rechazado, pues, "habida cuenta del actual estado sicológico del ejército", no haría más que acabar de acentuar su descomposición. Para señalar la nueva era, el ministro de la Guerra pronunció un discurso ante el Comité ejecutivos Que nadie se inquiete: el general Alexéiev se marchará, y con él se irán todos los que de un modo u otro estaban complicados en la sublevación de Kornílov. El saneamiento del ejército es cosa que hay que llevar a cabo, "no por medio de las ametralladoras y del látigo, sino por la infiltración de las ideas de derecho, justicia y severa disciplina". Percibíanse en estas palabras los aromas de los días primaverales de la revolución. Pero por la calle se dejaba sentir septiembre; se acercaba el otoño. Alexéiev fue efectivamente destituido pocos días después, y a ocupar su puesto pasó el general Dujonin, cuya ventaja consistía en que nadie le conocía.

Como compensación de las concesiones hechas, los ministros de Guerra y Marina exigieron la ayuda inmediata del Comité ejecutivo: los oficiales se hallan bajo la espada de Damocles; donde están peor las cosas es en la escuadra del Báltico; es necesario apaciguar a los marinos. Tras prolijos debates se decidió, como siempre, enviar una Comisión a la escuadra. Los conciliadores insistieron en que los bolcheviques, y ante todo Trotski, formaran parte de esa comisión. Sólo así puede confiarse en el éxito. "Rechazamos decididamente -objetó Trotski- la forma de colaboración con el gobierno que ha defendido Tsereteli. El gobierno practica una política radicalmente falsa, antipopular y sin control, y cuando esta política se encuentra en un atolladero o conduce a la catástrofe, se confía a las organizaciones revolucionarias la ingrata tarea de mitigar las inevitables consecuencias... Una de las tareas de esa comisión, tal como la formuláis, consiste en hacer una investigación sobre las "fuerzas ocultas", esto es, sobre los provocadores y espías que haya en la guarnición... ¿Acaso habéis olvidado que yo mismo he sido inculpado con arreglo al

artículo 108?... Nosotros luchamos contra toda manifestación de justicia sumaria por nuestros propios medios..., no de acuerdo con el fiscal y con el contraespionaje, sino como organización revolucionaria que convence, organiza y educa."

La convocación de la conferencia democrática fue decidida en los días de la sublevación de Kornílov. Dicha Conferencia debía mostrar una vez más la fuerza de la democracia, atraer hacia ésta la confianza de los adversarios de la derecha y de la izquierda y -cosa que estaba lejos de ser uno de sus últimos objetivos- volver a su lugar a Kerenski, que se había desmandado. Los conciliadores se proponían seriamente subordinar el gobierno a una representación improvisada cualquiera, antes de la convocación de la Asamblea constituyente. La burguesía adoptó desde un principio una actitud hostil frente a la Conferencia, en la que veía una tentativa encaminada a consolidar las posiciones que la democracia había recobrado con su victoria sobre Kornílov. "El proyecto de Tsereteli -escribe Miliukov en su *Historia*- era, en el fondo, una completa capitulación ante los planes de Lenin y Trotski." En rigor era precisamente lo contrario: El fin que perseguía el proyecto de Tsereteli no era otro que paralizar la lucha de los bolcheviques con el poder de los soviets. La Conferencia democrática se oponía al Congreso de los soviets. Los conciliadores se creaban una base, intentando aplastar a los soviets mediante una combinación artificial de toda suerte de organizaciones. Los demócratas distribuyeron los votos a su capricho, guiados de una sola preocupación: asegurarse una mayoría abrumadora. Las organizaciones dirigentes aparecieron incomparablemente mejor representadas que las de la base. Los órganos de administración local, y entre ellos los zemstvos, que no tenían nada de democráticos, alcanzaron un predominio enorme sobre los soviets. Los cooperadores desempeñaron el papel de árbitros de los destinos.

Los cooperadores, que hasta entonces no ocupaban lugar alguno en la política, aparecieron por primera vez en el terreno político en los días de la Conferencia de Moscú, y a partir de ese momento hablaban siempre en nombre de sus 20.000.000 de miembros, o, más sencillamente todavía, en nombre de "la mitad de la población de Rusia". Las raíces de la cooperación penetraban en la aldea a través de sus sectores dirigentes, que aprobaban la expropiación "justa" de los nobles, a condición de que sus propias parcelas, a menudo muy considerables, fueran no sólo defendidas, sino aumentadas. Los jefes de la cooperación se reclutaban entre la intelectualidad liberal-populista y, en parte, liberal-marxista, que tendía un puente natural entre los kadetes y los conciliadores. Los cooperadores sentían respecto de los bolcheviques el mismo odio que el "kulak" siente hacia el jornalero insumiso. Los conciliadores se aferraron ávidamente a esos cooperadores que habían arrojado la máscara

de la neutralidad para buscar un punto de apoyo contra los bolcheviques. Lenin estigmatizó duramente a los cocineros de la cocina democrática. "Diez soldados convencidos o diez obreros de una fábrica atrasada -escribía- valen mil veces más que cien delegados... amañados." Trotski demostraba en el Soviet de Petrogrado que los funcionarios de la cooperación expresaban tan poco la voluntad política de los campesinos como el médico la voluntad política de sus pacientes o el empleado de Correos las opiniones de los que expendían y recibían cartas. "Los cooperadores deben ser unos buenos organizadores, comerciantes tenedores de libros; pero a quien confían la defensa de sus intereses de clase los campesinos, lo mismo que los obreros, es a sus propios soviets." Esto no impidió a los cooperadores obtener 150 puestos, ni unidos a los zemstvos no reformados y a toda clase de otras organizaciones más o menos reales, deformar completamente el carácter de la representación de las masas.

El Soviet de Petrogrado incluyó en la lista de sus delegados en la conferencia a Lenin y a Zinóviev. El gobierno dio orden de detenerlos al entrar en el teatro, pero no en la misma sala de sesiones: tal era, por las trazas, el compromiso pactado entre los conciliadores y Kerenski. Pero las cosas no pasaron de una demostración política del Soviet: ni Lenin ni Zinóviev tenían el propósito de presentarse en la conferencia. Lenin consideraba que nada tenía que hacer allí con los bolcheviques.

La conferencia se inauguró el 14 de septiembre, un mes después justamente de la Conferencia nacional, en el Teatro Alexandrinski. El número de delegados nombrados era de 1.775. Cerca de 1.200 se hallaban presentes al abrirse la sesión. Los bolcheviques, ni que decir tiene, estaban en minoría. Pero, a pesar de todo los artificios del sistema electoral, representaban un núcleo muy importante, que en algunas cuestiones agrupó en torno a más de la tercera parte de los delegados.

¿Convenía a la dignidad de un gobierno fuerte presentarse ante una Conferencia "particular"? Esta cuestión suscitó en el palacio de Invierno grandes vacilaciones, que tuvieron su repercusión en el Teatro Alexandrinski. El jefe del gobierno decidió, al fin, presentarse a la democracia. "Recibido con aplausos -cuenta Schliapnikov, refiriéndose a la aparición de Kerenski- se dirigió a la mesa para estrechar la mano a los que estaban sentados en torno a ella. Nos llegó el turno a nosotros (los bolcheviques), que ocupábamos nuestros asientos a escasa distancia unos de otros. Nos miramos, y convinimos rápidamente no darle la mano. Un gesto teatral a través de la mesa. Yo me hice atrás ante la mano que se me ofrecía, y Kerenski, con la mano extendida que nadie estrechó, siguió

adelante." El jefe del gobierno encontró la misma actitud en el flanco opuesto: en los kornilovianos. Y fuera de éstos y de los bolcheviques, no quedaban ya fuerzas reales.

Obligado por toda la situación a explicarse respecto de su papel en el complot, Kerenski mostró asimismo en esa ocasión excesiva confianza en sus dotes improvisadoras. "Sé lo que querían -se le escapó decir-, porque antes de buscar a Kornílov se me habían presentado para proponerme ese camino." Desde la izquierda gritan: "¿Quién se le presentó?... ¿Quién se lo propuso?" Asustado por la resonancia de sus propias palabras, Kerenski se había refrenado ya. Pero el fondo político del complot había quedado al descubierto. El conciliador ucraniano Porch, a su regreso, decía ante la Rada de Kiev: "Kerenski no consiguió demostrar que no estaba complicado en la sublevación de Kornílov." Pero no fue menos rudo el golpe que se asentó a sí mismo el jefe del gobierno en su discurso. Cuando por toda respuesta a las frases de que estaba harto ya todo el mundo: "en el momento del peligro, todos se presentan y se explican", etc., se le gritó: "¿Y la pena de muerte?", el orador, perdiendo su aplomo, exclamó, de un modo completamente inesperado para todos, y seguramente para él mismo: "Esperad antes a que firme, aunque no sea más que una pena de muerte, como generalísimo, y entonces os permitiré que me maldigáis." Se acerca al estrado un soldado y le grita a quemarropa: "¡Es usted la desgracia de la patria!" ¡Cómo! Él, Kerenski, estaba dispuesto a olvidar el elevado sitio que ocupaba, para dar explicaciones a la Conferencia como hombre. "Pero no todo el mundo es capaz aquí de comprender al hombre." Por eso dice, empleando el lenguaje del poder: "Todo aquel que se atreva..." Eso mismo se había oído ya en Moscú y, sin embargo, Kornílov se había atrevido.

"Si la pena de muerte era necesaria -preguntaba Trotski en su discurso-, ¿por qué se decide Kerenski a decir que no hará uso de ella? Y si considera posible comprometerse ante la democracia a no aplicar la pena de muerte, entonces... convierte el restablecimiento de la misma en un acto de ligereza que excede de los límites del crimen." Con esto se mostró conforme toda la sala, los unos con su silencio, los otros ruidosamente. "Kerenski, con su confesión, ha comprometido considerablemente al gobierno provisional y a sí mismo" -dice el subsecretario de Justicia, Demianov, su colega y admirador.

Ninguno de los ministros pudo explicar lo que había hecho el gobierno, como no fuera dedicarse a resolver los problemas de su propia existencia. ¿Medidas de orden económico? No se podía citar ni una sola. ¿Política de paz? "Ignoro -decía el ex ministro de Justicia Zarudni, el más sincero de todos- si el gobierno provisional ha hecho algo en este sentido, pero yo no lo he visto." Zarudni se lamentaba, sin acertar a explicarse el hecho, de

que "todo el poder hubiera ido a parar a manos de un solo hombre", a cuya indicación los ministros entraban y salían. Tsereteli escogió imprudentemente este tema: "Culpa de la misma democracia es si al presidente que tiene en las alturas se le ha subido el poder a la cabeza." Pero precisamente Tsereteli encarnaba de un modo más completo que nadie aquellos rasgos de la democracia que engendraban las tendencias bonapartistas del poder. "¿Por qué ha ocupado Kerenski el sitio que actualmente ocupa? -objetaba Trotski-. Kerenski pudo ocupar la vacante gracias a la debilidad y a la indecisión de la democracia... Ni un solo orador he visto aquí que recabara el poco envidiable honor de defender al Directorio o a su presidente"... Tras una explosión de protestas, el orador continúa: "Siento mucho que el punto de vista que halla ahora en la sala esta expresión ruidosa no haya hallado su expresión concreta en esta misma tribuna. Ni un solo orador ha venido aquí a decirnos: ¿por qué discutís sobre la coalición pasada, por qué os preocupáis del futuro? Tenemos a Kerenski, y con esto basta..." Pero la forma bolchevista de plantear la cuestión une casi automáticamente a Tsereteli y a Zarudni, y a entrambos con Kerenski. Miliukov escribía certeramente a propósito de esto: Zarudni podía lamentarse del poder personal de Kerenski. Tsereteli podía aludir el vértigo que se había apoderado del jefe del gobierno; "todo eso no eran más que palabras"; pero cuando Trotski hizo ver claramente que nadie se había decidido en la conferencia a defender abiertamente a Kerenski, "la Asamblea tuvo inmediatamente la sensación de que el que hablaba era el enemigo común".

Los que representaban el poder sólo hablaban de éste como de una carga pesada y de una desdicha. ¿La lucha por el poder? El ministro Peschejonov decía: "El poder representa actualmente una cosa a que todo el mundo renuncia." ¿Era en realidad así? Kornílov no renunciaba a él, pero la reciente lección había sido ya punto menos que olvidada. Tsereteli se indignaba con los bolcheviques, que no tomaban para sí el poder, sino que empujaban al mismo a los soviets. La idea de Tsereteli fue repetida por otros. ¡Sí, los bolcheviques deben asumir el poder!, se decía a media voz tras la mesa de la presidencia. Avkséntiev se dirigió a Schliapnikov, que estaba sentado cerca de él, y le dijo: "Haceos cargo del poder; las masas están con vosotros." Schliapnikov, contestando a sus vecinos en el tono que venía al caso, propuso que antes se dejara el poder sobre la mesa de la presidencia. Las semiirónicas exhortaciones dirigidas a los bolcheviques, proferidas en los discursos de la tribuna y en las conversaciones de los pasillos, eran en parte una burla, y en parte un tanteo. ¿Qué piensa esa gente que está al frente del Soviet de Petrogrado, del de Moscú y de otros muchos de provincias? ¿Es posible que se atrevan realmente a tomar el poder? No lo creían: dos días antes del retador discurso de Tsereteli, decía el *Riech* que el mejor medio de librarse del

bolchevismo por muchos años sería confirmar los destinos del país a sus jefes; pero "esos tristes héroes del día no tienen la menor intención de adueñarse del poder... Prácticamente, su posición no puede ser tomada en cuenta desde ningún punto de vista": Tan jactancioso conclusión pecaba, en todo caso, de precipitada cuando menos.

La enorme ventaja de los bolcheviques, que acaso no haya sido apreciada hasta ahora en todo su valor, estaba en que comprendían perfectamente a sus adversarios, a los que veían, por decirlo así, al trasluz. Ayudábanles en este sentido el método materialista, la escuela leninista de la claridad y de la sencillez y la aguda perspicacia de unos hombres que estaban decididos a llevar las cosas hasta sus últimas consecuencias. Los liberales y los conciliadores se formaban de los bolcheviques, por el contrario, una idea que respondía puramente a la necesidades del momento. No podía ser de otro modo: unos partidos que por la marcha de los acontecimientos históricos no tenían salida, nunca se mostraron capaces de mirar frente a frente a la realidad, del mismo modo que un enfermo desesperado es incapaz de mirar frente a frente su enfermedad.

Pero los conciliadores, al mismo tiempo que no creían en la insurrección n de los bolcheviques, la temían. Esto lo expresó mejor que nadie Kerenski. "Estáis equivocados -exclamó de repente en su discurso-; no os imaginéis que si los bolcheviques me atacan no tengo detrás de mí a las fuerzas de la democracia. No creáis que floto en el aire. Tened en cuenta que si organizáis algo, se paralizarán los ferrocarriles, no se transmitirán telegramas..." Una parte de la sala aplaude; otra, confusa, guarda silencia: los bolcheviques se ríen francamente. ¡No es muy sólida la dictadura que se ve obligada a demostrar que no flota en el aire!

Los bolcheviques, en su declaración, contestaron en los siguientes términos a los retos irónicos, a las acusaciones de cobardía y a las amenazas absurdas: "Nuestro partido, que lucha por el poder en nombre de la realización de su programa, nunca ha aspirado ni aspira a adueñarse de ese poder contra la voluntad organizada de la mayoría de las masas trabajadoras del país." Esto significaba: tomaremos el poder como partido de la mayoría soviética. Las palabras relativas a la "voluntad organizada de los trabajadores" se referían al Congreso de los soviets que había de celebrarse en breve. "Sólo serán realizables las resoluciones y proposiciones de esta Conferencia... -decía la declaración- que sean aceptadas por el Congreso de los Soviets..."

Cuando Trotski, al leer la declaración de los bolcheviques, aludió a la necesidad de proceder inmediatamente a armar a los obreros, de los bancos de la mayoría partieron exclamaciones insistentes: "¿Para qué?, ¿para qué?" Era la misma nota de alarma Ni

provocación. ¿Para qué? "Para crear un reducto efectivo contra la contrarrevolución", contesta el orador. Pero no sólo para esto. "Os digo, en nombre de nuestro partido y de las masas proletarias que le siguen, que los obreros armados... defenderán contra los ejércitos del imperialismo al país de la revolución, con un heroísmo como aún no ha conocido hasta ahora la historia rusa..." Tsereteli caracterizó esta promesa de una frase huera. Ulteriormente, la historia del ejército rojo se encargó de darle un mentís.

Aquellas horas ardientes en que los caudillos conciliadores rechazaron la coalición con los kadetes, quedaban lejos: sin los kadetes, ahora, la coalición resultaba imposible. ¿Iban a tomar el poder ellos? "El poder, acaso hubiéramos podido tomarlos el 27 de febrero -decía Skobelev, pero... toda la fuerza de nuestra influencia la hemos gastado en ayudar a los elementos burgueses a reponerse de su confusión... y a llegar al poder." ¿Por qué esos impedían a los kornilovianos, que ya se habían repuesto, que se adueñasen del poder? Un poder puramente burgués, explica Tsereteli, no es posible aún, provocaría la guerra civil. Había que aniquilar a Kornílov para que su aventura no impidiera a la burguesía llegar al poder en unas cuantas etapas. "Ahora que ha triunfado la democracia revolucionaria, el momento es particularmente favorable para la coalición."

El jefe de la cooperación, Berkenheim, expresó la filosofía política de las misma: "Querámoslo o no, la burguesía es la clase a que ha de pertenecer el poder." El viejo revolucionario populista Minor imploraba de la Conferencia que se adoptase una resolución unánime en favor de la coalición. De lo contrario "no hay por que engañarnos, nos degollaremos mutuamente", terminó Minor en medio de un silencio siniestro. Pero ¿acaso no hacía falta -como pensaban los kadetes- el bloque gubernamental para la lucha contra la "golfería anarquista" de los bolcheviques? "En eso consistía precisamente el sentido de la idea de la coalición", aclaraba Miliukov con toda franqueza. En tanto Minor confiaba en que la coalición impedía el degüello mutuo, Miliukov contaba firmemente con que la coalición facilitase la posibilidad de degollar a los bolcheviques con ayuda de todas las fuerzas mancomunadas.

En el curso de los debates sobre la coalición, leyó Riaznov el artículo del fondo del *Riech,* del 29 de agosto, que Miliukov había retirado en el último momento, dejando un blanco en el periódico: "Sí, no tenemos empacho en decir que el general Kornílov perseguía los mismos fines que consideramos necesarios para la salvación de la patria." La cita produjo su efecto. "¡Oh, son ellos quienes van a salvarla!", exclaman en los bancos de la izquierda. Pero los kadetes tienen sus defensores: ¡No hay que olvidar que el artículo río

llegó a publicarse! Además, no todos los kadetes estaban por Kornílov; hay que saber distinguir a los pecadores de los justos.

"Se dice que no es posible acusar a todo el partido kadete de complicidad en la sublevación de Kornílov -contestó Trotski-. Znamenski nos ha dicho ya aquí, más de una vez, a los bolcheviques: "Vosotros protestáis cuando hacíamos responsable a todo vuestro partido del movimiento del 3 al 5 de julio; no incurráis en el mismo error, no hagáis responsable a todos los kadetes de la sublevación de Kornílov." Pero esta comparación adolece, a mi ver, de un pequeño vicio: Cuando se acusaba a los bolcheviques de haber provocado el movimiento de julio, no se trataba de invitarles a que formasen parte del ministerio, sino de llevarlos a la cárcel. Confío en que el ministerio de Justicia, Zarudni, no negará esa diferencia. También nosotros decimos: Si queréis llevar a los kadetes a la cárcel por la sublevación de Kornílov, no lo hagáis a bulto y en masa; lejos de ello examinar antes a cada kadete por separado, en todos los sentidos *(Risas, voces ¡bravo!)*. Si se trata de que el partido kadete entre a formar parte del ministerio, lo que constituye una circunstancia decisiva, no es que tal o cual kadete se pusiera de acuerdo con Kornílov entre bastidores, ni que Maklakov estuviera al teléfono cuando Savinkov sostenía negociaciones con el generalísimo, ni que Rodichev se fuera al Don para entablar negociaciones políticas con Kaledin. No se trata de eso, sino de que toda la prensa burguesa, o bien se solidarizó francamente con Kornílov, o bien calló prudentemente, esperando su victoria. ¡Por eso digo que no tenéis contragentes para la coalición!".

Al día siguiente el marino Chichkin, representante de Helsingfors y de Sveaborg, hablaba sobre este tema de un modo más conciso y convincente: "El gobierno de coalición no contará con la confianza ni el apoyo de los marinos de la escuadra del Báltico y de la guarnición de Finlandia... Los marinos han izado las banderas de combate contra la creación de un ministerio de coalición." Los argumentos racionales no surtían efecto. El marino Chichkin echó mano de otro: el de los cañones de marina. Sus palabras obtuvieron la completa aprobación de los demás marinos, que estaban de centinelas en las puertas de entrada de la sala de sesiones. Bujarin contó posteriormente que "los marinos que habían sido apostados por Kerenski para proteger contra nosotros, los bolcheviques a la Conferencia democrática, se dirigieron a Trotski y agitando las bayonetas, le apuntaron: "¿Tendremos que esperar mucho todavía para trabajar con *esto?"* Estas palabras eran simple repetición de la pregunta que los marinos del *Aurora* habían formulado durante una de las entrevistas celebradas en la cárcel de "Krestiv". Pero ahora se acercaban los momentos decisivos.

Si se prescinde de matices, es fácil delimitar tres grupos en la Conferencia: un centro vasto, pero muy inconsistente, que no se atreve a asumir el poder, se muestra de acuerdo con la coalición, pero no quiere a los kadetes; un ala derecha débil, que está por Kerenski y por la coalición de la burguesía sin limitación alguna; un ala izquierda, dos veces más fuerte, que está por el poder de los soviets o por un gobierno socialista. En la Asamblea de los delegados soviéticos a la Conferencia democrática, Trotski se pronunció por la entrega del poder a los soviets; Mártov, por un Ministerio socialista homogéneo. La primera fórmula reunió 86 votos; la segunda, 97. Formalmente, sólo la mitad, sobre poco más o menos, de los soviets de obreros y soldados se hallaban dominados en aquel momento por los bolcheviques, mientras que la otra mitad oscilaba entre éstos y los conciliadores. Pero los bolcheviques hablaban en nombre de los poderosos soviets de los centros más industriales y cultos del país; en los soviets eran incomparablemente más fuertes que en la Conferencia, y entre el proletariado y el ejército, incomparablemente más fuertes que en los soviets. Los soviets, atrasados, iban siendo arrastrados, cada vez más poderosamente, por los avanzados.

En la Conferencia votaron por la coalición 766 delegados, y en contra 688, con 38 abstenciones. ¡Casi se equilibraron los dos bandos! La enmienda que excluía de la coalición a los kadetes obtuvo mayoría: 595 votos contra 493 y 72 abstenciones. Pero la eliminación de los kadetes privaba de todo sentido a la coalición. De ahí que la resolución general fuese rechazada por una mayoría de 813 votos -esto es, por el bloque de los flancos extremos, de los partidarios decididos y de los enemigos irreconciliables de la coalición, contra el centro, que disminuyó hasta contar solamente con 183 votos, con 80 abstenciones. Era la más nutrida de todas las votaciones; pero era tan vacía como la idea de la coalición sin kadetes, que rechazaba. "Por lo que respecta a la cuestión cardinal... -dice, con justicia Miliukov-, la Conferencia se quedó, por consiguiente, sin opinión y sin fórmula."

¿Qué podían hacer los caudillos? Pisotear la voluntad de la "democracia", que rechazaba su propia voluntad. Se convoca a la Mesa, con representantes de los partidos y de los grupos, para ver de dar una solución nueva a la cuestión decidida ya por el Pleno. Resultado: 50 votos en pro de la coalición y 60 en contra. Ahora, la cosa, al parecer, está clara, ¿verdad? La cuestión referente a la responsabilidad del gobierno ante un órgano permanente de la Conferencia democrática es aceptada unánimemente por esa reunión ampliada de la Mesa. A favor de la inclusión en ese órgano de representantes de la burguesía se alzan 56 brazos contra 48, con 10 abstenciones. Aparece Kerenski para declarar que se niega a formar parte de un gobierno homogéneo. Después de esto, se

reduce a dar por terminada la desdichada Conferencia, sustituyéndola con una institución, en la que estén en mayoría los partidos de la coalición incondicional. Para conseguir el resultado necesario no falta más que saber las cuatro reglas de la aritmética. En nombre de la Mesa, Tsereteli presenta una resolución a la Conferencia en el sentido de que el órgano representativo está llamado a "cooperar a la formación del gobierno" y que éste debe "ejercer su sanción sobre dicho órgano"; la idea de poner un freno a Kerenski quedaba, por consiguiente, archivada. Completado en la debida proporción con representantes de la burguesía, el futuro Consejo de la República o Preparlamento tendrá como misión sancionar al gobierno de la coalición con los kadetes, La resolución de Tsereteli significa exactamente lo contrario de lo que quería la Conferencia y de lo que acababa de decidir la Mesa. Pero el desorden, la descomposición y la desmoralización son tan grandes, que la Conferencia acepta la capitulación, ligeramente diminuida, que se le propone, por 829 votos contra 106 y 69 abstenciones. "Así, pues, señores conciliadores y señores kadetes, por ahora habéis vencido -decía el diario de los bolcheviques-. ¡Hagan juego, señores! Haced el nuevo experimento. Será el último, os respondemos de ello."

"La Conferencia democrática -dice Stankievich- sorprendió a sus mismos iniciadores por el extraordinario caos de las ideas." En los partidos conciliadores, "completa discordia"; en la derecha, en los medios de la burguesía, "el gruñido"; la insidia y la calumnia, cuchicheadas al oído, la lenta contorsión de los últimos restos de autoridad del poder... y sólo en la izquierda, consolidación de las fuerzas y del estado de ánimo. Esto lo dice un adversario; esto lo atestigua un enemigo, que en octubre habrá de disparar aún contra los bolcheviques. Para los conciliadores, la parada de la democracia, celebrada en Petrogrado, vino a ser lo que para Kerenski había sido la parada de la unidad nacional en Moscú: una confesión pública de inconsistencia, una demostración de marasmo político. Si la Conferencia nacional dio un impulso a la sublevación de Kornílov, la Conferencia democrática allanó definitivamente el camino a la sublevación de los bolcheviques.

Antes de dar fin a sus tareas, la Conferencia eligió de su mismo seno un órgano permanente, mediante la representación en el mismo del 15 por 100 de la composición de cada uno de los grupos: en total, unos 350 delegados. Las instituciones de las clases poseedoras debían obtener, además, 120 puestos. El gobierno añadió 20 para los cosacos. Todos juntos debían constituir el Consejo de la República o Preparlamento, destinado a representar a la nación hasta que se convocase la Asamblea constituyente.

La actitud que habían de adoptar frente al Consejo de la República se convirtió inmediatamente en un agudo problema táctico para los bolcheviques: ¿acudirían o no? El

boicot de las instituciones parlamentarias por parte de los anarquistas y semianarquistas está dictado por la tendencia a no someter su propia impotencia a la prueba de las masas y conservar con ello el derecho a la altivez pasiva, con la que ni los enemigos pierden nada ni los amigos salen ganando nada tampoco. El partido revolucionario puede volverse de espaldas al Parlamento únicamente en caso de que se proponga como fin inmediato derrocar el régimen existente. En los años transcurridos entre las dos revoluciones, Lenin había venido trabajando con gran hondura en los problemas del parlamentarismo revolucionario.

El Parlamento más censatario puede expresar fielmente -y más de una vez lo ha expresado en la historia- la correlación de fuerzas real: así ocurrió, por ejemplo, con las Dumas después de la derrotada revolución de 1905-1907. Boicotear parlamentos de ese tipo significa boicotear la correlación de fuerzas real, en vez de modificarla en beneficio de la revolución. Pero el Preparlamento de Tsereteli-Kerenski no respondía ni poco ni mucho a la correlación de fuerzas, sino que había sido engendrado por la impotencia y la astucia de los dirigentes, por la fe mística en las instituciones, el fetichismo de la forma, la esperanza de subordinar al Parlamento un enemigo incomparablemente más fuerte que él, y disciplinario de ese modo.

Para obligar a la revolución a encorvarse y bajar la cabeza con objeto de que pudiera pasar por el yugo del Preparlamento, era menester previamente, si no aplastar la revolución, sí infligirle, por lo menos, una seria derrota. Pero en realidad, quien había sufrido la derrota era la vanguardia de la burguesía, tres semanas antes. La revolución, en cambio, estaba recibiendo una nueva afluencia de fuerzas; lo que se proponía como fin no era la república burguesa, sino la república de los obreros y los campesinos, y no tenía por qué poner el cuello al yugo del Preparlamento, cuando se iba desenvolviendo cada vez más en los soviets.

El 20 de septiembre convocó el Comité central de los bolcheviques a una Conferencia del partido, formada por los delegados del mismo en la Conferencia democrática, los miembros del Comité central y del Comité local de Petrogrado. Trotski, como ponente del Comité central, propugnó el boicot del Preparlamento. La proposición chocó con la resistencia decisiva de unos cuantos (Kamenev, Ríkov, Riazanov) y fue acogida con simpatía por otros (Sverdolov, Yofe, Stalin). El Comité central, que se había dividido acerca de esta cuestión, se vio obligado, en oposición a los estatutos y a la tradición del partido, a someter la cuestión a la Conferencia. Dos ponentes, Trotski y Ríkov, hicieron uso de la palabra como representantes de los opuestos puntos de vista.

Podía parecer, y así pareció a la mayoría, que los ardientes debates que se desarrollaron en torno a esta cuestión tenían un carácter puramente táctico. En realidad, la discusión sacaba a relucir de nuevo las divergencias de abril, y preparaba las de octubre. Se trataba de que el partido adaptara su misión al desarrollo de la República burguesa, o de que se propusiera realmente como fin la conquista del poder. Por una mayoría de 77 votos contra 50, la Conferencia del partido rechazó la consigna del boicot. El 22 de septiembre tuvo Riazanov ocasión de declarar en la Conferencia democrática, en nombre del partido, que los bolcheviques enviaban sus representantes al Preparlamento para "denunciar, en esa nueva fortaleza de los conciliadores, toda tentativa de coalición con la burguesía". Esto parecía radical, pero en el fondo implicaba la sustitución de la política de acción revolucionaria por la política de oposición.

Las tesis de abril de Lenin habían sido aceptadas formalmente por todo el partido; pero a propósito de cada gran cuestión volvían a salir a la superficie las concepciones de marzo, vigorosísimas todavía en el sector dirigente, que en muchos puntos del país no había empezado hasta entonces a separarse de los mencheviques. Lenin no pudo intervenir en el debate hasta más tarde. El 23 de septiembre escribía: "Hay que boicotear el Preparlamento; hay que ir a los soviets de diputados, obreros, soldados y campesinos; hay que ir a los sindicatos; hay que ir, en general, a dondequiera que estén las masas. Hay que incitarlas a la lucha. Hay que darles una consigna justa y clara: disolver la banda bonapartista de Kerenski con su Preparlamento amañado... Los mencheviques y los socialrevolucionarios no han aceptado, ni aun después de la sublevación de Kornílov, nuestro compromiso... Hay que luchar implacablemente contra ellos. Hay que echarlos sin piedad de todas las organizaciones revolucionarias... Trotski era partidario del boicot. ¡Bravo, compañero Trotski! El boicotismo ha sido vencido en la fracción de los bolcheviques de la Conferencia democrática. ¡Viva el boicot!"

Cuanto más profundamente iba penetrando la cuestión en el partido, más decididamente se modificaba la correlación de las fuerzas en favor del boicot. En casi todas las organizaciones locales se formó una mayoría y una minoría. En el Comité de Kiev, por ejemplo, los partidarios del boicot, capitaneados por Eugenia Bosch, formaban una débil minoría, pero ya a la vuelta de pocos días se adopta en la Conferencia local, por una mayoría aplastante de votos, una resolución en favor del boicot del Preparlamento: "No se puede perder el tiempo charlando y sembrando ilusiones." El partido se apresuraba a enmendar la plana a sus dirigentes.

Entre tanto, Kerenski, deshaciéndose de las inconsistentes pretensiones de la democracia, se esforzaba por hacer ver a los kadetes que no era él hombre que se arredrase. El 1 8 de septiembre- dio inesperadamente la orden de disolver el Comité central de la Marina de guerra. Los marinos contestaron resolviendo: "Considerar inaplicable, por ilegal, el decreto de disolución del Comité central de la Armada, y exigir su inmediata anulación." Intervino en el asunto el Comité ejecutivo, que dio a Kerenski un pretexto formal para anular su disposición a los dos días.

En Taschkent, el Soviet, compuesto en su mayoría de socialrevolucionarios, tomó el poder en sus manos y destituyó a los antiguos funcionarios. Kerenski mandó al general nombrado para someter Taschkent un telegrama, concebido en los siguientes términos: "No entablar negociaciones de ninguna clase con los revoltosos... Impónense las medidas más resueltas." Las tropas ocuparon la ciudad y detuvieron a los representantes del Soviet. Se declaró inmediatamente una huelga general en la que tomaron parte 40 sindicatos; por espacio de una semana no se publicaron periódicos, y la agitación empezó a extenderse a la guarnición. De esta manera, el gobierno, en su afán por instaurar un espectro de orden, lo que hacía era sembrar la anarquía burocrática.

El mismo día en que la Conferencia adoptaba su resolución contra la coalición con los kadetes, el Comité central de este partido proponía a Konovalov y a Kischkin que aceptaran la proposición de Kerenski, de entrar a formar parte del Ministerio. Según se afirmaba, el que en esta ocasión manejaba la batuta era Buchanan. Acaso no convenga interpretar esta afirmación de un modo excesivamente literal. Pero si no Buchanan, era su sombra quien dirigía: había que formar un gobierno que fuera aceptable para los aliados. Los industriales y bolsistas de Moscú se mostraban reacios, hacíanse de rogar, formulaban ultimátum. La Conferencia democrática no hacía más que votar, imaginándose que las votaciones tenían una significación real. En realidad, la cuestión se resolvía en el palacio de Invierno, en las reuniones comunes de lo que quedaba de gobierno y los representantes de los partidos de la coalición. Los kadetes mandaban a dichas reuniones a sus kornilovianos más declarados. Todos trataban de convencerse mutuamente de la necesidad de la unidad. Tsereteli, depósito inagotable de lugares comunes, descubrió que el obstáculo principal que se oponía al acuerdo "había consistido hasta entonces en la desconfianza mutua... Hay que poner término a esa desconfianza". El ministro de Estado, Terechenko, calculó que de los ciento noventa y siete días que llevaba de existencia el gobierno revolucionario, las crisis habían consumido cincuenta y seis. Lo que no explicó fue a qué se habían destinado los días restantes.

Aun antes de que la Conferencia democrática se tragara la resolución de Tsereteli, que se hallaba en oposición radical con todos sus propósitos, los corresponsales de los periódicos ingleses y norteamericanos comunicaban telegráficamente a sus países que podía darse por segura la coalición con los kadetes, y daban sin vacilar los nombres de los nuevos ministros. Por su parte, el Consejo de las "fuerzas vivas" de Moscú decidía, bajo la presidencia de Rodzianko, enviar un saludo a su compinche Tretiakov, invitado a formar parte del gobierno. El 9 de agosto, estos señores transmitían el siguiente telegrama a Kornílov: "En estos terribles momentos de prueba, toda la Rusia que piensa vuelve los ojos hacia usted con esperanza."

Kerenski aceptó generosamente la existencia del Preparlamento a condición de que se reconociera que "sólo al gobierno provisional corresponde organizar el poder y completar el gobierno". Esta humillante condición había sido dictada por los kadetes. La burguesía no podía, como es natural, dejar de comprender que la composición de la Asamblea constituyente había de ser mucho menos favorable para ella que la del Preparlamento: "Las elecciones a la Asamblea constituyente -decía Miliukov- deben dar un resultado accidental y acaso ruinoso." Si, a pesar de ello, el partido kadete, que, recientemente aún, intentaba someter el gobierno a la Duma zarista, negaba toda facultad legislativa al Preparlamento, era única y exclusivamente porque no perdía las esperanzas de impedir que llegara a convocarse la Asamblea constituyente.

"O Kornílov, o Lenin"; así definía Miliukov la alternativa, Lenin, por su parte, escribía: "O el poder de los soviets o Kornílov. No hay término medio." Miliukov y Lenin coincidían, y no de un modo casual, en la manera de apreciar la situación. Ambos, contrariamente a los conciliadores; héroes de la frase, eran dos representantes serios de las clases fundamentales de la sociedad. La Conferencia nacional de Moscú había puesto ya de manifiesto, según las palabras de Miliukov, que "el país se divide en dos campos, entre los cuales no puede haber, en el fondo, conciliación ni acuerdo". Pero cuando no puede haber conciliación entre dos campos sociales, la guerra civil se encarga de resolver la cuestión.

Ni los kadetes ni los bolcheviques retiraban, sin embargo, la consigna de la Asamblea constituyente. Los kadetes necesitaban de ella como de una última instancia contra las reformas sociales inmediatas, contra los soviets, contra la revolución. La burguesía se aprovechaba de la sombra que la democracia proyectaba ante sí en forma de Asamblea constituyente, para obrar contra la democracia viva. La burguesía sólo podía rechazar sin rebozo la Asamblea constituyente después de haber aplastado a los bolcheviques. Pero de momento no se podía pensar en semejante cosa. En aquella etapa, los kadetes se

esforzaban en garantizar la independencia del gobierno respecto de las organizaciones ligadas a las masas, con la mira de poder subordinar del todo así al gobierno más adelante, con mayor seguridad.

Pero los bolcheviques, que no veían salida alguna por la senda de la democracia formal, tampoco renunciaban todavía, por su parte, a la idea de la Asamblea constituyente. No hubieran podido hacerlo sin romper con el realismo revolucionario. No era posible prever con absoluta certeza si el ulterior desarrollo de los acontecimientos crearía condiciones favorables para la victoria completa del proletariado. Pero fuera de la dictadura de los soviets y antes de esta dictadura, la Asamblea constituyente debía ser la conquista suprema de la revolución. De la misma manera que los bolcheviques habían defendido a los soviets conciliadores y a los municipios democráticos contra Kornílov, estaban dispuestos a defender a la Asamblea constituyente contra los ataques de la burguesía.

Esta crisis de treinta días terminó, al fin, con la constitución de un nuevo gobierno. A desempeñar el principal papel en el mismo después de Kerenski estaba llamado el riquísimo industrial de Moscú Konovalov, que en los comienzos de la revolución había ayudado económicamente al periódico de Gorki. Konovalov fue luego miembro del primer gobierno de coalición; dimitió, formulando públicamente su protesta, después del primer Congreso de los soviets; entró más tarde en el partido kadete, cuando éste se hallaba ya maduro para el golpe de Estado de Kornílov, y ahora volvía al gobierno como vicepresidente y de ministro del Comercio y de la Industria. Ocuparon los puestos ministeriales, con Konovalov, Tretiakov, presidente del Comité bursátil de Moscú, y Smirnov, presidente del Comité industrial de Guerra de Moscú. El azucarero de Kiev, Terechenko, siguió siendo ministro de Estado. Los demás ministros, los socialistas inclusive, no presentaban ningún rasgo característico, pero estaban completamente resueltos a no perturbar la armonía. La Entente podía estar tanto más contenta del gobierno cuanto que seguía de embajador en Londres el viejo funcionario diplomático Nabokov, se mandaba a París como embajador, al kadete Maklakov, aliado de Kornílov y de Savinkov, y a Berna al "progresista" Efremov. La lucha por la paz democrática se hallaba en buenas manos.

La declaración del nuevo gobierno era una maliciosa parodia de la declaración de la democracia formulada en Moscú. El sentido de la coalición no radicaba, sin embargo, en el programa de reformas, sino en la tentativa de completar la obra de las jornadas de julio: decapitar la revolución aplastando a los bolcheviques. Pero en este punto, el *Rabochi Put [El Camino Obrero],* una de las reencarnaciones de la *Pravda,* recordaba insolentemente a los

aliados: "Os habéis olvidado de que los bolcheviques son ahora los soviets de obreros y soldados." Al refrescar así la memoria a los aliados, el *Rabochi Put* daba en lo vivo. "Surgía la pregunta fatal -confiesa Miliukov-: ¿No será tarde? ¿No será tarde para declarar la guerra a los bolcheviques?..."

En efecto, acaso fuera tarde ya. El día en que se formó el nuevo gobierno, compuesto de seis ministros burgueses y diez semisocialistas, terminaba la formación del nuevo Comité ejecutivo del Soviet de Petrogrado, compuesto de 13 bolcheviques, seis socialrevolucionarios y tres mencheviques. El Soviet acogió la coalición gubernamental con una resolución presentada por su nuevo presidente, Trotski: "El nuevo gobierno... entrará en la historia de la revolución como el gobierno de la guerra civil... La noticia de la formación del nuevo gobierno será acogida por toda la democracia revolucionaria con una sola respuesta: *¡la dimisión!* Apoyándose en este clamor unánime de la auténtica democracia, el Congreso de los soviets creará un poder revolucionario verdadero." Los adversarios no querían ver en esta resolución más que uno de los acostumbrados votos de desconfianza. En realidad, era el programa de la revolución. Para llevarlo a la práctica iba a hacer falta exactamente un mes.

La línea quebrada de la economía seguía inclinándose bruscamente hacia abajo. El gobierno, el Comité central ejecutivo y, poco después, el Preparlamento recién creado, registraban los hechos y los síntomas de crisis como argumentos contra la anarquía, los bolcheviques y la revolución. Pero ni por ensoñación contaban con un plan económico. El órgano creado cerca del gobierno para regular la economía no daba ni un solo paso serio. Los industriales cerraban las fábricas. El tráfico ferroviario se reducía, por la escasez de carbón. En las ciudades, las centrales eléctricas languidecían, la prensa denunciaba clamorosamente la catástrofe. Subían los precios, los obreros se declaraban en huelga unos tras otros, a pesar de las advertencias del partido, de los soviets, de los sindicatos. Sólo se abstenían de promover conflictos los sectores de la clase obrera que se preparaban ya conscientemente para la revolución. Acaso donde había más tranquilidad era en Petrogrado.

El gobierno se enajenaba las simpatías de todo el mundo por su insensibilidad ante las masas, por su irreflexivo indiferencia ante sus necesidades, y por su fraseología provocativa, como respuesta a las protestas y a los gritos de desesperación. Hubiérase dicho que buscaba deliberadamente los conflictos. Casi desde los días de la revolución de Febrero, venían los obreros y empleados ferroviarios exigiendo el aumento de los salarios. Una Comisión sucedía a otra; nadie les daba respuesta. La situación de los ferroviarios se

hacía insostenible. Los conciliadores calmaban a la gente; el "Vikjel" la contenía. Pero el 24 de septiembre se produjo la explosión. Hasta entonces no se dio cuenta de la situación el gobierno; se hicieron algunas concesiones a los ferroviarios, y la huelga, que se había extendido a gran parte de las líneas, terminó el 27.

Durante los meses de agosto y septiembre, la situación, desde el punto de vista de las subsistencias empeora rápidamente. En los días de la sublevación de Kornílov, la ración de pan había sido ya reducida en Moscú y Petrogrado hasta media libra por día. En el distrito de Moscú se daban no más que dos libras semanales. La región del Volga, el sur, el frente, todas las regiones del país, atravesaban una aguda crisis de subsistencias. En algunas fábricas de la región textil de las cercanías de Moscú se empezaba ya a sufrir hambre en el sentido literal de la palabra. Los obreros y las obreras de la fábrica Smirnov -el patrono de la misma había sido invitado precisamente aquellos días a desempeñar el papel de inspector del Estado en la nueva coalición ministerial- habían celebrado una manifestación en la vecina ciudad de Orejovo-Zuyevo, con unos cartelones en que se leía: "¡Tenemos hambre! ¡Nuestros hijos están hambrientos! ¡Quién no está con nosotros está contra nosotros!" Los obreros de Orejovo y los soldados del hospital militar de la localidad repartieron sus miserables raciones con los manifestantes: era ésta otra coalición que se alzaba contra la coalición gubernamental.

Los periódicos registraban a diario nuevos focos de colisiones y revueltas; protestaban los obreros, los soldados, las clases humildes de las ciudades. Las mujeres de los soldados exigían el aumento de los subsidios, vivienda, leña para el invierno. La agitación de los "cien negros" buscaba un estímulo en el hambre de las masas. El periódico kadete de Moscú, *Ruskie Viedomosti [La Gaceta Rusa],* que en otro tiempo había combinado el liberalismo con el propulismo, manifestaba ahora odio y repugnancia hacia el auténtico pueblo. "Se ha extendido por toda Rusia una ola de disturbios..., escribían los profesores liberales. Lo que más dificulta la lucha contra esos disturbios... es el carácter espontáneo e incoherente de los mismos... Puede recurriese a las medidas de represión, al auxilio de la fuerza armada..., pero precisamente esa fuerza armada, personificada por los soldados de las guarniciones locales, es la que desempeña el principal papel en los disturbios... La muchedumbre... se echa a la calle y empieza a sentirse dueña de la situación."

El fiscal de Saratov decía lo siguiente al ministro de Justicia, Maliantovich, que en la época de la primera revolución se consideraba bolchevique: "El mal principal, contra el que no es posible luchar, son los soldados... Los actos de justicia espontáneos, las detenciones y registros arbitrarios, las requisas de todas clases, todo ello, en la mayor parte de los casos, se

realiza exclusivamente por los soldados, o con su participación directa." En el mismo Saratov, en las capitales de distrito, en las aldeas, "nadie ayuda en lo más mínimo a la justicia". El fiscal no consigue registrar -tan numerosos son- todos los crímenes cometidos por el pueblo.

Los bolcheviques estaban muy lejos de forjarse ilusiones en cuanto a las dificultades que habían de echarse encima al asumir el poder. "Al propugnar la consigna "Todo el poder a los soviets" -decía el nuevo presidente del Soviet de Petrogrado-, sabernos que no restañará todas las heridas en un instante. Necesitamos un poder análogo a un Comité de sindicato, que da lo que puede a los huelguistas, no oculta nada, y cuando no puede dar, lo reconoce así francamente..."

Una de las primeras sesiones del gobierno fue consagrada a la "anarquía" reinante en provincias, y particularísimamente, en el campo. Se reconoció de nuevo la necesidad de "no detenerse ante las medidas más extremadas". El gobierno descubrió, al mismo tiempo, que la causa de la ineficacia de la lucha contra los desórdenes era la escasa popularidad de que gozaban entre las masas de población campesina los comisarios gubernamentales. Para hacer frente a la situación, se decidió crear con urgencia "comités especiales del gobierno provisional" en todas las provincias en que se produjeran disturbios. En lo sucesivo, los campesinos debían recibir con aclamaciones de entusiasmo a los destacamentos punitivos.

Las fuerzas históricas inexorables arrastraban a los gobernantes al abismo. Nadie creía seriamente en el éxito del nuevo gobierno. El aislamiento de Kerenski era irremediable. Las clases pudientes no podían olvidar su traición a Kornílov. "El que estaba dispuesto a batirse contra los bolcheviques -escribe el oficial cosaco Kakliugin-, no quería hacerlo en nombre y en defensa del gobierno provisional." Kerenski, al mismo tiempo que se aferraba al poder, temía hacer uso de él. La fuerza creciente de la resistencia paralizaba su voluntad. Eludía toda decisión, y evitaba el palacio de Invierno, donde la situación le obligaba a obrar. Casi inmediatamente después de la formación del nuevo gobierno, cedió la presidencia a Konovalov y se marchó al Cuartel general, donde ninguna necesidad tenían de él, y volvió a Petrogrado con el fin exclusivo de abrir el Preparlamento. A pesar de las insistencias de los ministros, el 14 se dirigió de nuevo al frente. Kerenski quería sustraerse al destino que le seguía pisándole los talones.

Konovalov, colaborador inmediato y suplente de Kerenski, se desesperaba, según Nabokov, ante la versatilidad del jefe del gobierno y la absoluta imposibilidad de confiar en su palabra. El espíritu de los restantes miembros del gabinete no se diferenciaba gran cosa del de su presidente. Los ministros se lanzaban recíprocamente miradas de zozobra,

esperaban, salían del paso oyendo informes y se ocupaban de nimiedades. Al ministro de Justicia, Maliantovich, le preocupaba extraordinariamente, según cuenta Nabokov, que los senadores no recibieran a su nuevo colega Sokolov vestidos de levita. "¿Qué le parece a usted que debe hacerse?", preguntaba desasosegado. Conforme al protocolo introducido por Kerenski, se observaba rigurosamente la prescripción de que los ministros no se llamaran entre sí por el apellido, como simples mortales, sino por el cargo que ocupaban: "Señor ministro tal", como correspondía a los ministros de un poder fuerte. Los recuerdos de los actores parecen una sátira. El propio Kerenski escribía posteriormente, a propósito de su ministro de la Guerra: "Fue aquél el nombramiento más desacertado: en toda la actuación de Verjovski había algo cómico." Pero lo peor es que toda la actuación del gobierno provisional llevaba un sello de comicidad involuntario. Aquella gente no sabía qué hacer. No gobernaba, sino que jugaba a gobernar, de la misma manera que los chicos de la escuela juegan a los soldados, sólo que de un modo mucho menos divertido.

Miliukov ha caracterizado de una manera muy precisa el estado de ánimo del jefe del gobierno en ese período: "En Kerenski, a medida que el terreno vacilaba bajo sus pies, se manifestaban cada vez más claramente los síntomas de ese patológico estado del espíritu que pudiera calificarse, en términos de medicina, de "neurastenia síquica". Sus amigos íntimos sabían desde hacía mucho tiempo que Kerenski, que por las mañanas se hallaba en un estado de decaimiento extremo, pasaba en la segunda mitad del día a un estado de sobrexcitación, bajo la acción de los medicamentos que tomaba." Miliukov explica la especial influencia ejercida sobre Kerenski por el ministro kadete Kischkin, siquiatra de profesión, a causa del acierto con que sabía tratar al paciente. Dejamos la íntegra responsabilidad de estos datos al historiador liberal, que, si bien tenía de su parte todas las posibilidades de conocer la verdad, no siempre hacía de ésta su criterio supremo.

La declaración de un hombre tan allegado a Kerenski como Stankievich confirma, si no la característica siquiátrica, sí la característica sicológica apuntada por Miliukov. "Kerenski me producía la impresión -dice Stankievich- de estar rodeado de vacío y de una extraña tranquilidad como yo no había visto nunca. En torno a él no había nadie más que sus invariables ayudantes. En cambio, no se veía ni la multitud que antes le rodeaba constantemente, ni las Comisiones, ni los reflectores... Surgieron raros momentos de asueto, y tuve ocasión -que pocas veces se daba- de hablar con Kerenski horas enteras, durante las cuales daba muestras de una calma sorprendente."

Toda nueva modificación del gobierno se efectuaba en nombre de un poder fuerte, y todo nuevo Ministerio empezaba en tono mayor para caer en la postración al cabo de

pocos días. Tras esto, esperaba el empellón de fuera para hundirse. El empellón lo daba indefectiblemente el movimiento de las masas. La modificación del gobierno, si se deja aparte del engañoso aspecto exterior, se producía siempre en sentido opuesto al movimiento de las masas. El tránsito de un gobierno a otro era completado por tina crisis que cobraba un carácter cada vez más prolongado y doloroso. Cada nueva crisis desgastaba una parte del poder estatal, debilitada la revolución, desmoralizaba a los dirigentes. El Comité ejecutivo, en los dos primeros meses, podía hacerlo uso, incluso llamar normalmente al poder a la burguesía. En los dos meses siguientes, el gobierno provisional, junto con el Comité ejecutivo, aún podía hacer mucho, incluso iniciar la ofensiva en el frente. El tercer gobierno, con un Comité ejecutivo debilitado, era capaz de iniciar la destrucción del Partido bolchevique, pero no de llevarla a cabo hasta sus últimas consecuencias. El cuarto gobierno, surgido tras la crisis más prolongada, ya no era capaz de nada. Apenas nacido, entró en la agonía, esperando, con los ojos abiertos, a su sepulturero.

CAPITULO XXXVIII
EL CAMPESINADO ANTE OCTUBRE

La civilización ha hecho del campesino el asno que lleva la carga. La burguesía, a fin de cuentas, ha modificado solamente la forma de la carga. Apenas llegado al umbral de la vida nacional, el campesino sigue detenido ente el umbral de la ciencia. El historiador se interesa normalmente tan poco por él como un crítico teatral puede interesarse por los oscuros personajes que barren la escena, llevan a la espalda el cielo y la tierra y limpian los trajes de los artistas. La participación de los campesinos en las revoluciones del pasado sigue hasta el presente apenas dilucidada.

"La burguesía francesa ha comenzado por emancipar a los campesinos, escribía Marx en 1848. Con la ayuda de los campesinos ha conquistado Europa. La burguesía prusiana estaba tan aferrada a sus intereses propios, inmediatos, que perdió incluso este aliado y lo convirtió en un instrumento de la contrarrevolución feudal." En esta contradicción hay de cierto lo que se refiere a la burguesía alemana; pero afirmar que "la burguesía francesa había comenzado por emancipar a los campesinos" es hacerse eco de la leyenda oficial francesa que ejerció en su tiempo una gran influencia, incluso sobre Marx. En realidad, la burguesía, en el sentido propio de la palabra, se oponía con todas sus fuerzas a la revolución campesina. Ya en los cuadernos de quejas de 1789, los líderes provinciales del Tercer Estado rechazaban, bajo el pretexto de una mejor redacción, las reivindicaciones más violentes y osadas. Las famosas decisiones de la noche del 4 de agosto, adoptadas por la Asamblea nacional bajo el cielo rojo de las aldeas que ardían, fueron durante largo tiempo una fórmula patética sin ningún contenido. A los campesinos que no querían resignarse a ser engañados, la Asamblea constituyente les llamaba a "volver al cumplimiento de sus deberes y a considerar la propiedad -¡feudal!- con el respeto adecuado". La guardia nacional se puso *más* de una vez en marcha para reprimir los movimientos del campo. Los obreros de las ciudades, tomando el partido de los campesinos insurrectos, acogían a la represión burguesa a pedradas y tejazos.

Durante cinco años, los campesinos franceses se sublevaron en todos los momentos críticos de revolución, oponiéndose a un acomodamiento entre los propietarios feudales y los propietarios burgueses. Los *sans-culottes* de París, al derramar su sangre por la república, liberaron a los campesinos de las trabas del feudalismo. La república francesa de 1792 traía un nuevo régimen social, diferente de la república alemana de 1918 o de la república

española de 1931, que representaban al viejo régimen con la dinastía en menos. En la base de esta distinción, no es difícil reconocer la cuestión agraria.

El campesino francés no soñaba de una forma directa en la república: quería echar fuera al señor. Los republicanos de París olvidaban con frecuencia la aldea, pero únicamente el empuje de los campesinos contra los propietarios garantizó la creación de la república, despejándole el terreno de la mezcolanza feudal. Una república con nobleza no es una república. Esto había sido perfectamente comprendido por el viejo Maquiavelo cuatrocientos años antes de la presidencia de Ebert cuando, exilado en Florencia, entre la caza del mirlo y el juego a las cartas con un carnicero, generalizada la experiencia de las revoluciones democráticas: "Quienquiera que pretenda fundar una república en un país en el que haya muchos nobles, no podrá hacerlo hasta después de haberlos exterminado a todos." Los mujiks rusos eran, en definitiva, del mismo parecer y lo manifestaron muy pronto abiertamente sin ningún "maquiavelismo".

Si Petrogrado y Moscú desempeñaban un papel dirigente en el movimiento de los obreros y soldados, el primer lugar en el movimiento campesino debe ser atribuido al centro agrícola atrasado de la Gran Rusia y a la región central del Volga. Allí, las supervivencias del régimen de esclavitud conservaban raíces particularmente profundas, ya que la propiedad agraria y la de los nobles tenía allí su carácter más parasitario y la diferenciación de la clase campesina estaba más atrasada, desvelando tanto más la miseria del pueblo. Él movimiento que había estallado en esta región en el mes de marzo se impregnó pronto de terror. Los esfuerzos de los partidos dirigentes pronto canalizaron el movimiento por el lecho de la política conciliadora.

En la Ucrania industrialmente atrasada, la agricultura que trabajaba para la exportación tomó un carácter mucho más progresista y, por lo tanto, más capitalista. La segregación en el campesinado fue llevada mucho más lejos que en la Gran Rusia. La lucha por la emancipación nacional frenaba, al menos por un tiempo, las otras formas de lucha social. Pero las diferencias de condiciones regionales e incluso nacionales se tradujeron, al fin de cuentas, únicamente por la diversidad de los plazos. Hacia el otoño, el territorio de los levantamientos campesinos se extiende por casi todo el país. De los 624 distritos que componían la antigua Rusia, el movimiento ha ganado 482, o sea el 77 por 100; y excepción hecha de las regiones que se distinguen por condiciones agrarias especiales: la región del norte, la Transcaucasia, la región de las estepas y Siberia, de los 481 distritos la insurrección campesina ha ganado 439, o sea el 91 por 100.

Las modalidades de la lucha son diversas, según se trate de tierras de labranza, bosques, pastos, arrendamientos o trabajo asalariado. La lucha cambia de forma y de método en las diversas etapas de la revolución. Pero, en su conjunto y con un retraso inevitable, el movimiento campesino se desarrolló pasando por las dos mismas grandes fases que había tenido el movimiento de las ciudades. En la primera etapa, el campesino se adapta todavía al nuevo régimen y se esfuerza por resolver los problemas por medio de las nuevas instituciones. No obstante, se trata más de la forma que del contenido. Un periódico liberal de Moscú, que hasta la revolución tenía un aire populista, expresaba con una encomiable espontaneidad del sentimiento íntimo de los círculos de propietarios durante el verano de 1917: "El mujik mira alrededor de él y por el instante no emprende nada todavía; pero escrutadle bien la mirada y sus ojos dicen que toda la tierra que se extiende alrededor de él es suya." Tenemos la clave irremplazable de la política "pacífica" de los campesinos en un telegrama enviado en abril por uno de los grupos de la provincia de Tambov al gobierno provisional: "Deseamos conservar la calma en interés de las libertades conquistadas y para esto prohibid a los propietarios que arrienden sus tierras hasta la Asamblea constituyente; en caso contrario, haremos correr la sangre y no permitiremos trabajar a nadie."

Tanto más cómodo le resultaba al mujik emplear ese tono de amenaza respetuosa cuanto que, con la presión de los derechos históricamente adquiridos, apenas había tenido la ocasión de entenderse directamente con el Estado. En las localidades no existían órganos de poder gubernamental. Los comités de cantón *[volosti]* disponían de la milicia. Los tribunales estaban desorganizados. Los comisarios locales eran impotentes. "Somos nosotros quienes te hemos elegido -les gritaban los campesinos-, y somos también nosotros quienes te expulsaremos."

Desarrollando la lucha de los meses precedentes, el campesinado se acerca durante el verano cada vez más a la guerra civil y su ala izquierda pasa este umbral. Según una comunicación de los propietarios de tierras del distrito de Taganrog, los campesinos se apoderan arbitrariamente de los pastos y de las tierras, impiden las labores, fijan a su voluntad los arriendos y expulsan a los mayorales y a los gerentes. Según el informe del comisario de Nijni-Novgorod, las violencias y las ocupaciones de tierras en la provincia son cada vez más frecuentes. Los comisarios de distrito tienen miedo de mostrarse ante los campesinos como los protectores de los grandes propietarios. La milicia rural es poco segura: "Hubo casos en los que la milicia rural participó con la multitud en las violencias." En el distrito de Schulseburg, el comité de cantón prohibió a los propietarios cortar madera

en sus propios dominios. La idea de los campesinos era simple: ninguna Asamblea constituyente podrá reconstituir con los tocones los árboles talados. El comisario del Ministerio de la Corte se queja de la apropiación de las dehesas: ¡fue necesario comprar heno para los caballos de palacio! En la provincia de Kursk, los campesinos se han repartido los barbechos abonados de Terechenko: el propietario es ministro de Asuntos Exteriores. A Schneider, propietario de yeguadas en la provincia de Orel, los campesinos le comunican que no solamente iban a segar en su propiedad trébol, sino que a él le enviarían al cuartel como soldado. El administrador de la propiedad de Rodzianko recibió del comité de cantón la orden de ceder los prados a los campesinos: "Si no obedece al comité agrario, se hará de otra forma; será detenido." Firma y sello.

De todos los rincones del país afluyen quejas y lamentaciones: de los propietarios víctimas, de las autoridades locales, de honorables testigos. Los telegramas de los propietarios de tierras constituyen la más evidente refutación de las teorías simplistas de la lucha de clases. Personajes titulados y dueños de latifundios, señores de siervos, clérigos y laicos, se preocupan exclusivamente del bien general. El enemigo no es el campesino, son los bolcheviques y a veces los anarquistas. Sus propios dominios interesan a los terratenientes exclusivamente desde el punto de vista de la prosperidad de la patria.

Trescientos miembros del partido kadete de la provincia de Chernigov declaran que los campesinos, excitados por los bolcheviques, liberan a los presos de guerra y proceden arbitrariamente a la cosecha de los trigos; como resultado, esta amenaza: "la imposibilidad de pagar los impuestos". ¡Los propietarios liberales veían el sentido de su existencia en el sostén del Tesoro! La sucursal del Banco del Estado de Podolsk se queja de las actuaciones arbitrarias de los comités de cantón, "cuyos presidentes son a menudo prisioneros austríacos". Aquí habla el patriotismo ofendido. En la provincia de Vladimir, en la propiedad del propietario Odintsov, se requisan materiales de construcción "preparados para obras de beneficencia". ¡Los notarios no viven más que para obras humanitarias! El obispo de Podolsk hace saber que han ocupado arbitrariamente un bosque que pertenece al obispado. El Alto Procurador del Sínodo se queja de que le hayan sido ocupados los prados de la Laure Alexandra Newski. La abadesa del monasterio de Kizliar maldice a los miembros del comité local: se mezclan en los asuntos del monasterio, confiscan en beneficio propio los alquileres de arriendo, "excitan a las religiosas contra las autoridades". En casos semejantes, eran afectados directamente los intereses de la Iglesia. El conde Tolstoy, uno de los hijos de León Tolstoy, hace saber en nombre de la Unión de propietarios rurales de la provincia de Ufim, que la transmisión de la tierra a los comités

locales, "sin esperar la decisión de la Asamblea constituyente... provocará una explosión de descontento entre los campesinos propietarios que son más de doscientos mil en la provincia". Este propietario de alta alcurnia se preocupa exclusivamente de sus hermanos menores. El senador Belhardt, propietario en la provincia de Tver, está dispuesto a resignarse a los cortes hechos en los bosques, pero se aflige viendo que los campesinos no quieren someterse al gobierno burgués. Veliaminov, propietario de la provincia de Tambov, pide que se salven dos propiedades "que sirven a las necesidades del ejército". Casualmente, estos dominios son de su propiedad. Para los filósofos del idealismo, los telegramas de los propietarios en 1917 son un verdadero tesoro. El materialismo verá en ellos más bien una exposición de modelos de cinismo. Agregará, quizás, que las grandes revoluciones despojan a los poseedores hasta de la posibilidad de una hipocresía decente.

Las peticiones de las víctimas son enviadas a las autoridades de distrito y de provincia, al ministro del Interior, al presidente del consejo de ministros; en general, no producen ningún resultado. ¿A quién, pues, pedir ayuda? A Rodzianko, presidente de la Duma de Estado. Entre las jornadas de Julio y el levantamiento korniloviano, el chambelán se siente transformado en un personaje influyente: muchas cosas se hacen después de sus llamadas telefónicas.

Los funcionarios del Ministerio del Interior expiden circulares a las provincias prescribiendo la comparecencia de los culpables ante los tribunales. Los propietarios de la provincia de Samara, algo patanes, telegrafían en respuesta: "Las circulares no firmadas por los ministros socialistas no tienen efecto." Tsereteli debe superar su modestia: el 18 de julio envía una prolija instrucción, prescribiendo "medidas rápidas y resueltas". De la misma forma que los propietarios, Tsereteli no se preocupa más que del ejército y del Estado. Sin embargo, a los campesinos les parece que Tsereteli ha tomado a los propietarios bajo su protección.

En los métodos de represión del gobierno hay un viraje. Hasta julio se prefería sobre todo lanzar bellos discursos. Si eran enviados destacamentos de tropas a las provincias, era únicamente para proteger al orador gubernamental. Después de la victoria conseguida sobre los obreros y campesinos de Petrogrado, los equipos de caballería, ya sin charlatanes, son puestos directamente a la disposición de los propietarios. En la provincia de Kazán, una de las más agitadas, sólo se pudo -según el joven historiador Yugov- "obligar a los campesinos a resignarse durante algún tiempo..., recurriendo a las detenciones, a la permanencia de destacamentos del ejército en los pueblos e incluso restableciendo el castigo de la verga". Tampoco en otros lugares era ineficaz la represión. El número de

dominios de propietarios nobles afectados descendió en julio de 516 a 503. En agosto, el gobierno logró otros éxitos: el número de distritos afectados descendió de 325 a 288, es decir, el 11 por 100; el número de propiedades alcanzadas por el movimiento se redujo incluso a un 33 por 100.

Algunas regiones de las más agitadas hasta entonces se calman o pasan a segundo plano. A la inversa, las regiones todavía ayer seguras, entran ahora en la lucha. No hace aún un mes, el comisario de Penza describía un cuadro consolador: "El campo se ocupa de la recolección. Se prepara a las elecciones de zemstvos de cantón. El período de crisis gubernamental ha transcurrido con calma. La formación del nuevo gobierno ha sido acogida con satisfacción." En agosto no queda ya ni rastro de este idilio: "Roban los huertos y cortan los bosques en masa... Para liquidar estos desórdenes es necesario recurrir a la fuerza armada." Por su carácter general, el movimiento estival se relaciona todavía con el período "pacífico". Sin embargo, se observan ya síntomas, ciertamente débiles, pero indudables, de radicalización: si durante los cuatro primeros meses los ataques directos contra las residencias señoriales disminuyen, desde julio van en aumento. Los investigadores establecen dentro del conjunto la siguiente clasificación de los acontecimientos de julio ordenados en una curva descendente: apropiación de prados, de cosechas, de vituallas, de forrajes, cultivos, material agrícola; lucha por los precios de arrendamientos; saqueo de dominios. En agosto: apropiación de cosechas, de reservas de vituallas y de forrajes, de pastos y prados, de tierras y de bosques; el terror agrario.

A comienzos de septiembre, Kerenski, en su calidad de generalísimo, repitió en una ordenanza especial las recientes amenazas de su predecesor, Kornílov, contra los "actos de violencia" provenientes de los campesinos. Unos días después, Lenin escribe: "O bien... toda la tierra a los campesinos inmediatamente... o los propietarios y capitalistas empujarán el conflicto hasta una espantosa insurrección campesina." Eso fue lo que sucedió el mes siguiente.

El número de propiedades en las que se extendieron los conflictos agrarios se elevó en septiembre a un treinta por ciento en relación a agosto; en octubre, en un cuarenta y tres por ciento en relación a septiembre. A septiembre y las tres primeras semanas de octubre corresponde más de un tercio de todos los conflictos agrarios registrados desde marzo. Su osadía se había acrecentado infinitamente más que su número. En los primeros meses, incluso los embargos directos de diversos bienes raíces tomaban la apariencia de convenios atenuados y disimulados por los órganos conciliadores. Ahora la máscara de la legalidad cae. Cada una de las ramas del movimiento toma un carácter más intrépido. Renunciando a

diversos aspectos y grados de presión, los campesinos se lanzan a la apropiación violenta de las partes esenciales de los dominios, al saqueo de los nidos de propietarios nobles, al incendio de las mansiones e incluso a la muerte de los propietarios y de los administradores.

La lucha por la modificación de las condiciones de arriendo que en julio era superior numéricamente al movimiento de destrucción constituye en octubre menos de la cuadragésima parte de los saqueos, y el movimiento de los colonos cambia de carácter, transformándose simplemente en otra forma de expropiar a los propietarios. La prohibición de comprar o vender tierras y bosques es sustituida por la apropiación directa. Talas rigurosas en los bosques, abandono de los animales en los cultivos, son hechos que adquieren el carácter de destrucción consciente de los bienes raíces. En septiembre se registraron 279 casos de saqueo de propiedades; constituyen ya más de la octava parte del conjunto de los conflictos. Octubre da más del cuarenta y dos por ciento de todos los casos de destrucción registrados por la milicia entre la insurrección de febrero y la de octubre.

La lucha adquirió un carácter particularmente encarnizado en lo que respecta a los bosques. Las aldeas eran consumidas frecuentemente por los incendios. La madera de construcción estaba rigurosamente custodiada y se vendía cara. El mujik tenía hambre de madera. Además, había llegado el tiempo de abastecerse para la calefacción del invierno. De las provincias de Moscú, de Nijni-Novgorod, de Orel, de la Volinia, de todos los puntos del país llegan continuas quejas sobre la destrucción de bosques y la apropiación de reservas de madera. "Los campesinos han quemado doscientas deciatinas de bosques pertenecientes a propietarios nobles." "Los campesinos de los distritos de Klimov y de Cherikov destruyen los bosques y devastan los cultivos de otoño..." Los guardabosques huyen. Un clamor se eleva en los bosques de la nobleza, las astillas vuelan por todo el país. El hacha del mujik golpea durante todo el otoño al ritmo enfebrecido de la revolución.

En las regiones que importan trigo, la situación del abastecimiento es todavía más grave que en las ciudades. No sólo faltaban subsistencias, sino incluso semillas. En las regiones exportadoras apenas era mejor la situación, ya que los recursos alimenticios eran absorbidos sin descanso. La subida de los precios obligatorios de los cereales afectó duramente a los pobres. En buen número de provincias se declararon agitaciones provocadas por el hambre, se saquearon graneros, fueron atacados los encargados del abastecimiento. La población utilizaba sucedáneos del pan. Se extendían noticias anunciando casos de escorbuto y de tifus, de suicidios causados por situaciones insoportables. El hambre, o su espectro, hacía particularmente intolerable el vecindaje con

el bienestar y el lujo. Las capas más necesitadas del campo ocupaban las primeras filas en la lucha.

Las oleadas de irritación removían el cieno del fondo. En la provincia de Kostroma "se observa una agitación de las centurias negras y de los antisemitas. La criminalidad aumenta. Se nota una disminución del interés por la vida política en el país". Esta última frase del informe del comisario significa que las clases educadas vuelven la espalda a la revolución. Repentinamente suena en la provincia de Podolsk la voz de las centurias negras monárquicas: el comité de la ciudad de Demidovka no reconoce al gobierno provisional y considera al emperador Nicolás Alexandrovitch "como el más fiel al pueblo ruso": si el gobierno provisional no se va, "nos uniremos a los alemanes". Sin embargo, eran raras confesiones tan atrevidas. Hacía mucho tiempo que los campesinos monárquicos habían cambiado de color siguiendo en ello a los propietarios. En algunos lugares de esta misma provincia de Podolsk, las tropas y los campesinos destruyen las destilerías. El comisario hace un informe sobre la anarquía. "Las aldeas y la gente están en peligro; la revolución va a la ruina." No, la revolución está lejos de ir a la ruina. Se cava un lecho más profundo. Sus aguas impetuosas se acercan al estuario.

En la noche del 7 al 8 de septiembre, los campesinos del pueblo de Sichevka, de la provincia de Tambov, armados de palos y látigos, van de casa en casa convocando a todos, desde el más pequeño al más grande, para demoler hasta los cimientos la casa del propietario Romanov. En la asamblea comunal, un grupo propone embargar la propiedad en buen orden, repartir los bienes entre la población y conservar los edificios para fines culturales. Los pobres exigen que sea quemada la mansión, que no quede piedra de ella. Los pobres son los más numerosos. La misma noche un mar de fuego se extiende a todas las propiedades del cantón. Se quemó todo lo que era susceptible de ser quemado, incluso una plantación modelo, se degolló al ganado de raza, "se emborracharon insensatamente". El fuego gana un cantón tras otro. El ejército de alpargata no se limita a emplear las horquillas y las guadañas patriarcales. El comisario de la provincia telegrafía: "Campesinos y desconocidos, armados con revólveres y granadas, saquean las propiedades en los distritos de Ranenburg y de Riajsk." La guerra había aportado una rica técnica a la insurrección campesina. La unión de propietarios señala que en tres días se han quemado 24 dominios. "Las autoridades locales son impotentes para imponer el orden." Aunque con retraso, llegó un destacamento enviado por el mando de las tropas, se declaró el estado de sitio y se prohibieron las reuniones; se detuvo a los instigadores. Los barrancos estaban llenos de bienes de los propietarios, los ríos engullían mucho de lo que había sido saqueado.

Beguichev, un campesino de Penza, cuenta: "En septiembre, fueron todos a derribar el dominio de Logvin (que ya había sido saqueado en 1905). Al ir y al volver se alargaba una fila de carros; centenares de mujiks y de mozos expulsan el ganado, llevándose también el trigo y cualquier cosa..." Un destacamento pedido por la dirección del zemstvo intentó recuperar parte de lo saqueado, pero cerca de quinientos mujiks y mozos se agruparon alrededor de la capital del cantón y el destacamento se dispersó. De manera evidente, los soldados no manifestaban ningún celo en restablecer el derecho pisoteado de los propietarios.

Según los recuerdos del campesino Gaponenko, en la provincia de Táurida, desde los últimos días de septiembre "los campesinos se pusieron a devastar las explotaciones, a expulsar a los administradores, a apoderarse del trigo de los graneros, de los animales de labranza, del material... Arrancaron y se llevaron también las ventanas, las puertas, los pisos y el zinc de los techos..." "Al principio -cuenta Grunko, campesino de Minsk- llegaban a pie, tomaban las cosas y se las llevaban; pero al poco tiempo engancharon los caballos los que tenían y llevaron todo a carretadas. Sin descanso... lo transportaron, lo llevaron durante dos jornadas enteras, día y noche, a partir del mediodía. En cuarenta y ocho horas lo limpiaron todo." El embargo de bienes, según Kuzmichev, campesino de la provincia de Moscú, era justificado de esta manera: "El propietario era nuestro, trabajábamos para él, y su fortuna nos correspondía enteramente." Antiguamente, el noble decía a sus siervos: "¡Son míos, lo suyo me pertenece!" Ahora el campesino replicaba: "El barín es nuestro y sus bienes también."

"En algunos lugares -según dice otro campesino de Minsk, Novikov- se comenzó a inquietar a los propietarios por la noche. Se incendiaban cada vez con más frecuencia las mansiones señoriales." Le llegó el turno al dominio del gran duque Nicolás Nicolaevitch, antiguo generalísimo. "Cuando se llevaron todo lo que se podían llevar, empezaron a destruir las estufas y a retirar los hornos, los pisos y las tarimas, y a llevárselo todo a sus casas..." Tras estos actos, de destrucción estaba el cálculo multisecular, milenario, de todas las guerras campesinas: destruir en su base las posiciones fortificadas del enemigo, no dejarle lugar donde reposar la cabeza. "Los más razonables -escribe en sus recuerdos Tsigankov, campesino de la provincia de Kursk- decían: no hay que destruir los edificios, tendremos necesidad de ellos... para escuelas y hospitales; pero la mayoría gritaba que se debía destruir todo para que nuestros enemigos no supiesen donde esconderse, pasase lo que pasase..." "Los campesinos se apropiaron de todos los bienes de los propietarios -relata Savchenko, campesino de la provincia de Orel-, expulsaban a los propietarios de sus

dominios, rompían las ventanas, las puertas, los pisos y techos de sus casas... Los soldados decían que si se destruía la guarida de los lobos, había que estrangular también a los propios lobos. A raíz de estas amenazas, los propietarios más importantes y linajudos se escondieron uno tras otro: por esta razón no hubo muertes de propietarios."

En la aldea de Zalesie, provincia de Vitebsk, se quemaron graneros llenos de trigo y heno en una propiedad perteneciente al francés Bernard. Los mujiks estaban tanto menos dispuestos a hacer diferencias de nacionalidad cuanto que los propietarios se apresuraron a transmitir sus tierras a extranjeros privilegiados. "La embajada de Francia pide que se tomen medidas." A mediados de octubre era difícil tomar medidas en la zona del frente, ni siquiera para complacer a la embajada de Francia.

Durante cuatro días se prosiguió el saqueo de una gran propiedad próxima a Riazan; "hasta los niños participaron en el saqueo". La Unión de propietarios de tierras hizo saber a los ministros que si no se tomaban medidas, "habrá linchamientos, hambre y guerra civil". Es difícil comprender cómo los propietarios nobles hablan en futuro de la guerra civil.

A comienzos de septiembre, en el congreso de la cooperación, Berkenheim, uno de los líderes del sólido campesinado comerciante, decía: "Estoy convencido de que todavía Rusia no se ha transformado enteramente en un manicomio; que, por el momento, la demencia ha ganado sobre todo a la población de las grandes ciudades." Esta voz presuntuosa de un sector sólidamente establecido y conservador de los campesinos hablaba con irremediable retraso. Precisamente ese mes, el campo rompió definitivamente todos los frenos de la cordura y, por su exasperación en la lucha, dejó muy atrás el "manicomio" de las ciudades.

En abril, Lenin creía posible todavía que los cooperativistas patriotas y los kulaks arrastrasen tras ellos a la gran masa del campesinado hacia un acuerdo con la burguesía y los propietarios. Esto le llevaba a insistir sin cesar en la creación de soviets particulares de obreros agrícolas *[batraks]* y en la organización independiente de los campesinos más pobres. Con el paso de los meses fue descubriendo que esta parte de la política bolchevique no tenía fundamento. A excepción de las provincias bálticas, no existían en ninguna parte soviets de obreros agrícolas. Tampoco los campesinos pobres hallaron formas independientes de organización. Explicar esto únicamente por el atraso de los obreros agrícolas y de las capas más pobres de las aldeas sería omitir lo esencial. La causa principal estaba en la naturaleza misma del problema histórico: el de la revolución democrática agraria.

En las dos cuestiones más importantes -la del arrendamiento y la del trabajo asalariado- se ve claramente cómo los intereses generales de la lucha contra la supervivencia de la servidumbre interceptan el camino de una política independiente no sólo de los campesinos pobres, sino incluso de los obreros agrícolas. En la Rusia europea los campesinos tomaban en arriendo a los propietarios nobles veintisiete millones de deciatinas -aproximadamente el 60 por 100 de todos los dominios particulares- y pagaban por ellas un tributo de arrendamiento que se elevaba hasta cuatrocientos millones de rublos anuales. Con el estallido de la insurrección de febrero, la lucha contra las condiciones expoliadoras de los arriendos se convirtió en el elemento esencial del movimiento campesino. Menor lugar, aunque, sin embargo, considerable, ocupaba la lucha de los obreros agrícolas, que les enfrentaba no sólo con los propietarios nobles, sino también con los campesinos. El colono luchaba por el alivio de las condiciones de arriendo; el obrero, por la mejora de las condiciones de trabajo. Uno y otro, cada uno a su manera, partían del reconocimiento del señor como propietario y como patrón. Pero a partir del momento en que se abrió la posibilidad de llevar las cosas hasta el fin, es decir de apropiarse de las tierras e instalarse en ellas, el campesinado pobre dejó de interesarse por los arrendamientos y el sindicato empezó a perder su fuerza de atracción sobre los obreros agrícolas. Fueron precisamente estos últimos y los campesinos pobres quienes, al unirse al movimiento general, dieron a la guerra campesina su carácter extremado de resolución e irreductibilidad.

La campaña contra los propietarios nobles no arrastraba plenamente al otro polo de la aldea. Mientras las cosas no llegaban al levantamiento declarado, las altas capas del campesinado desempeñaron en el movimiento un papel evidente y a veces dirigente. En el período de otoño, los mujiks acomodados consideraron con una desconfianza creciente el desbordamiento de la guerra campesina: no sabían cómo iba a terminar aquello, tenían algo que perder, se mantuvieron al margen. Pero no consiguieron, sin embargo hacerlo completamente: la aldea se lo impedía.

Más encerrados en sí mismos y más hostiles que "los del medio", los kulaks que pertenecían a la comuna, se mostraban los pequeños propietarios de sus tierras, campesinos separados de la comuna. Los cultivadores que poseían lotes de hasta cincuenta deciatinas eran seiscientos mil en todo el país. En muchos lugares constituían la espina dorsal del movimiento cooperativista, y en política se inclinaban -sobre todo en el sur- hacia la conservadora Unión campesina, que ya era un puente hacia los kadetes. "Los campesinos separados de la comuna y los *rurales* acomodados -según cuenta Gulis, cultivador de la provincia de Minsk- apoyaban a los propietarios nobles y se esforzaban por contener a los

campesinos con amonestaciones." Aquí y allá, bajo la influencia de las condiciones locales, la lucha interna en el campesinado se agudizaba desde antes de la insurrección de Octubre. Los campesinos separados de la comuna lo sufrieron particularmente. "Casi todas las explotaciones particulares -cuenta Kusmichev, campesino de la provincia de Nijni-Novgorod- fueron incendiadas, el material en parte destruido, en parte embargado por los campesinos." El campesino separado de la comuna era "el lacayo del propietario noble, su hombre de confianza que protegía sus reservas forestales; era el favorito de la policía, de la gendarmería y de sus amos". Los campesinos y los comerciantes más ricos de algunos cantones del distrito de Nijni-Novgorod desaparecieron durante el otoño y sólo volvieron a sus casas dos o tres años más tarde.

Pero en la mayor parte del país las relaciones internas en la aldea distaban mucho de alcanzar ese grado tan alto de tensión. Los kulaks se comportaban diplomáticamente, frenaban y forcejeaban, pero se esforzaban en no chocar demasiado con el *mir* (comuna rural). El campesino ordinario, por su parte, vigilaba muy atentamente al kulak y no le dejaba que se uniera al propietario noble. La lucha entre los nobles y los campesinos por la influencia sobre el kulak se prosiguió durante todo el año 1917 tomando formas variadas que iban desde una acción "amistosa" hasta un terror enfurecido.

Mientras que los latifundistas abrían obsequiosamente ante los campesinos propietarios la puerta de horno de la asamblea de la nobleza, los pequeños propietarios de tierras se apartaban significativamente de los nobles para no perecer con ellos. En el lenguaje político, esto significaba que los propietarios nobles, que hasta la revolución habían pertenecido a los partidos de extrema derecha, se vestían ahora con los ropajes del liberalismo, tomándolos, según los viejos recuerdos, como garantía de protección; mientras que los campesinos propietarios, que frecuentemente habían apoyado antes a los kadetes, ahora evolucionaban hacia la izquierda.

El congreso de los pequeños propietarios de la provincia de Perm, que tuvo lugar en septiembre, se desolidarizó vehementemente del congreso moscovita de propietarios de tierras, encabezado por ¡condes, príncipes y barones! Un propietario de cincuenta deciatinas afirmaba: "Los kadetes no han llevado nunca sayal ni alpargatas y por eso no defenderán nunca nuestros intereses." Apartándose de los liberales, los propietarios que trabajan sus propias tierras buscaban a los "socialistas" partidarios de la propiedad. Uno de los delegados se pronunciaba por la socialdemocracia. "... ¿El obrero? Dadle tierra, volverá a la aldea y cesará de escupir sangre. Los socialdemócratas no nos quitarán las tierras." Se trataba, por supuesto, de los mencheviques. "No cederemos nuestra tierra a nadie. Le

resulta fácil separarse de ella a quien la ha obtenido sin esfuerzo, por ejemplo al propietario noble. Para el campesino, la tierra ha sido una penosa adquisición."

En este período otoñal la aldea luchaba contra los kulaks sin rechazarlos, al contrario, obligándoles a unirse al movimiento general y a protegerlo contra las capas de la derecha. Hubo casos incluso en que la negativa a participar en un saqueo fue castigada con la ejecución del que no participaba en él. El kulak zigzagueaba todo lo que podía, pero en el último minuto, después de rascarse la cabeza una vez más, enganchaba sus bien nutridos caballos al carro, subía sobre sólidas ruedas y marchaba a tomar su lote. Muchas veces era la parte del león. "Los que se aprovecharon especialmente -cuenta Beguichev, campesino de la provincia de Penza- fueron los más acomodados, que poseían caballos y gentes a su disposición." Casi en los mismos términos se expresa Savchenko, de la provincia de Orel: "La mayor parte de los beneficios se la llevaron los kulaks, bien alimentados y con medios para transportar la leña."

Según el cálculo de Vermenichev, sobre cuatro mil novecientos cincuenta y cuatro conflictos agrarios con los propietarios nobles, sólo trescientos veinticuatro fueron con la burguesía campesina. ¡Informe evidentemente significativo! Demuestra por si mismo, sin lugar a dudas, que el movimiento campesino de 1917, en su base social, no era dirigido contra el capitalismo, sino contra las supervivencias de la servidumbre. La lucha contra los kulaks se desarrollará más tarde, a partir de 1918, con la liquidación definitiva de los propietarios nobles.

El carácter puramente democrático del movimiento campesino, que aparentemente debía dar una fuerza irresistible a la democracia oficial, puso en realidad de manifiesto la magnitud de su podredumbre. Viendo las cosas desde arriba, el campesinado en su totalidad estaba dirigido por los socialistas revolucionarios, les daba sus votos, les seguía y casi se confundía con ellos. En el Congreso de los soviets campesinos, celebrado en mayo, Chernov obtuvo ochocientos diez votos en las elecciones para el Comité ejecutivo, y Kerenski ochocientos cuatro, mientras que Lenin no obtuvo en total más que veinte votos. No se equivocaba Chernov cuando se calificaba como "ministro del campo". Pero tampoco fue por error por lo que la estrategia del campo se apartara violentamente de Chernov.

La dispersión económica hace que los campesinos, tan resueltos en la lucha contra un propietario determinado, se encuentren impotentes contra el propietario generalizado en la persona del Estado. De ahí la necesidad orgánica del mujik de apoyarse sobre un reino fabuloso contra el Estado real. Antiguamente, el mujik apoyaba a impostores, se agrupaba

alrededor de un falso pergamino dorado del zar, o bien alrededor de una leyenda sobre la tierra de los justos. Después de la revolución de Febrero, los campesinos se agruparon en torno a la bandera socialista revolucionaria, "Tierra y Libertad", buscando en ella una ayuda contra el propietario noble y liberal, transformado en comisario. El programa populista correspondía al gobierno real de Kerenski como el pergamino apócrifo del zar a la autocracia real.

En el programa de los socialistas revolucionarios hubo siempre mucho de utópico: se preparaban a edificar el socialismo sobre la base de una pequeña economía mercantil. Pero el fondo del programa era democrático revolucionario: tomar las tierras de los propietarios nobles. Moroso en cumplir su programa, el partido se enredó en la coalición. Contra la confiscación de tierras se levantaban irreductiblemente no sólo los propietarios nobles, sino también los banqueros kadetes: los inmuebles rústicos habían sido hipotecados por los Bancos por un mínimo de cuatro mil millones de rublos. Dispuestos a regatear con los propietarios nobles el precio en la Asamblea constituyente, pero con el propósito de llegar a un acuerdo amistoso, los socialistas revolucionarios pusieron todo su empeño en impedir que el mujik ocupase la tierra. Perdían así su influencia entre los campesinos, no por el carácter utópico de su socialismo, sino por su inconsistencia democrática. La verificación de su utopismo habría podido exigir años enteros. Su traición al democratismo agrario se hizo evidente en unos meses: bajo el gobierno de los socialistas revolucionarios, los campesinos tuvieron que emprender el camino de la insurrección para cumplir él programa de esos mismos socialistas revolucionarios.

En julio, cuando el gobierno desató la represión contra la aldea, los campesinos se pusieron por si acaso bajo la protección de los socialistas revolucionarios: en Poncio el menor buscaban una defensa contra Pilatos el mayor. El mes en el cual los bolcheviques son más débiles en las ciudades, es el de mayor extensión de los socialistas revolucionarios en el campo. Como sucede con frecuencia, sobre todo en épocas de revolución, la mayor influencia organizativa coincide con el comienzo de la decadencia política. Al agazaparse tras los socialistas revolucionarios para escapar a los golpes de un gobierno socialista revolucionario, los campesinos perdían cada vez más su confianza en ese gobierno y en ese partido. De esta forma, el enorme crecimiento de las organizaciones socialistas revolucionarias en el campo se hizo mortal para este partido universal que se sublevaba desde abajo y reprimía desde arriba.

En una reunión de la Organización militar de Moscú, el 30 de julio, un delegado del frente, socialista revolucionario, decía: Aunque los campesinos se consideren todavía

socialistas revolucionarios, hay una fisura entre ellos y el partido. Los soldados asentían: bajo la influencia de la agitación socialista revolucionaria, los campesinos son aún hostiles a los bolcheviques, pero resuelven los problemas de la tierra y del poder como si fueran bolcheviques. Povoijski, bolchevique que militaba en el Volga, atestigua que los socialistas revolucionarios más conocidos, que habían participado en el movimiento de 1905, se sentían eliminados paulatinamente: "Los mujiks los llamaban "los viejos", los trataban con aparente respeto, pero votaban según su propia conciencia." Eran los obreros y los soldados quienes enseñaban a los campesinos a votar y a actuar "según su propia conciencia".

Es imposible evaluar la influencia revolucionaria de los obreros sobre el campesinado: tenía un carácter permanente, molecular, omnipresente, y por eso mismo, poco susceptible de ser calculado. La reciprocidad de la penetración se veía facilitada por el hecho de que un número considerable de empresas industriales estaban repartidas por el campo. Pero incluso los obreros de Petrogrado, la más europea de las ciudades, conservaban vínculos inmediatos con la aldea natal. El paro, que había aumentado durante los meses de verano, y los *lockouts* patronales arrojaban a la aldea a muchos miles de obreros: la mayoría de ellos se convertían en agitadores y dirigentes.

En mayo y junio, se crean en Petrogrado las organizaciones obreras regionales *[zemliachestva]* agrupando a los oriundos de tal provincia o incluso de los cantones. Columnas enteras de la prensa obrera son dedicadas a los anuncios de las reuniones de la *zemliachestva,* donde se leían los informes sobre las giras hechas por las aldeas, se daban instrucciones a los delegados y se buscaban los recursos financieros para la agitación. Poco antes de la insurrección, las *zemliachestva* se fusionaron en torno a un secretariado central especial, bajo la dirección de los bolcheviques. El movimiento de las *zemliachestva* se extendió pronto a Moscú, a Tver y probablemente a buen número de otras ciudades industriales.

Sin embargo, desde el punto de vista de la acción directa sobre la aldea, los soldados tenían una importancia todavía mayor. Sólo en las condiciones artificiales del frente, o del cuartel en la ciudad, los jóvenes campesinos, superando en cierta medida los efectos de su dispersión, podían afrontar los problemas de envergadura nacional. Sin embargo, también allí se hacía sentir la falta de autonomía política. Cayendo invariablemente bajo la dirección de intelectuales patriotas y conservadores y esforzándose por escaparse de ellos, los campesinos intentaban formar un bloque en el ejército, al margen de los otros grupos sociales. Las autoridades se mostraban desfavorables a semejantes tendencias, el ministro

de la Guerra se oponía, los socialistas revolucionarios no acudían en su ayuda... y los soviets de diputados campesinos estaban muy débilmente implantados en el ejército. Incluso en las condiciones más favorables, el campesino es incapaz de transformar su cantidad aplastante en calidad política.

Unicamente en los grandes centros revolucionarios, bajo la acción directa de los obreros, los soviets de campesinos y soldados consiguieron desarrollar un trabajo considerable. Así, por ejemplo, el Soviet campesino de Petrogrado envió a las zonas rurales mil trescientos noventa y cinco agitadores provistos de mandatos especiales, entre abril de 1917 y el 1 de enero de 1918; otros, casi tan numerosos, fueron sin mandato. Los delegados recorrieron sesenta y cinco provincias (gobiernos). También en Cronstadt, los marineros y soldados, siguiendo el ejemplo de los obreros, constituyeron *zemliachestva* que entregaban credenciales a los delegados atestiguando su "derecho" a viajar gratis en ferrocarril y en barco. Los ferrocarriles de las sociedades privadas admitían esas credenciales sin chistar, pero en los del Estado se producían conflictos.

Los delegados oficiales de las organizaciones eran, sin embargo, simples gotas de agua en el océano del campesinado. Un trabajo infinitamente más importante era realizado por centenares de miles y millones de soldados que desertaban del frente y de las guarniciones de la retaguardia, conservando en sus oídos las sólidas consignas escuchadas a los oradores en los mítines. Los mudos del frente, cuando volvían a su casa, en la aldea, se convertían en oradores. Y no faltaban gentes ávidas de escucharles. "En el campesinado que rodea la zona de Moscú -cuenta Muralov, uno de los bolcheviques de la localidad- se producía un formidable movimiento hacia la izquierda... En los pueblos y en las aldeas hormigueaban los desertores y allí también penetraba el proletariado de la capital que no había roto todavía con la aldea." "El campo adormecido de la provincia de Kaluga -según cuenta el campesino Naumchenkov- fue despertado por los soldados que llegaban del frente por una razón u otra en los meses de junio y julio." El comisario de Nijni-Novgorod informaba que "todas las infracciones al derecho y a la ley son debidas a la aparición en los límites de la provincia de desertores, de soldados con permiso o de delegados de los comités de regimiento". El administrador principal de las propiedades de la princesa Bariatinskaya, del distrito Zolotonochski, se quejaba en agosto de los actos arbitrarios del comité agrario, presidido por Gatran, un marinero de Cronstadt. Según el informe del comisario del distrito de Bugulminski: "Los soldados y marineros venidos de permiso desarrollan la agitación con el fin de crear la anarquía y provocar pogromos." "En el distrito del Mglinsk, en el burgo de Belogoch, un marinero ha prohibido, con su propia

autoridad, cortar y coger leña y traviesas del bosque." Si no eran los soldados los que empezaban la lucha, eran, sin embargo, ellos quienes la terminaban. En el distrito de Nijni-Novgorod los mujiks inquietaban al convento de monjas, segaban sus prados, destruían sus cercas, no dejaban tranquilas a las monjas. La abadesa no cedía, los milicianos reprimían a los mujiks. "Esto duró -escribe el campesino Arbekov- hasta la llegada de los soldados. Los hombres del frente tomaron en seguida el toro por los cuernos"; el convento fue evacuado. En la provincia de Mohilev, según el campesino Bobkov, "los soldados que regresaban del frente a sus hogares eran los principales cabecillas de los comités y los que dirigían la expulsión de los propietarios nobles".

Los del frente aportaban al conflicto esa grave resolución de quien está habituado a servirse del fusil y de la bayoneta contra sus semejantes, pero las mujeres de los soldados se contagiaban del espíritu combativo de sus maridos. "En septiembre -cuenta Beguichev, campesino de la provincia de Penza- se produjo un amplio movimiento de los mozos-soldados, que se pronunciaban en las asambleas en favor del saqueo." Se observaba el mismo fenómeno en otras provincias. Las "soldadas", incluso en las ciudades, desempeñaban un papel importante en la agitación.

Los casos en que se encontraron los soldados a la cabeza de las revueltas campesinas, según el cálculo de Vermenichev, fueron del uno por ciento en marzo, del ocho por ciento en abril, del trece por ciento en septiembre y del diecisiete por ciento en octubre. Un cálculo semejante no puede pretender ser exacto; pero indica sin errores la tendencia general. La dirección moderadora de los maestros de escuela, secretarios y funcionarios socialistas revolucionarios, era reemplazada por la dirección de los soldados, que no retrocedían ante nada.

Un escritor alemán, Parvus, buen marxista en su tiempo, que supo enriquecerse durante la guerra, pero a costa de perder sus principios y su perspicacia, comparaba los soldados rusos con los lansquenetes alemanes de la Edad Media, acostumbrados al saqueo y a la violencia. Para hablar así, era necesario no ver que los soldados rusos, a pesar de todos sus excesos, seguían siendo simplemente el órgano ejecutivo de la mayor revolución agraria de la historia.

Mientras el movimiento no rompía definitivamente con la legalidad, el envío de tropas al campo tenía un carácter simbólico. Para una represión efectiva sólo podía contarse con los cosacos. "Han sido enviados cuatrocientos cosacos al distrito Serdobski... Esta medida ha restablecido la tranquilidad. Los campesinos declaran que esperarán a la Asamblea constituyente." Así escribe el 11 de octubre el periódico liberal *Ruskoie Slovo [La*

Palabra Rusa]. ¡Cuatrocientos cosacos en un argumento indudable en favor de la Asamblea constituyente! Pero no había suficientes cosacos y los que había vacilaban. Mientras tanto, el gobierno se veía forzado a tomar cada vez más a menudo "medidas decisivas". Durante los primeros meses, Vermenichev cuenta diecisiete casos de envío de fuerzas armadas contra los campesinos; en julio y en agosto, treinta y nueve casos; en septiembre y octubre, ciento cinco.

Reprimir el movimiento campesino por la fuerza armada era echar aceite al fuego. Los soldados, en la mayoría de los casos, pasaban al lado de los campesinos. Un comisario de distrito de la provincia de Podolsk informa de lo siguiente: "Las organizaciones militares, e incluso ciertos contingentes, resuelven las cuestiones sociales y económicas, fuerzan (?) a los campesinos a realizar incautaciones y a cortar leña, y a veces, en algunos lugares, ellos mismos participan en el saqueo... Las tropas locales se niegan a tomar parte en la represión contra estas violencias..." De este modo la insurrección de la aldea destruyó los últimos vestigios de la disciplina. Era imposible, en unas condiciones de guerra campesina a cuya cabeza estaban los obreros, que el ejército se dejara enviar contra la insurrección en las ciudades.

Los campesinos aprendían por primera vez de los obreros y de los soldados la verdad sobre los bolcheviques, no lo que les habían contado los socialistas revolucionarios. Las consignas de Lenin y su nombre penetran en la aldea. Las quejas cada vez más frecuentes contra los bolcheviques son, sin embargo, en muchos casos, puros inventos o exageraciones de esa manera esperaban obtener con seguridad la ayuda de los propietarios nobles. "En el distrito Ostrovski reina una total anarquía debido a la propaganda del bolchevismo." De la provincia de Ufim: "El miembro del comité de cantón Vasiliev propaga el programa de los bolcheviques y declara abiertamente que los propietarios nobles serán colgados." Polonik, propietario de la provincia de Novgorod, al buscar "protección contra el pillaje" no olvida añadir: "Los comités ejecutivos están todos llenos de bolcheviques"; lo cual quiere decir: mala gente para los propietarios. "En agosto -escribe en sus *Memorias* Zumorin, campesino de la provincia de Simbirsk- los obreros recorrieron las aldeas agitando en favor del partido bolchevique y exponiendo su programa." El juez de instrucción del distrito de Sebeje ha abierto un proceso a Tatiana Mijailova, de veintiséis años, obrera textil llegada de Petrogrado, que en su aldea había llamado al "derrocamiento del gobierno provisional y había elogiado la táctica de Lenin". El campesino Kotov, de la provincia de Smolensk, testimonia que a finales de agosto la gente "comenzó a interesarse

por Lenin, a prestar atención a la voz de Lenin"...Sin embargo, la inmensa mayoría de los elegidos por los zemstvos de cantón son socialistas revolucionarios.

El partido bolchevique se esfuerza por acercarse a los campesinos. El 10 de septiembre, Nevski reclama al comité de Petrogrado que se emprenda la publicación de un periódico campesino: "Hay que arreglar el asunto de tal forma que no pasemos por las pruebas que ha conocido la Comuna de París, cuando el campesinado no comprendió a la capital y París no comprendió al campesinado." El periódico *Bednota [Periódico de los pobres]* comenzó pronto a aparecer. Pero el trabajo directo del partido entre el campesinado siguió siendo, sin embargo, insignificante. La fuerza del partido bolchevique no estaba en sus medios técnicos, ni en el aparato, sino en una política justa. Al igual que las ráfagas de aire extienden las semillas, los torbellinos de la revolución diseminaban las ideas de Lenin.

"Hacia el mes de septiembre -escribe en sus *Memorias* Vorobiev, campesino de la provincia de Tver- defienden a los bolcheviques en las reuniones no sólo los soldados del frente, sino también los campesinos pobres, cada vez con más frecuencia y audacia..." Entre los pobres y algunos campesinos medios -como lo confirma Zumorin, campesino de la provincia de Simbirsk-, el nombre de Lenin estaba en todos los labios y sólo se hablaba de él." Un campesino de Novgorod, Grigoriev, cuenta que en un cantón un socialista revolucionario trató a los bolcheviques de "ladrones" y de "traidores". Los mujiks gritaron: "¡Abajo el polizonte, echémosle a pedradas! ¡Que no nos venga a contar embustes! ¿Dónde está la tierra? Basta ya. ¡Que nos traigan a un bolchevique!" Es posible además que este episodio -y hubo otros semejantes- corresponda al período posterior a octubre: en los recuerdos de los campesinos, los acontecimientos quedan gravados, pero el sentido de la cronología es flojo.

Un soldado, Chinenov, que había llevado a su casa, en la provincia de Orel, una maleta repleta de literatura bolchevique, fue mal acogido en su aldea natal: el oro alemán, pensaban. Pero en octubre, "la cédula del cantón tenía setecientos miembros, muchos fusiles y se movilizaba siempre en favor del poder bolchevique". El bolchevique Vrachev cuenta cómo los campesinos de la provincia exclusivamente agrícola de Voronej, "una vez libres de la asfixia socialista revolucionaria, comenzaron a interesarse por nuestro partido, gracias a lo cual tuvimos un buen número de células de aldea y de cantón abonadas a nuestros periódicos y recibimos a numerosos mujiks en el estrecho local de nuestro comité". En la provincia de Smolensk, según recuerdos de Ivanov, "los bolcheviques eran muy raros en las aldeas, había muy pocos en los distritos, no existían periódicos

bolcheviques y muy raramente se repartían octavillas... Y, sin embargo, cuanto más se acercaba Octubre, más se volvía la aldea hacia los bolcheviques...".

"En aquellos distritos en los que hasta Octubre había una influencia bolchevique en los soviets -escribe el mismo Ivanov- no se desencadenaba, o sólo raras veces, el vandalismo contra las haciendas de los propietarios nobles." Las cosas, sin embargo, no se presentaban en todas partes de la misma forma. "Las reivindicaciones de los bolcheviques exigiendo la entrega de la tierra a los campesinos -relata, por ejemplo, Tadeus- eran adoptadas con rapidez particular por la masa de los campesinos del distrito de Mohilev, que saqueaban haciendas, incendiando algunas, apoderándose de los prados y los bosques." No hay en definitiva contradicción entre estos testimonios. La agitación general de los bolcheviques fomentaba indudablemente la guerra civil en el campo. Pero allí donde los bolcheviques conseguían arraigarse más sólidamente, se esforzaban, sin debilitar naturalmente el empuje del movimiento campesino, en ordenarlo y en limitar los estragos.

La cuestión agraria no se planteaba aisladamente. Sobre todo en el último período de la guerra, el campesino se sentía afectado tanto como vendedor que como comprador: su trigo se cotizaba según las tarifas fijadas por el Estado, y los productos de la industria le resultaban cada vez más inabordables. El problema de las relaciones económicas entre el campo y la ciudad, que más tarde llegaría a ser -con el nombre de "tijeras"- el problema central de la economía soviética, se presenta ya con su aspecto amenazador. Los bolcheviques decían al campesino: los soviets deben tomar el poder, entregar la tierra, acabar la guerra, desmovilizar la industria, establecer el control obrero sobre la producción, regular las relaciones de precios entre productos industriales y productos agrícolas. Por somera que fuera esta respuesta, señalaba bien el camino. "La barrera entre nosotros y los campesinos -decía Trotski el 10 de octubre en la Conferencia de los Comités de fábrica- la forman los sovietistas del género Avkséntiev. Es preciso atravesar la barrera. Hay que explicar en el campo que todos los esfuerzos del obrero para ayudar al campesino, suministrando a la aldea maquinaria agrícola, no darán resultado mientras no se establezca el control obrero sobre la producción organizada." En este sentido la conferencia publicó un manifiesto dirigido a los campesinos.

Los obreros de Petrogrado habían constituido en las fábricas en este tiempo comisiones especiales que recogían metales, recortes y residuos para entregarlos a un centro especial: *El obrero al campesino.* Estos desperdicios servían para la fabricación de sencillos instrumentos agrícolas y de piezas de recambio. Era la primera intervención obrera, según un plan en la marcha de la producción, todavía poco considerable por su volumen, en la

que predominaban los propósitos de agitación sobre los objetivos económicos, pero anticipaba, sin embargo, la perspectiva de un futuro cercano. Espantado por la intrusión de los bolcheviques en la esfera sagrada de la aldea, el Comité ejecutivo campesino intentó captar la nueva iniciativa. Pero rivalizar con los bolcheviques en la ciudad estaba por encima de las fuerzas fatigadas de los conciliadores, que incluso en el campo estaban ya perdiendo pie.

El eco de la agitación de los bolcheviques "despertó de tal modo a los campesinos pobres -escribía Vorobiev, campesino de la provincia de Tver- que se puede afirmar categóricamente: si Octubre no se hubiera producido en octubre, habría tenido lugar en noviembre". Esta característica sumamente brillante de la fuerza política del bolchevismo no está en contradicción alguna con su debilidad organizativa. Es únicamente a través de desproporciones tan fuertes que la revolución puede abrirse camino. Precisamente por eso, dicho sea de paso, su movimiento no puede ceñirse al marco de la democracia formal. Para poder llevar a cabo, en octubre o en noviembre, la revolución agraria, el campesinado sólo podía utilizar el ropaje cada vez más usado del partido socialista revolucionario. Sus elementos de izquierda se agrupan apresuradamente y en desorden bajo la presión de la insurrección campesina, siguen los pasos de los bolcheviques y rivalizan con ellos. En los meses que van a seguir, el desplazamiento político del campesinado se producirá principalmente bajo la bandera remendada de los socialistas revolucionarios d e izquierda: este partido efímero se convierte en un reflejo, una forma inestable de bolchevismo rural, un puente provisional entre la guerra campesina y la insurrección proletaria.

La revolución agraria necesitaba sus propios órganos locales. ¿Qué carácter tenían? En las aldeas existían de diferentes tipos: las organizaciones del Estado como los comités ejecutivos de cantón, los comités agrarios y los de aprovisionamiento; organizaciones sociales como los soviets; organizaciones puramente políticas como los partidos; por último, órganos de administración autónoma, representados por los zemstvos de cantón. Los soviets campesinos sólo se habían desarrollado en los límites administrativos de las provincias y parcialmente en los distritos; eran pocos los soviets de cantón. Los zemstvos de cantón eran difícilmente asimilados. En cambio, los comités agrarios y los comités ejecutivos, que habían sido concebidos como órganos del Estado, se transformaban, por extraño que pueda parecer, a primera vista, en los órganos de la revolución campesina.

El comité agrario principal, compuesto de funcionarios, propietarios, profesores, agrónomos diplomados, políticos socialistas revolucionarios, a los que se mezclaban campesinos vacilantes, era en definitiva un freno central para la revolución agraria. Los

comités provinciales no cesaban de aplicar la política gubernamental. Los comités de distrito oscilaban entre los campesinos y las autoridades. Pero, en cambio, los comités de cantón, elegidos por los campesinos y trabajando allí, a la vista de la aldea, se convertían en los instrumentos del movimiento agrario. Las cosas no cambiaban nada por el hecho de que los miembros de los comités de ordinario socialistas revolucionarios: se alineaban sobre la isba del mujik, pero no se situaban al lado de la mansión del noble. Los campesinos apreciaban especialmente el carácter estatal de sus comités agrarios viendo en ellos una especie de certificado para la guerra civil.

"Los campesinos dicen que fuera del comité de cantón no reconocen a nadie -declara ya en el mes de mayo uno de los jefes de la milicia del distrito de Saransk-; pero todos los comités de distrito y de ciudad trabajan para servir a los propietarios de tierras." Según el comisario de Nijni-Novgorod, "las tentativas hechas por algunos comités de cantón para luchar contra los procedimientos arbitrarios de los campesinos, en la práctica terminaban casi siempre en fracaso, y ocasionaban la destitución de todo el equipo..." "Los comités estaban siempre -según Denisov, campesino de la provincia de Pskov- al lado del movimiento campesino, contra los propietarios, ya que sus elegidos representaban la parte más revolucionaria del campesinado y de los soldados del frente."

En los comités de distrito y sobre todo en los de capital de provincia, era la *intelligentsia* de los funcionarios quien los dirigía, esforzándose por mantener relaciones pacíficas con los propietarios nobles. "Los campesinos se dieron cuenta -escribe Yurkov, campesino de la provincia de Moscú- que era la misma pelliza, pero vuelta al revés, el mismo poder, pero con otro nombre." "Se observa una tendencia -escribe el comisario de Kursk-... a realizar nuevas elecciones para los comités de distrito que aplican con intransigencia las decisiones del gobierno provisional." Sin embargo, al campesino le era sumamente difícil conseguir el comité de distrito: la ligazón política de las aldeas y de los cantones era realizada por los socialistas revolucionarios, de tal forma que los campesinos estaban obligados a actuar por intermedio del partido, cuya principal misión era la de dar vuelta a la vieja pelliza.

La frialdad del campesinado, sorprendente a primera vista, ante los soviets de marzo, tenía en realidad causas profundas. Un soviet no representa una organización específica como un comité agrario, sino una organización universal de la revolución. Pero en la esfera de la política general, el campesino no podía dar un paso sin dirección. Todo el problema radicaba en saber de dónde vendría esa dirección. Los soviets campesinos de provincia y de distrito se constituían a iniciativa y, en una medida considerable, con los recursos de la

cooperación, no como órganos de la revolución campesina, sino como instrumentos de una tutela conservadora sobre el campesinado. La aldea soportó a los soviets de los socialistas revolucionarios de derecha como un escudo contra el poder. Pero en su casa, prefería los comités agrarios.

Para impedir que la aldea se encerrase en el círculo "de los intereses puramente rurales", el gobierno aceleraba la creación de zemstvos democráticos. Esto debía forzar al mujik a ponerse en guardia. Con frecuencia tuvo que obligar a que se celebrasen elecciones. "Ha habido casos de ilegalidad -informa el comisario de Penza- y como consecuencia de esto las elecciones han sido anuladas." En la provincia de Minsk, los campesinos detuvieron al presidente de la comisión electoral del cantón, el príncipe Drutski-Kiubetski, acusándole de haber adulterado las listas: los mujiks tenían dificultad para entenderse con el príncipe sobre la solución democrática de una querella secular. El comisario de distrito, Bugulminski, informa: "Las elecciones a los zemstvos de cantón en el distrito no han sido totalmente regulares... La composición de los elegidos es exclusivamente campesina, se nota el alejamiento de los intelectuales de la región y sobre todo de los propietarios de tierras." En ese sentido los zemstvos apenas se distinguían de los comités. "Respecto a los intelectuales y en particular los propietarios de tierras -escribe lamentándose el comisario de la provincia de Misk-, la actitud de la masa campesina es negativa." En un periódico de Mohilev, fechado el 23 de septiembre, podemos leer: "El trabajo de los intelectuales en el campo implica riesgos si no se promete categóricamente ayudar a la entrega inmediata de toda la tierra a los campesinos." Allí donde un acuerdo, e incluso un compromiso, entre las principales clases es imposible, se está hundiendo el terreno para las instituciones democráticas. Los zemstvos de cantón, nacidos ya muertos, presagiaban sin lugar a dudas el desmoronamiento de la Asamblea constituyente.

"El campesinado de la región -declaraba el comisario de Nijni-Novgorod- tiene la convicción de que todas las leyes civiles han perdido su fuerza y de que todas las relaciones jurídicas deben ser reguladas desde ahora por las organizaciones campesinas." Disponiendo de la milicia local, los comités de cantón promulgaban las leyes locales, establecían los precios de arrendamiento, regulaban los salarios, ponían administradores en las propiedades, se hacían cargo de la tierra, de los prados, de los bosques, del-material, confiscaban las armas de los propietarios, procedían a registros y detenciones. La voz de los siglos y la nueva experiencia de la revolución decían también al mujik que el problema de la tierra era un problema de fuerza. Para una revolución agraria, era necesario tener los órganos de una dictadura campesina. El mujik no conocía todavía esta palabra de origen

latino. Pero el mujik sabía lo que quería. La "anarquía" de que se quejaban los propietarios, los comisarios liberales y los políticos conciliadores, era en realidad la primera etapa de una dictadura revolucionaria en los cantones.

Desde los acontecimientos de 1905-1906, Lenin había insistido en la necesidad de crear órganos específicos; puramente campesinos, para la revolución agraria: "los comités revolucionarios campesinos -afirmaba en el Congreso del partido en Estocolmo- señalan el único camino por el que puede avanzar el movimiento campesino". El mujik no leía a Lenin. Pero, en cambio, Lenin leía bien el pensamiento del mujik.

Sólo hacia el otoño la aldea cambia de actitud respecto a los soviets, cuando éstos modificaban a su vez su orientación política. Los soviets bolcheviques y socialistas revolucionarios de izquierda en las capitales de distrito o de provincia no frenan ya a los campesinos, sino que, al contrario, los empujan hacia adelante. Si durante los primeros meses la aldea había buscado en los soviets de los conciliadores un camuflaje legal para entrar luego en conflicto abierto con ellos, ahora empezaba a encontrar por primera vez en los soviets revolucionarios una verdadera dirección. Los campesinos de la provincia de Saratov escribían en septiembre: "El poder debe pasar en toda Rusia a manos... de los soviets de diputados obreros, campesinos y soldados. Esto será más seguro." Es sólo en otoño cuando el campesinado empieza a ligar su programa agrario con la consigna de poder a los soviets. Pero entonces no sabe todavía quién dirigirá estos soviets y de qué forma.

Las revueltas agrarias tenían gran tradición en Rusia, un programa simple, pero claro, y héroes y mártires en diversos lugares. La experiencia grandiosa de 1905 no pasó sin dejar huellas en la aldea. A esto hay que añadir el pensamiento de las sectas religiosas que unían a millones de campesinos. "He conocido -escribe un autor bien informado- a muchos campesinos que acogieron la revolución de Octubre como la realización absoluta de sus esperanzas religiosas." De todos los levantamientos campesinos conocidos en la historia, el movimiento campesino ruso fue sin duda el más secundado por las ideas políticas. Si a pesar de todo fue incapaz de dotarse de una dirección autónoma y de tomar en sus manos el poder, esto se debía a la naturaleza orgánica de una economía aislada, mezquina y rutinaria: esa economía chupaba al mujik toda su savia y no le resarcía dándole la capacidad para llegar a sacar las conclusiones necesarias.

La libertad política del campesinado significa en la práctica la libertad de escoger entre los diversos partidos de las ciudades. Pero esta elección no se ejerce *a priori*. Sublevándose, el Campesinado empuja a los bolcheviques al poder. Pero sólo después de

haber conquistado el poder los bolcheviques podrán ganar al campesinado, transformando la revolución agraria en una ley del Estado obrero.

Un grupo de eruditos, bajo la dirección de Yakovlev, ha establecido una clasificación muy interesante de los documentos que caracterizan la evolución del movimiento agrario de Febrero a Octubre. Adoptando como base la cifra de 100 para señalar el número mensual de manifestaciones inorganizadas, estos eruditos han calculado que el número de conflictos "organizados" se eleva en abril a 33, en junio a 86 y en julio a 120. Este fue el momento de apogeo de las organizaciones socialistas revolucionarias en el campo. En agosto, de 100 conflictos no organizados, hay más de 62 organizados, y en octubre sólo 14. De estas cifras, enormemente instructivas, aunque muy convencionales, Yakovlev saca, sin embargo, una conclusión totalmente inesperada: si antes del mes de agosto el movimiento era cada vez más organizado, adquiere en otoño cada vez más el carácter de una "fuerza elemental". Otro investigador, Vermenichev, llega a la misma formulación: "la reducción del porcentaje del movimiento organizado en el período de la ola ascendente de vísperas de Octubre refleja el carácter elemental del movimiento durante esos meses". Si se opone lo elemental a lo consciente, como la ceguera a la vista -y ésa es la única antítesis científica-, habrá que concluir que el nivel de conciencia del movimiento campesino se eleva hasta agosto, pero luego empieza a decaer hasta desaparecer completamente en el momento de la insurrección de Octubre. Eso es lo que nuestros eruditos, evidentemente, no querían decir. Si reflexionamos un poco sobre la cuestión, no es difícil comprender que, por ejemplo, las elecciones rurales a la Asamblea constituyente, pese a su apariencia "organizada", tenían un carácter infinitamente más "elemental" -es decir, no razonado, gregario, ciego- que la lucha "no organizada" de los campesinos contra los propietarios nobles, en la que cada uno de los campesinos sabía claramente lo que quería.

Con el giro del otoño, el campesinado no rompía con su opinión consciente para arrojarse a las fuerzas elementales, sino con la dirección de los conciliadores para llegar así a la guerra civil. La decadencia organizativa tuvo en definitiva un carácter superficial: las organizaciones de los conciliadores caían; pero lo que dejaban tras ellas ayudaba a la marcha por un nuevo camino que se efectuaba bajo la dirección inmediata de los elementos más revolucionarios: soldados, marineros, obreros. Cuando iban a realizar acciones decisivas, los campesinos convocaban frecuentemente una asamblea general e incluso se preocupaban por hacer firmar la decisión tomada por todos los habitantes de la aldea. "En el período otoñal del movimiento campesino, que llegaba a ser devastador -escribe Chestakov, tercer erudito-, lo más frecuente era la aparición en la escena de la vieja

asamblea comunal *[sjod]* de los campesinos. Es por medio del *sjod* como los campesinos se reparten los bienes requisados, a través del *sjod* entablan negociaciones con los propietarios y administradores de las haciendas, con los comisarios de distrito y con diferentes *pacificadores*...”

¿Por qué desaparecen de la escena los comités de cantón, que condujeron directamente a los campesinos a la guerra civil? A este respecto no tenemos indicaciones precisas en los documentos. Pero la explicación es obvia. La revolución desgasta con gran rapidez sus organismos y sus armas. Ya el hecho de que los comités agrarios dirigieran mediante medidas semipacíficas les hacía poco aptos para pasar directamente al ataque. Esta razón general se completaba con razones particulares, pero que no dejaban de tener peso. Emprendiendo una vía de guerra abierta contra los propietarios, los campesinos sabían demasiado bien lo que les amenazaba en caso de derrota. Más de un comité agrario, ya en tiempos de Kerenski, había ido a parar a la cárcel. Descentralizar las responsabilidades pasaba a ser una exigencia absoluta de la táctica. Para esto la forma más utilizable era el *mir* [comuna rural]. En el mismo sentido actuaba sin duda la desconfianza habitual entre los campesinos: cuando se trataba de apoderarse y repartirse los bienes de los propietarios, cada uno quería participar personalmente en la operación, no confiando sus derechos a nadie. De esa forma la agravación creciente de la lucha llevaba a la eliminación temporal de los órganos representativos de la primitiva democracia campesina en beneficio del *sjod* y de las resoluciones del *mir*.

Quizá parezcan sorprendentes aberraciones tan grandes en la definición del carácter del movimiento campesino, especialmente si provienen de la pluma de eruditos bolcheviques. Pero no hay que olvidar que se trata de bolcheviques de nueva formación. La burocratización del pensamiento conduce inevitablemente a una sobreestimación de las formas organizativas impuestas desde arriba al campesinado y a una subestimación de las formas que adoptaba por sí solo el campesinado. El funcionario instruido, a la zaga del profesor liberal, considera los procesos sociales desde el punto de vista administrativo. En calidad de comisario del pueblo de la Agricultura, Yakovlev manifestó más tarde la misma actitud superficial del burócrata respecto al campesinado, pero ya en un terreno infinitamente mucho más importante y lleno de responsabilidades, precisamente en la aplicación de “la colectivización generalizada”. ¡Lo superficial en la teoría se paga terriblemente cuando se trata de una práctica de gran envergadura!

Pero aún faltan trece largos años para llegar a los errores de la colectivización generalizada. Por el momento sólo se trata de la expropiación de las tierras de los

propietarios. Hay ciento treinta y cuatro mil propietarios que tiemblan todavía ante sus ochenta millones de deciatinas. Los más amenazados son los de arriba, los treinta mil amos de la antigua Rusia, que poseen setenta millones de deciatinas, más de dos mil deciatinas de promedio por cabeza. Un miembro de la nobleza, Boborikin, escribe al chambelán Rodzianko: "Soy propietario y no me entra en la cabeza que me puedan privar de mi tierra, sobre todo con el propósito más inverosímil: para hacer una experiencia de las doctrinas socialistas." Pero la revolución tiene justamente como tarea el realizar lo que no entra en la cabeza de los dirigentes.

Los propietarios más perspicaces no pueden, sin embargo, ignorar que no podrán conservar sus propiedades. Ya no se esfuerzan en conservarlas: cuanto antes se desembaracen de la tierra, tanto mejor. La Asamblea constituyente aparece ante ellos como un gran Tribunal de Cuentas, en el que el Estado les indemnizará no sólo por la tierra, sino también por sus tribulaciones.

Los campesinos propietarios adherían a este programa desde la izquierda. Querían acabar con la nobleza parasitaria, pero temían poner en cuestión la concepción de la propiedad territorial. El Estado es bastante rico -declaraban en su congreso- para pagar a los propietarios unos doce mil millones de rublos. En calidad de "campesinos" esperaban beneficiarse, en condiciones ventajosas, de la tierra de los propietarios nobles que habría sido pagada a expensas del pueblo.

Los propietarios comprendían que la importancia de las indemnizaciones tenían un valor político que sería determinado por la correlación de fuerzas en el momento de ajustar las cuentas. Hasta finales de agosto subsistía la esperanza de que una Asamblea constituyente convocada a lo Kornílov hacía pasar la línea de la reforma agraria entre Rodzianko y Miliukov. La caída de Kornílov significaba que las clases poseedoras habían perdido la partida.

De septiembre a octubre, los propietarios aguardaban el desenlace como un enfermo incurable espera la muerte. El otoño es la época de la política de los mujiks. La cosecha está terminada, las ilusiones se disipan, la paciencia se pierde. ¡Es preciso acabar! El movimiento, desbordador, se extiende a todas las regiones, borra las particularidades locales, arrastra a todas las capas de la aldea, barre todas las reticencias ante la legalidad y la prudencia, se hace ofensivo, exasperado, feroz, rabioso, utiliza como armas el hierro y el fuego, el revólver y la granada, derriba e incendia las casas solariegas, expulsa a los propietarios, limpia la tierra y aquí y allá la riega a veces de sangre.

Parecen los nidos de señores cantados por Puchkin, Turgueniev y Tolstoy. La vieja Rusia se volatiliza con el humo. La prensa liberal recoge los lamentos y gemidos por la destrucción de los jardines a la inglesa, los cuadros bosquejados en la época de servidumbre, las bibliotecas patrimoniales, los Partenones de Tambov, los caballos de carreras, los vicios grabados, los toros de raza. Los historiadores burgueses intentan achacar a los bolcheviques la responsabilidad del "vandalismo" de los campesinos en su venganza contra la "cultura de los nobles". En realidad, el mujik ruso acababa una obra emprendida muchos siglos antes de la aparición de los bolcheviques en el mundo. Cumplía su tarea histórica progresiva con los únicos medios que estaban a su disposición: con la barbarie revolucionaria extirpaba la barbarie medieval. Además, ni él mismo, ni sus abuelos, ni sus antepasados habían conocido nunca la clemencia o la indulgencia.

Cuando los feudales eliminaron la *Jacquerie,* cuatro siglos y medio antes de la liberación de los campesinos franceses, un viejo monje escribía en su crónica: "Han hecho tanto daño al país que no era necesaria la llegada de los ingleses para la devastación del reino; los ingleses no hubieran podido hacer lo que han hecho los nobles de Francia." Tan sólo la burguesía, en mayo de 1971, superó en atrocidad a la nobleza francesa. Los campesinos rusos, gracias a la dirección de los obreros, y los obreros rusos, gracias a la ayuda de los campesinos, escaparon a esta doble lección de los defensores de la cultura de la humanidad.

Las relaciones recíprocas entre las clases esenciales de Rusia se vieron reproducidas en el campo. Al igual que los obreros y soldados habían luchado contra la monarquía, pese a los planes de la burguesía, los campesinos pobres fueron los más decididos en sublevarse contra los propietarios, haciendo caso omiso de las advertencias del kulak. Y así como los conciliadores creían que la revolución sólo descansaría firmemente sobre sus pies a partir del momento en que Miliukov la reconociese, el campesino de condición media, mirando a la izquierda y a la derecha, se imaginaba que la firma del kulak legalizaría las expropiaciones. De la misma manera que la burguesía hostil a la revolución no dudó en atribuirse el poder, los kulaks que se habían opuesto a las devastaciones no renunciaron a sacar provecho de ellas. El poder no quedaría mucho tiempo en manos de la burguesía, ni los bienes de los propietarios en manos del kulak: en ambos casos, por causas análogas.

La fuerza de la revolución democrática agraria, de esencia burguesa, se expresó en el hecho de que sobrepasó durante cierto tiempo los antagonismos de clase en la aldea: el obrero agrícola saqueaba al propietario ayudando con ello al kulak. Los siglos XVII, XVIII y XIX de la historia rusa se subían sobre los hombros del XX y le hacían tocar tierra. La

debilidad de la atrasada revolución burguesa no empujó a los revolucionarios burgueses hacia adelante, sino que, al contrario, los arrojó definitivamente al campo de la reacción: ¡Tsereteli, presidiario todavía la víspera, protegía las tierras de los propietarios nobles contra la anarquía! Rechazada por la burguesía, la revolución campesina se une al proletariado industrial. Y con ello el siglo XX no sólo se liberaba de los siglos anteriores, sino que sobre sus hombros se elevaba a un nuevo nivel histórico. Para que el campesino pudiese limpiar la tierra y levantar las barreras, el obrero debía ponerse a la cabeza del Estado: ésa es la fórmula más simple de la revolución de Octubre.

CAPITULO XXXIX
LA CUESTIÓN NACIONAL

La lengua es el instrumento más importante de contacto entre los hombres y, por tanto, de vinculación de la economía. Se convierte en lengua nacional con la victoria de la circulación mercantil que unifica una nación. Sobre esta base se establece el Estado nacional, que es el terreno más cómodo, ventajoso y normal para las relaciones capitalistas. Si dejamos a un lado la lucha de los Países Bajos por la independencia y el destino de la Inglaterra insular, la época de la formación de las naciones burguesas en Europa occidental ha comenzado con la gran Revolución francesa, y en lo esencial termina aproximadamente un siglo después con la constitución del Imperio alemán.

Pero ya en el período en que el Estado nacional en Europa había dejado de absorber las fuerzas de producción y se desarrollaba como Estado imperialista, en Oriente -Persia, los Balcanes, China e India- se estaba en el comienzo de la era de las revoluciones nacional democráticas, cuyo impulso inicial fue dado por la Revolución rusa de 1905. La guerra de los Balcanes de 1912 representa el fin de la formación de los Estados nacionales en el sudeste de Europa. La guerra imperialista que siguió completó de pasada la obra incompleta de las revoluciones nacionales europeas, al producir el desmembramiento de Austria-Hungría, la creación de una Polonia independiente y de Estados limítrofes que se desprendieron del Imperio de los zares.

Rusia no estaba constituida como un Estado nacional, sino como un Estado de nacionalidades. Ello correspondía a su carácter atrasado. Sobre la base de una agricultura extensiva y un artesonado de aldea, el capital comercial, en vez de desarrollarse en profundidad, transformando la producción, lo hacía en extensión, acrecentando el radio de sus operaciones. El comerciante, el propietario y el funcionario se desplazaban del centro a la periferia, acompañando la dispersión de los campesinos, y buscando nuevas tierras y exenciones fiscales, penetraban en nuevos territorios, donde se encontraban poblaciones todavía más atrasadas. La expansión del Estado era fundamentalmente la expansión de una economía agrícola, la cual, pese a su primitivismo, revelaba una superioridad sobre los nómadas del sur y de Oriente. El Estado de castas y de burocracia que se forma sobre esa base inmensa y ampliada constantemente llegó a ser lo suficientemente poderoso como para someter a ciertas naciones de Occidente que, aunque de cultura más avanzada, eran incapaces, por su reducida población o sus crisis internas, de defender su independencia (Polonia, Lituania, provincias bálticas, Finlandia).

A los setenta millones de gran rusos que constituían el macizo central del país se añadieron gradualmente unos noventa millones de "alógenos", que se dividían claramente en dos grupos: los occidentales, superiores a los gran rusos por su cultura, y los orientales, de un nivel inferior. Así se constituyó un Imperio en el que la nacionalidad dominante no representaba más que el 43 por 100 de la población, mientras que el 57 por 100 (de los cuales el 17 por 100 de ucranianos, 6 por 100 de polacos, 4,5 por 100 de rusos blancos) correspondían a nacionalidades diversas tanto por su nivel cultural como por su desigualdad de derechos.

Las ávidas exigencias del Estado y la indigencia de la clase campesina bajo las clases dominantes engendraron las formas más feroces de explotación. La opresión nacional en Rusia era infinitamente más brutal que en los Estados vecinos, no sólo en la frontera occidental, sino incluso en la frontera oriental. El gran número de naciones lesionadas en sus derechos y la gravedad de su situación jurídica daban una fuerza explosiva enorme al problema nacional en la Rusia zarista.

Mientras que en los Estados de nacionalidad homogénea, la revolución burguesa desarrollaba poderosas tendencias centrípetas, representadas bajo el signo de una lucha contra el particularismo como en Francia, o contra la fragmentación nacional como en Italia y Alemania, en los Estados heterogéneos tales como Turquía, Rusia, Austria-Hungría, la revolución retrasada de la burguesía desencadenaba, al contrario, las fuerzas centrífugas. A pesar de la evidente oposición de estos procesos, expresados en términos de mecánica, su función histórica es la misma en la media en que los casos se trata de utilizar la unidad nacional como un importante receptáculo económico: esto exigía realizar la unidad de Alemania y por el contrario el desmembramiento de Austria-Hungría.

Lenin había calculado con suficiente anticipación el carácter inevitable de los movimientos nacionales centrífugos en Rusia, y durante años había luchado obstinadamente, especialmente contra Rosa Luxemburgo, por el famoso párrafo 9 del viejo programa del partido, que formulaba el derecho de las naciones a disponer de sí mismas, es decir, a separarse completamente del Estado. Con ello, el partido bolchevique no se comprometía de ningún modo a hacer propaganda separatista. A lo único que se comprometía era a luchar con intransigencia contra todo tipo de opresión nacional, incluyendo la retención por la fuerza de cualquier nacionalidad en los límites de un Estado común. Sólo por este camino el proletariado ruso pudo conquistar gradualmente la confianza de las nacionalidades oprimidas.

Pero esto es sólo uno de los aspectos del problema. La política de bolchevismo en la cuestión nacional tenía otro aspecto, que, aunque aparentemente estaba en contradicción con el primero, lo completaba en realidad. En el marco del partido, y en general de las organizaciones obreras, el bolchevismo aplicaba el más riguroso centralismo, luchando implacablemente contra todo contagio nacionalista susceptible de enfrentar o dividir a los obreros.

Negando rotundamente el derecho al Estado burgués de imponer a una minoría nacional una residencia forzosa o incluso una lengua oficial, el bolchevismo estimaba al mismo tiempo como una tarea sagrada ligar, lo más estrechamente posible, en un gran todo a los trabajadores de diferentes nacionalidades mediante una disciplina de clase voluntaria. Así se rechazaba pura y simplemente el principio nacional federativo de la estructura del partido. Una organización revolucionaria no es el prototipo del Estado futuro, es únicamente el instrumento para crearlo. La herramienta debe ser adecuada para la fabricación del producto, pero de ningún modo debe asimilarse a él. Únicamente una organización centralista puede asegurar el éxito de la lucha revolucionaria incluso cuando se trata de destruir la opresión centralista sobre las naciones.

Para las naciones oprimidas de Rusia, derribar a la monarquía significaba necesariamente realizar una revolución nacional. Sin embargo, también aquí se manifestó lo mismo que se había producido en todos los aspectos del régimen de Febrero: la democracia oficial, ligada por su dependencia política a la burguesía imperialista, fue absolutamente incapaz de destruir las trabas del pasado. Estimando incontestable su derecho a regir a las demás naciones, continuaba defendiendo con obstinación las fuentes de riqueza, de fuerza e influencia que aseguraban a la burguesía gran rusa su situación dominante. La democracia conciliadora se limitó a interpretar las tradiciones de la política nacional del zarismo con el lenguaje de una retórica emancipadora: se trataba ahora de defender la unidad de la revolución. Pero la coalición dirigente tenía otro argumento más fuerte: las consideraciones derivadas de su situación de guerra. Esto significaba que los esfuerzos de emancipación de las diversas nacionalidades eran presentados como la obra del Estado Mayor austroalemán. También aquí los kadetes eran los primeros violines y los conciliadores el acompañamiento.

Por supuesto, el nuevo poder no podía dejar intacta la abominable procesión de ultrajes medievales infringidos a los alógenos. Pero esperaban limitarse -y trataban de conseguirlo- simplemente a la abolición de las leyes de excepción contra las diversas naciones, es decir: al establecimiento de una igualdad aparente entre los diversos sectores de la población frente a la burocracia del Estado gran ruso.

La igualdad formal de derechos jurídicos favorecía sobre todo a los israelitas: el número de leyes que limitaban sus derechos alcanzaba la cifra de seiscientas cincuenta leyes. Además, como nacionalidad exclusivamente urbana y una de las más dispersas, los judíos no podían pretender una independencia en el Estado, ni tan siquiera una autonomía territorial. En cuanto a la proyectada "autonomía nacional cultural" que debía unir a los judíos de todo el país en torno a sus escuelas y otras instituciones, esta utopía reaccionaria, que diversos grupos judíos habían recogido del teórico austríaco Otto Bauer, se derritió desde el primer día de la libertad como la cera bajo los rayos del sol.

Pero la revolución es precisamente una revolución porque no se contenta con limosnas ni con pagos a plazos. La anulación de las restricciones más vergonzosas establecía en la forma la igualdad de los ciudadanos, independientemente de la nacionalidad; pero con ello se manifestaba más vivamente la desigualdad de los derechos jurídicos entre las mismas naciones, dejándolas a la mayor parte en situación de hijas legítimas o adoptivas del Estado gran ruso.

La igualdad de derechos civiles no significaba nada para los fineses, que no buscaban la igualdad con los rusos, sino su independencia de Rusia. No aportaba nada a los ucranianos, que anteriormente no habían conocido ninguna restricción, pues se les había declarado rusos a la fuerza. No cambiaba nada la situación de los letones y de los estonianos, aplastados por la gran propiedad alemana y por la ciudad rusoalemana. No aliviaba lo más mínimo la suerte de las tribus y de los pueblos atrasados de Asia, mantenidos en el abismo de la carencia total de derechos jurídicos, no por restricciones, sino por las cadenas de una servidumbre económica y cultural. La coalición liberal conciliadora no quería ni plantearse estas cuestiones. El Estado democrático seguía siendo el mismo Estado del funcionario gran ruso que no estaba dispuesto a ceder su puesto a nadie.

A medida que la revolución ganaba más ampliamente a las masas en la periferia, aparecía más claramente que la lengua oficial era allí la de las clases dominantes. El régimen de la democracia formal, debido a su libertad de prensa y reunión, daba lugar a que las nacionalidades oprimidas y atrasadas sintieran todavía más profundamente hasta qué punto estaban privadas de los medios más elementales de desarrollo cultural: escuelas, tribunales y funcionarios propios. La postergación de los problemas a la futura Asamblea constituyente no hacía más que exacerbar los ánimos; en definitiva, la Asamblea estaría dominada por los mismos partidos que había creado el gobierno provisional, que seguían manteniendo las

tradiciones de los rusificadores, y marcando de forma tajante hasta qué límite las clases dominantes estaban dispuestas a llegar.

Finlandia se transformó rápidamente en una espina clavada en el cuerpo del régimen de Febrero. Debido a la gravedad del problema agrario, que afectaba en Finlandia a los *torpari,* es decir a los pequeños arrendatarios oprimidos, los obreros industriales que sólo representaban el 14 por 100 de la población arrastraron tras sí a la aldea. El *Seim* finés [la Dieta] llegó a ser el único parlamento en el que los socialdemócratas obtuvieron la mayoría: 103 sobre 200 escaños de diputados. Después de haber proclamado por la ley del 5 de junio la soberanía de *Seim,* excepto en las cuestiones concernientes al ejército y a la política exterior, la socialdemocracia finesa se dirigió "a los partidos hermanos de Rusia" para obtener su apoyo. Pronto descubrió que el recurso estaba mal destinado. El gobierno se puso al margen, dejando libertad de acción "a los partidos hermanos". Una delegación dirigida por Cheidse, enviada para sermonear, volvió de Helsingfors sin haber obtenido el menor resultado. Entonces, los ministros socialistas de Petrogrado, Kerenski, Chernov, Skobelev, Tsereteli, decidieron liquidar al régimen socialista de Helsingfors por la violencia. El jefe de Estado Mayor del Gran Cuartel general, el monárquico Lukomski, advirtió a las autoridades civiles y a la población que si se producía alguna manifestación contra el ejército ruso, "sus ciudades, empezando por Helsingfors, serían devastadas". Después de haber preparado el terreno de este modo, el gobierno proclamó la disolución del *Seim* en un solemne manifiesto, cuyo estilo parecía plagiado de la monarquía y puso a las puertas del parlamento finés a soldados rusos traídos del frente el mismo día en que comenzaba una ofensiva. Así, en su camino hacia octubre, las masas rusas recibieron una buena lección que les enseñaba el lugar convencional que ocupaban los principios democráticos en la lucha de clases.

Las tropas revolucionarias de Finlandia adoptaron una postura digna ante el desenfreno nacionalista de los dirigentes. El Congreso regional de los soviets que se celebró en Helsingfors en la primera quincena de septiembre declaró: "Si la democracia finesa juzga necesario reanudar las sesiones del *Seim,* el Congreso considerará actos contrarrevolucionarios todas las tentativas que se opongan a esta medida." Era un ofrecimiento directo de asistencia militar. Pero la socialdemocracia finesa, en la que predominaban las tendencias conciliadoras, no estaba dispuesta a emprender la vía insurreccionar. Las nuevas elecciones, que tuvieron lugar bajo la amenaza de una nueva disolución, aseguraron a los partidos burgueses, con cuyo asentimiento el gobierno había disuelto el *Seim,* una pequeña mayoría: 108 votos sobre 200.

Pero en esta Suiza del norte, en este país de montañas de granito y propietarios avaros, empiezan a plantearse en primera línea problemas internos que llevan inevitablemente a la guerra civil. La burguesía finesa prepara semipúblicamente a sus cuadros militares. Al mismo tiempo se constituyen las células secretas de la Guardia roja. La burguesía se dirige a Suecia y Alemania para conseguir armas e instructores. Los obreros encuentran apoyo en los soldados rusos. Al mismo tiempo, en los círculos burgueses, que la víspera estaban dispuestos a entenderse con Petrogrado, se refuerza el movimiento por una completa separación de Rusia. El periódico dirigente *Huvudstatbladet* escribía: "El pueblo ruso se acerca a un desenlace anárquico... En estas condiciones, ¿no deberíamos desligarnos en lo posible de este caos?" El gobierno provisional se vio obligado a hacer concesiones sin esperar a la Asamblea constituyente: el 23 de octubre fue adoptada una ordenanza "de principio" sobre la independencia de Finlandia, excepción hecha de los asuntos militares y de las relaciones exteriores. Pero "la independencia" otorgada por Kerenski no valía ya gran cosa: sólo faltaban dos días para su caída.

Ucrania fue otra espina, pero mucho más profundamente clavada. A principios de junio, Kerenski había prohibido el Congreso de las tropas de Ucrania convocado por la Rada. Pero los ucranianos no cedieron. Para salvar la posición del gobierno, Kerenski legalizó el Congreso con retraso enviando un pomposo telegrama que los congresistas escucharon con risas poco respetuosas. La amarga lección no le impidió a Kerenski prohibir tres semanas más tarde el Congreso de los militares musulmanes en Moscú. Parecía como si el gobierno democrático se diese prisa en sugerir a las naciones descontentas: sólo recibiréis aquello que arranquéis con vuestras manos.

En el primer número del *Universal,* aparecido el 10 de junio, acusando a Petrogrado de oponerse a la autonomía nacional, la Rada proclamaba: "En adelante nosotros mismos regiremos nuestra propia vida." Los kadetes trataban a los dirigentes ucranianos de agentes alemanes. Los conciliadores les enviaban exhortaciones sentimentales. El gobierno provisional envió a Kiev una delegación. En la atmósfera sobrecargada de Ucrania, Kerenski, Tsereteli y Terechenko se vieron obligados a dar algunos pasos hacia la Rada. Pero después del aplastamiento de julio de los obreros y soldados, el gobierno dio viraje a la derecha en la cuestión ucraniana. El 5 de agosto, por mayoría aplastante, la Rada acusó al gobierno, "impregnado de las tendencias imperialistas de la burguesía rusa", de haber violado la convención del 3 de julio. "¡Cuando tuvo que cumplir el tratado -escribía el jefe del poder en Ucrania, Vinichenko-, el gobierno provisional... procedió como un pequeño estafador que pretendía arreglar con trampas un gran problema histórico." Este lenguaje

inequívoco muestra cuál era la autoridad del gobierno incluso en los círculos que políticamente debería tener más próximos, ya que, a fin de cuentas, el conciliador Vinichenko no se distinguía de Kerenski más de lo que un mal novelista pueda diferenciarse de un abogado mediocre.

A decir verdad, en septiembre el gobierno publicó por fin un acta que reconocía a las nacionalidades de Rusia -dentro de los marcos que fijase la Asamblea constituyente- el derecho de "disponer de sí mismas". Pero esta letra de cambio girada sin ninguna garantía para el futuro, contradictoria en sí misma, extremadamente imprecisa en todo, salvo en las reservas que hacía, no inspiraba confianza a nadie: los actos del gobierno provisional gritaban ya demasiado alto contra él.

El 2 de septiembre el mismo Senado que se había negado a recibir en sus sesiones a los nuevos miembros no revestidos del antiguo uniforme decidió rechazar la promulgación de una instrucción confirmada por el gobierno, dirigida al secretario general de Ucrania, es decir, al gabinete de los ministros de Kiev. Motivo: no existe ninguna ley sobre el secretariado y no es posible enviar instrucciones a una institución ilegal. Los eminentes juristas no ocultaban que el acuerdo del gobierno con la Rada constituía una usurpación de los derechos de la Asamblea constituyente: los partidarios más acérrimos de la democracia pura se hallaban ahora junto a los senadores del zar. Mostrando tanta valentía, la oposición de derechas no arriesgaba absolutamente nada: sabían que su postura sería completamente del gusto de los dirigentes. Si la burguesía rusa podía resignarse a reconocer una cierta independencia a Finlandia, que tenía con Rusia débiles lazos económicos, no podía de ningún modo consentir la "autonomía" de los trigos de Ucrania, del carbón de Donetz y del mineral de Krivoi Rog.

El 19 de octubre, Kerenski ordenó telegráficamente a los secretarios generales de Ucrania "venir urgentemente a Petrogrado para darle explicaciones personales" sobre su agitación criminal en favor de una Asamblea constituyente ucraniana. Al mismo tiempo, el ministerio fiscal de Kiev era invitado a abrir una instrucción contra la Rada. Pero los rayos lanzados contra Ucrania espantaban tan poco como divertían las gentilezas hacia Finlandia.

Los conciliadores ucranianos se sentía en esta época infinitamente más estables que sus primos mayores de Petrogrado. Independientemente de la atmósfera favorable que rodeaba su lucha por los derechos nacionales, la estabilidad relativa de los partidos pequeño burgueses de Ucrania, así como de otras naciones oprimidas, tenía raíces económicas y sociales que se pueden calificar con una palabra: atraso. A pesar del rápido desarrollo industrial de las cuencas de Donetz y de Krivoi Rog, Ucrania seguía yendo a remolque de la

Gran Rusia, el proletariado ucraniano era menos homogéneo y templado, el partido bolchevique seguía siendo, en cantidad y en calidad, débil, se separaba lentamente de los mencheviques, discernía mal los problemas políticos, sobre todo en la cuestión nacional. Incluso en Ucrania oriental, industrial, la conferencia regional de los soviets, a mediados de octubre, daba una pequeña mayoría a los conciliadores.

La burguesía ucraniana era relativamente aún más débil. Una de las causas de la inestabilidad social de la burguesía rusa en su conjunto era, como se recordará, que su sector más poderoso se componía de extranjeros que ni siquiera vivían en Rusia. En la periferia, este hecho se complicaba con otro que no tenía menor importancia: la burguesía del país, del interior, pertenecía a otra nación diferente de la masa principal de pueblo.

La población urbana de la periferia se distinguía totalmente en su composición nacional de la población de las aldeas. En Ucrania y en Rusia blanca, el propietario terrateniente, el capitalista, el abogado eran gran rusos, polacos, judíos, extranjeros, mientras que, por el contrario, la población del campo era totalmente ucraniana y rusa blanca. En las provincias del Báltico las ciudades eran centros de la burguesía alemana, rusa y judía: la aldea era letona y estoniana en su totalidad. En las ciudades de Georgia predominaba la población rusa y armenia, y también en el Azerbaidján turcomano. Separados de la masa esencial del pueblo, no sólo por el nivel de vida y costumbres, sino también por la lengua, exactamente como los ingleses en la India; obligados a depender del aparato burocrático para la defensa de sus haciendas y de sus ingresos; ligados inseparablemente a las clases dominantes de todo el país, los propietarios nobles, los industriales y los comerciantes de la periferia agrupaban en torno suyo a un estrecho círculo de funcionarios, empleados, maestros de escuela, médicos, abogados, periodistas y en parte también obreros, todos ellos rusos, que transformaban las ciudades en focos de rusificación y de colonización.

La aldea podía pasar inadvertida mientras estuviera callada. Pero cuando empezó a elevar la voz con impaciencia creciente, la ciudad resistió obstinadamente para defender su situación privilegiada.

El funcionario, el comerciante, el abogado, aprendieron rápidamente a camuflar su lucha por la conservación de las posiciones estratégicas en la economía y en la cultura bajo una altanera condenación del chovinismo renaciente. El esfuerzo de la nación dominante por mantener el *statu quo* se colorea frecuentemente de un supranacionalismo, así como el esfuerzo de un país vencedor toma la forma de pacifismo para conservar lo que ha robado. Es así como MacDonald se siente internacionalista ante Gandhi. Así es también como el

acercamiento de los austríacos hacia Alemania le parece a Poincaré un insulto para el pacifismo francés.

"La gente que vive en las ciudades de Ucrania -escribía en mayo la delegación de la Rada de Kiev al gobierno provisional- ven las calles rusificadas de estas ciudades... y olvidan completamente que estas ciudades no son más que islotes en el mar del pueblo ucraniano." Cuando Rosa Luxemburgo, en su polémica póstuma sobre el programa de la revolución de Octubre, afirmaba que el nacionalismo ucraniano, que había sido hasta entonces la simple "diversión" de una decena de intelectuales pequeños burgueses, había sido inflado artificialmente por la consigna bolchevique del derecho de las naciones a disponer de sí mismas; pese a su claridad de espíritu, incurría en un error histórico muy grave: el campesinado de Ucrania no había formulado en el pasado reivindicaciones nacionales porque en general no se había elevado hasta la política. El principal mérito de la insurrección de Febrero -el único, digamos, pero completamente suficiente- consistió precisamente en que dio al fin la posibilidad de que las clases y naciones más oprimidas de Rusia pudiesen expresarse en alta voz. El despertar político del campesinado no podía producirse más que con la vuelta al idioma natal y con todas las consecuencias que se desprendían de ello en materia de escuelas, tribunales y administraciones autónomas. Oponerse a ello hubiese sido una tentativa para hacer volver a los campesinos a la nada.

La heterogeneidad nacional entre la ciudad y la aldea se hacía sentir dolorosamente también en los soviets dado su carácter de organizaciones fundamentalmente urbanas. Bajo la dirección de los partidos conciliadores, los soviets fingían ignorar continuamente los intereses nacionales de la población autóctono. Esta era una de las causas de la debilidad de los soviets en Ucrania. Los Soviets de Riga y de Reval olvidaban los intereses de los letones y de los estonianos. El Soviet conciliador de Bakú no tenía en cuenta los intereses de la población principalmente turca. Bajo la bandera de un falso internacionalismo, los soviets dirigían frecuentemente la lucha contra la ofensiva nacionalista ucraniana y musulmana, disimulando la rusificación opresiva ejercida por las ciudades. Pasará todavía mucho tiempo, incluso bajo la dominación de los bolcheviques, antes que los soviets de la periferia hayan aprendido a hablar el lenguaje de la aldea.

A los alógenos siberianos, aplastados por las condiciones naturales y la explotación, su primitivismo económico y cultural les impedía, en general, elevarse hasta el nivel donde comienzan las reivindicaciones nacionales. La vodka, el fisco y la ortodoxia obligatoria eran desde siglos las principales palancas del poder del Estado. La enfermedad que los italianos llamaban "enfermedad francesa" y que los franceses llaman "el mal napolitano", se llamaba

"mal ruso" entre los siberianos: ello indica de qué fuentes provenían las semillas de la civilización. La revolución de Febrero no había llegado hasta allí. Habrá que esperar todavía mucho tiempo la aurora para los cazadores y los conductores de renos de las inmensidades polares.

Para los pueblos y tribus del Volga en el Cáucaso septentrional y en el Asia central, que despertaron de su existencia prehistórica -por primera vez gracias a la revolución de Febrero, ni la burguesía nacional ni el proletariado existían. Por encima de la masa campesina o pastoril, los estratos superiores desprendían una delgada capa de intelectuales. Antes de llegar hasta un programa de administración autónoma, la lucha se centraba en la obtención de un alfabeto propio, de un maestro propio y a veces... de un sacerdote propio... Estos seres, los más oprimidos, constatarían bien pronto con amargura que los instruidos patrones del Estado no les permitirían educarse. Sobrepasando a todos en atraso, se encontraban obligados a buscar un aliado en la clase más revolucionaria. De este modo, a través de los elementos de izquierda de su joven intelectualidad, los votiacos, los chuvaches, los zirianos, las poblaciones de Dagestán y del Turquestán comenzaron a abrirse camino hacia los bolcheviques.

La evolución económica del centro modificó la suerte de las posesiones coloniales, principalmente en Asia central, cuando después del saqueo directo y declarado, sobre todo el saqueo comercial, se utilizaron métodos más disimulados y los campesinos de Asia se convirtieron en suministradores de materias primas industriales, sobre todo de algodón. La explotación organizada jerárquicamente, y que combinaba la barbarie del capitalismo con la de las costumbres patriarcales, conseguía mantener a los pueblos de Asia en un estado de extrema sumisión nacional. El régimen de febrero había dejado en esto todas las cosas en su antiguo estado.

Las mejores tierras de que habían sido despojados bajo el régimen zarista los baskires, buriatos, kirguises y otros nómadas, continuaban en manos de los propietarios nobles y de los campesinos rusos acomodados, dispersos en los oasis de colonización entre la población indígena. El despertar del espíritu de independencia nacional significaba aquí, ante todo, la lucha contra los colonizadores, que habían creado una fragmentación oficial y habían condenado a los nómadas al hambre y a la muerte. Por su parte, los intrusos defendían encanecidamente la unidad de Rusia, es decir la inmunidad de sus saqueos, contra el "separatismo" de los asiáticos. El odio de los colonos al movimiento de los indígenas adoptaba formas zoológicas. En la Transbaikalia se preparaban apresuradamente pogromos de buriatos, bajo la dirección de los socialistas revolucionarios de Marzo,

representados por secretarios de cantón y suboficiales venidos del frente. En su esfuerzo por mantener el mayor tiempo posible el viejo orden establecido, todos los explotadores y promotores de violencias en las regiones colonizadas invocaban, sin embargo, los derechos ciudadanos de la Asamblea constituyente: esta fraseología les era comunicada por el gobierno provisional, que encontraba en ellos su mejor apoyo. Por otra parte, los estratos más privilegiados de los pueblos oprimidos invocaban cada vez más a menudo el nombre de la Asamblea constituyente. Incluso los imanes de la religión musulmana, que habían levantado el estandarte verde del Corán sobre las poblaciones de las montañas y las tribus recién movilizadas del Cáucaso septentrional, insistían en la necesidad de aguardar "hasta la Asamblea constituyente" en todos los casos en que la presión de abajo les colocaba en situaciones difíciles. Ello se convirtió en la consigna de los conservadores, de la reacción, de los intereses y privilegios codiciosos en todos los rincones del país. El llamamiento a la Asamblea constituyente significaba esperar y contemporizar. Contemporizar significaba: unir fuerzas y ahogar la revolución.

Sin embargo, la dirección caía en manos de las autoridades religiosas o de la nobleza feudal, sólo en los primeros tiempos, en los pueblos atrasados y casi exclusivamente entre los musulmanes. En líneas generales, el movimiento nacional en el campo tenía como cabeza natural a los maestros y oficiales y parcialmente los comerciantes. Junto a la *intelligentsia* rusa o rusificada, en las ciudades de la periferia se constituyó entre los elementos más ricos y acomodados una capa más joven, ligada estrechamente a la aldea por sus orígenes, que no había encontrado acceso a la mesa del capital, y que tomó naturalmente a su cargo la representación política de los intereses nacionales, también parcialmente los sociales, de las amplias masas del campesinado.

Oponiéndose a los conciliadores con hostilidad en lo que se refiere a las reivindicaciones nacionales, sin embargo los conciliadores de la periferia eran esencialmente del mismo tipo y a menudo llevaban incluso las mismas denominaciones. Los socialistas revolucionarios y los socialdemócratas de Ucrania, los mencheviques de Georgia y Letonia, los "laboristas" de Lituania, se esforzaban -igual que sus homónimos gran rusos- por mantener la revolución en el marco del régimen burgués. Pero la extrema debilidad de la burguesía indígena obligaba aquí a los mencheviques y socialistas revolucionarios a rechazar la coalición y a tomar en sus manos el poder. Forzados a ir más allá que el poder central en las cuestiones agraria y obrera, los conciliadores de la periferia ganaban mucho prestigio mostrándose ante el ejército y el país como adversarios del gobierno provisional de coalición. Aunque esto no bastase para engendrar destinos diferentes entre los

conciliadores gran rusos y los de la periferia, servía al menos para determinar la diferencia de ritmos en su ascenso y declive.

La socialdemocracia georgiana no sólo arrastraba tras ella al campesinado indigente de la pequeña Georgia, sino que pretendía -no sin cierto éxito- dirigir el movimiento de la "democracia revolucionaria" de toda Rusia. En los primeros meses de la revolución, las altas esferas de la *intelligentsia* georgiana consideraban a Georgia no como una patria nacional, sino como una Gironda, una provincia escogida del sur llamada a suministrar jefes para el país entero. En la Conferencia de Estado de Moscú, uno de los mencheviques georgianos más de moda, Chenkeli, se jactó diciendo que los georgianos incluso bajo el régimen zarista, tanto en la prosperidad como en los reveses habían proclamado "la única patria es Rusia". "¿Qué decir de la nación georgiana? -preguntaba el mismo Chenkeli un mes después, en la Conferencia democrática-. Está integralmente al servicio de la gran Revolución rusa". Y, efectivamente, tanto georgianos como judíos estaban siempre "al servicio" de la burocracia gran rusa cuando había que moderar o frenar las reivindicaciones nacionales de las diferentes regiones.

Esto continuó, sin embargo, sólo mientras los socialdemócratas georgianos conservaron la esperanza de mantener la revolución en el marco de la democracia burguesa. A medida que aparecía el peligro de una victoria de las masas dirigidas por los bolcheviques, la socialdemocracia georgiana aflojaba sus lazos con los conciliadores rusos, relacionándose más estrechamente con los elementos reaccionarios de la misma Georgia. Con la victoria de los soviets, los partidarios georgianos de Rusia una e indivisible se convierten en los oráculos del separatismo y enseñan los amarillos colmillos del chovinismo a los otros pueblos de la Transcaucasia.

El inevitable disfraz nacional de los antagonismos sociales, menos desarrollados por otra parte en la periferia, explica suficientemente por qué la revolución de Octubre debía encontrar más resistencia en la mayoría de las naciones oprimidas que en Rusia central. Pero en cambio, la lucha nacional por sí misma quebrantaba violentamente al régimen de Febrero, creando para la revolución en el centro una periferia política suficientemente favorable.

Los antagonismos nacionales adquirían una particular gravedad allí donde coincidían con los antagonismo de clase. La lucha secular entre el campesinado letón y los barones alemanes lanzó, al comenzar la guerra, a miles de trabajadores letones a alistarse voluntariamente en el ejército. Los regimientos de cazadores, compuesto de jornaleros y campesinos letones, figuraban entre los mejores del frente. Sin embargo, en mayo ya se

pronunciaban por el poder de los soviets. El nacionalismo resultó ser la envoltura de un bolchevismo poco maduro. Un proceso análogo tenía lugar también en Estonia.

En Rusia blanca -donde había propietarios polacos o polonizados, una población judía en las ciudades y localidades junto a funcionarios rusos- el campesinado, doble y triplemente oprimido, bajo la influencia del frente cercano, dirigió ya desde antes de Octubre su revuelta nacional y social en la corriente bolchevique. Una mayoría aplastante de ellos votará por los bolcheviques en las elecciones para la Asamblea constituyente.

Todos estos procesos en los que el despertar de la dignidad nacional se combinaba con una indignación social, unas veces reteniéndola otras empujándola hacia adelante, tenían su expresión más viva en el ejército, donde se creaban febrilmente regimientos nacionales, patronizados, tolerados o perseguidos por el poder central, según su actitud hacia la guerra y hacia los bolcheviques, pero que en su conjunto se volvían con hostilidad creciente contra Petrogrado.

Lenin tomaba certeramente el pulso "nacional" de la revolución. En su famoso artículo "La crisis ha madurado", de finales de septiembre, afirmaba con insistencia que la curia nacional de la conferencia democrática "por su radicalismo ocupaba el segundo lugar, superado únicamente por los sindicatos y con mayor porcentaje de votos que los soviets contra la coalición (40 sobre 55)". Esto quería decir que las naciones oprimidas ya no esperaban nada de la burguesía gran rusa. Cada vez con más frecuencia ejercían directamente sus derechos, por partes, según los métodos de las expropiaciones revolucionarias.

En el Congreso de los buriatos en octubre, en el lejano Verjneudinsk, un informante testimonia que "la revolución de Febrero no ha aportado nada nuevo a la situación de los alógenos". Un balance semejante obligaba, si no a alinearse con los bolcheviques, sí al menos a observar una neutralidad más amistosa hacia ellos.

El Congreso de las tropas de Ucrania, que residía en Petrogrado durante las jornadas de la revolución, decidió combatir la reivindicación de la entrega del poder a los soviets en Ucrania, pero al mismo tiempo se negó a considerar la insurrección de los bolcheviques gran rusos como "una acción antidemocrática" y prometió emplear todos los medios necesarios para que las tropas no fuesen enviadas a aplastar la insurrección. Esta ambigüedad, que caracteriza tan claramente la fase pequeño burguesa de la lucha nacional, facilitaba la revolución del proletariado, decidida a terminar con todos los equívocos.

Por otro lado, los círculos burgueses de la periferia que estaban siempre invariablemente inclinados hacia el poder central, se lanzaban ahora a un separatismo que

en muchos casos no tenía ni sombra ni fundamentos nacionales. La burguesía ultrapatriota de las provincias bálticas, que aún la víspera misma era todavía el mejor apoyo de los Romanov después de los barones alemanes, enarbolaba ahora la bandera del separatismo entrando en lucha contra la Rusia bolchevique y las masas de su propio país. En este orden de cosas se produjeron fenómenos aún más extraños. El 20 de octubre surgió una nueva formación gubernamental, denominada "Unión sudoriental de las tropas cosacas, de los montañeses del Cáusaco y de los pueblos libres de las estepas". Los altos dirigentes de los cosacos del Don, del Kuban, del Ter y de Astrakán, el más poderoso sostén del centralismo imperial, se habían transformado en unos meses en partidarios apasionados de la federación y sobre esta base se habían fusionado con los jefes musulmanes, montañeses y los hombres de las estepas. Las vallas del régimen federativo servirían de barrera contra el peligro bolchevique procedente del norte. A pesar de ello, antes de crear los principales reductos de la guerra civil contra los bolcheviques, el separatismo contrarrevolucionario apuntaba directamente contra la coalición dirigente, desmoralizándola y debilitándola.

Y de este modo el problema nacional, al igual que los otros, mostraba al gobierno provisional una cabeza de medusa, cuya cabellera, las esperanzas de marzo y abril, estaba hecha de las serpientes del odio y de la revuelta.

Al producirse la insurrección, el partido bolchevique distó mucho de adoptar inmediatamente la posición ante la cuestión nacional que le aseguró finalmente la victoria. Esto no se refiere únicamente a la periferia, con sus organizaciones del partido débiles e inexpertas, sino también al centro de Petrogrado. El partido estuvo tan debilitado durante los años de guerra, tan bajo cayó el nivel teórico y político de los cuadros que la dirección oficial adoptó también ante la cuestión nacional -hasta la llegada de Lenin- una posición muy embrollada y vacilante.

Cierto es que los bolcheviques de acuerdo con la tradición, seguían defendiendo el derecho de las naciones a disponer de sí mismas. Pero también los mencheviques admitían de palabra esta fórmula: el texto del programa seguía siendo común. Sin embargo, la cuestión del poder tenía una importancia decisiva, a pesar de lo cual los dirigentes temporales del partido se mostraban absolutamente incapaces de comprender el irreductible antagonismo entre las consignas bolcheviques de las cuestiones nacional y agraria, por una parte, y el mantenimiento del régimen burgués imperialista, incluso camuflado bajo formas democráticas, por otra.

La posición democrática encontró su expresión más vulgar en la pluma de Stalin. En su artículo del 25 de marzo sobre el decreto gubernamental que abolía las restricciones de

los derechos nacionales, Stalin intentó plantear la cuestión nacional en su dimensión histórica. "La base social de la opresión nacional -escribe-, la fuerza que la inspira es la aristocracia terrateniente en su decadencia." En cuanto al hecho importante de que la opresión nacional se haya desarrollado de manera inaudita en la época del capitalismo y haya encontrado su expresión más bárbara en la política colonial, el autor no parece sospechar nada en absoluto. "En Inglaterra -sigue diciendo-, donde la aristocracia agraria comparte el poder con la burguesía, donde no existe desde hace mucho tiempo la dominación ilimitada de la aristocracia, la opresión nacional es más suave, menos inhumana, siempre y cuando no tomemos en consideración (?) la circunstancia de que, durante la guerra, cuando el poder pasó a manos de los terratenientes, (!), la opresión nacional se vio reforzada considerablemente (persecuciones contra los irlandeses y los hindúes). De este modo, los terratenientes aparecen como culpables de la opresión de Irlanda y de la India, habiendo conseguido el poder gracias a la guerra, a través de la persona de Lloyd George"... "En Suiza y en América del Norte -prosigue Stalin-, donde no hay terratenientes ni lo hubo nunca (?), donde el poder pertenece indivisiblemente a la burguesía, las nacionalidades se desarrollan libremente, no hay lugar en general para la opresión nacional..." El autor olvida completamente la cuestión de los negros y la cuestión colonial en los Estados Unidos.

De este análisis completamente provinciano, que consiste únicamente en establecer un vago contraste entre el feudalismo y la democracia, se desprenden conclusiones políticas simplemente liberales. "Hacer desaparecer de la escena política a la aristocracia feudal, arrebatarle el poder, significa precisamente liquidar la opresión nacional, crear las condiciones materiales necesarias para la libertad nacional. En la medida en que la revolución rusa ha vencido -escribe Stalin-, ha creado ya esas condiciones materiales..." Tenemos aquí, según parece, una apología de la "democracia" imperialista más categórica que todo lo que ha sido escrito sobre el mismo tema, en los mismos días, por los mencheviques. Igual que en política exterior, Stalin, a la zaga de Kámenev, esperaba llegar a una paz democrática mediante la división del trabajo con el gobierno provisional, también en política interior, encontraba en la democracia del príncipe Lvov "las condiciones materiales" de la liberación nacional.

En realidad, la caída de la monarquía ponía por primera vez completamente de manifiesto que no sólo los propietarios reaccionarios, sino también toda la burguesía liberal y, tras ella, toda la democracia pequeño burguesa, con algunos líderes patriotas de la clase obrera, se manifestaban adversarios irreductibles de una verdadera igualdad de derechos

nacionales, es decir, de la supresión de los privilegios de la nación dominante: todo su programa se reducía a una atenuación, a una refinamiento cultural y a un camuflaje democrático de la gran dominación rusa.

Durante la Conferencia de abril, al defender la resolución de Lenin sobre la cuestión nacional, Stalin parte ya formalmente de que "la opresión nacional es el sistema... son las medidas... aplicadas por los círculos imperialistas", pero pronto vuelve a caer inevitablemente en su posición de marzo. "Cuanto más democrático es el país, más débil es la opresión nacional e inversamente", tal es el concepto abstracto del ponente, propio de él y no tomado de Lenin. El hecho de que la Inglaterra democrática oprima a la India feudal con sus castas sigue escapando a su limitado campo visual. A diferencia de Rusia, donde dominaba "una vieja aristocracia terrateniente -prosigue Stalin-, en Inglaterra y Austria-Hungría la opresión nacional no ha adquirido formas de pogromo". ¡Como si no hubiera existido en Inglaterra "nunca" aristocracia terrateniente, o como si en Hungría esta aristocracia no siguiese dominando! El carácter del desarrollo histórico, combinando la "democracia" con la opresión de las naciones débiles, seguía siendo para Stalin un libro cerrado con siete llaves.

Que Rusia se haya constituido como un Estado de nacionalidades, es el resultado de su retraso histórico. Pero el retraso es un concepto complejo inevitablemente contradictorio. Un país atrasado no camina tras las huellas de otro avanzado, guardando siempre la misma distancia. En la época de la economía mundial las naciones atrasadas se insertan bajo la presión de las naciones avanzadas en la cadena general del desarrollo y saltan algunos escalones intermedios. Más aún, la ausencia de formas sociales y de tradiciones estabilizadas hace que un país atrasado -al menos hasta ciertos límites- sea extremadamente accesible a la última palabra de la técnica y el pensamiento mundiales. Pero el retraso no deja de ser retraso. El desarrollo del conjunto asume un carácter contradictorio y combinado. Lo que caracteriza a la estructura de una nación atrasada es el predominio de los polos históricos extremos, de los campesinos atrasados y de los proletarios avanzados sobre las formaciones medias, sobre la burguesía. Las tareas de una clase pasan a los hombros de la otra. La eliminación de las supervivencias medievales en la cuestión es también una tarea del proletariado.

Nada caracteriza tan claramente el retraso histórico de Rusia, si se le considera como un país europeo, como el hecho de que en el siglo XX tuvo que liquidar el arriendo forzoso y las zonas de residencia de los judíos, es decir, la barbarie de la servidumbre y del ghetto. Pero para resolver estas tareas, Rusia poseía precisamente, por su desarrollo atrasado,

nuevas claves, nuevos partidos y programas modernos en el grado más alto. Para terminar con las ideas y los métodos de Rasputin, Rusia tuvo necesidad de las ideas y métodos de Marx.

Ciertamente, la práctica política seguía siendo más primitiva que la teoría, porque las cosas se modifican más lentamente que las ideas. Sin embargo, la teoría estaba allí para empujar hasta las últimas deducciones las necesidades de la práctica. Para obtener la emancipación y el florecimiento cultural, las nacionalidades oprimidas estaban obligadas a ligar su suerte con la de la clase obrera. Y para esto les era indispensable desembarazarse de la dirección de sus partidos burgueses y pequeño burgueses, es decir, precipitar la marcha de su evolución histórica.

La subordinación de los movimientos nacionales al proceso esencial de la revolución, a la lucha del proletariado por el poder, no se realiza de golpe, sino en varias fases y en formas diferentes según las diversas regiones del país. Los obreros, los campesinos y los soldados ucranianos, los rusos blancos y tártaros, por su misma hostilidad a Kerenski, a la guerra y a la rusificación, se convertían por esa razón -a pesar de la dirección de los conciliadores- en los aliados de la revolución proletaria. Después de haber apoyado objetivamente a los bolcheviques, se vieron obligados en la etapa siguiente a lanzarse subjetivamente por la vía del bolchevismo. En Finlandia, en Letonia, en Estonia, y menos en Ucrania, la disociación del movimiento nacional adquiere ya tal importancia que sólo la intervención de las tropas extranjeras puede impedir el éxito de la revolución proletaria. En el Oriente asiático, donde el despertar nacional adoptaba las formas más primitivas, sólo gradualmente y con considerable retraso llegaría a ser dirigido por el proletariado, después de la toma del poder. Si consideramos en su totalidad ese proceso complejo y contradictorio, la conclusión es evidente: el torrente nacional, al igual que el torrente agrario, se vertía en el lecho de la revolución de Octubre.

El tránsito ineluctable e irresistible de las masas de los problemas elementales a la emancipación política, agraria, nacional, hacia la dominación del proletariado, procedía no de una agitación "demagógica", ni de esquemas preconcebidos, ni de la teoría de la revolución permanente, como lo creían los liberales y conciliadores, sino de la estructura social de Rusia y de las circunstancias de la situación mundial. La teoría de la revolución permanente únicamente formulaba el proceso combinado del desarrollo.

Esto no es sólo particular de Rusia. La subordinación de las revoluciones nacionales atrasadas a la revolución del proletariado tiene su determinismo a escala mundial. Mientras que en el siglo XIX la tarea esencial de las guerras y de las revoluciones consistía aún en

asegurar a las fuerzas productivas un mercado nacional, la tarea de nuestro siglo consiste en liberar a las fuerzas productivas de las fronteras nacionales, que se han convertido en trabas para su desarrollo. En un amplio sentido histórico, las revoluciones nacionales de Oriente no son más que el peldaño de la revolución mundial del proletariado, de igual manera que los movimientos nacionales de Rusia se han transformado en peldaños hacia la dictadura soviética.

Lenin había apreciado con notable profundidad la fuerza revolucionaria inherente a las nacionalidades oprimidas, tanto en la Rusia zarista como en el mundo entero. A sus ojos, sólo merecía desprecio ese "pacifismo" hipócrita que "condena" igualmente la guerra del Japón contra China para esclavizaría, que la guerra de China contra Japón para emanciparse. Para Lenin, una guerra de emancipación nacional opuesta a una guerra imperialista era únicamente otra forma de revolución nacional que a su vez se insertaba como un eslabón indispensable en la lucha emancipadora de la clase obrera mundial.

De este juicio sobre las revoluciones y las guerras nacionales no se desprende en ningún caso el reconocimiento de alguna misión revolucionaria de la burguesía de las naciones coloniales y semicoloniales. Al contrario, precisamente desde que tuvo dientes de leche, la burguesía de los países atrasados se desarrolló como una agencia del capital extranjero, y aunque le manifieste una envidiosa hostilidad, se encuentra y se encontrará en todos los momentos decisivos unida a él a un mismo campo. El sistema chino de los compradores es la forma clásica de la burguesía colonial, así como el Kuomintang es el partido clásico de los compradores. Las cimas de la pequeña burguesía, incluyendo a los intelectuales, pueden desempeñar un papel muy activo y a veces ruidoso en la lucha nacional, pero no son capaces de desempeñar un papel independiente. Sólo la clase obrera, poniéndose al frente de la nación, puede llevar hasta el fin una revolución nacional o agraria.

El error falta de los epígonos, principalmente de Stalin en que de la doctrina de Lenin sobre la significación histórica progresista de la lucha de las naciones oprimidas han deducido una misión revolucionaria de la burguesía de los países coloniales. La incomprensión del carácter permanente de la revolución en la época imperialista; la esquematización pedante del desarrollo; la desarticulación del vivo proceso combinado en frases vacías, separadas inevitablemente en el tiempo unas de otras, todo esto condujo a Stalin a una idealización vulgar de la democracia, o de la "dictadura democrática" que en realidad puede ser o una dictadura imperialista o una dictadura del proletariado. Paso a

paso, el grupo de Stalin, acaba rompiendo en este camino con la posición de Lenin sobre la cuestión nacional y aplicando una política catastrófica en China.

En agosto de 1927, en su lucha contra la Oposición (Trotski, Rakovski y otros), Stalin afirmaba ante el pleno del Comité central de los bolcheviques: "La Revolución en los países imperialistas es una cosa: en ellos la burguesía... es contrarrevolucionaria en todas las fases de la revolución... Y la revolución en los países coloniales y dependientes es otra cosa... En ellos, en una cierta fase y por cierto tiempo, la burguesía nacional puede apoyar al movimiento revolucionario de su país contra el imperialismo." Con retinencias y atenuaciones que únicamente caracterizan una falta de confianza en sí mismo, Stalin atribuye aquí a la burguesía nacional los mismos rasgos que atribuía en marzo a la burguesía rusa. De acuerdo con su propia naturaleza, el oportunismo estalinista, como bajo la acción de las leyes de gravedad, se abre camino por diversos canales. La selección de los argumentos teóricos es en este caso meramente fortuita.

Transferido al gobierno "nacional" en China, el juicio de marzo concerniente al régimen condujo a una colaboración de Stalin con el Kuomintang durante tres años y constituye uno de los hechos más sorprendentes de la historia moderna: en calidad de fiel escudero, el bolchevismo de los epígonos acompañó a la burguesía china hasta el 11 de abril de 1927, es decir, hasta la represión sangrienta que se abatió el proletariado de Changai. "El error esencial de la Oposición -decía Stalin para justificar su fraternidad de armas con Chang-Kai Chek- consiste en identificar la revolución rusa de 1905, en un país imperialista que ha oprimido a otras pueblos, con la revolución en China, en un país oprimido"... Es sorprendente que Stalin mismo no haya tenido la idea de considerar la revolución en Rusia, no desde el punto de vista de una nación "que oprime a otros pueblos", sino desde el punto de vista de la experiencia "de los otros pueblos" de esta misma Rusia que había sufrido una opresión no menor que la impuesta a los chinos.

En el inmenso campo de experiencia que Rusia ha representado en el curso de tres revoluciones, se pueden encontrar todas las variantes de las luchas de las nacionalidades y de las clases, salvo una: no se ha visto nunca que la burguesía de una nación oprimida haya desempeñado un papel emancipador respecto a su propio pueblo. En todas las etapas de su desarrollo, la burguesía de la periferia, cualesquiera que fuesen los colores con que se envolvía, dependía invariablemente de los Bancos centrales, de los trustes, de las firmas comerciales, siendo en suma la agencia del capital de toda Rusia, sometiéndose a sus tendencias rusificadoras, y arrastrando a estas tendencias incluso a amplias capas de la *intelligentsia* liberal y democrática. Cuanto más "madura" se mostraba la burguesía de la

periferia, más estrechamente se ligaba al aparato general del Estado. Analizada en su conjunto, la burguesía de las naciones oprimidas desempeñaba el mismo papel de compradores respecto al capital financiero mundial. La compleja jerarquía de las dependencias y los antagonismos no impedía un sólo día la solidaridad fundamental en la lucha contra las masas insurrectas.

En el período de la contrarrevolución (de 1907 a 1917), cuando la dirección del movimiento nacional estaba concentrada en manos de la burguesía alógena, ésta buscó el entendimiento con la monarquía aún mucho más francamente que los liberales rusos. Los burgueses polacos, bálticos, tártaros, ucranianos, judíos, rivalizaban en la carrera del pacifismo imperialista. Después de la insurrección de Febrero, todos se escondieron detrás de los kadetes o, siguiendo el ejemplo de éstos, detrás de los conciliadores nacionales. Cuando hacia el otoño de 1917, la burguesía de las naciones de la periferia se torna hacia el separatismo, no lucha contra la opresión nacional, sino contra la revolución proletaria que se acerca. En definitiva, la burguesía de las naciones oprimidas demostró tanta hostilidad a la revolución como la gran burguesía rusa.

La formidable lección histórica de tres revoluciones no había dejado huella, sin embargo, sobre muchos actores de los acontecimientos, Stalin en primer lugar. La concepción conciliadora, es decir, pequeño burguesa, sobre las relaciones entre las clases en el interior de las naciones coloniales, que ha llevado a la derrota de la revolución China de 1925-1927, ha sido inscrita por los epígonos hasta en el programa de la Internacional Comunista, transformándolo, en ese punto, en una trampa para los pueblos oprimidos de Oriente.

Para comprender el verdadero carácter de la política nacional de Lenin, lo mejor es, según el método de los contrastes, confrontarla con la política de la socialdemocracia austriaca. Mientras que el bolchevismo se orientaba hacia una explosión de las revoluciones nacionales desde varios decenios de años y educaba en esta perspectiva a los obreros avanzados, la socialdemocracia se adaptó dócilmente a la política de las clases dominantes, fue abogada de la cohabitación forzosa de diez naciones en la monarquía austro-húngara y al mismo tiempo fue absolutamente incapaz de realizar la unidad revolucionaria de los obreros de las diferentes nacionalidades, aislándoles verticalmente en el partido y en el sindicato. Karl Renner, funcionario instruido de los Habsburgo, buscaba incansablemente en el tintero del austro-marxismo los medios de rejuvenecer el Estado de los Habsburgo hasta el momento en que se vio desempeñando el papel de teórico viudo de la monarquía austro-húngara. Cuando los Imperios de Europa central fueron derrotados, la dinastía de

los Habsburgo intentó levantar bajo su cetro la bandera de una federación de naciones autónomas: el programa oficial de la socialdemocracia austriaca, calculado para una evolución pacífica en el marco de la monarquía, llegó a ser en unos instantes el programa de la monarquía misma, cubierta por la sangre y el barro de cuatro años de guerra.

El círculo de hierro carcomido que soldaba en una sola pieza a diez naciones estalló en trozos. Austria-Hungría se derrumbó, dislocada por profundas tendencias centrífugas, corroboradas por la cirugía en Versalles. Se formaron nuevos Estados y otros antiguos renacieron. Los alemanes de Austria se encontraron al borde de un precipicio. Para ellos el problema no era ya conservar su soberanía sobre otras naciones, sino evitar el peligro de caer en otro poder. Otto Bauer, representante del ala "izquierda" de la socialdemocracia austriaca, estimó que el momento era favorable para plantear la fórmula del derecho de las nacionalidades a disponer de sí mismas. El programa que había debido inspirar en los decenios anteriores la lucha del proletariado contra los Habsburgo y la burguesía dirigente, se convirtió en un instrumento de la misma nación que todavía la víspera era opresora y que hoy estaba amenazada por los pueblos esclavos emancipados. Así como el programa reformista de la socialdemocracia austriaca fue por un instante el asidero al que intentó agarrarse la monarquía que se hundía, la desgastada fórmula del austro-marxismo llegaría a ser el ancla salvadora de la burguesía alemana.

El 3 de octubre de 1918, cuando la cuestión no dependía en absoluto de esos, los diputados socialdemócratas del Reichstag "reconocieron" generosamente el derecho de los antiguos pueblos del Imperio a la independencia. El 4 de octubre, el programa del derecho de la naciones a disponer de sí mismas fue adoptado también por los partidos burgueses. Habiéndose adelantado un día a los imperialistas austro-alemanes, la socialdemocracia continuó, sin embargo, a la expectativa: no se sabía cómo evolucionarían las cosas y qué diría Wilson. Sólo el 13 de octubre, cuando el derrumbamiento definitivo del ejército y de la monarquía creó "la situación revolucionaria para la que -pretendía Bauer- había sido concebido nuestro programa nacional", los austro-marxistas, plantearon prácticamente la cuestión del derecho de las naciones a disponer de sí mismas: ciertamente ya no tenían nada que perder. "Con el hundimiento de su poder sobre otras naciones -explica Bauer con toda franqueza- la burguesía de nacionalidad alemana consideró como terminada la misión en nombre de la cual había aceptado voluntariamente estar separada de la patria alemana." El nuevo programa fue puesto en circulación no porque fuese necesario para los oprimidos, sino porque había dejado de ser peligroso para los opresores. Las clases poseedoras acorraladas por la fisura histórica se vieron obligadas a reconocer *de iure* la

revolución nacional; el austro-marxismo juzgó oportuno legalizarla teóricamente. Es una revolución madura, oportuna, históricamente preparada: y además ¡está ya paralizada! ¡Aquí tenemos el alma de la socialdemocracia, a la vista, como en la palma de la mano!

Muy diferente era el caso de la revolución social, que no podía de ninguna forma contar con el reconocimiento de las clases poseedoras. Había que alejarla, descabezarla, comprometerla. Como el Imperio se desgarraba naturalmente por las costuras más débiles, las costuras nacionales, Otto Bauer hace esta deducción sobre el carácter de la revolución: "no fue de ningún modo una revolución social, sino una revolución nacional". En realidad, el movimiento tenía desde el comienzo un profundo contenido social, revolucionario. El carácter "puramente" nacional de la revolución no está mal ilustrado por el hecho de que las clases dominantes de Austria proponían abiertamente a la Entente detener a todo el ejército. ¡La burguesía alemana suplicaba a un general italiano que ocupase Viena con sus tropas!

Una disociación tan vulgarmente pedante de la forma nacional y del contenido social de un proceso revolucionario, considerados como dos supuestas fases históricamente independientes -¡aquí vemos hasta qué punto Otto Bauer se acerca en esto a Stalin!- tenía una finalidad práctica de gran importancia: debía justificar la colaboración de la socialdemocracia con la burguesía en la lucha contra los peligros de una revolución social.

Si se admite, como Marx, que la revolución es la locomotora de la historia, el austro-marxismo debe ser el freno. Llamada a participar en el poder, después del derrocamiento de hecho de la monarquía, la socialdemocracia no se decidía aún a separarse de los viejos ministros de los Habsburgo: la revolución "nacional" se limitó a consolidarlos añadiéndoles los secretarios de Estado. Sólo después del 9 de noviembre, cuando la revolución alemana derrotó a los Hohenzollern, la socialdemocracia alemana propuso al Consejo de Estado *[Staatstrat]* la proclamación de la república, aterrorizando a sus asociados burgueses con un movimiento de masas al que temía tanto como ellos. "Los cristiano-sociales -dice Otto Bauer con imprudente ironía-, que el 9 y el 10 de noviembre aún apoyaban a la monarquía, se decidieron el 11 de noviembre a cesar su resistencia..." ¡La socialdemocracia se había adelantado dos días enteros al partido de las centurias negras monárquicas! Todas las leyendas de la humanidad, aun las más heroicas, palidecen ante tal grandeza revolucionaria.

A pesar suyo, la socialdemocracia se encontró automáticamente, desde el comienzo de la revolución, a la cabeza de la nación, como ya les había ocurrido a los mencheviques y a los socialistas revolucionarios rusos. Lo mismo que éstos, tuvo sobre todo miedo de su propia fuerza. El gobierno de coalición se esforzó por ocupar el rincón más pequeño

posible. Otto Bauer lo explica: "Debido al carácter puramente nacional de la revolución, los socialdemócratas sólo reclamaban una participación muy modesta en el gobierno." Para esta gente, el problema del poder no se resolvía por la real correlación de fuerzas, ni por el empuje del movimiento revolucionario, ni por la influencia política del partido, ni por la bancarrota de las clases dominantes, sino por la etiqueta pedante de una "revolución nacional" pegada a los acontecimientos por sabios clasificadores.

Karl Renner esperó que pasase la tempestad en calidad de jefe de la cancillería del Consejo de Estado. Los otros líderes socialdemócratas se transformaron en adjuntos de los ministros burgueses. En otros términos, los socialdemócratas se escondieron debajo de las mesas de sus despachos. Pero las masas no se contentaban con alimentarse de la cáscara nacional, mientras los socialdemócratas guardaban la almendra social para la burguesía. Los obreros y soldados obligaron a los socialdemócratas a salir de sus escondrijos. El irremplazable teórico Otto Bauer explica: "Sólo los acontecimientos de las jornadas siguientes, al impulsar la revolución nacional en el sentido de una revolución social, aumentaron nuestro peso en el gobierno." Traducido en el lenguaje claro: bajo la presión de las masas, los socialdemócratas se vieron obligados a salir de debajo de sus mesas.

Pero siendo fieles en todo momento a su vocación, sólo tomaron el poder para hacer la guerra contra el romanticismo y el espíritu de aventura: con estos términos designan los calumniadores la misma revolución social que ha aumentado "su" peso en el gobierno. Si los austro-marxistas cumplieron con éxito en 1918 su misión histórica de ángeles guardianes de la Kreditanstalt de Viena, contra el romanticismo revolucionario del proletariado, se debe únicamente a que no encontraron ningún impedimento por parte de un verdadero partido revolucionario.

Dos Estados, compuestos de diversas nacionalidades, Rusia y Austria-Hungría, manifiestan en su historia reciente la oposición entre el bolchevismo y el austromarxismo. Durante quince años aproximadamente, Lenin proclamó -en una lucha implacable contra todos los matices del gran chovinismo ruso- el derecho de todas las naciones oprimidas a separarse del Imperio de los zares. Se acusaba a los bolcheviques de querer el desmembramiento de Rusia. Así, esta osada definición revolucionaria de la cuestión nacional creó una confianza inquebrantable de los pueblos oprimidos, pequeños y atrasados de la Rusia zarista hacia el partido bolchevique. En abril de 1917, Lenin decía: "Si los ucranianos ven que tenemos una república soviética, no se separarán; pero si tenemos una república Miliukov, se separarán." Una vez más tenía razón. La historia ofreció una verificación incomparable de os políticas en la cuestión nacional. Mientras que Austria-

Hungría, cuyo proletariado había sido educado en un espíritu de tergiversaciones cobardes, caía en pedazos bajo una sacudida terrible, al mismo tiempo que la iniciativa del hundimiento era tomada por los elementos nacionales de la socialdemocracia, sobre las ruinas de la Rusia zarista se creaba un nuevo Estado formado por nacionalidades, ligadas en lo económico y en lo político estrechamente al partido bolchevique.

Cualesquiera que sean los destinos ulteriores de la. Rusia soviética -y está lejos aún del puerto-, la política nacional de Lenin entrará para siempre en el patrimonio de la humanidad.

CAPITULO XL
LA SALIDA DEL PREPARLAMENTO Y LA LUCHA POR EL CONGRESO DE LOS SOVIETS

La guerra iba relajando de día en día el frente, debilitando al gobierno, empeorando la situación internacional del país. A principios de octubre, la flota alemana, así marítima como aérea, entró con gran actividad en operaciones en el golfo de Finlandia. Los marinos del Báltico combatieron valerosamente, esforzándose por cortar el paso del enemigo a Petrogrado. Pero como se daban cuenta con mayor claridad que los restantes sectores del frente de las hondas contradicciones de su situación como vanguardia de la revolución y como participantes forzados de la guerra imperialista, lanzaron desde las estaciones de radio de sus buques un llamamiento a los cuatro puntos cardinales, apelando a la ayuda revolucionaria internacional. "Nuestra escuadra, atacada por fuerzas alemanas superiores, sucumbe en una lucha desigual. Ninguno de nuestros buques rehuirá el combate. Calumniada, anatematizado, nuestra flota cumplirá con su deber... mas no por orden de cualquier despreciable Bonaparte ruso que siga gobernando gracias a la excesiva paciencia de la revolución... ni en aras de los tratados que nuestros gobernantes han concertado con los aliados y que atan con cadenas a la libertad rusa. No; combatirán por la conservación de Petrogrado, hogar de la revolución. En el momento en que las olas del Báltico se tiñen con la sangre de nuestros hermanos, en que las aguas cubren sus cadáveres, alzamos nuestra voz para decir: "¡Oprimidos de todo el mundo, levantad la bandera de la insurrección!""

Las palabras alusivas a combates y víctimas no eran una frase. La escuadra perdió el buque *Slava,* y después del combate se retiró. Los alemanes se apoderaron del archipiélago de Monzund. Acaba de volverse otra página negra del libro de la guerra. El gobierno decidió aprovecharse del nuevo revés para trasladar su capital. El antiguo plan resurgía cada vez que se presentaba ocasión favorable para ello. Los círculos dirigentes no sentían la menor simpatía por Moscú, pero sí odio a Petrogrado. La reacción monárquica, el liberalismo, la democracia, aspiraban, uno tras otro, a degradar a la capital, a hacerla postrarse de hinojos, a aplastarla. Los patriotas más extremados sentían ahora un odio mucho más ardiente por Petrogrado que por Berlín.

El problema de la evacuación fue planteado con extraordinaria urgencia. Proyectábase llevar a cabo en dos semanas el traslado del gobierno y del Preparlamento. Resolvióse asimismo evacuar en un brevísimo lapso de tiempo las fábricas que trabajaban

para la defensa. El Comité ejecutivo central, por su carácter de "institución privada", tenía que cuidarse de su propia suerte.

Los kadetes inspiradores de la evacuación se daban cuenta de que nada resolvía el simple traslado del gobierno. Pero confiaban en que podrían acabar con el foco del contagio revolucionario mediante el hambre y el agotamiento. El bloqueo interior de Petrogrado se hallaba ya en su apogeo. Retirábanse los pedidos a las fábricas; se disminuía en cuatro veces el aprovisionamiento de combustible, el Ministerio de Abastos retenía el ganado que se mandaba a la capital; a los carros con víveres no se les dejaba pasar del canal de Marinski.

El belicoso Rodzianko, presidente de la Duma de Estado, que el gobierno se había decidido por fin a disolver a principios de octubre, se pronunciaba con absoluta franqueza, en el diario liberal de Moscú *Utro Rosi [La Aurora Rusa],* respecto al peligro que amenazaba a la capital. "Creo que hay que prescindir de Petrogrado. Se teme que en Piter perezcan las instituciones centrales (esto es, los soviets y demás). A esto he de objetar que la desaparición de esas instituciones me produciría un gran contento, pues sólo daño han causado a Rusia." Verdad es que con la caída de Petrogrado perecerá también la escuadra del Báltico. Pero tampoco es de lamentar que tal ocurra: "Hay en esa escuadra buques que están completamente corrompidos." Gracias a la circunstancia de que el chambelán no tenía costumbre de morderse la lengua, el pueblo se enteró de los pensamientos más recónditos de la Rusia aristocrática y burguesa.

El encargado de Negocios de Rusia comunicó desde Londres que el alto mando de la Marina británica, a pesar de todas las gestiones hechas con insistencia en ese sentido, no consideraba posible aliviar la situación de su aliada en el mar Báltico. No fueron sólo los bolcheviques los que interpretaron esta respuesta en el sentido de que los aliados, y con ellos los dirigentes patrióticos de la propia Rusia, sólo ventajas para la causa común esperaban del golpe que los alemanes se disponían a asestar a Petrogrado. Los obreros y soldados no dudaban, en especial después de las confesiones de Rodzianko, de que el gobierno se disponía conscientemente a entregarlos a Ludendorff y Hoffman.

El 6 de octubre, la sección de soldados del Soviet adoptó, con unanimidad nunca vista hasta entonces, una resolución presentada por Trotski: "Si el gobierno provisional es incapaz de defender Petrogrado, tiene el deber de concertar la paz o dejar libre el puesto a otro gobierno." No fue menos intransigente la actitud que adoptaron los obreros. Consideraban a Petrogrado como a su fortaleza, asociaban a ella sus esperanzas revolucionarias, y no querían, en consecuencia, ceder la capital. Amedrantados por el

peligro militar, por la evacuación, por la indignación de los soldados y obreros y por la excitación de toda la población, los conciliadores, por su parte, dieron la voz de alarma: no se puede dejar a Petrogrado abandonado a su suerte. Persuadido de que la tentativa de evacuación tropezaba con la resistencia general, el gobierno empezó a ceder, diciendo que no le preocupaba tanto su propia seguridad como el lugar en que habría de reunirse la futura Asamblea constituyente. Pero tampoco le fue posible mantenerse en esta postura. Antes de que transcurriera una semana, se vio obligado a declarar que no sólo se disponía a quedarse en el palacio de Invierno, sino que no había renunciado a su propósito de convocar la Asamblea constituyente en el palacio de Táurida. Semejante declaración no modificaba en lo más, mínimo la situación militar y política, pero una vez más ponía de manifiesto la fuerza política de Petrogrado. Este consideraba misión suya dar al traste con el gobierno de Kerenski, y no le dejaba salir de sus muros. Sólo los bolcheviques se atrevieron posteriormente a trasladar la capital a Moscú. Este propósito lo llevaron a cabo sin tropezar con dificultades de ningún género, porque el traslado de la capital, para ellos, tenía un carácter efectivamente estratégico: mal podía haber ningún motivo político que les indujera a salir de Petrogrado.

A instancias de la mayoría conciliadora de la Comisión del Consejo de la República rusa, o Preparlamento, hizo el gobierno una declaración en que cantaba la palinodia a cuenta de la defensa de la capital. La singular institución pudo por fin salir a luz. Plejánov, que era amigo de gastar chanzas, y que sabía hacerlo, denominaba irrespetuosamente a este impotente y fugaz Consejo de la República "la choza sobre patas de gallina".

Políticamente, esta definición no dejaba de ser certera. Unicamente hay que añadir que el Preparlamento, en cuanto tal choza, tenía un aspecto más que regular, ya que se le había cedido el magnífico palacio de Marinski, que antes había servido de refugio al Consejo de Estado. El contraste entre el lujoso palacio y el Instituto Smolni, descuidado e impregnado de hedores soldadescos, sorprendía a Sujánov: "Entre toda esa magnificencia -confiesa- sentía uno deseos de descansar, de olvidar las dificultades, y la lucha, el hambre y la guerra, la ruina y la anarquía, el país y la revolución." Pero quedaba muy poco tiempo para el descanso y el olvido.

La llamada mayoría "democrática" del Preparlamento estaba compuesta de 308 miembros: 120, socialistas revolucionarios, 20 de los cuales pertenecían a la izquierda; 60 mencheviques de distintos matices, y 66 bolcheviques; después seguían los cooperadores, los delegados del Comité ejecutivo campesino, etc. A las clases pudientes se les habían concedido 156 puestos, de los cuales ocupaban casi la mitad los kadetes. El ala derecha,

junto con los cooperadores, los cosacos y los miembros, harto conservadores, del Comité ejecutivo campesino, se mostraba afín a la mayoría en una serie de cuestiones. La distribución de puestos en esa choza confortable se hallaba, por consiguiente, en manifiesta contradicción con la voluntad decidida de la ciudad y del campo. En cambio, como contrapeso a las grises representaciones soviéticas y otras, el palacio de Marinski reunía dentro de sus muros a la "flor de la nación". Como los miembros del Preparlamento no dependían de los accidentes de la competencia electoral, de las influencias locales y de las preferencias provinciales, cada grupo, cada partido mandaba a sus jefes más destacados. Según el testimonio de Sujánov, el Preparlamento se componía de una representación "excepcionalmente brillante". Cuando se reunió por primera vez, muchos escépticos, según Miliukov, se dijeron: "Por contentos podremos darnos si la Asamblea constituyente no es peor que esto." "La flor de la nación" se contemplaba, satisfecha, en los espejos del palacio, sin percatarse de que era una planta sin flor.

El 7 de octubre, al abrir la primera sesión del Consejo de la República, no dejó pasar Kerenski la ocasión de recordar que el gobierno, aunque conservaba "en toda su integridad el poder", estaba dispuesto a atender "todas las indicaciones verdaderamente valiosas": el gobierno, aunque absoluto, no dejaba de ser ilustrado. Se había cedido un puesto a los bolcheviques en la mesa del Consejo, presidida por Avkséntiev y compuesta de cinco miembros; pero nadie ocupó ese puesto. A los *régiseurs* de aquella comedia lamentable y poco divertida se les conturbó el alma. Todo el interés de la anodina inauguración del Consejo en un día lluvioso no menos anodino, se concentraba de antemano en la intervención de los bolcheviques. En los pasillos del palacio de Marinski circuló, según Sujánov, "un rumor sensacional: Trotski ha vencido por una mayoría de dos o tres votos... y los bolcheviques abandonarán inmediatamente el Preparlamento". En realidad, la decisión de abandonar demostrativamente el palacio de Marinski había sido tomada el día 5, en la reunión de la fracción bolchevista por totalidad de votos menos uno: ¡tan grande había sido el impulso hacia la izquierda en el transcurso de las dos semanas últimas! Sólo Kámenev se mantuvo fiel a su posición primitiva, o para decirlo con más exactitud, fue el único que se atrevió a defenderla. En una declaración especial, dirigida al comité central, Kámenev caracterizaba sin ambages la orientación adoptada como "llena de peligros para el partido". Los propósitos poco claros de los bolcheviques produjeron cierta inquietud en el Preparlamento: lo que, a decir verdad, se temía, no era una sacudida del régimen, sino el "escándalo" ante los diplomáticos aliados, a los cuales acababa de recibir la mayoría, como era debido, con una salva de aplausos patrióticos. Cuenta Sujánov que se mandó un

delegado oficial -el propio Avkséntiev- a los bolcheviques, con encargo de preguntarles de antemano: ¿Qué va a pasar? "Nada -contestó Trotski-, nada; un pequeño pistoletazo."

Una vez abierta la sesión, basándose en el reglamento heredado de la Duma de Estado, se concedieron diez minutos a Trotski para que hiciera una declaración en nombre de la fracción bolchevista. Produjose un denso silencio en la sala. La declaración empezaba afirmando que el poder era en aquellos momentos tan irresponsable como antes de la Conferencia democrática, convocada, según se decía, para poner a raya a Kerenski, y que los representantes de las clases pudientes habían entrado en el Consejo provisional en un número al que no tenían el menor derecho. Si la burguesía se disponía a convocar efectivamente la Asamblea constituyente dentro de un mes y medio, sus jefes no tenían ahora fundamento alguno para sostener con tanto encarnizamiento la irresponsabilidad del poder, aun cuando se tratase de una representación amañada. "Todo se explica por el hecho de que las clases burguesas se han propuesto como fin hacer fracasar la Asamblea constituyente." El golpe da en el clavo; razón de más para que proteste el ala derecha. Sin apartarse del texto de la declaración, el orador ataca la política industrial, agraria y de abastos del gobierno: de proponerse conscientemente como fin impulsar a las masas a la insurrección, no hubiera sido posible seguir otro derrotero. "La idea de entregar la capital revolucionaria a las tropas alemanas se nos aparece como un eslabón natural de la política general que ha de facilitar... el complot contrarrevolucionario." Las protestas se transforman en tormenta. Gritos en que se alude a Berlín, el oro alemán, al vagón precintado, y, sobre este fondo general, las inventivas callejeras más soeces. Nunca se había dado nada parecido durante los combates más apasionados sostenidos en aquel Instituto Smolni, sucio, descuidado, lleno de escupitajos de soldado. "Bastó que nos halláramos en medio de la buena sociedad del palacio de Marinski... -dice Sujánov-, para que se restableciera inmediatamente la atmósfera de taberna que había predominado antes en la Duma de Estado."

Abriéndose camino a través de las explosiones de odio que alternaban con momentos de calma, el orador termina así: "Nosotros, la fracción de los bolcheviques, declaramos que no tenemos nada de común con este gobierno de la traición al pueblo ni con este Consejo de la tolerancia para con la contrarrevolución... al abandonar el Consejo provisional, ponemos en guardia a los obreros, soldados y campesinos de toda Rusia. ¡Petrogrado está en peligro! ¡La revolución está en peligro! ¡El pueblo está en peligro!... Y dirigiéndonos al pueblo, le decimos: ¡Todo el poder, a los soviets!"

El orador baja de la tribuna. Los bolcheviques abandonan la sala entre imprecaciones. Tras estos momentos de alarma, la mayoría se dispone a suspirar, aliviada. No se ha retirado nadie más que los bolcheviques; la "flor de la nación" permanece en su sitio. Sólo el ala izquierda de los conciliadores se doblegó bajo el golpe, que al parecer no iba dirigido contra ellos. "Nosotros, los vecinos inmediatos de los bolcheviques -confiesa Sujánov-, nos sentíamos completamente anonadados por lo ocurrido." Los puros caballeros de la palabra se daban cuenta de que la hora de las palabras había pasado.

El ministro de Estado, Terechenko, en un telegrama secreto dirigido a los embajadores rusos, decía, hablando de la inauguración del Preparlamento: "Si se exceptúa el escándalo promovido por los bolcheviques, la primera sesión se ha desarrollado de un modo muy desvaído." La ruptura histórica del proletariado con la mecánica estatal de la burguesía era considerada por esa gente como un simple "escándalo". La prensa burguesa no dejó pasar la ocasión de azuzar al gobierno, tomando como pretexto la decisión mostrada por los bolcheviques. "Los señores ministros sólo podrán sacar al país de la anarquía "cuando muestren tanta decisión y tanta voluntad de obrar como la que muestra el compañero Trotski"." ¡Como si se tratara de la decisión y de la voluntad de ciertas personas, y no del destino histórico de las clases! ¡Y como si la selección de los hombres y de los caracteres se produjera con independencia de los fines históricos! "Hablaban y obraban -escribía Miliukov, refiriéndose a la retirada de los bolcheviques del Preparlamento- como hombres que se sentían apoyados por la fuerza y sabían que el día de mañana les pertenecía."

La pérdida de las islas de Monzund, el peligro creciente que amenazaba a Petrogrado y la retirada de los bolcheviques del Preparlamento para echarse a la calle, obligaban a los conciliadores a reflexionar sobre el problema de su actitud ulterior con respecto a la guerra. Al cabo de tres días de discusión, en la que participaron los ministros de Guerra y Marina y los comisarios y delegados de las organizaciones del ejército, el Comité ejecutivo central encontró, al fin, una solución salvadera: "Insistir en la necesidad de que los representantes de la democracia rusa tomen parte en la Conferencia de los aliados que debe celebrarse en París." Después de nuevas dificultades, se designó como representante a Skobelev y se elaboraron instrucciones detalladas: paz sin anexiones ni contribuciones, neutralización de los estrechos, así como de los canales de Suez y de Panamá -el horizonte geográfico de los conciliadores era más amplio que el político-, abolición de la diplomacia secreta, desarme progresivo. El Comité central ejecutivo manifestó que la participación de su delegado en la Conferencia de París perseguía como fin "ejercer presión sobre los aliados". ¡La presión de

los Estados Unidos! El diario de los kadetes formuló una aviesa pregunta: "¿Qué hará Skobelev si los aliados rechazan sin cumplidos sus condiciones? ¿Amenazará con dirigirse nuevamente a los pueblos de todo el mundo?" Los conciliadores hacía ya mucho tiempo que se sentían avergonzados del llamamiento que habían lanzado anteriormente.

El Comité ejecutivo central, que se disponía a imponer a los Estados Unidos la neutralización del canal de Panamá, mostróse, en realidad, incapaz de ejercer presión ni siquiera sobre el palacio de Invierno. El 12, Kerenski mandó a Lloyd George una carta extensa, llena de tiernos reproches, lamentaciones amargas y ardientes promesas. El frente se halla "en mejor estado que durante la primavera pasada". Naturalmente, la propaganda derrotista -el primer ministro ruso se lamentaba ante el primer ministro británico de la actuación de los bolcheviques rusos -ha impedido realizar todos los objetivos proyectados. Pero de la paz ni siquiera puede hablarse. Al gobierno no le preocupa más que una cuestión: "Cómo continuar la guerra." Naturalmente, Kerenski, en prenda de su patriotismo, solicitaba créditos.

Libre de los bolcheviques, el Preparlamento tampoco perdía el tiempo: el 10 se iniciaba el debate sobre los medios de elevar la capacidad combativo del ejército. El diálogo, que ocupó tres fatigosas sesiones, se desarrolló con sujeción a un esquema invariable -hay que persuadir al ejército de que lucha por la paz y la democracia, decía la izquierda-. No se puede persuadir, hay que obligar, objetaba la derecha. No se puede obligar; para ello es necesario persuadir antes, al menos en parte, contestaban los conciliadores. Por lo que hace a la persuasión, los bolcheviques son más fuertes que vosotros, objetaban los kadetes. Todos ellos tenían razón. Pero también tiene razón el que se ahoga cuando, antes de irse al fondo, lanza gritos de angustia.

El 18 llegó el momento de la decisión, que nada podía modificar ya. La fórmula de los socialistas revolucionarios obtuvo 95 votos contra 127 y 50 abstenciones. La fórmula de la derecha, 135 contra 139. ¡Cosa sorprendente: no hubo mayoría! En la sala, según las reseñas de los periódicos, se produjo un movimiento general y una gran confusión. A pesar de la unidad del fin perseguido, la "flor de la nación" se mostró incapaz de tomar una resolución, aunque fuera platónico, sobre el problema más agudo de la vida nacional. La cosa no tenía nada de casual: otro tanto ocurrió, día tras día, con los demás puntos que se debatieron, así en las Comisiones como en las sesiones plenarias. No se podían sumar los fragmentos de opiniones. Todos los grupos vivían unos matices imperceptibles de pensamiento político, pero el pensamiento mismo no aparecía por ninguna parte. ¿Se

habría ido a la calle junto con los bolcheviques?... El callejón sin salida en que se hallaba el Preparlamento era el callejón sin salida del régimen.

Persuadir al ejército era difícil, pero obligarlo era imposible. A los gritos que Kerenski había lanzado contra la escuadra del Báltico, que había soportado el combate y tenido víctimas, respondió el Congreso de los marinos dirigiéndose al Comité central ejecutivo con la exigencia de que fuera eliminado del gobierno provisional "el hombre que había cubierto de oprobio a la gran revolución, y que conducía a esta última a la ruina con su impúdico *chantaje* político". Hasta entonces no había oído Kerenski ese lenguaje de los marinos. El Comité regional del ejército, de la flota y de los obreros rusos de Finlandia, que obraba como si fuera un poder constituido, detuvo los transportes gubernamentales. Kerenski amenazó con detener a los comisarios soviéticos. La contestación estaba concebida en los términos siguientes: "El Comité regional acepta tranquilamente el reto del gobierno provisional." Kerenski se calló. En realidad, la escuadra del Báltico se hallaba ya en estado de sublevación.

En el frente terrestre aún no habían llegado tan lejos las cosas, pero se desarrollaban en el mismo sentido. En el transcurso del mes de octubre, la situación empeoró rápidamente, desde el punto de vista de los víveres. El generalísimo del frente del norte comunicaba que el hambre era "la causa principal de la desmoralización del ejército"...Al mismo tiempo que en las alturas dirigentes del frente seguían insistiendo -los conciliadores, bien que, a decir verdad, a espaldas de los soldados- sobre la necesidad de elevar la capacidad combativo del ejército, abajo, los regimientos exigían uno tras otro la publicación inmediata de los tratados secretos, y que se hicieran inmediatamente proposiciones de paz. En los primeros días de octubre, Jdanov, comisario del frente occidental, comunicaba: "El estado de espíritu de los soldados es muy alarmante, con motivo de la proximidad de los fríos y el empeoramiento del rancho... Los bolcheviques hacen progresos evidentes."

Las instituciones gubernamentales del frente estaban en el aire. El comisario del segundo ejército comunica que los Consejos de guerra no pueden funcionar, porque los soldados-testigos se niegan a presentarse para prestar declaración. "Las relaciones entre el mando y los soldados se han agriado. Los oficiales son considerados como culpables de la prolongación de la guerra." La hostilidad de los soldados respecto del gobierno y del mando se había hecho extensiva, desde hacía mucho tiempo, a los comités del ejército, que no habían sido renovados desde los comienzos de la revolución. Los regimientos, prescindiendo de dichos Comités, mandan delegados a Petrogrado, al Soviet, para lamentarse de la insoportable situación en que se encuentran en las trincheras sin pan, ni

equipos, sin fe en la guerra. En el frente de Rumania, donde los bolcheviques son muy débiles, regimientos enteros se niegan a disparar. "Dentro de dos o tres semanas, los propios soldados declararán el armisticio y depondrán las armas." Los delegados de una de las divisiones comunican: "Los soldados han decidido marcharse a sus casas tan pronto como aparezcan las primeras nieves." En la reunión plenaria del Soviet de Petrogrado, una delegación del 33 Cuerpo de ejército formula la siguiente amenaza: "Si no se lleva a cabo una verdadera lucha por la paz, "los soldados tomarán el poder en sus manos y decretarán para sí y ante sí el armisticio". "El comisario del segundo Ejército comunica al ministro de la Guerra: "Se habla no poco de que al llegar los fríos serán abandonadas las posiciones."

La fraternización, que después de las jornadas de julio había desaparecido casi por completo, se reanudó y creció rápidamente. Tras el breve período de calma volvieron a repetirse a menudo los casos, no sólo de detención de oficiales por los soldados, sino de asesinato de los más odiados de aquéllos. Las represalias se llevaban a cabo poco menos que abiertamente, a la vista de los demás soldados. Nadie salía a la defensa de los oficiales: la mayoría no quería; la minoría -muy reducida- no se atrevía a hacerlo. El asesino conseguía escapar indefectiblemente, desapareciendo entre la masa de soldados sin dejar rastro. Uno de los generales escribía: "Nos agarramos convulsivamente a no sabemos qué, imploramos un milagro, pero la mayoría comprende que ya no hay salvación."

Los periódicos patrióticos, combinando la perfidia con la estulticia, seguían hablando de la continuación de la guerra, de la ofensiva y de la victoria. Los generales movían la cabeza; algunos de ellos hacían equívocamente el juego a la prensa. "Sólo los insensatos pueden pensar ahora en la ofensiva", escribía el día 7 el barón Budberg, comandante del cuerpo de ejército que se hallaba cerca de Dvisnk. Un día después se veía ya obligado a consignar en su dietario: "Estoy aturdido y estupefacto ante la orden recibida de emprender la ofensiva no más tarde del 20 de octubre." Los Estados Mayores, que ya no creían en nada, elaboraban planes de nuevas operaciones. Había no pocos generales que veían la última esperanza de salvación en la repetición en gran escala de lo mismo que Kornílov había hecho en Riga: arrastrar al ejército al combate, e intentar echar la responsabilidad de la derrota sobre la revolución.

Por iniciativa del ministro de la Guerra, Verjovski, se tomó la decisión de hacer pasar a la reserva a las quintas más antiguas. Los ferrocarriles crujían bajo el peso de los soldados que regresaban a sus hogares. En los vagones, atestados, se rompían los resortes y se hundía el suelo. No por ello mejoraba el espíritu, de los que quedaban en el frente. "Las trincheras se hunden -escribe Budberg-. Las minas de comunicación están obstruidas; por

todas partes, basura y excrementos... Los soldados se niegan categóricamente a limpiar las trincheras... Es terrible pensar en lo que ocurrirá cuando llegue la primavera, y todo esto empiece a pudrirse y descomponerse." Los soldados, en su encarnizada pasividad, se negaban incluso a someterse a la vacunación preventiva, negativa que se convirtió asimismo en una forma de lucha contra la guerra.

Después de vanas tentativas para elevar la capacidad combativo del ejército mediante la reducción de sus efectivos, Verjovski llegó inesperadamente a la conclusión de que sólo la paz podía salvar el país. En una reunión privada con los jefes kadetes, cuya adhesión esperaba granjearse el joven e ingenuo ministro, Verjovski describió el espectáculo que ofrecía el hundimiento material y espiritual del ejército: "Toda tentativa de continuar la guerra no puede hacer más que acelerar la catástrofe." Los kadetes no podían dejar de comprender estas razones; pero Miliukov, mientras los demás guardaban silencio, se encogió despectivamente de hombros: "la dignidad de Rusia", "la fidelidad a los aliados"... El jefe de la burguesía, que no creía en una sola de estas palabras, se esforzaba tenazmente en enterrar la revolución bajo las ruinas y los cadáveres de la guerra. Verjovski dio pruebas de valor político: sin consultar con el gobierno ni advertirle, el día 20, en la Comisión del Preparlamento, reconoció la necesidad de pactar inmediatamente la paz, estuviesen o no conformes con ello los aliados. Todos aquellos que en las conversaciones privadas se habían mostrado de acuerdo con su punto de vista, se revolvieron furiosamente contra él. La prensa patriotera decía que el ministro de la Guerra había "saltado a la trasera del coche del compañero Trotski". Bursev hizo una alusión al oro alemán. A Verjovski se le concedió una licencia. Los patriotas, cuando se hallaban a solas afirmaban que en el fondo tenía razón. Budberg se manifestó prudente, incluso en su diario: "Desde el punto de vista de la fidelidad a la palabra dada -escribía-, la proposición es, naturalmente, pérfida; pero, desde el punto de vista de los intereses egoístas de Rusia, es acaso la única que puede ofrecer una esperanza salvadera." Como de pasada, el barón confesaba la envidia que le inspiraban los generales alemanes, a los que "el destino otorga la felicidad de ser artífices de victorias". No preveía Budberg que tampoco había de tardar en llegarles su hora a los generales alemanes. Aquellos hombres, aun los más inteligentes, no habían previsto nada. Los bolcheviques, en cambio, habían previsto mucho, y eso constituía su fuerza.

La retirada del Preparlamento hizo volar a la vista misma del pueblo los últimos puentes que aún ligaban al partido de la insurrección con la sociedad oficial. Con nueva energía -la proximidad del fin redobla las fuerzas- los bolcheviques llevaron a cabo una agitación que los adversarios calificaban de demagogia, porque sacaba a la plaza pública lo

que ellos ocultaban en los despachos y oficinas. El poder persuasorio de esta infatigable propaganda debíase a que los bolcheviques comprendían la marcha de los acontecimientos, subordinaban a ella su política, no tenían miedo a las masas, y creían inquebrantablemente en su razón y en su victoria. El pueblo no se cansaba de escucharles. Las masas sentían la necesidad de hallarse juntas; cada cual quería someter a prueba sus juicios a través de los demás, y todos observaban, atenta e intensamente, cómo una misma idea giraba en su conciencia, con sus distintos rasgos y matices. Multitudes inmensas acudían a los circos y demás grandes locales, donde hablaban los bolcheviques más populares, con objeto de sacar las últimas consecuencias y hacer los últimos llamamientos.

En vísperas de octubre disminuyó considerablemente el número de agitadores de primera fila. Faltaba, ante todo, Lenin como agitador, y aún más como inspirador directo y cotidiano. Faltaban sus conclusiones simples y profundas, que se incrustaban sólidamente en la conciencia de las masas, sus palabras vivas, que tomaba del pueblo y a él volvían. Faltaba el agitador de primera categoría, Zinóviev, el cual, escondido para escapar a las persecuciones resultantes de la acusación lanzada contra él como partícipe en la "insurrección" de julio, se había vuelto decididamente contrario a la insurrección de Octubre y había desaparecido, por lo mismo, del campo de acción durante todo el período crítico. Kámenev, propagandista insustituible, experto instructor político del partido, condenaba el curso de la insurrección, no creía en la victoria, preveía una catástrofe y se ocultaba, taciturno, en la sombra. Sverdlov, cuyo temperamento era más de organizador que de agitador, hablaba a menudo en las grandes asambleas, y su voz pausada, poderosa e incansable, sembraba una tranquila confianza. Stalin no era agitador ni orador. En más de una ocasión había figurado como ponente en las conferencias del partido. Pero ¿habló aunque no fuera más que una vez en los grandes mítines de la revolución? En los documentos y memorias no ha quedado rastro alguno de ello.

De la agitación más viva se encargaban Volodarski, Laschevich, Kolontay, Chudnovski, a los que seguían docenas de agitadores de menor cuantía. Se escuchaba con interés y simpatía -a los que, para los más conscientes, se mezclaba cierta condescendencia- a Lunacharski, orador experto, que sabía presentar los hechos y las conclusiones, servirse de la frase retórica y de la chanza, pero que no aspiraba a arrastrar a nadie, pues él mismo tenía necesidad de que le arrastraran. A medida que se acercaba el momento de la acción decisiva, Lunacharski perdía rápidamente el color y se agotaba.

Respecto al presidente del Soviet de Petrogrado, dice Sujánov: "Abandonando la labor que realizaba en el Estado Mayor revolucionario, volaba de la fábrica de Obujov a la

Trubichnaya, de la de Putilov a la del Báltico, del Picadero a los cuarteles, y parecía como si hablara simultáneamente en todos los sitios. Cada soldado y cada obrero de Petrogrado le conocía personalmente. Su influencia, tanto entre las masas como en el Estado Mayor, era aplastante. En esos días, era la figura central y el héroe principal de esa notable página de la historia." Pero, en este último período que precedió al golpe decisivo, era incomparablemente más efectiva la agitación molecular que llevaban a cabo los obreros, marinos y soldados anónimos, haciendo prosélitos mediante una labor de propaganda individual destruyendo las últimas dudas, venciendo las postreras vacilaciones. Aquellos meses de febril vida política, habían creado numerosos cuadros de militantes de fila, educando a centenares y miles de trabajadores que estaban acostumbrados a observar la política desde abajo y no desde arriba, y que precisamente por ello apreciaban los hechos y los hombres con un acierto no siempre accesible a los oradores de tipo académico. Ocupaban el primer lugar, en este respecto, los obreros de Petrogrado, proletarios de estirpe, de cuyo seno surgían agitadores y organizadores de un temple revolucionario excepcional, de una elevada cultura política, independientes en la idea, en la palabra y en la acción. Los torneros, los cerrajeros, los herreros, educadores de talleres y fábricas, tenían ya en torno a sí sus escuelas, sus discípulos, futuros organizadores de la República de los soviets. Los marinos del Báltico, compañeros de armas inmediatos de los obreros de Petrogrado y que, en gran parte, habían salido de su propio medio, formaban brigadas de agitadores, que conquistaban a pulso los regimientos atrasados, las capitales de distrito, las comarcas agrarias. Una fórmula general lanzada en el Circo Moderno por uno de los caudillos revolucionarios tomaba cuerpo en centenares de mentes y daba luego la vuelta a todo el país.

Miles de soldados y obreros revolucionarios, todos ellos agitadores, enemigos jurados de la guerra y de sus responsables, habían evacuado los países bálticos, Polonia y Lituania, juntamente con los establecimientos industriales, o por separado, al retirarse los ejércitos rusos. Los bolcheviques letones que, arrancados a su tierra natal, se ponían enteramente al lado de la revolución, convencidos, tenaces, decididos, llevaban a cabo día tras día una profunda labor de zapa en todos los ámbitos del país. Sus rostros angulosos, su acento duro y sus frases rudas, a menudo incorrectas, comunicaban una expresión peculiarísima a sus indómitas incitaciones a la insurrección.

La masa no toleraba ya en sus filas a los vacilantes, a los neutrales; afanábase por atraer, por persuadir, por conquistar a todo el mundo. Fábricas y regimientos mandaban delegados al frente. Las trincheras se ponía en relación con los obreros y campesinos del

frente interior inmediato. En las ciudades del frente se celebraban innumerables mítines y conferencias en que soldados y marinos coordinaban su acción con la de los obreros y campesinos; así fue conquistada para el bolchevismo la atrasada Rusia blanca.

Allí donde la dirección local del partido estaba indecisa o se mantenía a la expectativa, como ocurría, por ejemplo, en Kiev, Voronej y otros muchos sitios, las masas caían a menudo en la pasividad. Para justificar su política, los dirigentes citaban como pretexto el decaimiento que ellos mismos provocaban. E inversamente: "Cuando más decidido y audaz era el llamamiento a la insurrección -dice Povoljski, uno de los agitadores de Kazán-, con más confianza y afecto acogía al orador la masa de los soldados."

Las fábricas y los regimientos de Petrogrado y de Moscú llamaban cada vez con más insistencia a las puertas de la aldea. Los obreros recogían fondos entre sí y mandaban delegados a sus aldeas natales. Los regimientos tomaban el acuerdo de incitar a los campesinos a apoyar a los bolcheviques. Los obreros de las fábricas situadas fuera de las ciudades recorrían las aldeas de los alrededores, en las que distribuían periódicos y echaban los cimientos de los grupos bolchevistas. De esas excursiones se llevaban en las pupilas el resplandor de los incendios de la guerra campesina.

El bolchevismo conquistaba el país. Los bolcheviques se convertían en una fuerza irresistible. El pueblo les seguía. Las dumas municipales de Cronstadt, Tsaritsin, Kostroma, Schui, elegidas por sufragio universal, se hallaban en manos de los bolcheviques. En las elecciones a las dumas de barriada de Moscú, los bolcheviques obtuvieron el 52 por 100 de los votos. En el lejano y pacifico Tomsk, así como en Samara, ciudad que no tenía nada de industrial, pasaron a ocupar el primer lugar en la Duma. De los cuatro miembros elegidos para el zemstvo del distrito de Schliselburg, tres eran bolcheviques. En el zemstvo del distrito de Ligovsk, los bolcheviques obtuvieron el 50 por 100 de los votos. No en todas partes se presentaban de un modo tan favorable las cosas. Pero por doquier se modificaban en un mismo sentido. El peso específico del Partido bolchevique aumentaba rápidamente.

Sin embargo, donde se manifestó de un modo más elocuente la bolchevización de las masas fue en las organizaciones de clase. En la capital, los sindicatos agrupaban a más de medio millón de obreros. Los mismos mencheviques, que conservaban aún en sus manos los comités de algunos sindicatos, tenían la sensación de no ser más que una supervivencia de tiempos pretéritos. Cualquiera que fuese el sector de proletariado que se reuniera, fuese la que fuese su misión inmediata, llegaba inevitablemente a conclusiones bolchevistas. Y esto no era obra de la casualidad: los sindicatos, los comités de fábrica, las organizaciones económicas y culturales, permanentes y temporales, de la clase obrera, cada vez que se les

planteaba un problema, se veían obligados a formular la misma pregunta: ¿quién manda en la casa?

Los obreros de las fábricas de artillería, llamados a una conferencia para regular las relaciones con la administración, contestan cómo se puede conseguir esto a través del poder de los soviets. Ya no se trata de una fórmula escueta, sino de un programa de salvación económica. A medida que se aproximan al poder, los obreros van enfocando de un modo cada vez más concreto incluso un centro especial, encargado de elaborar los métodos susceptibles de efectuar la transformación de las fábricas militares en centros de producción pacífica.

La Conferencia de los Comités de fábrica de Moscú reconoció la necesidad de que el Soviet local resolviera en lo sucesivo por decreto todos los conflictos huelguísticos, abriera por propia iniciativa las fábricas cerradas por los patronos que hubieran declarado el *lockout* y, mediante el envío de sus delegados a Siberia y a la cuenca del Donetz, garantizar el pan y el carbón a las fábricas. La Conferencia de los comités de fábrica de Petrogrado consagra su atención al problema un manifiesto a los campesinos: el proletariado se siente ya, no sólo como clase particular, sino como caudillo del pueblo.

La Conferencia nacional de los comités de fábrica, reunida en la segunda quincena de octubre, eleva la cuestión del control obrero a la categoría de objetivo nacional. "Los obreros están más interesados que los patronos en el trabajo regular e ininterrumpido de los establecimientos." El control obrero "responde a los intereses de todo el país y debe ser sostenido por los campesinos y el ejército revolucionarios". La resolución que abría la puerta a un nuevo orden de cosas económico es adoptada por los representases de todos los establecimientos industriales de Rusia contra cinco votos y nueve abstenciones. Los pocos delegados que se abstienen son los viejos mencheviques, que no pueden ya marchar con su partido, pero que todavía no se deciden a lazar francamente el brazo en favor de la revolución bolchevista. Mañana lo harán.

Los municipios democráticos, recién elegidos, van pereciendo paralelamente a los órganos del poder gubernamental. Su misión más importante, como es el suministro de agua, luz, combustible y víveres a las ciudades, van realizándola, cada vez en mayor medida los soviets y otras organizaciones obreras. El Comité, de fábrica de la Central del alumbrado público de Petrogrado corría por la ciudad y los alrededores en busca, ora de carbón, ora de aceite, para las turbinas, y conseguía lo uno y lo otro por mediación de los comités de otros establecimientos, en lucha con los propietarios y la administración.

No, el poder de los soviets no era una quimera, una construcción arbitraria, inventada por los teóricos del partido, sino que surgía irresistiblemente desde abajo. Como consecuencia del desmoronamiento de la economía, de la impotencia de las clases pudientes y de las necesidades de las masas, los soviets se convertían en un poder efectivo. No les quedaba otro camino que seguir a los obreros, soldados y campesinos. El poder de los soviets no era ya un tema bueno para discutir y razonar sobre él: era preciso llevarlo a la práctica.

En el primer Congreso de los soviets, celebrado en junio, se había decidido convocar los Congresos cada tres meses. El Comité central ejecutivo, sin embargo, no sólo no convocó el II Congreso en el plazo fijado, sino que puso de manifiesto su propósito de dejar de convocarlo, para no hallarse frente a frente con una mayoría hostil. La principal finalidad perseguida por la Conferencia democrática era eliminar a los soviets, sustituyéndolos por los órganos de la "democracia". Pero la empresa no resultaba tan fácil de hacer como parecía. Los soviets no estaban dispuestos a ceder el camino a nadie.

El 21 de septiembre, cuando la Conferencia democrática tocaba a su fin, el Soviet de Petrogrado exigió que se convocase con toda urgencia el Congreso de los soviets. Adoptó una resolución en este sentido, como resultado de los informes de Trotski y de Bujarin, huésped de Moscú, resolución que partía formalmente de la necesidad de prepararse para hacer frente a "una nueva oleada de la contrarrevolución". El programa de defensa que trazaba el camino del ataque futuro se apoyaba en los soviets como únicas organizaciones capaces de sostener la lucha. La resolución exigía que los soviets reforzaran sus posiciones entre las masas. Allí donde el poder se hallaba efectivamente en sus manos, no debían soltarlo en ningún caso. Los comités revolucionarios, creados durante los días de la sublevación de Kornílov, debían subsistir y estar dispuestos a la lucha. "Es necesario convocar inmediatamente el Congreso de los soviets, para unificar y cohesionar la acción de todos ellos en su lucha con el peligro inminente, y para discutir las cuestiones que atañen a la organización del poder revolucionario." De esta manera, esa resolución defensista se apoyaba en el derrumbamiento del gobierno. En este mismo sentido político habrá de desarrollarse en lo sucesivo la agitación hasta el momento mismo del levantamiento.

Los delegados de los soviets que asistían a la Conferencia plantearon el día siguiente, ante el Comité central ejecutivo, la cuestión del Congreso. Los bolcheviques exigían que fuese convocado este último en el término de dos semanas, y proponían -o, mejor dicho, amenazaban con hacerlo por su cuenta- crear con este fin un órgano particular que se apoyara en los soviets de Petrogrado y de Moscú. En realidad, preferían que el Congreso

fuera convocado por el antiguo Comité central ejecutivo: con eso se eliminaría de antemano toda discusión sobre las atribuciones del Congreso y se podría derribar a los conciliadores con su propia ayuda. La amenaza, embozada apenas, de los bolcheviques, produjo su efecto: los jefes del Comité central ejecutivo, que no querían correr el riesgo de romper por el momento con la igualdad soviética, declararon que no resignarían en nadie el cumplimiento de sus deberes. El Congreso fue convocado para el 20 de octubre, es decir, en un plazo que no llegaba a un mes.

Sin embargo, tan pronto como se marcharon los delegados de provincias, los jefes del Comité central ejecutivo se dieron cuenta inmediatamente de que el Congreso era inoportuno, que distraería de la campaña electoral a los militantes de cada localidad y perjudicaría a la Asamblea constituyente. El temor efectivo consistía en que el Congreso se convirtiera en un poderoso pretendiente al poder; pero sobre esto se guardaba diplomáticamente silencio. El 26 de septiembre, Dan, sin cuidarse de preparar la cosa como era debido, propuso ya a la Mesa del Comité central ejecutivo el aplazamiento del Congreso.

Aquellos demócratas, patentados trataban sin ningún cumplido los principios más elementales de la democracia. Acababan de anular la resolución que había adoptado la Conferencia democrática por ellos convocada, resolución rechazaba por la coalición y por los kadetes. Ahora manifestaban su soberano desprecio respecto de los soviets, empezando por el de Petrogrado, sobre cuyas espaldas se habían encumbrado hasta el poder. Pero ¿es que podían tomar en cuenta, en realidad, sin romper su alianza con la burguesía, las esperanzas y peticiones de las docenas de millones de obreros, soldados y campesinos que estaban al lado de los soviets?

Trotski contestó a la proposición de Dan en el sentido de que, fuera como fuera, el Congreso sería convocado, si no por vía constitucional, por la revolucionaria. La Mesa, en general tan sumisa, se negó esta vez a seguir el camino *del coup d'Etat* soviético. Pero el pequeño revés sufrido no hizo deponer las armas a los conspiradores; antes al contrario, dijérase que les infundió nuevos bríos. Dan halló un punto de apoyo influyente en la sección militar del Comité central ejecutivo, la cual decidió "consultar" con las organizaciones del frente si se debía convocar el Congreso, esto es, decidió llevar a la práctica las resoluciones que ya por dos veces había adoptado el órgano soviético supremo. Entre tanto, la prensa conciliadora inició una campaña contra el Congreso. Los socialrevolucionarios adoptaban un tono particularmente furioso. "La convocatoria o no convocatoria del Congreso -decía *Dielo Narodna [La Causa del Pueblo]*- no puede tener

ninguna importancia para la solución del problema del poder... El gobierno de Kerenski no se someterá en ningún caso." "¿A qué no se someterá?" -preguntaba Lenin-. "Al poder de los soviets -aclaraba-, al poder de los obreros y campesinos, el mismo que *Dielo Narodna,* para no dejar atrás a los antisemitas e iniciadores de progromos, a los monárquicos y kadetes, califica de poder de Trotski y Lenin.

Por su parte, el Comité ejecutivo de los campesinos consideraba "peligroso y poco deseable" que se convocase el Congreso. En los sectores dirigentes de los soviets se produjo una confusión mal intencionada. Los delegados de los partidos conciliadores, que recorrían el país, movilizaban a las organizaciones locales contra el Congreso convocado oficialmente por el órgano soviético supremo. El órgano oficioso del Comité central ejecutivo publicaba diariamente resoluciones contra el Congreso, encargadas por la pandilla dirigente, y que partían casi siempre de los espectros de marzo que, a decir verdad, se ataviaban con títulos imponentes. Las *Izvestia* enterraban a los soviets en un artículo de fondo, calificándolos de barracas provisionales que deberían ser retiradas tan pronto como la Asamblea constituyente coronara el "edificio del nuevo régimen".

A quienes menos podía coger desprevenidos la agitación contra el Congreso era a los bolcheviques. Ya el 24 de septiembre, el Comité central del partido, sin confiar en la decisión del Comité central ejecutivo, tomaba el acuerdo de promover una campaña en favor del Congreso, desde abajo, a través de los soviets, locales y de las organizaciones del frente. Sverdlov fue delegado por los bolcheviques para formar parte de la comisión oficial del Comité central ejecutivo encargada de convocar, o, para decirlo con más exactitud, de sabotear el Congreso. Bajo su dirección fueron movilizadas todas las organizaciones locales del partido y, a través de éstas, los soviets. El 27 todas las instituciones revolucionarias de Reval exigían la disolución inmediata del Preparlamento y que se convocase a continuación el Congreso de los soviets para constituir el poder, poder que se comprometían solemnemente a sostener "con todos los recursos y fuerzas de que disponía la fortaleza". Muchos soviets locales, empezando por los de barriada de Moscú, propusieron arrebatar la convocatoria del Congreso de las manos del desleal Comité central ejecutivo. A las resoluciones de los comités del ejército contra el Congreso se opuso una avalancha de decisiones de los batallones, regimientos, cuerpos de ejército y guarniciones locales, exigiendo la convocación del mismo. "El Congreso de los soviets debe tomar el poder, sin detenerse ante nada", dice la reunión general de los soldados de Kichtim, en los Urales. Los soldados de la provincia de Novgorod invitan a los campesinos a participar en el Congreso, sin hacer caso de la resolución de su Comité ejecutivo. Los soviets de provincia, de distrito,

los de los rincones más apartados del país, las fábricas y las minas, los regimientos, los *dreagnouths,* los torpederos, los hospitales militares, los mítines, la Compañía de automóviles de Petrogrado y los destacamentos sanitarios de Moscú, todos exigen la deposición del gobierno y la entrega del poder a los soviets. Los bolcheviques, que no querían limitarse a la campaña de agitación, se crearon una importante base de organización convocando un Congreso de soviets de la región del norte, al que asistieron 150 delegados de 23 localidades. ¡El golpe estaba bien calculado! El Comité central ejecutivo, dirigido por sus grandes maestros en malas artes, declaró que el Congreso del norte tenía carácter privado. Los delegados mencheviques, que no constituían más que un puñado de hombres, no participaron en la labores del Congreso, al que se quedaron "con fines puramente informativos". ¡Como si ello hubiera podido aminorar en lo más mínimo la importancia del Congreso, en el que estaban representados los soviets de Petrogrado y de la periferia, de Moscú, Cronstadt, Helsingfors y Reval, esto es, de las dos capitales, de las fortalezas marítimas, de la escuadra del Báltico y de las guarniciones de los alrededores de Petrogrado! Abierto por Antonov el Congreso, al cual se dio deliberadamente un matiz militar, transcurrió bajo la presidencia del teniente Krilenko, el mejor agitador del partido en el frente, y futuro generalísimo bolchevique. El punto central del informe político de Trotski lo constituía la nueva tentativa del gobierno de sacar de Petrogrado los regimientos revolucionarios: el Congreso no permitirá "que se desarme a Petrogrado y se estrangule al Soviet". La cuestión de la guarnición de Petrogrado es un elemento del problema fundamental del poder. "Todo el pueblo vota por los bolcheviques. El pueblo nos otorga su confianza y nos manda que tomemos el poder en nuestras manos." La resolución propuesta por Trotski dice: "Ha llegado la hora de resolver el problema del poder central, con la acción decidida y unánime de todos los soviets." Este llamamiento, incitación directa, casi, a la insurrección, fue aprobado por unanimidad de votos, con sólo tres abstenciones.

Laschevich incitó a los soviets a seguir el ejemplo de Petrogrado, concentrando en sus manos las guarniciones locales. El delegado letón, Peterson, prometió la cooperación de 40.000 fusilemos letones para la defensa del Congreso de los soviets. La declaración de Peterson, que no era una simple frase, fue acogida con entusiasmo. Pocos días después, el Soviet de los regimientos letones proclamaba que "sólo la insurrección popular... hará posible el paso el poder a manos de los soviets". El 13, las estaciones de radio de los buques de guerra difundieron por todo el país el llamamiento del Congreso del norte, incitando a prepararse para el Congreso de los soviets. "¡Soldados, marinos, campesinos,

obreros! Vuestro deber consiste en destruir todos los obstáculos." El Comité central del partido propuso a los delegados bolcheviques en el Congreso del norte que, teniendo en cuenta la proximidad del Congreso general de los soviets, no abandonasen Petrogrado. Por encargo de la oficina elegida por el Congreso, algunos delegados se marcharon con objeto de recorrer las organizaciones del ejército y los comités locales o, en otros términos, para preparar las provincias a la insurrección. El Comité central ejecutivo vio surgir a su lado un poderoso mecanismo que se apoyaba en Petrogrado y Moscú, que hablaba en el país entero por medio de las estaciones radiotelefónicas de los *dreagnouths,* y que estaba dispuesto a sustituir en cualquier momento al caduco órgano soviético supremo para la convocación del Congreso. De nada podían servir ya las pequeñas argucias a los conciliadores.

La lucha por y contra el Congreso dio el último impulso a la bolchevización de los soviets locales. En una serie de provincias atrasadas -así, por ejemplo, en la de Smolensk-, los bolcheviques, solos o unidos a los socialrevolucionarios de izquierda, no obtuvieron por primera vez mayoría hasta que se llevó a cabo la campaña en favor del Congreso, o al efectuarse las elecciones de delegados. Aún en el Congreso de los soviets de Siberia, a mediados de octubre, consiguieron los bolcheviques, en unión de los socialrevolucionarios de izquierda, reunir una mayoría sólida que influyó fácilmente en todos los Soviets locales. El 15, el Soviet de Kiev, por 159 votos contra 28 y tres abstenciones, reconoció al futuro Congreso de los soviets como "órgano soberano del poder". El 16, el congreso de los soviets de la región del noroeste, celebrado en Minsk -esto es, en el centro del frente oriental-, afirmó que era inaplazable convocar el Congreso. El 18, el Soviet de Petrogrado procedió a la elección de delegados al Congreso: la candidatura bolchevista (Trotski, Kámenev, Volodarski, Yuréniev y Laschevich) obtuvo 443 votos; la de los socialrevolucionarios, 162; eran éstos socialrevolucionarios de izquierda que se inclinaban del lado de los bolcheviques. La candidatura de los mencheviques obtuvo 44 votos. El Congreso de los soviets de los Urales, presidido por Krestinski, y en el cual, de los 110 delegados, 80 eran bolcheviques, exigió, en nombre de 223.900 obreros y soldados organizados, que se procediese a convocar el Congreso de los soviets en el plazo señalado. Aquel mismo día, 19 de octubre, la Conferencia nacional de los Comités de fábrica, la representación más directa e indiscutible del proletariado de todo el país, se pronunció por el pase inmediato del poder a manos de los soviets. El 20, Ivanovo-Vosnesensk proclamaba "el estado de lucha franca e impecable entre el gobierno provisional" y todos los soviets de la provincia, incitaba a los mismos a resolver por cuenta propia todos los problemas económicos y administrativos planteados. Sólo un voto y una abstención se pronunciaron

contra esa resolución, que implicaba el derrumbamiento de los órganos gubernamentales locales. El 22, la prensa bolchevista publicó una nueva lista de 56 organizaciones que exigían el poder para los soviets: se trataba de masas auténticas, en gran parte armadas.

Esta poderosa manifestación de los destacamentos de la futura revolución no impidió a Dan informar, ante la Mesa del Comité central ejecutivo, en el sentido de que, de las 917 organizaciones soviéticas existentes, sólo 50 se habían manifestado conformes con mandar delegados, y eso "sin ningún entusiasmo". Sin dificultad puede creerse que los pocos soviets que todavía consideraban necesario manifestar su afecto al Comité central ejecutivo, no sentían entusiasmo alguno por el Congreso. Sin embargo, la mayoría aplastante de los soviets locales y de los Comités del ejército hacían caso omiso, sencillamente, del Comité central ejecutivo.

A pesar de todo, los conciliadores, que se habían comprometido y puesto en evidencia con su sabotaje del Congreso, no se atrevieron a llevar las cosas hasta sus últimas consecuencias. Cuando se vio claramente que no se conseguiría evitar el Congreso, hicieron un viraje en redondo, invitando a todas las organizaciones locales a elegir delegados, con objeto de no dar la mayoría a los bolcheviques. Pero como habían despertado demasiado tarde, el Comité central ejecutivo, tres días antes del plazo fijado, se vio en la precisión de aplazar el Congreso hasta el 25 de octubre.

Gracias a esta última maniobra de los conciliadores el régimen de febrero, y con él la sociedad burguesa, obtuvieron una dilación inesperada, de la cual, sin embargo, nada sustancial podían sacar ya. Los bolcheviques, en cambio, como más tarde hubieron de reconocer sus mismos enemigos, se aprovecharon con gran fruto de esos cinco días suplementarios. "Los bolcheviques -dice Miliukov- aprovecharon el aplazamiento de la acción, ante todo, para reforzar sus posiciones entre los obreros y soldados de Petrogrado. Trotski hacía una aparición en los mítines que se celebraban en los distintos regimientos de la guarnición de la capital. Para formarse ideal del estado de ánimo creado por esa agitación, bastará hacer notar, por ejemplo, que en el regimiento de Semenov no se dejó hablar a los miembros del Comité ejecutivo, Skobelev y Gotz, que intentaron hacerlo a continuación de Trotski."

El cambio de frente del regimiento de Semenov, cuyo nombre había pasado a la historia de la revolución como un recuerdo siniestro, tenía una significación simbólica: en diciembre de 1905, los soldados de dicho regimiento desempeñaron el papel principal en el aplastamiento de la insurrección de Moscú. El general Min, que mandaba el regimiento, había dado la orden de "no hacer prisioneros". En la línea ferroviaria de Moscú-Golutvin,

los soldados del regimiento de Semenov fusilaron a 150 obreros y empleados. El general Min, cuyas hazañas merecieron elogios del zar, fue ejecutado en el otoño de 1906 por la socialrevolucionaria Konoplianikova. Prisionero de sus viejas tradiciones, el regimiento de Semenov tardó mucho más que la mayoría de los restantes regimientos de la Guardia en ser conquistado por la revolución. La fama de su "fidelidad" estaba tan arraigada, que, a pesar del lamentable fracaso de Skobelev y Gotz, el gobierno siguió confiando tenazmente en los soldados de dicho regimiento hasta el mismo día de la revolución, y aun después de surgir ésta.

El Congreso de los soviets fue el problema político central durante las cinco semanas que separaron a la Conferencia democrática del levantamiento de octubre. La declaración de los bolcheviques en la Conferencia mencionada proclamaba ya al futuro Congreso de los soviets como el órgano supremo del país. "Podrán llevarse a la práctica únicamente aquellas decisiones y proposiciones de esta conferencia... que sean adoptadas por el Congreso general de los diputados obreros, campesinos y soldados." La resolución en favor el boicot al Preparlamento, sostenida por la mitad de los miembros del Comité central contra la otra mitad, decía: "Para nosotros, la participación de nuestro partido en el Preparlamento depende directamente de las medidas que el Congreso general de los soviets adopte para instituir un poder revolucionario." La apelación al Congreso de los soviets constituye, casi sin excepción, la nota dominante de todos los documentos bolcheviques de ese período.

En la situación creada por la guerra campesina, cada vez más encendida, por la recrudescencia del movimiento nacional, por la ruina económica más y más profunda de día en día, por la disgregación del frente y la inestabilidad del gobierno, los soviets se convierten en el único reducto de las fuerzas creadoras. Todo problema se convierte en el problema del poder, y éste conduce al Congreso de los soviets, el cual debe dar respuesta a todas las cuestiones, la de la Asamblea constituyente inclusive.

Ningún partido, sin excluir a los bolcheviques, había retirado aún la consigna de la Asamblea constituyente. Pero, de un modo casi imperceptible, en el curso de los acontecimientos de la revolución, la consigna democrática principal, que por espacio de quince años había brillado en la heroica lucha de las masas, palidecía, desvaneciase como aplastada entre dos muelas, se convertía en una forma huera, en una tradición, y no en una perspectiva. Semejante proceso no tenía nada de extraño. El desarrollo de la revolución se basaba en la lucha directa por el poder entre las dos clases fundamentales de la sociedad: la burguesía y el proletariado. Nada podía dar ya a la primera ni al segundo la Asamblea constituyente. En esta contienda, la pequeña burguesía urbana y rural no podía desempeñar

más que un papel secundario y auxiliar. De todas maneras, como se habían encargado de demostrarlo los meses precedentes, era incapaz de tomar en sus manos el poder. Sin embargo, la pequeña burguesía podía hacerse aún con la mayoría en la Asamblea constituyente. Más tarde la obtuvo, en efecto; mas ¿para qué? Únicamente para no saber qué uso había de hacer de ella. En todo esto hallaba su expresión la inconsistencia de la democracia formal, en un momento de honda transformación histórica. La fuerza de la tradición se manifestó en el hecho de que, en vísperas de la última batalla en torno a la Asamblea constituyente, ninguno de los bandos había abjurado todavía de la misma. Pero, en realidad, la burguesía dejaba a un lado la Asamblea constituyente para apelar a Kornílov, como los bolcheviques al Congreso de los soviets.

Puede suponerse, con seguridad de acertar, que anchos sectores del pueblo, e incluso determinados elementos del Partido bolchevique, alimentaban algo que pudiéramos llamar ilusiones constitucionales, respecto del Congreso de los soviets; esto es, que asociaban al mismo la idea de una transmisión del poder, automática y pacífica, de manos de la coalición a las de los soviets. En realidad, el poder había que arrebatarlo por la fuerza; con los simples votos no era posible hacer nada; sólo el levantamiento armado podía resolver la cuestión.

Sin embargo, de todas las ilusiones que en forma de aleación inevitable acompañan a todo gran movimiento popular, aun al más realista, la ilusión del "parlamentarismo" soviético era, por el conjunto de condiciones creadas, la menos peligrosa. Los soviets luchaban prácticamente por el poder, se apoyaban cada vez más en la fuerza militar, se convertían en poder en las distintas localidades, convocaban su propio Congreso como resultado de un combate. No quedaba mucho sitio, que digamos, para las ilusiones constitucionales, y aun ese, resultaba barrido en el proceso de la lucha.

La consigna del Congreso de los soviets, al coordinar los esfuerzos revolucionarios de los obreros y soldados de todo el país, al darles la unidad del objetivo que había de perseguirse, disimulaban al mismo tiempo la preparación, semiconspirativa, semideclarada, de la insurrección, apelando de continuo a la representación legal de los obreros, soldados y campesinos. El Congreso de los soviets, después de facilitar la unificación de las fuerzas para la revolución, debía sancionar sus resultados y constituir un nuevo poder indiscutible para el pueblo.

CAPITULO XLI
EL COMITÉ MILITAR REVOLUCIONARIO

En el transcurso del mes de agosto, a pesar del cambio iniciado a fines de julio, aún seguían dominando en la renovada guarnición de Petrogrado los socialrevolucionarios y los mencheviques. Algunos regimientos seguían contagiados de una profunda desconfianza hacia los bolcheviques. El proletariado carecía de armas: la guardia roja no tenía en sus manos más que unos cuantos miles de fusiles. En estas condiciones, la insurrección hubiera podido terminar en una tremenda derrota, a pesar de que las masas afluían nuevamente al bolchevismo.

La situación fue modificándose incesantemente durante el mes de septiembre. Después del motín de los generales, los conciliadores perdieron rápidamente el punto de apoyo que tenían en la guarnición. A la desconfianza hacia los bolcheviques sucedió la simpatía y, en el peor de los casos, una neutralidad expectativa. Pero la simpatía no era activa. Políticamente, la guarnición seguía siendo harto inconsistente y mostraba la suspicacia propia de los campesinos: "¿No nos engañarán también los bolcheviques? ¿Nos van a dar, efectivamente, la paz y la tierra?" La mayoría de los soldados no estaba dispuesta todavía a luchar por estos objetivos bajo la bandera de los bolcheviques. Y como en la guarnición subsistía una minoría inatacable casi por completo, hostil a los bolcheviques (5.000 a 6.000 junkers, tres regimientos cosacos, el batallón de motociclistas, la división de autos blindados), el resultado de la lucha parecía aún dudoso en septiembre. El desarrollo de los acontecimientos dio un favorable impulso a la causa bolchevista, con una nueva lección práctica que ligó indisolublemente el destino de los soldados de Petrogrado al de la revolución y de los bolcheviques.

El derecho a disponer de las fuerzas armadas es el derecho fundamental del poder gubernamental. El primer gobierno provisional, impuesto al pueblo por el Comité ejecutivo, se comprometió a no desarmar ni sacar de Petrogrado los regimientos que habían tomado parte en la revolución de Febrero. Tal fue el principio formal del dualismo militar, inseparable, en el fondo, del dualismo del poder. Las grandes conmociones políticas de los meses siguientes -manifestación de abril, jornadas de julio, preparación de la sublevación de Kornílov y su liquidación- planteaban inevitablemente cada vez la cuestión de la dependencia jerárquica de la guarnición de Petrogrado. Pero, al fin, los conflictos que en este terreno surgían entre el gobierno y los conciliadores tenían un carácter familiar y terminaban por las buenas. Al bolchevizarse la guarnición, las cosas tomaron otro carácter.

Ahora eran los mismos soldados los que recordaban la promesa hecha en marzo por el gobierno al Comité central ejecutivo y vulnerada pérfidamente por ambos. El 8 de septiembre, la sección de soldados del Soviet exige que se haga volver a Petrogrado a los regimientos enviados al frente con motivo de los acontecimientos de julio. Entre tanto, los hombres de la coalición se devanaban los sesos buscando el medio de sacar de la capital los demás regimientos.

En varias ciudades de provincias, la situación era aproximadamente la misma que en la capital. En el transcurso de julio y agosto procedióse a renovar, con un criterio patriotero, las guarniciones locales; durante los meses de agosto y septiembre, las guarniciones renovadas se contagiaron profundamente de bolchevismo. Había que empezar de nuevo; esto es, volver a renovar y transformar esas guarniciones. El gobierno, para preparar el golpe contra Petrogrado, empezaba por las provincias. Los motivos políticos se presentaban, cuidadosamente como estratégicos. El 27 de septiembre, los soviets de la ciudad y de la fortaleza de Reval adoptaban la siguiente resolución sobre el particular: considerar posible el reagrupamiento de las tropas, a condición de que se cuente previamente con la conformidad de los respectivos soviets. Los directivos del Soviet de Vladimir preguntaron a Moscú si debían someterse o no a la orden dada por Kerenski de retirar toda la guarnición. La oficina regional de los bolcheviques de Moscú constataba que "esas órdenes se dictan sistemáticamente para las guarniciones de espíritu revolucionario". Antes de ceder todos sus derechos, el gobierno provisional intentaba hacer uso del que es fundamental de todo gobierno: disponer de la fuerza armada.

El licenciamiento de la guarnición de Petrogrado era tanto más inaplazable cuanto que el próximo Congreso de los soviets había de llevar hasta sus últimas consecuencias la lucha por el poder. La prensa burguesa, dirigida por el órgano de los kadetes, *Riech,* afirmaba, día tras día, que no podía otorgarse a los bolcheviques la posibilidad de "elegir el momento para declarar la guerra civil". Esto significaba que era menester asestar oportunamente el golpe a los bolcheviques. De aquí se desprendía de modo inevitable la tentativa de modificar previamente la correlación de fuerzas en la guarnición. Los argumentos de orden estratégico producían no poco efecto después de la caída de Riga y la pérdida de las islas de Monzund. El Estado Mayor de la región dio orden de modificar la composición de los regimientos de Petrogrado para mandarlos al frente. La cuestión fue planteada al mismo tiempo en la sección de soldados por iniciativa de los conciliadores. El plan del adversario no estaba mal: después de presentar al Soviet un ultimátum estratégico, quitar de un solo golpe a los bolcheviques el punto de apoyo que tenían en el ejército o, en

caso de resistencia del Soviet, provocar un conflicto agudo entre la guarnición de la capital y el frente, necesitado de refuerzos y de relevos.

Los directivos del Soviet, que se daban perfecta cuenta de la trampa que les preparaban, se proponían tantear bien el terreno antes de dar un paso irremediable. Sólo cabía oponer una negativa rotunda a la orden dada, en caso de tener seguridad de que los motivos de la renuncia serían debidamente comprendidos por el frente. En caso contrario, podría resultar más ventajoso sustituir, de acuerdo con las trincheras, los regimientos de la guarnición por tropas revolucionarias del frente que estuvieran necesitadas de reposo. Precisamente en este sentido se había pronunciado ya, como más arriba queda indicado, el Soviet de Reval.

Los soldados enfocaban la cuestión de un modo más directo. Ir al frente ahora en pleno otoño; resignarse a una nueva campaña de invierno era una idea que de ningún modo les cabía en la cabeza. La prensa patriótica emprendió inmediatamente el ataque contra la guarnición: los regimientos de Petrogrado, embotados por el exceso de grasa de la inacción, traicionan de nuevo al frente. Los obreros salieron en defensa de los soldados. Los de Putilov fueron los primeros que protestaron contra el envío de los regimientos. La cuestión figuraba ya constantemente en el orden del día, no sólo en los cuarteles, sino en las mismas fábricas. Esto acercó estrechamente a las dos secciones del Soviet. Los regimientos empezaron a apoyar con particular ardor la demanda de que se armara a los obreros.

Los conciliadores, buscando reanimar el patriotismo de las masas con la amenaza de la pérdida de Petrogrado, el día 9 de octubre presentaron al Soviet la proposición de crear un "Comité de defensa revolucionaria" que tuviera como fin participar obreros. Sin embargo, el Soviet, al mismo tiempo que se negaba a echar sobres sí la responsabilidad "de la pretendida estrategia del gobierno provisional y, en particular de la retirada de tropas de Petrogrado", no se apresuraba a pronunciarse sobre la orden dada, sino que decidía estudiar los motivos y fundamentos de la misma. Los mencheviques intentaron protestar: es inadmisible la intromisión en las disposiciones operativas del mando. Pero aún no hacía mes y medio que decían lo mismo respecto de las órdenes de Kornílov, que perseguían como fin preparar la sublevación, y no faltó quien se lo recordara así. Había que crear un órgano competente que se encargase de comprobar si el envío de regimientos al frente era dictado por consideraciones militares o políticas. Con gran asombro de los conciliadores, los bolcheviques aceptaron la idea del Comité de defensa: precisamente ese Comité era el que había de concentrar en sus manos todos los datos relativos a la defensa de la capital. Con ello se daba un paso importante. El Soviet, al arrancar esa peligrosa arma de las manos

del adversario, se reservaba la posibilidad, según fueran las circunstancias, de orientar la resolución relativa a la retirada de los regimientos en un sentido o en otro, aunque, de todas maneras, contra el gobierno y los conciliadores.

Los bolcheviques aceptaron tanto más naturalmente el proyecto menchevista de crear un Comité militar, cuanto que en sus propias filas se había hablado ya, más de una vez, de la necesidad de constituir oportunamente un órgano soviético autorizado para dirigir la revolución futura. En la Organización militar del partido se había elaborado incluso el correspondiente proyecto. La dificultad que hasta entonces no había sido posible vencer estribado en la combinación del órgano de la insurrección con el Soviet, que tenía carácter electivo y que actuaba abiertamente, y del cual, por añadidura, formaban parte representantes de los partidos enemigos. La iniciativa patriótica de los mencheviques no podía surgir más oportunamente para facilitar la creación del Estado Mayor y de la revolución, que no tardó en adoptar la denominación de Comité militar revolucionario, convirtiéndose en la palanca principal de levantamiento.

Dos años después de estos acontecimientos, el autor del presente libro decía en un artículo dedicado a la revolución de Octubre: "Tan pronto como la orden relativa a la retirada de los regimientos fue trasmitida por el Estado Mayor de la región al Comité ejecutivo del Soviet de Petrogrado.... Se vio claramente que, en su desarrollo ulterior, esta cuestión podía adquirir una importancia política decisiva." La idea de la insurrección empezó a tomar inmediatamente una forma concreta. Ya no era menester inventar un órgano soviético. La misión efectiva del futuro Comité quedaba inequívocamente puesta de relieve por el hecho de que Trotski, en aquella misma sesión, terminara su informe sobre la retirada de los bolcheviques del preparlamento con la siguiente exclamación: "¡Viva la lucha directa y abierta por el poder revolucionario en el país!" Esto no era más que la traducción, al lenguaje de la legalidad soviética, de la divisa: "¡Viva la insurrección armada!"

Justamente al siguiente día, 10 de octubre, adoptaba el Comité central de los bolcheviques, en reunión secreta, la resolución de Lenin que señalaba la insurrección armada como el objetivo práctico de los días que se avecinaban. Desde ese momento, se dotaba al partido de un objetivo de combate claro e imperativo. El Comité de defensa se incorporaba a la perspectiva de la lucha inmediata por el poder.

El gobierno y sus aliados rodearon de círculos concéntricos a la guarnición. El 11, el general Cheremisov, que mandaba el frente septentrional, dio cuenta al ministro de la Guerra de la demanda presentada por los comités del ejército: que se sustituyera a los regimientos cansados del frente con los soldados de Petrogrado. El Estado Mayor del

frente no era, en este caso, más que una instancia transmisora entre los conciliadores del ejército y sus líderes petrogradeses, los cuales se esforzaban en crear una base más amplia para los planes de Kerenski. La prensa de la coalición acogió esa operación envolvente con una sinfonía de furor patriótico. Sin embargo, las asambleas cotidianas de los regimientos y de las fábricas mostraban que la música de los dirigentes no producía abajo ningún efecto. El 12, los obreros de una de las fábricas más revolucionarias de la capital (Stari Parvieinen), reunidos en asamblea general, contestaron del siguiente modo a la campaña de la prensa burguesa: "Declaramos firmemente que nos echaremos a la calle cuando lo juzguemos necesario. No nos asusta la lucha que se aproxima y estamos firmemente convencidos de que saldremos de ella victoriosos."

Al constituir una comisión encargada de preparar el Estatuto del Comité de defensa, el Comité ejecutivo del Soviet de Petrogrado señaló los siguientes fines al futuro órgano militar: ponerse en contacto con el frente septentrional y con el Estado Mayor de la región de Petrogrado, con el Comité central de los marinos del Báltico y el Soviet regional de Finlandia, para estudiar la situación militar y las medidas necesarias; efectuar un recuento de los efectivos de la guarnición de Petrogrado y sus alrededores, así como de las municiones y víveres; tomar medidas para mantener la disciplina entre las masas obreras y de soldados. Estos fines eran universales y, al mismo tiempo, equívocos: casi todos ellos oscilaban entre la defensa de la capital y el levantamiento armado. Sin embargo, esos dos objetivos, que hasta entonces se excluían recíprocamente, ahora se aproximaban en realidad; al tomar el poder en sus manos, el Soviet debería echar sobre sí la defensa de Petrogrado. Este elemento de camuflaje no había sido introducido artificialmente desde el exterior, sino que se desprendía, hasta cierto punto, de las condiciones creadas por la proximidad de la insurrección.

Con esa misma mira de camuflaje, no se puso a un bolchevique al frente de la Comisión encargada de elaborar el Estatuto del Comité, sino a un socialrevolucionario, el joven y modesto funcionario de intendencia, Lazimir, uno de aquellos socialrevolucionarios de izquierda que ya antes de la insurrección se hallaban en perfecto acuerdo con los bolcheviques, sin que, a decir verdad, previeran siempre adónde habría de conducirles ese acuerdo. El proyecto primitivo de Lazimir fue modificado por Trotski en dos sentidos: concretando los fines prácticos para conquistar la guarnición y difuminando aún más el objetivo revolucionario general. El proyecto, aprobado por el Comité ejecutivo con la protesta de los dos mencheviques, incluía en el Comité militar revolucionario a las Mesas del Soviet y de la sección de soldados, a los representases de la escuadra, del Comité

regional de Finlandia, del sindicato ferroviario, de los comités de fábrica, de los sindicatos, de las organizaciones militares del partido, de la guardia roja, etc. El fundamento de la organización era el mismo que en otros muchos casos; pero la composición personal del Comité se hallaba determinada de antemano por sus nuevos objetivos. Partíase del supuesto de que las organizaciones enviarían representantes conocedores de los asuntos militares o que estuvieran en estrecho contacto con la guarnición. La función debía condicionar el carácter del órgano.

No menos importante era la constitución de otro organismo: cerca del Comité militar revolucionario se instituyó una conferencia permanente de la guarnición. La sección de los soldados representaba a la guarnición políticamente; los diputados eran elegidos de acuerdo con las banderas políticas que seguían. La conferencia de la guarnición debían integrarla los Comités de regimiento, que, como dirigían la vida cotidiana de los mismos, eran su representación más "profesional", más directa, más práctica. La analogía entre los Comités de regimiento y los de fábrica saltaba a la vista. En todas las grandes cuestiones políticas, los bolcheviques, a través de la sección obrera del Soviet, podían apoyarse confiadamente en los obreros. Pero para convertirse en dueños de las fábricas era menester que arrastraran en pos de sí a los Comités de las mismas. La composición de la sección de soldados garantizaba a los bolcheviques la simpatía política de la mayoría de la guarnición. Mas para disponer prácticamente de las tropas era preciso apoyarse de un modo inmediato en los Comités de regimiento. Esto explica que la conferencia de la guarnición, en el período que precedió al levantamiento, pasara a ocupar el primer término, relegando, naturalmente, a un segundo lugar a la sección de soldados. Es de advertir, sin embargo, que los delegados más destacados de la sección formaban parte, asimismo, de la conferencia.

En el artículo "La crisis ha llegado a su punto culminante", escrito poco antes de esos días, preguntaba Lenin en tono de reproche: "¿Qué ha hecho el partido para estudiar la disposición de las tropas y demás?" No obstante la labor llevada abnegadamente a cabo por la Organización militar, el reproche de Lenin estaba justificado. El partido realizaba con dificultad el estudio, puramente técnico, de las fuerzas y de los recursos militares; faltaba el hábito, no se encontraba modo de enfocar la cuestión. La situación se modificó inmediatamente a partir del momento en que entró en escena la conferencia de la guarnición; en lo sucesivo, aparecía, día tras día, a los ojos de los directivos el panorama vivo de la guarnición, no sólo de la capital, sino también del anillo militar que la circundaba.

El 12, el Comité ejecutivo examinó el proyecto de estatuto elaborado por la Comisión de Lazimir. A pesar del carácter confidencial de la sesión, los debates tenían en

gran parte un carácter metafórico: "Se decía una cosa, pero se sobrentendía otra", dice, no sin fundamento, Sujánov. El Estatuto instituía el funcionamiento de secciones de defensa, aprovisionamiento, comunicaciones, información, etc., anejas al Comité. Tratábase, por tanto, de un Estado Mayor o, si se quiere, de un contra-Estado Mayor. Asignábase como objetivo a la Conferencia elevar el espíritu combativo de la guarnición. No dejaba de haber en esto una parte de verdad. Pero la capacidad combativo podía tener distintas aplicaciones. Los mencheviques se percataban con impotente indignación de que la idea por ellos propugnada con fines patrióticos se convertía en algo destinado a disimular la insurrección que se preparaba. El camuflaje no tenía nada de impenetrable: todo el mundo comprendía de qué se trataba; pero, al mismo tiempo, nada podía hacerse para estorbarle, ya que de un modo absolutamente idéntico habían procedido los mismos conciliadores al agrupar en derredor suyo a la guarnición en los momentos críticos y crear órganos de poder paralelamente a los del Estado. Hubiérase dicho que los bolcheviques no hacían más que seguir las tradiciones del poder dual. Pero introducían un nuevo contenido en las viejas formas. Lo que antes servía para la política de conciliación, conducía ahora a la guerra civil. Los mencheviques pidieron que se hiciera constar en acta su opinión adversa a la totalidad del proyecto. Esta platónica demanda fue satisfecha.

Al día siguiente, en la sección de soldados, que aún no hacía tanto constituía la guardia de los conciliadores, se examinó la cuestión del Comité militar revolucionario y de la Conferencia de la guarnición. En esa reunión, notabilísima por todos conceptos, ocupó por derecho propio el lugar principal el marino Dibenko, presidente del *Dsentrobalt,* un gigante de barba negra que no tenía costumbre de morderse la lengua. El discurso del invitado de Helsingfors irrumpió como un chorro de agua de mar, fresca y picante, en el estancado ambiente de la guarnición. Dibenko dio cuenta de la ruptura definitiva de la escuadra con el gobierno y de las nuevas relaciones entabladas con el mando. El almirante, antes de iniciar las últimas operaciones marítimas, se había dirigido con la siguiente pregunta al Congreso de los marinos que se estaba celebrando por aquellos días: "¿Se ejecutarán las órdenes que se den? A lo cual contestamos: si ejercemos el control nosotros, sí. Pero... si vemos que la escuadra va a sucumbir, lo primero que haremos será colgar del palo mayor al almirante." Para la guarnición de Petrogrado, éste era un nuevo lenguaje. Por lo demás, en la misma escuadra sólo había adquirido carta de naturaleza en los últimos días. Era el lenguaje de la insurrección. El puñado de mencheviques representados en la Asamblea, refunfuñaba en un rincón. La Mesa lanzaba miradas de inquietud a la compacta

masa de capotes grises. ¡Ni una voz de protesta en sus filas! Los ojos brillan en los rostros excitados. En la sala flota el espíritu de la audacia temeraria.

Como conclusión, Dibenko, alentado por la aprobación general, declaró con firmeza: "Se habla de la necesidad de sacar de la capital a la guarnición para defender los puntos de acceso a Petrogrado y, en particular, Reval. No lo creáis; de la defensa de Reval nos encargamos nosotros. Quedaos aquí y defender los intereses de la revolución... Cuando tengamos necesidad de vuestro apoyo, os lo diremos, y estoy convencido de que entonces acudiréis en auxilio nuestro." Este llamamiento, que fue inmejorablemente comprendido por los soldados, suscitó una verdadera tempestad de entusiasmo, en el que quedaron ahogadas, sin dejar rastro, las protestas de los escasos mencheviques que asistían a la Asamblea. A partir de ese momento, la cuestión de la retirada de los regimientos podía darse definitivamente por resuelta.

El proyecto de Estatuto presentado por Lazimir fue aceptado por una mayoría de 283 votos contra 1 y 23 abstenciones. Estas cifras, inesperadas para los mismos bolcheviques, dan idea de la presión revolucionaria de las masas. La votación significaba que la sección de soldados quitaba resuelta y oficialmente de las manos del Estado Mayor gubernamental la dirección de la guarnición, para transmitirla al Comité militar revolucionario. No había de tardar en poner de relieve al porvenir, que no se trataba de una simple manifestación demostrativa.

Ese mismo día, el Comité ejecutivo del Soviet de Petrogrado, dio cuenta de la creación de una sección especial de la guardia roja cerca del mismo. El armamento de los obreros, abandonado e incluso perseguido por los conciliadores, convirtióse en uno de los objetivos más importante del Soviet bolchevista. La recelosa actitud de los soldados respecto de la guardia roja, desapareció por completo. En casi todas las resoluciones de los regimientos, muy al contrario de lo que sucedía antes, se exige el armamento de los obreros. En lo sucesivo, la guardia roja y la guarnición obran de perfecto acuerdo y no han de tardar en estar ligadas más estrechamente todavía por la común subordinación al Comité militar revolucionario.

El gobierno se inquietó. El día 14, por la mañana, se celebró en el gabinete de Kerenski un Consejo de ministros, en el que se aprobaron las medidas adoptadas por el Estado Mayor contra el "golpe" que se preparaba. Los gobernantes hacían toda clase de conjeturas para tratar de saber si en esa ocasión no se iría más allá de una manifestación armada o si se llegaría a la insurrección. El jefe de la región militar decía a los representantes de la prensa: "En todo caso, estamos preparados." A menudo, en vísperas

de la muerte, los enfermos desahuciados se sienten revivir bajo el influjo de una nueva afluencia de fuerzas. En la sesión de ambos Comités ejecutivos, Dan, imitando el tono empleado en junio por Tsereteli, refugiado ahora en el Cáucaso, exigió de los bolcheviques que dieran respuesta a la pregunta siguiente: ¿Piensan hacer algo y, en caso afirmativo, cuándo? De la respuesta de Riazanov sacó, no sin fundamento, el menchevique Bogdanov, la conclusión de que los bolcheviques preparaban la insurrección y que se pondrían al frente de la misma. El diario de los mencheviques decía: "Por lo visto, con lo que cuentan los bolcheviques para adueñarse del poder es con la permanencia de la guarnición en la capital." Pero las palabras alusivas a la toma del poder iban impresas entre comillas; los conciliadores no creían aún seriamente en el peligro, y temían no tanto la victoria de los bolcheviques como el triunfo de la contrarrevolución, como resultado de las nuevas escaramuzas de la guerra civil.

El Soviet, al tomar sobre sí la misión de armar a los obreros, debía buscar el medio de encontrar armas, cosa que no pudo conseguirse de un modo inmediato. Eran asimismo las masas las que sugerían las iniciativas prácticas. A ellas se debía cada paso que se daba hacia adelante en este respecto. Bastaba tan sólo con prestar atención a sus proposiciones. Cuatro años después de estos acontecimientos, Trotski, en una velada conmemorativa de la revolución de Octubre, decía: "Cuando se me presentó una comisión de obreros a manifestar que tenía necesidad de armas y les dije: "¿Acaso no sabéis que el arsenal no está en nuestras manos?", contestaron: "Hemos estado en la fábrica de armas de Tsestroretsk." "Bien, y ¿qué?" "Pues allí nos han dicho: si el Soviet nos lo ordena, daremos armas." Di orden de que les entregaran 5.000 fusiles, y aquel mismo día los recibieron. Era la primera experiencia." La prensa enemiga puso inmediatamente el grito en el cielo, denunciando la entrega de armas por una fábrica del Estado, como consecuencia de una orden dada por un hombre acusado de traición a la patria y que había sido libertado de 1 a cárcel bajo fianza. El gobierno no dijo nada. Pero entró en escena el órgano supremo de la democracia con una orden severa: no dar armas a nadie sin orden suya; esto es, del Comité central ejecutivo. Aparentemente, en lo que se refería a la entrega de armas, Dan o Gotz estaban tan poco calificados para prohibirla como Trotski para autorizarla u ordenarla. Las fábricas y los arsenales dependían del gobierno. Pero el desdén hacia los órganos oficiales en todos los momentos graves, constituía la tradición del Comité central ejecutivo, y se convirtió en una costumbre para el propio gobierno, ya que respondía a la naturaleza de las cosas. Sin embargo, las tradiciones y costumbres fueron vulneradas desde otro extremo: los obreros y

soldados, que habían dejado de establecer distinción entre los truenos del Comité central ejecutivo y los relámpagos de Kerenski, ya no hacían caso de los unos ni de los otros.

Era más cómodo exigir la retirada de los regimientos de Petrogrado en nombre del frente, que desde las oficinas del interior. Por este motivo, Kerenski subordinó la guarnición de Petrogrado a Cheremisov, generalísimo del frente del norte. Kerenski, al disponer que la capital no dependiera de él como jefe del gobierno, desde el punto de vista militar, se consolaba pensando que de todas maneras la subordinaba a sí en cuanto generalísimo en jefe. El general Cheremisov, por su parte, que se hallaba ante una tarea difícil, buscaba ayuda en los comisarios y en los miembros de los comités. Merced al esfuerzo común, se elaboró un plan de operaciones inmediatas. El 17, el Estado Mayor del frente, junto con las organizaciones del Ejército, llamó a Pskov, a los representantes del Soviet de Petrogrado, con objeto de formularles sin ambages sus exigencias a la faz de las trincheras.

Al Soviet de Petrogrado no le quedaba otro recurso que aceptar el reto. La delegación, designada en la sesión del 16 y formada por algunas docenas de miembros, la mitad, aproximadamente, del Soviet y la otra mitad de representantes de los regimientos, estaba acaudillada por el presidente de la sección obrera, Fiodorov, y los directivos de la sección de soldados y de la Organización militar de los bolcheviques: Laschevich, Sadovski, Mejonochin, Dachkevich y otros. Los pocos socialrevolucionarios de izquierda y mencheviques internacionalistas incluidos en la delegación, se comprometieron a defender en Pskov la política del Soviet. En la reunión celebrada por los delegados antes de partir, se adoptó el proyecto de declaración propuesto por Sverdlov.

En la misma reunión del Soviet se discutió el estatuto del Comité militar revolucionario. Esta institución, apenas creada, se convertía a los ojos de los adversarios en un organismo cada vez más odiado. "Los bolcheviques -exclamó el orador de la oposición- no contestan a la pregunta directa que se les ha hecho: ¿Preparan algo o no? Esta actitud hay que atribuirla a cobardía o a desconfianza en sus propias fuerzas." La Asamblea acoge estas palabras con una carcajada general. La cosa no es para menos: el representante del partido gubernamental pide que el partido de la insurrección le abra su pecho. El nuevo Comité, prosigue el orador, no es más que "un Estado Mayor revolucionario para la toma del poder". Ellos, los mencheviques, no formarán parte del mencionado Comité. "¿Cuántos sois?", les gritan de la sala. Los mencheviques, a decir verdad, no son muy numerosos -una cincuentena- en el Soviet; pero, en cambio, saben con absoluta certeza que "las masas no sienten ninguna simpatía por el golpe que se prepara". Trotski, en su réplica,

no niega que los bolcheviques se preparen a la toma del poder: "Eso para nadie es un secreto." Pero de lo que ahora se trata es de otra cuestión. El gobierno exige la retirada de las tropas revolucionarias de Petrogrado ¡y nosotros hemos de decir: sí o no! El proyecto de Lazimir es adoptado por una mayoría de votos abrumadora. El presidente propone que el Comité militar revolucionario empiece a funcionar a partir del día siguiente. Se acaba de dar otro paso adelante.

Polkovnikov, jefe de la región militar, informó nuevamente en ese día del golpe que preparaban los bolcheviques. El informe era optimista: en general, la guarnición estaba al lado del gobierno, las academias militares habían recibido orden de estar dispuestas. En la proclama dirigida a la población, Polkovnikov prometía tomar "las medidas más extremas" en caso de que las circunstancias lo exigieran. Por su parte, el socialrevolucionario Schereider, alcalde de la ciudad, imploraba "que no se promovieran desórdenes si se quería evitar el hambre en la ciudad". La prensa, ya amenazando o amonestando, ya cobrando ánimos o asustándose, iba dando notas cada vez más altas.

En Pskov, para impresionar la imaginación de los delegados del Soviet de Petrogrado, se les preparó una recepción teatral. En el edificio del Estado Mayor, en torno a unas cuantas mesas cubiertas de imponentes mapas militares, se instalaron los señores generales, los altos comisarios, con Voitinski a la cabeza, y los representantes de los comités del ejército. Los jefes de las secciones del Estado Mayor informaron sobre la situación militar en los distintos frentes, en las trincheras y en el mar. Las conclusiones de los informantes coincidían todas en un mismo punto: es necesario retirar inmediatamente la guarnición de Petrogrado, para defender los puntos de acceso a la capital. Los comisarios y los miembros de los Comités rechazaron, indignados, la sospecha de que esa proposición obedeciera a ocultos móviles políticos. Según ellos, la operación estaba dictada por necesidades de orden estratégico. Los delegados no tenían ninguna prueba en contrario: en asuntos de este género, las pruebas no se hallan al alcance de la mano. Pero toda la situación refutaba los argumentos de carácter estratégico. Lo que el frente necesitaba no eran hombres, sino que éstos estuvieran dispuestos a combatir. El estado de ánimo de la guarnición de Petrogrado no era, ni con mucho, el más adecuado para dar al frente la consistencia de que carecía. Además, aún estaban frescas en la memoria de todos las lecciones de la sublevación de Kornílov. La delegación, profundamente convencida de la razón que la asistía, resistió fácilmente a la presión del Estado Mayor y regresó a Petrogrado más unánime aún que en el momento de partir.

Los indicios directos de que carecían los delegados se hallan ahora a disposición del historiador. La correspondencia militar secreta atestigua que el frente no exigía los regimientos de Petrogrado, sino que era Kerenski quien se los imponía. El generalísimo del frente septentrional contestó en los siguientes términos, por hilo directo, al telegrama del ministro de la Guerra: "*Secreto. 17. X.* La iniciativa de mandar tropas de la guarnición de Petrogrado al frente ha partido de usted y no de mí... Cuando se vio que la guarnición de Petrogrado no deseaba ir al frente, esto es, que su capacidad combativo era nula, en una conversación privada con el oficial representante de usted dije que... tropas como ésas teníamos más que de sobra en el frente; pero en vista del deseo expresado por usted de mandarlas al frente, no renuncié a ellas, como tampoco renuncio actualmente si sigue considerando necesario que se las mande fuera de Petrogrado." El carácter semipolémico del telegrama se explica por el hecho de que Cheremisov, un general que sentía inclinación por la política de altura, que en el Ejército zarista era considerado como "rojo" y que posteriormente, según la expresión de Miliukov, "se había convertido en el favorito de la democracia revolucionaria", había llegado, por las trazas, a la conclusión de que lo mejor era romper oportunamente todo lazo de solidaridad con el gobierno, en el conflicto de este último, con los bolcheviques. La conducta de Cheremisov en los días de la toma del poder confirma plenamente esta explicación.

La lucha en torno a la guarnición se entretejía con la lucha por el Congreso de los soviets. Sólo cuatro o cinco días faltaban ya para la fecha primitivamente señalada. Esperábase que el "golpe" se produciría con ocasión del Congreso. Se suponía que, al igual que durante las jornadas de julio, el movimiento se desarrollaría en forma de manifestación armada de las masas, acompañada de refriegas callejeras. El menchevique de derecha Potresov, basándose, evidentemente, en los datos del contraespionaje o de la Misión militar francesa, que urdía sin el menor escrúpulo documentos falsos, expuso en la prensa burguesa el plan del golpe que los bolcheviques debían llevar a cabo en la noche del 17 de octubre. Los ingeniosos autores del plan no se habían olvidado de prever que los bolcheviques llevarían consigo a los "elementos turbios" de uno de los barrios extremos de la ciudad. Los soldados de los regimientos de la Guardia sabían reírse tan bien como los dioses de Homero. Al procederse a la lectura del artículo de Potresov en la sesión del Soviet, el estrépito de las carcajadas hizo estremecerse las blancas columnas y las arañas del Instituto Smolni. Pero el prudente gobierno, que sabía no ver lo que ocurría ante sus ojos, se asustó seriamente ante aquel documento absurdo, y se reunió urgentemente a las dos de la madrugada para organizar la resistencia contra los "elementos turbios". Tras nuevas

conferencias de Kerenski con las autoridades militares, se adoptaron las oportunas medidas: reforzóse la vigilancia del palacio de Invierno y del Banco de Estado; se llamó a dos escuelas militares de Oranienbaum y a un tren blindado del frente rumano. "En el último momento -según Miliukov- los bolcheviques, por motivos que se ignoran, suspendieron sus preparativos." Unos cuantos años después de los acontecimientos el sabio historiador ha seguido dando crédito a esa mentira, que llevaba en sí misma su refutación.

Las autoridades encargaron a la Milicia de llevar a cabo pesquisas en los alrededores de la ciudad, para dar con las huellas del golpe que se estaba preparando. Los informes de la Milicia son una mezcla de observaciones vivas y de estupidez policíaca. En el barrio de Alexandre-Nevski, donde están situadas varías fábricas importantes, los investigadores observaron una tranquilidad completa. En el barrio de Viborg se predicaba sin tapujos la necesidad de derrumbar el gobierno, pero "exteriormente" había tranquilidad. En el barrio de la isla de Vasili, la gente estaba excitada, pero tampoco se observaba ningún síntoma que permitiera prever una acción inmediata. En el barrio de Narva se estaba realizando una agitación intensísima en favor de la acción, pero nadie podía decir cuándo tendría lugar esta última. Una de dos: o se guardaba en el mayor secreto el día y la hora o, en efecto, nadie los conocía. Se decidió reforzar las patrullas en las barriadas obreras y encargar a los comisarios de la Milicia que revisaran los puestos con mayor frecuencia.

Una correspondencia publicada por el diario liberal de Moscú, completa, no del todo mal, el informe de la Milicia: "En los suburbios, en las fábricas de Nevski, de Obujov y de Putilov, se lleva a cabo una intensa labor bolchevista a favor de la acción. Los obreros están dispuestos a entrar en escena en cualquier momento. Durante los últimos días, se observa en Petrogrado una insólita afluencia de desertores... En la estación de Varsovia no se puede dar un paso sin tropezar con soldados de aspecto sospechoso, mirada ardiente y rostros excitados...

Se sabe que han llegado a Petrogrado bandas enteras de ladrones dispuestos a pescar en río revuelto. Los elementos turbios, que llenan hasta rebosar las salas de té y las tabernas, están organizándose." El miedo de la población neutral y las fantasías policíacas se combinan aquí con la dura realidad. La crisis revolucionaria, al acercarse a su desenlace, removía la hez social hasta el fondo. En efecto, los desertores, las pandillas de ladrones y las guaridas, se habían puesto en pie al oír el rugido del terremoto que se acercaba. Las capas superiores de la sociedad contemplaban con terror físico las fuerzas desencadenadas

de su régimen, sus lacras y sus vicios. La revolución no las creaba; lo único que hacía era ponerlas al desnudo.

En esos mismos días, en Dvinsk, el Estado Mayor de su cuerpo de ejército, el barón de Budberg, el reaccionario bilioso, ya conocido del lector, hombre que no carecía de espíritu de observación ni de cierta perspicacia, escribía: "Los kadetes, los kadetoides, los octubristas y los revolucionarios de distintas especies, pertenecientes a las viejas formaciones y a la de marzo, presienten que se acerca su fin y chillan desesperadamente, recordando con ello a los musulmanes cuando intentan evitar los eclipses de luna sacudiendo sus carracas."

El 18 fue convocada por primera vez la Conferencia de la guarnición. En un telefonema remitido a todos los regimientos, incitábase a éstos a abstenerse de toda acción espontánea y a no cumplir más que las disposiciones del Estado Mayor, avaladas por la sección de soldados. El Soviet efectuaba de este modo una tentativa decidida, para tomar declaradamente en sus manos el control de la guarnición. En el fondo, el telefonema no representaba otra cosa que una invitación al derrumbamiento de las autoridades existentes. Pero con un poco de buena voluntad podía ser interpretado como un acto pacífico de sustitución de los conciliadores por los bolcheviques en la mecánica del poder dual. Prácticamente venía a reducirse a lo mismo, pero una interpretación más clásica dejaba sitio para las ilusiones. La Mesa del Comité central ejecutivo, que se consideraba dueño del Smolni, hizo una tentativa para detener el envío de los telefonemas, con lo cual no consiguió otra cosa que comprometerse una vez más. La asamblea de los representantes de los Comités de regimiento y de compañía de Petrogrado y sus alrededores se reunió a la hora fijada, y se vio extraordinariamente concurrida.

Gracias a la atmósfera creada por los adversarios, los informes de los que tomaron parte en la asamblea de la guarnición se concentraron en torno al problema del "golpe" inminente. Celebróse un significativo plebiscito, al que es dudoso que se hubieran lanzado por propia iniciativa los directivos. Se pronuncian contra la acción la Escuela militar de Peterhof y el 9.º Regimiento de caballería. Los escuadrones de campaña de la caballería de la Guardia se inclinan a la neutralidad. La Escuela militar de Oranrienbaum se somete únicamente a las disposiciones del Comité central ejecutivo. Pero a esto se limitan las voces hostiles o neutrales. Dispuestos a entrar en acción al primer llamamiento del Soviet de Petrogrado se muestran los regimientos de Egur, de Moscú, de Volin, de Pavl, de Keksholm, de Semenov, de Ismailov, el 1.º de Tiradores y el 3.º de la Reserva, la segunda dotación del Báltico, el batallón electrotécnico y la división de artillería de la Guardia. El

regimiento de granaderos entrará en acción al llamamiento del Congreso de los soviets; con esto basta. Las unidades menos importantes siguen a la mayoría. A los representantes del Comité central ejecutivo, que hasta hace muy poco, y no sin fundamento consideraban a la guarnición de Petrogrado como base de su fuerza, se les niega la palabra en esa ocasión, casi por unanimidad. En un estado impotente de irritación, dichos representantes abandonaron aquella asamblea "incompetente", que, a propuesta del presidente, confirmó su resolución de no aceptar ninguna orden que no fuera avalada por el Soviet.

Ahora se está cristalizando lo que había venido preparándose en la conferencia de la guarnición durante los últimos meses y, sobre todo, las últimas semanas. El gobierno resultaba más insignificante de lo que podía suponerse. Al mismo tiempo que en la ciudad no se hablaba de otra cosa que de acciones y combates sangrientos inminentes, la Conferencia de los comités de regimiento, que había puesto de manifiesto un predominio aplastante de los bolcheviques, hacía innecesarios, en el fondo, las manifestaciones y los combates de las masas. La guarnición se orientaba firmemente hacia el cambio de régimen, aceptándolo, no como una insurrección, sino como realización del indiscutible derecho de los soviets a decidir de los destinos del país. En ese movimiento había una fuerza irresistible; pero, al mismo tiempo, un elemento de peso. El partido necesitaba combinar hábilmente su acción con el paso político que acababan de dar los regimientos, cuya mayoría esperaba un llamamiento del Soviet y, una parte de ellos, del Congreso de los soviets.

Para eliminar todo peligro de confusión, aunque no fuera más que temporal, en el desarrollo de la acción, imponíase dar respuesta a la pregunta que inquietaba, no sólo a los enemigos, sino también a los amigos: la insurrección, ¿iba a estallar efectivamente de un día a otro? En los tranvías, en las calles, en las tiendas, no se hablaba más que del próximo "golpe". En la plaza del palacio de Invierno y frente al Estado Mayor había largas colas de oficiales que iban a ofrecer sus servicios al gobierno y a los que se proveía de revólveres; en el momento de peligro, no se vio por ninguna parte ni los revólveres ni a sus propietarios. Los artículos de fondo de todos los periódicos estaban consagrados a la insurrección. Gorki exigía de los bolcheviques que desmintieran los rumores, si es que no eran "un juguete involuntario en manos de la multitud enfurecida".

La zozobra producida por lo desconocido penetró incluso en los barrios obreros y, en especial, en los regimientos, que empezaban a figurarse que se estaba preparando el "golpe" sin ellos. ¿Por quién? ¿Por qué callaba el Instituto Smolni? En los últimos

momentos, la contradictoria situación del Soviet como Parlamento abierto y como Estado Mayor revolucionario creaba grandes dificultades. Era imposible seguir callando.

"En estos últimos días -dice Trotski, al final de la sesión nocturna del Soviet- la prensa aparece llena de anuncios, rumores y artículos referentes a la inminencia de la acción... Las decisiones del Soviet de Petrogrado se publican para conocimiento de todos. El Soviet es una institución electiva y... no puede tomar decisiones que no sean conocidas de los obreros y soldados... En nombre del Soviet declaro que no hemos señalado ninguna acción armada. Pero si el Soviet, por la marcha de las cosas, se viera obligado a hacerlo, los obreros y soldados entrarían en acción a su llamamiento, como un solo hombre... Se dice que he firmado una orden de entrega de 5.000 fusiles... Sí, la he firmado... El Soviet seguirá en lo sucesivo organizando y armando la guardia obrera." Los delegados comprendieron que la batalla estaba cerca, pero que no se daría la señal sin ellos y sin contar con ellos.

Sin embargo, a más de la explicación o de la aclaración tranquilizadora, las masas tenían necesidad de una perspectiva revolucionaria clara.

El orador reduce a una sola las dos cuestiones: la retirada de la guarnición y el próximo Congreso de los soviets. "Tenemos un conflicto con el gobierno, que puede adquirir un carácter extremadamente agudo... No permitiremos... que se prive a Petrogrado de su guarnición revolucionaria." Este conflicto está a su vez subordinado a otro conflicto inminente. "La burguesía sabe que el Soviet de Petrogrado propondrá al Congreso de los soviets que tome el poder en sus manos... En previsión de la lucha inevitable, las. clases burguesas intentan desarmar a Petrogrado." Por primera vez se pone en este discurso al descubierto, de un modo completamente definido, el nudo político del golpe que se prepara: nos disponemos a tomar el poder, tenemos necesidad de la guarnición, y no la cederemos. "A la primera tentativa de la contrarrevolución para disolver el Congreso, responderemos con un contraataque que será implacable y que llevaremos hasta sus últimas consecuencias." Esta vez la declaración decidida en favor de la acción política termina asimismo con la fórmula de la defensa militar.

Sujánov, que había asistido a la sesión con un proyecto, condenado de antemano al fracaso, encaminado a obtener la participación del Soviet en el homenaje a Gorki, ha comentado posteriormente, y no del todo mal, la importancia revolucionaria de los acuerdos tomados en dicho día. Para Smolni, la cuestión de la guarnición es la cuestión del levantamiento. Para los soldados, es la de la suerte que les está reservada. "Es difícil imaginarse un punto de partida más afortunado de la política de aquellos días." Esto no impide a Sujánov considerar ruinosa la política de los bolcheviques, enfrentada en su

conjunto. Como Gorki y millares de intelectuales radicales, lo que más teme es esa "multitud enfurecida", que con una regularidad notable va desarrollando su ataque día tras día.

El Soviet es suficientemente poderoso para proclamar abiertamente el programa de cambio de régimen e incluso para señalar la fecha de su realización. Al mismo tiempo, hasta el día señalado por él mismo para la victoria completa, se muestra impotente en millares de grandes y pequeñas cuestiones. Kerenski, reducido ya a cero, políticamente, sigue publicando decretos en el palacio de Invierno. Lenin, inspirador del movimiento irresistible de las masas, se oculta en la clandestinidad, y el ministro de Justicia, Maliantovich, da orden nuevamente, en esos días, al fiscal para que decrete la detención de Lenin. Aun en el Smolni, en su propio territorio, parece como si el omnipotente Soviet de Petrogrado viviese puramente de misericordia. La administración del edificio, la caja, el servicio de expedición, los automóviles, los teléfonos, todo se halla aún en manos del Comité central ejecutivo, que, por su parte, sí se sostiene todavía, no es más que por inercia.

Cuenta Sujánov que después de la sesión, a hora avanzada de la noche, salió al *square* del Smolni, que se hallaba sumido en una profunda oscuridad. Llovía a torrentes. Una multitud de delegados se apiñaba en torno a los humeantes automóviles, que los nutridos parques del Comité central ejecutivo suministraban al Soviet bolchevista. Acercóse asimismo a los automóviles -relata el omnipotente observador- "el presidente Trotski, pero después de permanecer un instante allí, sonrió, se alejó chapoteando por los charcos y desapareció en las tinieblas". En la plataforma del tranvía, Sujánov se encontró con un hombre de baja estatura, aspecto modesto y barbita negra y afilada. El desconocido intentó consolar a Sujánov de las incomodidades del largo trayecto que tenían que recorrer.

"¿Quién es?", preguntó Sujánov a su acompañante, una bolchevista. "El viejo militante del partido, Sverdlov." Antes de dos semanas, ese hombrecito de barba negra será el presidente del Comité central ejecutivo, órgano supremo de la República soviética. Por lo visto, Sverdlov consolaba a su compañero de viaje movido por la gratitud: ocho días antes se había celebrado en el domicilio de Sujánov, sin que éste, a decir verdad, lo supiera, la reunión del Comité central de los bolcheviques que había llevado al orden del día el levantamiento armado.

Al día siguiente por la mañana, el Comité central ejecutivo hace una tentativa para volver atrás la rueda de los acontecimientos. La Mesa convoca una "asamblea regular" de la guarnición, invitando a la misma a los comités atrasados, no renovados desde hacia mucho tiempo, que no habían tomado parte en la reunión de la víspera. Esa prueba

complementaria a que se sometía a la guarnición, si bien dio algo nuevo, confirmó aún con más fuerza el estado de cosas del día anterior. De esta vez se pronunciaron contra la acción la mayoría de los Comités de los regimientos de la fortaleza de Pedro y Pablo, y los de la división de autos blindados: tanto unos como otros declararon que se sometían al Comité central ejecutivo. En modo alguno se podía hacer caso omiso de semejante actitud.

La fortaleza, enclavada en la isla, bañada por el Neva con su canal, entre la parte central de la ciudad y los barrios, domina los próximos puentes y cubre o, por el contrario, deja descubierto por la parte del río los puntos de acceso al palacio de Invierno, donde está instalado el gobierno. La fortaleza, que carece de importancia militar en las operaciones importantes, puede arrojar considerable peso en la lucha callejera. Además, y acaso sea esto lo más importante, en la fortaleza se encuentra uno de los más ricos arsenales, el de Kronvek: los obreros necesitan fusiles, y los regimientos más revolucionarios están punto menos que desarmados. No hace falta encarecer la importancia de los autos blindados para la lucha en las calles: si se ponen de parte del gobierno, pueden causar no pocas víctimas inútiles; si se ponen del lado de la insurrección, pueden acortar notablemente el camino de la victoria. Los bolcheviques tendrán que dedicar en los días próximos particular atención a la fortaleza y a la división de autos blindados. En todo lo demás, la correlación de fuerzas se manifestó idéntica a la del día anterior en la conferencia. La tentativa del Comité central ejecutivo encaminada a hacer aprobar su resolución, de una prudencia extrema, chocó con la glacial resistencia de la aplastante mayoría: la Conferencia, que no ha sido convocada por el Soviet de Petrogrado, no se considera competente para tomar ninguna resolución. Fueron los propios líderes conciliadores los que salieron al encuentro de ese revés suplementario.

El Comité central ejecutivo, al ver interceptado desde abajo el acceso a los regimientos, intentó apoderarse desde arriba de la guarnición. De acuerdo con el Estado Mayor, nombró comisario principal de toda la región militar a un socialrevolucionario, el capitán de caballería Malevski, y declaró hallarse dispuesto a reconocer a los comisarios del Soviet, a condición de que se sometieran al comisario principal. La tentativa de avasallar a la guarnición bolchevista por medio del capitán de caballería, al que no conocía nadie, estaba evidentemente condenada al fracaso. El Soviet, después de rechazar esta tentativa, suspendió las negociaciones.

La insurrección anunciada por Potresov para el día 17 no tuvo lugar. Ahora los adversarios señalaban de fijo otra fecha: la del 20 de octubre. Como es sabido, ese día había sido señalado en un principio para la apertura del Congreso de los soviets, y la insurrección

seguía al Congreso como su Sombra. Verdad es que el Congreso había sufrido un aplazamiento de cinco días; pero daba lo mismo: el objeto se desplazaba, pero quedaba la sombra. En esa ocasión, el gobierno había tomado asimismo todas las "medidas oportunas para hacer frente al golpe". Aportáronse refuerzos en los suburbios. Toda la noche estuvieron recorriendo los barrios obreros patrullas de cosacos. En distintos puntos de Petrogrado se instalaron disimuladamente retenes de caballería. Se puso a la milicia en pie de guerra, y la mitad de sus componentes estuvo de guardia permanente en las comisarías. Se instalaron autos blindados, artillería ligera y ametralladoras en las inmediaciones del palacio de Invierno, poniendo centinelas en todos los puntos de acceso al palacio.

La insurrección, que nadie preparaba y a la que nadie había incitado, no se produjo. El día transcurrió más tranquilamente que otros muchos, sin que se interrumpiera el trabajo en fábricas y talleres. Las *Izvestia,* dirigidas por Dan, hablaban con entusiasmo de la victoria conseguida sobre los bolcheviques. "Su aventura de provocar en Petrogrado un levantamiento armado, puede darse por liquidada." Dijérase que los bolcheviques se habían visto aplastados por la simple indignación de la democracia unida: "¡Ya se rinden!" Parece como si los adversarios, perdiendo la cabeza, se hubieran propuesto deliberadamente, con su pánico inoportuno y sus gritos de triunfo, menos oportunos todavía, desorientar a la misma "opinión pública" y coadyuvar a los planes de los bolcheviques.

El acuerdo de crear un Comité militar revolucionario, formulado por primera vez el día 9, no fue sometido al pleno del Soviet hasta una semana más tarde: el Soviet no es un partido, es una máquina pesada. Hubo necesidad de otros cuantos días para dar forma al Comité. Esos diez días, sin embargo, no se perdieron inútilmente: la conquista de la guarnición se estaba llevando a cabo a toda marcha; la Comisión de los comités de regimiento había tenido ocasión de demostrar su vitalidad; el armamento de los obreros avanzaba, de manera que el Comité militar revolucionario, que no empezó a funcionar hasta el 20, o sea cinco días antes de la insurrección, pudo disponer inmediatamente de un contingente de materiales más que regular. El Comité, boicoteado por los conciliadores, quedo integrado por los bolcheviques y los socialrevolucionarios de izquierda, circunstancia que facilitaba y simplificaba la labor. De los socialrevolucionarios, únicamente intervenía Lazimir, que incluso fue puesto al frente de la Mesa ejecutiva para demostrar de un modo más aparente que la institución tenía carácter soviético y no partidista. En el fondo, el Comité, presidido por Trotski, y cuyos colaboradores principales era Podvoiski, Antónov-Ovseenko, Laschevich, Sadovski y Mejonochin, se apoyaba exclusivamente en los bolcheviques. No creo que el pleno del Comité, con la participación de los representantes

de todas las instituciones enumeradas en los estatutos, se reuniera ni una sola vez. La labor corriente la llevaba a cabo la Mesa, bajo la dirección del presidente y con la colaboración de Sverdlov, en todos los casos importantes. En realidad, era el Estado Mayor de la insurrección.

El boletín del Comité registra modestamente sus primeros pasos: se nombran comisarios "para la observación y dirección" en los regimientos de la guarnición, en algunas instituciones y en los depósitos. Significaba esta medida que, después de conquistar a la guarnición en el orden político, se la subordinaba ahora desde el punto de vista de la organización. La Organización militar de los bolcheviques desempeñó un gran papel en la elección de comisarios. Entre los 1.000 miembros que aproximadamente la integraban en Petrogrado, había no pocos soldados y jóvenes oficiales decididos y abnegadamente adictos a la revolución, que después de las jornadas de julio se habían templado en las cárceles de Kerenski. En la guarnición encontraban los comisarios reclutados entre ellos un terreno suficientemente abonado: los soldados los consideraban como "de casa", y se subordinaban a ellos de buen grado.

La iniciativa para apoderarse de las instituciones partía casi siempre de abajo. Los obreros y empleados del arsenal anejo a la fortaleza de Pedro y Pablo indicaron la necesidad de implantar el control sobre la entrega de armas. El comisario enviado al arsenal llegó a tiempo para impedir que se siguiera armando a los junkers, retuvo 10.000 fusiles que debían expedirse a la región del Don, y partidas menos importantes destinadas a organizaciones y personas sospechosas. El control se hizo asimismo extensivo rápidamente a otros depósitos, incluso a las armerías privadas. Bastaba con dirigirse al Comité de soldados, obreros o empleados de la institución o del depósito, para vencer inmediatamente la resistencia de la administración. En adelante, era indispensable de todo punto para la entrega de armas la presentación de la correspondiente orden de los comisarios.

Los obreros impresores, por mediación de su sindicato, llamaron la atención del Comité sobre el aumento de las hojas y folletos reaccionarios. Se tomó el acuerdo de que el sindicato de impresores se dirigiera en todos los casos dudosos al Comité militar revolucionario para resolver la cuestión. El control efectuado por mediación de los obreros impresores era el control más efectivo de la agitación impresora contrarrevolucionaria.

No sólo no quiso limitarse el Soviet a desmentir formalmente los rumores relativos a la insurrección, sino que anunció abiertamente para el día 22 una revista de sus fuerzas, pero no en forma de manifestaciones en las calles, sino de mítines en las fábricas, en los cuarteles, en todos los grandes locales de la capital. Con el fin manifiesto de provocar

sangrientos desórdenes, unos misteriosos devotos organizaron para ese mismo día una procesión por las calles de Petrogrado. Una proclama, lanzada en nombre de unos cosacos desconocidos, invitaba a los ciudadanos a tomar parte en una procesión "en memoria de la liberación de Moscú del enemigo en 1812". El pretexto elegido no era muy actual que digamos; pero los organizadores pedían además al Señor que bendijera las armas cosacas "para la defensa de la tierra rusa contra los enemigos", alusión que se refería ya evidentemente a 1917.

No había motivo alguno para temer una seria manifestación contrarrevolucionaria: el clero no tenía ninguna fuerza entre las masas petrogradesas, y sólo hubiera podido soliviantar contra el Soviet, bajo los pendones de la Iglesia, a los míseros restos de las bandas de "cien-negros". Pero con la cooperación de provocadores expertos del contraespionaje y de la oficialidad cosaca, se hallaba lejos de quedar destacada la posibilidad de que ocurrieran refriegas sangrientas. Como medida de previsión, el Comité militar revolucionario empezó por intensificar la propaganda entre los regimientos cosacos. En el edificio del propio Estado mayor revolucionario se estableció un régimen más riguroso. "Ya no resultaba nada fácil entrar en el Smolni -dice John Reed-. El sistema de contraseñas de entrada se modificaba cada cinco o seis horas, pues los espías penetraban constantemente en el local."

En la asamblea de la guarnición celebrada el 21 y dedicada al "Día del Soviet" que había de tener lugar al siguiente día, el ponente propuso una serie de medidas preventivas contra las posibles refriegas callejeras. El cuarto regimiento de cosacos, el que se hallaba más orientado hacia la izquierda, declaró por boca de su delegado que no tomaría parte en la procesión. El catorce regimiento afirmó que lucharía con todas sus fuerzas contra los ataques de la contrarrevolución, pero que, al mismo tiempo, consideraba "inoportuna" toda acción encaminada a la toma del poder. De los tres regimientos cosacos, sólo faltaba el de los Urales, el más atrasado, que había sido enviado en julio a Petrogrado para la lucha contra los bolcheviques.

Después de oír el informe de Trotski, la Asamblea adoptó tres breves resoluciones: "Primera, la guarnición de Petrogrado y sus alrededores promete su apoyo completo al Comité militar revolucionario en todos sus actos...; segunda, el 22 de octubre es un día de recuento pacífico de fuerzas... La guarnición se dirige a los cosacos y les dice: "Os invitamos a nuestras asambleas de mañana. ¡No dejéis de acudir, hermanos cosacos!"; tercera, el Congreso general de los soviets debe tomar el poder en sus manos y dar al pueblo la paz, la tierra y el pan." La guarnición promete solemnemente poner todas sus

fuerzas a disposición del Congreso. "Confiad en nosotros, representantes de los obreros, soldados y campesinos. Todos estamos en nuestros puestos, dispuestos a vencer o a morir." Centenares de brazos se alzan en favor de esta resolución, que confirmaba el programa de la revolución. Cincuenta y siete personas se abstuvieron: eran los "neutrales", esto es, los adversarios vacilantes. Ni un brazo se levantó en contra. La soga iba apretando cada vez más la garganta del régimen de febrero.

En el curso del día se supo que los embozados iniciadores de la procesión habían renunciado a su propósito, "a propuesta del jefe de las fuerzas de la región". Este importante triunfo moral, el que mejor denotaba la intensidad de la presión ejercida por la Conferencia de la guarnición, permitía confiar firmemente en que al día siguiente los enemigos no se atreverían a asomarse a las calles.

El Comité militar revolucionario designa tres comisarios para el Estado Mayor de la región: Sadovski, Mejonochin y Lazimir. Las órdenes del jefe de la región únicamente podrán entrar en vigor cuando aparezcan avaladas con la firma de uno de estos tres comisarios. Obedeciendo a una llamada telefónica del Smolni, el Estado Mayor manda un automóvil para la delegación: las costumbres del poder dual siguen conservando su fuerza. Pero, contra lo que se esperaba, las atenciones del Estado Mayor no significan que éste se mostrara dispuesto a hacer concesiones.

Polkovnikov, después de escuchar la declaración de Sadovski, contestó que no reconocía a ningún comisario ni tenía necesidad de tutela. A la alusión hecha por los delegados de que el Estado Mayor, con su conducta, corría el riesgo de tropezar con la resistencia de los regimientos, objetó secamente Polkovnikov que la guarnición estaba en sus manos, y la subordinación, garantizada. "Esta firmeza era sincera dice Mejonochin en sus *Memorias*; en la actitud del general no se notaba ninguna afectación." Los delegados ya no pudieron servirse del automóvil oficial para regresar al Instituto Smolni.

En la reunión extraordinaria que se convocó, y a la que fueron llamados Trotski y Sverdlov, se tomó el acuerdo siguiente; aceptar como un hecho consumado la ruptura con el Estado Mayor, y convertir esa ruptura en punto de partida de la ofensiva ulterior. Primera condición para el éxito: las barriadas obreras deben estar al corriente en todas las etapas y todos los episodios de la lucha. No puede permitirse que el enemigo coja desprevenidas a las masas. Se envía una información a todos los distritos de la ciudad por mediación de los soviets de barrio y de los comités del partido. Se da cuenta inmediatamente a los regimientos de lo sucedido. Se confirma nuevamente que no se

ejecutarán otras órdenes que las que vayan avaladas por los comisarios. Se propone destinar a los puestos de centinela a los soldados de más confianza.

El Estado Mayor, por su parte, toma también medidas. Polkovnikov, impulsado evidentemente por sus consejeros conciliadores, convocó para la una de la tarde a su propia conferencia de la guarnición, con asistencia de representantes del Comité central ejecutivo. Adelantándose al enemigo, el Comité militar revolucionario convocó para las dos una Asamblea extraordinaria de los comités de regimientos, en la cual se decidió dar forma definitiva a la ruptura con el Estado Mayor. En el manifiesto dirigido a las tropas de Petrogrado y sus alrededores, elaborado en aquella misma Asamblea, se empleaba el lenguaje propio de una declaración de guerra. "Al romper con la guarnición organizada de la capital, el Estado Mayor se convierte en un instrumento directo de las fuerzas contrarrevolucionarias." El Comité militar revolucionario no se hace responsable de los actos del Estado Mayor y, poniéndose al frente de la guarnición, toma sobre sí "la conservación del orden revolucionario contra los atentados de la contrarrevolución".

Era éste un paso decisivo en el camino que conducía a la insurrección. Pero ¿no sería únicamente uno de los muchos conflictos propios de la mecánica del poder dual, tan abundante en ellos? Así, precisamente, para su propio consuelo, intentaba interpretar el Estado Mayor lo sucedido, después de cambiar impresiones con los representantes de los regimientos que no habían recibido a tiempo el llamamiento del Comité militar revolucionario. Una delegación enviada desde el Smolni y presidida por el teniente bolchevique Dachkevich, dio cuenta al Estado Mayor, en un breve informe, del acuerdo tomado por la Conferencia de la guarnición. Los pocos representantes de los regimientos que se hallaban presentes confirmaron su fidelidad al Soviet y, después de negarse a tomar acuerdo alguno, se marcharon. "Tras un breve cambio de impresiones -comunicaba en la prensa el Estado Mayor- no se ha tomado ninguna decisión firme: se ha considerado necesario esperar la solución del conflicto entre el Comité central ejecutivo y el Soviet de Petrogrado." El Estado Mayor presentaba su deposición como una disputa entre las dos instancias soviéticas sobre cuál de las dos había de controlar sus actos. Esta política de ceguera voluntaria tenía la ventaja de librar al Estado Mayor de la necesidad de declarar la guerra al Smolni, decisión para la que carecían de suficientes fuerzas los dirigentes. Así, el conflicto revolucionario que iba a exteriorizarse de un momento a otro se encuadraba nuevamente, con ayuda de los órganos gubernamentales, en el marco legal del poder dual: el Estado Mayor, con su miedo a mirar a la realidad frente a frente, contribuía de un modo más seguro a disimular la insurrección.

Sin embargo, ¿es que la conducta ligera de las autoridades no podía ser un medio de disimular sus propósitos reales? ¿No se prepararía el Estado Mayor, bajo esta apariencia de candidez burocrática, a asestar un golpe súbito al Comité Miliar revolucionario? En el Smolni se tenía por poco probable la existencia de semejante plan por parte de los órganos del gobierno provisional, desconcertados y desmoralizados. Pero, a pesar de todo, el Comité militar revolucionario adoptó las medidas de previsión más elementales: en los cuarteles más próximos, las compañías permanecieron en sus puestos día y noche al pie de los cañones, dispuestas a acudir en auxilio del Smolni a la primera señal de alarma.

A pesar de que la procesión había sido suspendida, la prensa burguesa anunciaba sangrientos sucesos para el domingo. El periódico de los conciliadores decía por la mañana: "Las autoridades consideran más posible hoy el golpe que el día 20." Así, por tercera vez en el transcurso de una semana, el 17, el 20 y el 22, el chico travieso engañaba al pueblo, lanzaba el falso grito de "¡el lobo!". A la cuarta vez, si se había de dar crédito a la antigua fábula, el muchacho caería en la boca del lobo.

La prensa de los bolcheviques, al invitar a las masas a asistir a las asambleas, hablaba de un recuento pacífico de las fuerzas revolucionarias, en vísperas del Congreso de los soviets. Respondía esto por entero al propósito del Comité miliar revolucionario: verificar un recuento gigantesco de fuerzas, sin colisiones, sin emplear las armas y aun sin hacer ostentación de las mismas. Era preciso que las masas se pusieran en contacto, se dieran cuenta de sus efectivos, de su fuerza, de su decisión. Mediante la unanimidad de la multitud había que obligar a los enemigos a ocultarse, a abstenerse de emprender toda acción. Con esta manifestación de la impotencia de la burguesía ante las masas de los obreros y soldados, debía borrarse de la conciencia de estos últimos el recuerdo, que podía servirles de freno, de las jornadas de julio. Era preciso conseguir que las masas, al verse a sí mismas, se dijeran: nadie ni nada puede enfrentarse en lo sucesivo con nosotras.

"La población, asustada -decía Miliukov cinco años más tarde-, se quedó en casa o se inhibió." Quien se quedó en casa fue la burguesía, atemorizada, efectivamente, por su propia prensa. Todo el resto de la población: los jóvenes y los viejos, las mujeres y los hombres, los muchachos y las madres con los niños en sus brazos, se dirigió desde por la mañana a los mítines. No habían vuelto a celebrarse desde la revolución mítines como aquellos. Todo Petrogrado, con excepción de las castas privilegiadas, era un mitin. En los locales rebosantes de gente, el auditorio iba renovándose en el transcurso de varias horas. Verdaderas oleadas de obreros, soldados y marinos afluían a las salas y las llenaban. Hasta las gentes humildes de la ciudad, despertadas por los aullidos y las advertencias que debían

asustarlas, se agitaron. Millares de personas invadían el gigantesco edificio de la Casa del Pueblo, y formando una masa excitada y al mismo tiempo disciplinada, llenaban las salas teatrales, los corredores, el *buffet* y el *foyer*. De las columnas de hierro y de las ventanas pendían guirnaldas y racimos de cabezas, piernas y brazos humanos. En el aire se respiraba la tensión eléctrica que anunciaba la próxima descarga. ¡Abajo Kerenski! ¡Abajo la guerra! ¡El poder a los soviets! Ningún conciliador se hubiera atrevido ya a hacer objeciones o advertencias ante aquellas masas caldeadas hasta el rojo vivo. Los bolcheviques tenían la palabra. Fueron movilizados todos los oradores del partido, incluso los delegados al Congreso que habían llegado de provincias. De vez en cuando hablaba algún socialrevolucionario de izquierda; en algunos sitios, muy raros, hacían uso de la palabra los anarquistas. Pero tanto los unos como los otros procuraban distinguirse lo menos posible de los bolcheviques.

Durante horas enteras aguantaron a pie firme los hombres y las mujeres de los suburbios, los moradores de los sótanos y de las azoteas, envueltos en sus abrigos míseros y en sus capotes grises, tocados con gorros de piel y pañuelos bastos, con el barro de las calles que se metía en las botas, con la tos otoñal atascada en la garganta, pegados los unos a los otros, apretujándose para dejar sitio al recién llegado, para que todo el mundo pudiera oír, y escuchaban sin cansarse, con avidez, apasionadamente, temiendo que se les escapara lo que más falta hacía que comprendiesen, que se asimilasen, que hiciesen. En estos últimos meses, en estas últimas semanas, en estos últimos días se había dicho ya todo aparentemente. Pero no había tal; las palabras resuenan hoy de otro modo. Las masas se las asimilan, no ya como una admonición, sino como la obligación de obrar. La experiencia de la guerra, de la revolución, de la lucha fatigosa, de toda la amargura del vivir, surge de las honduras del recuerdo de cada hombre oprimido por la miseria, y halla su expresión en esas consignas simples e imperiosas. Las cosas no pueden continuar así. Hay que dar paso al futuro, abriéndole una salida.

Todos los participantes de los acontecimientos volvieron posteriormente los ojos hacia ese día sencillo y asombroso, que se destacaba con fulgor en el fondo de la revolución, que aun sin eso no tenía ya nada de pálido. La imagen de esa lava humana, inspirada y contenida en medio de su fuerza irresistible, quedó grabada para siempre en la memoria de los testigos presenciales. "El Día del Soviet de Petrogrado -dice el socialrevolucionario de izquierda Mstislavski- se señaló por numerosos mítines, en los que reinó un entusiasmo inmenso." El bolchevique Pestkovski, que habló en dos fábricas de la Isla de Vasili, dice: "Hablábamos con claridad a las masas de la próxima toma del poder por

nosotros, y nuestras palabras eran acogidas con aprobación." "Alrededor mío -cuenta Sujánov, hablando del mitin en la Casa del Pueblo- reinaba un estado de ánimo semejante al éxtasis... Trotski formuló una breve resolución... ¿Quién vota a favor de esta resolución? Aquella multitud ingente alzó los brazos como un solo hombre. Vi los brazos en alto y los ojos ardientes de los hombres, de las mujeres, de los muchachos, de los obreros, de los soldados, de los campesinos y de figuras típicamente pequeño burguesas... Trotski seguía hablando. La innumerable muchedumbre seguía con los brazos levantados. Trotski cincelaba las palabras: Que esta votación sea vuestro juramento... La multitud innúmera seguía con los brazos en alto. Está de acuerdo, jura." El bolchevique Popov relata el juramento solemne prestado por las masas: "Lanzarse al ataque al primer llamamiento del Soviet." Mstislavski habla de una multitud electrizada que juraba fidelidad a los soviets. El mismo espectáculo, sólo que en menores proporciones, se observó por todas partes en la ciudad, en el centro y en los suburbios. Centenares de miles de personas levantaban los brazos a una misma hora y juraban proseguir la lucha hasta el fin.

Si las sesiones cotidianas del Soviet, de la sección de soldados, de la Conferencia de la guarnición, de los comités de fábrica, amplio sector de los directivos, daban al máximo de cohesión; si en las asambleas de las fábricas y de los regimientos se estrechaban cada vez más las filas, el día 22 de octubre fundió, bajo una temperatura elevada, en una caldera gigantesca, a las verdaderas masas populares. Estas se vieron representadas en sus jefes; los jefes vieron y oyeron a las masas. Entre ambas partes quedaron recíprocamente satisfechas. Los jefes se percataron de que no era posible aplazar por más tiempo las cosas. Las masas se dijeron: ¡esta vez se hará lo que se debe hacer!

El éxito de esta revista dominical de las fuerzas bolchevistas enfrió la confianza que en sí mismos habían tenido hasta ese momento Polkovnikov y sus superiores. De acuerdo con el gobierno y con el Comité central ejecutivo, el Estado Mayor hizo una tentativa para ponerse al habla con el Smolni. Al fin y al cabo, ¿por qué no habían de poder restablecerse las buenas y amistosas costumbres de contacto y acuerdo que reinaban antaño? El Comité militar revolucionario no se negó a delegar a sus representantes para entablar un cambio de impresiones: nada mejor podía desearse para tantear al enemigo. "Las negociaciones fueron breves -recuerda Sadovski-. Los representantes de la región militar aceptaron todas las condiciones impuestas por el Soviet... En compensación, debía anularse la proclama publicada por el Comité militar revolucionario el 22 de octubre." Se trataba del documento que calificaba al Estado Mayor de instrumento de las fuerzas contrarrevolucionarias. Aquellos mismos delegados del Comité, que tan desconsideradamente había mandado a sus

casas Polkovnikov dos días antes, exigieron, y obtuvieron, para comunicarlo al Smolni, un proyecto de acuerdo firmado por el Estado Mayor. El sábado, esas condiciones de capitulación semihonrosa hubieran sido aceptadas. El lunes llegaban ya con retraso. El Estado Mayor esperaba la respuesta, pero no la recibió.

El Comité militar revolucionario comunicó a la población de Petrogrado el nombramiento de comisarios cerca de los regimientos y en los puntos particularmente importantes de la capital y sus alrededores. "Los comisarios, por su condición de representantes del Soviet, son inviolables. Toda resistencia que se haga a las medidas de dichos comisarios, es una resistencia al Soviet de diputados obreros y soldados." Se invita a los ciudadanos a reclamar de los comisarios, en caso de desórdenes, el envío de fuerzas armadas. Este lenguaje es el lenguaje del poder. Pero el Comité no da todavía la señal para la insurrección. Sujánov pregunta: "¿Es que Smolni comete una estupidez, o juega con el palacio de Invierno, como el gato con el ratón, provocando el ataque?" Ni lo uno ni lo otro. Con la presión de las masas y el peso de la guarnición, el Comité elimina al gobierno. Toma sin combate lo que puede tomar. Avanza sus posiciones sin hacer un disparo, dando mayor cohesión a su ejército y reforzándolo por el camino. Mide con su presión la fuerza de resistencia del enemigo, sin apartar por un momento la vista del mismo. Cada paso adelante modifica la disposición de las fuerzas en beneficio del Smolni. La guarnición y los obreros se funden con la insurrección. En el proceso del ataque y de la eliminación se verá quién ha de ser el primero que llame a las armas. Ahora es ya solamente cuestión de horas. Si el gobierno se ve con valor en el último momento para dar la señal del combate, o la da impulsado por la desesperación, la responsabilidad caerá sobre el palacio de Invierno, pero la iniciativa, a pesar de todo, no dejará de pertenecer a Smolni. El acto del 23 de octubre significaba la deposición del poder con anterioridad a la del propio gobierno. El Comité militar revolucionario ató las extremidades del régimen enemigo antes de asestarle el golpe en la cabeza. Esta táctica de "penetración pacífica", de romper legalmente los huesos al enemigo y paralizar hipotéticamente los restos de voluntad que le quedasen, únicamente se podía aplicar contando con el indiscutible predominio de fuerzas con que contaba el Comité, predominio que aún seguía aumentando de hora en hora.

El Comité seguía cotidianamente el cuadro de la guarnición desplegado ante él. Conocía la temperatura de cada regimiento, observaba los cambios que se estaban efectuando en las concepciones y las simpatías de los cuarteles. Por esta parte, mal podía haber sorpresas. Sin embargo, quedaban en el cuadro algunos puntos oscuros. Había que hacer una tentativa para borrarlos, o por lo menos amenguarlos. El 19 se puso ya de

manifiesto que el espíritu de la mayoría de los Comités de la fortaleza de Pedro y Pablo era desfavorable o, a lo sumo, ambiguo. Ahora, cuando toda la guarnición estaba de parte del Comité, y la fortaleza se hallaba cercada, por lo menos políticamente, era hora de apoderarse de ella decididamente. El teniente Blagonravov, nombrado comisario, tropezó con la resistencia del comandante gubernamental de la fortaleza, que se negó a aceptar la tutela bolchevista e incluso se jactaba, según se decía, de que detendría al joven tutor. Era preciso obrar, y de un modo inmediato. Antónov propuso que se mandara a la fortaleza un batallón de confianza del regimiento de Pavl, y se desarmara a las tropas hostiles. Pero ésta era una operación excesivamente dura, de que podía aprovecharse la oficialidad para provocar un derramamiento de sangre y quebrantar la unanimidad de la guarnición. ¿Era realmente necesario recurrir a una medida tan extrema? "Para examinar esta cuestión se llamó a Trotski -cuenta Antónov en sus Memorias-. Trotski desempeñaba entonces un papel decisivo; con su instinto revolucionario se dio cuenta de que lo mejor era tomar la fortaleza desde el interior." No es posible que las tropas que están allí no simpaticen con nosotros, dijo; y así resultó, en efecto. Trotski y Laschevich se fueron a dar un mitin en la fortaleza. En el Smolni se esperaba con gran emoción el resultado de la empresa, que se juzgaba arriesgada. Trotski ha recordado posteriormente "El 23, cerca de las dos de la tarde, me fui a la fortaleza. Estaban celebrando un mitin en el patio. Los oradores de la derecha se mostraban extraordinariamente cautelosos y evasivos... La gente nos escuchó, nos siguió." En el tercer piso del Smolni se respiró con desahogo cuando el teléfono comunicó la gozosa noticia: la guarnición de Pedro y Pablo se comprometía solemnemente a no someterse en lo sucesivo a nadie más que al Comité militar revolucionario.

El cambio producido en la conciencia de las tropas de la fortaleza no era, naturalmente, resultado de uno o dos discursos, sino que había sido preparado sólidamente por el pasado. Los soldados se mostraron mucho más orientados hacia la izquierda que sus comités. Lo único que tras las murallas de la fortaleza había sustituido algún tiempo más que en los cuarteles de la ciudad era la cáscara resquebrajada de la vieja disciplina. Pero bastó un empujón para que cayera hecha pedazos.

Blagonravov podía instalarse ahora confiadamente en la fortaleza, organizar un pequeño Estado Mayor y establecer contacto con el Soviet bolchevista del barrio vecino y con los comités de los cuarteles próximos. Entre tanto, se presentan en la fortaleza comisiones de las fábricas y de los regimientos solicitando que se les entreguen armas. En la fortaleza reina una animación indescriptible. "El teléfono llama ininterrumpidamente, y trae la noticia de los nuevos éxitos obtenidos en las asambleas y mítines." A veces, una voz

desconocida da cuenta de la llegada a la estación de destacamentos punitivos procedentes del frente. La comprobación inmediata pone de manifiesto que se trata puramente de una invención propalada por el enemigo. La sesión nocturna celebrada ese día por el Soviet se distingue por su concurrencia excepcional y por el entusiasmo de los reunidos. La ocupación de la fortaleza de Pedro y Pablo y del arsenal de Kronverk, en el que se guardan 100.000 fusiles, es una importante prenda de éxito. En nombre del Comité militar revolucionario informa Antónov, el cual va dando cuenta de la eliminación de los órganos gubernamentales por los agentes del Comité militar revolucionario, recibidos en todas partes con los brazos abiertos, y a los que se somete la gente, no por miedo, sino a conciencia y jubilosamente. "De todas partes exigen que se nombren comisarios." Los regimientos atrasados se apresuran a ponerse al nivel de los más avanzados. El regimiento de Preobrajenski, que en julio había sido el primero en dejarse influir por la calumnia relativa al oro alemán, protesta ahora enérgicamente, por mediación de su comisario Chudnovski, contra los rumores según los cuales el regimiento estaba al lado del gobierno. Esta idea es considerada como la peor de las ofensas. Verdad es que siguen prestándose por el regimiento en cuestión los acostumbrados servicios de centinela -cuenta Antónov-, pero es de acuerdo con el Comité. La orden del Estado Mayor de entregar armas y automóviles no ha sido ejecutada, con lo cual ha podido aquél percatarse sin lugar a dudas de quién es el dueño de la capital.

A la pregunta: ¿está enterado el Comité del movimiento de las tropas gubernamentales desde el frente y de los alrededores, y qué medidas se toman contra ello?, el ponente contesta: del frente rumano se han expedido fuerzas de caballería, pero han sido retenidas en Pskov; la diecisiete división de infantería, al enterarse por el camino del punto a que se la destinaba y con qué fin, se ha negado a seguir adelante; en Venden, dos regimientos se han resistido a marchar contra Petrogrado; únicamente se ignora el destino de los cosacos y junkers enviados, según se dice, de Kiev, y de las fuerzas de choque llamadas de Tsarskoie-Selo. "No se atreven ni se atreverán a tocar al Comité militar revolucionario." Estas palabras no resuenan mal en la sala blanca del Smolni.

La lectura del informe de Antónov produce la impresión de que el Estado Mayor de la revolución trabaja a puerta abierta. En efecto: el Smolni ya no tenía casi nada que ocultar. Tan favorable era la situación, políticamente, a la revolución, que la misma franqueza se convertía en una forma de disimulo: ¿Acaso se hacen así las insurrecciones? Sin embargo, ninguno de los directivos pronuncia la palabra "insurrección", no sólo por prudencia formal, sino porque el término no corresponde a la situación real: dijérase que la

insurrección se reserva al gobierno de Kerenski. Verdad es que en la reseña de las *Izvestia* se dice que Trotski, en la reunión del 23, reconoció por primera vez abiertamente que el fin del Comité militar revolucionario era la toma del poder. Es indudable que se había ido mucho más allá del punto de partida, cuando se declaraba que la misión del Comité consistía en comprobar los argumentos estratégicos de Cheremisov; pero el 23 no se hablaba, a pesar de todo, de insurrección, sino de la "defensa" del próximo Congreso de los soviets, con las armas en la mano, si era preciso. Obedeciendo precisamente a ese espíritu se adoptó una resolución después del informe de Antónov.

¿Cómo se enjuiciaban en las alturas gubernamentales los acontecimientos que se estaban desarrollando? Kerenski, al comunicar por hilo directo, en la noche del 23, al jefe del Estado Mayor del Cuartel general Dujonin las tentativas del Comité militar revolucionario para sustraer al mando los regimientos, añade: "Creo que acabaremos con esto fácilmente." El viaje del generalísimo en jefe al Cuartel general se aplazaba, pero no porque se temiera insurrección alguna, sino mucho menos: "Aun sin mí, se liquidaría esto, pues todo está organizado." Kerenski declara a los alarmados ministros, para tranquilizarlos, que personalmente le regocija mucho el golpe que se prepara, ya que le deparará ocasión de acabar de una vez con los bolcheviques. "De buena gana mandaría decir un tedéum -contesta el jefe del gobierno al kadete Nabokov, huésped frecuente del palacio de Invierno- para que se diera el golpe." "Pero ¿está usted convencido de que puede dominarlos?" "Tengo más fuerzas de las necesarias. Serán aplastados definitivamente."

Los kadetes, al burlarse posteriormente de la ligereza optimista de Kerenski, olvidaban, a todas luces, que no hacía más que mirar los acontecimientos con los ojos de ellos. El 21, decía el diario de Miliukov que si los bolcheviques, corroídos por una profunda crisis interior, se atrevían a lanzarse a la calle, serían aplastados sin dificultad. Otro periódico kadete añadía: "Se acerca la tormenta, pero acaso purifique la atmósfera." Dan atestigua que los kadetes y los grupos a ellos afines expresaban en alta voz, en los pasillos del Preparlamento, su deseo de que los bolcheviques se lanzaran a la calle, cuanto antes mejor: "En lucha abierta serán inmediatamente aplastados."

Algunos kadetes de nota habían dicho a John Reed: los bolcheviques aplastados en la insurrección no podrán levantar su cabeza en la Asamblea constituyente.

En el transcurso del 22 y del 23, Kerenski conferenció, ya con los jefes del Comité central ejecutivo, ya con su Estado Mayor: ¿No será conveniente detener al Comité militar revolucionario? Los conciliadores no se lo aconsejaron: ya intentarían ellos solventar la

cuestión de los comisarios. Polkovnikov consideraba asimismo que no había por qué apresurarse en lo que se refería a la detención: en caso de necesidad, las fuerzas "eran más que suficientes". Kerenski prestaba atención a Polkovnikov, pero más todavía a sus amigos conciliadores. Estaba firmemente convencido de que, en caso de peligro, el Comité central ejecutivo, a pesar de los roces que pudiera haber, acudiría oportunamente en su auxilio: así había sucedido en julio y en agosto. ¿Por qué no podía ocurrir lo mismo ahora?

Pero ya no se estaba en julio ni en agosto, sino en octubre. En las plazas y en los arrabales de Petrogrado soplaban, del lado de Cronstadt, los vientos fríos y húmedos del Báltico. Los *junkers,* con sus capotes que les llegaban hasta los talones, recorrían las calles entonando canciones jubilosas que ahogaban la zozobra. La milicia montada caracoleaba por la ciudad con sus revólveres en las fundas flamantes. ¡No, el poder presentaba todavía un aspecto imponente! Pero ¿no sería todo ello más que una ilusión óptica? En la esquina de la Nevsi, John Reed, un norteamericano de ojos ingenuos e inquietos, compró el folleto de Lenin *¿Podrán sostenerse en el poder los bolcheviques?,* pagándolo con uno de los sellos de correos que circulaban en vez de calderilla.

CAPITULO XLII
LENIN LLAMA A LA INSURRECCIÓN

Además de las fábricas, los cuarteles, los pueblos, el frente y los soviets, la revolución tenía otro laboratorio: la cabeza de Lenin. Obligado a vivir en la clandestinidad, se vio forzado durante ciento once días, del 6 de julio hasta el 25 de octubre, a restringir sus entrevistas, aun con miembros del Comité central. Sin comunicación directa con las masas, sin contacto con las organizaciones, concentra aún más resueltamente su pensamiento sobre los problemas cruciales de la revolución, elevándolos -lo cual era en él a la vez una necesidad y una norma- a la categoría de los problemas fundamentales del marxismo. El argumento principal de los demócratas, incluidos los que se situaban más a la izquierda, contra la toma del poder, consistía en que los trabajadores serían incapaces de hacer funcionar el aparato del Estado. También eran ésos, en el fondo, los temores que abrigaban los elementos oportunistas en el interior mismo del bolchevismo. "¡El aparato del Estado!" Todo pequeño burgués ha sido educado en la sumisión ante ese principio místico que se levanta por encima de los hombres y las clases. El filisteo cultivado guarda en su piel el temblor que estremeció a su padre o a su abuelo, tendero o campesino acaudalado, ante las omnipotentes instituciones en donde se deciden los problemas de la guerra y la paz, se expiden las patentes comerciales, se lanzan las plagas de las contribuciones, se castiga pero pocas veces se gracia, se legitiman los matrimonios y nacimientos, y en donde la misma muerte debe hacer cola respetuosamente antes de ser reconocida. ¡El aparato de Estado! Quitándose el sombrero, descalzándose incluso, el pequeño burgués penetra con las puntas de sus pies en el santuario del ídolo -llámese Kerenski, Laval, MacDonald o Hilferding- cuando su suerte personal o la fuerza de las circunstancias hacen de él un ministro. No puede justificar esta prerrogativa más que sometiéndose humildemente al "aparato del Estado". Los intelectuales rusos radicales que ni en épocas de revolución osaban adherir al poder si no eran respaldados por los propietarios nobles y de los dueños del capital, miraban con espanto e indignación a los bolcheviques: ¡esos agitadores callejeros, esos demagogos que piensan apoderarse del aparato estatal!

Después que los soviets, pese a la cobardía y a la impotencia de la democracia oficial, hubiesen salvado a la revolución frente a Kornílov, Lenin escribió: "Que aprendan los hombres de poca fe con este ejemplo. Que se avergüencen los que dicen: "No tenemos ningún aparato para reemplazar al antiguo, que inevitablemente tiende a la defensa de la burguesía." Pues ese aparato existe. Son los soviets. No temáis la iniciativa ni la

espontaneidad de las masas, confiad en las organizaciones revolucionarias de las masas, y veréis manifestarse en todos los dominios de la vida del Estado, esa misma fuerza, esa misma grandeza, la invencibilidad de los obreros y campesinos que han manifestado con su unión y su entusiasmo contra el movimiento de Kornílov."

En los primeros meses de su vida subterránea, Lenin escribe su libro *El Estado y la revolución,* cuya documentación había recopilado ya en la emigración durante la guerra. Con la misma atención que dedicaba para reflexionar sobre las tareas prácticas diarias, ahora elabora los problemas teóricos del Estado. No podía ser de otro modo: para él la teoría es efectivamente un guía para la acción. Lenin no se propone en ningún momento introducir palabras nuevas en la teoría. Al contrario, da a su obra un carácter extremadamente modesto, subrayando su calidad de discípulo. Su tarea en la reconstitución de la verdadera ¡doctrina del marxismo sobre el Estado!

Por la minuciosa selección de citas y por su detallada interpretación polémica, el libro puede parecer pedante... a los auténticos pedantes, incapaces de percibir, en el análisis de los textos, los potentes latidos del pensamiento y de la voluntad. Por el simple hecho de reconstruir la teoría de clase del Estado sobre una nueva base, superior históricamente, Lenin da a las ideas de Marx un nuevo carácter concreto y, por tanto, una nueva significación. Pero la importancia mayor de la obra sobre el Estado consiste en que es una introducción científica a la insurrección más grande que haya conocido la historia. El "comentarista" de Marx preparaba a su partido para la conquista revolucionaria de la sexta parte del mundo.

Si el Estado pudiera simplemente ser adaptado a las necesidades de un nuevo régimen, no habría revoluciones. Pero la burguesía misma ha logrado siempre el poder por medio de insurrecciones. Ahora llega el turno a los obreros. También en esta cuestión, Lenin restituía al marxismo su significado de instrumento teórico de la revolución proletaria.

¿No podrán servirse los obreros del aparato del Estado? Pero no se trata en absoluto -enseña Lenin- de apoderarse de la vieja máquina para las nuevas tareas: eso es una utopía reaccionaria. La selección de los hombres en el viejo aparato, su educación, sus relaciones recíprocas, todo esto contradice las tareas históricas del proletariado. Al conquistar el poder, no se trata de reeducar el viejo aparato, sino de demolerlo completamente. ¿Con qué reemplazarlo? Con los soviets. Dirigiendo a las masas revolucionarias, de órganos de la insurrección se convertirán en los órganos de un nuevo régimen estatal.

El libro tuvo pocos lectores en el torbellino de la revolución; además, sólo será editado después de la insurrección. Lenin estudia el problema del Estado, en primer término, para elaborar su propia convicción íntima y, seguidamente, para el futuro. La conservación de la herencia ideológica era una de sus preocupaciones principales. En julio escribe a Kámenev: "*Entre nosotros,* si me cepillan, le ruego publique mi cuaderno *El marxismo y el Estado* (que ha quedado en vía muerta en Estocolmo). Es una carpeta azul atada. He recogido todas las citas de Marx y Engels, así como las de Kautsky contra Pannekoek. Hay bastantes notas y observaciones a que dar forma. Creo que con ocho días de trabajo se podría publicar. Pienso que es importante, pues Plejánov y Kautsky no han sido los únicos en embrollar la cuestión. Una condición: todo esto absolutamente *entre nosotros.*" El jefe de la revolución, acusado de ser agente de un Estado enemigo, obligado a prever la posibilidad de un atentado por parte de sus adversarios, se ocupa de la publicación de un cuaderno "azul", con citas de Marx y Engels: ése es su testamento secreto. La expresión familiar "si me cepillan" le sirve para eludir el patetismo por el cual sentía horror: en el fondo, el encargo tenía un carácter patético.

Pero, mientras aguardaba recibir un golpe por la espalda. Lenin se preparaba a dar uno a pecho descubierto. Mientras que, leyendo los periódicos, enviando instrucciones, ponía en orden el precioso cuaderno recibido de Estocolmo, la vida continuaba su curso. Se acercaba la hora en que el problema del Estado debía ser resuelto prácticamente.

Poco después del derrocamiento de la monarquía, Lenin escribía desde Suiza "...No somos blanquistas ni partidarios de la toma del poder por una minoría..." Desarrolló la misma idea al llegar a Rusia: "Actualmente estamos en minoría; las masas, por el momento, no tienen confianza en nosotros. Sabemos esperar... Pasarán a nuestro lado y, cuando la relación de fuerzas nos lo señale, diremos entonces: nuestro momento ha llegado." El problema de la conquista del poder exigía en estos primeros meses la conquista de la mayoría en los soviets.

Después del aplastamiento de julio, Lenin proclamó: el poder sólo puede ser conquistado por medio de una insurrección armada; y por ello, es muy posible que haya que apoyarse no en los soviets, desmoralizados por los conciliadores, sino en los comités de fábrica; los soviets, en tanto que órganos de poder, habrán de ser reconstruidos después de la victoria. En realidad, dos meses más tarde, los bolcheviques arrancarán los soviets a los conciliadores. La naturaleza del error de Lenin en esta cuestión es muy característica de su genio estratégico: en sus planes más audaces, tiene en cuenta las premisas menos favorables. Así como, al dirigirse en abril a Rusia pasando por Alemania, contaba con la

posibilidad de ir directamente de la estación a la cárcel, también el 5 de julio decía: "Quizás nos fusilen a todos." Y ahora pensaba: los conciliadores no nos dejarán conquistar la mayoría en los soviets.

"No hay nadie más pusilámine que yo cuando elaboro un plan de guerra, escribía Napoleón al general Berthier; yo mismo exagero todos los peligros y catástrofes posibles... Pero cuando tomo una decisión, olvido todo excepto lo que puede conducir a la victoria." Si prescindimos de cierta pose que se trasluce en la palabra poco adecuada de "pusilánime", el fondo del pensamiento puede aplicarse enteramente a Lenin. Resolviendo un problema de estrategia, dotaba por anticipado al enemigo de su propia resolución y perspicacia. Los errores tácticos de Lenin solían ser con frecuencia los productos secundarios de su fuerza estratégica. En el caso presente, no puede hablarse de un error: cuando un diagnóstico localiza una enfermedad por medio de eliminaciones sucesivas, sus conjeturas hipotéticas, aun las peores, no aparecen como errores, sino como un método de análisis.

Cuando los bolcheviques fueron mayoría en los soviets de las dos-capitales, Lenin dijo: "Nuestro momento ha llegado." En abril y en junio se esforzaba por moderar; en agosto preparaba teóricamente la nueva etapa; a partir de mediados de septiembre, empuja, urge con todas sus fuerzas. Ahora el peligro no consiste en ir demasiado a prisa, sino en quedarse atrás. "Ya nada es prematuro en este sentido."

En los artículos y cartas enviados al Comité central, Lenin analiza la situación poniendo siempre en primer plano las condiciones internacionales. Los síntomas y los indicios del despertar del proletariado europeo son para él, en el trasfondo de los acontecimientos bélicos, una prueba indiscutible de que la amenaza directa a la revolución rusa por parte del imperialismo extranjero se reducirá cada vez más. Las detenciones de socialistas en Italia y particularmente el motín en la flota alemana le obligan a proclamar un formidable cambio histórico en el mundo entero: "Estamos en el umbral de una revolución proletaria mundial."

La historiografía de los epígonos prefiere silenciar el punto de partida adoptado por Lenin: porque el cálculo de Lenin parece desmentido por los acontecimientos y también porque, según las teorías que después llegaron, la revolución rusa debe triunfar por sí misma en todas las circunstancias. Pero el juicio de Lenin sobre la situación internacional no tenía nada de ilusorio. Los síntomas que a él llegaban por el filtro de la censura militar de todos los países manifestaban efectivamente la llegada de la tempestad revolucionaria. En los imperios de Europa central, un año después, el viejo edificio se vio sacudido hasta en sus cimientos. Pero, incluso en los países vencedores, en Inglaterra y en Francia, sin

hablar de Italia, las clases dirigentes se vieron privadas durante mucho tiempo de su libertad de acción. Contra una Europa capitalista, sólida, conservadora, segura de sí misma, la revolución proletaria en Rusia, aislada y sin tiempo para consolidarse, no habría podido sostenerse ni siquiera unos pocos meses. Pero aquella Europa no existía ya. La revolución en Occidente, es cierto, no dio el poder a los trabajadores -los reformistas salvaron al régimen burgués- pero fue sin embargo lo suficientemente fuerte como para proteger a la república soviética en el primer periodo, el más peligroso, de su existencia.

El profundo internacionalismo de Lenin no sólo se expresaba en que ponía invariablemente en primer plano el análisis de la situación internacional: la conquista misma del poder en Rusia era considerada por él, ante todo, como un impulso a la revolución europea que, como dijo repetidas veces, ha de tener una importancia incomparablemente mayor para el destino de la humanidad, que la revolución en la atrasada Rusia. ¡Con qué sarcasmos abruma a aquellos bolcheviques que no comprenden su deber de internacionalista! "Votemos una resolución de apoyo a los insurrectos alemanes -se burla- y rechacemos la insurrección en Rusia. ¡Eso sí que se llama un internacionalismo razonable!"

Durante las jornadas de la Conferencia democrática, Lenin escribe al Comité central: "Obtenida la mayoría en los soviets de las dos capitales... los bolcheviques pueden y deben tomar en sus manos el poder del Estado..." El que la mayoría de los delegados campesinos en la Conferencia democrática amañada votaran contra la coalición con los kadetes tenía a sus ojos una importancia decisiva: el mujik que rechaza la alianza con la burguesía tendrá que apoyar inevitablemente a los bolcheviques. "El pueblo está cansado de la tergiversaciones de los mencheviques y socialistas revolucionarios. Sólo nuestra victoria en las capitales arrastrará a los campesinos detrás de nosotros." ¿Cuál es la tarea del partido? "Poner al orden del día la insurrección armada en Petrogrado y en Moscú, la conquista del poder, el derrocamiento del gobierno..." Nadie hasta entonces había planteado tan imperiosa y abiertamente el problema de la insurrección.

Lenin compulsa atentamente todas las elecciones que se celebran en el país, reuniendo cuidadosamente las cifras que puedan arrojar alguna luz sobre la verdadera relación de fuerzas. Miraba con desprecio la indiferencia semianárquica con respecto a la estadística electoral. Pero nunca identificaba los índices del parlamentarismo con la verdadera relación de fuerzas: trataba siempre de corregirlos en función de la acción directa. "...La fuerza del proletariado revolucionario, desde el punto de vista de su acción sobre las masas y de su capacidad para arrastrarlas a la lucha -recuerda- es infinitamente

mayor en una lucha extraparlamentaria que en una lucha parlamentaria. Es una observación muy importante en la cuestión de la guerra civil."

Lenin fue el primero en advertir con claridad que el movimiento agrario había entrado en una fase decisiva y en seguida extrajo de ello todas las deducciones. El mujik no quiere esperar más, igual que el soldado. "Ante un hecho como la sublevación de los campesinos -escribe Lenin a finales de septiembre- los restantes síntomas políticos, aun si contrajeran esa madurez de la crisis general de la nación, carecerían absolutamente de importancia." La cuestión agraria es la base misma de la revolución. La victoria del gobierno sobre el levantamiento campesino sería "el entierro de la revolución..." No se pueden esperar condiciones más favorables. Es la hora de la acción. "La crisis ha madurado. Todo el porvenir de la revolución rusa está en juego. Todo el porvenir de la revolución obrera internacional por el socialismo está en juego. La crisis ha madurado."

Lenin llama a la insurrección. En cada línea simple, prosaica y a veces angulosa, resuena el apasionamiento más impetuoso. "La revolución está perdida -escribe a primeros de octubre a la Conferencia del partido, en Petrogrado- si el gobierno de Kerenski no es derrocado por los proletarios y los soldados lo más pronto posible... Hay que movilizar todas las fuerzas para inculcar a los obreros y soldados la idea de la absoluta necesidad de una lucha desesperada, última, decisiva, para derrocar al gobierno de Kerenski."

Más de una vez Lenin había dicho que las masas están más a la izquierda que el partido. Sabía que el partido está más a la izquierda que su núcleo dirigente, la capa de los "viejos bolcheviques". Imaginaba demasiado bien las agrupaciones y las tendencias dentro del Comité central como para poder esperar un paso audaz de su parte; advertía, en cambio, su excesiva circunspección, su espíritu contemporizador, su negligencia ante una situación histórica que ha sido preparada durante varios decenios. Lenin no confía en el Comité central... sin Lenin: ése es el secreto de sus cartas escritas desde el fondo de su retiro clandestino. Y no se equivocaba en esta desconfianza.

Obligado casi siempre a pronunciarse después de una decisión ya adoptada en Petrogrado, Lenin hace invariablemente una crítica de izquierda a la política del Comité central. Su oposición se desarrolla en torno al problema de la insurrección, pero no se limita a esto. Lenin considera que el Comité central concede demasiada atención al Comité ejecutivo conciliador, a la Conferencia democrática; en general, al tejemaneje parlamentario en las altas esferas soviéticas. Se pronuncia vehementemente contra los bolcheviques que proponen al Soviet de Petrogrado un secretariado de coalición. Estigmatiza como "deshonrosa" la decisión de participar en el preparlamento. Se siente indignado cuando se

publica a finales de septiembre la lista de los candidatos bolcheviques a la Asamblea constituyente: demasiados intelectuales y muy pocos obreros. "Llenar la Asamblea constituyente de oradores y literatos es marchar por la senda trillada del oportunismo y del chauvinismo. Eso es indigno de la III Internacional." Además, entre los candidatos hay muchos miembros recientes del partido no probados en la lucha. Lenin considera necesario formular una reserva: "No cabe duda de que... nadie objetaría, por ejemplo, una candidatura como la de L. D. Trotski, pues, en primer lugar, Trotski, desde su llegada, ha defendido una posición internacionalista; en segundo lugar, ha luchado en la organización interdistritos por la fusión; en tercer lugar, durante las difíciles jornadas de julio se ha mostrado a la altura de las tareas y ha sido solidario con los integrantes del partido del proletariado revolucionario. Es evidente que no se puede decir lo mismo de una multitud de miembros del partido inscritos ayer..."

Puede parecer como si las jornadas de Abril hubiesen vuelto: Lenin se halla de nuevo en oposición al Comité central. Las cuestiones se plantean de otro modo, pero el espíritu general de su oposición es el mismo: el Comité central es demasiado pasivo, cede demasiado a la oposición pública de las esferas intelectuales, concilia demasiado con los conciliadores; y, sobre todo, revela excesiva indiferencia, propia de fatalistas, no de bolcheviques, hacia el problema de la insurrección armada.

Es tiempo de pasar de las palabras a los actos: "Ahora nuestro partido tiene en la Conferencia democrática su propio congreso, y ese congreso ha de resolver (aunque no lo quiera) la suerte de la revolución." No puede haber más que una sola solución: la insurrección armada. En esta primera carta sobre la insurrección, Lenin formula aún una reserva: "No se trata del "día" ni del "momento" de la insurrección, en el sentido estricto de la palabra. Eso lo decidirá el voto general de quienes están en contacto con los obreros y soldados, con las masas." Pero dos o tres días después (en aquel entonces no se solía fechar las cartas, no por olvido sino por razones conspirativas), Lenin, bajo la evidente impresión del fracaso de la Conferencia democrática, insiste en que debe pasarse inmediatamente a la acción y expone en seguida un plan en este sentido.

"Debemos agrupar inmediatamente la fracción bolchevique de la Conferencia, sin preocuparnos del número... Debemos redactar una breve declaración de los bolcheviques... Debemos lanzar a toda nuestra fracción hacia las fábricas y los cuarteles... Al mismo tiempo, sin perder un minuto, organicemos el Estado Mayor de los destacamentos de la insurrección, disminuyamos las fuerzas, mandemos los regimientos fieles contra los puntos más importantes, cerquemos la *Alexandrinka* (el teatro donde se reunía la Conferencia

democrática), ocupemos la fortaleza de Pedro y Pablo, arrestemos al Estado Mayor general y al gobierno, enviemos contra los junkers y la división salvaje destacamentos dispuestos a morir antes de que el enemigo se abra paso hacia el centro de la ciudad. Hay que movilizar a los obreros armados, llamarlos a una última batalla encarnizada, ocupar inmediatamente los telégrafos y teléfonos, instalar nuestro Estado Mayor de la insurrección en la Central telefónica, ligarlo telefónicamente con todas las fábricas, todos los regimientos y todos los puntos de la lucha armada, etc." Y no se hace depender el problema de la fecha del "voto general de quienes están en contacto con las masas". Lenin propone actuar inmediatamente: salir con un ultimátum del teatro Alexandra para volver allí a la cabeza de las masas armadas. Había que dirigir el golpe mortal no solamente contra el gobierno sino también, simultáneamente, contra el órgano supremo de los conciliadores.

"...Lenin, que en sus cartas privadas exigía el arresto de la Conferencia democrática - así lo denuncia Sujánov-, proponía en la prensa, como bien sabemos, un "compromiso": que los mencheviques y socialistas revolucionarios tomasen todo el poder, y luego se esperaría la decisión del Congreso de los soviets... La misma idea era preconizada obstinadamente por Trotski en la Conferencia democrática y alrededor de ella." Sujánov ve un doble juego, cuando ni sombra de él había. Lenin proponía a los conciliadores un compromiso inmediatamente después de la victoria sobre Kornílov, en los primeros días de septiembre. Los conciliadores se encogieron de hombros. Ellos mismos transformaron la Conferencia democrática en cobertura de una nueva coalición con los kadetes contra los bolcheviques, con lo cual suprimían definitivamente toda posibilidad de acuerdo. En adelante, la cuestión del poder sólo podía resolverse mediante una lucha abierta. Sujánov confunde dos fases, de las cuales la primera se adelanta quince días a la segunda, y la condiciona desde el punto de vista político.

Pero, aunque la insurrección era la consecuencia inevitable de la nueva coalición, el rápido viraje de Lenin cogió de improviso incluso a las altas esferas de su propio partido. Agrupar, como pedía en su carta, a la fracción bolchevique de la conferencia, aun "sin tener en cuenta el número", era evidentemente imposible. El ambiente en la fracción era tal que, por sesenta votos contra cincuenta, rechazó el boicot al preparlamento, es decir, el primer paso hacia la insurrección. Tampoco en el Comité central encontró apoyo alguno el plan de Lenin. Cuatro años más tarde, en una velada dedicada a estos recuerdos, Bujarin, con la exageración y las bromas que lo caracterizan, relató el episodio con bastante exactitud en cuanto al fondo: "La carta [de Lenin] estaba escrita con enorme violencia y nos amenazaba con todo tipo de castigos (?). Quedamos suspensos. Nadie había planteado la cuestión

hasta entonces tan violentamente... Al principio todos dudaban. Después de consultarse, se decidió. Fue quizás el único caso en la historia de nuestro partido en el que el Comité central decidió por unanimidad quemar la carta de Lenin... Sin duda pensábamos que en Petrogrado y en Moscú podríamos tomar el poder, pero que en las provincias no podríamos sostenernos todavía; que al tomar el poder y expulsar a los miembros de la Conferencia democrática, nos sería ya imposible consolidarnos en el resto de Rusia." Provocada por determinadas razones de carácter conspirativo, la incineración de varias copias de la carta peligrosa no se decidió en realidad por unanimidad, sino por seis votos contra cuatro y seis abstenciones. Por suerte, un ejemplar fue conservado para la historia. Pero lo que es cierto en el relato de Bujarin, es que todos los miembros del Comité central, aunque por motivos diversos, rechazaron la propuesta: unos se oponían a la insurrección en general, otros pensaban que el momento en que se celebraba la conferencia era el menos favorable de todos; otros, simplemente, vacilaban y seguían a la expectativa.

Al encontrar una resistencia directa, Lenin inició una especie de conspiración con Smilga, que se hallaba también en Finlandia y que, como presidente del Comité regional de los soviets, tenía en aquel momento una autoridad real considerable. En 1917, Smilga estaba a la extrema izquierda del partido y, ya desde julio, trataba de empujar la lucha a su momento decisivo: en los diferentes cambios políticos, Lenin encontraba siempre en quien apoyarse. El 27 de septiembre, Lenin escribe a Smilga una extensa carta: "...¿Qué hacemos nosotros? ¿Nos contentamos con votar mociones? Perdemos el tiempo, fijamos "fechas" (el 20 de octubre, el Congreso de los soviets. ¿No es ridículo aplazar así? ¿No es ridículo confiar en esto?) Los bolcheviques no realizan un trabajo sistemático preparando sus fuerzas militares para derribar a Kerenski... Hay que trabajar dentro del partido para que se afronte seriamente la insurrección armada... Luego, en cuanto al papel que a usted le corresponde... crear un comité clandestino, formado por los militares más seguros, para analizar con ellos la situación en todos sus aspectos, recoger (y verificar usted mismo) los informes más precisos sobre la composición y emplazamiento de las tropas finlandesas en Petrogrado y sus alrededores, sobre los transportes de tropas finlandesas hacia Petrogrado, sobre el movimiento de la flota, etc." Lenin exige "una propaganda sistemática entre los cosacos que se encuentran aquí, en Finlandia... Hay que estudiar todos los informes sobre los acontecimientos de cosacos y organizar el envío de destacamentos de agitadores seleccionados entre las mejores fuerzas de marineros y soldados de Finlandia." Por último: "Para preparar convenientemente los espíritus, es necesario hacer circular inmediatamente esta consigna: el poder debe pasar inmediatamente a manos del Soviet de Petrogrado, que

lo transmitirá al Congreso de los soviets. ¿Para qué vamos a tolerar tres semanas más de guerra y de preparativos kornilovianos de Kerenski?"

Tenemos aquí un nuevo plan de insurrección: "un comité clandestino de los principales militares", como Estado Mayor de combate, en Helsingfors; las tropas rusas acantonadas en Finlandia como fuerzas de combate: "el único recurso con el que podemos contar, creo, y que tiene una verdadera importancia militar, son las tropas de Finlandia del Báltico". Lenin proyecta, pues, asentar desde fuera de Petrogrado el golpe más duro contra el gobierno. Al mismo tiempo, es indispensable una "preparación conveniente de los espíritus" para que el derrocamiento del gobierno por las fuerzas armadas de Finlandia no coja de improvisto al Soviet de Petrogrado: éste tendrá que ser el heredero del poder hasta el Congreso de los soviets.

Pero ni este plan ni el anterior fueron aplicados. Pero no fueron inútiles. La agitación entre las divisiones cosacas dio rápidamente sus frutos: se lo oímos decir a Dibenko. También el llamamiento hecho a los marinos del Báltico para participar en el golpe principal contra el gobierno se incluyó al plan que fue adoptado más tarde. Pero lo esencial no reside en eso: cuando una cuestión llegaba a su máxima gravedad, Lenin no dejaba que nadie pudiera eludirla o soslayarla. Lo que era inoportuno como propuesta directa de táctica se convertía en racional en cuanto que permitía compulsar las actitudes en el Comité central, apoyar a los resueltos contra los vacilantes y contribuir a un desplazamiento hacia la izquierda.

Por todos los medios de que podía disponer en el aislamiento de su retiro clandestino, Lenin se esforzaba por obligar a los cuadros del partido a sentir la gravedad de la situación y la fuerza de la presión de las masas. Hacía venir a su refugio a ciertos bolcheviques, los sometía a interrogatorios apasionados, controlaba las palabras y los actos de los dirigentes, enviaba por medios indirectos sus consignas al partido, abajo, en profundidad, a fin de forzar al Comité central a actuar y a ir hasta las últimas consecuencias.

Al día siguiente de escribir su carta a Smilga, Lenin redactó el documento citado antes, *La crisis está madura,* en el que terminaba con una especie de aclaración de guerra al Comité central. "Es preciso... reconocer la verdad: entre nosotros, en el Comité central y en los medios dirigentes del partido, existe una tendencia u opinión que propone esperar al Congreso de los soviets, oponiéndose a la toma inmediata del poder, a la insurrección inmediata." Hay que vencer esa tendencia cueste lo que cueste. "Conseguir primero la victoria sobre Kerenski y luego convocar el congreso." Perder el tiempo esperando el Congreso de los soviets es "una completa idiotez o una traición total..." Hasta el congreso,

fijado para el 20, quedan más de veinte días: "Unas semanas e incluso unos días deciden de todo en estos momentos". Aplazar el desenlace es renunciar cobardemente a la insurrección, pues, durante el congreso, la toma del poder se hará imposible: "Nos mandarán los cosacos el día "fijado" de la manera más tonta para la insurrección."

Sólo el tono de la carta prueba ya hasta qué punto le parecía fatal a Lenin la política contemporizadora de los dirigentes de Petrogrado. Pero esta vez no se limita una crítica encarnizada y, como protesta, dimite del Comité central. Motivos: el Comité central no ha respondido, desde el comienzo de la conferencia, a sus intimaciones sobre la toma del poder; la redacción del órgano del partido (Stalin) publica intencionadamente sus artículos con retraso, suprimiendo consideraciones sobre "errores tan irritantes de los bolcheviques como el muy vergonzoso de participar en el preparlamento", etc. Lenin no considera posible encubrir esa política ante el partido. "Me veo obligado a pedir mi salida del Comité central, y así lo hago, y a reservarme la libertad de agitación en la base del partido y en el congreso del partido."

Según los documentos, no se ve cómo fue arreglado más tarde ese asunto formalmente. En todo caso, Lenin no salió del Comité central. Al presentar su dimisión que, en su caso, no podía ser una simple consecuencia de un momento de irritación, Lenin se reservaba evidentemente la posibilidad de quedar libre, si fuera necesario, de la disciplina interior del Comité central: no dudaba de que, como en abril, un llamamiento directo a la base le garantizaría la victoria. Pero una revuelta abierta contra el Comité central suponía la preparación de un congreso extraordinario y, por tanto, exigía tiempo, que era precisamente lo que faltaba. Sin hacer pública su carta de dimisión ni salirse enteramente de los límites de la legalidad del partido, Lenin sigue desarrollando la ofensiva dentro del partido-con mayor libertad. No solamente envía a los comités de Petrogrado y Moscú sus cartas al Comité central, sino que también hace llegar copias a los militantes más seguros de los barrios. A principios de octubre, pasando ahora por encima del Comité central, Lenin escribe directamente a los comités de Petrogrado y Moscú: "Los bolcheviques no tienen derecho a esperar el Congreso de los soviets, han de tomar el poder *en seguida*... Tardar es un crimen. Esperar el Congreso de los soviets, es un juego pueril de formalidades, es traicionar a la revolución." Desde el punto de vista de las relaciones jerárquicas, los actos de Lenin no eran del todo irreprochables. Pero se trataba de algo más importante que de consideraciones de disciplina formal.

Svejnikov, uno de los miembros del Comité del distrito de Viborg, dice en *sus Memorias:* "Ilich escribía y escribía infatigablemente desde su retiro y Nadeja

Konstantinovna (Krupskaya) nos leía a menudo estos manuscritos al comité... Las palabras inflamadas del jefe acrecentaban nuestra fuerza... Recuerdo como si fuera hoy a Nadeja Konstantinovna, en una de las salas de la dirección del distrito donde trabajaban las dactilógrafas, comparando con cuidado la reproducción con el original y, a su lado, "Diadia" y "Genia" pidiendo una copia." Diadia (el tío) y Genia (Eugenio) eran, en la conspiración, los nombres de guerra de los dirigentes. "No hace mucho -cuenta Naumov, un militante del distrito- recibimos de Ilich una carta dirigida al Comité central... Después de haberla leído, hemos quedado sorprendidos. Resulta que Lenin está planteando desde hace tiempo ante el Comité central el problema de la insurrección. Hemos protestado y hemos empezado a presionar sobre el centro." Era precisamente lo que hacía falta.

En los primeros días de octubre, Lenin pide a la Conferencia del partido en Petrogrado que se pronuncie claramente a favor de la insurrección. A iniciativa suya, la conferencia "ruega con insistencia al Comité central que adopte todas las medidas necesarias para dirigir la inevitable insurrección de los obreros, soldados y campesinos." En esta frase hay dos camuflajes, uno jurídico y otro diplomático: se habla de dirigir la "inevitable insurrección" y no de preparación directa de la insurrección, para no dar así demasiadas bazas a los fiscales; la Conferencia "ruega al Comité central", no exige ni protesta: es un tributo evidente al prestigio de la más alta institución del partido. Pero en otra resolución, también redactada por Lenin, se dice más claramente: "...En las esferas dirigentes del partido existen fluctuaciones, como si se temiese luchar por la toma del poder, tendiendo a sustituir esta lucha con resoluciones, protestas y congresos." Esto es casi levantar abiertamente al partido contra el Comité central. Lenin no se decidía a la ligera a dar semejante paso. Pero se trataba de la suerte de la revolución y todas las demás consideraciones pasaban a segundo plano.

El 8 de octubre, Lenin se dirigió a los delegados bolcheviques del Congreso regional del Norte: "No podemos esperar al Congreso panruso de los soviets, que el Comité ejecutivo central es capaz de aplazar hasta noviembre, no podemos dejarlo para más tarde y permitir a Kerenski que traiga más tropas kornilovianas." El Congreso regional, donde están representados Finlandia, la flota y Reval, ha de tomar la iniciativa de "un movimiento inmediato sobre Petrogrado". El llamamiento a una insurrección inmediata se dirige esta vez a los representantes de decenas de soviets. El llamamiento viene de Lenin en persona: no hay decisiones del partido, la más alta instancia del partido no se ha pronunciado todavía.

Había que tener una gran confianza en el proletariado, en el partido, pero una seria desconfianza en el Comité central para plantear, independientemente de éste, bajo una responsabilidad personal, desde el oscuro retiro, la agitación por la insurrección armada, empleando tan sólo unas simples hojas de papel de cartas llenas de una escritura fina. ¿Cómo es posible que Lenin, a quien hemos visto aislado en las altas esferas de su propio partido a principios de abril, se encuentre de nuevo aislado en septiembre y a principios de octubre? Eso no se puede comprender si se da crédito a la estúpida leyenda que representa la historia del bolchevismo como la emanación pura y simple de una idea revolucionaria. En realidad, el bolchevismo se desarrolló en un medio social determinado, sometido a diversas presiones, entre ellas la influencia del cerco de la pequeña burguesía y del atraso cultural. Sólo a través de una crisis interna, el partido se adapta a cada nueva situación.

Para comprender la ardua lucha en las altas esferas del bolchevismo que precedió a Octubre, es preciso todavía echar una mirada atrás en relación a los procesos dentro del partido, de los que se ha tratado ya en el primer tomo de esta obra. Hacer esto es más que nunca indispensable, dado que, precisamente en estos momentos, la fracción de Stalin hace esfuerzos inauditos, incluso a escala internacional, para borrar de la historia todo recuerdo de cómo se preparó y se llevó a cabo la insurrección de Octubre.

Durante los años que precedieron a la guerra, los bolcheviques se llamaban a sí mismos en la prensa "demócratas consecuentes". Este seudónimo no había sido elegido al azar. El bolchevismo, y sólo él, tenía la audacia de plantear hasta el fin las consignas de la democracia revolucionaría. Pero no iba más adelante en el pronóstico de la revolución. Ahora bien, la guerra, al ligar indisolublemente la democracia burguesa con el imperialismo, demostró definitivamente que el programa de la "democracia consecuente" sólo podía ser realizado a través de una revolución proletaria. Aquellos de entre los bolcheviques que no habían sacado de la guerra estas conclusiones, tenían que verse cogidos fatalmente de improviso por la revolución y convertirse así en compañeros de viaje, de izquierda, de la democracia burguesa.

Pero un estudio escrupuloso de los documentos que caracterizan la vida del partido durante la guerra y en el comienzo de la revolución, a pesar de sus enormes lagunas y no casuales, y, a partir de 1932, a pesar de su carácter tendencioso más acusado, muestra claramente el enorme desplazamiento ideológico producido en la capa superior de los bolcheviques durante la guerra, cuando la vida regular del partido había cesado prácticamente. La causa de este fenómeno es doble: ruptura con las masas, ruptura con la

emigración, es decir, sobre todo, con Lenin, y, como resultado: caer en el aislamiento y el provincialismo.

Ni uno solo de los viejos bolcheviques en Rusia, todos ellos abandonados a sí mismos, redactó documento alguno que pueda ser considerado al menos como un jalón en el camino de la II a la III Internacional. "Las cuestiones de la paz, de la naturaleza de la revolución ascendente, el papel del partido en el futuro gobierno provisional, etc. -escribía hace unos años Antónov-Saratovski, uno de los viejos miembros del partido- aparecían ante nosotros de manera bastante confusa o bien no entraban en absoluto dentro de nuestras reflexiones". Hasta ahora no se ha publicado en Rusia una sola obra, una sola página de cuaderno, una sola carta en la que Stalin, Molotov u otros dirigentes actuales hubiesen formulado, aunque fuera de paso, aun a escondidas, sus opiniones sobre las perspectivas de la guerra y de la revolución. Esto no significa, por supuesto, que "los viejos bolcheviques" nada hayan escrito sobre esas cuestiones durante los años de guerra, de hundimiento de la socialdemocracia y de preparación de la revolución rusa; los acontecimientos exigían muy imperiosamente una respuesta, y la prisión o la deportación daban tiempo suficiente para las reflexiones y la correspondencia. Pero, en todo lo que ha sido escrito sobre estos temas, no se ha encontrado nada que pueda interpretarse, ni siquiera abusivamente, como un avance hacia las ideas de la revolución de Octubre. Baste mencionar que el Instituto de Historia del partido no puede publicar una sola línea salida de la pluma de Stalin entre 1914 y 1917, y se ve obligado a disimular con cuidado los documentos más importantes referentes a marzo de 1917. En las biografías políticas oficiales de la mayoría de la capa actualmente dirigente, los años de guerra están marcados como una página en blanco. Esa es la simple verdad.

Uno de los últimos historiadores jóvenes, Baievski, encargado especialmente de demostrar que los medios dirigentes del partido se orientaban durante la guerra hacia la revolución proletaria, a pesar de que su conciencia científica se manifestó bastante elástica, no ha podido ofrecer material alguno salvo esta pobre declaración: "No se puede seguir el desarrollo de este proceso, pero algunos documentos y recuerdos prueban sin lugar a dudas que el pensamiento del partido instigaba subterráneamente en el sentido de las tesis de abril de Lenin." ¡Como si se tratara de búsquedas subterráneas y no de apreciaciones científicas y de pronósticos políticos!

La *Pravda* de Petrogrado intentó, a comienzos de la revolución, adoptar una posición internacionalista, sumamente contradictoria en realidad, pues no se salía del marco de la democracia burguesa. Los bolcheviques autorizados que volvían de la deportación dieron

en seguida al órgano central una dirección democrático-patriótica. Kalinin, para rechazar las acusaciones de oportunismo de que era objeto, recordó el 30 de mayo que había que "tomar ejemplo de la *Pravda.* Al principio, la *Pravda* llevaba una cierta política. Llegaron Stalin, Muránov y Kámenev y orientaron en otro sentido el timón de la *Pravda"*.

¡Hay que decirlo claramente! -escribía, hace unos años, Molotov-, el partido no tenía la visión clara y la decisión que exigía el momento revolucionario... La agitación, así como todo el trabajo revolucionario del partido en su conjunto, carecía de bases sólidas, pues el pensamiento no había llegado aún a audaces deducciones sobre la necesidad de una lucha directa sobre el socialismo y la revolución socialista". "El viraje sólo empezó durante el segundo mes de la revolución". Desde la llegada de Lenin a Rusia, en abril de 1917 -testimonia Molotov-, nuestro partido sintió pisar terreno sólido bajo sus pies... Hasta ese momento, el partido tanteaba aún débilmente y sin seguridad para encontrar su camino".

Las ideas de la revolución de Octubre no podían ser descubiertas *a priori* ni en Siberia ni en Moscú, ni siquiera en Petrogrado, sino solamente en la confluencia de las rutas históricas mundiales. Los problemas de la revolución burguesa retrasada debían ser vinculados a las perspectivas del movimiento proletario mundial con el fin de poder formular, en relación a Rusia, un programa de dictadura del proletariado. Era necesario un puesto de observación más elevado, un horizonte no nacional, sino internacional, sin hablar de un armamento más serio del que disponían los llamados "prácticos rusos del partido".

El derrocamiento de la monarquía abría, a sus ojos, la era de una Rusia republicana "libre", en la cual se disponían, según el ejemplo de los países occidentales, a iniciar la lucha por el socialismo. Tres viejos bolcheviques, Ríkov, Skvortsov y Begman, "por mandato de los socialdemócratas de la región de Narim, liberados por la revolución", telegrafiaban en marzo desde Tomsk: "Saludamos a la reaparecida *Pravda,* que con tanto éxito ha preparado a los cuadros revolucionarios para la conquista de la libertad política. Expresamos la profunda convicción de que conseguirá agruparlos en torno a su bandera para continuar la lucha en nombre de la revolución nacional". De ese telegrama colectivo se desprende toda una posición de conjunto: la separa un abismo de las tesis de abril de Lenin. La insurrección de febrero había transformado, de un solo golpe, al grupo dirigente del partido, con Kámenev, Ríkov y Stalin a la cabeza, en demócratas de defensa nacional, y que evolucionaban hacia la derecha acercándose a los mencheviques. Yaroslavski, futuro historiador del partido; Ordjonikidze, el futuro jefe de la Comisión central de control; Petrovski, el futuro presidente del Comité ejecutivo central de Ucrania, publicaron en marzo, en estrecha alianza con los mencheviques, en Yakutsk, la revista *Socialdemócrata,*

impregnada de reformismo patriótico y de liberalismo: en los años que siguieron, esta publicación fue cuidadosamente recogida y destruida.

"Hay que reconocer abiertamente -escribía Angarski, uno de los integrantes de ese medio, cuando aún se podían escribir cosas semejantes- que un número considerable de viejos bolcheviques, hasta la conferencia de abril del partido, sobre la cuestión del carácter de la revolución de 1917 mantenían los viejos puntos de vista bolcheviques de 1905 y que era bastante difícil renunciar a esos puntos de vista, eliminarlos". Convendría añadir que las ideas ya desfasadas de 1905 dejaban de ser en 1917 "viejos puntos de vista bolcheviques" y se transformaban en las ideas de un reformismo patriótico.

"Las tesis de Abril de Lenin -declara una publicación histórica oficial- no triunfaron en el Comité de Petrogrado. Sólo dos votos, contra tres y una abstención, se pronunciaron en favor de esas tesis que abrían una nueva época". "Las conclusiones de Lenin parecían demasiado atrevidas, aun a sus discípulos más entusiastas", escribe Podvoiski. Las declaraciones de Lenin -según la opinión del Comité de Petrogrado y de la Organización militar- "condujeron... al aislamiento al partido de los bolcheviques, agravando con ello enormemente la situación del proletariado y del partido".

Stalin, a finales de marzo se pronunciaba por la defensa nacional, por el apoyo condicionado al gobierno provisional, por el manifiesto pacifista de Sujánov, por una fusión con el partido de Tsereteli. "Compartí esa posición errónea -escribía el mismo Stalin, retrospectivamente, en 1924- con otros camaradas del partido y no renuncié a ella enteramente más que a mediados de abril, adhiriendo a las tesis de Lenin. Era necesaria una nueva orientación. Lenin se la dio al partido con sus célebres tesis de abril..."

Aun a finales de abril, Kalinin propugnaba todavía un bloque electoral con los mencheviques. En la Conferencia del partido, Lenin decía: "Me opongo resueltamente a Kalinin, pues un bloque con... los chovinistas es algo inconcebible... Es traicionar al socialismo". La actitud de Kalinin no era una excepción, ni siquiera en Petrogrado. En la conferencia se decía: "El ambiente asfixiante de la unión, bajo la influencia de Lenin, empieza a disiparse".

En las provincias la resistencia ante la tesis de Lenin continuó durante mucho tiempo en determinadas regiones, casi hasta octubre. Según el relato de un obrero de Kiev, Sivtsov, "las ideas expuestas en las tesis [de Lenin] no fueron asimiladas inmediatamente por toda la organización bolchevique de Kiev. Algunos camaradas, Piatakov entre ellos, estaban en desacuerdo con las tesis..." Morgunov, un ferroviario de Jarkov, cuenta esto: "Los viejos bolcheviques gozaban de una gran influencia en toda la masa de ferroviarios... Muchos de

ellos no pertenecían a nuestra fracción... Después de la revolución de Febrero, algunos, por error, adhirieron a los mencheviques, de lo cual ellos mismos se reían más tarde, preguntándose cómo pudo haberles sucedido". No faltan testimonios de la misma naturaleza.

A pesar de todo esto, la historiografía oficial considera actualmente como un sacrilegio el mencionar siquiera el rearme del partido efectuado por Lenin en abril. Los historiadores últimos han sustituido el criterio histórico por el del prestigio del partido. No pueden citar ni a Stalin, que, todavía en 1924, se veía obligado a reconocer toda la profundidad del viraje de abril. "Fueron necesarias las famosas tesis de abril de Lenin para que el partido pudiera lanzarse por un nuevo camino." "Nueva orientación" y "nuevo camino", en eso consiste el rearme del partido. Pero, seis años más tarde, cuando Yaroslavski, como historiador, recordó que Stalin había adoptado en los comienzos de la revolución "una posición errónea en las cuestiones esenciales", se le atacó ferozmente de todos lados. ¡El ídolo del prestigio es, de entre todos los monstruos, el más devorado!

La tradición revolucionaria del partido, la presión de los obreros de la base, la crítica de Lenin al grupo dirigente, forzaron a la capa superior del partido a "lanzarse por un nuevo camino" durante abril y mayo, usando los mismos términos que empleó Stalin. Pero habría que ignorar totalmente la psicología política para suponer que un simple voto de adhesión a las tesis de Lenin significaba una renuncia efectiva y total a "la posición errónea sobre las cuestiones esenciales". En realidad, los puntos de vista del democratismo vulgar que se habían reforzado orgánicamente durante los años de guerra, si bien se adaptaron a un nuevo programa, mantenían una sorda oposición con él.

El 6 de agosto, Kámenev, pese a la resolución de la Conferencia de abril de los bolcheviques, se pronuncia en el Comité ejecutivo por la participación en la conferencia de los socialpatriotas que se prepara en Estocolmo. Nadie responde en el órgano central del partido a la declaración de Kámenev. Lenin escribe un artículo fulminante que no aparece, sin embargo, más que diez días después del discurso de Kámenev. Fue necesaria una enérgica presión por parte de Lenin mismo y de otros miembros del Comité central para obtener que la redacción, a cuya cabeza se encontraba Stalin, publicara la protesta.

Movimientos convulsivos de indecisión se propagaron en el partido después de las jornadas de Julio: el aislamiento de la vanguardia proletaria asustaba a muchos dirigentes, sobre todo en provincias. Durante las jornadas kornilovianas, estos medrosos intentaron acercarse a los conciliadores, lo que provocó un nuevo grito de advertencia por parte de Lenin.

El 30 de agosto, Stalin, en tanto que jefe de redacción, publica sin la menor reserva un artículo de Zinóviev, "Lo que no debe hacerse", dirigido contra la preparación de la insurrección. "Hay que mirar la verdad de frente: se dan en Petrogrado numerosas circunstancias que favorecen el estallido de un levantamiento del tipo de la Comuna de París de 1871..." El 3 de septiembre, Lenin, sin nombrar a Zinóviev, pero atacándole indirectamente, escribe: "La alusión a la Comuna es muy superficial y hasta tonta. Porque, en primer lugar, algo han aprendido, sin embargo, los bolcheviques desde 1871, no habrían dejado de apoderarse de los Bancos, no habrían renunciado a una ofensiva contra Versalles; y, en esas condiciones, la Comuna habría podido vencer incluso. Además, la Comuna no podía proponer al pueblo, en seguida, lo que podrán proponer los bolcheviques si detentan el poder: la tierra a los campesinos, la propuesta inmediata de paz." Era una advertencia anónima, pero inequívoca, no solamente a Zinóviev, sino al redactor de la *Pravda,* Stalin.

La cuestión del Preparlamento escindió en dos el Comité central. La decisión de la fracción de la conferencia a favor de la participación en el Preparlamento obtuvo el apoyo de muchos comités locales, si no de la mayoría. Así sucedió, por ejemplo, en Kiev. "En relación a... la entrada en el Preparlamento -escribe en sus *Memorias* E. Boch-, la mayoría del Comité se pronunció por la participación y eligió representante a Piatakov." En muchos casos, como los de Kámenev, Ríkov, Piatakov y otros, podemos señalar una serie de vacilaciones: contra las tesis de Lenin en abril, contra el boicot al Preparlamento en septiembre, contra el levantamiento en octubre. En cambio, la capa inferior de los cuadros bolcheviques, más próxima a las masas y más nueva políticamente, adoptó fácilmente la consigna de boicot y obligó a cambiar de orientación rápidamente a los comités e incluso al Comité central. Así, por ejemplo, la Conferencia de la ciudad de Kiev se pronunció por una aplastante mayoría contra su comité. De este modo, en casi todos los difíciles virajes políticos, Lenin se apoyaba en las capas inferiores del partido contra las más altas, o en la masa del partido contra el aparato en su conjunto.

En esas condiciones, las vacilaciones que precedieron a Octubre no podían coger de improviso a Lenin. Estaba prevenido con una perspicaz desconfianza, estaba alerta ante cualquier síntoma alarmante, partía de los peores supuestos y consideró oportuno presionar una y otra vez antes que mostrarse indulgente.

Sin duda alguna, fue por inspiración de Lenin que el Secretariado regional de Moscú adoptó, a finales de septiembre, una resolución severa contra el Comité central acusándolo de indecisión, de vacilar constantemente, de introducir la confusión en las filas del partido, y exigiendo que "tomase una línea clara y definida hacia la insurrección". En nombre del

Secretariado de Moscú, Lómov comunicaba, el 2 de octubre, esta decisión al Comité central. En el acta se señala: "Se ha decidido no abrir debate sobre el informe." El Comité central seguía aún eludiendo el problema de saber qué hacer. Pero la presión de Lenin a través de Moscú surtió sus efectos: dos días después, el Comité central decidió abandonar el Preparlamento.

Enemigos y adversarios comprendieron que ese abandono abría la marcha hacia la insurrección. "Trotski, al ordenar a su ejército evacuar el Preparlamento -escribe Sujánov- se orientaba claramente hacia una insurrección violenta." El informe al Soviet de Petrogrado sobre el abandono del Preparlamento acababa con el grito: "¡Viva la lucha directa y abierta por el poder revolucionario en el país!" Era el 9 de octubre.

Al día siguiente tuvo lugar, a instancias de Lenin, la famosa sesión del Comité central donde se planteó en todo su alcance el problema de la insurrección. Del resultado de esa sesión Lenin hacía depender su política interior: a través del Comité central o contra él. "¡Oh, nuevas agudezas de la graciosa musa de la Historia!", escribe Sujánov. "Esta sesión decisiva de los altos dirigentes se celebró en mi casa, en mi alojamiento de la misma calle Karpovka (32, alojamiento 31). Pero todo esto sucedía a mis espaldas." La mujer del menchevique Sujánov era bolchevique. "Esta vez se adoptaron medidas particulares para hacerme pasar la noche fuera: por lo menos, mi mujer se informó exactamente sobre mis intenciones y me aconsejó amistosa y desinteresadamente que no me fatigase demasiado después de un largo viaje. En cualquier caso, la alta asamblea estaba completamente a resguardo de una incursión por mi parte." La reunión se encontraba, y esto es más importante, a resguardo de una incursión de la policía de Kerenski.

Doce de los veintiún miembros del Comité central estaban presentes. Lenin llegó con peluca, gafas y afeitado. La sesión duró unas diez horas seguidas hasta la alta noche. Durante un momento de descanso, se sirvió té con pan y salchichón para reponer fuerzas. Y era muy necesario: se trataba de tornar el poder en el antiguo Imperio de los zares. La sesión empezó con el acostumbrado informe organizativo- de Sverdlov. Esta vez, las informaciones que dio estaban dedicadas al frente y no cabía duda de que las había concertado previamente con Lenin para ofrecerle un apoyo en sus deducciones, lo cual respondía perfectamente a los procedimientos habituales de Lenin. Los representantes de los ejércitos del frente norte hacían saber, por intermedio de Sverdlov, que el comando contrarrevolucionario preparaba "un golpe bajo llevando las tropas a la retaguardia". Comunicaban desde Minsk, desde el Estado Mayor del frente oeste, que se preparaba allí una nueva aventura korniloviana. Ante el espíritu revolucionario de la guarnición local, el

Estado Mayor había hecho cercar la ciudad por contingentes de cosacos. "Hay conversaciones turbias entre los Estados Mayores y el Gran cuartel general." Nada impide echar el guante el Estado Mayor de Minsk: la guarnición local está dispuesta a desarmar a los cosacos que rodean la ciudad. También se puede enviar desde Minsk un cuerpo de ejército contrarrevolucionario a Petrogrado. En el frente están bien dispuestos hacia los bolcheviques, marcharán contra Kerenski. Esa es la introducción: no es suficientemente clara en todos sus aspectos, pero es muy reconfortante.

Lenin pasa inmediatamente a la ofensiva: "Desde comienzos de septiembre se observa cierta indiferencia hacia el problema de la insurrección." Se alega un enfriamiento y una desilusión de las masas. No es extraño: "Las masas se han cansado de palabras y de resoluciones." Hay que analizar la situación en su conjunto. Los acontecimientos en las ciudades tienen por fondo, ahora, un gigantesco movimiento campesino. El gobierno necesitaría fuerzas colosales para aplastar el levantamiento del campo. "La situación política se halla, en consecuencia, preparada. Hay que hablar de la parte técnica. Todo se reduce a esto. Sin embargo, nosotros, siguiendo a los partidarios de la defensa nacional, nos inclinamos a considerar la preparación sistemática de la insurrección como un pecado político." El informador modera, evidentemente, sus términos: se guarda muchas cosas. "Hay que aprovechar el Congreso regional de los Soviets del norte y la propuesta de Minsk para lanzar una acción decisiva."

El Congreso del norte comenzó el mismo día que la sesión del Comité central y debía prolongarse dos o tres días. Lenin consideraba que la tarea de los próximos días consistía en "desarrollar una acción decisiva". No es posible esperar más. No se pueden aplazar las cosas. En el frente -se lo hemos oído a Sverdlov se prepara un golpe de Estado. ¿Habrá un Congreso de los soviets? No se puede saber. Hay que tomar el poder inmediatamente, sin esperar ningún congreso. "Intraducible, inexpresable -escribía Trotski unos años después- quedó el espíritu general de esas improvisaciones tenaces y apasionadas, imbuidas del deseo de transmitir a los adversarios, a los vacilantes, a los inseguros, su pensamiento, su voluntad, su seguridad, su coraje..."

Lenin esperaba encontrar una gran resistencia. Pero sus temores se desvanecieron pronto. El rechazo unánime con que el Comité central había acogido en septiembre la propuesta de una insurrección inmediata tenía un carácter episódico: el ala izquierda se había pronunciado contra "el cerco del teatro Alexandra" en función de la coyuntura; el ala derecha, por motivos de estrategia general que en aquel momento no habían sido, sin embargo, estudiados a fondo. Durante las tres semanas transcurridas, el Comité central

había evolucionado considerablemente hacia la izquierda. Diez votos contra dos se pronunciaron por la insurrección. ¡Era una gran victoria!

Poco después de la insurrección, en una nueva etapa de la lucha interna del partido, Lenin recordó, en un debate del Comité de Petrogrado, cómo en la sesión del Comité central "había temido una actitud oportunista de los internacionalistas unificadores, pero este temor se fue luego; en nuestro partido algunos miembros [del Comité central] no estuvieron de acuerdo. Eso me apenó mucho". Entre los "internacionalistas", aparte de Trotski, a quien Lenin no hacía referencia en estas apreciaciones, formaban parte del Comité central: Yofe, futuro embajador en Berlín; Uritski, futuro jefe de la Cheka en Petrogrado; y Sokolnikov, el futuro creador del *chervonetz:* los tres se pusieron del lado de Lenin. En contra se pronunciaron dos viejos bolcheviques que, en el pasado, habían sido los más próximos a Lenin: Zinóviev y Kámenev. A ellos alude Lenin cuando dice: "Eso me apenó mucho." La sesión del día 10 consistió casi enteramente en una apasionada polémica con Zinóviev y Kámenev: Lenin llevaba la ofensiva, el resto se le unían uno tras otro.

La resolución redactada con prisas por Lenin, escrita a lápiz sobre una hoja de papel escolar cuadriculado, era de una arquitectura imperfecta, pero en cambio daba un sólido apoyo a la corriente en favor de la insurrección. "El Comité central reconoce que tanto la situación internacional de la revolución rusa (sublevación de la flota en Alemania como manifestación extrema del progreso de la revolución socialista mundial en toda Europa, y luego la amenaza de una paz de los imperialistas con el fin de sofocar la revolución en Rusia), como la situación militar (la indiscutible decisión de la burguesía rusa, de Kerenski y Cía, de entregar Petrogrado a los alemanes), todo ello ligado al levantamiento campesino y al giro de la confianza popular hacia nuestro partido (elecciones en Moscú), finalmente, la evidente preparación de una segunda aventura korniloviana (evacuación de las tropas de Petrogrado, expedición a Petrogrado de cosacos, cerco de Minsk por los cosacos, etc.), pone al orden del día la insurrección armada. Reconociendo, pues, que la insurrección armada es inevitable y que está madura ya, el Comité central invita a todas las organizaciones del partido a guiarse por ello y a discutir y resolver desde este punto de vista todas las cuestiones prácticas (Congreso de los soviets de la región del norte, evacuación de las tropas de Petrogrado, movimientos de tropas de Moscú y de Minsk, etc.)"

Conviene señalar, tanto para la apreciación del momento como para tener en cuenta la peculiaridad del autor, el orden mismo de las condiciones de la insurrección: en primer lugar, la revolución mundial madura; la insurrección en Rusia no es más que un eslabón de la cadena general. Ese es el invariable punto de partida de Lenin, sus grandes premisas: no

podía proceder de otro modo. La insurrección es planteada directamente como la tarea del partido: no se aborda por el momento el difícil problema de un acuerdo con los soviets para preparar la insurrección. Ni una palabra sobre el Congreso panruso de los Soviets. Como puntos de apoyo para la insurrección, se añaden a instancias de Trotski, luego del congreso regional del norte y del "movimiento de las tropas de Moscú y de Minsk", las palabras sobre "la evacuación de las tropas de Petrogrado". Era la única alusión al plan de insurrección que se imponía en la capital por la marcha misma de los acontecimientos. Nadie propuso enmiendas tácticas a la resolución que determinaba el punto de partida estratégico de la insurrección contra Zinóviev y Kámenev, quienes negaban la necesidad misma del levantamiento.

Las tentativas hechas posteriormente por la historiografía oficial para presentar las cosas como si los dirigentes del partido, salvo Zinóviev y Kámenev, se hubieran pronunciado a favor de la insurrección, se ven demolidas por los hechos y los acontecimientos. Aparte de que muchos que votaron a favor de la insurrección estaban frecuentemente dispuestos a aplazarla hasta una fecha indeterminada, Zinóviev y Kámenev no estaban aislados, ni siquiera en el Comité central: Ríkov y Noguín, ausentes de la sesión del 10, compartían enteramente su punto de vista, y Miliutin estaba cerca de ellos. "Se observan fluctuaciones en los círculos dirigentes del partido, una especie de temor a la lucha por el poder", ése es el testimonio personal de Lenin. Según Antónov-Saratovski, Miliutin, llegado a Saratov después del 10, "hablaba de una carta de Ilich exigiendo que "empezáramos la cosa", hablando de las tergiversaciones del Comité central, del "fracaso" inicial de la propuesta de Lenin, de su indignación, y, por último, de que todo se orientaba hacia la insurrección". El bolchevique Sadovski escribió más tarde de "cierta falta de seguridad y de determinación que reinaban entonces. Aun en el seno del Comité central, en este período, había, como se sabe, fricciones y conflictos, se preguntaban cómo empezar y si había que empezar".

Sadovski era, en ese período, uno de los dirigentes de la Sección militar del Soviet y de la Organización militar de los bolcheviques. Pero, precisamente, los miembros de la Organización militar, como se puede ver en diferentes *Memorias,* miraban con mucha prevención en octubre la idea de una insurrección: el carácter específico de la organización inclinaba a los dirigentes a subestimar las condiciones políticas y a sobreestimar las condiciones técnicas. El 16 de octubre, Krilenko decía en un informe: "La mayoría del Secretariado [de la Organización militar] considera que la cuestión no debe plantearse prácticamente demasiado a fondo, pero la minoría piensa que se puede asumir la iniciativa."

El 18, otro miembro eminente de la Organización militar, Laschevich, decía: "¡Hay que tomar inmediatamente el poder! Creo que no hay que forzar los acontecimientos... Nada garantiza que podamos guardar el poder... El plan estratégico propuesto por Lenin cojea por las cuatro patas." Antónov-Ovseenko relata la entrevista de los principales militares de la Organización militar con Lenin: "Podvoiski presentaba dudas, Nevski a veces le apoyaba y otras cedía al tono seguro de Ilich: yo exponía la situación en Finlandia... La seguridad y firmeza de Ilich me produjeron mayor ánimo y estimularon a Nevski, pero Podvoiski siguió con sus dudas." No hay que olvidar que en todas las *Memorias* de este género las dudas se pintan con tono de acuarela; las seguridades, con fuertes pinceladas de óleo.

Chudnovski se pronunció resueltamente contra la insurrección. Manuilski, escéptico, repetía su advertencia de que "el frente no estaba con nosotros". Tomski se opuso al levantamiento. Volodarski apoyaba a Zinóviev y Kámenev. No todos los adversarios de la insurrección se manifestaban abiertamente. En la sesión del Comité de Petrogrado, el día 15, Kalinin afirmaba: "La resolución del Comité central es una de las mejores que se hayan adoptado en él... Hemos llegado prácticamente al momento de la insurrección armada. Pero, ¿cuándo será posible? Quizás dentro de un año, no se sabe aún." Un "acuerdo" de ese género con el Comité central, aunque típico en Kalinin, no era, sin embargo, particular en él sólo. Fueron muchos los que se adhirieron a la resolución para poder luchar mejor contra el levantamiento.

Los círculos dirigentes de Moscú eran los menos unánimes de todos. El Secretariado regional apoyaba a Lenin. En el Comité de Moscú las fluctuaciones eran enormes y predominaba la opinión de aplazar las cosas. El Comité provincial no adoptaba una actitud definida y, además, los del Secretariado regional consideraban, según afirma Yakovleva, que en el momento decisivo el Comité provincial se inclinaría al lado de los adversarios de la insurrección.

Lebedev, un militante de Saratov, cuenta que en su visita a Moscú, poco antes de la insurrección, paseando con Ríkov, éste, señalándole los edificios de piedra, las lujosas tiendas, la animación agitada de la calle, se lamentaba de las dificultades que implicaba la tarea a realizar. "Aquí, en el centro mismo del Moscú burgués, nos sentimos realmente como pigmeos proyectando derribar una montaña."

En cada organización del partido, en cada uno de sus comités provinciales, había militantes con el mismo estado de ánimo que el de Zinóviev y Kámenev; eran mayoritarios en muchos comités. Hasta en el foco proletario de Ivanovo-Vosnesenk, donde los bolcheviques dominaban sin competencia, las disensiones entre los altos dirigentes fueron

muy graves. En 1925, cuando las reminiscencias se adaptaban ya a las necesidades del nuevo curso, Kiselev, viejo militante bolchevique, escribía: "Los elementos obreros del partido, salvo algunas excepciones individuales, seguían a Lenin; contra Lenin se pronunciaba un grupo poco numeroso de intelectuales del partido y algunos obreros aislados". En las discusiones públicas, los adversarios de la insurrección empleaban los mismos argumentos que los de Zinóviev y Kámenev. "Pero en las discusiones particulares -escribe Kiselev- la polémica adquiría formas más agudas y francas, y se llegaba a afirmar que "Lenin estaba loco, que empujaba a la clase obrera a su ruina, que nada resultaría de ese levantamiento armado, que seríamos derrotados, que aplastarían al partido y a la clase obrera, y que todo esto postergaría la revolución durante años, etc."" Tal era, en particular, el estado de espíritu de Frunze, personalmente muy valeroso, pero que no se distinguía por su amplitud de miras.

Ni siquiera la victoria de la insurrección en Petrogrado pudo destruir en todas partes la inercia de la expectativa y la resistencia directa del ala derecha. Las vacilaciones de la dirección casi llevaron luego al fracaso de la insurrección en Moscú. En Kiev, el Comité dirigido por Piatakov, con su política puramente defensiva, transmitió la iniciativa y, luego, el poder mismo a la Rada. "La organización de nuestro partido en Vonorej -cuenta Vrachev- vacilaba enormemente. Incluso allí, el golpe de Estado fue realizado no por el Comité del partido, sino por su activa minoría, a cuya cabeza estaba Moisev." En no pocas capitales de provincia, los bolcheviques hicieron bloque en octubre con los conciliadores "para combatir a la contrarrevolución", como si los conciliadores no fueran en esos momentos uno de los principales pilares de ésta. Casi en todas partes fue necesario a menudo un impulso simultáneo de abajo y de arriba para romper las últimas vacilaciones del Comité local, obligarle a romper con los conciliadores y a ponerse a la cabeza del movimiento: "Finales de octubre y comienzos de noviembre fueron realmente jornadas "de profunda turbación" en los medios de nuestro partido. Muchos eran los que se dejaban ganar rápidamente por el ambiente", recuerda Schliapnikov, que pagó también amplio tributo a esas vacilaciones.

Todos esos elementos que, como por ejemplo los bolcheviques de Jarkov, se encontraron al comenzar la revolución en el campo de los mencheviques y luego se preguntaron estupefactos "cómo podía haberles sucedido", no hallaron lugar donde meterse durante las jornadas de Octubre y en general vacilaron, contemporizaron. Con mayor firmeza aún, hicieron valer sus derechos de "viejos bolcheviques" en el período de la reacción ideológica. Por considerable que haya sido, en estos últimos años, el trabajo

destinado a disimular estos hechos, prescindiendo incluso de los archivos secretos, inaccesibles hoy al erudito, quedan siempre en los periódicos de ese tiempo, en las Memorias en las revistas históricas, numerosos testimonios de que el aparato mismo del partido más revolucionario opuso una poderosa resistencia en vísperas de la insurrección. En la burocracia se instala inevitablemente el espíritu conservador. El aparato sólo puede cumplir su función revolucionaria mientras actúe como instrumento al servicio del partido, es decir, subordinado a una idea y controlado por las masas.

La resolución del 10 de octubre tuvo una importancia considerable. Ofreció a los verdaderos partidarios de la insurrección un terreno legal sólido dentro del partido. En todas las organizaciones del partido, en todas las células, los elementos más resueltos comenzaron a ocupar los primeros puestos. Las organizaciones del partido, empezando por Petrogrado, se reagruparon, calcularon sus fuerzas y sus recursos, reforzaron sus lazos y dieron a la campaña por la insurrección un carácter más concentrado.

Pero la resolución no puso fin a los desacuerdos dentro del Comité central. Al contrario, les dio forma y los exteriorizó. Zinóviev y Kámenev, que se veían rodeados de simpatía por una parte de las esferas dirigentes, observaron asustados cuán rápida era la orientación hacia la izquierda. Decidieron no perder más tiempo y difundieron al día siguiente un largo llamamiento a los miembros del partido. "Ante la historia, ante el proletariado internacional, ante la revolución rusa y la clase obrera de Rusia -escribían- no tenemos el derecho de jugar ahora todo el futuro a la carta de la insurrección armada."

Su perspectiva era la de entrar, en tanto que fuerte oposición del partido, en la Asamblea constituyente, "la cual sólo podría apoyarse en los soviets para su trabajo revolucionario". De ahí la fórmula: "La Asamblea constituyente y los soviets, ése es el tipo combinado de instituciones estatales hacia el cual marchamos." La Asamblea constituyente, en la que se suponía que los bolcheviques estarían en minoría, y los soviets donde los bolcheviques estarían en mayoría, es decir, el órgano de la burguesía y el órgano del proletariado, deben ser "combinados" dentro del sistema pacífico de la dualidad de poderes. Esto no había sido posible ni siquiera bajo la dominación de los conciliadores. ¿Cómo se hubiera podido realizar con unos soviets bolchevizados?

"Sería un profundo error histórico -decían finalmente Zinóviev y Kámenev el plantear la cuestión del paso del poder al partido proletario de la siguiente manera: o *ahora mismo, o nunca*. No. El partido del proletariado crecerá, su programa se irá clarificando ante masas cada vez más numerosas." La esperanza de un crecimiento incesante del bolchevismo, independientemente de la marcha real de los conflictos de clases, contradecía

irreductiblemente el *leitmotiv* de Lenin en esa época: "El triunfo de la revolución rusa y mundial depende de dos o tres días de lucha."

No es preciso añadir que, en este diálogo dramático, Lenin tenía toda la razón. Es imposible disponer de una situación revolucionaria según los deseos personales. Si los bolcheviques no hubieran tomado el poder en octubre-noviembre, es muy posible que nunca lo hubieran tomado. En lugar de una dirección firme, las masas habrían visto en los bolcheviques las mismas divergencias fastidiosas de siempre entre las palabras y los hechos y habrían abandonado al partido por engañar sus esperanzas durante dos o tres meses, del mismo modo que se habían separado de los socialistas revolucionarios y de los mencheviques. Una parte de los trabajadores habría caído en la indiferencia, otra habría consumado sus fuerzas en movimientos convulsivos, en explosiones anárquicas, en escaramuzas guerrilleras, en el terror de la venganza y de la desesperación. Recuperando así su aliento, la burguesía habría aprovechado para concluir una paz separada con el Hohenzollern y para aplastar las organizaciones revolucionarias. Rusia se habría visto de nuevo inserta en el circulo de los Estados capitalistas, en tanto que país semiimperialista y semicolonial. La insurrección proletaria se habría aplazado indefinidamente. La viva comprensión de esta perspectiva inspiraba a Lenin su grito de alarma: "El triunfo de la revolución rusa y mundial depende de dos o tres días de lucha."

Pero ahora, después del 10, la situación dentro del partido se había modificado radicalmente. Lenin ya no era un "oponente" aislado cuyas propuestas eran rechazadas por el Comité central. Fue el ala derecha quien se encontró aislada. Lenin ya no necesitaba conquistar su libertad de agitación a costa de su dimisión. La legalidad estaba de su parte. En cambio, Zinóviev y Kámenev, haciendo circular su documento dirigido contra la resolución adoptada por la mayoría del Comité central, estaban violando la disciplina. ¡Y Lenin, en la lucha, no dejaba impune el menor fallo del adversario!

En la sesión del día 10, a propuestas de Dzerchinski, se eligió un buró político compuesto de siete personas: Lenin, Trotski, Zinóviev, Kámenev, Stalin, Sokolnikov y Bubnov. Pero la nueva institución se mostró totalmente inviable: Lenin y Zinóviev seguían escondidos aún; además, Zinóviev, igual que Kámenev, continuaba luchando contra la insurrección. El buró político constituido en octubre no se reunió ni una sola vez y fue olvidado muy pronto, como tantas otras organizaciones que habían sido formadas *ad hoc* en el remolino de los acontecimientos.

Ningún plan práctico de insurrección, ni siquiera aproximativo, fue esbozado en la sesión del día 10. Pero, sin que se mencionara en la resolución, se llegó al acuerdo de que la

insurrección debía preceder al Congreso de los soviets y empezar, de ser posible, el 15 de octubre lo más tarde. No todos aceptaban esa fecha: estaba demasiado cerca, evidentemente, como para permitir tomar impulso en Petrogrado. Pero insistir en un plazo hubiera significado apoyar a las derechas y mezclar las cartas. ¡Además, nunca es demasiado tarde para aplazarla!

Trotski, en sus recuerdos sobre Lenin escritos en 1924, siete años después de los acontecimientos, fue el que reveló por primera vez que la fecha primitiva había sido fijada para el día 15. Pronto Stalin lo desmintió y el problema tomó vivo interés en la literatura histórica rusa. Como se sabe, la insurrección se produjo en realidad el día 25 y, por tanto, la fecha primitivamente fijada fue dejada de lado. La historiografía de los epígonos considera que, en la política del Comité central, no podía haber ni errores ni retrasos. "Resultaría - escribe a este respecto Stalin- que el Comité central habría fijado el 15 de octubre como fecha para la insurrección y que luego él mismo habría infringido (!) esa decisión, aplazando el levantamiento hasta el 25 de octubre. ¿Es cierto eso? No, es falso." Stalin llega a la conclusión de que "Trotski ha sido traicionado por su memoria." Como prueba de ello, se remite a la resolución del 10 de octubre, que no menciona ninguna fecha.

La controversia sobre la cronología de la insurrección es muy importante para poder comprender el ritmo de los acontecimientos y exige ser elucidada. Es totalmente cierto que la resolución del día 10 no establece ninguna fecha. Pero esta resolución de conjunto se refería a la insurrección en todo el país e iba dirigida a centenares y miles de dirigentes del partido. Insertar en ella la fecha conspirativa de la insurrección prevista para un día muy cercano en Petrogrado hubiera sido el colmo del aturdimiento: recordemos que Lenin, prudentemente, no fechaba ni siquiera sus cartas en este período. En este caso se trataba de una decisión a la vez tan importante y tan sencilla que todos los participantes podían memorizaría fácilmente, dado que era sólo cuestión de unos días. Cuando Stalin alega el texto de la resolución, hay, pues, un perfecto malentendido.

Estamos dispuestos a reconocer, sin embargo, que los recuerdos personales, y sobre todo cuando surge controversia, no bastan para un estudio histórico.

Por suerte, el problema se resuelve, sin lugar a dudas, si analizamos las circunstancias y los documentos.

El comienzo del congreso de los soviets estaba previsto para el 20 de octubre. Entre la jornada en que se reunió el Comité central y la fecha del congreso había un intervalo de diez días. El congreso no debía desarrollar la agitación por el poder de los soviets, sino tomarlo. Pero, por sí solos, unos centenares de delegados eran incapaces de tomar el poder;

había que conseguirlo para el congreso y antes del congreso. "Lograd primero la victoria sobre Kerenski y luego convocad el congreso", esa era la idea central de toda la agitación de Lenin, a partir de la segunda quincena de septiembre. En principio, todos los que eran partidarios de la toma del poder estaban de acuerdo en eso. El Comité central no podía, pues, dejar de darse como tarea una tentativa de insurrección entre el 10 y el 20 de octubre. Pero, como no se podía prever cuántos días duraría la lucha, el comienzo de la insurrección fue fijado para el 15. "En relación a la fecha misma -escribe Trotski en sus recuerdos sobre Lenin-, no hubo prácticamente ninguna objeción. Todos comprendían que la fecha tenía un carácter aproximado, por así decir, de orientación, y que, según los acontecimientos, podía ser adelantada o postergada. Pero era sólo cuestión de días. La necesidad misma de una fecha y, además cercana, era totalmente evidente."

En suma, el testimonio de la lógica permite resolver la cuestión. Pero no faltan pruebas complementarias. Lenin propuso insistentemente y repetidas veces utilizar el Congreso regional de los soviets del norte para emprender las operaciones militares. La resolución del Comité central adoptó esa idea. Pero el Congreso regional, que había comenzado el 10, debía terminarse precisamente antes del 15.

En la Conferencia del 16, Zinóviev, insistiendo para que se informase sobre la resolución adoptada seis días antes, declaraba: "Hay que decir claramente que, en los próximos cinco días, no vamos a organizar una insurrección"; se trataba de los cinco días que quedaban aún hasta el congreso de los soviets. Kámenev, que, en la misma conferencia, afirmaba que "fijar la fecha de la insurrección era una aventura", añadía también: "Hace unos días se decía que la insurrección estallaría antes del 20." Nadie le contradijo en esto ni podía hacerlo. El aplazamiento de la insurrección era interpretado por Kámenev precisamente como el fracaso de la resolución de Lenin. "En esa última semana, nada se había hecho" por la insurrección, según sus propias palabras. Evidentemente, exageraba: una vez fijada la fecha, todos se vieron obligados a poner más rigor en sus planes y a acelerar el ritmo de trabajo. Pero es indudable que el plazo de cinco días fijado en la sesión del 10 resultaba demasiado corto. Se imponía un aplazamiento. Fue sólo el día 17 cuando el Comité ejecutivo central aplazó hasta el 25 de octubre el comienzo del Congreso de los soviets. Ese aplazamiento vino, pues, perfectamente.

Alarmado ante los acontecimientos, Lenin, a quien, dado su aislamiento, debían aparecerle las fricciones internas de manera un tanto exagerada, insistió en que se convocara una nueva asamblea del Comité central con los representantes de las principales secciones de la capital. Precisamente en esta conferencia, el día 16, en las afueras de la

ciudad, en Lesni, Zinóviev y Kámenev formularon sus ya conocidos argumentos sobre el aplazamiento de la fecha primitiva, oponiéndose al mismo tiempo a que se fijase otra nueva.

Las disensiones comenzaron de nuevo, más vivas todavía. Miliutin consideraba que "no estábamos preparados para dar el primer golpe... Pero otra perspectiva surge: la de un conflicto armado... Crece y cada vez está más cerca. Debemos estar preparados para este choque. Pero esa perspectiva es diferente de la de una insurrección." Miliutin adoptaba una posición defensiva que preconizaban más abiertamente Zinóviev y Kámenev. Chotman, viejo obrero de Petrogrado, que había vivido toda la historia del partido, afirmaba que en la conferencia de la ciudad y en el Comité de Petrogrado, y en la Organización militar, el estado de ánimo era mucho menos combativo que en el Comité central. "No podemos avanzar aún, pero hemos de prepararnos." Lenin atacaba a Miliutin y a Chotman por su apreciación pesimista de la relación de fuerzas: "No se trata de una lucha contra el ejército, sino de una lucha de una parte del ejército contra otra... Los hechos demuestran que estamos en superioridad con respecto al enemigo. ¿Por qué no puede empezar el Comité central?"

Trotski estuvo ausente en esa sesión: en esos mismos momentos, hacía adoptar por el soviet el estatuto del Comité militar revolucionario. Pero el punto de vista establecido definitivamente en Smoldi durante los últimos días era defendido por Krilenko, que acababa de dirigir, junto con Trotski y Antónov-Ovseenko, el Congreso regional de los soviets del norte. Krilenko consideraba que, sin duda alguna, "el agua había hervido suficientemente"; aplazar la resolución sobre la insurrección sería "el más grave error". Está, sin embargo, en desacuerdo con Lenin "sobre el problema de saber quién empezará y cómo empezar". Por el momento no es racional fijar claramente el día de la insurrección. "Pero el problema de la evacuación de las tropas es precisamente el motivo que provocará la batalla... Existe una ofensiva contra nosotros y así la podemos utilizar... No es cuestión de inquietarse por saber quién empezará, pues ya se ha empezado." Krilenko exponía y propugnaba la política que servía de base al Comité militar revolucionario y a la Conferencia de la guarnición. Es por este camino que se desarrolló después precisamente la insurrección.

Lenin no respondió nada a las palabras de Krilenko: las vivas imágenes de los seis últimos días en Petrogrado no se habían desarrollado ante sus ojos. Lenin temía los aplazamientos. Concentraba su atención en los adversarios directos de la insurrección. Tendía a interpretar toda reserva, todas las fórmulas convencionales, todas las respuestas

insuficientemente categóricas como un apoyo indirecto a Zinóviev y Kámenev, los cuales se pronunciaban contra él con la intrepidez de quienes han quemado sus naves. "Los resultados de la semana -argumentaba Kámenev- demuestran que en estos momentos no hay condiciones favorables para la insurrección. No tenemos ni el aparato para la insurrección; el de nuestros enemigos es mucho más fuerte y, seguramente, ha aumentado en esta semana... Aquí se enfrentan dos tácticas: la de la conspiración y la de la confianza en las fuerzas activas de la revolución rusa." Los oportunistas siempre ofrecen su confianza en las "fuerzas activas" en el momento mismo en el que hay que luchar.

Lenin replicaba: "Si consideramos que la insurrección está madura, es inútil hablar de conspiración. Si, políticamente, la insurrección es inevitable, hay que considerar la insurrección como un arte." Precisamente sobre esta línea se desarrollaba el debate esencial dentro del partido, polémica de principios cuya solución en uno u otro sentido determinaba los destinos de la revolución. Sin embargo, dentro del marco general del razonamiento de Lenin, compartido por la mayoría del Comité central, surgían cuestiones secundarias pero de enorme importancia: ¿cómo, a partir de una situación política ya madura, pasar a la insurrección? ¿Qué puente utilizar de la política a la técnica de la insurrección? ¿Y cómo guiar a las masas por ese puente?

Yofe, que pertenecía al ala izquierda, apoyaba la resolución del día 10. Pero presentaba una objeción a Lenin en torno a un punto: "No es cierto que el problema se presente ahora en su aspecto puramente técnico; aun ahora, el problema de la insurrección ha de ser considerado desde el punto de vista político". Efectivamente, la última semana había demostrado que para el partido, para el soviet, para las masas, la insurrección no había llegado a plantearse como una simple cuestión de técnica. Fue precisamente por esa razón por lo que no se pudo mantener la fecha fijada el día 10.

La nueva resolución de Lenin llamando a "todas las organizaciones y a todos los obreros y soldados a una preparación multilateral y más intensa de la insurrección armada" es aprobada por veinte votos contra dos, los de Zinóviev y Kámenev, y tres abstenciones. Los historiadores oficiales alegan estas cifras para demostrar la completa insignificancia de la oposición. Pero simplifican la cuestión. El impulso hacia la izquierda era tan pronunciado entre las amplias masas del partido que los adversarios de la insurrección, no decidiéndose a hablar abiertamente, tenían interés en borrar la línea de división de principios entre los dos campos. Si, a pesar de la fecha fijada en un principio, la insurrección no se ha realizado antes del día 16, ¿acaso no se podría deducir que, posteriormente, hubiera que limitarse a seguir platónicamente "el camino hacia el levantamiento?" Quedó de manifiesto muy

claramente en la misma sesión que Kalinin no estaba tan aislado. La resolución de Zinóviev: "No se admiten las manifestaciones antes de haberse entrevistado con la fracción bolchevique del Congreso de los soviets", es rechazada por quince votos contra seis abstenciones. Aquí es donde se verifican efectivamente las distintas opiniones; un cierto número de "partidarios" de la resolución del Comité central querían en realidad aplazar la decisión hasta el Congreso de los soviets y hasta una nueva conferencia con los bolcheviques de provincias, en su mayoría muy moderados. Estos últimos, si tenemos en cuenta las abstenciones, sumaban nueve sobre veinticuatro, es decir, más de un tercio. Era, por supuesto, una minoría, pero para el Estado Mayor era considerable. La irremediable debilidad de ese Estado Mayor estaba determinada por el hecho de que no tenía ningún apoyo en la base del partido y en la clase obrera.

Al día siguiente, Kámenev, de acuerdo con Zinóviev, entregó al periódico de Gorki una declaración atacando a la resolución adoptada en la víspera. "No solamente yo y Zinóviev, sino también un cierto número de camaradas prácticos -así se expresaba Kámenev- consideramos que asumir la iniciativa de una insurrección armada en este momento, dada la relación de fuerzas sociales, sería un paso inadmisible, peligroso para el proletariado y la revolución... Jugarlo todo... a la carta del levantamiento en estos próximos días sería un acto de desesperación. Nuestro partido es demasiado fuerte, tiene ante él un porvenir demasiado grande como para dar tales pasos..." Los oportunistas se sienten siempre "demasiado fuertes" para entrar en la lucha.

La carta de Kámenev era una verdadera declaración de guerra al Comité central, y en torno a una cuestión sobre la que nadie tenía la intención de bromear. La situación adquirió de pronto una gravedad extrema. Se complicó con otros episodios individuales que tenían un origen político común. En la sesión del Soviet de Petrogrado del día 18, Trotski respondió a preguntas formuladas por los adversarios, declaró que el Soviet no fijaba el levantamiento para los próximos días, pero que, si se viera obligado a fijarlo, los obreros y los soldados marcharían juntos como un solo hombre. Kámenev, que estaba junto a Trotski en la mesa, se levantó inmediatamente para hacer una corta declaración: suscribió totalmente las palabras de Trotski. Era una sucia jugada: mientras que Trotski, con una fórmula aparentemente defensiva, camuflaba jurídicamente la política de la ofensiva, Kámenev intentó utilizar la fórmula de Trotski, con quien estaba en radical desacuerdo, para camuflar una política directamente opuesta.

Para paralizar el efecto de la maniobra de Kámenev, Trotski dijo el mismo día en un informe para la Conferencia panrusa de los Comités de fábrica: "La guerra civil es

inevitable. Únicamente es preciso organizarla de la manera menos sangrienta y menos dolorosa. Esto no se consigue con vacilaciones y tergiversaciones, sino con la lucha obstinada y valiente por la conquista del poder." Todos comprendían que la referencia a las tergiversaciones aludía a Zinóviev, Kámenev y a los que compartían su opinión.

Por otro lado la declaración de Kámenev en el Soviet es sometida a examen por Trotski en la siguiente sesión del Comité central. Mientras tanto, Kámenev, deseando tener las manos libres para la agitación contra la insurrección, dimitía del Comité central. La cuestión fue discutida en su ausencia. Trotski insistía en que "la situación que se había producido era absolutamente intolerable" y proponía aceptar la dimisión de Kámenev[29].

Sverdlov, que apoyaba la propuesta de Trotski, leyó públicamente una carta de Lenin que estigmatizaba a Zinóviev y Kámenev por haberse pronunciado en el periódico de Gorki como *Streikbrecher* [esquiroles] y exigía su expulsión del partido. "La superchería de Kámenev en la sesión del Soviet de Petrogrado -escribía Lenin- es algo realmente sucio; dice que está de acuerdo con Trotski. Pero, ¿es difícil comprender que Trotski *no podía* decir ante los adversarios más de lo que dijo, que no tenía derecho, que no debía? ¿Es, pues, difícil de comprender que... la resolución sobre la necesidad de una insurrección armada, sobre su entera maduración, sobre su preparación en todos los aspectos, etc. *obliga,* en las declaraciones públicas, a echar no sólo la culpa sino también la iniciativa al adversario?... El subterfugio de Kámenev es simplemente una estafa."

Al enviar su indignada protesta por intermedio de Sverdlov, Lenin no podía saber aún que Zinóviev, en una carta a la redacción del órgano central, había declarado: él, Zinóviev, tenía opiniones "muy diferentes de las que discutía Lenin"; él, Zinóviev, "se adhería a la declaración formulada ayer por Trotski en el Soviet de Petrogrado". Con el mismo espíritu se pronunció en la prensa un tercer adversario de la insurrección, Lunacharski.

---

[29] Según las actas del Comité central de 1917, publicadas en 1929, Trotski habría explicado su declaración en el Soviet diciendo "que habría sido forzado por Kámenev". Hay un evidente error de registro de las palabras o, más tarde una redacción inexacta. La declaración de Trotski no necesitaba ser prácticamente elucidada: derivaba de las circunstancias mismas. Por un curioso azar, el Comité regional moscovita, que apoyaba totalmente a Lenin, se vio obligado a publicar el mismo 18, en un periódico de Moscú, una declaración que reproducía casi literalmente la fórmula de Trotski: "No somos un partido de pequeños conspiradores y no fijamos a escondidas las fechas de nuestras manifestaciones... Cuando nos decidamos a avanzar, lo diremos en nuestra prensa..." No se podía responder de otro modo a las preguntas directas de los enemigos. Pero, si bien la declaración de Trotski no obedecía ni podía obedecer a la presión de Kámenev, éste la puso en un compromiso con su falsa solidaridad, y en unas condiciones en que Trotski no tenía la posibilidad de poner los indispensables puntos sobre las íes.

Sumándose a un confusionismo pérfido, la carta de Zinóviev, publicada en el órgano central precisamente la víspera de la sesión del Comité central, el día 20, fue acompañada de una nota expresando la simpatía de la redacción: "Por nuestra parte, tenemos la esperanza de que, gracias a la declaración hecha por Zinóviev (así como la hecha por Kámenev en el Soviet), el problema puede considerarse liquidado. El tono violento del artículo de Lenin no cambia nada el hecho de que, en lo esencial, tenemos una misma opinión." Era una nueva puñalada en la espalda viniendo de donde no se esperaba. Mientras que Zinóviev y Kámenev hacían, en la prensa enemiga, una agitación abierta contra la decisión del Comité central sobre la insurrección, el órgano central condena el tono "violento" de Lenin y constata su unidad de miras con Zinóviev y Kámenev "en lo esencial". ¡Como si en estos momentos hubiera existido un problema más esencial que el de la insurrección! Según un acta resumida, Trotski declaró, en la sesión del Comité central, "inadmisibles las cartas de Zinóviev y Lunacharski al órgano central, así como también la nota de la redacción". Sverdlov apoyó la protesta.

Stalin y Sokolnikov formaban parte de la redacción. El acta dice; "Sokolnikov hace saber que no tiene nada que ver con la declaración de la redacción en relación a la carta de Zinóviev y que considera esa declaración errónea." Se descubrió que Stalin, personalmente -contra otro miembro de la redacción y la mayoría del Comité central- había apoyado a Zinóviev y Kámenev en el momento más crítico, cuatro días antes del comienzo de la insurrección, con una declaración de simpatía. La irritación fue grande.

Stalin se pronunció contra la aceptación de la dimisión de Kaménev, demostrando que "toda nuestra situación era contradictoria", es decir, se encargó de defender el confusionismo que propagaban los miembros del Comité central que se declaraban opuestos a la insurrección. Por cinco votos contra tres, la dimisión de Kámenev es aceptada. Por seis votos, de nuevo contra Stalin, se aprueba una decisión que prohíbe a Kámenev y Zinóviev enfrentarse al Comité central. El acta dice: "Stalin declara que se retira de la redacción". Para no agravar una situación que ya no era fácil, el Comité central rechaza la dimisión de Stalin.

El comportamiento de Stalin puede parecer inexplicable si se acepta la leyenda creada en torno suyo; en realidad corresponde por completo a su formación espiritual y a sus métodos políticos. Ante los grandes problemas, Stalin retrocede siempre, no porque le falte carácter, como a Kámenev, sino porque es corto de miras y carece de imaginación creadora. Una prudencia sospechosa le obliga casi orgánicamente, en los momentos de grave decisión y de profunda disensión, a retirarse a la sombra, a esperar y, si es posible, a

asegurarse dos salidas posibles. Stalin votaba con Lenin a favor de la insurrección. Zinóviev y Kámenev luchaban abiertamente contra la insurrección. Pero, dejando de lado "el tono violento" de la crítica leninista, "en lo esencial tenemos la misma opinión". No es por aturdimiento por lo que Stalin puso su nota: al contrario, medía con cuidado las circunstancias y las palabras. Pero el 20 de octubre no creía posible cortar todos los puentes hacia el campo de los adversarios de la insurrección.

Las actas que nos vemos obligados a citar no según el original, sino según el texto oficial, elaborado en una oficina estalinista, no sólo reflejan la verdadera actitud de cada miembro del Comité central bolchevique, sino que también, a pesar de su brevedad, nos ofrecen el verdadero panorama de la dirección del partido tal cual era: con todas sus contradicciones internas e inevitables tergiversaciones individuales. No solamente la Historia en su conjunto, sino también las insurrecciones más audaces, son realizadas por hombres a quienes nada humano les es extraño. ¿Acaso disminuye eso la importancia de lo realizado?

Si sobre la pantalla se proyecta la más brillante de las victorias de Napoleón, la película nos mostraría, junto con el genio, la grandeza, los aciertos y el heroísmo, la irresolución de ciertos mariscales, las equivocaciones de generales que no saben leer en un mapa, la estupidez de los oficiales, el pánico de destacamentos enteros y hasta los cólicos del miedo. Ese documento realista probaría únicamente que el ejército de Napoleón no estaba formado por los autómatas de la leyenda, sino por franceses de carne y hueso educados en la confluencia de dos siglos. Y el cuadro de las debilidades humanas subrayaría únicamente de manera más viva la grandiosidad de todo el conjunto.

Es más fácil elaborar después la teoría sobre la insurrección que asimilarla íntegramente antes de que se haya producido. La proximidad de la insurrección ha provocado inevitablemente y provocará crisis de los partidos insurreccionales. Así lo testimonia la experiencia del partido mejor templado y más revolucionario que la Historia ha conocido hasta ahora. Basta recordar que, pocos días antes de la batalla, Lenin se vio obligado a exigir que se excluyera del partido a dos de sus discípulos más próximos y más conocidos. Las tentativas posteriores a reducir el conflicto a "circunstancias fortuitas" de carácter personal se inspiran en una idealización, en cierto modo, puramente eclesiástica del pasado del partido. Del mismo modo que Lenin expresaba, más completa y decididamente que otros, durante los meses del otoño de 1917, la necesidad objetiva de la insurrección y la voluntad de las masas dirigidas hacia el levantamiento, así también Zinóviev y Kámenev, más sinceramente que los otros, encarnaban las tendencias restrictivas del partido, el

espíritu de indecisión, la influencia de las relaciones con los partidos burgueses y la presión de las clases dirigentes.

Si todas las conferencias, controversias, discusiones particulares que se produjeron dentro de la dirección del partido bolchevique tan sólo en octubre hubieran sido estenografiadas, las generaciones futuras podrían constatar por medio de qué lucha intensa se formó, en las altas esferas del partido, la intrepidez necesaria para la insurrección. El estenograma demostraría hasta qué punto la democracia interna es necesaria para un partido revolucionario: la voluntad de lucha no reside en frías fórmulas ni viene dictada desde arriba, es preciso siempre renovarla y fortalecería.

Stalin, refiriéndose a una afirmación del autor de esta obra, que decía que "el instrumento esencial de una revolución proletaria es el partido", preguntaba en 1924: "¿Cómo pudo vencer nuestra revolución si "su instrumento esencial" resultó sin valor?" La ironía no logra esconder la falsedad y el primitivismo de esta réplica. Entre los santos tal como los pinta la Iglesia, y los diablos tal como los representan los candidatos a la santidad, se encuentran los hombres de carne y hueso: son ellos los que hacen la Historia. El temple acerado del partido bolchevique se manifestaba no en la ausencia de desacuerdos, de vacilaciones e incluso de desfallecimientos, sino en que, en las circunstancias más difíciles, salía a tiempo de las crisis internas y aseguraba la posibilidad de una intervención decisiva en los acontecimientos. Esto significa también que el partido, en su conjunto, era un instrumento perfectamente adecuado para la revolución.

Un partido reformista considera prácticamente inconmovibles las bases del régimen que se dispone a reformar. Por ello, inevitablemente, queda subordinado a las ideas y a la moral de la clase dirigente. Habiéndose elevado sobre las espaldas del proletariado, la socialdemocracia se ha convertido tan sólo en un partido burgués de segunda calidad. El bolchevismo ha creado el tipo del verdadero revolucionario que, fijándose objetivos históricos incompatibles con la sociedad contemporánea, subordina la condición de su existencia individual, sus ideas y sus juicios morales a aquellos. Las distancias indispensables con respecto a la ideología burguesa eran mantenidas en el partido a través de una vigilancia intransigente cuyo inspirador era Lenin. No dejaba de trabajar con el escalpelo cortando los lazos que el ambiente pequeñoburgués creaba entre el partido y la opinión pública oficial. Al mismo tiempo Lenin enseñaba al partido a formar su propia opinión pública, apoyándose en el pensamiento y en los sentimientos de la clase ascendente. Así, a través de la selección y la educación, en una lucha continua, el partido bolchevique creó su medio no

solamente político, sino también moral, independientemente de la opinión pública burguesa e irreductiblemente opuesto a ésta. Fue solamente esto lo que permitió a los bolcheviques superar las vacilaciones en sus propias filas y manifestar la viril resolución sin la cual la victoria de Octubre hubiera sido imposible.

CAPITULO XLIII
EL ARTE DE LA INSURRECCIÓN

Al igual que la guerra, la gente no hace por gusto la revolución. Sin embargo, la diferencia radica en que, en una guerra, el papel decisivo es el de la coacción; en una revolución no hay otra coacción que la de las circunstancias. La revolución se produce cuando no queda ya otro camino. La insurrección, elevándose por encima de la revolución como una cresta en la cadena montañosa de los acontecimientos, no puede ser provocada artificialmente, lo mismo que la revolución en su conjunto. Las masas atacan y retroceden antes de decidirse a dar el último asalto.

De ordinario se opone la conspiración a la insurrección, como la acción concertada de una minoría ante el movimiento elemental de la mayoría. En efecto: una insurrección victoriosa que sólo puede ser la obra de una clase destinada a colocarse a la cabeza de la nación; es profundamente distinta, tanto por la significación histórica como por sus métodos, de un golpe de Estado realizado por conspiradores que actúan a espaldas de las masas.

De hecho, en toda sociedad de clases existen suficientes contradicciones como para que entre las fisuras se pueda urdir un complot. La experiencia histórica prueba, sin embargo, que también es necesario cierto grado de enfermedad social -como en España, en Portugal y en América del Sur- para que la política de las conspiraciones pueda alimentarse constantemente. En estado puro, la conspiración, incluso en caso de victoria, sólo puede reemplazar en el poder camarillas de la misma clase dirigente o, menos aún, sustituir hombres de Estado La victoria de un régimen social sobre otro sólo se ha dado en la historia a través de insurrecciones de masas. Mientras que, frecuentemente, los complots periódicos son la expresión del marasmo y la descomposición de la sociedad, la insurrección popular, en cambio, surge de ordinario como resultado de una rápida evolución anterior que rompe el viejo equilibrio de la nación. Las "revoluciones" crónicas de las repúblicas sudamericanas no tienen nada en común con la revolución permanente, sino que, al contrario, son en cierto sentido su antítesis.

Lo que acabamos de decir no significa en absoluto que la insurrección popular y la conspiración se excluyan mutuamente en todas las circunstancias. Un elemento de conspiración entra casi siempre en la insurrección en mayor o menor medida. Etapa históricamente condicionada de la revolución, la insurrección de las masas no es nunca exclusivamente elemental. Aunque estalle de improviso para la mayoría de sus

participantes, es fecundada por aquellas ideas en las que los insurrectos vean una salida para los dolores de su existencia. Pero una insurrección de masas puede ser prevista y preparada. Puede ser organizada de antemano. En este caso, el complot se subordina a la insurrección, la sirve, facilita su marcha, acelera su victoria. Cuanto más elevado es el nivel político de un movimiento revolucionario y más seria su dirección, mayor es el lugar que ocupa la conspiración en la insurrección popular.

Es indispensable comprender exactamente la relación entre la insurrección y la conspiración, tanto en lo que las opone como en lo que se completan recíprocamente, y con mayor razón dado que el empleo mismo de la palabra "conspiración" tiene un aspecto contradictorio en la literatura marxista según designe a la actividad independiente de una minoría que toma la iniciativa o a la preparación por la minoría del levantamiento de la mayoría.

Es cierto que la historia demuestra que una insurrección popular puede vencer en ciertas condiciones sin complot. Al surgir por el ímpetu "elemental" de una revuelta general, en diversas protestas, manifestaciones, huelgas, escaramuzas callejeras, la insurrección puede arrastrar a una parte del ejército, paralizar las fuerzas del enemigo y derribar el viejo poder. Esto es -hasta cierto punto- lo que sucedió en febrero de 1917 en Rusia. Un cuadro análogo presenta el desarrollo de las revoluciones alemana y austrohúngara durante el otoño de 1918. En la medida en que en estos dos casos no estaban a la cabeza de los insurrectos partidos profundamente penetrados de los intereses y designios de la insurrección, la victoria de ésta debía transmitir inevitablemente el poder a las manos de los partidos que se habían opuesto a la insurrección hasta el último momento.

Derribar el antiguo poder es una cosa. Otra diferente es adueñarse de él. En una revolución, la burguesía puede tomar el poder, no porque sea revolucionaria, sino porque es la burguesía: tiene en sus manos la propiedad, la instrucción, la prensa, una red de puntos de apoyo, una jerarquía de instituciones. En muy diferente situación se encuentra el proletariado: desprovisto de los privilegios sociales que existen en su exterior, el proletariado insurrecto sólo puede contar con su propio número, su cohesión, sus cuadros, su Estado Mayor.

Del mismo modo que un herrero no puede tomar con su mano desnuda un hierro candente, el proletariado tampoco puede conquistar el poder con las manos vacías: le es necesaria una organización apropiada para esta tarea. En la combinación de la insurrección de masas con la conspiración, en la subordinación del complot a la insurrección, en la organización de la insurrección a través de la conspiración, radica el terreno complicado y

lleno de responsabilidades de la política revolucionaria que Marx y Engels denominaban "el arte de la insurrección". Ello supone una justa dirección general de las masas, una orientación flexible ante cualquier cambio de las circunstancias, un plan meditado de ofensiva, prudencia en la preparación técnica y audacia para dar el golpe.

Los historiadores y los hombres políticos designan habitualmente insurrección de las fuerzas elementales a un movimiento de masas que, ligado por su hostilidad al antiguo régimen, no tiene perspectivas claras ni métodos de lucha elaborados, ni dirección que conduzca conscientemente a la victoria. Los historiadores oficiales, por lo menos los demócratas, presentan a la insurrección de las fuerzas elementales como una calamidad histórica inevitable cuya responsabilidad recae sobre el antiguo régimen. La verdadera causa de esta indulgencia consiste en que la insurrección de las fuerzas elementales no puede salir de los límites del régimen burgués.

Por el mismo camino marcha también la socialdemocracia: no niega la revolución en general, en tanto que catástrofe social, del mismo modo que no niega los terremotos, las erupciones de los volcanes, los eclipses de sol y las epidemias de peste. Lo que niega como "blanquismo" o, peor aún, como bolchevismo, es la preparación consciente de la insurrección, el plan, la conspiración. En otros términos, la socialdemocracia está dispuesta a sancionar, aunque ciertamente con retraso, los golpes de Estado que transmiten el poder a la burguesía, condenando al mismo tiempo con intransigencia los únicos métodos que pueden transmitir el poder al proletariado. Tras una falsa objetividad se esconde una política de defensa de la sociedad capitalista.

De sus observaciones y reflexiones sobre los fracasos de numerosos levantamientos en los que participó o fue testigo, Augusto Blanqui dedujo un cierto número de reglas tácticas, sin las cuales la victoria de la revolución se hace extremadamente difícil si no imposible. Blanqui recomendaba la creación con tiempo suficiente de destacamentos revolucionarios regulares con dirección centralizada, un buen aprovisionamiento de municiones, un reparto bien calculado de las barricadas, cuya construcción sería prevista y que se defenderían sistemáticamente. Por supuesto, todas estas reglas, concernientes a los problemas militares de la insurrección, deben ser inevitablemente modificadas al mismo tiempo que las condiciones sociales y la técnica militar cambien; pero de ningún modo son "blanquismo" en sí mismas, en el sentido que los alemanes puedan hablar de "putchismo" o de "aventurismo" revolucionario.

La insurrección es un arte y como todo arte tiene sus leyes. Las reglas de Blanqui respondían a las exigencias del realismo en la guerra revolucionaria. El error de Blanqui

consistía no en su teorema directo, sino en el recíproco. Del hecho que la incapacidad táctica condenaba al fracaso a la revolución, Blanqui deducía que la observación de las reglas de la táctica insurreccionar era capaz por sí misma de asegurar la victoria. Solamente a partir de esto es legítimo oponer el blanquismo al marxismo. La conspiración no sustituye a la insurrección. La minoría activa del proletariado, por bien organizada que esté, no puede conquistar el poder independientemente de la situación general del país: en esto el blanquismo es condenado por la historia. Pero únicamente en esto. El teorema directo conserva toda su fuerza. Al proletariado no le basta con la insurrección de las fuerzas elementales para la conquista del poder. Necesita la organización correspondiente, el plan, la conspiración. Es así como Lenin plantea la cuestión.

La crítica de Engels, dirigida contra el fetichismo de la barricada, se apoyaba en la evolución de la técnica en general y de la técnica militar. La técnica insurreccional del blanquismo correspondía al carácter del viejo París, a su proletariado, compuesto a medias de artesanos; a las calles estrechas y al sistema militar de Luis Felipe. En principio, el error del blanquismo consistía en la identificación de revolución con insurrección. El error técnico del blanquismo consistía en identificar la insurrección con la barricada. La crítica marxista fue dirigida contra los dos errores. Considerando, de acuerdo con el blanquismo, que la insurrección es un arte, Engels descubrió no sólo el lugar secundario de la insurrección en la revolución, sino también el papel declinante de la barricada en la insurrección. La crítica de Engels no tenía nada en común con una renuncia a los métodos revolucionarios en provecho del parlamentarismo puro, como intentaron demostrar en su tiempo los filisteos de la socialdemocracia alemana, con el concurso de la censura de los Hohenzollern. Para Engels, la cuestión de las barricadas seguía siendo uno de los elementos técnicos de la insurrección. Los reformistas, en cambio, intentaban concluir de la negación del papel decisivo de la barricada la negación de la violencia revolucionaria en general. Es más o menos como si, razonando sobre la disminución probable de la trinchera en la próxima guerra, se dedujese el hundimiento del militarismo.

La organización con la que el proletariado pudo no sólo derribar el antiguo régimen, sino también sustituirlo, es el soviet. Lo que más adelante se convirtió en el resultado de la experiencia histórica, hasta la insurrección de Octubre, no era más que un pronóstico teórico, aunque se apoyaba, es cierto, sobre la experiencia previa de 1905. Los soviets son los órganos de preparación de las masas para la insurrección, los órganos de la insurrección y, después de la victoria, los órganos del poder.

Sin embargo, los soviets no resuelven por sí mismos la cuestión. Según su programa y dirección, pueden servir para diversos fines. El partido es quien da a los soviets el programa. Si en una situación revolucionaria -y fuera de ella son generalmente imposibles- los soviets engloban a toda la clase, a excepción de las capas completamente atrasadas, pasivas o desmoralizadas, el partido revolucionario está a la cabeza de la clase. El problema de la conquista del poder sólo puede ser resuelto por la combinación del partido con los soviets, o con otras organizaciones de masas más o menos equivalentes a los soviets.

Cuando el soviet tiene a su cabeza un partido revolucionario, tenderá conscientemente y a tiempo a adueñarse del poder. Adaptándose a las variaciones de la situación política y al estado de espíritu de las masas, preparará los puntos de apoyo de la insurrección, ligará los destacamentos de choque a un único objetivo y elaborará de antemano el plan de ofensiva y del último asalto: esto precisamente significa introducir la conspiración organizada en la insurrección de masas.

Más de una vez, y mucho antes de la insurrección de Octubre, los bolcheviques habían tenido que refutar más de una vez las acusaciones que les dirigían sus adversarios, quienes les imputaban maquinaciones conspirativas y blanquismo. Y sin embargo nadie como Lenin llevó una lucha tan intransigente contra el sistema de pura conspiración. Los oportunistas de la socialdemocracia internacional tomaron más de una vez bajo su protección la vieja táctica socialista revolucionaria del terror individual contra los agentes del zarismo, resistiéndose a la crítica implacable de los bolcheviques, que oponían al individualismo aventurero de la *intelligentsia* el camino de la insurrección de masas. Pero al rechazar todas las variantes del blanquismo y del anarquismo, Lenin no se postraba ni un minuto ante la fuerza elemental "sagrada" de las masas. Había reflexionado antes, y con más profundidad que cualquier otro, sobre la relación entre los factores objetivos y subjetivos de la revolución, entre el movimiento de las fuerzas elementales y la política del partido, entre las masas populares y la clase avanzada, entre el proletariado y su vanguardia, entre los soviets y el partido, entre la insurrección y la conspiración.

Pero el hecho de que no se pueda provocar cuando se quiere un levantamiento y que para la victoria sea necesario organizar oportunamente la insurrección, plantea a la dirección revolucionaria el problema de dar un diagnóstico exacto: es preciso sorprender a tiempo la insurrección que asciende para completarla con una conspiración. Aunque se haya abusado mucho de la imagen, la intervención obstétrica en un parto sigue siendo la ilustración más viva de esta intromisión consciente en un proceso elemental. Herzen acusaba hace tiempo a su amigo Bakunin de que, en todas sus empresas revolucionarias,

invariablemente tomaba el segundo mes del embarazo por el noveno. En cuanto a Herzen, estaba más bien dispuesto a negar el embarazo incluso en el noveno mes. En febrero, casi no se planteó la cuestión de la fecha del parto en la medida en que la insurrección había estallado de "manera inesperada", sin dirección centralizada. Pero precisamente por eso el poder pasó no a los que habían realizado la insurrección, sino a los que la habían frenado. Ocurría de una forma muy distinta en la nueva insurrección: estaba conscientemente preparada por el partido bolchevique. El problema de elegir el buen momento para dar la señal de ofensiva recayó, por ello mismo, en el Estado Mayor bolchevique.

La palabra "momento" no ha de entenderse literalmente, como un día y una hora determinados: incluso para los alumbramientos, la naturaleza concede un margen de tiempo considerable cuyos límites no sólo interesan a la obstetricia, sino también a la casuística del derecho de sucesión. Entre el momento en que la tentativa de provocar un levantamiento, por ser aún inevitablemente prematura, conduciría a un aborto revolucionario, y el otro momento en que la situación favorable debe ser considerada ya como irremediablemente perdida, transcurre un cierto período de la revolución -puede medirse en semanas y, algunas veces, en meses- durante el cual la insurrección puede realizarse con más o menos probabilidades de triunfo. Discernir este período relativamente corto y escoger después un momento determinado, en el sentido preciso del día y de la hora, para dar el último golpe, constituye la tarea más llena de responsabilidades para la dirección revolucionaria. Se puede justamente considerarlo como el problema clave, puesto que relaciona la política revolucionaria con la técnica de la insurrección: ¿habrá que recordar que la insurrección, lo mismo que la guerra, es, la prolongación de la política, sólo que por otros medios?

La intuición y la experiencia son necesarias para una dirección revolucionaria, así como para los otros aspectos del arte creador. Pero eso no basta. También el arte del curandero puede reposar, y no sin éxito, sobre la intuición y la experiencia. El arte del curandero político sólo basta para las épocas y períodos en los que predomina la rutina. Una época de grandes cambios históricos ya no tolera las obras de los curanderos. La experiencia, incluso inspirada por la intuición, no es suficiente. Es necesario un método materialista que permita descubrir, tras las sombras chinescas de los programas y las consignas, el movimiento real de los cuerpos sociales.

Las premisas esenciales de una revolución consisten en que el régimen social existente se encuentra incapaz de resolver los problemas fundamentales del desarrollo de la nación. La revolución no se hace, sin embargo, posible más que en el caso en que entre los

diversos componentes de la sociedad aparece una nueva clase capaz de ponerse a la cabeza de la nación para resolver los problemas planteados por la historia. El proceso de preparación de la revolución consiste en que las tareas objetivas, producto de las contradicciones económicas y de clase, logran abrirse un camino en la conciencia de las masas humanas, modifican aspectos y crean nuevas relaciones entre las fuerzas políticas.

Como resultado de su incapacidad manifiesta para sacar al país del callejón, las clases dirigentes pierden fe en sí mismas, los viejos partidos se descomponen, se produce una lucha encarnizada entre grupos y camarillas y se centran todas las esperanzas en un milagro o en un taumaturgo. Todo esto constituye una de las premisas políticas de la insurrección, extremadamente importante aunque pasiva.

La nueva conciencia política de la clase revolucionaria, que constituye la principal premisa táctica de la insurrección, se manifiesta por una furiosa hostilidad al orden establecido y por la intención de realizar los esfuerzos más heroicos y estar dispuesta a tener víctimas para arrastrar al país a un camino de rehabilitación.

Los dos campos principales, los grandes propietarios y el proletariado, no representan, sin embargo, la totalidad de la nación. Entre ellos se insertan las amplias capas de la pequeña burguesía, que recorren toda la gama del prisma económico y político. El descontento de las capas intermedias, sus desilusiones ante la política de la clase dirigente, su impaciencia y su rebeldía, su disposición a apoyar la iniciativa audazmente revolucionaria del proletariado, constituyen la tercera condición política de la insurrección, en parte pasiva en la medida que neutralice a los estratos superiores de la pequeña burguesía, y en parte activa en la medida que empuje a los sectores más pobres a luchar directamente codo a codo con los obreros.

La reciprocidad condicional de esas premisas es evidente: cuanto más resuelta y firmemente actúe el proletariado y, por tanto, mayores sean sus posibilidades de arrastrar a las capas intermedias, tanto más aislada quedará la clase dominante y más se acentuará su desmoralización. Y, en cambio, la disgregación de los grupos dirigentes lleva agua al molino de la clase revolucionaria.

El proletariado sólo puede adquirir esa confianza en sus propias fuerzas -indispensable para la revolución- cuando descubre ante él una clara perspectiva, cuando tiene la posibilidad de verificar activamente la relación de fuerzas que cambia a su favor y cuando se siente dirigido por una dirección perspicaz, firme y audaz. Esto nos conduce a la condición, última en su enumeración pero no en su importancia, de la conquista del poder: al partido revolucionario como vanguardia estrechamente única y templada de la clase.

Gracias a una combinación favorable de las condiciones históricas, tanto internas como internacionales, el proletariado ruso tuvo a su cabeza un partido excepcionalmente dotado de una claridad política y de un temple revolucionario sin igual: únicamente esto permitió a una clase joven y poco numerosa cumplir una tarea histórica de gran envergadura. En general, como lo atestigua la historia -la Comuna de París, las revoluciones alemana y austríaca de 1918, los soviets de Hungría y de Baviera, la revolución italiana de 1919, la crisis alemana de 1923, la revolución china de los años 1925-1927, la revolución española de 1931-, el eslabón más débil en la cadena de las condiciones ha sido hasta ahora el del partido: lo más difícil para la clase obrera consiste en crear una organización revolucionaria que esté a la altura de sus tareas históricas. En los países más antiguos y más civilizados, hay fuerzas considerables que trabajan para debilitar y descomponer la vanguardia revolucionaria. Una importante parte de este trabajo se ve en la lucha de la socialdemocracia contra el "blanquismo", denominación bajo la cual se hace figurar la esencia revolucionaria del marxismo.

Por numerosas que hayan sido las grandes crisis sociales y políticas, la coincidencia de todas las condiciones indispensables para una insurrección proletaria victoriosa y estable no se ha visto hasta ahora en la historia más que una sola vez: en octubre de 1917, en Rusia. Una situación revolucionaria no es eterna. De todas las premisas de una insurrección, la más inestable es el estado de ánimo de la pequeña burguesía. En los momentos de crisis nacionales, la pequeña burguesía sigue a la clase que, no sólo por la palabra sino por la acción, le inspira confianza. Capaz de fuertes impulsos, e incluso de delirios revolucionarios, la pequeña burguesía no tiene resistencia, pierde fácilmente el valor en caso de fracaso y sus ardientes esperanzas se transforman en desilusiones. Son precisamente los violentos y rápidos cambios de su estado de ánimo los que dan esa inestabilidad a cada situación revolucionaria. Si el partido proletario no es lo suficientemente resuelto como para transformar a tiempo la expectativa y las esperanzas de las masas populares en una acción revolucionaria, el flujo será pronto reemplazado por un reflujo: las capas intermedias apartarán su mirada de la revolución y buscarán su salvación en el campo opuesto. Así como en la marea ascendente el proletariado arrastra con él a la pequeña burguesía, en el momento del reflujo la pequeña burguesía arrastra consigo a importantes capas del proletariado. Tal es la dialéctica de las olas comunistas y fascistas en la evolución política de la Europa de posguerra.

Intentando apoyarse en el aforismo de Marx -ningún régimen desaparece de la escena antes de haber agotado todas sus posibilidades-, los mencheviques negaban que fuese

admisible luchar por la dictadura del proletariado en la Rusia atrasada donde el capitalismo estaba todavía muy lejos del desgaste completo. En este razonamiento había dos errores, y cada uno era fatal. El capitalismo no es un sistema nacional sino mundial. La guerra imperialista y sus consecuencias han probado que el régimen capitalista se ha agotado a escala mundial. La revolución en Rusia fue la ruptura del eslabón más débil en el sistema capitalista mundial.

Pero la falsedad de la concepción menchevique se revela también desde el punto de vista nacional. Admitamos que, ateniéndonos a una abstracción económica, pueda afirmarse que el capitalismo en Rusia no había agotado sus posibilidades. Pero los procesos económicos no tienen lugar en las esferas celestes, sino que se producen en un medio histórico concreto. El capitalismo no es una abstracción: es un sistema vivo de relaciones de clase que, ante todo, tienen necesidad del poder estatal. Los mencheviques no negaban que la monarquía, bajo cuya protección se había formado el capitalismo ruso, había agotado sus posibilidades. La revolución de Febrero intentó establecer un régimen estatal intermedio. Hemos seguido paso a paso su historia: en unos ocho meses este régimen estaba completamente agotado. En tales condiciones, ¿qué orden gubernamental podía asegurar el desarrollo ulterior del capitalismo ruso?

"La república burguesa, defendida únicamente por los socialistas de tendencias moderadas, que no encontraban apoyo en las masas..., no podía mantenerse. Lo esencial de ella estaba corroído y sólo quedaba la cáscara." Esta justa apreciación pertenece a Miliukov. Según el mismo, la suerte del sistema corroído debía ser la misma que la de la monarquía zarista: "Ambos habían preparado el terreno para la revolución y el día de ésta ninguno de ellos encontró un solo apoyo."

Miliukov caracterizaba la situación de julio y agosto por una alternativa entre dos nombres: Kornílov o Lenin. Pero Kornílov había hecho ya su juego, que terminó con un lamentable fracaso. En todo caso no había lugar ya para el régimen de Kerenski. Por diversos que fuesen los ánimos, testimonia Sujánov, "no había unidad más que en el odio al kerensquismo". Así como la monarquía zarista se había hecho imposible para las esferas dirigentes de la nobleza, incluidos los grandes duques, el gobierno de Kerenski se hizo odioso para los mismos inspiradores del régimen, los "grandes duques" de los círculos conciliadores. En ese descontento general, en ese agudo malestar político de todas las clases, reside uno de los síntomas más importantes de una situación revolucionaria ya madura. Es así como cada músculo, cada nervio, cada fibra del organismo están intolerablemente tensos cuando un grueso abceso está a punto de abrirse.

La resolución del Congreso bolchevique de julio, que prevenía a los obreros de los conflictos prematuros, indicaba al mismo tiempo que se haría necesario aceptar la batalla "cuando la crisis de toda la nación y el profundo levantamiento de las masas creasen las condiciones favorables para que los elementos pobres de las ciudades y del campo hagan suya la causa de los obreros". Este momento llegó en septiembre y octubre.

La insurrección podía contar en adelante con el éxito, puesto que podía apoyarse en una auténtica mayoría popular. Por supuesto, esto no ha de comprenderse formalmente. Si se hubiera abierto previamente un referéndum sobre la cuestión de la insurrección, habría dado resultados extremadamente contradictorios e indecisos. La disponibilidad íntima a apoyar la insurrección no es en absoluto identificable con la facultad de ser consciente de antemano de su necesidad. Además, las repuestas dependerían en gran medida de la forma misma de plantear la cuestión, del órgano que dirijiese la encuesta o, hablando más simplemente, de la clase que se encontrase en el poder.

Los métodos de la democracia tienen sus límites. Se puede interrogar a todos los viajeros de un tren para saber cuál es el tipo de vagón que mejor conviene, pero no se puede ir a preguntarles a todos para saber si hay que frenar en plena marcha el tren que va a descarrilar. No obstante, si la operación se efectúa con destreza y a tiempo, se podrá contar con seguridad con la aprobación de los viajeros.

Las consultas parlamentarias al pueblo tienen lugar todas al mismo tiempo; sin embargo, en tiempos de revolución, las diversas capas populares llegan a las mismas conclusiones con un retraso inevitable, a veces muy pequeño. Mientras que la vanguardia arde de impaciencia revolucionaria, las capas atrasadas comienzan únicamente a despertar. En Petrogrado y en Moscú, todas las organizaciones de masas estaban bajo la dirección de los bolcheviques; en la provincia de Tambov, que contaba con más de tres millones de habitantes, es decir, un poco menos que las dos capitales juntas, sólo surgió por primera vez una fracción bolchevique en el soviet poco antes de la revolución de Octubre.

Los silogismos del desarrollo objetivo no coinciden nunca día a día con los silogismos de la reflexión de las masas. Y cuando, por la marcha de los acontecimientos, se hace urgente una gran decisión práctica, lo último que se podrá hacer es recurrir a un referéndum. Las diferencias de nivel y de consciencia de las diversas capas populares se reducen a través de la acción: los elementos de vanguardia arrastran a los vacilantes y aíslan a los que se resisten. La mayoría no se cuenta, se conquista. La insurrección asciende precisamente cuando no se ve más salida a las contradicciones que la acción directa.

Aunque incapaz de sacar por sí mismo las deducciones políticas necesarias de su guerra contra los propietarios nobles, el campesinado, por el hecho mismo de su levantamiento agrario, se unía de antemano a la insurrección de las ciudades, la llamaba y la exigía. Expresaba su voluntad, no por una papeleta en blanco, sino por el "gallo rojo" (el incendio): éste era un referéndum más serio. El campesinado ofrecía su apoyo en los límites indispensables para el establecimiento de la dictadura soviética. "Esta dictadura -replicaba Lenin a los indecisos- dará tierra a los campesinos y todos los poderes a los comités campesinos locales: ¿cómo se puede dudar, a menos de volverse loco, de que los campesinos sostendrán esta dictadura?" Para que los soldados, los campesinos, las nacionalidades oprimidas, errando en la tormenta de nieve de las papeletas electorales, conociesen a los bolcheviques en la práctica, era necesario que los bolcheviques tomasen el poder.

¿Cuál debía ser la relación de fuerzas que permitiese al proletariado conquistar el poder? "En un momento decisivo, sobre un punto decisivo, hay que tener una aplastante superioridad de fuerzas", escribía Lenin más tarde, explicando la insurrección de Octubre; esta ley de los éxitos militares es también la ley del éxito político, sobre todo en esta encarnizada e hirviente guerra de clases que es la revolución. Las capitales y en general los grandes centros comerciales e industriales... deciden en gran parte los destinos políticos del pueblo, por supuesto a condición de que los centros sean apoyados por las fuerzas locales, rurales, aunque este apoyo no llegue inmediatamente." En este sentido dinámico, Lenin hablaba de la mayoría del pueblo e indicaba el único significado real del concepto de mayoría.

Los adversarios demócratas se consolaban pensando que el pueblo que seguía a los bolcheviques no era más que la materia prima, arcilla moldeable de la historia: el molde serían los demócratas en colaboración con los burgueses instruidos. "¿No comprende esta gente -preguntaba el periódico de los mencheviques- que nunca el proletariado y la guarnición de Petrogrado habían estado tan aislados de las otras capas sociales?" La desgracia del proletariado y de la guarnición consistía en que estaban "aislados" de las clases a las que se disponían a arrebatar el poder.

En realidad, ¿podía contarse seriamente con la simpatía y el apoyo de las masas ignorantes de la provincia y del frente? Su bolchevismo, escribía desdeñosamente Sujánov, "no era otra cosa que odio a la coalición y ansia por obtener la tierra y la paz". ¡Como si eso no bastase! El odio a la coalición significaba un esfuerzo para arrebatar el poder a la burguesía. El ansia de la tierra y la paz era un programa grandioso que los campesinos y

soldados se disponían a realizar bajo la dirección de los obreros. La nulidad de los demócratas, incluso de los que estaban más a la izquierda, procedía de la falta de confianza de los escépticos "instruidos" respecto a esas masas oscuras que captan los fenómenos globalmente, sin entrar en los detalles y los matices . Una actitud intelectual, tan falsamente aristocrática y desdeñosa del pueblo, era extraña al bolchevismo, contraria a su misma naturaleza. Los bolcheviques no eran hombres de manos blancas, amigos del pueblo trabajando en su gabinete, pedantes. No tenían miedo de las capas atrasadas que por primera vez se elevaban de las profundidades. Los bolcheviques tomaban al pueblo tal como lo había hecho la historia, tal como estaba destinado a realizar la revolución. Los bolcheviques consideraban que su misión era colocarse a la cabeza de ese pueblo. Contra la insurrección se pronunciaban "todos" excepto los bolcheviques. Pero los bolcheviques eran el pueblo.

La fuerza política esencial de la insurrección de Octubre residía en el proletariado, en cuya composición ocupaban el primer lugar los obreros de Petrogrado. A la vanguardia de la capital estaba, por otro lado, el distrito de Viborg.

El plan de insurrección había escogido este barrio esencialmente proletario como punto de partida para el desarrollo de la ofensiva.

Los conciliadores de todos los tipos, comenzando por Mártov, intentaron, después de la insurrección, presentar al bolchevismo como una tendencia de simples soldados. La socialdemocracia europea se apoderó alegremente de esa teoría. Se cerraban los ojos ante los hechos históricos fundamentales, a saber: que el proletariado había sido el primero en pasar al bando de los bolcheviques; que los obreros de Petrogrado señalaban el camino a los obreros de todo el país; que las guarniciones y el frente continuaron mucho tiempo apoyando a los conciliadores; que los socialistas revolucionarios y los mencheviques introdujeron en el sistema soviético toda clase de privilegios para los soldados en detrimento de los obreros, lucharon contra el armamento de éstos y excitaron contra ellos a los soldados; que sólo bajo la influencia de los obreros se produjo el cambio en las tropas: que la dirección de los soldados se encontró en manos de los obreros en el momento decisivo y, en fin, que un año más tarde la socialdemocracia alemana, siguiendo el ejemplo de sus correligionarios rusos, se apoyó en los soldados para la lucha contra los obreros.

Hacia el otoño, los conciliadores de derecha habían perdido ya definitivamente la posibilidad de hablar en las fábricas y en los cuarteles. Pero los de izquierda intentaban todavía persuadir a las masas de que la insurrección era una locura. Mártov, que, al combatir la ofensiva de la contrarrevolución en julio, había encontrado un sendero hacia la

conciencia de las masas, volvía ahora a una tarea sin esperanzas. "No podemos estar seguros -reconocía el 14 de octubre en la sesión del Comité ejecutivo central- de que los bolcheviques nos escucharán." Sin embargo, consideraba que su deber era advertir a "las masas". Pero las masas querían acción y no lecciones de moral. Aun en los casos en que escuchaban con relativa paciencia al advertidor conocido, continuaban, como reconoce Mstislavski, "pensando a su manera, como antes". Sujánov cuenta que, bajo un cielo lluvioso, intentó convencer a los obreros de los talleres Putilov de que era posible arreglar todo sin insurrección. Fue interrumpido por voces impacientes. Le escucharon dos o tres minutos y le interrumpieron de nuevo. "Después de varias tentativas, abandoné. Esto no iba bien... y la lluvia nos mojaba cada vez más." Bajo el cielo poco clemente de octubre, los pobres demócratas de izquierda, según sus propias descripciones, parecían polluelos mojados.

El motivo político favorito de los adversarios "de izquierda" de la insurrección -y se encontraban igualmente en los medios bolcheviques- consistía en señalar la ausencia de combatividad en la base. "El estado de ánimo de los trabajadores y de las masas de soldados -escribían Zinóviev y Kámenev el 11 de octubre- no recuerda en absoluto al que existía antes del 3 de julio." Esto no estaba desprovisto de fundamento; la larga espera había producido una cierta fatiga en el proletariado de Petrogrado. Comenzaba a desesperar hasta de los bolcheviques: ¿también ellos iban a decepcionarlos? El 16 de octubre, Rajia, uno de los bolcheviques más combativos de Petrogrado, de origen finés, decía en la conferencia del Comité central: "Evidentemente, nuestra consigna empieza a retrasarse, ya que dudan que hagamos lo que hemos llamado a hacer." Pero la fatiga de la espera, que daba la impresión de decaimiento, sólo duró hasta la primera señal de combate.

Atraerse a las tropas es la primera tarea de toda insurrección. Esto se logra principalmente por medio de la huelga general, las demostraciones de masas, las escaramuzas callejeras, los combates de barricadas. La exclusiva originalidad de la insurrección de Octubre, en ninguna parte y nunca alcanzada en un grado tan acabado, consiste en el hecho de que, gracias a un concurso feliz de circunstancias, la vanguardia proletaria consiguió arrastrar a su lado a la guarnición de la capital antes de que comenzase el levantamiento; no solamente a arrastrar, sino a consolidar organizativamente su conquista mediante el mecanismo de la insurrección de Octubre, sin ser completamente consciente de que el problema más importante, que se prestaba más difícilmente a un cálculo previo, había sido resuelto en lo esencial en Petrogrado, antes del comienzo de la lucha armada.

Eso no significa que la insurrección se hizo superflua. Aunque la aplastante mayoría de la guarnición se colocase al lado de los obreros, la minoría estaba contra los obreros, contra la insurrección, contra los bolcheviques. Esa pequeña minoría se componía de los elementos más cualificados del ejército: el cuerpo de oficiales, los junkers, los batallones de choque y quizá también los cosacos. No se puede conquistar políticamente a estos elementos: había que vencerlos. En su última parte, el problema de la insurrección, que ha entrado en la historia bajo el signo de Octubre, tenía un carácter puramente militar. La solución debía venir, en su última etapa, de los fusiles, de las bayonetas, de las ametralladoras y quizá incluso de los cañones. El partido bolchevique trabajó en este sentido.

¿Cuáles eran las fuerzas militares del conflicto que se preparaba? Boris Sokolov, que dirigía el trabajo militar del partido socialista revolucionario, cuenta que, en el período que precedió a la insurrección, "todas las organizaciones de partido en los regimientos se habían desintegrado, con la excepción de las bolcheviques, y las circunstancias no eran las mejores para formar otras nuevas. La opinión de los soldados era manifestamente bolchevique, pero su bolchevismo era pasivo y carecían de toda propensión a actuar activamente por las armas". Sokolov no olvida añadir: "Hubieran bastado uno o dos regimientos totalmente fieles y capaces de combatir para tener en jaque a toda la guarnición." Decididamente, todos, desde los generales monárquicos a los intelectuales "socialistas", carecían "de uno o dos regimientos" contra la revolución proletaria. Pero lo que es cierto es que la guarnición, en su inmensa mayoría hostil al gobierno, ni era capaz de batirse, ni se alineó junto a los bolcheviques. La causa de esto residía en la ruptura entre la antigua estructura militar de las tropas y su nueva estructura política. La espina dorsal de una formación combativo de tropas está constituida por el mando. Este estaba contra los bolcheviques. Desde el punto de vista político, la espina dorsal de la tropa eran los bolcheviques. Sin embargo, no solamente no sabían mandar, sino que en la mayor parte de los casos casi no sabían servirse de las armas. La masa de los soldados no era homogénea. Los elementos activos, combativos, formaban -como siempre- una minoría. La mayoría de los soldados simpatizaba con los bolcheviques, votaba por ellos, los elegía, pero no esperaba de ellos una solución. Los elementos hostiles a los bolcheviques entre las tropas eran demasiado insignificantes para atreverse a alguna iniciativa. La opinión política de la guarnición era así excepcionalmente favorable a una insurrección. Pero, desde el punto de vista combativo, estaba claro de antemano que no tenía un peso importante.

Sin embargo, hubiera sido erróneo no contar con la guarnición en los cálculos de las operaciones militares. Millares de soldados dispuestos a luchar al lado de la revolución estaban diseminados en una masa más pasiva, y precisamente por eso la arrastraban en mayor o menor medida. Diversos contingentes, de composición más escogida, guardaban la disciplina y su capacidad de combate. Existían sólidos núcleos revolucionarios en todas las formaciones. En el 6.º Batallón de reserva, que contaba aproximadamente con diez mil hombres, de cinco compañías, la primera se distinguía siempre, habiendo adquirido casi desde el comienzo de la revolución reputación de bolchevique y se mostró digna de ello en las jornadas de Octubre. En término medio, los regimientos de la guarnición, en realidad, no existían en tanto que tales, ya que, dislocado el mecanismo de su dirección, eran incapaces de un gran esfuerzo militar; pero a pesar de ello eran aglomeraciones de hombres armados, la mayoría de los cuales estaban ya fogueados. Todos los contingentes estaban ligados por un único y mismo estado de ánimo: derribar cuanto antes a Kerenski, volver a los hogares y proceder a la reforma agraria. Así, la guarnición, completamente disgregada, estrechó filas una vez más durante las jornadas de Octubre para llevar a cabo un impresionante estrépito de armas antes de disolverse definitivamente.

¿Qué fuerza constituían, desde el punto de vista militar, los obreros de Petrogrado? Esta cuestión concierne a la Guardia roja. Ha llegado el momento de hablar de esto con más detalle: en las próximas jornadas está destinada a comprometerse en la gran arena de la historia.

La guardia obrera, cuyas tradiciones se remontan al año 1905, renació con la revolución de Febrero y compartió después las vicisitudes de esta última. Kornílov, entonces comandante en jefe de la región militar de Petrogrado, afirmaba que los depósitos de artillería habían dejado escapar, durante las jornadas del derrocamiento de la monarquía, treinta mil revólveres y cuarenta mil fusiles. Además, una considerable cantidad de armas cayó en las manos del pueblo a consecuencia del desarme de la policía y gracias a los regimientos simpatizantes. Nadie respondió cuando se exigió la restitución de las armas. La revolución enseña que hay que hacer caso de un fusil. Los obreros organizados sólo pudieron procurarse una parte muy pequeña de esta ganga.

El problema de la insurrección no se planteó a los obreros durante los cuatro primeros meses. El régimen democrático de la dualidad de poderes abría a los bolcheviques la posibilidad de conquistar la mayoría en los soviets. Las compañías *[drujini]* obreras de francotiradores constituían uno de los elementos de la milicia democrática. Pero todo esto

era más bien en la forma que en el fondo. Un fusil en manos de un obrero significa un principio histórico bien distinto que en las manos de un estudiante.

El hecho de que los obreros poseyesen armas inquietó desde un principio a las clases dominantes, ya que de esta forma se desplazaban bruscamente la relación de fuerzas en las fábricas. En Petrogrado, donde el aparato estatal, apoyado por el Comité ejecutivo central, representaba al comienzo una fuerza indiscutible, la milicia obrera no parecía aún tan amenazadora. Pero en las regiones industriales de provincia, el reforzamiento de la guardia obrera indicaba la subversión de todas las relaciones, no sólo en el interior de la empresa, sino también mucho más en sus alrededores. Los obreros armados destituían a los contramaestres, a los ingenieros e incluso los detenían. Por decisión de las asambleas de fábrica, los guardias rojos eran frecuentemente pagados con los fondos de las empresas. En el Ural, con ricas tradiciones de lucha guerrillera en 1905, las compañías de francotiradores obreros imponían el orden bajo la dirección de los antiguos militantes. Los obreros armados liquidaron casi imperceptiblemente el poder oficial, sustituyéndolo por los órganos soviéticos. El sabotaje practicado por los propietarios y los administradores imponía a los obreros la necesidad de proteger las empresas: máquinas, depósitos, reservas de carbón y materias primas. Los papeles estaban invertidos. El obrero estrechaba sólidamente los puños sobre su fusil para defender la fábrica, en la cual veía la fuente misma de su poder. De este modo, los elementos de la dictadura obrera se constituían en las empresas y los distritos, aun antes de que el proletariado en su totalidad se hubiese apoderado del poder estatal.

Los conciliadores, que reflejan como siempre las aprehensiones de los propietarios, se oponían con todas sus fuerzas al armamento de los obreros de la capital, reduciéndolo al mínimo. Según Minichev, todo el armamento del distrito de Narva se componía "de una quincena de fusiles y de algunos revólveres". Durante este tiempo se multiplicaban los asaltos y los actos de violencia en la ciudad. De todas partes llegaban rumores alarmantes que anunciaban nuevas sacudidas. En vísperas de la manifestación de julio se esperaba ver el distrito incendiado. Los obreros buscaban armas golpeando en todas las puertas, y a veces las derribaban.

De la manifestación del 3 de julio, los obreros de Putilov volvieron con un trofeo: una ametralladora con cinco cajas de cartuchos. "Estábamos contentos como niños" -cuenta Minichev. Según Lichkov, los obreros de su fábrica poseían ochenta fusiles y veinte grandes revólveres. ¡Toda una riqueza! Del Estado Mayor de la Guardia roja obtuvieron dos ametralladoras; una fue establecida en el refectorio y otra en el desván. "Nuestro jefe

-cuenta Lichkov- era Kocherovski, y sus adjuntos más próximos eran Tomchak, asesinado por los guardias blancos durante las jornadas de Octubre en Tsarkoie Selo, y Yefímov, fusilado por las bandas de blancos en Yamburg." Estas líneas parsimoniosas permiten echar un vistazo al interior del laboratorio de las fábricas donde se formaban los cuadros de la insurrección de Octubre y del futuro Ejército rojo, donde se seleccionaban, se habituaban a mandar y se forjaban los Tomchak, los Yefímov, cientos y miles de obreros anónimos que, tras conquistar el poder, lo defendieron intrépidamente contra el enemigo y cayeron, después, en todos los campos de batalla.

Los acontecimientos de Julio modifican inmediatamente la situación de la Guardia roja. El desarme de los obreros se efectúa ya abiertamente y no por la persuasión, sino por el empleo de la fuerza. Bajo la apariencia de entregar las armas, los obreros sólo entregan los desechos. Todo lo que vale algo es cuidadosamente escondido. Los fusiles son repartidos entre los miembros seguros del partido. Las ametralladoras se entierran cubiertas de grasa. Los destacamentos de la guardia se repliegan y pasan a la clandestinidad, uniéndose más estrechamente a los bolcheviques.

La tarea del armamento de los obreros estaba concentrada en un principio en los comités de fábrica y los comités de distrito del partido. Restablecida después del aplastamiento de Julio, la Organización militar de los bolcheviques, que hasta entonces sólo había trabajado entre la guarnición y en el frente, se ocupó por primera vez de instruir a la Guardia roja procurando instructores a los obreros y, en algunos casos, armas. La perspectiva de la insurrección armada indicada por el partido inclina imperceptiblemente a los obreros avanzados a dar otro sentido a la Guardia roja. Ya no es la milicia de las fábricas y de los barrios obreros, sino que son los cuadros del futuro ejército de la insurrección.

Durante el mes de agosto se hicieron más frecuentes los incendios en los talleres y las fábricas. Cada una de las crisis que se suceden va precedida de una convulsión en la conciencia colectiva, que envía delante de ella una onda alarmante. Los comités de fábrica trabajan intensamente para proteger a las empresas contra los atentados. Se sacan los fusiles escondidos. El levantamiento de Kornílov legaliza definitivamente a la Guardia roja. En las compañías obreras se inscriben alrededor de veinticinco mil hombres, pero en realidad ni remotamente se les puede armar de fusiles, ni tan siquiera de ametralladoras. De la fábrica de pólvora de Schluselburg, los obreros conducen por el Neva una barca llena de granadas y explosivos: ¡contra Kornílov! El Comité ejecutivo central de los conciliadores rechaza

este don de los "griegos". Los hombres de la Guardia roja del distrito de Viborg distribuyeron durante la noche, en los barrios, esos peligrosos regalos.

"La instrucción referente al arte del manejo del fusil, que antes se hacía en habitaciones y tugurios -cuenta el obrero Skorinko-, se hacía ahora al aire libre, en los jardines y en las avenidas." "El taller se transforma en plaza de armas -afirma en sus recuerdos el obrero Rakitov. Ante los tornos, los fresadores tienen la mochila en la bandolera y el fusil sobre la máquina." Pronto todos los del taller donde se fabrican bombas se inscribían en la guardia, salvo los viejos socialistas revolucionarios y los mencheviques. Después de la señal de la sirena, se reúnen todos para hacer ejercicio. "Se codean el obrero barbudo y el pequeño aprendiz, mientras que ambos escuchan atentamente a su instructor." Mientras que se dislocaban definitivamente las antiguas tropas del zar, en las fábricas se asentaban las bases del futuro Ejército rojo.

Una vez sobrepasado el peligro de Kornílov, los conciliadores obstaculizaron la ejecución de sus compromisos: sólo entregaron trescientos fusiles a los treinta mil obreros de Putilov. Pronto cesó completamente el suministro de armas: el peligro no provenía ahora de la derecha, sino de la izquierda; había que buscar protección no en los proletarios, sino en los junkers.

La ausencia de un fin práctico inmediato y la insuficiencia del armamento dieron lugar a un reflujo de obreros que abandonaron la Guardia roja. Pero esto sólo fue un corto decaimiento. En cada acometida se había formado el suficiente número de cuadros esenciales. Se establecieron sólidos lazos entre las diferentes compañías obreras. Los cuadros saben por experiencia que existen considerables reservas y que en el momento de peligro deben ser puestas en pie.

El paso del Soviet a manos de los bolcheviques modifica radicalmente la situación de la Guardia roja. Perseguida o tolerada hasta entonces, se transforma en un órgano oficial del Soviet, que ya extiende su brazo hasta el poder. Frecuentemente los obreros pueden procurarse armas y sólo piden al Soviet una autorización. Desde finales de septiembre, y sobre todo después del 10 de octubre, los preparativos de la insurrección se plantean abiertamente en el orden del día. Un mes antes del levantamiento, se realizan intensivamente ejercicios militares, especialmente de tiro, en decenas de fábricas de Petrogrado. Hacia mediados de octubre aumenta todavía más el interés por el manejo de las armas. En algunas empresas se inscriben casi todos en las compañías.

Los obreros reclaman cada vez más impacientemente las armas del Soviet, pero hay infinitamente menos fusiles que manos tendidas para recibirlos. "Yo iba diariamente al

Smolni -cuenta el ingeniero Kozmin- y veía a los obreros y marineros acercarse a Trotski, ofreciéndole o pidiéndole armas para los obreros, informándole de la distribución de esas armas y preguntándole: ¿Cuándo comenzará esto? La impaciencia era grande..."

Formalmente, la Guardia roja sigue siendo independiente de los partidos. Pero cuanto más próximo está el desenlace, tanto más los bolcheviques están en primer plano: constituyen el núcleo de cada compañía, tienen en sus manos el aparato de mando y el enlace con las otras empresas y distritos. Los obreros sin partido y los socialistas revolucionarios de izquierda siguen a los bolcheviques.

Sin embargo, aun en vísperas de la insurrección, las filas de la Guardia roja son poco numerosas. El 16, Uritski, miembro del Comité central bolchevique, estimaba que el ejército obrero de Petrogrado se componía de cuarenta mil bayonetas. La cifra es más bien exagerada. Los recursos en armamento seguían siendo muy limitados: por débil que fuese el gobierno, no se podían ocupar los arsenales sin lanzarse por el camino de la insurrección.

El 22 tuvo lugar la conferencia de la Guardia roja de toda la ciudad: un centenar de delegados representaban aproximadamente a veinte mil combatientes. La cifra no debe ser tomada muy a la letra: no todos los inscritos se mostraron activos; en cambio, numerosos voluntarios acudieron a los destacamentos en los momentos de peligro. Los estatutos adoptados al día siguiente por la conferencia definen a la Guardia roja como "la organización de las fuerzas armadas del proletariado para combatir a la contrarrevolución y defender las conquistas de la revolución". Notemos esto: veinticuatro horas antes de la insurrección, el problema se define en términos defensivos y no ofensivos.

La formación de base es una decuria; cuatro decurias constituyen una sección; tres secciones forman una compañía; tres compañías, un batallón. Con el mando y los contingentes especiales, el batallón cuenta con más de quinientos hombres. Los batallones de distrito constituyen un destacamento. En las grandes fábricas como Putilov organizan destacamentos autónomos. Los equipos especiales de técnicos -zapadores, automovilistas, telegrafistas, ametralladoristas, artilleros- unas veces están encolados en sus empresas respectivas como adjuntos a los destacamentos de infantería y otras veces operan independientemente, según el tipo de tarea a realizar. Todos los mandos son electivos. Esto no supone ningún riesgo: todos son voluntarios y se conocen bien entre ellos.

Las obreras crean destacamentos de ambulancias. En la fábrica de material para los hospitales militares se anuncian cursos para enfermeras. "En casi todas las fábricas -escribe Tatiana Graf- hay ya servicios regulares de obreras que trabajan como ambulancistas, provistas del material sanitario indispensable." La organización es extremadamente pobre

en recursos pecuniarios y técnicos. Poco a poco, los comités de fábrica envían material para las ambulancias y los cuerpos francos. Durante las horas de la insurrección, estas débiles células se desarrollaron rápidamente; pronto tuvieron a su disposición considerables recursos técnicos. El 4, el Soviet del barrio de Viborg prescribe lo siguiente: "Requisar inmediatamente todos los automóviles... Inventariar todo el material sanitario para ambulancias y establecer servicios de guardia en estas últimas."

Un número creciente de obreros sin partido se incorporaban a los ejercicios de tiro y de maniobra. Aumentaba el número de los cuerpos de la guardia. En las fábricas, la guardia era asegurada día y noche. Los Estados Mayores de la Guardia roja se instalaban en locales más espaciosos. El 23 se procedió al examen de conocimientos de los guardias rojos de la fábrica de cartuchos. Un menchevique intentó hablar contra el levantamiento, pero su tentativa fue ahogada bajo una tempestad de indignación: "¡Basta, ya ha pasado el tiempo de las discusiones!" Es tan irresistible el movimiento, que se apodera incluso de los mencheviques. "Se enrolan en la Guardia roja -cuenta Tatiana Graf-, participan en todos los servicios de mando y hasta muestran iniciativa." Skorinko describe el modo en que, el día 23, socialistas revolucionarios y mencheviques, jóvenes y viejos, fraternizaron con los bolcheviques dentro del destacamento, y cómo él mismo abrazó con alegría a su padre, obrero de la misma fábrica. El obrero Peskovoy cuenta: en el destacamento armado "había jóvenes obreros, de dieciséis años aproximadamente, y viejos de hasta la cincuentena". La mezcla de edades añadía "ímpetu y espíritu combativo". El barrio de Viborg se preparaba a la batalla con un ardor muy particular. Se toman las llaves de los puentes móviles que pasan por el arrabal, se estudian los puntos vulnerables del barrio, se elige un Comité militar revolucionario, y los comités de fábrica restablecen sus permanencias. Kaiurov escribe con legítimo orgullo sobre los obreros de Viborg: "Han sido los primeros en entrar en lucha contra la autocracia, los primeros en establecer en su distrito la jornada de ocho horas, los primeros en salir en armas para protestar contra los diez ministros capitalistas, los primeros en protestar, el 7 de julio, contra las persecuciones infligidas a nuestro partido, y no han sido los últimos en la jornada decisiva del 25 de octubre." ¡La verdad es la verdad!

La historia de la Guardia roja es en gran medida la historia de la dualidad de poderes: ésta, por sus contradicciones internas y sus conflictos, facilitaba a los obreros la creación de una importante fuerza armada desde antes de la insurrección. Es una tarea prácticamente irrealizable, al menos por el momento, calcular el número de destacamentos obreros que existían en todo el país en el momento de la insurrección. En todo caso, decenas y decenas

de miles de obreros armados constituían los cuadros de la insurrección. Las reservas eran casi inagotables.

Evidentemente, la organización de la Guardia roja estaba muy lejos de ser perfecta. Todo se hacía apresuradamente, en bloque, no siempre con destreza. La mayor parte de los guardias rojos estaban mal preparados, los servicios de enlace marchaban mal, los avituallamientos no eran muchos, el cuerpo de ambulancias no estaba todavía dispuesto. Pero, completada con los obreros más capaces de sacrificio, la Guardia roja ardía de deseos de llevar esta vez la lucha hasta final. Y esto es lo que decidió el asunto.

La diferencia entre los destacamentos obreros y los regimientos campesinos no estaba únicamente determinada por la composición social de unos y otros. Un gran número de soldados campesinos, habiendo regresado de nuevo a sus aldeas y habiéndose repartido la tierra de los propietarios, combatirán desesperadamente contra los guardias blancos, primero en los destacamentos de guerrilleros y después en el Ejército rojo. Independientemente de la diferencia social, existe otra, que es más inmediata: mientras que la guarnición es un conglomerado coactivo de viejos soldados refractarios a la guerra, los destacamentos de la Guardia roja son de reciente formación, por selección individual, sobre nuevas bases y con nuevos objetivos.

El Comité militar revolucionario dispone todavía de una tercer arma: los marinos del Báltico. Por su composición social, su medio, es mucho más próximo a los obreros que la Infantería. Entre ellos hay un gran número de obreros de Petrogrado. El nivel político de los marinos es infinitamente más elevado que el de los soldados. A diferencia de los reservistas, poco combativos y que habían olvidado el uso del fusil, los marinos no habían interrumpido el servicio efectivo.

Para las operaciones activas, se podía confiar firmemente en los comunistas armados, en los destacamentos de la Guardia roja, en la vanguardia de los marinos y en los regimientos mejor conservados. Los elementos de este conglomerado militar se completaban entre sí. La numerosa guarnición no tenía mucha voluntad de lucha. Los destacamentos de marinos no eran muy numerosos. A la Guardia roja le faltaba experiencia. Los obreros, con los marinos, aportaban energía, audacia, ímpetu. Los regimientos de la guarnición constituían una reserva poco móvil que imponía por su número y aplastaba por la masa.

En el contacto cotidiano con los obreros, los soldados y los marinos, los bolcheviques se daban cuenta claramente de las profundas diferencias cualitativas entre los

elementos del ejército que debían conducir al combate. Sobre el cálculo de esas diferencias se basó en buena parte la elaboración del plan mismo de la insurrección.

La fuerza social del otro campo estaba constituida por las clases dominantes. Ello determinaba su debilidad militar. ¿Cuánto y dónde se habían batido los importantes personajes del capital, de la prensa, de las cátedras universitarias? Tenían la costumbre de informarse por teléfono o telégrafo del resultado de los combates en los que se decidió su propia suerte. ¿La joven generación, los hijos, los estudiantes? Casi todos eran hostiles a la insurrección de Octubre. Pero la mayor parte de ellos, como sus padres, esperaban a distancia el resultado de los combates. Una parte se adhirió más tarde a los oficiales y a los junkers, que ya antes eran reclutados en gran parte entre los estudiantes. Los propietarios no tenían al pueblo con ellos, Los obreros, soldados y campesinos se habían vuelto contra ellos. El derrumbe de los partidos conciliadores mostraba que las clases dominantes se habían quedado sin ejército.

La importancia de los raíles en la vida de los Estados modernos hacía que la cuestión de los ferroviarios ocupase un lugar dominante en los cálculos políticos de ambos campos. La composición jerárquica del personal ferroviario abría posibilidades de una extrema heterogeneidad política, creando así condiciones favorables para los diplomáticos conciliadores. El "Vikjel" (comité ejecutivo panruso de los ferroviarios), que se había formado tardíamente, tenía raíces mucho más sólidas entre los empleados e incluso entre los obreros que, por ejemplo, los comités del ejército en el frente. Sólo una minoría de los ferroviarios seguía a los bolcheviques, principalmente en los depósitos y talleres. Según el informe de Schmidt, uno de los dirigentes bolcheviques del movimiento sindical, los ferroviarios más próximos al partido eran los de las redes de Petrogrado y Moscú.

Pero también en la masa de empleados y obreros conciliadores, la huelga ferroviaria de septiembre produjo un brusco viraje hacia la izquierda. El descontento provocado por el "Vikjel", que se había comprometido con sus zig-zags, era cada vez más resuelto. Lenin señalaba que "los ejércitos de ferroviarios y de empleados de Correos continúan en agudo conflicto con el gobierno". Esto era casi suficiente ya desde el punto de vista de los problemas inmediatos de la insurrección.

La situación era menos favorable en la administración de Correos y Telégrafos. Según el bolchevique Boki, "los aparatos telegráficos están custodiados, sobre todo por kadetes". Pero aun aquí, el personal inferior se oponía con hostilidad a la jerarquía. Entre los carteros había un grupo dispuesto a apoderarse del correo en el momento favorable.

Era inútil soñar en convencer a todos los ferroviarios y empleados de Correos únicamente con palabras. Si hubiesen vacilados los bolcheviques, habrían *dominado* los kadetes y los dirigentes conciliadores. Si la dirección revolucionaria actuaba resueltamente, la base debía arrastrar tras ella a las capas intermedias, aislando a los dirigentes del "Vikjel". La estadística no es suficiente en los cálculos de la revolución: es necesario el coeficiente de la acción viva.

Los adversarios de la insurrección, incluso en las mismas filas del partido bolchevique, encontraban sin embargo bastantes motivos para sus deducciones pesimistas. Zinóviev y Kámenev advertían que no había que subestimar las fuerzas del adversario. "Petrogrado decide, pero en Petrogrado los enemigos disponen de fuerzas importantes: cinco mil junkers perfectamente armados y que saben batirse; un Estado Mayor; batallones de choque, cosacos; y una parte importante de la guarnición, más una muy considerable artillería dispuesta en abanico alrededor de Piter. Además, es casi seguro que los adversarios intentarán traer tropas del frente con la ayuda del Comité ejecutivo central..." Esta enumeración es imponente, pero sólo es una enumeración. Si en su conjunto el ejército es una aglomeración social, cuando se escinde abiertamente, los dos ejércitos son conglomerados de campos opuestos. El ejército de los poseedores llevaba adentro el gusano del aislamiento y de la disgregación.

Después de la ruptura de Kerenski con Kornílov, los hoteles, los restaurantes y los garitos estaban repletos de oficiales hostiles al gobierno. Sin embargo, su odio contra los bolcheviques era infinitamente más vivo. Según la regla general, Inactividad más intensa en favor del gobierno se manifestaba por parte de los oficiales monárquicos. "Queridos Kornílov y Krímov, lo que no habéis podido hacer quizá lo consigamos nosotros si Dios nos ayuda..." Tal es la invocación del oficial Sinegub, uno de los más valerosos defensores del Palacio de Invierno el día de la insurrección. Pero no hubo más que raras unidades que se mostraron realmente dispuestas a la lucha, aunque el cuerpo de oficiales era muy numeroso. Ya el complot de Kornílov había mostrado que el cuerpo de oficiales, profundamente desmoralizado, no constituía una fuerza combativa.

La composición social de los junkers es heterogénea y no hay unanimidad entre ellos. Junto a los militares por herencia, hijos y nietos de oficiales, hay buen número de elementos adventicios, reclutados por las necesidades de la guerra ya en tiempos de la monarquía. El jefe de la escuela de ingeniería dice a un oficial, "Tú y yo estamos condenados... ¿Acaso no somos nobles? ¿Podemos razonar de otra forma?" A los junkers de origen democrático, estos señores vanidosos, que habían esquivado con éxito una

muerte noble, los consideran palurdos, mujiks, "de rasgos groseros y obtusos". En el interior de las escuelas de los junkers hay una línea profundamente trazada que separa a los hombres de sangre roja de los de sangre azul, y los más celosos en la defensa del poder republicano son precisamente los que más añoran la monarquía. Los junkers demócratas declaran que no están con Kerenski ni con el Comité ejecutivo central. La revolución había abierto por primera vez las puertas de las escuelas de los junkers a los judíos. Al esforzarse para estar a la altura de los privilegiados, los hijos de familia de la burguesía judía manifestaban un espíritu extremadamente belicoso contra los bolcheviques. Desgraciadamente, esto no bastó para salvar al régimen y ni siquiera para defender el Palacio de Invierno. La composición heterogénea de las escuelas militares y su completo aislamiento del ejército daban como resultado que en las horas críticas también los junkers comenzasen a tener sus mítines: ¿qué harán los cosacos? ¿Se moverán otras fuerzas aparte de nosotros? Y en general, ¿valía la pena batirse por el gobierno provisional?

Según el informe de Podvoiski, a principios de octubre había unos ciento veinte junkers socialistas en las escuelas militares de Petrogrado, de los cuales cuarenta y dos o cuarenta y tres eran bolcheviques. "Los junkers dicen que todo el mundo de las escuelas es contrarrevolucionario. Se les prepara ostensiblemente para aplastar el levantamiento en caso de manifestaciones..." Como puede verse, el número de socialistas, y sobre todo de bolcheviques, es completamente insignificante. Pero da la posibilidad al Smolni de conocer lo esencial de lo que ocurre dentro de los junkers. Por lo demás, toda la topografía de las escuelas militares es sumamente desventajosa: los junkers están diseminados por los cuarteles y, aunque hablen con desdén de los soldados, los consideran con suma aprehensión.

Sus temores están muy suficientemente motivados. Miles de miradas hostiles observan a los junkers desde los cuarteles vecinos y los barrios obreros. La vigilancia es tanto más efectiva cuanto que en cada escuela hay un destacamento de soldados que en palabras conservan la neutralidad, pero que de hecho se inclinan a favor de los insurrectos. Los arsenales de las escuelas están en manos de los soldados rasos. "Estos tunantes -escribe un oficial de la escuela de ingeniería- no sólo han perdido las llaves del depósito, de tal forma que me he visto obligado a derribar la puerta, sino que además habían quitado los cerrojos a las metralletas y los habían escondido vaya a saberse dónde." En semejantes circunstancias, es difícil esperar de los junkers milagros de heroísmo.

¿Estaba amenazada la insurrección de Petrogrado de un golpe desde fuera, de las guarniciones vecinas? Durante los últimos días de su existencia, la monarquía no había

cesado de confiar en el pequeño anillo de tropas que rodeaba a la capital. La monarquía había calculado mal. Pero, ¿qué sucedería esta vez? Asegurarse de condiciones que excluyesen todo peligro, era hacer inútil la insurrección: su función es precisamente romper los obstáculos que no se pueden eliminar por la política. No sé puede calcular todo de antemano. Pero todo lo que se podía prever fue calculado.

A principios de octubre tuvo lugar en Cronstadt la Conferencia de los soviets de la provincia de Petrogrado. Los delegados de las guarniciones de las afueras -de Gachina, de Tsarkoie-Selo, de Krasnoie-Selo, de Oranienbaum, de Cronstadt mismo- dieron la nota más alta, según el diapasón de los marinos del Báltico. Su resolución fue apoyada por el Soviet de los diputados campesinos de la provincia de Petrogrado: los mujiks, sobrepasando a los socialistas revolucionarios de izquierda, se inclinaban vivamente hacia los bolcheviques.

En la conferencia del Comité central del día 16, el obrero Stepanov trazó un cuadro bastante abigarrado del estado de fuerzas en la provincia, pero en el que dominaban netamente los tonos del bolchevismo. En Sestroretsk y en Kolpino, los obreros se arman y el ánimo es de batalla. En Novi-Peterhof ha cesado el trabajo en el regimiento, está desorganizado. En Krasnoie-Selo, el regimiento número 176 (el mismo que había montado la guardia ante el palacio de Táurida el 4 de julio) y el número 172 están del lado del bolchevismo; "pero, además, está la Caballería". En Luga, la guarnición, de treinta mil hombres, se ha pasado al banco del bolchevismo, una parte todavía duda; el Soviet es partidario aún de la defensa nacional. En Gdova, el regimiento es bolchevique. En Cronstadt había decaído el ánimo; la ebullición de las guarniciones había sido demasiado fuerte en los meses precedentes y los mejores elementos de la marinería se encontraban en la flota para las operaciones de guerra. En Schluselburg, a sesenta verstas de Petrogrado, el soviet se había transformado desde hacía tiempo en el único poder; los obreros de la fábrica de pólvora estaban dispuestos a apoyar a la capital en cualquier momento.

Si se combinan con los resultados de la Conferencia de los soviets de Cronstadt, los datos sobre las reservas de primera línea pueden ser considerados muy alentadores. Las ondas que emanaban de la insurrección de Febrero fueron suficientes para disolver la disciplina en una esfera muy amplia. Ahora se puede tener, por tanto, más confianza en las guarniciones más próximas a la capital, ya que sus tendencias son suficientemente conocidas de antemano.

A las reservas de segunda línea pertenecen las tropas de los frentes de Finlandia y del norte. Allí el asunto se presenta de forma aun más favorable. El trabajo de Smilga, de

Antónov, de Dibenko dio frutos inapreciables. Con la guarnición de Helsingfors, la flota se transformó, sobre el territorio de Finlandia, en un poder soberano. El gobierno no tenía allí ninguna autoridad. Dos divisiones de cosacos llevadas a Helsingfors -Kornílov las había destinado a dar un golpe sobre Petrogrado- habían tenido tiempo de ligarse estrechamente a los marinos y apoyaban a los bolcheviques o a los socialistas revolucionarios de izquierda, que en la flota del Báltico se distinguían muy poco de los bolcheviques.

Helsingfors tendió la mano a los marinos de la base de Reval, menos decididos hasta entonces. El Congreso regional de los soviets del norte, cuya iniciativa, al parecer, pertenecía también a la flota del Báltico, agrupó a los soviets de las guarniciones más próximas a Petrogrado en un círculo tan amplio que englobó por una parte a Moscú y por otra a Arjangelsk. "De este modo -escribe Antónov- se realizaba la idea de blindar a la capital de la revolución contra los posibles ataques de las tropas de Kerenski." Smilga volvió del congreso a Helsingfors para preparar un destacamento especial de marinos, de infantería y artillería, destinado a ser enviado a Petrogrado a la primera señal. El ala finlandesa era una de las mejores garantías de la insurrección de Petrogrado. De ahí podía esperarse no un golpe sino una ayuda seria.

Pero también en otros sectores del frente las cosas iban muy bien, y en todo caso mucho mejor que lo que se imaginaban los bolcheviques más optimistas. Durante el mes de octubre hubo nuevas elecciones de comités en el ejército y en todas partes con un notable cambio a favor de los bolcheviques. En el cuerpo acantonado en Dvinsk, "los viejos soldados razonables" fueron todos totalmente marginados en las elecciones para comités de regimiento y compañía; sus puestos fueron ocupados por "oscuros e ignorantes sujetos... de ojos irritados, centelleantes y gargantas de lobo". En otros sectores ocurrió lo mismo. "Por todas partes se realizan nuevas elecciones para los comités y en todas partes son elegidos únicamente bolcheviques y derrotistas." Los comisarios del gobierno empezaban a evitar las misiones en los regimientos: "En estos momentos, su situación no es mejor que la nuestra." Citamos aquí al barón Budberg. Dos regimientos de caballería de su cuerpo, húsares y cosacos del Ural, que habían permanecido durante más tiempo que otros en manos de sus jefes y no se habían negado a aplastar los motines, cedieron súbitamente y exigieron "que se dispensase de toda función punitiva o de gendarme". El sentido amenazador de esta advertencia era más claro para el barón que para cualquier otro. "No se puede tener a raya a una jauría de hienas, de chacales y de carneros tocando el violín -escribía-... la única solución está en la aplicación a gran escala del hierro candente." Y aquí, con una confesión trágica: "Este hierro falta y no se sabe dónde encontrarlo."

Si no mencionamos testimonios análogos de otros cuerpos y divisiones, únicamente es porque sus jefes no eran tan observadores como Budberg o porque no redactaban diarios íntimos, o porque esos diarios no han salido aún a la superficie. Pero el Cuerpo del ejército acantonado en Dvinsk no se distinguía en nada especial, si no es por el coloreado estilo de su jefe, de otros cuerpos del V Ejército, el cual, por otra parte, sólo llevaba una escasa ventaja a los otros contingentes.

El Comité conciliador del V Ejército, que había quedado en suspenso desde hacía tiempo, continuaba expidiendo telegramas a Petrogrado, en los que amenazaba con restablecer el orden en la retaguardia por la bayoneta. "Todo esto no son más que fanfarronadas, viento", escribe Budberg. El Comité vivía, sus últimos días. El día 23 fue reelegido. El presidente del nuevo comité bolchevique fue Sklianski, joven y excelente organizador, que pronto dio toda la magnitud de su talento en el terreno de la formación del Ejército rojo.

El 22 de octubre, el adjunto del comisario gubernamental del frente norte comunicaba al comisario de Guerra que las ideas del bolchevismo tenían un éxito cada vez más creciente en el ejército, que las masas querían la paz y que hasta la Artillería, que había resistido hasta el último momento, se había hecho "accesible" a la propaganda derrotista. Este era también un síntoma importante. "El gobierno provisional no goza de ninguna autoridad", así se expresa en un informe al gobierno uno de sus agentes directos en el ejército, tres días antes de la insurrección.

Es cierto que el Comité militar revolucionario no conocía entonces todos estos documentos. Pero lo que sabía era más que suficiente. El 23, los representantes de los diversos contingentes del frente desfilaron ante el Soviet de Petrogrado reclamando la paz: en caso contrario, las tropas se lanzarían contra la retaguardia y "exterminarían a todos los parásitos que se disponen a guerrear otros diez años más". Tomad el poder, decían al Soviet las gentes del frente: "las trincheras os apoyarán".

En los frentes más alejados y atrasados, sudoeste y rumano, los bolcheviques eran todavía raros, seres extraños. Pero también allí eran las mismas las tendencias que se manifestaban entre los soldados. Eugenia Boch cuenta que en el segundo cuerpo de la Guardia, acantonado en los alrededores de Jmerinka, de sesenta mil soldados, apenas si había un joven comunista y dos simpatizantes; lo cual no impidió que el cuerpo partiese para defender a la insurrección en las jornadas de Octubre.

Hasta el último momento, los círculos gubernamentales depositaron su confianza en las tropas cosacas, pero, menos ciegos, los políticos burgueses de derechas comprendían

que también allí se presentaban muy mal las cosas. Los oficiales cosacos eran casi todos kornilovianos. Los cosacos rasos tendían siempre más hacia la izquierda. Esto no se comprendió durante mucho tiempo en el gobierno, que estimaba que la frialdad de los regimientos cosacos ante el Palacio de Invierno provenía del agravio infligido a Kaledin. Pero, finalmente, resultó claro, incluso para el ministro de Justicia, Maliantovich, que Kaledin "sólo tenía con él a los oficiales cosacos, mientras que los cosacos rasos, como los demás soldados, se inclinaban simplemente hacia el bolchevismo".

De aquel frente que, en los primeros días de marzo besaba manos y pies al sacrificador liberal, que llevaba en triunfo a los ministros kadetes, se embriagaba con los discursos de Kerenski y creía que los bolcheviques eran agentes de Alemania, no quedaba nada. Las rosadas ilusiones quedaban pisoteadas en el fango de las trincheras que los soldados se negaban a seguir midiendo con sus botas agujereadas. "El desenlace se acerca - escribía el mismo día de la insurrección de Petrogrado Budberg- y no puede haber ninguna duda sobre su desenlace; en nuestro frente no hay ya un solo contingente... que no esté en poder de los bolcheviques."

CAPITULO XLIV
LA TOMA DE LA CAPITAL

Todo cambiaba y todo seguía invariable. La revolución conmovía al país, hacía más profunda su descomposición, asustaba a unos, irritaba a otros, pero aún no se había atrevido a llegar hasta el fin, no había transformado nada. El Petersburgo imperial, más que muerto parecía sumido en un sueño letárgico. La revolución había puesto banderitas rojas en las manos de las figuras de los monumentos de hierro colado de la monarquía.

En las fachadas de los edificios gubernamentales ondeaban enormes pedazos de tela roja. Pero los palacios, los ministerios, los Estados Mayores vivían, al parecer, completamente aparte de las banderas rojas, que, por añadidura, se habían descolorido considerablemente bajo los efectos de las lluvias otoñales. Las águilas bicéfalas con el cetro y la corona habían sido retiradas, o, más frecuentemente aún, cubiertas con un trapo o disimuladas apresuradamente con una mano de pintura. Hubiérase dicho que se habían escondido. Toda la vieja Rusia se había escondido, con las mandíbulas desencajadas por la rabia.

Las ágiles figuras de los agentes de la milicia recuerdan, en los cruces de calles, la revolución, que había barrido a los "faraones", semejantes a monumentos vivos. Rusia hace ya casi dos meses que lleva el nombre de República. La familia zarista se halla en Tobolsk. No; no ha pasado en vano el torbellino de febrero. Pero los generales zaristas siguen siendo generales; los senadores no han dejado de ser senadores; los consejeros secretos defienden su rango; los títulos siguen conservando su vigor; las escarapelas y los gorros ribeteados evocan la jerarquía burocrática, y los botones amarillos con un águila señalan a los estudiantes. Y, sobre todo, los terratenientes siguen siendo tales terratenientes, a la guerra no se le ve el fin y los diplomáticos aliados siguen tirando insolentemente de los hilos que hacen moverse a la Rusia oficial.

Todo sigue como antes, y, sin embargo, todo ha cambiado. Los barrios aristocráticos se sienten abandonados. Los barrios de la burguesía liberal se van acercando más a la aristocracia. El pueblo, patriótico mito antaño, se ha convertido en una terrible realidad. Todo vacila y se hunde bajo los pies. El misticismo hace su aparición en aquellos círculos en que la gente se burlaba poco de las supersticiones de la monarquía.

En vísperas de la revolución de Octubre, adquiría ya carácter general el éxodo -que se había acentuado desde las jornadas de Julio- de la gente que abandonaba el Petrogrado enfurecido y hambriento, para refugiarse en las provincias, donde era mayor la tranquilidad

y menores las angustias del hambre. Los bolsistas, los abogados, las bailarinas renegaban de la maldad que se había apoderado de los hombres. La fe en la Asamblea constituyente iba evaporándose de día en día. Gorki, en su periódico, vaticinaba el próximo hundimiento de la cultura. Las familias acomodadas que no habían podido abandonar la capital, intentaban en vano aislarse de la realidad tras los muros de piedra y las verjas de hierro. Los ecos de la tormenta se infiltraban por todas partes: llegaban del mercado, donde todo aumentaba de precio y escaseaba; en la prensa, que se había convertido en un rugido de odio y de miedo; de la calle hirviente, donde a veces se disparaba debajo de las ventanas; por la criada, en fin, que ya no quería someterse humildemente. Por esta parte, acaso, pudiera decirse que la revolución atacaba al punto más sensible: la resistencia de los esclavos domésticos destruía definitivamente la estabilidad de la vida patriarcal.

Y, sin embargo, la rutina cotidiana seguía defendiéndose con todas sus fuerzas. En las escuelas, los alumnos empleaban los mismos manuales de siempre; los funcionarios llenaban hojas y hojas de papel que maldita la falta que le hacían a nadie; los poetas zurcían versos que nadie leía. Las chicas de familias aristocráticas o de comerciantes que llegaban de provincias aprendían música o buscaban novio. El viejo cañón de la fortaleza de Pedro y Pablo anunciaba el mediodía. En el teatro de Marinski se representaba un nuevo *ballet,* y es de suponer que el ministro de Estado, Terechenko, más fuerte en coreografía que en diplomacia, encontraría tiempo para admirar la habilidad con que se sostenían en las puntas de los pies las bailarinas, y demostrar con ello la estabilidad del régimen.

Los restos de los viejos festines eran muy abundantes todavía, y con dinero se podía adquirir todo. Los oficiales de la Guardia hacían resonar sus espuelas y buscaban aventuras. Sucedíanse sin descanso las juergas desenfrenadas en los reservados de los restauranes de lujo. La supresión del fluido eléctrico a media noche no impedía que florecieran los clubes de juego, donde, a la luz de las bujías, burbujeaba el champaña, los brillantes malversadores de fondos públicos desplomaban a los espías alemanes, no menos brillantes que ellos, los contrabandistas semíticos dejaban chicos a los conspiradores monárquicos, y las cifras astronómicas de las apuestas señalaban simultáneamente las proporciones adquiridas por la disipación y la inflación.

¿Es posible que ese tranvía ordinario, descuidado, sucio, lento, de que cuelga la gente en racimos, vaya de ese San Petersburgo agonizante a los barrios obreros, que viven en una tensión apasionada? Las cúpulas azules y doradas del monasterio de Smolni indican desde lejos el Estado Mayor de la insurrección, instalado allí, en los suburbios de la vieja ciudad, donde acaba la línea del tranvía y el Neva traza una curva brusca hacia el Sur, separando de

las afueras el casco de la capital. Ese extenso edificio gris de tres pisos, ese cuartel hasta entonces destinado a la educación de las muchachas aristocráticas, es ahora la fortaleza de los soviets. Los pasillos, largos y resonantes, diríanse creados para enseñar las leyes de la perspectiva. En las puertas de las numerosas habitaciones que se abren a lo largo de los pasillos se conservan todavía las placas de esmalte: "Despacho de los profesores", "Tercera clase", "Cuarta clase", "Vigilante de la clase". Pero al lado de las viejas placas, o cubriéndolas, aparecen hojas de papel, pegadas de cualquier modo, con los jeroglíficos misteriosos de la revolución: CC. PSR.[30], S. D.[31], mencheviques, S. D. bolcheviques, etc. John Reed, tan observador, escribió un letrero en los muros: "Compañeros, en bien de vuestra salud, sed limpios." Sin embargo, nadie, empezando por la naturaleza, observa la limpieza. El Petrogrado de octubre vive bajo una cúpula de lluvia. Las calles, que nadie limpia hace tiempo, están llenas de barro. En el patio del Smolni hay unos charcos inmensos. Las botas de los soldados llevan la suciedad a los pasillos y a las salas. Pero ahora nadie mira hacia abajo, hacia las piernas; todo el mundo mira hacia adelante.

Smolni, impulsado por la apasionada simpatía de las masas, manda de un modo cada vez más firme e imperioso. La dirección central, sin embargo, sólo abarca una pequeña parte de la labor que ha de determinar en conjunto la revolución. En esos días y en esas noches, las fábricas y los cuarteles son los principales laboratorios de la historia. La barriada de Viborg concentra, como en los días de febrero, las fuerzas fundamentales de la revolución; pero a diferencia de aquellos días, cuenta ahora con una potente organización, declarada y reconocida por todos. Partiendo de los barrios obreros, de los restaurantes de las fábricas, de los clubes, de los cuarteles, todos los hilos van a parar el número 33 de la perspectiva Sampsonievskaya, donde están instalados el comité de barriada de los bolcheviques, el Soviet de Viborg y el Estado Mayor de la guardia roja. El barrio se halla completamente en poder de los obreros. Los enemigos no se atreven a asomar por allí. La milicia del barrio se funde con la guardia roja. Si el gobierno aplastara a Smolni, el barrio de Viborg se bastaría por sí solo para reconstituir el centro director y asegurar la continuación de la ofensiva.

El desenlace iba acercándose inexorablemente, pero, hasta el último momento, los dirigentes consideraban, o fingían considerar, que no había motivos particulares de inquietud. La Embajada británica, que -tenía razones suficientes para seguir con toda atención los acontecimientos de Petrogrado, poseía, según el embajador ruso de aquel

[30] Comité central del Partido socialrevolucionario. [NDT.]

[31] Socialdemócratas. [NDT.]

entonces en Londres, informes fidedignos tocante a la inminencia de la revolución. Buchanan, invitado a almorzar por el ministro de Estado, le dio cuenta de los informes que habían llegado hasta él. Terechenko, sin embargo, le aseguró que no podía suceder "nada por el estilo", pues el gobierno mantenía firmemente las riendas en sus manos. El día siguiente, la Embajada rusa en Londres se enteró de la revolución de Petrogrado por los telegramas de la agencia telegráfica británica.

El patrono minero Auerbach, que en aquellos días visitó al subsecretario Palchinski, le interrogó de pasada, después de hablar de otros asuntos más serios, a propósito de las "nubes negras que se cernían en el horizonte político", y obtuvo una, respuesta completamente tranquilizadora: una tormenta más, que pasará, y volverá el buen tiempo: "Duerma usted tranquilo." El propio Palchinski tuvo que pasar dos o tres noches de insomnio antes de ser detenido.

En estas declaraciones optimistas había, por lo menos, dos partes de ligereza completamente sincera, por una parte de inevitable falsedad convencional. Podrá parecer inverosímil que así fuese, ya que no se trataba de un estado de ánimo general más o menos perceptible, sino de hechos concretos y de mucho peso. No hacía falta, para saber lo que se estaba preparando, poseer una perspicacia particular; no hacían falta, siquiera, los agentes secretos: las sesiones del Soviet de Petrogrado, las asambleas de la guarnición, los artículos de la prensa bolchevista ponían de manifiesto, día por día, el cuadro de la disposición de las fuerzas en la insurrección que venía preparándose. Pero el Dios nacional, siguiendo el ejemplo de Júpiter, priva de la razón a los dirigentes antes de perderlos. Así como así, por otra parte, la privación de que les hacía objeto no suponía gran cosa para ellos, precisamente.

Cuanto mayor era la desconsideración con que Kerenski trataba a los jefes conciliadores, más seguro estaba que en el momento de peligro se presentarían para salvarle y que su ayuda sería sobradamente suficiente. Los conciliadores, por su parte, cuanto más iban acentuándose su debilidad, más cuidadosamente mantenían en torno suyo una atmósfera de ilusiones y de ficción. Con particular celo defendían sus elevadas posiciones en el Comité ejecutivo central, en la cooperación, en los sindicatos ferroviarios y de Correos y Telégrafos, en el Preparlamento. En provincias y en el frente quedaban todavía miles de caudillos locales que, habiendo perdido el contacto con las masas, seguían repitiendo las frases del catecismo conciliador, aliñándolas con amenazas contra los bolcheviques. Los mencheviques y socialrevolucionarios, desde sus torreones, cambiaban

palabras de mutuo aliento y disimulando su impotencia, con lo cual, a quien inducían a error era no tanto a los enemigos como a sí mismos.

Naturalmente, lo mismo el gobierno que los jefes del Comité ejecutivo no podían dejar de conocer el profundo descontento de las masas. Pero los políticos de tipo conciliador, que carecen de una comprensión viva de la realidad y de un serio adoctrinamiento teórico, miran con tanto mayor desprecio a las masas grises e ignorantes cuanto más respetuosamente consideran sus propias ocurrencias. La resistencia que parte de abajo se les antoja un simple equívoco: bastará con explicar, ordenar y, en fin, dar con el pie en el suelo enérgicamente.

Pero esa gente podía hacer todo esto en la medida en que disponía del poder. El voluminoso e inservible aparato del Estado, que representaba una combinación del socialista de marzo con el funcionario zarista, había sido inmejorablemente adaptado a los fines del propio engaño. El socialista de marzo tenía que aparecer ante el funcionario como un hombre de Estado poco maduro. El funcionario temía mostrar a los nuevos jefes un respeto insuficiente. Así se creó el tejido de la mentira oficial, en que los generales, los coroneles, los fiscales, los comisarios, los ayudantes y los ayudantillos mantenían el engaño cuanto más cerca se hallaban de la fuente del poder. El jefe de la región militar de Petrogrado, Polkovnikov, procuraba dar informes tranquilizadores, porque en realidad, que no tenía nada de tranquilizadora, hacia de todo punto necesarios tales informes para Kerenski.

Las tradiciones del poder dual acababan de facilitar a los dirigentes ese engaño de sí mismos. Las disposiciones del Estado Mayor de la región, avaladas por el Comité militar revolucionario, eran ejecutadas sin rechistar. Los servicios de centinela en la ciudad se efectuaban con una regularidad perfecta, y es de advertir que desde hacía mucho tiempo no habían sido prestados dichos servicios por los regimientos con tanto celo como ahora. ¿Que la guarnición odia al generalísimo supremo? No; eso es una calumnia de los bolcheviques: en la insurrección pueden participar únicamente los desechos de la guarnición y de los barrios obreros. Toda la democracia organizada, con excepción de los bolcheviques, apoya al gobierno. El rosado nimbo de marzo se convertía, de esta suerte, en un vapor espeso que ocultaba los contornos reales de las cosas.

Hasta después de la ruptura de Smolni con el Estado Mayor, no intentó el gobierno, considerar la situación más en serio: no había ningún peligro grave, naturalmente, pero había que aprovechar la oportunidad que se presentaba para acabar con los bolcheviques. Además, los aliados burgueses ejercían una intensa presión. En la noche del 24, el gobierno,

cobrando ánimos, decidió: entregar a los tribunales al Comité militar revolucionario; suspender los periódicos bolcheviques que incitaban a la insurrección; hacer venir tropas de confianza de los alrededores y del centro. Se acordó, en principio, detener al Comité militar revolucionario, pero se dejó para más tarde la ejecución del acuerdo: para una empresa de tanta importancia era menester solicitar previamente la conformidad del Preparlamento.

Los rumores relativos a las decisiones tomadas por el gobierno se difundieron inmediatamente por la ciudad. En la noche del 24 hacían centinela en el edificio del Estado Mayor central, situado al lado del palacio de Invierno, los soldados del regimiento de Pavl, una de las unidades de más confianza con que contaba el Comité militar revolucionario. Los centinelas oyeron y vieron muchas cosas. En presencia de ellos se habló de las detenciones, de llamar a los junkers, de levantar los puentes. Las informaciones eran transmitidas inmediatamente a las barriadas y a Smolni. No siempre se sabía apreciar y utilizar como era debido en el centro revolucionario las informaciones suministradas por ese servicio espontáneo. Pero éste, de todas maneras, desempeñaba un papel insustituible. Los obreros y soldados de toda la ciudad se enteraron de los propósitos del enemigo, y se sintieron más dispuestos que nunca a contestar debidamente al ataque.

En cumplimiento de los acuerdos tomados por la noche, se dio a las academias militares de la capital orden de ponerse en pie de guerra. Dispúsose que el crucero *Aurora,* cuya tripulación simpatizaba con los bolcheviques, y que estaba anclado en el Neva, se hiciera a la mar para unirse al resto de la escuadra. Se llamó a las tropas de los alrededores: el batallón de choque Tsarskoie-Selo, los junkers de Oranienbaum, la artillería de Pavlosvsk. Se pidió al Estado Mayor del frente septentrional que mandara inmediatamente tropas de confianza a la capital. Como medidas urgentes de prudencia, se ordenó: levantar los puentes del Neva; establecer el control de los automóviles por medio de los junkers; dejar aislados de la red telefónica los aparatos del Smolni; reforzar los centinelas del palacio de Invierno. El ministro de Justicia, Maliantovich, ordenó la detención de los bolcheviques puestos en libertad bajo fianza y que habían vuelto a desplegar una actividad antigubernamental; el golpe iba dirigido principalmente contra Trotski. El cambio que habían sufrido los tiempos se veía ilustrado de un modo bastante significativo por el hecho de que Maliantovich, al igual que su antecesor Zarudni, había sido uno de los defensores de Trotski en el proceso del Soviet de Petersburgo de 1905: el carácter de la acusación era el mismo en ambos casos, con la diferencia de que los acusadores democráticos habían añadido a ella el oro alemán.

El Estado Mayor de la región militar desplegaba una actividad particularmente febril en el orden tipográfico. Sucedíanse sin interrupción los documentos, a cual más amenazadores: no se permitirá ninguna actuación en las calles; se exigirán a los culpables severas responsabilidades; "serán destituidos todos los comisarios del Soviet de Petrogrado"; se abrirá un sumario sobre su actuación ilegal, "para entregarlos a un consejo de guerra". Lo que no se indica, sin embargo, en esas órdenes de tono tan resuelto, es quién ha de llevarlas a la práctica. Tampoco perdía estérilmente su tiempo el Comité central ejecutivo en el terreno de las advertencias y de las prohibiciones impresas. Seguíanle el Comité ejecutivo de los campesinos, la Duma municipal, los Comités centrales de los mencheviques y socialrevolucionarios, instituciones todas ellas suficientemente ricas en recursos literarios. En las proclamas que aparecían en las calles se hablaba invariablemente de los funestos actos que estaban preparando un puñado de insensatos, del peligro de combates sangrientos, y de la inevitabilidad de la contrarrevolución.

A las cinco y media de la madrugada se presentó en la imprenta del órgano central de los bolcheviques un comisario gubernamental con un destacamento de junkers y, ocupando las puertas, exhibió una orden del Estado Mayor disponiendo la suspensión inmediata del periódico y la clausura de la imprenta. ¿El Estado Mayor? Pero ¿acaso existe eso todavía? Aquí no se acepta ninguna orden que no venga sancionada por el Comité militar revolucionario. Pero nada se consiguió con esto: las estereotipias fueron destrozadas, y sellado el local. El gobierno pasaba francamente a la ofensiva, y por las trazas, con éxito.

Un obrero y una obrera de la imprenta bolchevista se presentan, jadeantes, en el Smolni: si el Comité les da fuerzas para resistir a los junkers, los obreros harán que salga el periódico. Se encuentra la forma de la primera respuesta que ha de darse al ataque del gobierno. Transmítase al regimiento de Lituania orden de que mande inmediatamente una compañía para defender la imprenta obrera. Los emisarios de esta última insisten en que se llame también el sexto batallón de zapadores, alojados cerca de la imprenta, y amigos seguros. Se da inmediatamente la orden, por teléfono, a los unos y a los otros. Los soldados del regimiento de Lituania y los zapadores se ponen en camino sin pérdida de tiempo. Levántense los sellos del local, se funden de nuevo las matrices, hierve el trabajo. Con un retraso de algunas horas, el periódico prohibido por el gobierno sale a luz bajo la protección de las tropas de un Comité que debe ser detenido.

Al mismo tiempo, el crucero *Aurora* preguntaba a Smolni si debía hacerse a la mar o permanecer en las aguas del Neva. El Comité anula inmediatamente la orden del gobierno, y se asigna a la tripulación la misión siguiente: "En caso de ataque a la guarnición de

Petrogrado por parte de las fuerzas contrarrevolucionarias, el crucero *Aurora* se procurará remolcadores, vapores y barcazas de vapor." El crucero cumplió con entusiasmo la orden que esperaba.

Estos dos actos, sugeridos por los obreros y los marinos, y que garantizaron su contacto con los soldados, fueron acontecimientos políticos de primera importancia. Se desmoronaban los últimos restos del fetichismo del poder. Los barrios obreros se agitaron. "En seguida se vio con toda claridad -dice uno de los participantes de la lucha- que las cosas estaban ya listas." En realidad, no hacían más que empezar.

La táctica política exige que se exageren los éxitos alcanzados. En un telefonema dirigido a todos los regimientos de la guarnición, el Comité da cuenta de lo sucedido y pone en guardia a su gente contra los peligros que amenazaban al Soviet: "Por la noche, los conspiradores contrarrevolucionarios han intentado llamar a los junkers y a los batallones de choque." Los conspiradores son los órganos del poder oficial. Bajo la pluma de los conspiradores revolucionarios, la distinción resulta inesperada. Pero responde en un todo a la situación y al estado de espíritu de las masas. Eliminado de todas las posiciones, obligado a ponerse con retraso a la ofensiva, incapaz de movilizar las fuerzas necesarias para ello e incluso de comprobar si dispone de ellas, el gobierno lleva a cabo acciones dispersas, irreflexivas e inconexas, que a los ojos de las masas toman inevitablemente el aspecto de ataques perversos. Poner un poco de lacre en las puertas de la redacción bolchevista, como medida militar, no es, en rigor, gran cosa. Pero con eso precisamente hay bastante para imprimir un buen impulso a la insurrección. El telefonema del Comité ordena: "Poner el regimiento en pie de guerra y esperar órdenes." Esta es la voz del poder. Los comisarios del Comité que debían ser eliminados siguen eliminando con redoblada confianza a todos aquellos que juzgan necesario eliminar.

El *Aurora* en el Neva, no sólo significaba una excelente unidad de combate al servicio de la insurrección; el crucero, además, ponía a disposición del Comité una estación de radio.¡Ventaja inapreciable! El marino Kurkov recuerda: "Trotski nos ordenó comunicar por radio... que la contrarrevolución había pasado a la ofensiva." La forma defensiva de la comunicación encubría el llamamiento a la insurrección dirigido a todo el país. Desde el *Aurora* se transmitió por radio a las guarniciones que guardaban las entradas de Petrogrado la orden de que no dejaran avanzar a las fuerzas revolucionarias y que caso de que no bastaran las exhortaciones, hicieran uso de la fuerza. Se ordenó a todas las organizaciones revolucionarias que "estuvieran reunidas con carácter permanente, concentrando en sus manos todos los informes sobre los planes y actos de los conspiradores". No eran pocos

los manifiestos que lanzaba asimismo el Comité. Pero las palabras en éste no divergían de los hechos, sino que se limitaban a comentarlos y aclararlos.

El Comité militar revolucionario tomó, no sin retraso, medidas más serias, destinadas a fortificar el Smolni. A John Reed, al abandonar el edificio, a las tres de la madrugada del 24, le llamaron la atención las ametralladoras apostadas en las puertas de entrada y las nutridas patrullas que guardaban los portales y las encrucijadas próximas. "En el barrio de Smolni -escribe Schliapnikov- se observaba un espectáculo que ya me era conocido y que recordaba los primeros días de la revolución de Febrero cerca del palacio de Táurida"; la misma abundancia de soldados, de obreros y de toda clase de armas. En el ancho patio estaba concentrada una enorme cantidad de leña, que podía servir de segura defensa contra el fuego de fusilaría. Los camiones traen víveres y municiones. "Todo el Smolni -cuenta Raskolnikov- estaba convertido en su campamento. Fuera, en las columnatas, cañones. A su lado, ametralladoras... Casi en cada rellano, las mismas Maxim, que parecían cañones de juguete. Y en todos los corredores..., el alegre, ruidoso y rápido trepidar de pasos de los soldados y obreros, marinos y agitadores." Sujánov, que acusa no sin fundamento a los organizadores de la insurrección de la insuficiencia de sus medidas militares, escribe: "Sólo ahora, el 24 por la tarde y por la noche, empiezan a llegar al Smolni destacamentos armados de guardias rojos y de soldados para proteger al Estado Mayor de la insurrección... El 24 por la noche había ya en Smolni algo que se asemejaba a la vigilancia."

No deja de tener importancia este punto. En el Smolni, donde está Viviendo sus últimas horas el Comité ejecutivo, se hallan ahora concentrados todos los centros revolucionarios dirigentes capitaneados por los bolcheviques. Aquí se reúne en este día la importantísima sesión del Comité central de los bolcheviques que ha de tomar las últimas medidas para la organización de la insurrección. Asisten 11 miembros. Lenin no ha abandonado todavía su refugio del barrio de Viborg. Falta a la sesión Zinoviev, que, según la expresión un tanto precipitada de Dzerchinski, "se esconde y no toma parte en el trabajo del partido". Kámenev, colega de Zinoviev, a diferencia de éste, pasa estas veinticuatro horas decisivas en el Estado Mayor de la insurrección. Tampoco asiste a la reunión Stalin, que no deja ni un momento la redacción del órgano central y no aparece por el Smolni. La sesión transcurre, como siempre, bajo la presidencia de Sverdlov. El acta es muy sobria, pero señala todo lo fundamental. Es un documento insustituible para determinar el papel de los dirigentes de la insurrección y la distribución de las funciones entre los mismos.

Ante todo, se adopta la siguiente proposición de Kámenev: "Ningún miembro del Comité central puede salir hoy del Smolni sin un acuerdo especial." Se decide, además,

establecer una guardia permanente de los miembros del comité local del partido. El acta dice más adelante: "Trotski propone que se pongan a disposición del Comité militar revolucionario dos miembros del Comité central para establecer el contacto con los empleados de Correos y Telégrafo y los ferroviarios, y un tercero para observar al gobierno provisional." Se acuerda delegar para Correos y Telégrafos a Dzerchinski, y para ferrocarriles a Bubnov. En un principio, evidentemente, por iniciativa de Sverdlov, se había propuesto que fuera Podvoiski el encargado de observar al gobierno provisional: el acta señala: "Se hacen objeciones contra Podvoiski; se designa a Sverdlov." A Miliutin, tenido por economista, se le encomienda la organización del abastecimiento de víveres durante la insurrección. Las negociaciones con los socialrevolucionarios de izquierda son encomendadas a Kámenev, que tiene forma de parlamentario insustituible, aunque excesivamente contemporizador, claro está, desde el punto de vista bolchevista. Trotski propone -seguimos leyendo- organizar un Estado Mayor de reserva en la fortaleza de Pedro y Pablo, y designar para este objeto a uno de los miembros del Comité central. Se acuerda: "Encargar del control general a Laschevich y Blagonravov; se encomienda a Sverdlov mantener el contacto constante con la fortaleza."

Por lo que al partido se refiere, todos los hilos se concentraban en las manos de Sverdlov, organizador nato, que conocía como nadie los cuadros del partido. Sverdlov mantenía el contacto entre Smolni y el aparato del partido, proporcionaba los militantes necesarios al Comité militar revolucionario, al cual era llamado en todos los momentos críticos. Como quiera que el Comité estaba compuesto de un número de miembros excesivo, y en parte fluctuante, las medidas más conspirativas se llevaban a la práctica por medio de la Organización militar de los bolcheviques, o de Sverdlov, "secretario general" no oficial, pero no menos efectivo por ello de la insurrección de octubre.

Los delegados bolcheviques llegados esos días para participar en el Congreso de los soviets iban a parar ante todo a Sverdlov y no estaban ni una hora sin tener un trabajo cualquiera. El 24 había ya en Petrogrado algunos centenares de delegados, la mayoría de los cuales era incorporado, en una forma u otra, a la mecánica de la insurrección. A las dos de la tarde se reunieron en el Smolni para oír al ponente del Comité central del partido. Había entre ellos elementos vacilantes que, como Zinóviev y Kámenev, hubieran preferido una política expectativa; había, asimismo, nuevos reclutas sencillamente poco seguros. No es posible pensar siquiera en exponer ante la fracción todo el plan de la insurrección: lo que se dice en una asamblea muy concurrida sale inevitablemente a la superficie. Tampoco se puede prescindir de la apariencia defensiva que se da al ataque, sin suscitar la confusión en

la conciencia de algunos regimientos de la guarnición. Pero es necesario dar a entender que bajo la forma defensiva se está desarrollando un ataque a vida o muerte, y que el Congreso no debe hacer otra cosa que dar una forma definitiva a ese ataque.

Apoyándose en los recientes artículos de Lenin, Trotski demuestra que "el complot no se halla en contradicción con los principios del marxismo", si las condiciones objetivas hacen posible e inevitable la insurrección: "Hay que hacer saltar de un golpe la barrera física con que se tropieza en el camino que conduce al poder..." Hasta ahora, sin embargo, la política del Comité militar revolucionario no ha rebasado todavía el marco de la defensa. "El hecho de garantizar la salida de la prensa bolchevista con ayuda de la fuerza armada o el no permitir que el *Aurora* abandone las aguas del Neva, ¿son actos de defensa, compañeros?" ¡Sí! En previsión de que al gobierno se le ocurriera detenernos, se han apostado ametralladoras en el tejado del Smolni. "También esto es un acto de defensa, compañeros." El estado de ánimo del auditorio evidenciaba que la transformación dialéctica de la defensa en ataque no dejaba ya ninguna duda a la mayoría. Y ¿qué actitud se ha de adoptar con respecto al gobierno provisional? Si Kerenski intentara no someterse al Congreso de los soviets -contesta el ponente-, la resistencia del gobierno crearía una cuestión "de policía, pero no política".

En este momento llaman a Trotski para que dé explicaciones a una comisión de la Duma municipal que acaba de llegar. ¿Se propone el Soviet lanzarse a la insurrección? ¿Cómo se mantendrá el orden en la ciudad? ¿Cuál será la suerte de la propia Duma? La cuestión del poder -dice la respuesta- debe ser resuelta por el Congreso de los soviets. "No depende tanto de los soviets como de aquellos que, contra la voluntad unánime del pueblo, mantienen el poder en sus manos", que esto conduzca a una lucha armada. ¿Atracos y violencias de bandas criminales? Hoy mismo se ha publicado una orden del Comité que dice así: "A la primera tentativa de los elementos turbios de provocar alteraciones, atracos, peleas o tirones en las calles de Petrogrado, los criminales serán barridos de la faz de la tierra," Con respecto a la Duma municipal, puede aplicarse el método constitucional: disolución y nuevas elecciones. La Comisión no se marchó satisfecha. Pero, a decir verdad, ¿en qué podía confiar?

A los ojos de Smolni, la visita de los padres de la ciudad, punto de apoyo y esperanza del palacio de Invierno, no era más que una nueva demostración de la impotencia de los dirigentes. "No olvidéis, compañeros -decía Trotski, al volver a la fracción de los bolcheviques-, que hace pocas semanas, cuando conquistamos la mayoría, éramos sólo una

firma, sin imprenta, sin casa, sin secciones, y que ahora una Comisión de Duma municipal viene a presentarse al Comité militar revolucionario detenido."

El estado de ánimo de la fracción se había reforzado considerablemente en la caldeada atmósfera de Petrogrado. El Congreso de los soviets, donde los bolcheviques estarán en mayoría, no podía producir ninguna inquietud, pero había que apoderarse por completo del poder en la capital antes de que se abriera el Congreso. Es preciso dar esa noche el golpe decisivo. En el transcurso de las horas que quedan hay que ocupar el mayor número posible de posiciones ventajosas.

La fortaleza de Pedro y Pablo, que hasta la víspera no había sido conquistada políticamente, pasa a disposición del Comité militar revolucionario. La sección de ametralladoras, la más revolucionaria, se pone en pie de guerra. Se limpian asiduamente las 80 ametralladoras en el muro de la fortaleza para abrir e fuego contra la orilla del río y el puente de Trotski. Se refuerzan los centinelas de la puerta, repártanse patrullas por el barrio en torno. Pero en las horas ardientes de la mañana se descubre que aún no puede considerarse suficientemente segura la situación en el interior de la fortaleza. Es el batallón de ciclistas el que introduce ese elemento de inseguridad. Ese batallón fue utilizado a su tiempo para sofocar el movimiento de julio, tomó con ímpetu el palacio de la Kchesinskaya, y fue introducido posteriormente en la fortaleza de Pedro y Pablo como una de las unidades de más confianza. El comisario Blagonravov explica que los motociclistas no tomaron parte en el mitin del día anterior, que determinó el destino de la fortaleza: la antigua disciplina se había conservado hasta tal punto en el batallón, que la oficialidad consiguió impedir que los soldados salieran al Patio de la fortaleza durante los discursos de Trotski y Laschevich. Contando evidentemente con dicho batallón, el coronel Vasiliev, comandante oficial de la fortaleza, sigue haciéndose el valiente, está en comunicación telefónica constante con el Estado Mayor de Kerenski y, según parece, se dispone incluso a detener al comisario del Comité militar revolucionario. ¡No puede tolerarse que este inseguro estado de cosas continúe un minuto más! Por orden del Smolni, Blagonravov sale al encuentro del adversario: se somete al coronel a arresto domiciliario y se quitan los aparatos telefónicos de todos los pabellones de los oficiales. Desde el Estado Mayor gubernamental preguntan con excitación por teléfono por qué calla el comandante y qué ocurre, en general, en la fortaleza. Blagonravov comunica respetuosamente al ayudante de Kerenski que la fortaleza, en lo sucesivo, no acatará más órdenes que las del Comité militar revolucionario, con el que deberá entenderse en adelante el gobierno.

Todas las fuerzas de la guarnición acogen satisfechas la noticia del arresto del comandante. Pero los motociclistas perseveran en una actitud evasiva. ¿Qué se oculta detrás de su silencio sombrío y enigmático: una hostilidad disimulada o las últimas vacilaciones? "Decidimos organizar un mitin especial para los motociclistas -dice Blagonravov- e invitar al mismo a nuestros mejores agitadores, y, en primer lugar, a Trotski, que goza de autoridad e influencia inmensa entre los soldados." A las cuatro de la tarde todo el batallón se reunió en el local del vecino Circo Moderno. En funciones de oposición gubernamental habló el general Parodelov, al que se tenía por socialrevolucionario. Sus objeciones eran tan prudentes, que parecían equívocas. De ahí que las intervenciones de los representantes del Comité fuesen tanto más aniquiladoras. La batalla oratoria suplementaria en torno a la fortaleza de Pedro y Pablo terminó como era de prever: el batallón aprobó, con sólo 30 votos en contra, la resolución de Trotski. Otro de los posibles conflictos sangrientos quedaba resuelto antes del combate, y sin sangre.

Desde ahora podía contarse con la fortaleza con tranquila seguridad. Las armas del arsenal eran entregadas sin obstáculos. Ese día recibió fusiles el 180 Regimiento de infantería, desarmado por la parte activa que había tomado en la insurrección en julio. De todos los barrios llegaban camiones al arsenal en busca de armas. "La fortaleza de Pedro y Pablo estaba desconocida", dice el obrero Skorinko. Su tranquilidad, tantas veces cantada, se veía perturbada por el jadeo de los automóviles, el chirriar de los carros, los gritos. Donde el trajín era mayor era en los depósitos... Allí fueron llevados los primeros prisioneros, oficiales y junkers.

Los resultados del mitin en el Circo Moderno se pusieron igualmente de manifiesto en otro aspecto: los motociclistas encargados de ejercer la vigilancia en el palacio de Invierno desde el mes de julio se retiraron de sus puestos de centinela, después de declarar que no estaban de acuerdo con el gobierno ni dispuestos siquiera a guardar el palacio. Era un rudo golpe. Los motociclistas tuvieron que ser sustituidos por junkers. La base militar del gobierno iba quedando limitada cada vez más a las academias de oficiales. Esto no sólo reducía hasta el extremo el ejército del orden, sino que ponía definitivamente al desnudo su composición social.

Desde los barrios obreros, docenas de miles de ojos acechaban al enemigo. Mucho de lo que se escapaba al Comité militar revolucionario lo veía la gente de abajo. Los obreros de los astilleros de Putilov, y no sólo ellos, proponían insistentemente a Smolni que emprendiera inmediatamente el desarme de las academias militares. Si esta medida, después de una preparación cuidadosa, se hubiera llevado a la práctica en la noche del 25, la toma

del palacio de Invierno no hubiera ofrecido ninguna dificultad al día siguiente. Si se hubiera desarmado a los junkers, aunque no más fuese que en la noche del 26, una vez tomado el palacio de Invierno, no hubiera tenido lugar la tentativa de contrainsurrección del 29 de octubre. Pero los dirigentes manifestaban aún en muchas cosas una gran "generosidad", que, en realidad, no era más que un exceso de confianza optimista, y no siempre prestaban la debida atención a la voz realista de las masas: en esto también se puso de manifiesto la ausencia de Lenin. Las masas tuvieron que corregir las consecuencias de los errores y dé las negligencias con sacrificios superfluos por ambas partes. Nada hay más cruel, en una lucha seria, que una "generosidad" inoportuna.

Para asestar el golpe decisivo al Comité militar revolucionario, lo único que faltaba al gobierno, como ya se ha dicho, era la sanción del Consejo consultivo de la República. Kerenski, que no deseaba compartir el poder con este organismo, procuraba hacer recaer sobre él el peso de la responsabilidad. En la sesión del Preparlamento, el jefe del gobierno entonó su canto del cisne. En los últimos tiempos, la población de Rusia, y en particular la de la capital, está alarmada: "A diario se incita a la insurrección desde las páginas de los periódicos." *Rabochi Put [La Senda Obrera] y Soldat [El Soldado]*... Hay que señalar, en especial, los discursos del presidente del Soviet de Petrogrado, Bronstein-Trotski." En esta ocasión no se trata únicamente de la propaganda de la insurrección, no: "Un grupo que se apellida bolchevique ha emprendido su realización." Pero esta vez el gobierno está dispuesto a poner término a las hazañas de la "chusma". En abril, Kerenski, al hablar del pueblo, le aplicaba el calificativo de "esclavos en rebeldía". Ahora, en vísperas de la insurrección, califica de "chusma" a los obreros y soldados de Petrogrado. En la derecha, aplauden ruidosamente: los patriotas acogen a menudo con entusiasmo las ofensas dirigidas al pueblo. Él, Kerenski, ha dado ya orden para que se practiquen las detenciones necesarias. Que se sepa que tiene fuerza con creces. Constantemente están llegando del frente telegramas en que se exige la adopción de medidas decisivas contra los bolcheviques: Kerenski tenía en su cartera telegramas de los comités del ejército, que habían perdido los últimos restos de influencia que tenían entre los soldados. En ese momento, Konovalov entrega al orador un nuevo telefonema del Comité militar revolucionario, dirigido a los regimientos de la guarnición: "Poner el regimiento en pie de guerra y esperar instrucciones." Después de leer el documento, Kerenski dice en tono victorioso: "¡En el lenguaje de la ley y en el lenguaje jurídico, esto se llama estado de insurrección!" Había que ser un jurisconsulto muy sutil para dar con una definición tan feliz. "Los grupos y los partidos -prosigue el jefe del gobierno- que se han atrevido a levantar la mano... serán

liquidados de un modo resuelto y definitivo." Toda la sala, salvo el sector de izquierda, aplaude demostrativamente. El discurso acaba con una exigencia: en esa misma reunión, hoy, sin falta, debe decirse al gobierno si puede "cumplir con su deber en la seguridad de contar con el apoyo de esta alta asamblea".

Sin esperar la votación, Kerenski regresó al Estado mayor, convencido, según sus propias palabras, de que antes de una hora recibiría la decisión que, no se sabe para qué, le era necesaria. Sin embargo, las cosas salieron de otra manera. En el palacio de Marinski estuvieron reunidas las fracciones por espacio de cuatro horas para elaborar una fórmula de transacción: aún no comprendían que, si se trataba de alguna transacción, era la de pasar ellos a la nada.

Ninguno de los grupos conciliadores se decidía a identificarse con el gobierno. Dan decía: "Nosotros, los mencheviques, estamos dispuestos a defender al gobierno provisional hasta la última gota de sangre; pero es menester que el gobierno dé a la democracia facilidad de agruparse a su alrededor." Al atardecer, las fracciones de izquierda del Preparlamento, dispersas, desmoralizadas, exhaustas, se unieron sobre la base de una fórmula elaborada por Dan, que hacía recaer la responsabilidad de la insurrección no sólo sobre los bolcheviques, sino también sobre el gobierno, y que exigía la entrega inmediata de las tierras a los Comités agrarios y una acción ante los aliados en favor de las negociaciones de paz. Así, esos políticos tan sólidos, tan pronto respiraron la atmósfera ardiente de la insurrección, empezaron a dar los saltos más inverosímiles. Era inútil: las masas se daban cuenta apenas de su existencia. Prometieron una ayuda incondicional al gobierno los kadetes y los cosacos; esto es, aquellos grupos que se disponían a aprovechar la primera ocasión para derribar a Kerenski.

En el mismo momento en que en el palacio de Marinski andaban buscando una fórmula de salvación, reuníase en el Smolni el Soviet de Petrogrado para informarse de los acontecimientos. El objetivo político de esa reunión consistía, aún más que en la celebrada durante el día por la fracción bolchevista del Congreso, en estudiar con más detalle el ataque contra el gobierno, que se preparaba para aquella noche, sin dejar de conservar el apoyo completo de la mayoría de la guarnición y la neutralidad de la minoría. El ponente recuerda nuevamente que el Comité militar revolucionario ha surgido "no como órgano de la insurrección, sino para la defensa de la revolución". El Comité no había permitido a Kerenski que sacara de Petrogrado las tropas revolucionarias, y había tomado bajo su defensa a la prensa obrera. "¿Es esto una insurrección?" El *Aurora está* hoy en el mismo sitio en que estaba anoche. "¿Es esto una insurrección? " Mañana se abre el Congreso de

los soviets. El deber de la guarnición y de los obreros está en poner todas sus fuerzas a disposición del Congreso. "Sin embargo, si el gobierno, en el transcurso de las veinticuatro o cuarenta y ocho horas de que dispone, intenta dar una puñalada por la espalda a la revolución, declaramos nuevamente que el destacamento avanzado de la revolución responderá al golpe con el golpe y al hierro con el acero." Esta amenaza declarada es, al mismo tiempo, la tapadera política del golpe que debe asestarse por la noche.

Trotski, como conclusión, comunica que la fracción de los socialrevolucionarios de izquierda del Preparlamento, después de la intervención de hoy de Kerenski y de las negociaciones de cuatro horas, se había presentado en el Smolni, declarando hallarse dispuesta oficialmente a entrar a formar parte del Comité militar revolucionario. En el viraje dado por los socialrevolucionarios de izquierda saluda el Soviet gozosamente el reflejo de otros procesos más profundos: la marcha victoriosa de la insurrección de Petrogrado y las proporciones crecientes tomadas por la guerra campesina.

El Comité militar revolucionario siguió ocupando y ampliando las posiciones fundamentales, designando comisarios para aquellas instituciones que todavía no se hallaban bajo su control. Durante el día, Dzerchinski había entregado al viejo revolucionario Pestkovski un pedazo de papel que venía a ser un nombramiento de jefe de la central telegráfica. "¿Cómo hay que ocupar el telégrafo?", preguntó, no sin asombro, el nuevo comisario. El servicio de vigilancia corre a cargo del regimiento de Keksholm que está a nuestro lado. No necesitaba más explicaciones Pestkovski. Bastó con que dos soldados del regimiento de Keksholm se pusieran, arma al brazo, al lado del conmutador, para llegar a un compromiso temporal con los empleados de Telégrafos, que nos eran adversos, y entre los cuales no había bolcheviques.

A las nueve de la noche, otro comisario del Comité militar revolucionario, Stark, con un pequeño destacamento mandado por el marino Savin, ex emigrante, ocupó la agencia telegráfica del gobierno, y con ello predeterminó el destino, no sólo de aquella institución, sino, incluso, hasta cierto punto, de él mismo, ya que Stark fue el primer director soviético de la agencia, antes de ser nombrado embajador en el Afganistán.

Esas operaciones, ¿podían ser consideradas como actos de violencia, esto es, de ataques de la insurrección? ¿O se trataba "únicamente" de la penetración de los comisarios soviéticos en las instituciones estatales para ejercer el control de su funcionamiento, o, lo que es lo mismo, de episodios del poder dual, aunque, a decir verdad, por carriles bolcheviques y no por los conciliadores, como antes? La pregunta puede parecer, no sin razón, casuística. Pero como máscara de la insurrección, seguía teniendo cierta importancia

todavía. Lo cierto es que el mismo hecho de irrumpir un grupo de marinos armados en el edificio de la agencia tenía aún cierto carácter equívoco: no se trataba de la ocupación del establecimiento, sino únicamente de implantar la censura para los telegramas. Por tanto, hasta las primeras horas de la noche del 24 no quedó cortado definitivamente el cordón umbilical de la "legalidad", harto convencional, al decir verdad. El movimiento seguía cubriéndose todavía con los restos de la tradición del poder dual. Mas no por ello dejaba de ser una insurrección.

El gobierno oficial, por su parte, seguía representando el poder. Incluso algunas de las partes de su aparato intentaban asestar golpes al enemigo. Al atardecer, un destacamento de agentes de la Milicia se presentó en la gran imprenta privada donde se editaba el diario del Soviet de Petrogrado, *Rabotchi y Soldat [El Obrero y el Soldado],* con objeto de recoger la edición. Los obreros de la imprenta, junto con dos marinos que pasaban por allí, se apoderaron inmediatamente del automóvil en que se habían cargado los periódicos, con la particularidad de que se asoció a ellos parte de los agentes de la Milicia. El inspector de está ultima se dio a la fuga. El periódico, así reconquistado, llegó sin novedad a Smolni. El Comité militar revolucionario envió dos pelotones del regimiento de Preobrajenski para que custodiasen la imprenta, cuya administración pasó al Soviet de diputados obreros.

A las autoridades judiciales no se les había ocurrido siquiera penetrar en el Smolni para practicar detenciones: demasiado claro estaba que semejante decisión hubiera significado el comienzo de la guerra civil. En cambio, se efectuó en forma de convulsión administrativa una intentona para detener a Lenin en el barrio de Viborg, donde las autoridades procuraban, por lo común, no asomar las narices. A hora avanzada de la noche, un coronel, acompañado de una decena de junkers, irrumpió por error en un club obrero, en vez de hacerlo en la redacción bolchevista instalada en la misma casa: no se sabe por qué motivo, esos guerreros se imaginaban que Lenin les esperaba en la redacción. Desde el club se dio cuenta inmediatamente de lo que ocurría al Estado Mayor del barrio, desde donde fueron conducidos a la fortaleza de Pedro y Pablo. Así, el ataque contra los bolcheviques iba tropezando a cada paso con nuevas dificultades.

El plan puramente estratégico del Comité militar revolucionario consistía en lo siguiente: para asegurar la conjunción de los marinos del Báltico con los obreros del barrio de Viborg, los marinos armados debían llegar por ferrocarril a la estación de Finlandia, situada en dicho barrio, y ya desde esta plaza de armas, la insurrección, mediante la conjunción sucesiva con los destacamentos de la guardia roja y los regimientos de la

guarnición, debía extenderse a los demás barrios de la ciudad y, después de ocupar los puentes, penetrar en el centro para asestar el golpe definitivo. Este proyecto, sugerido, al parecer, por Antonov, estaba basado en la suposición de que el adversario podría ofrecer considerable resistencia. Pero esta suposición quedó bien pronto descartada, con lo que se modificó el plan estratégico. No había necesidad de partir de una plaza de armas limitada, ya que el gobierno ofrecía blanco al ataque en todos aquellos sitios en que los insurrectos juzgaban necesario asestarle el golpe.

Se había convenido llamar a los marinos del Báltico, que era el destacamento más combativo y en el que se combinaba la decisión proletaria con la preparación militar, de manera que llegaran en el momento de reunirse el Congreso de los soviets. Hacer venir antes a la palestra de Petrogrado a los marinos armados de Cronstadt y de Helsingfors, hubiera sido tanto, en el fondo, como declarar iniciada la insurrección. Por este motivo no se les dio la señal hasta el último momento, el día 24, con algún retraso, según se vio después, respecto del plan de operaciones: en la insurrección, el cálculo del tiempo es todavía más difícil que en la guerra.

Durante el día, llegaron al Smolni dos delegados del Soviet de Cronstadt en el Congreso -el bolchevique Flerovski y el anarquista Yarchuk, que obraba de acuerdo con los bolcheviques-, llevando un mandato firme. En una de las dependencias del Smolni se encontraron con Chudnovski, que acababa de llegar del frente, y fundándose en el estado de espíritu que, según él, reinaba entre los soldados, se pronunciaba contra la insurrección inmediata. "Cuando la discusión estaba en su apogeo -cuenta Flerovski- entró en la habitación Trotski, el cual, llamándome aparte, me dijo que regresara inmediatamente a Cronstadt: "Los acontecimientos se desarrollan con tanta rapidez, que cada cual debe estar en su sitio..." Esta breve orden me dio la sensación aguda de la disciplina de la insurrección inminente." Cesó la discusión. El impresionable y exaltado Chundnovski dejó aparte sus dudas para participar activamente en la elaboración de los planes de acción. Cuando se hallaban ya en camino, Flerovski y Yarchuk recibieron el siguiente telefonema: "Esta madrugada, las fuerzas armadas de Cronstadt deben defender el Congreso de los soviets." Por la noche, por mediación de Sverdlov, se remitió a Helsingfors un telegrama, dirigido a Smilga, presidente del Comité regional de los soviets de Finlandia. El telegrama estaba concebido en estos términos: "Manda el reglamento." Esto significaba: "Manda inmediatamente 1.500 marinos del Báltico armados hasta los dientes." La gente del Báltico no podía llegar hasta el día siguiente. Pero no había motivo para aplazar las acciones combativas: con las fuerzas interiores había bastante; por otra parte, todo aplazamiento era

imposible: las operaciones estaban en plena marcha. Si se presentan refuerzos del frente en auxilio del gobierno, los marinos llegarán con tiempo suficiente para atacarles por el flanco o por la espalda.

El plan de ocupación de la capital fue elaborado, principalmente, por los elementos de la Organización militar de los bolcheviques. Los oficiales del Estado Mayor de los generales le habrían encontrado muchos defectos, pero esos Estados Mayores no suelen intervenir, de ordinario, en la preparación de levantamientos revolucionarios. Como quiera que fuese, lo más necesario había sido previsto. La ciudad fue dividida en zonas, subordinadas a los Estados Mayores próximos. En los puntos más importantes se concentraron brigadas de la guardia roja ligadas con los regimientos vecinos. Se habían trazado de antemano los objetivos de cada operación, señalándose las fuerzas necesarias para la misma. Todos los participantes de la insurrección, de arriba a abajo, -en esto consistía su fuerza, pero también, hasta cierto punto, su talón de Aquiles-, estaban imbuidos de la convicción de que la victoria se conseguiría sin sacrificios.

¿Cómo registrar esos movimientos nocturnos de pequeños destacamentos, esos choques incruentos, y las decenas de episodios inesperados que surgen en el proceso de la realización del plan como consecuencia de su propia incoordinación, o de la resistencia, si no del enemigo, de las circunstancias exteriores? La historia, que durante mucho tiempo había venido contando por décadas, luego por meses y días, cuenta ahora por minutos. Todos los que han de tomar parte en la lucha se hallan agitados por una fiebre nerviosa. Nadie tiene tiempo e observar ni de registrar los hechos. Verdad es que en los centros directivos de la insurrección hay gente en los teléfonos. Pero los informes que llegan hasta ellos no siempre se registran en el papel, y, si se registran, es negligentemente, y las notas, por añadidura, se pierden. Los recuerdos posteriores son escasos y no siempre precisos, toda vez que en la mayor parte de los casos proceden de participantes accidentales o de observadores. Los obreros, marinos y soldados, inspiradores y directores efectivos de las operaciones encaminadas a ocupar la capital, fueron los primeros que se pusieron al frente de los destacamentos del Ejército rojo, y en su mayoría no tardaron en perecer en los distintos escenarios de la guerra civil. El investigador, al querer establecer la sucesión de los episodios tácticos, tropieza con una gran confusión, que las reseñas de los periódicos acaban de acentuar. A veces tiene uno la impresión de que apoderarse de Petrogrado en el otoño de 1917 resultó más fácil que restaurar ese proceso catorce años después. No hay más remedio que reconciliarse con la idea de que hasta el relato histórico más escrupuloso

tiene siempre un carácter aproximativo. Pero, en fin de cuentas, ¿no basta con presentar la mecánica general del desarrollo de los acontecimientos?

Para impedir el ataque, el Estado Mayor, como recordamos, había dado orden de levantar los puentes del Neva. Esta medida, adoptada por la monarquía en todos los momentos críticos, y, por última vez en los días de febrero, estaba dictada por el miedo, completamente fundado, a los barrios obreros. En efecto, a las tres de la tarde, fueron levantados los puentes, a excepción del puente de Palacio, que quedó abierto al tránsito bajo la vigilancia reforzada de los junkers. El hecho de que se levantaran los puentes fue interpretado, acto continuo, por la población como la confirmación oficial de que la insurrección había empezado.

Los Estados Mayores de barrio reaccionaron inmediatamente ante la decisión del gobierno, mandando destacamentos armados a los puentes. Smolni no tuvo que hacer más que dar impulso a esta iniciativa. La lucha por los puentes tenía para ambas partes el carácter de una especie de prueba. Grupos de obreros y soldados armados ejercían presión sobre los junkers y los soldados, ya tratando de persuadirlos, ya con amenazas. Las fuerzas del gobierno acababan por ceder, sin que las cosas llegaran a la colisión directa. Algunos puentes fueron levantados y repuestos varias veces.

El *Aurora* recibió una orden directa del Comité militar revolucionario: "Restablecer el movimiento en el puente de Nikolaiev, por todos los medios que se hallen a vuestro alcance." El comandante del crucero no accedió, en un principio, a cumplir la orden; pero luego que se hubo procedido a su detención simbólica y a la de todos sus oficiales, condujo sumisamente el buque hacia el puente de Nikolaiev. Los grupos de marinos avanzaron por la orilla. "Mientras el *Aurora* echaba el ancla ante el puente -cuenta Kurlov-, los junkers habían puesto ya pies en polvoroso. Los marinos tendieron de nuevo el puente y establecieron un servicio de vigilancia. Sólo el puente de Palacio siguió, por espacio de algunas horas, en manos de los centinelas del gobierno."

La ocupación de los puntos estratégicos, técnicos y políticos fundamentales de la ciudad se llevó a cabo durante la noche. Los destacamentos de guardias rojos estaban arma al brazo. Las compañías esperaban órdenes. En muchos regimientos, en las mesas de los suboficiales, en los camastros, en el suelo se oía un rumor ininterrumpido: los soldados reflexionaban a media voz sobre los acontecimientos. El Estado Mayor de la región consiguió reforzar durante la noche, con cosacos y junkers, la vigilancia de algunos establecimientos, en particular de las centrales telefónica y del alumbrado. Pero de nada le sirvió. En aquella noche, cargada de electricidad, los centinelas dispersos aquí y allá se

hallaban en constante estado de alarma. Como ya sabemos, el Estado Mayor había dado la orden de cortar la comunicación telefónica con el Smolni. Pero esto duró poco. Bastó con una indicación convincente del comisario del regimiento de Keksholm, para que la comunicación se restableciera. La comunicación telefónica, la más rápida de todas, daba un carácter sistemático y una gran seguridad a los acontecimientos que estaban desarrollándose.

Las operaciones principales empezaron a las dos de la madrugada. Pequeños destacamentos militares formados previamente con núcleos de obreros o marinos armados, ocuparon simultáneamente o de un modo sucesivo, bajo la dirección de los comisarios, las estaciones, la central del alumbrado público, los arsenales y los almacenes de víveres, el Banco del Estado y las grandes imprentas, y se reforzaron los retenes del edificio de Telégrafos y de la central de Correos. En todas partes se dejaba un servicio de vigilancia seguro.

A la compañía del batallón de zapadores, la más fuerte y revolucionaria, se le confió la misión de apoderarse de la estación de Nikolaiev, situada cerca del cuartel. Un cuarto de hora después, la estación era ocupada, sin disparar un tiro, por fuertes patrullas: las fuerzas destacadas en ella se desvanecieron sencillamente en las tinieblas. La noche, fría, estaba llena de rumores sospechosos y de misteriosos movimientos. Reprimiendo la zozobra que agita su ánimo, los soldados detienen en las calles a los transeúntes, examinando escrupulosamente sus documentos. No siempre saben qué hacer, vacilan y dejan pasar adelante a la gente. Pero la confianza aumenta por momentos. Cerca de las seis de la madrugada, los zapadores detienen dos camiones con cerca de 60 junkers, los desarman y los mandan al Smolni.

Se da a ese mismo batallón de zapadores orden de mandar 50 hombres para custodiar el depósito de víveres, 21 para guardar la central eléctrica, y así sucesivamente. Las órdenes, ya del Smolni, ya del centro dirigente del barrio, llegan una tras otra. Nadie hace objeciones ni rechista. Según informa el comisario, las órdenes se cumplen "inmediatamente y con toda precisión". Los movimientos de los soldados adquieren una regularidad que no se había visto desde hacía mucho tiempo. Por quebrantada que esté la disciplina de esa guarnición, completamente inservible desde el punto de vista militar, vuelve a despertar en ella en esa noche la vieja disciplina del soldado, y, por última vez, pone en tensión todos los músculos al servicio de un nuevo objetivo, inmenso, seductor y enigmático.

El comisario Uralov recibió dos órdenes por escrito: una, para ocupar la imprenta del diario reaccionario *Ruskaya Volia [La Voluntad Rusa],* fundado por Protopopov, último ministro de la gobernación de Nicolás II; otra, para obtener una partida de soldados del regimiento de la Guardia, de Semenov, que seguía teniendo por suyo el gobierno. Estos soldados eran necesarios para ocupar la imprenta; ésta hacía falta para publicar el diario bolchevista, en gran formato y con una tirada copiosa. Los soldados se disponían ya a acostarse. El comisario les expuso el objeto de su misión: "Apenas había terminado, resonaron por todas partes gritos de "¡hurra!". Los soldados se levantaron rápidamente y formaron un estrecho círculo alrededor mío." Un camión, cargado de soldados del regimiento de Semenov, se dirigió a la imprenta. En la sala de rotativas se reunió rápidamente el turno de noche de los obreros. El comisario les explicó el objeto de su visita. "Aquí, como en el cuartel, los obreros contestaron con gritos de "¡hurra!" y de "¡vivan los soviets!". Así fue cómo se llevó a cabo la ocupación de instituciones y establecimientos. No fue menester el empleo de la fuerza, puesto que no había resistencia. Las masas insurreccionadas echaban a un lado de un codazo, sin esfuerzo casi, a sus amos de ayer.

El jefe de la zona militar, Polkovnikov, comunicó por la noche al Cuartel general y al Estado Mayor del frente del norte lo siguiente: "La situación de Petrogrado es terrible; en las calles no hay colisiones ni desórdenes, pero se están ocupando las instituciones y las estaciones y efectuando detenciones de un modo sistemático... Los junkers Abandonan sin resistencia sus puestos de centinela... No hay ninguna garantía de que no se realice asimismo una tentativa para apoderarse del gobierno provisional." Razón tenía Polkovnikov: no había, en efecto, ninguna garantía.

En los círculos militares se decía que los agentes del Comité militar revolucionario habían robado de la mesa del comandante de Petrogrado el santo y seña de los centinelas de la guarnición. La noticia no tenía nada de inverosímil: la insurrección contaba con un número suficiente de amigos entre el personal subalterno de todas las instituciones. Pero, así y todo, la versión relativa a la sustracción del santo y seña tiene todas las trazas de ser una leyenda surgida en el campo enemigo para explicar la facilidad más que humillante con que se habían adueñado de la ciudad las patrullas bolchevistas. En todo caso, en las declaraciones de los participantes directos de la insurrección no se dice ni una palabra sobre el particular.

Por la noche, se mandó la siguiente orden a la guarnición: detener a los oficiales que no reconozcan la autoridad del Comité militar revolucionario. En muchos regimientos los

comandantes habían desaparecido ya, con el propósito de esperar en un sitio seguro durante aquellos días de alarma. En otros regimientos le destituyó o detuvo a los oficiales. En todas partes se formaban comités revolucionarios, que obraban en estrecho contacto con los comisarios. Ni que decir tiene que, desde el punto de vista militar, ese mando improvisado no rayaba a gran altura. Pero, en cambio, era seguro, desde el punto de vista político. Y, en última instancia, donde la cuestión se decidía era en el terreno político.

Hay que hacer constar, sin embargo, que el mando de los distintos regimientos desarrolló, no obstante su inexperiencia, una considerable dosis de iniciativa. El Comité del regimiento de Pavl mandó a sus agentes al Estado Mayor de la región para enterarse de lo que allí pasaba. El batallón químico de reserva seguía atentamente los movimientos de sus inquietos vecinos, los junkers de las academias de Pavl y de Vladimir y los alumnos de la academia de kadetes. Esos soldados desarmaban a menudo de los junkers, con lo que les tenían amedrentados. Gracias al contacto establecido con los soldados de la academia de Pavl, las llaves de las armas fueron a parar a manos del citado batallón.

Es difícil precisar el número de fuerzas que participaron en la ocupación nocturna de la capital, no sólo porque nadie las contó y registró, sino también por el carácter mismo de las operaciones. Las reservas del segundo y del tercer turnos casi se fundían con toda la guarnición. Pero sólo de un modo episódico hubo que recurrir a ellas. Algunos millares de guardias rojos, dos o tres mil marinos -al día siguiente habría muchos más con la llegada de los de Cronstadt y de Helsingfors-, dos docenas de compañías de infantería, tales fueron las fuerzas con ayuda de las que se apoderaron los revolucionarios de las instituciones gubernamentales de la capital.

Las reservas pesadas no fueron necesarias: su existencia, sin embargo, tenía una importancia decisiva. Únicamente, contando con la seguridad del apoyo, o por lo menos de la simpatía de la guarnición, podían obrar con tanta confianza las fábricas y las compañías que participaron en la operación. Por su parte, las patrullas gubernamentales dispersas, vencidas de antemano por su propio aislamiento, renunciaron a la idea misma de resistencia.

A las tres y veinte de la madrugada, el menchevique Scher, jefe de la administración política del Ministerio de la Guerra, comunicaba por hilo directo al Cáucaso: "Está celebrándose la reunión del Comité ejecutivo central, y los delegados que han llegado para el Congreso de los Soviets, la mayoría de los cuales son bolcheviques, han tributado una gran ovación a Trotski. Este ha declarado que confía en el resultado incruento de la insurrección, pues la fuerza está en sus manos. Los bolcheviques se han lanzado a la acción.

Se han apoderado del puente de Nikolaiev, donde han sido apostados automóviles blindados. El regimiento de Pavl ha apostado patrullas en la calle Milionaya, cerca del palacio de Invierno, da el alto a todo el mundo, detiene a la gente y manda los detenidos al Instituto Smolni. Han sido detenidos el ministro Kartachov y el administrador del gobierno provisional, Galperin. La estación del Báltico se halla también en poder de los bolcheviques. Si no interviene el frente, el gobierno no tendrá fuerzas para resistir con sólo las tropas de aquí."

La sesión de los Comités ejecutivos a que se refiere la comunicación que acabamos de citar se abrió en el Smolni, después de media noche, en circunstancias extraordinarias. Los delegados al Congreso de los soviets llenaban la sala en calidad de los invitados. Los corredores y las puertas estaban ocupados por fuertes retenes. Capotes, fusiles, *papaji*[32], ametralladoras en las ventanas. Los miembros de los Comités ejecutivos se asfixiaban en aquella masa compacta y hostil. El órgano supremo de la "democracia" se hallaba prisionero de la insurrección en su propio Smolni. Faltaba la acostumbrada figura del presidente Cheidse. Faltaba el invariable ponente Tsereteli. Asustados por la marcha de los acontecimientos, ambos habían cedido sus puestos responsables una semana antes del combate, y, abandonando Petrogrado, se habían marchado a Georgia, su país natal. Como líder del bloque conciliador quedó Dan. No tenía éste ni la bondad provinciana de Cheidse ni la elocuencia patética de Tsereteli; en cambio, superaba a los dos por su tenaz miopía. Completamente solo en la tribuna presidencial, abrió la sesión el socialrevolucionario Gotz. Dan tomó la palabra, en medio del silencio completo de la sala, silencio que a Sujánov le pareció indolente y a John Reed "casi amenazador". El plato fuerte del ponente fue la reciente resolución del Preparlamento, en que se acusaba a las clases fundamentales de la nación de obrar de acuerdo con sus intereses y no según las recetas de los curanderos democráticos. "Si no tomáis en cuenta esta resolución del Consejo de la República, será tarde", decía Dan, asustando a los bolcheviques con el indiferentismo de las masas, el hambre inevitable y, sobre todo, el fantasma de la revolución sofocada en 1905, "cuando el propio Trotski se hallaba al frente del Soviet de Petrogrado". Pero no. El Comité ejecutivo central no permitirá que las cosas lleguen hasta la insurrección: "Los bandos beligerantes sólo podrán cruzar sus bayonetas por encima de su cadáver." De la sala parte una exclamación: "¡Su cadáver! ¡Esto ya hace mucho que lo es!" Toda la sala tuvo la sensación de que estas palabras daban en el clavo. Lo que el líder menchevique ofrecía como amenaza

[32] Gorro redondo; ribeteado de piel de carnero. [NDT.]

retórica era, en realidad, un hecho: por encima del cadáver de la política conciliadora cruzaban sus bayonetas la burguesía y el proletariado.

Trotski, después de invitar a la Asamblea a que hiciera caso omiso de los lamentables pedantes del Comité ejecutivo, decía a los delegados del Congreso, ante la faz de los enemigos: "Si no vaciláis, no habrá guerra civil, pues el enemigo capitulará inmediatamente, y ocuparéis el lugar que de derecho os corresponde, el puesto de dueños de la tierra rusa." Para nada se necesitaba ya de la máscara de la defensa. En esas horas profundas de la noche la insurrección erguía la cabeza.

El socialrevolucionario de izquierda Kolegaiev, delegado de Kazán, declaró que, en oposición al Comité ejecutivo campesino, su partido había mandado invitaciones a los soviets campesinos locales para el Congreso que había de tomar el poder en sus manos. Los *starchina* conservadores, los oficinistas cooperadores rurales del Comité ejecutivo, no podían dejar de comprender que la masa fundamental de los campesinos se ponía unánimemente en movimiento para formar al lado del Congreso de los soviets.

Entre los gritos hostiles de los "invitados", el Comité ejecutivo adoptó una resolución aproximadamente igual a la que había votado la mayoría de izquierda del Preparlamento, en la cual se invitaba a la democracia a prestarle apoyo a él, al Comité ejecutivo central, y no se decía ni una sola palabra del gobierno de Kerenski, como si se tratara ya de un difunto. Subrayémoslo: la insurrección tenía que derribar por fuerza un régimen de que se habían apartado en los últimos momentos sus propios inspiradores y partidarios.

La sesión, rica en incidentes, pero pobre en contenido, terminó a las cuatro de la madrugada. Los oradores bolcheviques aparecieron en la tribuna para volver inmediatamente al Comité militar revolucionario, al que llegaban noticias, a cual más favorables, de todos los extremos de la ciudad; los obreros están en la calle; las instituciones gubernamentales son ocupadas una tras otra; el enemigo no ofrece resistencia en ninguna parte.

Suponíase que había refuerzos particularmente considerables en la central de Teléfonos. Pero a las siete de la mañana fue ocupada sin combate, como los demás centros, por los soldados del regimiento de Keksholm. Esto dio una nueva ventaja a los revolucionarios que, no sólo no tuvieron que temer ya, de este modo, por sus propias comunicaciones, sino que se aseguraron, además, la posibilidad de fiscalizar las de sus enemigos. Inmediatamente quedó interrumpida la comunicación telefónica con el palacio

de Invierno y el Estado Mayor central. Esta noticia circuló rápidamente por los barrios obreros, provocando una ardiente explosión de entusiasma.

Casi en el mismo instante en que se tomaba posesión de la central telefónica, un destacamento de 40 marinos de la Guardia ocupaba el edificio del Banco de Estado, en el canal de Yekaterina, y distribuía por todas partes sus centinelas, empezando por los teléfonos. En cierto sentido venía a darse una significación simbólica a la ocupación del Banco. Los cuadros del partido se habían educado en la crítica, formulada por Marx, de la Comuna de París de 1871, cuyos directores, como es sabido, no se habían atrevido a poner la mano en el Banco de Estado. "No, no repetiremos ese error", decían los bolcheviques mucho antes del 25 de octubre. Un funcionario del Banco Raltsevich recuerda que "el destacamento de marinos obró con gran decisión" y que la ocupación del Banco se efectuó "sin ninguna resistencia, no obstante hallarse presente un pelotón del regimiento de Semenov".

En esas mismas horas matutinas se procedió a la ocupación de la estación de Varsovia, de la imprenta de la *Birjevie Viedomosti [Noticias de la Bolsa]* y del puente de palacio, situado bajo las mismas ventanas de las habitaciones de Kerenski. Un comisario del Comité se presentó en la cárcel de "Kresti" y mostró a los soldados del regimiento de Volin que estaban de centinela, la resolución de poner en libertad a los detenidos incluidos en la lista preparada por el Soviet de Petrogrado. La administración de la cárcel intentó inútilmente recibir instrucciones del ministro de Justicia: éste tenía otras cosas que hacer. A los bolcheviques -entre los que se hallaba Roschal, el joven caudillo de Cronstadt- se les devolvió la libertad, e inmediatamente ocuparon sus puestos de combate.

Por la mañana fue conducido a Smolni un grupo de junkers detenido por los zapadores en la estación de Nikolaiev. El grupo había salido en camiones del palacio de Invierno en busca de víveres. Según cuenta Podvoiski: "Trotski les declaró que serían puestos en libertad si prometían no volver a hacer nada contra el régimen soviético, y que podían reintegrarse a su academia para continuar sus estudios. Tales palabras produjeron un asombro indecible, a aquellos muchachos, que esperaban sangrientas represalias." Aún hoy es difícil decir hasta qué punto haya sido acertada su liberación inmediata. La victoria distaba aún de ser completa, y los junkers representaban la fuerza principal del enemigo. Por otra parte, si se tenía en cuenta el vacilante estado de espíritu reinante en las academias militares, a las que aún no se había desarmado, importaba demostrar prácticamente que el rendirse al enemigo no llevaba aparejada para los junkers ninguna sanción. Los argumentos en uno y en otro sentidos venían a equilibrarse mutuamente.

Desde el Ministerio de la Guerra, que aún no había sido ocupado por los revolucionarios, el general Levitski comunicó por la mañana al general Dujonin, por el hilo directo del Cuartel general lo siguiente: "Los regimientos de la guarnición de Petrogrado... se han pasado a los bolcheviques. De Cronstadt han llegado marinos y un crucero ligero. Los puentes levantados han sido tendidos de nuevo por ellos. Toda la ciudad está cubierta de retenes de la guarnición, pero no hay ninguna acción [!]. La central telefónica está en manos de la guarnición. Las fuerzas que se hallan en el palacio de invierno protegen a éste de un modo puramente formal, ya que han decidido no intervenir activamente. En general, la impresión que tiene uno es la de que el gobierno provisional se halla en la capital de un país enemigo, que ha acabado ya la movilización, pero que aún no ha empezado las operaciones activas." La caracterización general de la situación es, en realidad, excelente, no obstante las inexactitudes parciales. El general se adelanta a los acontecimientos al referirse al arribó de los marinos de Cronstadt, que no habían de llegar a la capital hasta pasadas algunas horas. El puente ha sido tendido de nuevo, en efecto, por el *Aurora.* Al final de la comunicación se expresa, aunque no con mucha firmeza, la confianza en que los bolcheviques, "que hace ya tiempo tienen la posibilidad efectiva de acabar con todos nosotros... no se atreverán a ponerse frente a la opinión del Ejército de operaciones". Las ilusiones acerca del frente eran, fuerza es decirlo, lo único que les quedaba a los generales y a los demócratas del interior. La imagen del gobierno provisional, que se hallaba en la capital de un país enemigo, quedará incorporada para siempre a la historia de la revolución, como la mejor explicación del levantamiento de Octubre.

En el Smolni, las reuniones no cesaban de noche ni de día. Los agitadores, los organizadores, los directores de las fábricas, de los regimientos, de los barrios obreros hacían acto de presencia una hora o dos, a veces unos minutos, con objeto de enterarse de las noticias, ver si las cosas marchaban bien y volverse a sus puestos. Fatigados hasta más no poder, los visitantes se quedaban a menudo dormidos en la misma sala de sesiones, apoyando la pesada cabeza contra una blanca columna o contra las paredes de los pasillos, abrazados al fusil, y, a veces, tendiéndose sencillamente en el suelo sucio y húmedo. Docenas de aposentos daban albergue a las reuniones de fracciones, de grupos, de organizaciones diversas. Laschevich recibía a los comisarios militares y les comunicaba las últimas instrucciones. En el local del Comité militar revolucionario, situado en el tercer piso, los informes afluían de todas partes y se transformaban en órdenes: allí latía el corazón de la insurrección.

Todos los barrios tenían sus centros, que reproducían, aunque en menor escala, el espectáculo del Smolni. En el barrio de Viborg, frente al Estado Mayor de la guardia roja, en la perspectiva Sampsonievskaya, se formó un verdadero campamento: la calle estaba llena de carros, automóviles, camiones. Las instituciones del barrio hervían de obreros armados, procedentes de las distintas fábricas. El Soviet, la Duma, los sindicatos, los comités de fábrica, todo, en ese barrio estaba al servicio de la insurrección. Desde las primeras horas de la mañana se celebraban asambleas en los establecimientos industriales y en los cuarteles. Apenas había ya debates políticos; pero todo el mundo quería estar reunido. Los mencheviques y los socialrevolucionarios se mantenían al margen, lo mismo que la administración de las fábricas y los jefes y oficiales de los regimientos. En los mítines se informaba de la situación a las masas, se mantenía la confianza en la victoria, hacíase más intenso el contacto con el Comité militar revolucionario.

A las diez de la mañana, el Smolni juzgó ya posible lanzar a la capital y a todo el país la siguiente comunicación victoriosa: "El gobierno provisional ha sido derribado. El poder ha pasado a manos del Comité militar revolucionario." Semejante declaración era, hasta cierto punto, muy anticipada. El gobierno seguía existiendo aún; por lo menos, en el territorio del palacio de Invierno. Existía el Cuartel general. Las provincias no se habían definido. El Congreso de los soviets no se había abierto; pero los directores de la insurrección no son unos historiadores, y se ven obligados a adelantarse. En la capital, el Comité militar revolucionario era ya dueño absoluto de la situación. La sanción del Congreso no podía ofrecer la menor duda. La provincia esperaba la iniciativa de Petrogrado. El Comité, en un mensaje dirigido a las organizaciones militares del frente y del interior, incitaba a los soldados a vigilar estrechamente la conducta de los jefes y oficiales, a detener a los que no se adhirieran y a no vacilar en recurrir a la fuerza en caso de que se intentara lanzar fuerzas enemigas contra Petrogrado.

El comisario principal del Cuartel general, Stankievich, que había llegado del frente la víspera, hizo por la mañana, al frente de media compañía de junkers de la Academia de Ingenieros, por matar en algo el tiempo, una tentativa para arrojar a los bolcheviques de la central telefónica. Con este motivo, los junkers supieron en qué manos se hallaba la red telefónica. "Ya veis de quién hay que aprender energía -exclama el oficial Sinegub, defensor monárquico de la democracia-; pero ¿de dónde han sacado una dirección tan excelente?" Los marinos, que se hallaban en el edificio de la central, hubieran podido disparar sin dificultad contra los junkers sus fusiles o la ametralladora. Pero los sitiadores no

emprenden ninguna operación activa, y los sitiados se limitan a observar y a informar por teléfono al Estado Mayor.

Por iniciativa de Sinegub, se mandan a buscar granadas de mano e incendiarias al palacio de Invierno. Entre tanto, el teniente monárquico se enreda en una discusión ante la puerta con el teniente bolchevique. Las telefonistas, cogidas entre dos fuegos, se dejan llevar de los nervios. En vista de ello, se las deja marchar tranquilamente a casa. Los marinos se encargan de los aparatos como pueden. La llegada de los automóviles blindados, que envían los rojos, resuelve la cuestión sin necesidad de granadas. Stankievich levanta el sitio, después de obtener que se deje paso libre a sus ingenieros.

Por el momento, las armas, puesto que no se emplean, no son más que un signo exterior de la fuerza. Al dirigirse al palacio de Invierno, la media compañía de junkers tropieza con un destacamento de marinos con los fusiles al brazo. Los adversarios se limitan a medirse con la mirada; ni uno ni otro bando quieren combatir: el uno, porque tiene conciencia de su fuerza; el otro, porque la tiene de su debilidad. Pero allí donde se presenta una ocasión favorable, los insurrectos, sobre todo los guardias rojos, se apresuran a desarmar al adversario. Otra media compañía de ingenieros junkers fue rodeada por los guardias rojos y los soldados, desarmada con ayuda de los automóviles blindados y hecha prisionera. Tampoco aquí hubo combate, sin embargo. "Así terminó -atestigua el iniciador- la única tentativa, que yo sepa, de resistencia activa a los bolcheviques." Stankievich se refiere a las operaciones fuera del radio del palacio de Invierno.

A mediodía, las tropas del Comité militar revolucionario ocupan las calles de los alrededores de palacio de Marinski, en el cual estaba instalado el Consejo de la República. Los miembros del Preparlamento se disponían a reunirse. La Mesa, después de "examinar la situación", había realizado una tentativa para obtener las últimas noticias; pero los corazones se encogieron cuando se puso de manifiesto que los teléfonos de palacio no funcionaban. No tardó en detenerse a la puerta un automóvil blindado. Los soldados de los regimientos de Lituania y de Keksholm y los marinos de la Guardia entraron en el edificio y formaron en dos filas a lo largo de la escalera. "Los acostumbrados semblantes inexpresivos, obtusos, rencorosos", dice el patriota liberal Nabokov refiriéndose a los soldados y marinos rusos. El jefe del destacamento propone a los reunidos que abandonen inmediatamente el palacio. "La impresión fue abrumadora", atestigua Nabokov. Los miembros del Preparlamento decidieron retirarse a la mayor rapidez posible. Contra este parecer votaron 48 representantes de la derecha, que ya sabían de antemano que habrían de quedarse en minoría.

Abajo, a la salida, los soldados examinaron los documentos y dejaron salir a todo el mundo. "Los reunidos esperaban que se haría una selección y se procedería a algunas detenciones -dice Miliukov, uno de los que salieron-; pero el Estado Mayor revolucionario tenía otras preocupaciones." Pero no era sólo esto: lo que le pesaba al Estado Mayor revolucionario es que tenía poca experiencia. La orden del Comité decía: detener a los miembros del gobierno, en caso de que estén ahí. Pero no estaban. Los miembros del Preparlamento fueron puestos en libertad sin el menor obstáculo, y entre ellos estaban los que no tardaron en convertirse en organizadores de la guerra civil.

Este Parlamento híbrido, que terminó su existencia doce horas antes que el gobierno provisional, vivió dieciocho días; es decir, el lapso de tiempo comprendido entre el momento en que los bolcheviques se retiraron del palacio de Marinski para echarse a la calle, y la invasión del palacio de Marinski por la calle, armada.

Al abandonar el nefasto edificio, el octubrista Schidlovski se fue a deambular por la ciudad, para seguir de cerca los combates: aquellos señores se imaginaban que el pueblo iba a alzarse para defenderles. Pero no vio combates por ninguna parte. En cambio, según las palabras de Schidlovski, el público de la calle -la multitud selecta de la perspectiva Nevski- se reía a carcajadas: "¿No ha oído usted? Los bolcheviques han tomado el poder. Esto no durará arriba de tres días. ¡Ja, ja, ja!" Schidlovski decidió quedarse en la capital "durante los días que la opinión pública había fijado al reinado de los bolcheviques".

Fuerza es decir que el público de la Nevski sólo empezó a reírse al atardecerá, Por la mañana, su estado de ánimo era tan angustioso, que, en los barrios burgueses, eran muy pocas las personas que se decidían a salir a la calle. A las nueve, el periodista Knijnik se fue a la perspectiva Kamenostrovski para comprar algunos periódicos; pero no encontró a ningún vendedor. En un grupo se decía que los bolcheviques habían ocupado por la noche las centrales de Telégrafos y de Teléfonos y el Banco. Una patrulla de soldados oyó lo que se decía, y pidió a los que hablaban que se abstuviesen de armar bulla. "No había necesidad de tal advertencia, ya que todo el mundo estaba extraordinariamente callado." Pasaban destacamentos de obreros armados. Los tranvías circulaban como de costumbre, es decir, lentamente. "El escaso tránsito que se notaba en las calles me agobiaba", dice Knijnik, refiriéndose a sus impresiones de la Nevski. A mediodía, el cañón de la fortaleza de Pedro y Pablo, sólidamente ocupada por los bolcheviques, tronó absolutamente igual que de costumbre, ni más fuerte ni más flojo. Las paredes y las vallas estaban cubiertas de proclamas poniendo en guardia a las masas contra toda acción. Pero ya aparecían otras anunciando la victoria de la insurrección. No había habido tiempo de pegarlas todas, y se

lanzaban desde los automóviles. Las hojas, recién impresas, olían a tinta fresca, como los mismos acontecimientos.

Las patrullas, los automóviles blindados, los destacamentos de obreros armados, las instituciones ocupadas, todo atestiguaba por modo fehaciente que "la cosa había empezado". Pero resultaba que los acontecimientos se desarrollaban de un modo completamente distinto del que se esperaba. Las calles centrales no habían sido invadidas por centenares de miles de obreros de los suburbios. No había choques entre los obreros y las tropas. No había combates. La población empezó a salir a la calle. De atardecida, la alarma era menor en la vía pública que en los días precedentes. La ocupación de las instituciones gubernamentales había terminado. Pero muchas tiendas seguían abiertas: algunas habían cerrado, pero más por prudencia que por necesidad. ¿Dónde estaba la insurrección? Lo que estaba ocurriendo era, sencillamente, el relevo de los centinelas de Febrero por los de Octubre.

Al atardecer, la Nevski estaba atestada más que nunca de aquel público que concedía tres días de vida a los bolcheviques. Los soldados del regimiento de Pavl, aunque dotados de autos blindados y cañones aéreos, ya no inspiraban miedo. John Reed vio cómo unos ancianos, envueltos en ricos abrigos de pieles, enseñaban los puños a los soldados, y cómo las mujeres elegantes les insultaban a gritos. "Los soldados no hacían gran caso de ello, contestando con sonrisas confusas." Era evidente que se sentían un tanto desconcertados en aquella lujosa perspectiva Nevski, que aún no se había convertido en la "perspectiva del Veinticinco de Octubre".

Claude Anet, periodista francés oficioso en Petrogrado, cuyas simpatías iban por completo hacia Kornílov, se asombraba de que aquellos rusos tan inexpertos hicieran la revolución de un modo muy distinto de todo lo que él había leído en los libros. "La ciudad está tranquila." Anet habla por teléfono, recibe visitas, a mediodía sale de casa. Los soldados que le cortan el camino en la Moika marchan en orden completo, "como bajo el antiguo régimen". En la Miliosnaya hay numerosas patrullas. Ningún disparo en ninguna parte. La inmensa plaza del palacio de Invierno está punto menos que desierta. Hay patrullas en la Morskaya y en la Nevski. Los soldados, vestidos irreprochablemente, avanzan con gran prestancia. A primera vista, parece indudable que deben ser los soldados del gobierno. En la plaza de Marinski, por la cual se disponía Anet a entrar en el Preparlamento, le detiene un grupo de soldados y marinos, "a decir verdad, muy amables" *[très polis, ma foi]*. Las dos calles adyacentes al palacio aparecen interceptadas por automóviles y carros. Hay también un automóvil blindado. Todo ello obedece a las órdenes

de Smolni. El Comité militar revolucionario ha repartido patrullas por toda la ciudad. Ha apostado sus centinelas. Ha disuelto el Preparlamento. Reina en la ciudad y ha implantado en la misma un orden "como no se había visto desde la revolución acá". A la noche, la portera comunica a su inquilino francés que el Estado Mayor soviético habían traído los números de los teléfonos a que se podía llamar en cualquier momento para pedir fuerzas armadas en caso de atraco, de registros sospechosos, etc. "Hay que reconocer que nunca nos habíamos visto tan bien guardados."

A las dos y treinta y cinco minutos de la tarde -los periodistas extranjeros miraban el reloj; los rusos no tenían tiempo para ello- se abrió la sesión extraordinaria del Soviet de Petrogrado con un informe de Trotski, el cual anunció, en nombre del Comité militar revolucionario, que el gobierno provisional había dejado de existir. "Se nos decía que la insurrección ahogaría a la revolución en torrentes de sangre... No sabemos que haya habido ni una sola víctima." La historia no conoce un ejemplo de movimiento revolucionario en que intervinieran masas tan inmensas y que transcurriera de un modo tan incruento. "El palacio de Invierno no ha sido ocupado aún, pero su suerte estará decidida dentro de breves minutos." Las doce horas siguientes pondrán de manifiesto que esta predicción pecaba de optimista.

Trotski comunica: desde el frente mandan fuerzas contra Petrogrado; es necesario enviar inmediatamente comisarios del Soviet al frente, y a todo el país, para dar cuenta de la revolución efectuada. Del escaso sector de la derecha surgen algunas voces: "¡Está usted adelantándose a la voluntad del Congreso de los soviets!" El ponente contesta: "La voluntad del Congreso está predeterminada por el inmenso hecho de la insurrección de los obreros y soldados de Petrogrado. Ahora, lo único que debemos hacer es desarrollar nuestra victoria." El autor del presente libro escribe en su autobiografía: "Cuando di cuenta del cambio de régimen llevado a cabo durante la noche, reinó por espacio de algunos segundos un silencio tenso... Al entusiasmo irrazonable sucedió la reflexión inquieta. En esto se puso asimismo de manifiesto el certero instinto histórico de los reunidos. Todavía podían esperarnos la resistencia encarnizada del viejo mundo, la lucha, el hambre, el frío, la ruina, la sangre, la muerte. ¿Venceremos?, se preguntaban muchos mentalmente. De ahí el minuto de reflexión inquieta. ¡Venceremos!, contestaban todos. Los nuevos peligros aparecían en una lejana perspectiva. Pero en aquel instante teníamos la sensación de una gran victoria, y esta sensación, que hervía en la sangre, se expansionó en la tempestuosa ovación que se tributó a Lenin cuando, al cabo de casi cuatro meses de ausencia, apareció por primera vez en esta asamblea."

En su discurso, Lenin trazó brevemente el programa de la revolución: destruir el viejo aparato estatal; crear un nuevo sistema administrativo a través de los soviets; tomar medidas para la terminación inmediata de la guerra, apoyándose en el movimiento revolucionario de los demás países; abolir la gran propiedad agraria y conquistar con ello la confianza de los campesinos; instituir el control obrero de la producción. "La tercera revolución rusa debe conducir, en fin de cuentas, a la victoria del socialismo."

CAPITULO XLV
LA TOMA DEL PALACIO DE INVIERNO

Kerenski recibió a Stankievich, que había llegado del frente para informarle, en un estado de ánimo exaltado: acababa de regresar del Consejo de la República, donde había desenmascarado definitivamente la insurrección de los bolcheviques. "¿La insurrección?" "¿Acaso no sabe usted que aquí tenemos un levantamiento armado?" Stankievich se echó a reír. No era para menos, ya que las calles estaban completamente tranquilas. ¿Acaso era aquél el aspecto normal de una verdadera insurrección? Sin embargo, hay que poner fin a esas conmociones eternas. Kerenski está completamente de acuerdo con ello: no espera más que la resolución del Preparlamento.

A las nueve de la noche, el gobierno se reunió en la Sala de Malaquita del palacio de Invierno, para estudiar los medios conducentes a la "liquidación decidida y definitiva" de los bolcheviques. Stankievich, enviado al palacio de Marinski para acelerar las cosas, dio cuenta, indignado, de la fórmula de semidesconfianza que se acababa de adoptar. Kerenski, dejándose llevar del primer impulso, declaró que en esas condiciones "no estaría ni un minuto más al frente del gobierno". Se llamó inmediatamente por teléfono a palacio a los líderes conciliadores. La posibilidad de la dimisión de Kerenski les asombró no menos que éste la resolución que habían tomado. Avksentiev se justificó: consideraban que la resolución era "puramente teórica y accidental y no creían que pudiera traer aparejados consigo actos de carácter práctico". Esa gente no dejaba pasar ni una ocasión de mostrar lo que valía.

En el fondo de la insurrección que se estaba desarrollando, la conversación nocturna de los "profetas" con los ex "zares" -volvamos por última vez a la imagen bíblica de Merejkovski-, parece completamente inverosímil. Dan, uno de los principales sepultureros del régimen de Febrero, exigió que el gobierno fijara inmediatamente aquella misma noche por las calles de la ciudad un pasquín declarando que había propuesto a los aliados la iniciación de negociaciones de paz. Kerenski contestó que el gobierno no tenía necesidad de semejantes consejos. Es de suponer que hubiera preferido una fuerte división. Pero eso no podía proponerlo Dan. Kerenski intentó, naturalmente, hacer recaer sobre sus interlocutores la responsabilidad de la insurrección. Dan contestó que el gobierno exageraba los acontecimientos, influido por su "Estado Mayor reaccionario". En todo caso, no había ninguna necesidad de presentar la dimisión: aquella resolución, desagradable para Kerenski, era necesaria para producir un cambio en el estado de ánimo de las masas. Si el

gobierno sigue las instigaciones de Dan, los bolcheviques se verán obligados "mañana mismo" a disolver su Estado Mayor. "Precisamente en aquellos momentos -añade Kerenski con legítima ironía- estaba ocupando la guardia roja los edificios públicos, uno tras otro."

Apenas había terminado esta explicación, tan llena de contenido, con los amigos de la izquierda, cuando comparecieron ante Kerenski los amigos de la derecha, representados por una Comisión del Soviet de las tropas cosacas. Los oficiales hablaron como si dependiese de su voluntad la conducta de los tres regimientos cosacos que había en Petrogrado, y expusieron a Kerenski condiciones diametralmente opuestas a las de Dan: las represalias contra los bolcheviques debían ser llevadas, de esta vez, hasta las últimas consecuencias, no como en julio, cuando los cosacos salieron perjudicados inútilmente. Kerenski, que no deseaba otra cosa, se excusó ante sus interlocutores de que, por consideraciones tácticas, no hubiera detenido hasta entonces a Trotski como presidente del Soviet, y prometió de nuevo la "liquidación definitiva" de los bolcheviques. Los delegados le dejaron, con la-promesa de que los cosacos cumplirían con su deber. El Estado Mayor circuló la siguiente orden entre los regimientos cosacos: "En aras de la libertad, del honor y de la reputación de la tierra rusa, acudid en auxilio del Comité ejecutivo central y del gobierno provisional, con el fin de salvar a Rusia, que se halla al borde del abismo." Este gobierno, jactancioso, que tan celosamente salvaguardaba su independencia respecto del Comité ejecutivo central, se veía obligado a esconderse humildemente tras de sus espaldas en el momento de peligro. Enviáronse asimismo órdenes implorando la ayuda de las academias militares de Petrogrado y de los alrededores. Se dio la orden siguiente a los ferrocarriles: "Las tropas que procedentes del frente se dirigen a Petrogrado, deben ser enviadas a la capital inmediatamente, interrumpiendo, si es preciso, el movimiento de los trenes de pasajeros."

Luego, los miembros del gobierno, una vez hecho cuanto estaba a su alcance, se fueron a sus casas, pasada ya la una de la noche. En el palacio quedó únicamente, con Kerenski, su sustituto, el comerciante liberal de Moscú, Konovalov. El jefe de la región militar, Polkovnikov, se presentó para proponerle que, con ayuda de las tropas fieles, se organizara inmediatamente una expedición para apoderarse del Instituto Smolni. Kerenski aceptó de buen grado el magnífico plan. Pero en modo alguno pudo colegir, por las palabras del jefe de la región militar, en qué fuerzas se disponía éste a apoyarse. Hasta ese momento no comprendió Kerenski, según confiesa él mismo, que los informes de Polkovnikov, de aquellos últimos diez o doce días, sobre la voluntad decidida de su Estado Mayor de luchar con los bolcheviques, "no se fundaba absolutamente en nada". ¡Como si,

en realidad, para apreciar la situación politicomilitar no dispusiera Kerenski de otras fuentes que los informes burocráticos de un coronel mediocre que, no se sabe por qué, había sido puesto al frente de la zona! Mientras el jefe del gobierno se entregaba a amargas reflexiones, un comisario del gobierno militar, llamado Rogovski, trajo una serie de noticias: unos cuantos buques de la escuadra del Báltico habían entrado en el Neva en orden de combate; algunos de ellos se habían dirigido al puente de Nikolaiev y lo habían ocupado, destacamentos de revolucionarios avanzan hacia el puente de palacio. Rogovski llamó, en especial, la atención de Kerenski sobre las circunstancias de que "los bolcheviques realizan su plan en orden completo, sin tropezar en ninguna parte con la resistencia de las tropas del gobierno". No se veía con claridad, en esa conversación, cuáles eran las tropas que debían ser consideradas como gubernamentales.

Kerenski y Konovalov abandonaron precipitadamente el palacio, para dirigirse al Estado Mayor. "No había ni un minuto más que perder." El edificio del Estado Mayor estaba atestado de oficiales, que iban allí, no para tratar de asuntos de sus regimientos, sino para ocultarse de estos últimos. "Entre esa multitud militar habría una serie de paisanos a quienes no conocía nadie." El nuevo informe de Polkovnikov convenció definitivamente a Kerenski de la imposibilidad de fiarse del jefe de la región ni de sus oficiales. El jefe del gobierno decide reunir personalmente, en torno suyo, "a todos los que se mantengan fieles al deber". Recordando que es un hombre de partido -del mismo modo que hay quien al llegar a la agonía se acuerda de Dios y de sus sacerdotes-, Kerenski pide por teléfono que le envíen inmediatamente los grupos armados socialrevolucionarios. Esta inesperada apelación a las fuerzas armadas del partido, sin embargo, en lugar de dar ningún resultado -si es que, en general, podía darlo-, "apartó de Kerenski -según cuenta Miliukov- a los elementos más derechistas, que ya no mostraban gran afección hacia él". El aislamiento de Kerenski, puesto ya de relieve de un modo tan acentuado durante los días de la sublevación de Kornílov, adquiría ahora un carácter todavía más fatal. "Las horas de aquella noche se arrastraban de un modo doloroso", dice Kerenski, repitiendo su frase de agosto. De ninguna parte venían refuerzos. Los cosacos estaban reunidos; los representantes de los regimientos decían que se podía entrar en acción y que, en general, no había motivo alguno para no hacerlo, pero que para ello se necesitaban ametralladoras, autos blindados y, sobre todo, Infantería. Kerenski les prometió, sin vacilar, coches blindados -los mismos cuyos equipos se disponían a abandonarle- y la Infantería, que no tenía. Como contestación a esto, se le dijo que los regimientos examinarían pronto todas las cuestiones y "empezarían a ensillar los caballos". Las fuerzas armadas del partido socialrevolucionario no daban señales

de vida. ¿Existían aún? ¿Dónde estaba, en suma, la línea divisoria entre lo real y lo irreal? La oficialidad, reunida en el Estado Mayor, observaba una actitud "cada vez más provocadora", respecto del generalísimo y jefe del gobierno. En sus *Memorias,* Kerenski llega incluso a afirmar que se había hablado entre la oficialidad de la necesidad de detenerle. Como antes, nadie guardaba el edificio del Estado Mayor. Las negociaciones oficiales se llevaban en presencia de personas ajenas, en medio de las conversaciones particulares. La sensación de que todo estaba perdido y, como consecuencia, el desaliento más profundo, pasaban del Estado Mayor al palacio de Invierno. Los junkers estaban nerviosos; el personal de los autos blindados se agitaba. Faltaba el apoyo de abajo; en las esferas dirigentes reinaba el más terrible desconcierto. ¿Podía evitarse, acaso, la catástrofe en tales condiciones?

A las cinco de la madrugada, Kerenski llamó al Estado Mayor al administrador del Ministerio de la Guerra. En el puente de Troitski, el general Manikovski fue detenido por las patrullas que lo condujeron al cuartel del regimiento de Pavl, pero allí, tras una breve explicación, fue puesto en libertad: es de suponer que el general consiguió persuadir a los soldados de que su detención podía traer aparejadas desagradables consecuencias para los soldados del frente. Aproximadamente, en aquellos mismos instantes fue detenido, cerca del palacio de Invierno, el automóvil de Stankievich; pero el Comité de regimiento puso también en libertad a este último. "Eran tropas insurreccionadas -cuenta el detenido-, pero que, no obstante, obraban con una indecisión extrema. Desde casa di cuenta, por teléfono, al palacio de Invierno, de lo que me acababa de ocurrir; pero se me dijo desde allí que estuviera tranquilo, puesto que sólo podía tratarse de un error." En realidad, el error había estado en devolver la libertad a Stankievich, que, como ya sabemos, intentó horas más tarde reconquistar la central telefónica, tomada por los bolcheviques.

Kerenski exigió del Estado Mayor del frente norte, que tenía su sede en Pskov, que enviaran inmediatamente regimientos de confianza. Desde el Cuartel general, Dujonin comunicó por el hilo directo que se habían tomado todas las medidas para mandar tropas sobre Petrogrado y que algunos de los regimientos debían de haber llegado ya. Pero los regimientos no llegaban. Los cosacos seguían "ensillando los caballos". La situación en la ciudad empeoraba de hora en hora. Cuando Kerenski y Konovalov regresaron a palacio para descansar, el ayudante trajo una noticia extraordinaria: no funcionaba ninguno de los teléfonos de palacio, y el puente situado bajo las ventanas del gabinete de Kerenski estaba ocupado por retenes de marinos. La plaza de Palacio sigue desierta: "No se tiene ninguna noticia de los cosacos." Kerenski vuelve otra vez al Estado Mayor, pero las noticias que allí

recibe son también poco consoladoras. Los bolcheviques han exigido de los junkers que se marchen de palacio, y los junkers andan muy agitados. Los autos blindados no pueden funcionar; se ha descubierto que se han "perdido" algunas piezas importantes. No se tiene ninguna noticia de las tropas enviadas del frente. Nadie guarda las calles adyacentes al palacio y al Estado Mayor; si los bolcheviques no han entrado por ellas hasta ahora, será únicamente porque no hayan querido. El edificio, que hasta entonces había estado atestado de oficiales, va quedándose desierto: cada cual se salva como puede. Se presenta una comisión de junkers; están dispuestos a cumplir con su deber, si hay esperanzas de que lleguen refuerzos. Pero éstos, precisamente, no llegan.

Kerenski llamó con urgencia a los ministros, para que se presentasen en el Estado Mayor. La mayoría de ellos no pudo disponer de automóvil: estos importantes medios de locomoción, desconocidos de las viejas revoluciones y que dan un nuevo impulso a las insurrecciones de nuestros días, o habían sido confiscados por los bolcheviques, o los ministros no tenían posibilidad de llegar hasta ellos, por impedírselo las fuerzas de los revolucionarios. El único que llegó al Estado Mayor fue Kischkin, y tras él, Maliantovich. ¿Qué podía hacer el jefe del gobierno? Dirigirse inmediatamente al encuentro de las tropas, con objeto de hacerlas avanzar a través de todos los obstáculos: a nadie podía ocurrírsele una idea mejor.

Kerenski ordena que le preparasen su "magnífico automóvil de carreras, descubierto". Pero en ese punto, se une a la cadena de los acontecimientos un nuevo factor, bajo la forma de la solidaridad inquebrantable que une a los gobiernos de la Entente en la felicidad y en la desgracia. "No sé cómo, la noticia de mi partida llegó hasta las Embajadas aliadas." Los representantes de la Gran Bretaña y de los Estados Unidos expresaron el deseo de que acompañara al jefe del gobierno, que abandonaba la capital, "un automóvil con la bandera norteamericana". El propio Kerenski consideró esta proposición superflua e incluso vejatorio, pero la aceptó como expresión de la solidaridad de los aliados.

El embajador norteamericano David Francis da otra versión que se parece algo menos a este cuento de Navidad. Según él, un automóvil norteamericano fue seguido en la calle por otro, en el que iba un oficial ruso, que exigió que se cediera a Kerenski el automóvil de la Embajada para emprender un viaje al frente. Después de consultar entre sí el caso, los funcionarios de la embajada llegaron a la conclusión de que, teniendo en cuenta que el automóvil había sido ya de hecho "confiscado" -lo cual no era cierto-, no les quedaba otro recurso que someterse a la fuerza de las circunstancias. Según esta versión, el oficial ruso, a pesar de las protestas de los señores diplomáticos, se negó retirar la bandera

norteamericana. La cosa no tiene nada de sorprendente, puesto que lo único que garantizaba la inviolabilidad del automóvil era aquel trapo de color. Francis aprobó lo que habían hecho sus subordinados, pero dio orden de que "no se dijera nada de ello a nadie".

Si se comparan estas dos versiones, que pasan en distintos grados por la línea de la verdad, los hechos resaltan con suficiente claridad: no fueron los aliados, naturalmente, los que impusieron el automóvil a Kerenski, sino que éste mismo lo solicitó; pero como los diplomáticos debían rendir tributo a la hipocresía de la no intervención en los asuntos interiores, se convino en que el automóvil había sido "confiscado" y que se diría que la embajada "había protestado" contra el abuso de la bandera. Después que hubo quedado resuelta esta delicada cuestión, Kerenski tomó asiento en su automóvil y el coche norteamericano le siguió como reserva. "Ni que decir tiene -sigue relatando Kerenski-, que en la calle, tanto los transeúntes como los soldados, me reconocieron inmediatamente; yo saludé, como siempre, con cierta indolencia y una ligera sonrisa." ¡Qué incomparable imagen! Indolente y sonriendo, el régimen de Febrero se hundió en el reino de las sombras. A la salida de la ciudad había por todas partes retenes de soldados y patrullas de obreros en armas. Al ver aquellos automóviles que corrían velozmente, los guardias rojos se lanzaron a la carretera, pero no se decidieron a disparar. En general, evitaban todavía hacerlo. También es posible que les contuviese la bandera norteamericana. Los automóviles siguieron su camino sin novedad.

-¿Es decir, que en Petrogrado no hay tropas dispuestas a defender al gobierno provisional? -preguntó asombrado Maliantovich, que hasta aquel momento había vivido en el reino de las verdades eternas del Derecho.

-No sé nada -dijo Konovalov, con un gesto de desaliento-. Las cosas van mal -añadió.

-Y ¿qué tropas son ésas que vienen?- interrogó Maliantovich.

-Un batallón de motociclistas, si no estoy equivocado.

Los ministros suspiraron. En Petrogrado y sus alrededores había 200.000 soldados. Mal tenían que ir las cosas del régimen para que el jefe del gobierno, protegido por la bandera norteamericana, se viese obligado a salir al encuentro de un batallón de motociclistas.

El suspiro de los ministros hubiera sido todavía más profundo, sin duda, si hubiesen sabido que el 5.º Batallón de motociclistas, mandado desde el frente se había detenido en Peredolskaya y preguntado telegráficamente al Soviet de Petrogrado con qué fines se le había llamado, en realidad. El Comité militar revolucionario mandó un saludo fraternal al

batallón y le propuso que enviase inmediatamente sus representantes. Las autoridades buscaban y no encontraban a los motociclistas, cuyos delegados llegaban a Smolni aquel mismo día.

Proyectábase tomar el palacio de Invierno en la noche del 25, simultáneamente con todos los demás puntos importantes de la capital. El 23 se creó un Comité de tres miembros, con Podvoiski y Antónov, como figuras principales, para la toma del palacio. Se incluyó en el Comité, en calidad de tercer miembro, al ingeniero Sadovski, que estaba en el servicio militar, pero absorbido por los asuntos de la guarnición, no pudo participar en los trabajos de dicho Comité. Le sustituyó Chudnovski, que había llegado en mayo, junto con Trotski, del campamento de concentración del Canadá y que había pasado tres meses en el frente como soldado. Parte muy activa tomó en las operaciones el viejo bolchevique Laschevich, que había llegado en el ejército hasta el grado de suboficial. Tres años más tarde recordaba Chudnovski, cómo discutían furiosamente en la reducida habitación que ocupaban en el Smolni, Podvoiski y Chudnovski, esforzándose por trazar sobre el plano de Petrogrado el mejor plan de acción contra el palacio de Invierno. Al fin se decidió rodear el radio del palacio de un óvalo cuyo eje principal había de ser la orilla del Neva. Debían cerrar el óvalo, por la parte del río, la fortaleza de Pedro y Pablo, el *Aurora* y los demás buques que se habían hecho venir de Cronstadt y de la escuadra de operaciones. Con objeto de prevenir o paralizar toda tentativa de ataque por la espalda, de parte de los cosacos y los junkers, se decidió disponer nutridos destacamentos revolucionarios más allá de la línea de combate.

El plan era, en general, excesivamente complejo para el objetivo que se perseguía. El tiempo señalado para la preparación resultó insuficiente. Como es de suponer, a cada paso se ponían de manifiesto errores de cálculo y faltas de coordinación. En un sitio no se había indicado como era debido la dirección del ataque; en otro, el encargado de dirigir las operaciones, confundiendo las instrucciones, había llegado con retraso; en el de más allá se esperaba, inútilmente, al auto blindado salvador. Sacar a la calle los regimientos, combinar su acción con la de los guardias rojos, ocupar los puestos de combate, asegurar el contacto entre ellos y con el Estado Mayor, todo esto exigía muchas más horas de lo que suponían los dirigentes, que discutían sobre el plano de Petrogrado.

Cuando el Comité militar revolucionario anunció, cerca de las diez de la mañana, la caída del gobierno, los dirigentes inmediatos de las operaciones todavía no veían claramente hasta qué extremo llegaba el retraso. Podvoiski prometió la caída del palacio de Invierno para no "más tarde de las doce". Hasta entonces, las operaciones militares se

habían desarrollado de un modo tan regular, que nadie tenía motivos para dudar de este plan. Pero a mediodía se puso de manifiesto que aún no se había organizado el sitio, que los marinos de Cronstadt no habían llegado y que, en cambio, la defensa de palacio se había reforzado. Como ocurre casi siempre, el tiempo perdido provocó la necesidad de nuevos aplazamientos. Bajo la vigorosa presión del Comité, la toma del palacio fue señalada esta vez de un modo "definitivo", para las tres. Apoyándose en este nuevo plazo, el ponente del Comité militar revolucionario expresó, en la sesión diurna del Soviet, la esperanza de que la caída del palacio de Invierno sería cosa de pocos minutos. Pero pasó otra hora y las cosas seguían en el mismo estado. Podvoiski, que ardía asimismo de impaciencia, aseguró por teléfono que a las seis sería tomado a toda costa el palacio. Ya no había, sin embargo, la confianza de antes . En efecto, dieron las seis y no se produjo el desenlace.

Fuera de sí por la insistencia de Smolni, Podvoiski y Antónov se negaron a señalar ningún otro plazo. Esto provocó una seria inquietud. Políticamente, se consideraba necesario que en el momento en que se abriera el Congreso de los soviets, se hallase toda la capital en manos del Comité militar revolucionario: esto habría simplificado la actitud que hubiera de adaptarse respecto a la oposición del Congreso, a la que de ese modo se habría puesto ante el hecho consumado. Entre tanto llegaba la hora de abrir el Congreso, remitióse para más tarde, y llegó de nuevo. Aún no había sido tomado el palacio de Invierno. Así, el cerco del palacio, gracias al carácter prolongado que cobró, convirtióse en el objetivo central de la insurrección, al menos por espacio de once horas.

El Estado Mayor principal de las operaciones seguía en el Smolni, donde iban concentrándose todos los hilos en manos de Laschevich. El Estado Mayor de campaña estaba en la fortaleza de Pedro y Pablo, donde toda la responsabilidad recaía sobre Blagonravov. Estados Mayores subordinados, había tres: uno en el *Aurora;* otro en los cuarteles del regimiento de Pavl, otro en los de la dotación de la escuadra. En el campo de operaciones actuaban Podvoiski y Antónov, sin ningún orden de subordinación, por las trazas.

En el edificio del Estado Mayor central del gobierno, había también tres hombres que examinaban el plano de la ciudad: el coronel Polkovnikov, jefe de la zona militar; el jefe de su Estado Mayor, general Bagratuni, y el general Alexéiev, que había sido invitado a la reunión como suprema autoridad. A pesar de una dirección compuesta de elementos tan calificados, los planes de defensa eran incomparablemente menos precisos que los planes de ataque. Verdad es que los inexpertos mariscales de la insurrección no sabían concentrar rápidamente sus tropas y asestar el golpe a tiempo. Pero esas tropas existían. Los mariscales

de la defensa, en vez de tropas, contaban con esperanzas confusas. Acaso se decidan a votar los cosacos; acaso se encuentren regimientos fieles en las guarniciones vecinas; acaso pueda traer Kerenski tropas del frente. Conocemos el estado de ánimo de Polkovnikov, por el telegrama que mandó al Cuartel general por la noche: daba la causa por perdida. Alexéiev, que aún veía menos motivos de optimismo, abandonó pronto aquel lugar fatal.

Se llamó a los delegados de las escuelas de junkers al Estado Mayor, donde se intentó levantarles el ánimo, asegurándoles que pronto llegarían tropas de Gatchina, de Tsarskoie y del frente. Pero nadie creía en esas promesas nebulosas. Por las escuelas militares empezaron a circular rumores depresivos: "En el Estado Mayor reina el pánico; nadie hace nada." Así era, en realidad. Los oficiales cosacos, que se presentaron en el Estado Mayor con la proposición de apoderarse de los autos blindados en el picadero de Mijailov, encontraron a Polkovnikov sentado en el antepecho de una ventana, en un estado de postración completa. ¿Apoderarse del picadero? "Apoderaos de él, no tengo a nadie, y yo solo no puedo hacer nada."

Mientras se procedía lentamente a la movilización de las escuelas militares para la defensa del palacio de Invierno, los ministros se dirigían a este último para reunirse en él. La plaza de Palacio y las calles adyacentes seguían libres de revolucionarios. En esta ocasión, los ministros pudieron gozar de todas las ventajas de su impopularidad: nadie se interesó por ellos y es de dudar que nadie les reconociera. Se reunieron todos, excepto Prokopovich, detenido casualmente cuando se dirigía a palacio en un coche de punto, y que, dicho sea de paso, fue puesto en libertad el mismo día. Sólo entonces, a las once, decidió el gobierno poner al frente de la defensa a uno de sus miembros. Ya de madrugada, el general Manikovski había renunciado al honor que le había ofrecido Kerenski. Otro militar del gobierno, el almirante Verderevski, se sentía menos bélico aún. Hubo de ponerse al, frente de la defensa un hombre civil: el ministro de la Asistencia pública, Kischkin. Se dio cuenta inmediatamente de este nombramiento al Senado, mediante un decreto firmado por todos los ministros: aún le quedaba tiempo a aquella gente para dedicarse a esas fruslerías protocolarias. En cambio, a nadie se le ocurrió que Kischkin era miembro del partido kadete y, por tanto, doblemente odiado por los soldados del interior y del frente. Kischkin, por su parte, escogió como auxiliares a Palchinski y Rutenberg. El primero, hombre de confianza de los industriales y protector de los *lockouts,* era odiado por los obreros. El ingeniero Rutenberg era ayudante de Savinkov, al que hasta el mismo partido de los socialrevolucionarios, que admitía a todo el mundo, había excluido como

korniloviano. Polkovnikov, sospechoso de traición, fue destituido. En lugar suyo fue designado el general Bagratuni, que en nada se distinguía de él.

A pesar de que los teléfonos del Estado Mayor y del palacio no funcionaban, este último estaba en contacto con las instituciones más importantes por medio de su línea particular y, muy principalmente, con el Ministerio de la Guerra, que tenía una línea directa con el Cuartel general. Es posible que, en las prisas de aquellos días, no fueran interceptadas por completo las líneas urbanas. Sin embargo, desde el punto de vista militar, esto no representaba ninguna ventaja y más empeoraba que mejoraba, moralmente, la situación del gobierno, ya que le quitaba toda ilusión.

Los dirigentes de la defensa exigieron refuerzos desde por la mañana. Alguien intentó ayudarles en este sentido. El doctor Feit, miembro del Comité central del partido socialrevolucionario, que tuvo participación directa en este asunto, habló, años después, ante los tribunales, de "la sorprendente modificación, rápida como el rayo, que se produjo en el estado de ánimo de los regimientos". Se decía, de fuentes fidedignas, que tal o cual regimiento estaba dispuesto a salir en defensa del gobierno; pero bastaba dirigirse a él por teléfono, para que un regimiento tras otro se negara a acudir a la plaza de Palacio. "El resultado ya lo conocéis -decía el viejo populista-; nadie entró en acción, y el palacio de Invierno fue tomado." En realidad, el espíritu de la guarnición no cambió con la rapidez del rayo. Lo que realmente se hundió con esa rapidez fueron las ilusiones de los partidos gubernamentales. Los autos blindados, en los que confiaban particularmente en el palacio de Invierno y en el Estado Mayor, se dividieron en dos grupos: uno bolchevista y otro pacifista. Nadie se declaró favorable al gobierno. Cuando se dirigía al palacio de Invierno media compañía de ingenieros junkers, se encontró, llena de esperanza y de miedo, con dos autos blindados. ¿Eran amigos o enemigos? Resultó que se mantenían en una actitud neutral y habían salido a la calle con objeto de impedir todo choque entre los dos bandos. De los seis autos blindados que había en palacio, sólo uno se quedó allí: los otros cinco se marcharon. A medida que iba triunfando la insurrección, el número de autos blindados aumentaba y el ejército de la neutralidad se derretía: tal es, de ordinario, el destino de la neutralidad en toda lucha seria.

Se acerca el mediodía. La enorme plaza del palacio de Invierno sigue desierta. El gobierno no puede llenarla con nada. Las tropas del Comité, absorbidas por la realización de un plan excesivamente complejo, no la ocupan. Van concentrándose las tropas, los destacamentos obreros, los autos blindados. El radio del palacio de Invierno va

pareciéndose a un lugar apestado, cercado por la periferia, lo más lejos posible del foco de infección.

El patio que da a la plaza está lleno, como el patio de Smolni, de montones de leña. A derecha e izquierda, muestran sus negras bocas los cañones de campaña de tres pulgadas. En algunos sitios aparecen haces de fusiles. La guardia, poco numerosa, de palacio, está pegada a las paredes mismas del edificio. En el patio y en el piso inferior, se encuentran las dos escuadras militares de Oranienbaum y Peterhof, que distan mucho de estar completas, y un pelotón de la Escuela de artillería de Konstantino, con seis cañones.

En la segunda mitad del día llega un batallón de junkers de la escuela de Ingenieros, que ha perdido media compañía por el camino. El espectáculo que ofrecía el palacio no es como para suponer que pudiera levantar el espíritu de los junkers, que tanto dejaba ya que desear por el camino, según el testimonio de Stankievich. En palacio se observó una carencia casi absoluta de víveres: ni siquiera se había ocupado nadie oportunamente. Un camión cargado de pan fue tomado por las patrullas del Comité. Parte de los junkers hacía centinela; los demás languidecían inactivos, atormentados por lo desconocido y por el hambre. La dirección no se dejaba sentir por ninguna parte. En la plaza de Palacio y en la orilla del río empezaron a hacer su aparición grupos, al parecer de transeúntes pacíficos, que arrebataban los fusiles a los junkers y les amenazaban con los revólveres.

Descubrióse que entre los junkers había "agitadores". ¿Habían penetrado desde el exterior? No; según las trazas y, por el momento, se trataba de revoltosos del interior, que consiguieron producir cierta fermentación entre sus compañeros de Oranienbaum y de Peterhof. Los comités de las escuelas organizaron una reunión en la sala blanca de palacio, y exigieron que se presentara a dar explicaciones un representante del gobierno. Quienes se presentaron fueron todos los ministros, capitaneados por Konovalov. Kischkin explicó a los junkers que el gobierno había decidido sostenerse hasta que se agotaran todas las posibilidades. Según el testimonio de Stankievich, uno de los junkers intentó decir que él estaba dispuesto a morir por el gobierno, pero la frialdad evidente de los demás compañeros, le contuvo. Los discursos de los restantes ministros provocaron ya, sencillamente, la irritación de los junkers, que interrumpían, gritaban e incluso, según parece, silbaban. Los junkers de sangre azul explicaban la conducta de la mayoría de sus compañeros, por su bajo origen social: "Son gente del campo, medio analfabetos, bestezuelas ignorantes..." Así y todo, la reunión de los ministros con los junkers en el palacio sitiado, terminó con la reconciliación: los junkers accedieron a quedarse, después que se les hubo prometido una dirección activa y una información veraz de los hechos. El

jefe de la escuela de Ingenieros fue nombrado comandante de la defensa de palacio. Se dio la sensación de algo que se parecía al orden. Se creó un plan de defensa, señaláronse, posiciones de combate. En el patio y ante los pórticos, se alzaron reductos, utilizando para ello la leña. Parapetados tras esos reductos, los junkers desalojaron la plaza de Palacio. Los centinelas se sintieron más seguros.

La guerra civil, sobre todo en sus comienzos, antes de que se formen ejércitos regulares y de que se curtan, es una guerra en que los efectos morales son de gran eficacia. Tan pronto como se puso de manifiesto un pequeño aumento de actividad por parte de los junkers, que desalojaron la plaza disparando desde la barricada, se creyó entre los asaltantes que la fuerza y los recursos de la defensa eran mucho más considerables. A pesar del descontento de las guardias rojos y de parte de los soldados, los dirigentes decidieron aplazar el asalto hasta que se concentraran las reservas, principalmente antes de la llegada de los marinos de Cronstadt.

Este intervalo de varias horas aportó algunos refuerzos a los sitiados. Después que Kerenski hubo prometido fuerzas de Infantería a la comisión de cosacos, se reunió el Soviet de las tropas cosacas y celebraron asimismo reuniones los comités de regimiento y las asambleas generales de estos últimos. Decidióse mandar inmediatamente al edificio del palacio dos centurias y la sección de ametralladoras del regimiento de los Urales, que había llegado del frente en julio para aplastar a los bolcheviques. En cuanto a las demás fuerzas, no se mandarían hasta que se cumplieran efectivamente las promesas hechas; esto es, después que hubieran sido enviados los refuerzos de Infantería. Pero tampoco transcurrió sin incidentes el envío de las dos centurias. La juventud cosaca ofreció resistencia; los "viejos" llegaron incluso a encerrar a los jóvenes en las caballerizas, para que no les impidieran equiparse. Sólo al atardecer, cuando ya no se les esperaba, llegaron a palacio los barbudos cosacos de los Urales, que fueron recibidos como salvadores. Los que llegaban, sin embargo, tenían un aspecto sombrío; no estaban acostumbrados a guerrear en los palacios. Además, no veían muy claro de parte de quién estaba la razón.

Al cabo de poco tiempo, llegaron inesperadamente cuarenta Caballeros de San Jorge, mandados por un capitán, con una pierna postiza. ¡Un inválido, como refuerzo! Pero, así y todo, esto levantó un poco los ánimos. Pronto llegó asimismo la compañía de choque del batallón femenino. Lo que más animaba a los sitiados era que los refuerzos entraban en el edificio sin necesidad de combatir. Los sitiadores no podían impedirles el acceso a palacio o no se decidían a hacerlo. La cosa estaba clara: el adversario era débil. "Gracias a Dios, las cosas empiezan a arreglarse", decían los oficiales, consolándose a sí mismos y consolando a

los junkers. Los recién llegados fueron dispuestos en sus posiciones de combate, relevando a los fatigados. Los cosacos de los Urales, sin embargo, miraban descontentos a las mujeres con fusiles. Pero ¿dónde está la verdadera Infantería?

Los sitiadores perdían el tiempo a todas luces. Los marinos de Cronstadt no acababan de llegar, aunque, a decir verdad, no tenían ellos la culpa: se les había llamado demasiado tarde. Tras intensos preparativos nocturnos, empezaron a embarcarse a la madrugada. El portaminas *Amur* y el buque *Yastreb* toman la dirección de Petrogrado. El viejo acorazado *Zaria Svobodi [La Aurora de la Libertad],* después de desembarcar fuerzas en Orienbaum, donde se proyectaba desarmar a los junkers, debía fondear a la entrada del canal marítimo, para abrir el fuego, en caso de necesidad, contra la línea férrea del Báltico. Cinco mil marineros y soldados desamarraron a primera hora de la mañana de la isla de Kotlin, para atracar en la revolución social. En el camarote de la oficialidad reina un silencio sombrío; a esa gente se le lleva a combatir con una causa que odia. El bolchevique Flerovski, comisario del destacamento, les declara: "No contamos con vuestra simpatía, pero exigimos que estéis en vuestros puestos: os libraremos de pruebas superfluas." Por toda respuesta resuena un breve "está bien". Todos fueron a ocupar sus puestos; el capitán subió al puente.

Al entrar en el Neva, un ¡hurra! jubiloso: los marinos salen a recibir a los suyos. En el *Aurora,* fondeado en medio del río, suenan las notas de una orquesta. Antónov dirige breves palabras de salutación a los recién llegados: "Ahí tenéis el palacio de Invierno... Hay que tomarlo." En el destacamento de Cronstadt estaban los elementos más decididos y audaces. Esos marinos, con sus blusas negras, sus fusiles y sus cartucheras, irán hasta el fin. El desembarque se efectúa rápidamente, en el bulevar Konogvardeiski. En el buque no quedan más que los centinelas.

Las fuerzas ahora son más que suficientes. En la Nevski, fuertes retenes; en el puente del canal Yekaterinski y en el de la Moika, automóviles blindados y cañones aéreos, que apuntan al palacio de Invierno. En la otra parte de la Moika, los obreros han apostado ametralladoras detrás de los reductos. En la Morskaya hay un auto blindado. El Neva y los pasos del mismo están en manos de los que atacan. Se da orden a Chudnovski y al teniente Dachkevich, para que manden retenes de los regimientos de la Guardia al campo de Marte. Blagonravov debe ponerse en contacto desde la fortaleza, por el puente, con los refuerzos del regimiento de Pavl. Los marinos de Cronstadt entrarán en contacto con la fortaleza y con la primera dotación de la escuadra. Después de una preparación de artillería se iniciará el asalto.

Entre tanto, llegan tres unidades de la escuadra de operaciones del Báltico: un crucero, dos torpederos grandes y dos pequeños. "Por más seguros que estuviéramos de la victoria con las fuerzas de que disponíamos -dice Flerovski-, el regalo que nos hacía la escuadra de operaciones suscitó un gran entusiasmo en todos nosotros." El almirante Verderevski podía observar, desde las ventanas de la sala de Malaquita, aquella imponente flotilla revolucionaria, que dominaba, no sólo el palacio y su radio, sino también las principales entradas de Petrogrado. Cerca de las cuatro de la tarde, Konovalov llamó por teléfono a palacio a los políticos afines al gobierno: los ministros sitiados tenían necesidad, aunque no fuera más que de apoyo moral. De todos los invitados, sólo se presentó Nabokov; los demás prefirieron expresar su simpatía por teléfono. El ministro Tretiakov se lamentaba de Kerenski y del destino: el jefe del gobierno había huido, dejando indefensos a sus colegas, Pero ¿y si llegan refuerzos? ¡Quién sabe! Sin embargo, ¿por qué no han llegado aún? Nabokov mostraba su pesar, miraba el reloj a hurtadillas, y se apresuró a despedirse. Se marchó a tiempo. Poco después de las seis, el palacio de Invierno fue estrechamente cercado por las tropas del Comité militar revolucionario: el acceso había quedado cerrado, no sólo para los refuerzos, sino también para las personas aisladas.

Por el lado del bulevar Konogvardeiski, la orilla del Almiratazgo, la calle Morskaya, la perspectiva Nevski, el campo de Marte, la calle Milionaya, la orilla del palacio, el círculo del sitio se iba estrechando. La cadena de las fuerzas sitiadoras se extendía desde las verjas del jardín del palacio de Invierno, que se hallaba ya en manos de los revolucionarios, desde el arco que formaba la plaza de Palacio y la calle Morskaya, desde los canales del Ermitage, y desde las esquinas vecinas a palacio, del Almirantazgo y de la Nevski. A la otra parte del río mostraba el ceño, amenazadora, la fortaleza de Pedro y Pablo. Desde el Neva, el *Aurora* mostraba sus cañones de seis pulgadas. Los torpederos patrullaban a lo largo del Neva. En la plaza de Palacio, desalojada por los junkers tres horas antes, aparecieron automóviles blindados, que ocuparon las entradas y salidas. Bajó su protección, las fuerzas de asalto de la plaza se sentían cada vez más seguras. Uno de los autos blindados se acercó a la entrada principal de palacio, y después de desarmar a los junkers que le guardaban, se alejó sin hallar obstáculos.

A pesar del completo bloqueo que, por fin, se había establecido, los sitiados seguían conservando el contacto con el mundo exterior, por medio de las líneas telefónicas. A las cinco, un destacamento del regimiento de Keksholm ocupó el edificio del Ministerio de la Guerra, a través del cual se relacionaba el palacio de Invierno con el Cuartel general. Pero, según parece, aun después de esto, un oficial permaneció por espacio de varias horas al pie

del aparato Hughes, emplazado en las azoteas del Ministerio, adonde no se les había ocurrido subir a los vencedores. Sin embargo, el hecho de que subsistiera la comunicación, seguía sin constituir precisamente una ventaja. Las contestaciones del frente Norte eran cada vez más evasivas. Los refuerzos no llegaban. El misterioso batallón de motociclistas no aparecía por ninguna parte. Del propio Kerenski no se sabía absolutamente nada. Los amigos de la ciudad iban limitándose, cada vez más, a breves expresiones de sentimiento. Los ministros esperaban, exhaustos. No tenían de qué hablar ni podían esperar nada, y acabaron por sentir repugnancia unos de otros y de sí mismos. Unos estaban sentados, en un estado de embrutecimiento; otro paseaban automáticamente de un extremo a otro de la sala. Los que se sentían inclinados a la reflexión, volvían la vista atrás, hacia el pasado, buscando a los culpables de sus desdichas. No fue difícil encontrarlos: ¡la culpa la tenía la democracia! Ella era la que les había mandado al gobierno, echando sobre sus espaldas un peso enorme y dejándolos sin apoyo en el momento de peligro. Por esta vez, los kadetes se solidarizaban completamente con los socialistas: sí, la culpa era de la democracia. Verdad es que ambos grupos, al pactar la coalición, se habían vuelto de espaldas a la Conferencia democrática, tan afín a ellos. La independencia respecto de la democracia, constituía incluso la principal idea de la coalición. Pero daba lo mismo; ¿acaso existe la democracia para otra cosa que para salvar a un gobierno burgués, cuando se halla en una situación apurada? El ministro de Agricultura, Maslov, socialrevolucionario de derecha, escribió unas líneas, que él mismo calificó de póstumas, en las que se comprometía solemnemente a morir maldiciendo a la democracia. Sus colegas se apresuraron a comunicar a la Duma, telefónicamente, este fatal propósito. La muerte, a decir verdad, no pasó de la fase de proyecto, pero maldiciones hubo más que suficientes.

Los junkers querían saber lo que iba a pasar, y exigieron del gobierno una respuesta que mal podía darles éste. Mientras se estaba celebrando una nueva reunión de los junkers con los ministros, llegó Kischkin, del Estado Mayor central, con un ultimátum firmado por Antónov, ultimátum que había llevado al palacio un ciclista de la fortaleza de Pedro y Pablo. El ultimátum estaba concebido en estos términos: desarmar la guarnición del palacio de Invierno; en caso contrario, los cañones de la fortaleza y de los buques de guerra abrirán el fuego; veinte minutos para reflexionar. El plazo pareció demasiado breve. El general del Estado Mayor Poradelov solicitó diez minutos más. Los militares del gobierno Manikovski y Verderevski enfocaron la cuestión de un modo más simple: puesto que no hay posibilidad de combatir, hay que pensar en la rendición; esto es, aceptar el ultimátum. Pero los ministros civiles permanecieron inquebrantables. Al fin, decidieron no contestar al

ultimátum y recurrir a la Duma municipal, como al único órgano legítimo que existía en la capital. Esta apelación a la Duma fue la última tentativa realizada para despertar la conciencia dormida de la democracia.

Al expirar el plazo de media hora, un destacamento de guardias rojos, marinos y soldados mandados por un suboficial del regimiento de Pavl, ocupó sin resistencia el Estado Mayor central y detuvo a Poradelov. Esta operación hubiera podido realizarse mucho antes, puesto que ninguna defensa había en el interior del edificio. Pero los asaltantes temían un ataque de los junkers del palacio de Invierno, que habrían podido coparlos en el Estado Mayor. Ahora, defendidos por los autos blindados, se sintieron más decididos. Después de la pérdida del Estado Mayor, el palacio de Invierno se sintió aún más desamparado. De la sala de Malaquita, cuyas ventanas daban al Neva y parecían estar llamando a los obuses del *Aurora,* los ministros se trasladaron a uno de los innumerables aposentos de palacio, cuyas ventanas daban al patio. Se apagaron las luces. Sólo en una mesa brillaba una lámpara, cubierta con una hoja de periódico para que no se viera la luz por la ventana.

El general Bragatuni consideró oportuno declarar en aquel momento que se negaba a seguir ejerciendo las funciones de jefe de la zona militar. Por orden de Kischkin fue destituido el general, "como indigno", y se le propuso que abandonara inmediatamente el palacio. Al salir cayó en manos de los marinos, que lo condujeron a los cuarteles de la dotación del Báltico. El general hubiera podido pasarlo mal si Podvoiski, que recorría los sectores del frente antes del último ataque, no hubiera tomado bajo su protección al desdichado guerrero.

Desde las calles adyacentes y desde la orilla del río, observaron muchos cómo el palacio, que hacía un momento brillaba con la luz de centenares de lámparas eléctricas, se había hundido repentinamente en las tinieblas. Entre los observadores había también amigos del gobierno. Uno de los compañeros de armas de Kerenski, Redemeister, anotó en su diario: "La oscuridad en que estaba sumido el palacio encerraba un enigma." Los amigos no tomaron medida alguna para descifrarlo. Hay que reconocer que tampoco eran muy considerables las posibilidades de hacerlo.

-¿Qué peligro amenaza al palacio si el *Aurora* abre el fuego? -preguntaban los ministros a su colega marino.

-Se convertirá en un montón de ruinas -contestaba el almirante, no sin un sentimiento de orgullo por la artillería marina.

Verderevski hubiera preferido la rendición, y se hallaba harto dispuesto a darles un susto a los hombres civiles que tan inoportunamente se hacían los valientes. Pero el *Aurora* no disparaba. Callaba asimismo la fortaleza. ¿Será que los bolcheviques no se deciden a cumplir su amenaza?

Protegidos por los montones de leña, los junkers acechaban a las fuerzas de la plaza de Palacio, recibiendo cada movimiento del enemigo con fuego de fusilería y de ametralladoras, al cual se contestaba del mismo modo. Por la noche, el fuego se hizo más intenso. A pesar de ello, hubo muy pocas víctimas. En la plaza, en la orilla, en la Milionaya, los sitiadores se ocultaban tras de los resaltos, se refugiaban en los huecos, se pegaban a los muros. En las reservas, los soldados y los guardias rojos se calentaban en torno a las hogueras, que humeaban desde que había empezado a oscurecer, y censuraban a los directores por su lentitud.

La espera del fuego artillería, la pasividad y la desconfianza desmoralizaba a la guarnición de palacio. Buena parte de los oficiales buscaba refugio a su desgracia en el bufete, donde obligaban a los servidores de palacio a colocar ante ellos una batería de vinos añejos. La juerga de la oficialidad en el palacio agonizante no podía ser un secreto para los junkers, cosacos, inválidos y mujeres del batallón de choque. El desenlace se preparaba no sólo desde el exterior, sino también desde el interior.

El oficial del pelotón de artillería comunicó inesperadamente al comandante de la defensa que los cañones habían sido puestos en sus avantrenes, y los junkers se retiraban a sus casas de acuerdo con la orden recibida del jefe de la academia de Konstantino. Era un golpe pérfido. El comandante intentó hacer objeciones: allí nadie podía dar órdenes más que él. Los junkers lo comprendían perfectamente, pero prefirieron someterse al jefe de la academia, que, a su vez, obraba bajo la presión del comisario del Comité militar revolucionario. La mayoría de los artilleros abandonó el palacio, llevándose consigo cuatro de los seis cañones que había. Detenidos en la Nevski por las patrullas de soldados, intentaron ofrecer resistencia; pero un retén del regimiento de Pavl, que llegó con un auto blindado, los desarmó y los condujo con dos cañones a sus cuarteles; los otros dos cañones fueron emplazados en la Nevski y en el puente de la Moika, apuntados hacia el palacio de Invierno.

El ejemplo de los artilleros no podía dejar de ser contagioso. Las dos centenas de cosacos de los Urales esperaban en vano a los suyos. Savinkov, estrechamente ligado al Soviet de las tropas cosacas y representante, incluso, de las mismas en el Preparlamento, intentó, con ayuda del general Alexéiev, ponerlas en movimiento. Pero los dirigentes del

Soviet cosaco, según la justa observación de Miliukov, eran tan poco capaces de disponer de los regimientos cosacos como lo era el Estado Mayor de disponer de las tropas de la guarnición. Después de examinar la cuestión en todos sus aspectos, los regimientos cosacos decidieron, en fin de cuentas, no entrar en acción sin la Infantería, y ofrecieron sus servicios al Comité militar revolucionario para encargarse de proteger los bienes del Estado. Al mismo tiempo, el regimiento de los Urales decidía mandar delegados al palacio de Invierno, con objetivo de que volvieran a sus cuarteles las dos centenas. Esta proposición no podía responder mejor al espíritu que había acabado por formarse entre los "viejos". No veían en torno suyo más que a gente extraña: junkers entre los cuales había no pocos judíos, oficiales inválidos y, por añadidura, las mujeres del batallón de choque. Los cosacos recogieron sus mochilas con una expresión irritada y sombría en el rostro. Ninguna exhortación les hacía ya efecto. ¿Quién se quedaba para defender a Kerenski? "Unos cuantos judíos, más esas mujeres..., mientras que el pueblo ruso se ha quedado ahí fuera, con Lenin. " Resultó que los cosacos estaban en relación con los sitiadores, los cuales les dejaron el paso libre por una salida ignorada hasta entonces de la defensa. Los cosacos de los Urales abandonaron el palacio de invierno cerca de las nueve de la noche.

Por ese mismo camino que comunicaba con la Milionaya, consiguieron entrar en el palacio los bolcheviques para desmoralizar al adversario. Cada vez con más frecuencia aparecían en los corredores figuras misteriosas que hablaban con los junkers, que, aun sin necesidad de eso, estaban ya torturados por angustiosas dudas. ¿Qué hacer? El gobierno se negaba a dar órdenes directas. Los ministros se quedarán con el viejo régimen; los demás, que hagan lo que quieran. Esto significaba dejar en libertad para salir de palacio a los que así lo desearan. Maliantovich ha contado posteriormente que "en aquella inmensa ratonera vagaban, juntándose todos, unas veces, otras por grupos separados, conversando brevemente, unos hombres condenados, solitarios, abandonados de todo el mundo... A nuestro alrededor, el vacío, y lo mismo ocurría en nuestro interior. Y en ese vacío iba tomando cuerpo una decisión irreflexiva de impasible indiferencia".

Antónov-Ovseenko convino con Blagonravov en que, tan pronto como estuviera terminado el cerco del palacio, se alzaría un farol rojo en el mástil de la fortaleza de Pedro y Pablo. Al aparecer esta señal, el *Aurora* haría un disparo, sin bala, con objeto de intimidar. En caso de que los sitiados se obstinaran, la fortaleza abriría el fuego contra el palacio, de cañones ligeros. Si, después de esto, tampoco se rendía el palacio de Invierno, el *Aurora* abriría el fuego con sus cañones de seis pulgadas. El fin que se perseguía con esta gradación era reducir al mínimo las víctimas y los desperfectos, en caso de que fuera imposible

evitarlos del todo. Pero la solución excesivamente compleja de una cuestión simple puede dar resultados contrarios. Las dificultades de realización deben ponerse inevitablemente de manifiesto. Empiezan ya a cuenta del farol rojo: resulta que no hay ninguno a mano. Buscan, pasa el tiempo, al fin encuentran un farol rojo. Sin embargo, no es tan sencillo como parece atarlo al mástil, de manera que resulte visible desde todas partes. Nuevas tentativas, con resultados dudosos. Y, entre tanto, se pierde un tiempo precioso.

Sin embargo, las dificultades principales empiezan cuando se trata de emplear la artillería. Según los informes de Blagonravov, el taque de artillería al palacio podía empezar ya a mediodía, tan pronto como se diera la señal. Pero la realidad fue otra. Como en la fortaleza no había artillería permanente, salvo el cañón enmohecido que se cargaba por la boca y señalaba el filo de mediodía, hubo que subir cañones de campaña a los muros de la fortaleza. Esta parte del programa fue, efectivamente, realizada a mediodía. Pero las cosas iban mal, por lo que se refería a los artilleros. Sabíase de antemano que la compañía de Artillería, que en julio no se había puesto al lado de los bolcheviques, no merecía gran confianza. No podía esperarse un golpe traicionero de su parte, pero no estaba dispuesta a entrar en fuego por los soviets. Cuando llegó la hora de obrar, un suboficial comunicó que los cañones se hallaban tomados de orín, los compresores no estaban engrasados y era imposible disparar. Es muy posible que, en efecto, los cañones no estuvieran en perfectas condiciones; pero, en el fondo, no era de esto de lo que se trataba: los artilleros rehuían, sencillamente, la responsabilidad, y engañaban al inexperto comisario. Antónov acudió, veloz y furioso, en una canoa. ¿Quién saboteaba el plan? Blagonravov le habla del farol, de la grasa y del suboficial. Ambos se dirigen a los cañones. Noche, tinieblas, charcos en el patio, después de las últimas lluvias. De la otra parte del río llega el eco de un intenso fuego de fusilaría y el tableteo de las ametralladoras. En la oscuridad, Blagonravov se pierde. Chapoteando en los charcos, ardiendo de impaciencia, tropezando y cayendo en el barro, Antónov sigue al comisario por el oscuro patio. "Al pie de uno de los faroles que brillaban débilmente -cuenta Blagonravov-, Antónov se detuvo de repente casi a quemarropa. En sus ojos leí una oculta alarma." Por un instante, Antónov sospechó la existencia de la traición donde no había más que ligereza.

Al fin se encuentra un sitio en que emplazar los cañones. Los artilleros se obstinan: el moho..., los compresores..., la grasa. Antónov manda a buscar artilleros del Polígono marítimo, y ordena que la señal la dé el cañón arcaico que anuncia el mediodía. Pero los artilleros preparan el cañón con una lentitud sospechosa. Tienen la sensación evidente de que en el propio mando, cuando no está lejos, en el teléfono, sino a su lado, no hay la

decisión firme de recurrir a la artillería. Los que dan órdenes severas y meten prisa nerviosamente no parece, en realidad, que eviten el retraso, sino que lo busquen. Bajo ese complicado plan de empleo de la artillería se adivina la misma idea: acaso sea posible prescindir de esto.

Alguien llega corriendo por el patio, se cae en el barro, blasfema, aunque no encolerizado, y gozoso y jadeante grita: "¡El palacio de Invierno se ha rendido, y los nuestros están ya en él!" Abrazos de entusiasmo. ¡El retraso ha sido un bien! Todo el mundo se ha olvidado de los compresores. Pero ¿por qué no cesa el tiroteo al otro lado del río? ¿Es que algunos grupos de junkers se resisten, o que ha habido alguna equivocación? La equivocación estaba precisamente en la buena noticia: lo que se había tomado no era el palacio de Invierno, sino únicamente el Estado Mayor central. El cerco de palacio continuaba.

En virtud de un acuerdo secreto con un grupo de junkers de la Escuela de Oranienbaum, Chudnovski entra en palacio para entablar negociaciones: ese adversario de la insurrección no deja pasar nunca la ocasión de lanzarse al fuego. Palchinski hace detener al audaz, pero bajo la presión de la Escuela de Orienbaum, se ve obligado a dejar salir, no sólo a Chudnovski, sino también a una parte de los junkers, que arrastran consigo a algunos Caballeros de San Jorge. La aparición de los junkers en la plaza deja confusos a los sitiadores. Pero los gritos de júbilo no tienen fin cuando éstos se enteran de que los que salen se han rendido.

Sin embargo, no se había rendido más que una exigua minoría. Los demás siguen disparando con mayor intensidad cada vez. La luz eléctrica del patio descubre a los junkers, que de ese modo ofrecen un blanco excelente. Con grandes trabajos se consigue apagar los faroles. Una mano invisible vuelve a encender la luz. Los junkers disparan contra los faroles, luego van en busca del montador y le obligan a cortar la corriente. Las mujeres del batallón de choque anuncian inesperadamente su propósito de hacer una salida. Según ellas, el general Alexéiev, el único hombre que puede salvar a Rusia, se halla prisionero en el Estado Mayor: hay que rescatarle a toda costa. En el momento de la salida, vuelven a brillar los faroles. Se amenaza al montador con el revólver, pero éste no puede hacer nada: la central eléctrica ha sido ocupada por los marinos, y son ellos los que disponen de la luz. Las mujeres no resisten al fuego, y la mayor parte se rinden. El comandante de la defensa manda a un teniente al gobierno, para informar a éste de que la salida de las mujeres del batallón de choque "ha terminado con el exterminio de las mismas", y de que el palacio está lleno de agitadores.

El fracaso de la salida da lugar a una pausa, que dura aproximadamente desde las diez a las once: por las trazas, los sitiadores esperan la rendición del palacio.

La tregua, sin embargo, despierta algunas esperanzas en los sitiados. Los ministros intentan de nuevo animar a los partidarios con que aún cuentan en la ciudad y en el país: "Se ve claramente que el adversario es débil." En realidad, el adversario es omnipotente, pero no se decide a hacer el uso necesario de su fuerza. El gobierno dirige al país una comunicación en la que da cuenta del ultimátum, habla de lo ocurrido con el *Aurora,* dice que él, el gobierno, sólo puede entregar el poder a la Asamblea constituyente, y que el primer ataque al palacio de Invierno ha sido rechazado. "¡Que el ejército y el pueblo respondan!" Lo que los ministros no indicaban era cómo debían responder.

Entre tanto, Laschevich mandaba dos artilleros de Marina a la fortaleza. Verdad es que su experiencia y su habilidad no eran precisamente excesivas; pero, en cambio, eran dos bolcheviques dispuestos a disparar con cañones enmohecidos y sin grasa en los compresores. Es lo único que se exigía de ellos: el estruendo de la artillería es ahora más importante que la precisión del tiro. Antónov da orden de empezar. La gradación señalada previamente es observada de un modo riguroso. "Después del disparo que había de servir de señal hecho desde la fortaleza -cuenta Flerovski- retumbó el *Aurora.* El estampido y la llamarada son mucho más considerables en un disparo con pólvora sola que con bala. Los curiosos se lanzaron desde el parapeto de granito a la orilla, cayendo y tropezando..." Chudnovski se apresura a preguntar si no ha llegado el momento de proponer la rendición a los sitiados. Antónov se muestra inmediatamente de acuerdo con él. Otra pausa. Se rinde un grupo de junkers y de mujeres. Chudnovski quiere dejarles las armas, pero Antonov se alza oportunamente contra esta generosidad. Después de depositar los fusiles en la acera, los rendidos desaparecen, escoltados, por la calle Milionnaya.

El palacio de Invierno sigue resistiendo. Los que están dentro de él sienten con todas sus fibras la decisión insuficiente de los atacantes, y se consuelan con la supuesta debilidad de los mismos. ¡Hay que acabar! Se ha dado la orden, y los marinos la toman en serio. Por fin, se abre el fuego contra el palacio. Los disparos son frecuentes, pero poco eficaces. De las tres docenas de ellos que aproximadamente han sido hechos durante una hora y media o dos, sólo dos han caído en el palacio y aun ésos no han causado más que desperfectos en el estucado; los demás obuses han pasado por encima, sin causar, felizmente, ningún daño en la ciudad. Poco después de los primeros disparos llevó Palchinski a los ministros un casco de obús. El almirante Verderevski reconoció en él un casco de los suyos, del *Aurora.* Pero desde el crucero no habían hecho más que un disparo con pólvora sola. Así se había

convenido; así lo atestigua Flerovski, así lo comunicó más tarde un marino al Congreso de los soviets. ¿Se equivocaba el almirante? ¿Se equivocaba el marino? ¿Quién puede comprobar un disparo de cañón, hecho a altas horas de la noche, desde un buque sublevado contra el palacio del zar, donde expiraba el último gobierno de las clases poseedoras?

La guarnición de palacio había quedado considerablemente mermada. Si en el momento de la llegada de los cosacos de los Urales, de los inválidos y de las mujeres de la brigada de choque, eran sus efectivos de 1.500 ó 2.000, ahora éstos habían descendido hasta 1.000, y acaso mucho menos. ¿Podría contarse con algo más? Nadie hablaba ya de los refuerzos del frente. En cambio, los junkers se transmiten la gozosa noticia recibida hace poco por mediación de Palchinski: se ha comunicado desde la Duma municipal que las fuerzas vivas, los comerciantes, el pueblo con el clero al frente, se dirigen al palacio para libertarlo del sitio. El pueblo con el clero al frente: "¡Eso sí que será de una belleza admirable!" La noticia alumbra con un último destello los restos de energía. "¡Hurra! ¡Viva Rusia!"

Pero el pueblo y el clero llegan muy lentamente. Los disparos de artillería van produciendo su efecto, poniendo los nervios en tensión. El número de los agitadores aumenta en palacio. Ahora abrirá el fuego el *Aurora* -se susurra por los corredores-, y ese susurro pasa de boca en boca. De pronto, resuenan dos explosiones. Un grupo de marinos ha entrado en palacio y, arrojando -o acaso sea que se le han caído- dos granadas desde la galería, hirió levemente a dos junkers. Se detiene a los marinos; Kischkin, médico de profesión, hace la primera cura a los heridos.

La decisión íntima de los sitiadores es grande, pero aún no se ha convertido en encarnizamiento. Para no provocarlo sobre sus cabezas, los sitiados, como incomparablemente más débiles que son, no se atreven a tomar represalias severas con los agentes del enemigo en el interior del palacio. No se fusila a nadie. Los invitados indeseables empiezan a aparecer, no ya aisladamente, sino por grupos. El palacio va pareciéndose cada vez más a un tamiz. Cuando los junkers se arrojan sobre los intrusos, éstos se dejan desarmar. "¡Qué canalla más cobarde!", dice Palchinski con desprecio. No, no son unos cobardes. Hace falta un gran valor para decidirse a penetrar en el palacio, atestado de oficiales y de junkers. En el laberinto de aquel edificio desconocido, en los pasillos oscuros, entre innumerables puertas que no se sabe adónde conducen ni los peligros que encierran, a esos audaces no les queda otro recurso que rendirse. El número

de prisioneros crece. Entran nuevos grupos. No siempre se ve ya con claridad quién se rinde a quién y quién desarma a quién. Truena la artillería.

A excepción del barrio de las inmediaciones del palacio de Invierno, la vida no se interrumpió en las calles hasta hora muy avanzada de la noche. Los teatros y los cines estaban abiertos. Por las trazas, a los elementos respetables e ilustrados de la capital no les interesaba en lo más mínimo que se disparara contra su gobierno. Redemeister observó en el puente de Troitski a los tranquilos transeúntes a quienes no dejaban pasar los marinos. "No se advertía nada extraordinario." Por los amigos que llegaban de la Casa del Pueblo, se enteró Redemeister, bajo el estampido de los cañonazos, de que Chaliapin había estado incomparable en *el Don Carlos*. Los ministros seguían agitándose en su ratonera.

"Se ve claramente que los sitiadores son débiles." Acaso, de poder resistir una hora más, lleguen los refuerzos. Kischkin llamó al teléfono, a hora avanzada de la noche, al subsecretario de Hacienda, Jruschev, que también era kadete, y le pidió que comunicara a los dirigentes del partido que el gobierno tenía necesidad, aunque sólo fuese, de una pequeña ayuda para sostenerse hasta las primeras horas de la mañana, en que, por fin, debía llegar Kerenski con las tropas. "¿Qué partido es ése -decía indignado Kischkin- que no puede mandar ni siquiera trescientos hombres en un momento de peligro mortal para el régimen burgués. Si a los ministros se les hubiera ocurrido buscar en la biblioteca de palacio al materialista Hobbes, en sus diálogos sobre la guerra civil habrían podido leer que no se puede esperar ni exigir valor de los tenderos enriquecidos "que no ven más que sus ventajas del momento... y pierden completamente la cabeza a la sola idea de la posibilidad de ser robados". Pero es poco posible que se hubiera encontrado nada de Hobbes en la biblioteca del zar. Además, los ministros no estaban para meterse en cuestiones de filosofía de la historia. La llamada de Kischkin fue la última llamada telefónica que se hizo desde el palacio de Invierno.

Smolni exigía categóricamente que se provocara el desenlace. No era posible prolongar el sitio hasta la mañana, tener en tensión a la ciudad, enervar al Congreso, poner todos los éxitos bajo un interrogativo. Lenin mandaba esquelas irritadas. El Comité militar revolucionario no cesa de preguntar por teléfono. Podvoiski se enfada. Se puede lanzar a las masas al asalto; no son ganas lo que falta. Pero ¿cuántas víctimas habrá? ¿Qué quedará de los ministros y de los junkers? Sin embargo, la necesidad de llevar las cosas hasta sus últimas consecuencias es demasiado imperiosa; no queda otro recurso que ceder la palabra a la artillería de Marina. Llega al *Aurora* un marinero de la fortaleza de Pedro y Pablo con una orden escrita: abrir inmediatamente el fuego contra el palacio. Ahora todo parece claro.

Los artilleros del *Aurora* no dejarán de hacer lo que se les indica. Pero los dirigentes no se sienten aún decididos a disparar. Se hace una nueva tentativa para eludir el cumplimiento de la orden. "Decidimos esperar un cuarto de hora más -dice Flerovski-, pues presentíamos por instinto la posibilidad de que se modificaran las circunstancias." Por "instinto", hay que entender la esperanza tenaz de que las cosas se resolverán con sólo los recursos demostrativos. Tampoco engañó esta vez el "instinto": antes de que expirara el cuarto de hora que se habían señalado, llegó un nuevo emisario que venía directamente del palacio de Invierno y que anunció: ¡el palacio de Invierno ha sido tomado!

El palacio no se rindió, sino que había sido tomado por asalto; pero en un momento en que la fuerza de resistencia se había extinguido ya definitivamente. Irrumpieron en el corredor, no ya por la entrada secreta, sino por el patio desalojado, un centenar de enemigos que el servicio desmoralizado de vigilancia tomó por una Delegación de la Duma. Todavía fue posible desarmarlos, sin embargo. En la confusión que se produjo, un grupo de junkers se retiró. Los restantes siguieron ejerciendo el servicio de vigilancia. Pero la pared de bayonetas y de fuego que separaba a los sitiadores y a los sitiados se desmoronó, al fin. Los obreros armados, los marinos y soldados empujaban cada vez con más ímpetu, arrojan a los junkers de las barricadas del exterior, irrumpen a través del patio, chocan en las escaleras con los junkers, los rechazan, los hacen huir ante ellos. De atrás empuja ya la oleada siguiente. La plaza irrumpe en el patio, el patio irrumpe en el palacio y se difunde por las escaleras y los corredores. En el suelo, entre los colchones y los pedazos de pan, yacen hombres, fusiles y granadas. Los vencedores se enteran de que Kerenski no está en el palacio, y su júbilo impetuoso se ve un momento atenuado por la amargura del desencanto. Antónov y Chudnovski se encuentran en palacio. ¿Dónde está el gobierno? He aquí la puerta ante la que se han apostado los junkers con un último gesto de resistencia. El que manda a los centinelas corre hacia los ministros y les pregunta: ¿Ordenan que nos defendamos hasta el fin? No, no; los ministros no quieren nada de esto. ¿Para qué? El palacio ha sido ya tomado. Hay que evitar la sangre, hay que ceder a la fuerza. Los ministros quieren rendirse con dignidad, y se sientan alrededor d la mesa, como si estuvieran reunidos. El comandante de la defensa había rendido ya el palacio después de obtener la promesa de que se respetaría la vida a los junkers, condición fácil de cumplir, puesto que nadie se proponía atentar contri ellos. Antónov se negó a entablar negociación alguna respecto a la suerte del gobierno. Se procede al desarme de los junkers, apostados en las últimas puertas vigiladas. Los vencedores irrumpen en el aposento en que se hallan los ministros. Miliukov refiere: "Al frente de la muchedumbre iba un hombre de escasa

estatura y mala facha, que se esforzaba por contener a los que le empujaban desde atrás; sus ropas estaban en desorden; llevaba ladeado el sombrero de alas anchas. Los lentes se le sostenían apenas en la nariz. Pero en sus ojos pequeños brillaba el entusiasmo de la victoria y el rencor contra los vencidos." Así aparece descrito Antónov. No es difícil creer en el desaliño de su indumentaria: bastará recordar su viaje nocturno por los charcos de la fortaleza de Pedro y Pablo. En sus ojos podía leerse, indudablemente, el entusiasmo de la victoria; pero es muy inverosímil que hubiera en ellos ni asomos de rencor contra los vencidos.

-En nombre del Comité militar revolucionario -dijo Antónov-, quedáis detenidos como ministros del gobierno provisional.

El reloj señalaba las dos y diez minutos del 26 de octubre.

-Los miembros del gobierno provisional se someten a la fuerza y se rinden para evitar el derramamiento de sangre -contesta Konovalov.

La parte más importante del ritual había sido observada.

Antónov hizo llamar a 25 hombres armados de los primeros destacamentos que entraron en palacio y les confió a los ministros. Después de levantar acta, se condujo a los detenidos a la plaza. En la multitud, que entre muertos y heridos había perdido algunos hombres, sí que estalla el odio contra los vencidos. "¡Hay que fusilarlos! ¡Matarlos! Algunos soldados intentan agredir a los ministros. Los guardias rojos calman a los exaltados: ¡no mancilléis la victoria proletaria! Grupos de obreros armados forman un estrecho círculo en torno a los prisioneros y de los que los custodian. "¡Adelante!" No hay que ir muy lejos: hay que atravesar únicamente la Minionnaya y el puente de Troitski. Pero la multitud excitada hace que ese corto trayecto sea largo y lleno de peligros. El ministro Nikitin ha dicho posteriormente, y no sin fundamento, que, a no ser por la intervención enérgica de Antónov, las consecuencias hubieran podido ser "muy graves". Como si esto fuera poco, el cortejo, al llegar al puente, fue objeto de un tiroteo casual: tanto los detenidos como los que los custodiaban, tuvieron que echarse al suelo. Pero tampoco hubo que lamentar ninguna víctima. Por lo visto, se disparaba al aire, para intimidar.

En el reducido local del club de la guarnición de la fortaleza, iluminado por una lámpara de petróleo de luz vacilante -la instalación eléctrica estaba estropeada-, se apretujan unas cuantas docenas de hombres. Antónov pasa lista a los ministros en presencia del comisario de la fortaleza. Son 18 hombres, contando sus auxiliares inmediatos. Una vez terminadas las últimas formalidades, se encierra a los prisioneros en los calabozos del histórico bastión de Trubetskoi. De los hombres de la defensa, no se detiene a ninguno:

únicamente se desarma a los oficiales y junkers, y se les pone en libertad bajo palabra de honor de que no harán nada contra el régimen de los soviets. Fueron muy pocos los que cumplieron su palabra.

Inmediatamente después de la toma del palacio de Invierno, empezaron a circular por los círculos burgueses rumores en que se hablaba de fusilamientos de junkers, de violencias cometidas con las mujeres del batallón de choque, del saqueo de las riquezas del palacio. Miliukov, cuando hacía ya mucho tiempo que todas estas burdas invenciones habían sido refutadas, escribía en su historia: "Las mujeres del batallón de choque que no perecieron bajo las balas y cayeron en manos de los bolcheviques, fueron objeto en esa noche de los tratos más horribles por parte de los soldados, de violencias y de fusilamientos." En realidad, no se fusiló a nadie, ni podía suceder nada por el estilo, si se tiene en cuenta el espíritu que anima a los dos bandos en ese período. Menos verosímiles aún son las violencias, sobre todo en el palacio, en el que irrumpieron, junto con contados elementos de la calle, centenares de obreros revolucionarios, fusil en mano.

Hubo, en efecto, tentativas de saqueo; pero precisamente esas tentativas fueron las que pusieron de manifiesto la disciplina de los vencedores. John Reed, que no dejaba pasar ninguno de los episodios dramáticos de la revolución y que entró en palacio siguiendo las huellas ardientes de los primeros destacamentos, cuenta que, en uno de los almacenes de la planta baja, un grupo de soldados levantaba con las bayonetas las tapas de los cajones y sacaba de ellos alfombras, ropa blanca, porcelana y cristales. Es posible que algunos ladrones, que durante el último año de la guerra se cubrían con el capote de soldado, hubieran hecho algunas de las suyas. Apenas había empezado el saqueo, cuando una voz gritó: "¡Compañeros, no toquéis a nada, que esto es propiedad del pueblo!" Un soldado se sentó en una mesa, cerca de la salida, con una pluma y un pedazo de papel; dos guardias rojos, con el revólver en la mano, se apostaron a su lado. Se cacheaba a todo el que salía, y todo objeto robado era retirado e inscrito inmediatamente. Así se recuperaron estatuillas, botellas de tinta, bujías, puñales, pedazos de jabón y plumas de avestruz. Asimismo fueron cuidadosamente cacheados los junkers, cuyos bolsillos aparecieron atestados de toda clase de menudencias robadas. Los soldados llenaban de improperios a los junkers y los amenazaban; pero las cosas no pasaban de ahí. Entre tanto, se estableció el servicio de vigilancia de palacio, a las órdenes del marino Prijodko. Se apostaron centinelas en todas partes. Se echó de palacio a los que nada tenían que hacer allí. Al cabo de pocas horas, el oficial bolchevique Dzevialtovski era nombrado comandante del palacio de Invierno.

Pero ¿dónde se había metido el pueblo, que, con el clero al frente, se dirigía a palacio para libertar a los sitiados? Es necesario decir algo sobre esta tentativa heroica, cuya noticia conmovió tanto por un momento el corazón de los junkers. El centro de las fuerzas antibolchevistas era la Duma municipal. El edificio de la misma, situado en la perspectiva Nevski, hervía como una caldera. Partidos, fracciones, subfracciones, grupos y sencillamente personas influyentes discutían allí la criminal aventura de los bolcheviques. A los ministros que languidecían en el palacio de Invierno se les comunicaba de vez en cuando, por teléfono, que la insurrección había de quedar inevitablemente ahogada bajo el peso de la condenación general. El aislamiento moral de los bolcheviques exigía tiempo. Entre tanto, habló la artillería. El ministro Prokopovich, detenido por la mañana y puesto rápidamente en libertad, se queja a la Duma, con lágrimas en los ojos, de que se haya visto privado de compartir la suerte de sus compañeros. La Duma expresa su compasión ardiente, pero también la expresión de esa compasión exige tiempo.

De aquel torbellino de ideas y de discursos surge, al fin, bajo los aplausos ruidosos de toda la sala, un plan práctico: la Duma debe dirigirse al palacio de Invierno para perecer allí, si las circunstancias lo exigen, junto con el gobierno. Los socialrevolucionarios, los mencheviques y los cooperadores se ven igualmente dispuestos a salvar a los ministros o a morir con ellos. Los kadetes, poco inclinados de ordinario a las empresas arriesgadas, en esa ocasión están dispuestos a sacrificarse junto con los demás. Los representantes de provincias que se hallan accidentalmente en la sala, los periodistas de la Duma y alguien del público solicitan con frases más o menos elocuentes el favor de compartir la suerte de la Duma. Se les concede el favor que solicitan.

La fracción bolchevista intenta dar un consejo prosaico: en vez de vagar por las tinieblas de las calles en busca de la muerte, más valía que telefonearan a los ministros persuadiéndoles de que se rindieran, para que no se llegara al derramamiento de sangre. Pero los demócratas se indignan: ¡los agentes de la insurrección les quieren arrebatar de las manos no sólo el poder, sino hasta el derecho a la muerte heroica! Los representantes de la Duma deciden, en interés de la historia, proceder a una votación nominal. Al fin y al cabo, nunca es tarde para morir, aunque sea gloriosamente. Sesenta y dos miembros de la Duma confirman que, en efecto, irán a morir bajo las ruinas del palacio de Invierno. A esto responden los 14 bolcheviques que es mejor vencer con Smolni que morir con el palacio de Invierno, y se dirigen inmediatamente al Congreso de los soviets. Sólo tres mencheviques internacionalistas se deciden a permanecer en la Duma: no tienen adónde ir, ni ninguna causa por la que morir.

La Duma se preparaba ya para emprender su último camino, cuando una llamada telefónica trajo la noticia de que iba a unirse a ella todo el Comité ejecutivo de los diputados campesinos. Aplausos interminables. Ahora, el cuadro es completo y claro: los representantes de los millones de campesinos, junto con los de todas las clases de la ciudad, van a morir a manos de un insignificante puñado de usurpadores. No faltan discursos ni aplausos.

Después de la llegada de los diputados campesinos, la columna se puso finalmente en marcha por la Nevski. Al frente de la misma iban el alcalde Schreider y el ministro Prokopovich. John Reed vio entre los manifestantes al socialrevolucionario Avkséntiev, presidente del Comité ejecutivo campesino, y a los líderes mencheviques Jinchuk y Abramovich. El primero era considerado como derechista, y el segundo como izquierdista. Prokopovich y Schreider llevaban un farol en la mano: así se había convenido por teléfono con los ministros, con objeto de que los junkers no tomaran a los amigos por enemigos; Prokopovich, además, lo mismo que otros muchos, llevaba paraguas. El clero brillaba por su ausencia. La fantasía indigente de los junkers había formado el clero con los recuerdos brumosos de la historia patria. Pero tampoco había pueblo. La ausencia del mismo definía el carácter de la empresa: trescientos o cuatrocientos "representantes", y ninguno de los representados. "La noche era oscura" -recuerda el socialrevolucionario Zenzinov-, y los faroles de la Nevski estaban apagados. Avanzábamos a compás. Sólo se oía nuestro canto: *La Marsellesa.* A lo lejos resonaban los cañonazos: los bolcheviques seguían bombardeando el palacio de Invierno.

En el canal Yekaterinski había un destacamento de marinos armados que ocupaba todo lo ancho de la Nevski, cortando el paso a la columna de la democracia. "Seguiremos adelante -declararon los que marchaban a la muerte-. ¿Qué podéis hacernos?" Los marinos contestaron sin ambages que emplearían la fuerza: "Marchaos a casa y dejadnos en paz." Uno de los manifestantes propuso sucumbir allí mismo. Pero en la decisión tomada en la Duma por votación nominal no había sido prevista esta variante. El ministro Prokopovich se subió a un banco y, "agitando el paraguas" -en otoño llueve a menudo en Petrogrado-, se dirigió a los manifestantes, exhortándoles a que no tentaran a aquellos hombres ignorantes y engañados que, en efecto, podían hacer uso de las armas. "Volvamos a la Duma y examinemos allí los medios para salvar de la revolución al país."

Realmente era ésta verdaderamente una proposición prudentísima. Verdad es que el primitivo proyecto no se llevaba a cabo. Pero ¿qué se podía hacer ante aquellos hombres armados y groseros que no permitían morir heroicamente a los jefes de la democracia?

"Permanecimos allí un momento, ateridos de frío, y decidimos volvernos", escribía melancólicamente Stankievich, que también tomó parte en la procesión. De esta vez, los manifestantes, ya sin *Marsellesa,* y en un silencio concentrado, volvieron sobre sus pasos, por la Nevski arriba, al edificio de la Duma, donde habían de encontrar, al fin, "los medios de salvar al país y a la revolución".

Con la toma del palacio de Invierno quedó el Comité militar revolucionario por dueño absoluta de la capital. Pero de la misma manera que a los difuntos siguen creciéndoles las uñas y el pelo, el gobierno depuesto seguía dando señales de vida a través de la prensa oficial. El *Mensajero del Gobierno Provisional,* que aún daba cuenta el 24 del retiro de los consejeros secretos, a los que se dejaba el uso de uniforme y una pensión, enmudeció inesperadamente el 25, cosa de que, a decir verdad, nadie se dio cuenta. En cambio, el 26 reapareció como si nada hubiera ocurrido. En la primera página se decía: "A consecuencia de la interrupción de la corriente eléctrica, nuestro número del 25 de octubre no pudo salir." En todo lo restante, excepción hecha de la corriente eléctrica, la vida del Estado seguía su curso, y el *Mensajero del Gobierno,* que se hallaba en el bastión de Trubetskoi, anunciaba el nombramiento de una docena de nuevos senadores. En la sección de "Noticias administrativas", una circular del ministro de la Gobernación, Nikitin, recomendaba a los comisarios de provincia que "no se dejaran influir por los falsos rumores referentes a acontecimientos ocurridos en Petrogrado, donde reina la más absoluta tranquilidad". No le faltaba razón del todo al ministro: los días de la revolución transcurrieron de un modo muy tranquilo, si se hace caso omiso de los cañonazos, que, dicho sea de paso, tuvieron un efecto puramente acústico. Y, así y todo, el historiador no se equivocará si dice que el 25 de octubre no sólo se interrumpió la corriente eléctrica en la imprenta del gobierno, sino que se abrió una página importante en la historia de la humanidad.

CAPITULO XLVI
LA INSURRECCIÓN DE OCTUBRE

Se impone hasta tal punto el aplicar a la revolución analogías derivadas de la historia natural, que algunas de ellas se han convertido en metáforas corrientes: "erupción volcánica", "parto de una nueva sociedad", "punto de ebullición"... Bajo la apariencia de una simple imagen literaria se disimula una percepción intuitiva de las leyes de la dialéctica, es decir, de la lógica del desarrollo.

Lo que la revolución en su conjunto es respecto a la evolución, la insurrección armada lo es en relación a la revolución misma: el punto crítico en que la cantidad acumulada se convierte por explosión en calidad. Pero la insurrección misma no es un acto homogéneo e indivisible: hay en ella puntos críticos, crisis e impulsos internos.

Tiene gran importancia, desde el punto de vista político y teórico, el corto período que precede inmediatamente al "punto de ebullición", es decir, la víspera de la insurrección. Se enseña en física que si se abandona de pronto una operación de calentar regularmente un líquido, éste conserva durante un cierto tiempo una temperatura invariable y entra en ebullición después de haber absorbido una cantidad complementaria de calor. El lenguaje corriente viene una vez más en nuestra ayuda, definiendo el estado de falsa tranquilidad y sosiego anterior al estallido como "la calma que precede a la tormenta".

Cuando la mayoría de los obreros y soldados de Petrogrado pasó indiscutiblemente al lado de los bolcheviques, la temperatura parecía haber alcanzado el punto de ebullición. Fue precisamente entonces cuando Lenin proclamó la necesidad de una insurrección inmediata. Pero lo sorprendente es que aún faltaba algo para la insurrección. Los obreros y, sobre todo, los soldados debían absorber todavía una nueva dosis de energía revolucionaria.

En las masas, no hay contradicción entre las palabras y los actos. Pero, para pasar de las palabras a los actos, aunque sólo sea en una huelga y con mayor razón en una insurrección, se producen inevitablemente fricciones íntimas y reagrupamientos moleculares: unos avanzan, otros tienen que quedarse atrás. La guerra civil, en sus primeros pasos, se caracteriza en general por una falta de resolución. Ambos campos, en cierto modo, pisan el mismo suelo nacional, no pueden liberarse de su propia periferia, con sus capas intermedias y sus disposiciones favorables a la conciliación.

La calma anterior a la tormenta, en las masas, indicaba una grave confusión en la capa dirigente. Los órganos y las instituciones que se habían formado en el período

relativamente tranquilo de los preparativos -la revolución tiene sus períodos de reposo, así como la guerra tiene sus días de calma- resultan, aun en el partido mejor forjado, inadecuados o no del todo adecuados a los problemas de la insurrección: no se pueden evitar en el momento más crítico ciertos desplazamientos y reajustes. Los delegados del Soviet de Petrogrado, que habían votado por el poder de los soviets, distaban mucho de haberse convencido todos del hecho que la insurrección armada se había convertido en la tarea inmediata. Era necesario hacerles pasar por un nuevo camino, con los menores trastornos posibles, para transformar el Soviet en un aparato de insurrección. Dado el grado de maduración de la crisis, no hacía falta para ello ni meses, ni siquiera muchas semanas. Pero precisamente en los últimos días lo más peligroso era perder pie, dar la orden para el gran salto unos días antes de que el Soviet estuviese dispuesto a darlo, provocar una perturbación en las filas, separar el partido del Soviet, aunque sólo fuese por veinticuatro horas.

Lenin ha repetido más de una vez que las masas están infinitamente más a la izquierda que el partido, y éste más a la izquierda que su Comité central. En relación a la revolución en su conjunto, era absolutamente justo. Pero, incluso en esas relaciones recíprocas, hay profundas oscilaciones íntimas. En abril, en junio, en particular a comienzos de julio, los obreros y soldados empujaban impacientemente al partido por el camino de los actos decisivos. Después del aplastamiento de julio, las masas se habían hecho más prudentes. Tanto o más que antes, deseaban la insurrección. Pero se habían quemado los dedos y temían un nuevo fracaso. Durante los meses de julio, agosto y septiembre, el partido, de un día para otro, contenía a los obreros y soldados que los kornilovianos, por el contrario, provocaban de todas formas a salir a la calle. La experiencia política de los últimos meses había desarrollado enormemente los centros moderadores, no sólo entre los dirigentes, sino también entre los dirigidos. Los incesantes éxitos de la agitación mantenían, por otro lado, la inercia de la gente dispuesta a estar a la expectativa. Para las masas no bastaba ya una nueva orientación política: necesitaban rehacerse psicológicamente. Cuanto más mandan sobre los acontecimientos los dirigentes del partido revolucionario, más la insurrección engloba a las masas.

El problema difícil del paso de la política preparatoria a la técnica de la insurrección se planteaba en todo el país de diversas formas, pero en suma de la misma manera. Muralov cuenta que, en la organización militar moscovita de los bolcheviques, había unanimidad sobre la necesidad de tomar el poder; sin embargo, "cuando se intentó resolver

concretamente la cuestión de saber cómo conquistar el poder, no se halló solución". Faltaba todavía el último eslabón de la cadena.

En los mismos días en que Petrogrado se encontraba amenazado por una evacuación de la guarnición, Moscú vivía en una atmósfera de incesantes conflictos huelguísticos. A iniciativa de los comités de fábrica, la fracción bolchevique del Soviet presentó un plan: resolver los conflictos económicos por medio de decretos. Los preparativos duraron bastante tiempo. Sólo el 23 de octubre los órganos del Soviet de Moscú adoptaron el "decreto revolucionario n.º 1": a partir de entonces no se podía contratarlo despedir a los obreros y empleados en las fábricas sin el consentimiento de los comités de fábrica. Esta decisión significaba que se empezaba a actuar como un poder de Estado. La inevitable resistencia del gobierno debía, según esperaban los autores de la iniciativa, agrupar más estrechamente a las masas en torno al Soviet y precipitar un conflicto abierto. Ese proyecto no se pudo poner a prueba, ya que la insurrección de Petrogrado dio a Moscú y al resto del país un motivo mucho más imperioso para sublevarse: había que apoyar inmediatamente al gobierno soviético que acababa de formarse.

El bando qué practica la ofensiva tiene interés, en general, en mostrarse a la defensiva. Un partido revolucionario está interesado en encontrar una cobertura legal. El inminente Congreso de los soviets, que de hecho sería un congreso insurreccional, era al mismo tiempo el detentor, a los ojos de las masas populares, si no de toda la soberanía, al menos de una buena parte de ésta. Era, pues, el levantamiento de uno de los elementos del doble poder contra el otro. Recurriendo ante el Congreso como ante la fuente del poder, el Comité militar revolucionario acusaba de antemano al gobierno de preparar un atentado contra los soviets. Esa acusación se derivaba de la situación misma. Si realmente el gobierno no tenía la intención de capitular sin lucha, debía, pues, prepararse para su propia defensa. Pero, por eso mismo, estaba sujeto a la acusación de haber intrigado contra el órgano supremo de los obreros, soldados y campesinos. Luchando contra el Congreso de los soviets que debía derrocar a Kerenski, el gobierno se lanzaba contra la fuente misma del poder del que había surgido Kerenski.

Sería un error grosero no ver en esto más que sutilezas jurídicas, indiferentes al pueblo; al contrario, es precisamente bajo este aspecto como los acontecimientos esenciales de la revolución se reflejaban en la conciencia de las masas. Había que sacar todo el provecho posible de ese encadenamiento excepcionalmente ventajoso. Dando un gran sentido político al deseo muy natural de los soldados de no dejar los cuarteles por las trincheras y movilizando a la guarnición para la defensa del Congreso de los soviets, la

dirección revolucionaria no se ataba las manos en absoluto respecto a la fecha de la insurrección. La elección del día y de la hora dependía de la marcha ulterior del conflicto. La libertad de maniobra estaba del lado del más fuerte.

"Vencer primero a Kerenski y convocar luego el Congreso", repetía Lenin, temiendo ver la insurrección sustituida por un juego constitucional. Lenin, evidentemente, no había tenido tiempo aún de apreciar un nuevo factor que surgía en la preparación del levantamiento y que cambiaba todo su carácter, es decir: un grave conflicto entre la guarnición de Petrogrado y el gobierno. Si el Congreso de los soviets debe resolver el problema del poder; si el gobierno quiere dividir a la guarnición para impedir que el Congreso tome el poder; si la guarnición, sin esperar al Congreso de los soviets, se niega a someterse al gobierno, todo esto significa en suma que la insurrección ha comenzado, anticipándose al Congreso de los soviets, aunque bajo el manto de su autoridad. Sería, por consiguiente, erróneo hacer una distinción entre los preparativos de la insurrección y los del Congreso de los soviets.

Lo mejor sería comprender las particularidades de la insurrección de Octubre comparándola con la de Febrero. Si recurrimos a esa comparación, no cabe admitir, como en otros casos, la identidad convencional de todas las condiciones; son idénticas en realidad, ya que se trata en los dos casos de Petrogrado: el mismo terreno de lucha, los mismos agrupamientos sociales, el mismo proletariado y la misma guarnición. La victoria se obtiene, en los dos casos, porque la mayoría de los regimientos de reserva pasan al bando de los obreros. Pero ¡qué enorme diferencia, pese a estos rasgos generales esenciales! Completándose históricamente en esos ocho meses que las separan, las dos insurrecciones de Petrogrado, por sus contrastes, parecen hechas de antemano para ayudar a comprender mejor la naturaleza de una insurrección en general.

Suele decirse que la insurrección de Febrero fue un levantamiento de fuerzas elementales. Ya hemos expuesto en su lugar todas las reservas indispensables a esta definición. Pero es exacto, en todo caso, que en Febrero nadie se anticipó a indicar el camino de la insurrección; nadie votaba en las fábricas y los cuarteles sobre la cuestión de la revolución; nadie, desde arriba, llamaba a la insurrección. La irritación que se había acumulado durante años estalló de forma inesperada incluso, en gran medida, para las masas mismas.

Las cosas sucedieron de otro modo en Octubre. Durante ocho meses las masas habían vivido una vida política intensa. No solamente provocaban acontecimientos, sino que aprendían a comprender su ligazón; después de cada acción, valoraban críticamente los

resultados. El parlamentarismo soviético se convirtió en el mecanismo cotidiano de la vida política del pueblo. Si resolvían votando las cuestiones de huelga, manifestaciones en la calle, envío de regimientos al frente, ¿podían las masas renunciar a resolver por ellas mismas el problema de la insurrección?

De esta conquista inapreciable y en suma única de la revolución de Febrero provenían, sin embargo, nuevas dificultades. No se podía llamar a las masas al combate en nombre del Soviet sin haber planteado categóricamente la cuestión ante el Soviet, es decir, sin haber hecho del problema de la insurrección el objeto de debates abiertos, e incluso con la participación de los representantes del campo enemigo. La necesidad de crear un órgano soviético especial, lo más disimuladamente posible, para dirigir la insurrección, era evidente. Pero esto imponía también el camino democrático con todas sus ventajas y todas sus demoras. La decisión tomada por el Comité militar revolucionario, fechada el 9 de octubre, no entra en aplicación definitivamente más que el 20. Sin embargo, la principal dificultad no estaba ahí. Utilizar la mayoría en el Soviet y crear un comité compuesto únicamente de bolcheviques, sería provocar el descontento de los sin partido, sin contar el de los socialistas revolucionarios de izquierda y de determinados grupos anarquistas. Los bolcheviques del Comité militar revolucionario se sometían a la decisión de su partido, pero no todos ellos sin resistencia. Sin embargo, no se podía exigir ninguna disciplina a los sin partido y a los socialistas revolucionarios de izquierda. Obtener de ellos una decisión *a priori* a favor de la insurrección para un día fijo hubiera sido inconcebible, y el simple hecho de plantear ante ellos el problema hubiera sido extremadamente imprudente. Por medio del Comité militar revolucionario, únicamente se podía arrastrar a las masas hacia la insurrección, agravando día tras día la situación y haciendo que el conflicto terminase siendo inevitable.

¿No hubiera sido más sencillo, en ese caso, llamar a la insurrección en nombre del partido, directamente? Son indudables las serias ventajas de semejante procedimiento. Pero quizás los inconvenientes no son menos evidentes. Entre los millones de hombres sobre los cuales el partido tenía previsto apoyarse, era preciso distinguir sin embargo tres sectores: uno que apoyaba ya a los bolcheviques en todas las circunstancias; otro, el más numeroso, que apoyaba a los bolcheviques allí donde éstos actuaban por medio de los soviets; el tercero, que seguía a los soviets, aunque en éstos los bolcheviques fuesen mayoritarios.

Esos tres sectores se distinguían no sólo por su nivel político, sino, en gran parte también, por su composición social. Detrás de los bolcheviques, en tanto que partido,

marchaban en primera fila los obreros industriales, proletarios por herencia de Petrogrado. Detrás de los bolcheviques, en la medida que tuviesen el respaldo legal de los soviets, marchaba la mayoría de los soldados. Detrás de los soviets, independientemente o a pesar del hecho que los bolcheviques hubieran alcanzado una fuerte influencia, marchaban las formaciones más conservadoras de la clase obrera, los ex mencheviques y socialistas revolucionarios, temerosos de separarse del resto de la masa; los elementos más conservadores del ejército, incluidos los cosacos; los campesinos que habían roto con la dirección del partido socialista revolucionario para ligarse a su ala izquierda.

Sería un error evidente identificar la fuerza del partido bolchevique a la de los soviets que él dirigía: esta última fuerza era mucho mayor que la primera; sin embargo, si faltaba la primera, se volvía impotente. Esto no tiene nada de misterioso. La relación entre el partido y el Soviet procedía de una inevitable incompatibilidad, en una época revolucionaria, entre la formidable influencia política del bolchevismo y la endeblez de su fuerza organizativa. Una palanca exactamente aplicada da a una mano la posibilidad de levantar un peso que supera con mucho la fuerza viva que despliega. Pero, si la mano falta, la palanca no es más que una pértiga inanimada.

En la Conferencia regional de Moscú de los bolcheviques, a finales de septiembre, uno de los delegados declaraba: "En Egorievsk, la influencia de los bolcheviques no se pone en cuestión. Pero la organización del partido, por sí misma, es débil. Está muy abandonada; no hay afiliaciones regulares ni cotizaciones de miembros". La desproporción entre la influencia y la organización, no siempre tan manifiesta, constituía un fenómeno general. Las grandes masas conocían las consignas bolcheviques y la organización soviética. Esas consignas y la organización se fusionaron para ellas definitivamente a finales de septiembre y comienzos de octubre. El pueblo aguardaba la opinión de los soviets sobre cuándo y cómo aplicar el programa de los bolcheviques.

El mismo partido educaba metódicamente a las masas en ese espíritu. Cuando en Kiev se extendió el rumor de los preparativos de la insurrección, el Comité ejecutivo bolchevique opuso inmediatamente un mentís rotundo: "Ninguna manifestación ha de hacerse si no es convocada por los soviets... ¡No marchar sin el Soviet!" Desmintiendo, el 18 de octubre, los rumores que corrían sobre una insurrección fijada, según decían, para el 22, Trotski decía: "El Soviet es una institución electiva y... no puede adoptar resoluciones que no fueran conocidas por los obreros y soldados..." Fórmulas de este tipo, repetidas cotidianamente y confirmadas por la práctica, eran acogidas favorablemente.

En la Conferencia militar de los bolcheviques de Moscú, celebrada en octubre, el alférez Berzin resumía así los informes de los delegados: "Es difícil decir si las tropas marcharán al llamamiento del Comité bolchevique de Moscú. Pero si las convoca el Soviet, todos marcharán probablemente." Ahora bien, la guarnición de Moscú, desde septiembre, había votado en un noventa por ciento a favor de los bolcheviques. En la Conferencia del 16 de octubre, en Petrogrado, Boki, en nombre del Comité del partido, informaba que en el distrito de Moscú "marcharán si les convoca el Soviet, pero no el partido"; en el barrio de Nevski, "todos marcharán detrás del Soviet". Volodarski resumía inmediatamente el estado de ánimo de Petrogrado de la manera siguiente: "La impresión general es la de que nadie se impacienta por salir a la calle, pero, que, si les convoca el Soviet, todos estarán presentes." Olga Ravich corrige esta afirmación: "Algunos afirman que también marcharán si les convoca el partido." En la Conferencia de la guarnición de Petrogrado, el 18, los delegados informaron que sus regimientos esperaban para avanzar un llamamiento del Soviet; nadie hablaba del partido, aunque los bolcheviques estaban a la cabeza de numerosos contingentes: sólo se podía mantener la unidad en los cuarteles estableciendo una ligazón entre los simpatizantes, los vacilantes y los elementos semihostiles, a través de la disciplina del Soviet. El regimiento de Granaderos llegó a declarar que sólo marcharía si se lo ordenaba el Congreso de los soviets. El mismo hecho de que los agitadores y organizadores, al enjuiciar el estado de ánimo de las masas, diferenciaran siempre entre el Soviet y el partido, demuestra qué gran importancia tenía esta cuestión desde el punto de vista del llamamiento a la insurrección.

El chófer Mitrevich cuenta que en un equipo de camiones, donde se conseguía obtener una resolución a favor de la insurrección, los bolcheviques hicieron adoptar una propuesta de compromiso: "No marcharemos ni a favor de los bolcheviques ni de los mencheviques, pero... sin ninguna dilación ejecutaremos todas las órdenes del II Congreso de los soviets." Los bolcheviques del equipo de camiones aplicaban en pequeño la misma táctica envolvente a la cual recurría el Comité militar revolucionario. Mitrevich no quiere demostrar nada, relata únicamente, y su testimonio es, por ello, aún más convincente.

Las tentativas para conducir la insurrección directamente por medio del partido no daban resultado en ningún sitio. Se ha conservado un testimonio de enorme interés, en relación a la preparación del levantamiento en Kinechma, punto importante de la industria textil. Cuando se planteó al orden del día la insurrección en la región moscovita, el Comité del partido en Kinechma eligió un triunvirato especial que fue denominado, no se sabe bien por qué, Directorio, a fin de estudiar las fuerzas militares, los medios con que se contaba

para los preparativos de la insurrección armada. "Hay que señalar, sin embargo -escribe uno de los miembros del Directorio-, que los tres elegidos no hicieron gran cosa, según parece. Los acontecimientos se desarrollaron de manera un poco diferente... La huelga regional nos absorbió totalmente, y, al llegar el momento decisivo, el centro organizador fue trasladado al Comité de huelga y al Soviet..." En las modestas dimensiones de un movimiento provincial, se repetía lo mismo que en Petrogrado.

El partido ponía en movimiento al Soviet. El Soviet ponía en movimiento a los obreros, soldados y, parcialmente, a los campesinos. Lo que se ganaba en masa, se perdía en rapidez. Si representamos ese aparato de transmisión como un sistema de ruedas dentadas -comparación ya utilizada por Lenin, aunque en otra ocasión y en un período distinto-, puede decirse que una tentativa impaciente para ajustar la rueda del partido directamente a la rueda gigante de las masas presentaba el riesgo de romper los dientes de la rueda del partido sin conseguir, por lo tanto, una movilización suficiente de las masas.

Sin embargo, no menos real era el peligro contrario, el de dejar escapar una situación favorable como resultado de fricciones en el interior mismo del sistema soviético. Teóricamente hablando, el momento más favorable para la insurrección se localiza en un punto determinado en el tiempo. No se trata, por supuesto, de sorprender en la práctica ese punto ideal. La insurrección puede representarse, en cuanto a sus posibilidades de éxito, como una curva ascendente, que culminara en su punto ideal; pero también como una curva descendente si la relación de fuerzas no ha podido modificarse todavía radicalmente. En lugar de "un momento", resulta un espacio de tiempo que se puede medir en semanas y a veces en meses. Los bolcheviques podían tomar el poder en Petrogrado desde comienzos de julio. Pero, en ese caso, no lo habrían conservado. A partir de mediados de septiembre, ya podían esperar no sólo conquistar el poder, sino también conservarlo. Si, a finales de octubre, los bolcheviques hubieran atrasado la insurrección, es posible, pero no seguro, que aún les hubiera quedado cierto tiempo para recuperar el terreno perdido. Se puede admitir con ciertas reservas que, durante tres o cuatro meses, por ejemplo de septiembre a diciembre, las premisas políticas para una insurrección seguían existiendo: estaban ya maduras y aún no se habían descompuesto. Dentro de estos límites, más fáciles de precisar después que en el momento mismo de la acción, el partido gozaba de cierta libertad de elección engendrando inevitables y, a veces graves, diferencias de índole práctica.

Ya en las jornadas de la Conferencia democrática, Lenin proponía desencadenar la insurrección. A finales de septiembre, consideraba todo aplazamiento no sólo arriesgado, sino peligroso. "Aguardar al Congreso de los soviets -escribía a comienzos de octubre- es

un juego pueril, vergonzoso, es traicionar a la revolución con formalismos." Es sin embargo dudoso que, entre los dirigentes bolcheviques, alguien se guiara en ese problema por consideraciones puramente formales. Cuando Zinóviev, por ejemplo, exigía una conferencia preparatoria con la fracción bolchevique del Congreso de los soviets, no buscaba una sanción formal, sino simplemente contaba con el apoyo político de los delegados de provincias contra el Comité central. Pero es un hecho que la subordinación del partido al Soviet y de éste al Congreso de los soviets aportaba al problema de la fecha de la insurrección un factor de imprecisión que alarmaba enormemente, y no sin razón, a Lenin.

La cuestión de saber cuándo se lanzará el llamamiento está estrechamente ligada a la de saber quién lo lanzará. Lenin no ignoraba las ventajas de un llamamiento en nombre del Soviet; pero veía, ante todo, las dificultades que surgirían en ese camino. Sobre todo a distancia, no podía dejar de temer que las interferencias entre los dirigentes del Soviet fueran aún más fuertes que en el Comité central, cuya política consideraba ya demasiado indecisa. Sobre el problema de saber quién empezaría, si el Soviet o el partido, Lenin tenía soluciones alternativas, pero, en las primeras semanas, se inclinaba resueltamente en favor de una iniciativa independiente del partido. No había en esto ni una sombra de oposición de principios: se trataba de abordar la cuestión de la insurrección sobre una sola y misma base, en circunstancias idénticas, con los mismos fines. Pero la manera de hacerlo era, de todos modos, diferente.

La propuesta hecha por Lenin de rodear el teatro Alexandra y detener a los miembros de la Conferencia democrática suponía que el partido, y no el Soviet, debía estar a la cabeza de la insurrección, llamando directamente a las fábricas y a los cuarteles. Y no podía suceder de otro modo: era inconcebible que el Soviet aceptase un plan semejante. Lenin se daba cuenta perfectamente de que, incluso en las altas esferas del partido, su concepción encontraría resistencias; recomendaba de antemano a la fracción bolchevique de la Conferencia el "no preocuparse por el número": si se actúa decididamente desde arriba, el número será garantizado por la base. El audaz plan de Lenin presentaba las ventajas indiscutibles de la rapidez y del imprevisto. Pero ponía demasiado al descubierto al partido, con el peligro, dentro de ciertos límites, de oponerlo a las masas. Incluso el Soviet de Petrogrado, pillado de improviso, hubiera podido, ante el primer fracaso, dejar desvanecerse la mayoría bolchevique, que no era todavía demasiado estable.

La resolución del 10 de octubre propone a las organizaciones locales del partido que resuelvan prácticamente todas las cuestiones desde el punto de vista de la insurrección: en

cuanto a los soviets, en tanto que órganos de la insurrección, no se les menciona en la resolución del Comité central. En la Conferencia del 16, Lenin decía: "Los hechos demuestran que tenemos la superioridad sobre el enemigo. ¿Por qué el Comité central no puede empezar?" De la boca de Lenin, la pregunta no tenía en absoluto un carácter retórico; significaba: ¿por qué perder el tiempo subordinándose a la mediación complicada del Soviet si el Comité central puede dar la señal inmediatamente? Sin embargo, la resolución propuesta por Lenin se terminaba esta vez con la expresión "de su confianza en que el Comité central y el Soviet indicarían oportunamente el momento propicio y los medios más convenientes de acción". La referencia hecha al Soviet, junto al partido, y la fórmula más abierta respecto a la fecha de la insurrección provenían de la resistencia de las masas que Lenin pulsaba por medio de los dirigentes del partido.

Al día siguiente, en una polémica con Zinóviev y Kámenev, Lenin resumía los debates de la víspera: "Todos están de acuerdo en que, al llamamiento de los soviets y para su defensa, los obreros marcharán como un solo hombre". Lo cual significaba: aunque todos no están de acuerdo con él, Lenin, en que puede lanzarse el llamamiento en nombre del partido, sí hay unanimidad en que puede ser lanzado en nombre de los soviets.

"¿Quién debe tomar el poder?, escribe Lenin en el atardecer del día 24. Esto no tiene importancia por el momento: lo haga el Comité militar revolucionario u "otra institución", que declare que entregará el poder solamente a los verdaderos representantes del pueblo..." "Otra institución", entre enigmáticas comillas, alude en el lenguaje conspirativo al Comité central de los bolcheviques. Lenin renueva aquí su propuesta de septiembre: actuar directamente en nombre del Comité central si la legalidad soviética impidiera al Comité militar revolucionario colocar al Congreso ante el hecho consumado de la insurrección.

Aunque toda esta lucha sobre los plazos y los métodos de la insurrección se prolongó varias semanas, los que participaron no se dieron todos cuenta de su significado e importancia. "Lenin proponía la toma del poder por los soviets, el de Leningrado o el de Moscú, y no a espaldas de los soviets, escribía Stalin en 1924. ¿Por qué Trotski ha necesitado de esta leyenda tan extraña sobre Lenin?" Y además: "El partido conocía a Lenin como el más grande marxista de nuestro tiempo... ajeno a toda sombra de blanquismo." Mientras que Trotski representaba "no al gigante Lenin, sino a una especie de enano blanquista..." ¡No solamente blanquista, sino enano! En realidad, la cuestión de saber en nombre de quién se hará la insurrección y en manos de qué institución será entregado el poder, no ha sido decidida de antemano por ninguna doctrina. Una vez dadas las condiciones generales de una insurrección, el levantamiento se presenta como un problema

de carácter práctico que puede resolverse por diferentes medios. Sobre este aspecto, las diferencias en el interior del Comité central eran análogas a las controversias entre oficiales del Estado Mayor general, educados en una sola y única doctrina militar y que juzgan del mismo modo una situación estratégica en su conjunto, pero que proponen, para resolver el problema más inmediato, diversas variantes sin duda excepcionalmente importantes, pero parciales sin embargo. Mezclar en esto la cuestión del marxismo y del blanquismo es demostrar que no se comprende ni lo uno ni lo otro.

El profesor Pokrovski niega incluso el significado mismo del dilema: ¿el Soviet o el partido? Los soldados no son de ninguna manera formalistas, declara con ironía: no tenían necesidad de esperar al Congreso de los soviets para derribar a Kerenski. Por espiritual que sea esta forma de plantear el problema, deja un punto sin elucidar: ¿por qué crear los soviets, en suma, si el partido es suficiente? "Es curioso -continúa el profesor- que, de este esfuerzo por hacer todo más o menos legalmente, nada resultó legal desde el punto de vista soviético, y el poder en el último momento fue tomado no por el Soviet, sino por una organización manifiestamente "ilegal", constituida *ad hoc."* Pokrovski alega que Trotski fue forzado, "en nombre del Comité militar revolucionario", y no en nombre del Soviet, a declarar inexistente el gobierno de Kerenski. ¡Argumento totalmente inesperado! El Comité militar revolucionario era un órgano electivo del Soviet. El papel dirigente del Comité en la insurrección no infringía de ningún modo la legalidad soviética, de la que el profesor se burla, y que a su vez era observada por las masas con mucho celo. El Consejo de Comisarios del pueblo fue constituido *ad hoc* también, lo cual no le impidió ser y seguir siendo el órgano del poder soviético, incluido Pokrovski mismo, en su calidad de adjunto del comisario de Instrucción pública.

La insurrección pudo mantenerse en el terreno de la legalidad soviética e incluso, en gran medida, dentro de los marcos tradicionales de la dualidad de poderes, gracias sobre todo a que la guarnición de Petrogrado estaba casi enteramente subordinada al Soviet ya antes del levantamiento. En numerosas *Memorias,* artículos de aniversario, en los primeros ensayos históricos, este hecho, confirmado por innumerables documentos, era considerado como algo indiscutible. "El conflicto en Petrogrado se desarrolló en torno al problema de la suerte de la guarnición", dice uno de los primeros folletos sobre Octubre, escrito por el autor del presente libro, en los descansos entre las sesiones de las negociaciones de Brest-Litovsk, cuando aún estaban frescos los recuerdos de esos acontecimientos, folleto que, en el partido, durante varios arios, fue presentado como un manual de Historia. "El problema básico, en torno al cual se formó y se organizó todo el movimiento en octubre -declara aún

más claramente Sadovski, uno de los organizadores inmediatos de la insurrección-, fue el de la tentativa de hacer marchar a los regimientos de la guarnición de Petrogrado hacia el frente del norte...” Ninguno de los dirigentes inmediatos de la insurrección, que participaban en el coloquio organizado para reconstituir la marcha de los acontecimientos, presentó a Sadovski ninguna objeción o corrección. Sólo a partir de 1924 se descubrió de repente que Trotski sobreestimaba a la guarnición campesina en detrimento de los obreros de Petrogrado: descubrimiento científico ideal para complementarlo con la acusación de haber subestimado a la clase campesina.

Decenas de jóvenes historiadores, con el profesor Pokrovski a la cabeza, nos han explicado, estos últimos años, la importancia del proletariado para una revolución proletaria, indignados viendo que no hablábamos de los obreros allí donde decíamos soldados, y convenciéndonos de haber analizado la marcha real de los acontecimientos en lugar de haber repetido lecciones escolares. Pokrovski resume esta crítica en los siguientes términos: “Aunque Trotski sabe muy bien que fue el partido quien decidió pasar a la lucha armada... y aunque, evidentemente, todo pretexto que se esgrimiese sólo podía tener una importancia secundaria, sin embargo, asigna a la guarnición de Petrogrado el papel central en la escena... como si no hubiera sido posible la insurrección faltando ésta.” Para nuestro historiador, lo único que importa es “la decisión del partido” de cara a la insurrección; pero la cuestión de saber cómo se produjo el levantamiento en realidad es “secundaria”: siempre se encontrará un pretexto. Pokrovski llama “pretexto” al medio de conquistar a las tropas, es decir, de resolver precisamente el problema del cual depende la suerte de cualquier insurrección. No hay duda que la revolución proletaria se habría producido aun no habiendo surgido el conflicto sobre la evacuación de la guarnición; en esto, el profesor tiene razón. Pero hubiera sido otra insurrección y hubiera exigido una exposición histórica diferente. Pero nosotros sólo tenemos a la vista los acontecimientos tal como se produjeron.

Uno de los organizadores, más tarde historiador de la Guardia Roja, Malajovski, insiste por su parte en afirmar que fueron precisamente los obreros armados, diferenciándose de la guarnición semiapática, los que mostraron iniciativa, resolución y firmeza durante el levantamiento. “Los destacamentos de la Guardia Roja -escribe- ocupan, durante la insurrección de Octubre, las instituciones gubernamentales, el correo y el telégrafo, son ellos también quienes se encuentran en primera fila en el momento del combate..., etc.” Todo eso es indiscutible. Pero no es difícil, sin embargo, comprender que si los guardias rojos pudieron tan fácilmente “ocupar” las instituciones, fue en realidad

debido a que la guarnición estaba de acuerdo con ellos, les apoyaba, o bien, al menos, no se les opuso. Fue esto lo que decidió la suerte de la insurrección.

El simple hecho de preguntar quién, si los soldados o los obreros, era más importante para la insurrección, muestra un nivel teórico tan lamentable que casi no permite la discusión. La revolución de Octubre era la lucha del proletariado contra la burguesía por el poder. Pero fue el *mujik* quien, a fin de cuentas, decidió el desenlace de la lucha. Ese esquema general, aplicable a todo el país, encontró en Petrogrado su expresión más acabada. Lo que dio a la insurrección en la capital el carácter de un golpe rápidamente hecho con un mínimo de víctimas fue la combinación del complot revolucionario, de la insurrección proletaria y de la lucha de la guarnición campesina por su propia salvaguarda. El partido dirigía la insurrección; la principal fuerza motriz era el proletariado; los destacamentos obreros armados constituían la fuerza de choque; pero el desenlace de la lucha dependía de la guarnición campesina, difícil de mover.

Es en este sentido precisamente en el que el paralelo entre las insurrecciones de Febrero y de Octubre resulta particularmente irreemplazable. En vísperas del derrocamiento de la monarquía, la guarnición representaba una incógnita para ambas partes. Los soldados mismos no sabían aún cómo iban a reaccionar ante el levantamiento de los obreros. Solamente la huelga general pudo establecer las condiciones necesarias para que se produjera el contacto masivo entre obreros y soldados, permitiendo que fuesen puestos a prueba estos últimos y que pasasen a las filas de los obreros. Ese fue el contenido dramatice de las cinco jornadas de Febrero.

En vísperas del derrocamiento del gobierno provisional, la aplastante mayoría de la guarnición se mantenía abiertamente al lado de los obreros. En ninguna parte del país el gobierno se sentía tan aislado como en su residencia: no fue por error que intentó huir de ella. Pero fue en vano: la capital hostil no le dejaba partir. Intentando sin éxito echar fuera a los regimientos revolucionarios, el gobierno se vio definitivamente derrotado.

Explicar la política pasiva de Kerenski ante la insurrección por sus cualidades personales tan sólo, es ver las cosas artificialmente. Kerenski no estaba solo. Había en el gobierno hombres como Palchinski, llenos de energía. Los líderes del Comité ejecutivo sabían muy bien que la victoria de los bolcheviques significaría su muerte política. Todos, separadamente o juntos, se encontraron paralizados, se sumieron, como Kerenski, en la penosa torpeza de quien, a pesar de la inminencia del peligro, se siente incapaz de alzar la mano para defenderse.

La fraternización de obreros y soldados no procedía en Octubre de un conflicto abierto en las calles tal como había sucedido en Febrero, sino que precedió a la insurrección. Si los bolcheviques no llamaban esta vez a la huelga general, no es porque no pudieran, sino porque no la consideraban necesaria. El Comité militar revolucionario, ya antes de la insurrección, se sentía dueño de la situación: conocía cada contingente de la guarnición, su estado de ánimo, los agrupamientos que se producían en su interior; recibía diariamente informes no falsificados, explicando lo que sucedía; en cualquier momento podía enviar un comisario plenipotenciario o un motociclista transmitiendo una orden a un regimiento; podía llamar por teléfono al Comité de un efectivo o enviar una orden de servicio a una compañía. El Comité militar revolucionario jugaba, en relación a las tropas, el papel de un Estado Mayor gubernamental y no el de un Estado Mayor de conspiradores.

Es cierto que los puestos de mando del Estado seguían en manos del gobierno. Pero ya habían perdido sus bases de apoyo. Los ministerios y los Estados Mayores se erigían en el vacío. El teléfono y el telégrafo seguían sirviendo al gobierno, lo mismo que el Banco del Estado. Pero el gobierno no tenía ya las fuerzas militares indispensables para retener en sus manos esas instituciones. El palacio de Invierno y el Instituto Smolni parecían haber cambiado de sitio. El Comité militar revolucionario colocaba al gobierno fantasma ante una situación tal que este último no podía intentar nada sin haber destruido previamente la guarnición. Pero todo intento de ataque por parte de Kerenski contra las tropas no hacía más que acelerar el desenlace.

Sin embargo, el problema del levantamiento seguía aún sin solucionar. El Comité militar revolucionario tenía en sus manos el resorte y todo el mecanismo del reloj. Pero le faltaban la esfera y las agujas. Y sin estos detalles, un reloj no tiene ninguna utilidad. Privado del teléfono, del telégrafo, de un Banco, de un Estado Mayor, el Comité militar revolucionario no podía gobernar. Disponía de casi todas las premisas reales y de los elementos del poder, pero no del poder mismo.

En Febrero, los obreros no pensaban en apoderarse del Banco y del palacio de Invierno, sino en eliminar la resistencia del ejército. No luchaban para conquistar determinados puestos de mando, sino para ganarse el alma del soldado. Una vez conseguido esto, los demás problemas se resolvieron por sí mismos: habiendo perdido sus batallones de la Guardia, la monarquía ni siquiera intentó ya defender sus palacios ni sus Estados Mayores.

En Octubre, el gobierno de Kerenski, después de haber dejado escapar para siempre el alma del soldado, se aferró aún a los puestos de mando. Entre sus manos, los Estados

Mayores, los Bancos, los teléfonos sólo constituían la fachada del poder. Pasando a manos de los soviets, esos establecimientos debían asegurar la posesión integra del poder. Esa era la situación en vísperas de la insurrección: determinaba las modalidades de acción en las últimas veinticuatro horas.

Casi no hubo manifestaciones, combates callejeros, barricadas, todo lo que se entiende normalmente por "insurrección"; la revolución no necesitaba resolver un problema ya resuelto. La toma del aparato gubernamental podía efectuarse a través de un plan, con ayuda de destacamentos armados poco numerosos, a partir de un centro único. Los cuarteles, la fortaleza, los depósitos, todos los establecimientos donde actuaban los obreros y soldados podían ser tomados desde el interior mismo. Pero ni el palacio de Invierno, ni el Preparlamento, ni el Estado Mayor de la región, ni los ministerios, ni las escuelas de junkers podían ser tomados desde el interior. Igualmente en lo que se refiere a los teléfonos, los telégrafos, el correo, el Banco del Estado: los empleados de esos establecimientos, aunque pensaban poco en la combinación general de fuerzas, eran sin embargo los dueños detrás de esos muros, que además estaban muy protegidos. Había que penetrar desde fuera hasta las altas esferas de la burocracia. Aquí la violencia sustituía a la ocupación a través de medios políticos. Pero como la pérdida reciente por parte del gobierno de sus bases militares había hecho casi imposible la resistencia, estos últimos puestos de mando fueron tomados en general sin choques.

Pero, con todo, esto no se realizó sin algunos combates: hubo que tomar por asalto el palacio de Invierno. Pero el hecho mismo de que la resistencia del gobierno se limitara a la defensa del palacio define claramente el lugar que el 25 de octubre ocupa en el desarrollo de la lucha. El palacio de Invierno aparece de este modo como el último reducto de un régimen políticamente deshecho y definitivamente desarmado durante los últimos quince días.

Los elementos del complot, entendiendo como tales el plan y una dirección centralizada, ocupaban un lugar insignificante en la revolución de Febrero. Esto se debía a la debilidad y a la disgregación de los grupos revolucionarios bajo la pesada carga del zarismo y de la guerra. La tarea era aún mayor para las masas. Los insurrectos tenían su experiencia política, sus tradiciones, sus consignas, sus líderes anónimos. Pero si los elementos de dirección diseminados en el levantamiento fueron suficientes para derrocar a la monarquía, distaron mucho de ser suficientemente numerosos para asegurar a los vencedores los frutos de su propia victoria.

En Octubre, la calma en las calles, la ausencia de multitudes, la falta de combates dieron pretexto a los adversarios para hablar de la conspiración de una minoría insignificante, de la aventura de un puñado de bolcheviques. Esta fórmula se repitió muchas veces durante los días, meses y años siguientes a la insurrección. Evidentemente, para restablecer el buen renombre de la insurrección proletaria, Yaroslavski escribe del 25 de octubre: "Respondiendo al llamamiento del Comité militar revolucionario, masas compactas del proletariado de Petrogrado se pusieron bajo sus banderas e invadieron las calles de Petrogrado". El historiador oficial olvida explicar con qué fin el Comité militar revolucionario había llamado a las masas a la calle y qué habían hecho éstas precisamente allí.

De una combinación de fuerza y debilidad de la revolución de Febrero se derivó su idealización oficial, representándola como obra de toda la nación y oponiéndola a la insurrección de Octubre, considerada como un complot. Si los bolcheviques consiguieron reducir en el último momento la lucha por el poder a un "complot", no se debió a que fueran una pequeña minoría, sino, al contrario, al hecho de que tenían tras ellos, en los barrios obreros y en los cuarteles, a una aplastante mayoría, fuertemente agrupada, organizada y disciplinada.

No se puede comprender exactamente la insurrección de Octubre si sólo se examina su fase final. A final s de febrero, la partida de ajedrez de la insurrección se jugó desde el primer movimiento hasta el último, es decir, hasta el abandono del adversario; a finales de octubre, la partida principal pertenecía ya al pasado, y el día de la insurrección se trataba de resolver un problema bastante limitado: mate en dos jugadas. Es, por tanto, indispensable, fechar el período de la insurrección a partir del 9 de octubre, cuando surge el conflicto de la guarnición, o del 12, cuando se decidió crear el Comité militar revolucionario. La maniobra envolvente duró más de quince días. La fase más decisiva se prolongó cinco o seis días, desde el momento en que fue creado el Comité militar revolucionario. Durante todo este período actuaron directamente centenares de miles de soldados y obreros, formalmente a la defensiva, pero en realidad a la ofensiva. La etapa final, en el curso de la cual los insurrectos rechazaron definitivamente las formas convencionales de la dualidad de poderes, con su legalidad dudosa y su fraseología defensiva, duró exactamente veinticuatro horas: del 25, a las 2 de la mañana, hasta el 26, a las 2 de la mañana. En ese lapso de tiempo, el Comité militar revolucionario recurrió abiertamente a las armas para apoderarse de la ciudad y detener al gobierno: en las operaciones participaron, en total, sólo las fuerzas necesarias para cumplir una tarea limitada, en todo caso no más de veinticinco a treinta mil hombres.

Un autor italiano que escribe libros no sólo sobre *Las noches de los eunucos,* sino también sobre los más importantes problemas de Estado, visitó Moscú soviético en 1929, embarulló lo poco que había podido oír a izquierda y derecha y, basándose en todo ello, construyó un libro sobre *La técnica del golpe de Estado.* El nombre de este escritor, Malaparte, permite distinguirlo fácilmente de otro especialista en golpes de Estado que se llamaba Bonaparte.

Contrariamente a "la estrategia de Lenin", subordinada a las condiciones sociales y políticas de la Rusia de 1917, "la táctica de Trotski, según Malaparte, no está relacionada con las condiciones generales del país". A las consideraciones de Lenin sobre las premisas políticas de la insurrección, el autor quiere que Trotski responda: "Vuestra estrategia exige demasiadas condiciones favorables: la insurrección de nada necesita. Se basta a sí misma". Apenas se puede concebir un absurdo que se baste tan a sí mismo como éste. Malaparte repite varias veces que en Octubre la victoria se debió no a la estrategia de Lenin, sino a la táctica de Trotski. Aún ahora, esta táctica amenazaría la tranquilidad de los Estados europeos. "La estrategia de Lenin no constituye un peligro inmediato para los gobiernos de Europa. El peligro actual -y permanente- para ellos está en la táctica de Trotski." Concretando más todavía: "Poned a Poincaré en el lugar de Kerenski y el golpe de Estado bolchevique de octubre de 1917 triunfará de igual modo". Es inútil que intentemos distinguir para qué podía servir en general la estrategia de Lenin, que dependía de las condiciones históricas, si la táctica de Trotski resolvía el mismo problema en todas las circunstancias. Queda Por añadir que tan notable libro ha sido publicado ya en varias lenguas. Es evidente que los hombres de Estado aprenden en él cómo eliminar los golpes de Estado. Les deseamos mucha suerte.

La crítica de las operaciones puramente militares del 25 de octubre no ha sido hecha hasta el presente. La literatura soviética ofrece material sobre este tema que tiene un carácter no crítico, sino apologético. Al lado de los escritos de los epígonos, aun la crítica de Sujánov, a pesar de todas sus contradicciones, se distingue con ventaja por una observación atenta de los hechos.

En su juicio sobre la organización del levantamiento de Octubre, Sujánov ha emitido, en dos arios, dos opiniones que parecen diametralmente opuestas. En el tomo dedicado a la revolución de Febrero, dice: "Describiré en su lugar, según mis recuerdos personales, la insurrección de Octubre ejecutada como sobre una partitura." Yaroslavski reproduce este juicio de Sujánov literalmente. "La insurrección de Petrogrado -escribe- estaba bien preparada y fue ejecutada por el partido como ante un cuaderno de música." Más

resueltamente todavía, según parece, se expresa Claude Anet, observador hostil pero atento, aunque sin profundidad: "El golpe de Estado del 7 de noviembre -dice en sustancia- no inspira sino admiración. Ni una grieta, ni un fallo, el gobierno es derrocado sin haber tenido tiempo de gritar: ¡ay!". Sin embargo, en el tomo dedicado a la revolución de Octubre, Sujánov cuenta cómo Smolni, "a hurtadillas, tanteando, prudentemente y en desorden", emprendió la liquidación del gobierno provisional.

Se exagera tanto en el primero como en el segundo. Pero desde un punto de vista más amplio, se puede admitir que los dos juicios, por muy opuestos que sean, se apoyan en hechos concretos. El carácter racional de la insurrección de Octubre se derivó sobre todo de las relaciones objetivas, de la madurez de la revolución en su conjunto, del lugar que ocupa Petrogrado en el país, del lugar que ocupa el gobierno en Petrogrado, de todo el trabajo previo del partido y, por último, de la correcta política de la insurrección. Pero quedaba todavía un problema de técnica militar. En este punto, hubo un buen número de errores parciales, y, vistos en su totalidad, pueden dar la impresión de un trabajo hecho a ciegas.

Sujánov hace referencia varias veces a la impotencia, desde el punto de vista militar, de Smolni, incluso en las últimas jornadas que precedieron a la insurrección. En efecto, el 23 todavía el Estado Mayor de la revolución se encontraba apenas mejor defendido que el palacio de Invierno. El Comité militar revolucionario aseguraba su inmunidad fortaleciendo principalmente sus lazos con la guarnición y obtenía a través de ésta la posibilidad de vigilar todos los movimientos estratégicos del adversario. El Comité adoptó medidas más serias, desde el punto de vista de la técnica de la guerra, unas veinticuatro horas más pronto que las del gobierno. Sujánov afirma con seguridad que si el gobierno hubiera tomado la iniciativa, durante la jornada del 23 y en la noche del 23 al 24, habría podido coger a todo el Comité: "Un buen destacamento de quinientos hombres hubiera ya bastado para liquidar Smolni y todo lo que había dentro." Es posible. Pero, en primer lugar, el gobierno necesitaba para esto resolución, arrojo, es decir, una cualidad absolutamente ajena a su naturaleza. En segundo lugar, necesitaba "un buen destacamento de quinientos hombres". ¿Dónde conseguirlo? ¿Organizarlo con oficiales? Los hemos visto ya, a finales de agosto, en su papel de conspiradores: había que ir a buscarlos en los cabarets. Las compañías *[drujini]* de combate de los conciliadores se habían disgregado. En las escuelas de junkers todo problema grave provocaba nuevos agrupamientos. Las cosas iban aún peor entre los cosacos. Constituir un destacamento a través de una selección en los diversos contingentes era traicionarse a sí mismo diez veces antes de poder terminar la empresa.

Sin embargo, la sola existencia de un destacamento no hubiera sido decisiva. El primer disparo contra Smolni habría provocado una reacción violenta en los barrios obreros y en los cuarteles. A cualquier hora del día o de la noche, decenas de miles de hombres armados o a medio armar habrían corrido para ofrecer ayuda al centro amenazado de la revolución. Tampoco la toma misma del Comité militar revolucionario habría salvado al gobierno. Fuera de Smolni se encontraban Lenin y, con él, el Comité central y el Comité de Petrogrado. En la fortaleza de Pedro y Pablo había un segundo Estado Mayor, un tercero en el *Aurora* y otros más en los barrios. Las masas no se habrían quedado sin dirección. Además, los obreros y soldados, pese a las demoras, querían vencer a toda costa.

No cabe duda, sin embargo, de que debían haberse adoptado unos días antes medidas complementarias de prudencia estratégica. La crítica de Sujánov es correcta en ese sentido. El aparato militar de la revolución actuó torpemente, con retrasos y omisiones, y la dirección se dejaba inclinar demasiado a sustituir la política por la técnica. El ojo de Lenin hacía mucha falta en, Smolni. Los otros no habían aprendido todavía.

Sujánov tiene razón cuando dice que la toma del palacio de Invierno, durante la noche del 24 al 25 o durante la mañana de esa jornada, habría sido incomparablemente más fácil que por la tarde o por la noche. El palacio, lo mismo que el edificio vecino al Estado Mayor, estaba protegido por los grupos de junkers habituales: un ataque repentino hubiera podido triunfar casi con seguridad. Por la mañana, Kerenski salió en automóvil sin encontrar obstáculo: eso basta para probar que no se ejercía ninguna vigilancia seria sobre el palacio de Invierno. ¡Eso constituía una verdadera laguna!

La vigilancia del gobierno provisional había sido confiada -aunque demasiado tarde: ¡el 24!- a Sverdlov, ayudado por Laschevich y Blagonravov. Es dudoso que Sverdlov, que ya no sabía dónde poner la cabeza, se haya ocupado de esta nueva tarea. Es posible incluso que la resolución, inscrita sin embargo en el acta, haya sido olvidada en la fiebre de aquellas horas.

En el Comité militar revolucionario, a pesar de todo, se sobrestimaban los recursos militares del gobierno, en particular en lo que se refiere a la protección del palacio de Invierno. Si bien los dirigentes inmediatos del asedio conocían incluso las fuerzas interiores del palacio, podía temerse de todas formas que, ante la primera señal de alarma, llegasen refuerzos: junkers, cosacos, tropas de choque. El plan de la toma del palacio de invierno había sido elaborado al estilo de una vasta operación: cuando unos civiles o civiles a medias se dedican a resolver un problema puramente militar, se ven siempre inclinados a sutilezas

estratégicas. Además de una pedantería excesiva, no podían dejar de mostrar en ese caso una incapacidad manifiesta.

La incoherencia mostrada durante la toma del palacio se explica, en cierto modo, por las cualidades personales de los principales dirigentes. Podvoiski, Antónov-Ovseenko, Chudnovski, son hombres de un temple heroico. Pero quizá haya que decir que no son en absoluto gente de método y disciplina en sus ideas. Podvoiski, que había mostrado gran entusiasmo durante las jornadas de Julio, se había vuelto mucho más circunspecto e incluso más escéptico ante las perspectivas en un futuro próximo. Pero, en el fondo, había seguido fiel a sí mismo: puesto a resolver cualquier tarea práctica, tiende orgánicamente a salirse de los marcos fijados, a ampliar el plan, a arrastrar a todo el mundo, a dar el máximo cuando un mínimo bastaría. Podemos encontrar fácilmente la marca de su espíritu en el carácter hiperbólico del plan. Antónov-Ovseenko es, por su carácter, un optimista impulsivo, mucho más capaz de improvisación que de cálculo. En calidad de antiguo oficial subalterno, poseía algunos conocimientos sobre el arte militar. Durante la gran guerra, como emigrado, había redactado los comentarios militares en el periódico *Nache Slovo [Nuestra Palabra],* que se publicaba en París, y más de una vez había mostrado su perspicacia en cuestiones de estrategia. Su diletantismo impresionista no podía hacer contrapeso a la elevación excesiva de Podvoiski. El tercero de los jefes militares, Chudnovski, había vivido varios meses en un frente pasivo, en calidad de agitador: a esto se limitaba su experiencia de hombre de guerra. Aunque inclinándose hacia el ala derecha, Chudnovski era sin embargo el primero en lanzarse a la batalla por donde se peleara más duramente. La bravura personal y la audacia política, como es sabido, no se encuentran siempre en equilibrio. Días después de la insurrección, Chudnovski fue herido en Petrogrado, en una escaramuza con los cosacos de Kerenski, y varios meses más tarde encontró la muerte en Ucrania. Es evidente que el expansivo e impulsivo Chudnovski no podía ofrecer lo que faltaba a los otros dirigentes. Ninguno de ellos estaba dispuesto a tener en cuenta los detalles, por la simple razón de que no estaban iniciados en los secretos del oficio. Viéndose débiles en sus servicios de exploradores, enlace y maniobra, los mariscales rojos sentían la necesidad de abrumar al palacio de Invierno con fuerzas tan superiores que la cuestión misma de una dirección práctica no se planteaba ya: las dimensiones desmesuradas, grandiosas, del plan equivalían casi a su ausencia. Lo que acabamos de decir no significa que, en la composición del Comité militar revolucionario, o bien en torno suyo, se pudiera encontrar jefes militares más experimentados; en todo caso, no se podían encontrar otros más dedicados y abnegados.

La lucha por la toma del palacio de Invierno empezó con la ocupación de todo el distrito en una amplia periferia. Dada la inexperiencia de los jefes, los enlaces defectuosos, la ineptitud de los destacamentos de guardias rojos, la falta de vigor de las fuerzas regulares, esta complicada operación se desarrollaba con una excesiva lentitud. En el mismo momento en que los destacamentos rojos cerraban poco a poco el cerco y acumulaban reservas a sus espaldas, compañías de junkers, *sotnias* de cosacos, Caballeros de San Jorge y un batallón de mujeres se abrían paso hacia el palacio. El puño de la defensa se formaba al mismo tiempo que el círculo de los asaltantes. Puede decirse que el problema mismo procede del medio demasiado indirecto que se empleó para resolverlo. Sin embargo, una audaz incursión nocturna o un intrépido ataque durante la jornada apenas habrían costado más víctimas que una operación que ya duraba demasiado. El efecto moral de la artillería del *Aurora* podía en todo caso verificarse doce o incluso veinticuatro horas antes: el crucero se mantenía preparado a la lucha en el Neva y los marineros de ningún modo se quejaban de no tener con qué engrasar sus piezas. Pero los dirigentes de la operación esperaban que el asunto se resolviera sin combate, enviaban parlamentarios, formulaban ultimátum y no tenían en cuenta los plazos fijados. No se les ocurrió inspeccionar en el momento oportuno la artillería de la fortaleza de Pedro y Pablo, precisamente porque pensaban poder prescindir de ella.

La falta de preparación de la dirección militar se manifestó de manera aún más evidente en Moscú, donde la relación de fuerzas era considerada tan favorable que Lenin recomendaba insistentemente empezar por Moscú: "La victoria está garantizada, no hay nadie para batirse." En realidad, fue precisamente en Moscú donde la insurrección tuvo un carácter de combates prolongados que duraron, incluidas las treguas, unos ocho días. "En el ardor de este trabajo -escribe Muralov, uno de los principales dirigentes de la insurrección moscovita- no siempre mostrábamos firmeza y resolución en todos los puntos. A pesar de que disponíamos de una superioridad numérica aplastante -diez veces la cifra del adversario-, dejamos prolongarse los combates durante toda una semana... como consecuencia de nuestra poca habilidad para dirigir a las masas combatientes, de la falta de disciplina de estas últimas y de la ignorancia completa de la táctica de los combates callejeros, tanto por parte de los jefes como de los soldados." Muralov tiene la costumbre de llamar las cosas por su nombre: por eso actualmente está deportado en Siberia. Pero, evitando descargar su responsabilidad sobre otros, Muralov atribuye al mando militar los principales errores de la dirección política que, en Moscú, se distinguía por su inconsistencia y se dejaba influir fácilmente por elementos conciliadores. No hay que

olvidar tampoco que los obreros del viejo Moscú, del textil y de la piel, se hallaban en extremo retraso en relación al proletariado de Petrogrado. En febrero, Moscú no había tenido que sublevarse: el derrocamiento de la monarquía fue enteramente obra de Petrogrado. En julio, Moscú permaneció de nuevo tranquila. Todo esto se notó cuando llegó octubre: los obreros y soldados carecían de experiencia de combate.

La técnica de la insurrección consuma lo que la política no ha hecho. El gigantesco crecimiento del bolchevismo distraía indudablemente la atención sobre el aspecto militar del problema: las advertencias apasionadas de Lenin tenían suficiente fundamento. La dirección militar se mostró incomparablemente más débil que la dirección política. ¿Acaso podía suceder de otro modo? Durante meses y meses aún, el nuevo poder revolucionario manifestará una extrema ineptitud cada vez que se haga indispensable el recurso de las armas.

Y, sin embargo, las autoridades militares del campo gubernamental apreciaban de manera enormemente aduladora la dirección militar de la insurrección. "Los insurrectos mantienen el orden y la disciplina -declaraba por hilo directo el Ministerio de la Guerra al Gran Cuartel General poco después de la caída del palacio-, no ha habido ni saqueos ni pogromos; al contrario, patrullas de insurrectos han detenido a soldados que titubeaban... El plan de la insurrección estaba indudablemente elaborado de antemano y fue aplicado con persistencia y buen orden..." No estaba totalmente regulado "según la partitura", como escribieron Sujánov y Yaroslavski, pero no había tampoco tanto "desorden" como afirmó más tarde el primero de estos dos autores.

Además, ante el juicio crítico más severo, toda empresa se mide por su éxito.

CAPITULO XLVII
EL CONGRESO DE LA DICTADURA SOVIÉTICA

El 25 de octubre debía inaugurarse en el Smolni el parlamento más democrático de todos los que han existido en la historia mundial. Y quizá, ¿quién sabe?, el más importante.

Una vez libres de la influencia de la *intelligentsia* conciliadora, los soviets de provincia enviaban principalmente a obreros y soldados. En su mayoría eran poco conocidos, pero, en cambio, probados en la acción y habían ganado así una sólida confianza en sus localidades. Del ejército y del frente, superando el bloqueo de los comités del ejército y de los Estados Mayores, la inmensa mayoría de los delegados eran casi únicamente soldados rasos. Casi todos habían despertado a la vida política con la revolución. Se habían formado en la experiencia de esos ocho meses. Poco era lo que sabían, pero lo sabían sólidamente. La apariencia exterior del congreso reflejaba su composición. Los galones de oficial, las gafas y las corbatas de intelectuales del primer congreso ya no se veían apenas. Dominaba en general el color gris en las vestimentas y en los rostros. Todo se había desgastado durante la guerra. Muchos obreros de las ciudades se habían echado encima capotes de soldado. Los delegados de las trincheras no tenían aspecto muy presentable: sin afeitar desde hacía tiempo, cubiertos con viejos capotes desgarrados, con pesados gorros de piel cuyos agujeros descubrían la guata, con los pelos desgreñados. Rostros rudos mordidos por la intemperie, pesados pies cubiertos de sabañones, dedos amarillentos de fumar tabaco ordinario, botones medio arrancados, correas colgando, botas gastadas y sucias, sin lustrar desde hacía tiempo. Por primera vez la nación plebeya había enviado una representación honesta, sin disfraz, hecha a su imagen y semejanza.

La estadística del congreso que se reunió en las horas de la insurrección es extremadamente incompleta. En el momento de la apertura se contaban seiscientos cincuenta participantes con voz y voto. Trescientos noventa eran bolcheviques; aunque no todos eran miembros del partido, eran sin embargo la sustancia misma de las masas; y a éstas no les quedaba otro camino que el del bolchevismo. Muchos delegados que llegaban llenos de dudas, maduraban rápidamente en la caldeada atmósfera de Petrogrado.

¡Con cuánto éxito mencheviques y socialistas revolucionarios habían conseguido dilapidar el capital político de la revolución de Febrero! En el Congreso de los soviets en junio, los conciliadores disponían de una mayoría de 600 votos sobre un total de 832 delegados. Ahora, la oposición conciliadora de todo tipo reunía menos de la cuarta parte del congreso. Los mencheviques, con los grupos nacionales ligados a ellos, no pasaban de

80 delegados, de los cuales alrededor de la mitad eran "de izquierda". De 159 socialistas revolucionarios -190 según otros datos- los de izquierda constituían alrededor de las tres quintas partes y, además, los de derecha iban disolviéndose rápidamente en el transcurso del congreso. Hacia el final de las sesiones, el número de delegados se elevó, según ciertos datos, a 900 personas; pero esta cifra, que incluía un buen número de votos consultativos, no engloba, por otra parte, todos los votos deliberativos. El control de los mandatos sufría interrupciones, se perdieron papeles, los informes sobre la pertenencia a tal o cual partido no son completos. En todo caso, la posición dominante de los bolcheviques en el congreso era indudable.

Una encuesta entre los delegados demostró que 505 soviets estaban a favor del paso de todo el poder a manos de los soviets; 86, por el poder de la "democracia"; 55, por la coalición; 21, por la coalición, pero sin los kadetes. Estas cifras elocuentes, incluso en este aspecto, dan una idea exagerada, sin embargo, de la influencia que aún les quedaba a los conciliadores: por la democracia y la coalición se declaraban los soviets de las regiones más atrasadas y de las localidades menos importantes.

El 25, a primera hora de la mañana, las diversas fracciones se reunían en el Smolni. De los bolcheviques, sólo estaban presentes los que no tenían misiones de combate que cumplir. Hubo que aplazar la apertura del congreso: la dirección bolchevique quería previamente terminar con el Palacio. Pero las fracciones hostiles tampoco tenían prisa: necesitaban también decidir lo que tenían que hacer y esto no era fácil. Dentro de las fracciones, las subfracciones se peleaban entre sí. La escisión de los socialistas revolucionarios se produjo después que la resolución de abandonar el congreso fue rechazada por 92 votos contra 60. Sólo al caer la tarde los socialistas revolucionarios de derecha y de izquierda se reunieron en salas diferentes. A las ocho, los mencheviques pidieron un nuevo aplazamiento: sus opiniones estaban muy divididas. Llegó la noche. Aún continuaba la acción contra el Palacio. Pero se hacía imposible esperar más tiempo: había que hablar claramente ante el país en estado de alerta.

La revolución enseñaba el arte de la comprensión. Los delegados, los visitantes, los guardianes se apretujaban en la sala de fiestas de las jóvenes de la nobleza para que pudieran entrar los que iban llegando. Las advertencias sobre un posible hundimiento del piso no tenían más efecto que las invitaciones a fumar, menos. Todos se apretujaban y fumaban a sus anchas. A duras penas John Reed pudo abrirse camino a través de la multitud que rumoreaba ante la puerta. La sala no tenía calefacción, pero el aire era espeso y ardiente.

Amontonados en los canceles de las puertas, en los pasadizos laterales, o sentados en los alféizares de las ventanas, los delegados esperaban pacientemente que el presidente hiciera sonar la campanilla. En la tribuna no estaban ni Tsereteli, ni Cheidse, ni Chernov. Sólo los líderes de segundo orden aparecieron para asistir a sus propios funerales. Un hombre de pequeña estatura, con uniforme de mayor médico, en nombre del Comité ejecutivo abrió la sesión a las 10 y 40. El congreso se reunía en "circunstancias tan excepcionales" que él, Dan, cumpliendo la misión que le había confiado el Comité ejecutivo central, se abstendría de pronunciar un discurso político: ya que sus amigos del partido se encuentran actualmente en el palacio de Invierno, expuestos al tiroteo, "cumpliendo abnegadamente su deber de ministros". Los delegados no esperaban ni por asomo que el Comité ejecutivo central los bendijera. Miraban con aversión a la tribuna: si esas gentes tienen aún una existencia política, ¿qué relación tienen con nosotros y con nuestra causa?

En nombre de los bolcheviques, Avanesov, delegado de Moscú, propone una mesa con representación proporcional: catorce bolcheviques, siete socialistas revolucionarios, tres mencheviques y un internacionalista. Los de la derecha se niegan inmediatamente a formar parte de la mesa. El grupo de Mártov se abstiene por el momento: no ha tomado aún una decisión. Siete votos pasan a los socialistas revolucionarios de izquierda. El Congreso observa irritado estas controversias preliminares.

Avanesov lee la lista de los candidatos bolcheviques a la mesa: Lenin, Trotski, Zinóviev, Kámenev, Ríkov, Noguín, Sklianski, Krilenko, Antónov-Ovseenko, Riazanov, Muránov, Lunacharski, Kolontay y Stuchka. "La mesa está compuesta -escribe Sujánov- de los principales líderes bolcheviques y de un grupo de seis (en realidad siete) socialistas revolucionarios de izquierda." Aunque se han o puesto a la insurrección, Zinóviev y Kámenev, dada su autoridad dentro del partido, son incluidos en la mesa; Ríkov y Noguín están como representantes del soviet de Moscú; Lunacharski y Kolontay, por su popularidad como agitadores en ese período; Riazanov, como representante de los sindicatos; Muránov, como viejo obrero bolchevique que se ha portado valerosamente durante el proceso de los diputados de la Duma del Imperio; Stuchka, como líder de la organización en Letonia; Krilenko y Sklianski, como representantes del ejército. Antónov-Ovseenko, como dirigente de las luchas en Petrogrado. La ausencia de Sverdlov se explica aparentemente por el hecho de que fue él quien redactó la lista y que, en el desorden, nadie rectificó la omisión. Una de las características de las costumbres de entonces del partido era que la mesa comprendiese a todo el Estado Mayor de los adversarios de la insurrección:

Zinóviev, Kámenev, Lunacharski, Noguín, Ríkov y Riazanov. Entre los socialistas revolucionarios de izquierda, la única que gozaba de la popularidad en toda Rusia era la pequeña, frágil y valerosa Spiridovna, que había pasado largos años en la cárcel por haber matado a uno de los torturadores de los campesinos de Tambov. No había más "nombres" entre los socialistas revolucionarios de izquierda. En cambio, entre los de derecha, aparte de los nombres, no quedaba ya casi nada.

El congreso acoge fervorosamente a la mesa. Lenin no se encuentra en la tribuna. Mientras se reunían y conferenciaban las fracciones, Lenin, todavía disfrazado, con una gran peluca y gruesas gafas, se encontraba en compañía de dos o tres bolcheviques en una sala lateral. Dan y Skobelev, dirigiéndose a su fracción, se pararon ante la mesa de los conspiradores, miraron atentamente a Lenin y lo reconocieron sin la menor duda. Lo cual significaba: ¡ya es hora de arrojar la máscara!

Sin embargo, Lenin no tenía prisa por aparecer en público. Prefería observar las cosas de cerca y reunir en sus manos los hilos, manteniéndose entre bastidores. Trotski, en sus recuerdos publicados en 1924, escribe: "En el Smolni tenía lugar la primera sesión del Segundo Congreso de los soviets. Lenin no apareció allí. Permaneció en una de las salas del Smolni, en donde, recuerdo bien, no había casi muebles. Sólo más tarde alguien vino a extender en el suelo unas colchas y dos almohadas. Vladimir Ilich y yo descansamos, tumbados uno al lado del otro. Pero unos minutos más tarde, me llamaron: "Dan ha tomado la palabra, hay que responderle." Al regreso de mi réplica, me tumbaba de nuevo junto a Lenin, quien, por supuesto, no pensaba en dormir. La situación no estaba para eso. Cada cinco o diez minutos, alguien corría de la sala de sesiones para comunicar lo que allí pasaba."

La campanilla del presidente pasó a manos de Kámenev, uno de esos seres flemáticos designados por la naturaleza misma para presidir. En el orden del día -anunció- hay tres cuestiones: la organización del poder; la guerra y la paz; la convocatoria de la Asamblea constituyente. Un ruido sordo y alarmante se añade desde fuera al ruido de la asamblea: es la fortaleza de Pedro y Pablo, que subraya el orden del día con una descarga de artillería. Una corriente de alta tensión ha atravesado el congreso, que de golpe ha sentido lo que era en realidad: la Convención de la guerra civil.

Lozovski, adversario de la insurrección, exige un informe del Soviet de Petrogrado. Pero el Comité militar revolucionario se ha retrasado: la réplica de los cañones muestra que el informe no está aún terminado. La insurrección está en plena marcha. Los líderes bolcheviques desaparecen a cada instante, yendo al local ocupado por el Comité militar

revolucionario para recibir informes o dar órdenes. Los ecos del combate penetran como lenguas de fuego en la sala de sesiones. Cuando se vota, los brazos se levantan en medio de las bayonetas erizadas. El humo azulado y picante de la *majorka* (tabaco ordinario) disimula las bellas columnas blancas y las arañas.

Las escaramuzas oratorias entre los dos campos, sobre ese fondo de cañonazos, adquieren una significación inusitada. Mártov pide la palabra. El momento en que todavía oscilan los platillos de la balanza es el momento para ese inventivo político de vacilaciones perpetuas. Con su ronca voz de tuberculoso, Mártov ha respondido inmediatamente a la voz metálica de los cañones: "Es indispensable que los dos campos terminen las hostilidades... La cuestión del poder quiere resolverse por medio de una conspiración... Todos los partidos revolucionarios se ven enfrentados ante un hecho consumado... La guerra civil amenaza desatar la contrarrevolución. Una solución pacífica de la crisis puede obtenerse con la creación de un poder que sería reconocido por toda la democracia." Una parte importante del congreso aplaude. Sujánov señala con ironía: "Visiblemente, muchos bolcheviques que no han asimilado el espíritu de la doctrina de Lenin y Trotski aceptarían gustosos avanzar precisamente por esta vía."

La propuesta de entablar negociaciones pacíficas obtiene el apoyo de los socialistas revolucionarios de izquierda y de un grupo de internacionalistas unificados. El ala derecha, y quizá también los más próximos compañeros al pensamiento de Mártov, están seguros de que los bolcheviques van a rechazar la propuesta. Se equivocan. Los bolcheviques envían a la tribuna a Lunacharski, el más pacífico, el más aterciopelado de los oradores. "La fracción de los bolcheviques no tiene nada que objetar a la propuesta de Mártov." Los adversarios quedan estupefactos. "Lenin y Trotski, yendo por delante de la masa que les sigue -comenta Sujánov- socavan al mismo tiempo el terreno bajo los pies de los de derecha." La propuesta de Mártov es aceptada por unanimidad. "Si los mencheviques y los socialistas: revolucionarios se retiran inmediatamente, se condenan a sí mismos", razona así el grupo de Mártov. Se puede, por consiguiente, esperar que el Congreso "se encaminará por la justa vía de la creación de un frente único democrático". ¡Vana esperanza! La revolución no toma nunca la diagonal.

El ala derecha pasa inmediatamente de largo la iniciativa de entablar negociaciones de paz que acaba de ser aprobada. El menchevique Jarach, delegado del duodécimo ejército, con las insignias de capitán, declara: "Políticos hipócritas proponen resolver el problema del poder. Pero esta cuestión se está decidiendo a nuestras espaldas... Los golpes dados al

palacio de Invierno cavan la fosa del partido que se ha lanzado a semejante aventura...” Al llamado del capitán, el congreso responde con murmullos indignados.

El teniente Kuchin, que había hablado en la Conferencia de Moscú en nombre del frente, intenta una vez más intervenir en nombre de las organizaciones del ejército: “Este congreso es inoportuno y se ha constituido incluso de forma irregular.” “¿En nombre de quién habla?”, le gritan los capotes desgarrados que llevan escrito su mandato con el barro de las trincheras. Kuchin enumera cuidadosamente once ejércitos. Pero, aquí, ya no engaña a nadie. En el frente, como en la retaguardia, los generales conciliadores no tenían ya soldados. El grupo del frente, prosigue el teniente menchevique, “rechaza toda responsabilidad por las consecuencias de esta aventura”; eso significa: unión con la contrarrevolución en contra de los soviets. Y como conclusión, “el grupo del frente... abandona este congreso”.

Uno tras otro, los representantes de la derecha suben a la tribuna. Han perdido sus parroquias y sus iglesias, pero han conservado sus campanarios; se dan prisa para hacer sonar por última vez las campanas cascadas. Los socialistas y los demócratas, que, por todos los medios, honestos o deshonestos, se han puesto de acuerdo con la burguesía imperialista, se niegan hoy claramente a llegar a un entendimiento con el pueblo insurrecto. Su cálculo político es puesto al desnudo: los bolcheviques serán derrocados en unos días; es preciso separarse de ellos lo más pronto posible, ayudar incluso a derrocarlos y así conseguir cierta seguridad para el futuro.

En nombre de la fracción de los mencheviques de derecha, Jinchuk, antiguo presidente del Soviet de Moscú y futuro embajador de los Soviets en Berlín, presenta una declaración. “El complot militar de los bolcheviques... lanza al país, a una guerra intestinal socava la Asamblea constituyente, amenaza con una catástrofe en el frente y lleva al triunfo de la contrarrevolución.” La única salida está en “las negociaciones con el gobierno provisional para la formación de un poder que se apoye en todas las capas de la democracia”. Incapaces de comprender nada, estas gentes proponen al congreso terminar con la insurrección y volver a Kerenski. A través del sordo murmullo, los gritos, e incluso los silbidos, apenas se pueden oír las palabras del representante de los socialistas revolucionarios de derecha. La declaración de su partido proclama “la imposibilidad de un trabajo en común” con los bolcheviques y afirma que el Congreso de los soviets, convocado y abierto por el Comité ejecutivo central conciliador, no se ha constituido regularmente.

La manifestación de las derechas no intimida, pero inquieta e irrita. La mayoría de los delegados están ya hartos de esos líderes pretenciosos y cortos de miras que les han atiborrado primero de frases y luego los han sometido a la represión. ¿Es posible que los Dan, Jinchuk y Kuchin estén dispuestos todavía a dar lecciones y a mandar? Un soldado letón, Peterson, que tiene las mejillas rojas de un tuberculoso y los ojos ardientes de pasión, acusa a Jarach y a Kuchin de ser unos impostores. "¡Basta de resoluciones y de palabrería! ¡Queremos actos! El poder debe estar en nuestras manos. ¡Que los impostores abandonen el congreso, el ejército no está con ellos!" La voz vehemente de pasión consuela los espíritus en este congreso que hasta ahora no recibía más que injurias. Otros hombres del frente se apresuran a apoyar a Peterson. "Los Kuchin representan la opinión de pequeños grupos que se han instalado desde abril en los comités del ejército. El ejército exige desde hace tiempo nuevas elecciones en esos comités. Los habitantes de las trincheras esperan con impaciencia la entrega del poder a los soviets."

Pero las derechas ocupan aún algunos campanarios. El representante del Bund declara que "todo lo que sucede en Petrogrado es una desgracia" e invita a los delegados a unirse a los consejeros de la Duma municipal que están dispuestos a dirigirse sin armas al palacio de Invierno para perecer allí junto al gobierno. "Esto provoca un gran jaleo -escribe Sujánov-, con expresiones de burla, unas groseras y otras venenosas." El patético orador se ha equivocado evidentemente de auditorio. "¡Basta! ¡Desertores!", gritan a los que salen los delegados, los invitados, los guardias rojos, los soldados que montan guardia. "¡Iros con Kornílov! ¡Enemigos del pueblo!"

La retirada de la derecha no provoca un vacío. Los delegados de base se niegan evidentemente a unirse a los oficiales y a los junkers para luchar contra los obreros y soldados. De las diversas fracciones del ala derecha se marchan, aparentemente, unos setenta delegados, o sea, un poco más de la mitad. Los vacilantes se colocaban al lado de los grupos intermedios que habían decidido no abandonar el congreso. Si antes de comenzar la sesión los socialistas revolucionarios de todas las tendencias no eran más de ciento noventa, en las primeras horas que siguieron la cifra de los socialistas revolucionarios de izquierda se elevó hasta ciento ochenta: a ellos se les habían unido todos aquellos que no se habían decidido a adherir a los bolcheviques, aunque estuviesen ya dispuestos a apoyarlos.

En el gobierno provisional o en un parlamento cualquiera, los mencheviques y los socialistas revolucionarios no se retiraban nunca, pasara lo que pasara. ¿Se puede, acaso, romper con la sociedad distinguida? Pero los soviets, después de todo, no son más que el

pueblo. Los soviets sirven para algo siempre que se puedan apoyar en ellos para entenderse con la burguesía. Pero ¿es concebible tolerar unos soviets que tienen la pretensión de llegar a ser dueños del país? "Los bolcheviques se quedaron solos -escribía más tarde el socialista revolucionario Zenzinov-, y a partir de ese momento, comenzaron a apoyarse únicamente en la fuerza física brutal." Sin lugar a dudas, el principio moral se había ido, dando un portazo, junto con Dan y Gotz. El principio moral se dirigirá, en una procesión de trescientas personas, con dos linternas, al palacio de Invierno, para caer de nuevo bajo la fuerza física brutal de los bolcheviques y batirse en retirada.

La propuesta de negociaciones de paz aprobada por el congreso quedaba en suspenso. Si las derechas hubieran aceptado la idea de un acuerdo con el proletariado victorioso, no se habrían apresurado a romper con el congreso. Mártov no puede dejar de comprenderlo. Pero se aferra a la idea de un compromiso sobre el cual se basa y fracasa toda su política. "Es indispensable detener la efusión de sangre...", repite. "¡Eso sólo son rumores!", le gritan. "Aquí no se oyen solamente rumores, replica; si os acercáis a las ventanas, ¡oiréis también los cañonazos!" Argumento irrefutable: cuando el congreso calla, no es preciso estar cerca de las ventanas para oír los disparos.

La declaración leída por Mártov, enteramente hostil a los bolcheviques y estéril en sus deducciones, condena la insurrección como "algo realizado únicamente por el partido bolchevique mediante una conspiración puramente militar y exige la suspensión de los trabajos del congreso hasta un entendimiento con "todos los partidos socialistas". ¡En una revolución, correr tras su resultante es peor que querer atrapar su propia sombra!

En ese momento aparece en la reunión Yofe, el futuro primer embajador de los Soviets en Berlín, a la cabeza de la fracción bolchevique en la Duma municipal, que se negó a ir en busca de una muerte problemática bajo los muros del palacio de Invierno. El Congreso se amontona más aún, recibiendo a los amigos con felicitaciones rebosantes de alegría.

Pero algo hay que responder a Mártov. Esa tarea es confiada a Trotski. "Inmediatamente después del éxodo de las derechas, su posición -reconoce Sujánov- es tan sólida como débil la de Mártov." Los adversarios se encuentran uno al lado del otro en la tribuna, presionados por todas partes por un círculo estrecho de delegados muy excitados. "Lo que ha sucedido -dice Trotski- es una insurrección y no un complot. El levantamiento de las masas populares no necesita justificación. Hemos dado temple a la energía revolucionaria de los obreros y soldados de Petrogrado. Hemos forjado abiertamente la voluntad de las masas para la insurrección y no para un complot. Nuestra insurrección ha

vencido y ahora se nos hace una propuesta: renunciad a vuestra victoria, concluid un acuerdo. ¿Con quién? Pregunto: ¿con quién debemos concluir un acuerdo? ¿Con los miserables grupitos que se han retirado de aquí?... Pero si ya los hemos visto de cuerpo entero. No hay nadie ya detrás de ellos en Rusia. ¿Con ellos deberían concluir un acuerdo, de igual a igual, los millones de obreros y campesinos representados en este congreso, a quienes aquellos, y no es la primera vez, están dispuestos a entregar a merced de la burguesía? No, ¡aquí el acuerdo no sirve para nada! A los que se han ido de aquí, como a los que se presentan con propuestas semejantes, debemos decirles: "Estáis lamentablemente aislados sois unos fracasados, vuestro papel ya está jugado, dirigimos allí donde vuestra clase está ahora: ¡al basurero de la historia!..."

-¡Entonces, nos retiramos!, grita Mártov, sin esperar el voto del congreso. "Mártov, furioso y muy afectado -escribe compasivamente Sujánov-, empezó a abrirse camino desde la tribuna hasta la salida. Por mi parte, me puse a convocar urgentemente una reunión extraordinaria de mi fracción..." No se trataba en absoluto de un arrebato. El Hamlet del socialismo democrático, Mártov, había dado un paso adelante cuando la revolución refluía, como en julio; ahora que la revolución estaba dispuesta a saltar como una fiera, Mártov retrocedía. La retirada de las derechas le había quitado la posibilidad de una maniobra parlamentaria. De pronto dejó de sentirse cómodo. Se apresuró a abandonar el congreso para desligarse de la insurrección. Sujánov replicó como pudo. La fracción se dividió casi en dos mitades iguales: Mártov ganó por catorce votos contra doce.

Trotski propone al congreso una resolución que es un acta de acusación contra los conciliadores: son ellos los que han preparado la ofensiva desastrosa del 18 de junio; ellos, los que han apoyado al gobierno que traicionaba al pueblo; ellos, los que han disimulado al pueblo cómo se les engañaba en la cuestión agraria; ellos, los que han asegurado el desarme de los obreros; ellos, los responsables de la prolongación insensata de la guerra; ellos, los que han permitido a la burguesía agravar la situación económica; ellos, los que, habiendo perdido la confianza de las masas, se han opuesto a la convocatoria del Congreso de los soviets; finalmente, hallándose en minoría, han roto con los soviets.

De nuevo, una moción de orden: realmente, la paciencia de la mesa bolchevique no tiene límites. Un representante del Comité ejecutivo de los soviets campesinos ha llegado, encargado de invitar a los rurales a abandonar este congreso "inoportuno" y a dirigirse al palacio de Invierno "tara morir con los que han sido enviados allí para realizar nuestras voluntades". Estas invitaciones para morir bajo las ruinas del palacio de Invierno comienzan a irritar por su monotonía. Un marinero del *Aurora* que se presenta en el

congreso declara irónicamente que no hay ruinas, ya que el crucero tira con pólvora. "Seguid con vuestros trabajos tranquilamente." El congreso toma aliento ante este magnífico marinero de barba negra que encarna la simple e imperiosa voluntad de la insurrección. Mártov, con su mosaico de ideas y de sentimientos, pertenece a otro mundo: por eso rompe, él también, con el congreso.

Todavía una nueva moción de orden, esta vez medio amistosa. "Los socialistas revolucionarios de derecha -dice Kamkov- se han retirado, pero nosotros los de izquierda, nos hemos quedado." El congreso saluda a los que permanecieron. Sin embargo, estos últimos también consideran indispensable realizar un frente único revolucionario y se pronuncian en contra de la violenta resolución de Trotski que cierra las puertas a un acuerdo con la democracia moderada.

Los bolcheviques, una vez más, vuelven a aceptar inmediatamente. Parece como si no se les hubiera visto nunca tan dispuestos a las concesiones. No es nada extraño: dominan la situación y no tienen ninguna necesidad de insistir en los términos. Lunacharski sube de nuevo a la tribuna. "No cabe la menor duda sobre el peso de la tarea que nos incumbe." La unificación de todos los elementos efectivamente revolucionarios de la democracia es indispensable. Pero, ¿acaso nosotros, los bolcheviques, hemos dado un solo paso que dejase a un lado a los otros grupos? ¿Acaso no hemos adoptado por unanimidad la propuesta de Mártov? A esto se nos ha respondido con acusaciones y amenazas. ¿No es evidente que quienes han abandonado el congreso "suspenden su actividad conciliadora y pasan abiertamente al campo de los kornilovianos"?

Los bolcheviques no insisten en la necesidad de votar inmediatamente la resolución de Trotski: no quieren comprometer las tentativas realizadas para obtener un acuerdo sobre la base soviética. Se aplica con éxito, una vez más, el método de dejar que sea la marcha de los acontecimientos la que enseñe, ¡aunque mientras tanto vaya acompañada de cañonazos! Igual que antes, con la aceptación de la propuesta de Mártov, ahora la concesión hecha a Kamkov sirve para poner al desnudo la impotencia de los esfuerzos de conciliación. Sin embargo, a diferencia de los mencheviques de izquierda, los socialistas revolucionarios de izquierda no abandonan el congreso: sienten sobre ellos muy directamente la presión de la aldea sublevada.

Ha habido un tanteo recíproco. Cada cual ocupa una posición de partida. En el desarrollo del congreso interviene una pausa. ¿Adoptar los decretos fundamentales y crear un gobierno soviético? Imposible: en el palacio de Invierno está reunido todavía el antiguo gobierno, en una sala medio oscura, cuya única lámpara está cubierta por un periódico.

Pasadas las dos de la madrugada, la presidencia declara la suspensión de la sesión durante media hora.

Los mariscales rojos utilizaron con pleno éxito la breve prórroga que se les había otorgado. Algo ha cambiado en el ambiente del congreso al reanudarse la sesión. Kámenev les lee desde la tribuna un telegrama que acaba de recibir de Antónov: el palacio de Invierno ha sido tomado por las tropas del Comité militar revolucionario; excepto Kerenski, todo el gobierno provisional ha sido detenido, empezando por el dictador Kichkin. A pesar de que la noticia ha pasado ya de boca en boca, el comunicado oficial cae más contundentemente que una salva de artillería. Acaba de saltarse el abismo que separaba del poder a la clase revolucionaria. Los bolcheviques, que habían sido expulsados en julio del hotel particular de Kchesinskaya, entraban ahora como dueños en el Palacio de Invierno. En Rusia, no hay otro poder que el de este congreso. Una enredada madeja de sentimientos nace con los aplausos y los gritos: triunfo, esperanza, esperanza, pero también lágrimas. Nuevas ráfagas, cada vez más fogosas, de aplausos. ¡El asunto está terminado! La relación de fuerzas, aun la más favorable, tiene también sus imprevistos. La victoria está asegurada cuando el Estado Mayor enemigo cae prisionero.

Kámenev enumera con voz imponente los personajes detenidos. Los hombres más conocidos provocan en el congreso exclamaciones hostiles o irónicas. Con especial exasperación se escucha el nombre de Terechenko, que presidía los destinos exteriores de Rusia. Pero, ¿y Kerenski?, ¿qué pasa con Kerenski?; se sabe que a las diez de la mañana se ejercitaba en el arte oratorio, sin mucho éxito, ante la guarnición de Garchina. "¿A dónde se dirigió luego? No se sabe exactamente: se rumorea que se ha ido hacia el frente."

Los compañeros de viaje de la insurrección no se sienten muy cómodos. Presienten que ahora los bolcheviques apretarán el paso. Alguien de los socialistas revolucionarios de izquierda protesta contra la detención de los ministros socialistas. El representante de los internacionalistas unificados lanza esta advertencia: no es posible, sin embargo, que el ministro de Agricultura, Máslov, se encuentre en la misma celda donde estuvo en tiempos de la monarquía. "Un arresto político -replica Trotski, que estuvo detenido en tiempos del ministro Máslov en la cárcel de Kresti, lo mismo que en tiempos de Nicolás- no es una cuestión de venganza: es dictado... por consideraciones racionales. El gobierno... debe comparecer ante un tribunal, ante todo por sus lazos indiscutibles con Kornílov... Los ministros socialistas sólo quedarán bajo arresto domiciliario." Hubiera sido más sencillo y más exacto decir que la captura del viejo gobierno estaba dictada por las necesidades de una

lucha no terminada todavía. Se trataba de decapitar políticamente al campo enemigo y no de castigar las fecharías anteriores.

Pero la interpelación parlamentaria sobre las detenciones es inmediatamente eliminada por otro episodio infinitamente más importante: ¡el Tercer Batallón de motociclistas, que Kerenski había hecho avanzar hacia Petrogrado, se ha pasado al lado del pueblo revolucionario! Esta noticia tan favorable parece ser inverosímil, pero es cierta: un contingente seleccionado, el primero que ha sido enviado del frente, antes de llegar a la capital, se ha sumado a la insurrección, Si el congreso, en su alegría al conocer el arresto de los ministros, había mostrado una cierta moderación, ahora estalla de entusiasmo total e incontenible.

En la tribuna, el comisario bolchevique de Tsarskoie-Selo y el delegado del batallón de motociclistas: ambos acaban de llegar para hacer un informe al congreso. "La guarnición de Tsarskoie-Selo guarda las cercanías de Petrogrado." Los partidarios de la defensa nacional han abandonado el Soviet. "Todo el trabajo ha recaído sobre nosotros solos." Conociendo la llegada inminente de los motociclistas, el Soviet de Tsarskoie-Selo se preparaba a una resistencia. Pero, felizmente, la alarma dada fue innecesaria: "Ninguno de los motociclistas es enemigo del Congreso de los soviets." Pronto llegará a Tsarskoie-Selo otro batallón: nos preparamos ya a recibirlo amistosamente. El congreso bebe este informe como si fuera leche.

El representante de los motociclistas es acogido por una tempestad, un torbellino, un ciclón de aplausos. Desde el frente sudoeste, el Tercer Batallón ha sido rápidamente enviado al norte por orden telegráfica: "Defender Petrogrado." Los motociclistas rodaban, "con los ojos vendados", sospechando tan sólo de modo vago de qué se trataba. En Peredolskaya encontraron una formación del Quinto Batallón de motociclistas, que también era enviado contra la capital. En un mitin común que se hizo en la estación, resultó que "de todos los motociclistas, no se encontraría ninguno que consintiera en avanzar contra sus hermanos." Se toma la decisión común de no someterse al gobierno. "¡Os declaro concretamente -dice el Motociclista- que no daremos el poder a un gobierno a cuya cabeza se encuentren burgueses y propietarios nobles!" La palabra "concretamente", introducida en el lenguaje popular por la revolución, sonaba bien en esos momentos.

¿Cuánto tiempo hacía que, en la misma tribuna, el congreso era amenazado de sufrir los castigos del frente? Ahora, el frente mismo había dicho "concretamente" su palabra. ¡Poco importa que los comités del ejército saboteen el congreso, que la masa de soldados rasos haya conseguido, más bien por excepción, enviar sus delegados, que no se haya

aprendido aún en numerosos regimientos y divisiones a distinguir un bolchevique de un socialista revolucionario! La voz que viene de Peredolskaya es la voz auténtica, infalible, irrefutable del ejército. No hay apelación contra ese veredicto. Sólo los bolcheviques habían comprendido en el momento oportuno que el cocinero del batallón de motociclistas representaba infinitamente mejor al frente que todos los Jarach y Kuchin con sus mandatos archicaducos. Se produce una modificación, muy significativa, en el estado de ánimo de los delegados. "Empiezan a sentir -escribe Sujánov- que las cosas marchan solas y de manera favorable, que los peligros anunciados por la derecha no parecen tan terribles y que los líderes pueden tener razón en lo demás." Este es el momento que escogieron los lamentables mencheviques de izquierda para recordar su existencia. Resultó que no se habían retirado todavía. Discutían en su fracción la cuestión de saber qué posición tomar. Esforzándose en arrastrar a los grupos vacilantes, Kapelinski, encargado de anunciar al congreso la decisión tomada, señalaba finalmente el motivo más evidente de ruptura con los bolcheviques: "Acordaros que avanzan tropas hacia Petrogrado. Estarnos bajo la amenaza de una catástrofe. ¿Cómo?, ¿y estáis aquí todavía?" Esos gritos vienen de diferentes puntos de la sala. "¡Pero ya os habéis ido una vez!" Los mencheviques, en un pequeño grupo, se dirigen hacia la puerta, acompañados por exclamaciones de desprecio. "Nos retiramos -declara Sujánov con tono afligido- dejando completamente libres las manos de los bolcheviques, cediéndoles todo el terreno de la revolución." Poca cosa habría quedado si aquellos de quienes habla Sujánov no se hubieran ido. En todo caso, se hunden. La ola de los acontecimientos se cierra implacablemente sobre sus cabezas.

Ya era tiempo, para el congreso, de dirigir un llamamiento al pueblo. Pero la sesión sigue desarrollándose con simples mociones de orden. Los acontecimientos no entran en absoluto en el orden del día. A las cinco y diecisiete de la mañana, Krilenko, tropezando de fatiga, subió a la tribuna con un telegrama en la mano: el duodécimo ejército saluda al congreso y le informa de la creación de un Comité militar revolucionario que se encarga de vigilar al frente norte. Las tentativas del gobierno para obtener ayuda armada habían fracasado ante la resistencia de las tropas. El general Cheremisov, comandante en jefe del frente norte, se había sometido al Comité. Voitinski, el comisario del gobierno provisional, había presentado su dimisión y esperaba un sustituto. Delegaciones de las formaciones que habían sido enviadas a Petrogrado declaran, una tras otra, al Comité militar revolucionario que se unen a la guarnición de Petrogrado. "Sucedía algo increíble, escribe John Reed: la gente lloraba abrazándose."

Lunacharski encuentra por fin la posibilidad de leer en voz alta un llamamiento a los obreros, soldados y campesinos. Pero no es un simple llamamiento: por la sola exposición de lo que ha sucedido y de lo que se prevé, el documento, redactado a toda prisa, presupone el comienzo de un nuevo régimen estatal. "Los plenos poderes del Comité ejecutivo central conciliador han expirado. El gobierno provisional ha sido depuesto. El Congreso toma el poder en sus manos." El gobierno soviético propondrá una paz inmediata, entregará la tierra a los campesinos, dará un estatuto democrático al ejército, establecerá un control de la producción, convocará en el momento oportuno la Asamblea constituyente, asegurará el derecho de las naciones de Rusia a disponer de sí mismas. "El Congreso decide que todo el poder, en todas las localidades, es entregado a los soviets." Cada frase leída provoca una salva de aplausos. "¡Soldados, manteneos en vuestros puestos de guardia! ¡Ferroviarios, detened todos los convoyes dirigidos por Kerenski a Petrogrado!... ¡En vuestras manos están la suerte de la revolución y la de la paz democrática!"

La alusión a la tierra sacude a los campesinos. El congreso no representa, según el reglamento, más que a los soviets de obreros y soldados; pero también participan delegados de diferentes soviets campesinos: éstos exigen ahora que también se les mencione en el documento. Se les concede inmediatamente el derecho de sufragio deliberativo. El representante del Soviet campesino de Petrogrado firma el llamamiento "con los pies y con las manos". Un miembro del Comité ejecutivo de Avkséntiev, Berezin, que había estado callado hasta entonces, comunica que sobre sesenta y ocho soviets campesinos que han respondido a la encuesta telegráfica, la mitad se ha pronunciado por el poder de los soviets y la otra mitad por la transmisión del poder a la Asamblea constituyente. Si ése es el estado de ánimo de los soviets de provincia, en parte compuestos de funcionarios, ¿se puede dudar que el futuro Congreso campesino apoye al poder soviético?

Uniendo más estrechamente a los delegados de base, el llamamiento asusta e incluso repele, por su carácter ineluctable, a determinados compañeros de viaje. De nuevo desfilan por la tribuna pequeñas fracciones de lo que queda. Por tercera vez se produce una ruptura con el congreso, la de un pequeño grupo de, mencheviques, probablemente de los que están más a la izquierda. Se retiran, pero solamente para reservarse la posibilidad de salvar a los bolcheviques. "De otro modo os perderéis vosotros mismos, nos perderéis a nosotros también y perderéis la revolución." Lapinski, representante del partido socialista polaco, aunque sigue en el Congreso para "defender su punto de vista hasta el final", se une, en suma, a la declaración de Mártov: "Los bolcheviques no podrán sacar, partido del poder

que toman en sus manos." El partido obrero judío unificado se abstendrá de votar. Los internacionalistas unificados hacen lo mismo. Pero, ¿cuántos votos representarán en total iodos esos "unificados"? El llamamiento es aprobado por la totalidad de votantes, ¡salvo dos en contra y doce abstenciones! Los delegados no tienen ya las fuerzas suficientes para aplaudir.

La sesión se levanta finalmente cerca de las seis de la mañana. Amanece en la ciudad una mañana de otoño gris y fría. En las calles que se iluminan poco a poco brillan los restos ardientes de las hogueras de quienes han velado. Los soldados y obreros, armados de fusiles, tienen una expresión cerrada y poco corriente en sus rostros cansados. Si hubiera habido astrólogos en Petrogrado, debieron descubrir importantes presagios en el mapa mundi celeste.

La capital despierta bajo un nuevo poder. La gente común, los funcionarios, los intelectuales, que han estado al margen de la escena de los acontecimientos, se lanzan desde primeras horas de la mañana a los periódicos para saber a qué ribera la ola de la noche les ha arrojado. Pero no es fácil dilucidar lo que ha sucedido. En realidad, los periódicos hablan de la toma del Palacio de Invierno por los conspiradores y de la detención de los ministros, pero solamente como de un episodio completamente pasajero. Kerenski ha marchado al Gran cuartel general, la suerte del poder está decidida en el frente. Las crónicas sobre el congreso reproducen solamente las declaraciones de las derechas, mencionan a los que se han retirado y denuncian la impotencia de los que se han quedado. Los artículos políticos escritos antes de la toma del palacio de Invierno respiran un optimismo vacío de toda preocupación.

Los rumores de la calle no corresponden en nada al tono de los periódicos. A fin de cuentas, los ministros siguen encerrados en la fortaleza. En cuanto a Kerenski, no se ven llegar refuerzos por el momento. Funcionarios y oficiales están inquietos y tienen conciliábulos. Los periodistas y abogados intercambian llamadas telefónicas. Las redacciones tratan de ordenar sus ideas. Los oráculos de los salones dicen: hay que rodear a los usurpadores con un bloqueo de desprecio público. Los comerciantes no saben si deben seguir o no comerciando. Los restaurantes se abren. Los tranvías marchan, los Bancos se llenan de malos presentimientos. Los sismógrafos de la Bolsa descubren una curva convulsivo. Por supuesto, los bolcheviques no se mantendrán mucho tiempo, pero, antes de caer, pueden causar muchos males.

El periodista reaccionario Claude Anet escribía ese día: "Los vencedores entonan un canto de victoria. Y tienen toda la razón. Entre tantos charlatanes, ellos han actuado. Hoy

recogen la cosecha. ¡Bravo! ¡Ha sido un buen trabajo!" La situación era apreciada de modo muy diferente por los mencheviques. "Veinticuatro horas han pasado desde la "victoria" de los bolcheviques -escribía el periódico de Dan- y la fatalidad histórica empieza ya a ejercer una cruel venganza contra ellos... a su alrededor se produce el vacío que ellos mismos han creado... se encuentran aislados de todos... todo el aparato de funcionarios y de técnicos se niega a ponerse a su servicio... En el momento mismo de su triunfo se hunden en un abismo..."

Animados por el sabotaje de los funcionarios y por su propia ligereza, los círculos liberales y conciliadores creían sorprendentemente en su impunidad. Hablaban y escribían de los bolcheviques con el lenguaje de las jornadas de julio: "mercenarios de Guillermo", "los bolsillos de los hombres de la Guardia roja están llenos de marcos alemanes", "son oficiales alemanes quienes dirigen la insurrección"... El nuevo poder debía mostrar a esta gente una fuerte autoridad antes incluso de que hubiesen empezado a creer en él. Los periódicos más desenfrenados fueron prohibidos desde la noche misma del 25 al 26. Otros fueron confiscados durante el día. La prensa socialista no se vio afectada por el momento: había que dar a los socialistas revolucionarios de izquierda y también a determinados elementos del partido bolchevique la posibilidad de convencerse de lo inconsistente que era esperar una coalición con la democracia oficial.

En medio del sabotaje y del caos, los bolcheviques desarrollaban su victoria. Un Estado Mayor provisional, organizado durante la noche, se ocupó de la defensa de Petrogrado en caso de una ofensiva por parte de Kerenski. Se envían telefonistas militares a la central telefónica, donde la huelga había empezado. Se invita a los diversos ejércitos a crear sus comités militares revolucionarios.. Se envía en grupos a agitadores y organizadores, disponibles después de la victoria, al frente y a las provincias. El órgano central del partido escribía: "El Soviet de Petrogrado se ha pronunciado; ahora les toca a los demás soviets."

Una noticia se difunde durante el día, que produce particular malestar entre los soldados: Kornílov había huido. En realidad, este distinguido prisionero, que residía en Bijov bajo la protección de sus fieles hombres de Tek y que era mantenido al corriente de todos los acontecimientos por el Gran cuartel general de Kerenski, había decidido, el 25, que el asunto tomaba un mal cariz y, sin la menor dificultad, abandonó su prisión imaginaria. Los lazos entre Kerenski y Kornílov se confirmaron de nuevo con toda evidencia a los ojos de las masas. El Comité militar revolucionario llamaba por telégrafo a

los soldados y oficiales revolucionarios a arrestar y enviar a Petrogrado a los dos antiguos generalísimos.

Como en febrero, el palacio de Táurida, ahora el Smolni, se había convertido en el centro de todas las funciones de la capital y del Estado. Allí se reunían todas las instituciones dirigentes. De allí partían las decisiones, o bien allí se iba a obtenerlas. Allí se pedían las armas, se entregaban fusiles y revólveres confiscados a los enemigos. De diferentes puntos de la ciudad se llevaba allí a las personas arrestadas. Los que habían sufrido alguna ofensa se reunían allí en busca de justicia. El público burgués y los cocheros temerosos rodeaban el Smolni en un amplio círculo.

El automóvil es un símbolo del poder mucho más efectivo que el cetro y el globo. Bajo el régimen de la dualidad de poderes, los automóviles se repartían entre el gobierno, el Comité ejecutivo central y los particulares. De momento, todas las máquinas confiscadas eran remitidas al campo de la insurrección. El distrito del Smolni parecía un gigantesco garaje de campo. Los mejores automóviles exhalaban el mal olor de un detestable carburante. Las motocicletas trepidaban en la penumbra con amenazadora impaciencia. Los autos blindados hacían sonar sus cláxones. El Smolni parecía una fábrica, una estación y un centro energético de la insurrección.

Por las aceras de las calles adyacentes circulaba un torrente repleto de gente. Las hogueras ardían delante de las puertas interiores y exteriores. A su luz vacilante, obreros armados y soldados escrutaban atentamente los salvoconductos. Algunos autos blindados vibraban en el patio con sus motores en marcha. Nadie quería detenerse, ni las máquinas ni la gente. En cada entrada había ametrallado doras, con abundante provisión de cintas de cartuchos. Los interminables y oscuros corredores, poco iluminados, retumbaban con el ruido de pasos, exclamaciones y llamadas. Los que entran y los que salen se cruzaban en las amplias escaleras, unos hacia arriba y otros hacia abajo. Esa masa de lava humana se veía cortada por impacientes y autoritarios individuos, militantes del Smolni, correos, comisarios, que mostraban con el brazo extendido un mandato o una orden, con el fusil a la espalda, atado por un cordón, o con una cartera bajo el brazo.

El Comité militar revolucionario no interrumpió ni un minuto su trabajo, recibía a los delegados, correos, informantes voluntarios, amigos llenos de abnegación y tunantes, enviaba comisarios a todos los rincones de la capital, sellaba innumerables órdenes y certificados de poderes, todo esto a través de peticiones de informes que se entrecruzaban, comunicados urgentes, llamadas telefónicas y el ruido de las armas. Estos hombres, en el límite de sus fuerzas, que no habían comido ni dormido desde hacía tiempo, sin afeitarse,

con ropa sucia y los ojos inflamados, gritaban con voz ronca, gesticulaban exageradamente y, si no caían inánimes en el suelo, parece que sólo era gracias al caos del ambiente que les hacía dar vueltas y les llevaba sobre sus alas irresistibles.

Aventureros, libertinos, los peores desechos del viejo régimen, inflaban el pecho y trataban de hacerse introducir en el Smolni. Algunos lo conseguían. Conocían unos cuantos secretos pequeños de la dirección: quién posee las llaves de la correspondencia diplomática, cómo se redactan los bonos para las entregas de fondos, dónde se puede obtener gasolina o una máquina de escribir y, particularmente, dónde se conservan los mejores vinos de palacio. No era a la primera que se encontraban en la cárcel o cayendo bajo un disparo de revólver.

Nunca desde la creación del mundo se habían transmitido tantas órdenes, oralmente, a lápiz, a máquina, por telégrafo, una queriendo alcanzar a la otra -miles y millones de órdenes-, no siempre enviadas por los que tenían el derecho de mandar y raramente recibidas por quienes estaban en condiciones de ejecutarlas. Pero lo milagroso era que en ese remolino de locura había un sentido profundo, que la gente se ingeniaba para comprenderse entre sí, que lo más importante y lo más indispensable era ejecutado siempre, que se iban tendiendo los primeros hilos de una dirección nueva para sustituir el viejo aparato de dirección: la revolución se iba reforzando.

Durante el día trabajó en el Smolni el Comité central de los bolcheviques: había que decidir sobre el nuevo gobierno de Rusia. No se hizo ningún acta o, en todo caso, no se ha conservado. Nadie se preocupaba de los historiadores del futuro, aunque se les estuviera preparando no pocos problemas. En la sesión de la noche del congreso, la asamblea debe crear un gabinete ministerial. ¿Ministros? ¡Una palabra muy comprometida! Hace pensar en la alta carrera burocrática o en la coronación de ambiciones parlamentarias. Se ha decidido que se llamará al gobierno "Consejo de Comisarios del pueblo"; esto tiene por lo menos un aspecto un poco más nuevo. Dado que las negociaciones sobre la coalición de "toda la democracia" no habían llevado a nada hasta entonces, el problema de la composición del gobierno, tanto en lo referente al partido como a las personalidades, se veía simplificado. Los socialistas revolucionarios de izquierda gesticulan y se repliegan: acaban apenas de romper con el partido de Kerenski y no saben bien todavía lo que deben hacer. El Comité central acepta la propuesta de Lenin como la única posible: formar un gobierno compuesto únicamente de bolcheviques.

En el curso de esta sesión, Mártov vino a defender la causa de los ministros socialistas que habían sido arrestados. Poco tiempo antes había tenido ocasión de intervenir

ante los ministros socialistas para que dejaran en libertad a los bolcheviques. La rueda había dado una vuelta importante. El Comité central, por medio de unos de sus miembros, Kámenev sin duda, delegado para entrevistarse con Mártov, confirmó que los ministros socialistas quedarían bajo arresto domiciliario: aparentemente, habían sido olvidados entre tantas otras cosas, o bien ellos mismos habían renunciado a sus privilegios respetando, aun en el bastión Trubetskoy, el principio de la solidaridad ministerial.

La sesión del congreso se abrió a las 9 de la noche. "El cuadro difería muy poco del de la víspera. Menos armas, menos amontonamiento." Sujánov llegó a encontrar un sitio, no ya en calidad de delegado, sino mezclado en el público. En esta sesión se debía decidir sobre la cuestión de la paz, de la tierra y del gobierno. Sólo esos tres problemas: terminar con la guerra, dar la tierra al pueblo, establecer la dictadura socialista. Kámenev comienza con un informe sobre los trabajos a los que se ha dedicado la mesa durante la jornada: ha sido abolida la pena de muerte que Kerenski había restablecido en el frente; se ha restituido la libertad total de agitación; se ha dado la orden de poner en libertad a los soldados encarcelados por delitos de opinión y a los miembros de los comités agrarios; son revocados todos los comisarios del gobierno provisional; se ha ordenado el arresto y la entrega de Kerenski y Kornílov. El congreso aprueba y confirma.

De nuevo dan signos de existencia, ante una sala impaciente y malintencionada, todo tipo de elementos residuales: unos hacen saber que se van –"en el momento de la victoria de la insurrección y no en el de la derrota"-, otros, en cambio, se jactan de quedarse. El representante de los mineros del Donetz pide que se adopten urgentemente medidas para que Kaledin no corte los envíos de carbón al norte. Pasará mucho tiempo antes que la revolución haya aprendido a tomar medidas de esa envergadura. Finalmente, se puede pasar al primer punto del orden del día.

Lenin, a quien el congreso no ha visto todavía, recibe la palabra para tratar de la paz. Su aparición en la tribuna provoca aplausos interminables. Los delegados de las trincheras no se hartan de mirar al hombre misterioso que les ha enseñado a detestar y que han aprendido, sin conocerlo, a amar. "Apoyado firmemente en el borde del pupitre y contemplando a la multitud con sus ojos pequeños, Lenin esperaba sin interesarse aparentemente por las ovaciones incesantes que duraron varios minutos. Cuando los aplausos terminaron, dijo simplemente: "Ahora vamos a dedicarnos a edificar el orden socialista"."

No ha quedado acta del congreso. Las taquígrafas parlamentarias, invitadas a tomar notas de los debates, habían abandonado el Smolni con los mencheviques y los socialistas

revolucionarios: Lino de los primeros episodios del sabotaje. Las notas tomadas por los secretarios se han perdido irremediablemente en el abismo de los acontecimientos. No han quedado más que las crónicas apresuradas y tendenciosas de periódicos que habían sido redactadas bajo los estruendos de los cañones o en el rechinar de dientes de la lucha política. Los informes de Lenin se vieron afectados particularmente de esta situación: dada la rapidez de sus palabras y la compleja construcción de los períodos, los informes, aun en las circunstancias más favorables, no se prestaban fácilmente a que se tomaran notas. La frase de introducción que John Reed pone en labios de Lenin no se encuentra en ninguna crónica de los periódicos. Pero coincide con el espíritu del orador. Reed no podía inventarla. Es así, precisamente, como Lenin debía empezar su intervención en el Congreso de los soviets, sencillamente, sin *pathos,* con una seguridad irresistible: "Ahora vamos a dedicarnos a edificar el orden socialista".

Pero para ello eral preciso ante todo terminar con la guerra. Durante su, emigración en Suiza, Lenin había lanzado la consigna: "transformar la guerra imperialista en guerra civil". Ahora había que transformar la guerra civil victoriosa en una paz. El informante comienza directamente leyendo un proyecto de declaración que tendrá que publicar el gobierno que salga elegido. El texto no es distribuido: la técnica es muy pobre todavía. El Congreso presta la máxima atención a la lectura de cada palabra del documento.

"El gobierno obrero y campesino, creado por la revolución del 24 y 25 de octubre y apoyado en los soviets de diputados obreros, soldados y campesinos, propone a todos los pueblos beligerantes y a sus gobiernos el inicio inmediato de las negociaciones para una paz justa y democrática". Hay unas cláusulas que rechazan toda anexión o contribución. Se entiende por "anexión" la absorción forzada de poblaciones extranjeras o bien su mantenimiento en servidumbre contra su voluntad, en Europa o más lejos, pasando los océanos. "Al mismo tiempo, el gobierno declara que no considera otra condición", exigiendo solamente que se comiencen lo más pronto posible las negociaciones y que todo secreto sea eliminado en el curso de las conversaciones.

Por su parte, el gobierno soviético decide abolir la diplomacia secreta e inicia la publicación de los tratados secretos firmados hasta el 25 de octubre de 1917. Todo lo que en esos tratados persiga atribuir ventajas y privilegios a los propietarios y capitalistas rusos, asegurar la opresión por los granrusos de las otras poblaciones, "el gobierno lo declara abolido en su totalidad, sin condiciones e inmediatamente". Se propone inmediatamente una tregua, en lo posible, de tres meses como mínimo, a fin de iniciar las negociaciones. El gobierno obrero y campesino dirige sus propuestas simultáneamente a los gobiernos y a los

pueblos de todos los países beligerantes..., en particular a los obreros conscientes de las tres naciones más avanzadas", Inglaterra, Francia y Alemania, con la seguridad de que serán precisamente ellos quienes "nos ayudarán a llevar a buen término la obra de la paz y, al mismo tiempo, a liberar a las masas trabajadoras y explotadas de toda esclavitud y explotación".

Lenin se limita a breves comentarios sobre el texto de la declaración. "No podemos ignorar a los gobiernos, pues ello atrasaría la posibilidad de concluir la paz... pero tampoco tenemos derecho a omitir un llamamiento a los pueblos. En todas partes, los gobiernos y los pueblos están en desacuerdo entre ellos; debemos ayudar a los pueblos a intervenir en las cuestiones de la guerra y de la paz." "Ciertamente, defenderemos por todos los medios nuestro programa de paz sin anexiones ni contribuciones", pero no debemos presentar nuestras condiciones en forma de ultimátum, evitando así dar un pretexto cómodo a los gobiernos para que rechacen las negociaciones. Examinaremos cualquier otra propuesta. "Las examinaremos, lo cual no quiere decir que las aceptaremos".

El manifiesto publicado por los conciliadores el 14 de marzo invitaba a os obreros de los otros países a derrocar a los banqueros en nombre de la paz; sin embargo, los conciliadores mismos, en lugar de llamar al derrocamiento de sus propios banqueros, se aliaban con ellos. "Ahora, nosotros hemos derribado al gobierno de los banqueros." Esto nos da derecho a llamar a los otros pueblos a que hagan otro tanto. Tenemos toda esperanza en vencer: "Es preciso recordar que no vivimos en las profundidades de África, sino en Europa, donde todo puede adquirir notoriedad pública rápidamente." Lenin ve, como siempre, la prenda de la victoria en una transformación de la revolución nacional en revolución internacional. "El movimiento obrero tomará la delantera y abrirá él camino hacia la paz y el socialismo."

Los socialistas revolucionarios de izquierda enviaron un representante para dar su adhesión a la declaración que acaba de leerse: "En su espíritu y significado, les era próxima y comprensible." Los internacionalistas unificados se pronuncian por la declaración, pero a condición de que sea hecha en nombre del gobierno de toda la democracia. Lapinski, en nombre de los mencheviques polacos de izquierda, aprueba calurosamente "el sano realismo proletario" del documento. Dzerchinski, en nombre de la socialdemocracia de Polonia y de Lituania; Stuchka, en nombre de la socialdemocracia de Letonia; Kapsukas, en nombre de la socialdemocracia lituana, se adhieren sin reservas a la declaración. Sólo hubo objeciones por parte del bolchevique Ereméiev, que exigió que las condiciones de paz

tomasen la forma de ultimátum: de otra manera "podría pensarse que somos débiles, que tenemos miedo".

Lenin argumenta resueltamente y hasta con vehemencia contra la propuesta de presentar las cláusulas de paz como ultimátum: con ello "daremos solamente la posibilidad a nuestros adversarios de disimular toda la verdad al pueblo, de ocultarla tras nuestra intransigencia". Se dice que "nuestra renuncia a presentar un ultimátum demostrará nuestra impotencia". Ya es hora de renunciar a la falsedad de las concepciones burguesas en política. "No tenemos nada que temer diciendo la verdad sobre nuestra fatiga..." Las futuras disensiones sobre Brest-Litovsk ya van apareciendo a través de este episodio.

Kámenev invita a todos los partidarios del llamamiento a mostrar sus tarjetas de delegados. "Uno de los delegados -escribe Reed- había levantado el brazo en señal de oposición, pero hubo a su alrededor tal estallido de indignación que tuvo que bajar la mano." El llamamiento a los pueblos y a los gobiernos es adoptado por unanimidad. ¡Ya está hecho! Este acto, por su grandiosidad inmediata y tangible, gana a todos los participantes.

Sujánov, observador atento aunque prevenido, había notado más de una vez, en la primera sesión, el cansancio del congreso. Sin duda alguna, los delegados, al igual que todo el pueblo, estaban cansados de reuniones, de congresos, de discursos, de resoluciones, y en general de quedarse estancados en el mismo sitio. No tenían la certidumbre de que ese congreso supiera y pudiera llevar la obra a buen fin. La magnitud de las tareas y la fuerza invencible de las resistencias, ¿no les forzarían a batirse en retirada una vez más? Hubo un aflujo de confianza cuando se conoció la toma del Palacio de Invierno, y luego la adhesión de los motociclistas a la insurrección. Pero ambos hechos estaban ligados al mecanismo de la insurrección. Pero es ahora solamente cuando se descubre en la práctica su sentido histórico. La insurrección victoriosa había colocado la base inquebrantable del poder en el Congreso de obreros y soldados. Los delegados votaban esta vez no por la revolución, sino por un acto de gobierno con una significación infinitamente mayor.

¡Escuchad, pueblos!, la revolución os invita a la paz. Será acusada de haber violado los tratados. Pero se siente orgullosa de ello. Romper con sangrientas alianzas de rapaces es un gran mérito en la Historia. Los bolcheviques se atrevieron. Fueron los únicos en atreverse. El orgullo estalla en los corazones. Los ojos se inflaman. Todos están de pie. Nadie fuma ya. Parece que nadie respira. La mesa, los delegados, los invitados, los hombres de guardia se unen en un himno de insurrección y de fraternidad. "Bruscamente, bajo un impulso general -contará John Reed, observador y participante, cronista y poeta de la

insurrección-, nos encontramos todos de pie, entonando los acentos arrebatadores de *La Internacional.* Un viejo soldado de cabellos grises lloraba como un niño, Alexandar Kolontay parpadeaba aprisa para no llorar. La poderosa armonía se extendía en la sala, atravesando ventanas y puertas y subiendo muy alto hacia el cielo."

¿Era hacia el cielo? Más bien las trincheras de otoño que desangraban a la miserable Europa crucificada, hacia las ciudades y pueblos devastados, hacia las mujeres y las madres de luto. "¡Arriba, los parias de la tierra; en pie, famélica legión!..." Las palabras del himno se habían desprendido de su carácter convencional. Se confundían con el acto gubernamental. De aquí les venía su sonoridad de acción directa. Cada uno se sentía más grande y más significativo en ese momento. El corazón de la revolución se ensanchaba al mundo entero. "Nos liberaremos..." El espíritu de independencia, de iniciativa, de atrevimiento, los felices sentimientos de que están faltos los oprimidos en las circunstancias habituales, todo esto lo traía ahora la revolución... "¡Con su propia mano!" Con mano todopoderosa, los millones de hombres que han derrocado a la monarquía y a la burguesía van ahora a aplastar la guerra. El guardia rojo del barrio de Viborg, el oscuro soldado con heridas en la cara que ha venido del frente, el viejo revolucionario que ha pasado años en la cárcel, el joven marinero de barba negra del *Aurora,* todos juraban continuar hasta el final la lucha última y decisiva. "¡Construiremos un mundo para nosotros, un nuevo mundo!" ¡Construiremos! En esa palabra que exhalan pechos humanos estaban ya incluidos los futuros años guerra civil y los próximos períodos quinquenales de trabajo y de privaciones. "¡Los nada de hoy todo han de ser!" ¡Todo! Si la realidad del pasado se ha transformado más de una vez en un himno, ¿por qué el himno no podría ser la realidad de mañana? Los capotes de las trincheras ya no parecen vestimenta de presidiario. Los gorros de pelo, con la guata desgarrada, lucen de otra manera sobre los ojos centelleantes. "¡Despertar del género humano!" ¿Era posible que no despertase de las calamidades y de las humillaciones, del barro y de la sangre de la guerra?

"Toda la mesa, Lenin el primero, estaba de pie y cantaba, con inspirada exaltación en los rostros, fuego en los ojos." Así lo testimonia un escéptico que contemplaba con sentimiento de pena el triunfo ajeno. "Hubiera deseado tanto unirme a ellos -confiesa Sujánov-, confundirme en un solo y mismo sentimiento, en un mismo estado de ánimo, con esa masa y sus jefes. Pero no podía."

Los últimos acentos del estribillo se desvanecían, pero el congreso seguía todavía de pie, masa humana en fusión, elevada por la grandiosidad de lo que estaba viviendo. Y fueron muchas las miradas que se fijaron en un hombre rechoncho, de pequeña estatura,

derecho en la tribuna, con una cabeza extraordinaria, de rasgos simples, pómulos salientes, con el rostro cambiado a causa del mentón afeitado, cuyos ojos pequeños de apariencia ligeramente mongólica tenían una mirada penetrante. Hacía cuatro meses que no se le veía; su propio nombre casi había tenido tiempo de desprenderse de su personalidad viviente. Pero no, no es un mito, ahí está en medio de los suyos -¡y cuántos de los "suyos" ahora!- teniendo entre sus manos las hojas de un mensaje de paz a los pueblos. Incluso los que estaban más próximos a él, los que conocían bien su puesto en el partido, sintieron por primera vez, completamente, lo que él significaba para la revolución, para el pueblo, para los pueblos. Era él quien les había educado. El quien había enseñado. Una voz que salió del fondo de la asamblea gritó unas palabras de saludo dirigidas al jefe. La sala parecía haber estado esperando esa señal. ¡Viva Lenin! Las emociones por las que se había pasado, las dudas superadas, el orgullo de la iniciativa, el triunfo, las grandes esperanzas, todo se confundió en una erupción volcánica de reconocimiento y de entusiasmo. El testigo escéptico señala secamente: "Se produjo una indiscutible exaltación de los espíritus... Se saludaba a Lenin, se gritaban hurras, se lanzaban gorras al aire. Se cantó la *Marcha fúnebre* en memoria de las víctimas de la revolución. Y, de nuevo, aplausos, gritos, gorras lanzadas al aire."

Lo que el congreso había vivido en esos minutos, el pueblo debía vivirlo al día siguiente aunque con menos intensidad. "Hay que decir -escribe en sus *Memorias* Stankievich-, que el gesto audaz de los bolcheviques, su aptitud para atravesar las alambradas de púa, los cuatro años que nos habían separado de los pueblos vecinos fueron suficientes para producir una inmensa impresión." De modo más brutal, pero no por eso menos claro, se expresa el barón Budberg en su diario íntimo: "El nuevo gobierno del camarada Lenin empieza por decretar la paz inmediata... En la situación actual, es un golpe genial para atraerse a la masa de los soldados; lo he constatado en el estado de ánimo de varios regimientos que he visitado hoy; el telegrama de Lenin sobre una tregua inmediata de tres meses y la paz consecutiva ha producido en todas partes una impresión formidable y ha provocado enorme alegría. Ahora sí hemos perdido nuestras últimas posibilidades de salvar el frente." Lo que esta gente entendía por salvar un frente que ellos mismos habían perdido era desde hacía tiempo únicamente la salvación de sus propias posiciones sociales.

Si la revolución hubiera tenido la audacia de atravesar las alambradas en marzo y abril, habría podido reconstruir temporalmente el ejército, a condición de reducirlo al mismo tiempo a la mitad o a la tercera parte de sus efectivos, y conseguir así, para su política exterior, una posición de una fuerza excepcional. Pero sólo en octubre sonó la hora

de los actos decididos, cuando no se pensaba ya poder salvar una parte cualquiera del ejército, incluso para muy poco tiempo. El nuevo régimen no sólo debía asumir los gastos de la guerra zarista, sino también el derroche irresponsable del gobierno provisional. En tan terribles circunstancias, sin salida para los demás partidos, el bolchevismo era la única fuerza capaz de llevar al país por el buen camino abriendo con la revolución de Octubre fuentes inagotables de energía popular.

Lenin se encuentra de nuevo en la tribuna, esta vez con las pocas páginas del decreto sobre la propiedad agraria. Empieza acusando al gobierno derroca-, do y a los partidos conciliadores, los cuales, dando largas al problema de la tierra, han conducido al país a una insurrección campesina. "Mienten como viles impostores los que hablan de saqueos y de anarquía en el campo. ¿Dónde y cuándo los saqueos y la anarquía han sido provocados por medidas razonables?..." No se ha distribuido el proyecto de decreto por no haberse hecho copias: el informante tiene en sus manos el único borrador, y está escrito, según los recuerdos de Sujánov, "tan mal, que Lenin vacila en la lectura, se embrolla y, finalmente, se detiene. Alguien viene en su ayuda entre todos los que se han amontonado en t orno a la tribuna. Lenin cede de buena gana su puesto y el papel ilegible". Estas pequeñas dificultades no disminuyen en nada, a los ojos del parlamento plebeyo, la grandeza de lo que se está realizando.

La esencia del decreto se encuentra en dos líneas del artículo primero: "Queda abolida la propiedad territorial de los nobles sin ninguna clase de indemnización." Las tierras de los nobles, los dominios de la Corona, las propiedades de los monasterios y de las iglesias, con su ganado y sus instrumentos de labor, son puestos a la disposición de los comités agrarios del cantón y de los soviets de diputados campesinos del distrito, en espera de que se reúna la Asamblea constituyente. Los bienes confiscados, en tanto que propiedad pública, son confiados a la custodia de los soviets locales. No son confiscadas las tierras de los campesinos de humilde condición y de los simples cosacos. El decreto no tiene más de treinta líneas: es un hachazo sobre el nudo gordiano.

Al texto esencial se añade una instrucción más detallada, tomada enteramente de los campesinos mismos. En *Izvestia de los Soviets campesinos* se había publicado el 19 de agosto el resumen de doscientos cuarenta y dos cuadernos entregados por los electores a sus representantes en él primer Congreso de diputados campesinos. Aunque este resumen de los cuadernos fue elaborado por los socialistas revolucionarios, Lenin no vaciló en incorporar ese documento, total e íntegramente, al decreto "como directiva general para la realización de las grandes reformas agrarias". La carta dice en substancia: "Queda abolido

para siempre el derecho de propiedad privada de la tierra." "El derecho de utilizar la tierra es concedido a todos los ciudadanos... que deseen trabajaría con sus propias manos." "El trabajo asalariado no es tolerado." "La explotación de la tierra debe ser igualitaria, es decir, el suelo es distribuido entre los trabajadores, teniendo en cuenta las condiciones locales y según una norma de trabajo o de consumo."

Si el régimen burgués se hubiera mantenido, sin hablar de una coalición con los propietarios nobles, el resumen redactado por los socialistas revolucionarios habría quedado como una utopía inviable, a menos de transformarse en una mentira consciente. No habría sido realizable en todas sus partes, ni siquiera bajo la dominación del proletariado. Pero la suerte de ese formulario se modificaba radicalmente desde el momento en que el poder lo encaraba de manera diferente. El gobierno obrero daba a la clase campesina un plazo para poner a prueba efectivamente su programa contradictorio.

"Los campesinos quieren conservar la pequeña propiedad, fijar una norma igualitaria... proceder periódicamente a nuevas igualaciones..., escribía Lenin en agosto. ¡Pues que así sea! Sobre ese punto, ningún socialista razonable se pondrá en desacuerdo con los campesinos pobres. Si las tierras son confiscadas, la dominación de los Bancos queda socavada; si el material es confiscado, la dominación del capital queda también socavada; y... al pasar el poder político al proletariado, el resto... lo sugerirá la práctica misma."

Muchos fueron, no sólo entre los enemigos sino entre los amigos, los que comprendieron esa actitud perspicaz, pedagógica en gran medida, del partido bolchevique respecto a la clase campesina y su programa agrario. El reparto igualitario de las tierras no tiene nada de común con el socialismo. Pero tampoco os bolcheviques se hacían muchas ilusiones a este respecto. Al contrario, la misma estructura del decreto es testimonio de la vigilancia crítica del legislador. Mientras que el resumen de los cuadernos declara que toda la tierra, la de los propietarios nobles y la de los campesinos, "se convierte en el bien general de toda la nación", la ley fundamental omite precisar la nueva forma de la propiedad agraria. Hasta un jurista de criterio amplio se escandalizaría ante el hecho de que la nacionalización de la tierra, nuevo principio social de una importancia histórica mundial, sea establecida en forma de instrucción añadida a la ley fundamental. Sin embargo, no hay en esto negligencia en la redacción. Lenin quería sobre todo no comprometer *a priori* y al poder soviético en un dominio histórico aún inexplorado. También en esto unía una audacia sin igual con la mayor circunspección. La experiencia debía determinar todavía cómo entendían los campesinos que la tierra debía transformarse en "el bien de toda la

nación". Después de haber dado el salto adelante, había que fortalecer las posiciones por si fuera necesario retroceder: el reparto de las tierras de los propietarios nobles entre los campesinos, pese a no ser por sí sólo una garantía respecto a la contrarrevolución burguesa, excluía en todo caso una restauración de la monarquía feudal.

No se podía hablar de "perspectivas socialistas" sino a condición de establecer y mantener el poder del proletariado; pero mantener ese poder significaba ofrecer, entre otras cosas, una participación resuelta al campesino en las tareas revolucionarias. Si el reparto de tierras consolidaba políticamente al gobierno socialista, estaba, pues, justificado como medida inmediata. Había que tomar al campesino tal como la revolución lo había encontrado. Sólo podía ser reeducado por un nuevo régimen, no de golpe, sino durante muchos años y durante varias generaciones, con la ayuda de una técnica nueva y de una nueva organización económica. El decreto, combinado con el resumen de los cuadernos, significaba para la dictadura del proletariado la obligación no sólo de considerar atentamente los intereses del trabajador agrícola, sino de tolerar también sus ilusiones de pequeño propietario. Era evidente de antemano que, en la revolución agraria, no faltarían las etapas y los virajes. La instrucción anexa no era en absoluto la última palabra. Representaba únicamente un punto de partida que los obreros aceptaban para ayudar a los campesinos en sus reivindicaciones progresivas y protegerles de pasos en falso.

"No podemos ignorar -decía Lenin en su informe- la decisión de la base popular, aunque no estemos de acuerdo con ella... Hemos de dejar a las masas populares una total libertad de acción creadora... En suma, y esto es lo esencial, la clase campesina tiene que llegar a convencerse con seguridad de que los propietarios nobles no existen ya en el campo y es preciso que los campesinos decidan desde ahora de todo y organicen ellos mismos su existencia." ¿Oportunismo? No, realismo revolucionario.

Antes de que las ovaciones hubieran terminado, el socialista revolucionario de derecha Pianij, que se presenta en nombre del Comité ejecutivo campesino, eleva una firme protesta contra la detención de los ministros socialistas. "Estos últimos días ha sucedido algo -grita el orador golpeando la mesa en un acceso de rabia-, algo que no se ha visto nunca en ninguna revolución. Nuestros camaradas Máslov y Salazkin, miembros del Comité ejecutivo, están encarcelados. ¡Exigimos sean puestos en libertad inmediatamente!" "¡Si cae un solo pelo de sus cabezas!", exclama otro emisario, con capote de soldado y el tono amenazador. El congreso los mira como a unos resucitados.

Al estallar la insurrección había en la cárcel de Dvinsk, acusadas de bolchevismo, unas ochocientas personas; en Minsk, alrededor de seis mil; en Kiev, quinientos treinta y

cinco, en su mayoría soldados. ¡Y cuántos miembros de los comités campesinos encerrados en otros lugares del país! Además, un buen número de delegados mismos del congreso, empezando por la mesa, habían pasado después de julio por las cárceles de Kerenski. No sorprenderá, pues, que la indignación de los amigos del gobierno provisional no pudiera provocar en esta asamblea una gran emoción. Para colmo de desgracias, se levantó de su puesto un delegado desconocido de todos, un campesino de la provincia de Tver, de largos cabellos, con túnica y, después de saludar educadamente a los cuatro rincones de la asamblea, suplicó al Congreso, en nombre de sus electores, que no dudase en arrestar al Comité Ejecutivo de Avkséntiev entero: "No son representantes campesinos, son kadetes... Su sitio está en la cárcel." Así aparecían, uno frente a otro, los dos personajes: el socialista revolucionario Pianij, parlamentario experimentado, delegado de los ministros, lleno de odio hacia los bolcheviques; y, por otro lado, un oscuro campesino de Tver que enviaba a Lenin, en nombre de sus electores, una calurosa felicitación. Dos capas sociales, dos revoluciones: Pianij hablaba en nombre de la de Febrero, el campesino de Tver militaba por la de Octubre. El congreso dedica al delegado con túnica una verdadera ovación. Los emisarios del Comité ejecutivo se retiran profiriendo invectivas.

"La fracción de los socialistas revolucionarios de izquierda acoge el proyecto de Lenin como el triunfo de sus propias ideas", declara Kalegaiev. Pero debido a la gran importancia de la cuestión, es indispensable debatirla en las diversas fracciones. Un maximalista, representante de la extrema izquierda del partido socialista revolucionario, que se ha descompuesto, exige un voto inmediato. "Deberíamos rendir homenaje al partido que, desde el primer día, sin palabrerías inútiles, aplica una medida semejante." Lenin insiste en que la suspensión de la sesión sea en todo caso lo más corta posible. "Noticias tan importantes para Rusia deben ser publicadas desde mañana mismo. ¡Nada de aplazamientos!" Pues, al fin y al cabo, el decreto sobre la cuestión agraria no es solamente la base del nuevo régimen, sino también el instrumento de una insurrección que tiene que conquistar todavía al país. No por simple azar, John Reed observa en ese momento una exclamación imperiosa que atraviesa el murmullo de la sala: "Quince agitadores a la habitación número 17. ¡Inmediatamente! ¡Para ir al frente!"

A la una de la mañana, un delegado de las tropas rusas en Macedonia viene a quejarse de que éstas hayan sido olvidadas por los gobiernos que se han sucedido en Petrogrado. ¡El apoyo a la paz y a la tierra es asegurado por parte de los soldados que se encuentran en Macedonia! Tal es el estado de espíritu de un ejército que, esta vez, se encuentra en un rincón apartado del sudeste europeo. Kámenev comunica inmediatamente después: el

Décimo Batallón de motociclistas, llamado desde el frente por el gobierno, ha entrado esta mañana en Petrogrado y, como los anteriores, se adhiere al Congreso de los soviets. Los vivos aplausos prueban que las manifestaciones renovadas sin cesar de la fuerza que se posee no parecerán nunca inútiles.

Después de una resolución adoptada por unanimidad y sin debates, declarando que es un deber de honor para los soviets de las localidades el no tolerar los progromos que fueran ejercidos contra los judíos y otras personas por individuos tarados, se pasa a votar el proyecto de ley agraria. Con un voto en contra y ocho abstenciones, el congreso aprueba con gran entusiasmo el decreto que pone fin al régimen de esclavitud, base esencial de la vieja sociedad rusa. La revolución agraria queda así legalizada. Por ello mismo, la revolución del proletariado consigue un sólido apoyo.

Queda un último problema: la creación de un gobierno. Kámenev lee el proyecto elaborado por el Comité central de los bolcheviques. La administración de los diversos sectores de la vida estatal es confiada a unas comisiones que deben trabajar, para realizar el programa anunciado por el congreso, "en estrecha unión con las organizaciones de masas de los obreros, obreras, marinos, soldados, campesinos y empleados". Ejerce el poder gubernamental un cuerpo colegiado compuesto por los presidentes de esas comisiones, con el nombre de "Soviet de los Comisarios del pueblo". El control de la actividad del gobierno corresponde al Congreso de los soviets y a su Comité ejecutivo central.

Siete miembros del Comité ejecutivo central del partido bolchevique han sido designados para componer el primer soviet de los Comisarios del pueblo: Lenin, como jefe de gobierno, sin cartera: Ríkov, como comisario del pueblo en el Interior; Miliutin, como dirigente de la Agricultura; Noguín, a la cabeza del Comercio y de la Industria; Trotski, en los Asuntos Exteriores; Lómov, en la Justicia; Stalin, como presidente de la Comisión de nacionalidades. La Guerra y la Marina son confiadas a un comité que se compone de Antónov-Ovseenko, de Krilenko y de Dibenko; se piensa colocar a Schliapnikov a la cabeza de la comisaría de Trabajo; la Instrucción será dirigida por Lunacharski; la tarea penosa e ingrata del aprovisionamiento es confiada a Teodorovich; Correos y Telégrafos, al obrero Glebov. No se ha designado a nadie, por ahora, como comisario de Vías de comunicación: queda abierta la puerta a un entendimiento con las organizaciones de ferroviarios.

Estos quince candidatos, cuatro obreros y once intelectuales, tenían en su pasado años de encarcelamiento, de deportación y de emigración; cinco de ellos habían estado presos bajo el régimen de la República democrática; el futuro "premier" había salido tan

sólo la víspera de una vida clandestina bajo la democracia. Kámenev y Zinóviev no entraron en el Consejo de Comisarios del pueblo: el primero era designado presidente del nuevo Comité ejecutivo central, y el segundo, redactor del órgano oficial de los soviets. "Cuando Kámenev leyó la lista de los comisarios del pueblo -escribe Reed-, estallaron aplausos ante la mención de cada nombre y, en particular, después de los de Lenin y Trotski." Sujánov añade a estos nombres el de Lunacharski.

Avilov, antiguo bolchevique y ahora redactor del periódico de Gorki, en nombre de los internacionalistas unificados, se pronuncia en un gran discurso contra la composición del gobierno que se propone. Enumera concienzudamente las dificultades que surgen ante la revolución, tanto en la política interior como exterior. Hay que "tener en cuenta claramente una cosa: ¿Adónde vamos?... Ante el nuevo gobierno vuelven a plantearse los problemas de siempre: el del pan y el de la paz. Si el gobierno no puede resolver estos dos problemas, será derrocado". El pan falta en el país. Está en manos de los campesinos acomodados. No hay nada que dar para reemplazar el pan: la industria se hunde, se carece de combustible y de materias primas. Almacenar trigo con medidas coercitivas es difícil, lento y peligroso. Es preciso, por tanto, crear un gobierno que gane la simpatía no sólo de los campesinos pobres, sino también de los más acomodados. Para ello es necesaria una coalición.

"Todavía más difícil es obtener la paz." A la propuesta del congreso de una tregua inmediata, los gobiernos de la Entente no darán ninguna respuesta. Los embajadores aliados se preparan ya a partir. El nuevo poder se encontrará aislado, su iniciativa de paz quedará en suspenso. Las masas populares de los países beligerantes se encuentran aún, por ahora, muy lejos de una revolución. Dos consecuencias pueden presentarse: o bien el aplastamiento de la revolución por las tropas del Hohenzollern, o bien una paz por separado. Las condiciones de la paz, en los dos casos, serán aún más negativas para Rusia. Si se quiere acabar con todas las dificultades, es preciso contar con "la mayoría del pueblo". La desgracia se encuentra, sin embargo, en la escisión de la democracia, cuya parte izquierda quiere crear en el Smolni un gobierno puramente bolchevique, mientras que la derecha organiza en la Duma municipal un Comité de salud pública. Para salvar a la revolución es necesario crear un poder compuesto de los dos grupos.

De manera análoga se expresa el representante de los socialistas revolucionarios de izquierda, Karelin. No se puede realizar el programa adoptado sin los partidos que han abandonado el congreso. Ciertamente, "los bolcheviques no son responsables de que se hayan retirado". El programa del congreso debería unificar a toda la democracia. "No

queremos avanzar por el camino de un aislamiento de los bolcheviques, ya que comprendemos que a la suerte de estos últimos está ligada la de toda la revolución: su ruina sería la de la revolución misma." Si ellos, socialistas revolucionarios de izquierda, rechazaban, sin embargo, la propuesta de entrar en el gobierno, lo hacían animados de buenas intenciones: tener las manos libres para intervenir entre los bolcheviques y los partidos que habían abandonado el Congreso. "En esa intervención... los socialistas revolucionarios de izquierda ven, de momento, su tarea principal. Apoyarán la actividad del nuevo poder en su esfuerzo por resolver las cuestiones urgentes." Al mismo tiempo, votan contra el gobierno propuesto. En una palabra, el joven partido embrollaba todo lo que podía.

"Para defender la posición de los bolcheviques -cuenta Sujánov, cuyas simpatías van plenamente hacia Avilov y que inspiraba entre bastidores a Karelin-, Trotski se presentó. Estuvo muy brillante, vehemente y, en muchos aspectos, tenia toda la razón. Pero no quería comprender en qué se basaba toda la argumentación de sus adversarios..." El eje de ésta consistía en una diagonal ideal. En marzo se había intentado trazarla entre la burguesía y los soviets conciliadores. Ahora, los Sujánov soñaban en una diagonal entre la democracia conciliadora y la dictadura del proletariado. Pero las revoluciones no se desarrollan en diagonal.

"Nos hemos inquietado repetidas veces -dice Trotski- de un aislamiento eventual del ala izquierda. Hace unos días, cuando se planteó abiertamente la cuestión de la insurrección, se nos dijo que corríamos hacia nuestra ruina. Y, en efecto, a juzgar por la prensa política de los distintos agrupamientos de fuerzas que existían, la insurrección implicaba para nosotros la amenaza de una catástrofe inevitable. Contra nosotros se manifestaban no solamente las bandas contrarrevolucionarias, sino también los partidarios de la defensa nacional de todo tipo; sólo una de las alas de los socialistas revolucionarios de izquierda trabajaba valerosamente con nosotros en el Comité militar revolucionario; la otra ala ocupaba una posición de neutralidad expectante. Y sin embargo, aun en esas condiciones desfavorables, cuando parecíamos abandonados de todos, la insurrección consiguió la victoria...

"Si las fuerzas reales estaban efectivamente contra nosotros, ¿cómo ha podido suceder que hayamos obtenido la victoria casi sin efusión de sangre? No, no éramos nosotros los aislados, sino el gobierno y los pretendidos demócratas. Con sus tergiversaciones, con sus procedimientos conciliadores, se habían excluido ellos mismos de las filas de la verdadera democracia. Nuestra gran ventaja, en tanto que partido, consiste en

que hemos realizado una coalición con fuerzas de clases, creando así la unión de los obreros, soldados y campesinos más pobres."

"Los grupos políticos desaparecen, pero los intereses esenciales de las clases continúan. Vence aquel partido que es capaz de revelar y de satisfacer las exigencias esenciales de la clase... Podemos sentirnos orgullosos de la coalición de nuestra guarnición, principalmente del elemento campesino, con la clase obrera. Esta coalición ha superado ya la prueba de fuego. La guarnición de Petrogrado y el proletariado han entrado juntos en una gran lucha que se convertirá en un ejemplo clásico para la historia de la revolución de todos los pueblos."

"Avilov ha hablado de las inmensas dificultades que nos esperan. Para eliminar esas dificultades propone concluir una coalición. Pero al llegar a este punto no intenta en absoluto dar un sentido a esta fórmula y decir: ¿qué coalición?, ¿de grupos, de clases o simplemente de periódicos?..."

"Dicen que la escisión de la democracia proviene de un malentendido. Cuando Kerenski envía contra nosotros batallones de choque, cuando, con el asentimiento del Comité ejecutivo central, nuestras comunicaciones telefónicas están cortadas en el momento más grave de nuestra lucha contra la burguesía, cuando nos están asestando golpe tras golpe, ¿acaso puede hablarse todavía de un malentendido?..."

"Avilov nos dice: tenemos poco pan, es precisa una coalición con los partidarios de la defensa nacional. Pero ¿acaso esta coalición aumentará la cantidad de pan? La cuestión del pan está ligada a un programa de acción. La lucha contra el caos exige el empleo de un método determinado desde abajo y no de bloques políticos por arriba."

"Avilov ha hablado de una alianza con la clase campesina: pero, una vez más, ¿de qué clase campesina se trata? Hoy, aquí mismo, el representante de los campesinos de la provincia de Tver exigía el arresto de Avkséntiev. Hay que escoger entre ese campesino de Tver y Avkséntiev, que ha llenado las cárceles de miembros de Comités rurales. Rechazamos resueltamente la coalición con los elementos acomodados *[kulaks]* de la clase campesina, en nombre de la coalición de la clase obrera con los campesinos más pobres. Estamos con los campesinos de Tver contra Avkséntiev, estamos con ellos hasta el fin o indisolublemente."

"El que persigue la sombra de una coalición se aísla definitivamente de la vida. Los socialistas revolucionarios de izquierda perderán su apoyo entre as masas mientras sigan considerando necesario oponerse a nuestro partido. Todo grupo que se oponga al partido

del proletariado, al que se han unido los elementos pobres del campo, se aísla de la revolución."

"Abiertamente, ante todo el pueblo, hemos levantado el estandarte de la insurrección. La fórmula política de este levantamiento es: todo el poder a los soviets, por intermedio del Congreso de los soviets. Nos dicen: no habéis esperado al congreso para dar vuestro golpe de Estado. Hubiéramos esperado, pero era Kerenski el que no quería esperar: los contrarrevolucionarios no dormían. Nosotros, en tanto que partido, considerábamos que nuestra tarea consistía en crear la posibilidad real para el congreso de los soviets de tomar el poder en sus manos. Si el congreso se hubiese visto cercado por los junkers, ¿cómo habría podido conquistar el poder? Para realizar esa tarea era preciso un partido que arrancase el poder a la contrarrevolución y que os dijese: "¡Aquí tenéis el poder, vuestro deber es tomarlo!" (Tempestad ininterrumpida de aplausos)."

"Aunque los partidarios de la defensa nacional de todo tipo no se hayan detenido ante nada en su lucha contra nosotros, no los hemos rechazado y hemos propuesto a todo el congreso la toma del poder. ¡Cuánto hay que deformar la perspectiva para hablar, después de lo que ha sucedido, de nuestra "intransigencia", desde lo alto de esta tribuna! Cuando el partido, negro de pólvora, se dirige a ellos y les dice: "¡Tomemos juntos el poder!", corren a la Duma municipal y allí se alían con auténticos contrarrevolucionarios. ¡Son unos traidores a la revolución con los que no nos aliaremos nunca!"

"Para luchar por la paz -dice Avilov- es necesaria una coalición con los conciliadores. Al mismo tiempo, admite que los Aliados no quieren concluir la paz... Los imperialistas aliados -declara Avilov- se han burlado de Skobelev, demócrata de margarina. Pero si hacéis bloque con los demócratas de margarina, la causa de la paz estará asegurada."

"Hay dos caminos en la lucha por la paz. Uno: oponer a los gobiernos de los países aliados y enemigos la fuerza moral y material de la revolución. Otro: un bloque con Skobelev, lo cual significa un bloque con Terechenko y una completa subordinación al imperialismo de los Aliados. En nuestra declaración sobre la paz, nos dirigimos simultáneamente a los gobiernos y a los pueblos. Pero es una simetría puramente formal. Por supuesto, no esperamos influir con nuestros manifiestos sobre los gobiernos imperialistas; sin embargo, mientras existan esos gobiernos, no podemos ignorarlos. Pero todas nuestras esperanzas están puestas en que nuestra revolución desencadenará la revolución europea. Si los pueblos sublevados de Europa no aplastan al imperialismo, nosotros seremos aplastados, sin lugar a dudas. O la revolución rusa desata el torbellino de la lucha en Occidente o los capitalistas de todos los países aplastan nuestra revolución."

-Hay un tercer camino, dice una voz en la sala.

"El tercer camino -responde Trotski- es el del Comité ejecutivo central, que, por un lado, envía delegaciones a los obreros de Europa occidental y, por otro lado, se alía con los Kichkin y los Konovalov. ¡Es el camino de la mentira y de la hipocresía por el que no nos lanzaremos nunca!"

"Evidentemente, no decimos que únicamente el día del levantamiento de los obreros europeos podrá fijar la fecha de la firma del tratado de paz. También es posible que la burguesía, asustada ante la insurrección inminente de los oprimidos, se apresure a concluir la paz. No se pueden determinar las distintas posibilidades. Y tampoco prever las formas concretas bajo las cuales se pueden presentar. Es importante e indispensable fijar el método de lucha, idéntico en principio tanto en la política exterior como en la política interior. La unión de los oprimidos en todas partes y lugares, ése es nuestro camino."

"Los delegados del Congreso -escribe Reed- saludaron este discurso con largas salvas de aplausos, sintiéndose inflamados con la audaz idea de una defensa de la humanidad." En todo caso, a ningún bolchevique se le habría ocurrido entonces protestar contra el hecho de que la suerte de la República soviética, en un discurso oficial en nombre del partido bolchevique, se estableciera en dependencia directa del desarrollo de la revolución internacional.

La ley dramática de este Congreso consistía en que en la realización de un acto importante, al final, o incluso interrumpiéndolo, se producía un corto intervalo durante el cual aparecía en la escena un personaje del otro campo para formular una protesta, para amenazar o bien hacer llegar un ultimátum. El representante del "Vikjel" (Comité Ejecutivo de la Unión de Ferroviarios) pide que se le conceda inmediatamente la palabra, sin dilaciones: necesita lanzar una bomba en la asamblea antes de que el voto sobre la cuestión del poder sea un hecho consumado. El orador, en, cuyo rostro pudo leer Reed una hostilidad intransigente, empieza lanzando una acusación: su organización, "la más poderosa de Rusia", no ha sido invitada al Congreso. "¡Es el Comité ejecutivo central el que no os ha invitado!", le gritan de todas partes. "¡Que se sepa bien: ha sido revocada la decisión primitiva del "Vikjel" de apoyo al Congreso de los soviets!" El orador se apresura a leer el ultimátum que ha sido enviado ya por telegrama a todos los países: el "Vikjel" condena la toma del poder por un solo partido; el gobierno debe ser responsable ante "toda la democracia revolucionaria"; en espera de la creación de un poder democrático, sólo el "Vikjel" sigue siendo dueño de la red ferroviaria. El orador añade que las tropas contrarrevolucionarias no tendrán acceso a Petrogrado; en general, ningún desplazamiento

de tropas podrá hacerse en adelante sin la orden del Comité ejecutivo central tal como estaba compuesto anteriormente. ¡En caso de represión contra los ferroviarios, el "Vikjel" cortaría el aprovisionamiento de Petrogrado!

El congreso dio un salto, sacudido por ese golpe. Los dirigentes del sindicato de ferroviarios intentan dialogar con el gobierno del pueblo de igual a igual, de potencia a potencia. En el momento en que los obreros, soldados y campesinos toman en sus manos la dirección del Estado, el "Vikjel" quiere imponer su ley a los obreros, soldados y campesinos. Quiere crear de nuevo, en pequeño, el sistema de dualidad de poderes ya destruido. Intentando apoyarse no en sus efectivos sino en la importancia exclusiva de los ferrocarriles en la vida económica y cultural del país, los demócratas del "Vikjel" ponen al desnudo la caducidad de los criterios de la democracia formal en las cuestiones esenciales de la lucha social. ¡En realidad, la revolución no es avara en grandes enseñanzas!

El momento escogido por los conciliadores para asestar el golpe es, en todo caso, bastante propicio. Los miembros de la mesa están preocupados. Felizmente, el "Vikjel" no es el dueño absoluto de las vías de comunicación. Los ferroviarios de diversas localidades forman parte de los soviets municipales. Aquí mismo, en el Congreso, el ultimátum del "Vikjel" encuentra una resistencia. "Toda la masa de ferroviarios de nuestra región -declara el delegado de Tachkent- se pronuncia por la entrega del poder a los soviets." Otro representante de los obreros del raíl dice: "Vikjel ¿qué es un "cadáver político"." Admitamos que exageren en esto. Apoyado en una capa superior bastante numerosa de empleados de ferrocarriles, el "Vikjel" ha conservado más fuerzas vivas que las otras organizaciones superiores de los conciliadores. Pero corresponde, indudablemente, al mismo tipo que los comités del ejército o el Comité ejecutivo central. Su órbita le lleva a una caída rápida. Los obreros, por todas partes, se separan de los empleados. Los empleados subalternos se oponen a sus superiores. El insolente ultimátum del "Vikjel" va a acelerar forzosamente ese proceso.

"No se puede poner en cuestión siquiera la regularidad del congreso, declara Kámenev con autoridad. El *quorum* del congreso ha sido establecido no por nosotros, sino por el antiguo Comité ejecutivo central... El congreso es el órgano supremo de las masas de obreros y soldados." ¡Y se pasa, sin más, al orden del día!

El Soviet de Comisarios del pueblo es aprobado por una aplastante mayoría, La resolución de Avilov reunió, según una evaluación enormemente generosa por parte de Sujánov, unos ciento cincuenta votos, en su mayoría de socialistas revolucionarios de izquierda. El congreso aprueba luego por unanimidad la composición del nuevo Comité

ejecutivo central; sobre ciento un miembros, hay sesenta y dos bolcheviques y veintinueve socialistas revolucionarios de izquierda. Posteriormente, el Comité ejecutivo central deberá completarse con representantes de los soviets campesinos y de las organizaciones del ejército nuevamente elegidas. Las fracciones que han abandonado el congreso tienen el derecho de enviar sus delegados al Comité ejecutivo central sobre la base de una representación proporcional.

El orden del día del congreso ya ha sido tratado. El poder de los soviets ha sido creado. Tiene su programa. Ya se puede poner a trabajar y no faltan tareas para ello. A las 5 y 15 de la mañana, Kámenev cierra el Congreso constitutivo del régimen soviético. ¡Unos corren a la estación! ¡Otros vuelven a su casa! ¡Y muchos, al frente, a las fábricas, a los cuarteles, a las minas y a las lejanas aldeas! Con los decretos del Congreso, los delegados van a llevar el fermento de la insurrección proletaria a todas las extremidades del país.

Aquella mañana, el órgano central del partido bolchevique, que había tomado de nuevo su viejo nombre de *Pravda [La Verdad],* escribía: "Quieren que seamos los únicos en tomar el poder, para que seamos, los únicos en afrontar las terribles dificultades que se han planteado al país... Pues bien, tomaremos el poder solos, apoyándonos en la voluntad del país y contando con la ayuda amistosa del proletariado europeo. Pero, habiendo tomado el poder, aplicaremos a los enemigos de la revolución y a los que la sabotean el guante de acero. Han soñado con la dictadura de Kornílov... Les daremos la dictadura del proletariado..."

CONCLUSIÓN

En el desarrollo de la revolución rusa, precisamente porque es una verdadera revolución popular que ha puesto en movimiento a decenas de millones de hombres, se observa una notable continuidad de etapas. Los acontecimientos se suceden como si obedecieran a las leyes de la gravedad. La relación de fuerzas se verifica en cada etapa de dos maneras: primero, las masas muestran la fuerza de su impulso; luego, las clases poseedoras, esforzándose por tomar su revancha, no hacen más que revelar más claramente su aislamiento.

En Febrero, los obreros y soldados de Petrogrado se habían sublevado no sólo a pesar de la voluntad patriótica de todas las clases cultas sino también a despecho de los cálculos de las organizaciones revolucionarias. Las masas se mostraron irresistibles. Si ellas mismas se hubieran dado cuenta de ello, se habrían hecho con el poder. Pero todavía no había a su cabeza un partido revolucionario fuerte y consagrado. El poder cayó en manos de la democracia pequeñoburguesa, camuflada bajo los colores del socialismo. Los mencheviques y los socialistas revolucionarios no podían hacer uso de la confianza de las masas más que llamando al timón a la burguesía liberal, la cual, por su parte, no podía dejar de poner al servicio de los intereses de la Entente el poder recibido de los conciliadores.

Durante las jornadas de Abril, los regimientos y las fábricas sublevadas -sin que hayan sido llamadas por ningún partido- salen a las calles de Petrogrado pala oponer resistencia a la política imperialista del gobierno que los conciliadores les han impuesto. La manifestación armada tiene mucho éxito. Miliukov, líder del imperialismo ruso, es excluido del poder. Los conciliadores entran en el gobierno, bajo la apariencia de mandatarios del pueblo, pero, en realidad, como agentes de la burguesía.

Sin haber resuelto ninguno de los problemas que han provocado la revolución, el gobierno de coalición viola en junio la tregua establecida de hecho en el frente y desencadena una ofensiva de las tropas. Con este acto, el régimen de Febrero, caracterizado ya por una decreciente confianza de las masas hacia los conciliadores, se da a sí mismo un golpe fatal. Se inicia entonces el período de la preparación inmediata de una segunda revolución.

A comienzos de julio, el gobierno, sostenido por todas las clases poseedoras e instruidas, denunciaba toda manifestación revolucionaria como una traición a la patria y una ayuda aportada al enemigo. Las organizaciones oficiales de masas -soviets, partidos socialpatriotas- luchaban contra la ofensiva obrera con todas sus fuerzas. Los bolcheviques,

por razones tácticas, contenían a los obreros y soldados que querían salir a la calle. Sin embargo, las masas se pusieron en movimiento. El movimiento se mostró irresistible y general. No se veía al gobierno. Los conciliadores se escondían. Los obreros y soldados se hicieron dueños de la situación en la capital. La ofensiva falló, sin embargo, dada la insuficiente preparación de la provincia y del frente.

A fines de agosto, todos los órganos e instituciones de las clases poseedoras estaban a favor de un golpe de Estado contrarrevolucionario: la diplomacia de la Entente, los bancos, las uniones de propietarios agrícolas e industrias, el partido kadete, los Estados Mayores, el cuerpo de oficiales, la gran prensa. El organizador del golpe de Estado no fue otro sino el generalísimo que se apoyaba en el alto mando de un ejército que contaba con muchos millones de hombres. Se trasladaban efectivos especialmente seleccionados de todos los frentes, según un acuerdo secreto con el jefe de gobierno, en dirección a Petrogrado y con el pretexto de consideraciones estratégicas.

Todo en la capital parecía preparado para el éxito de la empresa: los obreros son desarmados por las autoridades con la ayuda de los conciliadores; los bolcheviques reciben golpes continuamente: los regimientos más revolucionarios son alejados de la ciudad; centenares de oficiales seleccionados son concentrados para formar una tropa de choque; con las escuelas de junkers y los cosacos, constituyen una fuerza imponente. ¿Y qué pasó? La conspiración que los mismos dioses parecían proteger se hizo polvo inmediatamente apenas hubo chocado con el pueblo revolucionario.

Esos dos movimientos, a comienzos de julio y a fines de agosto, tenían entre ellos la misma relación que puede tener un teorema con su corolario. Las jornadas de Julio habían demostrado la fuerza de un movimiento espontáneo de las masas. Las jornadas de Agosto descubrieron la completa impotencia de los dirigentes. Esa relación de fuerzas indicaba que era inevitable un nuevo conflicto. La provincia y el frente, mientras tanto, se iban uniendo más estrechamente a la capital. Esto predeterminaba la victoria de Octubre.

"La facilidad con la cual Lenin y Trotski consiguieron derrocar al último gobierno de coalición de Kerenski -escribía el kadete Nabokov- demostró la impotencia interna de este último. El grado de esta impotencia sorprendió incluso a las personas mejor informadas." Nabokov mismo parece no adivinar que se trataba de su propia impotencia, de la impotencia de su clase, de su régimen social.

Así como, desde la manifestación armada de Julio, la curva sube hacia la insurrección de Octubre, el mismo modo el movimiento de Kornílov parece un ensayo de la campaña contrarrevolucionaria emprendida por Kerenski en los últimos días de octubre. El huir bajo

la protección del banderín americano y refugiarse en el frente para escapar de los bolcheviques, el generalísimo de la democracia no encontró más fuerza militar que ese mismo tercer cuerpo de caballería que, dos meses antes, estaba destinado por Kornílov a derribar al propio Kerenski. A la cabeza de ese cuerpo seguía encontrándose el general cosaco Krasnov, monárquico militante, que había sido designado en ese puesto por Kornílov: no fue posible encontrar un hombre de guerra más apto para la defensa de la democracia.

Apenas si quedaba ya el nombre de ese cuerpo: se había quedado reducido a unas *sotnias* de cosacos que, después de un intento frustrado de ofensiva contra los rojos en Petrogrado, fraternizaron con los marineros revolucionarios y entregaron Krasnov a los bolcheviques. Kerenski se vio obligado a huir a la vez de los cosacos y de los marineros. Así es como, ocho meses después del derrocamiento de la monarquía, los obreros se hallaron a la cabeza del país. Y se mantuvieron allí sólidamente.

"¿Quién podría creer -escribirá a este respecto, con tono indignado, el general ruso Zaleski- que un empleado de tribunales o un guardián del Palacio de Justicia hayan podido convertirse de repente en presidentes del Congreso de los jueces de paz? ¿O un enfermero pasando a ser director de ambulancias? ¿O un peluquero, alto funcionario? ¿O un alférez ayer, a generalísimo? ¡Un lacayo de ayer o un peón pasando a ser prefecto! El que todavía ayer engrasaba las ruedas de los vagones convirtiéndose en jefe de una sección de la red o en jefe de estación... ¡Un cerrajero designado a la cabeza de un taller!"

"¿Quién podría creerlo?" Había que creerlo. No se podía dejar de creer en ello, ya que los alféreces habían derrotado a los generales; el prefecto, antiguo peón, había puesto en razón a los amos de la víspera; los engrasadores de ruedas de vagones habían organizado los transportes; los cerrajeros, en calidad de directores, habían puesto en pie a la industria.

La tarea principal del régimen político, según el aforismo inglés, consiste en poner *the right man in the right place*. Desde ese punto de vista, ¿cómo se presenta la experiencia de 1917? En los dos primeros meses, Rusia seguía gobernada, según el derecho de la monarquía hereditaria, por un hombre poco dotado por la naturaleza, que creía en las reliquias y obedecía a Rasputin. Durante los ocho meses que siguieron, los liberales y los demócratas intentaron, desde lo alto de sus posiciones gubernamentales, demostrar al pueblo que las revoluciones se realizan para que todo quede como antes. No es extraño que esta gente haya pasado por el país como sombras flotantes, sin dejar rastro. A partir del 25 de octubre se puso a la cabeza de la nación Lenin, la más grande figura de la historia política de este país. Estaba rodeado de un estado mayor de colaboradores que, según la

confesión de sus peores enemigos, sabían lo que querían y eran capaces de combatir para conseguir sus fines. ¿Cuál de esos tres sistemas se mostró capaz, en las condiciones concretas dadas, de colocar *the right man in the right place?*

El ascenso histórico de la humanidad, tomado en su conjunto, puede resumirse como un encadenamiento de victorias de la conciencia sobre las fuerzas ciegas, en la naturaleza, en la sociedad, en el hombre mismo. El pensamiento crítico y creador ha podido jactarse, hasta ahora, de los mayores éxitos en la lucha contra la naturaleza. Las ciencias fisicoquímicas han llegado ya a un punto en que el hombre se dispone evidentemente a convertirse en el amo de la materia. Pero las relaciones sociales siguen desarrollándose a un nivel elemental. Comparada a la monarquía y a otras herencias del canibalismo y del salvajismo de las cavernas, la democracia representa, por supuesto, una gran conquista. Pero no cambia en nada el juego ciego de las fuerzas en las relaciones mutuas de la sociedad. Precisamente en este dominio más profundo del inconsciente, la insurrección de Octubre ha sido la primera en intervenir. El sistema soviético quiere introducir un fin y un plan en los fundamentos mismos de una sociedad donde no reinaban hasta ahora más que simples consecuencias acumuladas.

Los adversarios se ríen burlonamente al señalar que el país de los soviets, quince años después de la insurrección, apenas se parece todavía a un paraíso de bienestar universal. Esta argumentación podría reflejar una excesiva diferencia hacia el poder mágico de los métodos socialistas si no se explicase, en realidad, por la ceguera del odio. El capitalismo necesitó siglos enteros para, elevando la ciencia y la técnica, llegar a lanzar a la humanidad al infierno de la guerra y de las crisis. Los adversarios no conceden al socialismo más que quince años para edificar e instalar el paraíso en la tierra. Nosotros no hemos asumido esos compromisos. No hemos fijado nunca esos plazos. El proceso de las grandes transformaciones debe evaluarse según unas medidas adecuadas.

Pero ¿las calamidades que se han abatido sobre los vivos? ¿Y el fuego y la sangre de la guerra civil? Las consecuencias de la revolución, ¿justifican finalmente las víctimas que ha causado? La cuestión es teleológica y, por consiguiente, estéril. Con el mismo derecho se podría decir, ante las dificultades y aflicciones de una existencia personal: ¿vale la pena venir al mundo? Las meditaciones melancólicas no han impedido, sin embargo, hasta ahora a la gente ni engendrar ni nacer. Aun en la época actual de intolerables calamidades, sólo un muy abajo porcentaje de la población de nuestro planeta recurre al suicidio. Pero los pueblos buscan en la revolución una salida a sus intolerables tormentos.

¿No es sorprendente que los que se indignan más frecuentemente de las víctimas de las revoluciones sociales, sean esos mismos que, si no han sido directamente los causantes de la guerra mundial, han preparado y glorificado a sus víctimas, o incluso se han resignado a verlas morir? Nos toca preguntarles ahora: ¿se ha justificado la guerra? ¿Qué nos ha dado? ¿Qué nos ha enseñado?

Apenas si es necesario detenerse ahora ante las afirmaciones de propietarios rusos afectados, según los cuales la revolución habría provocado un envilecimiento cultural del país. Derribada por la insurrección de Octubre, la cultura de la nobleza no representaba, en suma, más que una imitación superficial de los modelos más elevados de la cultura occidental. Al mismo tiempo que era inaccesible al pueblo ruso, no aportaba nada esencial al tesoro de la humanidad.

El lenguaje de las naciones civilizadas ha marcado distintamente dos épocas en el desarrollo de Rusia. Si la cultura establecida por la nobleza ha introducido en el lenguaje universal barbarismos tales como *zar, pogromo, nagaika,* Octubre ha internacionalizado palabras como *bolchevique, soviet y piatiletka.* Esto basta ya para justificar la revolución proletaria, si es que acaso se considera que necesita justificación.

ÍNDICE

Tomo I

Prólogo 4
1 Las características del desarrollo de Rusia 10
2 La Rusia zarista y la guerra 22
3 El proletariado y los campesinos 38
4 El zar y la zarina 54
5 La idea de la revolución palaciega 65
6 Agonía de la monarquía 77
7 Cinco días (23-27 de febrero de 1917) 97
8 ¿Quién dirigió la insurrección de febrero? 127
9 La paradoja de la revolución de Febrero 142
10 El nuevo Poder 164
11 La dualidad de poderes 186
12 El comité ejecutivo 194
13 El ejército y la guerra 221
14 Los gobernantes y la guerra 240
15 Los bolcheviques y Lenin 253
16 Cambio de orientación del Partido Bolchevique 277
17 Las "Jornadas de abril" 292
18 La primera coalición 315
19 La ofensiva 328
20 Los campesinos 343
21 Las masas evolucionan 360
22 El Congreso de los soviets y la manifestación de junio 384
23 Conclusión (del tomo I) 401

Tomo II

24 Las "jornadas de julio". Preparación y comienzo 404
25 Las "jornadas de julio". El momento culminante y la derrota 428
26 ¿Podían los bolcheviques tomar el poder 454
27 El mes de la gran calumnia 473
28 La contrarrevolución levanta la cabeza 497
29 Kerenski y Kornilov (Elementos de bonapartismo en la revolución rusa 516
30 La Conferencia nacional de Moscú 536
31 El complot de Kerenski 556
32 La sublevación de Kornilov 573
33 La burguesía mide sus fuerzas con la democracia 589
34 El ataque contra las masas 612
35 La resaca 634
36 Los bolcheviques y los soviets 659
37 La última coalición 676
38 El campesinado ante Octubre 699
39 La cuestión nacional 728
40 La salida del Preparlamento y la lucha por el Congreso de los soviets 752
41 El Comité Militar Revolucionario 774
42 Lenin llama a la insurrección 805
43 El arte de la insurrección 841
44 La toma de la capital 869
45 La toma del Palacio de Invierno 902
46 La insurrección de Octubre 931
47 El Congreso de la dictadura soviética 953
Conclusión 989